

DRAMAS MILITARES

LOS
MONTONEROS

CONTINUACION DEL CHACHO

POR

Eduardo Gutierrez

PRIMERA EDICION

BUENOS AIRES

Editor - N. Comnasi

1886

DRAMAS MILITARES

LOS
MONTONEROS

CONTINUACION DEL CHACHO

POR

Eduardo Gutierrez

PRIMERA EDICION

BUENOS AIRES

Editor - N. Comnasi

1886

El Cura Campos

Empezaba entonces á figurar en Tucuman acusando un porvenir brillante, el jóven cura D. José Maria del Campo, perteneciente á la distinguida familia de don Leopoldo del Campo.

Carácter firme y apasionado, se habia entregado á la carrera eclesiástica, con todo el encanto que despierta la noble figura de Jesús.

Educado por el buen franciscano Padre Quintana se habia ordenado en Tucuman, donde fué nombrado cura párroco de Santa Cruz, departamento de aquella provincia.

En 1852, cuando cayó Rosas, y Urquiza empezó á dominar en el interior por el triunfo de Caseros, el cura del Campo era un jóven de 24 años.

Con su conducta ejemplar y la mansedumbre excepcional de su carácter, se habia hecho querer con locura por sus feligreses, que miraban en aquel jóven un amparo contra todas desventuras de la vida.

Á él acudían los perseguidos de la política, buscando un refugio contra el puñal de la federación, á él acudían los miseros á quienes las rapinas de aquellos gobiernos asesinos habian dejado en la calle y á él acudían por fin todos los que necesitaban un socorro y un consuelo.

Y el jóven del Campo atendía á todos con igual cariño, tendiéndoles su mano generosa, partiendo con ellos cuanto poseía, y haciendo del curato un amparo contra los perseguidos, salvándolos así del degüello y el escarnio.

La fama de su generosidad y de su bondad inagotable, habia pasado de departamento á departamento, al extremo de que, desde los mas lejanos acudían en busca de su amparo y de su consejo, librando así muchos de la persecucion federal, no solo sus vidas, sino sus fortunas.

Su prestigio creciente y el cariño idólatra que habia logrado captarse de esta manera, le habian dado un dominio absoluto sobre las masas.

A su palabra se habrian levantado como al llamamiento del mas prestigioso caudillo.

Su talento bello y brillante, y su palabra fácil é inspirada, habian llamado la atencion

de los hombres del gobierno, y el general Gutierrez intentó mas de una vez traerlo á su lado.

Pero el jóven cura se habia escusado siempre, bajo el pretexto de que la consagracion á su ministerio le impedia tomar parte en la política.

Es que del Campo odiaba desde el fondo de su alma aquella política de sangre y aquellos hombres que habian erijido su sistema de gobierno en el asesinato y el robo.

Aquella persecucion de mujeres indefensas y aquellos degüellos solo por ajoderarse de la fortuna de las víctimas, eran crímenes que indignaban profundamente al sacerdote y sublevaban al hombre.

Puesto en contacto con los hombres del partido unitario, por los mismos que él habia protegido y salvado, el jóven del Campo hizo entre ellos sus mas estimables relaciones.

Y contaba entre sus mejores amigos al coronel Espinosa, y á los principales miembros de la familia Posse, sobre los que tenia una influencia decidida.

Su bello ideal era la caida de aquella ignominiosa tiranía, que no se saciaba de crímenes de toda especie.

El partido liberal empezó á ver en aquel jóven lleno de patriotismo al único hombre que podia guiarlos y acaudillarlos en una cruzada libertadora y empezaron á acariciar con calor aquella idea.

El cura del Campo era el solo que podia levantar al sonido de su palabra mil quinientos ó dos mil hombres, y lo entusiasmaron en aquel sentido.

— Soy enemigo de todo derramamiento de sangre, y mas aún si esto es inútil, decia, no tenemos armas para luchar contra el Gobierno, que está demasiado fuerte por desgracia, y llevaríamos á todos esos hombres á un sacrificio estéril.

— Poco sacrificio es el que se sufre con la vida y la fortuna á merced de esos bandidos, replicaban los mas entusiastas por la revolucion.

Esta es una trama que no acabará nunca si andamos con contemplaciones: algun sacri-

ficie será preciso hacer, y bendito sea el sacrificio que se haga por el bien de todos y de la patria.

— Es que el terreno no está preparado aún, decía el joven, y esta no es la labor de un día.

Esperemos una oportunidad que no ha de tardar mucho, agregaba, y entre tanto vamos preparándonos tranquila y silenciosamente para la lucha, que debe ser tremenda una vez emprendida, porque este enemigo no se consideraría vencido con el primer revés y volvería siempre á la lucha por la reconquista de su poder perdido.

Los federales no se han de conformar nunca con perder su dominación, y hay que tener presente que lucharán desesperadamente.

Pues esperemos, siempre que esta empresa empleada en preparar los elementos que necesitaremos en la lucha.

Lo que se iban comprometiendo en el movimiento se iban pasando la palabra, y al saber que el cura del Campo estaba con ellos, todos aceptaban la idea llenos de júbilo y se ponían desde el primer momento á preparar lo que podían necesitar.

El curato de Santa Cruz fué desde entonces el punto de reunión de los conjurados liberales.

El coronel D. Manuel Espinosa, hombre prestigioso, empezó á trabajar personalmente, viendo á los que debían ayudarlos y tomar parte individualmente ó con los peones y hombres de que disponían.

Cada uno traía el arma que tenía en su poder, que se iba depositando en el curato para el momento oportuno.

El General Gutiérrez no se sospechaba nada de todos estos trabajos y descansando en la dominación absoluta que ejercía y en el apoyo moral y material del General Benavidez, ni siquiera pensó jamás que nadie pudiera atentar contra su autoridad, y menos aquel cura manso que creía consagrado por completo á su ministerio.

Rodeado de hombres serviles y suyos por completo, disponía de un regular número de soldados y de todos los elementos bélicos que las pasadas guerras habían aglomerado en la gloriosa ciudad.

Alguien le indicó que podían atentar contra la paz de Tucumán y que era preciso estar alerta, pero demasiado ensoberbecido en su poder, miró á todos lados y se convenció que en toda la provincia no había quien se atreviera á luchar con él, ni elementos con que intentarlo tan solo.

Y entre tanto el cura del Campo seguía entendiéndose con los parciales que sigilosamente iban á buscarlo, y adquiriendo armas malas y buenas por todos los medios de que podían valerse.

El momento oportuno tan pacientemente esperado no tardó en presentarse.

Urquiza triunfante, se celebró el acuerdo de San Nicolás al que concurren todos los gobernadores de Provincia.

El General Gutiérrez que no temía nada, dejó de gobernador interino un hombre completamente suyo, de quien estaba perfecta-

mente seguro, y marchó al acuerdo de San Nicolás.

Con una inteligencia asombrosa y una actividad que no se hubiera sospechado en él, el cura del Campo organizó el movimiento que debía ejecutar el coronel Espinosa, y asumía desde el primer momento toda la responsabilidad.

Y predicó el triunfo de la libertad y los principios porque iba á combatir, enarcando el deber en que estaban todos y cada uno de poner al servicio de la gran causa todo su esfuerzo y acción.

Todo lo mas importante de Tucumán estaba con ellos, de modo que la revolución fué fácil y poco sangrienta.

Atacados por el coronel Espinosa el cuartel, la casa de Gobierno y Policía, no tardaron en rendirse á discreción, entregando sus armas bajo la sola condición de que se les había de conservar la vida.

Dueños de una gran cantidad de armas y municiones, los revolucionarios no tardaron en apoderarse de toda la Provincia, derrocando todas las infames autoridades puestas por Gutiérrez.

Elegido Gobernador el coronel Espinosa por el partido de la revolución, empezó á establecerse un orden constitucional que devolviera á todos los habitantes el goce de sus derechos y libertades.

El cura del Campo puso toda su inteligencia vigorosa al servicio de aquellos propósitos, cuyas ventajas empezaron á apreciarse bien pronto.

El Coronel Espinosa y todos los amigos que habían contribuido con su brazo y con esfuerzo á aquella situación de libertad y de paz, rogaron al joven cura tomara participación en el Gobierno prestándole la dedicación de su carácter y de su inteligencia, pero él se negó resueltamente.

— En Tucumán y con ustedes, decía, hay muchos hombres que saben mas que yo y que servirán mejor al país.

Yo me retiro á mi curato, feliz de haber contribuido á la grande obra y donde me lleva mi vocación y mis deberes.

En vano fueron todos los ruegos y todos los empeños.

Establecida una orden de cosas constitucional, el joven del Campo se retiró á su curato donde se consagró por completo á sus tareas, volviendo á ser el amparo del miserable y el apoyo del pobre.

El General Gutiérrez, sabedor de que había sido derrocado por la revolución, manifestó al general Urquiza la necesidad de reponerlo, y este que con Gutiérrez se apoderaba de Tucumán, pidió al general Benavidez lo ayudara con algunos elementos, puesto que Gutiérrez había sido derrocado á consecuencia de haber acudido al acuerdo de San Nicolás.

Gutiérrez, con astucia infinita, se puso al habla con sus partidarios en Tucumán y propuso la contrarrevolución que no esperó ni del Campo ni Espinosa. Y mientras en la ciudad se llevaba á cabo la revolución, el general Gutiérrez, con elementos que le diera Benavidez, se presentó victoriosamente intimando á las puertas de la ciudad me entrega.

Espinosa no pudo resistir á la revolucion interior apoyado en el Ejército que traia Gutierrez, y fué derrocado apoderándose de nuevo el General Gutierrez de toda la provincia, donde repuso todas las autoridades que habian sido derrocadas.

Espinosa, á quien Gutierrez habria hecho degollar, si lo tomaba, emigró á Santiago del Estero, donde tenia amigos y parientes en el Gobierno, y donde no habia de ir á buscarlo su vencedor, de miedo á una nueva revolucion.

El cura del Campo siguió á su amigo y aliado, llevando consigo un grupo de hombres, de cuya lealtad estaba perfectamente seguro.

El no podia quedarse en Tucuman porque el Gobierno federal lo hubiera perseguido de todos modos, y queria estar libre para ayudar á sus amigos!

La derrota sufrida, para un hombre como del Campo, no era mas que un contratiempo que de ningun modo podia hacerlo desmayar.

Bien al contrario: con mas ardor y mas empeño que nunca empezó desde que llegó á Santiago, á organizar los elementos con que habia de volver á la lucha.

El Coronel Espinosa que se habia desalentado con el contraste sufrido, trató de disuadir á del Campo de su propósito.

Pero el jóven, con una asombrosa firmeza de carácter, no solo persistió en su idea, sino que convenció á Espinosa que no debian omitir esfuerzos por recuperar todo lo perdido.

—No podemos abandonar al pueblo á la triste suerte que le espera, decia, ni podemos nosotros resignarnos a l destierro.

Es preciso luchar amigo, Gutierrez ha ido apoyado en elementos que no son suyos, el pueblo estará siempre de nuestra parte y esto es ya una garantia de éxito.

—Pues luchemos entónces, repuso Espinosa, y se puso á la obra de regeneracion con todo anhelo.

Los hombres que el cura del Campo habia llevado consigo á su salida de Tucuman, empezaron á ser utilizados de la manera mas hábil y provechoza.

Estos eran enviados con mensajes verbales á sus amigos, para que pasaran la palabra entre los suyos y fueran viniendo á reunirsele en la frontera de Santiago, tratando de traer consigo las armas que tuvieran.

Aquel sistema dió bien pronto los mejores resultados, mostrándoles que aún no se habia perdido todo.

Quince dias despues habia en Santiago mas de cien hombres que habian agudido al llamado del cura, con sus armas y caballos y que aseguraban que todos irian cayendo, á medida que fueran recibiendo el aviso.

Y viniendo en pequeños grupos de cinco, ocho, diez ó veinte, se reunieron pronto mas de ochocientos hombres aguerridos y dispuestos á jugar la vida por servir á la causa liberal y al prestigioso cura.

Ya no podian dudar del buen exito de una campaña en que se sentian apoyados por el pueblo, de aquella manera decidida.

El Gobierno, segun los caudillos departamentales que habian acudido, seguia tranquilo y cometiendole todo género de horrores.

Y el pueblo, fingiendo la mayor conformi-

dad, esperaba solo verlos llegar para pronunciar-se en masa.

—El General tiene muchos soldados que ha traído de San Juan, decian, y que unidos a los que ya tenia forman un buen ejército.

Pero el pueblo les dará en la cabeza, no tengan duda y tendrán por fin que entregarse, mal que les pesa.

No se espera sino que usted se presente en Tucuman, para hacer la revolucion.

Del Campo y Espinosa no se contentaron con los recursos que les venian de Tucuman y empezaron á reunir en Santiago hombres y elementos que los ayudara en la cruzada, hallándose bien pronto al frente de una division de caballeria de mas de mil quinientos hombres.

Podian haber esperado á tener mas, pero el cura del Campo consideró que aquello era bastante para iniciar la campaña, desde que contaban con el apoyo de todo el pueblo, y se pusieron en marcha.

Fué esta la primera vez que el cura del Campo abandonó la cruz para empuñar la espada, y se puso al frente de una brigada que ha de servir de vanguardia.

El Coronel Espinosa se puso al frente de la reserva sonriendo de ver á su amigo tan completamente militarizado.

E invadieron á Tucuman por el Sud, levantando á su paso todos los departamentos, donde eran recibidos con un entusiasmo incalculable.

Al saber que el cura del Campo iba al frente de la vanguardia, todos querian seguir con él, abandonando familia, intereses y cuanto tenian.

Pero como ya no tenia armas que repartirles, solo admitia aquellos que las tenian.

Alarmado el General Gutierrez cuando supo que del Campo y Espinosa habian invadido la provincia no quiso quedarse en la ciudad, temiendo que al acercarse el enemigo hubiera un levantamiento.

Y reunió apresuradamente un ejército saliendo á esperarlo á la margen del Rio Colorado.

Fiado en la superioridad de sus tropas y de sus armas, tenian la seguridad que Espinosa y del Campo no podrian resistirlo en una batalla campal.

Sus tropas de infanteria eran numerosas y bien armadas, su artilleria era de gran calibre y bien servida, y no podia dudar de un triunfo, desde que el enemigo solo podia presentar en batalla fuerzas de caballeria, que él podria deshacer á cañonazos antes que pudieran organizarse.

Y aunque el Coronel Espinosa era un jefe bravo y práctico, no podria, en su opinion, ni siquiera deshacer los desatinos militares que cometeria el cura.

Así es que la batalla que dentro de poco debia librar, no lo preocupó en lo mas mínimo— para él, el triunfo era solo cuestion de diez minutos de fuego de artilleria.

Cuando del Campo y Espinosa supieron que el General Gutierrez los esperaba fuera de la ciudad, se dirijieron en su busca.

Espinosa fué de opinion que debian apoderarse de la capital y atrincherarse adentro,

pero del Campo le demostró fácilmente que aquel sería un error imperdonable, no teniendo como no tenían cañones con que hacer una resistencia seria.

Y demostró rápidamente como Gutierrez podría ponerles un sitio en toda regla, y desaherlos á cañonazos.

—Es que usted juzga al General como á usted mismo, suponiéndole toda su penetración, decía Espinosa.

—Es que así se debe pensar para estar seguro del éxito.

Es como el jugador de ajedrez, que ántes de hacer la suya, piensa en todas las jugadas ventajosas que tiene el adversario, y sale al encuentro de la mejor.

Espinosa comprendió toda la razon que asistía al jóven cura que se revelaba mas militar que él mismo y siguió sin vacilar su plan de campaña.

Como militar lo único que lo preocupaba seriamente era la artilleria enemiga.

Pero el cura del Campo, siempre entusiasta y animoso lo alentaba recordándole, que Quiroga tomaba á ponchazos los cañones y que Peñaloza los enlazaba, cuando no podia apagar sus fuegos de otra manera.

Y para animar á sustropas y hacerlas arrosar valientemente el peligro, lejos de ocultarles el poder del enemigo, se los exageraba en lo posible, para que la realidad no pudiera imponerlos.

— El enemigo tiene gran artilleria y muchos fusiles, les decía sonriendo, sus cañones son poderosos, mientras que nosotros no tenemos nada de esto.

Es preciso entónces arrebatarnos las piezas y los fusiles, no solo para tenerlos nosotros, sino para concluirlos con sus propias armas.

Al sentirlo hablar así, los soldados vivaban al cura con delirante entusiasmo y se prometían hacer prodigios por mas importante que fuera el amanecido enemigo.

—Así decía del Campo á Espinosa no podrán sorprenderse, por mas numeroso y bravo que sea el ejército, de Gutierrez, porque ellos siempre se imaginan algo mejor todavia.

Cuando avistaron el ejército del Gobierno, éste se hallaba tendido en linea y preparado para recibirlos al estruendo del de sus cañones que rompieron un fuego inmediatamente, pero con poco éxito, logrando solo asustar los caballos.

—Allí! allí! les gritó el cura del Campo, señalando el centro enemigo donde se hallaban los cañones: allí está el triunfo de la jornada. en cuanto les quitemos las piezas el miedo solo los va á vencer!

Y cargó el mismo, seguro del éxito en el ataque.

Los quinientos hombres que formaban su vanguardia, lo siguieron disputándose todos el primer puesto en el combate.

El jóven tenia un valor magnifico y comunicativo, capaz de convertir en un héroe al mas cobarde.

Espinosa, asombrado ante tanto valor, envió en el acto una brigada en proteccion de su amigo, considerando que aquella carga era una imprudencia.

Pero cuando llegó la proteccion, el cura se

retiraba batiéndose como un leon y llevándolo consigo una de las mejores piezas que hizo dar vuelta en el acto y dispararla sobre el enemigo.

Ante aquella prueba de valor heróico el ejército de Gutierrez se desconcertó, vaciló y dos batallones de infanteria levantando sus armas, se pasaron á las fuerzas del de Campo.

El aspecto del combate habia variado por completo: aquella pasada de dos batallones provocó la de una compañía de artilleros, que concluyó por desmoralizar á las tropas leales de Gutierrez, que eran las menos, pues aquel ejército en su mayor parte se componia de soldados reclutados á la fuerza, y que solo el terror podia obligar á servir.

Ya operando con confianza, el Coronel Espinosa llevó personalmente una carga sobre la izquierda enemiga, donde estaba Gutierrez, carga que dió por resultado la pasada de nuevas tropas.

La batalla se hallaba ganada por completo, cuando un incidente desgraciado, un crimen verdadero, vino á arrancar un triunfo á aquel ejército victorioso, á fuerza de heroicidades y de constancia.

Dos de los batallones que se habian pasado á Espinosa, lo habian hecho de mala fé, y calculadamente para cometer el mas cobarde de los crímenes.

Eran cuerpos que pertenecian completamente á Gutierrez y con cuyos gefes éste estaba seguro de contar hasta el último trance.

En un descuido del Coronel Espinosa y mientras éste estudiaba detenidamente el estado de la batalla, estos dos cuerpos hicieron fuego por la espalda á las tropas de aquel bravo, mientras algunos soldados y oficiales ya convenidos de antemano, cocian á puñaladas al intrépido gefe.

Y al tener la señal de haberse cumplido la infamia, Gutierrez mandó cargar las tropas de Espinosa con una fuerte division de caballeria, que las tomó confundidas con aquella traicion y aterradas ante el asesinato de su gefe.

Cuando el cura del Campo estaba saludando el triunfo que no tardaria en ser completo en toda la línea, se encontró aislado, y con la dolorosa noticia de lo sucedido á su amigo.

No habia que hacerse ilusiones, solo con su vanguardia, no podia hacer nada: las tropas de Espinosa derrotadas, huian en todas direcciones, en completa desmoralizacion, lo que decidió el cura del Campo á retirarse, con todo el valor de su alma.

Y con aquellos soldados que acababan de batirse una hora como verdaderos leones, emprendió su triste retirada en perfecta organizacion.

Los que asesinaron á Espinosa, hicieron correr la voz de que otros cuerpos de pasados habian hecho lo mismo con el cura del Campo, siendo esta la causa del terror que se apoderó de los soldados, al extremo de que, triunfantes, fugaron inmediatamente del campo de batalla.

Aquella retirada del cura del Campo, perseguido con tenacidad por un-enemigo que queria tomarlo á toda costa, fué verdaderamente

heróica y hábil, parecia mandada por el militar mas táctico.

Mientras unos Regimientos se retiraban á gran galope, otros desplegados en guerrilla cubrian la retaguardia para impedir la matanza.

Y cuando el enemigo apuraba mucho y se aproximaba demasiado, del Campo hacia dar media vuelta á sus soldados y les traia una carga soberana.

Y seguia su retirada, cuando aquellos habian sido arrollados completamente.

No parecian soldados en derrota, dada la precision con que obedecian las voces de mando, sinó soldados que hacian movimientos estratégicos para asegurar el triunfo.

En aquella retirada el cura del Campo, lleno de actividad y desplegando un valor extraordinario, llenó de asombro á sus mismos gefes y compañeros, quienes, por mas que lo conocian, no se sospecharon nunca lo que valia aquel extraordinario caracter.

Así en aquella retirada que debió ser desastroza, no se perdieron mas que cinco soldados, y estos por imprudencias individuales que habian cometido.

De aquel horrible desastre se habian salvado los cuatrocientos hombres que guió del Campo á la pelea y la mayor parte de los infantes que se habia pasado á sus filas.

Así llegó á la Provincia de Santiago, en aquella heróica retirada, mas animoso que nunca.

—Es una derrota debida á la mas miserable traicion, decia, porque sin el asesinato del Coronel Espinosa, á estas horas estaríamos dueños de Tucuman.

Algunos de los oficiales de Espinosa se habian incorporado á del Campo, y le referian como se habia llevado á cabo el hecho infame.

—Nada hubiera sido la muerte del Coronel, decian, sinó que aquellos bribones empezaron á gritar que nos rendiéramos, porque lo mismo se se habia hecho allí con Espinosa, se habia hecho con la division de usted.

Y este fué el que aterró á la tropa en el primer momento, haciéndola desbandar en todas direcciones.

—No importa, replicaba del Campo, no importa, esto no es mas que un contratiempo y un contratiempo que han de pagar bien caro: es cuestion de tiempo y nada mas.

Del Campo se detuvo en la frontera dentro de Santiago, y pasó á conferenciar con Taboada que acababa de mudar á Ibarra en el Gobierno.

Habia tenido una idea que le pareció luminosa quiso ponerla en práctica sobre tablas. Aquel espíritu activo no reposaba un minuto.

Para él la redencion de Tucuman era cuestion de vida ó muerte y á ella habia consagrado todo su esfuerzo, tanto material como espiritual.

Con una increíble facilidad de palabra, él sabia traer á sus ideas al opositor mas tenaz y en esto confiaba para convencer á Taboada. Despues de narrarle con gran vigor de colorido el contraste que sufrió aquella compañía brillante, le hizo presente que General Gutierrez, ensoberbecido y lleno de ambicion, pretendia llevar su dominio hasta la misma Pro-

vincia de Santiago y sus vecinos, para estar seguro de perpetuar su poder.

—Es necesario uniros para la comun defensa, puesto que Gutierrez tiene poderosos elementos de guerra, y no tardará en invadir á Santiago.

Quinientos hombres que he salvado de la derrota, mi partido en Tucuman y todo el esfuerzo de mi persona, es el contingente que ofrezco, á cambio del apoyo de Santiago.

Aliados nosotros, yo vuelvo á ponerme en campaña inmediatamente, como vanguardia del ejército que usted puede mover y no abrigo la menor duda en el éxito.

Una vez triunfante en Tucuman el partido liberal, el General Taboada podrá contar siempre y para todo con aquella Provincia heróica.

La proposicion de del Campo era humanamente tentadora, pues Taboada conocia bien toda la influencia que el jóven cura tenia en su Provincia.

Pero era necesario meditar un poco antes de contraer un compromiso de aquella naturaleza.

Taboada era un hombre astuto y de una inteligencia inmensamente cultivada; indudablemente el General Gutierrez era un peligro para sus vecinos, desde que contaba con el apoyo indirecto de Benavidez.

Tarde ó temprano tendrian que pelear con él, ya lo sabia, mientras que del Campo, dueño de Tucuman, ofreceria siempre una fuerte columna de apoyo para Santiago.

Sin embargo, antes de decidirse y comprometerse en una contestacion definitiva, quiso esperar hasta ver el camino que tomaba Gutierrez.

Este no habia descansado un momento desde la muerte de Espinosa, y viendo que Santiago era la Provincia donde se aislaba el cura del Campo, preparó una expedicion para dar en tierra con el poder de Ibarra y de Taboada, invadiendo la Provincia de Santiago, cuando menos esperado era un golpe de aquella naturaleza.

Fue entónces que Taboada é Ibarra celebraron un tratado con el cura del Campo en representacion del partido liberal en Tucuman, por cuyo tratado de alianza Tucuman y Santiago se obligaban á sostenerse mutuamente.

Esto importaba para del Campo el triunfo indudable de un partido escribiendo en el acto á sus amigos, por medio de chasquez seguros, que aprovechando la ausencia de Gutierrez y su ejército hicieran la revolucion en Tucuman apoderándose del Gobierno, mientras ellos darian una batalla seria al ejército de Gutierrez.

Seguro de que el movimiento se haria y triunfaria, porque el partido liberal era numeroso y decidido, del Campo solo se preocupó en ayudar á Taboada en la rápida organizacion del ejército que era necesario para rechazar la invasion de Gutierrez.

Los quinientos hombres que estaban con el cura del Campo se internaron hácia la capital, formando un ejército que se convino confiar á la exclusiva direccion del General Taboada, sin escluir por esto de sus filas al jóven sacerdote, cuyas condiciones militares eran ya conocidas.

Por otra parte, era necesario darle toda la participacion militar posible, pues así los contingentes de Tucuman harían con mas entusiasmo la campaña.

En Santiago habia magníficos elementos de fuerzas y grande el prestigio de Taboada sobre las masas.

Esto y la invacion de Gutierrez, que se habia apoderado ya de algunos departamentos, facilitó nuevamente la formacion del ejército, que en pocos dias llegó á contar con mas de dos mil quinientos hombres.

Y dando á Campos el mando de la avanzada para que operase, segun sus instrucciones, Taboada se puso en marcha sobre los departamentos invadidos por las fuerzas de Gutierrez.

Esos, despues de saquear las pequeñas poblaciones tomadas y cometer en ellas todo género de exesos, vivaqueaban tranquilamente para seguir las primeras partidas emprendidas por el cura del Campo, á quien sus soldados, para mayor facilidad empezaban á llamar el cura Campos, nombre que fué despues generalmente conocido.

Aquellos grupos atacados rudamente, que no eran mas que avanzadas de Gutierrez, empezaron á plegarse apresuradamente hácia el grueso del ejército, calculando que detras de aquellos pelotones vendría el cura Campos, que habia empezado hacerse temible por su arrojo en el combate y la insistencia durisima de sus cargas.

Gutierrez, al ver el desorden con que se le reincorporaban sus avanzadas, creyó que Campos se le echaba encima de un momento á otro y empezó á contramarchar hácia Tucuman, buscando salir de las poblaciones y campar en sitios á propósito para hacer jugar su artilleria, arma en que tenia ciega confianza.

Como la mente del General Gutierrez habia sido apoderarse de la Provincia de Santiago batiendo en toda regla á Taboada, habia llevado consigo lo mejor de sus tropas en armas y en hombres, buscando la mayor facilidad y rapidez de resultados.

Sus marchas eran pesadas y no estaban en relacion con las que podia hacer un ejército libiano que aperaba en territorio propio.

Los encuentros del cura Campos con las avanzadas de Gutierrez empezaron á producirse con las mayores ventajas del primero, que logró hacerles muchos prisioneros y tomarles algunas armas y cabalgaduras.

La campaña no podia empezar con mayores ventajas.

La invasion habia sido completamente corrida de Santiago y empujada en derrota hácia Tucuman.

Gutierrez podia volver á la Capital á rehacerse ó fortificarse, pero del Campo contaba con que entonces hallaria triunfante en la ciudad la revolucion liberal.

Taboada se detuvo en el limite de Santiago, esperando las noticias que vinieran por chasques de Tucuman, para segun ellas, resolver las operaciones mas convenientes.

Del Campo esperaba tambien aquellas noticias de un momento á otro, no comprendiendo cómo no las habia aún recibido.

Es que el paso era difícil sin que las fuerzas

de Gutierrez los sintieran, siendo espuesto caer en sus manos con comunicaciones importantes.

De pronto Gutierrez que se habia detenido como á esperar el ejército de Taboada, levantó campamento emprendiendo una marcha forzada hácia la ciudad de Tucuman.

Y como ellos no lo hostilizaban, era indudable entonces que aquella marcha se emprendia por malas noticias recibidas de la ciudad.

— La revolucion debe estar triunfante y Gutierrez marcha á sofocarla, dijo del Campo á Taboada; me parece que es el momento de atacarlo.

Taboada fué de la misma opinion, poniéndose en marcha inmediatamente para dar la batalla.

Y fué en esta marcha que los alcanzó el primer chasque con las mas felices noticias.

La revolucion estaba triunfante en la capital y derrocado el Gobierno provisorio que dejó Gutierrez.

Sus gefes se ocupaban en organizar algunas fuerzas para salir el encuentro de ellos así que se presentaran, ó sostenerse en caso de ser atacados por el ejército.

En vista de aquellas noticias Taboada apresuró sus marchas, y dos dias despues estaba sobre Gutierrez, obligandolo á la batalla inmediata.

Este no dudaba un momento del éxito de la batalla, dada su gran superioridad de tropas y elementos bélicos, así es que la aceptó desde el primer momento, tendiendo su compacta línea.

— En cuanto hagamos jugar la artilleria, dijo no queda un santiagueño sobre el campo de batalla.

— Un momento, dijo del Campo á Taboada, antes de entrar en combate.

No es difícil que, como en la última acción, se pase á nosotros la mayor parte de la infanteria enemiga; es preciso entonces, para prevenir una traicion, que aquellos cuerpos pasados de cuyos gefes no pueda yo responder, sean colocados con un batallon ó un regimiento á la espalda, que pueda hacerlos pedazos en cuanto intentan volver sus armas contra nosotros.

Visto el buen resultado de la primera traicion, no será extraño que intenten la segunda yo conozco á Gutierrez y sé que para él todos los medios son buenos.

El asesinato de Espinosa es una débil mnemora de lo que él es capaz.

— Oh! no lo han de hacer con migo, dijo Taboada, en primer lugar porque se hará lo que usted dice y en segundo porque no me pondré yo á tiro de pasados.

Concluida esta conferencia, cada uno ocupó su puesto y poco despues el cañon del ejército de Gutierrez daba la señal de la pelea.

El general Taboada era un guerrillero práctico y hábil: no tenia cañones, pero sabia apagar sus fuegos con buenas y prudentes cargas.

Gutierrez se hacia muchas ilusiones en su artilleria, pues aunque es verdad que sus cañones eran de primer orden, allí á donde á penas se conocian las piezas de 24, sus artilleros no sabian manejarlos, de modo que sus piezas no hacian al enemigo el menor estrago.

De aqui venia que la vanguardia de del

Campo no tuviera ningun miedo á las piezas, cargando sobre ellas como sobre pedazos de palo.

Gutierrez hizo cargar á la bayoneta sus dos mejores batallones sobre el centro de Taboada.

Pero estos cuerpos, á cierta distancia cambiaron de direccion y con los fusiles dados vueltas marcharon hácia donde estaba del Campo.

Eran pasados, y pasados de buena ley, pues á penas tomaron colocacion entre las filas del cura, rompieron sobre el enemigo un fuego tremendo y certero.

Campos, lleno de entusiasmo y de esperanzas, reforzó estos dos cuerpos con un regimiento de sus mejores ginetes y los mandó que se estrellaran contra la artilleria, tratando de tomar las piezas.

Los artilleros que no podian estar en todos los detalles de la batalla, no vieron mas que compañeros que volvian de una carga y trataron de abrirles paso.

Y el mismo Gutierrez que creyó que ellos volvian con un Regimiento prisionero ó pasado los miró llegar con placer inmenso.

Así la sorpresa fué estupenda cuando ellos rompieron el fuego á quemarropa y la caballeria los cargó de una manera imponente.

La sorpresa no dió lugar á la defensa, y la derrota se pronunció en la artilleria.

— Que mé deje atender este punto! mandó decir del Campo á Taboada con un ayudante, y opere sobre el enemigo de una manera decisiva.

Y como Gutierrez enviaba refrescos en defensa de sus piezas, del Campo en persona cargó con toda su division para reforzar los suyos y sacar los cañones del campo enemigo.

El combate era allí formidable y los de Gutierrez perdian terreno sensiblemente.

Viendo que la izquierda se debilitaba para acudir á sostener las piezas, allí mandó Taboada unacarga por Regimientos que lo puso en derrota en menos de diez minutos.

El cura del Campo que no perdía un solo detalle de la batalla en general, mandó sacar las piezas por su caballeria, mientras él, con la infanteria sostenia la retirada y contenía á los cuerpos que trataban de arrebatárselas nuevamente,

Y mientras el grueso del enemigo atendia su izquierda y su centro rudamente atacados, volvió al lado de Taboada y las colocó en bateria.

Un abrazo fuerte y cariñoso del general, fué la felicitacion que recibió el jóven al lado de las piezas que con tanto brillo acababa de tomar, las que empezaron á hacer sobre Gutierrez un fuego terrible y continuado.

La batalla estaba completamente ganada y la retirada no podia tardar en principiar.

Tomada la ciudad por los liberales, á donde se retiraba Gutierrez con los restos de su ejército?

Este, que sabia ya que la capital estaba en poder de la revolucion y que derrotado en el campo de batalla ni tenia á donde huir, se conchuyó de desmoralizar, y los cuerpos no solo empezaron á dispersarse abandonando las armas, sinó que empezaron á rendirse á dis-

crecion y pidiendo solo que se les conservara la vida.

El entusiasmo de las tropas de del Campo era indescriptible: no se escuchaban mas que los estruendos vivos al cura Campos, y las alegres dianas que repetian todos los cuerpos en señal de triunfo.

La batalla de Laureles que así se llamó, auguraba la tranquilidad no solo de Tucuman sin de las provincias vecinas amenazadas por la ambicion de Gutierrez.

En cuanto este vió perdida su artilleria y envuelta la izquierda, convencido de que aquello no tenia remedio, huyó para San Juan acompañado de algunos gefes y un pequeño grupo de soldados, sin que de ello se apercibieran sus mismas tropas, aturdidas por la confusion natural de la derrota.

Cuando el ejército empezó á desbandarse huyendo ó rindiéndose, Taboada quiso mandar hacer una nueva persecucion en toda regla, pero del Campo se opuso con palabras llenas de nebliza que convencieron sin ningun esfuerzo al general santiagués.

— Son tucumanos, dijo, tucumanos que han venido violentados porque no tenian mas remedio que obedecer ó hacerse fusilar! van sin armas la mayor parte y sin donde volver la cara — no son siquiera enemigos y no merecen la matanza inevitable en toda persecucion, Taboada no insistió.

Era un pedido hecho de una manera noble y razonadísima, cuya concesion no podia importar el menor perjuicio, ocupando sus tropas en recojer las armas diseminadas en todas direcciones.

Lo único que sentian los dos vencedores era que Gutierrez se les hubiera escapado esos principales, cabecillas, y corifeos federales.

— No importa, exclamó del Campo, ya ningun mal pueden hacer.

El cura del Campo mandó inmediatamente á Tucuman chasques anunciando su triunfo á su llegada para dentro de dos dias, pues era necesario dar descanso á aquellos valientes que habian batallado de una manera tan heroica, contra un enemigo diez veces superior si se atiende á su número y á su armamento.

Y pedía se le alcanzara en el camino con una buena provision de viveres para repartir entre vencedores y vencidos.

Todo aquel dia se empleó en recoger las armas, que se repartieron por partes iguales entre santiagués y tucumanos, se descansó toda la noche, y á la madrugada siguiente, despues de saludar la salida del sol con alegres dianas, se emprendió la marcha á Tucuman por parte del cura Campos y el general Taboada, mientras la mayor parte del ejército de este último regresaba á Santiago.

La alegria del pueblo tucumano era inmensa: la poblacion en masa salia al encuentro de su caudillo, rindiéndole el tributo de su admiracion y su cariño.

La batalla de Laureles era el golpe de muerte asestado contra la tirania irritante del general Gutierrez y el triunfo estable de la libertad y los principios garantidos por un carácter como el del cura del Campo, cuyo temple

acababa de probarse de tan brillante manera.

Organizándose el país, se trató de nombrar Gobernador, y el nombre del cura Campos brotó espontáneamente de todas las bocas.

Jamás en la República se habrá hecho una elección mas libre y unánime!

Una sola dificultad se presentaba, y es que el Gobernador electo no tenia aún los treinta años que le exigía la ley.

Del Campo quiso renunciar y retirarse á su curato una vez concluidos los tratados que habia que ratificar con Taboada, é indicó á sus conciudadanos los candidatos entre quienes debian elegir.

Pero todo Tucuman insistió en que su Gobernador habia de ser el cura Campos, para lo cual la Legislatura se vió obligada á habilitar la edad.

El jóven del Campo se vió obligado á aceptar, y desde el primer momento se entregó con toda abnegacion á hacer la felicidad de su provincia, tan tiranizada hasta entónces.

Se ocupó en asegurar por medio de un tratado de alianza con el Gobernador de Santiago, organizó los tribunales de justicia, cosa desconocida en Tucuman donde no habia mas justicia que la que mandaba el General Gutiérrez, y concluyó bien pronto con el abuso y las enormidades que hasta entónces habian imperado como único sistema de Gobierno.

Y los pobres paisanos que no tenian la mas remota idea de lo que era derecho y libertad se quedaron pasmados al saber que tenian donde que'arse cuando se cometiera con ellos una injusticia y donde reclamar lo que era de su propiedad y que estaba en manos de tal ó cual personaje.

Gobierno de órden y de libertad, no permitió que se efectuaran persecuciones en las personas del partido caido, las que podian vivir en Tucuman sin que nadie las molestara para nada.

— Ahí están los tribunales de justicia, decia

cuando se queria hacer una persecucion odiosa: al que sea culpable acúsenlo ante los jueces que ellos le aplicarán la ley haciendo rigurosa justicia.

Y los mismos federales, aquellos mas intransigentes y empecinados, se hicieron tan partidarios de aquel Gobierno de órden, que fueron los primeros en prestarle su mas eficaz ayuda.

La administracion y la política absorbieron por completo el espíritu elevado de aquel jóven, á quien las puertas de la vida se habian abierto en medio del trabajo y la fatiga.

Y comprendió que la vida encerraba algo mas que trabajo y sufrimiento, que el espíritu tenia tambien sus goces y que la juventud tenia tambien sus halagos y sus horas de suprema ventura.

Y la religion de su ministerio, á la que habia dedicado los primeros años de su vida, con toda la fuerza de su gran carácter, fué mirada como una cadena de presidiario que era preciso romper, porque la mision que Dios habia dado al hombre en la sociedad y en la familia, era mil veces mas sublime que la inútil mision del claustro, donde un hombre al encerrarse en vida, se roba á su verdadera mision y á la utilidad comun.

El hombre sintió sobre su cabeza juvenil la atmósfera del poder y de aquel clima eminentemente poético y comprendió que el corazon estaba en el pecho del hombre para algo mas que para amar á Dios y á la patria.

Y las reuniones de la primer sociedad tucumana donde brillaban ojos humanos, con toda la espresion juvenil y ardiente y fisonomias radiantes de belleza, con su bocas tropicales y sus párpados mortecinos, dieron á su espíritu un nuevo soplo de vida, levantándolo á una esfera para él desconocida.

Y colgó su sotana, puesto que los acontecimientos lo habian empujado en un sendero bien distinto del que se habia trazado en los primeros años de su laboriosa vida.

El Caudillo general

Chacho se habia entregado por completo a servir los intereses de Urquiza, porque lo creia un Gobierno de principios que importaba la salvacion del pais, del abismo en que hasta entonces habia rodado?

Le habia jurado lealtad, porque estaba convencido que era el Gobierno legal, y ya sabemos hasta donde llevaba Peñaloza su lealtad y su abnegacion.

De aquel lado estaba su amigo el General Benavidez y el Chacho no podia tener entonces duda de que el General Urquiza representaba el dominio del partido liberal y unitario.

El General Peñaloza habia llegado al apogeo de sus aspiraciones.

La posicion de General, dada por el Congreso de la Nacion para un hombre de su condicion humilde y que no daba la menor importancia á los servicios que habia prestado, era el último limite donde podia llegar un hombre.

El General Urquiza lo habia nombrado segundo jefe del ejército de Cuyo, en la seguridad de que la paz no seria alterada y que Peñaloza seria el viejo sostenedor de su politica.

Urquiza que no se fiaba de nadie, escarmestado tal vez con lo mismo que él habia hecho con Rosas, habia sin embargo depositado toda su confianza en el Chacho, porque habia calado ya toda la nobleza y lealtad de su gran carácter.

— Mientras viva Peñaloza, se habia dicho este, puede el gobierno estar tranquilo descansando en mí.

El gran caudillo riojano por un error de apreciacion se alejaba así del lado de la verdadera causa liberal, apoyando á los hombres que mas tarde habian de ensangrentar el suelo de la patria por sus mas mezquinas ambiciones.

Peñaloza se retiró á Jacha, al lado de su familia donde vivia rodeado de toda la felicidad que puede ambicionar el hombre mas exigente.

Querido hasta el delirio por el pueblo y respetado de todos á causa del poder que representaba, no se mezclaba para nada en la marcha del pais, que tenia sus autoridades libremente elejidas, y que lo guiaban por el buen camino.

Consultado en las cuestiones mas graves, porque era un hombre de muy buen juicio y vistas claras, manifestaba sus opiniones sin hacer la menor fuerza en que ellas fueran

aceptadas limitándose á decir ahora que el gobierno haga lo que le parezca, que para eso es gobierno, yo nada tengo que hacer en esto.

Peñaloza nunca recurrió al Gobierno para pedir un servicio para sí, porque decia que basta que él pidiera para que al Gobierno acudan aunque no fuera justo.

Pero para qué necesitaba del Gobierno él que era el verdadero Gobernador de la Rioja?

Nadie se hubiera atrevido á contrariar la menor disposicion por él tomada, no porque tuvieran miedo de que fuera á enojarse, sino por no causarle el menor disgusto.

Peñaloza era la suprema justicia de la Rioja, porque á él acudian todos para zanjar sus mayores dificultades, porque sabian que Peñaloza era la rectitud personificada, incapaz de tener parcialidad á favor de su mejor amigo.

Si se trataba de uno que debia dinero á otro y acudia á Chacho en demanda de justicia, éste los oia atentamente, y si lo encontraba justo, condenaba al deudor a pagar la suma cobrada sin mas trámite.

Pero dado el caso de que siempre el deudor no tenia dinero y el acreedor exigia el pago en animales y en prendas, lo que importaba dejarlo en la miseria.

Entonces Chacho pagaba por el todo si podia, y si nó entregaba una suma á cuenta haciéndose responsable lo demás.

Esta era la manera de arreglar las cuestiones entre los que á él acudian en demanda de justicia.

De modo que Peñaloza tenia un capital empleado en préstamos diferentes que no cobraria nunca, porque eran hechos á infelices que nada tenian.

Cuando alguno necesitaba alguna concesion del gobierno, ó algun favor de la autoridad, acudia á Chacho que se costeaba á la fija para ir á pedir el servicio, porque entendia que él tenia la obligacion de servir á todos, puesto que todos lo servian á él cuando lo necesitaba.

Y si el Gobierno hacia alguna objeccion ó ponia alguna dificultad, Chacho tenia una filosofia orijinal de convencerlo.

— Digame, preguntaba, si yo le pidiera esto para mí, podria hacerlo?

— Es claro que sí, era la respuesta, pues que el Gobierno no debe negar nada al mejor y mas leal hijo de la provincia.

— Pues si se puede conceder para mí, se puede conceder para cualquiera, concluia Peña-

loza, porque yo no tengo corona y soy igual al último de los riojanos.

Dígame, si en una cosa tan sencilla que á nadie perjudica se les dice que no, con que derecho vá á pedirles despues el Gobierno el sacrificio de su vida cuando la necesite?

Vamos á pelear, decimos nosotros al pueblo cuando es necesario y el pueblo nos sigue sin preguntarnos porque vamos á pelear y que van ellos á ganar en la cruzada.

Y abandonan sus familias y sus intereses sin mirar para atrás, esponen la vida y reciben la muerte con la sonrisa en los lábios y sin pedir la mas miserable compensacion.

Entonces, pues, no es posible negarles algun miserable servicio que pidan y que nunca vale un átomo de todo lo que ellos dan cuando es necesario, puesto que empiezan por dar la vida.

El Gobierno que no sabe compensar los sacrificios de un pueblo, no merece que un pueblo acuda á su llamado con la lealtad que acude el pueblo riojano.

Y como esto lo decia delante de todos, todos sabian que del Chacho podian esperar lo todo, y de ahí se esplica aquella idolatria ciega que los hacia acudir en el acto allí donde habia sonado la voz del Chacho.

Por esto es que el Chacho en un momento reunia dos ó tres mil hombres, puesto que todos por seguirlo, abandonaban todo cuanto tenían, sin cuidarse si lo encontrarían ó nó á la vuelta y si volverian ellos mismos.

Así la idolatria por aquel hombre extraordinario habia pasado á los límites de la Rioja para extenderse por las demás provincias, adonde directa ó indirectamente llegaban sus beneficios.

La Victoria, por otra parte, era la gran columna de apoyo de los necesitados, porque para complacer su menor deseo, el Chacho no conocia imposibles.

Amaba á su compañera sobre todas las cosas de la tierra; no existiendo nada para él comparable á la satisfaccion suprema de proporcionarle un placer.

Así es que cuando á un solicitante le parecia demasiado gordo el empeño que solicitaba acudia á la Victoria, en la plena seguridad de conseguirlo.

Porque la mujer del Chacho no razonaba, ni discutía la justicia de su empeño.

—Quiero hacer tal servicio mandaba decir al Gobierno y el Gobierno le otorgaba porque no era posible resentir la sin haber hecho á Peñaloza la mayor ofensa.

Así es que en los empeños grandes y aventuras difíciles era siempre á la Victoria á quien acudían como que á ella nadie le hubiera negado la menor cosa.

Las madres cuyo único hijo se les escapaba para irse á la guerra, á ella acudían para que Chacho no lo admitiera como soldado.

—Vuelve hijo, vuelve al lado de, la madre que te necesita para su sustento, decia Peñaloza al muchacho, que si acaso necesito mas gente, yo te avisaré y entonces ella te dará licencia, porque será peor que por no pelear conmigo entren los enemigos á la Rioja y hagan otra clase de herejías.

Esta clase de empeño los hacían siempre á

Victoria, porque alguna vez que se habian dirijido á Peñaloza, éste habia contestado que él no se metía en los actos voluntarios de los demas.

—Para defender los derechos de la Rioja decia entonces, ya ven que hasta mi misma mujer marcha á campaña, y pelea á la par de cualquier soldado.

Así Chacho contaba con la bendicion de todos, pues no tenia que acusarse de haber hecho derramar una sola lágrima.

Jamás habia forzado á nadie á marchar contra su voluntad ni contra la de sus padres, y jamás habia ordenado para nadie un castigo corporal.

Sus lábios estaban vírgenes de haber pronunciado una sentencia de muerte.

El castigo mas cruel que aplicaba como correctivo al robo, era la espulsion de los que este delito habian cometido, de entre las filas de sus soldados, con prohibicion expresa de no ponerse jamás por delante.

Así, se veía que aquellas tropas, voluntarias en su totalidad, y sin mas disciplina ni freno que el amor de su caudillo, no solo no habian cometido nunca esas depredaciones que cometían las mismas tropas regulares, sino que eran la verdadera garantia de los departamentos donde campaban.

Las casas de comercio estaban seguras que no les seria sacada por la violencia ni una sola libra de azúcar, puesto que él mismo Peñaloza era el primero en empeñar sus prendas para comprarla, y permanecían con sus puertas abiertas, lo que no sucedía cuando la provincia era cruzada por otra tropa estraña á Peñaloza.

Es que Peñaloza tenia tambien su manera original de proceder con respecto al comercio que obligaba á éste á facilitar á sus soldados lo que éstos lo pidieran con buenas garantías.

Cuando habia tomado alguna de aquellas grandes árrias con que alguna autoridad federal pagaba á otra alguna contribucion de guerra, como varias veces sucediera con el General Gutierrez, Chacho repartía entre sus soldados todo lo que era dinero, yerba, azúcar, y tabaco.

La bebida, los cueros y otra clase de artículos que la tropa no podia aprovechar, la repartía entre los comerciantes que alguna vez habian servido al ejército.

Y su memoria era tan larga á éste respecto, que cuando algunos de los negociantes que se hallan en estas condiciones no acudia al reparo por algún inconveniente, Chacho hacia reservar su parte y se la remitía a su misma casa, á cualquier distancia que esta estuviera situada.

Así en las épocas de mayor miseria para los soldados de aquel gran caudillo, los pulperos y negociantes se habian cotizado en toda la Provincia de la Rioja para mandar á Chacho la yerba y azúcar que pudiera necesitar.

Con la garantia verbal de Peñaloza, ningun negociante tenia inconveniente de entregar los artículos que se les pidieran, porque ya sabian ellos que Chacho no salía de garantia sino por aquellos que podían pagar cómodamente, y porque ningun comprador á quien él

Chacho hubiera garantido se atrevería á faltar á su compromiso, dejando mal á su caudillo.

En aquella época de paz general, tanto la Rioja, como Tucuman, Mendoza, y Santiago mismo, habian adelantado de una manera notable.

Habia dinero porque Urquiza pagaba con cierta regularidad á las tropas que habia movilizad y ocupaba en las Provincias de Cuyo y la gente podia entregarse con descanso al trabajo, pues despues de la caida de Rosas, el comercio con Buenos Aires y el litoral empezó a tamar una importancia que jamás habia tenido.

A Buenos Aires venian contínuos y numerosos cargamentos de todas las provincias del Norte, que se cambiaban aqui por artículos de primera necesidad ó se vendían para el litoral, á buenos precios.

Como la federacion ya no metia mano en las haciendas y dinero de los unitarios y los gobiernos pagaban mas ó ménos bien sus compromisos, la plata circulaba y todos tenian con abundancia ó con escasez, pero todos tenian.

Peñaloza era el soldado predilecto de Urquiza y su brazo derecho en el interior.

Y como para este Urquiza no era mas que el Gobierno supremo de la Nacion, ni siquiera meditaba las órdenes que emanadas de él recibia.

Las cumplia al pié de la letra dejándole toda la responsabilidad de su ejecucion, siempre que estas no fueran órdenes de sangre, se entiendo, pues Chacho no derramaba sangre sino en el campo de batalla, y eso, durante la pelea.

Concluido el combate, el enemigo era sagrado para el General Peñaloza: sin que haya hasta ahora un solo prisionero que pueda decir que fué maltratado por las tropas de aquel gefe modelo de generosidad y de hidalguia.

Cuando el prisionero era un gefe ó un oficial herido, que no podia seguir la marcha de sus tropas, lo dejaba en la primera poblacion del tránsito, recomendando de esta manera:

—De la vida y del bienestar de este hombre respondo yo con mi buen nombre: que se le cuide como si fuera el mas querido de nuestros oficiales. para que no se diga que somos bandidos que no respectamos ni al prisionero herido.

Y lo dejaba, en la seguridad que seria tratado tal como lo habia dicho y atendido en todo aquello que pudiera necesitar y fuese posible darle.

Al fin aquellos prisioneros no eran culpables porque ya se sabia que la mayor parte venian á combatirlos por, que no tenian mas remedio que obedecer las órdenes que recibian.

Las batallas no eran sangrientas, porque una vez que cayó Rosas y desaparecieron Oribe, Aldao, y Gutierrez mismo, no se combatia con esa zafia imponderable, con ese odio que negaba todo favor al vencido, á quien solo se trataba de destruir y aniquilar, degollando los

prisioneros sin distincion de clase ni de persona.

Esto no se habia hecho nunca en los ejércitos de Peñaloza, donde no habia precedente de un solo acto de crueldad, desde que desapareció Quiroga, único que hacia cometer y los comedia él mismo.

Asi es que las poblaciones de la Rioja, habituadas á aquellos tratos nobles del caudillo eran lo primeros en amparar no solo á los heridos, sino á los rezagados de las marchas por cansancio, ó por enfermedad.

La provincia de la Rioja se ha distinguido siempre así, por el valor y constancia de sus hijos y por la hospitalidad ejemplar de sus poblaciones, que no hacian la menor distincion entre el herido enemigo y el propio herido.

Las familias no veian en el mas que un herido digno de compasion y de respecto, cuidándolo como si se hubiese tratado de uno de sus miembros.

En la Rioja se práctica la hospitalidad franca y sin reserva, como un deber de conciencia é ineludible, compartiéndose con el forastero lo mejor que se tiene; la mas cómoda casa y el alimento mas fresco.

En las mismas poblaciones mas pobre donde se hacen provisiones de carne y otros alimentos para una semana, estos se sacan todos para el huésped se sirve á su voluntad y sin medida, aunque á su retirada no tengan ellos que comer.

Si el huésped tiene con que corresponder á los beneficios recibidos y corresponde á ellos espontáneamente, se recibe su obsequio con la mayor buena voluntad.

Pero no habrá labio que se mueva para pedirlo una recompensa por los favores que se le han hecho.

Esto en las poblaciones mas miserables, que las otras tomarian á ofensa todo lo que tuviera al menos carácter de remuneracion.

Sin la menor relacion de amistad y sin dos reales en el bolsillo, se puede dar vuelta toda la provincia de la Rioja, sin temor de sufrir necesidades, porque la hospitalidad allí es un deber tan ineludible que todas las casas de familia tienen su habitacion de huéspedes dispuesta siempre á recibir al primero que llama á la puerta.

Enemigos y amigos todos son iguales para la consideracion del que hospeda.

Muchos han pagado ingratamente los beneficios recibidos, pero esto no ha modificado en nada el carácter de las gentes.

Las tropas nacionales han cometido excesos de todo género, horrores verdadero que mas adelante hemos de narrar.

Y sin embargo nunca preguntó nadie al soldado herido á qué tropa pertenecia ni cuál era su modo de pensar.

Los ha cuidado y una vez bueno, se le indicaba el camino que habian tomados los suyos.

Una aventura de Sarmiento

Nadie había mirado el triunfo de los principios en Tucuman, con mas placer que Benavidez.

Eminentemente liberal y unitario en creencias, no había podido desligarse del elemento federal que había manejado siempre y había sostenido al General Gutierrez porque asi convenia á los intereses del General Urquiza, pero en cuando pudo, lo había abandonado á su suerte y á su derrota, no queriendo meterse para nada en los asuntos de Tucuman, y menos hacer oposicion á la politica recta y liberal del cura Campos, quien no miraba ya en Benavidez un enemigo politico sinó un amigo personal.

Es que el General Benavidez no tenia resistencias enconadas ni entre los mas exaltados unitarios, porque era un hombre que nunca lo había perseguido á muerte que nunca había hecho de gollar por su cuenta como los hombres de Rosas en las otras Provincias.

Al contrario siempre que había podido prestar un servicio, lo había echo sin mirar para atrás, y sin importarle si aquel servicio prestado á un Unitario descontentaba ó no al circulo federal que lo rodeaba.

De esta manera él tenia sus amigos en todos los circulos, y lograba hacer un gobierno tranquilo, ganando por lo pronto la seguridad que una vez terminado su periodo, lo dejarían vivir en paz y sin persecuciones, fuera cual fuese el hombre que viniera al Gobierno.

Esta era sobre todas su mayor aspiracion, porque queria vivir entre los suyos y en su provincia sin que nadie le hiciera objeto de sus persecuciones y de sus odios.

Una prueba de las contemplaciones que Benavidez había tenido con los unitarios, era la siguiente aventura que motivó la emigracion de Sarmiento á Chile, poco antes de la caida de Rosas y cuando mas exaltados estaban los animos federales en contra de los revoltosos unitarios que no perdian oportunidad de hacerles la guerra y mostrarles el odio que por ellos tenian.

En esa época vivia en San Juan el General Sarmiento, hombre jóven entonces, y entusiasta por todo lo que era libertad y tendencias á destruir el Gobierno infamante de Rosas y sus caudillos feroces del interior.

Lleno de juventud, y de un carácter tenaz y emprendedor, sin que hubiera nada capaz de imponerle, como sucede á aquella edad en que el temor no entra para nada en los cálculos del hombre, Sarmiento se reunia con algunos amigos, jóvenes y entusiastas como él, y te-

nian largas conversaciones, en las que no eran ajenas las largas tiranidas revolucionarias y los discursos contra la tirania.

Sus originalidades y el empeño de combatir al partido federal, sin preocuparse de las dificultades que había que vencer, le habían dado cierta fama de loco, en el sentido cariñoso que se dá á esta palabra, cuando se emplea para designar á un hombre alegre y original.

Porque no es que Sarmiento fuera loco en realidad, sinó que era un jóven que se preocupaba muy poco de los demás cuando queria hacer una cosa y no consultaba jamás la opinion de nadie.

Tenia una frecuencia ruda para decir sus cosas, sin importarle nada el ardor que sus palabras pudieran causar en los demás.

Esto le había captado algunas enemistades, sobre todo en el circulo de Benavidez que era contra quien Sarmiento se enaafiaba haciendo alarde en no saludar á los hombres de mas significacion entre aquel circulo, burlando amargamente á los pequeños corifeos y rateruelos de la federal época.

— Ese loco es un gran pillo á quien vá á sucederle un chasco el dia menos pensado, decian unos.

— Son lucaras de Sarmiento, decian los otros, quien le vá á hacer caso?

Y como á cargo de lucaras nadie lo tomaba á lo sério, mas se enconaba Sarmiento y mas hacia alarde de hablar contra el Gobierno y sus hombres mas prestigiosos, verdaderos bandidos que no tenian otra ley ni aspiracion que el saqueo y el robo.

Sarmiento era dependiente de una casa de negocio á estilo de las provincias en aquella época, donde se vendian cosas de la tierra con preferencia á cualquier otra — negocios cuyo mayor capital estaba representado por pasas, licores, orejones, arropo, etc.

Desde atrás de aquel mostrador que había convertido en gabinete de lectura, era desde donde el travieso jóven asestaba sus mas furibundas pues contra los federalazos que paseaban las calles.

Era desde allí que solia lanzarles su mas sangrienta injuria, que consistia en gritarles aquello de adios federal.

La familia de Sarmiento calculando que aquella tarde ó temprano había de costar caro al jóven, se había empeñado para que modificara su carácter y modo de ser, concluyendo por intimárselo sus tios y personas mas respetables.

Peró si Sarmiento per respeto á ellos se mo-

dificaba un par de dias, era para volver mas seriamente á sus originalidades y diatribas.

Entónces no habia ninguna ley tras de la cual pudiera ampararse un ciudadano.

No imperaba mas ley que la suprema voluntad de los Sres. mandatarios, que se hacian respetar, muchos de ellos por medio del rebenque como primera y contundente medida, sin perjuicio de usar otros mas eficaces si este no producía los resultados que se buscaban.

El jefe de Policia, por ejemplo, era un tipo escepcionalmente terrible y caprichoso.

Insigne reñidor de gallos, pasaba su vida dedicado á los gallos y al reñidero, y se figuraba que la ciudad no era otra cosa que un reñidero de que él era juez, tratando á los ciudadanos como á simples gallos y resolviendo toda cuestion policial como cualquier riña ó *moguello*.

Lo que él mandaba era lo que se hacia, aplicándose siempre como primera amonestacion una rebenqueadura de primera fuerza.

El personal de la policia era un personal digno de semejante jefe.

Compuesto de los peores elementos posibles y con el ejemplo del jefe, cada comisario, cada empleadote se creia una autoridad suprema contra la que no habia apelacion posible puesto que el jefe sostenia sus actos á toda costa.

Muchos groseros y sin la menor educacion, procedian siempre de una manera contudente, sin detenerse en la averiguacion de los hechos.

Procedian siempre por la primera impresion y segun sus simpatias y caprichos, seguros de que el jefe, lejos de observar su conducta, cargaria la mano, en pleno apoyo de la resolucion que ellos hubieran adoptado.

El General Benavidez lamentaba estos abusos, pero no podia cortarlos de raiz sin disgustar al circulo que lo sostenia y en quien tenia depositada su mayor confianza.

Era necesario contemplarlos y contemporizar con sus abusos que iria modificando poco á poco y como fuera pudiendo.

Esto era lo que aterraba a los amigos de Sarmientos, que le hacian observar detenidamente todos estos peligros, con buenas y aceptables razones.

— Es necesario que no seas loco, y que te convenzas que de todos modos nada vés á ganar con tu conducta original que á nada conduce, y que ninguna ventaja puede importar á las teorías que profesas.

Ya sabes que aquí no impera mas voluntad que la del jefe de Policia y el capricho estúpido y gauchesco de los bandidos erigidos en subalternos suyos y representantes de la ley.

Guarda silencio hasta que los sucesos se presenten de una manera mas favorable, porque lo que tú haces con tu conducta es provocar á esa chusma infame, y esponerte á que hagan contigo una de aquellas atrocidades que vemos diariamente.

Pero Sarmiento no tenia cura posible, prometia moderarse, pero era para volver con mas fuerzas á su oposicion y sus diatribas, lo que

autorizaba mas la clasificacion de loco con que todos lo designaban.

O no creia que esto pudiera ocasionarle el menor disgusto ó no conocia peligro capaz de torcer sus propósitos.

Conocido en toda la ciudad, muchos festejaban sus originalidades como verdaderos locuras, pero la autoridad habia empezado á mirarlo de mala manera y á cobrarle una antipatía sumamente peligrosa, que felizmente aún no se habia traducido en la menor persecucion.

El mismo General Benavidez, hablando de estas locuras que era el primero en festejar, habia dicho mas de una vez a los amigos del jóven.

— Es preciso que digan á Sarmiento que no sea loco, porque las locuras como todas las cosas deben tener su limite.

A mi no me importa que hable de mi y diga lo que mas rábia le dé, porque sé que es loco, pero á los demas no le sucede lo mismo y se vá á hacer odiar de todos, no siendo extraño que el dia menos pensado le jueguen alguna broma desagradable.

Los amigos trasmitian á Sarmiento todas estas prevenciones, pero él las atribuía á miedo del Gobierno por el mal que le hacia en oposicion y reia alegremente del temor que manifestaban sus amigos.

— Que no se meta conmigo, habia dicho el jefe de Policia, que no se meta conmigo porque ó me voy á olvidar de ese loco, ó como á loco lo voy á tratar aplicándole el remedio que hace volver cuerdo al loco mas remotado.

Aquella era una amenaza directa y grave y los amigos hicieron presente á Sarmiento que era preciso se reformara por completo en su modo de ser, pues de lo contrario ellos mismos se le separarian temiendo los complicara en sus locuras, añadiendo que era un disparate completo estar provocando á la autoridad de aquella manera, sin ningun propósito meditado y sin la menor ventaja digna de un sacrificio por obtenerla.

— Si ustedes tienen miedo, les dijo entonces Sarmiento, francamente yo no lo tengo: soy unitario enemigo intransigente de la federacion, luchó por el partido unitario y no habrá amenaza capaz de hacerme retroceder en mis propósitos.

Los amigos, temiendo efectivamente la persecucion de los bribones de la Policia, empezaron á esquivarse de juntarse con Sarmiento, quien tuvo una manera originalísima de enmendarse.

Allí atrás de aqul emismo mostrador que habia erigido en gabinete delectura y estudio, fundó un diario liberal con el cual pensaba hacer al Gobierno su mas terrible oposicion, haciendo propaganda contra Rosas y la política de sus tiranuelos en el interior.

Aquel diario, naturalmente, debia ser manuscritos por el mismo Sarmiento, y ser semanal, para tener tiempo de copiar él mismo los diez ó doce números en que debia circular.

Y así pasaba la semana escribiendo y copiando sus mas famosos artículos, con gran perjuicio del mostrador, cuyos parroquianos no eran atendidos con la actividad deseada.

El primer número que salió, en diez ejempla-

res, no dejó de hacer su impresion, aunque era bastante moderado para lo que se esperaba de Sarmiento.

Muchos rieron de la ocurrencia, pero todos reprobaron el diario, diciendo al jóven que se dejara de estas cosas que podian acarrearle una desgracia sería, pues ya sabia que los federales no toleraban oposicion de ningun genero, y mucho menos que se les pusiera en ridiculo provocando contra ellos la risa del pueblo.

Sarmiento reia siempre alegremente de estos temores, y siguió en su empresa con todo el ardor de que era susceptible, trabajando dia y noche, sin descanso, para poder hacer circular su diario siquiera en veinte ejemplares, que él mismo repartia entre las familias amigas.

Así, aunque los suscritores como los números no fueran mas de veinte, los lectores habian de pasar mas de cien, porque el diarito circulaba de mano en mano, teniendo toda la semana para leerse.

De la oposicion moderata pasó á la oposicion violenta, y viendo que Benavidez no hacia mucho caso de lo que en el diario escribia, la emprendió con el Gefe de Policia y sus subalternos, en artículos que no carecian de gracia y de contundencia.

Si ahora mismo un artículo de Sarmiento, de esos artículos apasionados y vivaces en una pieza curiosa y risueña, ya podrán calcular lo que serian aquellos artículos llenos de juventud y travesura.

En ellos se ponía en ridiculo el Gefe de Policia, se criticaba con amargura y originalidad el proceder inicuo de la autoridad, y se invitaba al Gobierno á cortar de raiz estos abusos.

Aquellos primeros artículos hicieron profunda impresion en el virginal pellejo del Gefe de Policia que juró se la habian de pagar, siendo este el principal motivo que incitara á Sarmiento á seguir: en su propaganda.

Sus artículos habian picado como un diablo al Gefe de Policia; en todo San Juan se abalaba de él y de su diario, y Sarmiento se hallaba dominado por una inmensa alegría.

Lo único que sentia profundamente, era no tener el tiempo necesario para copiar doscientos ejemplares de su diario, y hacerlo circular en toda la provincia.

Y siguió, solo absolutamente, aquella rara campana que tan tenazmente emprendiera.

Al segundo artículo contra su honesta persona, el Gefe de Policia no pudo contenerse y se fué á conferenciar con el Gobernador Benavidez.

—Yo vengo á prevenir al Gobierno, dijo enfurecido, que no estoy dispuesto á dejarme mancoear por un loco.

Es preciso que el Gobierno tome sus medidas para que esto no se repita, porque yo entonces voy á hacerme justicia por mi mano y tendremos la fiesta en paz.

—Pero hombre, decia Benavidez tratando de calmarlo; á Sarmiento no hay que hacerle caso por que es loco, ¿no vé lo que he hecho yo? con no hacerle caso, lo aburrí, al extremo de que no volvió á ocuparse de mí.

Haga usted lo mismo y verá como no vuelve á decirle nada.

—Cada uno tiene su temperamento, señor Gobernador: yo, porque no digan que quiero ser mas que usted, me callaré ahora la boca, pero si ese loco vuelve á importunarme, y á injuriarme, yo lo voy á poner cuerdo á fuerza de golpes.

Sarmiento, que sabia la impresion que en el gefe de Policia hacian sus sátiras, preparó para el otro Domingo la mas famosa de todas.

Era una tunda en toda regla, como la puede escribir Sarmiento en un momento de mejor humor, salpicada de palabritas agudas y zafadas en grado heróico.

El gefe de Policia leyó aquella tunda y se fué en persona á buscar á Sarmiento, pero no lo halló en su casa, por fortuna, y enfió á la del Gobernador á darle la última queja, diario en mano.

—Señor, dijo enfurecido, yo no puedo tolerar esta burla que se me está haciendo y que autoriza al primer borracho á reirse de mí.

Yo ya no tengo paciencia, y es necesario que el Gobernador tome una medida seria sinó quiere que yo haga una herejia.

Benavidez volvió á insistir en lo que antes le habia dicho, aconsejándole que el mejor castigo que podia dar á Sarmiento era tratarlo como á un pobre loco, no haciéndole caso.

—Yo no puedo señor, no tengo sangre para aguantar estas cosas y ya toda mi paciencia se á ido al diablo; si usted no toma una medida para que este loco termine cuanto antes con su pasquin, yo le voy á romper las costillas y así estaremos en paz.

Benavidez prometió á su gefe de Policia que él mismo hablaria con Sarmiento, haciéndole prometer á su vez que él no tomaria medida de ningun género contra el jóven, hasta que él no le hubiera contestado.

—Es que todo el personal á mis órdenes se anda saliendo de la vaina por caerle, decia el gefe, y me vá á costar mucho evitar que alguno le dé una paliza.

Sin embargo, desde que el Gobernador me ofrece tomar medidas, yo tambien las tomaré y nada sucederá el loco hasta ver si muda ó no de conducta.

Benavidez tenia miedo de una medida violenta, porque conocia á su gefe de Policia y lo creia muy capaz de cualquier atrocidad.

Por esto queria convencerlo que no debia hacer nada, resolviéndose en último caso á ver á Sarmiento para que se dejara de locuras.

Al efecto, lo mandó á llamar á su casa, teniendo con el la conferencia mas graciosa.

Sarmiento acudió al llamado del Gobernador, sospechándose mas ó menos de lo que se trataba, y dispuesto á mantenerse en sus trece, pues se habia persuadido que le tenian miedo.

—Bien venido amiguito, dijo el Gobernador, se ha mandado á llamar para que se deje de locuras que ninguna ventaja pueden reportarle, sinó es alguna mala aventura con la Policia.

—Para que está embromando, al Gefe? que es lo que se propone en ello y qué es lo que va á sacar en limpio?

Ya que quiere escribir, escriba sobre lo que mas rábia le dé pero deje en paz á la Policia por la cuenta que le tiene.

—Es que el Gefe de Policia es un tirano, contestaba Sarmiento, y yo debo de atacarlo en calidad de diarista, y como defensor de los derechos del pueblo.

—Qué diaristas, que pueblo ni que locuras.

Yo podria hacerlo callar, haciendo uso de mi autoridad, pero no lo quiero porque poco me importan esos papeluchos.

Pero el gefe de Policia que no piensa como yo, se ha propuesto darle un susto y esto es lo que yo quiero evitar.

No sea loco. entonces, déjese de diarios y de ataques que ya le habrian costado caros sino hubiera sido porque yo estoy conteniendo á esa gente.

Le prevengo entonces que toda provicion se les ha agotado y que si usted persiste en sus locuras, yo no podré evitar que ellos hagan una mayor.

La prevencion era como para no echarla en saco roto y Sarmiento prometió no insistir mas en sus ataques, pero dijo que era preciso al mismo tiempo que el gefe de Policia dejase de ser un tirano espantoso y no persiguiera al pueblo como lo habia hecho hasta entonces.

—Y que le importa á usted de todo esto?

—Como no me hade importar? para eso es la prensa, señor Gobernador, para defender los derechos escarnecidos del pueblo.

—Bueno, basta de locuras, terminó el Gobernador, que yo demasiado he hecho con prevenirle lo que puede sucederle, y pedirle que cese en sus locuras si quiere evitar una desgracia.

Sarmiento se retiró prometiendo al Gobernador que no atacaria á la Policia, pero mas decidido que nunca, á atacarla.

Cualquiera que conozca al señor Sarmiento, sabe que es sumamente terco, y que cuando se propone una cosa, no hay medio de hacerlo desistir de ella.

En su número siguiente no se personalizó con la Policia, aunque habló de tiranos y libertades usurpadas, quedando conforme el gefe de Policia con que dejaria en paz al loco, puesto que él ya no se metia con ellos.

Pero aquella trégua no podia ser mas que un descanso que Sarmiento se tomaba para volver con mas bríos á su tema favorito.

Viendo que la Policia no se metia para nada con él y no pudiendo aguantar la poca bulia que hacia su diario, volvió á las andadas con un articulo formidable, en el que no se perdonaba ni siquiera á los vigilantes.

Todo San Juan sabia lo que habia pasado con Sarmiento, asombrándose de que éste volviera á la carga, provocando las iras de un poder de la magnitud de aquel.

Para mayor desventura, el General Benavidez se habia ido aquel domingo á su estancia y el Gefe de Policia era la única autoridad que allí habia.

En la creencia de que todo estaba arreglado, y de que Sarmiento se habia dejado de locuras, ni siquiera volvieron á leer en la Policia, el diario del loco, que era como lo llamaban.

Aquel domingo el Gefe y empleados superiores de la Policia, estaban de farra, á propósito de una riña de gallos que aquel habia ganada.

La comilona habia sido en toda regla y se habia bebido con un entusiasmo que hizo subir el barómetro de la sangre Policial, á una altura fabulosa.

Se reia y se chacoteaba comentando precisamente las locuras de Sarmiento y lamentando que no se le hubiera pegado una tunda para hacerle pagar las insolencias que les habia dicho.

— Es que el Gobernador se empeño, decia el gefe, y yo tuve que ceder, para no parecer caprichoso, á cambio de que el loco se callara la boca, y se dejara de importunarnos.

— Yo siento mucho, argumentaba uno de los Comisarios presentes, cuyo cinturo como la de todos, se allaba adornada por un sable capaz de meter miedo al mas guapo.

Yo me habia hecho la ilusion de medirle al loco las costillas, porque me tiene caliente — pero no pierdo la esperanza y á la primera que haga, y tal vez sen esperar á que la haga, lo voy á poner mas manso que un cordero.

Y como seguian bebiendo, los colegas seguian perdiendo la serenidad, y el deseo de todos se iba manifestando en contra de las costillas de Sarmiento, que no se sospechaba el peligro que en aquel momento corria.

El edificio ocupado por la Policia era uno de esos edificios muy antiguos, de los que aún quedan algunos, como muestra de aquella arquitectura original.

Un edificio de gruesa y enormes paredes, con piezas altas de balcon volado á la calle, balcon que venia á estar cuando mas, á unas cuatro varas sobre la vereda.

En la planta baja estaban las oficinas, calabozo, cuerpos de guardia, etc., y en la alta algunas piezas de empleados, y un salon donde tenian lugar las farras policiales, cuyo balcon volando á la plaza tendria una altura de cuatro varas.

Era en este salon donde habia tenido lugar la comilona, y donde seguian mamándose cristianamente las autoridades policiales de San Juan.

—Esto Benavidez es muy débil, decia el Gefe de Policia, se que el debia haber hecho era mandarnos preso aquí al loco y autorizarnos siquiera, para pegarle un manté, porque el resultado ha sido que nos ha dicho cuanto se le ha venido á la boca, y se ha quedado riendo lo que no está bien.

No importá, no importá ¡esclamaba aquel que tanto interés demostraba en caerle á Sarmiento, el loco no ha de tardar en darnos un motivo divertido y entonces, sin que lo sepa el Gobernador nos desquiteremos de todas las que nos ha hecho.

No bien habia este concluido de hablar, cuando entró un amigo con el diario de Sarmiento en la mano y diciendo:

— Este loco no tiene cura, ahí vuelve otra vez á poner á la policia como trapo de cocina me parece que sino se le dá una paliza, esto no da á concluir nunca.

— Que, nos vuelve á insultar? preguntó el gefe con mirada amenazadora — pues nunca podia haberlo hecho en mejor oportunidad.

A ver, venga el diario y veamos lo que dice.

El diario fué desdoblado y todos escucharon atentamente la lectura que del artículo hizo con toda malignidad el portador.

Era uno de aquellos artículos de Sarmiento, llenos de sal, pimienta y ají cumbari.

Se pintaba al Gefe de Policía con colores terribles y se manoseaba al personal de la repartición, citando algunas iniquidades por él cometidas y poniendo en la fiesta al Gobierno que tales enormidades permitía.

— Estoy ya pasa los limites de mi paciencia gritó el gefe de Policía, y por lo mismo que el Gobernador no está, voy á darle una lección á ese loco pillo, y juro que en adelante no volverá á meterse mas con nosotros.

El loco por la pena es cuerdo y veremos si hace tanto caso del rigor como de los consejos de Benavidez.

— Esto no es nada, agregó el que habia llevado el diario, todavia hay peor.

— Peor que eso? vamos á ver, vamos á ver, observó el gefe interrumpiendo una orden que habia empezado á dar; no quiero que digan que abuso de mi posicion y de mi poder.

Vamos á ver que mas dice, porque estoy resuelto á cargarle la mano tanto como él me haya cargado la pluma.

Y el que habia llevado el diario que era sin duda algun enemigo de Sarmiento de desoos de que hicieran con él una erajia, empezó á leer otro artículo, indudablemente mas fuerte que el primero, y que él llenaba de comentarios y paréntesis, para hacerlo mas inaguantable todavia.

— Es preciso degollar á ese loco, gritó el comisario mas vupaleado en el artículo, porque en mi concepto no es loco, se hace el loco para pasarlo mejor y poder decir cuanto le da la gana.

— Tal vez tenga usted razon, dijo el gefe de Policía, pero real ó fingido, es un loco á quien yo voy á poner cuerdo en menos de cinco minutos.

Vaya usted mismo y digale que se presente ahora mismo en esta gefatura.

Todos aquellos desalmados se frontaron las manos pensando en lo que iban á hacer con Sarmiento, mientras el empleado iba á cumplir la orden recibidas.

La lectura de los artículos habia concluido de alterar las cabezas que el licor tenia ya embarulladas y cada cual pensaba una enormidad distinta contra el loco.

Con un par de copas mas, algunos concluyeron de mamarse, acariciando mentalmente el cuello de Sarmiento y la catadura que este ofrecería despues de degollado.

El peligro aumentaba de una manera enorme y parecia que no habia escapatoria para el jóven.

El Comisario se trasladó á casa de Sarmiento cuya puerta estaba cerrada á pesar de ser las ocho de la noche.

Sarmiento despues de haber saboreado durante el dia el efecto de sus artículos, se habia retirado temprano aquella noche porque harto conocia á aquella gente y no queria darles la ocasion de jugarle una mala pasada.

Se creia seguro en su casa, porque pensaba

que allí nadie iria á buscarle, y que el gobierno no habia de consentir contra el ninguna medida violenta.

Sinó estuviera dispuesto á defenderlo, no lo hubiera hecho llamar para darle sus consejos y hubiera dejado al Gefe de Policía hacer desde el primer momento lo que hubiera querido.

Asi descansaba en el miedo que suponía tener Benavidez á su diario, y pensaba que el no saliendo á la calle de noche, tenia ganada la cuestion, pues no les daba oportunidad de hacer un descalabro que despues no tuviera remedio.

Asi aquel dia, despues de haber saboreado el efecto de sus artículos, se retiró á su casa con el propósito de no salir hasta el siguiente dia.

Sus mismos amigos habian contribuido á esta resolucion, diciéndole que habian oido decir que se trataba de darle una paliza ó romperle los huesos, y que por lo menos era necesario que se ocultara mientras el General Benavidez faltara de la ciudad.

El Comisario golpeó la puerta con esa insolencia característica de todos los agentes de un poder despótico, que se creen con facultades plenas para proceder segun se les antoja. Y como no le respondieron inmediatamente, volvió á golpear con mayor insolencia.

Para Sarmiento no habia duda que quien llamaba asi era la autoridad policial; al primer golpe se hizo el muerto, pero al segundo se resolvió á responder, para evitar que le echaran la puerta abajo de lo que eran muy capaces.

Asi, se vino inmediatamente á la sala, y abriendo la ventana pudo ver, no sin cierto temor, que quien golpeaba la puerta era nada menos que un Comisario de Policía.

— Qué se le ofrece á usted que de esa manera llama á mi puerta? preguntó el jóven bastante enérgicamente, ¿no podia esperar á mañana?

— Se me ofrece, contestó el Comisario haciendo lujo de la mayor insolencia, se me ofrece decirte que de orden del Gefe de Policía se presentes inmediatamente á su despacho.

Bastaba la insolencia inaudita usada por el Comisario, para comprender las disposiciones de que estaria animado el Gefe.

Sarmiento entendió que se trataba de caerle, y respondió que iria en el acto, pero que desde ya protestaba ante la manera brutal de comunicarle la orden.

Protesta todo lo que quieras, repuso el Comisario, pero date prisa porque si tengo que volver á buscarle te llevaré de las orejas.

Y se retiró despues de añadir algunas palabrotas eminentemente federales.

Sarmiento quedó algo aturdido y desconcertado.

La groseria empleada por el Comisario y su última amenaza, indicaban que estaban dispuestos tal vez á matarlo, y se resolvió á salir, mas, desde que no sabia si el Gobernador habia vuelto de su Estancia único que podia salvarlo de semejante emergencia.

Recien entónces comprendió cuanta razon habian tenido sus amigos al aconsejarlo que

no se metiera con la Policía; pero ya era tarde para volver sobre sus pasos.

No habia mas que sostenerse hasta la vuelta del Gobernador y tomar sus medidas para que se impidiera á la Policía proceder violentamente.

Y resuelto á no moverse de su casa, se retiró á su habitacion á pensar sobre el lance del momento y los recursos que para evitarlo tenia.

Si Sarmiento hubiera esperado que la Policía obrase dentro del limite de sus atribuciones, se hubiera presentado, aunque sabia que algunos vejámenes iba á recibir.

Pero es que él sabia como obraba aquel tiranuelo, y que en situaciones análogas se habia limpiado al que le estorbaba.

Y aunque no creia que lo habian de fusilar, no dejaba de temerlo, dados los hábitos de aquella gente.

El caso era apurado y merecia por lo menos detenerse á pensarlo.

Entretanto el Comisario habia vuelto á la Policía, anunciando la próxima llegada de Sarmiento.

Todos seguian bebiendo de una manera extraordinaria, é irritándose á medida que bebian, contra Sarmiento.

Se habia vuelto á leer la parte mas injuriosa de los articulos y el gefe de Policía habia aglomerado tanta bilis como anisado y opinaba que era preciso no solo dar un susto á Sarmiento sino matarlo, si en el acto no se desmentia de cuanto habia escrito.

— Y aunque se desmienta, vociferaban los subalternos aludidos, y aunque se desmienta! debe aplicársele el castigo que ha merecido por lo escrito ya, para que escarmienten todos aquellos que tengan iguales teorías.

Adonde vamos á parar si cualquier loco insolente tiene el derecho de insultar á la autoridad sin mas motivo que ser loco?

— Nada, que le rompan el alma! así aprenderán á respetar la autoridad!

Los demás compañeros, completamente anisados eran de la misma opinion, añadiendo que si el loco no se presentaba inmediatamente, se le fuera á traer por la fuerza.

— Y es preciso hacerlo así antes que vuelva el General y vaya á oponerse.

El Gobernador es muy débil y muy capaz por consiguiente de empeñarse porque no se le haga nada al loco, que ya sin duda lo tiene calado cuando tan poco caso ha hecho de todas sus prevenciones y consejos.

— Sí, sí, gritaron todos, que se le caiga y se haga con él un escarmiento.

Como el tiempo pasaba y Sarmiento no se habia presentado como se le ordenó, el gefe mandó al mismo comisario fuese á buscarlo acompañado de dos soldados, y lo trajera por la fuerza si se resistia á venir voluntariamente.

El peligro, como se vé, aumentaba por momentos para el jóven, que no podia sospecharse lo que le esperaba, en la duda de si el Gobernador haria ó no vuelta de su hacienda.

No dejó sin embargo de atemorizarse cuando sintió por segunda vez golpear la puerta con tal estrépito, que los vecinos empezaron á aso-

marse á las ventanas, sospechando ya lo que podia pasar.

Sarmiento acudió tambien y para ganar tiempo, antes que le dijeran una palabra exclamó:

— Pero para qué golpea de ese modo? me han llamado y voy á ir: no creí que corriera tanta prisa y me parece que nadie va á morir porque yo me tarde cinco minutos mas ó menos.

— Es que no podemos estarte esperando toda la noche, loco de porqueria, y te prevengo que si no te apurás, tengo orden de llevarte de las orejas.

Con que pronto, loco de porqueria, pronto ó echo la puerta abajo y entónces no es de las orejas sino del pezcuezo de donde te he de llevar.

Imposible era resistirse ante órdenes tan terminantes, presto que resistirse no serviría sino para irritarlo mas y hacer que lo llevarán á la fuerza y tal vez á golpes.

Aquella podia ser muy bien una simple insolencia del Comisario que no hubiera recibido órdenes tan terminantes: así es que se resolvió á obedecer creyendo que este seria el mejor camino y la manera mejor de impedir malos tratos.

— Un momento, entónces, dijo, y vuelvo: el tiempo necesario para ir á buscar mi sombrero.

— Está bueno, terminó el Comisario, bajo la inteligencia que si tardas dos minutos, echo la puerta abajo y te llevo mediante una buena rebenqueadura.

No habia medio de resistirse sin correr mayor peligro; tal vez ocurriendo al llamado se contentaran con echarle una buena filípica ó tenerlo preso un par de dias.

Así es que resuelto á correr su suerte, dijo al Comisario lo espasa que en el acto salía, como en efecto salió, pero bien pronto comprendió que se trataba de algo mas sério que reprimenda y prision, puesto que el Comisario lo puso en camino mediante un par de formidables empujones.

Todos las vecinos se habian impuesto de la prision de Sarmiento que emprendió la marcha protestando energicamente del proceder de aquel Comisario, que lo trataba de manera tan poco comedida.

— Protesta todo lo que se te antoje, decia el Comisario, pero chupate la paliza que te van á sacudir.

Y el Comisario añadia algunas otras expresiones poco edificantes, que arrancaban á los soldados estruendosas y alegres carcajadas.

En la Policía lo esperaban con algun plan inicuo pues desde la esquina se sentian las risas y algazara que sonaban en el salon cuyo balcon estaba abierto, como si quisieran lucir aquel peludo formidable.

Porque habian seguido bebiendo de sobre mesa, de tal manera, que habia empleado que ya no podia tenerse en pié.

El gefe de Policía era el que conservaba mas serena la cabeza, porque resuelto á hacer un ejemplar con Sarmiento, no queria que fueran á atribuir su conducta á los resultados de alguna trauca, como ya lo habia insinuado el

mismo Sarmiento en el diario que había levantado aquella polvareda.

Mientras mas se acercaban a la Policia, mayores eran los recelos de Sarmiento, porque las amenazas del Comisario seguian, y por aquellas risas y chacotas comprendia que se trataba de un peludo general, y si en estado normal la autoridad cometia los crímenes que él había denunciado, qué seria en estado de peludo pleno!...

La presencia de Sarmiento fué saludada con toda clase de gritos y exclamaciones, capaces de meter miedo al hombre mejor templado.

— Al fin te pescamos, loco de porqueria! gritó el gefe de Policia, ahora vamos á ver si repites lo que dices en este papelucho.

Sarmiento quiso alegar que aquello no era la manera legal de proceder ni de hacerle cargos: que si era culpable aceptaria la pena que le impusieran sus jueces, que si él los había atacado ellos no podían erijirse en jueces y parte al mismo tiempo.

Pero todas sus razones eran ahogadas por los gritos formidables de: que se calle el loco insolente! llegando algunos hasta tirarle algun moquete que se veía en sérios apuros para evitar.

— Por qué has dicho que somos unos criminales infames á quienes se debía aplicar todo el rigor de la ley?

— Porque ustedes proceden de una manera arbitraria, valiéndose de la fuerza, como lo están haciendo ahora conmigo, contestó el jóven sin declinar de la severidad de sus cargos, á pesar de la actitud amenazadora de aquellos hombres.

— Quiere decir que somos unos bandidos infames á quiénes el Gobierno debía entregar á la justicia?

— Ustedes no procedan como autoridad, puesto que violentan á los ciudadanos, amenazando hacerse justicia por mano propia, como lo están haciendo conmigo.

— Ah! loco audaz insolente! á ver como me afeitado á ese pillo! gritó el gefe dando un puñetazo en la mesa, y todos se lanzaron sobre Sarmiento sujetándolo fuertemente, armados de los cuchillos que había sobre la mesa, unos, y con los que habían sacado de su propia cintura, otros.

Jóven fuerte, y lleno de brios, Sarmiento empezó á defenderse con toda energia de aquella agresion, que iria á terminar tal vez en un degüello y opuso toda la resistencia de sus puños y de la rara agilidad con que trataba de sacar el cuerpo para que no pudieran sujetarlo.

Pero qué iba á hacer en una lucha tan desigual?

El Jefe de Policia reia como un loco al verlo debatirse y luchar con aquellos borrachos, muchos de los cuales se caian al suelo no pudiendo guardar el equilibrio.

Los empleados de Policia y amigos de estos, habían acudido á la lucha, y desde la puerta de la sala contemplaban la escena como quien asiste á una funcion de circo, festejando á la vez con palmoteos y carcajadas, cada golpe, cada moquete, cada incidente de la lucha.

Y la algazara seguia con un estrépito cre-

ciente, y Sarmiento que empezaba á fatigarse era sujetado por fin y arrinconado contra el enorme sofá de seda.

Todos se le echaron encima y como quien pela á un cerdo empezaron á afeitarlo á simple cuchillo, ofreciendo un espectáculo verdaderamente espantoso.

Aquello era cobarde y repugnante, pues cada contorcion era saludada con grandes risotadas, y palmoteos por la chusma que se iba aglomerando á la puerta á cada momento.

Sarmiento con el rostro ensangrentado, pues aquello no era afeitado sino degollar, se debatía como un loco para librarse de sus enemigos, quienes debilitados por la tranca no podían hacer graú fuerza.

Aquello era desesperante, terriblemente desesperante, bastaba que cualquiera de aquellos borrachos dieran la idea, para que la afeitada se convirtiese en degüello, y era esta el temor mas serio que abrigaba Sarmiento.

—Escribí ahora, loco picao, gritaba el Jefe de Policia—escribí ahora, loco bandido! y decid que somos unos degolladores!

—Que escriba el loco! que escriba! gritaba el coro—y los ahullidos continuaban de una manera formidable y la afeitada se convertia en algo de monstruoso.

Era preciso salir pronto del lance, porque cada minuto que pasaba el peligro se hacia mayor, puesto que todo era cuestion que a un borracho se le ocurriera ó no degollarlo.

En un esfuerzo violentísimo y con una agilidad prodigiosa, Sarmiento logró desprenderse de aquellos salvages y saltó al medio de la sala.

Su estado era terrible, tenia un lado de la cara cubierto de sangre, allí donde las patillas habían sido sacadas á cuchillo y su traje se hallaba en el mayor desórden por lo violento de la lucha sostenida.

El jóven miró por todas partes buscando una salida por donde escapar, pero todas estaban llenas de curiosos, é imposible de franquear.

No había mas salida que el balcón abierto; y acometido de nuevo por los borrachos el jóven se acercó á él de un brinco, miró sus cuatro varas de altnra y antes que alguno pudiera darse cuenta de lo que hacia, se dejó caer á la calle con el mayor timo, y echó á correr en direccion á casa del Gobernador, única casa segura, y á donde por su proximidad podia llegar antes que lo alcanzaran.

Los oficiales de Policia que estaban menos pesados, bajaron la escalera, saltando á caballo uno de ellos, para evitar que Sarmiento pudiera escaparse.

Pero era tal la rapidez con que aquel había corrido, que cuando el oficial llegó á la esquina opuesta de la plaza, ya aquel desaparecia en el zaguan de la casa del Gobernador.

Como Benavidez no estaba en la ciudad, el oficial entusiasmado con la caceria, se dejó caer del caballo y se entró detrás y sable en mano, en persecucion violenta.

Benavidez como se sabe, no estaba en su casa, hallándose allí solamente su señora, que leia, sentada en el salon, esperándolo sin duda, cuando llegó el jóven Sarmiento en el desórden y agitacion que hemos ipticado.

Al ver llegar á aquel jóven de aquella manera violenta, en tal desórden y lleno de sangre; la señora quedó aterrada, no pudiendo comprender en el primer momento de lo que se trataba.

—Qué hay? que significa esta manera de entrar hasta aquí? que es lo que sucede? preguntó con cierto terror.

Sarmiento se nombró en seguida para tranquilizarla, narrando en pocas y rápidas palabras el motivo de su conducta.

—Me he escapado violentamente de la policía donde me querían matar, dijo, y como de cualquier parte me sacarian violentamente como me han sacado de mi casa, he venido aquí, única parte á donde no se atreva á venir para que usted me salve mientras viene el General.

No bien habia terminado de hablar el jóven, sin que la señora tuviera tiempo de responderle, cuando asomó su cabeza por la puerta de la sala, el oficial que venia persiguiéndolo.

—Qué insolencia, qué atrevimiento es este? preguntó la señora en el colmo del asombro: cómo se permite usted entrar de esa manera hasta la pieza donde me hallo? sabe usted señor insolente que casa es esta?

Aterrado el oficial de Policía con aquellas palabras, y comprendiendo la enormidad que su entusiasmo le habia hecho cometer, trató de dar aquellas disculpas que le parecieron mas racionales.

—Iba á prender á este loco que se ha escapado de la Policía, dijo, y que se ha metido aquí.

Distraido con el ardor de la persecucion, no vi mas que una casa donde él se entraba, y entré detrás sin fijarme que casa era, dominado por el deseo de capturarlo.

Ruego á usted me perdone señora, y quiera echar á ese loco para llevármelo.

—Mándese mudar de aquí el insolente, exclamó la señora visiblemente indignada, que cuando venga el General sabrá lo que tiene que hacer con ustedes.

Salga usted de aquí inmediatamente y Dios lo libre de que semejante escena vuelva á repetirse.

El oficial salió inmediatamente y muerta de rabia pues la presa se le escapaba sin remedio el gefe de Policía se iba á enojar de una manera terrible y el Gobernador probablemente iba á castigarlo por la manera como habia entrado á su casa, lo que importaba un verdadero delito.

Y corrido y avergonzado, se retiró á la Policía donde todos esperaban á Sarmiento para molerlo á palos positivamente.

Asi es que la furia de todos llegó á su colmo, cuando vieron que el oficial volvía solo y supieron que el loco habia sido demasiado cuerdo para buscarse una salvacion segura.

En el primer impetu de ira llegaron á insultarlo de una manera espantosa, no faltando quien quisiera darle de golpes y aun de puñaladas.

Oh! los federales de aquella época no se guardaban consecuencia ellos mismos, no temiendo á quien degollar eran capaces de de-

gollarse entre ellos mismos para darle gusto á la mano, aunque mas no fuera.

El peludo era recio tan recio, que sin respetar la presencia del gefe de Policía hubieron de venirse á las manos, en favor unos y en contra los otros del oficial que habia dejado escapar al loco.

No es él culpable, gritó el gefe, por no haberlo alcanzado puesto que el loco llevaba una gran ventaja; los culpables son los tontos que le dejaron ir de aquí, cuando lo tenían tan bien asegurado; estos son los que merecen un buen castigo! que confianza puedo tener yo en hombres que siendo diez ó doce, dejen escapar á uno que tienen apretado en el suelo? ¡fojós! le han tenido miedo? que hubiera sido si el loco hubiera estado armado? disparan á la calle estoy seguro.

Con semejante reprimenda, los que habian tomado parte en el atropello contra Sarmiento, quedaron aterrados.

Habian perdido la gracia del gefe, que era muy capaz de meterlos al cepo de cabeza, porque ahora Sarmiento hablaria por ochenta! exagerando barbalemente lo que le habia pasado.

—Ustedes tomen sus medidas para cazar-me al loco y trármelo aquí en cuanto salga á la calle, les dijo, de lo contrario no me vuelvan á poner los pies en la Policía.

Y cuidado con tomarlo en casa del Gobernador ni en sus inmediaciones!

El ha de volver á su casa ó á su boliche; es allí donde tienen que tomarlo, bien entendido que no admito disculpas y que yo lo quiero aquí en cuanto salga á la calle.

Los empleados de la Policía allí presentes, salieron completamente dados al diablo, reuniéndose allí en la esquina, para tomar sus medidas mas seguras.

—Aquí no hay mas medidas que tomar, dijo uno, que emboscarse en los alrededores de su casa y echarle el guante en cuanto vaya á entrar—y si es que ya está adentro, sacarlo por la fuerza mañana á la noche para no hacer de dia algun gran escándalo, porque el loco se ha de defender á toda costa suponiendo ya lo ha va á sucederle.

Resuelto así lo que habian de hacer para asegurar á Sarmiento, se señaló cada uno su escondite y punto de espera, yendo á ocuparlo inmediatamente.

El gefe de Policía se recostó en un sofá, donde se quedó dormido para disipar los humos de aquella comida formidable, dando orden que solo lo recordaran en el caso de que trajeran preso al loco Sarmiento.

Este quedaba pues sitiado de todos modos y bajo el mayor de los peligros, pues era seguro que si lo llegaban á tomar, lo matarian á golpes antes de llegar á la Policía.

Solo el Gobernador podía salvarlo, y eso ayudándolo á esconderse ó teniéndolo en su casa, pues ya se sabia que contra su gefe de Policía, el Gobernador no habia de proceder en ningun caso.

Y era inútil que le pidiera ó le mandara no proceder contra el jóven, porque lo haria matar por ahí, y que adivinara el diablo quien lo mató.

A Sarmiento no le quedaba mas camino que

huir de San Juan, pero esto mismo era muy difícil, porque la Policía lo andaría buscando y en cuanto saliera a la calle le habian de echar el guante y el cuchillo.

Entre tanto Sarmiento conversaba con la señora de Benavidez, sobre el peligro de que habia escapado.

La señora lo habia hecho conducir a la habitacion del General, donde se habia arreglado algo su traje, y curado en lo posible las raspaduras de la cara.

El peligro pasado lo habia hecho reflexionar con mas cordura y comprender que no era posible continuar con la publicacion de sus ideas liberales, sin correr todos los dias un peligro de muerte.

Y hacia en su interior propósito de enmienda y suspension del diario, por lo ménos, quedándose escondido hasta que pasara el concono de la Policia.

Sarmiento pedia a la señora le permitiera permanecer en su casa hasta la vuelta del Gobernador pues sabia que en cuanto saliese a la calle seria muerto, cuando el tropel de los soldados de la escolta les anunció que el General Benavidez acababa de llegar.

El General pasó a la sala en busca de su señora, segun su costumbre, no pudiendo dominar un movimiento risueño al hallar allí al jóven Sarmiento y ver el extraño aspecto que presentaba su persona, á pesar del esmero con que habia arreglado su traje.

— Me han querido matar, señor General dijo el jóven despues de saludarlo, y si estoy vivo, es debido a la intervencion de su esposa á quien debo la vida.

Benavidez haciendo esfuerzos para conservar su serenidad, despues de conversar cariñosamente con su esposa, pidió á Sarmiento le refiriera lo sucedido.

Y este lo hacia con tal viveza de colorido, con tal espresion de ademan, que el General, á pesar de sus esfuerzos no podia contener la risa, que escapaba juguetona y alegre.

Por que Sarmiento, en aquel estado, y refiriendo con la vivacidad que les caracteristica todo cuanto le habia sucedido, era algo de exageradamente gracioso.

— Usted se rie, porque no es usted quien ha pasado el peligro, decia el jóven algo resentido, y porque sobre usted no pesa la amenaza de esa gente capáz de todo.

Si usted se hallara en mi pellejo, seguramente que no se habia de reir así! señor Gobernador.

— Comprendo, amigo mio, lo critico de su situacion, decia Benavidez bondadosamente, pero tiene usted tal modo de contar, que hace reir á la fuerza.

Ya se lo habia dicho yo que se dejara de tonterías y de oposiciones que á nada conducian, pero usted no ha hecho caso, ha seguido atacando á la Policia, y la Policia, como es natural, ha tomado su desquite, desquite que felizmente no ha sido tan desgraciado como podia haberlo sido.

Qué vamos hacer ahora? yo garanti al gefe la vez pasada que usted no volveria á sus ataques y usted me ha dejado mal, inhabilitándome para buscar todo arreglo conciliativo.

— Pero yo necesito una garantia de la vida,

decia Sarmiento, porque en cuanto salga aqui me matarán.

— Es que cualquier garantia que ellos dén será lo mismo que la que yo dé por usted — el jefe de Policia me prometió no hacer nada, pero dirá tambien que no ha podido evitar que sus subalternos hagan una atrocidad, un justo desquite de todo cuanto usted me ha dicho.

— Quiere decir que estoy á la merced de sus hombres, que podrán matarme cuando mejor se les ocurra.

— Desgraciadamente es una situacion que usted mismo ha provocado con sus terqueadas y con no haber cumplido lo que me prometió.

Si usted permanece en San Juan, su vida corre peligro, porque la Policia es la primera interesada en suprimirla: no hay mas remedio que salir de San Juan y pasar á Chile, si usted quiere, hasta que la situacion se modifique.

— Pero como salgo yo de San Juan sin correr el mismo peligro de que hablamos? preguntaba Sarmiento para quien la situacion se hacia mas difícil.

Saliendo usted de San Juan hay seguridad de que no volverá á suceder lo que tanto ha irritado al gefe de Policia, y entónces yo puedo hacerlo acompañar y comprometerme á que nada le suceda.

Yo le haré dar mulas, un oficial que lo acompañe y lo garanta y todo cuanto usted necesite para el viaje, pero entónces es necesario que se ponga en camino inmediatamente y antes que el gefe de Policia venga á quejarse, y á decirme que, por el mismo respeto á la autoridad, es preciso que yo mismo lo autorice á proceder contra usted y castigar la burla que se ha hecho de la Policia, á quien todos se creerán tambien autorizados á burlar.

La proposicion era terminante y Sarmiento no tuvo mas remedio que aceptarla y decidirse á salir de San Juan en direccion á Chile, refugio de todos los argentinos perseguidos.

El General Benavidez hizo preparar cuatro de sus mejores mulas, que puso á disposicion de Sarmiento y mandó a uno de sus ayudantes que se preparara á acompañarlo.

Y para evitar cualquier atropello fatal, escribió de su puño una órden que selló, por la cual se mandaba á toda autoridad de el dependiente, se tuviera el mayor respeto por la persona del jóven Sarmiento, y que no se atentara contra él bajo ningun pretexto, porque el Gobierno procedería de una manera enérgica y severa.

— Puede ser usted mismo el portador de esta órden, le dijo, órden que no será necesario exhibir, porque basta la compañía de mi ayudante, á quien todos conocen.

Sarmiento agradeció efusivamente al General y á su esposa todas aquellas bondadosas atenciones y emprendia el camino de la emigracion de donde no habia de volver hasta el pronunciamiento de Urquiza.

Este era el General Benavidez, Gobernador de San Juan, á quien mas tarde sus mismos amigos y protegidos habia de asesinar de una manera harto infame y miserable.

El asesinato

La Provincia de San Juan ha sido siempre especial como provincia de motines.

Allí no se andan con muchas vueltas para quitar de en medio á un Gobernador, y hace muy poco tiempo que hemos tenido de ello una buena prueba.

El General Benavidez, concluido su periodo, habia entregado el mando al Gobernador Gomez, de que era ministro general el doctor Laspiur.

Pero á Benavidez en Tucuman le sucedia lo que al Chacho en la Rioja; conservaba su influencia personal al extremo de que el Gobierno venia á ser una segunda persona que el pueblo miraba como dependiente del General.

Pero Benavidez no se metia para nada en las cosas del Gobierno, ni en la política que se enredaba sensiblemente.

Querido por ambos partidos, puede decirse, se habia retirado á la vida privada, á gozar de aquellas buenas comodidades que su fortuna le permitia.

Los federales lo respetaban y lo temian, habituados á ver en él el caudillo omnipotente, y de los unitarios nada tenia que temer.

¿Qué iba á temer de ellos, él que los habia servido siempre en cuanto habia podido, é impedido que sus autoridades subalternas lo persiguieran, en cuanto le habia sido posible?

¿Quién habia acudido á él pidiéndole un servicio que no se lo hubiera prestado en el acto, como á Sarmiento y muchos que en iguales situaciones se habian hallado?

Muchos le habian prevenido que se fiara de los unitarios, pero él habia respondido siempre que de ellos no tenia nada que temer.

— Si cuando yo podia incomodarlos, decia, nada han intentado contra mí, menos le han de intentar ahora que no les puedo hacer mal alguno, porque no estoy en el gobierno, ni lo está mi partido.

Otros le habian dicho que no se fiara de los federales, porque resentidos estos con que no les habia dejado el Gobierno, se habian de vengar matándolo.

Pero tambien respondia él que de los federales no tenia el menor recelo, porque ellos no podrian olvidar nunca todo cuanto le debian, y porque tenia una fé ciega en el cariño del pueblo, de su buen pueblo Sanjuanino, como él le llamaba.

Así se reia de los temores abrigados por sus amigos y se negaba á tomar la menor medida para seguridad de su persona.

La única guardia, la única fuerza que tenia á sus ordenes era un asistente, el indio Ruarte, en quien tenia mas confianza que en un ejército, porque para llegar á su persona era preciso eliminar al indio y esto no se conseguia sin grandes dificultades.

La historia de aquel indio era sumamente curiosa y novelesca.

En Los Colorados, estancia del Dr. Gordillo, hoy propiedad del respetable D. Timoteo Gordillo, habia varios puestos, distante un par de leguas unos de otros, donde vivian las familias de los pobladores.

A Los Colorados iba á buscar leche una tal Maria, con el objeto de hacer quesadillas para aquellas familias, por el interés de que le dieran algunos pedazos de carne y queso para ella y sus dos hijos.

Estos dos hijos de la Maria, eran dos penjenos de cuatro á cinco años, que se perdian de vista de puro traviesos.

Desnudos, completamente desnudos, por la miseria en que vivia la madre, los dos chiquilines huian de la gente, escondiéndose detrás de la madre y disparando si alguno les dirigia la palabra, como si dispararan de algun animal feroz.

La Maria vivia así recibiendo la poca limosna que podian hacerle aquellas familias, y durmiendo en Los Colorados como Dios le ayudaba.

Como tenia alguna familia en Patagonia, tan pobre y miserable como ella misma, solia irse hasta allí á compartir con ella sus men-drugos y sus huesos, pero nunca tardaba mas de dos ó tres dias, volviendo á Los Colorados en busca de alimentos.

Un dia la pobre mujer salió de Los Colorados, con una buena provista de quesos y men-drugos de todas clases, y no volvió á aparecer mas.

En vano se la esperó, pasaron ocho y diez dias sin que se le volviera á ver mas la cara.

Era imposible que á la Maria no le hubiera sucedido alguna desgracia, cuando en tanto tiempo no habia venido á buscar alimentos para ella y sus hijos.

Cerca de Los Colorados habia una especie de cueva entre las sierras, cueva que la Maria habia declarado su domicilio; y era allí donde se metia ella con sus dos hijos, para guardarse de los rigores de la intemperie.

Alarmados con la ausencia de la Maria y suponiendo que le hubiera sucedido alguna desgracia, la familia del Dr. Gordillo envió un

peon á Patagonia, para que se informase lo que de ella habia sido.

Pero el peon volvió diciendo que la familia no tenia noticias de la Maria hacia dos semanas, y que tambien estaban allí alarmados con su ausencia.

Se resolvió entonces mandar á la cueva que le servia de refugio, y allí encontraron el espectáculo mas triste que pueda imaginarse.

En el suelo desnudo sin abrigo de ningun género y en completa descomposicion, estaba el cadáver de la pobre mujer, lo que indicaba que la muerte se habia producido por lo menos diez dias atras.

Al aproximarse la gente, los hermanos Ruarte, que por ese nombre eran conocidos los dos chiquilines, salieron disparando de la cueva, perdiéndose bien pronto entre las sierras.

En vano se les buscó para traerlos á la poblacion y socorrerlos, que no se les pudo hallar; sin duda se habian metido en alguna otra de las tantas cuevas que abundaban en las sierras.

El cadáver de la Maria fué sepultado en las inmediaciones, y los peones regresaren á los Colorados, esperándose allí que acosados por el hambre vendrian allí los hermanos Ruarte en busca de un alimento que estaban seguros de hallar.

Pero pasaron los dias y los meses sin que se tuvieran de ellos la menor noticia, llegándose á pensar que habian muerto de necesidad, ó á manos de algun animal feróz.

Se campeó por todos los alrededores, tratando de hallar siquiera los cadáveres, pero ninguna pesquisa dió el menor resultado — los Ruarte no parecieron ni vivos ni muertos se habia perdido hasta sus rastros.

Ocho ó diez años despues de esto, y cuando la triste historia de la Marta se riferia como un cuento de fantasia, se celebró una gran fiesta con motivo de ser dia del Santo de la Rioja.

Los paisanos se habian agrupados en Patagua, de que era autoridad un Comandante Vera, y se entregaba á sus juegos predilectos.

Se corria la sortija, se bailaba sin descanso, y el bombo y el triángulo no dejaban de sonar un momento, en prueba del mayor regocijo público.

Allí son raras y escasas las fiestas, por la misma pobreza estrema en que viven en las poblaciones mas apartadas.

Las festividades mas solemnes tienen lugar cada cuatro ó cinco años, en que á la autoridad se le ocurre reunir los paisanos y hacerlos bailar ó correr un poco.

El Comandante Vera, hombre de génio alegre, y á quien gustaba enormemente hacerse popular entre el ganchage, habia reunido aquella toda la paisanada, siendo él la primera pierna en la mas entusiastas zambas y chaceras.

Despues del baile y como descanso de este, la concurrencia se agrupaba al rededor del togon, donde tomaban la palabra los mas famosos contadores de cuentos, que referian á los asombrados oyentes, las leyendas mas fantásticas y asombrosas que hubieran jamás escuchado.

Eran los predilectos los cuentos de brujas y

aparecidos que hacian parar el pelo en las cabezas mas maduras y temblar á los mas bravos, cuyo valor terminaba allí donde empezaba un cuento que se refiriese á cosas de otro mundo.

Porque pelear en los combates era una cosa, y otra muy distinta hombrear con aparecidos y con los mismos diablos, como decian algunos haberlo hecho.

No podia haber una prueba de valor mas descomunal, que el haber tenido amistad con una bruja, pero eran muy pocos los que podian referir hazafias de esta naturaleza, porque los mentirosos no abundan mucho, y los paisanos eran crédulos é inocentes sobre toda ponderacion.

El cuento de la tia Maria, fué entonces referido con gran asombro de los que no lo conocian, dando lugar á los mas famosos comentarios sobre la suerte que habian corrido los hermanos Ruarte.

Uno que otro mentiroso de aquellos fabulosamente audaces, aseguraba haberlos visto cruzar por los espacios, á caballo y enançados en una escoba, acompañados de una bruja feróz, y con cara de vicuña, ó que se les habian aparecido á media noche en un carro de oro, acompañados de muchachas lindísimas y de santos con trajes de estupenda pedreria.

Y estos grandes soltadores de guarám se complacian profundamente ante la enorme boca que abrian los que escuchaban aquellos cuentos fabulosos y aterradores.

El Comandante Vera reia alegramente, tratando de pasar por el mas famoso de los creyentes.

Fué entonces que uno de los paisanos presentes, rastreador famoso y hombre de verdad, refirió como él sospechaba el paradero de los hermanos Ruarte, que unos suponian muertos y otros aseguran haberlos visto en compañía de brujas y de virgenes.

—Yo, dijo hablando con el Comandante Vera, lo que daba mas visos de verdad á su palabras, al cruzar por la aguada de los Colorados y de las Achiras, he visto rastro estraños que no me he detenido á seguir, porque siempre pasé muy apurado, y para hablar verdad, porque no he dejado de tener mi poco miedo.

Un dia me bajé á estudiar esos rastros, y aquí fué donde mi confusion me puso en aperturas.

Aquellos rastros que acusaban la presencia de dos personas, era de gente jóven y que andaba descalza, no podia caberme la menor duda, y entonces aquellos rastros no podian ser de otros que de los hermanos Ruarte.

Pero cuando me bajé del mulo y ví bien los rastros, observé que aquellos piés estaban vestidos de pelo largo y entonces no podian ser de hombres sino de algun animal feróz y desconocido.

Tuve intencion al principio de seguir los rastros pero despues me dió miedo: sabe Dios con que clase de animales iba á encontrarme.

Si yo hubiera llevado conmigo armas de fuego, tal vez, tal vez me hubiera animado, pero no traia mas que micuchillo y esto, para pelear con dos animales desconocidos era muy poca cosa.

Desde entonces, siempre que he pasado por aquellas aguadas he hallado los rastros mismos, mas ó menos frescos, pero siempre viniendo de la misma direccion y acusando que aquellos animales se detenian allí mucho tiempo.

El narrador era mirado por sus oyentes con infinito asombro—un hombre que se habia topado con rastro de animales que tenian piés como gente, era algo definitivamente fabuloso que lo colocaba en la categoria de un descubridor.

Los comentarios empezaron á hacerse mas ó menos razonablemente.

Casi todos opinaban que no podian ser sinó los hermanos Ruarte, pero y aquellos pelos de los piés? como podrian explicarse semejante fenómeno?

—Desengañense ustedes, dijo un viejo cuentista con sus puntos y ribetes de brujo: aquellos piés peludos y con forma de gente, no pueden ser sinó del diablo, entonces es indudable que un casal de diablos anda por esas inmediaciones.

Un estremecimiento poderoso recorrió todos los cuerpos, y no pocos oyentes se persignaron llamando en su ayuda á todos los santos del cielo.

El comandante Vera, hombre práctico y que poco creia en aparecidos, resolvió dar una batida por los alrededores, hasta encontrar á los dueños de tan famosos rastros.

—Es preciso buscar á esos hombres, animales ó diablos, dijo, y traerlos para que digan quienes son y que quieren, pues me supongo que desde que tienen piés de gente tambien han de saber hablar.

Con qué asombro miraron todos entonces al comandante Vera!

Nunca habian visto un hombre de un valor tan tremendo y de una resolucion tan espantable.

—Diga, preguntó al que habia hecho el descubrimiento ¿seria usted capaz de volver á hallar los rastros y seguirlos hasta su punto de partida?

—Ya lo creo que sí! yo soy capaz de rastrear al diablo en las mismas calles y campos del infierno hasta llegar á su nido, pero siempre que me acompañen, porque solo, francamente no me animo ni á la cuarta parte.

Los vivos poco miedo me meten, pero á los muertos y á los diablos hay que respetarlos, yo no me animo á ir á buscarlos á sus guaridas!

—Está bien se te acompañará con gente bien armada, aunque desde ya te garanto que no pueden ser otros que los hermanos Ruarte.

—Y los pelos de los piés? ha visto alguna gente que tenga pelo en los piés?

—Es que puedes haberte equivocado y confundido tal vez con pelos algun calzado de paja.

El rastreador sonrió, y no sin cierta soberbia repuso: —yo no me equivoco nunca aquellos son piés con pelo, con mucho pelo, y puedo asegurar que en un paraje donde aquellos hombres han estado sentados, se vé claramente que tienen tambien pelo, y bastante largo, en las asentaderas y en las piernas.

Aquella afirmacion era ya una cosa tremenda, que pasaba el límite de la fantasía.

En la Rioja no habia monos, ni se sospechaba los hubiese de aquel tamaño en ninguna parte del mundo. ¿Que podia ser aquello?

—No hay remedio, exclamó Vera: es preciso buscarlos, y ahora estoy mas resuelto que nunca. Yo te acompañaré á la cabeza de todos los que vayan, dijo, y te garanto que, hombres ó diablos, los hemos de traer con nosotros.

Y se convino en que al otro dia, muy demadrugada, harian la expedicion.

Vera se ocupó en buscar ocho ó diez hombres de probadísimo valor, para que infundieran ánimo á los demás, y sobre todo al rastreador, que era el punto mas importante, pues si aquel se les asustaba, no habia pesquiza posible.

Y muy de madrugada, tomaron el camino del punto conocido por la Aguada del Carrizal, donde dijo el rastreador que era fácil que lo encontraran.

Y con su mayor ó menor miedo, todos se pusieron en marcha, bastante alegremente, puesto que el peligro aún estaba lejos.

Eran por todos unos veintiseis hombres, á cuyo frente iba el Comandante Vera, con sus hombres elejidos para infundir ánimo á los demás.

Todos iban perfectamente armados, y decididos á meterles un chumbo al mismo demonio si les salia al camino, aunque era voz general que al demonio no le entraban las balas.

Aquella noche camparon cerca de la Aguada del Carrizal, y por consiguiente cerca del mas peludo de los peligros.

Escusado es decir que nadie durmió, esperando ver al diablo á cada momento, ó á los hermanos Ruarte, dandose un corte por los aires y ginetes ando en un palo de escoba.

Y cada uno hacia mentalmente sus proyectos de defensa, admirados del valor intrepido del Comandante Vera, que habia tenido el coraje de acostarse á dormir en medio de tan tremendo peligro.

Y el rastreador agigantaban su fábula de la noche anterior, señalando á los piés dimensiones espantables, y asegurando que aquellos piés tenian que pertenecer á una persona cinco veces mas grande que el hombre mas corpulento.

Al otro dia muy de madrugada volvieron á ponerse en camino, recomendando Vera que en caso de encontrar lo que buscaban, nadie habia de hacer fuego sin su orden espresa.

No habian andado media legua en direccion á la aguada del Carrizal, cuando el rastreador dió la voz de alto y señaló triunfante una huella que habia estampada hácia la derecha.

Todos se aglomeraron allí y constataron la presencia de un rastro humano señalado hácia la Aguada.

Estudiado bien, resultó ser como el rastreador lo habia dicho, el rastro de dos personas, cuyo pié era bastante peludo.

Todos se echaron á temblar, pero Vera y los suyos infundieron buen ánimo al resto, y se siguió la marcha, esta vez sobre el rastro hallado.

— Este vá para la Aguada del Colorado, dijo el vaqueano y es rastro frescos: tal vez allí los encontremos.

— Cuidado, cuidado entónces con hacer fuego hasta antes que yo lo mande: volvió á decir Vera, y como siempre se puso á la cabeza de la expedicion, llevando el rastreador á su lado.

De pronto este alzó la cabeza lleno de satisfaccion y exclamó: no deben estar lejos, las pisadas son aqui muy fresca.

Avanzaron mas y ya proximos á la Aguada todos lanzaron un grito, acababan de ver levantarse de la Aguada dos hombres de la mas rara estampa y catadura.

Eran dos hombres de regular estatura, bastante gruesos, completamente desnudos y con la piel llena de pelo tan largo como la barba.

El cabello de la cabeza les llegaba hasta debajo de los hombros, y en la piernas y piés el pelo era mas largo que en el resto del cuerpo.

Aquellos dos extraños personajes, es cuanto vieron la gente que á ellos se aproximaba, prorrumpieron en gritos desahorados, que nada tenian de humanos, y echaron á correr dando saltos prodigiosos.

Era curioso ver aquellos dos seres de forma humana y con todo el aspecto de animales desconocidos, huyendo á saltos de peña en peña, como el cabrito mas práctico.

El diablo! gritaron algunos echando á correr en sentido opuesto, pero el Comandante Vera logró detener el pánico en los demás, asegurando que eran los hermanos Ruarte, y poniéndose él en su persecucion seguido del rastreador y de los ocho hombres de confianza que habia llevado.

Pero cuando ellos se pusieron en camino, ya los Ruarte ó los diablos habian desaparecido detrás de las hermosas colinas, perdiéndose entre las sieras.

Era materialmente imposible seguirlos, mucho menos á caballo por entre aquellas asperezas y precipicios. ¿Que? podia hacerse entónces.

Nada mas que esperar pacientemente y tomar alguna medida que les permitiera sorprender á aquellos dos salvajes, cuya guardia no podia estar lejos.

Se detuvieron allí y camparon preparándose á pasar la noche.

Con lo que habian visto y con lo que Vera les habia dicho, los paisanos habian perdido algo del miedo descomunal que los dominaba convenciéndose que se trataba de dos hombres, hombres que huian temerosos de la gente, mostrando el terror que esta, les inspiraba, por los terribles alaridos que todos habian escuchado.

Que temor podian temer entónces, cuando veian claramente que eran ellos los que inspiraban miedo á aquellos dos seres desarmados y que ninguna resistencia podian oponer.

Perdido un poco el temor, escucharon con mas tranquilidad la palabra del Comandante Vera, pues les esplicaba razonablemente y al alcance de sus entendaderas, que aquellos dos hombres peludos no podian ser otros que los hermanos Ruarte.

Pero y los pelos, preguntaban intriguadimos, y los pelos? los Ruarte no eran peludos.

Esos pelos se lo habrá hecho salir la interperie á que han estado sometidos durante tantos años: por aqui no hay ninguna raza de hombres peludos, los indios no lo tienen, entónces no hay mas que convencerse de que son los hermanos Ruarte, y ya lo verán ustedes.

— Pues entónces, dijo el rastreador que los habia guiado hasta allí, para agarrarlos, no hay mas que tomar las aguadas mas cercanas, yo las conozco todas, ellos tendran que venir á beber y entónces los agarramos.

Una dificultad se presentaba, y era la manera como los habian de tomar sin que se viesen necesidades á herirlos ó matarlos, porque era natural suponer que aquellos seres extraños se defenderian de una manera terrible y desesperada.

— Hay un medio muy sencillo, dijo entónces Vera, que tenia que allanar todas las dificultades que los paisanos opusieran.

Nos emboscamos en las aguadas de manera que no pueden sospechar nuestra preseucia, con buenos lazos preparados: cuando ellos caigan á beber, salimos todos á un tiempo, tratando de encerrarlos en un círculo y los enlazamos.

De esta manera los tomamos sin hacerles mal y sin que ellos puedan causarnos el menor daño, que cuando se convensan que no queremos hacerle el menor daño, entónces se tranquilizaran y se entregaran por completo.

— El procedimiento no podia ser mas válido y seguro, aceptandolo los paisanos con muestras del mayor regocijo.

En el acto y para aprovechar la noche, se dividieron en tres grupos, que fueron á rodear las aguadas del Carrizal, de los Colorados y otra mas sin nombre, que quedaba á media legua de distancia de allí.

Como era mas probable que vinieran á la del Carrizal, en esta se quedo Vera, dando sus órdenes terminantes para que, si eran sentidos en alguna otra aguada, vinieran en el acto á traerle el aviso.

La noche la pasaron mas tranquila, puesto que sabian ya que no se trataba mas que de seres humanos, un poco peludos, pero que en nada diferian de ellos mismos, siendo casi inofensivos, puede decirse, desde que no tenian armas ni demostraban intenciones hostiles, atinando solo á huir de allí.

Al dia siguiente, y ocultándose todo cuanto es era posible, estuvieron esperando la llegada, de los Ruarte, pero estos, ó no habian sentido sed, ó alarmados con el encuentro del dia anterior no habian querido venir, temiendo algo.

Durante el dia nada se sintió que indicara la presencia de los esperados Ruarte.

Á la noche Vera se vino á recorrer los otros dos puestos, para recomendar que se tuviera la mayor vigilancia y cuidado.

— Mañana, dijo la sed los obligará á salir, no tengan duda: ellos no pueden suponerse que los esperamos ocultos y han de venir sin el menor temor, ó han de ir á otras aguadas.

— Las otras estan muy lejos, dico entónces el rastreador, y si no vienen á una de estas tres, es porque se han ido mas al Norte, y entónces ne habra mas que buscar el rastro y seguirlos hasta dar con ellos.

— Es preciso tener paciencia y no apurarse, dijo Vera — sinó vienen mañana, vendrán pasado; ningún motivo tienen para temer que los busquemos, es cuestion de que los apure la sed y nada mas, ya lo verán ustedes.

Aquel dia lo pasaron sin observar la menor novedad.

El rastreador se habia trepado á un espeso algarrobo desde donde podia divisar una buena estension, pero nada indicó la presencia de los Ruarte.

Los animos se habian tranquilizado completamente convencidos que se les temia, y ya todos deseaban que vinieran los peludos, como los llamaban, para echarles el lazo.

Como la noche anterior Vera recorrió los puestos recomendando la mayor atencion para el dia siguiente, pues era indudable que vendrian á beber.

La mañana pasó sin novedad alguna, pero á eso del medio dia y cuando el calor empezaba á picar, el rastreador pudo verlos á lo lejos que venian saltado de peña en peña y parándose á intervalos para escudrinar los alrededores, en direccion á la Aguada de los Colorados.

En el acto y con el mayor recato descendió de su algarrobo y envió á Vera un aviso, que debia ir por entre el monte, de manera de no ser visto ni ser sentido.

Al recibir el aviso, el Comandante Vera pensó que el grupo que estaba en los Colorados era bastante para acometer la empresa, pues si iba con su gente tal vez fuera sentido, y se dirigió solo á los Colorados.

Cuando llegó, su gente, perfectamente emboscada le mostró á los dos hombres, que estaban sentados tranquilamente á la orilla de la aguada comiendo algo que no pudieron examinar en el primer momento.

— Es preciso prepararse, dijo Vera á oido de los suyos, tan silenciosamente que no se sienta el movimiento de una boja.

Asi lo hicieron todos, saliendo del monte con tanta delicadeza que los dos hombres no pudieron apercebirse de nada.

Al primer ruido que notaron se pusieron de pié en actitud de disparar, ya los paisanos habian reboleado los lazos lanzándoselos con esa seguridad pasmosa que caracteriza á nuestro gaucho.

No habian dado un salto, cuando ya habian sido presos por mas de dos ó tres lazos cada uno.

Los gritos con que atronaban el aire, eran algo de terrible y poderosamente salvaje mostraban los dientes de una manera amenazadora y hacian esfuerzos tremendos por despegarse de los lazos.

Pero todo fué inútil: no podian acometer, porque presos por tres lazos cada uno, eran sujetos de cualquier lado que quisieran correr.

Entónces se les acercó Vera, y haciéndoles señas de que guardaran silencio, les habló tranquilizándolos de todas maneras.

— Nosotros no les vamos á hacer ningún daño, les dijo, absolutamente ninguno, solo queriamos saber quienes eran ustedes y socorrerlos para aliviar la miseria en que viven, llevándolos á la poblacion, donde pasarán una existencia feliz.

Los dos séres extraños parecieron tranquilizarse con aquellas palabras, y dejaron de forcejear, pero el terror no se horró de sus semblantes azorados.

— Quiénes son ustedes, amigos míos, y porqué viven de esta manera, huyendo de las poblaciones? y de los hombres, que ningún mal han de hacerles?

—Somos hijos de la Maria, respondió el mas delgado de los dos, los hermanos Ruarte.

—¿Y porqué no ha vuelto á casa del señor Gordillo, donde los hubieran atendido en sus necesidades mas apremiantes?

—Porqué estábamos desnudos y teniamos miedo.

Mientras este hablaba así, el otro lo miraba asombrado y paseaba los ojos por cuanto lo rodeaba.

—Bueno, dijo Vera, es preciso que vengan con nosotros, yo los vestiré y les daré las comodidades necesarias: ya esta vida no se puede prolongar mas, y es preciso que alguna vez dejen ustedes de ser animales.

Los dos hermanos se resignaron con extraña mansedumbre y montaron en ancas de los paisanos, dirigiéndose todos á la casa del señor Gordillo, quien en el acto los tomó bajo su proteccion.

José y Domingo que así se llamaban estos, pronto se familiarizaron con aquella buena gente, que los examinaba llena de curiosidad sin poder dominar su asombro.

Y sonreian con una expresion estúpida, como si extrañaran el asombro que provocaban.

Todo el departamento de Patuquias se habia conmovido con la toma de los hermanos Ruarte, y de todas partes acudian á ver los hombres peludos y escuchar de sus labios como es que habian podido vivir diez años sin tener contacto con ser humano alguno, y sin acercarse á ninguna poblacion para pedir socorro de alimento ó de ropa.

— Teniamos miedo, respondia Domingo, teniamos miedo á la gente, porque nos iban á hacer como á nuestra pobre madre, y por eso huíamos de todos y no queriamos entrar á la poblacion.

Era Domingo el mas fuerte y el mas comunicativo de los dos.

Sus anchas espaldas acusaban una fuerza enorme que comprobaban los poderosos nervios de los brazos y el desarrollo asombroso de las piernas.

José era mas alto, mas delgado y mas esbelto, pero parecia igualmente fuerte y vigoroso.

Como todos demostraban una gran curiosidad por saber como habian vivido estos dos séres, fué Domingo el que tomó la palabra para hacer la curiosísima relacion que se les pedia.

—Nos retirábamos una tarde de esta misma estancia, dijo, acompañande como siempre

á nuestra madre, que llevaba esta vez un buen atado de los viveres que aquí le habían dado, para socorrer con ellos á nuestro abuelo que vivía en Patquico.

La noche había cerrado por completo, y la pobre Maria se apuraba porque tenía miedo.

Parecía que la pobre presintiera la desgracia que nos iba á pasar.

Y nos decía que nos apuráramos cuanto pudiéramos, para llegar cuanto antes á la cueva que llamábamos nuestra casa, y seguir viaje al día siguiente para lo de nuestro abuelo.

Ya nos faltaba muy poco para llegar cuando vimos venir dos hombres á caballo, que nos cerraron el paso mandándonos parar.

Nosotros nos prendimos del vestido de nuestra buena madre y la miramos á la cara para que nos dijera lo que debíamos hacer.

—Qué quieren ustedes con nosotros? preguntó la pobre mujer aterrada, mirando fijamente á aquellos dos hombres, uno de los cuales había demontado ya.

Y éste, sin contestar á la pregunta de nuestra madre, preguntó á su vez que llevaba en aquel atado y para donde iba.

—Voy á mi casa y aquí no llevo más que unos menrugos de pan duro y un poco de queso que es nuestro alimento y el de mis viejos padres.

Y como para que no hubiera duda de sus palabras, agregó: yo soy la Maria que vengo de la Estancia del patron Gordillo, dejenme entonces seguir mi camino puesto que nada tienen que hacer conmigo.

Aquellos dos hombres soltaron una gran carcajada al oír estas palabras, y volvieron á cerrar el paso á nuestra madre que había vuelto á empezar á andar.

—No seas loca, muchacha linda, dijo el otro que hasta entónces había guardado silencio, vas á empezar por adojarnos ese atado que nos viene de perilla porque hace ya dos días que no comiemos, y despues te vas á venir con nosotros.

Nuestra madre apretó el atado contra su pecho, y se negó á entregarlo:

—Dejenme mi comida, que es la de mi padre y la de mis hijos, dijo casi llorando; en cuanto á irme con ustedes no es posible, porque yo no tengo nada que hacer con ustedes ni con nadie.

Siempre riendo aquellos hombres perversos atropellaron á mi madre, y le quisieron arrancar el atado violentamente, pero ella se defendía con extrañas fuerzas, y aunque lloraba de temor y de aficcion, no soltaba el atado de sus menrugos.

Un grito doloroso lanzó nuestra madre al recibir un golpe de puño de aquellos hombres pero con mas encarnizamiento que nunca se prendió de su atado negándose á entregarlo.

—Lleva plata! gritó uno de ellos, lleva plata y por eso lo defiende tanto.

Y siguió forcejeando y pegando á la Maria para obligarla á soltar.

Al ver llorar á la Madre y sentir que le pegaban nos lanzamos sobre aquellos dos hombres tratando de sujetarlos, pero uno de ellos se separó entónces de la Maria, y empezó á darnos de lazazos, con un larguísimo arriador

que de cada golpe nos envolvía todo el cuerpo.

Desnudos como andábamos, aquellos lazazos nos causaba un dolor tremendo, hasta que locos de dolor y desesperacion, corrimos, y nos detuvimos á cierta distancia, esperando que nuestra madre corriera tambien.

Y desde allí presenciábamos una bien triste escena, que no podremos olvidar jamás.

Nuestra madre habiasido volteada al suelo y allí luchaba de una manera desesperada y mientras uno trataba de arrancarle el atado, el otro la golpeaba de una manera terrible, no ya con el chicote, sino con el cabo del arriador.

Estenuada sin duda por el dolor de los golpes y la fatiga de la lucha, la pobre mujer fué adojando poco á poco, hasta que soltó el atado.

Aquellos dos bribones se lanzaron hambrientos sobre el paquete que deshicieron velozmente; volcaron al suelo la comida y empezaron á deshacer un nudo que había en la punta del pañuelo.

—Plata! gritó uno, plata! bien sabia yo que por la comida solo, no había de defender con tanta angurria el pañuelo!

Y en verdad, recién recordamos que algunas monedas que el patron Gordillo y las señoras solian dar á nuestra madre, ésta las ataba en la punta del pañuelo, que no abría, sino cuando tenia que guardar algunas monedas mas.

Mientras ellos se guadaban las monedas y recojian las monedas, la madre seguía estirada en el suelo sin dár señales de vida.

—Vamos, le dijo uno de ellos dándole con el pié, subí á las canchas que te vamos á ser feliz.

Pero la madre no se movió, como si no hubiera oído lo que se le decía.

—Vamos, repitió el hereje, golpeándola mas fuerte, que subas en ancas te hemos dicho.

Pero ni ante el golpe ni ante la palabra pudo moverse la buena mujer.

Entónces el otro que no parecia tan feroz, se agachó sobre ella como para reconocerla y dijo á su compañero.

—No puede moverse, la hemos golpeado mucho y está muy lastimada: es una lástima porque es muy buena moza y nos hace falta una mujer, pues si la llevamos así nos va á dar un trabajo inmenso es inútil tal vez, porque se nos va á morir en el camino.

El otro se acercó á su vez, y encontró sin duda muy puesto en razon lo que el compañero decía, porque no insistió mas y se acercó á su mulo, montando trañquilamente.

Era tal la impresion que nos habían causado aquellas intimas palabras de los dos hombres que hasta se nos pasó el dolor de los chicotazos.

Deseábamos acercarnos á donde estaba nuestra madre pero no queríamos hacerlo hasta que ellos no se fueran.

Comiendo lo que habían quitado y haciendo sonar en la mano las monedas del pañuelo, se fueron de allí tranquilamente, sin ocuparse mas de nosotros.

Cuando se hubieron perdido de vista, nos pusimos de pié y corrimos al lado de la madre pobrecita! en que estado estaba.

De un lado de su cabeza habia salido mucha sangre, que se habia hecho una masa envolviendo su pelo, y su cuerpo estaba lleno de hinchazones y manchas negras.

La llamamos, pero no nos contestó, como no habia contestado al hombre malo.

Entónces nos pusimos á llorar amargamente, llenándola de caricias.

Y lo que no pudo la amenaza y el golpe de los verdugos, lo lograron sin duda las lágrimas de los hijos, porque un momento despues nos decia:

—Hijitos de mi alma! ayúdenme á llegar á la casa, porque me siento morir y esos hombres pueden volver y matarlos á ustedes tambien.

Reuniendo todas nuestras pocas fuerzas, ayudamos á la madre á arrastrarse hasta la cueva, donde la acomodamos sobre un monton de paja donde dormíamos siempre.

—Yo me voy á morir, siguió diciendo, pobres mis hijos que van á quedar solos en el mundo! es preciso que huyan de los malos hombres, porque los van á matar como á mí, huyan siempre mis hijitos porque una muerte asi es espantosa.

Nosotros lloramos, lloramos mucho y nuestra madre guardó silencio y ya no nos volvió á hablar mas.

En vano le hablamos, en vano lloramos y la llamamos, todo fué inútil, no nos volvió á contestar mas, aunque tenia los ojos abiertos y parecia que nos miraba sonriendo.

Asi pasaron muchos dias; de su cuerpo duro y frio como la nieve, salia un olor muy feo: como el que sueltan los animales muertos que hay en el campo: sin duda estaba muerta tambien.

Cuando temiamos mucha hambre, saliamos á buscar algarroba y de las hojas de penco que rompen los burros, y de esto comiamos hasta que no teniamos mas hambre.

Muchas veces quisimos hacer comer tambien á nuestra madre, poniéndole en la boca un poco de algarroba, pero ella no queria abrir la boca y siempre nos miraba sonriendo.

Despues, cuando la agarrabamos para hacerla comer, su carne se rompía en nuestras manos y el olor feo era mas fuerte que nunca.

Y siempre llorabamos al ver que no queria contestarnos y pronto veriamos sus huesos limpios, como los de esos animales del campo que dicen que están muertos.

Una mañana sentimos rumor de mucha gente, y viendo que se acercaban á nuestra cueva, disparamos y nos escondimos entre las sierras, desde donde podiamos ver lo que hacian.

Entre los que habian venido, conocimos muchos hombres de la Estancia de Gordillo, que venian sin duda á matarnos, como nos habia dicho nuestra madre.

Aquella gente registró los alrededores, sin duda buscándonos, y como no nos encontraban, se volvieron á la cueva.

Con cuanta razon nos habia dicho la madre que huyéramos de la gente, que era muy mala, y nos iba á matar.

Aquellos hombres que tan buenos habian

sidido antes con nosotros, sacaron afuera en un poncho á nuestra madre, y se pusieron á cabar un pozo, tapándose las narices para no tomar aquel olor que llegaba hasta donde nosotros estabamos.

Estos malos hombres, despues que concluyeron el pozo, pusieron allí á nuestra madre y le echaron encima toda la tierra que habian sacado; y despues que concluyeron de echar toda la tierra, pusieron encima dos palitos como una cruz, y se fueron, no sin habernos buscado mucho y habernos esperado, sin duda creyendo que ibamos á volver.

Fué solo cuando no quedó ninguno de ellos que salimos del escondite y vinimos á sacar á la madre de donde la habian puesto, pero no pudimos.

Ellos se habian llevados las palas y no teniamos con que sacar la tierra: ya no volveriamos á ver á nuestra madre, porque la pobre no podria salir mas de allí.

Llorando entónces como nunca habiamos llorado, resolvimos buscar otra cueva para guarecernos, porque aquella la conocian y podian volver á buscarnos.

Nosotros temiamos mucho caer en manos de malhechores como los que habian golpeado á la pobre madre, pero temiamos mas caer en poder de la gente de los colorados, que nos enterrarían como habian enterrado á la Maria.

Porque la gente nos tendria aquella adversion? Tal vez porque andábamos desnudos? pero de donde ibamos á sacar ropa con que cubrirnos?

No habia mas remedio que hacer lo que nuestra madre nos habia dicho: huir de aquella gente que queria matarnos y golpearnos como á ella.

En la Sierra más alta y más distante de allí, encontramos una cueva, cuya entrada estaba tan bien oculta, que nadie, ni buscándola hubiera dado en ella.

Allí llevamos paja, mucha paja, como habiamos visto hacer antes á nuestra madre, y nos hicimos una cama magnífica.

Ya la piedra no nos parecia tan dura y podiamos dormir mejor.

Lo único que nos mortificaba era, no el hambre, porque la matabamos con algarroba, pencas y nuses, pero si el deseo de comer otras cosas, como las que nos daba nuestra madre.

Pero de donde las habiamos de sacar? como hariamos para ir á la Estancia del patron Gordillo, sin que nos agarraran y nos enterraran como á nuestra madre?

Triste cosa era vivir así, como animales feroces, pero no habia otro remedio: porque peor seria que nos hicieran lo que habian hecho á nuestra madre.

Mientras el tiempo fué caloroso, no lo pasamos mal; dormiamos de dia, y de noche saliamos á buscar nuestra provision de algarroba y pencas para comer.

Y veniamos á apagar la sed, que muchas veces era terrible, á las agnadas, teniendo el cuidado de no venir dos veces á la misma para que no pudieran seguir la pista.

Pero cuando los frios empezaron á apretar,

ya la vida se nos hizo mas penosa, mucho mas penosa.

Teníamos un frio desconsolador que solo se nos quitaba cuando estábamos entre la paja de nuestra cueva.

De dia no salíamos á la entrada á tomar el sol y uno dormía mientras el otro estaba bien alerta para ver si alguno se aproximaba.

Estando en nuestra cueva estábamos bien seguros, porque la abertura era tan estrecha, que era preciso entrar en cuatro pies y meter primero la cabeza.

Entónces, con dos gruesos palos que teníamos, podíamos con mucha facilidad hacer retroceder á golpes á cualquiera que la hubiera metido.

Pero de noche teníamos que salir á buscar algarroba y agua, y el frio que sentíamos era tanto que muchas veces , sin poderlo remediar nos sentábamos á llorar amargamente.

Hicimos entónces un descubrimiento que nos volvió la vida, y este descubrimiento era que corriendo mucho de peña en peña y saltando como los cabros, el cuerpo se nos calentaba hasta quedar sudando muchas veces.

Así, en cuanto salíamos de nuestra cueva, nos poníamos á saltar y á correr hasta que sentíamos calor, y despues nos dedicábamos á juntar nuestro alimento.

Al menor ruido que sentamos, disparábamos y nos metíamos en nuestra cueva, de donde no salíamos hasta la siguiente noche.

El cuero se nos habia puesto sumamente duro, al extremo que no sentíamos las raspaduras ante dolorosas, que nos hacíamos al subir á los árboles, notando que el pelo del cuerpo se nos hacia mas tupido y se ponía tan grueso como el de la cabeza.

Una noche vimos un fuego, como á una legua de distancia de la aguada del Carrizal donde estábamos bebiendo, y muchas sombras que se rovián al rededor de las llamas.

Ocultándonos por las colinas y arrastrándonos entre los arboles, nos fumos acercando recatadamente.

La noche era muy serena, tan sumamente oscura, que no se podía distinguir nada á corta distancia.

Así anduvimos hasta que nos pusimos cerca del fuego.

Las nombras que habíamos visto eran dos hombres que conversaban alegremente al calor de aquel lindo fuego, que llevaba hasta nosotros ráfagas queridas de un aire tibio y consolador.

Aquellos hombres tenían la misma facha de los que golpearon á nuestra madre y llevaban una arria de mulas cargadas quien sabe con qué.

Cómo reían y conversaban aquellos hombres! y con que gusto metían las manos en la llama y se las refregaban enseguida!

Habian puesto al fuego un pedazo de carne que, una vez asado, empezaron á comer alegre y vorazmente.

Fué tal el hambre que sentimos, que nos tapamos la boca para no ponernos á gritar: y hubiera dado un brazo por un pedacito de aquel asado:

Y comieron hasta que no quisieron mas, dejando un pedazo tirado junto al juego.

Entónces uno de aquellos hombres se levantó fué hasta donde estaban las mulas, y tomó un atado grande que estaba acomodado en una mula tordilla grande.

De aquel atado sacó charque; sacó tabletas y sacó una tortas de patay, todo lo que trajo á la orilla del fuego, volviendo á colocar el atado sobre la mula.

Yo y mi hermano nos miramos y sonreimos alegremente habíamos tenido la misma idea, que nos habíamos comunicado en aquella sonrisa: apoderarnos de aquel atado, donde tendríamos comida para mucho tiempo.

Y mientras los hombres reían y comían alegremente, empezamos á deslizarnos, con el mayor cuidado á donde estaba la mula tordilla para lo cual tuvimos que perder mucho tiempo no porque la mula estuviere lejos sino porque teníamos que andar como las arañas, para no hacer el ruido menos perceptible.

Cuando llegamos al lado de la mula, que comía tranquilamente, miramos al fogón.

La ocasion no podía ser mas oportuna.

Los hombres aquellos, cansados de comer y de charlar se habian ido quedando dormidos al amor de la lumbre, con escepcion de tres, que se habian puesto á jugar la baraja, con tal entusiasmo, que no levantaban la vista del juego y de las monedas.

Entónces y cada vez con mas cuidado, nos pusimos á sacar el atado de sobre la mula, que el hombre sabia dejado descuidadamente, sin duda con la intencion de asegurarlo mejor cuando se pusieran en camino.

Con que placer infinito cargamos aquel atado lleno de alimentos, cuyo peso nos hacia temblar de alegría.

Ninguno nos habia sentido y habíamos hecho la operacion con tal delicadeza, que creo que la misma mula no se apercibió de ello.

Cargamos el atado, precisamente en un momento en que los tres jugadores discutían como si se pelearan.

Aprovechando el estruendo de las voces, y antes que por esta causa fueran á despertar los que dormían, nos pusimos en fuga, con nuestra preciosa carga, y siempre cuidando de no producir el menor ruido.

Cuando estuvimos á alguna distancia, y nuestra marcha se hizo mucho mas rápida, hasta que emprendimos una carrera vertiginosa seguros ya de que, aunque nos sintieran ó se apercibieran de la falta del atado, no nos podrían alcanzar.

Con que alegría famosa nos revolcamos en la paja de nuestra cueva, á vernos dueños absolutos de aquel atado de provisiones.

Allí no mas al tanteo, sacamos lo primero que nos cayó á la mano, y nos pusimos á comer, como jamás creíamos haberlo hecho nunca!

Calmado el hambre, y con mucha sed, escondimos el átado entre la paja y salimos á buscar agua, y observar lo que hacían los hombres.

Desde lo alto de una cima, descubrimos el fuego y los hombres que estaban en movimiento á su alrededor.

Parecían que todos habian despertado ya, sin duda por los gritos y peleas de lo que jugaban.

Pero sin duda nosotros habíamos tardado mucho en nuestro viaje y nuestra comida, porque no hacía mucho tiempo que estábamos en asecho, cuando empezó á calentarse el cielo con los primeros resplandores del día, y vimos que los hombres se levantaron y empezaron á acomodarse sus animales y á seguir la marcha.

No sabemos, que dirían estos de la desaparición del atado, porque estábamos muy lejos, pero cuando el día hubo aclarado algo, los vimos montar, arriar las mulas cargadas y ponerse en camino del lado opuesto á donde nosotros estábamos.

El fuego había quedado encendido tan vivamente, que á pesar de la luz del día, se veían sus alegres llamas á juntarse en el aire.

Y convencidos que podíamos estar tranquilos, nos volvimos á la cueva á mirar todo lo que contenía el atado.

Cuanta cosa rica, caramba! allí había charque, quesadillas y patay del mas rico.

Aquel día lo pasamos comiendo y mirando los alimentos que nos quedaba para los siguientes. Ah! teníamos allí para un año de comida, si hubieramos procedido con método, pero era tal el hambre, que comíamos, comíamos sin medida de ningún género, y sin pensar en que acabadas aquellas provisiones no tendríamos de donde sacar otras.

A la noche volvimos á salir, con la intención de registrar el paraje donde habían estado los hombres para calentarnos un poco al fuego, y ver si habían dejado algo que pudiéramos recoger.

Nos acercamos al paraje donde había estado escondido el fuego pero solo quedaban unas cuantas brasitas perdidas entre las cenizas.

Las juntamos y tuvimos intención de encender una nueva fogata, pero pensamos que el fuego podía descubrirnos como nosotros habíamos descubierto á los hombres y renunciamos con pesar al proyecto.

Ah! poder tener un fuego que hubieramos alimentado todas las noches hubiera sido un gran consuelo.

Nuestra escursión fué sumamente provechosa, porque hallamos muchos pedazos de carne asada y un buen pedaso de carne cruda, que pusimos en el acto entre las brazas para que se asase hasta donde fuese posible.

Carnel ya habíamos perdido el recuerdo de su gusto! Hacía tanto tiempo que no la comíamos, que no la veíamos!

Y como si en todo el día no hubieramos comido nada, comimos de los pedazos de carne asada, y hasta la cruda, que siquiera se había calentado sobre las brazas.

Aquella carne, apenas chamuscado, nos parecía exquisita, pero el fuego se nos apagaba y nos hallábamos imposibilitados en encenderlo, puesto que ese hombre hubiera sido un enemigo delator, que hubiera revelado nuestra presencia á los que hubieran pasado á una gran distancia, porque la noche, como la anterior era densamente oscura.

Entonces mi hermano tuvo una buena idea: me propuso que hecháramos bastante leña al fuego y nos fuésemos á la cueva, así no nos encontraríamos cualquiera que viniera atraído por la fogata y nosotros tendríamos fuego al día siguiente.

Aquella idea fué puesta en práctica inmediatamente, llenamos las brasas de leña fina para que encendiese con mas facilidad, echandola gruesa arriba en gran cantidad para hallar fuego á la noche siguiente.

En segunda vinimos á tomar agua, y nos metimos á la cueva, duros de frio, porque la noche era cruda como un diablo.

La cantidad enorme que habíamos comido aquel día y aquella noche nos pusimos tan pesados, que nos dormimos tan profundamente, que cuando despertamos el sol estaba ya arriba.

Me asomé á divisar el campo y ver si el fuego ardía, pero con gran desesperacion pude cerciorarme que se había apagado: no se veía la mas miserable llamita allí donde creí descubrir una fogata.

Comuniqué á mi hermano tan desventurada noticia, y sentados á la puerta de la cueva, nos dieron gana de ponernos á llorar, de pura desesperacion.

Adios noches pasadas entre el calor de las brasas y las cenizas! adios asaditos calientes, ya no volveremos a tener fuego sabe Dios hasta cuando!

Aquel día no pudimos dormir ni un momento, no solo porque habíamos dormido hasta tan tarde, sino de pura desesperacion.

Y en cuanto cerró la noche nos pusimos á visitar el fogon: el exceso de la leña había ahogado las brasas, no pudiendo encenderse ni siquiera las leñas finas, sofocadas por el gran peso de las gruesas.

La ambicion de tener mucho fuego, nos había hecho perder aquellas brasitas que, con el sistema de echarles leña á nuestra retirada, nos hubieran servido para tener el fuego todo el resto del invierno.

—No importa, dijimos: así como han caído estos hombres, alguna vez han de caer otros y así ya sabemos como es preciso para conservar el fuego y no le dejáremos apagar mas.

Algo consolados con esta esperanza nos fuimos al agua y no entramos á la cueva hasta el amanecer, mirando al campo en todas direcciones, porque creíamos que de un momento á otro iríamos á descubrir un nuevo fuego.

Cuando volvimos á casa, ya había amanecido, y nos sentamos á comer, felices ante aquella buena provision de vivares, que nos hizo olvidar la desventura del fuego perdido.

Y comimos como el día anterior, hasta que no tuvimos mas ganas.

Muchos fueron los que pasamos así, comiendo abundantemente y saliendo de noche á beber y á registrar el campo, siempre con la esperanza de descubrir un nuevo fueguito, pero inútilmente.

Con el frio sin duda, era poco la gente que andaba de noche, y esta prefería caminar, durmiendo de día sin duda, para aprovechar el calorcito del sol.

Un día observamos con desesperacion que aquella gran provision de alimentos llegaba á su fin, y que solo nos quedaba comida para un par de días mas.

El pedacito de carne cruda que nos quedaba tenía un olor espantoso, el mismo olor del cuerpo de nuestra madre, pero comimos á pe-

sar del olor, porque de todos modos no teníamos otra y no habíamos de tirar aquella.

Y esta misma se nos acabó al fin, quedándonos como antes, sin mas alimentos que las pencas, las algorrabas, y lo que pudiéramos aprovechar del pasto, quemado por las heladas del invierno.

Felizmente algarroba habia mucha, el suelo estaba sembrado y no teníamos ni siquiera el trabajo de bajarlas.

Lo que hay es que nos habíamos acostumbrado á comer bien, á comer carne y queso, é íbamos á sentir mas que nunca la falta de alimentos.

Pero no habia mas remedio que conformarnos y salir á disputar nuevamente á los burros las pencas que rompian con el vaso.

Asi pasamos todo el invierno, mirando aquel pañuelo que habia contenido tanta cosa buena y esperando que algun dia haríamos otro hallazgo igual.

Y vinieron los primeros calores á alegrarnos el espíritu y á calentarnos el cuerpo.

Las noches eran mas agradables, permitiéndonos andar con mas agilidad y mas largas distancias.

Varias veces encontramos grupos de hombres que iban arriando mulas cargadas, como aquellos de la provision y el fuego, pero estos no se detenian á hacer fuego y pasaban de largo.

Escondidos entre las sierras, ó arrastrándonos como culebras, seguíamos á aquella gente espialdo el paraje donde se detenian, pero el fin teníamos que regresar sin haber conseguido nada.

A veces se detenian un momento para dar un resuelito á las mulas, pero bien pronto seguian su camino, sin siquiera haber hecho pié á tierra ni para acomodar la montura.

Y nos volviamos por la misma senda que ellos habian venido, registrando el suelo con verdadera avidéz, y hallando siempre pequeños mendrugos de carne ó quesadilla, ó carne asada que habian ido comiendo y arrojando lo que les sobraba.

Nosotros recogiamos aquellos mendrugos y los comiamos, aunque mas no fuese que por no olvidar por completo lo que era el gusto de aquellos manjares.

Una vez encontramos en el camino, el cuerpo de un hombre, lleno de lastimaduras é inmovil.

Aquel cuerpo estaba helado como el de nuestra madre, y con muy mal olor.

Sin duda, como ella habia sido encontrado por malos hombres que le habian dado de golpes hasta reducirlo á aquel estado.

Si alguna idea hubiéramos tenido de venir á las poblaciones y ponernos en contacto con la gente, la vista de aquel cuerpo frio y lastimado nos la habria hecho desear.

Buscamos por las inmediaciones á ver si hablabamos algo pero nada encontramos.

El hombre aquel estaba desnudo, lo que probaba que los que le habian pegado se llevaron toda su ropa y cuanto tenia.

Nos retirábamos lleno de horror, cuando mi hermano dió un grito de alegría, levantando del suelo algo grande y pesado.

Era un atado lleno de tabletas y patay con el que echamos á correr, temiendo que viniera alguno á buscarlo alli.

Ya teníamos una buena provision con la que no habíamos contado.

Sin duda á aquel hombre le habian pegado como á nuestra madre, para quitarle el atado que él habia escondido donde lo encontramos ó que ellos habian olvidado despues.

Temiendo que aquellos hombres auduvieran por los alrededores, no salimos de la cueva en varios dias, sino para ir á beber á la aguada, puesto que en la cueva teníamos bastante alimento.

Pero aquellas tabletas se acabaron como las otras y volvimos á la misma situacion de antes.

Ya no podiamos pasar por aquel paraje donde hallamos al hombre lastimado, porque el olor era inaguantable.

Y el pobre se fué secando y cayéndosele la carne, hasta que solo quedaron los huesos pelados, que algunos animales venian á roer.

Así pasaron muchos inviernos y muchos veranos, sin haber hallado otra cosa que los mendrugos arrojados por la gente que pasaba, y que nosotros regociamos de sobre las huellas.

El pelo se nos habia criado largo y espeso, en todo el cuerpo, como ahora lo tenemos: así no sentíamos tanto el frio del invierno, ni nos incomodaban tanto las lluvias.

Una vez, hace poco tiempo, tropezamos con un grupo de hombres que, como los primeros, se habian detenido á hacer noche.

Oh! que alegría inmensa tuvimos al ver de lejos no uno, sino tres ó otro fuegos que habian encendido, donde asaban grandes pedazos de carne de chivo.

Nos escondimos entre las pajas, á larga distancia, y estuvimos mirando estaciados lo que hacian.

Aquellos hombres no eran como los otros, estaban vestidos con otras ropas como ese soblado que habia antes en lo del patron Gordillo, y como el tenian lanzas largas y cuchillones que corgaban de la cintura hasta el suelo.

Las mulas que tenian no iban cargadas, pero en una que otra de las que andaban comiendo por allí cerca, se veian ataditos más ó menos grandes, que debian ser de comida.

Unos echados de barriga reparaban los asados, otros estaban sentados jugando á la baraja con muchas monedas, y otros dormian echados panza arriba plácidamente.

— Es preciso ver si llevamos un atado de esos, dijimos casi al mismo tiempo yo y mi hermano, y nos fuimos acercando poco á poco á las mulas que andaban mas retiradas.

Y agarramos del cabestro á una de ellas y la fuimos sacando un poco mas lejos, con tanto, que ni la mula hizo resistencia, ni ellos notaron la operacion.

Entónces, rápidamente sacamos el atado y nos fuimos con él apresuradamente, volviendo poco despues á tentar de hacer la misma operacion con otra mula.

Y fuimos tan felices que, mientras aquellos hombres comian sus asados, nos apoderamos

de otro atado mas grande y nos fuimos en-
tónce á guardarlos en la cueva, volviendo
poco despues á tentar la misma operacion.

Pero ya era tarde, el dia venia aclarando y
los hombres se habian puesto á ensillar para
seguir la marcha.

Bien escondidos y á larga distancia nos que-
damos observando lo que hacian, y los vimos
ensillar y ponerse en marcha con toda tran-
quilidad, sin notar la falta de los atados, que
nosotros nos habiamos llevado.

Temiendo que pudieran volver á buscar sus
atados, los seguimos una gran distancia desde
arriba de las colinas, y solo cuando los hubi-
mos perdido de vista nos volvimos, no al pa-
raje donde ellos habian estado, sino á nuestra
cueva, donde esperamos que llegara la noche
para ir á hacer nuestra pesquiza.

El fuego podia apagarse durante el dia, pero
de aquella manera no nos esponiamos á ser
sorprendidos.

Registramos nuestros dos atados y nos pu-
simos á saltar dentro y fuera de la cueva, po-
seidos de una alegria inmensa.

Dentro de aquellos atados habia gran canti-
dad de diversas cosas ricas, que nosotros mis-
mos no sabiamos como se llamaban.

Azúcar, yerba, en fin, no podriamos de-
cir cuanta cosa habia en aquellos benditos
atados.

Comimos, ah! como comimos aquel dia! aún
recordamos hasta el gusto que tenian todas
aquellas cosas!

A la noche vinimos al paraje donde estaban
los fogones y nos pusimos á buscar lo que ha-
bian dejado.

Cuanta carne asada habia allí! cuanto hueso
lleno de comida y cuanto pedazo de galleta
tirado en el suelo.

Nos llevamos la carne, y volvimos con los
mismos pañuelos que vaciamos, á llevar los
mendrugos y los pedazos de galleta, sin dejar
en el campo ni una miguita.

Los fuegos se habian apagado ya, pero que
nos importaba los fuegos cuando teniamos
tanta comida!

Nos volvimos á la cueva antes que aman-
ciera, y allí vaciamos todo, mirando y remi-
rando pedazo por pedazo, y comiendo de todos,
con una avidéz enorme.

Era tanta la cantidad de comida que habia-
mos recogido, que creimos que nunca ibamos
á necesitar mas.

A la noche siguiente cuando volvimos al
paraje donde habian estado los fogones, toda-
via encontramos con que llenar los pañuelos,
de recortes de carne y mendrugos de otras
cosas.

Qué contentos pasabamos la vida entónce,
comiendo como cuando vivia nuestra madre
y viviendo en una cueva que nunca podia na-
die descubrir.

Aquel paraje estaba lleno de asperezas y de
precipicios — habia que saltar por sobre el
abismo para llegar allí, y era imposible que
pudiera dar ese salto ninguna persona que
no tuviera como nosotros, la práctica de andar
por aquellos parajes.

Escarmentados con el consumo rápido que
habiamos hecho de las otras provisiones, estas

las comiamos con mas medida para que nos
duraran mas.

Aquel verano fué una bendicion del cielo,
porque cada tanto tiempo encontrabamos gente
que se detenia en el camino á hacer noche,
dejando siempre desperdicios que llevábamos
á casa, juntándolos á los que ya teniamos.

El agua la tomabamos siempre de distintos
puntos, para no dejar rastros en uno solo, aun-
que todo rastro tenia que perderse por aquel
gran salto que nos veiamos obligados á dar
para llegar á nuestra cueva.

Cualquiera que hubiera seguido el rastro de
nuestras pisadas, al llegar allí se hubiera en-
contrado perdido.

Asi podiamos vivir perfectamenté tran-
quilos que nadie nos habia de venir á asaltar
allí.

Y pasó mucho tiempo mas, todo aquel ve-
rano y el invierno siguiente, sin que tuviéramos
ningun mal encuentro.

Nosotros mismos, para encontrar los gru-
pos que pasaban, teniamos que acercarnos al
camino, bastante alejado de nuestra casa.

Un dia, hace muy poco, habiamos venido á
beber al Carrizal, cuando nos sorprendió un
grupo de hombres que parecia esperarnos para
darnos caza, y huimos velozmente sin que
pudieran alcanzarnos.

Y como aún no habiamos podido beber
bien, nos retiramos con bastante sed, sed
que vino á aumentar aquella carrera inespé-
rada.

Teniamos que volver á beber pero no nos
animábamos, temiendo que nos estuvieran
esperando allí.

Sin embargo, pensamos que aquel encuen-
tro debia ser casual, pues nada nos indica-
ba que anduviera gente alguna en nuestra
busca.

Dejamos pasar todo aquel dia y noche sin
salir de nuestra cueva, para evitar todo pe-
ligro.

La misma imposibilidad de beber aumentaba
nuestra sed de un modo endiablado.

Nos resolvimos pues á salir, observando
detenidamente todo el terreno, para retirarnos
inmediatamente que hubieramos sentido algo
sospechoso.

Pero en vano miramos á todas partes, en
vano nos detuvimos á observar, á cada mo-
mento, nada vimos, nada sentimos que pudie-
ra hacernos notar la presencia de ninguna
persona.

Llegamos al agua y nos sentamos á la
orilla tranquilamente, con la mayor confianza
de que no podia sucedernos nada, cuando nos
pareció sentir un movimiento leve á nuestra
espalda.

De vuelta lleno de asombro y haciendo un
movimiento para huir, cuando nos vimos ro-
deados de gente que nos tiró los lazos con
tanto tino, que toda defensa fué inútil.

Ustedes saben lo demás, puesto que eran
ustedes mismos lo que nos espiaban para agar-
rarnos.

En seguida los dos hermanos suplicaron
que no los fueran á golpear como la habian
golpeado á la madre, y á aquel otro hombre
que encontraron una vez, puesto que ellos no
habian hecho mal á nadie.

Y llorando amargamente pedían que se les volviera su libertad, se les dejara ir á su cueva, ya que, como les manifestaban, ningun interés tenían en hacerles mal.

Fué difícil convencerlos de que, por lo mismo que no tenían otro interés que el de hacerles bien, los retenían allí, donde gozarían de tanta libertad como antes, y no vivirían llenos de zozobras y temores, y careciendo de todo aquello que hace llevadera la vida.

Ellos escuchaban atentamente y no oponían otra dificultad que aquellas palabras que les habia dicho la madre antes de callar para siempre, y la creencia de que los hombres que los hallasen, los habian de golpear hasta dejarlos en aquel estado que tanto los horro- rizaba.

Fué entónces que el señor Gordillo, con toda paciencia y con palabras claras para ellos, les esplicó como la madre habia sido asaltada por ladrones que querían robarla, y que la habian muerto por que ella no les quiso entregar lo que llevaban y seguirles ella misma.

Pero que todos los hombres no eran así, y que sin duda la Maria, lo que habia querido recomendarles era que huyeran de la gente mala para que no les sucediera lo mismo, pero que la vida le habia faltado á lo mejor.

— De otra manera, estoy seguro que lo que ella deseaba recomendarles, era que huyeran de la gente mala, y se vinieran aqui, por ejemplo, donde hallarian un amparo seguro.

Los hermanos se miraban como si quisieran consultarse lo que debían de hacer, porque no se animaban á quedarse, creyendo que todo aquello no era mas que un engaño para matarlos despues!

— Pero hombre les dijo Gordillo tratando de convencerlos totalmente la prueba de que no tratamos de hacerles mal, es que no le hemos hecho ya, para que habíamos de enganarlos en una cosa que podíamos haber hecho en seguida de tomarlos?

Voy á darles una prueba de que lo que queremos es ampararlos y ayudarlos en cuanto nos sea posible.

Voy á darles ropa para que se vistan y comida para que lleven, y en seguida pueden volverse libremente á su cueva, puesto que así lo quieren.

Cuando la comida se les acabe pueden volver á llevar mas como lo hacia la Maria, que no temia nada malo de nosotros y que venia aqui con ustedes mismos, sin que jamás haya tratado nadie de hacerle daño, socorriéndola cada uno con lo que buenamente podia.

Este fué el argumento que hizo mas fuerza en los hermanos Ruarte, y los concluyó de convencer con la verdad de lo que se les decia, resolviéndose á quedar allí, desde que se les permitia irse en el momento que así lo deseaban.

— Nos quedamos entonces, dijo Domingo que parecia dominar por completo al hermano, nos quedamos, pero á condicion de que hemos de quedar en la casa del patron Gordillo.

— Convencido, dijo este, y cada vez que quieran ir á la Sierra y á la cueva donde vivian, podrán hacerlo, en la seguridad de que ya no ha de ser necesario irlos á buscar para que vuelvan: ustedes mismos no habian de querer-

se quedar allí, desengañados que se puede vivir entre gente, sin que se les haga el menor daño.

En seguida fueron llevadas á la casa del señor Gordillo, donde debían quedarse, vistiéndolos en el acto, que era lo que mas necesitaban.

Como en realidad nunca habian estado completamente vestidos, porque en vida de la madre todo su traje se reducía á una camisa, no sabian como darse vuelta con la ropa que se les habia puesto.

El pantalón sobretodo, les incomodaba enormemente, no dejándoles dar un paso.

Todo su apuro, por el momento, era regresar á la cueva para traer los mendrugos que allí tenían amontonados, y que no querían perder porque les seria difícil conseguir otros.

— Dejen eso, les decían, que aqui no les hace falta: nosotros les daremos comida fresca y tanta que no la podrán comer toda.

Como cada cual se afanaba por socorrerlos en lo que podia, pronto juntaron un monton de tortas, galleta y una buena cantidad de mazamorra.

Gordillo les mandó hacer un buen asado sobre el que se lanzaron como perros hambrientos, mirando á todos lados como si temieran fuesen á quitárselo.

Y comieron de una manera tal, que en pocos momentos dieron fin con un asado del que podían haber comido abundantemente cuatro hombres.

Y así mismo, llenos hasta no poder pasar un bocado mas, y rodeados de comida de toda clase, no dejaban de lamentar los mendrugos abandonados en la cueva, diciendo que les iban á hacer falta cuando concluyeran todo aquello.

— Aunque aquí tendrán mucho mas de lo que allí han dejado descansan primero, duerman y despues irán á buscarlos aunque ya se convencerán ustedes mismos que para nada necesitan aquellas miserias.

La curiosidad que habian despertado los hermanos Ruarte, era inmensa; de todas partes acudia la gente, ávida de verlos y oírlos, al extremo de que la estancia de los Colorados parecia una gran feria.

De Patquia y de todos los departamentos vecinos á donde habia llegado la noticia, acudían las familias con todo género de socorros para los dos hermanos, que habian despertado la compasion de los mas indiferentes.

Todos querían escucharlos, preguntarles mil detalles sobre su vida, y sobre todo verlos desnudos, pues nadie queria creer que estaban naturalmente vestidos por un pelo negro y espeso.

Y era tal la curiosidad por conocer este detalle que Gordillo tuvo que hacerlos desnudar de medio cuerpo para que todos pudieran verlos.

Solo los dejaron tranquilos cuando el señor Gordillo indicó que era necesario dejarlos descansar, porque como á cada momento llegaba la gente nueva, no le habian dejado un solo momento de reposo.

Les improvisaron una cama bastante grande para que pudieran acostarse, y los dejaron so-

los para que pudieran entregarse á sus reflexiones, y sobre todo al descanso, que la necesidad de dormir debia serles ya imperiosa.

Causados con el viaje y las emociones, y habiendo comido de una manera formidable, Domingo y José apenas se les dijo que podian acostarse á dormir, se echaron sobre la cama enroscándose como dos perros, y se quedaron profundamente dormidos.

Y como todos habian estado de velada, por curiosear y conversar con ellos, todos fueron haciendo lo mismo; adentro los que cabian y afuera al rededor del fogon, los que estaban de mas.

Con motivo de la llegada de los hermanos Ruarte, La Estancia de los Colorados fué concurrida como una feria por mas de un mes.

La gente venia de los pueblos mas lejanos á ver los hombres con pelo, que se habian familiarizado tanto con aquella curiosidad exagerada y comprensible, que ellos mismos venian á mostrarse, sobre todo Domingo, que era el mas sociable y comunicativo.

José estaba siempre dominado por una especie de melancolia, que lo tenia triste y poco dispuesto á entrar en conversacion y en jarama.

Todo les llamaba la atencion, puesto que todo era nuevo para ellos, y en su movilidad constante para no perder nada de lo que pasaba cerca de ellos, parecian dos grandes monos amansados y adiestrados.

El señor Gordillo adoptó á los dos hermanos quienes le tomaron tal cariño, que no querian separarse de su lado un solo momento.

Y cuando él les proponia ir á la cueva á buscar los alimentos que habian dejado se reian bondadosamente y respondian que demasiado tenian allí.

Ya estaban perfectamente domesticados y convencidos que nada tenian que temer de los demas hombres.

El señor Gordillo tuvo que venir á la ciudad y se trajo como peones á los Ruarte, porque yéndose Gordillo no habia forma de que se quisieran quedar en la estancia.

Como es natural, en la Rioja fueron el objeto de la curiosidad general, pero ellos no ponian ningun inconveniente en exhibir sus cuerpos peludos, y corroborar algunas relaciones que, sobre ellos hacia el señor Gordillo pues toda la historia de aquellos mocetones parecia un tejido de invenciones fantásticas.

Al año de estar con Gordillo, bien cuidado, y alimentados con abundancia, durmiendo en cama y gozando de una vida tranquila y agradable, los hermanos Ruarte empezaron á perder el pelo del cuerpo, y el de la cara, fuera de la barba que era espesa y gruesísima.

Ellos mismos se reian al verse que iban tomando el aspecto de las demás personas y

perdiendo todo lo de animal salvaje que tenían.

El señor Gordillo tuvo que hacer un viaje á San Juan, y como siempre los hermanos Ruarte lo siguieron, acompañándolo como sus peones de mayor confianza.

El General Benavidez, asombrado ante la historia de aquellos dos desventurados, pidió á Gordillo le dejara unos de ellos, para darse el placer de hacerlo feliz, en toda la extension de la palabra.

Y Gordillo que lo que queria era la felicidad de aquellos dos pobres seres, convenció á Domingo que debia quedarse con el General, mientras él iba á hacer una excursion á que no podia llevarlo.

Y como Domingo tenia la conciencia de que su protector no podia aconsejarle nada malo se convenció de que debia quedarse con el General, y fácilmente consintió en ello.

Gordillo se fué con José que sintió mucho aquella separacion aunque momentánea, y Domingo se quedó con el General Benavidez feliz ante un vistoso uniforme que este le hizo vestir.

Domingo se dió tanto con el caracter de Benavidez, que poco tiempo despues le habia tomado tal cariño, que como el perro mas leal, no se movia un momento de su lado.

Y el General, habituado ya á aquel cariño sumiso y leal, no podia estar sin tener á Domingo cerca de sí, ocupándolo en el servicio de su mayor confianza.

Bravo sobre toda ponderacion y con una musculatura que habia llegado al apogeo de su desarrollo, llevaba su fidelidad perfunta, al extremo que no permitia que nadie se acercara al General, sin que este le hiciera una seña de que no tuviera temor,

La señora era la única que no llenaba este requisito impuesto por el leal Domingo, que desconfiaba de todo y de todos, diciendo: el hombre es malo por naturaleza, no hay que darle la ocasion de ejercitar su maldad.

Asi Benavidez, aunque se hubiera sabido amenazado del mayor peligro, teniendo á Ruarte cerca de sí, estaba tranquilo.

Y este llevaba su fidelidad cariñosa al extremo de dormir como un perro, atravesado á la puerta de su aposento.

Una vez que el General Benavidez se acostaba, era inútil pretender entrar al aposento.

Solo su señora podia hacerlo, porque á cualquier otro le cerraba el paso terminantemente y era inútil insistir, porque entónces creia que habia un mal interes y menos permitia la entrada hasta que el General no abria la puerta y le decia—déjalo pasar Domingo.

Para llegar al General Benavidez era necesario matar á Domingo que no se separaba de él ni un solo momento y este fué el gran escollo con que tropezaron los asesinos de aquel hombre extraordinariamente bravo.

La muerte de un Leon

La situacion de San Juan era nuevamente tirante, á consecuencia de la lucha ardiente en que se habian dividido los dos grandes partidos de aquella provincia.

Cansado de la vida agitada de la politica, el General Benavidez se habia retirado de ella, rechazando el Gobierno que sus amigos se empeñaban en hacerle aceptar.

— Quiero descansar, decia, quiero descansar por lo menos un poco de tiempo, yo pondré mi influencia para que triunfa un hombre del partido liberal, decia, y será lo mismo para mis amigos.

Y así se convino, convencidos los amigos que era preciso dar una trégua á aquel hombre que tanto habia luchado, que tanto habia batallado por la felicidad de su provincia, sin haber dejado trás si ningun odio justificado.

Las elecciones se produjeron, y aquellos que no tenian confianza en la candidatura que sostenia Benavidez, levantaron la de Gomez, hombre tambien del partido liberal, valiéndose del nombre del mismo General.

Requerida la influencia del General Urquiza porque la situacion se hacia tirante y amenazadora, este mandó de interventor el doctor Molina, quien dió absolutamente libertad electoral para que cada cual pudiera votar por quien le diese la gana.

Buenos y risueños tiempos, en que una provincia Argentina podia elegir libremente su Gobernador, sin que un solo voto falso viniera á manchar los registros electorales.

Ya no queda de ellos sinó el buen recuerdo y el mayor deseo de verlos volver.

El General Benavidez concurrió á los átrios pero su candidato fué vencido, aunque por escasa mayoría, pues el partido Unitario tenia mas confianza en Gomez que en el candidato de su gran caudillo.

Si Benavidez habia prestigiado á su candidato, no habia hecho fuego sobre Gomez, dejando que sus amigos votaron con entera libertad,

Si él les hubiera exigido que abandonaran á Gomez, este no habia triunfado, pero no viendo en él mas que un hombre del partido liberal, los habia dejado en libertad absoluta, al extremo que cuando á última hora fueron mucho á pedirle su palabra de orden, les contestó sonriendo:

— Los dos son buenos, los dos pertenecen al partido liberal, voten por aquel que mas confianza les merezca, yo no puedo dar un consejo en este caso, porque soy susceptible de equiv-

carne y no quiero que se me culpe mañana de cualquier cosa que pudiera suceder.

Así se explica como triunfara Gomez aunque otro era el candidato de Benavidez y como la conducta que este observó en aquella eleccion lo elevó ante la consideracion de sus comprovincianos, que tuvieron una ocasion mas de apreciar cuanta era la firmeza de aquél carácter.

Recibido Gomez del Gobierno y una vez que el Comisionado del General Urquiza se retiró, Benavidez no volvió mas á mezclarse en los asuntos del Gobierno, entregando á sus negocios particulares y al descanso apasible del hogar.

Aficionado famoso á las riñas de gallos, se entretenia en la cria y compostura de los que habia de llevar al rancho, donde pasaba sus dias en la mayor distraccion.

El indio Ruarte, como llamaban á Domingo, se habia hecho un famoso compositor de gallos y era, como siempre, quien acompañaba él al General en sus diversiones galleras y quien conocia perfectamente el arbol genealógico de sus maz famosos gallos.

Cuando le iban á hablar de politica y de luchas, respondia chuscamente.

— Ya no me ocupo de mas peleas que las de mis gallos, si tienen pareja vamos á pelear y verán que magnificos soldados de pluma tengo me rio del mas valeroso del Ejército!

Y era verdad, sus gallos eran de primer orden, al extremo de que, una pelea perdida por Benavidez era un acontecimiento.

El rancho de gallos era la diversion favorita de la gente mas distinguida de San Juan, como que no habia otra manera de matar el tiempo.

Todos tenian gallos, y que gallos! los llevaban á refinar y el rancho era pequeño para contener la numerosa concurrencia que acudia, sobre todo cuando se anunciaba alguna riña entre famosos gallos.

Como era público y sabido que el General Benavidez no se mezclaba á la politica, el Gobierno no se preocupaba de él, aunque sabia que era un caudillo á cuya palabra se levantaban las masas.

Pero el Gobernador Gomez empezó á cometer sus desaciertos, empezó hacer persecuciones odiosas y el partido liberal, alarmado fué á ver á Benavidez para que los guiara en la empresa de derrocarlo.

Benavidez los escuchó y les dijo que estaba firmemente resuelto á no mezclarse en ningun movimiento revolucionario.

— El Gobierno es legal, ustedes lo han elegido libremente y no seré yo quien lo derroque, cargando con la tremenda responsabilidad de haber provocado una situación de sangre.

Suframos hasta que concluya su periodo y veamos de reemplazarlo de una manera conveniente: esto es lo único á que yo puedo ayudarlos.

Y desligándose así de toda participacion en cualquier movimiento que pudiera sobrevenir, siguió entregado á sus gallos.

Pero el Gobierno que se habia apercebido del descontento general y que temia que Benavidez pudiera encabezar una revolucion, tomó sus medidas precaucionales llamando la Guardia Nacional á ejercito doctrinales y se previno para sofocar a tiempo cualquier movimiento sedicioso.

Los descontentos, con aquella medida de fuerza se enconaron mas, y empezaron á reunirse en casa de Benavidez para comprometerlo, y hacerlo entrar de esta manera en la revolucion que ya seriamente proyectaban.

Si el Gobierno desconfiaba de Benavidez, tomaria contra él medidas energicas, el General se enojaria y entónces, forzado por el mismo Gobierno, entraria de lleno en la revolucion y el triunfo seria seguro, fuera de toda duda.

Asi, lo mas espectable de San Juan, se reunia en casa del General, haciendo gala de sus antipatias contra el Gobierno.

Gomez creyó que Benavidez era el que encabezaba la revolucion, y lo hizo llamar á su casa para tener con él una conferencia, llamado á que acudió bien pronto el General, conveniéndolo al Gobierno del error en que estaba.

— Es cierto que mis amigos no están conformes con la marcha del Gobierno, es cierto que son capaces de ir á la revolucion si el Gobierno sigue haciendo una politica de fuerza, pero no es cierto que yo dirija mi apoyo esas ideas.

Por el contrario se las combato y hago valer sobre ellos toda mi influencia para que no provoquen una situacion de sangre.

El Gobierno puede estar seguro que no omiteré esfuerzo por mantener la paz en lo que de mí dependa, como puede estarlo tambien de que bajo ningun motivo seria yo el director ó cooperador á un movimiento revolucionario.

Gomez conocia perfectamente á Benavidez, hacia justicia á su carácter, y despues de aquella conferencia, se persuadió que el General no tenia parte en los enjuagues revolucionarios en que andaban sus partidarios.

Y se resolvió á no incomodarlo, seguro que él seria el opositor mas decidido á toda revolucion.

Sin embargo tenia todas sus medidas tomadas, y una buena cantidad de fuerzas prontas á entrar en pelea en cualquier momento.

Los amigos de Benavidez, siguieron en su táctica de comprometerlo con reuniones en su casa.

Los enemigos del Gobierno que encabezaban la oposicion, siguieron este propósito, y el Coronel Icasate, su cuñado, Rojo otros hombres prestigiosos no salían de allí, donde entraban con aire misterioso, para comprometer mas al General.

Este vió que todo esfuerzo seria inútil para disuadir á sus amigos que preparaban á gran prisa la revolucion y no quiso contrádecirlos, aunque les declaró que él no tomaba parte en el movimiento, puesto que así lo habia declarado al Gobierno.

Gomez no se daba cuenta de la conducta de Benavidez que permitia reunirse en su casa á enemigos declarados del Gobierno, que se sabia conspirar contra él, y empezó á desconfiar nuevamente, aunque á Benavidez no podia hacérselo otro cargo que el de tolerar aquellas reuniones.

Los leales del Gobierno, que no figuraban entre la gente de mas valer, empezaron á intrigarlo con Benavidez, asegurando que tenian pruebas palpables de que el General estaba con la revolucion y que era preciso proceder contra él.

Sabian que Benavidez era un enemigo poderoso, invencible al frente de una revolucion, y querian deshacerse de él á toda costa.

Pero el Gobierno tenia miedo de proceder contra el General, porque sabia que el menor acto del Gobierno, hostil al caudillo, sublevaria la opinion publica y provocaria entónces una revolucion formidable.

— Esque la revolucion va á estallar de todos modos, le decian, y sin el apoyo de Benavidez será mucho meno difícil vencerla.

Si el General se pone á su frente, no tendremos elementos para contrarrestarla, y tal vez preso él, sus partidarios no se animen á lanzarse al motin.

Pero el Gobierno no sé atrevió á proceder abiertamente, limitandose solamente á hacer vigilar de cerca al General, de manera á poder caer sobre él en cualquier momento.

Acuarteló todas las fuerzas de que disponia y se preparó á salir al encuentro de cualquier movimiento armado.

Y sinó se atrevió á proceder contra Benavidez, resolvió hacerlo contra los hombres que indudablemente hacian trabajos revolucionarios.

Estos, que estaban al cabo de las medidas, del Gobierno, se pusieron á salvo: Rojo se fué para Mendoza, é Icasate se escondió, decidido á no mostrarse sino en el momento de obrar.

Con esto sucesos el pueblo San Juanino se mostró tan hostil y amenazador contra el Gobierno, que Gomez comprendió que era el momento de proceder contra Benavidez, siquiera para privar á la revolucion de su mas importante elemento.

Y Benavidez entonces estaba con la revolucion, aunque la demoraba para ver las medidas que tomaba el Gobierno.

Con la persecucion á sus amigos se habia irritado y comprendido que era preciso tomar una actitud amenazadora que contuviera los avances del Gobierno.

Los amigos de Benavidez escribieron al General Urquiza que salvase a San Juan del abismo á que se derrumbaba, y á la señora de Benavidez que aconsejase al General se pusiera en salvo ó cuidara su persona, pero los acontecimientos se habian ya precipitado demasiado.

El Gobernador Gomez, convencido por sus amigos habia resuelto prender á Benavidez y

habia dado ya la órden de prision contra este y los hombres principales de la revolucion.

Aquellas órdenes habian sido dadas al Coronel Yufre y al Comandante Rodriguez, gefe que merecia toda la confianza de Gomez.

Però la prision de Benavidez era un acontecimiento al cual no se podia aventurar sin ser perfectamente preparado á repeler todo movimiento agresivo, pues habia de contar de antemano con que el pueblo podia oponerse á la prision de su caudillo y libertarlo antes de llegar á la Policia.

Con la prision de Benavidez se iba á provocar al pueblo y era necesario entonces ir preparado a todo, que una vez preso el General, su vida misma serviria de garantia contra toda tentativa revolucionaria.

El dia aquel en que debia efectuarse la prision de Benavidez, era un Domingo, dia de rifias y en que el General, por consiguiente, debia hallarse en el refidero de gallos.

Al 1.º batallon de Guardia Nacional que hacia ejercicios en la plaza, batallon compuesto de la mas distinguida sociedad San Juanina, se le mandó colocar las armas en pabellon y no moverse de la plaza para nada.

Rodriguez y Yufre, llevando dos companias de linea, se dirijian al refidero a cumplir la órden de prision contra el General, y la ciudad entera, por su agitacion, parecia preveer los acontecimientos sangrientos que iba á tener lugar.

Nadie sabia á que iban aquellas dos companias municionadas como para entrar en pelea, y sin embargo, no faltaba quien aseguraba que iban á prender al General.

La manzana del refidero fué rodeada por los soldados, para evitar que la presa fuera á escapárselos, quedando Rodriguez con unos veinte hombres á la puerta del refidero, como si le costara resolverse á entrar.

Y tan le costaba realmente, que envié á un oficial dijera al General Benavidez que saliera un momento, que tenia que hablarle en nombre del Gobernador.

En aquel momento tenia lugar una riña interesantisima, en la que Benavidez peleaba su mejor gallo y jugaba una buena suma de dinero.

Así es que sin distraer la atencion del circo donde se despedazaban los dos gallos, respondió alegramente:

—Diga que en este momento no puedo atenderle, que en cuanto termine la riña estoy á sus órdenes:—mil pesos mas á mi gallo!

Como se vé, Benavidez no podia pensar que se le buscaba para nada malo, cuando ni siquiera lo preocupaba el llamado.

El oficial volvió con la respuesta, y Rodriguez volvió á mandar decir á Benavidez que era necesario saliese en el acto porque él no podia esperar.

—Es inútil, contestó el General, hasta que no concluya esta riña no me muevo de aquí.

—Es inútil, respondió el indio Ruarte, como si hubiera sido un fonógrafo, el General no se mueve de aquí hasta que no se termine la riña.

Si no puede esperar, que vuelva.

Aquella insistencia del oficial, y cierta groseria del modo con que se retiró, alarmó á los

amigos de Benavidez, muchos de los cuales salieron á ver que sucedia, encontrandose con que la puerta del refidero estaba tomada y rodeada la manzana de soldados para que nadie pudiera salir.

Y entraron nuevamente al circo, en momentos que la riña terminaba victoriosamente para el gallo del General, que habia acribillado á puñaladas á su adversario.

—El refidero está rodeado de fuerzas, dijeron, que sin duda esperan á usted, y en la calle hay un gran tumulto de gente.

—Però supongo que ese lujo de fuerzas no será para prenderme á mí, dijo el General, porque ya sabe el Gobierno que para que yo me presente, no tiene mas que mandarme llamar.

Y se dirigió al patio acompañado de sus amigos y seguido del indio Domingo.

Allí, con un grupo de soldados estaban Yufre y Rodriguez, que consultaban en ese momento si debian ó no entrar á tomar á Benavidez en el circo de las rifias.

Grande debia ser el tumulto de la calle, porque hasta allí se sentian las voces y palabras con que se comentaba la prision del caudillo San Juanino.

La noticia habia circulado por toda la ciudad con rapidéz pasmosa, y de todas partes acudian al refidero, no creyendo que la noticia fuera cierta.

Como habian de atreverse á prender al General Benavidez?

Los mismos grupos de Guardia Nacional que habian hecho pabellones en la plaza, acudian, aunque sin armas, á salir de la curiosidad.

Otros habian acudido apresuradamente á los centros revolucionarios, buscando á sus gefes para lanzarse á la lucha, pues no podian sentir á semejanza prision.

Alarmado Rodriguez, que dicen no era de los mas valientes, con la actitud del pueblo, mandó despejar la cuadra con los soldados, y en nombre del Gobierno intimó al General Benavidez se entregara preso.

Y el indio Ruarte, como una pantera saltó entre el General y Rodriguez, á quien amenazó con los puños diciendo: pobre de el que ponga lo mano sobre el General, al mismo Gobierno lo aplasto yo si pretende hacerle daño.

Benavidez sonriente, apartó al indio con ademán cariñoso y respondió á Rodriguez.

—Amigo mio, al General Benavidez no se le puede prender como á cualquier bandido, hasta que el Gobierno me mande á llamar para que yo me presente.

Però este atropello no es justificable, ni aceptable por mí: eso, en primer lugar, que en segundo, yo no acepto una órden verbal de prision.

—La traigo escrita, respondió Rodriguez, que estaba completamente dominado por la actitud y aspecto del General.

Y sacando un pliego del bolsillo, lo entregó al General, quien en alta voz leyó una órden de prision contra el Coronel Icasata.

—No sea esa, exclamó Rodriguez cada vez mas turbado y mirando á Yufre para que acudiera en su auxilio; he equivocado la órden,

aquí está la suya: y estiró á Benavidez un nuevo pliego.

Aquella era efectivamente le órden por la cual se mandaba á Rodriguez que, acompañado de la fuerza que creyera necesaria, precediese á la prision del General Benavidez, allanando si era preciso la casa donde se encontrara.

—Es una órden terminante, respondió Benavidez devolviéndola sonriente, y soy el primero en acatarla, pero rechazo terminantemente la manera de cumplirla, no quiero ser preso como cualquier criminal.

Haga usted retirar toda esta fuerza, que no quede ni un soldado, y yo mismo iré á presentarme en la Policia.

Y se cruzo de brazo esperando que los soldados desalojaran el recinto del refugio.

Pero Rodriguez temia que aquello no fuera mas que una estratagemata para escaparse, y aunque temiendo el conflicto que empezaba á producirse, se negó á hacer retirar la fuerza.

—Entonces todo es inútil, pues por la fuerza no me prenderá usted, amigo mio.

Y con una altivez y una tranquilidad enorme, se dirigió á la puerta de la calle para retirarse, como si contara de antemano que nadie habia de moverse para detenerlo.

¿Quien se atreveria á poner la mano sobre el General, desafiando las iras de un pueblo idólatra, que á la primer palabra de su caudillo acometeria ciegamente?

El oficial, sin embargo, el mismo oficial que se habia llevado los mensajes de Rodriguez, saltó de entre el grupo de soldados que mandaba, y lo detuvo poniéndole una mano en el hombro.

Pero aquel oficial cayó á los piés de Benavidez, como herido por un rayo.

Es que el puño de Ruarte, cayendo sobre su cabeza como una masa de arinas, le habia fracturado el cráneo.

Benavidez siguió su marcha mirando cariñosamente al indio, y Rodriguez y Yufre siguieron á su lado, sin poder ver lo que pasaba con Ruarte que habia quedado un poco atrás, tratando de abrirse paso por entre los grupos compactos.

Ocho ó diez soldados se habian lanzado contra él, acometiéndolo á bayonetazos.

El indio no atendia tanto á su defensa, como á abrirse paso para seguir el General, y fué entonces que los soldados pudieron clavarle las bayonetas á mansalva.

Ruarte peleó algunos instantes como un verdadero leon, alcanzando á deshacer la cara á un soldado, de un solo puñetazo, pero acosado por las heridas que recibia constantemente, cayó por fin, para no levantarse mas, sobre el mismo cuerpo del oficial que habia postrado.

—Asesinos! gritó entonces el General Benavidez, apercibiéndose de lo que pasaba, y ya sobre la vereda—de ese asesinato cobarde sabré hacerles responsables!

Señor Rodriguez, si usted quiere que yo vaya á la Policia en cumplimiento de la órden que usted trae, haga usted retirar inmediatamente á toda esta fuerza, de lo contrario, pueden mandar hacerme fuego en el acto, porque no me muevo de aquí.

Y se abrió la ropa sobre el pecho como indicando el paraje donde habian de tirarle.

Un movimiento de oleaje se produjo entonces entre aquella multitud, que rugió de una manera amenazadora.

—Pido á mis amigos y á mi pueblo, la mayor calma posible, dijo, ahora es preciso proceder sin violencia, que si el movimiento de la lucha llegara, yo seré el primero en pedir su ayuda al pueblo San Juanino.

Estas palabras contuvieron un movimiento agresivo que empezaba á pronunciarse en los mismos soldados, cuya mayoría era afecta y leal al caudillo.

Rodriguez vió la situacion sumamente difícil, tuvo miedo y conferenciando con Yufre desidieron hacer retirar la tropa á una corta distancia, para que pudiese protegerlo en un momento de apuro, y mientras Yufre se retiraba con los soldados, Rodriguez se acercó al General ofreciéndole su brazo, brazo que el General rechazó con ademán del mas profundo desprecio.

Y creyendo que los soldados se retiraban efectivamente y tranquilizando á los grupos con un ademán, se puso en marcha en direccion á la Policia, acompañado de Rodriguez que empezó á caminar á su lado.

Los grupos de pueblo se pusieron en marcha, en número bastante reducido, pues la mayoría, comprendiendo que todo no podia terminar allí, se habia retirado en busca de sus armas y caudillos, porque en la conciencia de todos habia la seguridad de que la revolucion no podria tardar en estallar, desde que era preciso libertar á Benavidez.

No bien habian caminado un par de cuadras cuando se produjo una escena unica que daba la medida de lo que eran los hombres del gobierno.

El General Benavidez se habia detenido, llevando la mano derecha al bolsillo del pecho del levita.

Rodriguez pensando sin duda que lo que el General iba á sacar era alguna pistola para matarlo dió un salto prodigioso al medio de la calle, quedando livido como un cadáver.

Benavidez sonrió friamente y retiró la mano del bolsillo, armada de una pastilla que se echó á la boca y siguió andando.

Entre los grupos estalló entonces una rechifla espantosa; y Rodriguez avergonzado del papel sumamente ridiculo que acababa de hacer, volvió á colocarse al lado del General bajando la cabeza para ocultar la expresion del semblante.

Al llegar á la Policia, Benavidez estaba perfectamente tranquilo, pues pensaba que todo se reducía á hacer una averiguacion para aclarar los temores de revolucion que tenia el Gobierno y ponerlo en libertad una vez averiguados los hechos.

El Gobernador no podia proceder de otro modo con una persona de su rango.

Pero en la Policia se habia preparado todo para asegurarlo y garantirse con su persona de la revolucion que habia de estallar de un momento á otro.

La agitacion del pueblo era inmensa, todos condenaban el proceder del Gobierno, que tenia miedo de seguir adelante porque provocaba el estallido de un movimiento cuyo fin no podia preverse, pero que tambien tenia miedo

de retroceder, porque con la prision del General quitaba á la revolucion su mas precioso elemento, y tenia como arma para que la revolucion se deshiciera, la amenaza contra la vida del General.

Asi es que se habia reforzado al cuerpo de guardia con la mejor tropa, y tomado todas las medidas de seguridad posible para que en caso de un motin, el General no pudiese ser liberado.

Es que Gomez no pensaba ni queria matar á Benavidez, sino desarmar en su persona una revolucion poderosa.

En cuanto Benavidez entró, se cerraron las puertas, se reforzó la guardia, cuyo comandante era el mismo Rodriguez, cerrándose las pesadas puertas de madera dura.

Benavidez no habia perdido un átomo de su serenidad, apesar de todo aquel aparato, y se dirijia tranquilamente al despacho del gefe de Policia, quien le manifestó, que tenia orden del Gobierno de detenerlo, hasta que se aclarasen ciertas dudas fundadas en hechos que el Gobierno conocia.

Y como Benavidez manifestó que acababa los actos del Gobierno, en la seguridad de que esas dudas serian pronto desvanecidas, fué conducido por el mismo Rodriguez al alojamiento que se le habia preparado.

Este era una pieza situada en los altos de la Policia, en los mismos altos donde hemos visto afear á Sarmiento, y que ofrecia buenas garantias de seguridad.

La entrada de la pieza era estrecha, con fuertes r fuerzas de madera dura, y cerca de la escalera por donde se subia á aquel departamento cuya galeria y vestibulo eran tambien en madera dura, de esa madera que parece fierro, y que es imposible romper porque resiste al hacha mejor templada.

Allí habia tambien otro cuerpo de guardia bastante fuerte, á las órdenes del Capitan Godoy, pero el comandante superior de todas aquellas fuerzas, era el mismo Rodriguez que acompañaba al General.

A medida que avanzaban, el paso era cerrado por centinelas que se iban colocando al efecto, para impedir que nadie, con excepcion del comandante de la guardia, llegara hasta donde estaba el General.

En la misma puerta del estrecho calabozo se colocó el último centinela, cuya consigna dada por el mismo Capitan Godoy, fué mas rigurosa aún que la de los demás.

No se sabe si por orden del Gobierno, ó por simple precaucion del Gefe de Policia, en cuanto Benavidez estuvo en el calabozo, acudieron dos herreros, con una enorme barra de grillos.

El general nó opuso la menor resistencia sonrió como siempre y se dejó colocar los grillos, bárbaros grillos cuyo peso era de cincuenta libras, calculando que con ella, Benavidez no podria dar un solo paso.

Recien entonces se retiró el Comandante Rodriguez, á quien pidió el general mandara tranquilizar á su señora, que estaria alarmadísima.

La señora en cuanto supo la prision del General, se vino á ver al Gobernador impugnándole valientemente su proceder infame.

Pero el Gobierno la tranquilizó diciéndole que aquello no era mas que una medida preventiva que cesaria pronto, en cuanto los amigos del general salieran de San Juan, renunciando á sus proyectos de revolucion.

La señora manifestó deseos de hablar al general, pero la dijeron que hasta el dia siguiente no era posible, pero que en cambio podia mandararle todo aquello que creyese podia necesitar.

Ya aquello siquiera era un consuelo, la señora se retiró á prepararle una cama, y lo mas necesario para que pasara aquella noche lo mas cómodamente, no sospechándose que el general estaba con grillos de cincuenta libras!

Efectivamente antes de oscurecer, la señora le mandó un catre lleno de ricas cobijas, comida y un par de sillas, todo lo que recibieron en la Policia, mandándolo al calabozo del general.

Entre tanto la agitacion del pueblo crecia por momentos.

En el cuartel situado á dos cuadras de la plaza el gobierno tenia sus mejores tropas de infanteria bien municionadas, y á unas ocho cuadras de la misma, estaban tambien listos para acudir al combate, unos trescientos hombres de caballeria.

La plaza estaba llena de grupos armados que la Policia no se animaba á disolver, mientras el Coronel Icasate reunia apresuradamente todos sus elementos para atacar esa misma noche á la Policia y libertar á su cuñado.

Los gritos de: abajo el Gobierno! viva el general Benavidez! que lo pongan en libertad! empezaron á sonar en la plaza, la multitud á agitarse, y el Gefe de Policia, Rodriguez y Yugre, á temer un descalabro.

Querian consultar al Gobernador, pero no se atrevian á salir de la Policia, temiendo que el público de la plaza fuera á avanzarlos y desquitarse con ellos la prision del General.

Pero el Gobernador Gomez, por consejo de su ministro Laspiur, envió un pliego de sus instrucciones á la Policia, diciendo que era preciso decir al mismo Benavidez, que era necesario saliera al balcon á tranquilizar y hacer retirar las masas, pues de otro modo el Gobierno tendria que hacerlas retirar por medio de la fuerza, lo que causaria enormes desgracias.

Benavidez escuchó sonriendo aquel pedido y manifestó que mal podia tranquilizar al pueblo, pues si alguno le veia la barra de grillos, lo mas probable era que aquella fuera la señal de ataque.

—Y hablando en plata, añadió, ustedes no quieren que yo haga retirar al pueblo, para evitar esas desgracias consiguientes del choque entre el Ejército y el pueblo.

Ustedes quieren que el pueblo desaloje la plaza porque le tienen miedo, porque saben que así no mas no lo habian de arrollar, y por que saben que el pueblo San Juanino no se detendrian hasta no haber llegado aqui y haber hechos mil escarmientos.

Ustedes tienen miedo, porque sienten que la razon no está de su parte, porque han cometido una iniquidad, porque no tienen se-

guridad en las tropas y creen que en un momento de conflicto me han de seguir.

Eso es lo único que los detiene, que si no ya hubieran despejado la plaza á balazos.

Al escuchar al General Benavidez tanto el Gefe de Policia como Rodriguez, estaban anonadados.

Sentian la verdad de aquellas palabras y tenían miedo de la situacion que ellos mismos habian provocado.

—Sin embargo siguió diciendo el General yo quiero ser todo lo generoso que me sea posible, no por consideracion á ustedes ni al Gobierno que tan villanamente se porta conmigo, sino porqueno quiero que por mi, se produzca una situacion sangrienta que haga caer muchas cabezas, mas de ustedes que de ellos.

Yo voy á tranquilizar al pueblo, voy á ver si lo hago retirar, pero prevengo que si mañana no se me ha colocado en condiciones naturales, sino se me ha puesto en libertad ó se me ha entregado á mis jueces naturales deajo que el pueblo proceda y me haga justicia, suceda lo que suceda y caiga quien caiga.

Yo no puedo moverme con esta estúpida barra de grillos que me han puesto como si se tratara de alguna gran criminal, yo debia poner por condicion prévia que me la sacaran pero no quiero valerme del miedo que les estoy viendo en el semblante, porque tengo conmigo la fuerza de la razon.

El Gefe de Policia dió orden á Rodriguez que mandara buscar al herrero para que sacara los grillos al General, pero le guiñó el ojo indicándole que aquella orden era solo para engañar al preso y hacerlo hablar al pueblo en el sentido que querian. Cuatro soldados vinieron entónces, y ayudaron á Benavidez á pasar á la sala de la calle, desde cuyo balcon podia ser visto por todos.

La plaza presentaba entónces un aspecto imponente, porque el pueblo allí aglomerado, amenazaba de muerte á la autoridad, y pedia de una manera terminante la libertad de Benavidez.

Cuando este se asomó al balcon, un inmenso clamoreo se levantó en la plaza, clamoreo que cesó al momento que aquel hizo una seña indicando que iba á hablar.

Fué tal entónces el silencio que reinó en la plaza, que se hubiera oido sin dificultad alguna la palabra mas débil.

— Amigos mios, dijo el General sonriendo, vengo á pedirles un servicio que espero no me han de negar.

Es necesario que se retiren tranquilos á sus casas, para evitar desgracias que mas tarde serian lamentadas por todos.

— No, no gritaron de todas partes, queremos que se ponga en libertad á nuestro General! abajo el Gobierno!

— Amigos mios, siguió diciendo Benavidez, con un liero acento de amargura — á mi se me respeta y se me trata bien por ahora, el Gobierno ha creído que debia prenderme, por un exceso de precaucion, pero no tardarán en ponerme en libertad.

— Qué lo pongan ya en libertad! volvieron á gritar de todas partes, que lo pongan ya en libertad, sinó quieran que vamos nosotros á sacarlo.

El pueblo estaba indignado y desconfiaba del Gobierno, temian por la vida del General y querian sacarlo de allí á toda costa.

— Amigos mios! volvió á gritar el General, en nombre del cariño que me tienen, yo les vuelvo á pedir que se retiren y les aseguro que pueden hacerlo tranquilamente respecto á mi persona: es preciso evitar en lo posible las desgracias que traeria para San Juan un estallido popular.

Yo les aseguro que no tienen nada que temer respecto á mi persona, y en todo caso, si mañana á estas horas no se me ha puesto en libertad, podrán entónces proceder como quieran.

— Somos fuertes! gritaron de todas partes, tenemos con nosotros el derecho y la fuerza, y nada tenemos: que se le ponga en libertad sobre tablas!

— Amigos mios! dijo por fin el General teniendo el último esfuerzo, yo les pido que se retiren, porque esa actitud amenazadora, esta noche, me compromete ante toda la República.

Así, en nombre de mi crédito y reputacion comprometidas, yo les pido que se retiren, mañana será otra cosa y si no se procede con justicia, el movimiento de ustedes seria justo y legítimo.

Retírense, amigos mios, y mañana podremos vernos juntos, por la razon y el derecho ó por la mas autorizada violencia.

Estas últimas palabras produjeron en el ánimo del pueblo el mejor efecto.

Todos rompieron en estruendosos, vivas al General, amenazas al Gobierno, y empezaron á retirarse de la plaza, resueltos á venir al otro dia, á exigir con las armas en la mano la libertad de su caudillo.

Y era tal el movimiento del pueblo en las calles y tan amenazadora su actitud, que el Gobierno empezó á vacilar, pensando que tal vez lo mas conveniente fuera poner en libertad á Benavidez, exigiéndole palabra de honor de que no atentaria contra la paz pública, disuadiendo á sus amigos comprometidos en la revolucion.

Pero este pensamiento prudente encontró gran resistencia, porque la libertad de Benavidez, pensaban, era el triunfo de la revolucion, y á pesar de toda promesa, ellos quedaban espuestos á ser barridos en el momento menos pensado.

El pueblo entretanto, á pesar de lo prometido á Benavidez, seguia sumamente agitado, no tenia confianza en el Gobierno y temia una iniquidad.

Así es que en cuanto Benavidez se retiró del balcon para ser llevado de nuevo á su calabozo, los grupos que se habian ido ya, empezaron á volver á la plaza, siempre amenazadores.

No querian separarse de la Policia por temor que fueran á sacar de allí al General y estaban ya arrepentidos de haber prometido esperar hasta el dia siguiente.

El pueblo comprendia que se le tenia miedo, desde que la autoridad no intentaba desalojarlo, y queria aprovechar ese miedo en beneficio del General.

En aquel momento y estando la noche com-

pletamente cerrada, llegó á la plaza un gran grupo, mas entusiasta y mas marcial que los otros, pidiendo á gritos la inmediata libertad del General Benavidez.

Estos eran los hombres reunidos por el Coronel Icasate, que acudian mandados por este en persona, á libertar al General.

Allí supo Icasate lo que en el balcon habia dicho su cuñado, y desde aquel momento, en vez de tranquilizarse, fue mayor su desconfianza.

Conociendo intimamente á Benavidez, sabia que era capaz de llevar su generosidad hasta el sacrificio de su vida en bien de la tranquilidad publica.

Y ese mismo empeño en convencerlos que nada tenian que temer era lo que mas lo alarmaba.

— Se quiere ganar tiempo, dijo, para traer sin duda mayores elementos de fuerza y para que la revolucion se debilitara en la inaccion, perdiendo los mas preciosos momentos de obrar.

Los hombres que él habia llevado, estaban bien armados y con municion suficiente para pelear una hora.

Eran en su mayor parte antiguos soldados, avezados al combate, y con los que se podia operar sobre la mejor tropa sin temor de un rechazo.

— Con ellos yo atacaré el cuartel de la infanteria, dijo, hasta rendirlo, y de allí podremos sacar armas y municiones suficientes para todos, mientras ustedes luchan con la Policia, tratando de tomarla, ó resistiéndose tan solo, hasta que yo pueda venir á prestarles proteccion.

No se han de atrever a salir, yo los conozco, porque tienen miedo y se creen mas seguros estando adentro, pero veremos á ver si resisten un asalto bien llevado.

El Coronel Icasate era un militar bravo y práctico, sumamente sereno en medio del peligro, y habituado á dominarse en las mas dificiles situaciones.

Tenia confianza en la gente que llevaba, y mas confianza aún en aquel movimiento eminentemente popular.

El alboroto empezó entónces á creer impotentemente, algunos tiros sonaron en las calles y el pueblo se lanzó á la revolucion de una manera resuelta.

Y mientras Icasate atacaba el cuartel donde estaban los infantes, con el doble propósito de tomarlo y de impedir que pudieran acudir en proteccion de la Policia, otros grupos seguidos del pueblo armado, atacaron allí, trabándose un refido combate.

En la Policia estaban asustados: se habian enviado dos oficiales á pedir auxilio al cuartel, pero allí combatian con Icasate, siendo pocos para resistir al brioso ataque.

Los oficiales no pudieron llegar al cuartel ni regresar á la Policia, poniéndose de parte del pueblo como única manera de salvarse.

Los soldados de la Policia resistian y respondian al fuego que les hacian de la calle, pero con muy poca gana.

Tenian mayores simpatias por el General Benavidez y la conciencia de que la revolu-

cion, dirigida por el Coronel Icasate, tenia que triunfar antes del amanecer.

Las centinelas que se colocaban en la puerta del calabozo de Benavidez, tenian la consigna recibida del Capitan Godoy, Comandante de la Guardia, de no dejar pasar á nadie, absolutamente á nadie, consigna que tenian que cumplir bajo la pena de la vida.

Yufre, Rodriguez y otros, bastante asustados porque no venia el refuerzo pedido, opinaban que la única manera de sofocar la revolucion ó de imponerse á ella era de matar á Benavidez, porque así ya no tenian razon de seguir el ataque.

Y el peligro crecia, era preciso decidirse pronto, porque la guardia del patio, fuerte de dos companias habia empezado á perder hombres y terreno, y si los revolucionarios entraban á la Policia y libertaban á Benavidez, todo se perdia para ellos, que serian las primeras victimas.

En el patio de la Policia, sucedia además de esto, lo que nadie habia previsto, y es que los soldados no queriendo pelear contra la revolucion, é imposibilitados en plegarse á ella, saliendo por el zaguán, abandonaban su puesto, y dejando ó llevando sus fusiles, subian las azoteas, no solo huyendo por allí, sino enseñando á los revolucionarios un camino mas seguro y mas rápido.

La accion, en la Policia empezaba á perderse, los soldados que no caian heridos ó muertos, desertaban por las azoteas, al extremo de que en aquel patio á penas quedaria una docena de hombres, que hacian fuego de muy poca gana.

Rodriguez se dirigió entónces rápido y resueltamente al calabozo de Benavidez, seguido de su asistente y armado de una pistola de dos tiros.

Como medida estrema de salvacion iba á asesinar al General, que no podia moverse bajo el peso de su enormes grillos.

Subió la escalerita de madera dura y quiso seguir adelante, cuando se encontró detenido por el centinela de la puerta.

Este era un veterano viejo, que habia servido muchos años con el General, y que bajo el pretexto de cumplir su consigna, se habia propuesto defenderlo hasta donde pudiera.

— Atrás, Comandante, dijo, no se puede pasar.

— Soy el Comandante de las fuerzas, gritó Rodriguez furioso queriendo intimidar al centinela.

— Pero usted no es el Capitan de Guardia, y de él he recibido la consigna de no dejar pasar á nadie: atrás pues mi Comandante!

Y se puso en actitud de agresion.

Benavidez de pie, en el centro del calabozo, sin poder dar un solo paso por el peso enorme de los grillos, contemplaba aquella escena salvadora, pues desde que vió llegar á Rodriguez, comprendió que lo venia á matar.

Y él no tenia para defenderse ni siquiera la posibilidad de sus movimientos.

Por las detonaciones y la precipitada huida de los soldados comprendia que la revolucion triunfaba y que pronto estaria en libertad.

Pero al ver de pronto que podia ser asesina-

do á mansalva y que era indudablemente el proyecto de sus titulados guardianes, se resolvió á morir de la manera mas brava que le fuera posible, puesto que no habia otro remedio.

Y á pesar de la situacion angustiosa porque atravesaba, no pudo menos de sonreír ante la actitud de aquel centinela.

—Déjeme pasar ó te mato, gritó Rodriguez fuera de sí, sacando su espada.

—Yo no puedo dejar pasar á nadie si el Capitan no me lo manda por intermedio del cabo de cuarto: atrás entonces Comandante ó soy yo quien mata á usted.

Ciego Rodriguez y creyendo que el centinela retrocederia ante su enojo lo acometió con la espada levantada.

El centinela echó entonces un pié atrás, bajó su fusil y sepultó la bayoneta en el cuerpo de Rodriguez.

A las voces y estruendo de la lucha, habia acudido el Sargento de guardia, que unido á otros soldados, al ver al Comandante de las fuerzas herido en el suelo, acometieron al centinela, trabandose una lucha tremenda y desigual.

El centinela, viendo que al fin lo ultimarían y no pudiendo hacer mas para defenderse, arrojó al suelo su fusil y disparando á las piezas de la calle, saltó á la plaza por aquel mismo balcon por donde se habia salvado Sarmiento en aquel trance peliagudo que conocen nuestros lectores.

Y antes de huir tuvo tiempo de gritar á Benavidez: ya lo vé General, he hecho lo que he podido.

El Capitan Godoy que acudia en ese momento atraído por el estruendo de la lucha, oyó las palabras del soldado, vió á Rodriguez sobre un charco de sangre y se lanzo allí, creyendo se trataba de una conspiracion.

De pié, sugeto por los grillos, con los brazos cruzados sobre el pecho y siempre sonriente, estaba el General Benavidez siguiendo con mirada tranquila aquellas escenas.

En aquel momento las detonaciones eran menos porque la revolucion triunfaba decididamente.

Al ver á Benavidez, en aquella actitud, Godoy lo creyó autor de una sublevacion en el cuerpo de guardia, y de la muerte de Rodriguez.

Sabe Dios lo que cruzó por la cabeza del Capitan, el hecho es que arrebatando el fusil á un soldado, lo volcó sobre el General é hizo fuego.

El General Benavidez, con una serenidad incalculable esquivó el cuerpo y tomó el fusil por el cañon, tirandolo á sí tan fuertemente, que el capitan Godoy, entró al calabozo dando traspies, donde un segundo y mas fuerte tiron le hizo soltar el fusil, que quedó en manos de Benavidez como una masa de armas.

Los demás soldados y oficiales que acudían y habian acudido rodeaban al Comandante Rodriguez que gritaba espantosamente.

Así, nadie se sospechó el peligro que pudiera correr Godoy, puesto que Benavidez con los grillos, no podia dar ni un paso para acometerlo.

Ya se sentian las pisadas de los que habian entrado á la Policia, y daban voces por los pa-

tios y pasillos llamando al General Benavidez,

Este, rápido como el pensamiento, y para evitar que el capitan Godoy se le pusiera fuera de tiro, mientras buscaba una pistola en la cintura, levantó el fusil que le habia quitado y con toda la fuerza de sus brazos, le descargó en la cabeza un tremendo fusilazo.

El golpe fué de muerte: las llaves del fusil se enterraron en el cráneo del Capitan destrozandolo de una manera terrible: y el Capitan cayó pesadamente arrastrando el fusil que Benavidez no pudo arrancar de la herida.

Entonces se produjo una escena repugnante.

Los que rodeaban á Rodriguez, apercibidos de lo que habia pasado, se lanzaron sobre el General, armados de fusiles, espada y hasta de cuchillos, á las voces de Yuffe que gritaba: matenlo, matenlo á ese canalla.

La revolucion estaba triunfante y no habia tiempo que perder, porque dentro de un momento estarian allí los revolucionarios incitados por la voz del General.

Este vió aquella cantidad de asesinos que se le venia encima, pero no por esto perdió su serenidad ni apagó la sonrisa de su boca espresiva.

En un esfuerzo violento arrancó el fusil del cráneo de Godoy y se dispuso á parar con él los golpes que le dirijieran, sirviendose como una maza para repetir el golpe dado á Godoy, siempre que alguno se le pusiera á tiro.

Exageradamente bravo como era, y sumamente agíl, Benavidez se hubiera defendido bien, mientras los amigos triunfantes llegaban en su socorro.

Pero estaba clavado en el suelo por el peso de los grillos, sin poder hacer el menor movimiento, pudiendo á penas defenderse por su frente.

Y mientras unos les hacían fuego, y amenazaban su pecho con las bayonetas, otros lo cargaron por la espalda y los flancos, tratando de ultimarle á toda costa.

Benavidez logró tomar á tiro uno de los soldados y le descargó el segundo fusilazo, cuyos efectos fueron tan tremendos como el primero.

Pero en aquel momento y aprovechando la perdida del fusil calzado en el cráneo del soldado, uno de ellos se le acercó por el costado izquierdo, sepultándole en él la bayoneta.

La impresion de la herida y el brusco movimiento por evitarla, hizo que perdiera el equilibrio, cayendo enredado en los grillos, de espalda sin poder moverse.

Y aquellos miserables se le fueron encima, hiriéndolo de todos modos y en todas partes.

Quien un rechazo, quien un bayonetazo, quien una puñalada, todos trataban de hacer su herida y ultimar al noble General, cuyos brazos estaban ya despedazados por las heridas recibidas en ellos tratando de evitar los golpes.

Esta escena fué rápida y sangrienta.

Sin pronunciar una palabra, sin dejar sentir la menor queja, acribilado á heridas de todo género, el General Benavidez rindió por fin la vida como un héroe.

Y como ya los revolucionarios triunfantes se sentían en la escalera, los asesinos se alejaron precipitadamente, ya huyendo por las azoteas, ya dejándose caer por los balcones y mezclándose al general tumulto.

Terrible fué la impresion recibida por los primeros que entraron al calabozo, viendo el cadáver del General!

Un momento despues la dolorosa noticia de que el General Benavidez habia sido asesinado recorria todos los grupos, produciendo la pena y el espanto consiguientes.

Muerto el General, la revolucion quedaba sofocada.

¿Quién los guiaria en aquel caos? ¿quién los encabezaria y tomaria todas las medidas tendentes á su salvacion?

Y huyeron á la plaza llevando la triste nueva, matando el paso á cuanto empleado de Policia hallaron.

La triste nueva se estendió por toda la plaza hasta que llegó al Coronel Icasate, que desde aquel momento consideró todo perdido, puesto que él no se atrevia á arrostrar la responsabilidad de la situacion que pudiera producirse.

El Gobierno aprovechando la desmoralizacion de los revolucionarios, mandó sus órdenes al cuartel de la Caballeria, situado en la Chacarita, para que aquellas fuerzas vinieran en el acto en proteccion de la Policia.

Icasate, que comprendió la confusion y desmoralizacion que se apoderaria del pueblo, al conocer la triste nueva, se retiró del combate, para evitar que sus leales fueran deshechos y acuchillados por las tropas del Gobierno, que pocos momentos despues quedaban triunfante en toda la linea.

Rehechas las fuerzas del Gobierno, volvió á ser ocupada por ellas la Policia, que era el punto donde mas se habia luchado.

El patio estaba sembrado de cadáveres de una y otra parte, cadáveres que se veian en todo el trayecto que conducia al calabozo que habia ocupado el General.

El cadáver de este se hallaba allí, entre el de Godoy y el del soldado.

Y mientras unos colocaban al del Capitan en el catre de Benavidez, otros tomaban el cadáver de este y lo bajaban al patio, donde le sacaron los grillos para ocultar en lo posible toda la cobardia de que habia sido rodeado aquel asesinato infame.

Y se le dejo en una de las oficinas de la calle en el suelo, para que el público saciara bien su curiosidad.

Tan monstruoso era aquel crimen, que el mismo gobierno fué el primero en condenarlo de la manera mas severa, pues el General Benavidez era un hombre benemerito, cuyo servicio nadie podrá atreverse á desconocer.

Fué aquel un verdadero dia de luto para toda la sociedad Sanjuanina, que veia con la muerte de aquel hombre extraordinario, el caos á que rodaria la provincia en manos de los hombres que se levantaban sobre su sangre generosa.

La esposa de Benavidez quedó aturdida ante aquella noticia trémenda, que en vano sus amigos habian tratado de ocultarle. En el primer momento el estupor producido por la ter-

rible noticia que se le daba la privó de toda accion, pero recobrando bien pronto el ánimo, enjugó aquellas lágrimas desesperantes que arrancaba el dolor y salió á la calle en direccion á la Policia.

La señora de Benavidez era una dama enérgica y valiente, familiarizada con el peligro.

¿Que podia temer cuando se trataba de ir en socorro del compaño de toda su vida?

Y alentando una esperanza de que hubiera exageracion en la fatal noticia, andaba con una rapidéz vertiginosa, tratando de llegar cuanto antes á la Policia.

Pero á pesar del temple de su carácter, á medida que se acercaba á la Policia su ánimo iba decaendo y, mujer afín, y mujer amante, el llanto se agolpaba á sus bellos ojos, y rodaba por sus mejillas palidas.

Ella llegó á la Policia ahogada por los sollozos y entró, á pesar del centinela que le cerró el paso y á quien apartó con un ademán enérgico y vigoroso.

Y aquel soldado bajó la cabeza conmovido por el dolor que acusaba aquel semblante, y le dejo libre el paso.

La señora, vacilante en el andar, se dirigió al primer grupo que vio á la derecha, era precisamente un grupo de curiosos empleados y oficiales, que rodeaban el cuerpo exanimado del General.

Y ellos se apartaron respetuosamente, dominados por aquella actitud de dolor supremo, dejandole libre el paso.

Y ella pasó sin mirar á nadie y se detuvo delante de aquel cadáver, y sin decir una palabra, se oprimió la cabeza en un ademán desesperado, como si hubiera querido deshacerle entre sus manos bellas.

Y así permaneció un momento con la vista fija en el cadáver y el semblante bañado en lágrimas.

Y sus rodillas se fueron doblando, y sus manos, desprendidas de la cabeza como por su propio peso, cayeron hasta el semblante lívido y ensangrentado del cadáver, como si hubieran querido darle la vida bajo una caricia suprema.

El dolor, el dolor inmenso producido por la tremenda perdida, estalló por fin en el corazon de la mujer, con toda la desesperacion poderosa de su cariño huérfano.

Y entregandose por completo á su desesperacion rompió á llorar de una manera imponente, mientras acariciaba el cadáver con la misma pasion que puede acariciarse á un vivo.

—Pobre de mi! exclamó—ya nada me queda en el mundo!

Conmovidos por dolor tan intenso, algunas personas se le acercaron tratando de apartarla del cadáver.

Pero ella se puso de pié como movida por un resorte, y envolviéndolos á todos en una mirada trémenda, les gritó.

—Asesinos! cobardes asesinos! uno solo de sus caballos valia mas que todos ustedes.

Y alta y sollozante preguntó por la oficina del Gefe de Policia, donde se entró una vez que se la indicaron.

Allí estaba el Gobernador tomando las últi-

mas medidas de seguridad y con él se encoró la dama diciendole:

—Vengo á buscar el cadáver del General Benavidez, tirado en el suelo como el de un animal ¿hay algun inconveniente para entregarlo á su viuda.?

El Gobernador se puso de pié en el acto, como las demás personas que lo rodeaban y quiso dar á la viuda el pésame mas sentido, manifestando cuanto lamentaba la desgracia sucedida.

—Silencio! gritó entónces la señora con ademán solemne: quisiera tengan la franqueza cínica que debe caracterizar á todo asesino!

Señor Gobernador Gomez, hagame usted entregar el cadáver de mi esposo para honrarlo como se debe, y sacarlo siquiera de entre sus asesinos, para que no lo insulten con su mirada de alegría, alegría estúpida, pues con su muerte San Juan ha perdido su hijo mas ilustre.

La indignacion que hacia temblar su palabra, habia secado sus lagrimas y borrado el dolor de su semblante, que solo expresaba odio y desprecio.

El Gobernador dominado por las justas palabras de la dama, mandó que se le entregara el cuerpo del General, y se le atendiera en todo cuanto necesitara.

De esta manera se libraba pronto de aquella mujer, cuya presencia lo avergonzaba y empuñeñaba.

Obtenida la órden, la señora de Benavidez volvió á su casa, y regresó á la Policia, acompañada de cuatro hombres que traian un catre para llevar el cadáver.

Al dirijir la triste operacion, el dolor volvió á dominarla, y lloró amargamente, sin dejar de acariciar un momento el palido cadáver.

El General Benavidez fué llevado así hasta su casa, escoltado por lo mas distinguido de la sociedad San Juanina y colocado en el salon, donde todos podian entrar á verlo.

El pueblo, el buen pueblo, llenó la casa y la cuadra donde esta estaba situada, rindiendo así el último tributo á su noble caudillo.

Pero la señora de Benavidez pudo constatar con un dolor profundo la ausencia de aquellas personas á quienes mas habia servido su esposo, librándolos de las persecuciones de la autoridad y de la muerte misma.

Muerto Benavidez, ellos no se habian considerado desligados de su viuda, sino que habian rodeado al Gobierno que lo asesinara, para seguir medrando con este, aunque aquello importara un aplauso por el asesinato de su bien hecho.

Si la muerte de Benavidez habia hecho fracazar la revolucion, no por esto sus gefes habian renunciado á hacerla en mejores condiciones.

Icasate, por cuya prision el Gobierno habia hecho todo genero de esfuerzos, salia de San Juan, acompañado de los caudillos mas prestigiosos, para plegarse á Rojo que estaba en Mendoza, hombre prestigioso é inteligente, á

quien levantaban ello como candidato para suceder á Gomez.

Como la habia previsto Benavidez y los principales hombres de San Juan, aquella provincia rodaba de uno manera positiva al abismo del caos y de la guerra civil.

El partido liberal se levantaba de una manera amenazadora, mientras los liberales se dividian en revolucionarios los mas, y en sostenedores del Gobierno los menos, puesto que de aquel lado estaba el poder y la fuerza.

El egoismo de los que olvidaban quien habia sido el General Benavidez y cuanto le debian, venia á robustecer el Gobierno asesino á quien rodearon, no solo para evitar persecuciones, sino para medrar con él, que necesitaba el mayor apoyo posible.

Si el Gobierno intervenia, San Juan iba á caer bajo una situacion sangrienta, cuyas consecuencias nadie podria prever.

Y el Gobierno del General Urquiza intervino entónces, para tomar estrecha cuenta á los asesinos del General Benavidez su aliado, á quien tanto debia y que tanto le habia ayudado en la organizacion de su Gobierno.

Es que Urquiza, hombre de una prevision extraordinaria habia comprendido que, siendo indiferente el asesinato de Gomez, se prestigiaba ante el Chacho y demas caudillos prestigiosos con cuya poderosa alianza contaba.

Mientras que enjuiciado á sus asesinos, aquellos verian que Urquiza no abandonaba á sus amigos ni aun despues de muertos, tratando de vengarlos por lo menos.

É intervino de una manera decisiva en la situacion de San Juan, salvandola de la guerra civil y salvando por la viuda de Benavidez gran parte de la fortuna de esta, sobre la cual se habian hechado sus asesinos.

El General Peñaloza, el leal caudillo Riojano, indignado con el asesinato de su amigo, el General Benavidez, habia preparado un Ejército para lanzarse sobre San Juan, y reponer en el Gobierno á los amigos de aquel; pero el General Urquiza lo disuadió de esta empresa, asegurándole que él vengaria al General asesinado, y sabria castigar á sus verdugos, de tal manera, que el asesinato político cometido en San Juan, no tendria imitadores en el resto de la confederacion.

Y como este era el resultado que buscaba el Chacho, desarmó su Ejército y esperó el resultado de aquella intervencion poderosa, puesto que nadie en la Republica se atreveria á levantarse contra el gran caudillo Entreriano.

Como este es solo la historia del noble Chacho, no seguiremos en la narracion de los sucesos producidos por aquel asesinato.

Solo quisimos referir la muerte del caudillo San Juanino que tanto figuró en nuestro primer libro, mezclado á la historia de Peñaloza. Sigamos entónces al caudillo de la Rioja, cuya vida entra ahora á su epoca mas interesante, empujado por los sucesos á una situacion brillante y espectable.

Aqui puede decirse que empieza recien la parte interesante de aquella vida tan rica en episodios.

Un Cura de Averia

Volvemos á encontrar sobre el campo de batalla al cura Campos y al General Peñaloza, quien perdido su amigo Benavidez, se habia entregado en cuerpo y alma al General Urquiza.

Producidos los sucesos que debian terminar en Pavon, Buenos Aires se encontraba solo para luchar con las trece provincias restantes, que guiadas por sus respectivos caudillos, permanecian fieles al Gobierno del Paraná.

Para el Chacho no habia ni que vacilar en la cuestion.

El creia de buena fé que del lado de los hombres del Paraná estaba la buena causa, que estos luchaban por la causa liberal, y aunque sentia en el alma ir contra Buenos Aires, no vaciló un momento y se puso al servicio de Derqui.

Si hubiera vivido Benavidez, Chacho no habria formado en esas filas, pero como ningun otro caudillo liberal tenia influencia en su ánimo se encontró aislado y escuchó á los ambiciosos que lo rodeaban queriendo medrar á su lado.

Y como la Rioja pertenecia al Chacho, siguió como siempre su voz, sin discutir y sin averiguar si era buena ó mala la causa, á que él se afiliaba.

Lo mandaba el Chacho, y esta era la mas poderosa de todas las razones.

Fué la Victoria quien le ayudó, como el mejor de los coroneles, á la organizacion de un ejército numeroso y bienarmado, pues el Gobierno de la Confederacion le habia pedido la ayuda de todo su esfuerzo y todos sus hombres.

Tucuman era la única provincia que hacia causa comun con Buenos Aires, pero bajo el Gobierno de Zavalia, el pueblo, liberal en su inmensa mayoria, estaba dominado por el Gobernador, que pertenecia en cuerpo y alma al Gobierno del Paraná.

Y como Zavalia aglomeraba todo genero de elementos belicos para ayudar á Derqui, del Campo comprendió que la inaccion era la muerte y se lanzó con sus amigos, abiertamente, á luchar contra la influencia del Gobierno y contra la politica del Paraná.

Aprovechando el viaje que hizo Zavalia á conferenciar con Navarro, trabajó con tal constancia y energia, que cuando aquel regresó, encontró una reunion de dos mil personas de lo mas respectable de Tucuman, que en la plaza principal, le pedian su inmediata renuncia, sino estaba dispuesto á sostener las aspiraciones del partido liberal que le habia llevado al poder.

Ante la actitud del pueblo Tucumano, y convencido de que era imposible luchar contra la influencia del cura del Campo, el Gobernador Zavalia renunció en el acto, siendo elegido para remplazarle el doctor Garcia, cuyo Ministro General fué el cura del Campos.

Derqui no solo perdia una provincia guerrera é importante, sino que Buenos Aires ganaba un aliado en el acto, siendo cosa en que no podia consentir aun á costa del mayor sacrificio.

Y ordenó al caudillo Navarro que, combinando las fuerzas de Catamarca con la de Salta, al mando del coronel Latorre, pesase sobre Tucuman hasta derrocar aquel gobierno liberal.

Como reserva le quedaba aun el Chacho, con quien sabia contaba plenamente. El cura Campos, con su habitual constancia y carácter, se entregó á organizar los elementos con que habia de resistir la invasion de Navarro.

Comodidades, placeres, negocios, todo fué abandonado por aquel hombre extraordinario que parecia alentarse mas, á medida que eran mayores las dificultades con que tropezaba.

Quince dias despues, el cura Campos habia reunido mil ochocientos hombres de las tres armas, que se ocupaba en organizar á gran prisa.

Pero por mas valiente y decidido que fuera, por mas que se entregase á aquella organizacion con toda la fuerza de su carácter, del Campo no era militar, y aquella organizacion tenia que ser defectuosa, porque ademas carecia de buenos gefes que lo ayudaran.

Navarro se venia sobre Tucuman con las fuertes divisiones de Catamarca y Salta, y era preciso salir á su encuentro con los elementos que se tuvieran.

Estos eran pocos y mal preparados, Campos no era un militar, pero tenia una fé profunda en el triunfo y una confianza ciega en sus tropas y esto, para él, importaba el éxito de la campaña.

No era gente lo que le faltaba, pues podia haber levantado un ejército de cuatro mil hombres, pero carecia de armas y conceptuaba mas bien un estorbo toda aglomeracion de hombres desarmados.

Con aquellos mil ochocientos hombres salió de la ciudad y se situó en el manantial á esperar el enemigo que no tardó en presentarse con su ejército numeroso y bien armado.

Navarro, que era amigo personal de Campos, lo mandó llamar á una conferencia antes de la batalla, y este que no tenia motivo de

desconfianza, acudió á su llamado acompañado de dos ayudantes.

Tal vez pudieran arribar á algun arreglo que evitara la batalla salvando la posicion de Tucuman.

Pero al pasar el Arroyo del Manantial que separaba ambos Ejércitos, el cura Campos fué recibido á balazos por una fuerza emboscada para asesinarlo.

Campos se detiene y observa, que sobre ellos se lanza una partida de caballeria, con la clara intencion de tomarlos.

Entónces dá vuelta herido y llamado á sus ayudantes, se retira hácia á su Ejército con toda la velocidad que le permitia el buen caballo que montaba.

Menos afortunado, su ayudante Melchor Moreno cae herido de muerte, siendo ultimado por la partida que venia á muy corta distancia.

Indignado profundamente con aquella traicion cobarde que nunca esperó de Navarro, apenas llegó entre los suyos, el cura Campos mandó romper el fuego, empuñandose un combate sangriento y reñido, pues ambos Ejércitos, con igual ardor, se disputaban el triunfo de la batalla.

El Cura Campos se multiplicaba en todas partes é se metia en lo mas récico del combate, y peleaba personalmente á la par del mas bravo.

Pero no era militar, perdía todas las oportunidades ventajosas que aprovechaba utilmente el enemigo, y el suyo no era un Ejército sinó una masa de hombres que se batia con un denuedo asombroso, pero fuera de toda regla en el arte de la guerra.

Campos cargaba personalmente con su caballeria que hacia prodigios verdaderos, arrojando cuanto le cerraba el paso.

Pero bien pronto perdía las ventajas que habia conseguido con las brillantes cargas, porque no sabia tomar las medidas de táctica que se las habrian hecho conservar. Navarro y La Torre estaban asombrados de aquella manera de combatir, y recurrían á todos los ardides de la táctica, única manera de poder aventajar á un enemigo tan tenáz y bravo.

Mas de tres horas hacia que se peleaba con encarnizamiento creciente, sin que ninguno de los ejércitos hubiera conseguido una ventaja positiva.

A los Tucumanos se les habian agotado las municiones, pero combatian al arma blanca, cada vez desplegando mayor valor y brio.

Y era indudablemente el Cura Campos quien les comunicaba aquel valor brillante y atrevido.

Saltando por sobre los cadáveres y atendiendo todos los puntos del combate, en todas partes estaba y en todas ellas se batia, llevando á sus tropas el ánimo que podia faltarles.

La mortandad era mucha, y aunque sus tropas no decaian en ardor y entereza, estaban muy fatigadas y luchando con un enemigo que no les daba un momento de tregua.

Notado aquel cansancio por el General Navarro, comprendió que habia llegado el momento de apurarlos en toda regla si querian triunfar, y lanzó sobre el tenáz enemigo todas

sus reservas, reservas que no tenia Campos, porque habia entrado á pelear con todo su ejército, creyendo que iba á concluir mas pronto.

Inútiles fueron entónces los esfuerzos desesperados del Cura Campos: estenuadas sus tropas aunque sin dar la espalda, empezaron á perder terreno sensiblemente, hasta que convencidos los soldados, deshechos los cuerpos y quintadas las filas empezaron á dispersarse buscando abrigo en la ciudad: habian combatido cuatro horas sin un solo momento de descanso.

El Cura Campos, desesperado con aquella derrota inesperada para él, no cesó de luchar un solo momento, allí donde el peligro era mas sério, y recién cuando toda esperanza se hubo perdido, fué el último en retirarse del campo de batalla, acompañado de unos doscientos hombres, resto que le quedaba en pié, de quinientos que marcaba la division de caballeria que mandó personalmente durante toda la batalla.

Y era tal el respeto que habia infundido á aquel enemigo que lo vió luchar sin descanso, que á pesar de estar triunfante sobre el campo de batalla y sin un enemigo al frente, no se atrevió á perseguirlo.

En vano el mismo Navarro mandó en su persecucion el Regimiento de su mayor confianza, este regresó con el parte de que no lo habia alcanzado, aunque aquella retirada heroica se habia hecho al trote, dando así del Campo una prueba de su valor temerario y denodado.

No se habian atrevido á alcanzarlo y provocarlo á un último combate.

El Cura Campos se dirigió á Tucuman y de allí pasó á la Provincia de Santiago donde contaba con numerosos amigos y con cuyo Gobierno tenia el tratado de alianza que se conoce ya.

Del Campo no se consideraba vencido, y pasaba á Santiago para reclutar gente y volver sobre Tucuman á arrebatrarles de nuevo la situacion de la Provincia madre.

El Gobierno de Santiago, mediante ciertas condiciones é indemnizacion, puso á disposicion del Cura Campos todos sus elementos bélicos y gente, con la que este empezó á organizar un nuevo ejército haciéndolo saber á sus amigos y caudillos, por medio de chasques de su mayor confianza, para que el Gobierno impuesto á Tucuman no supiera de lo que se trataba.

Y el Gobierno, no solo estaba ignorante de los planes del Cura, sino que suponía á este llorando en la emigracion sus errores y su impertinencia.

Con sus desvelos y una constancia verdaderamente asombrosa, el Cura Campos organiza su Ejército en la frontera de Santiago y marcha sobre Tucuman con mas esperanzas y mas brios que nunca.

Los federales, apoderados del Gobierno y de la renta pública, habian tratado de armarse á toda costa, para asegurar su dominacion, y aunque nada temian ni de Campos ni de nadie, habian formado un regular Ejército, para afrontar la situacion mas difícil.

Porque el partido liberal era allí bastante

poderoso, estaba contra el Gobierno y una revolución era de temerse á cada momento, sugerida por el mismo cura emigrado.

Este entre tanto marcha sobre Tucuman, de acuerdo con sus amigos de la Capital.

Comprendiendo que para dar una batalla se necesitaba algo mas que valor, se habia rodeado de buenos gefes, expertos y prácticos en el arte de la guerra.

En el último combate habia aprendido mucho, observando cual habia sido la hábil conducta del enemigo, pero sin amor propio y sin la menor vanidad, recibia los consejos de sus gefes, ejecutando aquellas medidas que le parecian buenas.

Los federales supieron que Campos se les venia encima y en son de guerra, cuando no tenian tiempo mas que el necesario para salir á batirlo é impedir los sorprendiera en la ciudad, y los atacara en combinacion con sus partidarios de adentro.

Y en los campos del Ceibal le presentaron una regular línea de batalla, bien dispuesta y bastante fuerte.

Campos tiende la suya manda nueve chasques á la ciudad, y sobre el mismo campo de batalla llama á consejo á sus gefes, para acordar con ellos el órden de la batalla.

Esta principia por fuertes guerrillas de ambas partes, hasta que el fuego se hace general en las líneas y la batalla se empeña con igual ardor.

Un batallon de los federales levanta la cula-ta de sus fusiles y se pasa á las fuerzas de Campos dando entusiastas vivas al valiente caudillo.

—Cuidado con los pasados! grita éste que recuerda la muerte trágica del Coronel Espinosa, cuidado con los pasados!

Pero el batallon ha tomado ya posesiones y ha roto el fuego sobre el enemigo, con una bizarría incalculable.

El cura Campos como siempre está al frente de una fuerte division de caballería, con la que opera eficazmente sobre los puntos débiles del enemigo, sembrando en sus filas la confusión y el espanto.

Al volver de una de estas cargas, del Campo recibe sobre el mismo campo de batalla una noticia que lo hace estremecer de alegría.

La revolución está triunfante en la capital y le manda decir que se sostenga ó se retire si está mal, hasta recibir los refuerzos que organice á gran prisa para mandarle.

Campos comunica á sus gefes aquellas importantes noticias y todos resuelven apurar al enemigo que empieza a flaquear visiblemente.

Y lo cargan con unos bríos y una tenacidad tal, que este empieza á iniciarse su retirada, previendo un contraste decisivo.

Las tropas se desmoralizan entónces. muchas compañías que no se han atrevido á hacerlo antes se pasan tambien y los gefes del gobierno viendose, perdidos, huyen á la ciudad, abandonando los restos del ejército.

Pero allí caen en poder de los revolucionarios triunfantes que los desarman y los aseguran en la Policía hasta que venga Campos á disponer de ellos.

En la ciudad se ha sabido el triunfo de los

liberales, por los derrotados de la batalla, y todo allí son salvas y festejos, para recibir de una manera brillante al heroico caudillo, que obligado á dar descanso á sus tropas, solo llega á la ciudad dos dias despues, encontrándose entre la mas entusiasta fiesta popular.

Las damas Tucumanas embellecen con su precencia galanas las fiestas de recepcion, y en cada casa de familia se improvisa un baile, que viene á acusar mas vigorosamente la espontaneidad de aquellas fiestas únicas, improvisadas por el pueblo.

Porque lo que sucede en las casas de familia sucede en los negocios, en las pulperías, en los ranchos y en las plazas públicas.

La ciudad está de fiesta fiesta decretada por el mismo pueblo.

Hasta debajo de las carretas agrupadas en el mercado se baila, se baila y se viva furiosamente al cura Campos, al sepulturero de la federacion, como le llaman muchos.

Y aquellas tropas entusiastas, que se han batido con tanto denuedo, toman tambien parte en las fiestas, pues en todos los grupos, en todas las reuniones y en todas partes, son recibidas con las mismas demostraciones de cariño y simpatía.

La fiesta popular no desmayó un momento, durante todo aquel dia y toda aquella noche, sin que en ninguna parte se diera lugar á que la Policía interviniera, porque la Policía en prevision de algun conflicto, patrullaba la ciudad para restablecer el órden allí donde nfese alterado.

Tucuman estaba sin Gobierno, aunque se reconocia por tal al cura Campos, pero este no podia estar conforme con aquella situacion anormal.

Inmediatamente convocó á elecciones el pueblo de toda la provincia, y la votacion, como tenia que suceder, fué unánime.

Quince dias despues; el cura Campos era nombrado Gobernador de Tucuman, que volvia á entrar bajo su garantía á un nuevo periodo de paz y de engrandecimiento.

Santiago cobraba una fuerte indemnizacion en armas, por la ayuda que habia prestado á Tucuman; y Campos, fiel á su palabra y para conservar intacto su crédito con aquella Provincia, de cuya ayunda podria tal vez necesitar en adelante, pagó la contribucion exigida, aunque este pago le llevó las mejores armas y gran cantidad de municiones.

Tucuman quedaba desarmado, pero fuerte en su derecho y en el esfuerzo de sus hijos, que hacian todo lo posible por la conservacion de aquella situacion de paz y de engrandecimiento.

El activo del Campo volvió á consagrarse por completo á la reorganizacion de la provincia, sin descansar ni desmayar un momento.

Entregado por completo á la política, renunció para siempre al manto y á la carrera sacerdotal, porque ella no se armonizaba con su vida azarosa y su consagracion á la política, hasta en el mismo campo de batalla.

El mundo le abria entónces su puerta sin la menor reserva, con todas sus poderosas tentaciones y todos sus placeres supremos, para quien como él, no conocia de la vida mas que

las penurias y el trabajo incesante en medio ardor y entusiasmo de su juventud ardiente y del mayor peligro. ^{vigorosa.}

Y se entregó también entonces á cultivar la vida bajo su faz mas encantadora, con todo el de este romance.

Los Montoneros

Aquí volvemos á encontrar al Chacho, ya en la parte mas interesante de su vida.

Vencido Urquiza en Pavon, y junto con él el partido federal en toda la República, el Gobierno del General Mitre se entregó á la difícil tarea de la reorganizacion del pais, completamente desquiciado y anarquizado.

El caudillaje imperando en todas partes habia alzado el poncho, y la gran obra se hacia tan difícil, que parecia imposible.

Y era el Chacho, el poderoso caudillo de la Rioja, el gran escollo que se levantaba contra aquel Gobierno de orden y de organizacion.

Así como Chacho en la Rioja era la última provincia que se habia defendido contra el poder de Rosas, era hoy tambien la única que resistia terminantemente á la politica triunfante en Pavon.

El Chacho no levantaba pendon de guerra contra el Gobierno nacional, pero si resistia en pié de guerra la intervencion armada que el Gobierno mandara al interior, no queriendo someterse á los gefes que habian ido á pacificarlo, y declarando que estaba dispuesto a luchar hasta el último sacrificio, para defender á su provincia de lo que él llamaba una invasion nacional.

La Rioja se puso de pié como un solo hombre para sostener la actitud de su caudillo y este se puso en campaña inmediatamente, para evitar que lo situaran en la Rioja y lo vencieran.

Chacho comprendió desde el primer momento que entre el Ejército que él podia levantar y el que acababa de triunfar en Pavon, no habia lucha posible, por el número y por las armas.

Seria cuestion de una sola batalla y nada mas.

Sus amigos y los hombres de influencia en la Rioja, lo aconsejaron que se sometiera tratando de sacar todas las ventajas posible, porque era una locura pelear contra aquel Ejército poderoso, mandando por gefes experimentados.

Ya vé como todas las provincias se han sometido, le decian, porque no han podido hacer otra cosa.

Y ya ven ustedes lo que en ellas ha hecho la invasion nacional, respondia el temerario caudillo.

El poder de los Gobernadores ha sido usur-

pado por los gefes del Ejército que las tratan como á tierra conquistada.

La libertad de los hombres se reduce solo al derecho de elegir el batallon en que han de ser destinados como veteranos.

Las mujeres, las niñas, y las damas, son propiedad de los gefes y de los oficiales mismos, que se las reparten como botin de guerra.

Y los negocios y las haciendas y todo lo que tiene valor en los pueblos por donde cruzan, es repartido entre los soldados que no quieren ser menos que sus gefes y sus oficiales.

Yo no puedo consentir, mientras viva, que hagan lo mismo entre nosotros, ni podrá consentirlo todo buen Riojano.

Si son poderosos en número y en armas, si no se puede luchar con ellos en batalla franca, lucharemos oponiéndoles la costancia y la astucia que caracteriza á mis tropas.

Y una sorpresa hoy, un golpe de mano mañana, no dejándoles tiempo de comer ni de dormir, montonereando siempre y cayendo sobre ellos cuando menos lo piensen, los cansaremos tambien y los haremos salir del territorio Riojano, arrepentidos de haber venido á él.

¿Cual es el fin que se proponen esos gefes y ese Gobierno?

Bien claro lo han dejado ver en cada provincia que han ocupado: remontar los cuerpos de línea con nuestros hombres y tratar como á esclavas á nuestras mujeres!

¿Y podemos consentir esto nosotros nada mas porque ellos son muchos y muy bien armados?

No, por Dios vivo, hemos de luchar, y á la larga nosotros seremos los vencedores.

Y al decir esto, la voz del Chacho temblaba de indignacion y de corraje, profundamente convencido de lo que decia.

Sus ideas la habia comunicado á sus hombres, al extremo de que se miraba aquella invasion nacional como la calamidad mas horrible y la conquista mas vergonzosa.

Y todos, sin la menor escepcion, estaban dispuestos á sacrificarlo todo por acompañarlo al Chacho en su noble campaña de resistencia.

—La Rioja no tiene recursos, le observan algunos, no tendrá como pagar ni como alimentar á sus tropas y al fin tendrán que so-

meterse, cuando el enemigo esté enconado y no quiera tal vez dar cuartel.

—¿Y quien es aquel que querrá cobrar á la Rioja un sueldo por defenderla? preguntaba Chacho indignado.

Cada uno, defendiendo su provincia, defendiendo su rancho, su familia y su tierra, el hogar de sus hijos y la tumba de sus padres! ¿y quien es el que por esto vá á cobrar un sueldo?

El que tal pensara no mereceria el honor de formar en las filas de mis valientes.

Esta será la gran diferencia que haya entre ellos y nosotros; que ellos serán verdugos pagos y nosotros soldados libres.

Cuando haya que comer se comerá y cuando no haya iremos á arrebatarles á ellos sus haciendas.

Oh! la guerra de recursos, las montoneras, ustedes no la conocen todavía, ya verán como con mis Riojanos, pobres y desarmados, puedo yo luchar contra ese Ejército poderoso, sin darle el placer de contar un solo triunfo!

Un Ejército habituado á triunfar facilmente despues de combates mas ó menos violentos, mas ó menos largos, no podrá luchar mucho tiempo con la série de la miseria, penúrias y fatigas que yo les preparo.

Tendrán que salir de la Rioja asombrados de lo que puede el valor y el patriotismo.

¿Nos tratan como á tierra conquistada? pues lucharemos como hombres que rechazan la conquista de su tierra.

A los que vacilen, á los que duden y se acobarden, mi mujer les dará ejemplo, pues ella será el segundo gefe de mi Ejército como garantia del poco temor que tengo á los conquistadores.

Y el Chacho llamó á las armas á toda la Provincia de la Rioja, pidiendo que los que acudieran se presentaran con sus armas, sus caballos y el dinero que pudieran reunir, porque la campaña iba á ser larga y llena de miserias.

Peñaloza redujo á dinero cuanto tenia y con lo poco que pudo ayudarlo el Gobierno, salió á campaña buscando los terrenos mas dificiles y accidentados.

Chacho habia reunido mas de tres mil hombres, en muy pocos dias, pero á penas tenia armas para la mitad.

Pero esto, para hombres de su temple no era un inconveniente sério.

El que no tuvo sable, agarró una vaina de algarrobo fuerte y nudosa, y el que no tuvo lanza ató en un palo un cuchillo, una hoja de tijera, un clavo, cualquier cosa, y se consideró tan fuerte como el soldado mejor armado.

Aquel Ejército iba aumentando á medida que pasaba por las poblaciones, al extremo de que Chacho se vió obligado á licenciarlos, diciéndoles que, por el momento no necesitaba mas gente que aquella para andar mas liviano y poder obrar con mas rapidéz.

—Un Ejército mas numeroso me perjudicaria, le decia alegremente, pues necesito andar ágil.

Cuando necesite mas gente yo les mandaré avisar ó vendré á visitarles yo mismo: no se aflijan pues mis hijos que ya les llegará su tiempo.

Así, cuando el Ejército que hoy me sigue se

fatigue mucho porque la campaña es larga y difícil, podré mandarlo á descansar un poco de tiempo, mientras otros ocupan su lugar, así no faltaremos un solo dia á la defensa de la Rioja.

Y sus soldados lo vivaban entusiasmados y vivaban á la heroica Victoria, que no se separaba un momento de su marido, compartiendo con él la vida militar con todas sus penúrias y todas sus miserias.

Chacho campó entre las sierras, y esperó tranquilamente la aparicion del poderoso Ejército de las tres armas que marchaba á someterlo.

—Y lo sorprenderé cuando menos puedan imaginárselo, dijo, dándoles una idea de lo que es la guerra que voy á hacerles, sin descanso, sin trégu, sin que puedan lograr un solo momento de reposo mientras estén en territorio de la heroica y valiente Rioja.

Ellos traen cañones, infanterias lucidas y grande acopio de municiones: yo no tengo mas que caballerias, caballerias mal armadas y peor montadas; pero que han de darles mas trabajo que un Ejército con cañones y infanterias que solo sirven para estorbo.

Peñaloza no tenia infanterias no porque no las hubiese en la Rioja, sino porque en el nuevo plan de guerra que habia adoptado las consideraba un sério estorbo, dada la pesadez de sus movimientos.

Yo tengo que dormir á veinte leguas de donde despierte, decia, y amanecer á otras veinte de donde anochezca, y esto no se puede hacer con infanterias, aunque las tropas marchan á caballo.

Dejemos entonces la infanteria al enemigo y tomemos para nosotros la caballeria liviana y ágil.

Y era maravillosa la organizacion que habia dado á su ejército.

Cierto puntos estratégicos y de aguada, estaban marcados por toques de corneta que solo ellos podian atender.

Lo que para el Ejército nacional significaba carneada, derecha, alto ó pié á terra, para ellos queria decir tal ó cual punto conocido.

Por ejemplo: á la carga y derecha, queria decir dispersarse para reunirse inmediatamente en Huaja.

De este modo Chacho estaba seguro de que en el punto indicado encontraría su Ejército sin faltarle un solo hombre, y el enemigo lo creeria totalmente deshecho.

Y él estaria mas entero que nunca, y aprovechando esa misma creencia para dar su golpe con mayor seguridad.

De entre la gente Llanista habia entresacado los mejores rastreadores, aquellos que por una sola pisada deducen un millon de hechos exactísimos, y con ellos habia formado un cuerpo especial que marchaba á su lado.

Entre aquellos hombres asombrosos, habia rastreador que, por la pisada del caballo deducia la intencion del ginete sin equivocarse jamás, lo que daba al Chacho una seguridad pasmosa en sus sorpresas.

Un rastreador de estos miraba la rastrillada del Ejército enemigo, y decia en el acto: este Ejército vá ó no vá cansado, lo que deduce por la presion del casco de los caballos, y se

dirije á tal punto, donde vá á descansar, ó á campar definitivamente.

Chacho se dirijia á aquel punto con una partida lijera, y sorprendida al enemigo en medio del sueño y cuando mas lejos se consideraba de las fuerzas del Chacho.

Hacia su sorpresa, tomaba cuanto prisionero y armas podia, y se retiraba en el acto; de modo que, cuando al Ejército se daba cuenta de lo que habia pasado y se preparaba al combate en medio de la mayor confusion, las fuerzas del Chacho habian desaparecido, ignorándose hasta la direccion que llevaban.

Y mientras creian perseguirlo con la mayor tenacidad, convencidos que lo alcanzaban de un momento á otro, Chacho estaba muy tranquilo, festejando el golpe de mano que habia dado, y colocando á los prisioneros hechos de una manera conveniente, entre las mas lejanas poblaciones.

Porque un prisionero de guerra era para Chacho una persona sagrada: por nada de este mundo hubiera consentido que se le faltara al respeto y á las consideraciones debidas, consideraciones que llevaba al extremo de dejar un asistente á las órdenes del prisionero herido ó enfermo que necesitaba una asistencia cuidadosa y prolija.

Sus tropas, al principio, como las poblaciones donde dejaba prisioneros, protestaban contra aquella manera de tratarlos.

— Son pillos, decian, que degüellan á los nuestros cuando pueden echarles el guante: pero habian concluido por familiarizarse con aquella conducta, y socorrer por cuenta propia á los desgraciados prisioneros.

Grande era el asombro de estos al verse objeto de tantas atenciones y obsequios.

Ellos, habituados a ver que los gefes nacionales no daban cuartel al prisionero que logran tomar, y que esperaban recibir el mismo trato, creian soñar al ver las mil consideraciones que eran objeto.

Asi empezó la guerra que debia durar tanto tiempo, realizando cada vez mas la figura verdaderamente notable del caudillo Riojano.

Todos pensaron que aquella guerra se resolveria en los primeros combates, pero todos se engañaron de una manera lamentable, porque en los primeros combates recien se diseñó aquella campaña asombrosa, en que un hombre, al frente de tropas mal armadas y peor organizadas, tenia en jaque á toda la Nacion, obligándola á mantener un Ejército poderoso que, á pesar de todos los esfuerzos de sus gefes, quedaba siempre burlado, por un puñado de audaces valientes.

Es que era un Ejército habituado á luchar con tropas regulares y que se lanzaba á una guerra de que no tenia idea, mil veces mas ingrata y mas peligrosa que la misma guerra de los indios á que tan acostumbradas estaban nuestras tropas,

El Coronel Sandes fué el primero que mandó el Ejército Nacional en su primer campaña contra el Chacho, y el primero que pereció en aquella guerra asombrosa.

Sandes era un hombre bravo sobre toda exageracion, de una constancia asombrosa y de una actividad infatigable.

Rigido hasta la mayor crueldad era el gefe

mas aparente para imponer á los montoneros, y á él lo enviaron como la mayor garantia de éxito.

Para el Coronel Sandes todo era cuestion de dar con el Chacho, alcanzarlo y obligarlo al combate.

Un enemigo armado con picanas de tijera y clavos por toda lanza y con garrotes de algarrobo en vez de sables, era algo de cómico y de risueño que no podia explicarse.

Y pensaba que con una carga buena del Regimiento 1, nos entónces de nuestra caballeria todo aquello quedaria concluido.

— Es que no han sentido el rigor, decia, y no se dan cuenta de lo que es un Ejército regular, en cuanto vean los estragos de un combate sério, se les acabarán todos los brios.

Y en esa creencia se lanzó en persecucion del Chacho, ávido de alcanzarlo para llevar su demostracion al terreno de la práctica.

Pero aquí estaba precisamente la primer y mayor dificultad, puesto que ni su mismos partidarios sabian donde se hallaba el Chacho.

Preguntó su paradero en las primeras poblaciones á donde llegó, pero nadie supo darle razon.

— Chacho ha pasado por aquí hace tantos ó cuantos dias, respondian los paisanos; pero no sabemos en donde andará: y como hemos de saberlo si á nadie dice para donde va.

Sandes desconfió de aquellos informes, pensó que le ocultaban la verdad y trató de arrancarla por medio de dávidas y gratificaciones exageradas.

Pero por mas grande que fuera la suma ofrecida, por mas tentadoras que fueran las propuestas del bizarro Coronel, no hallaba un solo hombre que le dijera siquiera, á tal punto se hadirijido Chacho.

— Yo sé que Chacho ha pasado por aquí decia al llegar á un punto, creyendo sorprender la inocencia de los paisanos, y quiero saber para donde ha seguido su marcha.

— Es verdad, respondian con la mayor naturalidad, ha estado aquí, pero no ha dicho para donde iba, porque como vá huyendo, no lo dice á nadie.

Por la naturalidad con que era dada la respuesta, parecia que era verdadera, pero el Coronel Sandes se quedaba en sus dudas.

— Estos pillos son muy astutos, con ese aire de inocencia que aceptan creen salvarlo todo, pero á mi no me engañan, ellos saben donde está el Chacho.

Viendo que ni con dávidas, ni con promesas, ni con ruegos podia conseguir que le dieran los informes pedidos, decidió emplear el rigor como medio mas eficaz para lograr su objeto.

Y los ofrecimientos de dinero como los ruegos, fueron cambiados por las mas terribles amenazas.

Aquellos que le negaban las noticias que pedia, alegando la mas crasa ignorancia, fueron destinados á los cuerpos de linea, ó recibieron de cien azotes arriba, segun las sospechas que abrigaba el Coronel Sandes.

El interrogatorio se hacia rápido y conciso, y la pena se aplicaba en el acto, en presencia de aquellos que habian de ser interrogados en seguida.

— Donde está el Chacho?

— Señor no sé, como quiere que sepa si nadie me la dicho?

— Tienes que decirme donde esta ó por donde anda, sinó te voy á hacer dar cien azotes.

— Pero señor, para qué lo voy á engañar? Chacho no ha pasado por aqui, y no podemos saber por donde anda.

— Á ver, cien azotes á este!

En vano eran las protestas, las suplicas y aun los llantos.

El barbaro castigo era aplicado sobre tablas, y un nuevo candidato al tormento era traído a presencia de Sandes.

Pero el segundo interrogatorio era tan ineficaz como el primero.

Los azotes se doblaban, se triplicaban, se daban hasta dejar por muerto al que los recibia pero el resultado era exactamente el mismo: nadie sabia donde andaba el Chacho.

O aquellos hombres no sabian realmente donde andaba Chacho, ó llevaban su lealtad á una exageracion asombrosa.

El Coronel Sandes quedó asombrando un dia ante un razgo de valor estnpndo dado por uno de aquellos mocetones que le traian para que interrogara.

Era un jóven hermoso, de inteligente fisonomia y de una musculatura soberbia.

— Tú sabes donde está el Chacho, le dijo, despues de haber azotado dos hombres en su presencia: tu sabes donde está y vés á decirmelo.

— Yo no sé donde estará el General Peñaloza, respondió el jóven sonriendo, usted puede hacer lo que quiera, menos hacer que yo sepa lo que no sé.

— Tu sabes donde esta Chacho, respondió Sandes brevemente y vas á decirmelo ó te hago pegar quinientos azotes.

— Yo no se donde está el General Peñaloza, volvió á responder el jóven, sin borrar la sonrisa de sus lábios; pero aunque lo supiera no lo habia de decir, asi es que siempre estariamos en la misma.

Acabemos pues de una vez, y como de todos modos han de azotarme por no saberlo ó por no quererlo decir, venga el castigo de una vez y bien venido sea.

Aquello era asombroso! era el cariño y la lealtad llevadas á su última exageracion.

Sandes comprendió que los azotes eran ineficaces para hacer entregar al Chacho, se irritó y mandó fusilar á aquel jóven.

— Es lo mismo, gritó éste cuando lo hicieron arrodillar para hacerle fuego, no sabrás donde está Chacho, hasta que él mismo no te lo diga con el cabo de su rebenque.

Y aquel jóven fué fusilado en presencia de los demás prisioneros que deberian llevar sin duda el mismo fin.

Aterrados con esta manera de preguntar, y viendo que negando solo se conseguia la muerte, los paisanos de la Rioja pusieron en juego un nueva tentativa: daban inmediatamente una falsa direccion, para verse libres de castigos y mortificaciones.

Sandes se engañó con aquel procedimieto, engaño que lo irritó de una manera terrible, haciéndole adoptar una nueva táctica.

Al que le indicaba el punto donde estaba Chacho, se hacia acompañar con él mismo, y si resultaba que allí no estaba, lo hacia no ya fusilar sinó lancear, para inspirarles mas horror..

— Pero señor, decian como último recurso yo no lo he eugañado, si el Chacho no está aqui es porque ya ha marchado para otra parte, aqui están sus rastros.

— No sé nada, contestaba Sandes, usando de toda su crueldad, que lo fusilen ó que lo lanceen.

Y el pobre paisano era lanceado sobre tablas.

Un ejemplo mas terrible se ofreció entónces á Sandes, de todo el amor y toda la lealtad que tenian los Riojanos para el Chacho, dándole una idea de lo difícil que seria aquella guerra que habia emprendido.

Al llegar á una poblacion, salió disparando un grupo de ginetes, á todo lo que daban los caballos.

— Aquella debe ser gente del Chacho! gritó Sandes, y lanzó en su persecucion á toda su escolta, á la que siguió él en seguida.

Los ginetes se perdieron entre las Sierras, pero uno, un solo cuyo caballo estaba cansado, cayó en poder de aquella escolta, elegida por Sandes mismo entre lo mas desalmado y ágil de su Ejército.

— Ese basta, gritó Sandes, porque ese tiene que saber á donde está Peñaloza.

El hombre fué traído inmediatamente á presencia del Coronel Sandes, y tal habia sido el apuro, que ni siquiera se le despojó de la lanza que llevaba, lanza que no era otra cosa que un gran clavo atado á la punta de un palo largo.

Aquel hombre era un oficial del Chacho, que se habia entretenido en la poblacion con su partida, en desempeño de una comision que le habian dado.

Todo el Ejército del Chacho sabia lo que hacia el Coronel Sandes con los prisioneros que tomaba y con los vecinos á quienes preguntaba donde andaba el Chacho: asi es que, desde que cayó en poder de la escolta, no dudó de que ser la lanceado, puesto que no habia ni que pensar con que él confesara donde estaba el Ejército Riojano.

— El Chacho no debe estar lejos, exclamó Sandes viendo que aquel era un oficial del enemigo, pronto vamos a saberlo.

Y en cuanto se le aproximó el jóven, le preguntó rapidamente.

— Quién es ustedes y á donde iba?

— Soy un oficial del General Peñaloza, en comision — iba á reunirme al gran caudillo.

Sandes sonrió alegremente, pues por el principio del interrogatorio, creia haber dado con uno que al fin le revelaria, donde estaba el Chacho.

— Entónces, y puesto que debes de saberlo desde que ibas á reunirte á él, vas a decirme donde está Chacho.

El jóven miró rápidamente todo cuanto lo rodeaba, y en un movimiento de relámpago, sacó un puñal de la cintura, y clavándoselo en el pecho exclamó; aquí vá el Chacho, maula, corran á buscarlo, y se desplomó á los piés de Sandes.

Asonbrado este con aquella prueba salvaje de lealtad y de valor soberbio, mandó levantar al oficial, pero ya este habia muerto.

Resuelto á no revelar el secreto que se le queria arrancar, y sabiendo que el gete enemigo, para arrancárselo lo habia lanceado, habia preferido darse la muerte para librarse de penurias y vejámenes.

Sandes se convenció al fin que por ninguno de los medio empleados lograria saber el paradero del Chacho, y se resolvió buscarlo por si mismo hasta dar con él, pensando que con una persecucion activa y sin descanso, lo obligaria ó á combatir ó á tratar con él.

Pocos prácticos por aquellos parajes, ignoraban el lugar de las aguadas, y necesitaban vaqueanos que se las enseñaran.

Para esto se valió de los prisioneros que llevaba vivos en aquel objeto, pues sin agua su Ejército estaba perdido.

El primero que interrogó, diciéndole que los guiara á la aguada mas próxima, respondió que no sabia donde habia agua porque no era vaqueano del punto.

Si aceptaba esta respuesta, él y su Ejército estan perdidos, pues todos dirian lo mismo.

—Si no me guias á la aguada mas próxima te haré fusilar dijo Sandes, irritado con aquella tenacidad.

—Pues hágame fusilar cuanto ántes porque no se donde hay agua contestó resueltamente el prisionero.

Solo el terror que infundiera podia salvarlo y ya para Sandes no era cuestion de saber donde iba el Chacho sino de salvar su ejército que empezaba á sentir sed.

Hizo formar á todos los prisioneros que llevaba y delante de ellos, volvió á intimar al interrogado, que los guiara á la primera aguada.

—Es inútil, respondió éste, porque no me da la gana—que revienten de sed todos ustedes es lo único que deseo!

Sandes hizo aproximar su escolta y lo mandó lancear, pero lentamente, para que sufriera mucho, y para que aquel espectáculo decidiera á alguno de ellos á guiarlo á la aguada mas próxima.

El infeliz fué atado con un maniador que le ciñó los brazos á la espalda, y un espectáculo tremendo tuvo lugar entónces.

Los soldados de la escolta, alegres porque estaban en su elemento, desplegaron una crueldad refinada y salvaje, acribillando á pequeñas lanzadas el cuerpo de aquel infeliz que recibia las dolorosas heridas sin proferrir una sola queja.

—Esto mismo haré yo con todos los que se nieguen á guiarme hasta la aguada mas próxima, yo les voy á preguntar si por un capricho estúpido de ustedes, vá á perecer de sed un Ejército: firme á ese canalla!

Acribillado de heridad, al extremo de no presentar cinco centímetros que no tuviera un par de lanzadas, aquel infeliz cayó al suelo por fin, debilitado por la pérdida de sangre, pero sin haber lanzado el menor quejido.

—Vas á guiarnos á donde hay agua? preguntó Sandes, suspendiendo la ejecucion con un ademán.

Donde hay veneno te enseñaria yo, ban-

—dido, gritó el jóven—siga no mas la diversion. Y cerró los ojos tranquilamente para esperar la muerte, que no tardó en arrancarlo de aquel martirio bárbaro.

Y tantas fueron las heridas que se le infirieron que al fin espiró, dejando aterrados á los compañeros que habian presenciado su martirio.

—Vamos á ver quien quiere seguirlo, preguntó Sandes á los otros; les prevengo que voy á seguir la farra hasta que encuentre quien nos guie al agua, ó hasta haber concluido con todos: amarremos otro.

—Los prisioneros reflexionaron que hacerse matar asi inútilmente era una tontera, al fin y al cabo guiarlos al agua no era guiarlos donde estaba Chacho, y ellos mismos, aunque Sandes ne los hiciera matar, estaban expuestos á perecer de sed.

Entre tanto podrian entretenerlos y aprovechar alguna oportunidad de desertar de aquellas filas de salvages.

Un muchachon, mas resuelto que todos los demas y afrontando la responsabilidad de lo que hacia, por salvar á sus compañeros, salió de entre ellos y dijo:

—No haga matar mas gente sin provecho, que yo voy á guiar al agua: yo conozco estos parajes.

—Una cosa te prevengo, respondió Sandes resueltamente, y es que si pretendes engañarme, si esta noche no hemos llegado á la aguada mas próxima te hago cortar en pedazcs.

Mira que no ha nacido aún el hombre que me vá á burlar.

—Yo lo voy á llevar al agua, respondió el jóven con entereza, no porque le tenga miedo á que me corten como quiera, sino para que no mate inútilmente mas compañeros.

Es inútil que me amenaze, que si yo los llevo es además porque con eso no hago el menor daño al Chacho.

—Bueno, cuatro hombres detrás de éste, gritó Sandes, y al primer movimiento que haga con indicacion de disarparse, me lo enzartan en las lanzas.

—He dicho que los voy llevar al agua, repitió sonriendo el jóven, y no hay que tener desconfianza, que el dia que yo me quiera disarpar, yo le garanto que ni la tierra me va á sentir.

Y echaron andar al trote sostenido pues no solo era necesario dar de beber á la tropa que venia sedienta sino á las caballadas que empezaban á aplastarse, pues hacia dos dias que no bebían.

A la cabeza de la columna marchaba el jóven vaqueano, seguido de cuatro hombres de la escolta de Sandes; este venia en seguida, y detrás de él el resto de la escolta, rodeando á los demas prisioneros.

Cuando empezó á oscurecer, Sandes previno al guia que, si á la noche no habia encontrado agua haria con él lo que habia prometido.

—Peor para ustedes, porque entónces no beberán esta noche, respondió el jóven tranquilamente.

Si hubiéramos marchado mas ligero, ya estaríamos en la aguada, pero á este paso tendremos que tardar mas.

Sin embargo, yo garanto que antes del amanecer, estamos en el agua.

Como una noche perdida, seria un trastorno tremendo para el ejército, que cada vez sentia mas las consecuencias de la sed, Sandes desconfiando del vaqueano á pesar de todo lo mandó acompañado de un oficial y diez hombres, para que se adelantara con toda la rapidez permitida por el terreno quebrado.

En caso de hallar agua, el oficial mandará un chasque con la noticia, que servirá siquiera para dar mas ánimo á la tropa, en la seguridad de que bien pronto iban á beber.

La comision partió al gran galope, perdiéndose muy pronto de vista detrás de una quebrada.

Unas dos leguas de allí estaba el agua á donde llegaron cuando la noche habia cerrado completamente.

A la vista del agua, el oficial y los soldados que ya iban locos de sed, se lanzaron á beber con una ansiedad tremenda, al extremo que no notaron que, aprovechando el primer momento de entusiasmo que produjo la vista del agua, el vaqueano habia desaparecido.

El agua tenia un gusto asqueroso, al extremo que los soldados se sintieron descompuestos.

Pero la sed era espantosa y siguieron bebiendo hasta que la hubieron agotado por completo.

Recien entonces se dieron cuenta de que el jóven vaqueano habia huido, fuga que dejó aterrado al oficial, porque sabia que aquello iba á costarle algun castigo bárbaro.

Para mitigar en algo las iras del Coronel, por aquel descuido, le mandó el chasque con la noticia de haber hallado agua, quedándose él con el resto de la tropa para rastrear los alrededores, por si acaso el vaqueano se habia ocultado allí cerca.

Pero ni esto mismo pudieron hacer, porque fué tal la descompostura que les habia ocasionado el agua, que no podian dar ni un paso, llegando á creer el oficial que aquella agua estuviere envenenada.

—Es preciso ante todo avisarlo al Coronel pensó y tal vez nuestro estado nos sirva de disculpa en la fuga del prisionero, puesto que no nos podemos mover.

Y pudiendo á penas tenerse á caballo, empezó á contramarchar en la direccion que debia traer el ejército.

Sandes habia recibido ya el chasque, atribuyendo el estado en que venia, á la cantidad enorme de agua que habia tomado.

Asi es que no paró en él la atencion, siguiendo la marcha de su Ejército que con la noticia del agua habia recobrado los brios y el ánimo perdido.

La sed era ya inaguantable y el mismo Sandes no atinaba ya en llegar á la aguada.

Cuando el Coronel se encontró con el oficial, no dejó de alarmarse al ver el estado de prostracion en que venia.

—Todos los que hemos bebido, nos hallamos lo mismo, dijo el oficial antes que el Coronel le dirigiera la palabra: yo creo que esa agua está envenenada.

—Donde está el vaqueano? traiganmelo á ese pillo.

—El no habia bebido, dijo entonces el oficial, exagerando su estado y cuando fuimos todos acometidos por el primer ataque no lo vimos mas—habia desaparecido.

Sandes no tuvo duda ya de que el agua estuviere envenenada, y esperando por momentos la muerte del oficial y los soldados, siguió marchando hácia la aguada donde, hizo alto, prohibiendo bajo pena de la vida que ninguno se separase de las filas.

Pero los efectos de aquella descomposicion terrible fueron pasando, hasta que todos se sintieron buenos.

—Ha sido la manera brutal con que han bebido, dijo entonces Sandes, en estas cosas es preciso andar muy poco á poco.

—No señor, respondió el oficial, el agua tenia un gusto espantoso, lo que hay no lo notamos hasta que no hubimos bebido de una manera enorme.

El dia empezaba á disipar las tinieblas de la noche, ya podia verse lo que allí habia.

La aguada era buena y abundante, cristalina fresca pero el olor que despedia era formidable.

Se registró prolijamente y quien prontó dieron con la causa de todo.

Entre el agua habia diez ó doce caballos y mulas muertas, en tal estado de descomposicion, que la carne habia ya desprendido de los huesos.

Aquellos animales habian sido echados allí, indudablemente, con el objeto de inutilizar la aguada pues en muchos de ellos se veia que habian sido degollados sin duda alguna con aquel objeto.

Si aquella táctica del Chacho, usada para inutilizarse las aguadas, estaban perdidos y espuestos á morir de sed, en aquellos parajes, ó envenenados por aquellas aguas putrefactas y envenenadas por la descomposicion de los cadáveres.

Aunque acostados por la sed, los soldados no se animaron á beber, porque el solo olor del agua les producía nauseas horribles.

Pero cuando la sed llega á cierto limite, el liquido atrae con una fuerza imponderable, toda consideracion individual desaparece y se been aguas podridas, como se chupa el barro de los pantanos.

El hombre no siente entonces mas que la necesidad imperiosa de aplacar la sed, aun sabiendo que el agua que bebe vá á producirle la muerte.

Muchos soldados buscaron los charquitos de los alrededores, donde el agua era purísima y cristalina pero muy poca, y la mayoría bebió de aquella agua podrida, teniendo los oficiales que andar á palos para que lo hicieran con moderacion, pues ya no escuchaban ninguna reflexion.

Aquello era uno de tantos recursos de que se valia el Chacho, para hostilizar al enemigo y obligarlo á salir del territorio Riojand.

Probablemente todas las aguadas se hallarian en el mismo estado, salvo aquellas situacion solo ellos conocerian.

El peligro era inminente, y no habia otro remedio de conjurarlo, que marchar para la

provincia de Catamarca ó de Santiago, donde el agua estaria en buen estado puesto que el Chacho no habia pasado á aquellas provincias.

Todos los que habian bebido en la aguada se sintieron horriblemente descompuestos.

Solo estaban bien los que habian aplacado su sed en los charquitos.

Pero mal que mal, los soldados habian mitigado la sed, pudiendo emprender una nueva marcha.

El Coronel Sandes resolvió campar allí hasta el dia siguiente, con el objeto de dejar descansar la tropa, y que ésta buscara como buscó y encontró, nuevos charquitos de agua pura, donde beber hasta quedar satisfechos.

Calmada la sed, y despues de haber churrasqueado la carne de caballo, porque no habia otra, á consecuencia de haber quedado las tropas de hacienda muy atras, los soldados,

postrados por la fatiga pasada y los efectos nauseabundos del agua en los que la habian bebido, hicieron rosca al rededor de los fogones y se entregaron al descanso.

Aunque no tenia noticia de que el Chacho anduviera por allí, el Coronel Sandes dispuso se estableciera un servicio de guardia como frente al enemigo, y se metió entre sus ponchos tambien, á gozar algunas horas de descanso.

Nada se veia por dos alrededores que indicara presencia de enemigo alguno.

A la luz de los fogones podia tal vez venir algun grupo de montoneros, pero estos caerian en poder de las guardias, si es que se atrevian á acercarse.

No habia pues nada que temer, y esta misma confianza unida al gran cansancio, hizo que las guardias se descuidaran tambien, y se durmieran al amor de los fogones.

De sorpresa en sorpresa

El jóven que los habia guiado á la aguada y que fugó aprovechando la desesperacion con que se pusieron á beber, habia apresurado su marcha en busca del Chacho que estaba muy cerca de allí, para prevenirle lo que pasaba.

Pero Chacho no necesitaba de este aviso, por sus rastreadores conocia la situacion del Ejército Nacional y sus necesidades.

Sandes creia ir persiguiendo al Chacho para obligarlo á combatir ó dispersarse, y era Chacho quien marchaba á su retaguardia, á una distancia prudente, pero bastante para poder aprovecharse del menor descuido.

Así lo habia seguido hasta la inútil aguada, haciéndolo bombar de cerca hasta ver que resolucioion tomaban.

Cuando los bomberos vieron que se trataba de campar y pasar allí la noche, regresaron con el parte al Chacho, quien empezó á preparar un: sorpresa, dando á sus tropas como punto de reunion inmediata, un paraje situado á cuatro leguas á retaguardia de aquel en que se hallaban.

Ellos huirian hácia adelante para que el enemigo siguiera aquella direccioion; pero dando un rodeo, regresarian al punto indicado para ponersele á la espalda y seguirlo mientras él creeria que hacia una persecucioion.

Y volver á sorprenderlo en el momento menos pensado, para tenerlos siempre en continua alarma.

Chacho eligió su gente mejor montada y armada, que al fin para un golpe de mano rápido no era necesario todo un Ejército, y el resto quedó en el paraje donde debian reunirse.

Chacho marchó cautelosamente, aproximándose á las fuerzas de Sandes todo lo que pudo.

Estas no podian sentirlo, pues todos dormian profundamente, incluso los guardias mismos, como lo hemos dicho ya.

Chacho se aproximó personalmente seguido de cuatro hombres, hasta el primer cuerpo de guardia, que era compuesto de un sargento y cuatro soldados y les sacó las armas del lado, sin dejar sentir el menor rumor, armas que repartió inmediatamente entre los soldados que lo acompañaban.

Por un empeño especial y para no embarazar sus movimientos, la Victoria se habia quedado con el Ejército que debia esperar en el punto de reunion acordado, de modo que podia obrar en completa libertad.

Tomadas las armas de aquel cuerpo de guardia, siguió entre los suyos y les comunicó

en vez bajo sus últimas y mas prolijas instrucciones.

Así, mientras unos ataban á los desarmados y se lo echaban en ancas, Chacho se metió con toda su gente al centro de aquel Ejército dormido.

Por mas que lo sorprendiera, Chacho comprendia que no podia vencer á aquel Ejército, que pasado el primer momento de confusioion reaccionaria, y entónces solo imperaria la ventaja de las armas.

Así es que todo su plan se reducía á arrebatar el mayor número de armas que pudiera, tomar algunos prisioneros, y sobre todo, dar al enemigo una falsa direccioion.

Consecuente con esta idea, lo hizo sorprender bien con sus soldados, y se entró como una tormenta por entre las dormidas filas del Ejército de Sandes.

La sorpresa fué completa; en el primer momento los soldados sorprendidos no pudieron darse cuenta de lo que les pasaba, ni poder calcular el número de enemigos que les habia caido encima, poderosamente aumentados por el terror.

Y los del Chacho no solo pudieron arrebatar armas y cartucheras, sino que tomaron un buen numero de prisioneros.

Sandes despertó dado al infierno, sin darse cuenta de como habian podido los montoneros burlar los centinelas y sorprender al Ejército de aquella manera.

Bravo y sereno sobre toda ponderacion, saltó en el caballo que habia hecho atar cerca de sí, y empezó á tomar las más rápidas y enérgicas medidas.

Pero su situacion era formidable, pues no se atrevia á mandar hacer fuego, pues con la oscuridad de la noche era muy espuesto á hacerlo sobre sus mismas tropas.

El combate al arma blanca, cada vez más récio y enconado, se prolongó una media hora próximamente, con las mayores ventajas para las fuerzas del Chacho, que habian hecho un buen acópio de armas.

Cuando este sintió que las fuerzas de Sandes reaccionaban, obediendo la voz de aquel tremendo gefe, inició su rápida retirada con dos toques de corneta que para Sandes fueron los de á degüello y derecha, así es que solo trató de proteger su derecha, amenazada por el enemigo.

Y acudió allí con los cuerpos que se habian repuesto de la sorpresa y formado tranquilamente.

Pero entónces, recien entónces pudo conocerse que el enemigo se retiraba huyendo del combate.

Perseguirlo, en la oscuridad que reinaba, era un disparate, y temiendo que los montoneros se retiraran para organizarse y volver á la carga, formó algunos cuadros y se preparó para recibirlo lo más reciamente que le fuera posible.

Convencido Chacho que nadie lo perseguía y dándose cuenta de la razon en que el enemigo fundaba su inaccion, hizo alto como una legua á vanguardia, y esperó que amaneciese para que el enemigo lo viera y tomase la falsa direccion que queria darle.

Entretanto podia arreglar convenientemente los prisioneros que habia hecho y repartirse las armas y municiones tomadas en tan buena cantidad.

En cuanto amaneció, Sandes que pudo entónces darse cuenta de lo que habia pasado y vió al enemigo reunido á tan corta distancia, se preparó á emprender una persecucion que no debia terminar hasta alcanzarlo ó dispersarlo por completo.

El campo donde habia tenido lugar la sorpresa, estaba sembrado de cadáveres, entre los que figuraban muy pocos de los montoneros, perteneciendo la mayor parte á la infanteria de Sandes, que habia sufrido los más recios del ataque.

Al ver que se le perseguía, Chacho se puso en marcha rápida, haciéndose seguir unas seis leguas, al fin de las cuales su marcha empezó á ser más lenta, como si llevara cansados los caballos.

De esta manera será pronto alcanzado y la dispersion seria perfectamente comprensible y el enemigo nunca podria sospechar su plan.

Engañado este por completo, desprendió algunas fuerzas de caballeria liviana, las que pronto alcanzaron al enemigo, trabándose algunas escaramuzas.

Sandes apuró entónces la marcha cuanto le fué posible, alhagado con la idea de deshacer por completo la montonera.

Pero cuando ya crei á alcanzarla, aquella empezó á huir de desorden y á dispersarse, siempre marchando hacía vanguardia.

Sandes apuró entónces la persecucion tenazmente y con un empeño entusiasta, pero al poco tiempo no tenia ya enemigo sobre quien continuarla.

Las fuerzas de Peñafoza, divididas en pequeños grupos, se habian disuelto por completo, abandonando al Chacho, que con un pequeño grupo huyó hacia la derecha.

Para Sandes, la montonera quedaba concluida, pero era preciso perseguir á Chacho, hasta la misma Capital para que no pudiera rehacerse y tomarlo prisionero ú obligarlo á pasar á Chile.

Como la tropa estaba ratigadísima por el combate y la persecucion, Sandes campó para darle un buen descanso y seguir la marcha en seguida hasta la Rioja, donde se habia dirigido Chacho segun la direccion que tomó.

No habia objeto en apurarse, puesto que la montonera quedaba deshecha y concluida la guerra de una manera definitiva.

Asi lo pensó comunicar al Gobierno en cuanto llegase á la ciudad y cambiase sus autoridades, declarándose Gobernador provisorio,

hasta que el Presidente le mandara instrucciones.

Como ya no tenia objeto en apurar demasiado las marchas y podia aprovechar para hacerlas toda la noche Sandes dejó descansar al Ejército todo el resto del dia, poniéndose en marcha al caer la noche, con todo descanso.

A vanguardia habia puesto un escuadron de caballeria ligera, para que le avisara cualquier novedad que se sintiera, descuidando su retaguardia por completo, puesto que por allí no esperaba nada.

Quien podia picarsela, desde que el único Ejército con quien combatian habia sido deshecho.

Entre tanto Chacho por un lado y los diferentes grupos de los suyos por otro, así que se hubieron perdido de vista, dieron una gran vuelta para buscar la incorporacion de la otra parte del Ejército que mandó por Victoria los esperaba.

Habian marchado mucho, asi es la incorporacion no pudo efectuarse hasta la caida de la tarde.

Inmenso fué el entusiasmo de los que esperaban al conecer en todos sus detalles el resultado de la sorpresa.

Las armas tomadas se repartieron entre los que no tenian, y llevándose los prisioneros á la poblacion mas próxima, donde fueron confiados á los vecinos, con mil recomendaciones.

—Que no se les trate como á enemigos, dijo Chacho, sino como á hermanos: es preciso que se convenzan que nosotros no somos bandidos armados y comprendemos y observamos las leyes de la guerra.

—Ellos nos despedazan, nos azotan y nos fusilan, respondian los Riojanos: es preciso desquitarse ya podemos hacerlo, y habremos tenido toda la razon.

—Por ese mismo debemos ser mas generosos, y mostrarles que son ellos los salvages y no nosotros.

Aquí los prisioneros queda en la mas completa libertad, pueden irse si quieren, ó quedarse aquí, que yo pido á todos los ayuden y protejan, de manera que nunca tengan que quejarse de la hospitalidad fraternal de los Riojanos, que pagan así todo el daño cruel que reciben.

Los prisioneros que esperaban que con ellos harian lo que el Coronel Sandes habia hecho con los montoneros, no cambian en su pellejo de asombro, creyendo muchos de ellos que trataban de engañarlos, para degollarlos en seguida con todo el refinamiento de la crueldad.

Pero el asombro llegó al colmo cuando se convencieron que aquello era verdad y que no tenian nada que temer.

Colocados los prisioneros bajo el amparo de la poblacion, Chacho solo pensó en ganar tiempo para alcanzar al Ejército Nacional aquella misma noche y repetir su sorpresa con mas éxito, puesto que lo creian disperso y completamente deshecho.

Asi es que se puso en marcha al momento, pensando que Sandes, despues de haber andado todo el dia camparia de noche, con mas descuido de la anterior, ofreciéndole una mejor oportunidad de sorprenderlo.

Todo su afán fué aprovechar el tiempo para ganar la distancia perdida y caer sobre el Ejército antes de amanecer.

Con el éxito de la jornada anterior y la esperanza de otra mejor aquella noche, los soldados iban contentos, comentando con cariñoso asombro la astucia y tino del gran caudillo.

Al cejar de la noche, Chacho hizo el primer alto, despues de una jornada de cinco leguas, descansó una media hora, y siguió marchando mas rápidamente que le fué posible, mandando adelante dos de sus mejores rastreadores, para que avisasen la menor novedad que notaran en el rastro que seguían.

A la segunda jornada de otras cuatro ó cinco leguas, hizo otro alto un poco mas largo, pues ya iba á empezar la marcha con toda la rapidez posible, calculando que el enemigo iba lejos y no queriendo dejar pasar la noche sin alcanzarlo.

A penas se habia puesto en movimiento Chacho, cuando regresó uno de los rastreadores, trayendo noticias importantes.

Acababan de llegar al campamento donde habian estado las fuerzas Nacionales, campamento que hacia muy poco habian abandonado á juzgar por los fogones aun prendidos.

Era indudable entónces que el enemigo habia descansado todo el día, poniéndose en marcha al caer la noche, con el intento, fuera de toda duda, de marchar hasta el siguiente día.

—Mejor, pensó Chacho, mucho mejor, en la marcha no tomará ningun género de precauciones á retaguardia y podemos caerle sobre la marcha.

Y empezó á marchar á trote y galope, habiendo dado órden á los rastreadores que llevasen una delantera de una legua y viniera á avisarle en cuanto sintiesen al enemigo.

Chacho pensaba sorprenderlo con una vigorosa carga de caballería, sin darle tiempo á adoptar una formacion salvadora, y sablearlo y acuchillarlo todo el tiempo que le fuera posible, tomándole el mayor número de armas, que tanta falta le hacían y dejándolo postrado para seguir su marcha ofensiva.

—Creen que la Rioja no puede defenderse de un Ejército poderoso! exclamaba sonriendo picarecemente: ya se arrepentirán de haber invadido su territorio.

No habian andado mucho, cuando regresó uno de los rastreadores, avisando que habian alcanzado al Ejército.

—El Ejército marcha sin la menor precaucion, dijo: todo su cuidado es á vanguardia y todo su afán es alcanzarnos.

Sin embargo, la marcha es lenta y hacen alto con frecuencia, sin duda para no fatigar los caballos.

La sed debe acosarlos nuevamente, porque las partidas que ván adelante buscan agua con desesperacion.

Chacho reunió á todos sus gefes y les recomendó el mayor silencio en la marcha, pues si eran sentidos, malograrian todo el éxito del golpe de manos y se espondrian á ser batidos en toda regla.

Y desde aquel momento les señaló ya el punto de reunion, puesto que tendrian que dispersarse en cuanto el enemigo reaccionara.

—Mi objeto, decia, es hacer el mayor mal posible, sin recibir el menor daño, sin perder un hombre, arrebatándoles cuanta arma y prisioneros se pueda.

Asi es que en cuanto empiezen á tomar la ofensiva, vueltos de la sorpresa; daré la señal y huiremos como derrotados, por distintas direcciones, para evitar una persecucion dura que ellos no querrán hacer si para hacerla tienen que fraccionarse.

Como es fácil que despues de este golpe se retiren hacia Catamarca, vamos á emboscarnos en la frontera, para darles un nuevo golpe cuando menos lo esperen.

Desde aquel momento la marcha empezó á hacerse con tal silencio y precauciones, que parecia imposible fuera aquel un Ejército de dos mil hombres.

Chacho llevaba una trompa al lado, con un objeto diabólico.

Una vez que ellos se acercaran al Ejército, aquel trompa debía correrse por un flanco hacia la cabeza y tocar alto y pié á tierra.

Este toque que fuera de toda duda, seria obedecido por todo el Ejército Sandes era para los suyos órden de carga, que debían llevar rícidamente para no darles tiempo de pasar, si quiera en lo que podia significar aquel alto.

Calculando las distancias matemáticamente, el trompa se corrió describiendo un semicírculo por el flanco derecho, y al llegar á la cabeza de la columna, tocó atencion, alto y pié á tierra.

Al momento se sintió el pesado ruido de los sables, causado por los ginetes que se dejaban caer del caballo perezosamente, en la seguridad de un nuevo descanso.

—Que es eso? preguntó Sandes sorprendido ¿quien ha mandado tocar aleo y pié á tierra? que novedad se ha sentido á vanguardia?

Corrian los ayudantes en todas direcciones para averiguar lo que habia sucedido, y Sandes daba órdenes para que se tocara á caballo, cuando se sintió un estruendo infernal á retaguardia, seguido de voces formidables que gritaban; nos han sorprendido de nuevo! el Chacho nos carga por retaguardia.

Ya se podrá imaginar la confusion tremenda de aquel Ejército, que se sentia cargado de un modo formidable sin que sus soldados hubieran tenido el tiempo material de sacar el sable! y á pié, porque ni atinaron ni tuvieron tiempo de montar, empezaron á huir hacia la cabeza de la larga columna, acuchillados de una manera tremenda.

Y los grupos de Chacho, aprovechando el tiempo, cargan por todas partes, deshaciendo las compañías é impidiendo toda formacion.

Otros arriaban los caballos que iban quedando, poniendose en marcha ya, para no esponderse a perderlos.

El Coronel Sandes, en el colmo del despecho al verse sorprendido por segunda vez de una manera tan hábil, trataba desesperadamente de rehacer su Ejército en la cabeza, organizando á los que venían de retaguardia, desprovistos y sin armas en su mayor parte, y de formar cuadros de infantería al rededor de las piezas, para impedir, cuando menos, que se las arrebatáran.

En cuanto hubo organizado algunos bata-

lones, esperó, que llegara allí el enemigo, mareado por el éxito, para recibirlo con un fuego bien nutrido.

Los suyos que venían huyendo delante de los montoneros, tendrían que sufrir también las consecuencias de este fuego, pero era necesario á toda costa ante aquel fuego inespereado dando la espalda.

Felizmente el día no podría tardar, y entonces el Coronel Sandes, viendo el terreno, podría operar con el éxito y bravura de siempre.

Envueltos en las sombras de la noche, no podrían hacer más que defenderse, sin atreverse á tomar la ofensiva, por el gran peligro de destruirse entre sí los cuerpos del Ejército, en beneficio de aquel enemigo feróz y triunfante.

Los grupos del Chacho, maestros en el terreno donde operaban, andaban con una rapidez vertiginosa.

Y mientras el grueso del Ejército cargaba siempre de una manera tenaz y firme, los demás se ocupaban en arriar los caballos ensillados y recojer las armas abandonadas, huyendo con ellas, para asegurarlas y ponerlas fuera de toda persecucion y peligro, hacia el punto de reunion dado por el Chacho.

Si las armas de aquel Ejército de montoneros hubieran sido buenas, la matanza habría sido espantosa.

Pero malas lanzas y peores sables, todas las bajas eran solo de heridas, no queriendo usar las armas de fuego por no hacerse mal entre ellos mismos.

A Sandes, le fué forzoso aguantarse hasta la venida del día, resignando á no hacerse otra cosa que defender sus cañones.

Pero antes de amanecer, Chacho que comprendía se podían muy bien trocar los papeles, emprendió su retirada, siempre en direccion á la capital para hacer creer que su intencion era fortificarse en la ciudad.

La montonera era escasa entonces, pues la mayor parte de los escuadrones se habían ya retirado llevando los caballos, armas y prisioneros.

Aunque Sandes tenía muy pocos soldados de caballería disponibles, por haber perdido sus caballos los otros, organizó una persecucion que llevó él mismo, mientras la infantería y la artillería seguía su marcha á pié.

El golpe había sido duro y doloroso para un militar de la reputacion del Coronel Sandes y

que operaba no sobre un Ejército, puede decirse, sino sobre grupos de hombres mal armados y sin organizacion militar.

En cuanto la persecucion empezó á hacerse con tenacidad y con un buen fuego de guerrillas, el enemigo empezó á dispersarse en pequeños grupos tomando mil direcciones diversas.

Sandes no tenía esperanza del menor desquite por el momento, puesto que el enemigo desaparecía de su frente y toda persecucion se había perfectamente inútil, regresando al sitio de la sorpresa, á remediar en lo posible los destrozos causados.

Sus heridos eran numerosos, aunque pocos los muertos, por razon de las malas armas.

Chacho en cambio no había dejado en el campo más que quince ó veinte cadáveres y unos cincuenta prisioneros, heridos todos de gravedad.

Estos fueron pasados á cuchillo en el acto, como justa represalia, calculando que Chacho habría hecho lo mismo con los que había llevado.

Era preciso seguir á la Rioja para rehacerse, reemplazar las caballadas perdidas y regresar á Córdoba á tomar nuevos elementos de armas.

Sandes reunió á sus gefes en consejo, y estos opinaron que se debía regresar sobre la marcha á Córdoba á tomar los elementos que les faltaban, para emprender de nuevo la campaña de una manera más eficaz.

Y esta misma retirada debía verificarse con las mayores precauciones posibles, porque el Chacho no estaba disperso, sus tropas quedaban enteras, mejor armadas y montadas con lo que habían tomado y mucho más audaces, fuera de dudá, con los dos triunfos conseguidos.

En la Rioja se esponsorian á que les cortaran la comunicacion con las demás provincias y les tomaran todo auxilio de viveros y pertrechos que les remitieran.

Aceptado este modo de pensar, se emprendió una pesada y penosa marcha hacia Córdoba, quedando en la Rioja el Chacho triunfante, ensoberbecido y con más prestigio, que nunca, sin contar los elementos de armas, caballos y municiones que había tomado.

Recien entonces fué que comprendió el Coronel Sandes la clase de enemigo con que tenía que luchar, y las dificultades inmensas con que tendría que tropezar á cada momento.

La guerra de recursos

La contra marcha hácia Córdoba fué horriblemente penosa.

La mayor parte de las aguadas habian sido destruidas por el Chacho, que habia hecho arrojar á ellas, caballos muertos y todo género de basuras.

Recien cuando salieron de la Rioja encontraron agua limpia que beber.

Durante aquella marcha penosa bajo todos aspectos, tuvieron que ir carneando caballos para comer, porque la nueva tropa de hacienda que debian haber recibido no habia llegado, cayendo sin duda en poder de la gente del Chacho.

Y para colmo de penas y fatigas, el servicio tenian que hacerlo con una rigidez imponderable, y como si estuvieran al frente de un enemigo temible.

Las dos lecciones recibidas lo habian enseñado á no descuidarse y á marchar con guardias á los dos extremos de la columna.

Cuando campaban, ya para dormir ó carnear, lo hacian con todas las precauciones aconsejadas por la mayor prudencia; se dormia con el caballo de la rienda y las infanterías campadas en formacion del cuadro, dormian con el fusil cargado y atentos al primer rumor sospechosos.

Chacho debia haber quedado en la Rioja reuniendo su Ejército disperso en todas direcciones pero con lo que les sucedió en la última sorpresa, el coronel Sandes no se fiaba de nada, prefiriendo proceder como si tuviese encima al Ejército de los montoneros.

Así los soldados se habituaban á estar siempre alerta y él estaba tranquilo con respecto á la vergüenza de una nueva sorpresa que hubiera desmoralizado su Ejército, ya vacilante por aquella campaña de que volvieran corridos en todo sentido.

Los prisioneros que se habian tomado á Chacho, habian sido muertos con escepcion de dos que Sandes habia conservado como vaqueanos de las aguadas y del camino.

Unos porque no querian decir donde estaba el campamento favorito del Chacho; otros porque no querian confesar cuales eran las aguadas que no estaban inutilizadas, todos habian sido lanceados ó pasados á cuchillo.

Los paisanos que se tomaban en las poblaciones del tránsito y que decian ignorar hasta el hecho de que la Rioja estaba en guerra, habian sido destinados á los cuerpos de linea, sin consideracion alguna.

Y no tenian más que soportar pacientemente esta condena, puesto que la menor pro-

testa les valia cien ó doscientos azotes, aplicados por mano maestra.

Todo era rigor y todo eran castigos de los mas crueles.

Creyendo intimidar y dominar por el terror en los pueblos de la Rioja, para que abandonaran á Chacho, se hacia alarde de una maldad terrible, de la que no escapaban ni las mujeres mismas.

Y el efecto habia sido completamente negativo: se tenia al Ejército Nacional como á un Ejército de asesinos al que se profesaba un odio á muerte, al extremo que sinó hubiese sido por el gran respeto y cariño que tenian al Chacho, los prisioneros de Sandes habrian sido despedazados como justa represalia.

¿Porqué habian ellos de respetar los prisioneros del enemigo, cuando los que éste tomaba eran tratados como animales feroces?

— Así, decian, de miedo siquiera, nos tratarán con igual consideracion.

— Es que dicen que somos un Ejército de salvajes y bárbaros, decia Chacho, y es preciso mostrarles que se han equivocado, y que ellos, que vienen en nombre de la civilizacion y del derecho, son los verdaderos salvajes, que no han respetado ni siquiera á nuestras mujeres.

De este modo la República entera estará con nosotros y aplaudirá nuestra actitud de resistencia hasta el fin, porque yo he de resistirles mientras haya un Riojano capaz de llevar una lanza.

Y quien sabe, quien sabe si con el sistema de no comprometer jamás un combate y caerles cada vez que se pueda, así, á la ligera, no concluimos por intimidarlos y hacerlos abandonar, por imposible, su empresa de dominacion.

Es preciso entonces que nadie tenga nada que reprocharnos, que sobre nuestras conciencias no pese una gota de sangre derramada esterilmente ó de una manera cobarde, y que los prisioneros enemigos sean los primeros en desmentirlos, demostrando con ellos mismos, que si en esta guerra ha habido salvajes y asesinos, no hemos sido nosotros seguramente.

Con estas palabras y estas teorías sanas, el Chacho habia logrado infundir entre sus tropas la mayor piedad por el prisionero, que al fin y al cabo no era culpable de los actos de su jefe.

— Si yo tomara á Sandes mismo, exclamaba Chacho, cuando venian á referirle un nuevo acto de crueldad cometido por el enemigo, lo sometia en el acto á un consejo de guerra, y si

este lo mandaba así, no tendría inconveniente en hacerlo fusilar, porque él es el autor de todas las iniquidades que se cometen con los nuestros.

Pero nosotros no podemos hacer lo mismo con los oficiales y soldados que les tomamos, porque ellos no tienen mas remedio que obedecer lo que se les manda, ó caer otras tantas víctimas junto con las que han querido salvar.

Guardemos pues nuestra venganza para los que han mandado el asesinato, pero no contra los que lo ejecutaron, que son otras tantas víctimas.

Y tan penetradas estaban las poblaciones de la verdad de estas teorías justas y generosas, que trataban los prisioneros que les confiaba Chacho como á verdaderos hermanos, privándose de sus propias y mas necesarias comodidades para darselas á ellos.

Cada vez que Chacho entraba á una poblacion donde habia dejado prisioneros lo primero que hacia era llamar á estos y preguntarles como los habian tratado y si estaban contentos.

Y su satisfaccion era inmensa al esconcharlos agradecer con lágrimas muchas veces, la hospitalidad recibida, y asegurar que su reconocimiento seria eterno.

Y tambien lo pasaban, que muchos de ellos no querian hacer uso de la libertad absoluta en que estaban para incorporarse al Ejército Nacional.

—Estamos bien aqui decian, y no nos iremos hasta que no termine la guerra, porque no queremos vernos forzados á volver aqui como enemigos.

Entre tanto los pobres prisioneros que tomaban los del Gobierno, no tenian ni siquiera el derecho de elegir entre el azote, el cuchillo ó la lanza, á que se les condenaba con el pretexto más fútil, ó simplemente por deshaogar la rabia de la derrota.

Las mujeres eran tomadas muchas veces como pretexto para hacer confesar á los hombres lo que no querian decir, ó lo que no sabian.

Y para obligarlas á hablar las maltrataban, destinándolas muchas veces á la tropa de los Regimientos, para que sus maridos confesasen lo que se les preguntaba.

Y era tal el odio y el deseo de venganza que habian con aquellos procederes iníquos, que habian santificado la causa del Chacho y habian hecho que hasta las criaturas y los ancianos mismo fueran á formar en las filas del gran caudillo para defenderse de la invasion nacional.

Y los oficiales de Sandes, tomados y dejados por el Chacho en las poblaciones Riojanas, comparaban silenciosamente la conducta de uno y otro, y se sentian avergonzados, humillados ante el proceder noble y generoso de los montoneros.

Los papeles se habian trocado por completo, y eran las fuerza Chachistas las que les daban lecciones de generosidad y civilizacion.

—El día que yo sepa que alguno ha maltratado á un prisionero ó le ha hecho sufrir la menor humillacion, , decia Chacho, no vuelvo á mirarlo mas á la cara, ni le permitiré for-

mar entre las filas de mi Ejército, donde gracias á Dios no hay un solo cobarde.

Y ninguno se atrevia á provocar contra sí aquella manera de proceder.

El que tenia odios personales por el sacrificio de algun pariente ó per véjamenes personales recibidos, huia mas bien del contacto de los prisioneros, para que la ira no fuera á dominarlo y hacerlo faltar á lo prometido por todos el caudillo.

Cuando Chacho supo que el Ejército de Sandes contramarchaba para Córdoba, á buscar nuevos elementos y mayores fuerzas, decidió en el acto darle un nuevo golpe para demostrarle su gran superioridad como enemigo en el género de guerra que habia adoptado.

Y calculando bien la direccion que llevaba, dió un gran rodeo para ir á salir delante del Ejército y emboscarse en algun paso forzoso.

Ya lo habia sorprendido en el campamento y en la misma persecucion; ahora, como marchaba observando la mayor vigilancia á vanguardia y retaguardia, era preciso flanquearlo y deshacerlo, aun fuera de territorio Riojano.

Así sabrian de todo lo que él era capaz, y á lo que se esponian si persistian en la pretencion de dominar á la Rioja por la fuerza.

Así, mientras el Ejército de Sandes marchaba pesadamente, luchando con la prostracion de sus soldados y toda clase de miserias, con los caballos cansados, y temiendo que las fuerzas del Chacho, rehechas fueran á alcanzarlo, estas, livianas y descansadas ágiles y operando en terreno que conocian palmo á palmo, describieron un gran rodeo á trote y galope, yendo á salir á mas de diez leguas á vanguardia de Sandes, donde se emboscaron alegremente.

Para un caso necesario, la Victoria seguia la rastrillada de Sandes con todas las reservas de Chacho, con el doble objeto de hacerse sentir á la retaguardia, si era necesario llamar por ahí la atencion del enemigo y el de proteger al Chacho en caso de apuro.

Así el lazo que se le tendia al Ejército nacional era sumamente hábil y tenia que dar resultados famosos.

La division que Chacho llevaba era una division ligera, aparente para la operacion que proyectaba, pues él opinaba siempre que las sorpresas debian hacerse con el menor número de fuerzas posible.

Una vez que salió delante del Ejército de Sandes, siguió marchando, siempre en semicírculo, hasta que llegó á un naranjal donde se emboscó perfectamente.

Allí habia una gran aguada, y allí forzosamente debia caer Sandes para dar de beber á la tropa y á las caballadas.

Una vez emboscado allí, despachó cinco de sus rastreadores, para que avanzaran de distancia en distancia y le hicieran saber en el acto que el enemigo cambiase de direccion.

Dos días estuvo allí perfectamente oculto, sin recibir la menor noticia, lo que quería decir que Sandes venia derecho á aquel paraje, pues de otro modo ya sus rastreadores se lo habrian hecho saber.

Estos regresaron el tercer día juntos, sin noticias exactas, pues uno de ellos se habia metido entre las mismas fuerzas de Sandes,

El Ejército traía un vaqueano de Catamarca, que lo llevaba precisamente á aquella aguada.

—Siento mucho porque van á creer que es un espía mio que los ha traído derecho á la emboscada, y lo van á matar si tienen tiempo.

—Ellos creen siguió diciendo el rastreador, que nos hemos quedado en la Rioja, y por si acaso los seguimos traen mucha vigilancia á retaguardia.

Como van á soñarse los pobres que los estamos esperando aquí.

Es que realmente la maniobra del Chacho era insospechable, no podía suponerse que hubiera hecho aquella gran marcha de flanco para ir á emboscarse á vanguardia de ellos.

Mucho antes de caer la tarde, sintieron ya el ruido y el bullicio del Ejército que se aproximaban alegremente con la certeza que iban á tener agua en abundancia.

El paraje no podía ser mas aparente para campar, viéndose bien pronto, por las disposiciones tomadas, que esta era la situación del Ejército.

Rodeando la parte de la aguada que estaba fuera del monte, el Ejército acampó alegremente y empezó á tomar todas aquellas disposiciones que indicaban ir á pasar allí la noche.

Mientras unos iban á la leña, otros elegían de las caballadas, los burros ó caballos menos servibles para carnear y comer, pues no habia que pensar en hacienda vacuna, hasta que no la hallaran al paso casualmente, ó llegaran á la Provincia de Córdoba.

Los soldados no tenían mas armas consigo, que la bayoneta los infantes y el sable los soldados de caballería, que aún no se lo habían desprendido, no por precaución sino por costumbre.

Los fusiles habían quedado en pabellón, junto con las monturas y pilchas, cuidados por pocos milicos.

Los que no estaban en comisión á la leña ó á la carneada, se ocupaban en preparar las estacas donde habían de atar su caballo á la noche, ó improvisaban un toldito como Dios los ayudaba, ó acomodaban las pilchas andrajosas y miserables.

Los asistentes se ocupaban en calentar agua para dar un mate á su oficial, mate de cualquier hoja seca, pues lo que es yerba nadie tenía mas que una narigada, y eso como quien tenía una cosa de otro mundo.

En menos de un cuarto de hora el campamento estaba perfectamente arreglado.

Ya brillaban cien fogones diseminados por todas partes, y se veían llegar disparando los milicos que venían de la carneada, quien con una picana, quien con un ríflon, quien con un pedacito de carne revolcada para hacer un churrasco, mientras se repartía á las compañías la carne que les había tocado.

Algunos oficiales se habían agrupado y escondido para carnear un burro gordo sin que nadie los viera, mientras otros sentados sobre las coronas de su recado descansaban las fatigas de la marcha, contando con que los compañeros los habían de convidar con lo que tuvieran.

El Coronel Sandes estaba con todos los patos, según la expresión de sus milicos.

No podía conformarse con haber sido sorprendido dos veces y haber tenido que retroceder, con su Ejército medio desmoralizado.

Y reflexionaba sobre la manera de seguir aquella penosa campaña, de un modo eficaz y que prometiera mejores resultados.

La tropa, una vez repartida la carne, se entregó á churrasquear alegremente, olvidando su situación angustiosa, mientras jugaban las mandibulas en medio de mil dicharachos graciosísimos y de ocurrencias sabrosas.

El soldado en el campamento y mientras come, se olvida de todo: vive de aquel único momento, sin recordar el ayer ni pensar en el mañana, porque no hay nada capaz de turbar su digestión mas ó menos placida.

Las bayonetas como los sables habían sido desprendidos de la cintura, para andar mas libremente, puesto que nadie pensaba ni remotamente en la presencia de enemigo alguno.

Chacho al principio había resuelto esperar á la noche para dar su sorpresa, aprovechando el sueño á que todos se entregarían, pero bien pronto cambió de modo de pensar.

El servicio de noche se establecía con todo rigor adoptándose mil precauciones de seguridad, que harían incompleta la sorpresa.

Concluida la comida, los soldados se diseminarian por el campamento con mil diferentes objetos, y si algunos entraban, como que entrarían al monte, su emboscada quedaba descubierta, la alarma cundiría por todas partes y el gran golpe no solo se habria perdido sino que ellos quedaban en condiciones muy desventajosas.

Así es que modificando todo su plan, resolvió dar el golpe en el acto, aprovechando el momento de la comida, como el de mayor distracción,

Hizo montar á caballo silenciosamente y cuando menos acordó Sandes, se lanzó sobre el alegre campamento de una manera impetuosa y brava.

La mitad de su tropa fué lanzada del lado de las caballadas con el objeto de hacerlas disparar para evitar toda su persecución, mientras la otra mitad, guiada por el Chacho mismo, caía sobre los pabellones y los grupos de soldados que alrededor de los fogones churrasqueaban perezosamente.

La confusión fué tremenda, porque los soldados habían visto avanzar el grupo como fuerza de ellos mismos y solo se dieron cuenta de lo que pasaba cuando sintieron encima el sable y la lanza de los montoneros.

— A formar! á formar! gritaban los oficiales, animando á los soldados para que no se dejaran dominar por el pavor; pero ¿quién formaba en aquella confusión espantosa, y cuando los pabellones era lo primero que habían rodeado los montoneros para apoderarse de las armas?

Y las voces de á formar se perdían entre el estruendo general del combate.

Una vez que habían hecho disparar las caballadas los soldados encargados de ello habían vuelto á rodear á Chacho, que no daba descanso al enemigo.

El Coronel Sandes, verdaderamente enfurecido al verse víctima de una tercer sorpresa, no

se había detenido á averiguar que enemigo era aquel, no imaginándose nunca que pudiera ser el Chacho.

Y se había lanzado entre la artillería, con el doble objeto de salvar las piezas y animar á aquellos soldados, entre los cuales no habían llegado aún los enemigos.

Los momentos no podían ser de mayor apuro, porque los soldados huían aterrados, al ver que no podían llegar donde estaban sus armas.

Era preciso proceder con la mayor rapidez y energía, sinó querían caer todos, miserablemente, prisioneros de aquel enemigo audaz y bravo.

Sandes, rodeado por algunas compañías de infantería que estaban campadas al lado de la artillería, hizo cargar apresuradamente las piezas, y disparar hácia donde estaba la mayor agrupación de enemigos, sin detenerse en que sus soldados iban también á caer bajo la metralla: era el único medio de salvar al Ejército, puesto que no había otras armas de que poder valerse.

Los primeros disparos hicieron un estrago bárbaro, puesto que los cañonazos se sucedían unos á otros, á boca de jarro, sembrando la muerte y el terror entre amigos y enemigos.

Chacho podía haber cargado sobre los cañones y apagado sus fuegos, como lo había hecho otras veces. Pero él no quería sacrificar gente en hechos de armas que, de todos modos, no podrían ser decisivos.

Su objeto había sido dispersar y aterrar al Ejército, arrebatar las caballadas y tomar todo el número de armas que le fuera posible, sin que el enemigo, á pié, pudiera hacerle daño, ni perseguirlo, ni hostilizarlo en la retirada.

Y su objeto había sido rápidamente logrado: había hecho disparar las caballadas del enemigo y había tomado gran número de lanzas, sables y fusiles, sin que el enemigo, que no podía llegar á sus armas, le hubiera hecho el menor mal.

Así es cuando la artillería empezó á causarle verdadero estrago, decidió retirarse en el acto, seguro ya de que en mucho tiempo no sería molestado por el Ejército Nacional, sin contar con que él, con buenas y abundantes armas tenía tiempo de sobra para prepararse á una nueva y eficaz campaña.

Chacho había llegado al colmo del orgullo y la satisfacción: acababa de vencer definitivamente al Ejército Nacional fuerte y aguerido, imposibilitándolo para proseguir la guerra.

Así, para evitar el daño que podía seguir haciéndole la artillería, tocó reunión y empezó á retirarse al trote; pero dividido en numerosos grupos para que el fuego de cañon no pudiera causarles grandes bajas.

Viendo que el enemigo se retiraba y á la voz de sus gefes y oficiales, los soldados empezaron á reaccionar y á reunirse sobre la artillería, recogiendo las armas diseminadas por todas partes.

El campo estaba sembrado de muertos y heridos, siendo muy escasos los que había dejado el enemigo.

Este se había situado á una legua de distancia, sobre una loma desde donde contemplaba risueño los esfuerzos que por reunirse hacían, y la impresion que aún reinaba entre ellos.

La desesperación de Sandes al verse á pié y privado de todo recurso para perseguir á aquel enemigo que á tan corta distancia los burlaba, había llegado á su colmo.

No había en el campamento más caballos que los de la artillería, que estaban cerca de las piezas, y algunos de gefes y oficiales que no habían sido soldados entre la caballada general, que disparó en grandes trozos; siendo arriados muchos de ellos por los montoneros, que se alejaban con ellos para ponerlos á salvo de cualquier casualidad ó contratiempo.

Cuando por los pocos prisioneros que se tomaron supo Sandes que quien lo había sorprendido era el Chacho, su asombro y su ira no conocieron límites.

Y se puso á paso de trote, con su infantería sobre aquel enemigo que los burlaba desde la loma, creyendo que lo esperaría envalentonado con el éxito de la empresa.

Chacho los dejó avanzar, pero cuando hubieron salvado la mitad de la distancia que lo separaba, volvió á ponerse en marcha al trote, golpeándose la boca, y dando gritos de burla que hacían perder los estribos á Sandes.

No había más remedio que aceptar la situación dolorosa en que se hallaban, resignándose á abandonar el campo, corridos, mientras llegaba el día indudable del desquite.

Y convencido que otra cosa sería aumentar la vergüenza desesperante de aquella situación, el Coronel Sandes regresó al campamento, dispuesto á seguir su retirada.

La noche empezaba á cerrar, y el peligro aumentaba cada vez más; porque si el enemigo volvía á la noche y los cargaba, podía ponerlos en muy serios apuros.

El Coronel Sandes hizo formar cuadros á la infantería, dentro de los cuales guardó los cañones, agrupó á la caballería desmontada cerca de las piezas y se dispuso á pasar así la noche, único modo de repeler ventajosamente cualquier ataque.

Y como mayor precaución, soltó uno de los prisioneros para que fuera á decir á Chacho que, á la menor hostilidad que les hiciera aquella noche, pasaría á degüello los demás prisioneros, sin distinción de oficiales ó tropa.

Siempre estos eran unos ochenta hombres, cuya vida alguna consideración había de imponerles.

Chacho al recibir el mensaje, soltó otro de los prisioneros que de Sandes tenía, para que dijera á este á su vez, que si tocaba el cabello de uno solo de los prisioneros que tenía en su poder, él lancearía en el acto á los que había llevado consigo.

Chacho despachó gran parte de su Ejército, para que llevara las armas, caballadas y prisioneros tomados, quedándose él con una fuerza lijera, para hostilizar en su retirada á Sandes, todo lo que pudiera; no era el objeto de matarle gente, sinó de tomarle los rezagados y las armas que abandonaran en la marcha.

El Coronel Sandes pasó toda la noche de la manera que lo hemos dicho, sintiendo las car-

cajadas de las tropas del Chacho, que les hacian un millon de burlas.

Y siempre en cuadro y siempre atento, al otro dia, á penas amaneció, emprendió la retirada mas penosa de que haya memoria.

Chacho no queria hacerle todo el daño que hubiera podido, porque no queria agravar la situacion de los prisioneros que le llevaba Sandes y que no habia podido arrebatar porque iban entre los cuadros de la infanteria, donde no era posible acercarse mucho sin recibir un fuego tremendo.

Los soldados no podian separarse de las filas un momento, sin peligro de ser hecho prisioneros, y ya el cansancio empezaba á ser insoportable.

Sandes queria apresurar la marcha y hacer largas jornadas, pero á pié y cansada la tropa, se veia obligado á hacer altos cada una ó dos leguas.

Chacho, sin hostilizarlo, venia tomando todos los rezagados del camino y recogiendo las pilchas que el cansancio les hacia arrojar.

A pié y mortificados por el hambre y la sed, hasta pensaban muchos que era preferible rendir las armas á seguir mucho tiempo asi, pues si aquella situacion se prolongaba no iban á poder resistir.

Dos dias de horrible angustia duró aquella retirada tremenda.

Ya los soldados se iban durmiendo en la marcha pues la noche la pasaban mas atentos que el dia, temiendo que el Chacho se les echara en cima y les diera el golpe de gracia.

A la segunda noche, Chacho emprendió su marcha de regreso hácia la Rioja, satisfecho y orgulloso de su campaña y de la conducta de sus tropas.

Los soldados prisioneros, una vez que se les despojó de las armas y correages, fueron dejados en el camino, libres de irse á donde mejor les pareciera.

Y era tal el cansancio y la postracion, que el primer caso que hacian de la libertad concedida, era echarse á dormir en medio del campo.

Y al despertarse seguian una marcha al acaso, buscando la incorporacion de Sandes ó del diablo, que al fin les era indiferente.

Solo tres oficiales llevaba el Chacho consigo hácia la Rioja, y eso, como garantia de la vida de sus prisioneros, que ya sabia él el fin que les esperaba en poder de las tropas regulares.

Esta conducta de Chacho le habia captado grandes simpatias entre las fuerzas del Gobierno, que conocian su conducta por los mismos prisioneros que regresaban libremente y que referian la manera como eran tratados por el caudillo Riojano, mientras ellos hacian una verdadera guerra de esterminio ó vandaje, saqueando á las poblaciones, destinando á sus hombres á las tropas de linea y lanceando los pocos prisioneros de guerra que llegaban á tomar.

- Tanto vá á hacer el Coronel, exclamaban mortificados, que al fin el hombre se vá á cansar y nos vá á tratar de la misma manera.

Sandes llegó á Córdoba, donde empezó á or-

ganizar á gran prisa el nuevo Ejército con que habia de volver sobre el Chacho.

Los contrastes sufridos le habian irritado de una manera poderosa, solo pensaba en tomar cuanto antes un desquite ruidoso, pues con aquel fracazo su crédito militar quedaba muy mal parado.

Bravo hasta la exageracion y tan tenaz como bravo, no se preocupaba de las penurias que tendria que pasar, dado el modo de hacer la guerra que tenia el Chacho.

E estaba resuelto á marchar hasta la Rioja misma, de cuya Capital se apoderaria, obligando á Chacho á dar una batalla, ó á entregarse por fin á las fuerzas del Gobierno.

Sin elementos de guerra ni de vida, sin dinero y convencidos de que no habia lucha posible, al fin se entregarán, pensaba, ó combatirán y concluiremos con ellos.

Oh! Sandes no tenia de toda la constancia y abnegacion de que era susceptible aquel gran caudillo, y la adoracion ciega que por él tenia el pueblo Riojano!

Es que él á su vez les habia manifestado que aquello no eran más que los preliminares de la guerra terrible y sin cuartel que les traeria el Gobierno.

- Han de venir con mayor numero y con mayores pretenciones de someternos, les decia, y la guerra vá á ser larga y cruda.

Necesito el apoyo de todos y el esfuerzo de cada uno, para que salgamos airosos de la nueva campaña, rechazando otra vez al cruel enemigo.

Y no era ya solo el pueblo Riojano el que lo rodeaba dispuesto á hacer todo género de sacrificios por seguir al Chacho.

Eran tambien las poblaciones de Santiago y Catamarca, que se plegaban á su causa, aterradas por los horrores que entre ellos habian cometido las fuerzas del Gobierno.

De todas ellas se habian sacado hombres para remontar los cuerpos de linea; en todas ellas se habian cometido abusos de todo género, en sus familias ó en sus negocios, y las poblaciones se habian aterrado viendo el triunfo de semejantes tropas, como la peor de las calamidades.

Por esto es que de todas partes se presentaban al Chacho ininidad de voluntarios, que éste se veia obligado á aplazar por falta de armas.

- No importa, gritaban ellos entusiasmados, un garrote nos basta, pues donde quiera que vaya nuestro Chacho, con él irá la victoria.

Es que lo creian invencible, y no se preocupaban mucho de las armas, pues ya le irian quitando al enemigo las suficientes para armarse todos.

Mientras no salieran de la Rioja no carecerian de alimento necesario.

Ahora, el dia que los obligaran á salir, ya se encargaria el enemigo de proveerlos de todo aquello que pudieran necesitar.

Y desde que Córdoba les dá cuanto necesitan para hacernos la guerra, dijo Chacho, Córdoba será tambien quien provea á nuestras necesidades.

El Caudillo invencible

La guerra puede decirse que empezaba recién, con todos los horrores que debía levantar.

Alarmado el Gobierno con la actitud amenazadora de las provincias que obedecían al Chacho, envió á Sandes todo género de elementos para que imprimiera á la campaña toda la actividad eficaz que debía tener.

El Gobierno se engañaba como se engañaba el Coronel Sandes.

Sin armas, sin dinero y sin soldados para contrarrestar el poder del Gobierno Nacional, éste pensaba que Chacho no podría resistir mucho tiempo y se vería obligado á entregarse ó á combatir, obteniéndose de cualquiera de los dos modos el resultado de pacificación necesario para la reorganización de la República.

Un Ejército sin recursos y al que no se dejaba un solo momento de reposo, no podría resistir mucho tiempo, era indudable, pues lo que no hicieran las armas lo haría la miseria.

Chacho iba á tener que luchar, no solo con el Ejército Nacional, sino contra todas las provincias y era imposible que pudiera hacerlo mucho tiempo.

Y engañado con este modo de pensar, y con estos falsos cálculos, remitieron á Sandes cuanto éste pidió para el mejor éxito de la nueva campaña que emprendía.

Sandes, sumamente enérgico, empezó por ir ocupando todas las provincias del tránsito, hasta dejar bien cimentada con ellas la autoridad del Gobierno Nacional, y la suya propia, que era su comisionado y representante.

Así dejaba su espalda bien guardada para un caso de contraste, pudiendo acudir á cualquiera de ellas por los elementos que pudiera necesitar.

Pero él se imponía con tanta crueldad y de una manera tan tiránica, que eran más los ódios que las simpatías que levantaba.

El tomaba en el comercio de las provincias todo cuanto necesitaba, dando vales contra el Gobierno Nacional.

Pero todos recibían aquellos vales con el mayor desagrado, porque sabían el trabajo inmenso y los grandes gastos que tendrían para poderlos hacer efectivos.

Y no tenían más remedio que aceptarlos reconocidos, pues al que no quería vender en esa forma el Coronel le mandaba quitar á la fuerza lo que necesitaba, y esto venía á ser peor todavía.

Una vez que Chacho tuvo noticias de la nueva campaña que se abría contra la Rioja, adoptó un sistema bien diferente al del Gobierno y al de su comisionado militar.

— Ellos aseguran que somos unos salvajes, que no nos detenemos en nada, dijo á sus gefes reunidos en consejo, y esto lo crearán todos los pueblos de la República, puesto que no oyen más palabra que la de ellos.

Es necesario que se sepa que esto no es cierto, que son ellos los que cometen todo género de horrores, y que si nosotros combatimos es por librar á la Rioja del puñal y del saqueo, que ellos han levantado como victoria de dominación.

— ¡Pero como se puede hacer conocer esta verdad, aislados como estamos del resto de la República? preguntaban sus gefes, conformes en todo con la manera de pensar de Peñaloza.

— Oh! muy fácilmente respondió Chacho, son ellos mismos los que nos van á hacer conocer.

Al día siguiente reunió en la plaza de la Rioja; á todos los prisioneros que tenía, y les echó una proclama llena de nobleza en la que estaba revelada la elevación de sus sentimientos hidalgos.

— El Coronel Sandes abre contra nosotros una nueva y cruda campaña, les dijo porque somos unos bárbaros á quienes es preciso someter.

Es preciso que se sepa que no somos unos bárbaros que hacemos la guerra solo porque á ella nos provocan, y que los prisioneros de guerra, son tratados ente nosotros, como hombres, como hermanos y no como fieras.

Es necesario que se sepa también, que estamos dispuestos á combatir, hasta el último aliento, por conservar la integridad de la Rioja, é impedir que vengan á tratarnos como á tribus de indios.

Ustedes son los encargados de hacer saber todo esto, en la simple narración de lo que han visto y de lo que nos ha sucedido.

Yo no les pido otra cosa sino que digan la verdad, la estricta verdad y puedan desmentir todas las calumnias que se han hecho correr.

Desde este momento están ustedes en absoluta libertad para regresar entre los suyos, y hacer presente al Coronel Sandes que lo esperamos dispuestos á vender la vida lo más caro que nos sea posible.

Los prisioneros quedaron asombrados ante las sencillas y tocantes palabras de Chacho,

no comprendió como un hombre de aquellos sentimientos y de aquel modo de proceder podía estar titulado de bandido feroz y sanguinario.

Media hora despues cada prisionero tenia una mula á su disposicion para emprender la marcha cuando le pareciera mas conveniente.

Chacho no les daba dinero para el camino segun les habia dicho, porque no lo tenia y porque no lo necesitaban.

Basta que dijeran que eran prisioneros á quienes Chacho habia vuelto la libertad, para que fuesen socorridos en todas partes.

No hubo uno solo de aquellos hombres, que aprovechara inmediatamente la libertad que se les habia dado.

Ellos habian hecho ya sus relaciones y amistades habian contraidos afectos tan intimos, que no podian romper violentamente sin haber dado el derecho que se les tratara de desagradecidos.

Todos ellos estaban alojados en casas de familia, donde se le trataba fraternalmente y donde pasaban la vida de una manera agradable y feliz.

Algunos habian llegado hasta contraer amorios, amorios de aquellos que liga el corazon de una manera poderosa y que se sobreponen á todo otro pensamiento y aún el deber mismo.

La hermocura de aquellas mujeres puras é inocentes los atraia con fuerza irresistible, y les pesaba salir de la Rioja, bajo cuyo clima poderoso habian sentido una nueva vida llena de encantos y de promesas.

La mayor parte de los prisioneros, empezaron á hacer sus preparativos de viaje, pero mucho de ellos se decidieron á quedarse en la Rioja, de tal manera que un oficial Mendez, de la misma escolta de Sandes, devolvió al Chrecho la mula que le habia dado para el viaje, diciéndole:

—Yo no me voy de la Rioja aunque me echen —yo me quedo aquí hasta el dia del juicio final:

Chacho sonrió, y por toda respuesta estrechó la mano de aquel jóven.

—He ahí, dijo á los suyos, la mejor manifestacion de que no somos los bandidos que se dice cuando los prisioneros no quieren salir de aquí.

Los partidarios mas infuyentes, se oponian á que Chacho dejara ir ningun prisionero.

—Es preciso conservarlos aunque mas no sea como rehenes, le decian, como garantia de la vida de los que ellos nos han tomado.

Nada conseguiremos con esto, respondia Chacho tristemente, porque estoy convencido que de aquellos prisioneros no vive uno solo.

Demasiado sabemos que lo primero que hace esa gente es matarlos de una manera infame.

—¿Y porqué no hemos de hacer nosotros lo mismo? ¿porqué no le hemos de pagar en la misma moneda? tal vez de este modo nos tratarian con mayor consideracion.

Primero porque con ser crueles y feroces no vamos á remediar nada ni á resucitar los muertos, y segundo porque ni los soldados ni

los oficiales tienen la culpa de lo que mandan hacer los gefes.

¿Seria noble que paguen delitos aquellos que no los cometieron? entónces si le daríamos el derecho de tratarnos de bandidos feroces, perdiendo nosotros el que tenemos de llamarlos asesinos cobardes.

Nuestro proceder es precisamente lo que justificará nuestra causa santa, haciéndola simpática á todos los que la conozcan, y son precisamente estos prisioneros á quienes ponemos en libertad, los que han de levantar aquellos infames cargos, con la narracion de lo que á ellos ha sucedido.

No manchemos nuestra causa con sangre inocente, concluia siempre, que demasiado tendremos que derramar en lucha leal y noble.

Asi los partidarios de las represalias tenian que renunciar á sus teorías convencidas de la razon que asistia á Chacho, y de que indudablemente aquel era el proceder mas noble y conveniente.

La mujer del Chacho por su parte, sostenia con una elocuencia las teorías de su marido siendo la mas decidida protectora de los prisioneros hechos á Sandes.

Ella era quien cuidaba personalmente que no les faltara nada y que no tuvieran la menor queja de la manera como se les habia tratado.

Los prisioneros que decidieron regresar, no lo hicieron sin presentarse á Chacho y á Victoria, para espresarles su agradecimiento.

—No vamos al ejército para volver como combatientes, decian, pero si á ello se nos obliga, y no podemos resistir, pueden ustedes estar seguros que no tendrán en nosotros enemigos implacables, sino hermanos agradecidos que solo desean tener ocasion de devolver el bien recibido.

—Aquí no se obliga á servir á nadie, decia Chacho orgulloso de sus propias palabras: en la Rioja el hombre es tan libre como el aire el que quiere servir sirve, y el que no quiere se queda en su casa sin que nadie lo moleste en manera alguna.

Yo créi que lo mismo sucederia entre ustedes, que son hombres civilizados, pero veo que me equivoco.

Los prisioneros se retiraron, avergonzados, apreciando entónces en toda su fuerza, lo que valia aquel corazon hidalgo, y comprendiendo el porque del cariño fanático que el valiente caudillo inspiraba á los suyos.

El respecto por la libertad personal llegaba al extremo de que Chacho habia hecho ya muchas veces las siguiente manifestacion.

—Yo peleo, porque defiendo el derecho y la libertad de la Rioja, amenazada de la esclavitud mas vergonzosa, todo hijo de la Rioja tiene el deber de acompañarme y luchar hasta el último estremo.

Pero al dia que se cansen, el dia que quieran tomar otra resolucion, no tienen mas que darme, y ese dia licenciaré el Ejército y me retiraré á morir tranquilamente en Chile.

En las filas del Ejército no hay mas que voluntarios, voluntarios que pueden abandonar el dia que quieran, sin pedir permiso á nadie—ya saben que Chacho no es quien habia de obligarlos á hacer lo que no quisieran.

Y con la conciencia de que aquello era una verdad absoluta, nadie se separaba del Ejército, sino por la causa mas grave, sin solicitar del Chacho una licencia, regresando en el acto que esta venia.

En el Ejército de Chacho no se conocian estos castigos severos tan usados en los Ejércitos regulares.

Los azotes y la muerte no se habian aplicado jamás, porque Peñaloza tenia castigos mas terribles sin ser bárbaros ni dignos de reprobacion.

Dos eran los delitos con que el General Peñaloza no transigia por nada de este mundo, ni aún por los ruegos de la Victoria á quien amaba con idolatria.

Estos delitos eran el robo ó el asesinato.

— Nadie tiene derecho de tocar lo ageno ni de atentar contra la agena vida.

Y el ladrón y el asesino eran arrojados de sus filas á donde no podrian volver jamas, porque los ladrones ó los asesinos no tenian el derecho de mezclarse á los soldados de la libertad.

Un ejemplo triste estaba siempre presente en el corazon de aquellos leales soldados.

Un oficial de Chacho, porejercer una venganza, dió muerte alevosa, apuñaleandolo por la espalda; á un hombre que jamas habia merecido el menor reproche de nadie.

Pero este oficial no habiendo tenido el corage de provocarlo á una lucha leal, lo habia asesinado con toda cobardia.

La hija de la victima, testigo ocular del hecho, vino á quejarse á Chacho, narrando con la mayor desesperacion lo que habia sucedido y añadiendo que quedaba en la mas cruel miseria, puesto que su padre era la única proteccion que tenia en el mundo.

Chacho llamó al oficial, quien en presencia de la jóven, no pudo negar el crimen de que se le acusaba, dando como disculpa los motivos de venganza que lo habian inducido al crimen.

Chacho no era Gobernador, pero sus sentencias se cumplian al pié de la letra, primero porque no habia quien las resistiera, y segundo, porque tenia en sus manos la fuerza y el poder de hacerlas cumplir.

En el acto reunió á los principales gefes de su Ejército, en presencia de la desolada jóven y del asesino, narrándoles lo que sucedia.

— Esto es monstruoso, concluyó con voz que la indignacion hacia temblar: yo condeno á este hombre á que durante su vida, entregue á esta jóven la mitad de todo dinero ó cosa que lo valga, que caiga á sus manos y pido se le quite el uniforme que deshonró prohibiéndole de que jamas y en ningun caso pueda formar parte del Ejército de la Rioja.

Allí mismo se le quitaron las prendas de uniforme que vestia y se le despojó de sus armas, y aquella resolucion tremenda, con su causa, fué hecha conouer de todo el Ejército por medio de los gefes y oficiales de cada cuerpo.

Y el jóven salió del campamento aquel mismo dia, bajo el desprecio de todos sus compañeros de armas.

Aquel crimen habia producido en el Chacho

la indignacion mayor que habia sentido en su vida.

Un mes más tarde y cuando el Ejército se movió para operar sobre Sandes, el jóven en cuyo fisico el remordimiento habian hechos serios estragos, se empeñó con la Victoria para que ésta le consiguiera el perdon del Chacho, en la parte que se referia á la espulsion del Ejército, porque queria hacer la campaña.

Compadecida Victoria fué á ver á Chacho, pero á sus primeras palabras éste la detuvo diciéndole: no te empees jamás por un cobarde asesino, cuya sola presencia mancha nuestras armas; con el perdon de uno solo, romperias la moral de todo el Ejército.

Victoria no insistió y convencido el jóven de que Chacho no cederia ante nada, cuando marchó el Ejército se confundió entre la tropa de uno de los Regimientos, resuelto á borrar su falta con algun hecho heroico.

Chacho tuvo conocimiento de lo que pasaba, y al acto mandó venir á su presencia al jóven criminal.

— Usted no puede formar en las filas del Ejército, le dijo, porque usted es un asesino: es inútil que se presente, porque será arrojado en el acto.

— Yo tengo el derecho de ir á pelear por la libertad, respondió el jóven, y usted no puede arrancarme ese derecho, mi General, déjeme siquiera ir á morir por ella en el primer combate.

— Ese es un derecho que no lo tienen sino los hombres honrados, respondió Chacho severamente y usted es un asesino que solo merece que se le escupa en la cara.

El jóven no pudo resistir aquellas severas palabras, y sacando de su cintura un largo puñal, miró fijamente al Chacho y le dijo:

— Mi General, yo estoy arrepentido de lo que hice y demasiado me ha castigado usted ya, quiero volver al Ejército, permítamelo usted, ó me abro el corazon de una puñalada.

— Usted sabrá lo que hace, respondió Peñaloza: lo que es en mi Ejército, he dicho ya que no pueden formar ni los asesinos ni los ladrones.

El jóven levantó lentamente el puñal, y miró con fijeza al Chacho, que no nizo el menor movimiento para turbar su accion, como lo hicieron tampoco los numerosos testigos de aquella tocante escena.

El jóven entonces bajó el brazo en un movimiento rápido y energético y hundió en su pecho aquel largo puñal que fué á atravesarle el corazon.

Y cayó como herido por un rayo á los piés de Peñaloza.

— Es lo que debia haber hecho desde el primer momento! exclamó el Chacho: los asesinos cobardes están demás en el mundo.

Y se alejó de allí apartando para pasar, el cadáver con el pié.

Aquel suceso hizo una impresion inmensa, no solo en el Ejército sino en toda la Rioja.

Y fué tal la influencia que tuvo en las masas que ni el Ejército ni fuera de él volvió á cometerse un asesinato.

Aquella manera de castigar del Chacho, los habia aterrado.

En las épocas más miserables, cuando el Ejército de Peñaloza parecia de miseria, cuando no tenían ni un puñado de yerba con que tomar mate, el gran caudillo mandaba á los pueblos diferentes comisiones, para que pidieran á los negociantes una suscripcion de yerba y azúcar conque engañar el estómago de sus soldados.

No hubo ejemplo de que un soldado entrara á robar á una pulperia, por más apremiante quera su necesidad.

Empeñaban sus prendas, hasta la ropa muchas veces, para conseguir un poco de yerba ó azúcar, pero ni siquiera intentaban hacer una estafa, porque sabian lo que aquello les habria costado.

Mientras Chacho tenia, era á él á quien acudian para que les prestara dinero, porque teniendo Chacho tenían todos.

Y cuando éste no tenia ni prendas que empeñar, se apretaban la barriga y esperaban pacientemente mejores tiempos.

Así se veia que la entrada de Chacho á un pueblo amigo ó enemigo, no era motivo para que se cerraran ni las casas de negocio ni las de familia, por el contrario, estaban más garantidos que nunca.

En cambio, cuando el Ejército Nacional campaba, aún fuera del pueblo, los negocios y las casas se cerraban temerosamente, porque en unos y en otras se cometia todo género de abusos y desmanes.

Los mismos gefes que compraban por cuenta del Gobierno y á su nombre, dejaban en

pago vales, cuyo cobro casi imposible ya conocemos.

Esto, cuando no vaciaban una casa de negocio sin vale de ningun género, porque su dueño era Chachista y enemigo del Gobierno.

Chacho sabia recompensar la ayuda eficaz que recibia de los negociantes.

Cuando hacia al enemigo una buena presa, de cualquier género que fuese, daba á sus tropas aquello que podian llevar cómodamente y el resto lo repartia entre los negociantes del pueblo más cercano.

Las grandes partidas de cueros que iban de una á otra provincia, ó de otros artículos que sus soldados no podian aprovechar, los cambiaba por yerba y azúcar para la tropa.

Por esto era que nadie se alteraba en presencia de fuerzas del Chacho: al contrario, en todas partes eran recibidas cordialmente y como buenos amigos.

Hemos visto que los prisioneros mismos tomados por el Chacho, muchos se habian quedado en la Rioja, donde encontraban más garantías que entre los suyos, puesto que allí á nada se les obligaba, pudiendo hacer un uso absoluto de su libertad, mientras que entre los suyos, por lo menos serian obligados á prestar servicio militar.

La campaña fué abierta así, con una fé profunda en el resultado por parte del Chacho, y con un encono formidable por parte del Ejército Nacional, que con sus abusos inicuos y sus injusticias irritantes, habia levantado en su contra el odio de todas aquellas buenas poblaciones.



El enemigo invencible

Sandes marchó en demanda de Chacho, en la esperanza de poder hallarlo, obligándolo á dar una batalla, y deshacerlo, porque con sus tropas mal armadas y peor disciplinadas, no podría resistir á sus batallones y Regimientos de veteranos.

Chacho trató de esquivar ese encuentro, marchando por distinto camino, con intencion de salir á retaguardia del Ejército y darle un buen golpe si así le convenia, ó darlo en Córdoba, Tucuman ó cualquiera de las provincias que lo ayudaban contra la Rioja.

Y así mientras Sandes marchaba en su busca, él podría hacerse de elementos y de recursos en las Provincias mencionadas, sobre todo en Córdoba que era la que más ayudaba al enemigo, en hombres y en elementos.

Allí solian estar los recursos de Sandes, y allí debían tener los proveedores, almacenados los viveres destinados al Ejército Nacional.

Una vez que Chacho se colocó á retaguardia de Sandes, empezó á marchar en sentido inverso, sobre la misma rastrillada que aquel habia dejado.

Quien habia de suponerse, que por el mismo camino por donde iba Sandes, habia de aparecer el Chacho con todo su Ejército.

Los proveedores, seguro el camino, habian quedado muy atrás, puesto que ningun peligro podian temer en su marcha.

Aquella habil maniobra de Chacho no tardó mucho en darle el resultado que buscaba.

Campado una noche en uno de los campamentos que poco antes habia ocupado Sandes, tuvo aviso por sus rastreadores, de una gran arria de mulas seguida de muchas carretas, que marchaban hácia donde ellos estaban.

— Ese tiene que ser por fuerza un convoy de viveres para el enemigo, dijo Chacho, y como ván sobre el rastro del Ejército, la escolta deberá ser escasa.

Unos doscientos hombres, respondieron los rastreadores, que parecen provincianos, por su traje y por sus armas.

— Cordobeses sin duda; ya llevarán su mercado — y se emboscó en el acto á los lados del camino, para dejar pasar el gran convoy y darle caza á la altura más conveniente.

Era aquel efectivamente el convoy de la proveeduría, que buscaba estar siempre á corta distancia de Sandes, para poder atender sus pedidos con mayor rapidez.

Este convoy se componia de cargueros y carretas, donde iban los viveres secos del Ejército, en gran cantidad, y una magnífica tropa de novillos, de los que podian comer un mes abundantemente.

Como iban detrás del Ejército, y á muy corta distancia, según lo suponian, llevaban aquella escolta de doscientos Guardia Nacionales, más por fórmula que porque creyeran necesitarla, puesto que suponian á Chacho en la Rioja.

Ante perspectiva tan famosa, los soldados de Chacho se transformaron por completo.

Al fin iban á comer á discrecion, á tener comoq tomar mate y como fumar en abundancia.

Fué tal la alegría de aquellos buenos y leales soldados, que tuvo que intervenir el Chacho para hacerles guardar silencio y que su algazara no fuese á ser sentida por los arrieros que venian á la cabeza.

— Dejaremos pasar todo lo que traen, dijo Chacho, para que no puedan salvar nada, y una vez que haya pasado la última carreta y el último animal, saldremos nosotros á cerrar la marcha, y á arriarlos á nuestra vez por el camino que mas nos convenga.

Y todo salió así, á medida del deseo manifestado por el gran caudillo.

Entonando su mas alegres cantos, pasó el árria primero, las carretas despues, y en seguida la novillada que cerraba la marcha.

Cuando no hubo quedado á retaguardia ni un solo animal, Chacho formó en columna su Ejército, y siguió marchando lentamente como una legua detrás de aquella magnífica proveeduría.

Era la caída de la tarde, y el convoy marchaba con la placidez del que nada tiene que temer, sin haber sentido ni aun sospechado la columna que venia detrás.

Y aunque la hubiera sentido, habrian creído que era algun contingente que iba á incorporarse al Coronel Sandes.

Llegada la noche, establecieron su campamento, rodeándolo de centinelas para evitar cualquier robo, de gente matrera, porque lo que es en enemigo nadie pensaba.

No bien se bajaban del caballo los encargados de la proveeduría y el gefe de la fuerza, cuando vieron llegar, guiado por uno de los peones de la hacienda, un oficial que á ellos se dirijia.

— Ordena el General que no campen ustedes y que sigan la marcha, porque quiere caminar toda la noche, dijo aquel jóven.

— ¿Pero qué General es ese? preguntó el gefe de la tropa, sin alarmarse, pues supuso siempre que seria algun General que se incorporaba á Sandes.

— ¿Y quien quiere que sea? respondió sonriendo el jóven, sinó el General Peñaloza.

Gefe, proveedores y cuantos se habian acercado, soltaron una franca carcajada, festejando la ocurrencia.

Peñaloza á aquella altura y marchando detrás de ellos y queriendo darles sus órdenes, eran cosas que no podian entender ni tomar á lo serio.

—Bromas á un lado, dijo el gefe, interrumpiendo la general algazara, diga usted quien lo manda y si viene alguna fuerza detrás de nosotros.

—Yo no embromo, volvió á decir el jóven sin dejar de reir; la órden que he trasmitido me ha sido dada por el General Peñaloza que viene á retaguardia con su Ejército, levanten pues campamento y sigan la marcha, porque él no está acostumbrado á que le desobedezcan.

Tan convencido estaban todos de que aquello era una broma del oficial, que el gefe de la tropa dió órden que no se alteraran en nada sus disposiciones de campar, diciendo:

—Yo voy á ver que General es ese, y á prevenirle de paso que cuando quiera que sus órdenes se obedezcan, no las mande dar con oficiales locos.

Y proveedores gefes y ayudante, salieron al encuentro del Ejército de Chacho, cuya marcha y movimientos se percibia ya claramente.

Chacho, que venia á la cabeza, hizo un alto para recibir á los que venian á su encuentro.

—No quieren creer que he llevado una órden del General Peñaloza, dijo el ayudante y vienen á cerciorarse por sus propios ojos.

—Señor dijo el proveedor, este jóven ha ido allí con bromas increíbles, no ha querido darnos el nombre del gefe que lo mandaba y nos hemos visto obligados á venir á averiguarlo nosotros mismos.

—Pero es que mi ayudante no ha hecho broma alguna, respondió Chacho, pues yo mismo he dado la órden por el trasmitida.

En el aspecto de aquel hombre á quien ellos no conocian, sobre todo en el acento de su palabra, en el aspecto de la tropa misma, aquellos hombres quedaron aterrados al cercionarse que, efectivamente, estaban en presencia del Chacho.

¿Como pudo venir marchando Chacho detrás de ellos? habria derrotado á Sandes al estremo de haberlos destruidos por completo?

En el primer momento no atinaron á nada, quedando allí parados y mirando absortos á Chacho.

—Ustedes seguramente no contaban con mi visita, les dijo éste, asi soy yo, me aparezco de repente donde menos se me espera.

Les he mandado decir que sigan la marcha no mas, porque supongo que no pretenderan hacer la menor resistencia, resistencia que seria inútil, pues ya ven que están en mi poder.

Quiero marchar toda esta noche para avanzar todo el camino que pueda sobre ese loco de Sandes que se ha propuesto darme trabajo.

Mientras hablaban así, el Ejército del Chacho habia hecho un especie de semicírculo rodeando el convoy para que no pudiera escapar ni uno solo de los cargueros que lo componian.

La presa era demasiado importante para dejarla disminuir en lo mas mínimo, mas, su-

poniendo que alguno de los cargueros debia llevar dinero.

Cuando arrieros, empleados y tropa, supieron que habian caído en poder del Chacho quedaron aterrados, calculando que no habia defensa posible y que estaban á la merced de un enemigo que consideraban feróz.

Y empezaron á huir en todas direcciones, tratando de salvar el pellejo, puesto que no podian salvar otra cosa.

Pero estaban encerrados entre un círculo de ginetes que los tomaban en cuanto querian salir de aquel campamento.

Y la desesperacion crecia, figurandose que por lo menos los iban á degollar, porque esta era la idea que se tenia del Chacho y los suyos.

A los primeros prisioneros que presentaron Peñaloza, este dió una órden que concluyó de asombrarlos por lo inesperada de ella.

Todo el que quiera salir de aquí, dijo, ya sea para buscar la incorporacion de Sandes, ya sea para regresar á Córdoba ó á otra parte, que se le deje la completa libertad, sin tocar una hilacha de lo que les pertenezca, con escepcion de las armas, que deben quedar aquí con los cargueros, hacienda y demás.

La propiedad particular, siempre exceptuando las armas, será sagrada, como la vida de todas las personas.

La ejecucion de aquella órden era incomprendible para ellos, y recién cuando vieron salir á los mas apurados y medrosos, creyeron en su eficacia salvadora.

Pocos momentos despues, no quedaba allí ni uno solo de los prisioneros.

En cambio Chacho y su Ejército quedaban ricos y bien provistos, porque allí iba dinero para pagó del Ejército, víveres secos para racionar á cinco mil hombres mas de dos meses, y una respetable cantidad de reses, además de las mulas, caballos, alguna municion y vicios de entretenimiento.

Los que eran vaqueanos de aquellos parajes, siguieron adelante buscando la incorporacion de Sandes, para llevarle la desesperante noticia de lo que habia pasado, mientras los demas huian á refugiarse en las poblaciones mas próximas.

Chacho campó en el acto para distribuir el personal que habia de servir para encargarse de ambulancias y cargueros, y para carnear y churrasquear, pues su gente venia hambrienta.

Fué aquella una noche de fiesta estupenda para aquellos pobres y leales soldados, que dejaban de comer por registrar los cargueros y las carretas, donde hallaban ininidad de cosas de la mayor utilidad, pues junto con los artículos de proveeduria, iban gran cantidad de objetos encargados por los oficiales y gefes del Ejército, que sospechaban que aquella campaña iba á ser larga y penosa, por la clase de enemigo fantásticamente activo, con que iban á tener que luchar.

Bien comidos y mejor descansados por la alegria del espíritu, el Ejército de Chacho se puso en marcha á la madrugada del siguiente dia, recostrándose muy á la derecha, para no encontrarse con el Ejército de Sandes si este avisado por los dispersos, contramarchaba en la esperanza de alcanzarlo y batirlo.

Era necesario volver á salir adelante del

Ejército, en caso que este contramarchara, á internarse á los Llanos de la Rioja para poner en paraje seguro el espléndido botín de guerra, y armar nuevos soldados con todos los elementos que llevaba.

Afecto solamente á la caballería, porque no sabía servirse de la infantería ni le tenía confianza, estaba resuelto á almacenar ó vender todo lo que fueran fusiles y bayonetas, aprovechando estas últimas para hacer lanzas en caso de necesidad.

Rico con todo el dinero tomado, su primer pensamiento fué repartirlo como indemnización entre los negociantes que habian servido siempre á su Ejército, reservando una parte para repartirlo entre sus soldados, segun sus necesidades de familia.

Las reses era lo que mas los entusiasmaba, porque además de tener asegurado con ellas el alimento de mucho tiempo, sus respectivas familias tendrían carne y leche y no pasarían miserias.

Entre tanto, y mientras se hacían aquellos alegres cuentos marchando hácia la Rioja, el Coronel Sandes, con una desesperación suprema, tenía conocimiento de lo que habia sucedido, por los que se le habian ido incorporando.

—Pero será otro Ejército el que los ha asaltado! decía lleno de cólera.—Chacho no puede andar treinta ó cuarenta leguas á mi retaguardia cuando se encuentra en la Rioja y soy yo quien vá en su busca.

Pero eran tales los datos y las seguridades que le daban, que ya no podia dudar.

Y efectivamente, solo Chacho era capaz de aquel golpe de audacia, de aquella contramarcha fabulosa y hábil y de aquella libertad dada á los prisioneros.

Bastaba este último razgo de generosidad para hacerlo conocer de sus enemigos, si aun dudasen estos que fuera él.

Porque apesar de tono y de ellos mismos, cada cual en su conciencia reconocía la generosidad caballereza del caudillo Riojano y su bondad proverbial con los prisioneros.

Era preciso contramarchar á gran prisa para alcanzarlo y batirlo en el mismo terreno, ó emprender una fácil persecucion.

Como Chacho seguía su marcha por retaguardia, en la esperanza de sorprenderlo, Sandes estaba seguro de encontrarlo á mitad del camino, siendo esta vez Penaloza el sorprendido.

Es que habia la preocupacion de creer á Chacho un hombre bruto y sin ideas militares, cuando por el contrario, era un hombre de una sagacidad infinita y de una astucia suprema en aquella guerra de recursos, que él habia descubierto y que practicaba, como se vé, de una manera pasmosa.

Sandes empezó á desandar todo el camino ganado, mandando una division de vanguardia sumamente liviana, de manera que si tropezaba con los montoneros ni los dejara escapar, obligándolos al combate.

Y entre tanto Chacho contramarchaba paralelamente, pero á unas ocho leguas de distancia, de manera que no podia ser sentido ni sospechado.

Así, segun sus cálculos, cuando Sandes llegara al paraje donde él sorprendió el convoy,

y se lanzara en seguimiento de su rastrellada, él tenia tiempo de estar en la Rioja y jugarle alguna otra pasada una vez que hubiera asegurado su famoso botín.

Porque por el momento, el propósito de Chacho era huir el bulto á todo lo que fueran batallas definitivas, limitándose á desesperar al enemigo con pequeños combates y falsas dispersiones, para volver á presentarse al otro día más fuerte y en nueva actitud de combate.

Esto por una parte, y por otra tomándole siempre que pudiese las providencias y recursos que le fuesen de otras partes, echándole á perder las aguas y obligándolo á estar en continua alarma, se proponía desesperarlo y hacerlo abandonar la empresa en que se habia metido, convencido de su imposibilidad en llegar al fin que se hubieran propuesto.

Hombres habituados á la guerra regular y al combate franco, no podrian luchar con todos estos inconvenientes, y concluirían por desengañarse prontamente.

¿Qué iban á hacer con un enemigo que no los dejaba dormir, que no les daba tiempo para comer ni para descansar de las bárbaras jornadas á que los obligaria, poco práctico en el terreno que operaba, con todo en su contra y sin el agua suficiente para su tropa y sus caballadas?

Este era el gran plan del Chacho, plan á que se prestaba admirablemente el terreno donde habia de operar y los hábitos de su tropa, acostumbrada á aquella vida de eterna agitacion y las privaciones de todo género.

Ellos estaban en su elemento, mientras que para el enemigo todo seria un escollo, incluso el hecho mismo de saber donde se hallaba.

En la esperanza de dar alcance á los montoneros y quitarles el convoy que habian arrebatado, Sandes marchó dia y noche sin descanso.

El enemigo iba pesadísimo, á consecuencia de aquel mismo convoy, sus marchas debían ser sumamente lentas y por consiguiente no podia haber andado mucho.

El Coronel Sandes no tenia duda que lo alcanzaria y que lo batiria ú obligaria á abandonar todas sus carretas y arrees.

La vanguardia, donde iba el mismo gefe del convoy, tenia orden de mandarle avisar por un chasque en cuanto avistase al enemigo, ó en cuanto llegase al paraje donde habia tenido lugar el apresamiento.

Chacho no puede tener ni idea de mi contramarchas, pensaba Sandes, y estará campado allí mismo para gozar tranquilamente del robo.

Pero llegaron al paraje indicado, sin haber hallado á Chacho que estaba ya á muchas leguas de distancia, y que trataba de ganar tiempo siempre, haciendo marchas vertiginosas y como si estuviera perseguido por el enemigo más tenaz.

Era la manera de no ser alcanzado nunca y de estar siempre en disposicion de sorprender por retaguardia al Ejército de Sandes, mientras más persuadido estuviera que iba en persecucion de la montonera.

Sandes quedó asombrado al no hallar al Chacho, y no haber tropezado con él en el camino.

¿A donde podia haberse dirigido con tan enorme botin de guerra?

¿Habria seguido á Córdoba, tomado para el lado de Tucuman, ó habria mudado campamento por allí cerca, buscando un campo de más agua?

Era preciso á toda costa saber esto, por lo menos la direccion que habian seguido, y al efecto, Sandes reunió sus vaqueanos para que se pusieran sobre la pista.

Se interrogó el terreno con esa habilidad pasmosa del criollo, y el terreno habló con su lenguaje mudo pero elocuentísimo para ellos.

Allí estaban indudablemente las huellas de las fuerzas del Chacho, con el zurco dejado por las carretas y la señal de las pezuñas dejada por el ganado.

Aquella ancha huella se recostaba á la derecha, daba un gran rodeo hácia la izquierda, y seguia por allí en una direccion fija y decidida.

Estando cerca del Chacho, era preciso marchar ya, con mil precauciones para no ser por él sorprendido.

Así el Coronel Sandes decidido á perseguirlo hasta alcanzarlo, calculando que no iba lejos, no solo organizó una vanguardia con la gente más gaucha de aquellos pagos, sino dos compañías de flanqueadores, que impidieran una sorpresa por los lados de la columna.

Los proveedores una vez impuestos del camino que debia seguir el Ejército, regresaron á Córdoba á organizar un nuevo convoy á gran prisa, pues el Ejército no tenia que comer.

Siempre sobre la rastrillada dejada por el Ejército y el convoy, Sandes marchó detrás de Chacho, describiendo un gran semi-círculo,

hasta que se encontró sobre el mismo camino que él habia andado y desandado.

Allí las huellas se confundian al extremo de no poder saber cual eran las de Chacho y cuales las dejadas por él mismo.

Solo un rastriador podia haberlos sacado de dudas, pero ni en el Ejército habia uno solo, ni Sandes conocia la importancia que en los Ejércitos podian tener los rastreadores.

Sandes tomó una resolucioñ á cálculo, y siguió marchando hácia adelante.

Lo más natural era que Chacho hubiera seguido hácia la ciudad, á llevar la buena presa hecha.

Esta fué una marcha tan penosa, que Sandes se vió obligado á campar para esperar recursos del proveedor y mandar comisiones exploradoras á derecha é izquierda, buscando aguadas, pues todos los caminos estaban inutilizadas por los montoneros, lo que venia á ser una prueba evidente de que Chacho habia pasado por allí.

Y Sandes no podria marchar detrás de Chacho, porque estaba espuesto á perecer de sed.

No tenia más remedio que marchar buscando las aguadas, lo que importaba alejarse de los montoneros, en vez de perseguirlos.

Entre tanto el Chacho, despues de haber repartido en la Rioja un espléndido botin, y haber dado á sus tropas un buen descanso para que se repusieran de todas las pasadas fatigas, organizó nuevamente un Ejército con las armas tomadas, y se puso nuevamente en marcha con el propósito de hostilizar al enemigo y sorprenderlo siempre que pudiese.

Chacho tenia tan buena gente y tan regularmente armada, que hasta se atrevia á pelearlo si á ello lo obligan aprovechando las ventajas que del combate pudiera alcanzar, ó retirándose si no podia alcanzar alguna.

En esta disposicioñ salió de la Rioja y se lanzó en demanda del enemigo.

El puesto de Valdés

Sandes, no pudiendo dar con Peñaloza y pasando todo género de miserias, no sabía ya que partido tomar.

Con la táctica seguida hasta entónces comprendió que no arribaría á ningun resultado práctico, destruyendo su Ejército en marchas y contramarchas.

No solo tenía que luchar contra un enemigo sagáz y de infinita audacia, sinó con el poco conocimiento que tenía del terreno en que operaba, la falta de agua y la mala voluntad decidida de todos los habitantes de aquellos parajes, que léjos de darle las noticias que él les pedía, le daban falsos informes respecto á todo, haciéndole hacer mil jornadas inútiles.

El Coronel Sandes, profundamente irritado, volvió á poner en práctica el rigor más bárbaro, para obtener lo que no le querían decir voluntariamente.

Las consideraciones tenidas por el Chacho con sus prisioneros de guerra, fueron olvidadas, y provocando las más justas represalias, volvió á su viejo sistema de martirizar hombres y mujeres para arrancarles las noticias que quería saber.

¿Donde está el Chacho? preguntaba en las defensas poblaciones donde llegaba, donde anda el Chacho?

—No lo sé señor, contestaba el interrogado, hace mucho tiempo que no pasa por aquí.

—Ustedes deben saber donde anda, porque todos ustedes son su tapadera: yo quiero saber donde anda ahora el Chacho.

—No lo sé señor, respondía el interrogado, no lo sé, hace mucho tiempo que no anda por aquí.

—No quieres decirlo, no? está bien, yo te haré hablar ahora por cincuenta.

Sandes llamaba á un ayudante y le entregaba al interrogado diciéndole: á éste, que lo pongan en cuatro estacas hasta que diga donde está Chacho.

—Pero señor, si no lo sé, contestaba el infeliz, como quiere que lo engañe para que me castigue despues! no me haga estaquear señor, que yo no doy motivo para ello.

Sandes repetía la órden, persuadido que el hombre hablaría alfin, y éste era conducido á la infantería, para cumplir la órden del Coronel.

Muchos le aconsejaban que hablase, que no fuera tonto, porque lo iban á deshacer en las estacas; pero el desventurado aseguraba siempre que lo ignoraba lo que se le preguntaba, suplicando que le dejaran en paz.

Algunos, próximos al tormento y viendo que

para evitarlo era preciso hablar, decían que Chacho estaba en tal ó cual paraje.

—Tú mientes, respondía Sandes, no está allí.

Entonces el hombre se confundía y volvía á su eterna repuesta de: pero señor, que quiere le diga si nada sé?

El infeliz era conducido á las estacas y amarrado allí de una manera brutal, tirando las ligaduras para que fuera sintiendo el dolor muy poco á poco.

El cuerpo quedaba tirante, el dolor se hacía horrible y la eterna pregunta de donde está el Chacho, se repetía á cada nuevo tiron que se imprimía á las ataduras.

El paciente ya no contestaba, gemía, y la palidez cadaverica del semblante anunciaba que se había llegado al limite de toda resistencia humana sin habersele podido arrancar lo que se deseaba.

Y el parte iba á Sandes en esta sencilla y tremenda forma: el prisionero se ha desmayado.

—Sángrenlo, contestaba aquel, y en cuanto vuelva en sí, que lo estaqueen de nuevo hasta que confiese donde se halla aquel pillo.

Generalmente el segundo parte venía en esta forma breve y aterradora: señor, el preso ha muerto en las estacas, sin querer responder á lo que se le ha preguntado.

—Pues que estaqueen otro, que con el ejemplo de esta ya hablará.

Y el otro infeliz iba á las estacas para quedar muerto ó completamente inutilizado.

O aquellos hombres no sabían nada realmente, ó llevaban su lealtad por el Chacho hasta arrastrar los mas bárbaros martirios.

Así el paso del Ejército Nacional por las poblaciones Riojanas, quedaba siempre señalado por algunos cadáveres y otros tantos hombres inutilizados en las estacas.

De la misma manera se procedía para conocer los puntos donde había agua.

Se tomaba uno de los prisioneros que llevaban con ellos, ó á cualquier vecino de los alrededores, y se le decía sencillamente: llévanos donde hay agua.

El guia los llevaba á la aguada mas próxima, pero aquella estaba inutilizada por los montoneros.

—Tú has de saber donde hay agua limpia, se le decía, llévanos allí.

El hombre no lo sabía ó no quería decirlo, y entonces las estacas se encargaban de hacerlo hablar, ó de hacerlo callar para siempre.

Así el Ejército Nacional era mirado en el

Interior como una gavilla de bandidos contra la que no habia defensa posible.

Las mujeres de las pobres poblaciones pertenecian de hecho al Ejército, que las ocupaba todo el tiempo que permanecia campado cerca de una poblacion, en hacerse lavar la ropa, ó coser la que estaba despedazada.

Las haciendas eran tomadas sin procurarse de lo que podia pensar el dueño, á quien se daba uno de aquellos famosos vales contra el Gobierno, que eran lo mismo que nada, por la imposibilidad que tendrian en cobrarlos.

Todo individuo tomado, sin averiguar edad, condiciones, ni la provincia á que pertenecia, era destinado á engrosar las filas del Ejército, y marchar con él á donde lo ordenara su jefe.

Este proceder empezó á levantar un ódio tremendo contra los invasores, y á hacer mas simpática la causa del Chacho en todas las provincias del Norte.

Ya el prestigio del gran caudillo no se limitaba solamente á la Rioja y Catamarca, sino que se extendia tambien por Santiago, San Luis, San Juan, Salta, etc. etc.

De todas partes acudian contingentes de hombres armados ó desarmados que venian buscando su incorporacion, sin mas anhelo que combatir contra aquel Ejército que los trataba como á paises conquistados por un enemigo extranjero.

Las quejas de todos los Gobernadores empezaron á llover al jefe del Ejército, pero éste contestaba que para que protejian al Chacho, y hacian con él causa comun, ocultándolo y no queriendo darles los datos que pedian para el pronto estermio de la montonera.

Y Peñalosa recorria todos los parajes y todas las provincias, encontrando en todas partes igual acogida simpática, é igual proteccion en hombres y elementos.

Porque los Gobiernos de provincia veian en él el único amparo que les quedaba contra aquel enemigo bárbaro que se les habia echado encima sin saber ellos porque.

—Pero señor, habian dicho á Sandes algunos, usted nos trata como á enemigos, y nosotros acatamos al Excmo. Gobierno Nacional, y prestamos á usted toda la ayuda que se sirve pedirmos.

—Si, respondia Sandes, pero ustedes apoyan tambien á Chacho ocultamente y me hacen una oposicion sorda y disimulada.

Tenga entendido que, por mas gobernadores que usted sean, á la primer mala partida que me jueguen y yo conozca, los meto á un cuerpo de linea como cualquier hijo de vecino.

Con esta amenaza, los Gobernadores, que sabian que Sandes era capaz de esto y de algo peor todavia, aparentaban apoyar al Coronel Sandes en cuanto les era posible.

Pero apenas asomaba Chacho y se alejaba aquel, daban al Gefe Riojano cuanto tenian, incitándolo á que presentara batalla al enemigo porque el triunfo habia de ser fácil.

—Primero quiero desesperarlo, decia Chacho causarle la gante y hacerle pasar todo género de penurias: despues le daremos un golpe sério, si podemos, y si nó, nos retiraremos en desbande para mayor desesperacion suya.

Es preciso que se convenzan al fin de que con nosotros no se puede, por mas elementos

que aglomeren, y que á la larga tienen que ser vencidos por estos montoneros tan desorganizados que tanto desprecian.

Yo los haré atravezar todas las Sierras, yo los haré internar, en los parajes mas solos y faltos hasta de leña, y despues que los desespere bien, y cuando crean que me tienen mal, entonces les daré un buen golpe de sentido que los deje tan descompaginados que vayan á encuademarse á Córdoba, siempre bajo el azote de mis montoneros.

Sandes creia seguir marchando detrás de Chacho y sin embargo era Chacho quien marchaba siempre á retaguardia del Ejército, tomándole los rezagados, los pobres prisioneros que iban quedando un poco atrás y que lograban desertarse, y buscando siempre de apresarle las tropas de la proveduria.

Sandes andaba loco; el Chacho se le hacia sentir por todas partes, emprendia su persecucion inmediata creyendo alcanzarlo, pero siempre se presentaba por retaguardia, y siempre causándole algun daño, siendo inesplorable para él como podian hacerse tales jornadas en tiempo tan contado.

A que horas dormia, comia ó descansaba aquel Ejército que parecia no estar parado un solo momento?

Luego siempre la falta de agua en abundancia, era un inconveniente que desesperaba al Coronel Sandes, hasta el punto de que manifestara al Gobierno que aquella guerra iba siendo imposible sostenerla con un solo Ejército, porque Chacho, huyendo siempre, tenia que avadir su accion eficaz.

Y aconsejaba la formacion de otro, con el objeto de encerrar á Chacho y su Ejército entre los dos, obligándolo á dar una batalla.

El hubiera fraccionado su Ejército desde un principio, para rodear á Chacho, persiguiéndolo de todas partes; pero entonces se espionó á que Chacho, sin elementos para batirse con él, lo batiera en detalle fácilmente, sorprendiéndole las diversas divisiones, que no podian ser muy temibles, mucho menos operando en campo enemigo, donde todo era simpático al caudillo Riojano.

Era preciso no solo no fraccionarse, sino marchar siempre bien unidos y con todas aquellas precauciones aconsejadas por la mas exagerada ponderacion.

Chacho llevaba sobre su enemigo una ventaja suprema, y es que él, por medio de sus rastreadores, vaqueanos y partidarios de todas partes, sabia siempre con exactitud la situacion del Ejército de Sandes y hasta los puntos donde se dirijia, mientras que éste ignoraba siempre los parajes por donde andaba Chacho y las direcciones que llevaba, teniendo que obrar siempre por cálculo ó por algun mal informe de prisioneros, que como se sabe, llegaban á sufrir toda la clase de martirios, antes que decir una sola palabra que ellos creyesen podia perjudicar á Peñalosa ó hacer fracazar una de sus famosas sorpresas.

En vano Sandes habia recorrido toda la escala de los martirios, desde los palos hasta el moverario de azotes, todo habia sido infructuoso: no habia hallado un solo judas que vendiera á Chacho.

Los Riojanos preferian morir antes que de-

cir una sola palabra que pudiera perjudicar á su caudillo.

Los Regimientos de línea estaban llenos de Chachistas, por el solo delito de serlo, y para que les sirvieran de vaqueanos en las aguadas y direcciones.

Pero este de poco podia servirles porque las aguadas del camino estaban perdidas, y si indicaban alguna oculta entre las sierras, se creia que era un lazo que se les tendia de acuerdo con el Chacho, y dando por real la sospecha, muchas veces castigaban con ferocidad al que habia hecho la proposicion.

Chacho seguia en su sistema de favorecer los prisioneros que tomaba y dejarlos recomendados en las poblaciones del transite, donde á su paso los recobraba el Ejército Nacional.

Pero no por esto cambiaban ellos de táctica con los chachistas.

Al contrario, mientras mayores eran sus atenciones con los prisioneros, era mas feroz la compensacion que recibian.

—Nos van á obligar que en lo sucesivo los dejemos morir de hambre, exclamaban indignados, puesto que de todos modos nos tratan como á fieras.

—Peor para ustedes, les hacia responder Sandes, porque entonces los haré descuartizar vivos.

—Pero si quiera habrian tenido razon, y esto ya es un consuelo, yo no sé que hace Chacho que no prueba el rigor á ver si dá mejor resultado!

Peñalozza campó un dia en el Puesto de Valdéz, decidido á combatir, si Sandes acudia, en la esperanza de alcanzar una victoria.

De todos modos dijo, si nos vemos mal nos dispersamos, y así nos habremos medido y siempre le habremos hecho daño de consideracion, mostrándole que si huimos no es porque no seamos capaces de pelearlo sino porque así nos conviene mas.

Veamos que resultado nos dá el primer combate, y si el enemigo es tan feróz en la pelea como en el martirio de prisioneros.

Esta noticia fué recibida con verdadero júbilo por todo el Ejército de Chacho.

Al fin iban á pelear con el terrible Sandes y poder vengarse de todas las iniquidades por él cometidas, ya que Chacho no les permitia tomar ni la mas insignificante represalia con los prisioneros que se le agarraban.

Sabian que el Ejército de Sandes era muy numeroso y superior á ellos en todo; pero no por esto se mostraban temerosos, diciendo:

“El que es cruel con los prisioneros y con las mujeres, es cobarde en el combate, no hay que dudar un momento del triunfo.”

—Lo único que puede vencerme es la superioridad de las armas, decia Chacho, pero así mismo no seremos derrotados.

Nos retiraremos prudentemente si vemos mal el negocio, no dando lugar á un contraste serio.

Chacho tenia sobre Sandes la ventaja de estar mejor montado y tener frescas sus cabalgaduras, mientras que las de este no solo eran malas, sino que venian postradas por la incesante marcha.

Por esto es que Chacho estaba seguro de concluir el combate cuando le diera la gana,

sin mas que retirarse por la imposibilidad en que estaria Sandes de perseguirlo.

Este por su parte tenia una seguridad ciega en el éxito de una batalla, por la superioridad de sus armas y la de sus tropas.

Dos dias haria que Chacho se hallaba campado, cuando lo supo Sandes, dirijiéndose en el acto en su busca, con toda prudencia para no ser sentido y que no se le fuese á escapar.

Como un exceso de precaucion marchaba con su linea bien tendida; y rodeada de flanqueadores para evitar toda tentativa de sorpresa, marchando con el mismo fin dia y noche.

Estando á una buena jornada uno de otro, Chacho aprovechó la última noche y dió un gran rodeo para colocarse á su retaguardia y desconcertarlo con una carga por el lado en que no la esperaba.

Dejó la mayor parte de su Ejército en el campamento, preparado para recibir dignamente el enemigo, y él emprendió su marcha solo con una division de seiscientos hombres; con la que tenia suficiente para la maniobra que pensaba emprender.

Chacho marchó durante la noche con toda la rapidez y tino, de manera que al amanecer del siguiente dia, se hallaba á retaguardia de Sandes y á corta distancia, sin que éste lo hubiese sospechado.

Para el caso en que fueran derrotados, ó tuvieran que dispersarse por cualquier causa, ya el célebre caudillo habia dado á los suyos punto de reunion en dia fijo, donde los esperaria con todos sus elementos, cuando el enemigo lo creyese mas deshecho y diese por terminada la campaña.

El punto donde debian reunirse era el *Gigante*, porque allí debian tambien esperarlos tropas de refresco, para el caso en que tuviera necesidad de dar un nuevo golpe, ó de hacer alguna travesura de malas consecuencias para el enemigo.

Sandes calculando pelear al dia siguiente, hizo un alto aquella noche, que la tropa pasó con el caballo de la rienda y pronta para montar á la primera señal, y hacer frente á cualquier emergencia.

Antes de amanecer, mandó una descubierta á vanguardia, la que poco despues regresaba con magnificas noticias.

El enemigo, segun el oficial de la descubierta parecia no haber sentido la aproximacion del Ejército, pues se hallaba tranquilamente campado y sin la menor desconfianza.

—No tienen caballadas de reserva, añadió el oficial; pero tienen sus caballos ensillados como si hubieran de ponerse en marcha al romper el dia.

En el acto de recibir estas noticias, Sandes mandó un ayudante á cada cuerpo, para que se pusieran en marcha inmediatamente, causando el menor ruido posible, por la proximidad á que estaban de los montoneros.

El Ejército se puso en marcha con todo silencio, atando los sables la caballeria para no dejar sentir su ruido caracteristico en la marcha, y sacándose los cencerros á las tropillas, tropillas que debian quedar á retaguardia, para no entorpecer la marcha con aglomeraciones innecesarias.

Chacho que se habia colocado él mismo de avanzada de los suyos, miró todo este movimiento, adivinó con su sagacidad sorprendentes las intenciones del enemigo, y apartó cien hombres de los mas prácticos que, mientras él marchaba debian ocuparse exclusivamente en arriar aquellas tropillas que iban á quedar á retaguardia del Ejército, ó dispersarlas en caso que no las pudieran arriar.

En el primer caso, debian marchar con ellas al Gigante, donde lo esperarían, y en el segundo, debian incorporarse en cuanto las hubieran dispersado, al campo de la batalla, ó seguir al punto de reunion indicado si esta habia concluido.

Tomadas todas estas disposiciones, Chacho se puso en marcha, tan cerca de la retaguardia de Sandes, que aunque esta la sintió, creyó que eran soldados del propio Ejército y no hizo el menor caso.

Si ellos iban marchando para sorprender y batir un enemigo campado á vanguardia, como habian de suponer que aquel enemigo les seguia los pasos mezclado á ellos mismos.

Si alguien se lo hubiera dicho, es indudable que no se lo hubieran creído, tan asombroso era la maniobra.

Los cien ginetes que debian arrebatar las tropillas, venian rodeando á éstas, sin que los mismos que las custodiaban, preocupados con la batalla que debia principiarse, de un momento á otro, los hubieran notado.

A los primeros resplendores del nuevo dia, Sandes hizo alto y tomó sus últimas disposiciones: estaba ya sobre el enemigo, el que á su vez se movia sin dar señales de alarma y procediendo con la mayor serenidad.

En cuanto hubo aclarado y pudo divisarse el campo en alguna estencion, las fuerzas de Chacho no se inmutaron en presencia de aquel enemigo, lo que probaba que conocian su proximidad desde mucho antes.

Por la disposicion de sus tropas y su colocacion, se creian que estaban decididos á dar la batalla, lo que puso á Sandes de un buen humor que no se le conocia desde que inició aquella endiablada campaña.

Entre tanto, la presencia de Chacho á retaguardia aun no habia sido notada, porque todos tenian la atencion fija en la gran masa de caballeria formada á vanguardia.

Sandes rompió por fin sobre ellos un vivísimo fuego de fusileria, previniendo á los Regimientos que estuvieran prontos á cargar á la primera señal.

Para él era indudable que el enemigo no resistiria mucho y que se pronunciará su derrota sobre tablas, de modo que teniendo pronta su caballeria para la persecucion, la victoria seria completa y definitiva.

El fuego fué respondido por guerillas de la caballeria que tenia carabinas, mientras la artilleria se preparaba á entrar en juego.

Fué recién entonces que Sandes se dió cuenta de la maniobra del Chacho; pero demasiado tarde para evitar sus primeras consecuencias y el terror que en el primer momento se apoderó de su tropa.

Aprovechando el estruendo de la fusileria, los cien ginetes cargando á sable sobre los que custodiaban en las tropillas, empezaron a

arriarlas con la mayor rapidez, para alejarlas pronto de todas proteccion.

El ruido y griteria producido por esta operacion llamó la atencion del Ejército, mandando Sandes un ayudante á inquirir la causa.

Pero en aquel momento Chacho se encargaba de llevar el parte detallado de aquel movimiento, con la carga de caballeria mas bizarra y violenta de que hubiera memoria.

Chacho cargó sobre la artilleria y la infanteria colocados á los costados de esta, no solo para pagar sus fuegos, sino para ver si podia apoderarse de un par de piezas con las que pudiera contraestimar sus fuegos.

En cuanto sus partidarios comprendieron que habia cargado por el tumulto que se produjo, cargaron tambien con un brio y un entusiasmo que pocas veces se habia visto en las mismas tropas regulares.

Aquellos no eran montoneros sino soldados de primer órden con los que bien podia contarse en la situacion mas difícil.

Tomados así entre dos violentas cargas de caballeria, sableados de una manera formidable, enlazadas y sacadas de la formacion dos piezas de artilleria, los soldados de Sandes vacilaron, la confusion mas terrible se pronunció en sus filas, y los infantes empezaron á arrojar sus fusiles buscando una salvacion, pues ya daban al Ejército por derrotado.

Era necesario todo el valor, todo el carácter firme del Coronel Sandes para salvar su Ejército en trance tan apurado y ponerlo en condiciones de resistir primero, y tomar al ofensiva en seguida.

Las tropas de Chacho no se cansaban de sablear entre las filas enemigas y lancear á los que salian de ellas.

Sandes entonces soltó su caballeria sobre el enemigo, organizando su infanteria desmoralizada, mientras las caballerias chocaban con extraño brio.

Chacho entre tanto se habia retirado con sus Regimientos y habia puesto en bateria las piezas arrebatadas en el primer momento.

Pero haciendo de artilleros, solo podria hacer el aparato de manejarlas, lo que ya era algo.

El combate cada vez mas récio y encarnizado fué restableciéndose poco á poco por las fuerzas nacionales, que pudieron en muchos puntos tomar la ofensiva.

Los Regimientos de Chacho salieron del combate para reorganizarse y volver á cargar lo que fué un resuello salvador para las tropas de Sandes.

Este recorria personalmente la linea de batalla, restableciendo el órden en los diversos cuerpos, y volviendo á palos á la linea de combate á los que la habian abandonado.

Los estragos causados por aquella doble carga diabólicamente combinada, habian sido tremendos para Sandes.

La artilleria estaba rodeada de cadáveres de sus soldados, é imposibilitada de marchar. La infanteria se hallaba confundida y mezclados los batallones, cuyas filas habian sido diezmadas.

Y la misma caballeria medio acobardada y remolineaba, perdida por completo su forma-

Los Regimientos de Chacho, que habian tenido muy pocas bajas, se rehicieron bien pronto y volvieron á la carga con tantos bríos como la vez primera.

Pero ahora fueron recibidos por un bárbaro fuego de infantería, que raleó sus filas de una manera terrible, pero que no fué bastante á hacerles dar la espalda.

Y se metieron entre los cuadros, rompiendo la cara de estos y causando serios estragos.

A pesar de la superioridad del Ejército de Sandes la batalla era peligrosa, si sus tropas flaqueaban.

De otro modo éste tenia la seguridad de que en la prolongacion del combate estaba la indudable derrota de Chacho, pues con solo fuerzas de caballería no podria nunca aventajar á un Ejército de las tres armas.

La infantería tenia que hacerles numerosas bajas, manteniéndose á la defensiva, la artillería, aunque maniobrando con dificultad tenia que causarle algun estrago; y aún quedaba la caballería para realizar la persecucion inevitable, porque Chacho al fin tendria que dar la espalda y ponerse en fuga precipitada si queria salvar los restos de aquel Ejército asombros como brabura y constancia.

Las bajas causadas por la infantería principiaron á ser alarmantes para Chacho, que no queria sacrificar sus soldados inútilmente y que se contentaba con el estrago causado al principio, que por lo menos dejaba postrado al enemigo despues de haberle mostrado de una manera sangrienta, lo que era una guerra de recursos.

En cuanto se convenció que no podria triunfar en aquel combate, y que mientras mas lo prolongara era mas dificil su situacion, se preparó á la retirada mas airosa.

Para garantia de la vida de los prisioneros que pudiesen quedar en poder del enemigo, él se llevaba cuatro oficiales y unos cien hombres heridos en su mayor parte.

Las armas tomadas eran muchas, porque en los primeros momentos de confusion, sus soldados habian atendido á arrebatar todas las armas, que pudieron, ya fusiles, ya sables.

Asi considerando perdida la batalla, Chacho inició su retirada en el mayor orden, aunque bajo un terrible fuego de fusil y de cañon.

El momento no podia ser mejor indicado, y Sandes lanzó detrás de él su caballería que poca parte habia tomado en la batalla, siguiendo con el Ejército una marcha precipitada.

Su ánimo era destruir completamente á Chacho en aquella jornada, y concluir de una vez con la montonera.

Viéndose perseguido con aquella tenacidad, Chacho se dejó alcanzar para engañar mejor

al enemigo, é hizo dar entónces por su trompa de órdenes, la señal convenida, que para la caballería de Sandes solo queria decir á media rienda.

Entonces las fuerzas de Chacho empezaron á huir por todas partes en la mas vergonzosa derrota aparentemente, puesto que no hacian mas que obedecer las órdenes de su gefe, dada con anterioridad.

Fraccionar los Regimientos para perseguir aquellos grupos no era prudente, si el enemigo hubiera huido de otro modo.

Pero como para Sandes iba huyendo vencido para siempre, no tuvo inconveniente en hacerlo, siguiéndose la persecucion en todos rumbos.

Trás del grupo numeroso donde iba el Chacho, Sandes lanzó su numerosa escolta.

Pero aquel grupo fué disminuyendo, fraccionándose en todas direcciones, hasta que quedó el Chacho acompañado de unos veinte hombres, huyendo del lado de las sierras.

Recien al anoecer el Coronel Sandes hizo alto, para reunir sus tropas y volver al día siguiente al campo de la batalla á recoger los heridos diseminados por todas partes y reorganizar su Ejército.

No tenian caballos de relevo, puesto que en el primer momento Chacho habia arrebatao las tropillas, dejándolos solo con lo montado.

Entre tanto y mientras ellos seguian la persecucion, una fuerte partida de Chacho á las órdenes de un Coronel Videla, dando un rodeo habia vuelto al campo de la batalla abandonado por el enemigo triunfante, y allí habia hucho una rejunta de todas las armas diseminadas, prendas de los soldados, llevándose un buen número de prisioneros para presentarlos á Chacho como garantia de los que el enemigo les hubiera hecho.

Alzaron á cuanto compañero hallaron entre los heridos, despojando á los muertos de sus armas, y se alejaron rápidamente temiendo que el enemigo volviese al campo de batalla aquella misma noche.

Recien al otro día, cuando vino Sandes á recorrerlo, supo con desesperacion por sus heridos lo que allí habia pasado mientras ellos destruian los restos del Chacho.

Pero creyó que solo se trataria de pequeñas partidas de ladrones, porque para él la montonera quedaba terminada.

El mismo habia visto huir al Chacho, seguido de unos veinte hombres, que constituian todo el resto de su Ejército.

A esas pequeñas partidas de ladrones que habian quedado diseminadas como lógica consecuencia de semejante Ejército, se propovia destruirlas poco á poco á medida que siguiese su marcha hácia la Rioja.

El limosnero Hidalgo

Mientras el Coronel Sandes marchaba sobre la Rioja, creyendo haber concluido con la monotonera, esta se reorganizaba en el Gigante, mas fuerte que nunca, pues todos los perseguidos por Sandes acudian allí á sentar plaza entre las filas del Chacho.

El Ejército de Chacho sufría entonces mil necesidades, necesidades que caian de rechazo sobre las familias que habian quedado en la Rioja en la mayor miseria.

Ellos no tenían dinero que dejarles, puesto que no tenían sueldo, y las rentas de la Rioja apenas hubieron podido pagar una compañía.

Esto era lo que mas preocupaba á Peñaloza, pues las miserias del Ejército mismo, estaban acostumbrados á sobrelevarias con una heroicidad suprema.

Chacho hubiera podido sacar dinero, poniendo á contribucion las provincias que no estaban con él, y saqueando al comercio, de los artículos mas necesarios á la vida de su Ejército; pero ya sabemos que esto no estaba con su modo de ser, eminentemente hidalgo.

—Dejémos las tropelias, decía, para el Ejército de la civilizacion, y en carguemos nosotros con el ócio de los pueblos, autorizando la clasificacion de salteadores, con que nos regalan.

Recuerdo que Lavalle pedia en los pueblos donde llegaba, el alimento necesario para su tropa, y yo quiero hacer lo mismo, porque yo quiero que nadie tenga el derecho de tildarnos por una mala accion.

Asi conservaremos la simpatia del pais entero, y nuestra causa será siempre la mas justa.

Consecuente con estas teorías, que los suyos no se atrevian á contrariar, el Chacho marchó del Gigante en direccion á Tucuman, gobernado entonces por el Cura Campos.

—No sé como me tratará el cura, decía Chacho, pero Tucuman me es simpático: allí debe haber buenos recuerdos míos y no vacilarán en ayudarme.

No tengo suerte con los curas, ni fé á los frailes, desde que vi como se manejaba Aldao: sin embargo dicen que este Campos es hombre liberal y bueno: allá veremos.

Y Chacho se dirigió á Tucuman, dejando en el camino varias partidas ligeras, para que lo tuvieran al corriente de lo que hacia Sandes, avisándole sobre todo, si se movia en la misma direccion que él llevaba.

Chacho entró á la provincia de Tucuman, con el mayor órden, y no como un enemigo, á pesar de ir con un Ejército respetable, siendo su primera operacion despachar comisiones com-

puestas de un gefe y dos oficiales, para que fueran á pedir limosna para su tropa.

Chacho tenía simpatías poderosas en Tucuman, donde lo recordaban con cariño, como al enemigo mas irreconciliable de la tiranía.

Sus bellas acciones habian pasado á la leyenda popular, y se recordaba con asombro cómo aquel caudillo era el único y el último que habia resistido al poder de Rosas.

Y quien un poco de yerba, quien una cantidad de azúcar, quien un poco de pan ó galleta: todos los negociantes daban su limosna para el Ejército del Chacho.

Asi las comisiones hacian tan buenas colectas de todo género de artículos y dinero, que tenían para consumir por el momento, y aun para guardar.

Poblaciones completamente indefensas, el Ejército de Chacho podia haber entrado á ellas imponiendo fuertes y terribles contribuciones de guerra.

Peró ¿quién se habria atrevido á digustar al Chacho de aquella manera?

Su Ejército estaba ya habituado á aquel proceder, al extremo que no se le ocurría que podía cometer la menor violencia.

Peñaloza siguió avanzando hacia la Capital, en busca de recursos y elementos de guerra que tanto necesitaba.

Estado esta y otras provincias sometidas al Gobierno Nacional, Chacho creia encontrar allí elementos de guerra, y viveres pertenecientes á este, de los que pensaba apoderarse como botin de guerra.

Sin por esto romper sus relaciones de amistad con sus respectivos gobernadores, puesto que á ellos ningun mal le hacian con esto.

Peró sucede que el cura Campos no era del mismo modo de pensar.

Él como gobernador de Tucuman estaba con el Gobierno Nacional y tenía que mirar á Chacho como un enemigo propio, cuyo triunfo no convenia en manera alguna.

En cuanto supo que Chacho se hallaba en territorio Tucumano, mandó poner en pié de guerra toda la provincia, y empezó á organizar en la Capital un ejército tan poderoso como le fuera posible.

Estaba sostenido por el Gobierno Nacional, el Coronel Sandes no debía andar lejos, segun suponía, y el éxito mas completo coronaria entonces todos sus esfuerzos.

Si embargo le era muy duro proceder contra Chacho, á quien Tucuman le debía tan buenos servicios, y mandó una comision que buscara á Peñaloza, y le previniera saliera inmediata-

mente de aquella provincia, porque le sería muy doloroso tener que pelear con él.

Ya sabemos que Chacho contaba con mucha simpatía en la provincia de Tucuman, pero la influencia del cura Campos era decisiva.

Si el Cura Campos lo exigía, los Tucuman's eran capaces de pelear no solo con Peñaloza sino con el diablo mismo, porque desde que él lo rechazaba, con las armas en la mano, es porque lo consideraría un enemigo irreconcilable.

Así, mientras su comision andaba en busca de Chacho, empezó él á organizar, de todos modos y valiéndose de todos sus recursos, un ejército con que resistir lo que dió en llamar la invasion de Peñaloza.

Este por el contrario, pacífico y manso con todo lo que no eran fuerzas Nacionales, avanzaba lentamente hacia la Capital, lo mas ajeno al recibimiento bélico que se le preparaba.

Grande fué su sorpresa y su asombro cuando se encontró con la comision de Campos y se impuso de la mision que esta llevaba.

—Está visto que yo no tengo suerte con los frailes y con los curas, dijo, aunque por un cura fui criado.

El fraile Aldao se declaró mi enemigo porque así le dió la gana, y ahora el cura Campos sale haciendo lo mismo cuando yo menos lo esperaba.

Yo venia á Tucuman con las mejores y mas cariñosas intenciones, porque la creia una provincia amiga, pero si me rechaza con las armas en la mano, tendré que mirarla como enemigo, y proceder como tal.

Mi conciencia estará tranquila, perfectamente tranquila, pues yo no habré tenido la culpa de lo que sucede, desde que he venido aquí como el mas cordial de los amigos.

Las personas que comisionó la comision trataron de disuadir á Chacho y le aconsejaron que se retirara para no provocar un combate sangriento y perjudicial para él; pero no quiso acatar al pedido en manera alguna, manifestando firmemente resuelto á seguir adelante.

Sin embargo, dijo, alguna concesion puede hacer: yo pasaré por Tucuman, como he pasado hasta aquí, sin ofender á nadie y sin causar el mas leve daño.

Y así seguiré á Córdoba, de donde salen todos los elementos que me combaten y me detestan.

Pero si se trata de ofenderme, si alguna fuerza armada es enviada á hostilizarme, entonces, y á pesar de mi buena voluntad y de mi deseo de pasar pacíficamente, me verá obligado á detenerme y á pelear firme con todos los que se pongan delante de mí.

Pueden ustedes llevar esta contestacion al Cura, para que se sepa á que atenerse y no me culpen á mí de lo que pueda suceder.

La comision quiso influir entonces para que Chacho no avanzara mas y esperase allí una contestacion; pero él se negó á acceder al nuevo pedido, diciendo que no estaba en su mano la pérdida de un solo dia, puesto que ello podría traer la ruina del Ejército.

—Puede ser alcanzado por Sandes de un momento á otro, y batido lejos de mis recursos, digo, tengo que apresurar mucho mas marchas, puesto que debo llegar á Córdoba y de allí regresar á la Rioja, despistando á las fuerzas locales que me persiguen.

La comision regresó á Tucuman apresuradamente puesto que Chacho seguia detrás de ellos, para tener tiempo de avisar á Campos lo que sucedia y que éste tuviera tiempo suficiente para precaverse.

Como el Cura Campos no esperaba esta contestacion para proceder, lo encontraron ya con un Ejército de las tres armas preparado, y pronto para entrar en combate en cualquier momento.

Así que Campos se impuso de la respuesta de Chacho, decidió ponerse en marcha en el acto, para encontrarlo fuera de la Capital, y no esponer á ésta á los horrores de una batalla que sería reñida, dada la competencia y valor de aquel enemigo.

La misma comision que volvia quiso entonces interceder con Campos para que dejara pasar á Chacho sin hostilizarlo, puesto que él no hacia ningun daño; pero el Cura no quiso escuchar aquellos empeños, manifestando que la complicidad con el rebelde Peñaloza podia traer á Tucuman males enormes, y se puso en campaña, mandando personalmente su Ejército, compuesto de más de dos mil hombres perfectamente armados.

El cura Campos estaba firmemente resuelto á batir á Chacho por completo y dispersarlo, para que cuando llegara Sandes con su Ejército, no tuviera nada que hacer.

Chacho en cambio, estaba á su vez firmemente resuelto á concluir con el cura Campos de una manera definitiva para que, si se aproximaba Sandes, no tuviese allí ningun apoyo con que contar.

El cura Campos fué á internarse á orillas del Rio Colorado, punto donde tambien se dirigió el Chacho, encontrándose allí ambos Ejércitos dos ó tres dias despues.

En cuanto Chacho divisó el Ejército de Campos, le envió un parlamento con la más hidalga de las proposiciones.

Con él le mandaba decir que el ejército riojano no pasaba por allí como enemigo, puesto que no lo era de Tucuman, que lo dejara pasar sin hostilizarlo y se habria evitado una batalla inútil completamente; puesto que no existia ni motivo, ni pretexto paralarla.

—Diga usted á Peñaloza, respondió Campos, con el peor modo posible, que se dé vuelta y salga inmediatamente del territorio de la Provincia, pues de otro modo lo obligaré á salir por la fuerza.

—Sin embargo, volvió á insistir Chacho, dígame que sigo avanzando como amigo, y que mis tropas no harán el menor daño, ni dispararán un solo tiro hasta no ser agredidas, que reflexione bien lo que le digo y no haga una locura que á nada conducirá, porque mis tropas son invencibles.

Y como le habia dicho, siguió avanzando en columna, y aparentemente, sin tomar la menor precaucion, como si realmente creyese que no iba á ser atacado.

El cura Campos tendió su línea de batalla con el Rio Colorado á la espalda y desprendió sobre Chacho una fuerte guerrilla, que empezó á hacer un fuego sostenido y certero.

Chacho, sonriendo con la mansedumbre que le era habitual, desprendió á su vez un escuadron de caballeria, que cargó sobre la guerrilla,

la arrolló y la obligó á retroceder: principiaba pues la batalla, que tanto habia querido evitar.

El Ejército Tucumano, con el Colorado á la espalda, estaba en muy mala posicion: Campos habia querido cubrir su retaguardia con el Río, pero en caso de ser vencido se habia cortado su retirada.

Chacho apreció desde el principio aquella gran desventaja, que bastaria por sí sola para darle el triunfo.

En cuanto al enemigo tuviera que retroceder por cualquier causa, y se hallara con el obstáculo del Río, se aterraria, y la derrota en el mayor desórden no tardaria en producirse.

El Ejército de Campos habia roto sobre su enemigo un buen fuego de fusileria, sostenido por dos piezas de bronce, que empezaron á causarle algunos estragos.

— Es preciso que se callen la boca aquellas dos piezas, dijo Chacho, y lo demás es negocio de tres ó cuatro atropelladas: á esas pobres infanterias se las vá á llevar la trampa: ya he dicho yo que eso no sirve para nada.

Chacho hacia alusion á sus ideas respecto de lo inútil de la infanteria, cuando se tenia una caballeria en toda regla.

Estaba persuadido que no habia infanteria capaz de resistir dos cargas vigorosas y sucesivas, y por nada de este mundo hubiera llevado consigo el mejor batallon.

Siendo pues su primer objetivo aquellas piezas, que algún mal le habian hecho ya, sobre ellas cargó con un vigor asombroso, llevando personalmente la segunda carga.

Los artilleros pelearon como leones, la infanteria hizo esfuerzos tremendos, entusiasmada por las voces del cura Campos, presente en lo más récio de la batalla, pero todo fué inútil.

No pudieron resistirse aquellas cargas formidables, la artilleria apagó sus fuegos, y el último Regimiento que la cargó, se retiró triunfante llevando las dos piezas á la cincha de sus caballos.

La batalla se hallaba reciamente empeñada, pero de una manera irregular y contra todo cálculo.

Aquello era una sucesion monstruosa de cargas de caballeria, que no daban tregua, ni tiempo de reorganizarse á los cuerpos que las soportaban valerosamente.

El fuego de infanteria se hacia casi inútil sobre aquel torbellino de ginetes, que se desplegaban por todas partes como un inmenso abanico, para amenazar todos los puntos á la vez y replegarse sobre el más fuerte para cargarlo con un vigor imponderable.

El cura Campos habia llevado varias veces su infanteria á la carga, despues de hacer con ella un fuego nutrido y endiablado.

Pero otra tantas habia tenido que retroceder, aunque causando un bárbaro estrago.

Y á penas iniciaba su marcha de retroceso, se veia cargada por una masa de caballeria, que la aniquilaba y la llevaba hasta la orilla del rio, donde muchos se lanzaban para huir de la muerte.

Campos empezó á temer un descalabro, comprendiendo demasiado tarde lo nulo de su

posicion é intentó correrse sobre el flanco izquierdo, tratando de buscar por allí una retirada cómoda.

Pero Chacho que no perdía un solo accidente de la batalla, adivinó sus intenciones, y por allí cargó de la manera más firme y decisiva.

La poca caballeria de Campos habia entrado en juego al fin, con tal vigor y tal empuje, que algo restableció la batalla, poniendo al enemigo en sérios apuros.

La infanteria acudió á apoyar aquel movimiento salvador de la caballeria, con tales bríos, que Campos vió ya el triunfo de su parte.

Pero aquellas malditas tropas riojanas eran de fierro para combatir, y Chacho tenia una astucia suprema.

En un momento desbandó toda su caballeria, simulando una derrota, con tal arte, que la caballeria de Campos se lanzó tras él, persuadida de su triunfo.

Era lo que Chacho queria, una vez que la vió fuera del apoyo del fuego de la infanteria, se rehizo, dió media vuelta, y pegó tal carga, que el enemigo, que no se sospechaba semejante movimiento, dió vuelta á su vez y huyó, pero en positiva derrota.

Chacho lo llevó á sable y lanza hasta el Río Colorado, donde empezaron á arrojarse los ginetes completamente desmoralizados.

El combate estaba perdido por Campos; pero perdido de una manera espantosa, porque no tenia como salir del campo de batalla.

Las tropas tenian que elegir entre morir á manos del enemigo, en una última y desesperada carga, ó arrojarse al rio buscando una salvacion posible.

Muchos habian adoptado este último temperamento, ahogándose en su mayor parte.

Las perdidas habian sido enormes por ambas partes, en relacion al número de combatientes, pero Chacho habia tenido muchas menos bajas.

Una vez que se vió triunfante, y que el enemigo no esperaba más que su última carga para arrojarse al Río, Chacho hizo alto, mandó echar pié á tierra, y envió un nuevo parlamento á las filas de Campos.

— El General no ha venido á Tucuman como enemigo, dijo éste al Estado Mayor reunido al rededor de Campos, y si ha peleado ha sido porque á ello lo obligaron, á pesar suyo.

Una vez triunfante, dice que el Ejército puede retirarse, en la seguridad de que no será molestado.

Que él continua siendo amigo de Tucuman á pesar de todo, y que si no se le molesta, seguirá el camino que llevaba, sin ejercer el menor acto de hostilidad.

Chacho, con aquel acto, se mostraba en toda su grandeza y magnanimidad.

Y mientras los restos del Ejército vencido se retiraban sin ser molestados en lo más mínimo, Chacho empezó á recoger todos sus heridos, valiéndose de las ambulancias de los vencidos.

Y se retiró con los más leves, dejando los graves al cuidado de la poblacion con quien tan generoso se mostraba.

El cura Campos habia entrado á Tucuman, y juntado todos los elementos que allí dejó como una especie de reserva, se preparó á resistir á Chacho, dando un nuevo combate, si era necesario, y atrincherándose en las azoteas y plaza principal.

No trayendo Chacho infanteria ni artilleria, aquel combate de trincheras y azoteas tenia que serle fatal.

El traia las dos piezas tomadas en el Colorado; pero á más de tener poca municion, no tenia quienes se las manejara.

Pero Chacho no entró en la ciudad, porque no era su intento pelear con los Tucumanos como lo habia manifestado desde un principio.

Campó con su ejército á una legua de la ciudad, y envió desde allí una comision para que tranquilizara los ánimos y les hiciera presente á los miembros del Gobierno, que él no pensaba atacar, que iba á dar un descanso á su tropa y seguir su marcha de regreso á la Rioja en busca de Sandes, que era su verdadero enemigo.

Chacho pensaba seguir hasta Córdoba, pero decia esto para evitar que fueran á mandar un chasque previniendo su operacion, que sinó imposible, seria mucho más difícil y costosa.

Los gefes de Chacho pidieron permiso para sacar á Tucuman una pequeña contribucion de guerra, en alimentos y dinero, pero este se lo negó.

— No quiero que digan que abuso de mi triunfo y que los robamos: en Córdoba hallaremos como desquitarnos de todas nuestras privaciones, pues allí deben estar todos los recursos del Gobierno Nacional y su famoso Ejército.

Chacho repartió sus heridos en todos los pueblitos de los alrededores, y siguió su marcha hácia Córdoba.

Aunque él habia dicho que regresaba en busca de Sandes, notaba la direcion que llevaba, Campos envió chasques al gefe Nacional, avisándole del combate del Colorado, y asegurándole que Chacho, con un fuerte Ejército seguia para Córdoba, donde podria alcanzarlo si apresuraba las marchas.

En Córdoba habia entónces algunas fuerzas de Guardia Nacional destinadas á engrosar las filas de Sandes, como estaban establecidas las proveedurias que habian de atender al sostenimiento de las tropas Nacionales.

Este era lo que Chacho buscaba con grande empeño, pues su tropa estaba necesitada y hambrienta.

Chacho apareció en los alrededores de la ciudad, cuando no se le esperaba de ninguna manera, puesto que se le suponía vencido por Sandes, segun las comunicaciones que éste habia enviado del Puente de Valdes.

Al principio se creyó que seria la vanguardia de este; pero cuando se apercibieron que

eran fuerzas montoneras, fué cuando ya era tarde para resistir.

Chacho habia situado sus dos piezas de artilleria en las alturas mas próximas, y amenazaba con ellas derumbar media ciudad.

Y envió un parlamento para que dijera á la autoridad que no era su ánimo derramar sangre, que iba á entrar pacíficamente á la ciudad uno de sus regimientos, para que tomara la existencias de la proveeduría.

Pero que si le negaban la entrada tendria que hacerlo entónces violentemente, atacando la ciudad como á pueblo enemigo.

En Córdoba no estaban preparados para un combate, pues no esperaban de ningun modo ser atacados; pero no podian permitir así no mas la entrada del Chacho, menos cuando este declaraba que iba á saquear las proveedurias del Gobierno.

Aunque no fuera mas que por hacer el aparato, el Gobernador mandó á intimar á Chacho que se retirara, enviando para resistir su entrada, las pocas fuerzas que habia en la ciudad.

Dispuesto Chacho á atacar entónces, y viéndolo que no podian hacerle mucha resistencia, para concluir mas pronto, porque no queria tampoco perder mucho tiempo allí, atacó vigorosa y decididamente á aquellas tropas, que no pudieron resistir, y que muy pronto se declararon en derrota.

Chacho entró entónces á Córdoba con solo dos regimientos, y se hizo conducir has á los depósitos de viveres y armas del Gobierno, de donde sacó cuanto habia, preparandose á retirarse al siguiente dia.

No se produjo por las tropas del Chacho el menor desorden.

Cargaron á lomo de mula cuanto podia hacerles falta, y se retiraron, fuera de la ciudad á descansar toda aquella noche, para ponerse en camino al dia siguiente.

El comercio no fué tampoco molestado para nada, porque contento Chacho con lo que llevaba, no quiso imponerle la menor contribucion, como habia pensado al principio, desde que se trataba de una provincia enemiga suya, de una manera irreconciliable.

Chacho emprendió su marcha al dia siguiente, llevando abundantes viveres, y una tropa de vacas, que podia durarle una buena cantidad de tiempo.

Suponiendo que Sandes pudiera contramarchar, no teniendo noticias suyas, y sabedor de lo que habia sucedido en Tucuman, dió un gran rodeo para evitar todo encuentro posible, marchando apresuradamente y con la mayor suma de precauciones, pues ya no se trataba solamente de esquivar combate con las tropas nacionales, sinó de salvar el magnifico botin tan felizmente tomado.

— Una vez en la Rioja. que nos busquen, decia Chacho alegremente, y sobre que nos quiten lo que hemos tomado.

La Chacha en campaña

Al aproximarse Sandes á la Rioja, Victoria se alarmó seriamente, pues esto queria decir que por Chacho andaria operando á gran distancia de allí.

El enemigo podia apoderarse de la Capital mientras Chacho no parecia, y hacer todo género de horrores, que era preciso evitar toda costa.

La Victor, que temia por ella y por las pocas tropas que á su cargo habian quedado, hizo bombear á Sandes, y sabiendo que este se dirijia á la Rioja por las Sierras de don Diego, ella salió por el lado de Catamarca, seguida de unos quinientos hombres, que componian todo su ejército de reserva.

Pero no estaba sola la monta solo en salir de la Rioja y huir: era preciso hostilizar á aquel enemigo, y obligarlo, aunque no á salir de la Rioja, á que no tomara por lo menos medidas violentas.

Sandes llegó á la Rioja desesperanzado de hallar á Chacho, é ignorando por completo los parajes por donde este andaba.

Debía haber huido en direccion á Chile, segun su cálculo, en la imposibilidad de reunir un nuevo ejército.

La mayor parte del suyos lo hizo campar Sandes fuera y lejos de la ciudad, entrando á ella simplemente con su escolta.

El Ejército de Chacho habia sido deshecho, y no tenia que temer presencia de ningun enemigo.

El Gobernador hizo presente á Sandes, acatando su autoridad, que vencido el Chacho, no sabia que existiesen tropas armadas en campaña; pero que cumplia con el deber de avisarle que, al aproximarse él, la Victor habia salido de la Rioja con unos quinientos hombres bien armados.

Mucho rió Sandes con esta revelacion que no esperaba, suponiendo que la Victor hubiera salido con la intencion de llevar esa fuerza á Chacho.

Sandes sabia, por lo que le habian dicho ya, que la Chacha tenia unas agallas de primera fuerza, pero no podia contener la risa que le hacia experimentar la idea de ver á la mujer de Peñaloza montonereando por su cuenta.

—Sin embargo, dijo, es preciso dispersar esos quinientos hombres, y mañana voy á mandar unas cuantas partidas en su busca.

No sabia el Coronel Sandes los dolores de cabeza que le iba á dar la señora Chacha, montonera!

Establecido en la Rioja, y mientras mandaba bombear el paraje donde podia hallarse la Chacha con sus montoneros, empezó á proce-

der con toda crueldad contra aquellos chachistas que él creia debian saber donde se hallaban Chacha y Chacho.

Y los azotes, los estaqueos y las lanceadas se pusieron en inmediata práctica.

Y en toda la Rioja se levantó un inmenso clamor contra aquella tropa de bárbaros que tales horrores empezaban á cometer.

Por el simple hecho de ser Chachista, el acusado de tal iba á parar á las filas de un cuerpo de línea, pudiendose contar por feliz, el que no recibia antes su correspondiente paliza ó cepeada.

Cada preso tenia que saber donde andaba Chacho, y como la cuestion era remontar los cuerpos de línea, se les destinaba, hasta por la simple acusacion de tener cara de chachistas.

—Pero señor, decia algun inocente, si esta es la cara que me dió mi madre, yo no tengo la culpa que sea así.

—Ni yo tampoco, para que andas con ella.

Los hombres, desesperados, salian buscando la incorporacion de la Victor, pues del Chacho nada se sabia, porque quedarse ed la Rioja era para provocar los mas bárbaros martirios.

Sandes despachó algunas comisiones para bombear á la Victor, pero estas no pudieron dar con ella, suponiendo entonces que habia ido á buscar á su marido por la direccion de Chile.

Sin embargo ella no andaba lejos y, escondida entre los montes, espiaba la oportunidad de jugar á Sandes una mala pasada digna de su marido.

Los dosó tres gefes que la acompañaban eran muy buenos, y ella tenia mas ánimo que el mismo Peñaloza, porque estaba empeñada de demostrar á éste, que era digna compañera de tan famoso guerrero.

—Daria un ojo de la cara, habia dicho desde el principio, por poder sorprender á esos salvajes, y arrebatarlos aunque fuera media docena de prisioneros.

—Nada mas fácil, le habian respondido sus gefes, es cuestion de espiarlos y aprovechar la oportunidad.

Confiado en que Chacho habia concluido, y sin temor ninguno por los montoneros que andaban con la mujer, los cuerpos campados fuera de la ciudad no tenian la menor vigilancia y dormian sin mas centinelas que los del cuerpo de guardia.

Los gefes y oficiales, en su mayor parte, pa-

saban la noche en la ciudad, entregados á todo género de diversiones.

Ni las familias Riojanas ni las mujeres de las orillas estaban para fiestas.

Sus maridos y hermanos, los que no andaban con el Chacho ó la Victor, habian muerto heroicamente en el campo de batalla, en las estacas, ó gemian prisioneros en los cuerpos de línea.

Estaban para llanto mas que para fiesta; pero se les obligaba á concurrir á los bailes que improvisaban los vencedores, trayéndose por la fuerza á aquellas que resistian la orden de concurrir, obligándolas á bailar bajo bárbaras amenazas.

Esto ya no era soportable, se les trataba como á animales, negándoles hasta el derecho de sentir á sus deudos, y la indignacion y el odio contra semejante gente llegaba ya á su límite mas doloroso.

Campada muy cerca de la ciudad, la Victor estaba al corriente de lo que pasaba en esa, y habia despachado varios vaqueanos en busca de Chacho para que lo impusieran de lo que sucedia.

Entre tanto y para tomar algun desquite contra aquellos bárbaros, organizó una sorpresa sobre el campamento de Sandes, aprovechando aquellos mismos bailes y fiestas á que asistian todos los gefes.

Siendo muy escasa su fuerza para dar un combate, por corto que fuera, resolvió que el único objeto de aquella sorpresa seria arrebatrar algunos prisioneros, ayudar á libertarse á los Riojanos destinados en el cuerpo de línea, y poner á todo el Ejército en seria alarma, obligándolo á mantener una vigilancia constante que obligará á permanecer en el campamento á los gefes, que tendrian para ello que dejar en paz á la poblacion femenina de la ciudad.

La Chacha á la cabeza de una entusiasta columna, se aproximó al campamento de Sandes, en las primeras horas de la noche, cuidando no producir el rumor mas leve:

Y despues que el toque de silencio se hubo repetido en todos los cuerpos y se hubo entregado la tropa al descanso, salió sigilosamente de su escondite y avanzó sobre el carpentero del Ejército.

Ya hemos dicho que la vigilancia era poca y mala, porque nada se temia, asi es que el peloton que marchaba adelante explorando el terreno, pudo llegar al primer cuerpo de guardia sin ser sentido.

Los soldados que no dormian se hallaban entregados á la mas entretenida jugada.

El primer rumor de lucha debia ser la señal para Victoria avanzara á la carga y ejecutase su plan de ataque.

Estaban los milicos en lo mas intricado de la jugada, cuando el peloton de los montoneros los acometió á golpes y antes que tuviesen tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, los volteó, atándolos y echándolos á las ancas.

El que hacia un prisionero, no se detenia allí á esperar el resultado general de la sorpresa y huia inmediatamente al punto de rennon que se habian dado de antemano.

Al rumor de la lucha los que estaban mas

próximos, medios dormidos y sin darse ellos mismos cuenta de lo que decian, habian gritado: el Chacho! el Chacho!

Y era precisamente aquel el momento en que la Victor caia con sus montoneros como una tormenta, sembrando la muerte y el espanto en las sorprendidas filas, que no podian calcular el número del enemigo que se les echaba encima.

—El Chacho! oian gritar, y corrian en todas direcciones, buscando un refugio y creyendo que por los mñnos serian tres ó cuatro mil hombres los que traian el ataque.

Sin gefes y hasta sin capitanes, las compañías no tenian quien las hiciera reaccionar, y el tumulto crecia haciendo mayor el espanto.

Las tropas de la Victor no se detenian un momento: ellas sableaban en todas direcciones arrebatando cuanto prisionero podian.

Al sentir los gritos de Chacho! y el estruendo del combate, los cien ó doscientos Riojanos diseminados en todos los batallones, se plegaron al movimiento arrebatando las armas á los soldados que tenian mas próximos y matándolos con ellas mismas, aprovechando la sorpresa.

Entretener era espuesto: en la ciudad estaba la escolta de Sandes y algunas otras compañías que podian acudir á restablecer el combate y cambiar las cosas.

Asi la Victor, para no dar lugar á nada de esto, recorrió el campamento de un extremo á otro, á todo correr y causando todo el mal posible, volvió á recorrerlo en sentido inverso y se puso en retirada con la misma rapidaz que habia llegado.

Los soldados no habian tenido tiempo de darse cuenta de lo que sucedia, cuando ya la Victor y sus montoneros se hallaban á una legua de distancia.

Sin tener una sola baja, un solo soldado lastimado, la Victor habia causado mas de ochenta bajas entre muertos y heridos, se llevaba treinta y tantos prisioneros, y habia libertado á todos los destinados Riojanos.

Todo esto como un relampago con una presteza vertiginosa, y una seguridad plena en el resultado.

Los primeros que lograron salir del campamento, se fueron á la ciudad á llevar á Sandes el parte de lo que pasaba.

Y éste persuadido de que aquella sorpresa debia ser traída por el Chacho mismo, hizo montar su escolta; reunió á todos los que se hallaban en la ciudad y fué en persona á recorrer el campamento sorprendido.

Pero mientras le llegó la noticia, mientras reunió los gefes y oficiales que estaban en la ciudad y se puso en camino, habia perdido un tiempo precioso.

Los montoneros debian ir muy léjos, pues segun los primeros dichos tomados en el campo de la accion, hacia ya mucho tiempo que se habian retirado, pues el ataque, récio y vigoroso, apenas habia durado unos diez minutos.

Quando el Coronel Sandes supo que no era el Chacho, sino su mujer la que habia realizado aquella andaz sorpresa, su desesperacion no conoció límites.

Se arrancó los cabellos furiosamente, y él mismo se puso en persecucion seguido de sus escolta.

Pero todo fué completamente inútil, amaneció el nuevo dia y Sandes ni siquiera habia logrado sentir á los montoneros, lo que probaba que éstos, ó habian cambiado de direccion, ó llevaban una enorme delantera.

Persuadido que nada lograria con seguir adelante, el Coronel Sandes hizo alto, y esperó que aclarase bien el dia para determinar lo que habia de hacer.

Estando en esta situacion lo alcanzó un chasque del Ejército que fué á aumentar su desesperacion.

Este chasque era el que le hacia el Cura Campos dándole cuenta de su combate con el Chacho y anunciándole que aquel se dirijia sobre Córdoba.

Sandes soltó una maldicion como un trueno y retrocedió nuevamente, con la intelijencia completamente turbada por la ira.

La situacion era verdaderamente desesperante: habia ido á buscar á Chacho á la Rioja, y no solo lo sorprendió la mujer, sino que se encontraba con que éste á quien consideraba deshecho y si un hombre le habia, ganado la retaguardia y habia vencido á Campos en Tucuman y tomando probablemente á Córdoba entre todas sus operaciones.

Sandes estaba mortificadísimo porque aquello desprestigiaba como militar, haciéndolo aparecer inferior á un triste montonero que no tenia mas recursos que los de su imaginacion.

Que pensaria el Gobierno ante tan repetidos descabros?

Sandes abandonó la Rioja apresuradamente y marchó hácia Tucuman por la Sierra de don Diego, para salir entre Tucuman y Córdoba, sorprendiendo á Chacho cuando viniera de regreso, sin sospechar lo que en el camino le esperaba.

Irritado con lo que le sucedia, sin un solo vaqueano porque sus prisioneros habian escapado con la Victor, sus crueldades fueron tantas y tales, que Sandes se hizo odioso no solo ya para los montoneros sino para sus mismos soldados, cuyas mas leves faltas se castigaban con un rigor estremado.

Los habitantes de aquellos pobres y miserables puntos fueron las victimas espiatorias de los triunfos de Chacho, porque tomados por el Ejército Nacional, eran destinados á sus filas sin escepcion de ningun género.

Sandes buscaba vaqueanos para hacer la guerra á Chacho, gente que le enseñara sobre las guardias y le dijera los puntos á que se dirijia, y como no podia hallarlos mediante las mas tentadoras promesas, empleaba el rigor y la crueldad, sin que este método le diera mejores resultados.

Pero no encontraba en todo el Norte, un solo hombre que se prestara á servir contra Peñaloza.

Los que prometian hacerlo para librarse de los castigos que se le imponian, entretenian con promesas y llevando al Ejército á los campamentos que habia ocupado Chacho, aprovechando para escaparse la primera ocasion que se les ofrecia.

Parece fábula, pero Chacho, con su prestigio personal solamente, tenia en jaque á todo el Ejército de la República, burlando al Gobierno y á los mejores gefes que contra él se mandaban.

Asi como Juan Moreira jugaba en nuestra campaña con las autoridades de la Provincia peleando y venciendo las partidas mas fuertes que salian en su persecucion, Chacho provocaba de igual á igual al Gobierno de la Nacion, poniendo en conflicto los Ejércitos que este enviara en su busca para destruirlo.

Chacho, sin diuero, sin recursos, sin un solo de los elementos que hacen fácil la guerra, con sus voluntarios mal armados y empobrecidos, burlaba aquellos Ejércitos de primer orden, apareciendo ante ellos como un ser fantástico é invencible, que despues de una derrota, aparecia mas fuerte y mejor organizado que antes de sufrirla.

Esto era vergonzoso para un Ejército de las tres armas, que disponia de todo género de elementos.

Pero es que tampoco podian hallar á Chacho no lo hubieran deseado, para librar con él una batalla definitiva que concluyera por fin con sus montoneros y lo redujera á acatar la autoridad del Gobierno Nacional.

El Gobierno comprendiendo que la duracion de aquella guerra escepcional comprometia su crédito ante la misma República, organizó otro Ejército que al mando del General Rivas, debia operar en combinacion con Sandes.

Asi el Ejército de Chacho tendria que caer á manos del uno, huyendo del otro.

Antes de llegar á Córdoba supo el Coronel Sandes lo que habia sucedido, es decir como Chacho se habia apoderado de las proveedurias y de los depósitos de armas, huyendo en seguida sin dejar ni una sola galleta ni una barrigada de yerba.

El Coronel Sandes se puso en marcha entonces hasta Catamarca, resuelto á alcanzar y batir á Chacho, á costa de cualquier sacrificio, pues semejante posicion era insostenible.

El Cura Campos se habia facilitado cuatro vaqueanos de su mayor confianza, para que los bombaran á Chacho, asegurándoles que nadie como ellos conocia aquellos campos,

Estos habian visto pasar al Ejército de Chacho y los habian seguido unas leguas por simple curiosidad, asi es que se comprometieron a guiar á Sandes, diciendo.

Por fin Sandes se hallaba sobre el rastro, seguro y en condiciones de sorprender á Chacho cuando éste á su vez menos lo esperaba.

La guerra llegaba entonces á su época mas interesante y mas fácil para el Ejército del Gobierno.

Para no ser sentidos, tres de los vaqueanos se soltaron solos de trás de Chacho, mientras uno quedaba con Sandes para servirle de guia.

Aquellos marcharian adelante y bombeando, hasta encontrar á Chacho, y regresarian con la noticia del paraje seguro, donde lo hallaran.

No habian andado dos dias, cuando alcanzaron á los montoneros campados y ocupados en despachar todos los cargueros á la Rioja, para quedar ellos mas livianos y preparados á cualquier hecho de armas.

Chacho marchaba dejando siempre pequeñas

saban la noche en la ciudad, entregados á todo género de diversiones.

Ni las familias Riojanas ni las mujeres de las orillas estaban para fiestas.

Sus maridos y hermanos, los que no andaban con el Chacho ó la Victor, habian muerto heroicamente en el campo de batalla, en las estacas, ó gemian prisioneros en los cuerpos de línea.

Estaban para llanto mas que para fiesta; pero se les obligaba á concurrir á los bailes que improvisaban los vencedores, trayéndose por la fuerza á aquellas que resistian la orden de concurrir, obligándolas á bailar bajo bárbaras amenazas.

Esto ya no era soportable, se les trataba como á animales, negándoles hasta el derecho de sentir á sus deudos, y la indignacion y el odio contra semejante gente llegaba ya á su límite mas doloroso.

Campada muy cerca de la ciudad, la Victor estaba al corriente de lo que pasaba en esa, y habia despachado varios vaqueanos en busca de Chacho para que lo impusieran de lo que sucedia.

Entre tanto y para tomar algun desquite contra aquellos bárbaros, organizó una sorpresa sobre el campamento de Sandes, aprovechando aquellos mismos bailes y fiestas á que asistian todos los gefes.

Siendo muy escasa su fuerza para dar un combate, por corto que fuera, resolvió que el único objeto de aquella sorpresa seria arrebatar algunos prisioneros, ayudar á libertarse á los Riojanos destinados en el cuerpo de línea, y poner á todo el Ejército en seria alarma, obligándolo á mantener una vigilancia constante que obligará á permanecer en el campamento á los gefes, que tendrian para ello que dejar en paz á la poblacion femenina de la ciudad.

La Chacha á la cabeza de una entusiasta columna, se aproximó al campamento de Sandes, en las primeras horas de la noche, cuidando no producir el rumor mas leve:

Y despues que el toque de silencio se hubo repetido en todos los cuerpos y se hubo entregado la tropa al descanso, salió sigilosamente de su escondite y avanzó sobre el carpentero del Ejército.

Ya hemos dicho que la vigilancia era poca y mala, porque nada se temia, asi es que el peloton que marchaba adelante explorando el terreno, pudo llegar al primer cuerpo de guardia sin ser sentido.

Los soldados que no dormian se hallaban entregados á la mas entretenida jugada.

El primer rumor de lucha debia ser la señal para Victoria avanzara á la carga y ejecutase su plan de ataque.

Estaban los milicos en lo mas intrincado de la jugada, cuando el peloton de los montoneros los acometió á golpes y antes que tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, los volteó, atándolos y echándolos á las ancas.

El que hacia un prisionero, no se detenia allí á esperar el resultado general de la sorpresa y huió inmediatamente al punto de rennon que se habian dado de antemano.

Al rumor de la lucha los que estaban mas

próximos, medios dormidos y sin darse ellos mismos cuenta de lo que decian, habian gritado: el Chacho! el Chacho!

Y era precisamente aquel el momento en que la Victor caia con sus montoneros como una tormenta, sembrando la muerte y el espanto en las sorprendidas filas, que no podian calcular el número del enemigo que se les echaba encima.

—El Chacho! oian gritar, y corrian en todas direcciones, buscando un refugio y creyendo que por los menos serian tres ó cuatro mil hombres los que traian el ataque.

Sin gefes y hasta sin capitanes, las compañías no tenian quien las hiciera reaccionar, y el tumulto crecia haciendo mayor el espanto.

Las tropas de la Victor no se detenian un momento: ellas sablean en todas direcciones arrebatando cuanto prisionero podian.

Al sentir los gritos de Chacho! y el estruendo del combate, los cien ó doscientos Riojanos diseminados en todos los batallones, se plegaron al movimiento arrebatando las armas á los soldados que tenian mas próximos y matándolos con ellas mismas, aprovechando la sorpresa.

Entretener era espuesto: en la ciudad estaba la escolta de Sandes y algunas otras compañías que podian acudir á restablecer el combate y cambiar las cosas.

Asi la Victor, para no dar lugar á nada de esto, recorrió el campamento de un extremo á otro, á todo correr y causando todo el mal posible, volvió á recorrerlo en sentido inverso y se puso en retirada con la misma rapidéz que habia llegado.

Los soldados no habian tenido tiempo de darse cuenta de lo que sucedia, cuando ya la Victor y sus montoneros se hallaban á una legua de distancia.

Sin tener una sola baja, un solo soldado lastimado, la Victor habia causado mas de ochenta bajas entre muertos y heridos, se llevaba treinta y tantos prisioneros, y habia libertado á todos los destinados Riojanos.

Todo esto como un relampago con una presteza vertiginosa, y una seguridad plena en el resultado.

Los primeros que lograron salir del campamento, se fueron á la ciudad á llevar á Sandes el parte de lo que pasaba.

Y éste persuadido de que aquella sorpresa debia ser traída por el Chacho mismo, hizo montar su escolta; reunió á todos los que se hallaban en la ciudad y fué en persona á recorrer el campamento sorprendido.

Pero mientras le llegó la noticia, mientras reunió los gefes y oficiales que estaban en la ciudad y se puso en camino, habia perdido un tiempo precioso.

Los montoneros debian ir muy léjos, pues segun los primeros dichos tomados en el campo de la accion, hacia ya mucho tiempo que se habian retirado, pues el ataque, récio y vigoroso, apenas habia durado unos diez minutos.

Quando el Coronel Sandes supo que no era el Chacho, sino su mujer la que habia realizado aquella audaz sorpresa, su desesperacion no conoció límites.

victimas en quienes pudo vengar la rabia de la derrota inesperada.

No podía decirse que el Ejército de Sandes fuera el derrotado, puesto que quedaba dueño del campo del combate, pero había sido burlado y sorprendido, lo que era tan doloroso como una derrota en toda regla.

Para colmo de desesperación el Ejército quedaba imposibilitado de moverse, porque le había hecho disparar las caballadas dejándole solo lo montado, inútil por aquel día en razón de que no había reposado un momento desde que se inició el combate.

Felizmente, los montoneros solo habían tenido tiempo de dispersar las caballadas, sin poder arriarlas, de modo que Sandes podía hacerlas juntar y seguir la marcha; pero tendría que perder un tiempo precioso, deteniéndose allí hasta el otro día.

Mas práctico en aquella guerra, y mas conocedor de las mañas de Chacho, comprendió esta vez que su enemigo no estaba derrotado ni mucho menos; y que si huía, era simplemente porque así le había convenido y para reorganizarse en punto dado de antemano y tratar sobre él una nueva sorpresa.

El golpe que hubiera sido entonces marchar directamente al paraje donde debían reunirse, sorprenderlos allí y darles un golpe recio y tal vez definitivo.

Pero cómo adivinar el punto de reunión? he aquí la gran dificultad a vencer.

Los heridos y prisioneros debían saberlo, indudablemente; pero como arrancarles el secreto si se dejaban matar antes que pronunciar una palabra que pudiera perjudicar á su caudillo?

Solo el rigor podría hacerlos hablar, aunque el rigor había sido usado ya de una manera impetuosa.

Sandes, con ideas radicales á este respecto, y creyendo que por medio del sufrimiento lo conseguiría todo, hizo formar sobre tablas todos los prisioneros, para elegir entre ellos el tipo que le pareciera mas pusilánime para hacerlo cantar de firme en el tono necesario.

Y como la operación se haría delante de los demás prisioneros, para intimidarlos mas, no sería difícil que alguno de entre ellos cantara, y cantará prontamente.

Una vez formados éstos, Sandes hizo salir de las filas al que le pareció de físico mas miserable y de menor resistencia.

— A dónde ha ido Chacho? le preguntó de un modo severo y amenazador.

— Y como quiere que sepa? contestó el soldado, si Chacho se ha ido y nosotros hemos quedado aquí?

— Pocas compádradas conmigo y á responder limpio, repuso Sandes que hacia esfuerzos tremendos para contener el estallido de su cólera.

— ¿Cuál es el punto que les ha señalado el Chacho para reunirse despues del combate? en dónde debían ir á buscarlo ustedes?

— Pero á ninguna parte, él no nos ha dicho nada porque nos sorprendieron y antes que él pudiera hablarnos, ya nos pusimos á pelear.

— Mientes dijo entonces Sandes tendiendo un lazo al prisionero: ya otro me ha dicho el paraje donde deben reunirse y yo quiero saber

si es verdad ó mentira, por que eso te lo preguntó.

— Pues si hubo alguien tan osado para decir lo que no debe y mentir, contestó el interrogado con magnífica insolencia, no será yo quien lo ayude en ese camino.

— No quieres entónces decirme donde debían reunirse?

— No lo sé, señor, lo juro por Dios mismo. Estaqueándole se perderá mucho tiempo, y ya se sabía que las estacas daban muy poco resultado.

— Pues que lo pongan en cuatro lanzas, les dijo hasta que hable: vamos á ver si así se le despeja la memoria.

El prisionero fué echado al suelo allí mismo, estirado y clavado con cuatro lanzas delante de sus compañeros, para que viesen la suerte que les esperaba si no declaraban lo que se les preguntara.

El prisionero, que era un jóven delgadito, cuyo físico acusaba muy poca resistencia, soportó aquella operación bárbara sin siquiera arrugar la cara.

En su modo de espresarse y en su ropa misma, parecia que pertenecía á una familia decente y acomodada.

Habiéndosele preguntado nuevamente por el paraje donde estaba Chacho, respondió tristemente.

— Las lanzas tendrán el poder de hacer sufrir de una manera insoportable, como tienen el poder de dar la muerte tambien.

Pero el poder de las lanzas no llega hasta hacer á un hombre adivinar lo que no sabe.

Aquella respuesta y aquella resignación habrían hecho retroceder á cualquier otro que no fuera el Coronel Sandes, pero este se sintió con ella más irritado, vió que aquel hombre le provocaba de una manera burlona, y decidió hacerlo hablar por el rigor.

Aquel jóven, delante de sus compañeros conmovidos é impresionados, fué lanceado lentamente, sin que su dolor resignado y la fortaleza de su espíritu conmoviera á sus verdugos.

Y espiró sonriente y magnífico, en medio de los dolores más terribles, asegurando siempre que no sabía el punto á que se había dirijido Chacho pues nada les había dicho.

Sacado su cadáver de las lanzas que lo sujetaban al suelo, se volteó otro de los prisioneros con quien se hizo inutilmente la misma operación.

Pero esto, como su antecesor en el martirio, negó saber el paraje donde se había dirijido Chacho, alegando las mismas razones que aquel.

Y fué muerto de la misma manera, esperando que su muerte desataría la lengua de los ladinos.

Iban á repetir la misma operación con un tercero, cuando un hombre medio viejo salió de entre los prisioneros y dijo á Sandes.

— Es inútil que hagas matar á estos otros, porque ellos morirán como sus compañeros, nada saben y nada pueden decir.

Yo soy el único que sé donde está el Chacho, pero no he nacido para que nadie se limpie en mi las manos.

partidas á retaguardia que debían imponerle de todo movimiento que ejecutase el enemigo si se lanzaba en su persecucion.

Y era esta táctica la que mejores resultados debía darle.

Así, en cuanto Sandes se movió detrás de Chacho guiado por sus vaqueanos, éste lo supo, desprendiendo unos quinientos hombre destinados á darle un mal momento y hacerle entender que toda la lucha con él era imposible.

Por eso campó, despatchando sus cargueros á los Llanos de la Rioja para quedarse mas livianos.

Aquellos quinientos hombres desprendidos de su Ejército habían quedado emboscados dos leguas á retaguardia, con el objeto de seguir á Sandes, una vez que pasase éste, engolosinado con la seguridad de sorprenderlo.

Como Chachó sabia que era boabeado, campando, Sandes se vendria sobre él á tiro hecho, y entónces su travesura le daría los mejores resultados.

Él dejaría avanzar á Sandes y finjiria haber sido sorprendido, desbandándose despues de un ligero combate para incitarlo á fraccionarse en su persecucion.

Entonces los quinientos hombres caerían por retaguardia sobre el Ejército fraccionado y engañado por el fácil triunfo, poniéndolo en verdaderas apreturas.

Sandes, al saber que Chacho estaba campado con todo su Ejército, mandó precipitadamente, tomando todas las medidas necesarias para no ser sentido; hizo sacar los cerceros á las tropillas y atar los sables de la caballeria, de manera que no se produjese el mas leve ruido.

Y marchó toda la noche entera, llegando antes de amanecer al paraje que se le habia indicado como campamento de Chacho.

Allí estaba éste campado con todo su Ejército; se veían los fogones, á su resplandor, los hombres agrupados al rededor comiendo y tomando mate.

Pero lo que Sandes no veía ni podia ver, eran los quinientos hombres que marchaban á su retaguardia tan silenciosos como él y espiando el momento de caerle encima.

Su Ejército no podia sentirlos, y aunque los hubiera sentido, hubiera creído que era gente perteneciente á él mismo, puesto que allí á vanguardia estaba Chacho con sus terribles montoneros.

Tan bien finguido era el descuido de éstos, que las avanzadas y guardias enviadas por Sandes, volvieron con el parte que el enemigo se hallaba en el mayor descuido entregado al descanso.

El Coronel Sandes esperó que amaneciera para dar el golpe, porque así podria hacer la persecucion de una manera mas eficaz, y preparó todo para la sorpresa que llevaria todo el Ejército, al toque de diana.

Tan seguro veía el golpe, que los soldados de caballeria se habían atado á la pierna las vainas de los sables para que el ruido no los descubriera, llevando en la mano las hojas para no perder el primer movimiento de espanto que se apoderaría de los montoneros al verse sorprendidos.

Los chachistas entretanto, riendo del chasco

que iban á pegar, tenían su caballo de la rienda y diseminados en grupos que fingían dormir, no perdían un movimiento del Ejército.

A las primeras claridades del nuevo día, el Coronel Sandes hizo echar diana por su trompa de órdenes, diana que era la señal del ataque general.

Separados á solo unas veinte cuadras del campamento del Chacho, en pocos minutos estarían sobre él, pues á solo ocho cuadras habia colocado una fuerte avanzada de caballeria, que seria la primera en llegar impidiendo que el enemigo se moviera,

Todas sus caballadas y arrees habían sido dejados á retaguardia para que no entorpecieran el movimiento general.

En cuanto sonó el toque de diana, los chachistas como un relámpago, estuvieron de pié y á caballo en seguida, de modo cuando la avanzada llegó, fué recibida con una buena descarga de carabinas y una mejor carga de lanceros; así es que fueron ellos los verdaderamente sorprendidos con la inesperada actitud de Chacho.

Cuando llegó Sandes con el resto del Ejército, por rápidamente que anduvo, se encontró con que su avanzada habia sido obligada á retroceder, con sensibles pérdidas.

La carga fué entónces impetuosa y firme.

Chacho, que no podia en manera alguna sentir el empuje de todo el ejército y que habia logrado ya su objeto, hizo tocar dispersion, y empezó á huir apresuradamente, sin perder por esto su formacion.

A su toque de dispersion respondió Sandes, con el de á la carga, lanzándose todos en persecucion de los fugitivos que empezaron entónces á fraccionarse.

Aquellos dos toques sucesivos fueron tambien la señal de ataque para la emboscada de Chacho que salió como una tormenta, cayendo con bárbaro empuje sobre los que cuidaban las caballadas y cargueros, que no esperaron jamás semejante ataque.

Los caballos fueron dispersados inmediatamente y tomados los cargueros, con grandes bajas en los cuidadores, yendose en segunda sobre Sandes y sableando á su gusto los grupos diseminados de infantes y artilleros que iban hallando al paso.

Sandes miró aquel grupo de caballeria que le hacia tan gran destrozo y creyó estar soñando, por que no pudo darse exacta cuenta de la evolucion hecha por Chacho con tanta felicidad.

En el acto envió sus ayudantes que hicieran tocar reunion á cuanta trompa encontraran.

Pero los cuerpos se habían alejado mucho entusiasmados con la persecucion y tardaron tanto en llegar, que cuando pudieron ejecutar las ordenes del Coronel, el campo estaba limpio de enemigos.

Chacho habia dado aquel día el mas famoso de sus golpes, pues le habia causado muchas bajas y se habia llevado dos oficiales prisioneros y unos quince soldados, segun se pudo calcular.

En cambio, él habia dejado un buen número de muertos y heridos que, aunque no sumaban ni la mitad de los que tenia el Ejército, siempre era un daño que recibia Chacho y algunas

vincias no hubieran sido tratados como béstias feroces y solo como *altas* de línea, la guerra con el Chacho no habria durado tanto tiempo.

Pero los montoneros se veian obligados á pelear de una manera heroica, porque sabian que solo así podrian vencer á un enemigo que venia á esclavizarlos y á arrebatárles su hogar, sus hijos y sus esposas.

Y por qué razon, por qué causa?

Por la misma que fusilaban los prisioneros de guerra y martirizaban hasta la muerte á los que no sabian donde habia agua ó donde andaba el Chacho.

Y pudiendo ellos responder de la misma manera, pudiendo confener todos aquellos atropellos con la misma vida de sus prisioneros, nunca habian querido hacer uso de esta arma cobarde é inicua.

— Los soldados no pueden ser castigados por las faltas que cometan sus gefes, habia dicho Chacho, porque ellos son inocentes; y los prisioneros seguian siendo tratados como hermanos y atendéndose á todas sus necesidades, cuidando de que jamás tuvieran el menor motivo de queja.

Así es que los mismos prisioneros concluian por simpatizar con la causa del Chacho, recordando con horror la manera inicua con que las fuerzas Nacionales trataban á los chachistas.

Como los prisioneros reincorporados al Ejército por la completa libertad de que gozaban, referian en el Ejército el cariño y respeto con que se les habia tratado en la Rioja, Sandes, habia prohibido estas conversaciones bajo las más severas penas.

Y ya sabian todos que el que fuera tomado ó acusado del delito de ponderar á Chacho, recibia por lo menos doscientos azotes.

Por estas crueldades y tiranias inaguantables el Coronel Sandes habia concluido por ser odiado de sus mismas tropas, que si seguian á su lado era por el terror que les inspiraba el terrible gefe, terror que ni siquiera les permitia atreverse á pensar en una conspiracion.

Es que en el Ejército Nacional pasaban entonces horrores de que no hay la menor idea.

Es preciso haber servido en sus filas, para tener idea de ciertas monstruosidades en cuya narracion no se puede creer, porque á ello se resisten los sentimientos menos humanos.

Pero el lector que dude de lo que narramos, puede hablar con cualquier oficial ó cualquier soldado que haya hecho las campañas contra el Chacho, y se convencerá que, no solo no hemos exagerado, sino que no hemos narrado los episodios más tremendos.

Los médicos del Ejército, por ejemplo, estaban constantemente ocupados en la cura de los heridos que llenaban los pequeños hospitales de sangre.

Aquellos heridos no eran de la batalla, puesto que pasaban meses enteros sin que tuviera lugar un solo combate.

¿De qué provenian aquellos heridos que entraban diariamente al hospital para ser curados por el cirujano?

Aquellos eran soldados mutilados horriblemente por las estacas, ó despedazados por los azotes que se aplicaban de á miles, al estremo de dejar descubiertos los huesos.

Y no era un sentimiento de piedad lo que hacia remitirlos á los hospitales para su curacion, sino por el contrario un sentimiento de la más refinada y cobarde barbarie.

Aquellos infelices, que pedian á gritos se les despeñara, no iban al hospital, sino para que el cirujano los pusiera en condiciones de poder recibir el día siguiente igual castigo al que los dejara en tal estado.

Porque ya no se condenaba á un soldado á recibir quinientos ó mil azotes de una vez.

Se le mandaba suministrar esa dosis "hasta que muera" ó durante nueve días, lo que se llamaba un "novenario de azotes" ó todos los días hasta que respondiera á la pregunta que se le habia dirigido, supiera ó no supieran.

Aquella era una inquisicion, pero una inquisicion monstruosa.

Los segundos ó terceros mil azotes los recibia el soldado, no ya sobre sus carnes que habian desaparecido despedazadas por la vara del castigo, sino sobre los huesos que saltaban tambien en pequeños átomos.

Pocos eran los soldados que resistian tres días, este horrible castigo, y muy contados los que lo resistian cuatro.

Pero como era preciso cumplir el castigo para escarmiento de los demás, se seguia azotando el cadáver que volvia á ser llevado al hospital hasta enterar el novenario.

En los últimos días era preciso llevarlo al castigo en mantas, porque el cadáver se despedazaba entre las manos.

Más de una vez fué necesario suspender un novenario de estacas, no porque la muerte de la victima hubiera satisfecho á los verdugos, sino porque el cuerpo no ofrecia ya parte donde poder atar las correas á maneadores.

Los brazos y las piernas habian desaparecido en las anteriores estaqueaduras, al estremo de no quedar más que el tronco solo.

Y de esto jamás se daba cuenta al gefe, porque habia que cumplir la pena marcada, aunque el último día solo se aplicara sobre un pedazo de algo que de todo podia tener menos de ser humano.

Así los hospitales ofrecian un espectáculo incomprendible al primer golpe de vista, que solo se puede explicar en la narracion que hacia un médico polaco, Sadowski, cuando entró á formar parte del cuerpo médico de aquel Ejército.

— "Entré al hospital, decia, y me llamó la atencion ver á todos los enfermos tendidos boca abajo, sobre las tarimas ó simplemente en el suelo.

— Qué significa esto? pregunté al oficial de guardia, porque todos los enfermos están tendidos de barriga? obedece esto á alguna medida disciplinaria?

El oficial me dió una respuesta muda, pero formidablemente elocuente.

Se acercó á una de las tarimas y levantó la manta que cubria al soldado.

Yo no pude contener un movimiento de hor-

Y resbalando de la manga derecha un puñal que allí tenia oculto se lo clavó sobre el corazon, antes que nadie pensara en detenerlo.

Fué entónces que tuvo lugar allí la escena más conmovedora.

Al ver la accion valiente de aquel hombre, un jóven, que despues se dijo era hijo de aquel, saltó de entre los prisioneros y acometió á Sandes, logrando herirlo aunque levemente, con un cuchillo que traia consigo.

Y creyendo sin duda que habia herido lo bastante para dar la muerte, se arrojó al lado del cuerpo del héroe suicida y empezó á llenarlo de caricias.

Y allí fué muerto de una manera feroz, á lanzadas, bayonetazos y golpes diversos.

Los otros prisioneros quedaron aterrados, previendo para ellos un fin análogo.

Pero todos ellos estaban dispuestos á sufrir igual suerte, antes que vender á Chacho y sus compañeros.

Entre tanto Chacho se dirijia á la Rioja dejando como siempre establecida una buena vigilancia cerca de Sandes, para estar al corriente de todos sus movimientos.

Y fué recién en el camino que tuvo noticia del golpe dado á Sandes por la Victor, situada en la Rioja con más de mil hombres para acudir en su proteccion de cualquier modo y en cualquier apuro.

Nuevas Hazañas

Chacho fué recibido en la Rioja con muestras del mayor regocijo.

Como á su solo llamado todos se apresurarian á acudir, inmediatamente de llegar dió permiso á todos sus soldados para que fuesen á visitar á sus familias, quedándose unicamente con aquellos que vivian en la ciudad ó sus alrededores.

Sandes, segun todos sus cálculos no habia quedado en condiciones de seguir adelante, y algun tiempo habia de pasar antes que juntara las caballadas necesarias para ponerse en marcha con ciertas probabilidades de éxito.

Durante este tiempo podia dejar descansar á sus tropas y descansar él mismo, que harto lo necesitaba.

Con lo tomado al enemigo en sus diversos encuentros y lo sacado de Córdoba, los montoneros habian vuelto relativamente ricos, ellos que estaban acostumbrados á no tener más capital que su miseria y su hambre.

Chacho era el único que nada tenia, porque nada habia guardado para sí.

Algunos cargueros de viveres y géneros que habia reservado, y que los soldados creyeron era su parte, fué para repartirlos entre las familias de aquellos que no volvian porque habian muerto ó habian caido prisioneros.

El pueblo se aglomeraba á las puertas del noble caudillo para saludarlo y victorearlo, y las serenadas se sucedian unas á otras, de modo que aquello era una eterna música.

Un par de meses duró para Chacho aquella vida apasible y calma, gozando al lado de su mujer que amaba con delirio, todo aquello que puede hacer amar la vida.

La Provincia de la Rioja estaba justamente orgullosa.

Con sus solos elementos y sin más amparo

que su misma miseria habia resistido heroicamente lo que ella llamaba la invasion del Ejército Nacional, que en vano habia aglomerado para vencerla y estenuarla, todos sus elementos y todas sus riquezas.

Tenia en su contra todas las demas provincias, aunque de todas ellas acudian voluntarios á combatir bajo su simpática bandera, huyendo de los horrores de la tropa de línea, y en sus filas ingresaban insensiblemente, á pesar de todo y sin más aliciente que la fatiga y la batalla.

Es que las enormidades de los gefes nacionales habian hecho más simpática la causa del Chacho, empujando á sus filas á muchos que jamás hubieran tomado las armas ni por unos ni por otros.

Si se quedaban en sus casas para no servir al Chacho, y que el Gobierno Nacional no tuviera cargo que hacerle, al fin y al cabo caian en manos de Sandes, que, por lo menos, los destinaba al Ejército de línea por tiempo indeterminado, tratándolos siempre como á enemigos.

— Si quiera con el Chacho no nos han de agarrar á dos tirones, decian, y como de todos modos nos martirizan, siquiera tendremos el consuelo de vernos maltratados con algun motivo y por alguna razon.

Y todos abandonaban su hogares para marchar con Chacho, que era el amigo de todos y á cuyo lado no se sufrían torturas ni castigos.

Esta era la razon principal del porque Chacho tenia siempre un Ejército numeroso, á pesar de todas las miserias y necesidades que con él tenian que pasar.

Si el Ejército Nacional hubiera procedido de otra manera, si, los hijos de aquellas pro-

reccion de la Rioja, lo supo Chacho y salió á la nueva campaña, sinó que, siendo ya cono-
hostilizarlo, con una division de dos mil hom- cida por Sandes, este pondria todo su empeño
bres, en la que tambien iba la Victor, que no en ver si la tomaba prisionera, para con esto
habia querido quedarse en la ciudad, no solo obligar á Chacho á someterse ó á entregarse
para compartir con su marido los peligros de como prisionero de guerra.

Una carnadura de brujo

La carnadura de Sandes era tal proverbial como su valor soberbio y crueldad misma.

Una puñalada en el cuerpo de Sandes era lo que un alfilerazo en cualquier otro.

El cerraba sus heridas no haciendo caso de ellas, vendandolas y consintiendo que le pusieran algunos medicamentos muy sencillos, solamente para librarse de los empeños de los medios que querian curarlo á todo trance, porque conocian bien las consecuencias de una herida abandonada.

El cuerpo del Coronel Sandes era un tejido horrible de cicatrices formidables, causadas por heridas, muchas de las cuales, fueron clasificadas como necesariamente mortales.

Pero las heridas duraban muy poco en aquel cuerpo privilegiado; cicatrizando con una rapidez asombrosa y sin ofrecer el menor de los peligros que acompañan siempre á las heridas de cierta consideracion.

En aquel cuerpo se veian profundas cicatrices de lanza, de sable, de bala y de puñal, pareciendo imposible que pudiera vivir un hombre que habia recibido semejantes heridas.

Bravo como un leon, en la batalla de Pavon, Sandes quedó por muerto en el campo de batalla, acribillado de heridas, entre las que se contaba un tremendo hachazo que le dividia el cráneo.

Sus compañeros que lo estimaban por sus bellas prendas militares, lamentaron profundamente su muerte, aquella noche, imaginándose que bárbaras habrian sido aquellas heridas, que habian concluido con aquella naturaleza de bronce.

Dos dias despues, Sandes los alcanzaba en la marcha, llevando ya cicatrizada la mayor parte de aquellas heridas monstruosas, que ni siquiera habian supurado.

Las graves, como un lanzazo sobre la tetilla izquierda, habia sido envuelta por él mismo en una tira de poncho, despues de habérsela cosido con una aguja é hilo que le facilitó un soldado.

Y Sandes, con aquellas heridas frescas, habia pasado toda la noche sobre el campo de batalla, donde cayó, recibiendo todo el rocío de la noche porque recién al dia siguiente volvió en sí y pudo examinar sus heridas, poniendo las mas graves en condiciones de marcha, como él decia.

Todas aquellas heridas en quince dias mas,

estaban perfectamente cerradas, y Sandes en condiciones de entrar en una nueva campaña.

Y tan seguro estaba Sandes de la pronta curacion de sus heridas, que jamás se preocupó de ellas.

Habia en Sandes otra cosa tan asombrosa como sus heridas mismas.

Esta era la resistencia pasmosa de Sandes para soportarlas.

O el dolor era ageno á aquella naturaleza de bronce, ó su resistencia era tal que aparentaba no sentirlo.

Conservamos en la memoria un anécdota que oímos una vez á un soldado, y que puede dar una idea de lo que era aquel hombre extraordinario.

Conversaba una tarde en el fagon de Sandes, algunos soldados, asistentes todos del Coronel.

Como en aquellos momentos hacian la comida, habia muchísimo fuego, preparándose uno de ellos á enzartar el asado en el asador.

Los milicos conversaban con esa alegría que caracteriza al soldado criollo, aun en sus momentos mas apurados y reian estrepitosamente de la cara de una trompa que habian azotado aquella diana.

Las ocurrencias mas saladas y originales salian de aquellas bocas, cuando se apareció de pronto entre ellos el Coronel Sandes, demudado y con un semblante endiablado.

Los milicos callaron como si les hubieran metidos un corcho en la garganta y se echaron a temblar, creyendo que á Sandes no le habria gustado la conversacion que tenian y les iria á dar algun castigazo de aquellos inaguantables.

Sandes, sin decir una sola palabra, tomó el asador de manos del que lo limpiaba, quien hizo un quite soberano, persuadido que aquello no podia ser sinó para simbrarselo por el lomo.

El Coronel se acercó al fagon y metió entre las brasas el asador, hasta la mitad.

En seguida se sentó en el suelo y pidió al negro Fancho un cuchillo bien afilado.

Todo aquello habia sido hecho con una rapidez asombrosa y sin dar tiempo á pensar lo que podia ser todo aquello.

El pedido del cuchillo, sobre todo, concluyó de aterrar á los milicos, pues Sandes era muy capaz de hacerlos degollar uno con otro.

ror, aunque en el primer momento no comprendí la dramática explicación.

Aquel hombre tenía la espalda destrozada de tal manera, que se veían asomar sus huesos.

Eran soldados que habían recibido una dosis de azotes que nunca bajaba de quinientos, lo que explicaba su posición en la cama.

Mi horror llegó á su colmo, cuando al otro día ví que muchos de aquellos soldados eran llevados nuevamente al castigo.

— Pero esto es tremendo, exclamé: ese infeliz va á morir al décimo azote.

— No importa, me contestaron, se seguirá castigando el cadáver — así se ha mandado y no hay más que obedecer.”

Y estos infelices no eran solo montoneros, pues á estos se castigaba á estacas ó á lanzas, eran soldados del propio Ejército del Gobierno á quienes se castigaba de aquella manera por faltas en el servicio; por simples faltas en el servicio que se castigan con uno ó dos días de arresto.

El azote era el único castigo que se aplicaba.

— Señor, tal soldado ha faltado á la lista, ó se ha embriagado, ó ha salido del campamento sin permiso.

— Péguenle tantos azotes, era la respuesta de orden, azotes que según la falta, variaban entre cien y un novenario de dos mil, á que no sobrevió un solo soldado.

Los arrestos, plantones y demás castigos leves, estaban tan abolidos en el Ejército como hoy lo están los azotes y el cepo colombiano.

El desertor era estaqueado ó azotado “hasta que muera”. como única y eficaz medida de evitar la deserción, medida que no la evitaba en nada; pues para muchos era preferible aquella muerte bárbara que semejante vida.

Y muchos soldados, soldados viejos y leales, desertaron pasándose á las filas de los montoneros por no tener fuerzas ya para resistir ni aún al espectáculo diario que ofrecían los diversos batallones y regimientos.

Y está fué la causa de que algunos cuerpos se sublevaran, buscando como medio de salvación, ó la muerte en el combate, ó la libertad absoluta entre el enemigo, siéndoles todo preferible á semejante vida de horrores, expuestos á que por cualquier casualidad ó desgracia, de perder una prenda del informe por ejemplo, les rompieran las carnes á varazos.

Si esto se hacía con los mismos soldados del Ejército, fácil será calcular lo que se haría con los prisioneros de la batalla ó con los que eran tomados en las poblaciones, escondidos para no servir al Gobierno Nacional; pues el que no quería servir con Peñaloza, nadie lo obligaba á hacerlo á la fuerza.

Los soldados habían llegado al extremo de preferir la derrota al triunfo mismo, porque siquiera en la derrota se evitaban el horror de concluir con los prisioneros, de maneras tremendas.

Era en la escolta de Sandes donde se cometían las mayores iniquidades, pues aquellos hombres, reclutados entre todos los bandidos que ingresaban al Ejército por condena al Juez del Crimen, eran capaces de crueldades que el

mismo Sandes no hubiera sido capaz de imaginar.

Así es que cuando se decía de un soldado — que lo lleven á la escolta del Coronel, — ya se sabía que ese estaba condenado á una muerte horrible y lenta, que era el entretenimiento de aquellos desalmados.

Así el Ejército de línea, que debía haber sido la confianza de aquella gente, garantiéndole contra los desmanes del caudillaje, era el terror de las poblaciones porque era su vergüenza á quien nada movía á piedad.

Y cuando el Ejército marchaba apurado, ya por la presencia del Chacho, ya porque les decían que estaba campado cerca de allí, los infelices mutilados por el azote y la estaca quedaban abandonados en los hospitales sin el menor recurso ni auxilio.

Era entónces el enemigo el que iba á buscarlos y á llevarlos á sus casas para asistirlos con todo esmero y cariño.

Muchos salvaron así de una muerte horrible, aunque la mayor parte pereció por falta de medicamentos y de médico, porque el estado de la mayoría no era para curarse con remedios caseros.

La campaña se hacía cada vez más penosa, porque mientras más se internaban en la Rioja en busca de Chacho, más difícil se hacía la marcha porque las aguadas estaban inutilizadas en su mayor parte, y esperando los proveedores, se veían obligados á comer carne de burro, un poco más pasable siquiera que la de caballo flaco.

Como Chacho era una especie de fantasma que se aparecía precisamente en aquel paraje del que se le creía más lejos, los comisarios pagadores no se atrevían á hacer la cruzada y el Ejército hacía un semestre que no veía un centavo.

Y aunque lo hubiera tenido habría sido lo mismo, porque la mayor parte de los negocios, que vendían por vales al Ejército de Sandes, porque no tenían más remedio y fiaban á los montoneros con garantía del Chacho, no tenían como renovar sus surtidos y cerraban sus casas muchos, por falta de artículos, hasta poder traer lo mas necesario.

Así es que la miseria era espantosa en el Ejército y en las poblaciones.

Chacho se hallaba en mejores condiciones que Sandes, porque con lo que había tomado de los proveedores prisionados y lo que había comprado y cambiado en San Juan y Mendoza, tenía como alimentar sus muchachos, que se contentaban con bien poca cosa, habituados á todo género de privaciones.

Cuando Sandes reunió nuevos elementos de movilidad, se puso en marcha nuevamente en busca, de Chacho, con un cuerpo de vaqueanos y rastreadores que había organizado, con los que ya le diera el Cura Campos y otros que sacó de Santiago y de Catamarca.

Pero estos no podían compararse con los que llevaba Chacho, rastreadores los mas famosos de los Llanos de la Rioja, capaces no solo de hallar el rastro de un pájaro en el espacio, sino de despistar al mas hábil, haciéndole perder el rastro de la montonera, con diferentes combinaciones de contra marchas.

Inmediatamente que se movió Sandes en di-

El hallar agua era cuestion de vida ó muerte para el Ejército; y Sandes hizo preguntar al catamarqueño donde habia otra aguada por allí.

—Como á diez leguas á vanguardia hay otra aguada, contestó el jóven, puede ser que esa no este inutilizada.

—Pues guia á ella.

—Si no me dejan montar á caballo será imposible, por que ya no puedo dar un paso.

Se creyó que el catamarqueño queria montar á caballo para escaparse, aprovechando la oscuridad de la noche y sin mas trámite se dió esta orden:

Que se le haga seguir á pié no más, y si se niega que se le obligue á andar con cuatro lanzas é la espalda.

El catamarqueño tenia el mayor interés en llevarlos donde habia agua, porque sabia que era el único modo de salvar la vida.

Pero estaba realmente rendido de cansancio, al extremo de no dar un paso mas.

Sin embargo, viendo que si no andaba se haria con él alguna herajia horrible, siguió andando á pesar del cansancio y las llagas formadas en sus piés por la larga y violenta marcha.

Asi anduvo cuatro leguas mas ó menos, hasta que no pudo mas, y volviendo á hacer alto pidió de nuevo que le permitieran andar á caballo.

Un lanzaso en las espaldas, fué la única respuesta que recibió—diez soldados de la escolta de Sandes eran los encargados de hacerle seguir la marcha.

El jóven hizo un esfuerzo poderoso y siguió andando; pero á los pocos minutos cayó póstrado por el cansancio y el sufrimiento, volviendo á pedir por favor que lo alzarán á caballo.

Un nuevo lanzaso seguido de amenazas terribles fué la manera como se respondió á la nueva súplica.

El jóven volvió á hacer un esfuerzo tremendo y siguió andando; pero á los pocos pasos volvió á caer, ya para-no levantarse mas.

—Matenme si quieren matarme, dijo, pero yo no puedo andar mas, ni siquiera puedo pararme.

Le dieron un nuevo lanzaso, pero fué inútil, el jóven gimió pero no se paró más.

El parte fué á Sandes de esta manera seca y breve: el guia catamarqueño se ha echado, y dice aunque lo maten no quiere seguir adelante.

—Pues háganlo seguir á la fuerza, respondió Sandes, pensando tal vez que aquella resolucion fuera hija de la lealtad que toda aquella gente tenia por el Chacho.

Los soldados empezaron por pararlo y pincharlo con las lanzas para obligarlo á marchar.

Pero el jóven daba dos traspies y volvía á caer pesadamente.

Se veia claramente que no tenia ni la fuerza necesaria para tenerse en pié.

Y se le siguió lanceando y empujando hasta que murió de aquella manera horrible.

El Ejército siguió marchando en la direccion que habia dado el catamarqueño, sostenidos los soldados por la esperanza de hallar agua,

Seis leguas mas adelante encontraron realmente una aguada magnífica, donde hombres y caballos pudieron aplacar su sed por completo: el catamarqueño no los habia engañado.

Un mes despues de esto y pasando de regreso por aquellos mismos parajes, se presentó á Sandes un paisano como de cincuenta años, fuerte y nervioso, de mirada franca y serena, que manifestó el deseo de servirle de vaqueano.

Estrañando Sandes aquella espontaneidad, preguntó al paisano que causa lo inducia á servirlo con aquel desinterés.

—Es un asunto de venganza, mi Coronel, repuso el paisano, me han ofendido hasta el alma y yo quiero vengarme.

No saben que clase de enemigo soy yo, agregó con un ademán sombrío, pero no han de tardar en conocerme.

Yo conozco estas provincias como mis bolsillos, Coronel, puedo andar al tanteo, agregó sonriendo, sin necesitar mirar para saber lo que hay en ellos.

—¿Y sabes donde hay agua y donde anda Chacho? preguntó Sandes sin la menor desconfianza.

—Conozco todas las aguadas que estan sin inutilizar; en cuanto á Chacho yo daré con él aunque no sepa donde anda y aunque se meta dentro de las minas mismas.

Oh! no saben ha quien han ofendido, añadió, cuando lo sepan ya será demasiado tarde.

Aquel era un precioso hallazgo para Sandes que pensó tener ganada la campaña con semejante vaqueano.

No dudó un momento de la verdad de lo que le decia y mandó á aquel voluntario á alojarse entre su propia escolta.

—Yo no quiero tener mas gefes ni mas oficiales que usted mismo, le dijo éste, asi es que si me pone entre sus asistentes, estaré mas hallado.

Sandes lo mandó entre sus asistentes recomendándoles lo tratarán bien y al dia siguiente se puso en persecucion del Chacho, llevando como único vaqueano al gaucho catamarqueño.

Y desde el primer dia de marcha pudo el Coronel apreciar los servicios de este hombre extraordinario.

No solo no volvieron á carecer de agua, sino que tenian los mejores lugares para campar, al abrigo de toda sorpresa y con la esperanza de alcanzar bien pronto á Peñalosa.

Al mes de marchas, el paisano se habia ganado por completo la confianza de Sandes, que lo tenia constantemente á su lado.

—Tengo la seguridad de que antes de diez dias vamos a sorprender á Chacho en su campamento, dije á Sandes el paisano; pero usted me vá á hacer un juramento, sinó me hecho atrás.

—Vamos á ver el juramento; para saber si puedo ó no hacerlo.

—Quiero que usted me jure entregarme al Secretario del Chacho, para que yo haga con él lo que me dé la gana.

—Con prometer nada se pierde, pensó Sandes, é hizo al paisano el juramento que le pedia.

Mientras se entregaban el cuchillo pedido, el Coronel Sandes habia desnudado hasta la rodilla su pierna izquierda.

La pantorrilla de aquella pierna, estaba cubierta de sangre, que salia en gotas negras y espesas, de algo como una mordedura ó heridas de clavo.

Sandes tomó el cuchillo y como quien corta en carne muerta, hizo en aquella pantorrilla tres tajos; pero tres tajos horribles, por entre cuyos lábios se veia la blanca tibia.

—Alcanza el asador, dijo á Pancho con voz breve y sin que un solo músculo de su semblante varonil se hubiera contraído.

El milico sacó del fuego el asador, completamente rojo en su parte inferior, y se acercó á Sandes, quien le dijo con una naturalidad asombrosa.

—Quémame ahí, dentro del tajo, pero hasta el hueso.

El soldado no se atrevió á acercarse al asador á pesar de lo terminante de la orden, no sabian si el Coronel estaba loco ó si queria hacer alguna prueba de lealtad con ellos.

Vaciló y no resolvió.

Entonces Sandes, con la misma tranquilidad que habia hecho las demás cosas, sacó de su cintura el revólver y apuntó á la cabeza de Pancho le dijo brevemente:

—O haces lo que te mando, ó te reviento la cabeza—pronto—y montó el revólver.

Pancho no vaciló ya, comprendió que Sandes no jugaba, y resuelto á aguantarlo todo, acercó el asador á la herida.

Una columna de humo les envolvió el semblante, y el chirrido de la carne al contacto del fierro candente, los hizo estremecer, á ellos, habituados á todos los horrores.

Es que aquello era tremendo y rayaba en los limites de todo sufrimiento humano.

Y Sandes no parecia actor sino simple testigo de aquella escena formidable, que habia impuesto al mismo Pancho, el negro mas bandido y desalmado de todo el Ejército.

Cuando cesó el humo por haberse enfriado el asador, y pudieron verse las caras, los milicos se encontraron con el semblante inalterable del Coronel Sandes, que miraba su pierna con curiosidad interrogante.

Aquella pantorrilla no era mas que un churasco horrible y humeante que no podia mirarse con serenidad, sin un sentimiento de horror.

Traíganme un poco de aceite, dijo Sandes para echarle á la pierna porque se ha reseca—do mucho.

Acababa Pancho de echar el aceite y se preparaba á hacer un vendaje á su manera, cuando se sintió un gran alboroto de voces, carreras, y golpes que sonaban á corta distancia.

—Vaya uno á ver que es eso, ordenó el Coronel, y que no me obliguen de salir de aquí.

Dos ó tres de los milicos que lo querian era salir de delante de Sandes, se apresuraron á cumplir la orden dada.

El bochinche era formado por unos cincuenta hombres que perseguian un perro rabioso que acababa de morder á un oficial.

Cuando los milicos indagaban la cosa, el perro ya habia sido baleado, y muerto á puña-

ladas y lanzasos, en medio de una griteria infernal.

Fueron los asistentes á dar cuenta á Sandes de lo que aquello significaba, y recién por la respuesta del Coronel comprendieron lo que este habia hecho.

—Es el mismo que me mordió, contestó Sandes, pero mi mordedura no tendrá consecuencias.

Sandes habia sido mordido efectivamente por aquel perro rabioso y sin pérdida de tiempo habia tratado de hacerse el remedio que creyó mas eficaz y ya hemos visto de que manera se lo aplicó.

El cuento corrió inmediatamente con sus memores detalles por todo el Ejército acudiendo en el acto los dos cirujanos á curar el Coronel, pensando que habia gran exageracion de lo que habian escuchado.

Pero la verdad de lo sucedido, el estado de la pantorrilla churrasqueada, era superior á todo cuanto habian oido: no se esplicaban como un hombre podia haber tenido la resistencia necesaria para soportar aquella operacion tremenda.

A pesar de su resistencia y su empeño de ir por sus propios piés, los milicos lograron que Sandes se delara conducir hasta su cama y consintiera en ser curado de la quemadura, pues lo que es mordedura habia sido perfectamente curada.

No sucedió asi con el oficial, alférez del 1º de Caballeria, quien menos resuelto que el Coronel, fué curado débilmente y tarde; viniendo á morir dos meses despues en medio de los dolores mas atroces y ofreciendo el mas conmovedor de todos los espectáculos.

Otro de los hechos que prueban la asombrosa carnadura del Coronel Sandes y su valor moral á toda prueba, es el siguiente, que oimos referir tambien á uno de los viejos soldados de su escolta, cuando no soñabamos siquiera escribir nuestros romances.

Un jóven catamarqueño fué tomado una vez por las fuerzas de Sandes, y conducido á su presencia como vaqueanos consumado de aquellos parajes.

El Ejército no bebia hacia ya treinta horas, y nadie sospechaba siquiera donde podia haber una aguada por allí cerca.

Aquel jóven catamarqueño habia servido con el Chacho, y segun decian, conocia palmo á palmo todos aquellos territorios.

Guia á la aguada mas próxima, le dijo Sandes, dando orden de marcha al Ejército, marcha peligrosa porque los soldados iban quedando rezagados en el camino á causa de la sed.

Para llevarlo mas seguro, el catamarqueño fué obligado á marchar á pié y á paso de trote.

Al caer la tarde ya la sed era insufrible y no solo los soldados sino los caballos se negaban á dar un paso.

—Allí hay agua, dijo el catamarqueño; y efectivamente poco despues llegaron á una aguada bastante abundante; pero que habia sido inutilizada por Chacho, con cuerpos de caballos y aun de gente.

La sed hizo que algunos bebieran algo á pesar del gusto insorpotable del agua, pero ni los caballos mismos se atrevieron á beber.

Los médicos hacían á Sandes toda clase de reflexiones, manifestándole que con aquella herida no podía hacer semejante marcha sin exponerse á morir.

—Esto es un tajo que despues de curado no vale la pena pensar en él, y negándose á oír la mas cariñosas reflexiones, se puso en marcha enseguida.

La herida parecia no molestarlo, pero ella era sumamente profunda, en una region sumamente peligrosa y ya el Coronel empezaba á sentir fiebre,

Sin embargo siguió adelante con la mayor entereza tomando muchas medidas de precaucion, pues pará él, el enemigo no podia estar lejos.

Asi marchaba una tres leguas, con un rejimiento á vanguardia, atento al menor ruido á la menor cosa que pudiera indicar la proximidad ó presencia de montoneros.

Pero en todo aquel trayecto no se halló nada que pudiera llamarles la atencion.

Empezaba á amanecer, mezclándose la luz del alba á la luz de la luna, cuando el rejimiento que iba de vanguardia se detuvo en el paraje en donde estaba campado Chacho, mandando avisar al Coronel Sandes aquella novedad.

Por los fogones aun calientes y con brazos muchas de ellos; por los desperdicios y aspecto general del paraje, era indudable que hacia muy pocos momentos que aquella gente habia marchado.

Sandes examinó personalmente el terreno y mandó seguir la marcha á trote y galope, persuadido de que, antes de medio dia estaria sobre el Chacho.

No habian aún concluido de ejecutar esta última orden cuando les llamó la atencion una algarazara tremenda que se sentia á retaguardia, seguida de tiros y de un tropel espantoso.

Sandes se tomó la cabeza con ambas manos lleno de desesperacion, pues indudablemente habia sido sorprendido por todo el Ejército de Chacho emboscado allí cerca.

En el acto hizo echar pié á tierra á su infanteria y formar cuadro rápidamente, mientras su caballeria en derrota pasaba delante de él como hojarazca barrida por un huracan.

Los montoneros lo habian echado por delante, y lo llevaban en derrota lanceándolos impunemente, á pesar de los esfuerzos tremendos que por contenerlos hacian los oficiales.

Solo el Regimiento primero y la escolta del Coronel habian logrado dar media vuelta rechazando al enemigo que lo acosaban con fiereza.

Entusiasmados por el éxito del primer momento, los montoneros se venian hasta los cuadros de infanterias, sableando y lanceando á los soldados á pesar del vivisimo fuego con que eran recibidos.

Pero el combate no podia durar asi mucho tiempo.

Aunque terriblemente bravos los montoneros no tenian buenas armas, no tenia infanteria y combatian contra un ejército regular, mandado por un jefe de un valor imponderable.

El combate á la larga tenia que restable-

cerse, siendo vencidos los montoneros, sino se desparrramaban á tiempo.

De cuando en cuando, y semejante á esas golondrinas que pasan como una saeta sobre la cabeza de otros pájaros, se veia cruzar, en el vértigo de la carrera, un ginete que blandia su lanza ferozmente al pasar delante del Coronel Sandes.

En vano este le hacia tomar los puntos por las caras de los cuadros, en vano todo lo disputaban como blanco, el ginete volvia á cruzar lesa, amenazando siempre con su lanza el pecho del Coronel.

Era el padre del Catamarqueño, el mismo paisano que le diera la puñalada horas antes, y que buscaban á toda costa la posibilidad de atravesarle el corazon con la lanza.

Y aun Sandes se hallaba rodeado de soldados no disistia de su empeño.

Parecia un milagro que aquel hombre no hubiera caido ya víctima de uno de los mil tiros que se le habian dirigido.

Todo el apuro de Chacho era deshacer á la caballeria que habia logrado poner en derrota, dando á los destinados y prisioneros la ocasion de desertar y pasar á sus filas.

Solo los infelices destinados á la infanteria, miraban con ansiedad desesperante el general desbande.

Derrotada toda la caballeria de Sandes, con escepcion del primero y la escolta, Chacho se vino frenético sobre los cuadros de infanteria, estrellándose contra sus caras formidables.

Y aunque deshizo algunos causando numerosas bajas, fué rechazado de una manera tremenda; aunque se rehizo despues y volvió á la carga con mas bríos que nunca.

Chacho se habia persuadido que aquel dia se debia triunfar en toda la linea, y combatia con una heroicidad magnífica.

Pero las descargas de infanteria raleaban mucho sus filas, y ya lo obligaban á retroceder antes de llegar á los cuadros.

Chacho se convenció al fin, despues de dos largas horas de combate, que no era posible triunfar de aquella infanteria soberbia que les hacia un fuego infernal, y resolvió retirarse; pero ¿cómo se retiraba él? dando á sus tropas punto de reunion, para poder hacerlo en pequeños grupos, evitando asi una persecucion fatal.

Derrotada desde el principio la caballeria de Sandes, guardia nacional de la Provincia, traía á la fuerza en su mayor parte, no habia quien lo persiguiera.

Solo quedaban en pié el primero y la escolta, pero ellos habian sufrido mucho en el combate y eran además insuficientes para hacer la persecucion.

Ademas eran esponerlos á una derrota inevitable si se les hacia salir fuera del abrigo de la infanteria.

El Ejército Nacional á pié firme, por falta de caballeria, tuvo que presenciar la retirada del Chacho, retirada que hizo éste arriando todos los caballos que andaban sueltos por los alrededores, recojiendo muchas armas y la mayor parte de sus heridos.

Fué recién en la retirada que se apercibieron de algo que no habian notado en el ardor del combate.

—Pues mañana á la diana estaremos sobre el Chacho.

Marchaban sobre la rastrellada del Chacho, no habia duda, rastrellada fresca que indicaba estar muy próximo.

Sandes y el catamarqueño iban adelante, la escolta unas ocho cuadradas atrás, y en seguida el Ejército en son de sorpresa.

La noche era clara y calurosa, escesivamente calurosa.

Conversaban de la manera como habian de sorprender á Chacho aquella madrugada, cuando el paisano se detuvo de pronto y dijo:

—Para que usted tenga mas confianza en mí, es preciso que sepa quien soy, asi verá cuan justa es la causa de mi venganza.

—Y realmente, que es lo que te han hecho que tanto te ha irritado.

—A mi nada, respondió el gauchó; pero yo soy el padre de aquel mocito catamarqueño que hace un mes hicistes matar á lanzasos porque el pobre no podia dar un paso.

Y al decir estas palabras enterró rápidamente su cuchillo en el costado de Sandes y echó á correr con la mayor velocidad.

Fué tan récío el golpe y tan rápido, que Sandes no pudo pronunciar un palabra.

Cuando llegó su escolta lo halló solo: se habia arrancado el cuchillo de la horrible herida y estaba ocupado en vendársela con unas ciras, cortadas de su poncho de vicuña.

—Me han herido, dijo, esa cachafás ha querido asesinar-me, pero no ha logrado su objeto.

El Chacho no anda léjos, pues es indudable que marchamos sobre su rastro, vamos á ver si le caemos juntos.

Y concluyendo de vendarse la herida, ayudado de sus asistentes, ordenó se siguiera marcha.

Cuando se supo en el Ejército que Sandes habia sido herido acudieron en el acto los médicos para examinar la herida y hacerle una curación que le permitiera llegar hasta el próximo pueblo.

La puñalada era tremenda, é inmediatamente mortal para cualquiera que no hubiera sido el Coronel Sandes.

Lavada y curada prolijamente, tan prolijamente como fué posible hacerlo á la luz de un fogoncito que se encendió al efecto, continuaron la marcha.

—Es indudable entónces que Chacho no anda por aquí, dijeron los demás gefes y esta marcha viene á ser inútil.

Para lograr su designio, ese bandido habrá tratado de guiarnos al paraje mas solitario: de ninguna manera puede explicarse que haya servido de guia para sorprender á Chacho, una persona que tenia ya decidido el asesinato del asesinato del Coronel Sandes.

Sandes, queriendo ocultar la verdad de la cosa, dijo que aquel paisano era un agente de Chacho mandado esclusivamente á asesinarlo, pero bien pronto se supo la verdad.

Aquel era el padre del pobre jóven catamarqueño tan ferozmente muerto, que habia venido por su cuenta jurando á sus amigos que no le verian la cara hasta no haber asesinado á Sandes.

—Yo lo provocaría y lo pelearia, porque

gracias á Dios á nadie tengo miedo; pero ellos han asesinado á mi pobre hijo de una manera feroz, y es preciso que muera tambien ferozmente el gefe que tales infamias manda.

Y habia venido con toda la astucia posible, para engañar á Sandes, captarse toda su confianza y asesinarlo de la manera que habia creído hacerlo.

Por eso es que, seguro de matarlo en el momento que quisiera lo habia guiado sobre las huellas del Chacho, para hacer sorprender al ejército una vez muerto su gefe.

Asi en cuanto dió la puñalada, seguro de haber hundido la cuchilla hasta, el mango, echó á correr en la direccion que habia de hallarse Chacho.

Este, con todo su ejército estaba efectivamente á un par de leguas de allí, inocente á todo lo que se pasaba.

El paisano llegó hasta él y lo impuso brevemente de lo que sucedia.

Es bueno emboscarse desde ya, dijo, porque es posible que no tarden en pasar por aquí; aunque una vez muerto Sandes no será difícil que contramarchen.

Chacho reflexionó un momento, é hizo montar sus tropas para emboscarse; sabia perfectamente quien era Sandes y conocia toda su vida militar.

—No crea amigo, dijo al paisano sonriendo tristemente, Sandes no muere á dos tirones, para matarlo es preciso bandearle el corazon, y asi mismo no es seguro.

Por grande que sea la herida, por bien que ya sido hecha, Sandes no ha muerto, yo lo conozco y se que tiene una carne como si fuera agua: no bien se ha retirado el cuchillo cuando se han juntado los labios.

—Es que yo le he de haber cortado las tripas y los riñones y todas las entrañas, contestó el paisano perfectamente convencido.

—No importa aunque eso fuera asi, aunque el cuchillo le hubiera destrozado el interior del vientre, Sandes no ha muerto, ya verá amigo, le he visto yo levantarse de peores que esta.

—Pues si no ha muerto el, tampoco he muerto yo, contestó el paisano, dejando brillar en sus ojos un relámpago la expresion de su odio implacable,

Y si es preciso pegarle en el corazon para que muera, yo le pegaré, yo se lo partiré en nombre de mi hijo, muerto tan cobardemente.

Chacho entre tanto empezó á dar un gran rodeo, guardando todo el silencio que le fué posible, para salir á retaguardia de Sandes.

Para él era indudable que no habia muerto y que seguiria sobre el rastro hasta su campamento.

Efectivamente, hizo estudiar aquel rastro por los vaqueanos que traia, y estos aseguraron que el rastro era muy fresco y que debia pertenecer á todas luces á los montoneros.

Lo que hay es que estos habian sido prevenidos ya por el asesino y se habian puesto en precipitada marcha.

Vamos marchando sin embargo tan rápidamente como sea posible, para tratar de alcanzarlos mañana, pues no pueden estar léjos.

pronto llegaron los dispersos, asegurando que aquella fuerza que los habia sorprendido á ellos tambien, debia ser alguna fuerza que venia de otra parte, pues Chacho, hasta el momento en que fueron sorprendidos, seguia su marcha tranquila á vanguardia sin haber desprendido un solo hombre.

Y todos se referian al oficial, que ningun dato podia suministrar puesto que habia caido primero.

No habia mas remedio que renunciar por el momento á toda operacion de guerra; y el Coronel Sandes mandó campar, rodeando esta vez de centinelas su campamento.

Al tener conocimiento el Chacho de lo que habia pasado esperó al amanecer del nuevo dia, y empezó á hacer una sériedetraversuras.

Simulaba fuertes cargas de caballeria y cuando la infanteria habia formado cuadros para resistir las cargas, se corria por uno ú otro flanco amenazando la retaguardia y obligando á la poca caballeria de Sandes á correrse á su vez de uno ú otro lado, para proteger las infanterias de aquellas cargas que nunca se realizaban.

Imposibilitado de atacar eficazmente, Sandes llevó algunas cargas de infanteria haciendo un fuego sostenido, cargas que el enemigo simulaba resistir.

Pero en cuanto el fuego de fusileria empezaba á hacerle daño, se disperaba dejándolos

burlados y atacando siempre la retaguardia aunque sin ningun resultado.

Y los montoneros reian de una manera espantosa produciendo una algazara infernal.

Los milicos de línea, habituados á todas las situaciones de la vida, habian concluido por reir tambien, tomando aquello como una diversion que los sacaba de sus monótonas penalidades.

Pero el Coronel Sandes que se veia juguete del Chacho y de la Chacha misma, no podia sobreponerse á su despecho.

La artilleria empezó entonces á jugar con bastante éxito sobre cada grupo de montoneros que ofrecia un buen blanco.

Esto los contuvo de tal manera, que antes de caer la tarde empezaron á retirarse, aunque tranquilamente, convencido que no se les podia perseguir.

Así, al caer la noche, el Ejército Nacional pudo entregarse á churrasquear con todo descanso.

Sandes, acobardado con los golpes recibidos habia dispuesto un servicio de centinelas, de manera á evitar todo género de sorpresas.

Pero Chacho parecia haberse retirado definitivamente, no dejándose sentir en toda la noche.

Al dia siguiente no se sentia nada que acusara la proximidad de enemigo alguno.

Al lado del Chacho y golpeándose la boca, ginetete en magnifico caballo mendozino, iba una mujer que no podia ser otra que la Victor.

Ella era efectivamente, ella que habia asistido á toda la batalla, sin separarse un momento del marido, y viniendo á su lado en las mas famosas cargas dadas á la infanteria de Sandes.

Este lanzó algunas partidas del primero, tratando de bolearle el caballo para tomarla prisionera; pero aquellas partidas tuvieron que regresar, corridas por la misma Victor, que les esperaba hasta cierta distancia y los cargaba en seguida con lo que parecia escolta de Chacho, obligandolos á retroceder.

Cuando los perseguidores daban vuelta y huian, la Chacha se les iba á la espalda y no regresaba hasta que sus soldados no volteaban dos ó tres.

Entonces se incorporaba al Chacho en medio de las mas estruendosas carcajadas y aplausos de sus soldados, que si habian decidido dispersarse al principio, encontraron despues inútil esta maniobra y aunque separados por regimientos, siguieron luego en la misma direccion.

Asi el Coronel Sandes, perfectamente triunfante, no pudo moverse del campo de la batalla, viéndose obligado á presenciarse la retirada de Peñaloza sin tener como persiguirlo.

A Chacho le habia faltado infanteria para triunfar en su sorpresa; y á Sandes le faltaba caballeria con qué hacer una persecucion que le hubiera dado por resultado el desbande de la montonera y un buen número de prisioneros tomados.

Como Chacho veia que no podian persiguirlo, siguió marchando lentamente hasta que cerró la noche.

Entonces desprendió una fuerte partida, que describiendo un semicírculo se situara á retaguardia de Sandes y diera un nuevo é inesperado golpe sobre las infanterias; golpe que por lo menos falicitaria la huida de todos los montoneros destinados en aquella arma.

Ya sabian que el enemigo no tenian con que persiguirlos y que podian hacer cuanto quisieran, retirándose protegidos por la noche, que no se presentaba tan clara como la anterior.

Chacho seguiria marchando siempre á vanguardia, engañando con el ruido de sus caballos y la algazara de sus soldados.

Como las avanzadas de Sandes sentian siempre á vanguardia el bullicio de la tranquila marcha de Chacho, enviaban chasque tras chasque al Coronel, avisándole que el enemigo iba siempre en marcha, sin cambiar de direccion, y tan lentamente, que se le podia seguir con la infanteria, porque bien podia ser que campara y ofrecer entonces la oportunidad de un golpe de mano.

Esta idea no pareció mal al Coronel Sandes, pensó ponerla en práctica despues que sus tropas hubieran descansado un poco y tenido tiempo de dejar algunas partidas organizadas, cuidando los heridos que no se podian llevar, hasta el dia siguiente que los escoltarian al primer pueblito á retaguardia.

El enemigo seguia retirándose y no habia que pensar en un encuentro inmediato.

Los medicos, asombrados de que la herida

de Sandes no hubiera tenido un mal resultado, lo convencieron que antes de ponerse en marcha debia consentir en hacerse una nueva cura á la que el Coronel no les opuso inconveniente.

E improvisando una carpa pusieron manos á la obra, llegando el asombro á un colmo verdadero, cuando vieron que á pesar de la movilidad y falta de reposo, la herida apenas habia supurado y empezaba á cicatrizar:

Inmediatamente despues de practicada la cura y colocado un vendaje conveniente, el Coronel Sandes dió la órden de marcha, en silencio y en el mayor órden posible.

Empezaban á querer moverse las columnas paralelas, que era el órden de la marcha cuando se sintió un furioso tropel á retaguardia.

No tuvo tiempo el Coronel Sandes de ordenar se averiguase lo que aquello significaba, pues en el acto estuvo sobre ellos la columna desprendida por Chacho, que empezó á sablearlos de todos modos y con toda impunidad en el primer momento en que se oyó tronar en medio del general estruendo, la voz del Coronel Sandes, que gritaba: formen los cuadros! formen los cuadros!

Los cuadros estuvieron inmediatamente formados, y rompieron un fuejo violento sobre los montoneros; pero éstos, logrado su objeto y cumplida la órden que traian, empezaron á retirarse, causando siempre el mayor daño posible.

Habian aprovechado los primeros minutos de confusion general, y habian dado una buena y violenta carga, que no solo causó muchísimas bajas, sino que desconcertó al enemigo.

Los montoneros se retiraron por vanguardia, con el intento de sorprender la avanzada de Sandes, lo que no les fué difícil.

La avanzada, al sentir el fuego de fusileria, hizo un alto; pero como el fuego cesó pronto, siguió avanzando en cumplimiento de la órden recibida.

Cuando sintió el tropel de los montoneros que avanzaban por retaguardia, se imaginó que seria el resto del primero que venia á reforzarlos para atacar, ó á relevarlos.

Y el oficial mandó hacer alto esperando la llegada de la tropa.

¡Cuán seria su sorpresa y su asombro al ver que aquella tropa caia encima de ellos como una tormenta, sembrando entre las filas el espanto y la muerte!

El mismo oficial fué la primera víctima porque aturrido por un golpe de sable fué arrebatado de su caballo y hecho prisionero.

La sorpresa no podia haber sido mas completa.

Marchando ellos como marchaban, detrás de los montoneros y como avanzada de Sandes, cómo podian figurarse que los habian de sorprender por retaguardia?

Así esta sorpresa fué para aquellas tropas vivas y bravas, de mejores resultados que la primera.

La avanzada fué dispersada en el acto, despues de sufrir muchas bajas, retirándose sus soldados en la mayor confusion, por la retaguardia, seguros de hallar á mayor ó menor distancia, las fuerzas del Coronel Sandes.

Este jefe estaba indignado contra su avanzada á quien culpaba de lo sucedido; pero bien

Chacho, no podía darse cuenta de la operación, y marchaba sin descanso, con toda la rapidéz posible, creyendo no tardar en alcanzarlo, y no comprendiendo como no lo había alcanzado ya.

Y los gefes creían que Sandes iba á concluir por perder la razón, dada la desesperación en que su impotencia lo sumía.

La irritabilidad lo llevaba entonces á cometer excesos imponderables.

Una vez se tomaron dos paisanos en San Luis, que debían pertenecer al Ejército de Chacho, por su traje, por la manera que se habían tomados y por el hecho de no ser ninguno de ellos de la provincia de San Luis.

Llevados á presencia de Sandes, no pudieron negar que eran montoneros, y confesaron sin el menor rodeo que pertenecían á las fuerzas de Peñaloza.

Siendo esto así, tenían que cantar donde estaba el Chacho, ó sufrir algunos de los bárbaros castigos á que serían sometidos.

El interrogatorio se limitó simplemente á averiguar donde estaba el Chacho con su Ejército, que era lo mas interesante por el momento, y que nadie podía indicarlo mejor que aquellos dos soldados del Chacho.

Así es que esta fué la única tendencia de aquel curioso interrogatorio.

— ¿Cómo es que ustedes están aquí y no en el Ejército á que pertenecen?

— Porque estamos licenciados, respondieron buena y tranquilamente los paisanos.

— ¿Y donde deben incorporarse al Ejército y cuando deben hacerlo?

— Cuando venga Chacho nos juntaremos todos de nuevo.

— ¿Por cuanto tiempo es su licencia?

— Por ningún tiempo, señor, cuando llegamos aquí, Chacho nos dijo que no nos precisaba mas, porque ya no iba á hacer mas la guerra, que nos fuéramos á nuestras casas y que cuando él nos necesitase el nos haría avisar.

— ¿Y todo el Ejército fué licenciado?

— Todo, si señor, no quedó ni un muchacho pues cada cual agarró para su pago y Chacho se retiró con cuatro ó seis amigos, nada mas.

— Eso es mentira, Chacho debe estar por aquí cerca y ustedes no quieren decirlo, pero yo se lo voy á hacer confesar.

Y aquellos dos paisanos fueron puestos en cuatro lanzas, amenazándoles con que, si no decían donde estaba Chacho los matarían, haciéndolos sufrir horriblemente.

— Pero señor, si hemos dicho la verdad! todo el pueblo aquí sabe que Chacho licenció su Ejército y se cortó solo, porque nos van á mortificar ni á castigar, haciéndonos mentir á la fuerza.

Sin escuchar sus pedidos y juramentos los dos paisanos fueron puestos en cuatro lanzas, sufriendo aquel bárbaro martirio con un valor asombroso y firmemente resueltos á no decir la verdad de lo que sabían, es decir donde habían de reunirse con Peñaloza.

Sandes mandó al pueblo á tomar otros prisioneros de distintos puntos para computar las declaraciones, resolviéndose entre tanto apurar á los ya tomados, para que dijeran la verdad.

— Ya han confesado otros, les dijeron, y es

inútil negar más, van á decir donde está el Ejército ó los vamos á despedazar.

— Si otros han dicho algo, habrá sido de miedo de que no los castiguen y habrán mentido.

Nosotros podríamos haber hecho lo mismo, pero creímos que lo mejor era hablar la verdad, y es esto lo que nos ha perdido.

Y como persistieran en que Chacho se había retirado solo, después de haber licenciado su Ejército, se les mandó poner en el sepo colombiano hasta que hablaran.

Quién no sabe entre nosotros lo que es un cepo colombiano, ese tormento brutal é irresistible aún para el hombre más vigoroso?

Salir del colombiano con vida, es un milagro que no podrán contar cuatro de los cientos de hombres á quienes ha sido aplicado.

La espina dorsal, juntada en sus extremos por los dos fusiles, se rompe y la víctima espira al fin en medio de los tormentos más bárbaros.

A esta muerte indescriptible fueron sometidos aquellos dos infelices, medio eficaz, según se creía, para hacer confesar la verdad al hombre más terco.

A la tarde fueron traídos al campamento de Sandes, ocho ó diez hombres tomados en diferentes puntos del pueblo, sometiéndolos por separado al mismo interrogatorio que los paisanos.

Todos ellos estaban contestes en sus declaraciones, que venían á probar que los paisanos no habían mentido.

No habian todos ellos, Chacho había estado campado allí durante dos días, al fin de los cuales había disuelto su Ejército, retirándose él en seguida, acompañado de un pequeño grupo.

La mayor parte de los soldados se habían ido inmediatamente para sus respectivos pagos, quedando otros allí para divertirse y descansar un poco, yéndose á medida que habían querido.

En cuanto al paraje donde se había retirado Chacho lo ignoraban, aunque suponían que no podía haberse ido sino á la Rioja.

Sandes mandó entonces sacar del Colombiano á los dos paisanos, porque habiendo servido con el Chacho serian buenos vaqueanos de todos los puntos recorridos por aquel y conocerian todas sus guaridas.

Pero fué ya demasiado tarde.

Cuando desligaron los dos fusiles que formaban el cepo, los dos paisanos rodaron inertes al pié de sus verdugos.

Eran ya cadáveres: los pobres no habían podido resistir, según el centinela que los vigilaba, ni cinco minutos, y habían muerto sin pronunciar una sola palabra.

Aquella muerte desesperante, el terrible estado de aquellos dos cadáveres, hizo una impresión tremenda en los otros presos; pero así mismo Sandes no encontró quien le diera datos ciertos ni falsos sobre la situación de Chacho y el paraje donde podría hallarlo.

No confesaban la verdad, porque por nada de este mundo hubieran hecho traición á su caudillo, y no daban falsos datos porque te-

La desesperacion de la impotencia

El odio inconciliable contra los habitantes de las Provincias chachistas fué entonces tremendo por parte de las tropas de Sandes.

Para evitar que pudieran desertarse, los destinados á la infantería, los milicos tenían órden de matar al que intentara de huir ó separarse tan solo de las filas.

Así mismo los prisioneros destinados eran muy pocos, porque era mucho trabajo enseñarles la instruccion y el manejo de arma.

Se prefería matarlos, destinando á la infantería solamente aquellos que en un caso dado podian servir de vaqueanos en los parajes que habian de recorrer y en las aguadas.

Porque aquella campaña se habia convertido ya en una marcha eterna, sin un momento de trégua ni un momento de descanso.

Cada vez que el Ejército campaba en algun punto con el propósito de descansar, venian las descubiertas de vanguardia ó de los flancos, con la noticia, de que Chacho se hallaba campado en tal ó cual paraje, con toda su gente.

Se hacian los preparativos consiguientes para darle un golpe definitivo, y se marchaba sin trégua ni descanso hasta llegar al paraje indicado, pero ya Chacho no estaba allí.

Se conocia en los rastros que efectivamente allí habia estado hacia muy poco tiempo, tal vez horas, circunstancias que libraba de un castigo severo á los que habian llevado el parte.

Allí se campaba enviándose nuevas descubiertas á todo rumbo, y campando allí á esperar los partes.

Estos tardaban mas ó menos, segun la distancia á que se habia alejado Chacho, distancia que siempre era de diez leguas poco mas ó menos.

Así las descubiertas seis ú ocho horas mas tarde, volvian con la noticia del paraje donde habia campado nuevamente el Chacho.

Sandes esperaba entonces la noche, para marchar protejido por la oscuridad y sorprenderlo al amanecer; pero cuando llegaba al paraje indicado, ya el Chacho habia levantado campamento y habia desaparecido.

Tan poco tiempo hacia que se habia movido, que muchas veces se hallaban aún encendidos, los puchos de los cigarros que habian fumado.

Entonces el Coronel Sandes apuraba la marcha del Ejército cuanto le era posible, adelantando partidas á vanguardia, pues no podia tardar en alcanzar á aquellos condenados.

Pero cuando habia hecho una jornada de diez ó mas leguas al trote y galope, lo alcanzaba alguna de sus descubiertas con una noticia desesperante.

El Chacho andaba á veinte leguas á retaguardia.

Y habia que contramarchar con la misma rapidéz, con un cuidado inmenso en el órden de la marcha, para evitar aquellas terribles sorpresas en que generalmente terminaban todas estas marchas y contramarchas.

Se contramarchaba pues sin descanso ni áun siquiera el necesario para comer, para no perder la oportunidad, pero cuando se llegaba al paraje indicado ya el Chacho habia desaparecido para hacerle sentir nuevamente á retaguardia.

¿Era aquello casual ó era intencional?

¿Conocia Chacho las marchas del Ejército y huía de su encuentro, ó sus desapariciones dependian acaso de un propósito ó de un sistema de no permanecer mas de tres horas en el mismo punto?

Esta era la verdadera causa.

Chacho sabia que Sandes andaba á diez ó quince leguas de distancia, buscándolo con ahinco y no demoraba mas tiempo del que su enemigo podia tardar en andar aquella distancia.

De trecho en trecho, y como á dos leguas de distancia uno de otro, iba dejando soldados bomberos que debian pasarse la palabra en cuanto sintieran la aproximacion del Ejército.

Y distribuyendo el mismo servicio á los flancos y á vanguardia, el Ejército podia dormir muy tranquilamente, en la seguridad que tendria noticias de la aproximacion de Sandes, un par de horas ante que este llegara á su campamento.

Cuando se veia muy apurado y espuesto á ser alcanzado, ó necesitaba dar á su tropa un buen descanso, entonces daba cita á su Ejército para queince ó veinte dias despues, en un punto determinado.

Si Sandes andaba por la provincia de Jujuy, el punto de reunion eran los Llanos de la Rioja, y si en la Rioja estaba, daba cita en la frontera de Santiago.

Y disolvía su ejército en grupos que, el mas numeroso no pasaba de cinco á seis hombres.

Y aquellos quince ó veinte dias que los montoneros descansaban y otros tantos que tardaba en tener noticias de ellos, eran dias que el Coronel Sandes pasaba en la mayor desesperacion, al ver su impotencia para dar con el Chacho.

El no conocia este recurso de descanso ideado por el Chacho, y como aquellas disoluciones tenian lugar cuando él iba casi á golpe seguro, á unas cuatro ó seis leguas del

y la desmoralización de un Ejército aburrido ya ante campaña tan estéril.

No podía desprenderse del campamento ningún número de soldados, sin caer en alguna emboscada de montoneros.

Todo recurso que les veía, por mejor que fuera la escolta que trajera era arrebatado por ellos y dispersada ésta ó hecha prisionera.

No había convoy de alimentos, ni de municiones que no cayera en poder de las partidas de Chacho, diseminadas en todas partes.

El pastoreo de los mismos caballos y mulas de que se servían, era necesario hacerlo encima del Ejército para evitar que los chachistas se lo llevaran ó hicieran dispersar.

Aquella vida no era ya soportable.

Era necesario tomar una medida seria y el Coronel Sandes se retiró á San Luis á organizar rastreadores y vaqueanos que lo guiaran hasta donde estaba Chacho.

Sandes pensó que tomando la Provincia de la Rioja nuevamente, y situándose allí de una manera definitiva, era el único medio de poder dar á Peñaloza un golpe sensible.

Pero para esto tendria que dividir sus

fuerzas dejando la mitad en San Luis, único medio de poder tener comunicacion segura, pues de otro modo se esponia á que Chacho interceptara cuanto le viniera destinado, desde la correspondencia hasta los viveres.

La fuerza que quedara en San Luis podia servir para escoltar todo aquello que para él fuese, y de esta manera Chacho no podria tomarle ni un solo novillo.

Entre tanto, y con un buen cuerpo de vaqueanos se podia bombar á Chacho y caerle encima alguna vez.

Sandes se veia forzado á obrar con toda la actividad y energia posible pues el Gobierno le enviaba órdenes apremiantes en aquel sentido.

Ya la actitud resistente de Peñaloza hacia caer el ridículo mas cómico sobre el Gobierno Nacional, todo cuyo poder habia sido insuficiente para contener una montonera que en un principio se creyó cuestion de una semana y que despues tomó proporciones terribles.

Era preciso someter á Peñaloza de una ú otra manera, y Sandes se preparó á hacerlo con todo el empeño de su carácter firme.

La puñalada de muerte

Muchas veces se habia tratado de asesinar á Sandes, pero el mismo Chacho habia sido el primero en disuadir á los que tal empeño tenían.

—Sandes tiene siete vidas como los gatos, repeticia con frecuencia, y el que vaya á asesinarlo no solo no logrará su propósito, sinó que morira a sus manos.

El diablo le ha prestado su cuero á ese hombre, y no hay arma que le venga bien.

Estas palabras habian desanimado á muchos que tenían aquel empeño, reconociendo toda la razon que asistia á Chacho, despues de aquella última é inútil tentativa.

Sin embargo, si algunos renunciaban á este propósito, otros se contentaban con aplazarlo hasta hallar la oportunidad conveniente.

Ya Sandes conocia á los montoneros en el pelo de la ropa, desconfiaba de todo el mundo, y era muy difícil acercarse á él sin exponerse á ser conocido y á sufrir las consecuencias de su propósito sin haber logrado siquiera ponerlo en práctica.

El proceder violento y cruel muchas veces del Coronel Sandes, habia hecho nacer deseos de venganza que solo la muerte podia borrar.

Los deudos de tanto infeliz muerto entre las estacas y las lanzas, los pacientes de tanta mujer robada al hogar y sumida en la mayor

vergüenza, eran otras tantas voces de muerte que se levantaban contra Sandes y que solo la muerte podria acallar.

Y habia hombres que habian quedado solos y en el mayor desamparo, que no hacian sinó seguir los pasos del Ejército, espiando el momento de poder saciar su venganza.

El Coronel Sandes por su parte que sabia aquellos deseos de muerte que se tenia contra él y escamado con la última tentativa, tomaba sus precauciones de manera á poder burlar cualquiera de estas tentativas.

Fiado siempre en su valor asombroso, Sandes no usaba mas armas que un lujoso arreador de cabo de plata, con lo que tenia bastante para repeler cualquier agresion.

Como andaba siempre en provincias llenas de enemigos donde cada hombre era para él una amenaza de muerte, sus amigos le aconsejaban siempre que aunque solo fuera por precaucion, usara una cota de malla que garantizara su vida de cualquier agresion alevosa.

Pero Sandes mostraba entónces el pesado cabo de su reador, y decia:

—Esta es la mejor cota que puedo usar.

El que me acometa tiene que pegarme muy firme para librarse de mi, porque ya saben que tengo el cuero muy duro y que en última instancia se encontrarian con mi arriador, no

nian que Sandes se niciese acompañar por ellos, y averiguada la mentira fuera peor para ellos el resultado.

El estado de los cadáveres era verdaderamente horrible.

Tenian rota la columna vertebral en dos ó tres partes y en la nuca, donde se habia apoyado el fusil que la comprimia contra las rodillas, habia una hinchazon espantosa.

Sandes mandó exhibir aquellos dos cadáveres, diciendo que haria lo mismo con todos los que se negaran á darle los datos que pidiera de Peñaloza, y que algo peor haria con aquellos que le dieran un dato falso.

Y estas escenas y estas crueldades se repetian en cada ciudad, en cada pueblo á donde llegaba el Ejército Nacional.

Y así el horror que inspiraba llegaba al estremo de que á su aproximacion, la gente huia como de una calamidad segura, persuadida de que se repetirian entre ella los eternos horrores y crueldades.

— Este es el Ejército del Gobierno que viene á garantirtos del Chacho, éste es el Ejército de orden y de moral! gritaban por todas partes, y cada cual ponía su grano de arena para ayudar la causa del caudillo Riojano, que venia á representar para ellos la libertad y el derecho, haciendo á Sandes todo el mal que indirectamente podian.

Y éste, creyendo siempre que en aquellas provincias no habia más medios de dominacion que el terror, seguia aplicando sus formidables castigos y amenazando con ellos á todos los que no anduvieran derechos, es decir, á aquellos que no se prestaran á lo que de ellos se exigia.

Peñaloza, despues del descanso dado á sus tropas, descanso que habia aprovechado él mismo, y que harto lo necesitaba, se encontró con un ejército mayor que el que habia citado, en el punto que les indicara.

Porque los que huian de Sandes y los que miraban al Ejército Nacional como un enemigo feróz contra el que no habia defensa posible, se habian plegado á sus milicos, buscando un puesto entre sus filas verdaderamente libertadoras.

Y como sabian que el enemigo no daba cuartel, y que el que no muriera en la batalla moriria entre las estacas ó el cepo colombiano, aquel ejército iba dispuesto á sufrirlo todo, y á combatir hasta el último aliento, como único medio de salvacion para ellos y para los pueblos donde quedaban sus familias.

Así Sandes, creyendo disminuir por medio del terror el número de sus enemigos, los aumentaba de una manera imponderable, sublevando contra él á todas aquellas provincias.

— Si no podemos vencer, moriremos peleando, decian, y matando todos los enemigos que podamos.

Y era tal su entusiasmo y su deseo de combatir, que pedian á Chacho encarecidamente que los llevara al combate, porque estaban seguros de triunfar.

Peñaloza tenia que contener el ardor de sus soldados, mostrándoles la pobreza de sus ar-

mas, única cosa en que se reconocia inferior al enemigo.

— Yo no quiero llevarlos al sacrificio sino á la victoria, les decia, es preciso esperar el momento oportuno y debilitar para entónces al enemigo, con todos los recursos que están á nuestro alcance, no dejándoles un momento de reposo para que descanen el cuerpo y coman un mal churrasco.

En este terreno somos mil veces superiores y debemos de usar nuestras ventajas, para equilibrar así la desproporcion de nuestros recursos.

El enemigo nos tendrá siempre encima sin que pueda saber de donde hemos salido y desaparecemos de su vista sin que pueda sospecharse á donde nos dirigimos y cuando volveremos á reaparecer.

Nos tendrán siempre presentes, en la agua que beban y en la que deseen beber, en la falta de reposo, en la fatiga de las marchas y en el temor de las sorpresas.

Que no vivan sino pensando en nosotros y acosados por nuestros golpes de mano.

De esta manera los desesperaremos, los convenceremos que no se puede luchar con nosotros y abandonarán por fin nuestros territorios corridos y avergonzados.

Este fué el nuevo sistema que adoptó Peñaloza despues de aquel descanso tan provechoso.

Como era tan crecido el numero de sus tropas, hizo seis ú ocho divisiones ligeras, y las lanzó sobre Sandes por diferentes puntos, á hostilizarlo de todos modos sin comprometer combate.

Y como cada division andaria por su cuenta sin tener noticias de las otras, Chacho dió un punto de reunion general para dia fijo, y en prevision de que, por cualquier cosa imprevisible, no pudieran efectuar la reunion en el paraje indicado, señaló otro punto donde pudieran reunirse cinco dias despues.

Sandes debia encontrarse, por este nuevo plan de campaña, hostilizado á cada momento y por todas partes, por enemigos que no le dejarian un momento de reposo y con el que no podria luchar porque desapareceria de su alcance con la misma rapidez que habia aparecido.

Y saldria de un grupo para ser atacado por otro, y de este otro para ser acometido por un tercero, y así sucesivamente.

Y como perseguir á un enemigo cuya posicion era desconocida, y que para atacarlo de sorpresa siempre se subdividia hasta el fastidio?

Sandes empezó á sentir los efectos desastrosos de la guerra y se convenció que era preciso retirarse, ó establecer un campamento definitivo, de donde no se moveria sino con ciertas precauciones y solo para caer rápidamente sobre todo el Ejército de Chacho, una vez que se presentara la oportunidad.

Sandes optó por el segundo temperamento, y campó hábilmente para estar á cubierto de cualquier sorpresa y estudiar prácticamente el nuevo género de guerra á que se le provocaba.

Pero pronto se convenció que aquella inaccion no podia traerle sino resultados funestos

dor de cabo de plata y soltaba una alegre carcajada.

—Siempre andan ustedes viendo vieiones y asesinos, le respondian y no piensan que en el camino que yo hago, es imposible la menor tentativa de asesinato.

De casa ó del cuartel sentirian mi voz, sin contar con que mi arriador anda siempre de vanguardia y no sabe dormirse.

Ya Segovia se habia convencido que Sandes no consentiria nunca en ser acompañado, y no habia vuelto á decir una palabra al respecto. Mientras duró la luna, no hubo porque tener el menor recelo, pero cuando las noches empezaron á ser oscuras, volvieron los temores de Segovia; pero ya no quiso decir nada al Coronel, en la seguridad que todo cuanto dijera seria perfectamente inútil.

Frente á la casa ocupada por Sandes, y sobre el cordón de la vereda, habia una fila de ladrillos que ocupaba una estension como de ocho varas, y que dejaba entre la pila y la pared un claro suficiente para el paso de un hombre.

Sandes tenia la costumbre de atravesar á la acera de enfrente, y pasar por aquel espacio, sin ocurrirsele jamás que allí podian tenerle una emboscada.

Estaba muy cerca de su casa, donde siempre habia dos ó mas oficiales y algunos soldados que acudirian á la menor palabra alta.

Para una emboscada, en el camino que habia que recorrer, habia muchos puntos solitarios donde podria tener mucho mejor éxito.

Y ni estos mismos sitios andaba Sandes con el menor cuidado.

Tenia la confianza de que nadie se habia de atrever á atacarlo, y esto bastaba.

Una de estas oscuras noches, salió de su casa, y como siempre, atravesó á la acera de enfrente, para pasar por entre los ladrillos.

Algo se veia, porque la oscuridad no era muy intensa y el Coronel Sandes pudo observar el bulto de un hombre, que estaba metido en el hueco formado por una puerta de calle cerrada ya.

Se detuvo á un par de varas del bulto y le intimó le dejara franco el paso.

Sandes no tuvo desconfianza de ningun género; pero en el punto donde se hallaba el bulto aquel, el paso era muy estrecho y probablemente iba á tener que hacerlo refregándose con él.

Esta fué la única razon que tuvo para decirle: á ver amigo, déjeme franco el paso.

El individuo aquel salió inmediatamente del hueco de la puerta y subió á la pila de ladrillos, para dejar libre todo el espacio comprendido entre esta y la pared.

Sandes pasó tranquilamente, pero al llegar á donde se hallaba el prójimo, sintió un gran golpe en el costado izquierdo.

Dió vuelta rápidamente y envolvió de un latigazo, el semblante del hombre aquel en el chicote de su arriador.

El hombre, mascando un quejido doloroso echó á disparar, y Sandes siguió su camino pensando que se trataria de algun ladron que no lo habia conocido por la oscuridad de la noche.

Sin embargo, y sin dejar de caminar, llevó

la mano al parajé donde habia sentido el golpe, tropezando con el mango de un cuchillo que cayó en cuanto lo hubo tocado.

—Vaya, pensó Sandes, puñalada que no ha entrado, felizmente; si á estos villanos les tiembla la mano cuando tienen que herir á un hombre que saben que si no le pegan bien les ha de romper el alma.

Y convencido que el cuchillo no habia entrado sino en la ropa, por la facilidad con que cayó siguió hasta el cuartel decidido á no decir nada á Segovia, para que su amigo no empezara á embromarlo nuevamente con la necesidad de hacerse acompañar.

Sandes estuvo conversando un largo rato y tomando mate con los oficiales de servicio y Segovia mismo, que aquella noche estaba de mal humor, porque le habian robado su mejor caballo.

El golpe recibido empezaba á causarle alguna molestia, y resolvió retirarse pensando que aquel no era mas que el dolor del golpe producido por el cuchillo que no habia entrado á causa de la ropa ó á causa de no tener bastante punta.

Se dispidió de todos recomendándoles como siempre la mayor vigilancia, y pidiendo á Segovia que al otro dia despues de diana fuese á visitarlo y que queria decirle algo referente al servicio.

Cuando Sandes se retiró, Segovia quedó pensativo un momento, pasado al cual dijo al Comandante de cuartel:

—No estoy tranquilo, porque me parece haber notado algo extraño en el semblante del Coronel, no ha estado tan conversador como otras veces, y se ha retirado mas temprano.

Sinó me equivoco algo lo preocupa y tal vez sea esto lo que me quiere decir mañana.

Sandes sintiendo cada vez mas molestia en el costado, entró á su casa, y llamando á su aposento á uno de sus ayudantes, le pidió que le registrara el costado, porque un gaucha le habia dado una puñalada y no se explicaba lo que podia estar haciéndole el efecto de un pinchazo.

—No es ardor de herida, decia, porque el puñal ha entrado muy poco, debe ser tal vez algun pedazo de trapo que se ha metido ahí.

El oficial registró el costado del Coronel y vió en el acto una ancha herida por cuyos labios asomaba un pedazo de acero, que no podia, ser otra cosa que el cuchillo que se habia quebrado, dejando dentro del cuerpo la mitad de la hoja.

Como la puñalada habia sido dada por la espalda y recibida en un sitio que Sandes no podia verse, pidió al oficial le estrajera aquel pedazo de cuchillo.

—Yo creí que el cuchillo no habia entrado, por la facilidad con que cayó, decia, pero ahora veo que es porque se habia roto.

Y refirió al oficial como le habia inferido la herida, y como no habia dicho nada en el cuartel creyendo que lo que tenia era tan solo la incomodidad del golpe.

Aturdido el oficial porque la herida le pareció muy peligrosa y porque Sandes queria que él le arrancara el pedazo del cuchillo, corrió en el acto á llamar al Comandante Segovia, recomendándole que se apurara porque el Coronel habia sido herido de gravedad.

son muchos os que así no mas han de querer jugar la partida.

A este respecto el Coronel Sandes no se equivocaba, muchos hombres que se habian acercado á él, con el propósito de darle muerte al encontrarse con su mirada severa y braba se habian sentido dominados, y no se habia atrevido á cumplirlo.

El Coronel Sandes era un hombre que imponia, aun con su palabra mas bondadosa.

En aquella fisonomia aguda y enérgicamente cortada, saltaba toda la elocuente espresion de su carácter soberbio y de una firmeza inaudita.

Los mas decididos temblaban ante su mirada de águila y sentian decaer toda la firmeza de sus propósitos.

El empeño de sus amigos porque Sandes cuidara su vida, llegó al estremo de que una vez le regalaran una espléndida cota de mallas, que el tuvo que aceptar por no hacer un desaire, pero dos dias despues la regalaba él á otro amigo diciéndole: se la regalo aunque no creo que sirva de nada; la mejor cota es un brazo fuerte y valiente y dos ojos que no se duerman.

Esta misma manera de proceder, era lo que lo hacia mas temible, pues nada se impone como el valor natural y espontáneo.

Respecto á que la traicion partiera de los mismos cuerpos á sus órdenes, Sandes reia buenamente de semejante sospecha, diciendo:

—Estoy convencido que aunque se buscara con todo el dinero del mundo, no se hallaria en las filas del Ejército un solo hombre que se prestara á asesinarne.

Y si esto no es cierto, concluya, déjennme por lo ménos tener esta buena ilusion.

—Es que en el Ejército hay muchos destinados se le observaba, destinados que pueden ser movidos por un sentimiento de venganza ó de libertad.

A esos mismos destinados, al llegar á mi, replicaba, les temblaria la mano y se les caeria el cuchillo.

No es lo mismo querer matar un hombre que ir á matarlo y hallarse frente al rayo de sus ojos,

Sin embargo ya ve usted que ha habido quien lo haya intentado, librando usted de una manera providencial.

—El fiasco de ese mismo y la manera casual como se me ha escapado disuadirá á los que tengan igual idea, desde que aquel con todo su valor, toda su astucia y su paciencia á penas pudo causarme un rasguño que ni siquiera me privó de montar á caballo.

No habia como convencer á Sandes de la posibilidad que lo asesinaran y sus amigos renunciaron á ello limitándose á cuidarlo ellos, ya que el no se queria cuidar.

El Coronel Segovia, aquel noble y bravo militar gefe entónces del Ier. de caballeria, y que tenia por él una amistad franca y verdadera, era quien mas velaba por el.

Cuando Sandes salia á pasear solo por alguna deaquellas poblaciones enemigas, Segovia mandaba siempre dos soldados que lo siguieran á una distancia conveniente, para evitar cualquier tentativa de agresion.

Pero Sandes se apercibió de aquella compa-

ñia inesperada y prohibió á Segovia que volviera á hacerle cuidar las espaldas.

Pero mi Coronel, le decia éste, es necesario hacer esto, usted pasea solo, entre enemigos que lo ódian, déjeme siquiera hacerle cuidar la espalda para evitar una desgracia.

—Estoy muy agradecido á sus cuidados amigo mio, pero no lo haga mas.

No quiero que nadie crea que yo puedo tener miedo, porque con esto se alentarían los asesinos y se animarian á lo que por ahora no es posible.

Quiero andar solo, completamente solo y bajo la única salvaguardia de mi arriador: créame que esta es una buena garantia y que así no mas no han de poder con el.

Así, Segovia tuvo que renunciar á sus cuidados que solo iban á servir para hacerle tener un sério disgusto con su Coronel y amigo.

Estando en San Luis, la vigilancia de sus amigos y sus oficiales mismos, se precuacia sin que Sandes pudiera apercebirse de ello, pues era precisamente allí donde mas terror abriganaban.

En aquella provincia se habian ejercido muchos actos de crueldad y de violencia y debia haber muchas personas interesadas en la muerte de Sandes y muy capaces de intentar dársela.

Los puntanos son asombrosamente valientes y audaces y eran San Luis precisamente la provincia donde se refugiaba la crema de los montoneros mas bravos y chachistas mas decididos.

De aquella provincia se habian destinado muchos hombres á las tropas de linea de los que nada bueno se podia esperar.

El Regimiento 1º se hallaba en el único cuartel que habia en la ciudad de San Luis, cuartel que aun existe tal cual era entónces.

Sandes vivia en una casita á pocas cuadras de allí, y teniendo en su compania dos de sus ayudantes, para mandar con ellos las órdenes que pudieran ocurrirse á altas horas de la noche.

El Coronel Sandes no se acostaba nunca, sin haberhecho una visita al cuartel del Regimiento 1º, para cerciorarse que todo estaba en orden y que su gefe estaba en su puesto.

Las poblaciones de aquellas capitales ofrecian siempre halagos y Sandes no se conformaba con que Segovia durmiera fuera del cuerpo.

Podria suceder algo durante la noche, ser sorprendido y atacado el cuartel mismo, y no estando allí su gefe, podia muy bien ocurrir algun contratiempo serio.

Así, despues del toque de silencio, el Coronel Sandes salia de su casa é iba al cuartel del 1º á tomar un par de mates.

A veces salia acompañado de Segovia, que habia venido á buscarlo; pero generalmente iba solo.

La vuelta la hacia siempre solo, apesar de las criticas de su amigo que le decia:

—Una noche le va á suceder un chasco, de puro terco y caprichoso.

¿Qué le cueste hacerse acompañar por un soldado? mire que aqui hay muchos bandidos, muchos enemigos suyos y la ocasion hace al ladron.

Sandes mostraba á Segovia su grueso arria-

Era la primera vez que el Coronel Sandes se mostraba tan mortificado por una herida, y la primera vez que tardaba tanto en curarse de una manera definitiva.

—Es que es una herida espantosa, decía el Doctor Day, y de las que se clasifican como necesariamente mortales.

Cualquier hombre, añadía, que hubiera recibido semejante herida, habría muerto antes de que yo hubiera llegado á San Luis.

Lo que hay es que ese hombre tiene una organización poderosísima y de carnadura excepcional.

Si se consigue someterlo á la obediencia en el régimen curativo, cuya base es la tranquilidad, no sería difícil que se le pueda curar de una manera completa, sin que tenga que temer consecuencias posteriores.

Pero si no quiere obedecer las prescripciones médicas, si antes de estar curado quiere andar á caballo y seguir las fatigas de esta campaña,

tan llena de penurias y de agitaciones, no digo que muera inmediatamente, pero si que esta herida, por si sola, es capaz de determinar la muerte, por mas curada que parezca.

Sandes prometió á su amigo Segovia no moverse hasta que el doctor Day no se lo permitiera, y ambos gefes se separaron con el mas fraternal de los abrazos, prometiéndole Segovia irsele á reunir á Mendoza, si su curación tardaba.

Segovia se quedaba en San Luis, no solo porque así convenia para hostilizar al Chacho y no dejarlo entrar á la ciudad, sino para seguir aquella pesquisa en la que se habia comprometido y en la que habia empeñado todo su amor propio.

—Es una vergüenza que el asesino se escape, decía, por menos que sean los datos existentes sobre su persona y por mas tiempo que haya pasado desde que se cometió el crimen.

El génio del rastreador

Como desde el primer momento Segovia habia propuesto dar con el asesino á toda costa, aquella misma noche mandó tapar con un cajón el pedazo de vereda donde indicó Sandes que habia estado parado el asesino, poniendo allí un centinela para que no dejara tocar el referido cajón.

Era aquel pedazo de vereda que, segun su plan, debia dar las mejores señas del hombre que queria agarrar.

Por eso es que habia mandado buscar á Rufino Natel, el mas famoso rastreador de San Luis, gaucho capaz de encontrar el rastro que buscaba, aun sobre la piedra mas tosca.

Rufino Natel, hijo de rastreador, desde criatura habia practicado aquel arte asombroso, en todos los Ejércitos que se habian movido por aquellos parajes.

Habia servido con el Chacho mismo, con Benavidez y aun con el cura Campos, conociendo todos aquellos parajes, como á su propio individuo.

Pero Natel no habia nunca querido servir contra Chacho, ni prestarse á ninguna rastreada que pudiera perjudicar al caudillo Riojano, por quien tenia profundo cariño.

Esto fué causa de que una vez lo prendieran por negarse á seguir el rastro de los montoneros, y que lo condenaran á las estacas, lo que queria decir á muerte, pues ya se sabe que estacas se aplicaban hasta que la victima hubiera muerto.

Segovia que una vez habia recibido un ser-

vicio del padre del jóven rastreador vino entonces en su ayuda de la manera mas eficaz y oportuna.

Siendo el cuartel del 1.º donde se le mandó estaquear, Segovia puso en las estacas uno de tantos cadáveres que entre las estacas quedaban, y mandó á decir al Coronel Sandes que el individuo habia muerto.

Sandes lo habia mandado estaquear sin conocer su nombre, y aún sin haberlo visto.

Le habian dicho que se acababa de tomar un gran rastreador que se negaba á seguir los rastros del Chacho, y él lo habia mandado estaquear sin mas averiguación.

Segovia podia yes salvarlo sin el menor compromiso, desde que Sandes no lo conocia y su fisonomía se habia borrado de la memoria de los mismos que lo prendieron.

Dió á Natel su mejor caballo para que huyera y se ocultara, haciendo el aparato que ya hemos referido.

Y la operacion no tuvo la menor consecuencia: se creyó lo que habia dicho Segovia, pues nadie tenia porque dudarle, y nadie volvió á hablar de aquello.

Un muerto en las estacas era cosa arto frecuente para que ninguno se preocupara de un suceso tan familiar.

Natel por su parte, al recibir el caballo de manos de Segovia, le habia guiado una lealtad eterna.

— El día que me necesite, le habia dicho, búsqüeme, sea para lo que sea, que siempre

—Con razon notaba yo algo en el semblante de Sandes, exclamó Segovia saliendo precipitadamente: estoy seguro que cuando vino aquí ya estaba herido.

Cuando llegó al aposento del Coronel, ya este se hallaba en la cama, haciéndose sacar con el oficial el pedazo del cuchillo, quién hacia todo el aparato posible para dar tiempo á que llegase Segovia viera lo que habia de hacerse.

El caso era muy apurado, en San Luis no habia médico alguno que inspirara confianza, y ante todo era preciso curar la herida, para evitar una complicacion ó un tétano.

Sandes estaba empeñado que, entre su ayudante y Segovia le sacáran el pedazo del cuchillo; ó sinó les decia, llamen á mi asistente y me lo hago sacar con él.

—Un momento, dijo Segovia, para que Sandes no fuera á hacer lo que decia, pues ya sabemos que trataba su propia carne como si fuera madera, un momento que voy á traer una pinza porque está muy adentro y no se puede socar con los dedos.

Y recordando que al lado de la casa de Sandes vivia un boticario, fué á buscarlo y lo trajo para que dragoneara de cirujano, ya que no era posible otra cosa.

El boticario, salvando su responsabilidad procedió á la extraccion del pedazo de cuchillo que media la friolera de siete centímetros.

El acero no era muy famoso y la violencia del golpe dado un poco de arriba á abajo, habia hecho romper la hoja, tocándole entre las dos costillas.

Fuerte y segura, á no dudarlo, debia ser la mano que habia inferido aquella herida! — felizmente, en aquella carnadura sobrenatural, parecia que no tendria mayores consecuencias.

Sin embargo, el Coronel Sandes se sentia muy mortificado, cosa que ne le habia sucedido con las heridas mas peligrosas que habia recibido.

El boticario, salvando siempre su responsabilidad y diciendo que era preciso ver á un médico lo mas pronto que le fuera posible, porque le parecia que aquella herida era de la mayor gravedad, lavó y vendó la herida del mejor modo que le fué posible.

Concluida la operacion, Segovia trató de tomar á Sandes todos los datos posibles para tratar de tomar al asesino, pero Sandes no pudo dar otros que las que ya conocemos.

Se mandó buscar el mango del cuchillo en el paraje que el Coronel indicaba, donde se encontró efectivamente.

Era una cuchilla ancha y poco aguda por tener algo redondeada la puuta, de la que faltaba efectivamente el pedazo que habia sido extraido de la ancha herida.

Toda aquella noche se empleó en explorar todos los alrededores, hacié el lado que el Coronel indicaba habia huído el asesino, pero no pudo conseguirse nada.

Nadie lo habia visto y nadie podia dar de él la menos seña.

El mismo Sandes no podia decir nada á este respecto, pues con la oscuridad de la noche apenas habia visto el bulto, pudiendo darse cuenta de que aquel hombre era un gaucho este era pues el único dato que se tenia.

Aunque podia hacerse con esto solo, Segovia puso en campaña sus mas prácticos y competentes oficiales, pero nada se pudo lograr.

El asesino no habia dejado el mas leve rastro, ni se tenia le menor idea del paraje donde no se podia hallar.

Al día siguiente todos los oficiales habian regresado al cuartel, siendo inútiles todas las pesquisas hechas.

—Yo lo encontraré sin embargo, decia Segovia, y en menos tiempo del que se precisa, y mandó buscar á Rufino Natel, el mas famoso rastreador que existia en la provincia de San Luis y á quien Segovia conocia por diversos servicios que otros veces le habia prestado.

Como el estado del Coronel Sandes se agravara de una manera sensible, manifestando éste que le parecia que algun cuerpo extraño habia quedado dentro de la herida, se mandó un chasque á Mendoza en busca del Doctor Edmundo Day, famoso cirujano en quien se tenia la mayor confianza; quien llegó apresuradamente con todos los instrumentos necesarios y un botiquin bien provisto.

El Doctor Day reconoció la herida que fué preciso reabrir, para extraer un pedazo de hueso roto por la misma puñalada, lo que sin duda habia ocasionado la rotura del cuchillo. Extraido el hueso, fué curada nuevamente, pero el peligro no disminuyó por esto, declarando Day que la herida era muy grave, habiéndose agravado mas, por la presencia de aquel hueso durante tantos dias, hueso que el pobre boticario no habia sospechado siquiera porque no habia sondeado la herida, ni se pensó que la puñalada hubiera sido tan violenta y vigorosa que hubiera roto un hueso.

El Doctor Day aseguró que Sandes necesitaba el cuidado mas prolijo é intelijente; pero que él no podia permanecer mastiempo en San Luis porque para venir habia abandonado su numerosa clientela en Mendoza entre la que tenia enfermos del mayor interés.

En San Luis habia médicos capaces de seguirlo curando, una vez que él habia colocado la herida en buenas condiciones; pero estos no inspiraban la menor confianza á Segovia, porque sabia que eran chachistas y capaces tal vez de dejarlo morir.

El Dr. Day dijo entonces que, para que el pudiera seguir atendiéndolo, era necesario llevarlo á Mendoza, que el viaje no le haria ningun daño y que muy pronto estaria bueno.

Sandes se opuso á aquel viaje, diciendo que lo curara cualquier mediquete de allí; pero Segovia y sus amigos lograron convencerlo, hasta que le arrancaron su palabra de que se dejaría llevar.

Aquí hubo una nueva lucha porque Sandes pretendia hacer el viaje á caballo, sosteniendo que la herida no tenia nada de ver con el resto del cuerpo; pero ya colocado en el terreno de las concesiones tuvo que consentir que lo llevaran en una especie de galera que habia para el uso del Ejército, la que se arregló de manera que el herido pudiera viajar con entera comodidad.

El mismo Segovia arregló la escolta que debia llevar el Coronel, de manera que pudiera emprender viaje con entera seguridad.

— El hombre que perseguimos es un rastreador tambien y un rastreador que no se mama el dedo.

El presume que pueden seguirlo, que puedo ser yo quien lo siga, y trata de despistarme con todo empeño.

La cuestion es que yo tampoco me mamo el dedo y ya sé lo que tengo entre manos; veremos á ver si á Rufino Natel se le hace perder un rastro que ha tomado con empeño.

El amor propio del rastreador empezaba á interesarse con las dificultades que preveía, porque iba á dar la mayor prueba de todo lo que valia en su asombroso arte.

Natel sonrió de una manera más poderosa que las anteriores y retrocedió hasta el principio de aquella última cuadro, donde estaba. la primer pisada, é hizo notar al oficial lo siguiente:

El fugitivo, le dijo, cuando hay ventanas, se toma de las rejas y camina entónces sobre el cordon de los pisos: aquí está el rastro.

Solo cuando las rejas se acaban se baja á la vereda y marcha á grandes saltos hasta encontrar otras.

Esto solo lo hace un rastreador y un rastreador que sabe que yo estoy en San Luis; porque con esta táctica se enredaria y perderia un tiempo precioso el mejor rastreador.

Y como el oficial se manifestara asombrado de su penetracion, agregó:

— Esto no es nada, el hombre es hábil y nos ha de poner en dificultades mayores y más interesantes: ya lo verá.

Y siguió andando siempre con la vista fija en la vereda y sin borrar de sus lábios la sonrisa impresa en ellos.

Al poco tiempo de marcha, Natel se detuvo y enseñó al oficial un sitio en el cordon de la vereda: allí los suyos qué se crian entre los ladrillos y piedras estaban aplastados, indicando que un gran peso habia reposado allí.

— Aquí mi hombre, se ha sentado, dijo Natel; pero esto importa muy poco, lo que es necesario saber es porque se ha sentado.

Natel caminó solo unas veinte varas y regresó en seguida donde habian quedado los compañeros, á quienes dijo:

— Mi hombre no tiene un pelo de zonzo; ha estado aquí sentado y pensando la manera de despistarme hasta que cree haberla hallado y la ha puesto en práctica en seguida.

Sentado aquí, se ha sacado la bota del pié derecho, porque aquí hay un rastro tan liviano y poco marcado que no puede ser sino causado por la presion de una bota vacia.

En seguida el hombre se ha arrastrado, en la misma posicion, apoyando en el suelo las manos, que se ven claramente marcadas en el suelo, y recien á las diez varas se ha puesto de pié; aquí está marcado.

Y Natel mientras hablaba, habia seguido caminando y mostrando en el suelo la comprobacion de lo que iba diciendo.

— ¿Porqué se habia sacado la bota del pié

derecho, porqué le incomodaba algo en el pié?

Esto lo habria pensado cualquiera, pero yo veo aquí la verdadera razon.

El fugitivo se ha sacado la bota para atarse el pié con un gran pañuelo y cambiar el rastro, de manera que nadie supiera á que clase de animal pertenecia semejante rastro.

Y ha seguido saltando, por aquí, en un solo pié, para mejor disimular el rastro y hacerlo buscar en otra direccion.

Está mala la cosa, añadió, pero para otro que no sea yo, porque ya estoy en el golpe y no suelto la pista.

Toda aquella demostracion la hacia Natel sobre el terreno y mientras seguia andando— y era asombrosa la seguridad absoluta con que hablaba: parecia que iba refiriendo algo que habia visto hasta en su menor detalle.

Natel dobló de pronto hacia el Oeste y siguió el rastro del pié atado, unas cuantas cuerdas mas.

De pronto llegaron á un potrero sembrado de maiz, donde indudablemente habia entrado el hombre que venian persiguiendo.

La pesquisa empezaba á ser verdaderamente difícil y pronto Natel iba á tener que declararse vencido, ó llegaria al colmo de la habilidad.

Natel miró un momento las plantas de maiz, bastantes altas ya, y sin vacilar un momento, con la seguridad mas pasmosa, entró al potrero atráversandolo por el mismo centro.

Allí las plantas impedian completamente ver el rastro del suelo, pero Natel no lo seguia ya allí.

Se guiaba solo por la inclinacion de las cañas de maiz, que le iban indicando por dónde habia pasado el hombre.

El oficial y los soldados que lo acompañaban, iban maravillados de aquella seguridad, al extremo que creian que Natel habia perdido ya la pista, y solo trataba de salir del sembrado para buscarla nuevamente.

Pero bien sabia Natel lo que hacia: para él era indudable que marchaba sobre la pista del fugitivo y no tenia porque vacilar.

Pero al salir del sembrado Natel tropezó con una dificultad ante la cual se hubiera dado por vencido cualquier otro.

Del lado del potrero por donde salian, corria una acéquia bastante caudalosa, en la que habia entrado el hombre con el propósito de caminar entre el agua, no dejando el menor rastro visible.

El camino que habia seguido aquel hombre parecia estudiado, sabiendo que llegaria á la acéquia donde haria perder todo rastro.

Y efectivamente. ¿Como podrian saber los que lo seguian, en que sentido habia caminado?

Aquí estaba pues la gran dificultad.

Natel se detuvo á orillas de la acéquia y tendió su vista por el campo, en todas direcciones.

Parecia buscar algo que le indicara la direccion que aquel podia haber seguido.

El oficial y los soldados miraban á Natel, sonriendo ante la dificultad que parecia insuperable y como si quisieran decirle: aqui quiere verte maua!

estaré dispuesto á servirlo de todas maneras.

Nada hay imposible para mí, y por hacerlo quedar bien, soy capaz de hallar el rastro del mismo diablo, si el diablo ha pasado por San Luis.

Por esto es que Segovia tenía la mayor seguridad de dar con el asesino; y por esto es que desde el primer momento había mandado tapar la parte de vereda donde estuvo parado, para conservar su rastro y hacerlo examinar por Natel, á quien mandó buscar, según hemos dicho.

Y cuando el rastreador vino á buscarlo le manifestó que lo había hecho llamar porque quería que lo ayudara en un empeño.

— Ya sabe, respondió Natel, que puede contar conmigo para todo: no tiene más que ordenar.

— La otra noche han dado una puñalada al Coronel Sandes, dijo Segovia, tratando de penetrar todo el pensamiento del paisano, en el juego de su fisonomía.

— Ya lo sé, porque todo San Luis lo sabe; y á usted que es mi amigo, con quien puedo hablar francamente, le diré que me alegro mucho y que lo único que siento es que no lo hayan muerto.

— ¿Y sabes quien lo ha herido? mira que yo te necesito para que me ayudes á encontrar el asesino.

— Siento mucho, no porque no pueda servirle, sino porque quisiera que ese hombre se salvara, pues muy justos motivos habrá tenido para hacer lo que hizo.

Yo no le puedo negar nada, mi jefe, ha hecho bien en contar conmigo, aunque lo voy á servir contra todo mi deseo; pero poniendo todo lo que esté en mi mano para hacerlo quedar bien.

Si el asesino está en este mundo, daremos con él, no tenga duda, porque soy yo quien lo busca, dijo el gaucha con acento triste, pero lo siento con toda mi alma, y desde ya le pido que haga por salvarlo todo cuanto esté en su mano.

Para Segovia no hubo ya duda de que Natel procedía con entera buena fé.

— No tengas cuidado, le dijo, ese hombre ha tratado de matar por encargo y lo que yo quiero saber es quien le encargó el crimen.

Yo te garantizo que á él no se le hará nada y que á este respecto puedes estar tranquilo.

— Estoy contento, respondió Natel, porque ahora, al entregarle el hombre que busca no tendré remordimiento puesto que á él nada han de hacerle.

— Bueno, como tu andas en todas partes, entre toda clase de gente, tu has de saber quien lo ha herido al Coronel, ó por lo menos has de sospecharlo.

— Juro que no tengo la menor idea de quien haya sido — lo que me parece es que no debe ser de San Luis porque ya algo se habría dicho.

Es más fácil que haya sido algun forastero que ha estado oculto hasta el momento de dar el golpe, pues nadie se sospecha siquiera quien puede haber sido.

Pero para nosotros esto no importa nada, mi jefe; venga el rastro que lo demás es cuenta mía.

Segovia fué con Natel hasta el pedazo de vereda que conocemos y destapándolo le mostró la huella impresa sobre la tierra y el ladrillo, huella en que un profano habría podido ver la marca dejada por un pié humano.

— Este no es un gaucha, dijo Natel después de un ligero exámen; este hombre está calzado con botas de las que se venden en San Juan y Mendoza: este calzado es demasiado fino para un gaucha.

Y con una atención creciente siguió examinando el rastro de aquellos dos piés y en seguida los alrededores.

Aquí ha estado parado antes, dijo llegando al hueco de la puerta donde Sandes vió primero el bulto, de aquí ha pasado á los ladrillos y de los ladrillos ha disparado hácia el Oeste.

Tenemos el hombre, mi jefe, yo le juro por mi fé que daremos con él, si es que no ha pasado á Chile, donde le encontraremos de la misma manera si me lo dejan buscar.

— Pues manos á la obra entónces; yo te daré los elementos que necesites y á no parar hasta no traermelo aquí.

Segovia preparó á Natel una escolta mandada por el más bravo y más práctico de todos sus oficiales y le entregó víveres y dinero suficientes para que no careciera de nada.

Después de haber oído al rastreador, Segovia no abrigó la menor duda de que daría con el asesino.

Natel se puso en campaña sobre tablas, dando principio á la rastreada más hábil y más interesante que haya tenido lugar jamás.

La vereda de la siguiente cuadra era de piedra, y sobre ella marchó el rastreador finísimo, sin levantar la vista del suelo, y diciendo:

— Es extraño, yo no puedo equivocarme en el rumbo que ha tomado mi nombre, y nada más dicen las piedras de la vereda!

Es verdad que han pasado días y que el rastro puede haberse borrado; pero no todas las pisadas han de haber desaparecido, algunas han de haber quedado.

De pronto, y al concluir la cuadra, Natel se detuvo, sonriendo con inmensa satisfacción.

Acababa de ver una pisada que seguía siempre la dirección del Oeste.

— Aquí vá, exclamó, si era imposible que yo me hubiera equivocado en el rumbo, no hubiera tenido perdón.

Dos cuerdas más adelante, el rastreador halló tres pisadas más, que declaró ser del perseguido y que seguían siempre la misma dirección.

Aquello era extraño, muy extraño para Natel.

¿Cómo es que las pisadas solo aparecían á tan largas distancias y en tan escaso número?

Sonrió en seguida como quien dá en la explicación de algo difícil, y dijo al oficial que lo acompañaba:

—Muy bien, dijo Natel, parece que recién empieza nuestra jornada.

Aquí han estado esperando al hombre con caballo pronto, ha montado y empieza entonces el verdadero viaje.

Nada se ha perdido, pues tengo perfecta seguridad en lo que digo; pero si aquí á montado á caballo es porque encuentra que la jornada vá á ser larga.

Natel cortó mucho al Norte, pues allí las pisadas de los caballos se confundían con otras mil, y como á una seis cuadras mas adelante, volvió á hallar solas y bien marcadas, las que él buscaba.

—Huyen hácia el Norte, dijo, y huyen á todo lo que dán los caballos, por lo que se vé que quieren ganar tiempo.

Como en alguna ó en algunas partes se han de detener, allí los alcanzaremos.

Aunque yo tengo plena seguridad en lo que he dicho, no está demás que ustedes tambien tengan: los troperos han de haber visto á nuestros ginetes, vamos á ver si lo que ellos dicen es lo mismo que he dicho yo, ó si yo me he equivocado.

Todos se acercaron á la tropa y hablaron con su capataz, un Mendozino viejo, que al ver soldados se pegó un susto de todos los diablos, figurándose sin duda que venían á saquearle las carretas.

En cuanto Natel le hizo las primeras preguntas, el viejo Mendozino se sonrió, y mirando á sus peones les dijo:

—Bien les dije yo que aquel hombre no me parecia muy rigo limpio y que venia huyendo; si tenia cara de haber hecho una mala accion!

Cuando llegamos ayer á la madrugada, siguió el paisano, dirijiéndose á Natel, habia allí un ginete con un magnífico caballo ensillado del cabestro.

Aquel caballo no podia ser de tiro, porque estaba demasado bien empilchado, parecia mas bien que estarian esperando á otra persona.

Al cabo de un rato largo llegó un hombre con quien se abrazaron, y estuvieron conversando mucho y en voz baja, puesto que no les alcanzamos á oír ni una palabra.

Despues el que habia llegado montó en el caballo con que el otro lo esperaba, y salieron al gran galope én direccion al Norte.

Yo les dije á mis compañeros que seria capaz de apostar mi cabeza á que ese hombre habia hecho algo malo y venia huyendo, y ahora veo que no me he equivocado, porque ustedes vienen persiguiéndolo.

—Esta es la verdad, dijo Natel, mucho trabajo me ha costado seguirle el rastro desde el corazon de la ciudad de San Luis, pero ya la tenemos y ahora es difícil que se nos escape.

—Quien sabe! dijo el paisano y tal vez se les escape si logra llegar á donde quiere.

El caballo que lo esperaba estaba ensillado á la chilena y el hombre que lo montó me pareció que tenia facha de chileno tambien.

Si á esto se agrega que el rumbo que llevaron es rumbo á Chile, me parece que si no se apuran antes que los alcancen habrán pasado á frontera.

El oficial tenia suma desconfianza del tal capataz y queria prenderlo para obligarlo á que confesara lo que sabia.

—No se puede tener desconfianza de este hombre, observaba Natel, porque él es indudablemente el capataz de esa tropa, y nadie viene á ser cómplice de un crimen á tan larga distancia, y con tropa cargada.

Si el no formara parte de la tropa, si viniera asi no mas, de agregado ó de acompañante, no digo que no, pero como viene ó como habla, no puede ser cómplice de la cosa.

—?Y cómo sabe que es chileno y que se escapa para Chile?

—Porque el hombre es óbservador y nada mas: cómo he colejado yo tanta cosa para no equivocarme en la rastreada que acabamos de hacer?

—No está la monta en rastrear en el suelo siguiendo una pisada que nos enseña el rumbo que debemos seguir.

Es preciso rastrear tambien en la mirada, rastrear en la intencion de los hombres sobre todo y asi nunca habrá peligro y equivocarse.

Yo le garanto que ese hombre es tan cómplice en el asesinato, como nosotros mismos he leido en el modo de presentarse y hablar del hombre, todo lo que nos ha dicho y nada mas.

Creame lo que digo, mi oficial, y no hagamos barbaridades.

Vamos á mandar avisar á Segovia lo que sucede, por medio de un chasque, para que determine lo qué se ha de hacer.

Los hombres se dirijen á la Rioja, no hay la menor duda por el rumbo que llevan, y entónces es ménos el peligro de caer en manos del Chacho ó algunas de sus partidas.

Yo he prometido lo que voy cumpliendo, tomar al asesino, pero no quiero que si nos sucede una desgracia que yo no pueda preveer vayan á echarme la culpa eso si que no.

Saliendo de aqui vamos á entrar en los dominios del Chacho, sembrados todos de sus partidas, no siendo nada difícil que caigamos en poder de una de ellas.

—Cuatro leguas mas adelante, dijo el paisano capataz, habia cuando yo pasé una partida de quinientos hombres que nos detuvo y nos tomó un poco de azúcar; no será muy difícil que todavia estén allí.

La cosa pues merecia la pena de meditarla.

No seria extraño que el asesinato no hubiera partido de entre las mismas filas del Chacho y que el asesino hubiera vuelto á ellas á dar cuenta del desempeño de su triste cometido.

Entónces todo seria inútil, puesto que una vez entre los montoneros, nadie lo sacaria de ahí.

—Yo tengo una deuda con Segovia dijo Natel, que no puedo pagar con nada: yo le he prometido dar con el asesino y daré con él, métase donde se meta.

Una vez que lo encuentre y sepa quien es, estoy satisrecho y él tendrá que estarlo tambien.

Buenc: si ustedes no pueden seguir adelante porque Chacho anda por aqui, á mi no me sucede lo mismo.

—Esperenme un momento, les dijo, y se lanzó por un flanco de la acéquia, á favor de la corriente y á toda carrera.

Poco despues regresaba convencido de que no podia ser aquella la direccion seguida por el asesino.

En el sentido opuesto se divisaba una tápia como de dos varas de alto y á unas cuatro cuatro cuadras de allí.

—Como lo natural es examinar á favor de la corriente, dijo, es justo que el que huye lo haya hecho en contra aquella tápia es la que me va á sacar de duda: allí voy á saber yo si mi hombre ha caminado á favor ó en contra de la corriente.

Todos marcharon hácia la tápia atravesando la acéquia, y allí se detuvo Natel mirando no tanto el suelo como la pared.

En el suelo no se veia el mas leve rastro, ni trató el de buscarlo.

—Si yo fuera el que huia, dijo, para salir de la acéquia y saltar la pared, habria puesto mi poncho doblado en el suelo para pisar encima, y habria atado una punta al tobillo para alzar el poncho cuando me alzara yo mismo, á fuerza de puño.

Quiero suponer que el amigo es tan ladino como yo mismo y que habia hecho esta operacion, que me parece ver marcada aquí.

Es pues la tápia la que va á decirme se me he engañado ó no.

Y con la agilidad de un gato subió á la tapia por unos de sus extremos, asegurando que, segun la señal del poncho, impresa en la tierra humeda, el hombre habia subido por el medio.

Una vez arriba de la tápia, Natel dió un gran grito y un puñetazo sobre los adobes.

—Ya te tengo, mi alma, dijo, si era imposible te me escaparas.

Aquí ha estado el amigo, agregó dirijiend se al oficial y á los soldados que lo acompañaban.

Aquí se ha desatado recien el pañuelo del pié derecho y se ha sacado la bota del pié izquierdo.

Aquí está la señal de la bota, y aquí la del poncho.

Podia haber descansado un poco aquí, y seguido por entre el agua hasta perder su pista, pero sin duda el hombre vá á camino fijo, porque se ha dejado caer de este otro lado y ha seguido campo afuera.

Natel se dejó caer de la tápia por donde calculaba lo habia hecho el asesino, y su ojo intelijente se clavó en el suelo con una insistencia particular.

Aquí vá mi hombre, dijo, señalando el rastro indudable de dos piés humanos, cuyos dedos no estaban acusados, aunque Natel habia asegurado que iba descalzo.

—¿Y porque, si vá descalzo, no se vén los dedos del pié? preguntó el oficial, para ver hasta donde llegaba la seguridad de Natel.

—Por dos razones, respondió este sin vacilar: primero, porque camina asentando el pié hácia el talon, y segundo porque vá én medias.

Ya dije yo desde el principio que este hombre no era cualquier cosa; ya ven ustedes que usa medias lo que no se puede negar por el rastro, como no se puede negar tampoco que

la media del pié izquierdo está rota en el talon.

Por eso es que vá dejando esta media luna en todas las pisadas.

Como se vé, la habilidad de aquel hombre llegaba á su colmo.

Luchaba indudablemente con un hombre sumamente hábil, y sin embargo, no habia vacilado un momento, ni se habia equivocado en los mas minimo desde que tomó el rastro.

Y como mayores dificultades que aquellas parecia imposible que hallase, era indudable que no tardarian en dar con el próximo.

El rastreador caminaba, segun él, como si fuera siguiendo al individuo.

El rastro ahora, sobre terreno blando, quedaba perfectamente marcado.

De pronto el rastro de los piés descalzos concluyó, no hallándose una sola pisada mas.

Pero Natel, sin vacilar un segundo, y como si fuera aquello cosa por él prevista, siguió los rastros de alguien calzado con botas que por allí habia pasado.

—Pero este no es el rastro que vamos siguiendo, observó el oficial sorprendido, este es un rastro distinto.

Natel sonrió, y dijo al oficial que aquel era el rastro del asesino.

—Es el mismo rastro de las primeras pisadas en la vereda, agregó, lo que hay es que hoy lo seguimos descalzo y ahora lo vemos calzado.

Aquí ha estado sentado, añadió mostrándole el pasto aplastado en un paraje cercano, donde terminaba el rastro descalzo, se ha sentado alzando las piernas en el aire y se ha puesto las botas, sin tomar otra precaucion, lo que prueba que creia haber borrado todo rastro anterior.

Y sigue ahora calzado y rápidamente, como si se aproximara al fin de la jornada.

Por aquí esta la guarida del hombre, porque de otro modo no se apresuraria tanto.

Esta pisada son además muy frescas, me parece que de ayer, así de que me parece que no podemos tardar en caerle encima.

Aunque la noche se vino encima, Natel siguió rastreando, sin que su sombras fueran para él un inconveniente.

De cuando en cuando se detenia, se agachaba contra el suelo y seguia andando con perfecta seguridad.

Al amanecer del siguiente dia, divisaron una tropa de carretas mendozinas, cargadas con articulos de comercio, campada allí.

Natel miró sonriendo al oficial, y le dijo: no es difícil que allí encontramos á nuestro hombre, de aquí sin duda ha ido á cometer un asesinato, y ha regresado despues de dar el golpe, en la seguridad de que nadie ha de venir á buscarlo por aquí, porque él ha huído con el mayor cuidado de no dejar trás ni rastro alguno.

Natel se acercó á la tropa, pero unas diez varas antes de llegar allí, se detuvo sorprendido.

Los rastros que venian siguiendo se confundian allí con otros rastros de un hombre que parecia haber estado parado y los de dos caballos allí se perdian los rastros de el asesino y los de que lo habia esperado.

que, si erraba el golpe no contaría mas el cuento.

Segun aquellos rumores, que venian á coincidir con todas las sospechas de Natel, parecia indudable que el asesino de Sandes no fuera otro que el chileno Castillo.

Ahora quedaba la otra cuestion: es decir, quien habia encargado el asesinato.

El chileno Castillo no tenia ningun resentimiento con Sandes, pues nunca habia estado ni siquiera cerca del campamento.

No podia pues tener ningun motivo de venganza contra él, y entonces el asesinato habia sido cometido por comision.

¿Quién le habrá pagado? quién le habrá encargado?

Esto es lo que mas se necesitaba saber, y esto se sabia á la vuelta de Natel, Segovia tenia en ello plena confianza.

La noticia se habia recibido en todas partes, levantando un sentimiento de alegria, que se trataba de disimular todo lo posible, porque no podia ocultarse.

El coronel Sandes era muy poco simpatico en aquellas provincias, que arrojaban sobre él toda la responsabilidad de los actos mas ó menos crueles cometidos en el ejército.

Y todos se alegraban del hecho, creyendo que, desapareciendo Sandes, desaparecerian hasta las causas de aquella guerra cruda y sin cuartel que sobre ellos se llevaba.

El único que desaprobaba el asesinato cualquiera que fuera su autor, era Peñaloza.

—Lo siento y lo lamento, decia, porque me van á echar de esto la culpa, y yo sentiré con toda mi alma que se me vaya á creer capaz de cometer un asesinato, ó de mandarlo hacer.

La salud del coronel Sandes, entretanto imponia muy serios temores á los médicos que lo asistian.

A pesar de su constitucion de bronce, á pesar de aquella carnadura escepcional, á pesar de la prolifja asistencia médica que se le hacia, la herida cicatrizaba, pero en malas condiciones.

Aquella astilla de hueso dejada por el boticario cuando curó la herida que empezó á cicatrizar con aquel hueso clavado, habia producido un tumor que podia tener muy bien un desenlace fatal.

Se habia prescrito á Sandes una inmovilidad absoluta como el mejor sistema curativo, y esto precisamente era lo mas difícil de conseguir.

Porque Sandes á pesar de todo se sentia fuerte, no creía en la gravedad de la herida que veia cicatrizar en excelentes condiciones y no se resolvía á guardar cama, pretendiendo montar á caballo y regresar á San Luis á tomar nuevamente el mando de las fuerzas y seguir las operaciones de guerra.

—Es necesario cuidarse, amigo mio, le decia el médico, y cuidarse mucho; usted vive por un milagro y es una tontera que por un imprudencia se eche á perder todo cuanto se ha ganado.

Sandes creía que aquellas eran exageraciones y temores del médico, mal fundados, pero se resolvía á obedecer sus prescripciones, para que no le dijeran que era un terco á quien no habia medio de reducir á la razon.

La guerra con el Chacho tomaba asi por-

porciones alarmantes que nunca se sospechó el gobierno general, viéndose obligado á poner en juego todos sus elementos; para terminarla cuanto antes, pues aquello era para el uua verguenza triste.

Que podra esperarse de un gobierno que, con todos elementos de la Nacion, no podia con un caudillo, sin mas recursos que su prestigio ni mas elementos que sus armas ridiculas, que no se concebía como con ellas podia presentarse en un campo de batalla:

Los caudillitos del Norte, que no tenian prestigio ni su capacidad, y que no podian obrar por cuenta propia, empezaron á plegársele, para merodear á su sombra y proteccion, cometiendo todo género de desmanes y robos.

Así, á la sombra del Chacho que los amparaba con su prestigio y su ejército, ellos tambien alzaron el poncho y fueron á engrosar sus filas haciendo causa comun.

De modo que las tropas del gobierno tenian que maniobrar y moverse entre mil partidos enemigos que los acosaban por todos lados, no dejándoles un solo momento de reposo ni ofrecerles la menor ocasion de un combate con todas las ventajas que la superioridad podia darles.

Viendo que era necesario á toda costa una batalla que pusiera fin á aquel triste estado, el ejército se lanzó de lleno á buscarlo, poniendo los medios imagiunables para dar con el Chacho y obligarlo á una batalla definitiva.

De cada monte, de cada barranca, de cada quebrada, salia un grupo de montoneros que daban un golpe de mano y se retiraban en seguida, porqe aquel habia sido su único objeto.

El gobierno general tenia fuerzas en todas partes, al mando de gefes experimentados en aquel género de guerra; pero ninguno podia alcanzar sobre los montoneros la menor ventaja.

En Mendoza, en San Juan y San Luis, en Córdoba y en Tucuman, habian diversas divisiones; pero que nada podian hacer porque el enemigo no se presentaba sino cuando todas las ventajas estaban de su parte y cuando podia hacerle de sorpresa.

Viendo Sandes que el médico no le daba de alta, se dió de alta él mismo, se declaró en estado de poder montar á caballo y seguir aquella cruenta campaña.

Sandes no se habia preocupado un momento de averiguar quien habia sido su asesino.

¿De que le servia saberlo si no lo tenia á mano para hacerle par su falta?

Pero seguia, no desmayaba en su esperanza, sabia que Natel le traeria los datos que necesitaba y queria, y no se preocupaba mas del asunto.

Llamado por el coronel Sandes á Mendoza, marchó de San Luis con su regimiento, dejando aviso á Natel para que, así que regresara fuera á buscarlo.

Pero sin necesidad de regresar á San Luis, el rastreador llegó á Mendoza, satisfecho de su pesquisa porque habia cumplido su palabra, averiguando todo aquello referente al asesinato.

Bien montado, desde que se separó del campamento de la tropa de carretas, Natel habia

Yo puedo andar por donde quiera, sin que del Chacho; sin el menor resultado práctico, tenga nada que temer á nadie. esponiéndose á la mas severa condenacion de su gefe.

Yo voy pues á seguir el rastro de mi hombre hasta dar con él y saber como se llama, y El oficial convino en un todo con Natel y en seguida vengo á avisar á Segovia lo que y pasando juntos el resto de aquel dia y toda haya averiguado y lo que se puede hacer para la noche.

Ustedes vuelvan á San Luis y cuéntéle lo que hemos hecho, díganle que no se aflija y Luis, el oficial tomó de esta cuanto Natel podia necesitar, con compromiso de pagarlo en la ciudad, pasando la noche tan alegremente como de esté tranquilo que yo daré con él, esté donde esté para contarle el fin de mi jornada. les fué posible.

El oficial, que sabia por Segovia, podia tener en Natel una confianza sin limites, no puso El mismo capataz de la tropa quedó lo mas contento pues teniendo que andar el mismo camino aquel piquete le serviria de escolta y el menor inconveniente en hacer lo que este no tenian que temer un mal encuentro.

Leal á toda prueba, Natel solo se ocuparia en su pesquiza, y conforme la terminara regresaria á dar cuenta de ella. —Lo que es por mi parte,, decia Natel, nada tengo que temer de nadie, porque todos me conocen y hasta los indios me quieren.

Internarse con él en la Provincia de la Rioja, era esponer á su gente á caer prisionera para los suyos, está bastante mal.

El Chileno

Alli se separaron los milicos y Natel estos para regresar á San Luis con la tropa de carretas y aquel para seguir el rastro del asesino.

Segovia no pudo ménos que aprobar cuanto se habia hecho, asombrado, como todos ante la habilidad estupenda de Natel.

—El me buscará dentro de poco, decia, y estoy seguro que me traerá el nombre del asesino y el paraje donde se halla.

Está comprometida en ella su amistad agradecida para conmigo y sobre todo su amor propio del mejor rastreador conocido.

Si Natel no da con él es porque se halla en territorio Argentino.

Y como ese asesinato indudablemente no ha obrado por su cuenta, Natel nos ha de traer el detalle hasta de la persona que ha encargado y pagado aquella terrible puñalada que solo el cuerpo de Sandes ha podido resistir.

Oh! la mano que la ha inferido es práctica y segura: cierto estoy que el que la ha dado va á garantizar la vida de la victima; ese no ha pagado por vez primera, es un asesino demasiado práctico.

La noticia del asesinato de Sandes, que se corrió en San Luis con una rapidez increíble circuló en el acto por todas las provincias del Norte.

Cada cual daba la opinion que le parecia diciendo unos que el asesinato habia sido mandado hacer por Chacho, otros que era la venganza personal de un paisano y otros que era un soldado mismo de sus fuerzas, que habia desertado esa noche.

Este último rumor estaba destruido, porque no habia desertado ninguno, aquellas noches, no porque le faltara ganas sino porque, dada la vigilancia que se tenia en la tropa toda deserccion era imposible.

En San Luis empezó á circular un rumor que era mucho mas verosimil pues el coincidia perfectamente con las sospechas tenidas por Natel.

Se decia que dias antes del asesinato habia llegado á San Luis un mozo chileno, conocido por algunos como el Chileno Castillo, que nadie sabia donde se habia alojado ni cuando habia salido de la Provincia.

Este tal Chileno Castillo segun los que la conocian porque no era la primera vez que andaba por alli, era un jugador de profesion, mozo muy valiente y decidido capaz de cualquier atrocidad.

En algunas jugadas donde habian tenido sus cuestiones, el chileno habia apagado los juegos á los hombres mas temidos, mostrando lo que era capaz de hacer, en una ó dos peleas que tuvo, en las que recibió muchas heridas, pero en las que al fin salió vencedor.

Era un mozo que vestia con mucho heroísmo y lujo, segun decian, usando siempre botas finas, de unas conocidas por chilenas y que se vendian en la ciudad de Mendoza.

Es el único hombre capaz de haberse puesto delante del Coronel Sandes, agregaban, hecho solo que importa un valor personal á toda prueba, pues al coronel Sandes, ni aun dormido se animaria á herirlo el mas gaucho, temiendo

que el asesino del Coronel, no podia ser otro que el chileno Castillo.

Cuando el chileno aseguraba que habia destruido su rastro, yo crei que nadie daria con él, ahora veo que hay rastreadores que lo aventajan.

- Tan cierto es esto, como que andan comisiones por todas partes en busca del chileno.

Bueno, como él es mi amigo, yo he querido prevenirle el peligro que corre y por eso me he costeado hasta aqui.

El no me ha contado nada, yo sé la cosa porque sí, porque para mí no hay nada que se pueda ocultar, y quiero prestarle este servicio, porque él, confiando en que nadie sabe lo que ha sucedido, podría volver á San Luis ó á Mendoza y ser preso y sabe dios que más.

Porque hay una cosa que ni él ni usted saben ni imaginan y es que el Coronel Sandes está tan vivo como nosotros mismos.

Grande fué la sorpresa y el espanto que demostró aquel hombre al oír tan inesperada noticia.

- Como vivo? exclamó: el chileno me dijo que Sandes, despues de herido habia seguido hasta el cuartel, porque es un hombre de fierro.

- Pero no tenga cuidado, agregó, que la puñalada que yo le he dado, no puede vivir más que el día siguiente, y eso, porque es él, que otro habria muerto en el acto.

Le ha quedado medio cuchillo dentro de la herida, y además un pedazo de costilla rota por el mismo golpe.

Con semejante herida, concluyó, no hay nadie que viva más de una noche, aunque lo curara el diablo mismo.

- Pues el Coronel Sandes vive, se ha curado, y se prepara á limpiarse, en primera oportunidad al que le infirió la tal herida.

Es preciso convencerse que para matar al Coronel Sandes, es preciso cortarle la cabeza, y esto, mientras se la tire bien lejos para que no pueda pegársela otra vez.

Ese hombre no es de carne y hueso como los demás, es hecho de una pasta endiablada, y si Castillo se descuida, no será difícil que sea él quien muera á las manos de Sandes.

El hombre aquel quedó triste y pensativo, pues no solo se habia malogrado toda su empresa, sino que él mismo quedaba espuesto á un sério peligro.

Conforme habian descubierto á Castillo, podian descubrirlo á él mismo y entonces ya podia hacer su testamento.

Natel habia concluido por su parte, la mision que lo llevó á la Rioja, podia dar á Segovia los datos que aquel necesitaba, demostrándole así que realmente era un amigo leal sobre quien podia contar con entera seguridad.

Ahora, como nada tenia él que ver ni nada habia ofrecido respecto á la persona que habia mandado hacer el asesinato, Natel tuvo lástima de aquel hombre á quien con tanta habilidad habia arrancado un secreto, y le dijo:

- Ahora yo me voy, pues ya nada tengo que hacer aqui.

Solamente, ántes de irme, quiero dejarle un buen recuerdo mio y este buen recuerdo será un consejo, que tal vez le valga la vida.

- Venga el consejo; no sé porque tengo una gran confianza en él, y en quien me lo dá, así es que lo acepto apresuradamente y prometo seguirlo al pié de la letra.

- El consejo es este, y su importancia no vá usted á tardar en reconocer: yo no sabia que Castillo hubiera venido á esta casa, ni tenia la más remota idea que pudiera haberlo.

Sin embargo, sin vacilar un momento he venido hasta aqui en la seguridad que lo encontraria.

- Y como pudiste tener esa seguridad si no sabias que habia venido aqui?

- No lo sabia cuando llegué á la Rioja ni lo supe hasta que no llegué á esta casa.

- Quién te lo dijo entonces?

- Nadie más que el rastro de Castillo, perfectamente marcado hasta aqui, rastro que, así como lo he seguido yo, puede seguirlo cualquiera.

Ahora, para que nadie pueda seguirlo y descubrir un secreto que puede muy bien costarle la cabeza, conviene borrar ese rastro, y este es el consejo que yo le doy.

Esta noche, y sin que nadie pueda apercibirse de ello, mande usted á alguien que borre ese rastro desde aqui hasta su entrada en la Rioja, y desde aqui por el paraje donde ha salido, unas diez cuadras adelante.

El consejo no podia ser más sábio y aquel hombre lo aceptó en el acto.

- Solo una dificultad me ocurre, y es esta:

Es preciso que quien vaya á borrar el rastro sea una persona inteligente en estas cosas, y esto ya importaria ponerlo sobre la pista que quiero destruir.

No se afija por esto, contestó Natel, que yo le prestaré el servicio por completo borrando yo mismo el rastro.

El hombre aquel se mostró agradecidísimo á todo cuanto aquel desconocido habia hecho por él y quiso salir á mostrarle por donde habia salido el chileno para facilitarle la operacion.

- Es inútil, dijo Natel, si yo fuera capaz de ver al momento por donde ha salido no mereceria que nadie tuviera confianza en mí.

Espéreme un momento que ya vuelvo, voy á darle una muestra de lo que son mis ojos.

Natel salió, dió la vuelta alrededor de la casa, naturalmente y sin detenerse en paraje alguno, caminó en seguida hasta la esquina, y volvió á entrar, diciendo al hombre que habia salido con él hasta la puerta y que lo miraba asombrado.

- El chileno ha salido por los fondos de la casa, saltando la pared de la izquierda, ha caminado hasta la esquina y allí ha montado á caballo, tomando la direccion de Chilecito.

Borrando su rastro hasta el caballo, no hay necesidad de más, porque el que no haya visto

seguido el rastro de aquellos dos caballos, uno de los cuales pertenecía al asesino.

Los fugitivos, que no pensaban seguramente que pudiera alguien haberse puesto tras de su rastro, no tomaban ya ningún género de precaución y se seguían francamente el camino de la Rioja.

Lo único que temía Natel era un accidente posible, que lo pondría en un verdadero conflicto, caso que se realizara.

Si aquellos dos ginetes se separaban, no sabiendo el cual era el caballo montado por el asesino, no sabía cual de los dos rastros tenía que seguir.

Necesitaba que saber que caballo montaba cada uno y esta era la mayor dificultad.

A la siesta, Natel llegó a una población miserable del camino, donde los fugitivos se habían detenido, dejando para un rastreador como Natel, todas las señales de haber mudado caballo.

Aquí el hábil rastreador podía conocer, con un poco de experiencia, qué caballo montaba cada uno de los dos fugitivos, entregándose a este trabajo primero que a nada.

Siguió el rastro del asesino hasta que este se detuvo delante del rastro de un caballo que allí había estado parado.

Y como allí desaparecía su pisada, por completo era irradicable que en aquel caballo había montado, siendo por consiguiente aquel el rastro que tendría que seguir en adelante.

Natel estudió bien aquel rastro, y sintió su espíritu aliviado del peso que había traído hasta entonces.

Ahora aunque se separaran los ginetes, ya sabía él a cual caballo debía seguir, sin la menor vacilación.

Los dos ginetes se dirijian á la Rioja, dejando en los parajes que mudaban los caballos que habían llevado hasta allí.

Estos caballos todos ellos magníficos y bien cuidados, corroboraron á Natel en la idea que tuvo desde que vió el primer rastro del asesino.

Aquel no era hombre que había obrado por su cuenta, sino por encargo y quien le había pagado el asesinato era persona pudiente, porque solamente así se explicaba que se hubiera tenido mudas en todas partes, y mudas tan de primer orden como aquellas.

Fingiendo que él era peon del hombre á quien rastreaba iba mudando de los mismos caballos que aquel dejaba, y viajando con una comodidad que jamás soñó.

Llegado á la ciudad de la Rioja, Natel que tenía allí infinidad de amigos, soltó el caballo que había llevado hasta allí y entró á casa de un amigo, con el recado al hombro, aseguró que venía huyendo de las tropas Nacionales y que se iba á fijar en la Rioja hasta que cambiaran los tiempos.

Allí descansó el resto de aquel día y toda la noche.

Y á la madrugada siguiente, salió con pretexto de ir á pedir recursos á otro amigo rico, se fué á tomar el rastro abandonado el día anterior, siguiendo el cual llegó á la casa de un caballero muy conocido en la Rioja y que nos consideramos con derecho á nombrar.

Allí había entrado el asesino, pero por el

examen del rastro había vuelto á salir también.

Natel se decidió á hablar con el dueño de casa, para consecrar el nombre que tanto deseaba conocer.

Si el asesino estaba allí, se haría su amigo, con el pretexto de avisarle que Sandes no había muerto.

Y si no estaba, entonces conseguiría más fácilmente su objeto.

El dueño de la casa lo hizo entrar á su presencia preguntándole que deseaba.

— En realidad yo no lo busco á usted sino á la persona que ha venido de San Luis mudando caballos en tal y cual paraje.

— ¿Y para qué quieres verlo? preguntó algo alarmado aquel caballero.

— Eso no lo puedo decir, sino á él mismo, no es que yo desconfíe de usted; pero la cabeza de un amigo bien vale la pena de andar con pies de plomo.

— Te digo que es lo mismo, replicó el hombre cada vez más alarmado: dime como se llama la persona que buscas, para ver si puedo tener confianza en ti.

— Eso sería lo mismo que venderlo: dígame usted como se llama la persona que yo busco y el nombre de quien ha recibido algo de su mano, y yo veré entonces si debo ó no franquearme con usted.

El hombre aquel reflexionó un momento, reflexionó que solamente sabiendo lo que pasaba, aquel paisano podía haber venido á su casa, y le dijo solamente:

— El chileno Castillo.

— Y el otro?

— El Coronel Sandes.

— Superior, ¿por cuenta de quién?

Aquí el hombre reflexionó mucho más, pero ya aquel paisano sabía todo, según parecía, y era inútil ocultarle nada.

Así es que resolviéndose rápidamente, le agregó: por cuenta mía.

¿Estás satisfecho ahora?

— Como no, ahora veo que se puede tener confianza en usted y creerle sobre su palabra lo que diga.

— Bueno, ahora vés á decirme á que has venido, porque tú no has venido á esto no más.

— No señor, yo he venido aquí buscando al chileno Castillo para decirle cosas muy graves, como que tiene que salir de la Rioja inmediatamente porque está descubierto.

Pero como y por quien vá á estar descubierto, cuando él me ha dicho que ni el infierno daría con él, porque si el diablo mismo se ponía á rastrearlo, perdería el rastro porque él lo había borrado con mucha habilidad.

El chileno es un rastreador de primera fuerza, agregó, y él me ha referido como se había atado los pies y caminado entre el agua y hecho otras cosas que haría perder su rastro al más pintano.

— Todo eso es cierto, contestaba Natel sonriendo al ver que no se había equivocado en el menor detalle, pero es cierto también que tal rastreador le soltaron atrás, que no solo no perdió el rastro sino que muy pronto declaró

una venganza, yo lo hubiera hecho una violencia terrible en descubrir á su autor.

El que mata por venganza de ofensas como las que es capaz de hacer el Coronel Sandes; el que mata arrastrado por una pasión capaz de arrastrar el corazón de un hombre hasta el crimen, es digno de respecto, digno de lástima y de amparo.

Pero el que mata por encargo, el que pone precio á la puñalada que vá tal vez á arrojar una familia inocente en la horfandad y la miseria, ese no es digno de lástima; ese es un miserable que ha procedido con toda cobardía, sin el menor impulso de corazón que pueda servirle para atenuar su infamia.

Por eso desde que ví que se trataba de un asesinato encargado y pagado, porque nadie asesina de valde, seguí la huella del asesino sin el menor escrúpulo, sin el menor remordimiento de conciencia: aquel hombre no había levantado su brazo, ni siquiera en nombre del partidario chachista, él no tenía mas razón ni mas motivo, que el precio fijado a su puñalada.

Es pues una pesquisa que he hecho con cierto gusto, y por lo que usted nada me debe, mi jefe.

Segovia dió un abrazo á Natel y se fué á llevar la noticia á su amigo Sandes.

—Al fin me salí con la mía, dijo, porque descubrí quien había sido su asesino.

—Y quién ha sido ese bellaco? preguntó Sandes con cierta curiosidad, que motivo ha tenido para cometer semejante bribonada? estoy seguro que será alguna hazaña del Chacho.

—No, parece que esta es alguna venganza personal madada ejecutar por encargo.

El que le ha herido es un chileno Castillo muy conocido como pájaro de cuenta.

—El chileno rastreador? preguntó Sandes con marcada sorpresa; parece increíble!

El chileno Castillo es el único hombre que debía éstarle agradecido, si es que algo debe

agradecerse en esta vida—no sé porque me había dado por proteger á ese hombre, y mas de una vez lo he sacado de apuros, dándole dinero, y prestándole servicios de aquellos que un perro no olvida nunca.

Efectivamente, Sandes había cobrado amistad al chileno por algunos caballos que este le había adiestrado con todo esmero y con todo desinterés.

No solo le había ayudado con dinero, sino que le había amparado en una pillería que cometió una noche, pillería que se la hubieran hecho pagar de una manera bastante cara.

Y era aquel hombre quien había vendido su brazo para herirlo y que no lo había muerto no porque en ello no hubiera puesto todo empeño y todo cuidado.

—Está bien, concluyó el Coronel, después de agradecer efusivamente á su amigo Segovia aquella verdadera muestra de cariño, puede que el chileno Castillo caiga algun día en nuestras manos, ya verá que castillos los que he de hacer yo con él.

Un único servicio quiero pedirle con este motivo, dijo á su vez Segovia.

Ya Vd. sabe que Castillo es un rastreador consumado: al huir, lo ha hecho borrando toda pista y disimulando y cambiando aquellas que no ha podido borrar, con una habilidad asombrosa, pues ha llegado hasta andar buscando las acéquias para caminar entre el agua y no dejar haci el menor rastro.

La persona que yo le soltado atrás, á pesar de todo esto y á fuerza de constancia, ha sabido hallar al asesino, siguiéndolo hasta Chile, donde se ha internado.

Es un hombre bueno y honrado.

Yo le pido entónces toda la consideración á que es acreedor, el día que necesite nuestro amparo.

Sandes ofreció á Segovia lo que éste le pedía, y de esta manera quedó Natel garantido para lo sucesivo, no tendría ya nada que temer.

el rastro del pié, no podrá saber á quien pertenece del caballo.

Ahora es preciso empezar por destruir el de la casa y para que usted vea como es fácil seguir un rastro, no me diga usted ni una palabra, yo voy á seguir sobre el rastro y usted verá como no me he equivocado.

Natel volvió á la pieza donde habia estado antes seguido siempre del dueño de casa, que sonreia asombrado ante tanta habilidad, y parándose en un sitio hácia la izquierda, le dijo: aqui ha estado parado el chileno.

Y siguió caminando mientras decia: de aqui ha pasado á esta otra pieza por donde ha salido al pátio, parándose aqui un momento á conversar.

Bueno, aqui se ha acercado á la pared y ha seguido arrimado á ella como buscando el paraje mas á propósito para saltar.

Por aqui ha querido subir, pero no le ha parecido bien sin duda y ha preferido saltar por acá: aqui están los dos pies sobre la pared, y subiendo por allí mismo, continuó, y aqui se ha montado á caballo, dejándose caer á la calle en seguida.

Empezamos entonces por aqui, agregó, y borró de sobre la pared la huella del chileno y la suya misma.

Y retrocedió todo el camino andando, hasta la puerta de la calle, borrando una huella que para cualquier otro hubiera pasado desapercibida.

—No se habia equivocado en el mas mínimo detalle.

—Parece imposible, murmuró la persona aquella, que no podemos nombrar, yo que sé lo que es un rastreador, no creí nunca que un arte pudiera llevarse hasta este extremo, pero usted será una escepcion.

—No confie en esto, si quiere vivir seguro, pues así como he rastreado yo, puede rastrear algun otro: hasta no destruir la pista no esté tranquilo: yo se la boraré esta noche.

Efectivamente, aquella noche y á la luz de la luna, Natel borró hasta el mas leve rastro del chileno, asegurando al hombre que ahora podia dormir tranquilo.

El mejor rastreador perderia el rastro del chileno á la entrada de la Rioja, sin poder hallarlo mas.

El hombre aquel que algun dinero habia gastado en el asesinato, quiso compensar á Natel con una fuerte suma los servicios que acababa de prestarle, pero aquel no quiso aceptar ni un real.

Yo le he servido, dijo, porque así soy yo, y si aceptara paga, vendria el gusto que tengo de haber hecho una buena obra.

No me quite ese gusto y si alguna vez, me necesita para algo, búsqueme en San Luis que allí dará conmigo preguntando por Rufino Natel.

No quiero que te vayas sin un recuerdo mio que te pueda servir de algo alguna vez, dijo el hombre, y sacando de sus botas un par de espléndidas espuelas, las entregó al rastreador, para que con ellas pudiera salvar su primer apuro.

Natel se despidió de aquel hombre, satisfecho con su proceder, y al otro dia salió de la

Rioja en busca de Segovia, para darle cuenta del desempeño de su comision.

En el camino supo que habia marchado para Mendoza y allí se largó en su busca.

El Coronel Segovia que no habia dudado un momento de Natel, y que lo esperaba todos los dias, tuvo un verdadero alegron cuando lo vió llegar.

—Te has tardado, le dijo, pero no importa, pues por eso mismo sé que has de traerme buenas noticias.

—Así es mi gefe, repuso satisfecho el rastreador: he cumplido su encargo.

—¿Quién es el asesino y donde está?

—Sí, mi gefe: el asesino es el chileno Castillo; pero se halla en mal paraje para tomarlo, porque ha pasado á Chile, atravesando la misma ciudad de la Rioja.

—Pero en la Rioja se habia detenido en alguna parte y hallá estarian sus cómplices.

—Sin duda Castillo ha sabido ó ha presumido que lo seguian y ha tomado sus medidas.

Despues de entrar en la Rioja, ha desmontado solo para mudar caballo, y esto en el paraje mas solitario.

Habia allí cerca una casita, pero de ella nada han tenido que ver con el fugitivo á quien allí mismo esperaba el caballo.

Ha montado y ha seguido al galope largo, ha vuelto á mudar caballo en Chilceito y ha seguido viaje á Chile donde se ha internado.

Sus cómplices, porque siempre pensé que el chileno no habia obrado por cuenta propia, le habian estado esperando allí, temerosos de ser descubiertos.

Ahora, y ya que se sabe quien es el asesino, no hay mas que tener paciencia y esperarlo.

El no puede sospechar de manera alguna que se le ha seguido paso á paso, y que se sabe ya quien es.

En cuanto pase un poco de tiempo él ha de volver á sus negocios y sus jugadas, y entonces se le hecha el guante.

Por lo mismo que él es rastreador, y de los buenos, cree haber borrado perfectamente su rastro, aun para los ojos mas experimentados.

Es imposible entonces que piensa que alguien lo ha seguido sobre su misma pista; si alguien se lo dijera, seguramente no creeria.

Segovia quiso hacer á Natel un regalo en compensacion de su trabajo, coronado de tan buenos resultados, pero el rastreador no quiso admitirle nada.

—Demasiado le debo todavia, para tomarle nada.

Todo lo que yo soy, puedo y valgo, hasta la vida misma, le dijo, puede usted disponer de ello.

Yo le debo mas que la vida, pues usted me salvó no solo de la muerte sino del martirio.

Por usted mis hijos tienen padre y no llevan la vida miserable del huérfano hambriento, y por usted mi vieja madre y mi mujer tienen todavia quien les lleve un pedazo de carne.

En nombre de todo eso que yo le debo, puede usted mandar de la manera que quiera y siempre me encontrará pronto á servirlo.

El servicio que le hecho ahora, en nada disminuye mi deuda, porque él no vale nada.

Si aquel asesinato hubiera sido el acto de

todo lo que se les hace; pero no se trata ahora de discutir quien tiene y quien no tiene razon, sino de terminar esta guerra por medio de una paz honrosa y equitativa.

—Pues acuda á ellos, señor, que si ellos dejan de agredir, nosotros dejaremos de defenderlos y todo habrá concluido.

—Yo voy hacer algo más importante, dijo entónces el Dr. Bedoya, porque yo vengo en nombre del Gobierno de la Nacion, de cuyo leal proceder me ofrezco como la mejor garantía.

El Gobierno quiere hacer la paz, pero no á sí de palabra, para el Ejército cese de atacar y ustedes de defenderse.

El Gobierno quiere una paz sólida, y duradera, por medio de un tratado sério, cuyos puntos sean religiosamente cumplidos y terminen con estas guerras vergonzosas entre hermanos, que debían unirse y formar entre todos la gran Nacion Argentina.

—Pero cuando esos hermanos son Cain y Abel, respondió Chacho, á quien el cura Peñaloza habia enseñado aquellas historias religiosas, no hay paz posible: siempre habrá uno que mate y otro que no se resuelva á ser muerto impunemente y se defienda como pueda.

Ellos nos tratan á filo de espada y punta de lanza, ellos matan á los hermanos indefensos que logran tomar y entran á nuestros pueblos como si fueran tolderías de indios.

Que no autorice el Gobierno semejante iniquidades y nosotros nunca tomaremos contra él las armas.

El Gobierno ignora todas esas pequeñeces que, si las conociera las castigaria, no tenga duda amigo mio, porque es un gobierno de principios y de órden.

Esas son licencias que se toman los jefes, y que nunca llegan á conocimiento del gobierno.

Caramba! exclamó el Chacho sonriendo con una ironía fina pero agudísima; yo soy un gaucho salvaje y miserable, segun dicen, yo soy un bandolero infame que capitaneo grupos de asesinos.

Sin embargo, en mi Ejército no se comete la menor iniquidad ni se hace nada que yo no tenga conocimiento, por mas lejos que me halle del teatro de los sucesos.

—Es que el gobierno está mucho más lejos de su Ejército. Buenos Aires está muy lejos, y las noticias llegan allí de una manera bien distinta á lo que sucede.

—Bueno, apesar de todo, exclamó Peñaloza, apesar de todo, yo estoy dispuesto á celebrar cualquier tratado de paz, porque es usted quien me lo viene á pedir y porque es usted quien vá á llevarlo á cabo y no ha de prestarse á ninguna perfidia.

Pronto conocerá usted á los hombres con quienes se ha metido, y verá que clase de bandidos y que clase de criminales son.

—Esas son exajeraciones muy disculpables, y que se explican muy fácilmente, respondió Bedoya.

Aquel es un Ejército regular, mandado por jefes de órden y de principios, incapaces de cometer las acciones de que se les acusa.

—Usted será el testigo y el juez, respondió

Peñaloza, usted verá por propios ojos de lo que aquella gente es capaz, y se convencerá que lo que yo he asegurado no hay la menor exajeracion.

Siempre que usted nos garanta la buena fé del Gobierno y que hará cumplir al pié de la letra lo que se pacte, yo estoy dispuesto á hacer la paz, y á licenciar el Ejército el mismo dia que se firme los tratados, previa salida de toda tropa de territorio Riojano.

El doctor Bedoya quedó nuevamente complacido con la disposicion de espíritu con que hallaba á Chacho.

Creia que efectivamente habia gran exajeracion en lo dicho, pues no podia creer que los jefes nacionales cometerian las monstruosidades de que se les acusaba.

Y desde aquel momento empezó á discutir con el Chacho las bases de un tratado de paz firme y duradera.

Aquella conferencia y á pedido del Chacho asistió el Gobernador de la Rioja y aquellas personas en cuyo talento y buen juicio tenia plena confianza el caudillo.

Y como Bedoya prometia todo género de garantías, no hubo desde el principio el menor inconveniente, desde que las partes pactantes obraran con entera buena fé.

No hubo mucho que discutir ni mucho que modificar.

Obrando con entera buena fé y con perfecta equidad, el doctor Bedoya proponia el artículo, que ampliaban ó discutian ligeramente los hombres llevados por Chacho, este se limitaba á aceptar lo pactado, diciendo solamente: si no se cumple, quiere decir que vendré á tener razon una vez más.

Tres dias duraron aquellas conferencias, al fin de los cuales vino á quedar terminado el tratado que se firmaria por el Gobierno de la Rioja, Chacho, los Gefes Nacionales y el doctor Bedoya á nombre del Gobierno Nacional.

Desde aquel momento se suspendia todo acto hostil por una y otra parte.

Los gefes de los Ejércitos se encontrarían cinco dias despues, en el lugar llamado LAS BANDERITAS, acompañados de sus Estados Mayores y de los prisioneros de guerra, pues segun un artículo del tratado cada cual debia hacer entrega al enemigo de los prisioneros que de él tuviera, como la expresion de la buena armonia que reinaria desde entónces entre los que habian sido enemigos encarnizados.

Chacho no conservaba en las filas de su Ejército ni un solo prisionero.

Todos los que habian tomado vivian libremente en la Rioja sin que nadie los molestara.

Como sobre ellos no se ejercia la menor vigilancia, podia haberse ido cuando lo hubieran hallado conveniente; pero la mayor parte permaneció en la Rioja puesto que allí á nada se les obligaba y su estadia allí significaba un largo descanso, descanso que perderia seguramente en cuanto se reincorporaran al Ejército.

Chacho les hizo avisar que se habia hecho la paz, que se iba á canjear prisioneros y que era necesario que se reunieran todos para

El Chacho hace la paz

Aquel estado de cosas no podía durar mas sin grave perjuicio y trastorno de la República entera.

El Gobierno general se veia obligado á mantener en pié de guerra un fuerte Ejército y las provincias todas, á consecuencia de aquella guerra, pasaban por una situacion miserable é insostenible.

Reducir al Chacho por medio de las armas, obligarlo al combate de una manera decisiva era un sueño, como seria tambien un sueño querer quitarle sus mil recursos de montonero.

Era preciso buscar un arreglo que salvara la grave situacion, sin menoscabo del gobierno general.

Era preciso ver las pretenciones de Chacho, estudiar lo que exigia y enviar un comisionado que tratara con él un arreglo honorable y equitativo

De otra manera, y con el sistema de combatir del Chacho, la guerra podia durar dos años mas, ó sabe Dios cuanto tiempo, destruyéndose las provincias que servirian de teatro á los beligerantes.

Se pensó entónces en el doctor Bedoya, sacerdote de gran prestigio y que tenia un fuerte ascendiente sobre Peñaloza.

El doctor Bedoya, hombre ejemplar y de una abnegacion sin limites, aceptó la delicada mision que se le confiaba, y marchó en el acto á entenderse con Peñaloza y tratar de reducirlo al camino de la paz que importaria la tranquilidad de toda la República y de la Rioja misma que tanto amaba.

El doctor Bedoya fué á ver á Chacho, emprendiéndose entónces por parte del Ejército, todo género de hostilidades.

A cualquiera le hubiera sido imposible dar con el Chacho y poder hablar con él.

Para el doctor Bedoya esta imposibilidad desaparecia porque conocia el hábito de los montoneros y del Chacho mismo.

Asi es que él fué directamente á la ciudad y manifestó públicamente que iba á conversar con Chacho sobre asuntos del mayor interés.

Bedoya sabia que de esta manera Chacho no tardaria en recibir la noticia y venir á buscarlo, mientras que él salia en busca de Chacho no daria con el en mucho tiempo.

Bedoya era un hombre querido y respetado como sacerdote, todos sabian que no era capaz de cometer una infamia y mucho menos de tender un lazo á Chacho.

Asi es que en cuanto supieron el objeto de la venida de Bedoya, ocho ó diez gauchos vaqueanos que sabian donde andaba Peñaloza, mas ó menos, se soltaron en su busca para llevarle la noticia.

Chacho estaba campado cerca de la Rioja organizando un golpe de manos á un convoy de la proveduria, que habia salido de Mendoza, cuando tuvo la noticia del doctor Bedoya.

—Es extraño, pensaba, ¿que puede querer conmigo aquel hombre tan leal y bondadoso?

Lo mejor es ir á verlo, para saber que quiere y para complacerlo en lo que nos sea posible.

Y dando instrucciones á sus gefes para que el Ejército no se moviera de aquel punto, sino en caso de ser atacado, se vino á la Rioja acompañado de su mujer y de dos de los gefes de su mayor confianza.

De modo que dos dias despues de haber llegado á la Rioja, el doctor Bedoya recibia la visita del Chacho, concibiendo, por la manera como acudia, el mejor resultado en el desempeño de su mision.

—Yo soy un enviado de la paz, dijo despues de los primeros saludos y entrando de lleno en la cuestion, es preciso terminar con esta guerra desastrosa y poner un punto final á este eterno derramamiento de sangre que á nada conduce y con el que no se obtiene ningun resultado práctico.

—No es á mí entonces á quien hay que dirigirse, sino á ellos, respondió Chacho bondadosamente: á ellos que estan ensangrentando el suelo de la patria, no solo en los combates que tienen lugar, sino en la matanza bárbara de montoneros, que llevan á cabo por el menor motivo y con el pretexto mas estúpido.

Es á ellos á quienes hay que acudir, pues son ellos quienes nos atacan, obligándonos á la defensa mas legítima y mas desesperada.

Porque nosotros no peleamos por defender al pais de la ambicion de aquellos bárbaros, peleamos en la defensa del hogar, del honor, de nuestras mujeres y nuestras hijas, porque para semejante enemigo nada hay sagrado ni digno de respeto.

Nos tratan como á animales feroces y quieren esterminarnos á toda costa.

Nosotros defendemos asi lo mas querido que puede tener un hombre sobre la tierra, y no dejaremos las armas mientras ellos las estan esgrimiendo de un modo tan miserable.

—Ellos se quejan de ustedes, diciendo que no hacen mas que tomar una justa represalia de

Chachoso aproximó al doctor Bedoya y le dijo de manera que todos pudieran oírlo.

—Antes de separarnos, hay una cláusula que debe cumplirse aquí mismo según lo entiendo, y tan lo entiendo así, que he venido preparado á cumplirla por mi parte.

—No recuerdo que haya cláusula de inmediato cumplimiento, repuso al doctor Bedoya; sin embargo usted dirá cual es.

—Como nó: según el tratado, se establece que todos los prisioneros hechos por ambas partes, serán canjeados inmediatamente de firmarse el tratado, como la mejor prenda de amistad.

Aquí están, siguió, señalando el grupo de los que había llevado, todos los prisioneros que yo he tomado, al Coronel Sandes.

Faltan unos pocos, es verdad pero estos son los que no han querido venir porque se encuentran demasiado bien en la Rioja, donde gozan de completa libertad y consideración por parte de mis paisanos; ellos podran corroborar, á su tiempo, la afirmación que aquí pago.

Aunque no los veo, concluyó sonriendo siempre, supongo que estarán cerca de aquí los prisioneros que se me han hecho á mí

Los gefes Nacionales guardaron silencio mostrándose visiblemente confundidos.

—¿Que no tienen ningun prisionero mio, continuó Peñaloza con voz trémula, ni uno solo ha escapado á la matanza, ni uno solo ha salvado del general degüello?

Me lo habian dicho pero no lo habia querido creer.

El Ejército Nacional está mandado por hombres civilizados, por gefes de orden, respondia, y respetaran mis prisioneros, aunque fusilen unos cuantos por razones especiales que tengan.

—Ni uno solo escapa, me decian, prisionero que agreran lo degüellan ó lancean.

Ahora veo que todo es verdad: el Ejército de orden y de principios, los gefes que vienen á pelear en nombre de la civilizaci6n y del derecho, no respetan los prisioneros de guerra y hacen con ellos lo que no hacen las tribus de indios.

Sin embargo, yo el gauchó salvaje, yo el montonero feróz y asesino, yo el bandido miserable he conservado sin faltar uno solo, los prisioneros de un enemigo que degoliaba los míos.

Digan ellos si tienen un reproche que dirmi-me, digan si les falta un boton del uniforme y si han oido en nuestros lábios la menor injuria.

Chacho hizo aproximar á los prisioneros, y les reiteró aquellas preguntas.

—Nos han tratado como hermanos, dijo el oficial más caracterizado: para nosotros no han sido enemigos sino protectores.

Los demás prisioneros prorrumpieron en un entusiasta y prolongado viva al General Peñaloza, significando así todo cuanto le debian.

—Aquí están pues mis prisioneros, los que devuelvo, muchos de ellos, aún contra su misma voluntad.

Por los míos ya no preguntaré más, pues

harto significativo es el silencio que ustedes guardan.

Así responde el Chacho á los cargos de bandido, de montonero asesino y ladrón que se le hacen, por los hombres de orden y de principios, que ni siquiera son capaces de respetar la vida de prisioneros rendidos é indefensos.

Si yo, obrando como lo hago, soy un bandido y un salteador, qué son ustedes entonces, señores gefes Nacionales?

¿Qué voy yo ahora á contestar á las viudas y los huérfanos de los prisioneros que ustedes debian entregarme en cambio de los que yo les dejo?

¿Qué este el enemigo con quien he firmado un tratado de paz que cumplirá hasta donde le convenga?

Esta es señor Bedoya la cláusula que yo decia á usted que no podria cumplir el enemigo, pero que no por esto hará que yo pueda echarme atrás: la paz está hecha y no será yo quien falte á lo convenido.

El doctor Bedoya estaba conmovido y avergonzado ante los terribles reproches dirigidos por Chacho á los gefes nacionales, reproches que estos no habian levantado, ni intentando siquiera levantar, porque todo lo dicho por Peñaloza era la más estricta verdad.

Todos los prisioneros hechos á Peñaloza habian sido muerto de las maneras más feroces que hemos indicado ya.

—Yo empeño mi palabra de honor, dijo entonces Bedoya, que le serán devueltos todos los prisioneros suyos que se hallen destinados en las filas del Ejército Nacional.

—No empeñe usted su palabra, porque no podrá devolverme sino esqueletos, concluyó el Chacho: ahí están los míos.

La conferencia estaba terminada: la grandeza de alma de que habia dado pruebas tan latentes Chacho, habia humiliado al enemigo.

Y fué al separarse que tuvo lugar la escena más conmovedora.

Los prisioneros conducidos allí por el Chacho, que vieron que éste se iba y que ya tal vez no volverian á verlo más, se acercaron á despedirse del valiente caudillo, que les tendió la mano con extraño cariño: parecia imposible que meses antes, aquellos hombres hubieran sido enemigos á muerte.

Un jóven oficial, santafecino y prisionero en el último combate, se acercó á Peñaloza, conmovido hasta las lágrimas, y le dijo:

—Fué usted mismo, amigo mio, que me recojió del campo de batalla, donde estaba muriendo.

Usted mismo curó mi herida, me recomendó en aquel rancho hospitalario donde acabaron de curarme y más tarde me recibió en la Rioja y en su casa, no como un prisionero de guerra sino como un hijo.

Fué allí al lado de los suyos que recuperé la salud perdida, comiendo de su pan y debiéndoles los momentos más felices de mi vida.

Esto yo no lo olvidaré nunca, General Peñaloza; siempre usted será para mí un hombre á quien miraré como un padre, y esté donde esté no lo olvidaré un minuto.

Diga lo mismo á su hija y su valiente com-

asistir con el á aquella verdadera solemnidad.

Muchos de aquellos prisioneros recibieron con la mayor tristeza aquella noticia sobre todo, aquellos que eran simples soldados.

Volver al Ejército significaba para ellos volver á la vida tremenda de los cuerpos de línea abandonando una existencia pobre y aún miserable para muchos, pero tranquila y relativamente feliz.

Y de tal manera preferían algunos la condición de prisioneros del Chacho, que se ocultaron negándose á ser entregados.

Y esto se explicaba con facilidad: muchos de ellos eran soldados destinados y recargados en el servicio convencidos de que nunca conseguirían su baja y que estaban cansados de sufrir.

Se encontraban libres y considerados: en sus cuerpos habrían sido dados de baja por muertos y no querían volver á la espantosa vida de la tropa de línea.

Y unos se ocultaban mientras otros suplicaban á Peñaloza no les devolviera y los dejara vivir entre ellos.

—De mil amores contestaba el Chacho, yo quisiera dejarlos á todos, pero si no los presento, para disculpar sus asesinatos, van á decir que yo los he asesinado también, y yo no quiero que, ni aparentemente pueda hacerme una inculpación semejante.

Yo haré entrega de ustedes, y después que ellos los hayan recibido y visto que aquí no se asesina á nadie, ustedes pueden entonces desertar y volver entre nosotros, en la seguridad que serán siempre bien recibidos como amigos y como hermanos.

Pero muchos milicos, desconfiando poder desertar y no queriendo volver á lo que ellos llamaban la cárcel de línea, se escondieron el día de la marcha y se quedaron en la Rioja, ocultos en las casas donde los habían recibido con cariño verdaderamente fraternal.

El día fijado por el doctor Bedoya, se encontraban en Las Banderitas, el General Peñaloza, acompañado de su estado Mayor, y de un gran grupo de individuos; que por el uniforme que aún conservaban, debían ser prisioneros de guerra.

Acompañaban además á Chacho muchas personas caracterizadas de la Rioja, que rodeaban al Gobernador, allí presente también.

Por parte del Gobierno, estaban el Coronel Sandes con su estado Mayor, algunos otros jefes Nacionales y el doctor Bedoya, satisfecho de haber acercado de aquella manera á tan irreconciliables enemigos.

Todos desmontaron y se pusieron á hablar amigablemente.

Pero se veía que Chacho tenía algo que lo mortificaba íntimamente y que no acertaban en lo que podía hacer.

¿Porque Chacho tan alegre habitualmente estaba triste cuando mas alegre debía mostrarse?

No iban á tardar en saber el motivo, motivo poderoso, capaz de entristecer, de conmover, diremos mejor, al espíritu mas indiferente.

El doctor Bedoya, colocado en el centro de todos, leyó las bases del convenio celebrado que todos escucharon atentamente.

Era lo pactado y no había la menor cosa que observar.

—Hay una cláusula que no va á poder cumplirse por parte del Gobierno, dijo Chacho con la mayor solemnidad: pero que no obstará para que la paz se lleve adelante porque yo no tengo mas que una palabra, y esa la he empeñada ya, á pesar que conocía ya esa imposibilidad.

—Cual es ella? preguntó el doctor Bedoya con extrañeza, ¿que base! hay que no pueda ser cumplida por el Gobierno?

—No es el momento de decirlo, contestó el Chacho con profunda melancolía, cuando llegue el momento de cumplir todo lo que ahí se ha escrito, se verá que Chacho responderá á todo lo que la firmado y que el Gobierno no podrá hacer otro tanto.

—¿Hay algun inconveniente, Coronel Sandes preguntó Bedoya á este, después de leer nuevamente las bases del convenio.

—Yo no encuentro ninguno, respondió Sandes, y creo que el Gobierno puede cumplir todo cuanto quiere.

A pesar de esta seguridad, Chacho sonrió con profunda melancolía y pudo verse que el jefe Nacional esquivaba la mirada franca y valiente del caudillo.

¿Comprendía lo que este quería decir y sabía que no le faltaba razón?

No tardaría en saberse.

El tratado fué firmado allí mismo por todos proponiendo Sandes que se separaran, porque se hacia tarde y cada cual estaba lejos de sus tropas

—Mañana tendremos la segunda conferencia, dijo, que puede tener lugar en la Rioja mismo, puesto que ya somos amigos, y allí se firmará la otra copia del convenio puesto que una debe quedar aquí, y otra llevarse á Buenos Aires.

—Desde que somos amigos y nada hay que temer ya contestó Chacho, los ejércitos pueden quedar en donde están, y seguir todos nosotros á la Rioja, desde ahora mismo, yo creo que nadie tiene motivo para dudar de mi sin embargo, si alguno lo tuviera, el señor doctor: Bedoya puede salirme de fador.

—Efectivamente yo respondo del Chacho, dijo éste, yo respondo de su lealtad, como le respondo á él de la lealtad del Gobierno.

Este tratado será cumplido en todas sus bases, de otra manera no le hubiese puesto yo mi firma.

El Chacho volvió á sonreír con melancólica fruición, como si tuviese la certeza que el Gobierno no podría cumplir aquel tratado.

Sandes manifestó que él, como jefe superior tenía que regresar al ejército, para tomar infinidad de medidas referente al cumplimiento del tratado mismo y que dentro de breves días iría á reunirse en la Rioja.

—¿Y no puede mandar sus órdenes con algun ayudante ó uno de los jefes de Estado Mayor?

—Imposible: debo hacerlo personalmente porque son cosas delicadas que debo ver ejecutar yo mismo para tener la mas absoluta seguridad que se han cumplido.

Todos se preparaban á separarse cuando

montoneros son los soldados de más nobles sentimientos que se conocen?

Si el Chacho ó las Chachas los han tratado bien, será para hacer méritos, pues bien saben ellos que se han hecho acreedores á los más severos castigos por haberse levantado en armas contra el gobierno constituido.

Si ha habido algunos á quienes se ha tratado bien, habrá tambien muchos á quienes se habrá tratado de una manera infame; lo que hay es que los muertos no pueden hablar y venir á referir aquí todas las crueldades de que han sido víctimas.

Basta pues de elogios al enemigo, que demasiado se han dicho ya y de tolerado y faltando á mi deber.

Con semejante reprimenda y amenaza, cesó como por encanto el coro de alabanzas entonado por los prisioneros, emprendiéndose la marcha á reunirse con el ejército.

La prohibicion de Sandes, de poco podia servir, pues demasiado conocidos eran ya los sentimientos de Chacho y el trato que en la Rioja se daba á los prisioneros de guerra.

El doctor Bedoya no habia creído en el exterminio de los prisioneros del Chacho, a pesar del silencio guardado por los gefes cuando Chacho les hizo el cargo.

Pensaba que tal vez seria porque los prisioneros estaban repartidos como soldados entre los diversos cuerpos, pero al fin tuvo que vencerse, que lo que Chacho habia dicho no era sino la estricta verdad: no se conservaba un solo prisionero: todos habian sido pasado por las armas; todos habian muerto en los cepos colombianos ó otros suplicios análogos.

Y Chacho sabia esto, él conocia la manera como sus prisioneros habian sido tratados, los horrores cometidos en las poblaciones, y no habia tratado de hacer lo mismo, ni siquiera para ver si de esta manera contenia al enemigo!

Por el contrario, los suyos sabian que serian acreedores á todo su desprecio aquellos que maltrataran un prisionero.

Chacho habia llevado su generosidad hasta el estremo de no hacerlos responsables de aquellos horrores, y seguir fiel á la palabra empeñada.

Solo una amenaza se le habia oido, y esta amenaza era para lo futuro.

— Si este convenio se altera en cualquiera de las bases á cumplirse, si se me falta de cualquier modo á la palabra empeñada, yo vuelvo á tomar las armas, pero esta vez será hasta la muerte!

El doctor Bedoya concluyó su comision, arregló todo lo concerniente y regresó á Buenos Aires para obtener del Gobierno el cumplimiento á todo lo pactado.

Fué entónces que se supo que Peñaloza no era el bandido de que se habia hablado, á quien la prensa, engañada, habia pintado como un hombre feróz y sanguinario.

Todo aquello que dependia del Gobierno, fué cumplido inmediatamente, enviándose á la Rioja los socorros pedidos y dándose orden de no perseguir á ninguno de los que habian tomado armas con el Chacho.

Se mandó retirar el ejército de la Rioja, dándosele la orden de ocupar otros puntos, por-

que á la sombra de Chacho se habian levantado algunos caudillos de escasa significacion, que era preciso someter antes que pudieran tomar cuerpo.

El prestigio de Peñaloza, lejos de disminuir con los tratados de paz, habia aumentado de una manera fabulosa.

Conforme lo habian acompañado á la guerra, porque él los habia llamado, lo acompañaban y ayudaban en su propósito de mantener la paz á toda costa.

Y tenian tal seguridad en que aquella paz no habia de ser duradera, que cada cual se retiró á su casa como una visita, preparándose á la nueva campaña que no habia de tardar en abrirse.

— Yo he hecho la paz, habia dicho el Chacho á los suyos, porque creo que hemos sacado una ventaja, aunque esta no sea más que la del descanso que vamos á tener.

Pero yo les juro que no permitiré que se falte en lo más mínimo á lo pactado y que á la menor hostilidad, seré el primero en estar de pié.

Ustedes saben que yo soy el primer guardian de las libertades Riojanas, y que pueden descansar en mi.

Vayanse entónces tranquilos aunque atentos á mi primer llamado.

Y el ejército se disolvió como por encanto, despues de haber recibido algun dinero y algunas otras dádivas que la paz celebrada habia acordado.

Chacho no habia pedido nada para si, puesto que él no habia luchado por sus intereses, pero si habia pedido algo para sus soldados impárgos, que lo habian sacrificado todo, por amor y en honor de su provincia, sin pensar en ningun género de recompensa.

Chacho creyó que debia exigir algo para ellos, haciendo de esto la base de toda negociacion.

Y la generosidad del caudillo era tan conocida de sus parciales, que en la seguridad de que para si nada habia pedido, cada cual vino á ofrecerle lo que se le habia dado.

Chacho, conmovido hasta las lágrimas, agradeció á los suyos aquella prueba de cariño, no aceptando ni un solo obro.

— Yo nada necesito, gracias á Dios, le decia; si algo necesitara alguna vez serán siempre á mis amigos á quienes primero acudiré, estén de ellos seguros.

Voy á aprovechar de la paz para cuidar un poco mis pocos intereses; como yo poco necesito para vivir, no he de carecer de nada.

Chacho podia haberse hecho enseguida gobernador de la Rioja, cediendo al deseo de toda la provincia; pero jamás soñó en aceptar este honor, apesar de las instancias de todos sus amigos.

— Y no entiendo estos asuntos de Gobierno; decia, ni entiendo de estas cosas: yo no puedo gobernar porque no he nacido para Gobernador.

Un gobernador tiene por fuerza que ser un peso para su pueblo por más que quiera evitarlo, sacrificando á los menos por el bien de los más.

Yo no pienso sacrificar á nadie, yo no quiero

pañera, á quienes espero volver á ver muy pronto, tan pronto como pueda obtener una licencia ó mi baja.

Chacho dió un abrazo á aquel jóven y se retiró rápidamente como si la prolongacion de aquella despedida le hiciera daño.

Todos se habian conmovido con las palabras de aquel jóven oficial, cuya frente, surcada por una terrible cicatriz roja aún, mostraba la bárbara herida recibida.

Aquel jóven habia caido en el último combate, bajo el golpe de aquella tremenda herida, y Chacho al pasar por su lado, conmovido ante su aspecto juvenil y distinguido, lo habia alzado, montándolo adelante, en su propio caballo.

Al pasar por una pequeña poblacion, en la huida, Chacho lo habia dejado, despues de recomendarlo á una buena familia y despues de haberlo curado él mismo.

Quiero que los cuiden como cosa mia, les habia dicho, y que cuando esté bueno le faciliten como pasar hasta la Rioja.

El deseo del Chacho se cumplió con infinito cariño, por aquella gente sencilla y buena, que no solo obraban por complacer á Chacho sino interesados ellos mismos por la juventud y el agradecimiento de aquel oficial que era casi un niño.

Cuando estuvo bueno, le dieron una mula y le dijeron que cuando quisiera podia pasar á la Rioja, que ellos tenian el mayor gusto en conservarlo á su lado; pero que como Chacho les habia ordenado proceder así, no podian hacer otra cosa.

El jóven siguió viaje á la Rioja, y allí fué recibido en nombre del Chacho, por la Victor, á quien el caudillo habia ya hablado de él, y por su bella hija.

Cuando Peñaloza volvió á su casa, lo trató como á un hijo y cuando se ausentó de nuevo al ejército, le manifestó, que allí estaba en su casa y libre de hacer lo que quisiera, incluso regresar entre los suyos.

Y así aquel jóven fué tan feliz, que no se hubiera movido nunca de allí por su voluntad.

En casa de Peñaloza se le proporcionaba cuanto podia necesitar y cada vez que Chacho volvía á su casa, no perdía la oportunidad de demostrarle el cariño más desinteresado.

—La guerra ha de concluir al fin, de una ó de otra manera, le decia, porque no puede ser eterna.

Entonces y si yo vivo todavia, vengase aquí conmigo que nada le ha de faltar: yo le daré como trabajar con provecho y le garanto que á mi lado podrá ser feliz relativamente; puesto que yo no soy mas que un pobre gaucho que poco aliciente debe tener para una persona como usted.

Y el jóven habia vivido así, feliz y considerado todo el tiempo que habitó la casa hospitalaria de Peñaloza.

Aquella separacion brusca, cuando menos la esperaba fué para él un golpe triste con el que se conformó pensando obtener pronto su baja para volver al lado de sus nobles amigos.

Porque el jóven éste era solo en el mundo, habia perdido á sus padres siendo muy niño,

y este mismo desamparo era lo que habia influido en su espíritu para hacerlo abrazar la carrera de las armas.

De modo que un corazón huérfano, de efectos se encontró dulcemente subyugado por el cariño de que le habia habituado la familia de Peñaloza á la que se habia habituado á mirar como la propia.

Así, la paz lo habia sorprendido en medio de aquellas nuevas é intimas afecciones, arrancándolo á ellas cuando menos lo esperaba.

— Parece que el amigo se nos ha pasado, dijo irónicamente uno de los gefes, al ver el entusiasmo que demostraba al hablar del Chacho y de su familia.

— Yo no me he pasado, respondió éste con cierta severidad, y la prueba que no me he pasado, es que apesar de mis afecciones me encuentro aquí.

Si me entusiasmo al hablar de aquella gente, yo no tengo la culpa si entre ellos he encontrado el cariño afectuoso y leal de que soy huérfano entre ustedes.

Ningun afecto personal, ninguna amistad leal y desinteresada me liga entre mis compañeros de armas, solo tengo aquí el amor á mi bandera que seguiré hasta la muerte, porque á ella me debo y porqué así lo juré.

Iba tal vez á replicar ásperamente el gefe á quien el jóven acababa de dar aquella leccion, cuando medió el doctor Bedoya para evitarlo, diciendo:

— Este jóven tiene razon, tiene mucha razon, el agradecimiento es un sentimiento noble y no es digno del aprecio de los demás el que no lo espermenta con igual calor.

Y felicitó al jóven por aquellos sentimientos tan vivamente expresados.

Los demás prisioneros á su vez, empezaron á referir con igual entusiasmo la manera como habian sido tratados, al estremo de que el Coronel Sandes les impulso silencio, prohibiéndoles terminantemente que volvieran á hablar la menor palabra del asunto.

— Estoy conforme con el agradecimiento que todos demuestran, decia: el hombre debe ser agradecido y no olvidar nunca los beneficios que recibe; pero en este caso, cada cual debe guardar su agradecimiento para si.

Si todos estos vuelven al ejército con iguales discursos, si cada uno va á referir mil felicitades y venturas amorosas, me ván á desorganizar el ejército.

El dia de una batalla, mis soldados van á ser más chachistas que el Chacho mismo y no ván á pelear por dejarse tomar prisioneros para ir á gozar de todas aquellas delicias.

— Como se ha hecho la paz, replicaron algunos, creimos no hacer mal con hablar así.

— En paz ó en guerra, dijo entonces Sandes, el que me venga á elogiar al enemigo entre las filas del Ejército, le pego cuatro tiros como traidor á la patria y á su bandera.

¿A donde vamos á parar si las filas del Ejército regular se convierten en cátedra de elogios al enemigo? Si los mismos soldados y oficiales declaran que nosotros somos un ejército de bandidos sin ley alguna, mientras que los

Un minuet fusilado

Estaba de Dios que poco habia de durarles aquella paz que Chácho se figuró eterna.

El militarismo imperaba en las provincias, sometidas á la esclusiva voluntad de los gefes que habian ido á someterlas y pacificarlas.

Ellos no habian tenido el menor tino en su manera de obrar, y en vez de inspirar el respecto por el Gobierno Nacional que ellos representaban, habian engendrado un odio profundo y un rencor mezclado á un sentimiento de tremenda venganza.

Los gefes trataban á aquellas poblaciones inocentes militarmente, con un rigor excesivo á que no estaban habituadas ni podrian habituarse jamas.

Eran una mina de pólvora que iba cargándose por si misma, que al fin estallaria de una ú otra manera.

Los gefes Nacionales creian que mientras Chácho permaneciese tranquilo nada tendria que temer.

Pero no veian que cada provincia de aquellas y cada departamento tenia un caudillo mas ó menos influyentes, que podia alzarse con un grupo mas ó ménos numeroso y empujar nuevamente á Chácho á una campaña cuyo término no era muy difícil preveer.

El coronel Sandes se hallaba con una fuerte division en la Provincia de Mendoza; en San Luis estaba el formidable Coronel Iseas que mandaba degollar por el placer de ver la cara á la victima y el jesto que haria al sentir el filo del cuchillo.

Iseas era un hombre bruto, y tal cruel como bruto.

Su único mérito militar consistia en un valor á toda prueba.

Odiaba á muerte por la crueldad salvaje de sus sentimientos Iseas no tenia limites á su ferocidad.

Se contaba de él cosas inicuas, siendo la realidad peor aun que la mayor de las exajeraciones.

Las faltas mas leves eran castigadas por él de una manera cobarde y sangrienta, porque no se guiaba por los hechos que queria castigar sino por su capricho.

El jamás trataba de averiguar las causas que podian haber determinado un hecho digno de castigo, segun su modo de pensar.

Y sin reconocer la menor atenuacion, aplicaba el castigo tan feroz y brutal que tenia muchas veces que aplicarlos personalmente porque sus subalternos, solian resistirse horrores.

Para dar una lijera idea de la ferocidad de este hombre, vamos á referir un solo hecho.

Un paisano de San Luis, de apellido Clavero, muy conocido y estimado por sus prendas personales, fué un dia á quejarse al Coronel Iseas, de que le habian robado un apero con virolas de plata.

Clavero no sabia quien se lo habia robado pero si sabia que el ladrón pertenecia á las tropas que mandaba Iseas.

Rastreador hábil, habia visto las pisadas del ladrón. en el paraje donde tenia el apero y habia seguido el rastro hasta el campamento de Iseas.

Creia Clavero que con esto bastaria, pero aquel gefe con la mayor facilidad podia averiguar quien tenia las prendas robadas.

—¿No podeis decirme quien es el ladrón? preguntó complacido ante la oportunidad de aplicar un castigo duro.

—Yo no puedo decir quien ha sido, contestó Clavero, lo único que yo puedo afirmar es que el ladrón debe ser uno de sus soldados, porque está entre ellos.

—Es una lástima que no sepas quien es porque me vas á dar mucho trabajo averiguarlo, pero no importa, espera un momento.

Habia entre los asistentes de Iseas, un santiagueño muy diablo, por quien Iseas habia demostrado cierta preferencia.

Este Santiagueño era un buen hombre, pero tenia el vicio de robar caballos y todo género de objetos de ensillar.

Siempre andaba bien empujado, porque era un jugador famoso á quien con mucha dificultad podia ganársele.

Sin mas antecedentes que este, Iseas mandó llamar en el acto al santiagueño y como si tuviera la mas perfecta seguridad en lo que decia le intimó devolviera en el acto el apero de Clavero.

—Pero que apero preguntó sorprendido el santiagueño? que apero quiere que le devuelva mi coronel?

—El mismo que le has robado, vamos déjate de pavadas y devolvé el apero, antes que te lo haga devolver yo.

El pobre santiagueño que sabia muy bien lo que era capaz de hacer Iseas, juró que él no tenia ni la menor idea de semejante robo, y mirando á Clavero sorprendido, le pregunto si era el quien lo acusaba.

—De ninguna manera, respondió Clavero, como le voy á acusar á usted si yo no sé quien me ha robado el apero? sé que el ladrón está en el campamento, pero no sé nada mas.

—Pero yo lo sé dijo Iseas y esto basta: á

que nadie tenga sobre mi ni una sombra de quejas.

Gobierno otro en tiempo de paz, que yo gobernaré mi ejército en tiempo de guerra y nada más.

Y se ganó á su casa, entregándose al más completo descanso.

Es verdad que de todas maneras era él, el verdadero gobernador de la Rioja, el hombre á quien el pueblo acudia en todos sus apuros, y el gran empeño que todos mostraban en todos sus apuros y percances.

Porque Chacho no se negaba jamás á complacer á los que á él acudían, filosofando de esta manera hidalga.

Cuando yo los necesito los llamo, y ellos acuden á mí, les pido todos los sacrificios, aún el de la vida misma, y ellos no me preguntan jamás ni para qué ni porqué, se ponen á mis órdenes y basta.

Que hazaña hago yo entonces en reunirlos, más, cuando los pobres no me piden más que palabras y empeños.

Y desde el primer momento se ponía á la completa disposición del que lo solicitaba.

Si el pedido era de dinero y él no lo tenía, mandaba empeñar ó vender su mejor prenda, sin el menor remordimiento, entregando su importe sobre tablas.

Si eran empeños para el Gobernador para que hiciera tal ó cual concecion, ó perdonando tal ó cual falta, en el acto estaba en campaña, no parando hasta no conseguir la cosa.

Y quien iba á negar nada al general Peñaloza:

— No se puede hacer justicia así solía decirle el Gobernador, usted es el amparo de todos estos cachafaces á los que no se puede castigar ni multar.

— Y que vamos á hacer contestaba el Chacho sonriendo, ellos son mis hijos y al fin y al cabo tengo que tener para ellos la debilidad de todo padre.

Ellos le han dado también su sangre al sosten de las libertades y los principios de la

Rioja, ¿que hazaña se hace con concederles esta miseria?

Y no solamente les conseguía lo que deseaban, sino que sostenía que nada se había hecho en beneficio de su protejido, quien muchas veces era realmente un cachafaz.

El Gobierno se encontraba cohartado por el Chacho, que no podía negarse al que se presentaba á golpear su puerta.

Feliz con el amor de su mujer y su hija, Chacho no aspiraba á más, desde que había asegurado ó creído asegurar el bien estar de su provincia.

El Ejército había sido licenciado tan completamente que no quedó un solo soldado sobre las armas.

Todo el mundo se entregó á cuidar sus intereses tanto tiempo abandonados, y gozar de los placeres que podían hallar en el hogar y entre la familia; placeres que podía decirse eran desconocidos para aquella buena gente que había dividido su vida entre las penalidades del campamento y los peligros de la batalla.

Chacho sabía que á su primer llamado acudirían todos sin faltarle uno solo, y no se preocupaba absolutamente en su diseminación.

Además no creía volver á necesitar del contingente de sus bravos, persuadido en la buena fé del Gobierno y en la estabilidad incommovible de los tratados que firmó bajo la fé del Dr. Bedoya.

Y la Rioja entró así á una época de prosperidad de que no tenía idea, porque la paz por aquellos mundos era cosa desconocida.

A muchos de los soldados de aquel prestigioso caudillo les habían salido las primeras canas en el campamento, sin saber lo que era una semana de tranquilidad habían pasado, su vida batallando siempre y en aquellas fabulosas montoneras que tanta sangre costó

El cariño por el Chacho había salvado los límites de la Rioja porque tan Chachistas como los Riojanos mismos, lo eran los Catamarqueños y los de todas las provincias del Norte en fin, que miraban en él la garantía de todo derecho.

número de enemigos que lo acosaba, por bravo y listo que fuera Clavero.

Aquella lucha no estaba en el programa de Iseas, que aplaudió frenético el nuevo espectáculo con que no habia contado.

Clavero que no peleaba por la vida, porque era imposible salvarla, peleó por la venganza por el misero consuelo de morir matando, y al primer soldado que se le puso por delante, lo partió de una puñalada.

Rápida pero terrible fué aquella lucha desesperante.

Clavero, que habia muerto de la primer puñalada al primer soldado que se le acercó, hizo rodar á sus piés, postrado por un hachazo al segundo asistente; pero acosado por el número y cubierto de heridas cayó á su vez inmediatamente degollado.

Iseas aplaudia de una manera frenética, pero el espectáculo habia sido corto para su ferocidad doblemente escitada por la sangre derramada.

Para calmarse, necesitaba unas nueva victima, pero no habia allí ningun culpable sobre quien poder caer.

A ver, gritó Iseas á los suyos, á este estúpido pesado que no ha sido capaz de defenderse y se ha dejado herir, degüellenlo tambien, yo no quiero asistentes maulas, incapaces de hacer media hombrada, degüellenlo á ese tambien.

Señor, ese es Ramon, se atrevió á decir un Sargento, porque Iseas parecia apreciar mucho á aquel asistente, que era uno de los que mas lo habia acompañado.

—Pues ¿ Ramon, degüellenlo por pesado y por maula, á no ser que querás que te degüellen en su lugar.

La cosa empezaba á tomar un mal aspecto, y el sargento, temeroso de que á el mismo, lo mandaran degollar, sin más tramite se acercó al dicho Ramon, que no podia moverse y le levantó la cabeza tomándosela por el polo.

—Mi Coronel, gritó éste desesperadamente, ¿porque me manda degollar? vo no he cometido ninguna falta y lo he servido siempre con lealdad.

E iba á seguir explicando, cuando el sargento, teniendo con razon de una demora fuese á costarle cara, le cortó la palabra, pasándole el cuchillo por la garganta.

Aun los mas bandidos se hallaban fuertemente comovidos: nadie se atrevia á pronunciar la menor palabra temiendo que Iseas, dominado por el vértigo de la sangre siguiera en los degüellos.

El Coronel se frotaba las manos complacido, y miraba el semblante de todos como si buscara una nueva victima.

Pero no hallando sin duda una cara bastante simpática, se retiró despues de mandar que sacaran aquellos cadáveres, para que fueran á apestar lejos.

El asesinato quedaba cumplido por aquella dia.

Muchas personas creerian que esto es una exajeracion de romancistas, porque no puede suponerse una ferocidad llevada hasta este estremo.

Sin embargo, el que dude, no tiene mas que preguntar á cualquiera de nuestros militares

quien era el Coronel Iseas, y ellos podrán dar un informe mas completo.

Jamás él mandó fusilar en virtud de un sumario cualquiera.

Sus órdenes se limitaban simplemente á mandar degollar, sin dar ninguna razon ni motivo: era su sola voluntad á que imperaba.

Toda exajeracion es poca para pintar aquel espíritu cobarde y depravado, basta referir los hechos con esa terrible y elocente desnudez, para darse una idea de lo que era aquel hombre feróz, revistiendo un cargo elevado en un Ejército regular; superaba su crueldad y barbarie al mas sanguinario de cuantos montoneros se habian conocido.

Iseas bebia, bebia de una manera formidable, y era precisamente bajo la influencia del alcohol que su ferocidad despertaba en todo su apojeo.

Cuando se embriagaba por la mañana, todos los soldados á sus órdenes se echaban á temblar, pues era seguro que el dia no podia terminar sin algun acto feróz y sanguinario.

Regularmente, y no teniendo victimas á mano, Iseas se presentaba en el cuerpo de guardia, y mandaba que le sacaran los presos á formar.

Los soldados allí detenidas, estaban por faltas leves, como la no asistencia á una lista, una tranca ó algo por el estilo, pues los que habian cometido alguna falta mas grave estaban en las estacas, ó en el ospital curándose de algun castigo feróz.

Una vez formados los presos contra la pared, Iseas empezaba á pasearse delante de ellos mirándoles la cara.

De pronto se paraba y señalando á uno de ellos le decia: á ver salí voz, vos tenes cara de andar por desertarte.

—Yo no, señor, contestaba el soldado echándose á temblar porque ya sabia lo que podia snecerle.

—Sí, tenes cara de quererte desertar, añadia, salí nomas y paraté allí.

El soldado salia, é Iseas seguia sus paseos y sus miradas.

—A ver, volvia á decir parándose de nuevo, salí vos tambien, vos tenés cara de montonero.

—Pero señor, si yo no soy montonero, si nunca he andado con montoneros!

—No importa, tenés cara de montonero, salí nomás, salí nomás.

Y el soldado salia entristecido ó aterrado, pues ya sabia en lo que aquello podia parar.

Iseas seguia en sus paseos delante los presos y siempre haciendo salir á éste ó á aquel, porque tenia cara de una ú otra cosa.

Cuando habia cuatro ó cinco afuera hacia retirar el resto y llamando al oficial de guardia, le entregaba los presos que habia apartado, diciéndole:

—A este y á este, que tienen cara de montoneros, me les hace pegar doscientos azotes: á este que tiene cara de desertar que lo degüellen.

El soldado, con la mavor desesperacion, suplicaba y pedia la causa, el motivo de aquella órden bárbara, pues Iseas se retiraba sin escucharle y diciendo:

—Yo te he de dar, pedazo de pillo, yo te

ver trompeta, vas á devolver ya el apero que te has robado, ó te lo saco del cogote.

—Pero mi coronel, dijo el santiagoueño, con el giro que iba tomando la cosa, yo le juro por lo mas sagrado que hay en el mundo, que yo no he robado semejante apero, y que ni tengo de ello la menor idea.

—Mirá contestó Iseas de una manera amezadora, si vos no tenes el apero, tenes cara habértelo robado, y viene hacer lo mismo: devolvé entónces el apero, ó me enojo. Clavero; que no sabia quien era Iseas, sonreia, para él el coronel estaba jugando.

Pero el Santiagoueño que se sabia de memoria á Iseas y de lo que era capaz, quedó aterrado.

Para él era indudable que iba á sucederle una desgracia tremenda, no ya por haberse ó no robado el apero sino por parecerle á Iseas que tenia cara de habérselo robado.

Empezó por jurar que ni siquiera sabia que se hubiera efectuado semejante robo, y concluyó por suplicar á Clavero que declarara que él no era el ladrón.

Clavero volvió á asegurarle que él no le habia dilatado, pero sin figurarse jamás el desenlace terriblemente trájico que aquello iba á tener.

—Vamos á ver, ¿no queres devolver el apero preguntó Iseas.

—Pero mi Coronel, si yo no me lo he robado, cómo lo voy á devolver.

—Pero tenés cara de habértelo robado.

—Pero mi Coronel, llame á todos los compañeros á ver si hay alguno que me acuse, averigüe usted si nadie me ha visto mas apero que el mio.

—Vos tenés cara de habértelo robado, y es preciso que me lo devolvás, vamos pronto que no estoy para juguetes.

En vano el pobre Santiagoueño hizo toda clase de juramentos y súplicas, no habia cristo que convenciera á aquel bárbaro.

Sin mas preámbulo sacó el coronel Iseas el puñal que llevaba siempre consigo y entregándolo á Clavero le dijo:

—Haver degollame pronto á ese pícaro, y vos echate para que te degüelle.

Clavero tomó el puñal creyendo siempre que Iseas jugaba, pero era tal la desesperacion del paisano Santiagoueño, que horrorizado ante el pensamiento de que aquella orden pudiera ser cierta, devolvió el puñal á Iseas manifestándole que renunciaba á su apero y que él era el primero en rogarle que no hiciera cargos al Santiagoueño, porque en realidad era un hombre á quien ninguno acusaba.

Yo no te pido tu opinion contestó Iseas, yo te mando ahora que deguelles á ese picaro ladrón, prontito y limpiamente.

Horrorizado Clavero con aquella orden bárbara, en cuya seriedad no se podia dudar ya, volvió á querer entregar á Iseas su puñal resistiéndose á cumplirlo.

—Ya he dicho que yo no te pregunto nada, gritó entonces en el colmo de la irritacion.

Te he mandado que deguelles á este pícaro, limpiamente y nada mas, pronto, porque sino hago que él te degüelle á tí.

La cosa cambiaba de aspecto de una manera terrible.

Ya no solo se trataba de salvar la vida del pobre Santiagoueño, sino la vida própia.

Ya no habia para Clavero otro medio de salvarla que degollando al Santiagoueño y no se encontraba con el valor suficiente para hacerlo.

La ferocidad de Iseas se hallaba terriblemente irritada con aquel espectáculo; la resistencia de Clavero y la desesperacion del Santiagoueño le hacian presentir un espectáculo formible para su espíritu de fiera.

Los que lo rodeaban presenciando la escena estaban habituados á aquellos actos, y ningunos de ellos dudó que en vez de uno tendrian dos degollados.

Los asistentes de Iseas, asesinos todos y acostumbrados á ejecutar cosas peores, no trepidarian en obedecerlo, mas, desde que desobediéndolo comprometian su própia vida.

Iseas se acercó á Clavero y tomándolo por el cuello le intimó por última vez que degollara al Santiagoueño.

Si te has figurado que habias de venir á incomodarme y á reclamar robos para salir riéndote de mí, estas muy equivocado.

O me degollas en el acto á ese Santiagoueño ladrón, ó vás á ver quien es Iseas.

Algunos animaron á Clavero á cumplir la orden recibida, pero él no pudo resolverse á ello.

Si la idea solo de que por un reclamo fueran á quitar la vida de un hombre inocente le habia hecho aquella impresion, ¿cual no seria su impresion al ver que él mismo tenia que convertirse en el verdugo ejecutor de aquella monstruosidad?

Sublevados en él todós sus sentimientos generosos, arrojó el puñal lejos de sí y declaró que no habria tortura capaz de hacerle cometer aquella infamia.

Iseas soltó una carcajada diabólica y dijo: bruto! ahora verás si se puede jugar conmigo.

Y llamando á los asistentes que lo rodeaban, les mandó degollar inmediatamente á los dos hombres.

El asistente de Iseas, el santiagoueño, que habia presenciado peores horrores, se preparó á morir, convencido que no habia empeño ni ruego capaz de salvarlo.

Iseas estaba poderosamente escitado, y todo lo que se hiciera por salvar á las victimas no serviria sino para irritarlo mas todavía.

No habia además allí quien se atreviera á levantar su voz en favor de ellos, porquetemian con razon que los mandaran degollar á ellos mismos, sin mas trámite.

—Ocho ó diez asistentes se lanzaron puñal en mano sobre las victimas.

El santiagoueño resignado, y sabiendo que no habia pié humano capaz de salvarlo, se echó al suelo en el acto, limitándose á pedir á los soldados que no lo hicieran penar.

Clavero, hombre bravo y resuelto, no se resignó á morir como un cordero, y avanzándose al puñal que habia rechazado poco antes, se preparó á morir en su ley.

Y en vez de echarse y estirar el cuello como el Santiagoueño, acometió á sus asesinos con desesperacion terrible.

La resistencia no podia ser larga, dado el

comer, Miguel salía á buscarlo hasta que daba con él.

La gentil María, la más jóven y bella de las hijas de Luna, era el objeto de todos los halagos y preferencia de Ruiz.

El se habia enamorado fuertemente de la jóven, concibiendo contra ella el plan más miserable y cobarde.

María escuchaba con placer infinito la palabra amante y elocuente de Ruiz, que le demostraba un amor tranquilo y puro, ocultando con admirable talento toda la perfidia de su alma ruinosa y la perversidad de sus sentimientos.

Miguel veía en aquel jóven como un hermano, digno de todo aprecio y consideracion.

Cuando Ruiz estuvo bien seguro del aprecio y cariño de toda aquella familia, empezó á desplegar sobre María todo su plan de seducción.

Le habló de su amor inmenso é inestinguible y de la felicidad insuperable del matrimonio y del hogar que podían formar entre ambos.

La palabra de casamiento fué comprometida, manifestando Ruiz que por ahora le sería imposible cumplirlo, porque como militar necesitaba para casarse el permiso del Gobierno, y este permiso no lo podría obtener sinó cuando viniera á Buenos Aires.

Con su falso lenguaje, Ruiz habia logrado trastornar la cabeza de María; que se habia enamorado de él locamente, ocultando su pasion porque Ruiz le habia dicho que así lo hiciera porque no queria decirlo hasta que no se resolviera á casarse.

Los militares tienen desgraciadamente mala fama, le decia, si lo sabe tu padre es capaz de prohibirme que vuelva aquí hasta que no traiga mi licencia para casarme, y como ahora no me permitirán ir á Buenos Aires, soy capaz de pegarme un tiro de pura tristeza.

Horrorizada con semejante amenaza, María ocultaba su pasion en el fondo de su alma y cada vez se sentia más enamorada del bizarro militar.

Este tenia muy pocas ocasiones de hablar á solas con ella, porque aunque la familia no tenia la menor desconfianza, como todos lo querian, trataban de estar siempre junto con él, no dejándolo solo un momento.

Esto no convenia en manera alguna á los planes de Ruiz y empezó á trabajar el espíritu de María, para seducirla á que saliese todas las noches á hablar con él por la pared de los fondos.

— El amor vive del misterio, le decia, y así como la violeta necesita el calor del seno para desprender todo su aroma, el amor necesita la soledad y el misterio, para vivir en toda la languidez adormecedora de su esencia.

Vén al fondo de noche cuando todos duerman y allí conversaremos de nuestra vida futura tan llena de esperanzas y de sonrisas.

La jóven no vió en esto el menor mal, se dejó convencer con una inocencia infantil y acudió al paraje de la cita.

Y allí, pared de por medio, escuchó la palabra apasionada del jóven y juró amarlo así toda la vida, á pesar de todo y de todos.

Y fué sobre aquella pared de los fondos que

se sintió envuelta bajo la caricia suprema del primer beso, y entre el éxtasis incomparable é inmenso de la pasion primera.

Las citas se repetían diariamente, pero no ya pared por medio como las primeras noches.

Ruiz saltaba la tápia y allí, entre los naranjos del fondo, envueltos en el perfume arrobador de los azahares, y en la atmósfera tibia y perfumada, pasaban largas horas entregados al amor más poético.

María habia enloquecido bajo la palabra trémula del jóven, y bajo su mirada lánguida cargada de pasion y de promesas de un mundo mejor.

Y al venir el alba, y entre el sonido del beso de despedida, Ruiz renovaba su eterna promesa de casamiento.

Y tan bien ocultaban su pasion ambos, con tal indiferencia se trataban delante de los demás, que ninguno sospechó ni remotamente la existencia de aquellos amores.

Pero lo que no veían los Luna, ennegrecidos por la amistad del jóven, lo veía todas las noches un jóven que vivía á los fondos, apasionado tambien de María y amigo de Miguel desde la infancia.

Con desesperacion suprema, veía lo que allí pasaba noche á noche con alguna de las hermanas de Miguel, pero no pudiendo saber cual de ellas era, aunque habia puesto toda su atencion en descubrirlo.

Presintiendo alguna infamia se resolvió á poner en conocimiento de Miguel lo que pasaba, para que éste tomara sus medidas é hiciese cesar una situacion tan peligrosa.

Miguel escuchó lo que le refería su amigo, sin darse exacta cuenta, en el primer momento, de todo el horror que encerraba aquella denuncia.

Pero en cuanto su amigo le manifestó sus sospechas, sintió estallar en su pecho la indignacion más poderosa.

— Creo todavia en la lealtad y en el honor de Ruiz, no quiero arrancar tan violentamente esta ilusion de mi espíritu.

Pero te juro por el amor de mi madre, que Ruiz pagará con su vida cualquier infamia que hubiera cometido.

Miguel agradeció efusivamente á su amigo el leal aviso y se retiró á su casa meditando su plan de venganza.

A medida que pasaba el tiempo y se acercaba la hora del desenlace, una agitacion tremenda iba apoderandose del jóven.

Sentia toda la indignacion de la afrenta, y le parecia que si las sospechas de su amigo eran una realidad, no bastaria la vida del miserable para satisfacer su venganza.

Tomó de la pieza de su padre una espada que éste tenia, y la escondió en su cuarto, para servirse de ella durante la noche.

Miguel, como de costumbre, se separó de su amigo Ruiz, despues de cenar, y se retiró á dormir.

Qué suprema angustia la de su espíritu, al acercarse la hora de la tremenda prueba!

Como que nerviosidad agitaba el sable en el aire para arrojarlo de nuevo sobre la cama, pareciéndole imposible que Ruiz fuera capaz de semejante infamia!

he de dar, tener cara de desertor! que lo degüellen no más.

Y la órden sé cumplía rigurosamente, pues ya habia sucedido el caso de haber Iseas hecho degollar un oficial por no haber cumplido alguna de estas bárbaras órdenes.

Otras veces y dirijiéndose á un soldado cuya cara no le caía en gracia, le preguntaba:

— Vos te has desertado alguna vez no?

— Yo no señor, respondia el milico palideciendo, Dios me libre de desertarme!

— No importa, vos tenés cara de desertor: á ver que me degüellen á este.

— Pero señor, yo soy un soldado leal, nunca he desertado mi puesto ¿porqué me vá á ser matar?

— Ya he dicho que tenés cara de desertor, degüellenlo nomás.

Y sin más trámite lo hacia degollar en el acto, sin que nadie se atreviera á haberle la menor observacion.

Así se explica que los soldados de Iseas miraban con terror una simple prision, prefiriendo más bien que les dieran cien palos, pues yendo presos al cuerpo de guardia, estaban espuestos á que Iseas los hiciera degollar porque tuvieran la cara de tal ó cual modo.

Como última pincelada en este cuadro de horror vamos á referir un hecho que bien podría calificarse de colmo de la ferocidad.

Habia entónces en el Regimiento 4º, un mocito, soldado distinguido, de apellido Ruiz.

Enamorado y travieso, Ruiz habia caido en la gracia de Iseas, lo que era tambien una desventura, porque era los que él llamaba sus amigos, á quienes ocupaba como verdugos en sus actos más sangrientos.

Todo el que estaba en estas condiciones concluia por depravarse, pues el hábito de presenciar todo género de infamias y de ejecutarlas, por temor de ser castigado, iba adormeciendo todo género de sentimientos hasta que cumplian las órdenes más bárbaras, con la mayor naturalidad y sin experimentar la menor impresion.

Ruiz, que era un mocito educado, con la proteccion de Iseas, se habia hecho pendenciero vicioso y cruel.

La mayor parte de sus faltas quedaban sin castigo porque Iseas lo protejia, y estaba acostumbrado á hacer lo que le daba la gana, sin temer ninguna mala consecuencia de sus actos.

Y que consecuencias iba á tener, cuando Iseas lo festejaba estruendosamente cuando iban á llevarle lo queja de alguna iniquidad por el cometida?

Cuando estaban en alguna ciudad, ó en sus alrededores, Ruiz pedia permiso para pasear, ó se ausentaba sin permiso del cuartel, para entregarse á todo género de excesos.

El asaltaba los negocios que no querian darle lo que pedia, armaba escándalos en cualquier casa de familia, sin que por esto hubiera recibido jamás la menor reprimienda, no ya castigo.

Como cualquier queja que iba al Regimiento la recibia el Mayor, nunca llegaba á oidos del jefe, porque sabia que todo era inútil y que insistiendo en sus quejas contra Ruiz, lo único

que iba á conseguir era hacerse antipático al Coronel Iseas y tener al fin que salir del cuerpo, á consecuencia de esos mismos cuentos.

De modo que el consuelo que daba á las personas que iban á quejarse, era decirles sencillamente:

— Amigo mio, yo nada puedo hacer, más que darle un consejo y este consejo es de que no dén el menor paso, primero, porque no le han de hacer nada á Ruiz, y segundo, porqué si el Coronel está de mal humor cuando le vayan con la queja, es capaz de hacer dar una paliza á quien se la lleve.

Y como todos seguian el consejo del Mayor, no habia quien se quejara á Iseas, y Ruiz seguia haciendo de las suyas.

Estando en Catamarca, Ruiz cometió una iniquidad digna del más severo castigo.

Vivia allí una familia Riojana de apellido Luna, y compuesta de los padres, tres niñas de rara belleza, y un hijo, jóven de diez y ocho años, pero en todo el rigor de su desarrollo.

No encontrando quien lo presentara en la familia de Luna, Ruiz se presentó él mismo una tarde, bajo el pretexto de haber simpatizado con ella y como no contaba con relaciones en Catamarca, no tenia quien lo presentara.

La familia de Luna, como todas las familias de aquellas provincias, tenia horror á todo aquello que pertenecia al Ejército Nacional, porque alguna desventura traia siempre el contacto de sus gefes y oficiales.

De mil amores hubieran arrojado á la calle al tal Ruiz con todas sus demostraciones de simpatia, pero al mismo tiempo tenian miedo de hacerlo.

Luna tenia miedo que fueran á vengarse llevándose á su hijo unico, á quien queria con delirio.

No tuvo más remedio que aceptar aquella visita brotada del infierno, preparándose á salir al encuentro de todas sus consecuencias.

Ruiz tenia un aspecto suave, y cierta habilidad para engañar á los demás presentándoles como una persona buena é inofensiva.

Los Luna se engañaron por completo.

Aquel jóven les refirió como él habia sido arrastrado por fuerza al servicio militar, les habló con un cariño infinito de su buena madre, con lo que la señora de Luna tenia mucha semejanza, le dijo que las jóvenes le recordaban el cariño purísimo y profundo de sus hermanas, ofreció al jóven Luna toda su amistad leal y desinteresada.

Aquella familia inocente se dejó engañar completamente por el lenguaje tranquilo y práctico de Ruiz, y á los pocos dias no solo habian olvidado toda la antipatia que les inspiró al principio, sino que lo miraban con verdadera lástima.

Al mes de frecuentar la casa, Ruiz era como de la familia á quien entretenia con sus interminables cuentos y recuerdos de su infancia.

Miguel le habia cobrado un cariño verdadero y se habian habituado de tal manera á verlo en su casa, que el dia que no iba á

quiero sobre todas las cosas de este mundo, puesto que te quiero, á pesar de todo, de otra manera no me hallaría en la triste situacion en que me encuentro.

Por un sacrificio más no quiero que dudes de mi amor: vamos donde sea necesario para salvar mi amor y mi vergüenza que si faltas á tu palabra, Dios te tomará cuenta de ello.

Ruiz dió un beso á Maria y se levantó para ayudarla á subir la tápia pero de pronto se detuvo como herido por un rayo y hechó mano á su pesado sable de caballería.

Una nube de sangre habia turbado la mirada de Miguel, y vacilante por la emocion que experimentaba, habia saltado sobre Ruiz cruzándole la cara de un bofetón y levantando la espada.

— Cobarde! le habia, dicho, cobarde infame, no vés á morir fusilado sino que vés á tener el honor de morir á mis manos.

Maria, en el colmo del espanto se arrodilló ante su hermano, quedando así presa del mayor estupor.

Ruiz habia sacado su sable y habia caído sobre Miguel al mismo tiempo que le decia:

— Pedazo de bruto! ahora verás quien soy yo!

El combate era desigual bajo todos conceptos.

Miguel era la primera vez de su vida que peleaba de aquella manera, en una lucha á muerte, halláncose turbado además por el asombro y la desesperacion de lo que le pasaba; no conocia el manejo del arma y se entregaba por completo al sable de su adversario.

Este, por el contrario, era un hombre habituado á batirse, conocia perfectamente el arma que manejaba y sabia á demás todas las desventajas con que tendria que luchar Miguel.

El ruido podia despertar á toda la familia y turbar en algo su accion sobre Maria, reflexion que le hizo apresurar el desenlace del combate.

Cargó impetuosamente sobre Miguel, que empezó á perder terreno, y le hundió el cráneo de un hachazo.

El jóven soltó su espada, se tomó la cabeza con ambas manos, vació un momento y quedó apoyado y aturdido sobre el tronco de uno de los naranjos.

Ruiz se acercó á Maria que parecia no darse cuenta de lo que habia sucedido, la ayudó á subir la tápia con gran trabajo pues la jóven no podia secundar su accion y se dejó caer con ella del otro lado de la tápia, ayudándola á dejarse caer.

— Es necesario tener viveza, le dijo, para que podamos andar rápidamente, mira que puede venir gente y encontrarte conmigo en la calle, lo que seria peor.

— Y Miguel? preguntó debilmente la jóven, y Miguel, qué le has hecho?

— Nada, le he dado un palo para aturdirlo un poco y nada más: apresurate, por que él mismo se puede poner á gritar y acudir gente sobre nosotros, y esto tiene un doble y terrible peligro.

No solo te arrancarían de mis brazos, espionándote á la vergüenza de todos, sino que, por haber cometido semejante escándalo, podrían muy bien creer en un delito.

— Huyamos, huyamos, dijo entonces Maria, doblemente aterrada por aquellas palabras.

Y siguió á Ruiz apresuradamente, que la llevó á la esquina opuesta, donde esperaba un caballo ensillado, haciéndola montar en ancas.

Y tomó en seguida á gran galope el camino del campamento.

Todo aquello de la marcha inmediatamente era una fábula contada por él á Maria para inducir-la á abandonar su hogar.

Ruiz habia oido decir que la division pensaba marchar pronto y habia querido asegurarse con tiempo de que Maria lo seguiria.

La jóven era de una belleza insuperable, belleza que tenia dominado por completo á aquel espíritu perverso.

Entre tanto el jóven que habia dado el aviso á Miguel y que habia presenciado toda la escena de los fondos, gracias á la claridad de la noche, salió de su casa y cuando Ruiz saltaba á caballo, golpeaba él estruendosamente la puerta de la casa de la Luna.

No era su objeto impedir la fuga de Maria porque ya no habia tiempo para ello sino el socorrer á Miguel cuyas heridas no conocia y que podian ser muy graves.

El señor Luna, alarmado por aquellos golpes se dejó caer de la cama; y acudió á la puerta ansioso de saber porque llamaban de aquella manera.

— No se asuste señor Luna, murmuró el jóven en cuanto aquel hubo abierto.

— Pero que es lo que sucede por Dios, preguntó aquel cada vez mas alarmado, ha sucedido una desgracia?

— Algo de eso, he sentido rumor en los fondos de su casa, y al asomarme he visto dos hombres que peleaban encarnizadamente, pareciéndome que uno de ellos es Miguel.

Al oír esto, el señor Luna sin esperar mas, sin decir al jóven una palabra que le hiciera perder un tiempo precioso, salió disparando y seguido de este en direccion al fondo.

Harto desgarrante era el cuadro que allí lo esperaba.

Miguel estaba siempre recostado al árbol limpiando la sangre que llenaba las manos, con la que apretaba su cabeza partida.

Aquel espectáculo fué un golpe formidable para el espíritu de aquel pobre padre, que pensó en el primer momento que su hijo estaba muerto.

Este, con una enterosa asombrosa empezó á calmarle.

— No es nada, mi padre, dijo, es una herida en la cabeza y nada mas, pero una herida que se cura con facilidad, porque solo está en el cuero.

Y el pobre jóven se oprimia el cráneo para que la herida no pudiera ser vista impedir tambien la salida de la sangre que brotaba con abundancia.

El pobre padre no se preocupó al principio de la causa de la herida y de averiguar quien se la habia inferido: lo primero era atender á

Y sin embargo la delacion de su amigo era terminante, él había visto la cosa no una, sino cien veces.

Miguel encerrado en su cuarto, se puso en acecho, para saber primero cual de sus hermanas era cómplice en su vergüenza.

Tremendo momento para un joven celoso del honor de su nombre!

Serian las doce de la noche cuando Miguel vio la sombra de la hermana que caminaba hacia el fondo.

Un estremecimiento poderoso recorrió el cuerpo del joven, pareciéndole que el corazón se paraba á impulsos de la desesperacion.

Era su hermana Maria, su gentil hermana Maria la que iba al fondo á conversar con un amante.

Miguel sintió por Ruiz un odio poderoso.

Aquel cobarde le juraba una amistad sin limites, le estrechaba la mano, para herirlo por la espalda de la manera más infame, condenando su familia á la vergüenza y á la deshonra.

Pudiendo apenas andar, porque las piernas le temblaban como todo el cuerpo, tomó el sable y siguió á su hermana, ocultándose entre las sombras de los árboles para no ser visto, pues la noche era clara y hermosa.

Maria iba á llegar á la tápia suponiendo que su amante aún no había llegado, cuando salió una sombra de atrás del último naranjo de la derecha, llegó á Maria y la estrechó entre sus brazos.

Era Ruiz, su amigo Ruiz que la esperaba.

Miguel tuvo que hacer un esfuerzo poderoso y apoyarse en el tronco de un árbol para no caer.

Los dos jóvenes se dirijieron al mismo naranjo de donde él había salido y sentándose bajo el perfume arrobador de los azhares, se pusieron á conversar en voz muy baja.

Un mundo de sangre y ruinas cruzó como un relámpago por la imaginacion de Miguel.

Como su hermana tan pura, tan bella, se prestaba á semejante infamia, por más promesas que Ruiz le hubiera hecho, por más elo-cuente que hubiera sido su palabra!

Esto era lo que más lo desesperaba, lo que más hondamente lo había impresionado.

De árbol en árbol, ocultándose tras de los troncos y poniendo el mayor cuidado en no ser sentido, Miguel fué aproximándose hacia la amante pareja, alucinado por una esperanza descabellada.

Tal vez aquello no fuera más que una conversacion peligrosa cuyas consecuencias pudieran aún impedirse.

Es que el pobre Miguel estaba ya medio loco: la razon empezaba á astallar en el cerebro.

Llegó á una distancia desde donde podia escuchar la palabra del falso amigo y allí se detuvo: quería antes de proceder, que no quedara la más mínima duda de su cobardia y de su infamia.

El diálogo era animado en aquel momento, mostrando toda la infame perfidia de Ruiz.

Aquel cobarde, no satisfecho con la infamia

cometida, queria aumentarla haciéndola pública y llevándola á su colmo.

En aquel momento proponia á Maria que huyera con él, abandonando su familia y siguiéndolo al campamento.

Maria sollozaba ocultando la cabeza entre las manos, y demostrando la desesperacion más honda, mientras su amante ponía en juego argumentos que debian llevarlo al logro de sus deseos.

— Me habias prometido casarte conmigo, decia y por esa promesa todo te lo sacrifique, no dudando un momento que cumplirias tu palabra.

— Y la he de cumplir, replicaba Ruiz, la he de cumplir, pero se ha presentado una situacion desesperante, que apenas me deja tiempo para venir á buscarte y llevarte conmigo.

Esta noche nos han dado orden de marcha para mañana á la madrugada, y podemos tardar un año en volver: por eso te digo que vengas conmigo, yo escribiré á Buenos Aires haber si puedo conseguir la licencia que para casarme necesito y una vez que ésta me llegue, nos casamos en cualquier parte que estemos.

Si no quieres seguirme, no hay más remedio que esperar mi vuelta y entónces nos casaremos.

— Es que mientras eso suceda yo no puedo ocultar lo que me pasa, mi vergüenza se hará pública y no me quedará mas recurso que la muerte.

Entónces venite conmigo, venite conmigo y todo se remedia; cuando tu familia se levante y te eche de menos, ya estaremos lejos y nada podrá contra nosotros.

— Pero cómo hago yo eso? esclamaba Maria, llorando de una manera conmovedora, mi pobre padre es capaz de morirse! Porqué no te casas sin licencia antes de irte?

Porqué entónces me fusilarian, decia Miguel, sabiendo la impresion que esta frase hacia en el espíritu de la joven: me fusilarian en el acto.

Créeme Maria, á tus padres les podemos escribir desde el primer punto que campemos y no tendrán más remedio que conformarse y esperarnos.

— Pero eso es una vergüenza que puede costar la vida á mi padre y al pobre Miguel.

— Peor sería que llegaran á conocer tu situacion, estando ya lejos para remediarla: créeme alma mia, venite conmigo que yo mitigaré la pena que esto pueda causarte, á fuerza de amor y de cuidados.

— Tan poco valgo para tu amor que no quieres hacer por mi un sacrificio? casémonos y no lo digamonos hasta que no recibas tu licencia.

— Quien diria que por no causar un disgusto pequeño á tu familia prefieres que me fusilen? esto es el amor que me tenes, Maria?

Francamente, nunca lo hubiera pensado? pero si así lo querés, vamos, mañana nos casaremos, pero te casarás con un cadáver, porque en cuanto este se sepa me fusilarán.

La joven se abrazó de Ruiz y su llanto fué verdaderamente desesperante.

— Yo no quiero que mueras, sollozó, te

pérfida y se burlarán de usted en vez de es-
cucharlo.

—No se burlaran, exclamó Luna con acento
amenazador, porque yo no se lo he de permitir
aunque me costara la vida.

Aquella resolución era una segunda desgra-
cia que caía sobre la familia.

Mas ó ménos todos conocian la clase de fie-
ra que era Iseas y bastaba que se tratara de
hacer daño, él lo hacia sin mirar á quien.

—Es que el caso es diferente, contestaba
Luna tratando de convencerse asi mismo.

El Coronel Iseas es padre, él tambien tiene
una hija que está espuesta á igual desgracia,
y no es posible que desoiga mis ruegos y nie-
gue para mi su justicia, buena ó mala.

Luna no quiso perder tiempo, desde
que las tropas debian marchar á la ma-
drugada, y salió en el acto en direccion al
campamento.

Iba Miguel á insistir en que no fuera cuan-
do la misma madre le tapó cariñosamente la
boca diciéndole.

—Déjalo hijo mio que cumpla con su deber
y haga todo género de esfuerzos para salvar á
Maria.

—Es que es inútil; madre mia, es que mi
padre va irritado, los va á insultar y tal vez
no saque otra cosa que una nueva desgracia.

—Y que quieres que se cruce de brazos ante
lo que nos sucede? déjalo por ménos que in-
tente algo por salvar á tu hermana, que vá á
hacer abandonada por aquel bandido en cuan-
to se canse de ella.

El jóven guardó silencio, convencido que
era inútil insistir y comprendiendo en con-
ciencia toda la razon y derecho que asistia á
su padre para dar el paso que intentaba.

El señor Luna, entretanto, se habia ido al
campamento, acompañado de un puñal que
tomó en su cuarto y decidido á hacerse vol-
ver su hija ó á arrancarles el corazon á puña-
ladas.

El sabia bien que toda reparacion seria im-
posible, pero queria hacerse entregar su hija
por lo menos, para evitarle siquiera el porve-
nir miserable que le esperaba en poder de
aquel miserable.

Antes de llegar al campamento y ya ama-
neciéndole el dia, supo por soldados mismos que
no se habia pensado en marchar de allí.

Todo no habia sido entonces sinó un pretes-
to para seducir á Maria, y obligarla á segui-
rlo para no perderlo, pérdida desesperante pa-
ra ella por la situacion horrible en que se en-
contraba.

Luna esperó pacientemente á que se levan-
tara el Coronel Iseas, no queriendo comunicar
á nadie el objeto de su visita.

Aquellos momentos fueron terribles para
aquel hombre.

Si alguno se sonreia ó lo miraba con estra-
ñeza, el pobre se figuraba que conocian su ver-
guenza, y ocultaba el semblante enrojecido.

Pensaba que Ruiz habia dado parte de su
infame triunfo á todos sus compañeros y que
todos por consiguiente lo iban á burlar y es-
carnecer.

Sin embargo, y en el deseo de recobrar á su
hija, esperó, lo afrontó todo, hasta que vinie-

sen á decirle que Iseas se habia levantado, su-
plicando entónces á sus ayudantes le dijeran
que lo buscaban.

Luna llegaba en el peor momento que po-
dia haber elejido.

Iseas habia estado tomando en la cama,
mate con ginebra, de modo que cuando se le-
vantó ya estaba ebrio, y como seguia tomando
la embriaguez se iba acentuando cada vez
mas.

Sabido es que Iseas, cuando se hallaba en
este estado, no hacia escoco que no cometiera
ni crueldad que no intentara.

Él iba á salir á recorrer los cuerpos de guar-
dia sin duda para hacer alguna de sus frecuen-
tes iniquidades, cuando le anunciaron la visi-
ta de Luna.

—Y que quiere la Luna á la madrugada?
preguntó alegremente: díganle que entre, es
decir, que alumbre, que estoy á sus órdenes.

Luna pasó adelante, bajo la peor impresio-
n que pueda imaginarse.

La sonrisa arrancada al ordenanza por la
original respuesta de Iseas, la habia tomado
él por una burla hecha á su persona, por
aquellos hombres que ya calculaban á lo que
podria venir.

Pero se limitó á oprimir el mango de su pu-
ñal, decidido á vengarse de una manera ter-
rible si no le hacian justicia.

Que lo trae por aquí amigo Luna á las ho-
ras de salir el sol? preguntó Iseas.

Aquella era indudablemente una broma que
Luna hubiera aceptado alegremente en cual-
quiera otra situacion, pero que en la actual
no podia recibirla sino como una broma san-
grienta.

—Vengo á reclamar del señor Coronel, quie-
ra hacerme justicia en una infamia que con-
tra mi familia se ha cometido.

—Justicia? casualmente me muero por ha-
cer justicia, respondió Iseas, en quien la gi-
nebra hacia cada vez mayor efecto.

Alumbre no mas, alumbre no más amigo
Luna, diga no mas lo que le pasa y verá si soy
ó no hombre de justicia.

Luna se hallaba aturdido, no sabia si aquel
hombre se burlaba de él, si ese era su modo de
hablar habitual, y le parecia tambien que al-
go de ginebra andaba en la cosa.

Pero á la situacion que habia llegado le era
imposible retroceder.

Era necesario que hablara y refiriera lo que
le habia pasado.

Con el lenguaje elocuente de un dolor ver-
dadero, Luna narró la historia de su desgra-
cia, refirió como Ruiz habia sido recibido en
su casa, como habia sido tratado por ellos y
como esa noche habia robado su hija Maria
hiriendo de un hachazo á Miguel.

—Este Ruiz es un pícaro, respondió Iseas,
que no tiene ya compostura, siempre anda ha-
ciendo de estas cosas: á ver! gritó á su asis-
tente, que vayan á buscar á Ruiz y que se
presente sobre tablas con la pareja que ha
traido.

Esta orden dió buena esperanza á Luna, que
siguió pidiendo á Iseas el castigo del criminal
y la inmediata devolucion de su pobre hija,
tan pérfidamente engañada.

su hijo, que despues habia tiempo para to- do.

Asi, mientras él lo ayudaba á caminar hasta un aposento el jóven amigo habia disparado á la calle en busca de auxilios médicos.

Cuando Luna llegaba al patio, sosteniendo á su hijo y empapado en la sangre de éste, ya venian todos al fondo á informarse de lo que sucedia.

Tal el era la confusion general, que nin- guno notó la falta de Maria, porque se halla- ban dominados por la tremenda situacion.

La madre fué la primera en acosar al hijo con un cúmulo de preguntas, mientras le pro- digaba sus mas tiernas caricias.

Y el jóven, para no aumentar el dolor de sus buenos padres, aseguraba que aquello no era nada, esquivando dar una respuesta á las preguntas de la madre.

Fué colocado cuidadosamente en la cama donde volvieron á repetir las preguntas con tal insistencia que Miguel empezaba ya á in- ventar una fábula, cuando llegó el vecino acompañado de un boticario que principió en el acto á hacer la primera cura, pidiendo que volvieran en el acto á buscar un médico, el único médico que habia en Catamarca, por que si bien la herida no era mortal, podria so- brevenir una complicacion que la hiciera.

El padre se fué á un cuarto, se medió vistió y salió en el acto en busca del médico, si- guiéndolo tambien el jóven, temiendo que la señora le hiciera las preguntas del caso.

Fué recien entonces, al quedarse solos, que la señora notó la falta de Maria, yendo ella misma á despertarla, porque la creia dormida para que les ayudase.

El buen Miguel hubiera hablado entonces, pero delante de ellos estaba el boticario, que se impondria en el acto de la tremenda ver- dad.

—Es raro, dijo la señora entrando alarma- da, Maria no está en su cuarto.

—Usted tiene la cabeza perdida, madre dijo entonces Miguel haciendo un poderoso es- fuerzo Maria salió con mi padre.

Con esto todos quedaron tranquilos y Mi- guel esperó á que se fuera el boticario para ir revelando la fatal noticia.

A él le habian herido por una debilidad de Maria, que habia abandonado el hogar de los padres por huir con el seductor, y aquel se- ductor miserable no era otro que Ruiz, á quien todos dispensaban la amistad mas fran- ca y leal.

El boticario se retiró, pero casi en el acto entró el padre acompañado del médico, lo que vino á aumentar el mal estado del heri- do.

Se iban á presentar las mismas angustias, el médico iba á preguntar quien lo habia he- rido y la Madre iba á preguntar por Maria y él no sabia como iba á salir del paso, pues de- lante de un extraño no queria hacer la tremen- da revelacion que importaba una mancha para la familia.

La situacion no podia ser mas triste para el pobre herido.

El médico reconoció la herida aprovando la manera como habia sido curada y preguntó como habia sido inferida.

Y el jóven inventó una fábula, refiriendo co- mo habia entrado un soldado á robarle su ca- ballo, y como él al irselo á quitar habia reci- bido aquel formidable hachazo en la cabe- za.

El médico recomendó que no se le permitiera hablar y se retiró despues de tranquilizarlos, asegurando que la herida no era mortal.

Ahora llegaba el momento mas tremendo para Miguel ¿como referir á sus padres el tre- mendo suceso?

Maria no estaba en casa, ya la buscaban todos con la mayor desesperacion, empezando á sospechar la madre con ese raro vaticinio de la mujer, la verdad de lo que habia pasado.

Apremiado por todos á referir la verdad de lo que habia pasado, dijo que quien lo habia herido era Ruiz.

—Pero porque te ha herido Ruiz le pregun- taron con el mayor asombro, porque te ha herido tu amigo?

—Porque ha tenido razon, él me ha herido porque yo lo quise matar.

Todos estaban sumidos en el mayor asom- bro: que motivo podia haber tenido Miguel pa- ra querer matar á Ruiz.

La Madre, con la doble vision de su cariño, fué la primera que comprendió lo que pasaba y con desesperacion infinita gritó:

—Y Maria, donde está Maria que no se ha- lla en ninguna parte de la casa?

—Maria, respondió Miguel con la voz ron- ca y conmovida no la busquen en la casa por- que es inútil, ella nos ha abandonado cuando yo caí herido; no la volveremos á ver mas!

Aquella palabras fueron para todos una clara explicacion de lo sucedido.

Maria habia sido seducida por Ruiz, y Mi- guel por esta causa lo habia querido matar.

—Y ella se ha ido con él que la ha infamado exclamó el padre con la voz turbada por la emocion Dios mio! que vá á ser de nosotros con el peso de semejante vergüenza.

Oh! Maria agregó, no pudiendo evitar los sollozos que lo ahogaban: oh! Maria! nunca te hubiera creído capaz de semejante infam- ia.

Y se puso á llorar, no quedándole por el momento un átomo de fuerza para sobrepo- nerse al dolor y la vergüenza.

—Ella no es tan culpable, mi padre, dijo entonces Miguel tratando de consolar al padre siquiera respecto á su hija. Aquel miserable ha puesto en juego una infinidad de recursos, hasta que la ha engañada y la ha arrastrada á seguirlo.

Y refirió entonces el diálogo que habia teni- do lugar entre su hermana y su amante, ántes de ser acometido por él.

A la primera impresion de dolor, sucedió la ira y el deseo de venganza estalló enseguida en el corazon del padre.

—Esto no puede quedar asi, dijo yo iré á ver al gefe de ese miserable y él, por bárbaro y asesino que sea, me hará justicia por lo mé- nos me devolverá á mi hija, que á pesar de todo no me resigno á perder.

—Es inútil mi padre, respondió Miguel, esa gente es igualmente miserable, igualmente

me vengas con historias ó te mando degollar.

Ruiz vió que el Coronel no jugaba y se decidió á cantar la castilla, convencido que era lo mejor que podia hacer.

—Es cierto mi coronel, la muchacha me ha enamorado, pero yo no la robé, ella se ha venido conmigo porque le ha dado la gana, y sin que yo haya podido evitarlo.

En cuanto á Miguel he tenido que lastimarlo porque él me quiso matar y cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Luna no pudo contenerse y sin saber lo que hacia fué á acometer á Ruiz, pero un grito de Iseas la detuvo haciéndole volver á su puesto.

—Al primero que se me desmane, dijo, le hago pegar quinientos azotes y se acabó.

Luna, que no conocia la ferocidad de Iseas estaba mas entero, pero Ruiz que lo veia exasperarse cada vez mas estaba temiendo que de un momento á otro Iseas los mandara degollar.

—Ahora mismo, dijo, que me traigan aquí á la muchacha!

Maria fué traída inmediatamente.

La jóven, que venia llorosa y avergonzada al ver tanta gente y entre ella á su padre, quiso resistirse y huir de allí, pero fué detenida y llevada delante de Iseas.

—Linda muchacha! linda muchacha! exclamó Iseas estasiado ante la belleza de Maria: vamos á ver que es lo ha sucedido.

Luna estaba turbado por el dolor y la verguenza.

Sin embargo, el cariño de padre se habia sobrepuesto á todo, y adelantándose hasta donde estaba su hija la llenaba de caricias.

Apremiada por Iseas, la jóven entre sollozos y lágrimas refirió ingenuamente todo cuanto habia pasado.

El Coronel escuchó la tocante narracion sin conmoverse y volviéndose á Luna le preguntó que queria.

—En primer lugar que se me devuelva á mi hija, repuso aquel, y que se castigue al criminal como el señor Coronel lo crea mejor.

—Justicia, gritó Iseas yo voy á hacer justicia porque en realidad la falta es grave: si este bruto se hubiera traído á las dos, todavia se le podia perdonar, pero no haber traído mas que una sola, es una estupidez que bien merece un castigo.

A ver agregó que me aten á Ruiz para que Luna le pegue quinientos azotes.

Como Ruiz conocia á Iseas, aceptó sobre tablas el castigo, comprendiendo que era lo mejor que podia sucederle.

Ruiz fué volteado en el acto y atado por los asistentes de Iseas.

Pero cuando Luna empezó á azotarlo, la pobre jóven se puso de por medio, intercediendo desesperadamente por su amante.

La escena era por demas conmovedora.

A pesar de la ira que Luna sentia, los ruegos de la hija lo conmovieron sobre manera.

La jóven, que amaba á Ruiz con toda la fuerza de su pasion primera se prendia de los brazos del padre, impidiéndole siguiera el castigo.

Ruiz se quejaba de una manera dolorosa y pedia por Dios se le perdonara.

Y el Coronel Iseas reia como un loco, frotrandose la manos, y diciendo á Luna que sacudiera mas fuerte.

Pero éste vencido por los esfuerzos y los ruegos de su hija habia dejado de pegar, horrorizándose él mismo de la escena de que era actor.

Y tomando á su hija de la mano se preparó á salir con ella.

Pero Iseas lo mandó detener insultandolo de una manera terrible.

—Que se ha figurado el borrachon, gritó, que ha de venirme á armar un escándolo en el campamento para mandarse mudar sin cumplir mis órdenes?

Péguele los quinientos azotes ántes que se los haga pegar á él.

Luna quedó aterrado: al darse cuenta de lo que le mandaban hacer sintió una repugnancia invencible y cediendo á los ruegos de la hija, declaró que estaba satisfecho y que no queria pegarle mas.

Iseas mandó entónces desatar á Ruiz y poner en su lugar á Luna, ordenando al primero diera los quinientos azotes que el debia haber recibido.

Maria, llorando amargamente, sé acercó entónces á su amante y le tomó la mano violentamente.

—Déjame que le pegue, murmuró éste, le pagaré despacio, te lo juro, mira que sino nos van á mandar degollar á todos.

Aunque Ruiz habia hablado de manera que solo Maria y Luna pudieran escucharlo, Iseas sintió que habia hablado y preguntó lo que habia dicho.

Nadie quiso esponerse á atraer sobre si la cólera de aquel bárbaro, y uno de los soldados que habia amarrado á Luna repitió las palabras de Ruiz.

El Coronel Iseas soltó un termo tremendo y mandó en el acto tanto á Ruiz como á Luna los pusieran en cuatro estacas, operacion que se apresuraron á cumplir los soldados.

La jóven, en el colmo de la desesperacion se arrojó á los pies de Iseas, implorando gracia para ambos, pero ya Iseas estaba bajo la influencia de la sangre, y todo era inútil.

—Si no salis de aquí, mocozuela, gritó empujándola, te hago estaquear tambien á ver quien viene á pedir que te larguen.

La jóven, ya media enloquecida por el dolor se abalanzó sobre los que estaqueaban á su padre y á su amante, pero Iseas entónces le mando amarrar de manera que no pudiera moverse y la hizo colocar allí cerca, de manera que pudiese presenciar la bárbara operacion.

Cuando los cuerpos empezaron á quedar en el aire y á sonar sus articulaciones, un grito tremendo lanzaron los infelices.

Ruiz empezó á pedir gracia, mientras Luna prorrumpia en una série de injurias terribles.

—Mandame matar, cobarde, le gritaba, mandame matar, miserable, quiero que me fusilen para que me libren de este martirio horrible.

Pero el pilla de Ruiz no estaba en el campamento y habia faltado á la lista de diana.

—A la fija que esta en el nido, pero ya lo haré buscar.

Y mandó efectivamente que lo buscáran por todas partes, tomando á Luna datos referentes á su familia, mientras le traian al acusado.

—Cuántas niñas tiene amigo? le preguntó.

—Dos señor, que eran la alegría de mi casa.

Cuando Ruiz se nos presentó y nos habló de sus miserias y de las penas que pasaban en el servicio de las armas donde lo tenían á la fuerza, lo recibimos como á un hijo, abriendo-le casa y carazon.

Le hemos hecho todo el bien que hemos podido, y hemos tratado de hacerle olvidar sus penas á fuerza de carifio, y el pago que nos ha dado ha sido el deshonor, la vergüenza y el luto.

—Y eran muy bellas las jóvenes? preguntaba Iseas, en quien la ginebra empezaba hacer el mayor efecto.

—Así los decian todos señor, y realmente mi Maria era un ángel del cielo.

—Ya, hijas de Luna, por lo menos deberian ser estrellas: y como no quiere entonces que se enamorara el muchacho, razón á tenido entonces para enamorarse y hacer una locura.

Yo, como usted, habriamos hecho lo mismo, no hubieramos perdido una bolada asi por nada de este mundo.

Luna estaba aturdido, no conocia las costumbres de Iseas y no podia creer que estuviera borracho.

Era aquello una burla á su desgracia, ó era un simple interés en atenuar la falta cometida por Ruiz para no verse obligado á castigarlo de una manera severa?

De todos modos Luna empezaba á sentir que la sangre se le subia á la cabeza y que le iba á ser difícil de contenerse ante aquel modo de proceder.

—Es que aquí hay otra infamia que ni yo ni usted habriamos cometido, al haber tratado de matar al hombre que se trataba de hermano, cuya mano se estrechaba ofreciendo una lealdad eterna, para herir la espalda con toda cobardia.

Esto no lo hubieramos hecho ni usted ni yo, porque para hacerlo es preciso ser miserable cobarde y ni yo lo soy ni creo que lo sea usted.

Hombre, hombre, pues no falaba mas! quiere decir que debia haberse dejado matar por el hermano, sin siquiera haber intentado una defensa?

No sea lunático amigo Luna! aquel que se vé en peligro de muerte y no se defiende y mata á quien lo quiere matar, es un imbécil ó un flojo.

En igual situacion usted, como yo ó como cualquiera otro hubieramos hecho lo mismo.

Luna guardó silencio temiendo decir alguna enormidad.

Antes de dejarse arrastrar por su justa cólera, quiere ver si obtenia justicia, si arrancaba su hija del poder de aquellos miserables.

—Y qué es lo que usted pretende amigo, preguntó Iseas con una sonrisa feróz.

—Pretendo que usted me haga devolver mi hija para llevarla conmigo, y pido humildemente al señor Coronel quiera castigar al culpable.

—Iseas hará justicia hasta donde pueda; veremos á ver que dicen estos muchachos.

El Coronel se hallaba completamente bajo la accion del alcohol, y sus instintos feroces se habian despertado con todo su vigor característico.

Veia la posibilidad de entretenerse un buen rato haciendo penar á alguien, y empezaba á entusiasmarse.

Luna guardó silencio y se resignó á esperar puesto que por el momento no habia mas remedio.

—Que busquen pronto á Ruiz por todas partes, gritó, y me lo traigan en acto!

Los que habian escuchado las quejas de Luna, habian desparramado la noticia, que corria ya de fogan en fogan, arrancando los mas cómicos comentarios.

—Lo que es a Ruiz no le han de hacer nada, decian, porque ese tiene las llaves del cielo, y como no es posible que deje de haber una victima, Luna será el pavo de la boda de su hija.

Esta era la opinion de todos, que se preparaban á presenciar algunas de las tantas ferocidades de Iseas.

Ruiz fué descubierto al fin en la guarida que habia elegido para esconder á Maria, un ranchito cerca del campamento, donde vivia una vieja á la que tenia dominada por el terror.

Cuando le dijeron que el Coronel lo llamaba, y que anduviera con mucho cuidado porque aquella mañana habia bebido con exeso, el jóven se demudó.

Demasiado sabia que en aquel estado el Coronel no tenia mas halagos que los de su ferocidad y no reconocia protejido alguno.

Y comprendiendo que toda demora no serviria sino para irritarlo, se apresuró á presentarsele inmediatamente.

Iseas se paseaba dando grandes trancos y traspies, sentándose de cuando en cuando sin duda por temor de caerse.

—Muy bien, dijo, en cuanto lo vió, no solo andás de vandalaje sino que faltás á la listas y te escondés cuando yo te mando llamar.

—No sabia que usted me llamaba, respondió Ruiz con toda humildad, de otro modo me hubiera apresurado á venir.

Al ver á aquel miserable, Luna se habia puesto de pié, teniendo que hacer un terrible esfuerzo para contenerse y no saltarle encima.

—Este hombre ha venido á quejarse, continuó Iseas, de que les has robado una hija y le has lastimado el muchacho por que te la quisio quitar.

—No es cierto mi Coronel, contestó Ruiz con impavidéz asombrosa, yo no puedo haberle robado una hija del señor, porque en mi vida lo he visto, ni lo conozco ni sé donde vive.

Tal fué la impresion que estas palabras causaron á Luna que no supo que contestar.

Se limitó á mirar á Ruiz y oprimió el mango de su puñal de una manera nerviosa.

—Te digo que es cierto, gritó Iseas á mi no

serás muerto por sus asistentes sin siquiera haber tenido el consuelo de verle la cara.

Esta última reflexión contuvo á Miguel, que vió la esterilidad de su sacrificio.

— Pues iré mañana, repuso, iré cuando sea necesario para poder verlo y hablar con él, nada se pierde con esperar algunas horas.

Y se dejó caer sobre una silla, agoviado por la fiebre y la vergüenza.

Sus amigos tuvieron esperanza que la reflexión razonada le hiciera cambiar de ideas, puesto que su sacrificio iba á ser completamente estéril, dando á Iseas un nuevo motivo de diversion.

Pero todas sus esperanzas se disiparon bien pronto.

Al otro día Miguel, perfectamente tranquilo en la apariencia y con todo dominio del espíritu, anunció su decision de ir al campamento á hacer su reclamo.

— Pero infeliz, le dijeron aquellos que lo habian acompañado toda la noche: esto es ir á una muerte segura: vás á dejar á tus hermanas y á tu madre misma en el mayor desamparo, qué vá á ser de ellas si tú les faltas, tú que serás su único amparo y su único sosten.

— Será lo que Dios quiera, pero yo habré muerto en el cumplimiento de mi deber.

Mas tarde mi padre y mis hermanas mismas tendrían el derecho de escupirme en la cara, si nada hubiera hecho yo para vengar á mi padre.

Miguel estaba perfectamente sereno y dispuesto á cumplir aquella última resolución.

Como último recurso, los que veían la completa esterilidad del sacrificio, fueron á ver á la madre para que impidiera á Miguel fuera al campamento de Iseas.

Pero aquella señora de extraño temple, lejos de hacer lo que se le indicaba, dijo que ella iba á acompañar á Miguel en cumplimiento de su deber sagrado.

— Pero se van á hacer matar todos, usted vá á influir en que degüellen á todos sus hijos.

— Y moriremos todos, de todos modos la vida que nos espera no vale la pena de agacharse para recogerla.

Y acercándose á Miguel le dijo: vamos hijo mio, vamos á ver porque han muerto á tu padre y que nos entreguen su cadáver: vamos tambien á buscar á Maria, que sabe Dios lo que será de ella.

— Vamos todos, dijo acercándose la otra hermana, con una tranquilidad aterradora, porque ella era producida por su inmensa desesperacion: siquiera le daremos un beso antes que lo entierren.

Y aquel grupo conmovedor, imponente por la expresion que se acentuaba en aquellos semblantes, tomó la direccion del campamento.

Los amigos en un momento de distraccion, habian logrado esconder el sable á Miguel, que aturdido por lo que le pasaba no lo echó de menos.

De esta manera quedaron más tranquilos, pues no llevando armas Miguel no podria hacer cosa que mereciese la muerte.

Hablaría violentamente, insultaría á Iseas,

pero tal vez tuvieran en cuenta el estado de su espíritu y no le harían caso, mandándolo echar á golpes del campamento por toda medida.

Oh! no conocían la ferocidad de Iseas los que así pensaban!

Maria habia sido mandada poner de los pies en el cepo, que en un momento de desesperacion suprema, habia tratado de asesinar á Iseas, que se le acercó á hablarle cariñosamente.

Y habia sido tratada de un modo brutal, esperando conseguir por el rigor lo que no habia conseguido por el cariño.

— Ya verá esa mocosa como nadie puede conmigo, habia dicho Iseas; sinó ha escarmentado con lo que ha visto yo la pondré en vareda.

Y aquella noche, indudablemente se hubiera sometido á mayores tormentos, pero se habia salvado gracias á que Iseas se durmió sin dejar ninguna orden al respeto.

Cuando los Luna llegaron al campamento, ya Iseas se habia levantado y pensaba lo que podia hacer con Maria.

Miguel quiso entrar hasta donde se hallaba el Coronel, pero los asistentes le cerraron el paso.

Un escándalo tremendo se produjo entónces en aquel paraje, escándalo que hizo acudir al mismo Coronel pensando que se trataría de otra cosa.

Miguel habia querido forzar el paso y se habia tomado á brazo partido con los soldados, ayudado por las mujeres que los tironeaban, queriendo obligarlos que los dejaran pasar.

En presencia de Iseas, el escándalo cesó como por encanto; los soldados se hicieron á un lado y los Luna quedaron frente al verdugo de su padre.

— Qué manera de presentarse aquí es esta? preguntó el Coronel — creen acaso que esta es alguna fonda? quiénes son estos pillos?

— Yo soy Miguel Luna, hijo del que degollaron ayer, repuso éste, y que vengo á buscar su cadáver y á mi pobre hermana.

El ademán del jóven era tranquilo, pero dejaba entrever toda la tormenta desencadenada en el fondo de su alma.

— Me parece que á lo que venis es á correr igual suerte, respondió Iseas, porque me parece medio insolente.

— Correré la suerte que Dios quiera, porque el que se mete entre asesinos no puede contar con una salida segura, pero habré cumplido con mi deber.

— A ver, á esa maña llévenlo al 4º, casualmente me hacen falta soldados jóvenes.

— Bandido asesino! gritó el jóven, y quiso caminar hasta él.

Pero antes que hubiera podido moverse ya los soldados lo habian tomado en el aire y amarrado llevándolo á las cuadras del Regimiento 4º.

— Quiniento azotes! quiniento azotes á ese hijo de mala madre! gritó Iseas fuera de sí — yo voy á darle insolencias conmigo.

Al estrépito de las voces, Maria habia acudido, reconociendo en ellas la de la madre y hermana, llegando al grupo en momentos que

La jóven no habia podido resistir la impresion y habia perdido el conocimiento.

—Que me maten, gritaba Luna, que me maten mas bien!

—Todavía no es tiempo contestaba Iseas, espérate que no te has de quedar con las ganas.

Y reia como un loco de los gritos que lanzaban los dos estaqueados.

Cuando los soldados, despues de bailarles en el pecho, para ver si estaban bien tirantes, ataron los maneadores, Ruiz habia perdido el conocimiento.

No habia podido resistir aquel castigo formidable.

Luna resistió un poco mas, aunque dando pruebas de un sufrimiento horrible.

A los últimos lamentos de Luna, la desventurada Maria volvió en si y fijó en su padre la mirada, dilatada horriblemente.

En aquel mismo momento el dolor se hacia superior á todo esfuerzo y Luna perdía tambien el conocimiento desmayándose.

Iseas se acercó á las estacas y les dió algunos golpes con el pié en las cabezas: diciendo estos pillos suelen hacerse los desmayados para que los saquen mas pronto.

Pero las victimas no dieron la menor señal de vida.

Las manos por la presion tremenda de las ligaduras se habian hinchado y ennegrecido: parecia que la sangre allí detenida iba á hacer reventar las arterias.

Tal era la costumbre de presenciar semejantes escenas, que los que rodeaban á Iseas sonreian pensando que nueva ferocidad se le ocurriria á éste.

Este ya no tenia diversion, las victimas estaban sin conocimiento y no podian lamentarse que era lo que mas le gustaba.

Bueno dijo frotándose las manos, ya estos no dan señales de vida, tal vez fingidamente pero se han enbromado porque de mi no se rie nadie.

A ver deguellenen á los dos, asi voy yo á saber si estan fingiendo ó si realmente se han desmayado.

—Pronto que ya estoy cansado y aburrido, á ver como me les forman á estos una corbata!

En el acto cuatro soldados que sin duda presentan ya aquella órden, avanzaron cuchillo en mano.

Maria que escuchó la órden y vió el ademán, se debatió un momento en las ligaduras que la sujetaban y volvió á desmayarse.

La bárbara operacion no fué difícil: los estaqueados tenian la cabeza caída hácia atrás, presentando el cuello desnudo y en la posicion mas aparente para el deguello.

Asi es que los soldados que iban á efectuarlo no tuvieron mas que pasar los cuchillos y todo quedó concluido en un momento: las cabezas fueron completamente separadas de los troncos sin que las victimas hubieran vuelto en si.

—Y despues han de decir que yo no se hacer justicia! exclamó Iseas, y como al ir á retirarse reparó en Maria, que permanecia atada y sin conocimiento, mandó que la desataran y la llevaran á su alojamiento porque

queria hablar con ella antes de soltarla.

Los dos cadáveres permanecieron en las estacas hasta la noche, porque Iseas no los habia mandado sacar y ninguno se atrevia á hacerlo visto el estado de la excitacion en que se hallaba Iseas.

La noticia circuló por todo Catamarca, llevando el espanto á todos los corazones.

Aquello era monstruoso, no concebía aquel grado de ferocidad en un hombre a quien no se habia dirijido la menor ofensa ni hecho el mas mínimo daño.

Porqué habia hecho degollar aquellos dos hombres? Luna, sobre todo, que mal les habia hecho, que podia haberles dicho que mereciera ser tratado con aquella crueldad estupenda.

Y Maria porque no habia sido puesta en libertad? pensaban en la poblacion, se le iria á hacer morir en las estacas, ó se intentaria contra ella alguna crueldad mil veces mas feo- roz aún?

Todo habia que esperarlo de aquella fiera para quien no habia nada sagrado.

La desesperacion de la familia de Luna al saber lo que sucedia, es imposible de describir.

Aquella casa parecia una casa de locos furiosos en su periodo mas agudo.

Mientras las mujeres disparaban por todas las piezas y por el fondo lanzando gritos que nada tenian de humanos, Miguel se vestia apresuradamente, apesar de su herida disponiéndose á salir hasta el campamento, y tomar una venganza por su mano.

Aquel crimen no podia quedar impugne, aunque contra Iseas no habia más justicia la que cada cual pudiera hacerse á si mismo.

La señora, cuando pasaban los momentos de tremenda desesperacion, reia estruendosamente, diciendo que la querian engañar, y que le daban aquella noticia porque querian mortificarla.

Una vez que Miguel estuvo vestido tomó el mismo sable que habia llevado para matar á Ruiz, y se dispuso á salir.

En vano los amigos que lo rodeaban quisieron contenerlo, en vano le hicieron toda clase de reflexiones, no los quiso escuchar.

— Han degollado á mi padre, exclamaba el jóven, se han quedado con mi hermana para someterla á igual martirio y quieren que permanezca indiferente.

No, por todos los diablos! he de ir á quitársela y han de oír de mi boca lo que nunca han oido.

Me degollarán como á mi padre despues de haberme estirado en las estacas?

Poco me importa: deshonrado y señalado por todo el mundo como un objeto despreciable, maldita la falta que me hace la vida, un señalado servicio me hacen en quitármela.

Siguiera así moriré con el consuelo de haber hecho todo lo posible por vengarme; peor será que la desesperacion y la vergüenza me hagan pegar un tiro sin haber tenido siquiera el placer de tratar á ese hombre como nadie lo ha tratado.

— Pero ahora es de noche, le decian, y no lograrás ver á Iseas que estará durmiendo, y

Otra vez el Chacho

Chacho tuvo conocimiento de estos hechos, como de otros muchos á cual más cobarde y bárbaros, comprendiendo que de aquella manera la paz no podría durar mucho tiempo.

Lo que habian hecho en Catamarca y Mendoza mismo, los crímenes cometidos en Santiago y San Luis se repetirían en la misma Rioja y era preciso evitarlo porque ante ellos, él no podría permanecer impassible.

El Ejército de línea era remontado con los habitantes de los pueblitos de campaña, á quienes sin el menor motivo se les destinaba á los Regimientos, sin respetar las familias á quienes trataban como perros; ni los negocios que saqueaban como saqueaban las pocas y miserables haciendas que constituían toda la riqueza y porvenir de aquellos pueblos miserables.

Los que podían huir, se iban á la Rioja poniéndose bajo el amparo de Chacho que les aconsejaba tener paciencia, que las cosas habian de arreglarse muy pronto, respondiéndoles él de que el territorio de la Rioja seria respetado, no cometiéndose en él las injusticias y horrores que tenia por teatro las otras provincias del Norte.

La tempestad empezaba á armarse alrededor de Peñalozza, á quien querian empujar nuevamente á la guerra para impedir la continuacion de aquellos horrores, ó tener por lo menos el consuelo de morir peleando, y no como hacienda de matadero.

Chacho tuvo que ceder á los deseos razonables y justos de los suyos, y empezó á mover elementos, aunque más no fuera que como medida precaucional.

De este modo los acontecimientos que surgeran lo tomarian preparado pudiendo hacer frente á cualquier emergencia.

De otra manera quedaba espuesto á que el día menos pensado cualquier division del Ejército Nacional ocupara la Rioja, cometiendo toda clase de horrores hasta en su persona misma, que seria la primera á quien aprisionarian para verse libre de un enemigo, del único enemigo que se les podia poner al frente con probabilidades del éxito.

Chacho no tenia depósito de armas, porque siempre habia sido enemigo de depositarias, temiendo que el enemigo pudiera apoderarse de ellas en cualquier eventualidad.

Segun su táctica, cada soldado, licenciado ó no debia tener consigo sus armas, para poder acudir en un momento dado á cualquier paraje donde se le llamara sin necesidad de tener que ir á armarse á tal ó cual parte.

Y como en el interés de cada cual estaba el

tener cuidado de las armas, no habia peligro de que se estraviara alguna de ellas ni que de ellas se desprendieran los soldados, ni aún en el caso de mayor necesidad, pues un Riojano preferia mil veces empeñar la cama, que el arma fiada á su cuidado por el Chacho.

Además cada cual sabia bien que una arma perdida no tendria reemplazo en mucho tiempo.

En presencia de las crueldades de Iseas y otro gefe, Chacho empezó pues á mover sus elementos, mandando aviso á todos los departamentos para que estuvieran listos al primer llamado.

Muchos no querian ni siquiera esperar este primer llamado, y acudian en grupos más ó menos numerosos á incorporarse y esperar sus órdenes.

Y cada uno traia noticias de diferentes tro-pellas y actos de crueldad, capaces de sublevar los sentimientos del más indiferente.

Muchos cabecillas de otras provincias le habian mandado chasques avisándole que podia contar con ellos y sus elementos en cuanto se moviera, que tenia más que mandarles un simple aviso para que se pusieran en campaña.

Chacho sin quererlo todavia, sin haberlo mandado, se encontró de pronto con que tenia reunidas un número considerable de fuerzaas que lo empujaban á emprender una nueva campaña, cuyo único objeto debia ser obligar al Ejército Nacional á retirarse hasta Buenos Aires y dejar en paz á las provincias, que ningun motivo daban para ser tratadas de semejante manera.

Sobre todo Iseas: era necesario que se quitara á Iseas el mando de las fuerzas que tenia, y que convertia en algo como una banda de asesinos, perfectamente organizada, sumisa á sus caprichos.

El rumor de que Chacho reunia fuerzas circuló por todas las provincias haciendo que Sandes se moviera de su cuartel general en Mendoza; justamente alarmado.

Se decia que Chacho reunia un Ejército en Patquia, para entrar nuevamente en campaña, y que al mismo tiempo en la provincia de Córdoba, en el Rio de los Sauces que linda con las de San Luis y Rioja, un titulado Coronel Optiveros tenia reunida una fuerza considerable con la que amenazaba invadir á San Luis.

Con semejantes noticias el Coronel Sandes, se alarmó justamente y tomó precipitadas medidas para ponerse en marcha inmediatamente sobre San Luis, mandando chasque

sacaban á Miguel é Iseas daba la terrible órden.

La madre y las hermanas en el colmo de la desesperacion, no sabian que hacer, si correr al lado del jóven ó quedarse á implorar á Iseas su perdon.

Todas ellas, llorando como es capaz de hacerlo una mujer en situacion tan desesperante, saltaron sobre Iseas, y arrodillándose á sus piés y besándoselos, le rogaron perdonara al jóven, que si habia hablado asi, lo habia hecho unicamente impulsado por la desesperacion.

— Qué perdon ni que perdon, exclamaba Iseas ya dominado por un vértigo de crueldad: qué perdon para un trompeta que me viene á tratar de asesino.

No quinientos sino mil son los azotes que le he de pegar!

Y modificó la órden mandando que lo azotaran hasta desmayarlo.

La pobre madre se arrastraba á los piés del bárbaro regándolos con sus lágrimas, pero todo era inútil.

Aquel espíritu feróz no se conmovia por nada en el mundo.

Viendo la ineficacia de los ruegos, las mujeres dispararon en la direccion que habia llevado Miguel, y trás de ellas siguió Iseas y sus acompañantes.

Aún no habian andado cincuenta varas, cuando ya se oian los gritos de dolor lanzados por el jóven, á quien ya habian amarrado en el suelo y principiado azotar.

Aquí tuvo lugar la verdadera escena conmovedora, llevando el horror al espíritu de aquellos más familiarizados con aquellas cosas bárbaras.

Al ver á Miguel tendido en el suelo, recibiendo el tremendo castigo, todas acudieron á él, tratando de cubrirlo con sus cuerpos delicados.

Las pobres mujeres no lloraban ya, solo producian con la garganta un sonido lúgubre y desgarrador.

Los soldados no sabiendo que hacer, miraron á Iseas que llegaba en aquel momento, como preguntándole como debian proceder.

— A ellas, siúo salen de ahí pronto! sacudánlas á ellas de firme, sacudánlas de lo lindo para que no vengan á meterse donde no las llaman!

Los soldados que sabian muy bien que una desobediencia podia muy bien costarle la vida, empezaron á sacudir á las mujeres sin miramiento de ningun género.

Aquellas infelices lanzando verdaderos alaridos, sufrían los golpes, pero no se desprendian del cuerpo de Miguel, que lanzaba á Iseas las injurias más sangrientas que se le ocurrían.

— Sáquenlas de ahí, sáquenlas de ahí y sacúdanles de lo lindo.

Y él mismo se adelantó, tomando de un brazo á Maria, que no tenia ya fuerzas para oponer la menor resistencia.

Miguel, en un esfuerzo supremo, pudo darse vuelta y escupir el rostro de aquel bárbaro, lo que acabó de enfurecerlo.

— Que lo degüellen! gritó, que lo degüellen! y arrojó á las mujeres entre un grupo de soldados á quienes gritó:

— Y que hacen que no me las sacan de aquí á rebencabez!

Las mujeres estaban ya idiotizadas por el sufrimiento moral y físico.

El aturdimiento producido por los golpes recibidos y el asombro de aquella última órden habia idiotizado á las mujeres, que no se atrevian á moverse de allí, ni aún para escapar á los golpes que seguian dándoles.

La operacion del degüello se efectuó sobre tablas y con la frescura habitual.

El jóven amarrado fuertemente no pudo hacer nada, ni aún para entorpecer la accion de los asesinos: solo tuvo tiempo de dirigir á Iseas algunos insultos más, y desearle la muerte más espantosa.

Como las mujeres no podian moverse de allí, por el estado en que se hallaban, Iseas las mandó arrastrar fuera del campamento, ordenando que las dejáran allí no más.

Solo cuando cerró la noche, algunos vecinos se atrevieron á recogerlas con algunas precauciones pues temian con razon que por el simple hecho de haberlas socorrido, Iseas les mandara azotar.

Esta tragedia horrible hizo una impresion tremenda en toda la ciudad de Catamarca y sus alrededores.

La familia de Luna puede decirse que quedaba estinguida, pues las pobres mujeres estaban materialmente despedazadas á golpes.

El cadáver de Miguel, como el de Luna y como el de todos los que corrian igual suerte, fué mandado arrojar al medio del campo de donde nadie se atreveria á recogerlo, por no provocar la cólera de Iseas, que quince dias despues de estos hechos monstruosos, levantó campamento, abandonando la Provincia de Catamarca en direccion á la Rioja.

El combate se prolongaba, haciéndose cada vez mas sangriento y encarnizado.

Cargada por fuerzas superiores y á la bayoneta, la infantería del comandante Minuet era la mas comprometida y espuesta á ser derrotada, porque Ontiveros, teniendo que atender á todos los puntos donde se combatía; no podia mandarle ningun refuerzo sin debilitar otros puntos tan importantes como el que aquella sostenía.

Sandes, que vió que era allí donde el enemigo flaqueaba, apuró un poco mas sus recursos y fué por allí donde empezó á pronunciarse la derrota.

Acosados poderosamente, sin poder hacer uso de sus armas de fuego, la infantería de Minuet empezó á perder terreno sensiblemente y á tratar de ganar el monte para cubrirse de los fuegos del enemigo.

Pero al fin, y no pudiendo ya mas resistir, tuvo que dar la espalda ante una carga del primero y huir dispersándose por el monte y los defladeros.

La derrota de Minuet trajo la derrota de todo el resto del Ejército.

El mismo Ontiveros al ver deshecha su infantería perdió el ánimo y empezó á retirarse al monte para ocultarse y aprovechando los malos caballos del enemigo y su imposibilidad de perseguirlo, pasar á la Rioja aunque fuese en dispersion, que ya habria tiempo y oportunidad para rehacerse.

Viendo que Ontiveros cedía y se retiraba cargó Sandes sobre él para apurar su derrota la que no tardó en pronunciarse de una manera definitiva.

Una persecucion eficaz por entre el monte y los defladeros era imposible.

Sin embargo se mandó hacer logrando tomarse aunque pocos algunos prisioneros.

Las partidas del Regimiento 4, que perseguían las infanterías del Comandante Minuet lograron tomar á este gefe, que fué conducido á presencia de Iseas quien lo trató no como á un gefe prisionero, sino como á un bandido en toda la estension de la palabra.

Minuet quiso protestar de aquel trato pero con su protesta solo logró irritar mas á Iseas.

—Ah! montonero! le gritaba este, mientras lo hacia amarrar sobre una mula, que lindo cogote para una degollada!

—Yo soy un jefe vencido en un campo de batalla, y hecho en él prisionero, decia Minuet, prisionero de un ejército cuyos gefes me deben el mayor respecto.

Pido pues que se me trate con el respecto á que soy acreedor, á que son acreedores los mismos indios salvajes que caen prisioneros entre tropas regulares.

Iseas que en medio de sus barbaridades no perdía sus gracias groseras é hirientes, la emprenda con mil sátiras tendentes á irritar cada vez mas al prisionero, para hacerlo estallar y que diera motivo para fusilarlo.

—Los Gefes tienen derecho al respecto de aquellos que los toman prisioneros, pero nos concede lo mismo con los bailes, que es el caso presente.

Un minuet es lo mismo que un vals ó que

una polka: yo lo bailo, si hay con quien y se acabó.

Usted pues será bailado, amigo mio, en cuanto campemos y tengamos comodidad para ello: no lo dude.

Lo bailaremos con todas las reglas del arte.

Aquel dicho era demasiado significativo para que Minuet no lo comprendiera, asi es que volviéndose á Iseas, le replicó con la mayor tranquilidad:

—El que viene con tropas y se bate como me he batido yo, bien poca cosa debe suponerle la muerte, créalo Coronel Iseas.

La muerte para mi no será nunca una cosa que me llame la atencion, puede usted fusilarme ó lancearme ahora mismo; si esa es su voluntad.

Lo único que yo le pido es que me tenga el respecto á que soy acreedor, á que es acreedor todo hombre que se encuentra en situacion semejante á la mia.

Una carcajada grosera é irónica fué toda la respuesta que arrancó á Iseas, quien al retirarse exclamó:

—Vaya, vaya, que es lo único que falta? ahora hasta las piezas de baile quieren ser tratadas con respeto: si esto pido Minuet que pedirá la Zamba.

Aunque el Coronel Sandes era cruel y mas cruel aún cuando se trataba de montoneros, el gefe prisionero pidió se le remitiera adonde estaba el Coronel Sandes.

Podria ser maltratado, pero alguna esperanza le quedaba, aunque solo fuera la de ser fusilado si le mandaban matar.

Porque en poder de Iseas, no solo estaba seguro de no escapar con vida, sino que seria muerto en medio de todo género de torturas.

Iseas no podia hacer nada sin el permiso de Sandes, que era su gefe superior, pero que buscara él el medio de satisfacer su capricho.

El Coronel Sandes era enemigo de llevar consigo los prisioneros, por el trastorno decia que causaba á la division.

Los prisioneros, decia, para que no escapen es preciso cuidarlos y para cuidarlos es preciso distraer mucha gente en el servicio de centinelas.

De noche, sobre todo, es preciso emplear mayor número de centinelas que vigilen los prisioneros y los soldados necesitan dormir y descansar, no pudiendo estar dedicados á cuidar prisioneros dia y noche.

Ademas que, á los seis meses de campaña no tendria tropas con que combatir porque todas estarian empleadas en cuidar prisioneros.

Y era tal el hábito que de matarlos se tenía tanta cantidad de prisioneros á que se daba muerte, que el fusilamiento estaba totalmente prohibido, porque el gasto de municion seria enorme, y la municion seria escasa para pelear, por la dificultad que habia en conseguirla.

Asi los prisioneros se lanceaban ó degollaban, como medida mas económica y fácil.

El Gobierno en conocimiento de estas monstruosidades, ordenó que no se pasara

al Coronel Iseas para que se le incorporase allí.

El solo anuncio de que Chacho se ponía nuevamente en campaña, era una noticia de suma gravedad, pues que se sabía todos los sacrificios de sangre y de dinero que debía costar aquella nueva campaña.

Y la noticia revestía esta vez un carácter de mayor gravedad, puesto que el movimiento parecía ser general entre todos los caudillos de las otras provincias, que se preparaban á ayudar á Chacho en su nueva campaña.

Antes de todo era preciso deshacer al referido Ontiveros para impedirle su incorporación á Chacho, reduciendo á éste á sus solos elementos de la Rioja.

Si Ontiveros tomaba á San Luis, sacaría de allí nuevos elementos, llevando á Chacho un refuerzo poderoso, y esto es lo que era preciso impedir á toda costa.

Sandes reunió todos sus elementos de movilidad, pidió al Gobernador de Mendoza reuniese el mayor número posible de mulas, y se puso en marcha inmediatamente y sin ahorrar sacrificio sobre San Luis, tratando de llegar antes de referido Ontiveros pudiera moverse.

Cuando el Coronel Sandes llegó á San Luis, ya estaba allí Iseas en observación del enemigo, que aún no había podido moverse, ó que esperaba para hacerlo alguna oportunidad favorable.

Sandes resolvió demorarse algunos días en San Luis para dar descanso á fuerza y caballos, pero al día siguiente tuvo que ponerse en marcha precipitada, porque tuvo aviso que el enemigo se movía hácia Dolores, marchando por la apresura del monte, y protegido por unos desfiladeros que ninguna tropa podría salvar sin esponerse á ser derrotada y destruida.

Al llegar á los desfiladeros, el Coronel Sandes comprendió el peligro que corría al salvarlos, y dispuso sus tropas de manera que no presentaran blanco al enemigo, aunque tampoco podrían ellos causarle el menor daño.

Para obtener mejores resultados, el Coronel Sandes formó sus fuerzas en el primer espacio descampado que halló, enviando de vanguardia al comandante Irrazabal, para que observara los movimientos del enemigo y diera inmediatamente aviso de ellos.

Ontiveros, cubierto por el monte seguía marchando hácia San Luis; ó no tenía conocimiento de que allí estaba el Coronel Sandes con una fuerte division, ó tenía ciega confianza en los elementos que llevaba consigo y la situación ventajosa del terreno y monte que venía ocupando.

Poco tiempo despues tuvieron que persuadirse que Ontiveros no solo tenía conocimiento de su presencia allí, sino que había tomado habilísimas medidas para vencerlo.

Numerosas fuerzas de caballería venían marchando por el lado izquierdo con la clara intención de flanquearlos, mientras las fuerzas de infantería, al mando del comandante Minuet, hombre práctico y de un valor á toda prueba, marchaba á tomarlas por el flanco derecho.

El frente era sostenido por el Coronel Ontiveros en persona, que venía con el resto de

las fuerzas, decidido á sostener el combate, una vez que el Ejército de Sandes hubiera sido flanqueado segun lo había dispuesto.

La posición de Sandes era apurada aunque tenía á la espalda el Rio, que no daría paso al enemigo, y á la izquierda unos potreros que no permitían tampoco el paso de ninguna fuerza organizada.

Sandes no podía desplegar, por el monte y el desfiladero del frente, viéndose obligado á esperar el ataque, en toda su violencia, aprovechando las ventajas que debía ofrecerle una fuerza bizoña y tal vez mal organizada.

El ataque no se hizo esperar.

Despues de un tiroteo violentísimo, que causó algunas bajas, la caballería tocó á degüello, la infantería de Minuet ataque, y Ontiveros por el frente, con fuertes guerrillas desplegadas, se vino también á la carga de una manera impetuosa y brava.

Aquel era un ataque combinado muy difícil de resistir, y muy peligroso de esperar á pie firme.

Comprendiéndolo así Sandes, sostuvo su gente con un fuego de fusilería y de dos piezas que llevaba, fuego que debía contener al enemigo, mientras él operaba sobre la infantería del comandante Minuet que se le venía encima.

El combate no podía ser más ríco y sangriento.

Toda la línea se batía, y se batía de una manera heroica.

Entre el monte, los desfiladeros y los cercos era imposible hacer ningún movimiento táctico que facilitara el triunfo.

De modo que se combatía cuerpo á cuerpo, entre grupos de soldados que peleaban individualmente y echando mano á todo género de recursos, aún el del cuchillo mismo, pues el fusil se hacía inútil, no pudiendo cargarse en aquella confusión imponderable.

Los soldados de línea habían sacado la bayoneta, encontrando en ella la mejor arma que podían emplear, arma que no traían los soldados de Ontiveros, tropas reclutadas á gran prisa y disponiendo de los pocos y malos elementos que se habían podido juntar con toda precipitación.

Muchos de ellos habían echado mano al cuchillo, y con el cuchillo peleaban como leones, y sin ceder una pulgada, á pesar de los numerosos claros que abría en sus filas el fuego de la infantería de línea.

Ontiveros había creído poder pasar hasta la Rioja sin tropiezo alguno, y no se había preparado para un combate.

Pero llegado el caso de sostenerlo, sus soldados peleaban como el mejor, revelando todo el ascendiente que sobre ellos tenía el jefe.

En lo único que Ontiveros era superior á Sandes era en cabalgaduras, pero esta superioridad no podía preponderar sino en la retirada, y por consiguiente cuando todo se hubiera perdido.

Las caballerías de Sandes montaban mulas cargueras, mansas sí, pero que era la primera vez que se les ponía freno, de modo que era imposible gobernarlas y mucho más maniobrar sobre ellas.

merece la muerte, no hay mas que fusilarlos en cuanto se les tome.

—Eso no será nunca fusilar sino asesinar, respondió Minuet con infinita soberbia, y si quieren asesinarne, está demás que me lo prevenga, es preciso ser lógico hasta como asesino.

—Mientras mas culpables, mas insolentes! yo no se que se figuran estos canallas! si crearán que, á más de todo, uno debe aguantarles sus insolencias!

É hizo señas á los soldados que estaban con él, quienes tomaron al gefe prisionero y empezaron á atarlo.

El Comandante Minuet era un hombre bravo, que aunque con la conciencia que iba á ser asesinado, no perdía el dominio de su espíritu.

Ya sabía él lo que significaba caer en poder del Corouel Iseas, asi es que desde el principio se habia familiarizado con la suerte que allí les esperaba.

Sin embargo, cuando vió que lo volteaban y empezaban á atarlo como si lo fueran á azotar, no dejó de alarmarse dolorosamente, y rechazando á los soldados que lo sujetaban, dijo á Iseas:

—No comprendo que para fusilar á un hombre, haya necesidad de amarrarlo de esta manera; ó temen acaso que que me vaya á escapar?

No tenga miedo, Coronel Iseas, y ahórreme éstas vergüenzas, puede mandar de una vez los cuatro tiradores que han de cumplir su deber de asesinos.

—Que se figura que vamos á gastar cuatro tiros en un montonero? preguntó Iseas sonriendo, á la proximidad del tremendo espectáculo.

No sea zozno, demasiada munición hay que gastar en las peleas, para que la tiremos en fusilar á cuanto montonero se agarre.

A ver, como me le tocan una polka á este minnét, dijo á los soldados, y soltó una estruendosa carcajada.

Recien entonces el comandante Minuet se dió cuenta de que se trataba de degollarlo, y que por eso lo ataban, para que no pudiera hacer el menor movimiento de resistencia.

El momento no podia ser mas tremendo.

La noble victima se debatía haciendo esfuerzos terribles contra los que pretendían amarrarlo; pero que podia contra cuatro ó seis soldados ávidos de cumplir la órden que se les habia dados?

En un momento fué amarrado como un Cristo, mientras á su vista chaireaban el cuchillo conque lo iban á degollar.

La desesperacion fué grande entonces, pero convencido bien pronto de que con ella nada habia de conseguir, volvió á dominarse por completo, y á enrostrar á Iseas, con palabras terribles, su proceder infame y cobarde.

—Esto no se hace ya ni entre los indios, dijo, porque para ello se necesita una dosis poco comun de cobardía y maldad.

Yo moriré asesinado, degollado como un perro, y mi sangre caerá sobre el Gobierno que cobija con el uniforme del soldado, semejantes asesinos, cobardes y miserables.

Pronto, canallas; yo les aseguro que mi muerte no les vá á causar la menor diversion.

Iseas estaba fuera de sí: las injurias que le lanzara el Comandante Minuet, le habian exasperado de una manera terrible.

Se acercó hasta donde este estaba, y le dió algunos golpes con el rebenque.

Pega, pega, villano dijo este, que alguna deferencia á de haber entre un hombre de honor y un asesino cobarde.

Y ustedes, añadió dirijiéndose a los soldados, ustedes que tienen el honor de ser mandados por semejante canalla, cumplan de una vez sus órdenes: lo que es por mí no han que perder tiempo.

Y estiró el cuello, dejando vagar en sus labios una amarga sonrisa de resignacion.

Pronto! gritó Iseas que estaba livido de ira, á ver como degüellan á ese maula de manera que no apeste mucho.

Los soldados se agacharon, y uno de ellos tomandolo por los cabellos le cortó el cuello, haciéndole sufrir dolores terribles, pues intencionalmente, ó casualmente, el cuchillo con que se le degolló tenia el filo inservible.

Tan bravamente se habia conducido Minuet en el tremendo trance, que los soldados, conmovidos é imponentes, permanecían serios sin permitirse ningunos de aquellos dicharachos que tanto gustaban á Iseas.

Este era el único que reía, pero dejando asomar la espresion, de la rábia que lo dominaba.

Todavía, ante de retirarse, dió algunos golpes sobre el cadáver, mandandolo sacar del campamento y abandonar en medio del campo, al lado de otros prisioneros que habian corrido igual suerte.

Por que todos los prisioneros de este combate habian sido pasados por las armas de una manera más ó menos cruel y cobarde.

El que no habia muerto en las estacas habia sido lanceado ó degollado, segun la primer palabra que salía á la boca del gefe, que ordenaba su muerte, muerte que nunca revestia otro carácter que el de un asesinato.

por las armas un solo prisionero de guerra, que si no habia como cuidarlos fueran remitidos á Buenos Aires.

Pero entónces y en cumplimiento de las órdenes del Gobierno, se hacia algo mas monstruoso, mas bárbaro todavía.

—Si no se puede pasar por las armas un solo prisionero, no se puede gastar tampoco un soldado en cuidarlos no se les matará, ya que el Gobierno lo manda; pero tampoco se emplearán los soldados en cuidar prisioneros.

Y para conciliarlo todo, se les mandaba despalmar.

No hay idea de lo que significa esta operacion tremenda.

Para que el soldado no pudiera huir ni moverse del sitio en que se le dejaba se le hacia cortar, descarnar la planta del pié, y abandonarlo en cualquier punto.

El sufrimiento bárbaro, no permitia á los infelices dar un solo paso y entónces toda medida de vigilancia era inútil.

Al principio se obligaba á un médico alemán prisionero tambien que practicara la operacion del despálme, para lo cual tenian que ponerlo á él mismo bajo la accion del tormento.

Poco despues se hacia practicar á cuchillo por los mismos soldados.

Los infelices á quienes se sometia á esta operacion tremenda, eran abandonados en medio del campo, sin dejárseles el menor recurso.

Los que eran abandonados cerca de una poblacion, logran arrastrarse hasta ella y conseguir algun socorro.

Pero los mas quedaban abandonados á una muerte tremenda.

Aquellas heridas se echaban á perder con el excesivo calor, sobrevenia el tétano y la victima moria en medio de sufrimientos indescriptible.

Y para esto no habia mas práctica que el siguiente diálogo, inalterable en la forma misma.

—Señor, anoche se han tomados tantos prisioneros, ó tantas espías del enemigo.

—Que se les interroge y se les despalme.

Y la operacion se practicaba sin la menor tardanza, siguiendose lo marcha una vez concluida.

Aquel procedimiento era conocido en todas las provincias, por aquellos que habian escapado á algun despálme, de modo que los montoneros preferian mil veces la muerte á caer prisioneros de semejante Ejército.

Muchos de ellos en las persecuciones y cuando veian que podian ser alcanzados, sacaban el cuchillo y se lo clavaban en el corazon, para que no los tomaran vivos.

Ya sabian ellos lo que les esperaba, y todo, incluso la muerte misma, era preferible á un despálme, que no era mas que una muerte lenta y tremenda.

Desde que Minuet cayó prisionero, Iseas pensó solo en matarlo, pero poniendo á salvo su responsabilidad, porque no queria tener cuestiones con Sandes, que infundia á todos ellos un invencible respeto.

Quería matarlo, pero de manera que la ór-

den le fuera dada y no pudiera hacérsela responsable de ella.

Iseas en cuanto camparon, mandó avisar á Sandes que tenia un prisionero muy molesto, porque no hacia sino gritar todo género de insolencias contra el Ejército, queriendo pelear con todos ellos, por cuya causa era necesario tenerlo amarrado y con mordaza.

—Que lo despalmen y lo abandonen, respondió Sandes, que estaba en un mal momento, á consecuencia de otros despalmes que se habian efectuado en la division.

Pero Iseas que no era esto lo que queria, mandó decirle nuevamente que como se trataba de un oficial, creia que seria mejor pasarlo por las armas, porque no habia medio de entenderse con él.

Sandes, que no habia escuchado bien, por librarse de las importunidades de Iseas, le mandó decir que hiciera lo que creyera conveniente, si el prisionero no queria obedecer.

Iseas que no deseaba otra cosa, en cuando recibió la respuesta de Sandes, mandó traer al comandante Minuet, y para darse el placer de mortificarlo de todos modos, le hizo presente que lo iban á pasar por las armas, de la siguiente manera brutal.

—Vamos á ver comandante Minuet como baila usted para convertirse en marcha fúnebre.

—No entiendo Coronel lo que se me quiere decir respondió el desgraciado gefe, que demasiado comprendia de lo que se trataba.

—Digo, respondió Iseas, que Minuet lo vamos á convertir en marcha fúnebre, y que deseo ver como la baila usted en el acto de la transformacion.

El proceder de Iseas no podia ser mas infame y cruel.

—Me parece que se trata de matarme, exclamó entonces el gefe prisionero; no me llámala atencion, porque han sido precisamente los asesinatos cometidos por ustedes lo que me ha hecho tomar las armas.

—Y para que anda montonereando? porque se meten á levantar Ejércitos contra el Gobierno Nacional?

—Porque queremos, porque el Gobierno Nacional permite que sus gefes cometan todo género de enormidades.

—Entonces no se quejen de la muerte como consecuencia de lo que hacen.

—Yo no me quejo de la muerte, volvió á repetir Minuet porque la muerte estaba en mis cálculos cuando salí á campaña.

Lo que hay es que á mí no se me puede matar así no mas, porque yo soy un gefe prisionero y tengo derecho á un consejo de guerra.

Iseas soltó una carcajada estruendosa: la embriaguez, el vértigo de un espectáculo de sangre empezaba á asaltarlo y á dominarlo.

—Los montoneros no tienen derecho á nada, respondió, ni nosotros tenemos tiempo para andarlos perdiendo en consejos de guerra y pavadas

A donde iriamos á parar si se hubiera de formar un consejo de guerra á cada montonero que se toma?

Ya se sabe que el delito que han cometido

llandolo con el caballo y dándole un golpe con el rebenque; yo te voy á enseñar á obedecer mis órdenes!

—Yo no puedo escuchar órdenes inicuas, respondió el fraile con toda entereza.

El moribundo que me llame me tendrá á su lado, solo que una fuerza mayor y material me aleje de él.

Iseas estaba terriblemente irritado, la respuesta del fraile no hizo sino irritarlo mas todavía.

—Desobedece no mas, dijo que yo te haré cumplir mis órdenes á rebencazos.

El fraile parecia completamente sordo á las palabras de Iseas: era un hombre dotado de un valor asombroso, á quien las amenazas no lograba intimidar.

Y como en aquel momento lo llamaron varios heridos, con toda clase de súplicas, acudió aquel que estaba mas próximo, sin averiguar quien era.

Desgraciadamente aquel era un herido enemigo, é Iseas no pudo contenerse ante lo que creyó una provocacion del fraile.

Y haciendo aproximar al trompa de órdenes que con el andaba, lo mandó que sacara el fraile del lado del herido, y que si se volvía á acercarse le pegara hasta que se retirase.

Apesar de la órden que escuchó el fraile, no se movió del lado del herido, ni siquiera volvió la vista á ver si se cumplía ó no.

El soldado vaciló un momento, el hábito del fraile le imponia cierto respecto que lo hacia vacilar.

Pero un tremendo garrotazo aplicado por Iseas lo decidió bien pronto, y aproximándose al fraile le intimó que se retirara.

Salga de ahí le dijo porque sino tendré que sacarlo yo, para que no me rompan el alma.

El fraile no se movió, como si no lo hubiera escuchado, en aquel momento cerraba los ojos del que acababa de espirar bajo su bendicion.

Viendo que no hacia caso y que Iseas se dirigia sobre él con el sable enarbolado, el soldado echó pié á tierra, sacó de allí á tirones al fraile y le pegó un planazo con el sable: era lo ménos que podia hacer.

El sacerdote tan indiferente al golpe como lo habia sido á la palabra, siguió caminando en direccion de otro herido que lo llamaba de una manera desesperada.

Desgraciadamente aquel herido pertenecia tambien al enemigo.

Iseas estaba en el colmo del furor.

—A palos! gritó al trompa, sácalo de ahí á palos! y el mismo fué á unir la accion á la palabra.

El fraile lo miró con una sonrisa compasiva que mostraba toda la grandeza de su alma y quiso seguir en su abnegada tarea, pero no pudo.

El sitio donde se hallaba en aquel momento era donde mas se habia combatido y donde mayor número de enemigos habia caido.

De consiguiente, á cualquiera que fuera el fraile se hubiera dirigido, se dirigia á un montonero y las furias de Iseas se aumentaban hasta llegar á su colmo.

Los golpes fueron en aumento hasta que el fraile tuvo que abandonar su mision, por falta de

fuerzas para seguir cumpliendo con su mision piadosa.

Pero sus labios no se movieron para pronunciar la menor palabra que pudiera tomarse por una injuria, ni aún por un reproche.

Y cuando el Ejercito siguió su marcha precipitada, el fraile fué llevado con la division de Iseas, no porque les hiciese falta, ni para tener con él los auxilios de la religion en caso dado sino como una sátira á la que podian bien seguir otras muchas.

Asi se veia que, cuando Iseas mandaba despalmar un prisionero, ó cometer una iniquidad por el estilo, mandaba al fraile á que los ayudara á tener conformidad y á que los convenciera que el tremendo martirio era un beneficio que se les hacia.

El fraile no podia aceptar semejante encargo, ni hacerse cómplice de aquella manera en semejantes infamias.

Y era entonces que se le maltrataba de una manera tremenda, burlandose de sus palabras generosas y de los sanos consejos que daba á sus verdugos, pretendiendo encaminarlos por la senda del bien y del honor.

Tales fueron las iniquidades cometidas con el pobre fraile que estas llegaron á oídos del Coronel Sandes, quien lo mandó reclamar para el servicio de su division.

Iseas no tuvo mas remedio que entregarlo pero no por esto lo dejó de mortificar hasta el último momento que estuvo en su poder.

Otra de las crueldades mas tremendas de Iseas, es la siguiente, que nos referia una vez lleno de horror, uno de los oficiales del 4.

En uno de tantos pequeños combates que tenian lugar con grupos de montoneros, cayó prisionero un matrimonio Catamarqueño, gente humilde y chachista hasta el delirio.

Ella no habia querido abandonar á su marido, único amparo que tenia, y á pesar de los ruegos de éste lo habia seguido en la patria-da.

Aunque él era un hombre jóven y agradable, la mujer parecia mayor que él de una manera notable y no poseia el menor encanto que explicara tan desproporcionado matrimonio.

Era fea, de una flacura asombrosa y ridicula en su modo de hablar y desempeñarse.

En cambio era una mujer muy fina y comedida, que parecia haber recibido una educacion esmerada y poco general en gente humilde y de aquellas provincias tan lejanas.

La partida que hizo estos prisioneros los condujo al cuartel y un oficial dió cuenta inmediatamente al Coronel Iseas.

Ocupado Iseas en aquel momento, no prestó mucha atencion á lo que se le decia, ni respondió una palabra.

Pero al otro dia á la madrugada llamó al oficial y le hizo repetir el parte.

—Ajá! exclamó, con que ellas tambien vienen á ayudar á los montoneros! pues es preciso escarmentarlas para que no lo hagan, porque esto ya no se puede tolerar.

Esta maldita cria de montoneros al paso que vá, concluirá por hacernos la guerra con toda la familia, sin escluir ni siquiera á los recién nacidos.

El oficial no habia dicho ni una palabra respecto al físico de la mujer, por lo que Iseas

La guerra de recursos: ferocidades

Dejemos á un lado las crueldades inauditas del Coronel Iseas, de las cuales nos hemos ocupado minuciosamente en nuestro romance *Juan sin patria*.

Esan monstruosidades inauditas cuya narracion repugna y que degradan al Ejército en que ellas se han cometido.

En la misma accion que hemos narrado y cuyo acto final habia sido la muerte del Comandante Minuet, se habia tomado prisionero á un fraile franciscano que venia con el Ejército de Ontiveros, en momentos que se ocupaba en consolar á aquellos que rendian la vida sobre el campo de batalla.

Este fraile, especie de brillante de á libra por lo escaso y precioso, despreciando los peligros del combate, se ocupaba esclusivamente en auxiliar á el que caia, vigorizando su espíritu para el viaje eterno, ó prestándoles los pequeños cuidados que podia, para calmar el dolor y el peligro de las heridas.

En esta operacion santa y noble, fué hecho prisionero y conducido al Ejército Nacional, donde se le intimó que socorriera y auxiliara á sus heridos y moribundos con preferencia á los del campo enemigo.

El fraile no se puso en esto el menor reparo, y sin vacilar un segundo ni responder una palabra, se entregó desde el primer momento al cumplimiento de su santa mision.

En uno de los momentos del combate, este fraile quedó envuelto entre la division del Coronel Iseas, donde el combate habia sido mas récio y fué sorprendido en momentos que ayudaba á rendir la vida á un oficial de Ontiveros que habia caido despedazado por varias heridas de bala y lanza.

El fraile fué llevado á presencia de Iseas, á quien se dió cuenta de la manera como habia sido tomado.

— Con que en esos andamos? preguntó Iseas, apostrofando al fraile de una manera terrible, con que en esos andamos? porque estás ayudando al enemigo, cuando hay tantos heridos y moribundos nuestros que auxiliar?

— Yo no tengo preferencia por nadie, respondió el fraile sin hacer caso de las injurias que se le dirijian, acudo á el que me llama sin averiguar á que bando pertenece y cumpla á su lado con el deber que la humanidad me impone.

Es un moribundo que me llama, yo no pregunto quien es.

— Pues desde este momento te prohibo bajo la pena de mil azotes, que me ayudes á

ningun montonero, por que poco te será el tiempo para atender á los míos.

No tenes que prestar socorro sino á mis soldados, cuidadito como se me desobedezca.

El fraile, con imponente altura, no respondió una palabra á todas aquellas groseras amenazas y espresiones soeces.

Parecia un hombre de un carácter á toda prueba, y á quien habia de imponer un ser como Iseas por bandido que fuera.

— A ver ustedes, concluyó dirijiendose á la tropa: el primero que vea al fraile auxiliar al enemigo, me le pega una buena paliza y me dá cuenta, sino quiere que se la pegue yo á él.

El fraile no se preocupó un momento de todo aquello y regresando al páraje donde el combate habia sido mas récio, se entregó al cumplimiento de su mision, casualmente en la persona de un ayudante de Iseas que acababa de caer herido de muerte.

Al llegar á otro oficial que lo llamaba de una manera desesperada, un soldado lo detuvo.

— Padre mio, le dijo, no contrarie las órdenes que le ha dado el Coronel, porque ese hombre es capaz de cualquier monstruosidad.

El oficial que lo llama es de los enemigos y si lo ven á usted prestar la menor ayuda, van á hacer con usted alguna monstruosidad.

El oficial aquel llamó al fraile con ademan suplicante, y este se dirijió á él resueltamente.

— Padre, no vaya, volvió á repetir el jóven que le daba aquel consejo, no vaya porque van á hacer con usted alguna iniquidad espantosa.

— Dios está conmigo, respondió el fraile sonriendo y no será el temor al que me aleje del cumplimiento de mi deber.

Y caminó resueltamente hacia donde estaba el herido, dedicandose á asistirlo en todo aquello que le pidió.

Una vez que concluyó con este se dirijió á otro y á otro, sin fijarse á que fuerzas pertenecia.

Nadie preparó en ello, ó los que lo hicieron guardaron silencio, temiendo una atrocidad de Iseas.

Pero éste que andaba en todas partes, no tardó en encontrarse con el fraile, precisamente en momentos que veadaba una herida tremenda, que dividia la cabeza de un gefe enemigo.

— Ah! fraile bandido! gritó entónces atropo-

Y este, que no necesitaba tanto, arrastraba a la pobre mujer, hasta que, para facilitar la acción se la echó al hombro y salió á paso de trote en medio de las carcajadas de los que habían quedado hasta el último momento.

Iseas se quedó murmurando y dando las razones que tenía para haber hecho aquello, razones que no eran otras que la fealdad y vejez de la víctima, cosas que decía no haber podido tolerar en su vida.

— Yo les he de dar, murmuraba, yo les he de dar presentarte en mi campamento con semejante cara y semejantes años! Fonseca será el encargado de aplicarles el castigo!

Y quedó tan satisfecho y complacido, como si hubiera llevado á cabo una obra de verdadera y alta justicia.

Esto no es creíble, esto es monstruoso y repugnante, sin embargo, ahí están todos los jefes del Ejército, que podrán responder á esta pregunta: ¿quien era el Coronel Iseas?

Ocho dias despues de estas escenas, aquella desventurada espiraba en el Regimiento 4º de Caballeria: no había podido resistir las caricias terribles del formidable Fonseca, especie de Barba Azul Santiagueño, mas feróz aún y mas primitivo.

Sandes conocia todas estas crueldades monstruosas de Iseas, que hubiera podido reprimir con su autoridad de jefe superior.

Pero esto hubiera sido romper con un buen contingente, sin lograr nada tal vez, porque sino se tomaban enérgicas medidas de represión, Iseas hubiera seguido haciendo lo mismo, aunque un poco mas ocultamente.

Y como muchas veces era enviado á operar por su cuenta, lejos de Sandes, había multiplicado sus enormidades.

Para suprimir las iniquidades de Iseas, habría sido necesario suprimirlo á Iseas mismo, y como esto no era posible, el Coronel Sandes hacia la vista gorda diciendo:

De todos modos Iseas hace esto solo con los montoneros, no se metan á montoneros y nada les sucederá entonces ni tendrán de que quejarse.

En los combates, ya se sabia que Iseas no hacia prisioneros, porque el que salvaba de sus soldados, lo hacia degollar él mismo y á su presencia con sus asistentes, que no eran otra cosa que una partida de asesinos, elegidos entre los mas bandidos, como él decía.

Estando campado en San Luis, el Coronel Sandes recibió un chasque del Gobernador de Mendoza, avisando que el Coronel Clavero había invadido el sud de esa provincia, donde se

le habían plegado to los paisanos y que con una fuerza respetable amenazaba la ciudad.

El Gobernador pedia á Sandes que fuese en su ayuda, porque no tenia elementos con que defender la ciudad en un caso de ataque.

Aquel aviso contrariaba todos los planes de Sandes, porque lo alejaba de la Rioja donde el Chacho levantaba un Ejército, pero no podia tampoco abandonar la provincia de Mendoza al peligro de caer en poder de Clavero.

Así, marchó apresuradamente sobre Mendoza.

Allí, estaba el Comandante D. Augusto Segovia, valiente y activo jefe, que reunió toda la guardia nacional, á objeto de defender la ciudad de la invasion de Clavero, y con tanta suerte anduvo, que atacada esta ríciamente, antes que llegara Sandes, rechazó al enemigo, dispersando la mayor parte del ganchaje que éste había reunido.

El viaje á Mendoza era ya inútil, así es que Sandes, al recibir tan favorables noticias, marchó hácia San Juan, en busca de elementos para emprender la nueva campaña á que Peñaloza lo provocaba.

El movimiento á favor de este caudillo era general en las provincias del Norte, por lo que se le calculaba un Ejército numeroso.

No se podia abrir la campaña sin excelentes elementos de moralidad y el Coronel Sandes vino á buscarlo á San Juan, siendo entonces gobernador de la provincia el señor Sarmiento.

Todos los gobiernos de Provincia se hallaban en igual peligro, triunfando Peñaloza, así es que en el interés de todos estaba ayudar el Coronel Sandes en lo que pudiera necesitar.

El gobernador Sarmiento, comprando y espropiándolos, reunió una cantidad de magníficos caballos y mulas que puso á disposicion de Sandes para que éste pudiera seguir su compañía hasta los llanos de la Rioja, donde segun las noticias que se tenian estaba campado Chacho con su Ejército.

En la provincia de San Juan se agregó á Sandes el entonces mayor don Julio Campos con la mitad del 6º de línea, el batallon Rifleros de San Juan y el escuadrón Guías de San Juan.

Con estos elementos emprendió el Coronel Sandes su marcha hácia los Llanos de la Rioja, en busca del Chacho.

pensó que sería una bella jóven, de las que abundan tanto por aquellos parajes.

— Y donde están esos prisioneros? preguntó sonriente ante la perspectiva de una nueva ferocidad.

— Están en el cuerpo de guardia pues V. S. no ha determinado nada sobre ellos.

— Bueno, respondió Iseas con toda tranquilidad, á él me lo lancean ahora mismo, obligando á la mujer á que presencie la cosa y en seguida me la traen aquí para resolver lo que ha de hacerse con ella.

La órden fué cumplida inmediatamente con toda ferocidad, en presencia de la mujer desventurada que pedía en los términos más desgarradores no quitaran la vida á su esposo.

Pero todos aquellos ruegos eran inútiles, porque el oficial no habria dejado de cumplir una órden de Iseas, cuya falta de cumplimiento le habria costado su propia vida.

Una vez cometido el asesinato, pues no puede llamarse de otro modo, la mujer fué traída á presencia de Iseas como él lo habia mandado.

Sin duda éste habia hecho sus cálculos sobre la belleza de la mujer, porque al ver que se trataba de una vieja y fea, hizo un gesto formidable diciendo:

— Y este espantajo se nos viene tambien como enemigo? ya les enseñaré yo por lo menos á tener una cara decente.

— Pero señor, era mi marido, sollozó la mujer, es lo único que tenia yo en el mundo y no queria abandonarlo para ayudarle en lo que le fuera necesario.

— Esto es perdonable en una mujer linda, agregó Iseas con una sonrisa monstruosa, pero en semejante fenómeno, no tiene perdon de Dios.

A ver, que me llamen á Fonseca, Fonseca se encargará de dar el castigo merecido.

La pobre mujer sospechó algo tremendo y quiso suplicar se le dejara siquiera ir á cerrar los ojos de su marido, pues ella no habia cometido más crimen que serle leal, sin que esto hubiera causado el menor mal á nadie.

— Nada, que llamen á Fonseca, repitió Iseas, yo te he cuidado un marido, pero te voy á dar otro mil veces mejor.

Los que escuchaban el diálogo, á pesar de lo dramático de la situacion, no pudieron contener una carcajada.

Era el tal Fonseca un asistente de Iseas, hombre horrible, de fisico y de instintos.

Feróz en sus sentimientos era el asistente que éste tenia para ejecutar aquellas monstruosidades que los demás se negaban á cumplir, aún bajo las más terribles amenazas.

Este ser horrible y repugnante, era tuerto y tenia el rostro devorado por las viruelas y cubierto de cicatrices tremendas que lo zurcaban en todas direcciones.

Y aquel rostro, que era un conjunto de monstruosidades, estaba encerrado entre una barba gris, áspera, stúcia y enredada, que más parecia un manojo de estopa que una barba humana.

Fonseca no tenia menos de sesenta años, que habia pasado de la manera más criminal que pueda imaginarse, lo que le habia valido la confianza absoluta del tremendo Iseas.

Fonseca nunca estaba sério, siempre se le veia sonriente, pero con una sonrisa nauseabunda y feróz, que causaba mas terror que una espresion de amenaza de su boca formidable.

Fonseca acudió al llamado de Iseas, acentuando mas su sonrisa, porque sabia que su gefe no lo habia de llamar sinó para algo muy agradable.

Todos soltaron una carcajada ante el aspecto de Fonseca.

— Vení para acá zorro viejo, le dijo el Coronel, como te sentis para casarte?

Fonseca dió salida á su risa por entre los portillos que adornaban su boca y acomodándose el chiripá con cierta sorna de zorro, miró á la mujer que alli estaba y repuso:

— Yo siempre me hallo bueno para todo y para esto mas que para otra cosa, pues bien sabe mi Coronel que el único vicio que he tenido en la vida há sido la mujer.

Es que Fonseca no contaba la bebida porque decia de aquello no era vicio sino una cosa natural, de lo que no podia prescindir porque formaba parte de su individuo.

— Entónces te encontrarás bien para casarte?

— Superioraso, mi Coronel, superioraso.

— Y esta moza, que tal te parece?

— Y como quieré que me parezca? bueno no mas, y eso que no le veo la cara! que será cuando se la vea!

La mujer tenia la cara cubierta con las manos y llorada de una manera conmovedora.

— A ver, dijo Iseas, que reia como un loco, saque las manos y muestre la cara á su novio para ver si le gusta!

La intelz arrojó á los piés de Iseas, y viendolo que éste no le hacia caso, fué recorriendo de rodillas y una por una las personas que allí se hallaban, para que la dejaran ir ó la mataran de una vez.

— A ver, gritó Iseas, que le destapen la cara para que se la vea su novio!

Y dos soldados se le acercaron y á tirones le quitaron las manos del rostro, que apareció en una infinita espresion de agonía.

— Vamos á ver Fonseca, qué te parece la moza?

— Muy regular, mi Coronel, muy regular, un poco vieja, pero ya la remozaremos, es cuestion de engordarla y rasquetearla un poco.

Aquello era tan repugnante, que los mas familiarizados con las crueldades de Iseas, empezaron á retirarse, con cierto tino para no ser notados, y que la retirada fuera á costarles cara.

— Bueno, yo te la doy, concluyó Iseas, yo te la doy para que te cases con ella.

Tratamela bien, tenele alguna consideracion porque recien ha envidado y llevatela que despues la daremos de alta como lavandera del Regimiento.

Fonseca se apoderó de la mujer, lleno de gozo, y le sacó de allí, para lo cual tuvo que arrastrarla, porque ella se resistia de una manera heroica.

Iseas reia estruendosamente, animando á Fonseca con palabras bárbaras, imposibles de reproducir.

nimiento, lo que le costó algunas bajas de consideración.

El joven no quiso asumir la responsabilidad de algun fracaso, y mandó documentos á Sandes de lo que sucedia, mientras él seguia avanzando lentamente.

Sandes apuró entónces todo cuanto pudo la marcha del Ejército, y al llegar á una pequeña abertura de los montes que atravezaban, encontró al Capitan Irrazabal, con su fuerza tendida en guerrilla, tiroteándose con fuerzas enemigas.

Irrazabal indicó á Sandes un pequeño cerro que se levantaba en medio de aquel claro, como el mejor punto de observacion.

Desde allí podia verse con mas precision, las fuerzas que el Chacho tenia fuera del monte y las quebradas.

Las que en estos montes estuvieran ocultas, era imposible sospecharlas tan solo.

Sandes subió al Cerrito y desde allí pudo divisar claramente la línea que el enemigo habia tendido fuera del monte, como para repeler todo ataque, por sério que fuera.

El apoyo de sus flancos no era posible conocerlo, aunque oculta entre los barrancos se veia numerosa infanteria.

Sandes descendió del Cerrito, y empezó á tomar aquellas disposiciones que creyó de mas urgencia.

La caballeria compuesta del Regimiento 1º, guijas de San Juan, Cordobeses y algunas compañías de puntanos, fué desplegada en el acto, colocando las compañías del 6º de línea en columna á la derecha y los Rifleros y Cordobeses en la misma disposicion á la izquierda.

De este modo cubria los flancos de su caballeria desplegada en batalla, para con esta llevar el ataque.

En esta disposicion, y sin abandonar el Cerrito, que tan buen punto de accion ofrecia, Sandes envió á Irrazabal para que provocase al enemigo con fuertes guerrillas, á fin de obligarlo á atacar, y abandonasen por consiguiendo sus posiciones infinitamente mas ventajosas.

Así, si Chacho atacaba y dejaba la posicion en que se habia hecho fuerte, las circunstancias variaban, quedando el Ejército en condiciones mucho mas ventajosas.

Pero el Chacho que sin duda habia elegido prolijamente aquel paraje, no se movió á pesar de las hostilidades de aquella vanguardia, señal clara de que Chacho conocia la importancia de la posicion que ocupaba y su decision de obligar á Sandes á que lo atacara en aquel punto.

Sandes que comprendia tambien toda su desventaja, si atacaba, trató de impacientar á Peñaloza, para ver si de esta manera lo obligaba á atacar.

Al efecto, hizo desmontar toda su caballeria, conservando la misma formacion en que estaba, de manera que pudiera hacer fuego como la infanteria al mismo tiempo que churrasquear y tomar unos mates.

Chacho se cansaria al fin y atacaria; era cuestion de quien tuviera mas paciencia para resistir.

Sin dejar de tirotear al enemigo y sin perder

su formacion, los milicos armaron alegremente sus hogares, como si estuvieran en el campamento mas tranquilo.

El Coronel Sandes habia dado el ejemplo, cebándose él mismo un mate y repartiendo entre los gefes y oficiales dos calones de cigarros habanos que le habia regalado su amigo Sarmiento al salir de San Juan.

No parecia aquella una fuerza que estaba frente al enemigo provocando un ataque, sino una fuerza que descansaba plácidamente en un campamento mas seguro y á cubierto de todo ataque.

Eran las ocho de la mañana y no era difícil que antes de caer la sombra se cansara Chacho y atacara.

Pero este era un hombre de una calma asombrosa, capaz de estar así una semana sin moverse, hasta no haber logrado su propósito.

La fuerza tendida en línea delante del Ejército, permaneció impassible, limitándose la caballeria á echar pié á tierra.

Pero los humos que empezaron á levantarse entre el monte, indicaron claramente que allí tambien se churrasqueaba y se tomaba mate.

A eso del medio dia, salieron de entre el monte algunos Regimientos que vinieron á ocupar en la línea el sitio de otros que se retiraron y desaparecieron en la espesura.

Esto no era mas que un relevo que hacia Chacho, para que fuesen á comer los que aún no lo habian hecho, y vinieran los ya comidos á ocupar el punto de combate que momentaneamente abandonaban estos.

No habia entónces la menor duda de que Chacho tenia la intencion de no moverse de allí para atacar, y que aceptaba el reto de paciencia á que se le provocaba.

El fuego de la vanguardia de Sandes y el que se les hacia desde los fogones, era cada vez mas récico, pero no por esto se inmutaba Chacho.

De cuando en cuando su infanteria se asomaba en el monte y hacia una descarga cerada, que causaba bastante daño.

Entónces se oia una gran carcajada con que los montoneros festejaban la confusion causada por la descarga.

Aquellas descargas solian producir efectos endiablados, haciendo volar la pala y el asador del fagon, causando la dispersion de los soldados que lo rodeaban y que habian quedado ilesos.

El Coronel Sandes que habia provocado aquel duelo de paciencia, empezaba á perder visiblemente la suya.

Su isonómia empezaba á adquirir esa espresion da infinita bravura que lo distinguia en el combate, y se veia temblar el mate en su mano, indicando la impaciencia que lo dominaba.

De un momento á otro aquel caracter violento hacia un estallido y Sandes daria la batalla en cualquier condicion que fuera.

Los gefes que mayor confianza tenian con él y que se permitian darle consejo como el Coronel Segovia, empezaron á pedirle, que no se dejara arrastrar por la impaciencia y no fuera á cambiar el plan que habia trazado desde el principio.

La nueva campaña

El ejército entró á los Llanos por los Valdes de Arce continuando la marcha hasta Ulapes, pequeña poblacion que hay al pié de la Sierra del mismo nombre.

Todo aquello estaba desierto.

Algunas que otras mujeres se veian en aquellos ranchitos miserables, que decian estar solas porque todos los hombres habian marchado con el Chacho.

Llegada la noche, es triste de mirar los alrededores con los grandes corrales de la estancia Valdes de Arce, pues con asombro se vió que los corrales estaban arruinados, sin poderse atinar quien los habia quemado.

Era indudable entónces que el enemigo se hallaba cerca de allí y que habia mandado quemar los corrales con alguna partida lijera, para que no se tuviéra donde encerrar los caballos y poder arrebatarlos así que cerrara la noche.

Empezaba pues la misma fatiga de la guerra de recursos, de aquella guerra terrible en la que Chacho era un maestro consumado.

Sandes se vió obligado á pasar la noche entre las armas y rodeado de guardias que dieran aviso de la menor novedad que se sintiera.

No habia la menor duda que Peñaloza andaba por allí y entónces no era difícil que realizara alguna de sus empresas favoritas.

El Ejército no habia comido aquel dia, no podia comer esa noche, y lo que era en aquellos alrededores, no habia hacienda que cercenar.

Como desprender partidas pequeñas en busca de hacienda, corriendo el peligro de caer en poder del enemigo, cuya situacion no se conocia.

La situacion era difícil y sumamente peligrosa.

Ante todo era necesario proporcionarse un poco de carne, y por allí no la habia.

Los pocos animales comibles que habia en las poblaciones, andaban entre los montes, montes espesísimos que podrán muy bien estar llenos de montoneros.

El Coronel Sandes, con grandes precauciones, envió cuatro fuertes partidas que hicieran reconocimiento en todas direcciones á fin de tomar algunos montoneros que anduviera por el monte, los que alguna noticia podrian suministrar.

Pero esto era un empeño inútil.

A la aproximacion de las fuerzas nacionales, los pocos hombres que habian quedado en aquellos pueblitos, por razones especiales, hu-

yeron buscando la incorporacion de su caudillo.

Ya sabian ellos que, si caian en poder de estas, iban á ser sometidos á todo género de torturas para que declaran lo que sabian y lo que no sabian.

Se intentó hacer declarar algunas mujeres, pero se les pudo arrancar ninguna declaracion importante.

La mas habladora dijo que el Chacho habia formado ejército en los Llanos, y que á él se habian incorporado todos los hombres de la poblacion, pero que no sabia mas.

Se la amenazó, pero ella juró que no sabia ni podia saber mas, con lo que se la dejó tranquila.

Las comisiones enviadas á recorrer aquellos parajes, empezaron á regresar, pero sin traer la menor noticia de importancia, ni referentes á enemigos, ni referentes á haciendas.

No se sabia en que direccion solia moverse el Ejército, lo que mortificaba á Sandes, que conociendo lo que era Chacho, temia se hubiera movido sobre las provincias vecinas, sabiendo que él estaba por allí para tomarle la retaguardia y los elementos que tenia en otros puntos.

Este era su cuidado mas sério, y por eso es que ansiaba por conocer ciertamente el paradero del Chacho.

Dos dias despues de su campamento en la Hedionda, llegó la comision que mas se habia alejado con noticias de la mayor importancia para él.

Chacho habia estado campado en Patagonia, de donde se habia movido en la direccion del paraje conocido por Lomas Blancas, unas tres ó cuatro leguas del punto que ocupaba.

O Chacho no sabia que permanecia en la Hedionda, lo que no era posible, ó se habia decidido á pelearlo, lo que era un poco extraño conociendo su costumbre de no comprometer combate.

Como el dia antes se habia recibido un refuerzo de algunos cuerpos de la provincia de Córdoba, al mando del hoy General Ayala, Sandes resolvió avanzar decididamente, y obligar á Chacho á batirse, aunque aquellos terrenos, por la apesura de los montes, eran lo menos á propósito para dar una batalla.

El Coronel Sandes hizo avanzar una fuerza respetable al mando del Capitan Irrazabal, para que sirviera de avanzada, y se movió con el resto del Ejército.

El Capitan Irrazabal no tardó mucho en encontrarse con grupos de montoneros, que empezaron á disputarle el paso con encarniza-

à vencer, mayor era el empeño de este gefe extraordinario y mayor era el entusiasmo que sabia comunicar à su tropa.

No por este segundo contraste se desanimó, muy al contrario; tendió su vista de águila por el campo de batalla, buscando el punto donde el enemigo estuviese mas débil, para atacarlo allí y disputarle la victoria.

Chacho entretanto, al contemplar la enorme ventaja de su posicion sonreía con altanería profunda y no quería abandonarla, comprendiendo que en ella estaba toda su superioridad.

Por esto se mantenía à la defensiva, haciendo regresar à sus tropas una vez que obligaban à la infantería à formar cuadro.

Chacho calculaba que con esta táctica, llegaría la noche, 'sin que el enemigo se atreviera à atacarlo, y entonces el triunfo mas completo estaba en su mano.

El enemigo, poco práctico en el terreno que pisaba por primera vez, se mantenía en el monte y entre los barrancos, y allí le haría pedazos y le arrebataría todas sus caballadas, dejándolo à pié para seguir su retirada.

Y entonces tendría ocasion de perseguirlo sin trégua ni descanso hasta tomarle prisionero su último soldado.

El plan no podia ser mas diabólico ni mas fácil de ejecutar si Sandes se dejaba imponer y se entregaba à la defensiva y à esperar un ataque que Chacho no le llevaría nunca.

• Pero Sandes tambien habia echado sus cálculos y comprendido que era necesario obrar, y obrar de una manera decisiva, antes que cayera la noche con todos sus peligros y toda su incertidumbre.

Su salvacion estaba en las caballerías, pero las caballerías no podían operar à causa de los obstáculos naturales del terreno.

Zanja por médio, los Rejimientos se miraban, medían sus fuerzas, y ninguno de ellos quería tomar la iniciativa en el ataque, porque el que la tomara tendría que empezar por saltar la zanja y perder por consiguiente la formacion, ante un enemigo que esperaba el ataque, dispuesto à aprovechar toda ventaja que se le dejase.

Y al ver que las caballerías, à pesar de sus deseos no se atrevían à salvar la zanja, los montoneros se golpeaban la boca, provocándolos de todos modos.

Los gefes chachistas caracoleaban sus caballos y revoleaban los ponchos al frente de sus milicos, que reían estrepitosamente.

Era necesario decidirse de una vez, ó avanzar ó retirarse pronto, antes que cayera la noche y el Coronel Sandes optó por lo primero.

Sandes ordenó à su caballería que salvara el obstáculo y cargara el enemigo con todo empeño, mientras él apoyaba el ataque con un ríco fuego de infantería.

El 1º de Caballería, à la voz de su gefe y al toque de degüello, salvó la zanja con magnífica rapidéz y desenvoltura, seguida del 4 y de los Guías de San Juan.

El choque fué terrible, porque la caballería de Chacho esperaba deseosa de chocar y de deshacer aquella caballería que venía à combatir con el tremendo obstáculo de una zanja su espalda.

En cuanto aflojáran en el ataque, vendría sobre tablas el rechazo y trás de este la mas terrible derrota.

Pero los Chachistas no contaban con la firmeza tremenda del 1º de Caballería, cuerpo que, bajo el mando de Segovia, fué siempre un modelo en todo sentido.

Enarbolándose los sables y vivándose à si mismo, el 1º cargó como una tabla, à pesar del obstáculo salvado, que algo habia alterado su formacion.

El entrevero tenia que producirse desde que ninguna de las dos fuerzas cedía, y se produjo sangriento y tremendo.

Los sables eran ya inútiles y los soldados acudían al cuchillo, como única arma manejable en aquella confusion, donde cada soldado era un estorbo para su vecino.

Los caballo se tendían de un lado à otro, asustados con el fragor del combate, dificultando mas el manejo de los sables.

Pero aquellos soldados incomparables, tanto de una como de otra parte, los obligaban à quedar tranquilos ó avanzar del lado que el ginete lo creía necesario.

Puede decirse que aquella caballería peleaba individualmente, pues las voces de mando se perdían entre el fragor de la pelea, sin lograr ser obedecidas.

Los choques de esta magnitud, duraron siempre muy pocos minutos.

El combate es demasiado ríco para poder resistir mucho tiempo, y unos ú otros tienen que ceder el campo al que haya combatido con mas vigor y unidad.

Y siempre es la tropa mas aguerrida, la mas habituada à este género de choques, la que queda sobre el campo de la batalla, ó empujar la persecucion del enemigo, que mas débil ó mas bizoño, no ha podido sostener el tremendo combate.

Después de esfuerzos heróicos, dificultados por el enemigo mismo de la lanza, arma imposible de manejar en un entrevero, la caballería de Chacho tuvo que ceder el terreno.

Rotas sus filas por la violencia de las cargas, no pudo resistir mucho tiempo y dió por fin la espalda buscando un refugio entre el monte.

En honor de la verdad; aquella caballería habia combatido de una manera heróica, y si se retiraba era mas por el cansancio que por otra cosa, pues aún hubiera podido combatir mucho mas.

El ejército de Sandes pudo desde entonces combatir con mas desahogo, haciéndose general la batalla en toda la línea, y apurando Sandes à sus tropas cuanto podia, para terminar la accion antes de la noche, único enemigo à que realmente temía.

Chacho luchaba ahora con un nuevo inconveniente, que fuera de duda no entró en sus cálculos.

La municion se le habia agotado y su infantería que habia estado hostilizando ferozmente desde el monte al enemigo, tuvo que suspender sus fuegos y permanecer en la inaccion.

Hasta entonces el triunfo era indisputablemente del Chacho, cuyas bajas eran relativamente muy reducidas.

Y el Coronel Sandes sonreía asegurado que esperaría, pero mostrando claramente que su paciencia estaba agotada y que era una simple cuestión de minutos.

El bullicio y la alegría de las fuerzas de Pafialoza, llegaba hasta ellos, contribuyendo á hacer perder á Sandes el poco resto de paciencia que la quedara.

Toda la primera línea de batalla que al principio presentó Chacho, había sido relevada por otra más fresca, y mejor comida, mientras que las tropas de Sandes no habían podido hacer otro tanto por falta de carne.

Y se veía á Chacho cruzar por todas partes y hablar con todos con una calma asombrosa y como si no temiera nada absolutamente.

Sandes tenía además otras razones que iban á obligarlo terminantemente á llevar el ataque.

Los días eran cortos y no quedaba mucho tiempo para esperar.

El Ejército estaba en malísima posición para pasar la noche y tendría que retirarse.

Esto, además de ser de malísimo efecto moral para la tropa, tenía el inconveniente de que Chacho los hostilizaría encarnadamente, hostilidad que, en medio de la noche y con todas las ventajas que Chacho tenía, podía ser de un resultado desastroso.

No habiendo esperanzas de que Chacho atacara, no pudiendo pasarse allí la noche sin serio peligro y no pudiendo retroceder sin un peligro mayor, no quedaba más remedio que avanzar y batirse, pero ya, de manera de tener tiempo de terminar el combate y poderse retirar, en caso de un desastre, antes que cerrara la noche.

Todas estas razones fueron claramente espuestas por Sandes á sus gefes, resolviendo llevar el ataque inmediatamente.

El Coronel Sandes mandó avanzar entonces asegurando el frente y flancos con guerrillas de caballería é infantería y así se travesó un inmenso Jarillal, como únicamente se vé en los Llanos de la Rioja.

Las dificultades para atravesarlo eran inmensas acosados por el fuego de las guerrillas, pero por fin se llegó al extremo del monte, donde Sandes se hizo cargo de los motivos poderosos que había tenido el enemigo para no abandonar su posición.

Estaba esta cubierta por el frente por el espeso Jarillal ya mencionado que no permitía que fuerza alguna lo atravesara sin deshacer su formación.

En el límite del bosque había una zanja que apoyaba sus dos flancos en obstáculos naturales como ser altos peñascos y barrancos profundos.

Era así aquella una posición brillante á inspeccionable sin grandes sacrificios.

El Coronel Sandes mandó á las dos compañías del 6, tentaran un fuerte ataque por la izquierda.

Aquellos soldados bizarros y heroicos avanzaron á paso de carga, atacando la izquierda con un vigor inaudito, pero fueron recibidos con un entusiasmo y una bravura digna de todo elogio.

A pesar de todos los esfuerzos y de todo el

valor desplegado por el entusiasta Julio Campos, el 6 fué rechazado con grandes pérdidas y obligado á replégarse á paso de trote al resto de las fuerzas.

Y como se le venían encima fuerzas de caballería, no tuvo más remedio que formar cuadro.

Toda la infantería de la izquierda vigorosamente atacada, se vió en la necesidad de formar cuadro también para no ser deshecha.

El momento era solemne y terrible.

Sandes no dudaba un momento de las tropas de línea, pero no le sucedía lo mismo con la guardia Nacional, gente bizoña, que podía dar vuelta y huir, al primer contraste.

El mismo contingente que había recibido de Córdoba, traído por el capitan Ayala, no le merecía la menor confianza, pensando que en un caso de conflicto se pasaría al enemigo.

No es que los Cordobeses, por serlo, le inspiraba esta desconfianza.

Es que Sandes sabía que toda aquella gente era arrancada de sus hogares á la fuerza obligada á servir contra el Chacho, por quien hasta en Córdoba tenían cariño, un cariño invencible.

Sandes era un militar de las grandes situaciones y no era la desconfianza en su guardia nacional lo que había de arreararlo.

Tenía una fé ciega en la tropa de línea que lo acompañaba y con esta sola fuerza era muy capaz de haber tentado la batalla.

Valiente hasta la suprema audacia, tenía el mayor desprecio, como tropa, de aquellos montoneros mal armados é ignorantes en el arte de la guerra, y no creyó que pudieran derrotarlo, aun á pesar de la ventaja enorme del terreno que ocupaban.

Cuando el enemigo se vió obligado á su vez á retirarse de los cuadros que había obligado á formar, Sandes mandó un nuevo ataque llevado por aquellas dos compañías del 6.

Y Julio Campos volvió á llevar el ataque, con más brío y más denuesto que nunca.

Por lo mismo que la vez primera no había podido hacer nada, iba al combate con más entusiasmo y más brío, para vencer la dificultad.

Y sus dos compañías se estrellaron de nuevo contra el enemigo, que no estaba dispuesto, en manera alguna, á ceder un ápice del terreno que ocupaba.

El choque fué duro, los soldados del 6 hicieron esfuerzos formidables, pero con grandes sacrificios, pues muchos quedaron allí, delante de aquel enemigo tan bravo como tenáz.

Pocos minutos después el Mayor Campos, para no sacrificar inutilmente sus soldados, se veía en la necesidad de retirarse á paso de trote como la vez primera, y replégarse al resto de la infantería formando cuadro.

Y allí mismo los cargó y les hizo algunas otras bajas la fuerza que los obligara á retirarse.

La posición de Chacho era muy superior, muy ventajosa, al extremo de que, cualquier otro que no fuera Sandes, habría renunciado á desalojarlo de ella.

Pero mientras mayores eran las dificultades

Una aventura curiosa

El oficial Varela, que se había acreditado el Coronel Sandes como joven bravo y despierto, llegó al anochecer á Villa Fértil, pequeña población y allí pidió caballos para pasar á San Juan, según la órden recibida.

En Valle Fértil, y en la casa donde debían entregarle los caballos, estaban esa noche de baile con coperío, á propósito, según se le dijo, del casamiento del dueño de la casa.

Al pobre oficial, que venia muerto de hambre y de fatiga, se le hacia agua la boca al ver aquellas parejas dispuestas á deslomarse bailando alegremente, preparandose á beber hasta la *magre* de los barriles.

El dueño de la casa lo recibió con muestras de la mayor afabilidad, mandando que echaran en el acto los caballos al corral, para que el joven pudiera tomar lo que necesitara.

Y con marcado empeño lo invitó á tomar parte en la fiesta.

Al teniente Varela se le iban los ojos detrás de aquellas buenas mozas llenas de vida y exuberantes de belleza.

Pero tenia que seguir viaje y con todo dolor de su alma rehusó la invitacion.

La invitacion era tentadora como un diablo, para un joven como Varela, lleno de privaciones y que veia allí una reunion de gente alegre, de aquella capaz de echar la casa por la ventana para divertirse en toda regla.

La noche misma no podia ser mas á propósito para bailar y divertirse.

Hacia un frio de todos los diablos y se había levantado un ventaron espantable.

El dueño de casa que veia el deseo pintado en la cara del joven oficial, volvió á insistir que pasara allí la noche de jarana, sacándole el cuerpo al frio y al ventarron.

—Lo mismo es que siga viaje mañana, le decia, apurando bien los mancarrones, pronto recuperará el tiempo perdido.

—No puedo, decia el joven, no puedo, voy en comision, y si el Coronel llega á saber que me he demorado en un baile, es capaz de sacarme en cuatro estacas, por mas oficial que yo sea.

Y fundia su mirada en el cuadro del bullicio y juventud que en la casa se había formado.

Las guitarras sonaban como si quisieran tambien tentarlo y un triste melancólico y suavisimo, cantado por dos voces de contralto, vino á dar el último golpe á su espíritu travieso y angurriente.

Pensó en las iras del Coronel Sandes, pensó en la postergacion indefinida, pensó en su baja

mas degradante, é hizo la resolución de seguir viaje, sin volver los ojos atrás.

Pero volvió á mirar aquellos ojos provincianos cargados de electricidad y de pasion, volvió á mirar aquellas bocas húmedas y quemantes, aquellos lábios que parecian agitarse siempre en una sonrisa y un beso, aquellos cuerpos mórvidos que destacaban la vida mas exuberante al través del ropaje liviano que los cubria, y lo olvidó todo.

— Me quedo, pensó, aunque me fusilen, me quedo, porque si yo me fuera de aquí, no me lo perdonaria mientras viviera.

Las guitarras, como si fueran las encargadas de decidirlo, rompieron en aquel momento en una zamba agitada, capaz de agitar el espíritu mas indiferente, y una pareja como dos brasas de fuego salió á bailar.

Los pañuelos se movian con una languidez arrebatadora, para volver á revivir como en un lampo poderoso de vida y de pasion.

Y ella, como subyugada por el movimiento liviano y provocativo de su pareja, respirando esa gracia infinita y poderosa que es nativa con la mujer Riojana, entrecerraba los astros de sus órbitas, como si una poesia sobrehumana se arrullara en sus oidos.

Y él la seguia anhelante, agitando su pañuelo como quien busca la promesa de un paraíso.

La última figura llegó y las guitarras callaron en su último acorde, rápidamente cortado, y quedaron frente á frente, como si cada cual buscara un apoyo á la cabeza cargada con el pecho ageno, él, entreabriendo la boca para aspirar el perfume tibio que de ella desprendia, ella quemándolo con el lampo poderoso de dos ojos ardientes y húmedos.

— Que me fusilen! exclamó el teniente Varela, que me maten en el cepo colombiano, que me saquen las lonjas de carne junto con las del cuero, yo me quedo aquí, yo bailo, yo estoy loco y no sé lo que me pasa! pronto amigo, los caballos, haga traer los caballos porque si nó me pierdo.

— Pero amigo, insistió el dueño de casa que comprendió lo que pasaba por el espíritu del oficial, si no se queda toda la noche, entre por un par de horas siquiera, de todos modos tiene que esperar á que tome caballos y ensille su asistente, además que no se han de ir sin comer un churrasco.

Quedese aunque sea un momento, que por esto no ha de sucederle nada.

De todos modos es un tiempo que tienen que perder para ensillar y comer algo.

Sandes habia sufrido mucho mas, pues habia tenido pérdidas sensibles en las dos armas que constituian el género de su Ejército.

Asi mismo, si se prolongara la batalla, la oposicion que ocupaba debia dar el triunfo al Chacho, pero éste sin duda no lo creyó así, atemorizado por la falta de municiones.

Y empezó á maniobrar para ganar el monte y ponerse al abrigo, antes que el enemigo comprendiera que se retiraba.

Sandes no creia que se retirara tan pronto, porque nada acusaba una rápida derrota, así es que la sorpresa fué grande al verlo desaparecer como por encanto entre el monte y los barrancos.

—Cuando Chacho se retira, es porque no puede mas, pensó el Coronel Sandes, y organizó en el acto una persecucion por los distintos rumbos en que habia desaparecido el enemigo, marchando él apresuradamente hácia Yosquea, punto que eligió como campamento provisorio, para que se le incorporaran allí los distintos grupos que habian salido en persecucion del enemigo.

Estos se habian internado algunas leguas, sin haber logrado hallar el menor grupo de montoneros, que parecia los hubiera tragado la tierra.

¿Habiansido derrotados efectivamente, el estremo de haber deshecho aquel Ejército, ó seria alguna travesura del Chacho que desaparecia para caer mas vigorosamente cuando menos lo esperaran?

Todos los grupos fueron regresando poco tiempo despues, sin haber hallado el menor rastro del enemigo.

Suponian si que estuviere entre el monte, pero no se atrevieron á entrar á explorarlo, lo que hubiera sido una locura.

Sandes, una vez recogidos todos sus heridos y los pocos prisioneros que en esta accion pudieron hacerse al enemigo, despues de haber pasado una órden endiablada por la vigilancia que se veia obligado á mantener, fijó su campamento en Yosquea, como hemos di-

cho, estableciéndose en la mejor posicion, y desde allí envió fuertes partidas en persecucion del enemigo que, á su juicio, no debia estar lejos.

Las partidas marcharon en las cuatro direcciones sospechables, pero dos días despues regresaron, cansados y hambrientos, sin haber hallado el menor vestigio de enemigo.

Qué se habian hecho los montoneros? á donde se habia dirigido tan considerable masa de hombres sin haber dejado el menor rastro que indicara su camino?

He aquí un misterio que Sandes no se conformaba con no aclarar.

El enemigo habia llevado muchos prisioneros, entre ellos dos capitanes, y era necesario apresurarse para evitar que fueran á desquitarse cometiendo con ellos alguna atrocidad.

Desde su campamento de Yosquea, el Coronel Sandes organizó una expedicion que creyó le daria los mejores resultados.

Esta expedicion, bastante fuerte, fué puesta bajo las órdenes de Segovia, cuyas instrucciones eran precisas.

Debía pasar por Malanzan á la Costa Alta, y revisar aquellos parajes.

Si por allí no encontraba al enemigo, debía estacionarse á esperar órdenes en la Represa del Bagual, donde debia encontrar agua en abundancia.

Al mismo tiempo Sandes despachó á un teniente Varela de toda su confianza, acompañado del Sargento Quiroga, hombre vivo y sumamente vaqueano de aquellos parajes.

Varela era conductor del parte de aquella jornada, parte que debia entregar el Gobernador de Mendoza, para que éste lo hiciera llegar á Buenos Aires.

Varela tenia órden de pasar por Valle Fértil, á pedir caballos, y por San Juan, donde debia entregar una copia del parte al Gobernador Sarmiento.

Era imposible que el teniente Varela hallara en su tránsito el menor estorbo, por lo que Sandes quedó tranquilo.

temores, pero estaba violentísimo y deseando salir de allí rápidamente.

De cuando en cuando se alejaba de la puerta con los caballos de la rienda, y escuchaba el menor rumor que pudiera sentirse en la Sierra.

El teniente Varela habia seguido bebiendo y bailando de una manera fabulosa.

El tomo y obligo se habia repetido con una frecuencia capaz de tumbar á un veterano, haciéndolo vacilar á él mismo, que era un insignificante bebedor de anizado y aguardiente de uva.

De cuando en cuando el veterano Quiroga se asomaba y hacia una espresiva seña á su oficial, pero todo era inútil.

Este no tenia ojos más que para devorar con ellos la belleza de su compañera de Zamba, que entrecerraba los ojos como si quisiera guardar entre los párpados la impresion dulce que indudablemente experimentaba.

El oficial se habia familiarizado de tal manera con aquella gente, que parecia hallarse en una reunion de amigos viejos y leales.

Lejos de participar de los temores de su asistente, habia olvidado sus palabras, olvidando hasta la gracia que le habian hecho.

Y bailaba y bebia y conversaba con su joven compañera, como si no tuviera cosa que hacer ni nada que le preocupara.

De pronto el sargento Quiroga desapareció de la puerta y se alejó unas diez varas en direccion á la Sierra, llevando siempre consigo los caballos.

Acababa de sentir en la Sierra ese rumor especial que se produce por el rodar de las piedras que acusan la bajada de gente ó hacienda.

Quiroga entró precipitadamente al baile, é hizo presente á su oficial lo que sucedia.

— No tengo duda que bajan muchos ginetes, dijo, porque no me supongo que sea hacienda pues la hora no lo indica.

— Será gente que viene al baile, contestó el teniente Varela, no tengas cuidado Quiroga, porque voy á presumir que tienes miedo.

— Y presumiré la verdad, mi teniente, dijo el sargento; tengo miedo, mucho miedo porque puede muy bien ser una partida del Chacho.

Como los dueños de casa corroboraron las creencias del oficial, diciendo que podia muy bien ser aquella, gente que venia á bailar, Quiroga se retiró de nuevo á donde estaban los caballos diciendo al oficial.

— No hay mas que una puerta mi teniente, una sola puerta, y es preciso estar muy prevenido.

Quedaré cerca de los caballos, mi teniente: por lo mas quiera en el mundo, mire que el peligro es mas sério de lo que usted cree.

El teniente sonrió de nuevo: ya no tenia la cabeza para apreciar las prevenciones de su leal asistente: la realidad misma no lo hubiera logrado convencer.

Quiroga habia salido y puéstose á escuchar nuevamente el rumor ya mas cercano y distinto que se escuchaba en la sierra, no cabién-

dole la menor duda de que era gente que se aproximaba.

No habia concluido de colocar los caballos en paraje seguro de la puerta cuando vió descender una partida de caballeria como de quince ginetes.

Aquella no podia ser gente que venia al baile sino enemigos que acudian á tiro hecho, sabiendo que ellos estaban allí.

Podian haber sido vendidos por los mismos del baile, como podian haber sido bombardeados simplemente, por alguna parte que anduviese en las inmediaciones.

La verdad es que los montoneros habian desaparecido de Lomas Blancas, sin que nadie supiera lo que habia sido de ellos.

Podian haberse dispersado de un lado como de otro, y podian andar por Valle Fértil como por cualquier otro punto.

El caso es, que á todas luces aquella era una partida de montoneros que, fuera de todas dudas venia en busca de ellos.

Quiroga tenia sobrado tiempo de ponerse en retirada y escapar el bulto con toda facilidad, pero para esto era necesario que abandonara á su oficial y el veterano era demasiado leal para hacer semejante cosa.

Mientras aquellos hombres concluian de bajar la Sierra y se ponian en situacion de agredirlos, él tenia tiempo de sobra para prevenir á su oficial lo que sucedia, y que saliera hasta donde estaban los caballos para salvarse de alguna manera, ya por medio de la astucia, ya peleando con ellos.

El Sargento Quiroga puso los caballos de manera que no pudieran ser notados en el primer momento, y se acercó precipitadamente al teniente Varela, que en ese momento se echaba al gañote su sentésimo anisado.

— Mi teniente, le dijo con la mayor agitacion; la gente que bajaba la Sierra es una partida enemiga, la acabo de ver y probablemente en este momento se prepara á caer encima de nosotros.

No pierda tiempo mi oficial y á los caballos, que andando ligero todavia podemos hacer mucho.

Varela miró á su asistente con esa espresion de cretinismo que imprime el abuso del alcohol en la fisonomia del que ha caido bajo su influencia.

Miró á Quiroga y sonrió como un idiota, no dándose cuenta de lo que acababa de decirle:

— Pronto mi oficial, replicó el leal soldado, que todavia es tiempo, nos no dejemos ganar la puerta, y no habremos perdido nada, mire que al menor descuido podemos caer prisioneros.

— No seas loco, exclamó entonces Varela, pudiéndose á penas entender lo que decia: es gente que cae al baile y nada mas, es que se te ha puesto ver montoneros en todas partes, y cualquier grupo de pajas te parece un grupo de montoneros.

— Mi teniente, respondió Quiroga, con verdadera desesperacion, vámonos pronto de aquí vamos pronto, que un minuto mas perdido puede muy bien ser la pérdida de nuestra vida y la imposibilidad de cumplir la comision que llevamos.

— Y aunque no lo tuviera que perder, esclamó él teniente Varela, ya dominado por el vértigo del baile por la hermosura de las mugeres: yo me quedo, aunque el mundo se me caiga encima, que las horas que yo pase aquí, no me las han de sacar de las tripas.

Y se entró á la sala, poniéndose al lado de la jóven que acababa de bailar la zamba pidiéndole bailara otra con él.

La jóven no puso el menor inconveniente, porque á pesar del miedo que inspiraba, un oficial del Ejército era bien recibido, en todas partes, y las guitarras rompieron en una nueva zamba agitada, capaz de hacer bailar un cadáver.

El teniente Varela era un inimitable bailar de zamba, porque sabia imprimir á aquel baile enloquecedor toda la gracia picante de que era susceptible su espíritu travieso.

En él bailaban los ojos, como bailaban los piés, bailaba su fisonomía y bailaba hasta el kepi, que habia echado á la nuca, descubriendo su frente juvenil y espresiva.

Y bailaba con una picardia infinita, como nunca habian visto bailar con una espresion de vida y de alegría, que ya lo hemos dicho, jugaba desde la bota hasta el kepi.

Terminada la zamba fué saludada por un estruendo de aplausos y gritos, pidiendo todos que se repitiera.

Que mas tenia el teniente Varela, que habia concluido por embriagarse con los ojos de su pareja.

— Lo que es por mi, con semejante compañera, soy capaz de bailar hasta el dia del juicio final.

Y se entregó de nuevo al baile, como en un vértigo infinito.

Cada figura, cada posicion, cada actitud era saludada por un coro de carcajadas y aplausos que contribuian á entusiasmarlo cada vez mas.

Solo Julio Lopez, el travieso mayor Lopez, hubiera sido capaz de bailar de aquella manera.

Al redor de la pareja y llegando á formar una muralla en las puertas, se habia aglomerado la concurrencia que aplaudia de una manera inmensa aquella zamba especial.

El sargento Quiroga era el único que no reia: con la mirada fija en el oficial parecia que su atencion no estaba en el baile, sino muy lejos de allí.

Es que el sargento Quiroga, soldado viejo y corrido, era mas desconfiado que un zorro y sabia lo que eran aquellas andanzas.

Concluida la zamba y calmado el estallido de los aplausos, cada cual se acercó con su copa al teniente Varela, haciéndole echar un trago.

Y su misma compañera, despues de mojar en ella los lábios, lo ofreció su copa, pidiéndole que la apurara.

Una invitacion hecha de aquella manera no se puede rehusar.

Es el "tomo y obligo" irresistible, al que no puede negarse un hombre sin hacer á la dama que lo propone la mas hiriente de las ofensas.

Aunque Varela habia tomado de todas las copas, estiró la mano á la que le ofrecia su es-

pléndida compañera, á quien dijo con una espresion traviesa:

— Viniendo de semejantes manos, tomaria yo no solo una copa sino una pipa: de todos modos esto no podrá hacerme mas efecto que embriagarme, y embriagado estoy yo desde que la miré los ojos.

Y apuró de un solo trago la copa, al mismo tiempo que absorbía toda la languidez que se desprendia de aquella espléndida mirada.

El teniente Varela empezaba á perder la cabeza: la doble embriaguez del baile y el alcohol lo dominaban por completo y ya no se daba cuenta de lo que hacia.

Deslizándose por entre las parejas, el sargento Quiroga, que, sin saber porque y con esa intuicion del soldado presentia una desgracia, se acercó á su oficial y le dijo respetuosamente que los caballos estaban ensillados y que creia prudente ponerse en camino.

Era Quiroga uno de aquellos soldados leales y abnegados, cuya palabra no puede ser jamás sospechada, porque solo el cariño abnegado y noble que sienten por su oficial, puede hacerles tomarse ciertas libertades.

— No tengas cuidado, le respondió cariñosamente Varela, un momento mas y nos vamos.

No nos ha de ir la vida por la pérdida de un par de horas que podremos desquitar mañana en un buen galope.

— Ya sabé lo que es el Coronel, mi teniente, contestó el veterano, si llega á saber esta demora, vá á arder como un paquete de pólvora.

— No tengas cuidado, que ya le apagaremos el incendio; yo cargo con toda la responsabilidad y nada ha de sucedernos por ese lado.

— No es eso mi teniente, agregó el leal sargento aproximándose al oido de manera que nadie pudiera escuchar lo que decia.

— Es que yo no tengo confianza en esta gente, los montoneros andan por donde uno menos se lo imagina y nadie nos asegura que aquí mismo no haya bomberos del Chacho.

— Que disparate Quiroga! esclamó el jóven sonriendo ante la sospecha del veterano; esta gente es inocente y leal, solo está preocupada en el baile y en tanta muchacha linda.

Hemos quedado lo mas, quedemos lo menos, yo te aseguro que dentro de un momento nos ponemos en camino.

El sargento visiblemente contrariado movió la cabeza y se retiró á la puerta, tomando los caballos de la rienda para tenerlos cerca de si en un momento de apuro.

Y mientras su oficial se entregaba nuevamente al vértigo del baile, revisó cuidadosamente las monturas para cerciorarse que estaban bien ensilladas.

Y con una prodigalidad casi maternal, revisó atentamente las pistolas de su teniente, volviéndolas á poner en las pistoleras despues que quedó completamente seguro de su carga y de su estado.

El mismo no se daba cuenta exacta de sus

las mismas cabalgaduras que habian traído.

Quiroga quiso tomar la direccion de Yosquea pero tres ginetes describiendo un semi círculo se lanzaron á cortar el camino.

Sin duda sabian que allí estaba campado el Ejército de Sandes y no querian dejarlo incorporarse á él.

Quiroga cambió entónces de direccion y tomó la de San Juan.

Pero inmediatamente otros soldados le ganaron aquella cortándole el camino y obligándolo á tomar una direccion diametralmente opuesta.

Quiroga era muy vaqueano de aquellos pajes, y cualquier direccion era para él lo mismo.

El único temor que tenia, temor bastante sério por cierto, era que se le fuese á cansar el caballo ó que rodase contra las piedras haciéndolo caer en manos del enemigo.

En cuanto á perderse, Quiroga no tenia el menor cuidado, á una parte ó á otra él habia de salir á buen paraje y buscar la incorporacion del Coronel Sandes; sinó podia pasar hasta San Juan para llevar el parte dirigido al Gobernador Sarmiento.

Aquella persecucion se hacia cada vez mas tenaz y empeñosa: los montoneros creian poder alcanzar al sargento de un momento á otro, y lo perseguian sin preocuparse desí sus caballos irian ó no á aplastarse.

O tenian la seguridad de alcanzarlo pronto ó la de mudar caballos en aquellas cercanias.

El caballo que montaba el sargento era tan superior, que alejó por completo de su ánimo la idea de que el dueño de casa los hubiera traicionado.

— Si nos hubiera querido hacer tomar, pensaba, no nos habria dado tan buen caballo seguramente, nos habria encajado un par de mulas inservibles, con las que no hubieramos podido andar una cuadra.

Y tan bueno era el pingo que montaba, que cada vez fué alejándose mas de los montoneros, que á las diez leguas mas ó menos, se dieron vuelta, convencidos que todo esfuerzo era inútil porque el sargento Quiroga hacia mucho tiempo que les habia perdido de vista.

Volvamos con ellos al baile donde habia quedado el oficial y el resto de la partida, trincando al teniente Varela.

— No tenga cuidado moza, habia respondido el gefe de la partida á la mediacion de la jóven por Varela; no tenga cuidado que nosotros no hemos de hacerle el menor mal, desde que él no haga resistencia.

Ya saben como tratamos nosotros á los prisioneros del Coronel Sandes, no porque ellos merezcan buen trato, sinó porque así lo tiene ordenado el Chacho, que si no, habiamos de pagarles en su misma moneda.

Varela que con los movimientos hechos al principio se habia concluido de embriagar, estaba inmóvil en la silla, con la cabeza inclinada sobre el pecho y pareciendo mas bien que dormia profundamente.

— Vamos á esperar que se le pase la tranca, dijeron, para poder llevarlo con mas comodidad, porque en semejante estado se va á matar á golpes por mas cuidado que uno tenga.

Y lo ataron con un lazo en la misma silla

donde estaba sentado por un milagro del equilibrio, no solo para que al despertar, mas fresco, no fuera á agredirlos, sinó en realidad para que no se fuera á deslomar de un golpe.

Una vez seguro el teniente Varela, siguió el baile, seguro dijo el oficial, mientras volvian los que habian salido á perseguir al sargento Quiroga.

Gente alegre y siempre dispuesta á tomar parte en cuanto farra y diversion se les proporcionaba, ellos animaron la fiesta de tal manera que poco despues nadie recordaba lo que habia sucedido y se bailaba y se bebía en toda regla, mientras Varela dormia dando cada ronquido que se sentian en la Sierra.

Y cantando, bebiendo y bailando, vieron llegar el nuevo dia sin que los compañeros hubieran regresado de su persecucion.

El teniente Varela seguia durmiendo con el poder del alcohol que tenia entre las tripas sin que hubiera medio posible de despertarlo.

Una vez que hubo amanecido, se armaron algunos fogones para churrasquear, pero en cuanto llegaron los compañeros debian ponerse en camino, y sabe Dios entonces cuanto podrian comer.

Esta partida pertenecia á la montonera de un tal Elizondo, caudillo de alguna importancia, que reunia á su llamado de tres á cuatrocientos montoneros.

Elizondo se habia separado en Lomas Blancas del Chacho, cuando este dispersó á su gente dándole punto de reunion en dia fijo y por el momento, obraba por su cuenta hasta que volviese á incorporarse á las fuerzas del Chacho.

Matreriando por aquellos alrededores y mientras se dirigia á San Juan, tuvo aviso que en Sierra Fértil estaba un teniente y un sargento de Sandes á quien este habia mandado de chasque, con comunicaciones de la mayor importancia.

En el acto Elizondo formó el plan de tomarlos para apoderarse de las comunicaciones y conocer por estas lo que iba hacer Sandes, y con ese objeto desprendió una partida, la misma que hemos visto tomar á Varela, ordenándoles tomar al sargento y al oficial, que no fueran á hacerles el menor daño, sinó en un caso de estrema resistencia.

Y así mismo, agregó, que el daño que les causen no sea grave, pues para ese mando quince hombres en persecucion de dos.

Si ellos hacen noche en el Valle, entretenidos en el baile, caerán facilmente en poder de ustedes.

Sinó los alcansen por que han seguido viaje á San Juan no se preocupen en perseguirlos porque se habran estrellado conmigo.

De todos modos que se me incorporen lo mas pronto posible.

Ya hemos visto como se habian cumplido las órdenes de Elizondo.

Al medio dia, el teniente Varela despertó de su terrible tranca y fué recien entónces que se dió exacta cuenta de lo que lo habia sucedido.

Pero no tenia remedio: estaba amarrado, sin armas, y sin poder hacer el menor movimiento.

— No se aflija amigo que nada le va á suce-

—Pobre Quiroga! se ha mamado dijo entonces Varela, mirando á su compañera y tratando de acompañar su mirada con una sonrisa de bruto.

Anda dormila, dormí la tranca que has agarrado Quiroga, por esto no te he refír pero no vengas á distraerme con locuras que no puedo creer.

La jóven miró los dos militares y sonrió al ver la tranca de su compañero de zamba, y la frescura con que acusaba al Sargento de estar borracho.

—Por aquí no hay mala gente, dijo ella, si vienen deben ser personas que han tenido noticias del baile y nada más.

Lo que es montoneros, aquí no hay uno para remedio, ni tiene á que venir.

Quiroga dominado por la mayor desesperación y viendo perdido á su oficial, lo sacudió de un brazo con toda su fuerza y volvió á rogarle que saliera.

Pero aquello no produjo el menor efecto, Varela sonrió nuevamente y soltó á su compañera una cuchufleta formidable que esta no pudo entender bien.

Ya no habia esperanzas, el teniente estaba perdido sin remedio y Quiroga se encontraba en una incertidumbre cruel.

Que podia hacer en situacion semejante, no se le ocurría mas que una de estas dos cosas.

O huir hasta donde estaban los caballos y ponerse en salvo sobre ellos, salvando los pliegos que el teniente habia guardado en su bali-jin, ó se quedaba allí á proteger á este, murieudo junto con él, puesto que no habia mas recurso, pues una vez que la partida ganara la puerta, única salida de la pieza donde habia estado bailando, todo se perdia.

—Ante todo, pensó Quiroga, es preciso salvar las comunicaciones, despues trataremos de ayudar al teniente, y salió con toda la rapidez posible yendo á donde estaban los caballos.

Algunos concurrentes, curiosos de saber lo que pasaba, se habian acercado á Varela y á Quiroga; pero nada pudieron escuchar porque en aquel momento el soldado se retiraba apresuradamente.

Fué ella quien les manifestó los temores del asistente con la noticia de que, segun este una gran partida de montoneros acababa de bajar la sierra.

La sorpresa que manifestaron estos al oír semejante noticia era la mejor prueba de que nada sabian, y por consiguiente que si hubo delacion no habia partido de ellos.

Fueron á salir á ver que ocurría á Quiroga, desparramando la voz del acontecimiento, cuando se sintió ruido de armas y la marcha característica de un peloton de soldados.

Y en aquel momento un oficial al mando de unos doce hombres, ganó la puerta de la pieza diciendo con voz firme y enérgica: nadie se mueva de donde está, porque le suelto un chumbo.

Y al mismo tiempo apuntaba á los concurrentes con algo que no se sabia si era pistola ó era trabuco.

El mayor asombro se apoderó de todos, aunque bien pronto se persuadieron que era

aquella gente montonera y Chachista, de la que tenian que temer.

El teniente Varela palideció insensiblemente, llevando su mano á la espada y tratando de ponerse de pié.

Pero no pudo hacer nada, estaba borracho como un indio y aunque probablemente se daba buena cuenta de su situacion, ne podia hacer nada para remediarla.

El oficial recorrió rápidamente con su vista de agulla la concurrencia y al ver á Varela sonrió con la satisfaccion del que encuentra algo que ha buscado con gran trabajo.

Y abocando á él su pistola ó trabuco le intimó se entregara preso sin mas trámite.

Varela tentó nuevamente el sacar sus armas y ponerse de pié, pero sin el menor resultado, solo logró mostrar al enemigo el estado de postracion en que se hallaba.

El oficial avanzó entónces con los soldados Varela hizo esfuerzos sobre humanos logrando al fin sacar la espada para intentar por lo ménos una actitud agresiva.

—Al menor ademán de herir dijo entónces el oficial apuntando siempre con su trabuco, le vuelo la cabeza; firme no hay que moverse.

La compañera que le habia ayudado á bailar la zamba, se le puso por delante y dijo: como no puede moverse, no hay que hacerle nada porque seria una cobardía.

Entónces que entregue las armas y no le haremos nada, sino le vuelo la cabeza, ya le he dicho.

La jóven se acercó entónces al teniente Varela y le tomó la espada como si estuviera convencida que no habia de hacerle la menor resistencia.

Y así fué en efecto, Varela le entregó su espada sonriendo cariñosamente, dejándose sacar enseguida de la cintura la pistola que en ella se veía.

—Quiroga, donde diablo se ha metido Quiroga que no viene? balbuceó: sin duda ha tenido miedo y se ha ido.

—Quiroga, quien es Quiroga? preguntó el oficial recibiendo de manos de la jóven la espada y la pistola.

—Quiroga es un sargento que lo acompaña, dijo la jóven y que estaba aquí hasta hace un momento, no sé á donde se habrá ido.

Todos buscaron con la vista al sargento, pero apenas pudieron ver su silueta correr de la puerta hacía la derecha.

Quiroga habia estado allí efectivamente observando lo que se pasaba para obrar segun ello.

Estaba convencido de que ni con el sacrificio de su vida podria mejorar la situacion de su oficial y se habia decidido entónces á salvar las comunicaciones que habia en el bali-jin de su oficial.

Apenas oyó sonar su nombre y vió que se le buscaba con la vista, corrió de la puerta, saltó sobre el caballo del teniente Varela y se lanzó tan ligero como pudo por aquellos barrancos y asperezas de todo genero.

Algunos de los ginetes se lanzaron en su persecucion, pero Quiroga, bien montado y en caballo fresco, pudo obtener una buena ventaja sobre los que le perseguian, que lo hacian en

perfume humano una boca de mujer linda, era ofrecida á los lábios atorrantes de un oficial. cuyo vaso eterno habia sido el pico de la paba, en sociedad con su asistente.

El hecho solo de beber en copa de cristal, era un lujo cuya memoria habia perdido: el hecho de hacerlo en la copa donde habia bebido una de aquellas bocas cuya magnífica dentadura era una tentacion, era algo de divino algo de un placer supremo que hacia hormiguear en el cráneo una impresion de volcan.

Oh! Mendoza con su tomo y obligo debia ser una de las provincias del cielo, destinada á alojar á los que mayores privaciones han sufrido en la vida.

Desandemos toda la distancia que nos habia hecho recorrer en un momento el "tomo y obligo" de la ciudad de Mendoza y volvamos á Valle Fértil, donde daban sus últimas volteretas y tragos de anizado los montoneros de Elizondo.

El teniente Varela estaba mas conforme con su situacion, viendo que aquel enemigo no le mostraba el menor deseo de hacerle daño.

Su compañera de zambas le habia endulzado en lo posible con sus palabras consoladoras y Varela se sentia feliz, viéndose la causa del interés que le demostraba la jóven.

Y no se preocupó mas que en escuchar aquella palabra cadenciosa y melódica, que le hacia olvidar todo lo desesperante de su situacion por el porvenir que venia á crearle.

En completa libertad de obrar y bajo la única garantia de su palabra empeñada en no moverse de allí ni siquiera se vigilaron sus movimientos.

De todos modos los caballos estaban al cuidado de un soldado y aunque lo hubiera intentado no habria tenido donde huir.

—Ni en el cepo de lazo estaria yo tan seguro como lo estoy á su lado, dijo á la hermosa compañera.

Por el solo placer de estarla mirando, de estar deseando el mundo que cruza por sus ojos, me estaria yo aquí una eternidad.

Ahora, por volver á su lado, seria capaz de desertar del cielo mismo, si al cielo me llevaran.

—Loco! contestó ella, como si yo fuera á crear lo que dice!

—Créalo ó no lo crea, yo volveré aquí en cuanto me vea libre.

Y los que tengan interés en prenderme de nuevo no necesitarán andarme buscando por

parte alguna, á una vara, á media vara de usted, me hallarán siempre, como una mariposa que busca la muerte que le brinda la llama á cuyo rededor gira.

Cuando el oficial de los montoneros le dijo que se preparara á marchar porque ya se iban, esperó un secudimiento ruido en todo el cuerpo.

Es que el teniente Varela se habia enamorado sin saberlo, sin darse cuenta de ello, de una manera poderosa.

Y bendecia el momento en que habia caido prisionero, pues por su voluntad no sabia como habria hecho para arrancarse de allí.

—Yo volveré, volvió á decirle, en cuanto me vea libre, pero no salir nunca de aquí, si es que usted no me echa de su lado.

—Siempre será á mi casa el bien venido, contestó la jóven, no me olvidaré de usted se lo aseguro.

Y se puso colorada hasta los ojos, como si con aquello hubiera dicho una enormidad.

Es que el valor de aquellas palabras estaba en la mirada con que fueron acompañadas y en el temblor que al pronunciarlas agitó los labios de la jóven.

Al amanecer del dia siguiente se pusieron en marcha buscando la incorporacion de Elizondo que estaria ya alarmado con la enespliable tardanza.

Varela habia montado en un caballo que se le hizo ensillar con la montura del sargento Quiroga.

Este caballo sin freno ni riendas, estaba asegurada por el bozal al caballo del oficial montonero.

Esta fué la única precaucion que emplearon.

El teniente Varela, estaba resignado á su suerte y no habia de hacer la menor tentativa para escaparse.

Y delante de la jóven habia dicho al oficial cuando subió á caballo:

—De todos modos si yo me les llevo á perder algun dia que pueda desertar entre ustedes, ya sabe de antemano donde me vá á buscar, no tiene mas que venirse á Valle Fértil y preguntarle á esta niña, que si Dios no dispone otra cosa, es aquí á donde voy á dejar los huesos.

Pocos momentos despues y despues de cambiar cariñosos saludos, todos se ponian en marcha.

Tres dias despues se incorporaban á Elizondo.

der, porque nosotros somos gente de orden, aunque montoneros.

El pobre joven no respondió una palabra.

Estaba avergonzado de lo que le habia sucedido y no se atrevia ni siquiera á levantar la cabeza para cerciorarse de la clase de gente en cuyo poder habia caido.

Y pensó con desesperacion en el inmenso desprecio que caeria sobre él, al saberse que lo que le habia sucedido era á consecuencia de haberse embriagado y faltado á todas las órdenes que se le habian dado.

A eso de las cuatro de la tarde, recien empezaron á llegar los perseguidores de Quiroga, todos ellos con el caballo cansado.

Los dos ó tres que lo siguieron hasta perderlo de vista, no volvieron hasta el otro dia, teniendo que hacer á pié la última legua, porque se les habian aplastado los caballos.

El teniente Varela tuvo el consuelo de saber por lo que les oyó, que su asistente se habia salvado en su caballo, salvando asi las comunicaciones que él llevaba para San Juan y Mendoza.

Como se arrepentia el pobre joven de no haber hecho caso á las prudentes observaciones del Sargento Quiroga!

La desgracia le hubiera sido mas soportable si este hubiera sido tambien tomado, porque asi se ignoraria el modo vengonzoso como lo hecho prisionero.

Pero salvado el sargento él quedaba perdido con el Coronel Sandes.

Este lo referiria todo lo sucedido, le diria como á pesar de sus consejos se habia metido á bailar y á beber hasta quedar borracho.

Y le contaria como no habia hecho caso de sus avisos previniéndole que venia gente y como se habia entregado sin poder hacer nada para defenderse porque estaba borracho.

Ya no le quedaba mas remedio que permanecer entre el enemigo, porque no se hubiera atrevido jamás á ponerse delante del Coronel Sandes que lo habria tratado de una manera tremenda y justa.

La partida que lo habia tomado, se entretuvo aun todo aquel dia y toda aquella noche, pues en la casa habian buenas y abundantes provisiones.

— Y me quedaria una semana, un mes, dijo el oficial, porque soy muy amigo de estas fiestas, pero no es bueno aplastarse mucho en una parte para que el diablo no me juegue una mala pasada.

El soldado ó sargento que ha logrado escapar, dará noticias nuestras y vendrán aqui á buscarnos, es seguro.

Entonces nos quedaremos hasta mañana tan solo, pues por mas que anduviesen y por mas cerca que estuvieran no podrian llegar aqui hasta dentro de tres ó cuatros dias.

En aquellos parajes, la fiestas de este género duran siempre cuatro ó seis dias, teniendo cuidado el que la dá, de tener provisiones para todo este tiempo, pues sin provisiones la parada terminaria pronto.

En la ciudad de Mendoza, por ejemplo, cuyos habitantes son los mas obsequiosos y hospitalarios, los bailes duraban ocho dias, por lo menos, dias que se pasaban en medio de la mayor alegría y franqueza.

La mesa no se destendia hasta no concluir el baile, renovándose en ellas los manjares, cada vez que se consumian.

Habia siempre una pieza con catres ó camas, segun los medios del dueño de casa, para el servicio de la concurrencia masculina y otra mejor arreglada y mas paqueta, al servicio de la femenina.

Asi los invitados á quienes rendia el sueño y la fatiga, se iban á hechar una siesta con toda comodidad, volviendo al baile y á la fiesta una vez que habian reparado las fuerzas.

El "tomo y obligo" ora le que mas gente postraba, porque no habia medio de rechazar una invitacion semejante, se bebia, y se bebia mientras la cabeza y las piernas lo permitian.

Asi la concurrencia se dividia siempre por mitades, entre bailarines y durmientes.

Una buena mitad atorraba en las camas y los catres, mientras la otra bailaba y bebia hasta quedar postrada y verse obligada á ganar los catres.

Con comodidad semejante, las fiestas duraban hasta que dnaban las provisiones aglomeradas en la casa, calculadas siempre y cuando menos por una semana.

La Sociedad de Mendoza se ha distinguido siempre por su manera amable y obsequiosa de recibir al forastero.

Bastaba solo la condicion de forastero, para ser perfectamente recibido en todas partes, sin necesidad de otra presentacion que la encerrada en estas palabras soy forastero.

Los gefes y oficiales de nuestro Ejército, sobre todo, cuya miseria y privaciones se tenia en cuenta como artículo primero, fueron siempre admirablemente recibidos y tratados por aquella sociedad esquisita, la mas distinguida de todas las provincias.

La pobreza en su última espression, el uniforme hecho girones y remendado de una manera ridicula y graciosa, era la mejor recomendacion que podia presentarse.

Se sabia que el Ejército estaba impago y miserable, que la camisa era un artículo fabuloso lujo y que las medias eran objetos cuyo uso se habia olvidado, y esto, léjose de ser un ostaculo para ser recibido en las familias ó círculos sociales, era un motivo más á la consideracion y el respeto de todos.

Por esto es que la noticia de una marcha á Mendoza era recibida siempre con muestras de la mayor satisfacion, por que ella importaba siempre una época de placeres y de buena y franca alegría.

La ciudad de Mendoza era el paraiso prometido para los cuerpos del Ejército, porque aquella ciudad atraia con la fuerza de la belleza poderosa de sus mujeres, la amabilidad generosa de sus habitantes, la proteccion de las familias y hasta el delicioso "tomo y obligo" pretexto y disculpa de las mas fabulosas libaciones.

Para el oficial que no veia en un año la menor señal de vida en sus sueldos dexengados, Mendoza era la tierra prometida, donde se comia de valde, donde nada exijia dinero al pobre oficial, y donde no se bebia un trago sin obligar á otro tanto al que se hallaba presente.

Asi, la copa donde acababa de esparcir su

Entretanto el Coronel Sandes se preparaba á marchar con el resto del Ejército, suponiendo que Chacho se encontrara en Valle Fértil con nuevos elementos reunidos, siendo entónces fácil sorprenderlo y batirlo.

El sargento Quiroga aprovechó todas aquellas órdenes y preparativos para alejarse del Coronel, comprendiendo que ya su persona habia sido olvidada.

El Mayor Julio Campos apuró su marcha inmediatamente, sobre Valle Fértil, donde llegó demasiado tarde.

Sin embargo y en la esperanza de alcanzarlos, siguió inmediatamente su marcha con los datos que habia recogido respecto á Elizondo y la fuerza que este tenia consigo.

Este como se sabe, era un cabecilla prestigioso pero que no podria nunca levantar mas que partidas mas ó menos numerosas y fáciles de batir con la tropa que llevaba.

A los dos dias de marcha que se forzó cuanto era posible, Campos se aproximó á Elizondo de tal manera, que se emboscó para no ser sentido en la seguridad de sorprenderlo aquella noche.

En cuanto oscureció se puso en marcha de nuevo, todo lo silenciosamente que le fué posible, viendo poco despues el resplandor de los fogones de Elizondo.

Este, sin preocuparse de cuidar su retaguardia, pues no pensó que seria perseguido, habia campado allí con la mayor tranquilidad para descansar sus soldados y poder buscar al dia siguiente su incorporacion con el Chacho.

Habian carneado un novillo gordo que encontraron en el camino, y despues de churrasquear plácidamente, se habian entregado al descanso, pensado en famosos golpes de mano que darian en adelante.

Del teniente Varela no desconfiaba Elizondo, porque éste le habia hablado con entera franqueza repitiéndole lo que habia dicho ya al oficial, que desde aquel momento toda su ambicion era regresar á Valle Fértil donde habia dejado prisionero su corazon.

— Y tan no tengo corazon, decia, que hasta me he vuelto cobarde y cobarde de una manera vergonzosa.

Antes por ejemplo, me era completamente indiferente cualquier peligro que pudiera correr, miraba la muerte como una consecuencia lógica de la vida.

Sabia que ella era inevitable mas ó menos lejanamente y esta idea no logró quitarme jamás media hora de sueño.

Pero desde que he conocido aquella muchacha, la idea de la muerte me preocupa y me mortifica á cada momento.

No estoy pensando sino en combates desgraciados, en heridas capaces de causarme la muerte ó impedirme volver á ver aquella muchacha lindísima.

Y con tal ardor hablaba Varela y con tanta fuerza de conviccion, que Elizondo se persuadió que seguiria con él por propia conviccion.

Porque él mismo le habia dicho que preferia estar con ellos á regresar al Ejército de Sandes, pues allí siempre se corria mayor peligro,

mientras que ahí no habia mayor peligro que el de una sorpresa.

Sin embargo y por lo que pudiera suceder, Elizondo lo hacia dormir con una centinela de vista, cuya consigna era impedirle cualquier accion tendente á evadirse.

Travieso y alegre, graciosísimo en el modo de referir ciertos cuentos y aventuras, Elizondo lo habia hecho su compañero inseparable, hasta obligarlo á dormir á su lado para conversar con él el mayor tiempo posible.

Aquella noche Varela habia charlataneado como un loco y comprometido á Elizondo á que de cuando en cuando le permitiera irse á pasar unos dias á Valle Fértil.

Concluida la churrasqueada, y cansados de la jornada de aquel dia, cada cual fué haciéndose rosca al lado del fagon, hasta quedarse completamente dormidos.

Este era el momento que Campos habia calculado, despachando sus bomberos mas hábiles para que espiesen emboscados convenientemente, el movimiento de las fuerzas de Elizondo.

Quando estos regresaron con la noticia de que el campamento se hallaba entregado al descanso, Campos marchó sobre él sin producir el menor ruido.

A un par de cuadras de los fogones tendió de barriga las dos compañías del 6º y avanzó con ellas en aquella actitud.

Las demás fuerzas debian lanzarse sobre el campamento, con su mayor impetu una vez que se escuchara el primer tiro que debia ser la señal del ataque.

Las compañías del 6º no se pusieron de pié hasta estar encima de los fogones donde los montoneros se habian acurrucado á dormir.

Y cayó sobre ellas, haciéndoles una terrible descarga, mas para imponerlos que para destruirlos, porque habiendo mandado una compañía á tomar los caballos que se veian á muy corta distancia del sitio atacado.

Sorprendido Elizondo con aquella primer descarga y la griteria que se produjo en el acto, sin saber á que atenerse ni que fuerza lo atacaba, saltó en el caballo que tenia siempre á su lado, haciendo lo mismo algunos compañeros que dormian con igual precaucion.

El teniente Varela habia saltado voluntariamente en ancas del ayudante de Elizondo, á quien dijo:

— Por el estruendo mismo del fuego, la fuerza que nos ataca debe ser de línea, por consiguiente quien se nos ha echado encima es el mismo Sandes, así es que lo mas prudente es retirarse antes que nos concluyan.

Todo aquello fué echo con una rapidez pasmosa: en seguida de la descarga se sintió el tropel de la caballeria que llegaba y ya todo aquello fué un caos.

A la lumbre de los fogones y al relampaguear de los fusilazos, Varela conoció á los soldados del 6º y volvió á infuir con Elizondo para que se salvaran en el monte.

Este comprendió que todo se habia perdido sin remedio que su fuerza no reaccionaria porque era muy inferior al enemigo que los acosaba de todos modos y porque de todos modos con el conflicto no podria hacer llegar sus órdenes hasta sus parciales.

El ejército de los Chachistas

Volvamos un momento al sargento Quiroga tan milagrosamente escapado de Valle Fértil.

Una vez que perdió de vista á sus perseguidores temiendo que si volvía á San Juan podía caer entre alguna otra partida, echó pié á tierra para dar á su caballo un resuello tan largo como le fuera posible.

No tenía donde mudarlo por aquellos alradores solitarios y era en su caballo donde estaba su verdadera salvacion.

Mientras su caballo descansaba, Quiroga, lamentando la suerte que habia corrido su oficial, empezó á orientarse por aquellos parajes que conocia bastante.

Echó sus cuentas y halló que mas cerca se hallaba de Yosquea donde habia quedado campado el Coronel Sandes, de que cualquier otro punto.

Y resolvió dirijirse allí, no solo por creer que este era el camino que podia andar con mas seguridad, sino porque era necesario dar cuenta de lo sucedido, pues el Coronel Sandes, estaria creyendo que ya sus pliegos habian sido entregados.

Así, en cuanto creyó que su caballo habia descansado lo suficiente, se puso en camino hácia Yosquea, al caer la noche.

Quiroga caminó toda aquella noche, conviniendo consigo mismo en que de aquella manera iba mas seguro, pues no podia ser visto por ninguna de las partidas enemigas que podian andar diseminadas por el camino.

Al amanecer, Quiroga se encontró con que habia hecho una buena jornada y que estaba muy cerca de Yosquea.

Sin querer detenerse en parte alguna y pasando por las poblaciones á la mayor distancia que le fué posible, anduvo todo aquel dia sin el menor inconveniente.

Toda aquella noche siguió marchando con tal tenacidad, que antes de amanecer llegaba á las avanzadas del Ejército, las que saludó con el doble placer de una perspectiva de descanso y de matar el hambre furiosa que traía, pues desde que salió de Valle Fértil no habia probado un bocado de comida.

El sargento Quiroga buscó en el acto al Coronel Sandes, creyendo este que los pliegos que el sargento habia sacado del balajin serian las contestaciones de los Gobernadores de San Juan y Mendoza!

—Y Varela porqué no viene? preguntó, estoy seguro que se ha quedado maferiendo en Mendoza con pretexto de alguna enfermedad.

En fin, habiendo cumplido su comision poco importaba su retardo.

El pobre sargento, al saber lo que pensaba el Coronel, no sabia como dar principio á la relacion formidable de su aventura.

Presentia que sobre él iba á descargarse toda la cólera del Coronel, y conociendolo lo vacilaba y tenia miedo de empezar.

El Coronel tomó los pliegos de mano del sargento, y al leer sus sobres dió un puñetazo sobre una de sus dos rodillas, exclamando:

—Pero qué significa ésto? estas son las mismas notas que llevaron de aquí, en donde está el teniente Varela?

—Mi Coronel, respondió el pobre sargento con voz turbada, el teniente Varela ha sido hecho prisionero en Valle Fértil por una partida de chachistas, y yo, viendo que aquello no tenia remedio, he huido para salvar las notas que el teniente llevaba en el balijín, y que son esas.

Pero cómo puede haber sido eso? exclamó Sandes que empezaba á dejarse dominar por la ira.

Esplicáme eso con bastante claridad para que yo pueda entenderlo, ó te juro que te haré lancear como un perro.

Quiroga estaba aterrado y hasta empezaba á arrepentirse de haber vuelto al Ejército.

—Yo no tengo culpa alguna, mi Coronel, murmuró, todo ha sido un capricho del teniente Varela, y Usia puede penetrarse de esta verdad, tomando informes de los habitantes de Valle Fértil.

—Pronto pronto, gritó Sandes, vamos á ver lo que pasado.

Quiroga, tragando saliva y temblando por su suerte, hizo la relacion que conocen nuestros lectores, en sus menores detalles, con todas las prevenciones que él habia hecho al teniente Varela y todas las imprudencias cometidas por él.

—Yo no tengo la menor culpa, mi Coronel, concluyó, he hecho lo que he podido, hasta que he logrado salvar las comunicaciones.

Tan enfurecido estaba el Coronel Sandes, que ni siquiera notaba la presencia del sargento Quiroga que seguía murmurando un millón de disculpas.

El Coronel Sandes pensando primero en tomar un buen desquite, mandó llamar en el acto al Mayor Julio Campos, á quien ordenó marchar inmediatamente á Valle Fértil, con la fuerza á sus órdenes y hacer todo género de esfuerzos por tomar la partida que habia sorprendido al teniente Varela y las demás que pudiera hallar en la marcha.

momento un hombre bueno que habia procedido por entusiasmo de una causa que tal vez él mismo no entendia, sin cometer ningun acto de deprecacion en los parajes por donde habia pasado.

El teniente Varela manifestó que él habia sido tratado con todo respecto y miramiento, y que estas consideraciones le habian hecho garantir á Elizondo que se cumpliria estrictamente la palabra de vida y de libertad que se le habia dado.

El Mayor Campos, despues de convencer á Elizondo de que era una calaverada que podia tener fatales consecuencias á los que la cometian, el hecho de alzarse con armas contra el Gobierno Nacional y previo juramento de no volver mas á intentarlo, lo dejó en plena libertad despues que él mismo hubo proclamado á sus gauchos significándoles estar convencido de su error, y despachándolos sus á casas.

Elizondo permaneció toda la noche en el campamento del Mayor Campos, dando á este todos los datos que sobre Chacho le pedia.

Y á la madrugada siguiente se puso en viaje con sus ayudantes, prometiendo que ettaba dispuesto á servir al Ejército Nacional en todo lo que de él dependiera y pudieran necesitar.

Campos estaba satisfecho de su pequeña

campaña, no dudando que su conducta seria inmediatamente aprobada por el superior.

Cuando se incorporó al Ejército de Sandes con los prisioneros que llevaba, todos ellos heridos de mas ó ménos gravedad y dió cuenta del desempeño de su comision, el Coronel Sandes manifestó su conformidad plena.

Solo Iseas tuvo palabras de amarga reprobacion para su conducta noble y justa.

—Son montoneros, decia, y todos los montoneros están escluidos de todo acto de piedad usted debia haberlos pasado á cuchillo para escarmiento de los demás.

Lo que es si hubieran caido en mis manos ni cristo los libra de su merecido.

Y para que traen estos heridos aqui á dar trabajo?

Degüellenos á todos, que son una manga de bandidos y nada mas.

Y la ferocidad de aquel bárbaro llegaba al extremo de que Campos tenia que andar defendiendo los heridos que llevó, para que Iseas no se los sacara á hacerlos degollar.

Asi mismo y para evitar todo crimen, Sandes hizo salir á Campos con los heridos fuera del campamento, para que Iseas no hiciera una de las suyas.

Como seria la crueldad de aquel hombre, que el mismo Sandes contrariaba sus instintos de sangre!

El ejército fantástico

En la Represa del Bagual se incorporó tambien el Coronel Segovia que habia salido en comision para recorrer otros puntos, pero Segovia habia sido menos afortunado que Campos, pues no habia hallado ni el mas leve indicio de enemigos.

O Chacho se habia quedado sin gente y habia tratado de salvar su persona saliendo de la Rioja se hallaba emboscado en algun paraje esperando la oportunidad de un buen golpe de mano.

El Coronel Sandes dividió su Ejército en dos cuerpos dando el mando de unos de ellos á Segovia para que marchase á San Luis donde debia situarse, y marchando él con el otro hácia la provincia de Córdoba, donde no era difícil se hubiera dirigido.

El punto de reunion de aquellos dos cuerpos de Ejército era el Rio Seco, donde se encontraron cuatro dias despues sin tener de Chacho la menor noticia.

En la ciudad de San Luis se hallaba el General Paunero con otro cuerpo de Ejército que se habia mandado para acorrallar á Chacho de una manera definitiva, obligándolo á batirse con unos ó con otros.

El General Paunero supo allí que Chacho, despues de batirse en Lomas Blancas con Sandes, se habia dirigido á la Provincia de Córdoba con solos doscientos gauchos, con los que pasó la Sierra de San Luis por el Portezuelo.

En vista de esto Paunero ordenaba á Sandes se le incorporara en San Luis con su ejército, para desde allí dirigir las operaciones de la guerra.

El Gobierno Nacional como se vé. aglomeraba todo género de elementos para concluir con el Chacho.

Aquello era vergonzoso y ridiculo bajo todo punto de vista.

El Chacho solo, sin dinero, sin elementos, sin autoridad oficial, obligaba al Gobierno General á levantar Ejércitos y enviar sus principales gefes para contrarrestar el poder de sus gauchos.

Y Chacho suplía su falta de elementos con una astucia infinita y se burlaba de aquel Ejército y de aquellos Gefes de la manera que hemos dicho ya.

Chacho habia dispersado su gente despues del combate de Lomas Blancas, dándole como punto de reunion las Sierras de San Luis, ci-

Así es que desesperando ya de obtener la menor ventaja para retirarse hecho, hizo que su trompa tocara retirada y se metió al monte seguido de unos veinte hombres á lo mas.

Aquel toque de retirada vino á darles un inesperado resultado, pues engañados con él, por ser igual al que usaba el Ejército, las compañías empezaron á replegarse hácia el punto donde se habia iniciado el ataque.

Aprovechando aquel error, muchos soldados tuvieron tiempo de saltar á caballo y ganar el monte.

Pero aquella tregua duró muy pocos segundos.

Campos hizo tocar ataque inmediatamente, siguiéndolo con gran rapidez y lo mas vigorosamente que les fué posible.

A pesar de su inferioridad en hombres y en armas, á pesar de la sorpresa que los habia dejado sin accion en los primeros momentos, los gauchos de Elizondo pelearon como tigres,

Pero este combate, aunque sangriento por la misma desesperacion de los sorprendidos fué muy corto.

Viendo imposible toda resistencia y calculando que su caudillo habia sido apresado, los que no pudieron huir empezaron á entregarse pues toda otra actitud seria para provocar una muerte segura.

Militar de orden y de principios el mayor Campos, cuando vió que los montoneros no combatian y se dejaban tomar mansamente, hizo cesar el fuego impidiendo que se matara un hombre mas inútilmente.

Se reavivaron todos los fogones para producir mas claridad y á su escasa luz procedió el Mayor Campos á hacer formar los prisioneros y dirijirles las preguntas que creia mas oportunas.

Ni Elizondo ni los demas caudillos estaban allí, tampoco estaba el teniente Varela; ó aquellos estaban campados en otro paraje, siendo tal vez aquella fuerza su retaguardia, ó se habian salvado al principio del combate.

Campos no tardó en conocer la verdad, por las declaraciones que todos se apresuraron á hacer.

Elizondo estaba en aquel campamento, con lo que llamaba su estado Mayor, y conservando á su lado al teniente Varela.

De modo que sino estaba entre los prisioneros era porque habia podido huir al principio del combate.

Campos estableció en el acto centinelas rodeando el monte que era pequeño, para impedir que salieran, estando allí y esperó que aclarase.

Una vez que hubo bastante luz como para apreciarse todo lo sucedido, se procedió como primer medida á recoger los heridos.

Las fuerzas de Elizondo habian sufrido mucho.

Sus muertos eran bastantes numerosos, aunque sé habia combatido poco, porque las primeras descargas de fusileria abrasaron, puede decirse los fogones.

Entre tanto Elizondo, cuando amaneció y trató de buscar salida, se encontró con que esto era imposible porque todas las del monte estaban tomadas.

—Estamos perdidos, dijo, si tienen rodeado el monte es porque saben que estamos aqui y entónces no tardaremos en caer prisioneros.

—Queda un recurso, dijo Varela; yo conozco al mayor Campos con quien puede tratarse sin el menor recelo.

Mándeles un parlamento diciéndole que no diga donde nos hallamos, un hombre solo puede salir del monte sin ser visto.

Con este parlamento puede mandarle proponer que usted se entregará con la gente que tiene á su lado y disolverá toda la montera si le promete dejarlo libre, y estoy seguro que aceptará porque no trae fuerzas como cuidar á tanto prisionero.

Puede agregar el prisionero que yo estoy aqui y que será entregado de la misma manera.

Esto me contraria profundamente porque me vá á hacer volver al Ejército, sus fatigas y sus peligros, pero es el único recurso de salvacion no hay remedio.

Elizondo aceptó en el acto la idea, esperando para realizarla la caída de la noche, pues de esta manera estaba mas seguro de que no se veria la salida de su parlamentario.

Campos, ántes de entrar á batir al monte, lo que ofrecia algun peligro, reflexionó un poco:

Quando se preparaba á aumentar la fuerza que rodeaba el monte para tener mayor seguridad de que no se escaparian los que en el monte hubieran, se le apareció el ayudante de Elizondo con sus proposiciones.

Campos que entendia que su mision no era esterminar aquellos gauchos infelices sino desbandarlos impidiendo que volvieran á reunirse aceptó en el acto la propuesta de Elizondo haciéndole decir que todo estaba bien, que se le presentara y despues de convenir lo que debia de hacerse lo pondria en libertad y podria irse donde quisiera.

El parlamento regresó sin ser molestado hasta donde estaba Elizondo, á quien dió cuenta detallada del cumplimiento de su mision.

Pero aquí á Elizondo ocurrió una duda muy justa, vista la ferocidad con que en materia de prisioneros habia procedido siempre el Ejército.

Cumpliria Campos su palabra?

Si fuera lseas en vez de Campos dijo Varela, yo no aseguraria nada, pero yo garanto que el Mayor Campos cumplirá la palabra empeñada.

Mándeles decir que en el acto va á presentarse y que yo le he asegurado con mi vida que lo que él ha dicho será rigurosamente cumplido.

Acepto todo lo que usted me dice, porque es un hombre sano, agregó poniéndose en camino de otro modo hubiera peleado aunque fuera solo, pues declaro que preferio mil veces la certeza de morir peleando que la duda de concluir en un cepo colombiano, en cuanto estas ó bajo una lluvia de azotes.

Una hora despues Elizondo se presentaba á Campos acompañado del teniente Varela y de la gente que lo habia acompañado.

Campos vió en el caudillo desde el primer

Y los corrió mas de una legua sin que sus soldados pegaran un solo lanzazo.

Cuando se convenció que no se atreverian á volver, regresó aceleradamente.

Ya los suyos se habian puesto en marcha y se internaban en el monte, donde se proponian vaciar los carros para llevar su contenido en cargueros, lo que facilitaria enormemente su marcha, que por entre el monte se habia hecho lenta é imposible.

Despues de darles la direccion que habian de seguir, regresó al paraje donde habia efectuado la sorpresa, con una pequeña partida ligera.

Se proponia quedarse allí hasta el dia, para recojer las muchas armas que indudablemente habrian sido allí abandonadas.

Sus soldados llevaban órden de no detenerse un solo momento, puesto que á él le seria muy fácil alcanzarlos.

Y en cualquier novedad capaz de detenerlos ó alarmarlos. debian mandarle de chasque al que anduviera mejor montado.

— Como ellos han de venir sobre mi rastro y los datos que he dejado, decia han de dejar el monte á la derecha.

Apurese á desbajiar los carros, no llevando sino aquello que pueda ser muy útil, porque no vale la pena de cargarse con aquello que no se pueda aprovechar.

En cuanto estuvieron al abrigo del monte, los milicos al tanteo y á la escasa oscuridad de la noche, empezaron á romper los carros cerrados, y á descargar su contenido, procediendo inmediatamente á acomodar sobre cargueros los uniformes y armas que en ellos iban.

Al amanecer todo estaba terminado y se ponian en marcha, dejando solamente la munición de cañon que no podian aprovechar nunca y algunos otros objetos inservibles para ellos ó que debian darles mucho trabajo.

Chacho entre tanto se ocupaba de una manera mas noble.

Los heridos causados al enemigo, que pasaban de treinta, fueron agrupados en un solo punto para que pudieran socorrerse mutuamente, rodeándolos de todo cuanto podian necesitar.

Cerca de ellos puso toda la carne que preparaban para comer la noche antes, haciéndoles con sus propios soldados algunos fogones.

— Ustedes pueden estar tranquilos, que no han de tardar mucho en venir ó fuerzas de la provincia de Córdoba guiadas por los mismos que han huido, ó del Ejército cuya incorporación ustedes buscaban y que vienen en marcha siguiéndome.

Ellos le prestarán los auxilios que crean necesarios y que yo no puedo facilitar porque no llevo elementos.

Sin embargo si algo de botiquin se encuentra en los carros que hemos llevado, yo se los voy á dejar allí entre el monte, como algunos otros viveres.

Entre ustedes habrá algunos cuyas heridas no les impedirán saltar á caballo y hacer ese corto viaje.

Así que yo me vaya, estos pueden ir á buscar lo que yo les deje. que les vendrá muy

bien para pasar la noche en el caso que no lleve ninguna proteccion hasta mañana.

Los heridos estaban asombrados de la conducta del Chacho, pues estaban acostumbrados á oír hablar de él como de un bandido cruel y sanguinario, pareciéndoles que lo que veian era un sueño.

Estaban acostumbrados tambien á ver como se trataba entre ellos á los prisioneros chachistas y creian que aquellos harian lo mismo con ellos, por lo menos.

Así cuando vieron á Chacho buscarles todas las comodidades de alivio posible, acercales alimento y hasta atar cerca de ellos algunos caballos y mulas, creyeron que todo seria una cruel burla que iria á terminar en alguna terrible escena de sangre.

Solo cuando Chacho se despidió de ellos, se convencieron que todo era verdad, apreciando toda la grandeza de aquella alma buena.

— Yo me quedaria con ustedes hasta la noche, para que los muchachos pudieran ayudarlos; pero no me es posible porque los míos irán ya muy lejos y tengo que hacer una buena jornada para alcanzarlos.

Aquella pobre gente estaba maravillada con aquella conducta de que no tenian idea.

Toda aquella pobre gente eran paisanos reclutados á la fuerza, como se hacia para formar contingentes destinados á engrosar el Ejército que iba á formar el General Paunero.

Iban al sacrificio con la conformidad del que no tiene otro recurso y dispuestos á sufrir toda clase de penurias sin atreverse á pronunciar la menor palabra de queja, por que sabian que lo único que lograrían seria ser recargados en el tiempo de su condena.

Tenian terror pánico de caer en poder del Chacho por que siempre habian oido decir que aquel degollaba los prisioneros, así es que la conducta observada para con ellos por el gefe Riojano, los llenó de franca sorpresa, conviniendo en que aquella gente era mucho mas buena y humana que el mismo Ejército que los perseguia, cuyos acto de crueldad eran hartos conocidos.

Chacho se les habia hecho fuertemente simpático, imponiéndoseles por su grandeza de alma.

Pudiendo haberlos exterminados en el combate, habia hecho todo lo posible por que no se matara gente inútilmente: todos lo habian sentido gritar en ese sentido.

Y vencedor, pudiendo haberlos llevado prisioneros ó hacer con ellos lo que hubiera querido, no solo los dejaba generosamente, sino que los rodeaba de todo aquello que podian necesitar mientras les llegaban socorros de los suyos.

Chacho se internó en el monte, llegando al poco rato al paraje donde los suyos habian forzados los carros.

Allí encontró infinidad de objetos abandonados por los suyos, notando un bien surtido botiquin que aquellos habian dejado sin duda por no saber lo que era, pues un botiquin es siempre cosa de primera necesidad en un Ejército.

Chacho lo habria llevado consigo, pues comprendia su gran utilidad, pero absolutamente sus soldados no podian cargar nada mas de

ta á que concurrieron todos los que habian estados en el combate, aumentados con nuevos voluntarios que se les incorporaron en el camino.

De allí tomó trescientos hombres con los que pasó para Córdoba, ordenando al resto de su Ejército fuera á esperarlo á los Llanos de la Rioja.

Chacho lejos de ocultar su paso hácia á Córdoba, lo dejaba bien marcado, porque su plan esta vez como siempre, era entretener al Ejército en una falsa marcha, haciéndolo buscarle en Córdoba, mientras él operaba sobre San Luis y en la Rioja.

Entretanto, y para engolosinarlos mejor con una falsa pista, se dejaba ver en las poblaciones del tránsito, para que allí hallase el enemigo noticias exactas de la direccion que llevaba.

Entre tanto podia muy bien dar un golpe de mano sobre algun contingente de los muchos que se remetian á Sandes.

Sabiendo que el General Paunero estaba en San Luis, Chacho se emboscó en el camino.

Como él lo habia calculado bien, no tardaron en descubrir sus bomberos una fuerza que marchaba en direccion de San Luis.

Aquella fuerza, toda ella de Guardia Nacional, llevaba un convoy con armas, vestuarios y provisiones, sin duda alguna, para el Ejército de Paunero.

Aquel era, á todas luces, un nuevo contingente, pues componiéndose de unos trescientos hombres no iba entre ellos mas que una compañía que, por su uniforme, parecia de línea.

Cuando aquella tropa y convoy pasó por delante del paraje donde se habia emboscado Chacho, éste la dejó seguir porque era de dia, prefiriendo sorprenderla de noche porque así evitaria un combate inútil, porque de noche podria conseguir fácilmente su dispersion mientras que de dia habria necesitado combatir mas ó menos rícidamente.

Se puso en marcha lenta, siempre tratando de permanecer emboscado y sin ser sentido, y recién á la caída de la tarde empezó á apurarla lo suficiente para alcanzarlo sin fatigar sus caballos.

Cuando Chacho se aproximó á aquella tropa, esta acababa de campar, sin duda con el intento de pasar allí la noche.

Chacho hizo alto y esperó que se entregáran al arreglo del campamento, para caerles de una manera mas segura.

Poco tiempo despues la fuerza le presentaba la ocasion mas oportuna, pues mientras unos se ocupaban en armar los fogones, otros juntaban leña y otros en voltear tres reses que se habia mandado carnear de una pequeña tropa de novillos que formaba parte del convoy.

El momento no podia ser mas oportuno y Chacho comprendiendolo así, trató de aprovecharlo en el acto.

El convoy lo tenían á la derecha así como la pequeña tropa de novillos y algunas mulas de carga, estando á su lado la tropa que parecia de línea.

Chacho cayó sobre ellos, esplicando como

siempre á sus parciales el objeto de su carga y como la iba llevar á cabo.

Todos debian caer á una voz sobre aquel destacamento ó contingente, recomendando Chacho que nadie matara sino en caso estremo de necesidad, y en cuanto el enemigo diera vuelta y huiese, todos, con escepcion de cien hombres que indicó, arreglarían el convoy llevándolo al monte.

El entretanto, finjiria una persecucion para alejarlos con mas rapidéz, estando seguro que aquellos Guardias Nacionales no sujetarian la mula hasta llegar á su pago.

El ataque fué llevado por el lado del convoy donde estaba la tropa de línea, con un vigor extraordinario, porque ya calculaban que serian los únicos que se defenderían pudiendo causarles algun daño.

El pequeño campamento fué desde el primer instante un caos espantoso.

Soldados flamantes que salían á campaña por vez primera, aquella sorpresa debia hacerles un efecto espantoso.

La mayoría no atinaba ni siquiera á saltar á caballo, tal era el jabon recibido, no haciendo ni ademan á sacar las armas.

Los soldados de línea se habian parapetado detrás de dos carros, donde hacían una resistencia heróica.

Pero la oscuridad de la noche les impedia el poder asegurar sus tiros, limitándose entónces á rechazar á la bayoneta al enemigo que se ponía al alcance.

Los chachistas cargaban sin descanso, á lanzas con aquellas terribles lanzas cuya mohaira era un facon ó una hoja de tijera.

Y perdían sensiblemente terreno, al rededor de los carros, porque no se atrevían á salir de allí.

Los guardias nacionales hacían por la riña cuanto podían en su poca práctica y con el susto que de ellos se apoderara, y eso que el Chacho los cargaba flojamente, como si quisiera darles tiempo para huir.

Es que Peñaloza no queria hacer prisioneros porque estos le iban á estorbar en su marcha.

Viendo que se les daba una tregüita, los milicos fueron saltando á caballo y tomando la direccion de Córdoba, abandonando sus armas los que en el primer momento se habian alejado de ellas.

Los mismos soldados de línea, cuando se convencieron que iban quedando solos y que no podían hacer otra cosa que morir de la manera mas ingrata, fueron acercándose á los caballos que estaban atados á las mismas ruedas de los carros, saltando en ellos así que les dieron una corta tregua.

Sin sacrificio alguno para su tropa, que solo tuvo cinco heridos graves, Peñaloza logró el resultado que perseguía, haciéndoles abandonar cuanto llevaban.

En cuanto se pusieron en fuga, los milicos destinados á esta operacion, empezaron á arreglar carros y cargueros, llevándolos hácia el monte.

Mientras tanto Chacho emprendía la persecucion sin hostilizarlos mucho y dándoles todo el tiempo necesario para sacar una buena ventaja.

fuera de sí, entregado á un vértigio de ferocidad.

—Lo que es en mi brigada, decia, al que me diga una sola palabra en elogio de aquellos montoneros bandidos, lo hago degollar sobre tablas.

Y tan convencidos estaban los suyos de que así lo haria, que ninguno se atrevió á pronunciar la menor palabra en aquel sentido.

En vista de todos los datos tomados allí, el Coronel Sandes resolvió regrasar á San Luis costeando aquel monte, á fin de que Paunero dispusiera lo que debía hacerse.

Las armas tomadas por Chacho eran muchas y no se le podia dejar con ellas, porque entonces sus fuerzas llegarían á poder luchar de igual á igual con las tropas nacionales.

Antes de ponerse en retirada envió un chasque á Córdoba, el que regresó inmediatamente con la noticia de que allí no se tenia la menor noticia de Peñaloza, á no ser la referente al golpe de mano ya conocido.

Nada tenían que hacer ya por allí, y en vista de esto Sandes se puso en marcha definitiva, incorporándose en San Luis al General Paunero, quien dispuso en el acto una expedición sobre la Rioja.

Entre tanto el Chacho habia pasado á los Llanos, convocando á todas sus partidarios, á quienes repartió todas las armas y vestuarios tomados, formando un numeroso Regimiento que podia confundirse perfectamente con cualquier* de los del Ejército de línea.

Azúcar, yerla y galleta, llevaba Chacho en cantidad no solo para repartir á la tropa, sino hasta las familias pudieron participar del botín.

Como Chacho con sus compañías livianas, no podia andar con cargas y convoys que dificultaran su marcha, repartiolo todo, cambiándolo por dinero y artículos de comercio las mulas y novillos que se habian salvado.

Y así liviano y sin ningun temor de encontrar al enemigo, por numeroso que fuera, marchó de los Llanos con intencion de llegar á Córdoba, cuartel general del enemigo y tomar la ciudad con todos sus elementos de guerra, haciendose fuerte en ella al extremo de poder repeler victoriosamente toda agresion del enemigo.

Sandes se internó nuevamente en los Llanos de la Rioja, recorriénd todos aquellos pueblos donde podia andar Chacho mientras éste, con todo su Ejército se dirijia á Córdoba.

En los Llanos no pudo obtener sino la conviccion de que Chacho no estaba en la Rioja, debiendo haberse ausentado á campaña larga, pues con el habia marchado tambien la Victor, quien no somovia de su casa sino para una campaña larga.

El Coronel Sandes mandó al General Paunero un chasque, dando cuenta de lo que habia resultado y pidiendo nuevas órdenes sobre lo que debía de hacerse.

El General Paunero era el director de la guerra, él habia ido hasta allí para organizar un ejército tan numeroso como fuera posible, y ya Sandes no podia proceder sino en virtud de órdenes emanadas de aquel.

Paunero, con los elementos que habia traído de Buenos Aires y la Guardia Nacional que

movilizó á su paso por las provincias, habia reunido unos tres mil hombres bien armados, y un escuadron de artilleria con pocas pero muy buenas piezas!

Hubiera podido poner en pié de guerra mas de cuatro mil hombres, pero el último golpe de Peñaloza lo habia privado de hacerlo, puesto que le habia arrebatado las armas necesarias.

Paunero habia tenido que convencerse al fin de lo que menos creible le pareciera antes; es decir, que el Chacho, con gauchos mal armados y sin la menor disciplina, pudiera entretener, dar trabajo y aun sorprender con ventajas al numeroso Ejército que tenia el Coronel Sandes.

El siempre habia creído que si la guerra se prolongaba era por negligencia ó poco tino de los gefes, pero al fin palpó lo que era la guerra de montoneros, y que sus inconvenientes no podrian vencerse en los combates que pudieran producirse.

De que servia dar una batalla, haciendo toda clase de sacrificios y perdiendo un buen número de soldados, si Chacho aparecia derrotado para volverse á presentar siempre con mayor número de soldados de los que tenian en el último combate?

Era preciso tomarlo de manera á destruirlo á que no llevara en su huida si es que podia huir un solo soldado con que formar un nuevo Ejército.

Pero ya se habia producido este hecho mas de una vez y Chacho salvado solo de la batalla, se habia vuelto á presentar pocos dias despues con un nuevo Ejército, tan numeroso ó mas numeroso del que le habian derrotado.

Paunero empezó ademas á luchar con los inconvenientes que ya eran familiares á Sandes, las aguadas perdidas, la ignorancia de noticias y la liga de todos para no decir jamás por donde andaba el Chacho, aún á pesar de los mas crueles castigos.

A este respecto, el General Paunero habia cambiado totalmente el sistema que se habia seguido hasta entónces.

El prisionero de guerra era respetado y tratado como tal, no permitiendo ninguna de las herejias que hasta entónces eran moneda corriente.

—Estos hombres no declaran por el terror que tienen decia, saben que de todos modos se les trata asperamente, declaren ó no declaren, adoran á Chacho y no quieren hacerle un daño que ni siquiera va á servirles para salvar la vida.

Y prohibió desde que llegó al Ejército, y de la manera mas severa, que se maltratasen los prisioneros.

Noble y bondadoso, Paunero no podia ni siquiera escuchar la relacion de aquellos horrores que degeneraban al Ejército sin producir el menor resultado útil.

—Si el Chacho lo colma de beneficios y usted los degüellan, decian, como quieren que traicionen al caudillo para servir á los verdugos.

Para conquistar los elementos de Chacho y dárselos vuelta, es preciso ser superior á Chacho mismo y no obligarlos á pelear para salvar

lo que llevaban, ni tenían mas mulas para hacerlo.

El les habia hecho recoger todas las armas abandonadas por los derrotados, que eran muchas, y las mismas de los heridos, cargandose al extremo de no poder cargar ni con aquellos otros objetos tambien abandonados y que le eran muy necesarios.

Pero habia que atender primero que todo á llevar cuantas arma le fuera posible, porque nada le era tan indispensable como esto.

Cada arma importaba para él un soldado y no era de desperdiciarse la oportunidad de tomar las que hallaba.

A la caída de la tarde; Chacho alcanzó á los suyos, que iban marchando lentamente, á causa de los muchos cargueros que llevaban.

Las armas tomadas eran tantas, que se habian visto obligados á llevarse un carrito por no tener mas cargueros.

Chacho les hizo cambiar á todos sus armas imposible, muchas de ellas, por las lanzas y sables que habian tomado.

De esta manera, si por una casualidad se veian obligados á huir abandonando su presa, habian aprovechado siquiera las armas.

Los uniformes encontrados eran muchos vistiendo cada uno de ellos dos ó tres, uno sobre otro, para facilitar mas su conduccion, y llevándolos seguros tambien, en caso de huir.

No era de esperarse que se encontraran con tropa alguna, pero tan poco era imposible y Chacho se colocaba como siempre, en el peor de los casos: tener que huir abandonando su importante presa.

Y se recostó á la izquierda del monte, tanto como su espesura se lo permitia, seguro que no habia enemigo que se atreviera á hacer otro tanto, aun sabiendo que él se hallaba adentro.

Y siguió en direccion á la Rioja pasando por San Luis para bombar al General Paunero que ya sabia Chacho se habia situado alli.

Entre tanto Sandes se movia sobre Córdoba con una fuerte division, creyendo, segun los datos recogidos por Paunero, que no tardaria en encontrarlo.

Y á medida que avanzaba y recogia noticias de la direccion que llevaba Chacho, se afirmaba mas en su creencia, marchando dia y noche para no perder momento.

Marchaba ya sobre la fresca rastrillada de Chacho, con todas las precauciones necesarias para no ser sentido, cuando se encontró con la noticia del combate y golpe de mano, cuando menos lo esperaba, y dos dias despues de haber tenido lugar.

Esta noticia se la daba un paisano de las cercanias al lugar del encuentro, paisano que tenia recogidos en su casa á los heridos que hasta entonces le habia sido posible conducir.

Y Sandes supo en seguida, con verdadera desesperacion, que Chacho no solo hacia sorprenderlo al contingente que iba para Paunero, sino que se habia llevado un convoy y una tropa de novillos cuya importancia se le exageraba enormemente.

Inmediatamente forzó su marcha hacia donde estaban los heridos, abandonados aun en el paraje de la sorpresa, para recoger de ellos datos mas exactos y detallados.

Aunque ya habian pasado dos dias, los montoneros no podian estar léjos porque iban muy pesados con el botin, y fácil seria alcanzarlos ó hacérselo abandonar por lo menos.

El Coronel Sandes mandó á los pocos vaqueanos que llevaba buscaron el rastro del Chacho, el que fué bien pronto hallado en direccion al monte.

Si Chacho estaba en el monte, se hallaria en algun sitio espeso, emboscado de manera á poder fusilar impunemente á todo el que entrara.

Chacho no quiso comprometer ningun peloton haciendolo entrar porque entraria á una muerte segura y empezó á costear al monte.

Un monte puede ser examinado por un rastreador desde afuera, siendo asombrosa la seguridad de estas pesquissas.

Por la posicion de las armas, por la inclinacion de los pastos, por los árboles mismos, un rastreador sabe si ha pasado ó no ha pasado gente y que direccion lleva esta.

Los rastreadores que Sandes llevaba, aunque no eran famosos, eran buenos, eran rastreadores al fin y no podian equivocarse en ciertos indicios.

Uno de ellos aseguró que Chacho habia tomado la direccion de San Luis en su retirada, y que cuando habia venido no habia pasado mas adelante hácia Córdoba.

Las declaraciones de los heridos estaban contestos con lo que decia el rastreador.

Chacho los habia acometido alli, y antes de llegar á aquel punto no habian tenido el menor indicio que hiciese sospechar su presencia.

Esto probaba que viniendo á Córdoba, se habia encontrado con ellos, y que satisfecho del botin tomado, habia regresado á la Rioja por San Luis, á repartir toda aquella buena cantidad de armas y uniformes.

Los heridos decian que sin duda Chacho no traia otra intencion que robar el convoy, porque los habia tratado de la manera humana que conocen nuestros lectores, sin haber permitido, desde el principio, que se les matara inutilmente.

Y eran tales los elogios que de Chacho y su gente hacian aquellos heridos, que los gefes tuvieron que imponerles silencio porque la tropa concluiria por desmoralizarse, y perder el poco interés que podia sentir en destruir á Chacho y sus montoneros.

¿Que podia temerse de un enemigo que, no solo les respetaba la vida y lo que con ellos llevaban, sino que llevaba su magnanimidad hasta curarlos y proporcionarles todo aquello que podian necesitar?

Y aquellos pobres heridos hablaban de Peñafoza con un entusiasmo que no habian empleado nunca para hablar de alguno de sus gefes.

—El que elogia á un enemigo, decian los gefes, traiciona la causa que defiende: entonces el que hable de Chacho en ese sentido será castigado con quinientos azotes.

Nadie quiso hacerse acreedor á semejante regalo y todo enmudecieron; pero cada cual convino en su conciencia, que aquel enemigo era mil veces superior á su propio gefe.

Iseas, el Coronel Iseas era quien se hallaba

La batalla de las Playas

Chacho no demoró en la Rioja sino el tiempo necesario para repartir las armas y provisiones que había tomado y organizar un poco el Ejército que debía acompañarlo en aquella verdadera expedición.

Suponia el enemigo ya debía tener noticias de su regreso á la Rioja, puesto que él no había tratado de ocultarlo, así es que lo que á él le convenia para ganar tiempo, era marchar sobre Córdoba, dando un rodeo mientras aquel lo buscaba en la Rioja.

La gente desarmada que podía tener, no lo preocupaba mucho, pues sabia que en Córdoba iba á encontrar una buena provision de armas y de cuanto pudiera necesitar su Ejército.

Como la expedicion era larga y peligrosa, la Victor quiso ir con él, á pesar de las reflexiones que le hizo.

Quien sabe como tendremos que salir de Córdoba, le decia Chacho, y que clase de marchas tendremos que hacer.

Es mejor que me esperes aquí que estás mas segura y sin pasar necesidades serias.

—Y qué necesidades he de pasar allí que no esté amenazada de pasar aquí.

Por otra parte mientras anda por allí, ese Sandes ó ese Iseas, pueden venir aquí como la vez pasada y obligarme á andar á monte.

Mejor andamos juntos, Chacho, yo no quiero quedarme aquí, porque no me hace ninguna gracia saber que estás en peligro léjos de mí.

Chacho como siempre concluyó por ceder á los ruegos de la Victor y consentir que lo acompañara en su expedición á Córdoba.

El único carrito que habían traído del último camino de mano, fué arreglado para que pudiera hacerla travesía mientras el terreno lo permitiera así se internaron por el monte hácia San Luis, buscándolo de pasar por el Portezuelo.

Aquí la Chacha tuvo que abandonar su carrito en el que tan cómoda iba, para montar á caballo, pues no había otra manera de cruzar el monte; y eso, á caballo como hombre y con guardamonte, para que las ramas y las espinas no le despedazaran las piernas.

Los soldados veian esto con un entusiasmo profundo, admirando el carácter asombroso de aquella mujer tan brava y decidida.

Victoria, en las marchas iba rodeada de un verdadero estado mayor, que atendia sus mas pequeñas necesidades, ayudándola en los mas serios apuros del camino.

El traje de Victoria no tenia mas diferencia

con el que llevaba siempre, que un par de botas grinaderas muy altas que le permitian usar mas corta la pollera, y un kepí, con que cubria su cabeza.

Su arma favorita era un sable corto y filoso, que llevaba entre las coronas del apero, al alcance de la mano y que sabia manejar como el mejor veterano.

Para ella no había privacion capaz de arrancarle una queja, y eran tan ágil y dispuesta, que, desdefiando la cooperacion de lo que llamaremos su estado mayor, era la primera en hacer fuego para brindar un mate al cariñoso Chacho, antes que nadie tuviera agua caliente.

— Es una locura lo que haces, le decia éste; tu presencia en el Ejército me embroma, porque no me atrevo á afrontar ciertos peligros que podian vencidos dar un buen resultado, y que no me atrevo á provocar por temor de envolverte en ellos.

— Picaro, le decia ella sonriente, y tratando de distraerle la imaginacion: quien sabe que peligros son esos, y mas yendo á Córdoba donde dicen que hay tanta buena moza! no me conviene que andes solo, así tengo el espíritu y el corazon mas tranquilos.

Chacho sonreia, hacia un cariño á su valiente consorte y le decia:

— Qué buenas mozas ni que buenas mozas quieres que haya en Córdoba ni en ninguna parte!

El que ha visto una vez una mujer Riojana, no hay buena moza capaz de seducirle el gusto.

Con estas bromas ella distraia á Chacho del mal humor que podía causarle su presencia en el Ejército.

Así marcharon hasta las cercanias de Córdoba, donde se emboscó Peñaloza para explotar antes del ataque, el estado de la ciudad.

Al pasar por San Luis había bombeado al General Paunero, quien le pareció no tener intenciones de moverse de allí.

— Me parece, decia, que tendremos tiempo de apoderarnos de Córdoba antes que Sandes sospeche nuestro golpe de manos y retirarnos con un poderoso parque, si es que no nos conviene quedarnos aquí y tenemos que retirarnos.

Como Chacho llevaba en el Ejército gente de todas las provincias, mandó dos paisanos Cordobeses que exploraran la ciudad, mientras él preparaba su gente para el ataque.

Tiempo tenemos de sobra, decia, porque

la vida, que tienen conciencia de perder desde el momento que caigan prisioneros.

—Por este sistema no ha de conseguirse nada, respondia Iseas, que escuchaba profundamente disgustado las teorías del general Paunero.

Los montoneros son hijos del rigor, el día que se les deje de tratar con el cuchillo y el garrote, creeran que nos han dominado y los tendremos siempre en contra, con la diferencia que entonces se volveran mas feroces.

—Pero si ellos no son feroces, si al contrario todos los prisioneros que él hace y que sé nos incorporan porque están en completa libertad no hacen mas que elogiar la manera como se les trata.

—Es porque a los tienen miedo y porque saben que otra cosa les costaria muy cara.

Pero como les va á costar mas cara de lo que se les hace pagar actualmente, no sé les estaquea; se les azota y se les mata á lanza?

Ustedes podrán tener toda la razon que quieran, pero un sistema semejante no quiero que se siga mientras yo mande el Ejército.

Y ordenó que todo prisionero que se hiciera fuese pasado al cuartel general no disponiéndose de ninguno de ellos sino en virtud de una orden mia.

Iseas salió profundamente disgustado con aquella orden que calificaba de absurda y contraproducente.

—¿Qué nos harán los montoneros cuando sepan que el día que se les agarre no se les ha de hacer nada?

Nos van á degollar á nosotros mismos el día que nos agarren: lo que puede sentirse es que no han de empezar por él.

Paunero creyó que con aquella orden evitaria en adelante toda escena de crueldad, pero no consiguió nada en realidad.

—Desde que es preciso respetar á los prisioneros como á nosotros mismos, dijo Iseas que no se hagan prisioneros y así se concilla todo y se evita que con este nuevo sistema de las contemplaciones dure la guerra mientras dure el Chacho.

Y ordenó á sus tropas que en ningun caso hicieran prisioneros, pasando á cuchillo á todo montonero que cayera en sus manos.

De manera que cuando el General Paunero creia haber concluido con aquel feróz sistema de las matanzas era cuando mas se mataba, y cuando se mataba con mas crueldad, porque para que aquellos actos de barbarie no llegaran á oídos del General Paunero, se llegaba hasta amordazar á los infelices que se queria lancear ó poner en las estacas.

Si Iseas se hubiera visto privado de esta manera de hacer la guerra, se habria separado quinientas veces del Ejército.

¿Qué aliento podia tener la guerra para él sin la ferocidad á que estaba habituado?

Algunos refirieron á Paunero las ferocidades que á pesar de su orden cometia Iseas, pero este se disculpó con este sencillo razonamiento.

Desde que el señor General quiere que los prisioneros sean tratados de una manera imposible, yo no hago prisioneros, esto es todo lo que hay.

Paunero se convenció que con aquella gente no habia otro remedio que tomar medidas de cierta violencia que entonces no eran prudentes y desistió por el momento, hasta que llegara la oportunidad de cambiar por completo aquella organizacion malsana y perjudicial.

Iseas tenia siempre su prestigio, prestigio conquistado por su misma ferocidad; era un gefe muy práctico en aquel género de guerra y debia soportarsele, hasta hallar otro con quien reemplazarlo ventajosamente.

Por el momento puso toda su atencion en los medios que habia de ponerse en juego para destruir al Chacho, haciéndole ofrecer todo género de garantías para él y los suyos.

Despues habia tiempo suficiente para dar al Ejército una organizacion mas humana.

Y trató de tener á Iseas siempre cerca de si para que no pudiera hacer ciertas cosas como único medio para contenerlo sin violencia.

Y á cada momento tenia que acudir á su campamento para librtar de los azotes y las estacas, no solo ya á los prisioneros que caian sino á los mismos soldados de los cuerpos que él mandaba.

Porque Iseas privado de la distraccion de matar prisioneros, mataba á azotes ó á colombianos á sus mismos soldados, acreedores á castigos lévisimos por que las faltas por ellos cometidas eran levisimas.

Y al noble Paunero le parecia increíble, aunque lo presensiaaba, semejante exeso de ferocidad en un gefe del Ejército conocedor de su deber y sus derechos.

Y estos actos de barbarie fueron tales que muchas veces el General Paunero estuvo tentado de pedir su retiro de allí, no efectundolo por parecerle feo hacerlo frente al enemigo.

El chasque que habia mandado Sandes á Paunero dándole cuenta que el Chacho no se hallaba en la Rioja, se encontró con otro que le mandaba el General ordenándole regresara á San Luis, porque sabia que Chacho con numerosas fuerzas habia pasado otra vez por el Portezuelo en direccion á Córdoba, siendo necesario marchar en su persecucion antes que fuese á atacar aquella ciudad y tomaria apoderándose de los elementos que allí habia.

Sandes llegó á San Luis forzando sus marchas cuanto le fué posible; y allí el General Paunero organizó el Ejército que debia marchar á batirlo donde lo encontrara, y agregándole dos piezas de artilleria que habia traído él consigo.

Paunero tropezó aqui con la primer dificultad insuperable.

Era imposible seguir á Chacho sobre su propia rastrillada, porque en toda la distancia recorrida por él, las agudadas estaban perdidas, inutilizadas con animales muertos y porquerias de todas especies.

Marchar por aquel camino, era esponerse a perecer de sed y perder por la misma causa todas sus cabaladas.

Así, Paunero se vió obligado á cambiar todo su plan.

— A la cárcel! á la Policia! gritaron todos blandiendo sus armas, y se lanzaron detrás de Lorenzo en aquella direccion.

La fuente de recursos estaba encontrada, solo faltaba ponerla en juego y á eso iba el audaz caudillo.

Cuando llevaron á la Policia, un grupo de veinte hombres se habia triplicado y los gritos de viva Lorenzo! á soltar los presos aumentaba el general tumulto y el terror del Comercio y de las familias.

La Policia estaba defendida por un batallon de infanteria de guardia nacional, de los que se habian plegado á última hora á la revolucion.

Al sentirlos gritos y el tumulto del grupo que allí se dirijia blandiendo toda clase de armas, aquellas fuerzas dudaron, no sabiendo ni quien los atacaba, ni que partido deberian adoptar.

Los presos que sentian los alaridos y las voces de ponerlos en libertad que llegaban claramente hasta donde ellos estaban, empezaron á moverse entre los cabalazos y crujias, de una manera amenazadora, y armándose con ladrillos que arrancaron del suelo, á falta de otras armas.

Y las voces de muerte resonaban entre los peligros á cual más sério.

El pueblo de alma atravesada se reunia cada vez en mayor número á la puerta de la Policia, atraído por el prestigio de Lorenzo y ya los presos sacudian las puertas de los calabozos, sintiéndose sostenidos de afuera.

— Todo el mundo á rendirse y á abrir la puerta á los presos, gritó Lorenzo disparando en el zaguán sus pistolas y blandiendo el sable.

Los soldados, sin atinar lo que hacian y sin que sonara ninguna voz del mando, porque la mayor parte de los oficiales se hallaban cerca de los presos para evitar su evasion, dispararon algunos fusilazos que fueron la señal del combate, combate violento y rapido que se trabó en el zaguán á tiros, sablazos y puñaladas.

La gente de Lorenzo, guiada por este, combatia de una manera formidable, con terrible violencia y dispuesta á vencer á toda costa.

En el interior de la Policia el vocerío era imponente: gritos de muerte y de libertad, espantoso estruendo en las puertas ferozmente golpeadas, que amenazaban caer al suelo de un momento á otro, todo esto sonaba á un tiempo, imprimiendo cierto respeto á los soldados.

Acosadas por el frente, habiendo sufrido muchas bajas; amenazados por la espalda y sin sentir ninguna voz de oficial que les infundiera animo, los soldados no vacilaron ya.

Levantaron sus armas y no solo se rindieron sino que muchos de ellos se plegaron á los desalmados que mandaba Lorenzo.

Lorenzo y los suyos entraron á la Policia como una inmensa oleada.

Los que no llevaban mas armas que sus cuchillos tan victoriosamente esgrimidos, se apoderaron de los fusiles que abandonaban los soldados, interdandose en el interior, para hechar abajo las puertas á culatazos y libertar los presos.

Algunos oficiales que con pequeños grupos de soldados trataban de impedir la evasion,

tuvieron que rendirse para no morir de una manera inútil y desairada, dejando á Lorenzo que con los suyos despedazaran las puertas y dieran libertad á los presos.

Estos salieron de sus calabozos de una manera imponente, apoderándose de los fusiles abandonados por todas partes y de otras armas que abandonaban aquellos que se habian armado de una manera mas conveniente.

Dos minutos despues toda aquella gente, tremenda y poseida de un vértigo de destruccion, salia á la calle guiada por Lorenzo, gritando siempre vivas á su libertador.

El terror en la poblacion y el comercio fué entónces inmenso.

No era imposible ya dudar que la ciudad seria entregada á cabo por aquellos presos entre los que habia bandidos de todas especies.

La revolucion triunfante trató de contener aquellos desmanes que podia muy bien hacerla fracazar, y se lanzaron á la calle fuerzas organizadas para tratar de someterlo á toda costa.

Puede decirse que en cada calle se trabó un combate igualmente encarnizado, entre las fuerzas de la revolucion, los revoltosos de Lorenzo y las fuerzas del Gobierno depuesto que, en vista de este conflicto inesperado quisieron reaccionar.

Pero Lorenzo habia adquirido ya un poder de todos los diablos, los grupos de sus parciales aumentaban siempre y él no queria someterse á autoridad alguna, queriendo ser el mismo la única autoridad que impusese.

Y con este objeto empezó á reunir su gente, para en todo caso salir fuera de la ciudad y poner desde allí su sitio y sus condiciones.

Este era el estado de la ciudad cuando regresaron los bomberbs que Chacho habia enviado como exploradores, y le refirieron lo que acabamos de narrar.

Su buena fortuna no podia ser mas completa llegaba á Córdoba en un momento asombrosamente favorable, momento que era necesario no dejar perder.

Las situaciones dificiles de una revolucion suelen cambiar rápidamente y esto era lo que tenia el Chacho.

Además, de un momento á otro podia conocerse en Santa Fé y marchar de allí tropas que la dieran vuelta con el solo anuncio de su llegada.

Chacho no tenia la costumbre de consultar con sus gefes las resoluciones que podrian crear algun peligro.

Las afrontaba y resolvia solo, aceptando sobre sí toda la responsabilidad y todas las consecuencias.

Sin embargo de esta costumbre, aquel dia reunió Chacho á sus gefes y les preguntó que opinaban sobre lo que pasaba en Córdoba.

— Nos parece, respondieron todos, que no se debe perder tiempo y que debemos tomar á Córdoba y sacar de allí cuantos elementos se pueda, incluso una buena contribucion.

— Es que no podriamos demorar tanto, respondió Chacho: tenemos que hacer la entrada por salida, es decir, mandarnos mudar antes que lleguen tropas nacionales.

— Ellas tardaran mucho, opinaban lo mas decididos, y que diablos! si encontramos en Córdoba buenos elementos de guerra, y algu-

aunque Paunero haya sabido inmediatamente mi paso por el Portezuelo, las fuerzas que mande en nuestra persecucion, tendrán que demorarse muchísimo en la marcha si vienen por nuestra rastrillada, ó dar un gran rodeo buscando las agüadas necesarias, desde que las que hemos hallado á nuestro tránsito han sido destruidas.

Y así mismo, cuando lleguen, vendrán estenuadas de cansancio y debilitadas por las necesidades que habrán sufrido en el camino.

Organizado el Ejército para el ataque, Chacho quiso dejar á Victoria emboscada y acompañada de un Regimiento, para que no corriera los peligros del ataque, pero ella le declaró que iría á su lado y que no se hablara mas de eso porque todo seria inútil.

No hubo mas que conformarse con la resolución de aquella mujer asombrosa, y dejarla marchar donde quisiera.

El aspecto de la Chacha era hermoso y varonil: aquella larga cicatriz de su frente le daba al semblante una espresion de infinita bravura, sin destruir por esto la belleza de sus facciones, que los años y los trabajos de su vida habian marchitado ya de una manera notable.

Todo el resto del dia y gran parte de la noche estuvieron esperando el regreso de los bomberos, que llegaron al fin, con noticias que el Chacho jamás hubiera esperado.

La situacion de la ciudad de Córdoba era tal que, con cien hombres hubiera pedido tomarla Chacho, y eso tal vez sin disparar un tiro.

Por disidencias graves en los partidos que se disputaban la situacion de Córdoba habia estallado una revolucion la noche anterior, que habia logrado derrocar al Gobernador apoderándose de todo.

El pánico en la ciudad era enorme, porque se decia que los revolucionarios triunfantes la iban á saquear y las familias aterradas se atrincheraban en las casas para ofrecer toda la resistencia posible.

Por las calles desiertas no cruzaban sino grupos de revolucionarios que aumentaban por momentos, no encontrando resistencia en parte alguna, y el comercio alarmado esperaba el desarrollo de los acontecimientos para adoptar medidas estremas si los que encabezaban la revolucion no les ofrecian alguna garantia.

Las fuerzas que tenia el Gobierno acantonadas para enviarlas como refuerzo al General Paunero, entre las que se contaban dos batallones de infanteria, habian permanecido indiferentes al principio, á pesar de las reiteradas órdenes del Gobierno y habian concluido por plegarse á la revolucion.

De modo que esta, triunfante, habia puesto presos al Gobernador, Ministros y Gefe de Policia, hasta que todo se tranquilizara y se constituyese el nuevo Gobierno.

La ciudad era un infierno, porque todos mandaban separadamente, contradiciéndose en sus disposiciones y órdenes, viniendo uno á destruir, cinco minutos despues, lo que otro habia hecho.

Semejante situacion no podia enjendrar otra

cosa que el caos y la general desorganizacion, provocando otra más complicada, y esto no tardó en suceder.

Un tal Lorenzo, cabecilla en Córdoba, que disponia de algun prestigio, decidió apoderarse á su vez de la situacion, obediendo á consejo de otras personas que la hacia suya, prestandole el concurso de la inteligencia y suspicacia de que él carecia.

Era Lorenzo un hombre vulgar, de alma atravesada que, empezando por acaudillar la gente de su departamento, habia concluido por hacerse de algun prestigio en toda la provincia, donde se le conocia y se le temia.

Antiguo oficial del Ejército y presente en todos los combates, donde habia hecho su buena figura como valor y como audacia, se habia impuesto entre la gente cruda y de accion que lo temia y lo respetaba como el único caudillo digno de mandarla.

Lorenzo tenia una ambicion desmedida, habia visto levantarse de la nada á hombres que no valian tanto como él, y se habia propuesto tambien levantarse á fuerza de audacia y aprovechando la primer situacion buena que se le presentara.

Desligado de toda fraccion política obraba por su cuenta, aconsejándose de hombres inteligentes que lo tenian á su vez como instrumento de sus ambiciones y como arma formidable para esgrimirse en una situacion dada.

— Este es el momento, dijeron á Lorenzo al ver el caos que reinaba en la ciudad y Lorenzo se apresuró á aprovechar el consejo, pero por su sola cuenta, sin subordinarse á nadie, para poder despues imponer sus condiciones.

Pero en aquellos momentos se encontraba solo, sus elementos dispersos, se hallaban mezclados al bochínche general en una ú otra parte y era muy difícil reunirlos en un momento dado.

Dotado de una audacia á toda prueba y de un valor asombroso, Lorenzo se lanzó á la calle sin más compañía que la de su sable y su par de pistolas, base única de sus operaciones futuras.

Concedor de todos los elementos puestos en juego, no tardó en verse á la cabeza de veinte hombres armados de todos modos, que lo siguieron aceptándolo como gefe, sin vacilar.

Lorenzo no tenia más que veinte hombres que, aunque decididos y capaces de todo, no eran sin embargo lo bastante para emprender cosa alguna.

Era preciso aumentarlos á toda costa y pronto, pero aumentarlos con gente brava y de pelea, capaz de seguirlo sin vacilar al peligro más tamoso.

Lorenzo pensó rápidamente donde podia hallar los elementos que necesitaba, comprendió que recorriendo las calles en su busca no lograria otra cosa que perder un tiempo precioso, y dándose una feroz puñalada en la cabeza gritó:

— Vamos á la cárcel, vamos á soltar los presos que están pagando allí el capricho de los Gobiernos, despues se verá lo que ha de hacerse.

dos aquellos famosos elementos y provisiones.

Pero tanto sus gefes, como Lorenzo y otros partidarios de Córdoba, le manifestaron que debia quedarse, porque tenia elementos de sobra para resistir cualquier ataque que pudieran traerle.

Ellos vendrán con fuerzas de las tres armas, decia Chacho y yo no tengo mas que mi leal y buena caballeria.

Si con ella puedo triunfar como he triunfado ya en campo abierto, no se puede operar medido dentro de una ciudad.

Las calles dificultan toda maniobra y en ellas es muy superior el arma de fuego.

— Pero si hay mucha infanteria pasada, y la prisionera puede bien defenderse cuando vea que no tiene otro remedio.

— Desconfio mucho de la infanteria, y sobre todo de la infanteria de Córdoba, decia Chacho sentenciosamente.

Si el enemigo tiene un buen momento se se me vá á pasas toda, resultando que he llevando infanteria para él y no para mí.

— Estas son ideas y nada mas que ideas, insistian todos, es preciso que se quede, que no habrá fuerzas capaces de moverlos de aqui, con los elementos que hoy tienen.

Chacho vacilaba mucho, tenia gran recelo á aquellas tropas de que se habia hecho en Córdoba, y no creia que lo ayudaran eficazmente en el momento del conflicto.

Sin embargo decidió quedarse, por lo menos, hasta dejar constituida una autoridad.

Solo si, se puso prudentemente en todos los casos, con la astucia que lo caracterizaba y que era el arma que esgrimia con mayor eficacia.

Por ejemplo, la mayor parte de los cargueiros de armas, los puso al cuidado de cien hombres, que debian conducirlos y esconderlos en los Llanos de la Rioja.

Estos debian marchar por el mismo camino que el habia traído, pues por la falta de agua si el Ejército de Sandes se aproximaba, no vendria seguramente por aquel camino.

Esta escolta de cien hombres llevaba orden de no detenerse en parte alguna, forzando su marcha cuando le fuera posible.

Si encontraban por casualidad, enemigo muy superior en número, debian dispersarse sin disparar un tiro y salvando cada cual lo que le fuera posible.

Y si vieran que por tratar de salvar los cargueiros podian caer prisioneros, debian dispersarse abandonandolo todo.

Así Chacho ponía en salvo por un camino casi seguro una buena cantidad de armas que lo compensaria de cualquier pérdida que en un combate pudiera tener.

En cuanto á los carros, hizo la misma operacion.

Formó una tropa pequeña con las provisiones y elementos mas útiles y la despachó con otra escolta de cien hombres, por otro camino lejos de las poblaciones y por un rumbo que creia no habian de hallar enemigo.

Esta segunda expedicion llevaba las mismas instrucciones que la primera,

Defender la tropa de carros, siendo enemigo inferior, pero salvarse y despensarse en el

acto, si la tropa que los atacaba era superior y no se presentaban probabilidades de éxito.

Chacho tenia la intencion de despachar otra expedicion por la derecha, pero tenia tambien la preocupacion de que si Sandes ó Paunero venian sobre Córdoba, lo harian por aquel camino.

Entonces una expedicion enviada por alli, iba á ser sorprendida indudablemente, y á caer toda en poder del enemigo.

— Si acaso tenemos tiempo, dijo, dentro de un par de dias enviare la tercera expedicion por donde va la priñera, que es camino mas seguro, porque nosotros mismos lo hemos vuelto intransitable para un Ejército, arrebatando las agnadas.

Una vez que Chacho despachó la tercera expedicion, quedó perfectamente satisfecho.

— Ahora dijo, aunque nos suceda cualquier contratiempo, nada habremos perdido.

Podremos dispersarnos como siempre, salvando cada cual lo que lleva encima y á nuestra reunion en la Rioja, nos encontraremos con una buena provision de armas, municiones de fusil y de boca, que bien nos vendrán despues de tan larga disparada.

Con el futuro asegurado de esta manera, no solo me animo á quedarme aqui, sino que lo haré, aunque me ataquen diez mil hombres y aunque siga no teniéndole la menor fé á la infanteria con que tanto cuentan ustedes.

Lo único que me mortifica, es la presencia de Victoria, pero como esto no tiene ya remedio, no habrá mas que conformarse y aguantar la mecha.

Lo que hay es que la Victor no era positivamente un estorbo.

Era una mujer brava y decidida, como ya se ha visto; capaz de llevar las mas bizarra carga de caballeria, á la cabeza del mejor Regimiento.

Chacho que no se descuidaba nunca, por mas seguro que se creyera, habia enviado sus mejores bomberos, bien avanzados, para que le dieran con la anticipacion necesaria, noticia detallada de la aproximacion de cualquier fuerza.

De esta manera siempre tendria tiempo de prepararse al combate, bien organizado, ó ponerse en retirada si le parecia que-aquello podia convenirle mas.

Tres dias despues de estar en Córdoba, ya perfectamente tranquilo respecto á las expediciones que habia enviado, tuvo el primer aviso de aproximacion de tropas.

Eran segun sus avanzadas, todo el Ejército del General Paunero que venia por la derecha, precisamente por el camino que no habia querido enviar nada.

Ahora podia hacer lo que quisiera, en la seguridad que sus expediciones se habian salvado.

Ya la ciudad estaba perfectamente tranquila, nadie atentaba contra el orden público y sus disposiciones eran por todos respetadas.

Lorenzo, que era el único elemento malo de que se podia temer, se habia plegado completamente á Peñaloza, cuyas ordenes era el primero en acatar y hacer cumplir.

La noticia de la aproximacion del Ejército Nacional, fué recibida con general desagrado,

na tropa de infanteria, bien podremos esperar que se le ocurra venir y recibirlo como es debido.

Chacho, temiendo que cualquier debilidad suya fuese á ser atribuida á la presencia de su mujer, de acuerdo con sus gefes se preparó para el ataque y se puso en marcha inmediatamente.

La Victor iba á su lado radiante de alegría y deseando llegara el momento de sacar tambien su sable de entre las coronas y mezclarse al combate.

Cada momento que pasaba, la situacion de la ciudad era para él mas favorable.

El terror de la poblacion, con la evasion de los presos habia llegado á su colmo.

El populacho, amigo de Lorenzo y del bochinche se habia desparramado por toda la ciudad entregandose á todo género de iniquidades, sin que fuerza alguna viniera á contenerlo, y las familias, que sabian que algunas casas habian sido asaltadas ya; esperaban de un momento á otro ser victimas de iguales violencias.

Los comerciantes de cada manzana se habian unido y ganado las azoteas para defender como Dios los ayudara sus casas, en un momento de ataque.

Pues nadie, dudaba ya, desde la libertad de los presos, que la ciudad seria saqueada, ya por unos ya por otros.

En estos momentos de suprema angustia llegó Chacho á los suburbios de la ciudad y disparó su primer tiro de alarma en las calles.

La sociedad de Cordoba, como el comercio, que conocia los antecedentes de Chacho, aplaudió entusiasmada su presencia allí con un Ejército.

Chacho en aquellos momentos era una garantia de la vida y los intereses de toda la ciudad.

Todos vieron llegar á Peñaloza como la salvacion general y como á tal se prepararon á recibirlo.

La revolucion triunfante no pensaba de la misma manera, creian poder resistir ventajosamente en las calles porque tenian buena infanteria, y rompieron sobre los primeros soldados que asomaron un fuego violento y nutrido.

Lorenzo, que como se sabe, campeaba por sus respetos fuera de la ciudad, sabiendo que el Chacho estaba encima, decidió desde el primer momento plegársele con sus perdidos, como único medio de no ser destruido y poder sacar tajada de todo aquello.

Chacho desplegó en los suburbios de la ciudad, y se entró tocando á la carga por las calles principales y en direccion á la plaza principal y á la Policia, que se habia convertido en cuartel general de los revolucionarios.

El combate se sostenia bien en las calles, en la esperanza de que aquellas caballerias retrocedieran y saliesen de la ciudad.

Pero la misma Victoria animaba á los Chachistas con su ejemplo, metiendose la primera de todos en todas las calles y encrucijadas.

Corto aunque muy violento fué el combate.

Aquellas infanterias acorraladas, fueron replegandose á sus cuarteles, donde se rindieron sin oponer mayor resistencia.

El pueblo, desde las azoteas y las ventanas se hubiera podido defender con exito, pero ya sabemos como pensaba el pueblo y como miraba el triunfo de la revolucion ó de los presos libertados.

No se abrió ni una sola ventana, ni se movió un solo nombre en las azoteas para hacer daño á las fuerzas del Chacho.

Al contrario, apenas asomaban estas por alguna boca-calle, se veia á las personas de las azoteas, saludarlas con bulliciosas demostraciones ó agitando los pañuelos.

Estas mismas demostraciones del pueblo, concluyeron con toda resistencia.

Las tropas rindieron las armas, pasándose muchas al enemigo, y Chacho se apoderó por completo de la ciudad, siendo su primer cuidado devolver la tranquilidad al pueblo y al comercio.

Todas las casas de comercio se abrieron como por encanto y las familias, aunque no hicieron lo mismo por temor á la soldadesca, quedaron perfectamente tranquilas.

Chacho ocupó el cabildo y en el acto distribuyó él mismo las patrullas que habian de guardar la ciudad aquella noche.

Hacer respetar la propiedad de cada uno, y la inviolabilidad del hogar, era la órden mas severamente dada.

Ante el llamado de un dueño de casa con aquel objeto, las patrullas debian acudir en el acto y reducir á prision á todo aquel que no renunciase á sus propositos ilicitos á la primera intimacion.

Las tropas que no se habian plegado á Chacho, habian sido desarmadas, así es que no habia quien turbara un órden tan celosamente guardado.

Fuera de algunas peleas de borrachos en las pulperias de las afuera, peleas bien pronto terminadas, el órden en general habia sido inalterable.

Al dia siguiente una comision de comerciantes se presentaba á Chacho dándoles las gracias por haber salvado la ciudad del caos que la amenazaba.

Chacho se ocupó en aquel primer dia en hacer registrar la ciudad y tomar todo aquello que fuera un elemento de guerra y perteneciera al Gobierno.

Las armas de propiedad particular, ya del comercio, ya de las familias, eran rigurosamente respetadas, sin que nadie se atreviera á solicitarlas.

— Yo me llevo lo del Gobierno, decia Chacho, porque estos son elementos para hacerme la guerra á mí mismo, y elementos que yo necesito.

El pueblo que tiene armas, las tiene para defender sus derechos, aun ante la agresion de sus mismos gobiernos, y yo no puedo privar á un pueblo de sus medios de defensa.

El Gobierno Nacional tenia en Córdoba buenos depósitos de armas y viveres, que fueron tomados en el acto y preparados para marchar con ellos en cualquier momento.

La mitad lo habian hecho colocar en cargueros y el resto en carros.

Porque Chacho era de opinion que debian ponerse en marcha en el acto, para salvar to-

sobre el enemigo, con una seguridad asombrosa.

Ellos convergían sobre la infantería, abriendo claros bastantes, lo que sorprendió á Paunero que ignoraba que Peñaloza tuviera tan buenos artilleros.

Inmediatamente y bajo aquel cañoneo, se hizo avanzar la línea, mientras la artillería del General Paunero trataba de apagar los fuegos á la de Peñaloza.

La infantería se batía bravamente por una y otra parte y la caballería esperaba impacientemente el momento de lanzarse á la carga.

La artillería de Paunero empezó á apagar la de Chacho, haciendo converger á ella todos sus fuegos, y logrando desmontarle una de sus piezas.

El combate era general y brillantemente sostenido en todos los puntos.

En los dos Ejércitos había un jefe de caballería de primera fuerza, siendo por consiguiente en las fuerzas de esta arma donde debía empeñarse la batalla con mas lujo de valor y de recurso tácticos.

El Coronel Sandes era un hombre intrépido hasta lo asombroso, bravo como pocos; é impetuoso en la batalla como pocos.

El combate lo atraía, lo subyugaba apesar de todo, y solo veía frente á su Regimiento un enemigo, pero un enemigo que era forzoso vencer y destrozár:

Todo retardo lo irritaba haciéndole perseguir el triunfo con mayor tenacidad y brios mientras mayores eran las dificultades á vencer.

Bajo sus órdenes, el Regimiento 1º era una tormenta que todo lo envolvía bajo el golpe de muerte del sable y la lanza.

La voz de Sandes obraba en él como un golpe eléctrico y se veía á cada soldado multiplicarse para realizar las órdenes de su jefe.

Es que la bravura imponderable del Coronel Sandes se trasmítia á sus soldados, hasta comunicárles su fuerza de voluntad incontrastable y una resistencia heroica.

Chacho por su parte era un digno enemigo del valiente Sandes.

Bravo y sereno, tranquilo y soberbio, él combatía siempre con una convicción profunda de triunfo y una seguridad admirable en todos los movimientos que imponía á su tropa.

Chacho jamás se dejaba arrebatar por el entusiasmo de la batalla, obrando siempre con una calma que le permitía dominarlo todo y obrar calculando de aprovechar todas las ventajas que pudiera brindarle el enemigo y pensando siempre la mayor comodidad y el menor sacrificio de su tropa.

Cuando el triunfo le sonreía, no se dejaba arrastrar nunca por el entusiasmo, ni atacaba sin dejarse una buena retirada para el caso siempre posible de que el enemigo se rehiciera victoriosamente.

Nadie mas bravo y mas impetuoso que el Chacho, sin embargo.

Manejaba sus soldados como si fueran dedos de su mano, y una carga por él guiada, con todo el ardor de su bravura, era irresistible en el primer momento.

Con semejantes jefes, el combate en la caballería debía ser interesante, al extremo que

de ambos Ejércitos cautivó todo la atención de ambos Ejércitos.

Chacho tenía la firme resolución de vencer, creía que en aquella batalla se jugaba todo el éxito de la campaña y estaba decidido á disputar el triunfo poniendo al servicio de este propósito toda su voluntad y todo su esfuerzo.

Pero no por esto Chacho llegaría al sacrificio estéril de sus tropas, llevándolas á una muerte vana.

Por esto es que antes de la batalla les había dado la señal de dispersión y el punto donde habían de reunirse á día fijo.

Si veía que á pesar de todos sus esfuerzos no lograría obtener sinó ventajas parciales y no un triunfo definitivo, se retiraría del combate, porque para él no había nada mas sagrado que la vida de aquellos soldados que lo acompañaban voluntariamente y entusiastamente.

El no tenía el derecho de sacrificarlos estérilmente y no había tentación capaz de hacerlo desistir de este firme propósito.

Sandes por su parte tenía empeñado aquel día todo su amor propio en el triunfo.

Un jefe de su soberbia y de su valer, no podía convencerse que un Ejército compuesto de tropas regulares en su mayor parte, y bien armadas, fuera vencido por monotoneros que no llevaban á la batalla mas idea que el triunfo de su caudillo, que no tenían armas suficientes y que se batían á tan larga distancia de sus montes y pueblos.

Sandes consideraba una vergüenza militar dejarse vencer por tan inferior enemigo y estaba dispuesto á triunfar á toda costa, aún con el sacrificio de su último soldado.

Conocía todos los méritos militares de aquel original guerrero, convenía que Chacho era un jefe de caballería insuperable, vivo en el plan é impetuoso en la carga.

Pero como General en jefe de un Ejército no creía que quedaba en las mismas condiciones, mucho menos al frente de un Ejército irregular y mal armado, donde fuera de las caballerías que él mandaba, el resto de los soldados se batían individualmente y por su propia cuenta.

Así Sandes había ido á la batalla no solo decidido á triunfar, sino plenamente convencido de que este tendría que ser el resultado final.

Después de un fuego violento de infantería, Paunero hizo cargar á la bayoneta la del Chacho.

El choque fué terrible: la infantería de Chacho compuesta de Cordobeses que en su mayor parte era la primera vez que se batían, se hizo un ovillo y buscó instintivamente un claro para huir.

Pero Chacho que sabía instintivamente lo que iba á suceder, había acudido con su caballería escalonada, cayendo vigorosamente sobre la infantería de Paunero, que sableaba de una manera sangrienta, se vió obligada á formar cuadros para no ser deshecha.

Y en protección de aquella infantería y para abrirle una retirada, acudió el tremendo Sandes al frente del soberbio Regimiento 1º y Guías de San Juan.

Aquellas compañías se precipitaron unas sobre otra con un valor y un brio imponderable.

pues aquel era un anuncio de nuevos combates, nuevas zozobras y nuevos peligros para la poblacion, que temia mas el Ejército Nacional que á los mismos Chachistas, que al fin y al cabo no hacian el menor daño, sino que prestaban servicios de suma importancia para la tranquilidad pública.

A la aproximacion del Ejército, Chacho tuvo deseos de retirarse sin combatir, pero volvió á observarle que aquello era una calaverada, porque todas las probabilidades de triunfo estaban con él.

— Desconfío siempre de la infantería, exclamaba, y la infantería es mucho en un combate como el que tendré que dar.

— No desconfie que la infantería es buena.

— Bueno, exclamó Chacho decidiéndose al fin; voy á dar una batalla y veremos quien tenian razon.

Desde aquel momento dedicó toda su atención á organizar sus fuerzas, empezando por sacarlas de la ciudad.

El General Paunero habia llegado á Rio II, donde esperaba hallar buenos y numerosos elementos llegados de Buenos Aires á engrosar sus filas.

Efectivamente, cuando Paunero llegó á aquel punto, no solo halló reunidas infinitas fuerzas de caballería é infantería, sino dos piezas de bronce de buen calibre, que le prestarían gran servicio.

Con estos elementos agregados al Ejército que el tenia, emprendió su marcha decididamente hacia la ciudad de Córdoba, donde ya sabia lo esperaba Chacho con fuerzas numerosas y superiores.

El General Paunero, así que llegó á las Playas, creyendo inconveniente marchar mas adelante, hizo alto y tendió una linea de batalla de mas de tres mil hombres de las tres armas.

Tal vez á la vista de un Ejército tan numeroso, el Chacho se acobardara y se retirase sin combatir, siendo fácil entonces destruirlo con una rápida y tenaz persecucion.

Es que Paunero no tenia la menor idea de lo que era Peñaloza cuando se decidia á combatir.

La linea tendida por Paunero, era una de aquellas eternas y rutinarias lineas que tendian hasta ahora nuestros generales.

Artillería é infantería en el centro y la caballería en los dos costados y casi siempre tendido su ala, para presentar mas numero, á la vista, aunque mas debil tambien.

Estando un ejército colocado en estas condiciones, ya no habia mas que hacer y todo lo de más vendrian por si solo.

Chacho que observaba todos los movimientos de Paunero desde el dia anterior, desplegó tambien una hermosa linea de batalla y marchó hasta la Playas donde esperaba Paunero, decidido á darle la batalla de todos modos.

El coronel Sandes estaba encargado del ala derecha compuesta de varios regimientos entre ellos el intrépido 1°.

El ala izquierda la mandaba el coronel Alvarez, del Fis, entre cuyos regimientos figuraba el sobervio 2° de caballería.

El Chacho habia tendido su linea paralela á la de Paunero, á su izquierda y defendidas por

escuadrones de caballería escalonados, habia colocado tres cañones de bronce tomados en Córdoba, con los que se prometia meter un buen trote al enemigo.

Sus infanterías las habian distribuido en el centro y la derecha, apoyandolas tambien por caballería escalonada, á objeto de rechazar cualquier carga que sobre ellos trajese el enemigo.

Á los costados de la linea, formaba en batalla el resto de la caballería, entusiastas y ávida de entrar en batalla.

El Chacho recorria siempre toda su linea, haciendo las observaciones que creia necesarias.

Su mujer estaba entre la caballería de la izquierda, en un brioso caballo Mendozino, y teniendo en la mano su filosa espada.

Era preciso buscarla atentamente para hallarla, porque al primer golpe de vista parecia uno de tantos gefes montoneros.

Habia recogido bajo el kepí su largo y espléndido cabello, y el vestido recogido á manera de bombacha, dejaba ver su bota granadera brillante y adornada por un par de espines de plata con pequeños remaches de oro.

La Victor miraba la linea enemiga con una tranquilidad perfecta, dominando el grupo donde se hallaba, con su actitud sobérbia y hermosa.

Lorenzo, que habia venido á engrosar las filas del Chacho con toda su gente, formaba á la izquierda de la Victor, pues desde el principio habia declarado que queria combatir bajo sus órdenes.

Chacho estaba contento: su alegría se transparentaba en la agilidad de sus movimientos y en la sonrisa que iluminaba siempre su fisonomia inteligente y brava.

Sin embargo, de cuando en cuando una nube cruzaba su semblante y sus labios se movian con cierta amargura.

Ha hecho mal en venir Victoria, decia; por cuidarla y por atenderla, voy á descuidarla batalla y puede sucederme un fracazo.

—La Victor es mas gaucha que todos nosotros juntos, le decian los gefes que lo oian lamentarse de aquella manera: ya verá como son sus escuadrones los que mejor pelean.

—Es que yo me voy á ver privado de hacerlos cargar para que no cargue ella, decia Peñaloza y esto puede ser un contraste en la batalla.

—Ya cargará ella en el momento mas oportuno, no tenga cuidado General: la Victor es tan generala como usted mismo.

Chacho sonreia lleno de satisfacion al oír hablar así de su consorte; pero no estaba en caja, la presencia de su mujer le quitaba toda la espontaneidad de sus acciones.

En prevision de cualquier contratiempo que pudiera obligarlo á huir y dispersarse, como siempre, antes de entrar en fuego, dió á su gente la señal que debia indicarles el momento de la dispersion, y el dia y punto donde debia reunirse tres dias despues del combate.

Tomadas todas estas medidas y lista ya la linea, el Chacho resolvió tomar la iniciativa en la batalla, por aquello de que el que pega primero pega dos veces.

La artillería del Chacho rompió sus fuegos:

sobrehumanos que por sostenerla hacian unos escuadrones de caballeria mandados por la Victor, que habia ya vendado sus heridas y vuelto al combate.

Al regresar Chacho á su línea, triunfante con las piezas que acababa de tomarse encontró con este descalabro: que la infanteria de Córdoba, que por su número y armamento era su mayor esperanza de triunfo, se pasaba al enemigo á banderas desplegadas.

No pudo reprimir su coraje y su ira, y trémulo de indignacion la cargó, pasando por su centro como una tormenta de muerte.

La batalla estaba perdida, no habia la menor duda y harto lo comprendia Peñaloza, con inmenso dolor.

El enemigo, felizmente, destrozado y fatigadísimo no podia desplegar gran actividad en el último trance de la batalla.

Chacho resolvió sostenerse aun, aprovechando aquella postracion, hasta poner en salvo á su esposa.

Despues haria la señal de dispersion, porque ya pelear mas, seria para sacrificar estérilmente á sus soldados, soldados que, á fuerza de bravura acababan de asombrar á un enemigo para el cual los actos de valor eran cosa harto familiar:

Chacho hizo cambiar caballo á la Victor, y guardada por su propia escolta, la hizo retirar hácia la frontera de San Luis, para de alli pasar á la Rioja, recomendándole que huyera sin descansar, que él los alcanzarian en seguida.

Chacho volvió en seguida á la batalla donde aun se luchaba de una manera espantosa, aunque sin esperanza de triunfo para los suyos,

Tal era el número de muertos y heridos de ambas partes, que sobre aquel terreno era imposible maniobrar con desembarazo.

Chacho tomó los dos escuadrones que mas enteros estaban, tendió su vista de águila por el campo enemigo y se lanzó magnífico y terrible sobre un batallon de infanteria que formó cuadro en el acto.

Y sobre aquel cuadro se estrelló Chacho, saltando sus caras de una manera imponderable.

Si desesperado fué aquel ataque, mas desesperada fué la defensa, pero á pesar de todos los esfuerzos de Chacho fueron bien pronto colmados del mayor éxito.

Aquel cuadro, despues de una heroica defensa fué roto los ginetes se metieron al centro, y aquel fué por dos ó tres minutos un vértigo de matanza.

Sandes habia visto aquel peloton de ginetes que se ausentaban del campo de batalla, como si quisieran salvar algo de interesante.

Calculando que aquel algo no podia ser otra cosa que la mujer de Chacho, á quien todos habian visto en la batalla, se preparó á perseguirlos con el 1º, que aunque habia sufrido mucho, se sostenia con la frescura de un cuerpo de reserva.

Pero cuando ya se lanzaba en la persecucion, porque no habia duda que la batalla estaba ganada recibió orden de ir á sostener aquel cuadro de infanteria, en el mismo momento que Chacho lo hacia pedazos.

Chacho no esquivó el choque que le venia á brindar el 1º, lo esperó, chocó, se produjo el enterevero, pero como un simulacro estudiado con anticipacion, pasó del otro lado y siguió su retirada hasta su línea que solo esperaba la señal de retirada.

Detras del Chacho se desprendieron á cargarlo todos los cuerpos de infanteria, al abrigo de los disparos de las piezas y secundados por la caballeria.

Este fué el momento solemne de la batalla y Chacho hizo entónces oír su señal de retirada.

Como aquella señal de retirada era para nuestro Ejército un toque de degüello, los cuerpos se pararon la infanteria formó cuadro y la caballeria se escalonó.

Aquella fué la mayor ventaja que pudo encontrar el Chacho y sus tropas para la dispersion que deseaba efectuar.

Aquellas fuerzas, todos aquellos soldados que habian antes combatido como leones, se desparramaron en todas direcciones como las hojas secas que barre y lleva el ventarrón.

Cuando Paunero se apercebido de lo que se le trataba, ya era tarde: aquellos jinetes se habian diseminado en grupos tan pequeños que era imposible emprender toda persecucion,

Chacho anduvo remolineando hasta que se perdió el último ginete y recien entónces fué que se alejó con una rapidez pasmosa, seguido de un grupo de ginetes que no habian querido abandonarlo un solo momento.

Fué detrás de aquel grupo que se lanzaron los ginetes mejor montados y mas descansados.

Pero perseguir al Chacho era una empresa irrealizable, aunque esa persecucion se hizo en los primeros momentos en terreno limpio.

Poco despues Chacho ganaba los montes y las quebradas, sin que siquiera hubieran logrado ponerse al tiro de carabina.

La batalla de las Playas estaba terminada, pero Chacho aunque derrotado quedaba triunfante.

La mayor parte de las bajas que habia tenido entre muertos prisioneros y heridos pertenecian á las tropas que habia reunido en Córdoba y que solo con aquel combate le hubieran vencido.

En cambio habia despachado con la anticipacion que sabemos, una buena provision de armas, vestuarios y alimentos, para un numeroso cuerpo de Ejército.

Chacho habia perdido la batalla, efectivamente, pero en resumidas cuentas salia ganando y dejaba al Ejército vencedor en malisimas condiciones, sin los elementos necesarios para llevar á cabo una persecucion tenaz y susceptible de dar buenos resultados.

El Ejército de Paunero tenia muchos prisioneros del enemigo, pero prisioneros que no podian servirle ni siquiera de meras altas para remontar los cuerpos, pues eran como se sabe, prisioneros que el mismo Chacho habia hecho en Córdoba y traído por fuerza á la batalla.

Y si aquellas infanterias no se hubieran pasado, sabe Dios cual habria sido el resultado del combate.

Paunero tuvo que quedarse en Córdoba y

El fuego se suspendió como por encanto en gran parte de la línea, atraída la atención de todos por aquellos ginetes sobérbios.

El entrevero se sucedió inmediatamente al choque y el combate se hizo magnífico.

Sandes, en lo más sério del combate, alentaba á sus soldados con su voz y con su ejemplo.

Y las compañías que eran rechazadas volvían á rehacerse á retaguardia de las que cargaban, para volver á cargar nuevamente y servir á su vez de muralla á las que necesitaran reorganizarse á su espalda.

Al Chacho se le veía en todas partes y al lado siempre de los que flanqueaban, batiéndose individualmente á la par de sus soldados.

El juego de la lanza se había hecho imposible, pues las compañías se aglomeraban unas sobre otras, impidiendo el enristre.

Se peleaba á sable con cierta dificultad, y á cuchillo, arma á que había acudido los soldados en última instancia.

El Coronel Alvarez vino en protección de Sandes pero sin poder obrar eficazmente, porque aquello era un peloton de ginetes donde era difícil hallar una compañía que no estuviera confundida con otra enemiga.

El Regimiento 1º hizo un hábil movimiento de flanco, cayendo Sandes mismo con un escuadrón al sitio preciso donde se batía Chacho.

El caudillo Riojano se encontró rodeado de ginetes que lo acosaron por todas partes.

Un oficial y un sargento cayeron sobre Peñaloza, ávidos de partirle el cráneo, lo que hubiera logrado si un suceso imprevisto, que vino á cambiar la faz del choque.

En momentos de llegar á Peñaloza, el oficial rodaba del caballo con el cuerpo atravesado de un sablazo y el sargento rodaba á su vez por el suelo, con el cráneo dividido por el sable del Chacho.

Quién había herido de muerte á aquel oficial en ese momento?

Era la Victor, que viendo el inminente peligro que corría Chacho, había acudido en su auxilio, seguida de dos escuadrones escalonados.

Y viendo el peligro de muerte que corría su marido, se había adelantado en un salto prodigioso de su caballo, hasta el oficial en cuyo cuerpo hundió su espada.

Aquí sucedió algo de verdaderamente magnífico.

Chacho, turbado por el peligro que corría su mujer, acudió en su defensa, pues la vió inmediatamente rodeada de enemigos.

Sus soldados, aterrados á su vez ante el peligro de muerte que amenazaba á aquellos dos héroes se lanzaron al combate terribles incontrastables.

Y tal fué el denuedo y el vigor con que combatieron aquellos dos minutos de terribles tenazas que el enemigo tuvo que abrirles paso y dejar retirar á aquellos dos leones, luchando titánicamente.

La Victor sin embargo, no se retiraba ileso, había recibido un ligero hachazo en la cabeza y otro en el brazo derecho que le sangraba copiosamente.

Las tropas con que había acometido el

Chacho, se retiraban también postradas de tanto combatir y dejando el campo horriblemente sembrado de cadáveres y heridos.

Desde que Chacho vió herida á la Victor, perdió toda su entereza, pareciéndole que la herida podía ser mortal, y solo pensó en la retirada.

Privado de su atención el resto del Ejército hubiera sido deshecho, á no ser que la atención de los demás gefes de Paunero y la de Paunero mismo, estaba fija en el punto donde peleaba Sandes.

Pero el resto del Ejército de Peñaloza había también combatido de una manera heroica.

La pieza en buen estado que quedaba á los chachistas, había agotado sus municiones.

Chacho se retiró por fin de aquel punto donde tanto se había combatido, con solo las dos terceras partes de la fuerza que trajo á la pelea.

Pero se retiró de una manera imponente, sin que sus compañías perdiesen la formación ni abandonararan la ofensiva siempre que el enemigo se les aproximaba.

Si Chacho no hubiera tenido la preocupación de su mujer herida, indudablemente hubiera vuelto á la carga una y cien veces.

La Victor misma trataba de tranquilizarlo en lo posible, manifestándole que aquellas heridas ni siquiera valían la pena de pensar en ellas.

—Tu presencia es necesaria en la batalla, le decía, si no quieres que se pierda y sucumbamos todos.

—Ya lo sé, respondió Chacho, pero es preciso que te deje en seguridad, si quiera, aquí tras de la infantería.

A la espalda de la infantería que no había sufrido casi nada, Chacha, rodeada de algunos ayudantes procedió á la curación de sus heridas, mientras Chacho completamente tranquilo respecto á su gravedad, volvía á la pelea.

La batalla estaba perdida, según parecía, pero Peñaloza no se dió aún por derrotado, considerando tal vez que aún le quedaba mucho que hacer por el triunfo.

Como era la artillería enemiga la que mayor estrago causaba en sus filas, después de recomendar á la infantería que se sostuviera hasta su vuelta, se puso á la cabeza de un Regimiento de caballería y cargó, cargó sobre las piezas de una manera tremenda, como él sabía hacerlo en sus casos de verdadero apuro.

Aquello era asombroso: el General Paunero estaba maravillado de tanta bravura, comprendiendo al fin como era que Chacho podía resistir el combate con un Ejército bien armado y disciplinado, puesto que suplía estas desventajas; con un lujo imponderable de bravura.

Los artilleros que no esperaron jamás que los jinetes de Chacho llegaran hasta las piezas, vacilaron abandonando algunas que Chacho hizo enlazar en el acto, saliendo con ellas á la cincha.

Pero al mismo tiempo que él obtenía aquellas ventajas sobre la artillería, su infantería vigorosamente cargada por Sandes, ni siquiera había atinado á formar cuadros y se pasaba sin disparar un tiro, á pesar de los esfuerzos

Perseguido por todas partes, con el resto de las provincias ocupadas por el enemigo, sin mas elementos que aquellos que tenia ya, todo seria dificultades y apuros, pero no por esto habia de desmayar aquel espíritu sobérbio, cuyo temple siempre era superior á la circunstancia mas difícil.

Ante la perspectiva de tener que luchar con un enemigo cuyo número no se conocia y que debia aumentar siempre por nuevos contingentes, cualquier otro que no fuera Chacho habria renunciado desde ya á sus propósitos, tratando de obtener las mayores ventajas que le fueran posibles.

Chacho por el contrario, se reempló ante todas aquellas dificultades y peligros y se encontró con tanto ánimo y tantos bríos como á los veinte y cinco años.

— La desventaja en las armas, le decian algunos, es el único inconveniente con que tendremos que luchar, pues el enemigo será siempre superior en esto.

— Y cual es la desventaja de las armas? preguntaba Chacho, siempre sonriente: lo mismo mata una lanza lujosa llena de virolas de plata; para un entrevero es mil veces mejor un cuchillo que un sable.

— Sí, pero el enemigo tendrá siempre una infanteria que nosotros no tendremos ni podemos tener, y una artilleria que nos falta.

— La infanteria no sirve sino para que la hagan prisionera, respondia Chacho: nunca se debe pelear de á pie, y si yo no hubiera tenido infanteria en las Playas de Córdoba no me hubieran vencido.

La artilleria, agregaba, es un gran estorbo en las marchas, y la llevariamos para el enemigo, porque tendriamos que abandonarla en el momento menos pensado.

No hay mejor artilleria que la que se toma al enemigo sobre el campo de batalla, cuando se necesita, esta es la que usaba el gran maestro del General Quiroga y la que hemos usado nosotros toda la vida.

Además, no hay necesidad de que los cañones sean de bronce ó de hierro: si no los tenemos, los haremos de cuero, y el resultado será el mismo.

Cada cañon en servirá mas que para hacer un disparo, pero haciendo cien cañones en vez de uno todo queda salvado.

El Gobierno mandará tropas hasta el dia del juicio si le dá la gana; pero el Gobierno no podrá mandar gefes capaces de hacerme la guerra, por mas elementos que tengan y por mas famosas que sean sus arma.

Solo Sandes es capaz de luchar conmigo, porque es mas bravo que yo, y porque es activo y caprichoso como ninguno.

Pero Sandes se acabará como se acaba todo Sandes, morirá al fin, porque es preciso matarlo ó tomarlo prisionero, y yo les preguntaré entónces á quien ván á poner al frente del Ejército.

El, á fuerza de golpes y contrastes se ha educado en nuestra guerra, ya conoce mi modo de luchar y de huir y es el único que me hace trabajar un poco.

Los demás vendrian á un aprendizaje terrible que les costaria la pérdida de muchos Ejércitos y muchas batallas.

Si el Gobierno suelta detrás de nosotros varios Ejércitos, no hay mas que sacar el cuerpo al que mande Sandes y caer siempre sobre los otros.

De esta manera y mientras el único gefe que vale se fatiga inútilmente buscándonos, nosotros los batimos en detalle todas sus tropas novatinas, que no podrán hacer otra cosa que proveernos de armas y vestuarios.

Ellos se pelarán buscándonos y fatigarán sus caballos, mientras nosotros, plácidamente ocultos, esperamos el momento á propósito para caerles encima cuando mas lejos de ellos nos crean.

No tendremos mas trabajo que bombarlos y sacarle el cuerpo á Sandes, hasta que estemos en situacion de poderle caer á él mismo.

Estos eran los planes del Chacho en la nueva campaña que habria contra el Gobierno Nacional, obligándolo á poner en juego todos sus elementos y todo su poder en la República.

El General Paunero se preocupaba en organizar su Ejército, un Ejército poderoso en Córdoba, pero lentamente y sin el menor apuro, á pesar de las instancias de los demás gefes que habian luchado con Peñalosa.

El no creia que Chacho pudiera volver á presentarse como enemigo y al frente de tropas que pudieran tener visos de Ejército.

Lo habia visto huir del campo de batalla con unos cuantos ginetes que no alcanzaban á formar ni un escuadron; se le habian tomado mas de cuatrocientos prisioneros, y el resto de su tropa él la habia visto desbandarse en todas direcciones, abandonando sus armas y en la mas completa derrota.

Y no comprendia que un enemigo así vencido en una batalla donde habian jugado todos sus elementos, pudiera inspirar el menor cuidado.

Sandes trataba de darle una idea de lo que era Chacho, pero todos sus esfuerzos eran inútiles antes lo que el llamaba la evidencia.

— Chacho no ha huido derrotado, le decia, no ha hecho mas que dispersar sus tropas como mas le ha convenido, una vez que se ha visto derrotado.

Pero esas tropas él las reunirá de nuevo en paraje donde las habrá citado, y con ellas mismas volverá á presentarnos batalla despues de habernos hecho andar como locos de un extremo á otro.

Paunero sonreia ante lo que llamaba fantasias de Sandes, y agregaba como argumento de primera fuerza:

— Si Chacho hubiera dispersado su gente cuando lo creia oportuno y para volverla á reunir en otra parte, no nos hubiera dejado entre las manos los cuatrocientos prisioneros que tenemos, entre ellos toda su infanteria.

— Es que los prisioneros que tenemos no son sino los soldados que ha sacado de Córdoba: de sus montoneros terribles, de sus soldados de la Rioja y Catamarca no hay ni diez prisioneros.

Todo lo que nos ha dejado son soldados de Córdoba mismo, soldados de infanteria que no lo hubieran podido seguir en una retirada.

establecer allí un cuartel general, pues era necesario atender aquella gran masa de heridos y proporcionarles todo aquello que pudiesen necesitar.

El Coronel Sandes fué de opinion que debía perseguirse á Chacho con cualquier fuerza, por pequeña que fuera, para evitar una nueva reunion de montoneros, pero Paunero creyó aquello completamente inútil.

El Ejército de Chacho se componia de gente de todas las provincias y de todos los pueblos, decia, positivamente dispersos hoy en todas direcciones.

Chacho no vuelve á reunirlos ni en un año y mi creencia es que, viéndose ahora sin elementos para luchar y escarmentado con el

golpe sufrido, se someterá al Gobierno y se habrá terminado así, sin mayor derramamiento de sangre, una campaña tan penosa como larga.

Sandes trataba de explicar al General Paunero como aquellas dispersiones no significaban nada, porque la mayor parte de las veces eran hechas intencionalmente, pero Paunero no queria creerlo.

Sin embargo, no queriendo chocar con la opinion del Coronel, organizó, dos dias despues, una division ligera, y la soltó en persecucion del Chacho, mientras él se ocupaba en reorganizar todo el Ejército para ir á ocupar la Rioja, cuna de los montoneros.

Las escondidas

Chacho entretanto se habia apurado á llegar á San Luis, convencido que el enemigo no habia quedado en estado de perseguirlo.

Toda su ambicion era alcanzar á su mujer, cuyo estado lo tenia preocupadisimo.

Aunque sabia que las heridas no eran de muerte, el calor de la lucha, la agitacion de la fuga y la intemperie á que habia tenido que pasar las noches, podian muy bien traer graves complicaciones de resultados fatales.

Como la Victor, una vez que se convenció que no era perseguida hizo mas lenta la marcha, fácil le fué alcanzarla, siguiendo el mismo camino que él habia marcado á su escolta.

Su hermosa compañera iba con fiebre y cierto decaimiento de ánimo porque no sabia que habia sido del Chacho, pero sus heridas seguian en excelente condicion.

Grande fué la alegria de ambos en encontrarse.

Chacho hizo apurar entónces la marcha hacia San Luis para proporcionar á su compañera el reposo que tanto necesitaba.

Una vez en San Luis ya desapareció para él todo temor.

Buenos curanderos visitaron á la heroica Chacha, y Peñalosa perdió todo recelo.

Sus tres expediciones de Córdoba se habian salvado y debian ya esperarlo en la Rioja, á donde sino habian llegado, no tardarian en llegar los dispersos de la batalla.

No podia él demorarse en San Luis y empuñó su marcha hacia los Llanos, dejando á Victoria en perfecta seguridad.

Chacho pasó á la Rioja, donde procedió á la reorganizacion de su Ejército para el que tenia armamentos superiores y uniformes como no habia tenido nunca.

Como Chacho no podia andar nunca con carretas de viveres ni de ninguna otra cosa, porque al fin tendria que abandonarlas al enemigo, cambió en el comercio y venlió á algunos troperos chilenos los carros que habia traído, una vez que los desocupó, repartiendo religiosamente el dinero entre su tropa, como alcanzó, pues. era justo que los soldados que tenian familia pudieran dejar á éstas aunque mas no fuera que cuatro reales Bolivianos.

El Gobierno entregó á Chacho todo el dinero de que pudo disponer, y los partidarios mas acomodados le dieron tambien, con arreglo á sus recursos, cuanto les fué posible.

Todos los dispersos de la batalla de las Playas, fueron llevando poco á poco al sitio convenido, sin faltar uno solo y dispuestos como nunca á entrar en nueva campaña seguros de que el fin de todas aquellas penurias seria un triunfo tan completo, que les permitiera gozar de una paz que no volveria á ser alterada.

Chacho empezó por establecer un servicio de bomberos como jamás lo habia tenido, porque comprendia que entónces iba este cuerpo á prestarle servicios de la mayor importancia.

Aunque vencedor, el Ejército Nacional habia quedado postrado, porque en la batalla habia tenido muchas bajas de consideracion que lo inhabilitaban para abrir campaña inmediatamente.

Pero de Buenos Aires nuevas tropas y formarían nuevos Ejércitos, que se dividirían para perseguirlo por todas partes sin descansar, sin darle un momento de tregua ni reposo.

La nueva campaña que abria Chacho era la mas peligrosa de todas y la que mas penurias le brindaba.

batalla, el que mas habia sufrido y el que menos habia reposado.

A pesar de esto, Sandes, cuya actividad era á prueba de toda fatiga, habia mandado algunos pelotones por la ciudad, para perseguir y apresar los grupos de revolucionarios y de Lorenzistas, que andaban diseminados por las calles de la ciudad, saqueando y cometiendo actos de violencia, para aprovechar los últimos momentos de confusion, pues estando la ciudad ocupada por el Ejército de línea, nada podrian hacer en adelante.

Las comisiones del 1º lograron tomar algunos de estos grupos, conduciéndolos al campamento de Sandes; pero los mas, sabiendo que la ciudad era patrullada, se dispersaron y salieron al campo buscando no ser perseguidos y poder ir aquella noche á pilchar en el campo de batalla.

Los conventos habian sido un buen refugio para las familias, que creyendo que la ciudad podia ser entregada al saqueo, habian acudido allí buscando mayores garantias.

Una vez que el resto del Ejército se incorporó á la division de Sandes, Paunero lo mandó campar á los Molinos de Lopez, marchando Sandes á aquel paraje, con sus prisioneros, que pasaban á trescientos.

El Coronel Alvarez habia regresado tambien de la persecucion que se le mandó hacer por el flanco de la Sierra, sin haber logrado otra cosa que la prision de unos cincuenta dispersos que habian quedado en el campo postrados por la fatiga.

La division de Sandes debia permanecer unos dias aún en el campamento que se le habia señalado, á consecuencia de hallarse bastante enfermo el Coronel Sandes.

En las Playas, despues de aquella carga estupenda dada por el 1º en proteccion de las infanterias, el Coronel Sandes se sintió atacado de un vahido tan fuerte, que cayó del caballo, pensando sus oficiales y tropa que hubiera sido herido de muerte.

Felizmente el enemigo se habia retirado rechazado, que si no, aquel hubiera sido un momento de ruda prueba para el Regimiento 1º.

El vahido pasó en aquella naturaleza de fierro, pero dejando algunos rastros alarmantes.

Se creia que el excesivo trabajo tenido por Sandes en la batalla, bajo un sol tremendo hubieran causado alguna aglomeracion de sangre en la cabeza, pues unos cuantos minutos de reposo bastaron para mejorarlo.

Pero Sandes, aunque sin hacer caso de ello, aseguró que lo que tenia era algo mas sério que el desmayo aquel.

En los momentos mas agitados de la batalla habia sentido estrañas novedades en la herida última, la puñalada del Chileno, novedades que habian ido aumentando, hasta que produjeron el desmayo que lo hizo caer de caballo.

Yo siempre he dicho que adentro de esta herida me han dejado un pedazo de cuchillo esclamaba Sandes, pues siento no solo ya la sensacion de un cuerpo estraño que me lástima, mas ó menos dolorosamente y me impide hasta acostarme de ese lado.

Pero estos médicos quieren saber mas que uno y no le hacen caso, hasta que un dia me abra yo mismo la herida y me saque lo que me estorba.

Efectivamente, desde el principio Sandes habia tenido esta preocupacion, pero no habian querido hacerle caso en su pretension de que le abrieran la herida.

Aquella molestia, aquel cuerpo estraño de que hablaba, podia ser alguna puntita del hueso roto y esto se podia subsanar sin una operacion seria que allí nadie se animaba á practicar.

El mismo médico que lo curó en Mendoza le habia recomendado el absoluto sosiego, si quiera por algun tiempo para evitar toda mala consecuencia de la herida.

Pero Sandes se habia reido una vez que la herida estuvo cerrada.

Poco ilustrado, Sandes creia que una herida era cuestion solo de un poco de carne separada, que era preciso cicatrizar, pero que una vez cerrada ya nada habia que hacer.

Las tripas, las arterias y los órganos interiores heridos, cerraban y se curaban como la carne de afuera, y no habia nada que hace, una vez cicatrizadas.

Y como nunca habia tenido inconveniente alguno en sus innumerables heridas, no habia ninguna que mereciese de su parte la menor atencion.

Y siempre creyó que el cuidado que se le recomendaba tener con aquella herida cicatrizada, era uno de tantas zonceras del médico, que no valia la pena de hacer caso.

Los primeros dias despues del desmayo de que hemos hablado, estuvo algo molesto y cuidado, no porque su vida pudiera estar comprometida en la enfermedad, que esto era lo que menos lo afectaba, sino porque podia verse obligado á abandonar el servicio, cosa que no le hacia ninguna gracia.

Pero pasadas las novedades primeras, ya no hizo caso de nada, dedicándose esclusivamente á remontar su Regimiento, y cubrir los claros que sus filas habia dejado la batalla de las Playas.

El General Paunero le habia dado orden de destinar los prisioneros repartiéndolos en los diversos cuerpos que tenia á sus órdenes y él pensaba elegir de entre ellos los mejores, para reponer las pérdidas del Regimiento.

Como ya lo hemos dicho, entre ellos no habia monotoneros ni chachistas, propiamente llamados.

Eran ciudadanos de Córdoba, pertenecientes á los derrocados por la Revolucion, ó que habian tomado parte en la batalla por quedar bien con el Chacho que tambien los habia tratado, y gentellevada al combate por el caudillo Lorenzo.

No habia razon ni motivo para destinarlos al servicio de las armas.

Muchos pertenecian á familias bien colocadas en la ciudad y otras personas que tenian intereses de alguna importancia.

La mayoría protestó en el primer momento con toda la energia posible, pero bien pronto se convencieron que las protestas no surtirian el menor efecto favorable y resolvieron dejarles hacer lo que quisieran y esperar ellos pa-

En cambio estoy seguro que vamos á encontrar vacíos todos los depósitos de armas y municiones, porque todo lo habrá llevado.

— Pero como ha de haber podido llevar nada, si á penas ha podido salvarse de la batalla, sin poder llevar siquiera una mula de tiro.

— Porque todo lo habrá enviado mucho antes de la batalla, según su táctica, para en el caso que la perdiera, salvar como lo ha hecho, el gran botín que habría juntado.

Paunero no quería creer que fuera capaz de tales combinaciones, un gaucho miserable por quien siempre había tenido el mayor desprecio como enemigo, por creerlo un tonto montaráz, pensando que si aquella guerra había durado tanto era porque así convenia á los que la dirijian, ó porque eran unos ineptos de primera fuerza.

En la ciudad de Córdoba el pánico era tremendo.

El estruendo de la batalla se sentia allí de una manera poderosa, y pensaban que la ciudad iba á sufrir las consecuencias de tan sangrienta lucha, cuyo teatro puede decirse que eran los suburbios.

Y el principal miedo que allí reinaba, era que triunfase el Gobierno Nacional, porque la ciudad iba á ser ocupada militarmente y de ella habian de sacar todo cuanto necesitase el Ejército.

A Chacho ya lo conocian, sabian que no les habia de hacer daño alguno ni permitir que sus tropas lo hicieran, seguridad que no podian tener con las tropas nacionales que vendrian hambrientas y careciendo de todo.

Como mientras Chacho combatia, los presos puestos en libertad por Lorenzo y Lorenzo mismo podian saquear la ciudad, los revolucionarios habian hecho cantones y organizado patrullas para custodiar la ciudad.

En la misma bajada de las Playas se hallaba formado un canton, hecho con fardos de pasto, piedras y bolsas de tierra, defendido por jovencitos, los mayores de los cuales no pasarian de los diez y seis años.

Este canton tenia por objeto resistirse á Lorenzo si queria entrar á la ciudad aprovechándose de la batalla, y entregarse solamente al General Peñaloza ó á las fuerzas nacionales.

En el resto de la ciudad, los revolucionarios habian organizado servicio de patrullas formadas por comerciantes, para defender los negocios de todo avance de los grupos de salteadores y dispersos mismos de la batalla que llegaban á la ciudad huyendo de ser hechos prisioneros.

Como Córdoba está situada en un bajo, era imposible desde allí observar el campo de batalla, de modo que la ansiedad era extrema y el resultado incalculable.

Los dispersos no podian dar el menor detalle, diciendo solo que se peleaba de una manera bárbara y que no se sabia cual quedaria triunfante.

Las familias, encerradas en sus casas ó en los templos, oraban y se encomendaban á Dios, porque ya se decia que le iban á pegar fuego á la ciudad.

Y cosa estraña! el sentimiento general era

que triunfase Chacho, Chacho que era su enemigo, pero Chacho, con el que tenian garantida perfectamente la vida y la propiedad, lo que no sucedia con las tropas del Gobierno, que empezaria por imponerles el odioso contingente de sangre.

Las tropas de línea serian remontadas con ciudadanos, sin distincion alguna y sin otro derecho que la voluntad del vencedor.

Ninguna de estas amenazas representaba el triunfo del Chacho y por esto es que tenia en Córdoba la simpatia de las familias y del comercio.

Ya dos veces el Chacho habia ocupado Córdoba, y en estas dos veces nadie habia tenido que quejarse respecto á robos ó salteamientos al domicilio.

No era esto porque sus tropas no entraran á la ciudad ó porque estuvieran contenidas y sin puerta franca.

Los soldados de Chacho entraban y salian libremente: es que tenian respeto profundo por todo lo que emanaba de Chacho, y éste no habia consentido ni el robo ni el salteo.

La juventud del pueblo, no temia tampoco ser arrancada de sus hogares para engrosar las filas de los montoneros.

El que queria irse á batir lo hacia, el que no permanecia indiferente sin que hubiera quien le hiciese el menor reproche.

Esta garantia desaparecia de hecho, triunfando el Ejército Nacional: las bajas hechas en las Playas serian llenadas por ciudadanos Cordobeses, quisiera ó no, y su comercio sufriria las ventas pagadas con aquellos malditos vales.

Y cómo resistirse á un Ejército triunfante, cuyo jefe daba vales contra el Gobierno Nacional?

No habia mas remedio que resignarse á todo, pensando que peor seria otra cosa, puesto que bien podia antojárseles llevar todas las mercaderias sin vale de ninguna especie.

Así, al saber que Paunero habia triunfado, la primer impresion en Córdoba fué dolorosa.

Paunero era un jefe de orden, incapaz de cometer ningun acto censurable, ya lo sabian, pero tenia el defecto de ser sumamente débil y permitia á sus jefes hacer lo que mejor se les ocurriese.

Iseas seguia lanceando á quien le daba la gana; y en todos los cuerpos habia destinados sin otra causa que la voluntad del jefe.

La division del Coronel Sandes, una vez replegada al Ejército, recibió orden de bajar á la ciudad y ocupar la plaza, lo que hizo sin gran esfuerzo.

La trinchera de fardos de pasto y otra mas defendida por pocos jóvenes seminaristas no hicieron la menor resistencia, entregando sus armas á la primer compañía que llegó á ellos.

El Regimiento 1º hizo alto en la misma plaza, y allí dispuso Sandes que se esperaria el resto del Ejército.

Aquel leal y brillante Regimiento estaba postrado, era el que mas habia trabajado en la

Sandes, sabiendo todo esto, en cuanto le avisaban que venia algun grupo de mujeres salia desu carpa, se paraba delante de los prisioneros, y con voz formidable empezaba á echarle un discurso monumental.

Los trataba de bribones que se habian plegado al Chacho porque todos eran iguales, que no habian concurrido á la batalla de las playas cediendo á la fuerza sinó á sus mañas de monotoneros y de perdidos.

To los son iguales y lo que merecian era que los fusilea, en vez de destinarlos al servicio de las armas.

Pero no dejen mas, añañia subiendo la voz, al primero que me lo vengan á pedir lo hago lanzear como á un Cristo: yo les voy á dar libertad, pedazos de bribones.

Y repetia estas frases hasta que quedaba convencido que todos lo habian escuchado.

Las pobres mujeres que tal oian, no se atrevian á formular el pedido pensado, temiendo que fueran á lanzear á la persona por quien se interesaban, y se retiraban llorando y asombradas de la barbarie de Sandes.

—De todos modos los vá á matar, decian, hoy es porque los piden y mañana sera porque no los piden.

E iban como los demás á lloriquear al alojamiento del General Paunero, que se conocia desde lejos por la cantidad de mujeres que habia á su alrededor.

Todo esto dió por resultado la salida de Sandes á campo lejano, para evitar todo compromiso y toda rogativa.

Las mujeres no podrian andar aquella distancia, mas, desde que no sabian donde se habia situado el campamento, y así se veia libre de empeños y de las recomendaciones que solia enviarle el General Paunero para salir de ciertos apuros, pues nada habia mas difícil para el viejo veterano, que decir que no, á un pedido que partia de una mujer añijida.

Preferia mil veces una batalla que esa insistencia plañidera de la mujer convencida que solo el llanto podia hacerla lograr su objeto.

Sandes se situó en Rio 2º. con su division y los prisioneros que conducia, muchos de los cuales le habian sido remitidos á última hora.

Como entre ellos habia gente de todos pelajes y edades, era inútil llevarlos todos porque entre ellos habian algunos que no podian servir ni para cebar un mate.

Sandes empezó á entresacar los mas viejos y los mas débiles, haciéndolos formar en un grupo á parte, con la intencion de ponerlos en libertad, pero prévio un discurso edificante que pensaba echarles.

Era tal la fama que tenia Sandes, que aquellos infelices pensaron que se les apartaba para hacerlos fusilar y empezaron á lamentarse tristemente.

Algunos de los soldados, amigos de pegar esta clase de sustos, les confirmaron aquellas

sospechas diciéndoles que el Coronel les iba á hacer degollar porque no servian para nada, y aqui empezaron los lamentos en un diapason inescuchable.

Tuvo que venir el mismo Sandes á decirles que no fueran tontos, que léjos de matarlos, estaba haciendo aquel aparte para ponerlos en libertad.

Pero en cuanto Sandes se dió vuelta los soldados añadieron que todo aquello se los habia dicho para que no metieran bochinche con sus llantos y lamentos, asustando á los demás presos, pero que ya habia mandado preparar su escuadron para que los lancearan.

Los lamentos empezaron á entonarse entonces con tal desafinacion y espanto, que volvió á acudir Sandes para echarles una nueva peluca, amenazándolos con fusilarlos realmente si volvía á sentirles la voz.

Esta receta fué santa en sus efectos, porque aunque los soldados repitieron la broma, á que se mezclaron algunos oficiales, los prisioneros no se atrevieron á chistar.

A la caída de la tarde, cuando el mismo Sandes les notificó que podrian irse á donde mejor les pareciera, los pobres pensaron que estaban soñando: no podian creer que aquello fuera verdad.

Así es que aun no habia Sandes concluido de recordarles que no se metieran mas en aquellas aventuras, cuando ya todos habian desaparecido tomando el camino de Córdoba, saludados por una carcajada que soltaron los milicos al ver aquella cómica y apresurada manera de disparar.

La libertad de aquellos infelices vino á causar la mas honda desesperacion en los infelices que quedaban, y que habian perdido ya toda esperanza de alcanzar la suya.

El martirio del soldado de linea empezaba para ellos, sin limite alguno.

Probablemente alcanzarian su libertad, los que sobrevivieran hasta entonces, como todos los destinados, cuando el eterno sufrir y batallar los hubiera envejecido y las heridas y los castigos los hubieran inutilizado, no dejándoles otra esperanza que un hospital donde concluir aquella vida miserable.

Soldados de entonces hemos conocido, que aun forman en el Ejército sin haber podido obtener su baja.

Ahi está cómo testigo vivo de lo que decimos, el negro Atencio del 1º. de Caballeria, destinado al servicio de las armas por el solo delito de haber espantado á un perro con estas palabras: —juera Mitre!

Y aquel juera Mitre le cuesta veinte años de amarguras y de esclavitud, contados dias por dia, y hora por hora.

Pero era peor lamentarse cuando ya no habia remedio, y aquellos infelices se resolvieron á resignarse á su suerte, desde que nada mejor podian hacer.

cientemente la ocasion propicia para desertar.

Como la mayor parte eran ciudadanos de Córdoba, los empeños de las familias respectivas empezaron á llover sobre Paunero.

Todas solicitaban la libertad del marido, del hijo ó del hermano, destinado injustamente y alegando el ningun derecho que tenia el gefe del Ejército para echarlos de veteranos.

Y el General Paunero que era un hombre sumamente accesible á las lágrimas y á los clamores se sentia desarmado y las mandaba al campamento de Sandes ó de Alvarez para que se entendiera con ellos, pues era en su poder que se hallaban los prisioneros.

Paunero se hallaba en una situacion de todos los diablos.

Era preciso remontar los cuerpos y para hacerlo no habia otro recurso que echar mano de los prisioneros del enemigo.

Pero al mismo tiempo comprendia que aquella gente tenia razon, que no habia derecho para arrancarles sus deudos y destinarlos á los cuerpos de línea.

Y no sabiendo como salir de tan dificil trance recurria al fácil expediente de enviarlos á Sandes y Alvarez.

El Coronel Sandes habia elegido entre los prisioneros, ciento veinte plazas de primer orden, con las que el 1º quedaba completo.

Todos aquellos eran los mas jóvenes, los mas grandes y fuertes y aquellos que le habia parecido de presencia mas brava y simpática.

Y sin pérdida de tiempo, ya los habia hecho sacar á la instruccion, repartiéndolos en todas las compañías para que mas pronto aprendieran sus obligaciones.

Asi es que pedir á Sandes cualquiera de estas plazas, sobre las cuales ya habia hecho todo género de cálculos era pedirle un disparate que no cederia nunca.

Tal vez no hubiera tenido inconveniente de entregar una media docena de ellos, pero esto era abrir la puerta á los lloros y rogativas de las familias de los demás, y esponerse á quedarse sin un soldado.

Como su fama de bravo era de todos conocida, á pesar de venir mandadas por Paunero las familias de los presos no se atrevian á cargarle mucho con sus ruegos.

Solo en vista de la negativa mas redonda se soltaban á llorar como recién nacidas, prendiéndose muchos de sus maridos ó hermanos y siendo él separarlas una verdadera empresa.

Cuando el pedido de libertad se referia á los que no estaban comprendidos en los ciento veinte del Regimiento, Sandes cedia para contentar algunas de aquellas infelices.

Pero estando comprendido el pedido entre los ciento veinte del Regimiento, no habia Cristo que lo hiciera ceder.

Esto daba lugar á escenas tremendas y tocantes, pero Sandes se mostraba duramente inflexible concluyendo, por decir:

—Si el General quiere que suelte los prisioneros que me mande una orden y no digounos cuantos, los suelto á todos.

Las familias volvian á Paunero, pero este no se atrevia á dar la orden, porque no queria dis-

gustar á Sandes que era muy capaz de soltar todos los prisioneros como lo habia dicho, quedándose con los cuerpos en esqueleto, el único remedio era el que el mismo Sandes habia propuesto desde el principio, hacerlo salir de Córdoba sigilosamente, aunque solo fuera á campar á diez leguas de alli.

Las familias no podrian entonces trasladarse al campamento y concluirian los empeños y las mortificaciones que ya habian tomado mal carácter.

Una mañana se habia presentado en el campo de Alvarez una verdadera procesion de frailes acompañando unas cien mujeres, por lo ménos que iban á pedir la libertad de sus parientes.

Los frailes, que al principio habian ido en son de rogativa, se habian permitido exasperarse viendo que estas no producian efecto, llegando á amenazar al gefe con escomunionen y otras risueñas amenazas que provocaron allí un escándalo espantable.

Los frailes acostumbrados á dominar en las masas de Córdoba, creyeron que en el Ejército sucederia lo mismo, y tras las amenazas vinieron las injurias, tomando el conflicto un carácter por demás alarmante.

Alvarez que no se atrevia por si solo á tomar una medida violenta, mandó dar cuenta á Sandes de lo que pasaba, quien dispuso fuese una compañía del 1º al mando de un oficial de su mayor confianza, para que fuese á hacer retirar á los frailes, empleando la violencia si todos los medios persuasivos no daban resultados.

Cuando los frailes, que resistieron todas las insinuaciones vieron que se iba á emplear la culata, como único argumento de respecto, se retiraron aunque sin dejar de dirijirles las mas terribles amenazas espirituales.

Los frailes habian creido tener sobre la tropa el mismo ascendiente que tenian sobre el pueblo, pero se habian engañado lamentablemente, y tuvieron que abandonar el campamento á paso de trote, conociendo la malísima intencion de algunos milicos muy poco piadosos.

Si los frailes á quienes se creia la autoridad suprema nada habia conseguido, menos conseguirian ellas pobres mujeres.

Hacerse cuchufletear por los oficiales mas traviesos era lo único que conseguian con su insistencia y su permanencia en el campamento.

Y se retiraron en terrible desconsuelo, á imponer á Paunero su última queja.

Si Paunero no hubiera estado allí, ya Sandes habria tomado sus medidas para que no lo molestáran mas.

Pero estando Paunero no se atrevia á disponer nada temiendo que la debilidad del General pudiese hacerlo quedar en ridiculo.

Sandes que conservaba ciertos rasgos de buen humor juvenil, habia tambien inventado un sistema de correr á los gupos de mujeres que venian á pedirle la libertad de los destinados.

El sabia que tenia fama de hombre malo y cruel al estremo que muchas de las mujeres no se atrevian á pedir por sus parientes, temiendo que por este solo hecho Sandes cometi-
era con los pobres alguna nueva crueldad.

ra suprimir la causa de aquel sufrimiento pero para ello era necesario tener paciencia hasta regresar á Mendoza, único punto donde hallaría un cirujano capaz de practicar la operación.

Pocos dias debia permanecer Sandes gozando de la vida tranquila del hogar.

Una fuerza considerable de Chacho habia sorprendido á la division á mitad del camino, causandole algun destrozo, pues el Regimiento 1º por atender á los prisioneros que llevaba, no habia podido maniobrar con su habitual desenvoltura.

Aunque Sandes no iba con ellos, estaba allí Segovia, jefe de una bravura estremada, que á fuerza de sable y de temeridad impuso al enemigo obligándolo á retirarse para esperar mejor oportunidad de combate.

Aunque el peligro habia pasado, era necesario mandar un chasque á Sandes avisándole lo sucedido.

El enemigo podia muy bien rehacerse, tentar un nuevo ataque, ser éste mas feliz que los anteriores.

Sandes entonces les habria hecho cargos severos por no haber cumplido la orden de avisarle la menor novedad de importancia y Segovia quiso salvar aquella responsabilidad.

Y el enemigo se habia retirado, no precisamente porque temiera comprometer un combate con aquella fuerza, sino porque habia decidido apoderarse de San Luis, defendido solo por un batallon de guardia nacional de Mendoza.

Segovia, tomando todas las medidas exigidas por las mas estremada prudencia, siguió su marcha hasta Santa Rosa, teatro de tanto combate y de tanta gloria, donde campó para esperar al Coronel Sandes, segun se lo mandaba decir con el chasque.

Los caballos del Regimiento estaban en una terrible condicion de flacura, siendo imposible de todo punto emprender con ellos en la menor operacion.

Eran los caballos sobre los cuales se habia hecho toda la campaña, y la falta de descanso y de alimento los habia estenuado.

El Gobernador de San Juan les habia enviado un trozo de setecientos caballos, pero era tal la flacura de los recién venidos, que fué preciso devolverlos.

Solo habrian servido de estorbo, pues ninguno de ellos hubiera resistido una jornada de tres leguas con un ginete encima.

En el campamento de Santa Rosa, la division por el momento no corria el menor peligro.

Las fuerzas del Chacho se habian recostado del lado de San Luis, donde se habian retirado tambien todos los grupos que amenazaban los alrededores de la provincia de Mendoza.

Segovia podia entonces estar tranquilo hasta que se les incorporara el Coronel Sandes quien dispondria lo que debia de hacerse.

Tres dias despues de estar en Santa Rosa, llegó el Coronel Sandes en la diligencia, pero sumamente enfermo.

Al recibir el chasque en Villanueva, no se sentia bien, pero no daba á su estado la menor importancia.

Á pesar de las prescripciones del médico y

como se trataba de un caso de servicio urgente, montó á caballo y emprendió su marcha tratando de ganar todo el tiempo que le fuese posible, mientras el chasque le daba detalles sobre la accion que habia motivado su envio.

Y esto era lo que mas hacia apurar al Coronel Sandes, que tenia el hábito de colocarse siempre en el peor terreno y pensar lo peor que podia sucederle.

Convencido de lo audáz y emprendedor que era el Chacho, suponía que su retirada seria falsa, para tomar á la division desprevenida y darle un golpe récio, cosa que le seria muy fácil lograr, dado el estado miserable de las caballadas.

Y apuraba la marcha, aunque el mal estar doloroso de su herida se le hacia mas sensible á medida que avanzaba en su agitada marcha.

Á pesar de todos los esfuerzos de su terrible voluntad, llegó un momento en que no solo no pudo andar mas, sino que le fué preciso detenerse á descansar.

La herida producía una incomodidad inguantable que habia concluido por postrarlo, al extremo de resignarse á esperar, la diligencia para seguir en ella hasta Santa Rosa, y eso porque su ayudante le habia hecho la mas justa y cariñosa observacion.

— Si usted sigue á caballo, le habia dicho y logra llegar á Santa Rosa, vá á ir en estado que no le permitirá tenerse en pié.

Es mejor esperar la diligencia cuya marcha puede apurarse y así usted se sentirá mas fuerte para montar á caballo si es preciso operar.

— Tiene razon, repuso Sandes, vencido por el mal estado que sentia agravarse de momento en momento: si sigo á caballo voy á concluir por caerme, no sé como no me he caído ya.

Cuando pasó la diligencia el Coronel Sandes la detuvo y se colocó en ella con la mayor comodidad que le fué posible, mandándola seguir á Santa Rosa con la mayor rapidez.

Grande debia ser el mal que postraba de aquella manera una naturaleza tan fuerte.

Para que Sandes renunciara á un propósito y se resolviera á viajar así en un momento de peligro para su division, era necesario un mal capaz de producir la muerte en cualquier otro hombre.

Pálido y desencajado, con los ojos hundidos entre las órbitas, asomaba de cuando en cuando la cabeza por las ventanillas de la diligencia para averiguar si aún estaban lejos de Santa Rosa.

Muchas veces estuvo tentado de abrirse él mismo la herida con su cuchillo, para extraer aquel cuerpo extraño que sentia dentro, operacion que hubiera llevado á cabo si el ayudante no lo hubiera persuadido que aquello era suicidarse de una manera irrevocable y sobre todo, imposibilitarse para operar con la division en caso que fuera necesario.

Esta fué la observacion que mas influyó en él deteniendo su mano ya próxima á rasgar la herida.

Así, cuando el Coronel llegó á Santa Rosa, estaba completamente estenuado.

La muerte de un héroe

El Coronel Sandes á quien aquella maldita herida molestaba de un modo insoportable ya, despachó la division en direccion á la Provincia de Mendoza, donde él se le reuniera mas tarde.

Antes de salir de Córdoba Sandes habia solicitado y obtenido del General Paunero una licencia de quince dias para pasar hasta Villanueva á visitar su familia.

Era la familia el único lado flaco de aquel carácter eminentemente firme.

Sandes tenia locura con sus hijos, principalmente con el mayor, jóven sumamente estimable, en cuyo semblante está poderosamente rejado el espíritu de aquel militar tan bravo.

Sandes entre su familia olvidaba todas sus penurias y fatigas, siendo en el cariño de los suyos donde reposaba su espíritu fuerte las contrariedades de la vida.

Consagrado completamente al servicio del Gobierno, Sandes no tenia mas distraccion que la batalla.

Las visitas á su familia no las podia hacer sino muy de tarde en tarde, asi es que cuando obtenia una licencia para visitar su familia, la aprovechaba ganando minutos sobre su propia marcha.

Y entonces aquella visita era mas interesante que las demás, si cabe en lo posible tratándose de su familia.

Aquella herida lo tenia preocupado sin que él mismo pudiera explicarse la causa claramente.

Habia pedido instintivamente aquella licencia para ver á su familia, porque tenia un extraño deseo de verla, de cambiar con ella sus mas íntimas caricias, porque de otro modo no estaba tranquilo ni podia operar con entera desenvoltura, porque le faltaba la libertad de accion.

Era la primera vez que algo lo preocupaba de aquella manera, y esto mismo lo tenia dado al diablo, de mal umor y displicente.

La palabra muerte no habia inflido jamás para nada en el ánimo de Sandes, jamás se habia puesto á pensar lo que la muerte significaba pero muchas veces sin quererlo, la norfandad de la familia habia vuelto su pensamiento de una manera sombría.

Habitado á recibir heridas de todo género y curar rápidamente de las mas graves, no creia que hubiera herida capaz de producirle la muerte, pues si la hubiera, hace mucho tiempo que esta se habria producido.

Pero ninguna herida, despues de cerrada lo habia preocupado como esta, porque ninguna

tampoco le habia ocasionado mortificacion alguna.

Esta insistencia de dolor en una herida cicatrizada, ese eterno cuidado del médico lo mortificaba inmensamente: no lo hacia pensar en la muerte, pero si en la horfandad de su familia.

Y su mal humor aumentaba y obedecia las prescripciones del médico como una orden de sus superiores, siempre que aquellas no importaran un abandono de sus deberes militares, pues en este punto Sandes era mas rígido con él mismo que con cualquiera de sus subalternos.

Una vez que se separó de su division y arregló todo de manera que su ausencia fuese menos sensible, su pensamiento se volvió enteramente á los suyos y vagó por todos los rincones de su hogar como una caricia suprema.

Hubiera ganado mucho tiempo yendo á caballo, porque hubiera andado la distancia que de su familia lo separaba, á razon de tres leguas por hora.

Pero el médico le habia prohibido hacerlo, le habia prohibido que se agitara y tuvo que resignarse á hacer el viaje en un mal volantín, perdiendo un tiempo que conceptuaba precioso.

La prueba mayor que se podia dar Sandes de la agitacion de su espíritu, era el haberse separado aunque momentáneamente de la division que mandaba, frente al enemigo puede decirse, puesto que en su busca iba.

Sin embargo habia ordenado bajo la responsabilidad mas seria, que se les hiciera saber por medio de un chasque, la menor novedad que hiciera necesaria su presencia.

Sanes llegó por fin á Villanueva, y olvidando por completo el resto del mundo, se entregó á los goces inmensos del hogar.

El guerrero infatigable por fin iba á reposar sobre el cariño de los suyos, las fatigas y sufrimientos de dos años.

Su familia conocia los detalles de aquella última herida, pero al verlo bueno aparentemente, se tranquilizó, teniendo él buen cuidado de no decir una palabra sobre los sufrimientos que le causaba.

Y mostraba la cicatriz monstruosa para disipar la menor duda, agregando: herida cicatrizada no hay que tenerle miedo.

Y era la primera vez que pronunciaba esta frase habitual sin creerla él mismo.

Acostumbrado á tratar en carne propia como á carne muerta, resolvió terminar con aquello y hacerse abrir nuevamente la herida pa-

— Sería conveniente se le ordenara permanecer en Mendoza por un par de meses, concluía Molina, único medio de que se ponga radicalmente bueno.

La enfermedad de aquel gefe era el peor contratiempo que podia tocar Paunero, pero como mucho peor sería perderlo del todo, era conveniente acceder á las indicaciones de Molina y dejarlo tranquilo por un par de meses.

Reforzó á Iseas con algunos Regimientos de guardia nacional y se preparó á marchar él mismo sobre Chacho, hasta encontrarlo y batirlo.

Paunero era un excelente gefe, resuelto y abnegado, pero inservible para guiar un Ejército en una campaña como aquella, para la que se necesitaban condiciones especialísimas.

Chacho habia puesto en juego toda su táctica endiablada, y Paunero se hallaba perplejo, sin atinar con las medidas eficaces que deberían tomarse.

Se encontraba con que no podia hacer uso de los caminos conocidos y buenos, porque los montoneros habian echado á perder las aguas.

Marchaba en persecucion del Chacho segun todos los datos tomados.

La noche anterior habia visto los fogones de su campamento y era indudablemente entónces que de un momento á otro le daría alcance; pero cuando menos lo soñaba, el Chacho le daba un golpe de mano por retaguardia, arrebátandole un trozo de caballada, ó dispersándole un regimiento de los que llevaba á retaguardia por ser mas reclutas y de menos confianza.

Y Paunero se desesperaba y reunía á sus gefes para que le dieran su opinion sobre lo que habia de hacerse.

Las violencias cometidas por Iseas y otros gefes que tenian sus mismos hábitos, habian sublevado por completo á las provincias, que ayudaban á Chacho por debajo de cuerda, porque tenian miedo de hacerlo abiertamente, y porque no querian mostrarse enemigos del Gobierno General.

Ayudaban á Chacho con todos los medios á su alcance, hasta en las falsas informaciones que hacian transmitir á Paunero, sobre el punto donde debia hallarse el caudillo Riojano.

Los hombres, tan cansados ya del servicio de las armas, preferían irse á acompañar á Peñaloza.

Con Peñaloza ó con Paunero tenian que servir, porque de todos modos el Ejército Nacional necesitaba siempre nuevas plazas.

Y si á la fuerza debían servir con Paunero, Iseas ó Sandes, preferían irse con el Chacho.

Allí el servicio no era tan pesado y estaban seguros de recobrar la libertad tan pronto como lo quisieran, pues Peñaloza no obligaba á nadie á seguir sirviendo.

En cuanto á miserias, las mismas se pasaban en un Ejército que en el otro, con la diferencia que á Chacho todos le daban lo que tenían, con la mejor voluntad, mientras que al

otro Ejército le ocultaban hasta los parajes donde podría encontrar agua.

La guerra de recursos como la hacia el Chacho era interminable y ruinoso bajo todos estilos.

No solo era cuestion de dar una batalla allí donde se hallase al enemigo, sino que era preciso luchar de todos modos para obtenerlo todo.

En las provincias con muy raras escepciones eran tratados como enemigos, pues no bien llegaban á una de ellas, cuando inmediatamente salían á llevar el aviso á Chacho, diez ó mas chasques voluntarios.

Así Peñaloza, no solo marchaba sin que el enemigo conociera los parajes donde se hallaba, sino que conocía todos los pasos que daba el enemigo.

Y de aquí la frecuencia con que le ganaba la retaguardia y le daba un golpe mas ó menos récio, desapareciendo en seguida sin que se supiese el camino que habia seguido, porque siempre Chacho se retiraba aparentando la mayor desorganizacion y completa derrota.

Así, cuando Paunero lo seguía en direccion á la Rioja, venían á avisarle que Chacho se hallaba en Córdoba, y cuando él llegaba á Córdoba, forzando sus marchas, ya Peñaloza se estaba haciendo sentir en San Juan, ó habia hecho en esta provincia alguna de sus arrebatiñas á los elementos de guerra que en ellas hallara.

Sandes, tenia noticia en Mendoza, de la burla de que era objeto el Ejército de Paunero, pero se le habia ordenado que no se moviera de allí sin órden suya, y no habia mas remedio que obedecer.

Sandes deseaba que Chacho cayera por Mendoza, ignorando que él se hallaba allí con su division.

Pero Peñaloza tenia un plan diverso ó sabia que se hallaba allí y no se atrevía á atacarlo.

De otra manera ya se habria presentado á pedir viveres ó á buscar caballos.

La vida de reposo físico, aunque el espíritu estaba en una labor perenne, mejoraron notablemente á Sandes al estremo que se creyó perfectamente bueno.

Hacia muchos dias que no le molestaban ya los dolores internos y su mismo génio empezaba á modificarse de una manera sensible para él mismo.

Porque aquella vida de inaccion, aquella prision á que estaba sometido lo habian puesto irritable y rabioso al estremo que solo sus amigos mas íntimos podían soportarlo.

La menor contrariedad lo irritaba, y lo ponía sumamente nervioso, á tal estremo que el médico le habia aconsejado á Segovia la ocultara las novedades del Regimiento, porque la menor falta de los soldados lo ponía en un estado de escitacion asombrosa.

Ya el mismo Segovia le ocultaba aquellas faltas mas ó menos leves, porque en el estado de irritabilidad en que se hallaba, queria castigarlos con un rigor excesivo.

Las mismas personas que no tenian por él una amistad tan íntima como Molina y Segovia, se le habian retirado porque las tratava

No tenia ni siquiera la fuerza necesaria para descender de la diligencia.

Así mismo, cuando Segovia se acercó á saludarlo, se incorporó en un movimiento enérgico y preguntó las novedades que habia, tranquilizándolo por completo, respecto á la proximidad del enemigo, que segun todos los cálculos, debia haberse reconcentrado en San Luis.

Mas tranquilo ya á este respecto, el Coronel Sandes decidió pasar hasta Mendoza para hacerse curar de una manera definitiva, porque no le era posible seguir en aquel estado.

El hecho solo de hallarse en el campamento de sus soldados y próximo á emprender operaciones de guerra, habia levantado su espíritu hasta el punto de hacerle experimentar una ligera mejoría.

Pero como esta mejoría solo estaba en su espíritu, pronto volvió á su estado de abatimiento y postracion.

Y siguió hasta Mendoza, ordenando á Segovia lo siguiese con la division hasta la ciudad, donde estableceria su cuartel general hasta ponerse del todo bien.

Llegado á Mendoza, el Gobernador Molina, su particular amigo, trató de rodearlo de todos aquellos cuidados y comodidades que le eran necesarias, proporcionándole una asistencia médica tan completa como le era posible.

En Mendoza habia buenos médicos y sobre todo buenos cirujanos que lo examinaron prolijamente, asombrados ante aquel busto sobérbio acribillado de cicatrices terribles.

Parecia imposible que un hombre hubiera podido vivir con heridas de aquella magnitud.

Sandes, desde el primer momento, insistió en que debian reabrirle aquella última herida y extraer el cuerpo extraño que lo molestaba, pero los cirujanos lo convencieron que aquello era impracticable y sobre todo innecesario, asegurándole que pronto se curaria si se sometia á un regimentado.

Y ellos por una parte y su amigo Molina por otra influyeron de tal manera en su espíritu que lograron hacerlo desistir de la bárbara operacion.

— Concedido por ocho dias, dijo sonriendo, pero si en una semana no veo que he de curarme, me haré operar ó me operaré yo mismo cualquiera que sea el resultado.

Todo lo prefiero á vivir así, sin poder hacer nada y sin poder ponerme al frente del Ejército en momentos de peligro.

Los buenos cuidados de los médicos ayudados por aquella naturaleza de bronce, tenian que dar buenos resultados, resultados que empezaron á palpase á los tres dias, con satisfaccion de todos los que lo rodeaban.

Cuando llegó Segovia con la division, halló al Coronel Sandes de pié, puede decirse que en un período de convalescencia.

Estaba mas fuerte, mas alegre y mas satisfecho con la idea de una pronta curacion.

Se habia vuelto menos irritable y mas accesible á los consejos de la amistad.

Es que ya se habia convencido que se curaria, sin necesidad de la operacion por él pro-

puesta, sin nada mas que ayudando con un buen régimen á su naturaleza sobérbia.

— Dos meses de quietud, solo dos meses de quietud, le decia su médico, y usted quedará como si nunca hubiera tenido semejante herida.

Esta quietud era la muerte de Sandes, habituado á una vida tan activa.

Sin embargo, pensando en su familia se sometió á ella, siempre que lo permitieran las exigencias del servicio.

Chacho andaba en campaña aumentando su Ejército y sus recursos, pero se habia alejado de los alrededores de Mendoza, haciéndose sentir por Catamarca y Santiago, por la provincia de San Juan y la frontera de Córdoba.

Por allí andaban con fuerzas bastantes para batirlo, los Coroneles Iseas y Alvarez, el General Paunero en Córdoba tenia mas fuerzas y no era entónces necesario que él se lanzara en busca de un enemigo que seguramente no encontraria, porque estaba lejos y porque no tenia él elementos para moverse con la rapidéz necesaria.

Podia pues permanecer en Mendoza, pero sumamente contrariado por la inaccion á que se veia obligado, tanto por su enfermedad como por su falta de recursos.

Para un espíritu como el suyo esto era mortificante é inaguantable.

Andando el Chacho en campaña, su obligacion era buscarlo y perseguirlo hasta dar con él y batirlo.

Pero cedió á las indicaciones de sus amigos, y del médico que le demostraron fácilmente que una campaña abierta por él en aquellas circunstancias le daria por fuerza resultados negativos.

— Si usted en el estado que se halla abre una campaña, por corta que sea, le decia su médico, usted vá á caer enfermo inmediatamente, y colocándose en las mejores condiciones, tendrá entónces que guardar seis meses de inmovilidad.

— Qué resultado práctico vá usted á sacar saliendo ahora á campaña, le decia su amigo el Gobernador Molina, morir de una manera ingrata, ó tener que abandonar su division en condiciones peores que las que tiene ahora.

Estando bueno, en ocho dias puede usted ganar el tiempo que pierde ahora, pues entónces tendrá mejores caballos y soldados mas frescos.

Sandes reflexionó que realmente sus amigos tenian razon, pensó en su familia y prometió no salir de Mendoza hasta que el médico no le dijera que podia hacerlo sin el menor peligro.

Para que no se fuera á criticar su inaccion ni atribuirse á pereza ó dejadéz envió una comunicacion al General Paunero haciéndole saber que se hallaba enfermo, pero que esperaba al mismo tiempo las órdenes que se sirviera comunicarle.

El gobernador Molina, que estaba ligado á Sandes por serios vínculos de amistad, escribió tambien á Paunero mas detalladamente, comunicándole la opinion de los médicos sobre la gravedad de la enfermedad que aquejaba á su amigo.

El General Paunero creía que Sandes estaba bueno, porque no había recibido noticia de su recaída, y lo instaba á que se moviera con la mayor actividad que le fuese posible para que pudiera concurrir á la batalla.

Sabiendo que Chacho estaba en los Llanos de la Rioja con todo su Ejército, Paunero había decidido irlo á atacar allí, de manera que no pudiera huir el combate.

Había enviado á Iseas por la izquierda á Alvarez por otro camino de la izquierda, mientras él marchaba por el centro con toda la rapidéz posible,

Sandes con su division debia venir por la derecha de manera que Chacho, huyendo de uno se ensartaria con el otro y no tendria mas remedio de batirse con uno ú otro.

Y como mientras se batia con uno llegarían los demás, Chacho seria el fin vencido y tomado prisionero tal vez, terminándose así una campaña tan cruda como larga.

Sandes, desde que recibió aquella nota, dió las órdenes necesarias para la marcha y empezó á hacer él mismo todos sus preparativos.

Cuando el Gobernador Molina supo lo que Sandes hacia mandó llamar inmediatamente al médico, preguntándole si aquello no tendria para Sandes fatales consecuencias.

—Tan las tiene, respondió el médico, que si ese hombre monta á caballo se lo lleva la trampa sin la menor duda.

Ambos fueron á verlo entonces, con el intento de hacerlo quedar, pero todo empeño debia ser inútil.

—Mientras se ha tratado de mí, decia Sandes, no he tenido inconveniente en ceder á todo lo que ustedes me han dicho, pero tratándose de actos del servicio, yo no puedo faltar á ellos por ninguna consideracion personal.

Se me dice que sobre mi descanso éxito de esta accion, y ustedes quieren que me quede ¿no vén que eso es una locura?

—Pero es, amigo mio, que usted de todos modos no podria tomar parte en la batalla, por la muy sencilla razon que no podria llegar á los Llanos de la Rioja, ni aún salir de la provincia de Mendoza.

Si usted monta á caballo, antes de las cinco leguas usted habrá muerto.

Tengo poderosas razones científicas para garantir á usted este pronóstico y el sagrado deber de ordenarle que no se mueva de aquí hasta dentro de quince dias.

Entonces usted estará bueno y podrá hacer lo que quiera.

—Pero el General me manda marchar inmediatamente, pues el Gobierno espera que el concurso de mi deicision del triunfo mas completo.

Y yo no puedo contestar al Gobierno: señor, yo no cumplí las órdenes que se me dieron, yo dejé colgada la operacion del General Paunero, porque se me dijo que me iba á morir.

—Es que de todos modos usted la vá á dejar colgada porque no vá á llegar á los Llanos, se vá á morir en el camino, sin que este sacrificio déla menor ventaja.

Usted debe hacer un cheque al General Paunero haciéndole conocer su estado y lo que el médico le dice, Segovia puede marchar con la division y así queda todo conciliado.

—Amigo mio, respondió Sandes, yo le agradezco profunda y sinceramente todo el interés que por mí se tomá, pero es inútil que insista á obligarme á hacer lo que no debo,

Yo tengo que cumplir la órden que he recibido, y la cumpliré aunque reviente.

Si en el camino me agravo y me muero, como usted dice, nada se ha perdido y Segovia seguirá con la division hasta el punto indicado.

—¿Y no es mejor que Segovia marche con la division desde el principio, desde que de esta manera se llega al mismo resultado sin el sacrificio de su vida?

—Es que mi ausencia no puede tener lugar sinó causada por un motivo tan poderoso como la muerte.

Yo voy á cumplir la órden recibida, suceda lo que suceda, no me queda otro remedio.

Si yo me quedo aquí, cada uno interpretará mi quedada del modo que se le dé la gana, y yo habré faltado á mi deber; conque no insistan mis amigos, porque toda insistencia no me hará quedar y solo ván ustedes á lograr disgustarme profundamente.

Se veía que toda insistencia era inútil, y sin embargo Molina, el médico y otros amigos, siguieron persuadiendo á Sandes que debia quedarse y dejar marchar sola la division.

Instados por ellos, Segovia vino también á unirselos, diciendo á su Coronel que, desde que se trataba de un caso de muerte debia quedarse, pues su primera obligacion era conservar su vida para ser útil y que sus servicios fueran bien apreciados mas tarde.

Pero el Coronel Sandes le tapó la boca con estas terribles palabras:

—Acepto que un médico y que mis amigos me aconsejen que me quede, porque ellos no saben lo que es el pundonor militar, pero que un jefe del Ejército me lo indique, es una vergüenza que no debe repetirse.

Segovia enmudeció ante tales palabras y se y se retiró á su cuatel, desde donde mandó decir al Coronel que la division estaba lista para marchar, y esperaba sus órdenes.

Ya nada quedaba á Sandes que hacer en Mendoza, y dió su órden de marcha para el dia siguiente.

Ninguno vino á hacerle la menor observacion, porque lo veían en ese momento profundamente irritado.

Y como si la fatalidad empujara á Sandes á un fin funesto, aquella misma noche recibió una nueva comunicacion de Paunero, en la que le pedia que, si aún no se habia movido de Mendoza, lo hiciera inmediatamente, pues la pérdida de un día ó de una noche, podia ser la pérdida en el éxito de la operacion.

Mal de caballo y todo, Sandes mandó echar tropa y ordenó que se emprendiera inmediatamente la marcha.

Aquella nueva órden trajo un verdadero trastorno en la division.

Como la órden de marcha era para el siguiente dia, la mayor parte de los oficiales andaban de parada, despidiéndose de sus relaciones.

Ciertas familias, para hacer menos tristes sus adioses, habian improvisado pequeños pero animados bailes, donde la oficialidad, en ellos repartida, hacia la última pirnita.

con espereza sin que esta tuviera la menor causa.

En cuanto empezó á mejorarse de una manera sensible para él, su carácter fué modificándose poco á poco, hasta que comparativamente se volvió dulce y tranquilo.

Se le permitía salir á pasear á pié, asegurándole su médico que muy pronto podría andar á caballo, aunque no dé una manera agitada.

A penas hacia un mes que Sandes se habia sometido al régimen impuesto por el médico y ya era otro hombre, habiendo recobrado todo el apogeo de su vigor asombroso.

Tanto el Gobernador Molina como Segovia, le ocultaban todas las noticias que se referian al Chacho, sabiendo que si Sandes conocia la verdadera situacion de Paunero, se le incorporaria, aún contrariando las órdenes espresas de éste gefe.

Querido por sus gefes subalternos y oficiales, á pesar de su dureza y rigidez en el servicio, todos estos ayudaban á Segovia en su tarea de ocultar á Sandes lo que sucedia, de modo que cuando hablaba con alguno de ellos, no hallaba la menor contradiccion en los datos que tenia.

Para distraerlo mejor el Gobernador Molina organizó una série de paseos á las espléndidas poblaciones de San Martin, Junin y Cruz de Piedra.

Sandes no quiso ir en carruaje sino á caballo, en lo que no hubo inconveniente, pues se hallaba fuerte y la marcha se haria lentamente y sin la menor agitacion.

En cada pueblo de estos el Gobernador Molina habia hecho preparar algunas fiestas populares, para que Sandes se entretuviera de manera que no quisiera regresar pronto, lo que prueba todo el aprecio que se tenia por él.

Fastidiado de la vida de encierro á que habia estado obligado, olvidado de todo, se entregó por completo á las inocentes diversiones que podia hallar en aquellos pueblitos, que no tenian entonces la importancia relativa que han adquirido despues.

Las distancias á que estaban situadas aquellas poblaciones, una de otra, no eran cortas, pero Sandes las andaba á caballo sin agitarse y sin que al parecer le hicieran mal alguno.

Y salia de una parte á la madrugada, para estar en la otra á la siguiente noche.

La agitacion de estas escursiones empezó á causarle un daño terrible, daño que él no quiso dar á conocer, porque iban á empezar nuevamente con las privaciones de antes, y porque creyó que aquello seria pasajero y que se curaria con la frecuencia de seguir haciéndolas.

Pero empezó á gravarse de una manera tan notable que sus amigos lo invitaron á regresar á Mendoza

—Lo que yo tengo es que no he andado á caballo hace mucho tiempo; es andando como he de cursarme, déjenme no mas.

—Regresemos Coronel y no vamos á echar á perder todo lo que se ha ganado ya en su mejoría.

—Pero si es un disparate pensar en que yo pueda pasar mi vida de esta manera.

Si cada vez que he de montar á caballo voy á enfermarme así y á tener que guardar cama, prefiero reventar de una vez y asunto concluido.

Yo no sirvo para vivir condenado á la inaccion, déjenme pues seguir montando á caballo hasta que me mejore ó reviente, yo creo que así he de mejorarme no más.

Insistir era irritarlo y la irritacion iba á hacerle tanto mal como las marchas á caballo.

No quisieron pues irritarlo y le dejaron hacer su voluntad, esperando que el mismo sufrimiento lo obligaria á ponerse en condiciones razonables.

Ya no tenia el espíritu para paseos y fiestas y habia decidido regresar á la ciudad.

Se le ofreció hacerle traer un carruaje, pero como él dijo que iria á caballo y contradecirlo era irritarlo y encapricharlo mas, no se le hizo la menor observacion y se pusieron en marcha de regreso.

En vez de venir tranquilamente y con la mayor lentitud posible, Sandes, acosado sin duda por el sufrimiento, empezó á galopar de una manera sostenida, como si necesitara llegar pronto á Mendoza, y aquella última jornada, como era natural, concluyó de postarlo.

Cuando llegó á Mendoza el médico quedó aterrado.

—Solo esta naturaleza estupenda, decia, es capaz de resistir de esta manera: garanto que cualquier otro hombre en este estado, habria muerto hace mucho tiempo.

—Sin embargo, añadia, con semejante naturaleza no hay que desesperar, él se cura.

Y Sandes se hubiera curado, sino hubiera sido por su carácter irascible é irreflexivo.

Habia de hacerse lo que el decia, sin la menor contradiccion ó se irritaba de un modo terrible.

Aquella recaida fué sumamente violenta, postándolo en la cama en tal estado, que á penas podia hablar.

Y empezaron de nuevo las atenciones y los cuidados de sus amigos, que temian se les muriese el enfermo aquella vez, siendo tal la confusion, que nadie, ni el mismo Segovia, pensó en mandar avisar al General Paunero lo que sucedia.

Sandes, con asombro de sus mismo médicos, empezó á aliviarse de nuevo con tal rapidez, que á los pocos dias podia abandonar la cama é ir á dar un paseo á pié por el cuartel del 1º.

Siguiendo así pronto estaria bueno, pero estaba de Dios que el Coronel Sandes no habia de levantarse de aquella herida traidoramente hecha.

Hacia dos dias que se levantaba para dar sus pequeños paseitos á pié, cuando recibió una comunicacion del General Paunero, con carácter de urgente.

En ella se le ordenaba marcar inmediatamente con su division á los Llanos de la Rioja, donde se hallaba el Chacho, para batirlo de una manera definitiva.

Todo el éxito de esta combinacion, le decia Paunero, reposa en usted Coronel, y el Gobierno espera que no omitirá sacrificio para que sus resultados sean tan buenos como se espera.

de guerra de cuyo fracaso lo harían responsable.

No había pues mas remedio que marchar, á pesar de todo y de todos.

Santo Molina, como el médico y otros amigos allí presentes, se convencieron que habían gastado el último argumento para hacer quedar á Sandes y que este no se quedaria, resolviendo acompañarlo hasta fuera de la ciudad.

Es un capricho verdaderamente lamentable la marcha caprichosa de este hombre, dijo el doctor á sus amigos, porque tengo la plena seguridad que vá á costarle la vida.

No será por culpa nuestra, pues demasiado hicimos por contenerlo, yo por mi parte tengo tranquila la conciencia, pues creo haber hecho todo lo humanamente posible.

Todos se pusieron en marcha silenciosamente y siguiendo el mismo derrotero que había llevado la division.

Cuándo llegaron á las últimas quintas de la ciudad, empezaba á amanecer.

Sandes hizo alto para despedirse de sus amigos é incorporarse á las tropas que debían ir un poco lejos de allí, porque debían haber forzado la marcha mientras que él había andado con suma lentitud.

Y tan alegre como siempre se despidió de ellos hasta muy pronto, diciéndole al médico:

—Ya verá amigo como pegamos la vuelta sin la menor novedad.

—No lo espere, Coronel, que Vd. se ha empeorado y no vá á galopar cuatro leguas sin que tenga que regresar.

Sandes picó espuelas á su caballo y partió al gran galope.

A pesar de la alegría que queria imprimir á sus palabras y á su semblante, éste estaba bañado por una palidez amarillenta de muy mal carácter.

—Y ahí dónde Vds. lo ven, dijo el médico, ese hombre debe sufrir mucho, la herida abierta en su interior, debe causarles dolores agudísimos, y sin embargo, ya lo ven, vá galopando como si nada tuviera.

Y es su resistencia lo único que lo mantiene á caballo, es un estado el suyo, mortal para cualquier otro hombre.

Tan convencido estaba el médico de lo que decía, que á su indicacion, el Gobernador Molina mandó detrás de Sandes un ayudante con varios soldados para que lo ayudaran á regresar á Mendoza en caso necesario, ó á incorporarse á su division si así lo queria.

Segovia, obedeciendo las órdenes del Coronel había marchado con toda la rapidez posible á trote y galope, de modo que aunque Sandes galopaba seguido y sin descanso, no lo lograba alcanzar.

A la madrugada había hecho un alto para esperar la reincorporacion de algunos oficiales de los que quedaron en la ciudad, siguiendo inmediatamente la marcha.

Bajo un sol fuertísimo, Sandes galopó todo aquel día, haciendo pequeños altos.

Se sentía mal y estaba sumamente preocupado con lo que le habían dicho.

Y volvía á emprender su marcha al galope deseando incorporarse cuánto antes á su divi-

sion, para que no fuese á sucederle un mal percance en medio del campo.

No había notado que le seguía el grupo mandado por el Gobernador Molina y se creía solo en el campo, temiendo que algun accidente fuera á hacerlo quedar allí toda la tarde y la noche al raso.

El mal se fué aumentando sin duda hasta llegar á un estado insoportable, pues de pronto se le vió agacharse sobre el caballo y emprender una carrera vertiginosa.

A la caída de la tarde el Coronel Sandes se había incorporado á Segovia que había campado creyendo prudente no moverse de allí hasta que él no llegase.

El estado del Coronel era sumamente alarmante.

Prostrado por una fatiga de mal carácter líquido y descajado, se dejó caer al suelo tapándose con un poncho como si tuviera frio.

De cuando en cuando se quejaba aunque se veía que hacia esfuerzos terribles por dominarse.

Para que Sandes se quejara era preciso que sufriera de una manera tremenda.

—Voy á hacerle preparar un carrito para que regrese á Mendoza, Coronel, le dijo Segovia sin preguntarle que tenia, porque ya sabia él que no podía ser sinó algo grave.

—Estono es mas que la agitacion de la marcha respondió Sandes, agitacion que pronto pasará—esperemos no mas, que en durmiendo un poco estoy bueno.

Pero lejos de ponerse bueno, su estado fué agravandose por momentos hasta que, á la mañana siguiente parecia un cadáver.

Ese día no pudo montar á caballo, y Segovia mandó arreglar para transportarlo á Mendoza, un carrito que llevaba con provisiones y otras cosas.

Sandes permitió que lo acomodaran, pero cuando supo que se trataba de traerlo á Mendoza, ordenó se siguiera la marcha, mandando á los que lo conducian se pusieran al frente de la columna en marcha.

A pesar de su estado muribundo, puede decirse, el Coronel Sandes no queria abandonar su puesto, persistiendo en que había de ejecutar las órdenes del Gobierno.

Recordó entonces lo que le había dicho su médico, y recien entonces comprendo que tanto como esté sus amigos habían tenido razon.

Pero á él no le quedaba otro remedio, y si de todos modos había de morir, prefirió morir frente al enemigo que morir tranquilamente en su cama, dado el caso que su enfermedad lo dejara morir tranquilamente.

La gravedad del sufrimiento se aumentaba cada vez mas, de tal manera, que tuvo al fin que acceder á las súplicas de Segovia que lo veía morir lentamente, de marchar mas despacio.

Entre tanto, sus amigos de Mendoza, amigos leales y que lo querian verdaderamente, habían hecho al General Paunero un chasque diciéndole lo que sucedia con Sandes y mostrándole la urgencia que había en ordenar terminantemente al bravo gefé regresase á Mendoza y se pusiera en asistencia.

Como Paunero venia marchando en la misma direccion de Sandes, pronto fué alcanzado

De modo que Segovia se halló en la imposibilidad de cumplir inmediatamente la orden del Coronel, á quien no se atrevió á decir lo que pasaba, porque hubiera armado un escándalo tan ruidoso como injusto.

Habiendo recibido orden de marchar al día siguiente, era muy natural haber dado licencia aquella noche á los oficiales, para que fueran á saludar á sus novias y relaciones.

Y como sabían que podían disponer de toda la noche, no haba que contar con darles palmada hasta la diana.

Pero el caso es que era preciso ponerse en marcha antes que el Coronel fuera apercebirse de lo que pasaba.

Los oficiales que estaban próximos al cuartel, sentirían el toque de tropa y el de ensillar pero no sucedería lo mismo con los que andaban por los alrededores de la ciudad.

Estos, aunque sintieran los toques, no les prestarían atención, porque ya sabían que la marcha era al siguiente día.

Segovia, en verdaderas figurillas, mandó buscar sus oficiales, donde mas ó ménos sabia se hallarian para ponerse en marcha aunque fuese con algunos: los demas podrian alcanzarlos despues.

La cuestion era que Sandes no se impusiera de lo que sucedia y no encontrase el menor tropiezo para la ejecucion de sus órdenes.

Cansado sin duda de esperar, Sandes, contra su costumbre, mandó preguntar si aún no estaban listos, á lo que Segovia respondió que sí.

Sandes le mandó ordenar que se pusiera en marcha inmediatamente, que él lo alcanzaba en seguida, dándole la direccion que debia llevar.

Agradecido del cuidado y cariño de sus amigos, Sandes queria tambien despedirse de ellos antes de marchar, mas, cuando no sabia si volveria á Mendoza.

El deseo de cumplir con su deber y demostrar que para esto no estaba enfermo, lo tenia en un estado febril que lo hacia curarse mucho mejor.

El Gobernador Molina, su amigo leal, y el médico que con tanta proligidad lo habia asistido, no quisieron dejarlo ir sin quemar el último argumento para detenerlo.

—Diga amigo, le preguntó el primero, usted no ha pensado nunca en la falta que puede hacer á su familia y á sus hijos?

—He pensado en ello muchas veces, pero que le hemos de hacer! algunas amarguras se han de tener en la vida.

—Pues para no tenerlas, para no faltar á los hijos cuando mas necesitan del padre, es preciso cuidarse y no provocar un descalabro como el que usted provoca ahora poniéndose en marcha enfermo como está.

—Pero amigos míos, si yo fuera á pensar en la falta que hago á mis hijos, cada vez que se corre algun peligro, empezaria por sacarle el cuerpo á los combates y tratar de no hallar me presente en ninguno de ellos, haciendo una bien triste figura.

El militar modelo jamás tiene en cuenta su propia vida, ni las desventuras que su muerte puede causar, sinó todos seríamos cobardes

y no habria quien quisiera afrontar el menor peligro.

—El peligro de muerte en una batalla es problemático, respondió el médico, se puede morir como se puede salir ileso; las mismas probabilidades hay para una como para otra cosa.

Además en una batalla hay otros intereses que bien merecen jugar la vida.

Se vá buscando el triunfo, la gloria, y el mejoramiento de posicion por los suyos mismos,

Pero aquí, que vá usted buscando con su sacrificio: que vá á realizarse antes de que pueda llegar á su destino.

Aquí no hay probabilidades que correr, de morir ó salir ileso.

Marchando usted ahora, yo opino que vá á una muerte segura é inevitable sin el menor provecho ni para usted ni para el Gobierno.

Usted tendrá que venir aquí á morir en una cama, sinó muere en el camino mismo y la division quedará sin su jefe.

¿Porqué no se queda y se le incorpora cuando pueda hacerlo siquiera sin peligro de la vida?

—Porque se me ordena marchar, replicó Sandes, con cierta amargura, y se me dice que en mi está el éxito de la jornada.

Ya no es momento de negarme provocando dudas y comprometiendo el éxito de una accion general.

A ustedes les hace hablar el cariño que me tienen, agregó y nada mas.

El amigo médico no es infalible, y no puede precisar con esa seguridad que he de morir antes de llegar á mi destino.

Puede hacerme bien la misma marcha, porque yo estoy tambien enfermo de aburrimiento y de la inaccion en que estoy y entónces habré ganado en vez de perder.

—No se haga ilusiones mi Coronel respondió el facultativo; hay muchos casos en que el médico puede precisar la muerte con absoluta seguridad, y este es fatalmente uno de ellos.

Si usted se agita, si usted hace á caballo una jornada larga ó toma parte en operaciones de guerra, no tenga duda que se muere, Coronel, si solamente su naturaleza tremenda puede haberlo levantado de la última recaída.

Pues conforme me he levantado de esta, me levantaria de otra mas; sobre todo, por ninguna consideracion, por nada de este mundo deo yo de cumplir la orden recibida.

El General Paunero espera que mi presencia con mi tropa dará el triunfo, mi marcha puede muy bien importar la terminacion de esta guerra desastrosa, y yo no puedo no debo ni quiero quedarme suceda lo que suceda.

Su augurio, amigo mio, no es dictado por nada mas que por el cariño que usted me profesa; ya verá como á pesar de todo lo que yo haga, volvemos á darnos la mano aquí mismo.

—Dios lo quiera mi amigo pero no lo espero, veo demasiado claro para engañarme.

Sandes no dudaba de lo que su médico le decia, pero estaba convencido que debia sacrificarse antes que faltar á las órdenes del Gobierno y la confianza que en él habia depositado. Su falta importaba comprometer una accion

tos feroces que no entraban en los cálculos ni de los mismos que conocían lo perverso de sus sentimientos.

Como el campamento estaba cerca de la ciudad, una hora despues regresaba la escolta que habia enviado Iseas, trayendo á la novia del oficial, la madre y un hermano que no habian querido dejarla venir sola, aterrados al saber que era Iseas quien las mandaba buscar.

Era aquella una familia que, aunque no pertenecía á las primeras de San Luis, gozaba de una posicion muy desahogada y era estimadísima por cuantos la conocían.

Si hubiera sido otro el gefe que la mandara llamar, ellos hubieran venido sin la menor desconfianza, pero siendo Iseas, cuya ferocidad era de todos conocida, estaban verdaderamente aterradas y presintiendo alguna gran desgracia.

Y cuando al llegar á presencia de Iseas, vieron al oficial riojano que estaba sonriente y tranquilo, se calmaron un poco, no atinando sin embargo con la causa del llamado.

Iseas sonreia tambien, gozando de antemano de la escena formidable que preparaba.

—Dice este jóven que es tu novio, interrogó y que ha venido á San Luis para avisarte que pasaba á la Rioja porque habia desertado de las fuerzas del Chacho.

Iseas, dictaba así á la jóven, sin sospecharlo, la repuesta que debia dar, así es que ella comprendiendo que era necesario asertar en lo que su novio habia dicho, repuso que era cierto todo, que estaba de novio hacia mucho tiempo y que el objeto de su venida á San Luis habia sido aquel.

—Sobérbio exclamó Iseas frotándose las manos era lo que yo queria saber.

Ahora vas a decirme si es verdad que estás enamorada del montonero y si te casas gustosa.

La jóven, creyendo turbada lo que por su amor Iseas trataba era de casarla, cantó de plano todos sus amores asegurando que casarse con el jóven era la única ambicion de toda su vida.

—Sobérbio, sobérbio, gritó Iseas fuera de sí y despues dirán que no tengo tino para saber lo que quiero: ahora lo van á ver.

Era tal la espresion que tomó la fisonomia de Iseas al decir esto, que todos los prisioneros, sin saber porqué, quedaron aterrados.

—Vamos á ver montoneros y vos tambien montonera, puesto que sos su novia, ahora mismo me van á decir donde anda el Chacho ó te hago secar á vos en las estacas y á ella la caso con cualquiera de mis ayudantes.

El terror mas espantoso se apoderó entónces de aquellas infelices: hartó conocían á Iseas para saber que haria al pié de la letra cuanto habia dicho.

—Convento que conmigo se haga cualquier herejia, puesta que al fin y al cabo he pertenecido á las fuerzas del Chacho y puede creerse que sé donde está; pero ella no tiene nada que ver con esto, nada puede saber del tal Chacho y seria injusto hacerle nada.

—Lo dicho, dicho, exclamó Iseas brutalmente, ó me dicen ahora mismo donde está el Chacho ó hago lo que he prometido.

La situacion para el jóven, no podia ser mas terrible.

Ella nada decia, porque en realidad nada sabia, y seria sacrificada de la manera monstruosa que se les habia anunciado.

Para él era inmensamente duro vender al gran caudillo, no lo hubiera hecho aunque lo hubieran cortado en pedazos; pero tratándose de sacrificar á su novia, á aquella niña que tanto lo amaba era distinto, hubiera vendido á todos los Chachos de este mundo.

Antes de hacerlo, antes de delatar al gran caudillo, el jóven trató de ensayar si Iseas cumpliria su amenaza.

De que á él lo matarian estaba seguro, pero queria cerciorarse si la amenaza hecha á su novia podria cumplirse.

—Inútil es todo lo que usted haga, mi Coronel, dijo el jóven, lo que hoy he dicho es la verdad, el Chacho ha marchado sobre Mendoza hace diez dias.

La jóven se echó á llorar amargamente, y se abrazó de las rodillas de Iseas pidiéndole gracia, pero aquel bárbaro mandó que allí mismo y en presencia de las mujeres, el oficial Riojano fuera estaqueado.

Y para apurarlo mas, mandó venir al capellan de la division, diciendo que era para que casase á la jóven con el mas feo de sus ayudantes.

El oficial prisionero se estremeció poderosamente, pero no opuso la menor resistencia, dejándose amarrar en las estacas con resignacion heróica.

Entónces se le acercó su futuro cuñado, y le enrostró feamente su proceder.

—Tú puedes ser todo lo fiel que quieras al Chacho, le dijo, aún á costa de tu vida misma, pero no tienes el derecho de sacrificar á mi hermana y enlutarnos á todos por el delito de haberte querido.

—Habla y salvate, gimió la jóven, por tí solo, no por mí, pues de todos modos tu muerte ha de ser la mia.

La pobre madre retorcia sus manos de desesperacion, pidiendo á Iseas de todos modos que no sacrificara injustamente á su hija.

Pero Iseas era un espiritu refractario á todo movimiento de piedad, las réplicas lo exasperaban en vez de calmarlo, así es que gritó á los soldados apretaran las estacas todo lo posible.

Apurado por las lágrimas de las mujeres y los reproches amargos y razonables de su amigo, el jóven lanzó un alarido producido por el dolor bárbaro que sufría y dijo que le añoraban los correones que iba á hablar.

Y sonriendo de una manera feróz, Iseas le mandó sacar de las estacas, mientras decia:

—Ya sabia yo que hablarías, puerco de porra, pero te prevengo que á la primer mentira te hago degollar.

—No tengo que mentir, contestó el jóven porque no es ese mi propósito.

Yo hubiera ocultado hasta la muerte el paraje donde se hallaba Chacho, pero obligado á hablar por salvarla, y no teniendo otro remedio de hacerlo, haré completo el sacrificio y dire cuanto se quiera preguntarme.

Y el jóven dijo cuanta gente tenia el Chacho cuales eran sus intenciones y el paraje

por el chasque, é inmediatamente pudo mandar un ayudante y dos soldados para que le llevaran la órden de regresar inmediatamente á Mendoza, dejando que su division siguiera la marcha á órdenes del brillante Segovia.

El General Paunero le mandaba decir que conocia el estado de su salud y que lo haria responsable de toda desobediencia que podia muy bien entorpecer la operacion.

El oficial parti6 inmediatamente, atendiendo la urgencia indiscutible del caso, y recién á los tres dias di6 alcance al Coronel Sandes.

La marcha del carro lo habia aliviado mucho de sus sufrimientos, pero la gravedad alarmante de su estado no habia disminuido nada.

Segovia no se separaba un momento de su lado, haciendo frecuentes altos ya para darle un trago de coñac, ya un poco de agua fresca.

Ya empezaba á concebir algunas esperanzas de convencer al Coronel, que debia regresar á Mendoza, cuando una nueva noticia vino á echarlo todo á perder y á hacer que Sandes apesar de su estado, mandara seguir la marcha á trote y galope.

El Chacho habia sorprendido al Coronel Iseas y le habia dado un golpe sério y de trascendencia en aquellos momentos, porque la division de Iseas quedaba imposibilitada entonces de concurrir al ataque general, como lo habia dispuesto Paunero.

Fué un nuevo y bárbaro crimen de los cometidos por Iseas, lo que motivó la sorpresa que tan cara debia costarle.

Marchando hácia los llanos de la Rioja, las avanzadas de Iseas, tomaron un oficial prisionero, que pertenecia á las fuerzas del Chacho y que salia de la Provincia de San Luis, donde indudablemente habia venido á bombarlo.

En esta sospecha no se equivocaba Iseas, aquel oficial habia venido á San Luis á hacer una visita á una niña con quien debia casarse y al mismo tiempo á informarse del estado y posicion de la division de Iseas, para hacérselo saber á Peñaloza.

Este esperaba á pocas leguas de alli su regreso, para internarse mas en los llanos, ó atacar á Iseas, segun los datos que le trajera su oficial.

Chacho sabia que se preparaba contra él un ataque r6cío, combinado entre las tres divisiones, pero sabia tambien que Sandes venia en muy mal estado y que Paunero tardaria mucho en llegar.

De modo que si él lograba sorprender á Iseas y batirlo, aseguraba en su favor el resultado de la accion general.

Iseas que tambien calculaba que Chacho no podia andar lejos de alli, en cuanto le trajeron al oficial prisionero, lo interrogó con cierta habilidad y astucia, para arrancarle lo que debia saber, es decir, donde se hallaba Peñaloza.

El oficial á su vez se encontraba en una situacion dificil: no sabia como negar que pertenecia á las fuerzas del Chacho, porque su uniforme lo habia venido y ademas llevaba consigo una comunicacion que establecia por lo pronto aquella verdad.

Por lo tanto si astuto era Iseas, mas astuto era el oficial y resolvi6 cantar de plano lo que ya se sabia, es decir, que era un oficial del Chacho, pa-

ra ocultar mejor lo que mas querian saber, el punto donde se hallaba el Chacho.

A las primeras preguntas, para que menos fuera á dudarse de él en adelante, el oficial confes6 que pertenecia á las fuerzas de los montoneros, pero que se habia separado de ellos cansado de andar disparando de un lado á otro y convencido que Chacho no podia luchar contra el gobierno Nacional y que tarde ó temprano tendria que sucumbir.

—Y si te has separado del ejército del Chacho, observ6 el terrible Iseas, porque salias ahora de San Luis en direccion á la Rioja?

Por una razon muy sencilla: porque soy de la Rioja y alli tengo mis intereses y mi familia.

Además en la Rioja estaba mas seguro de no ser molestado ni por los chachista ni por los del gobierno que nunca ván hasta allá.

—Y si esto es cierto, porque te habias venido á San Luis en vez de irte á la Rioja?

—Es muy sencillo, respondi6 el jóven sin turbarse y con la mayor naturalidad.

Yo tengo mi novia en San Luis, con quien debia casarme cuando me tomaron las fuerzas del Chacho.

Una vez desertado de entre ellos, lo primero que he atinado ha sido venir á visitar á mi novia y tranquilizarla respecto á mi persona, y en seguida traté de pasar á la Rioja, porque supe que aqui andaban fuerzas del Gobierno.

—Puede ser esto verdad como puede ser mentira, exclam6 Iseas que mientras hablaba maduraba un plan infernal.

Antes de entrar á otras cosas quiero que me digas donde está Chacho actualmente.

—Aunque tendria gusto en complacer á usted, me es imposible hacerlo, pues como ya hace mas de diez dias que me separé de él, no sé donde puede andar.

Cuando yo me deserté de sus filas, el Chacho iba en marcha con todo su Ejército hácia Mendoza para batir al coronel Sandes que se halla alli.

Supongo que á la fecha ya habrán peleado y que Chacho ocupará á Mendoza si le ha ido bien ó se habrá corrido para Córdoba si le ha ido mal.

—Mentira: Chacho está en los Llanos y vos iba á incorporártele.

—Dios me libre señor, respondi6 el oficial con una naturalidad que engañ6 á Iseas, para incorporármele de nuevo no valia la pena de haber desertado.

—Bueno, vamos á ver: si has mentido yo lo voy á saber al momento, la prueba es muy sencilla.

Donde vive y cómo se llama la novia que has venido á visitar en San Luis?

El jóven que encontr6 excelente el medio de prueba, dijo en el acto como se llamaba y donde vivia la niña, mandando Iseas traerla al campamento inmediatamente.

El jóven hizo entonces algunas observaciones, diciendo fueran mas bien á su casa, pero temiendo que esto fuera á hacer desconfiar á Iseas, consintió en ello, pues de todos modos siempre hacia aquel lo que le diera la gana y no lo que le pidieran.

Iseas estaba madurando uno de aquellos ac-

que se las había con todo él ejército de Peñalosa y se dejó dominar por el terror.

Tomada la columna en desorganización completa, los montoneros empezaron a salear á su gusto, sin que el enemigo volviera de su gran asombro y atinara con algun movimiento que los pusiera siquisiera en condiciones de no ser muertos esterilmente.

Iseas habia tratado en el primer momento de contener su tropa y rehacerla pronto, á costa de todo sacrificio.

Pero el pánico causado por la sorpresa era tremendo, y con razon porque la carga de franco habia sido muy violenta.

Bravo y convencido de que no habia otra salvacion posible porque la Guardia Nacional empezaba á dispersarse, hizo echar pié á tierra al Regimiento cuatro y formar cuadro con sus carabinas cargadas.

Los chachistas se detuvieron ante la actitud del cuatro y siguieron acosando de todos modos á la Guardia Nacional que huia ó se plegaba al enemigo, segun el apuro del momento.

La mayor parte de aquella pobre gente, eran paisanos arrancados violentamente de su hogar. chachistas de corazon, pero que segun el destino que se les habia dado, persuadidos que resistiéndose no lograrían otra cosa que hacerse fusilar.

Asi es que cuando vieron que los chachistas se imponían y obligaban á formar cuadro á la única tropa de línea que iba con ellos, se pasaron todos los que no habian disparado aún.

Iseas al formar cuadro habia tenido buen cuidado de dejar encerrado en él al oficial prisionero y á la jóven, que empezaban á concebir esperanzas de salvacion.

La desesperacion de Iseas era inmensa al verse reducido á la mas absoluta inmovilidad.

Los chachistas no se le aproximaban, pero en cuanto los veían intentar montar á caballo amagaban una carga y los obligaban á volver al cuadro, cuyas caras hacían un fuego ralo pero que algunas bajas lograba causar.

Era preciso retirarse de allí á toda costa, para evitar que cerrara la noche y llegara á los chachistas algun refuerzo que lo pusiera en mayores apuros.

Pero para retirarse de entre aquellas guardias, era necesario abandonar los caballos de una manera definitiva y resolverse á emprender á pié la marcha porque era necesario retirarse en cuadro.

Todos los instintos feroces se habian despertado en Iseas de una manera terrible.

Los prisioneros que llevaba en el cuadro empezaron á estorbarle, porque habia que distraer en ellos la atencion de la tropa, atencion que se necesitaba para la propia defensa.

Además, si el enemigo se resolvía á afrontar los fuegos y los apuraba un poco, aquellos prisioneros podrían escaparse con facilidad burlando los planes que sobre ellos habian formado.

Iseas no era hombre de perder un espectáculo de sangre preparado con tanta anticipacion.

Así es que en la primer tregua que le dió el

enemigo replegándose al monte, decidió concluir con ellos y sacarse de encima aquel estorbo.

Como habia abandonado sus caballos para retirarse en marcha, y estos estaban ensillados, el enemigo los dejó tranquilos y solo se preocupó en quitar y arrear aquellos caballos que le venían como llovidos del cielo, porque ninguno de ellos tenia una montura que valiera la pena.

Iseas hizo alto alto entónces y bajándose de su caballo, mandó á la escolta que lo rodeaba degollase á los dos prisioneros para evitarse el trabajo de cuidarlos.

Al escuchar la salvaje orden, la pobre jóven cayó de rodillas agoviada por el terror y rompió á llorar amargamente.

Con los ojos terriblemente dilatados y la boca entreabierta con esa expresion de idiotismo que imprime el miedo á la fisonomia humana, el aspecto de aquella pobre mujer habiera conmovido á cualquiera, pero á cualquiera que no fuera el coronel Iseas.

Los mismos soldados que la tomaron de los brazos para cumplir la orden, seres desalmados por el hábito que tenían de toda especie de crueldades, se sintieron conmovidos y perplejos, sin atinar en lo que hacían.

Fué necesario un terno formidable de aquel bárbaro, para que sacasen el cuchillo, aunque sin atreverse á usarlo todavía.

El oficial del Chacho, que extrañaba verse vivo todavía, al oír la orden de Iseas, sonrió con melancolia y deteniéndose con un ademán á los que lo acometían, se acercó á Iseas y le dijo:

—Convengo en que usted me haga degollar porque al fin y al cabo pertenezco al enemigo soy enemigo suyo y soy franco, si usted cayera en mis manos lo degollaría yo mismo.

Pero degollar á ese jóven que ningún mal ha hecho es una cobardía que no alcanzo porque es una cobardía sin objeto alguno y que ninguna ventaja puede causar.

Haga pues conmigo lo que quiera ya que es preciso la sangre de alguno para distraerlo, pero respete á esa mujer, siquiera para no dar el derecho de que se le llame cobarde.

—Yo te hago degollar á vos y á ella, rugió Iseas, porque los dos me han vendido, trayéndome á esta emboscada que conocían, y tan culpable es uno como el otro.

Y dén gracias que no hago mas que degollarlos, porque ántes los debia someter á un castigo ejemplar.

—Juro por cuanto hay de sagrado en el mundo, dijo solemnemente el oficial, que yo ignoraba esta emboscada, si la hubiera previsto le hubiera hecho variar de direccion, porque yo no cometo cobardias.

Sin embargo si usted cree que soy culpable haga lo que quiera, pero por decoro de su propio rango militar, haga respetar á esa jóven, que no tiene culpa en nada, y que ha sido arrancada á su hogar por el solo delito de ser mi novia.

—Vos y ella, vos primero y ella despues, rugió Iseas pegándole con su rebenque en la cabeza.

La pobre jóven, que estaba á pocas varas de éste al ver lo que hacían con su amante qui-

donde entonces debia hallarse y que él calculaba solo, porque hacia tres dias que se habia separado de sus filas para venir á San Luis.

Y el jóven agrió el semblante bajo el peso de la infamia que acababa de cometer.

Pero no habia otro medio de salvar á su novia del mas cobarde atentado.

Iseas rió estrepitosamente de su estratagemas que tan bueno resultado le daba, pero no se conformaba en manera alguna con que aquello pasara así nomás, sin lágrimas y sin sangre.

Y mandó llevar á los nóvios al cuerpo de guardia en calidad de presos.

Antes de ponerlos en libertad, segun dijo, era preciso cerciorarse si lo confesado por él era cierto, ó era una fábula inventada para salir del paso y nada mas.

La madre pidió á Iseas la dejara volver á su casa, porque su hijo no podia pasar la noche en un campamento, pero se burlaron de su pretencion mandándola salir de allí sobre tablas.

La pobre señora se exasperó, protestó de aquel atentado, é Iseas entonces la mandó sacar á empujones y golpes.

Por grande y seguro que fuera el peligro que corria, el hijo no pudo sufrir tal humillacion y vājemen, y poniéndose al lado de la madre trató de contener á los que la golpeaban.

Iseas entonces, fuera de sí de ira, mandó que sacaran la mujer del campamento á la rastro, y al insolente que se oponia al cumplimiento de sus órdenes, lo estaquearan, para que aprendiese en lo sucesivo.

El jóven hizo una resistencia desesperada, lo que concluyó de irritar á Iseas.

La pobre madre al ver el modo como trataban á su hijo y el peligro que corria entre aquella gente, no queria salir del campamento y se debatía entre los soldados pugnando por quedarse.

Pero medio enloquecida por los golpes y la angustia, fué arrojada por fin del campamento en un estado lamentable.

El plan de Iseas en casar la novia del montonero con el mas feo de sus ayudantes, no habia sido abandonado.

Al contrario, efectuándolo se proporcionaba una diversion de lo mas cómico que pueda imaginarse.

Y ya habia hecho preparar para las bodas á un Santiaguño picado de sus viruelas que habia acendido de asistente á ayudante suyo.

Era el ayudante que le servia de verdugo en momentos dados, degollando con inimitable frescura y desembarazo las personas que su jefe le indicaba.

— Yo te voy á casar con la muchacha, le habia dicho Iseas, pero antes es preciso degollar al montonero que está con ella.

El ayudante llevó la mano al cuchillo como si quisiera ejecutar la órden sobre tablas, pero Iseas lo contuvo diciéndole que aún no era tiempo, que debian esperar un par de dias para ver si era cierto todo lo que, referente al Chacho, habia dicho el jóven.

Este estaba en el cuerpo de guardia tratado duramente y sirviendo de blanco á las sátiras groseras y perversas de los soldados.

La jóven no cesaba de llorar un momento, aquella situacion la mortificaba de una manera terrible y las palabras que se producian á su lado le causaban un desagrado espantable.

Aquella jóven no era muy bella, siendo este el tema de todas las pullas groseras y soeces la mayor parte.

Iseas dió órden de marcha para el dia siguiente é hizo acollorar á los dos novios como si se tratara de dos animales, debiendo marchar á la cabeza de la columna, montados sobre dos mulas que irian tambien acollaradas.

Una vez que Iseas se convenciera que el jóven no lo habia engañado y que las fuerzas de Peñaloza estaban en el punto que él decia, ejecutaría el matrimonio de su ayudante, haciendo servir de padrino al mismo oficial montonero.

El plan no podia ser mas diabólico.

Pero su ejecucion estaba haciendo perder á Iseas un tiempo precioso.

En el mismo momento que el oficial chachista fué hecho prisionero, partió de San Luis un chasque en busca de Peñaloza, para darle detalles exactos sobre la situacion de Iseas y la prision de su oficial.

Peñaloza desprendió dos Regimientos de caballería, que marcharon al encuentro de Iseas para darle un buen golpe de manos y facilitar la huida de los prisioneros que pudiera tener.

Bien montados, los montoneros se aproximaron á Iseas, cuando aquel creia ir á sorprender al Chacho emboscándose para sorprenderlo en el momento que menos le pensara.

Y calculando con precision el paraje por donde habia de pasar, se emboscaron en un monte casi encima del camino, y esperaron el paso de Iseas.

Este que no podia calcular que tenia un enemigo tan próximo, marchaba descuidadamente, distraido con la idea de sorprender á Peñaloza antes que llegaran Sandes y Paunero.

Era aún de dia muy claro cuando entraron al camino donde la montonera se hallaba emboscada y como se veia claramente todo, Iseas no tomó ninguna precaucion, creyendo suficiente la guardia avanzada que marchaba como una legua á vanguardia.

Los montoneros entre tanto lo estaban viendo por entre los árboles y calculando el modo mas seguro de dar el golpe.

Y se ocultaron en el mayor silencio, pero listos para salir en son de carga, flanqueando la columna de Iseas una mitad, mientras la otra mitad la tomaba por retaguardia.

Iseas pasó por el lado del monte, sin notar la menor cosa que le hiciera temer la presencia del enemigo, ni sospecharla siquiera.

Los montoneros habian dejado pasar la guardia avanzada y cuando vieron llegar á Iseas se ocultaron mas, saliendo como una tormenta cuando habia pasado una mitad de la columna.

Los chachistas atacaron á sable y lanza con un vigor extraordinario y eficaz.

Sorprendido por el flanco y la retaguardia, la columna de Iseas se hizo un remolino, creyó

llega á agarrar, decian otros, nos vá á degollar por desertores ó tambien porque le dá la gana.

Y por huir de Iseas á quien tenian un terror imponderable, siguieron con la partida de montoneros, buscando la incorporacion de Chacho, con quien estarian bien garantidos.

Iseas siguió haciendo una retirada penosa y sin descanso durante toda la noche.

Siempre prevenido, temia que el enemigo le cayera en cualquier momento, protegido por la misma oscuridad y le rompiera el cuadro poniendo sus tropas en desbande.

Los soldados estaban postrados de fatiga y de necesidad, pero alerta, porque si desmayaban un momento, su perdicion era segura.

Al amacener del dia siguiente, Iseas observó que estaba solo y comprendió que el enemigo habia tambien emprendido su retirada la noche anterior, pues no habia por allí el menor vestigio suyo.

Y despues de un descanso conveniente, volvió á seguir retirándose hácia San Luis, en columna y con el Regimiento postrado.

Esta fué la noticia que levantó el espíritu viril de Sandes y lo decidió á seguir adelante, apesar de su estado gravísimo.

La orden del General Paunero no podia haber llegado á Sandes en un momento mas oportuno, porque despues de lo sucedido á Iseas, él hubiera seguido hasta el fin, aun estando muriendo.

Así se que aunque todo su deseo era llegar á donde estaba Chacho oportunamente, se resignó, desde que no habia otro remedio y se dejó conducir á Mendoza.

Allí lo rodearon inmediatamente sus amigos mas leales para prestarle la asistencia mas esmerada, en la que se turnaban cariñosamente los oficiales que habian venido acompañandolo.

Aquella naturaleza de asombroso vigor, luchaba poderosamente con la muerte que se empeñaba en hacer presa de ella, sin lograr avanzar ni un paso.

La medicina y la cirujia nada tenian que hacer ya allí; era la naturaleza y el espíritu de aquel hombre imponderable los que luchaban con rápidas y fuertes alternativas.

El Ejército habia suspendido momentáneamente sus operaciones, porque sin Sandes le faltaba un poderoso contingente, como competencia en aquella guerra tan original y difícil, donde la táctica venia á estrellarse contra la suprema astucia.

La falta de Sandes se hacia sentir entónces doblemente, pues el contraste sufrido por Iseas habia dejado las operaciones de guerra en su situacion mas difícil.

Nadie sabia precisamente el punto donde se hallaba Chacho.

Se le iba á buscar á una parte haciendo sérios sacrificios para no demorarse en el camino, y cuando se llegaba allí, se tenian noticias de que Chacho andaba por rumbo diametralmente opuesto haciendo lo que le daba la gana.

Chacho ha llegado á tal punto, se decia, y ha campado allí con todo su Ejército para moverse en tal ó cual direccion, y el Ejército se ponía inmediatamente en marcha.

Muchas veces se veian sus fogones lucir entre la oscuridad de la noche y se avanzaba con suma precaucion, esperando la luz del dia para llevar el ataque.

Pero cuando el dia aclaraba y el Ejército se ponía en marcha, resultaba que allí solo quedaban los fogones de la montonera como único enemigo: el Ejército del Chacho habia marchado ya, sin saberse á donde.

Se seguia entónces una marcha rápida en la direccion que suponian habia seguido, y cuando se creia alcanzarlo ya, se sentia á la retaguardia de la columna fuertes grupos de montoneros que venian á hostilizarla.

En vez de ser ellos los que iban persiguiendo á Chacho, era Peñaloza el que los perseguia picándoles ya la retaguardia.

Entónces se cambiaba la direccion de la marcha y se marchaba en sentido opuesto desplegando guerrillas, puesto que el enemigo estaba encima.

Y así se continuaba todo el dia, viéndose la retaguardia enemiga.

Pero el dia siguiente ya el Chacho habia desaparecido para hacerse sentir nuevamente por la retaguardia, por algun flanco de la columna ó en el punto que el Ejército habia estado campado dos dias antes.

Así el Chacho los traía medio enloquecidos sin que pudieran emprender una operacion segura.

Como el Ejército tenia que moverse con infanterias, artilleria, parque y todo lo demás, de necesidad imprescindible, por rápidas que fueran sus marchas, tenian que ser pesadas y lentas, con relacion á un Ejército lijero, de caballeria todo, y conocedor de terreno en que operaba con una precision matemática.

Los montoneros sabian perfectamente las aguadas y los caminos mas cortos que á ellas conducian, mientras que el Ejército tenia que buscarlos, sin la seguridad de hallarlas en buenas condiciones.

Muchas veces habia que desandar diez ó veinte leguas para llegar á una aguada conocida, y cuando iba á utilizarse, resultaba que el enemigo la habia dejado inservible, no solo para la tropa, sino para las caballadas mismas.

De aquí resultaba que el ejército andaba á pié é imposibilitado de operar con rapidez, porque sus mejores caballadas quedaban rápidamente destruidas por las marchas continuas y por la falta de agua.

Las mismas caballadas de refresco que se mandaban al Ejército desde Cordoba, Santa-Fé y San Juan, cuando le llegaban iban en el mismo estado que las que tenian, pudiéndose apenas entresacar de ellas la quinta ó sexta parte, y esta en un no muy famoso estado.

Y como los montoneros, dueños de todos los recursos, andaban siempre bien montados, resultaba que ellos podian hacer jornadas de veinte ó treinta leguas, cuando el Ejército apenas podia andar seis ú ocho.

Las provincias por donde cruzaban no podian proporcionar el menor elemento, ni en hombres ni en caballos, porque ya Chacho habia sacado de ellas cuanto podia sacarse y porque lo poco que quedaba se lo ocultaban al

so aproximársele, aunque mas no fuera que para consolarlo con un cariño, pero no pudo moverse porque el terror la habia postrado completamente.

No tenia aliento ni para dar un paso, ni siquiera para incorporarse del paraje donde habia caído arrodillada.

Pronto, gritó Iseas, pronto que hay que ganar tiempo y retirarse sin tener que andar cuidando á estos sarnosos; á este primero; degüellamiento pronto.

—Cobardel! gritó el jóven en una sonrisa suprema, Dios no está en vano en el cielo y algun día cobrarás el premio de esta hazafia.

Aquello solo sirvió para exasperar á Iseas, que se bajó del caballo y acercándose al jóven volvió á golpearlo con el rebenque, mientras le cortaban el pescuezo.

El pobre jóven murió de una manera heroica.

No hizo el menor movimiento para defenderse, aceptó el martirio con una resignacion magnífica, y clavando en Iseas sus ojos valientes, rindió la vida sin apagar la sonrisa de sus lábios.

Sus mismos verdugos no pudieron reprimir un movimiento de asombro y de admiracion.

Aquel cuerpo se agitó en convulsiones violentas, quedando inmóvil cuanto por sus bárbaras heridas hubo salido la última gota de sangre.

Iseas golpeó todavia con su pié aquel tronco inmóvil hizo rodear la livida y noble cabeza y riendo brutalmente se volvió al grupo donde estaba la jóven.

La pobre niña estaba bajo la impresion de un estupor profundo.

Habia visto morir á su amante y la impresion de su muerte habia sido tan violenta, que cayó en un estado de melancolia profunda, género de locura conmovedora é imponente.

Aquellos bellos ojos que expresaban la pena mas amarga en su inmovilidad inalterable, no conmovieron á Iseas, que hizo señas á los suyos de que la degollaran tambien.

—Que la degüellen he dicho! gritó viendo que nadie se movia, ó me degüello yo media docenas de ustedes!

La jóven permaneció inmóvil como si no hubiera oido las terribles palabras, y como si estuviera muerta, pareció no sentir tampoco las manos que la tomaron y echaron hácia atrás su cabeza juvenil tomándola por el caballo.

Con la mirada fija en el cadáver de su amante, ni siquiera hizo el movimiento mas leve al sentir sobre su cuello albo, el filo perezoso del cuchillo.

Y el degüello fué consumado sin que hubiera partido de aquella garganta tan cruelmente dividida, la menor queja.

Fué recien cuando la cabeza cayó hácia la espalda, colgando de las articulaciones, que el cuerpo se agitó en las convulsiones de la muerte, quedando en seguida en inmovilidad cadavérica.

Los soldados que habian ejecutado la incalificable orden, estaban tan pálidos como la misma cabeza de la degollada, sin atreverse á mirar á Iseas.

—Si no fuera porque estamos en situacion

un poco apurada, yo les habia de enseñar á mariquear, hijos de mala madre! exclamó.

Y no estaba mala la canalla! que botas se hubiera puesto mis ayudante si yo hubiera hecho desde el primer momento lo que pensé.

Y montó de nuevo á caballo, emprendiendo su retirada hácia San Luis, siempre formado en cuadro.

Los montoneros entre tanto, no habian podido darse una cuenta exacta de lo que pasaba dentro del cuadro del 4, porque estaban lejos y el grupo de soldados ocultaba las victimas.

Recien cuando se retiró Iseas un par de cuerdas y pudieron llegar al paraje que aquel habia ocupado, se dieron cuenta del crimen que se habia cometido y la indignacion de aquella gente fué tremenda.

—Esta es gente nuestra! exclamaron algunos que conocian al oficial Riojano y esta jóven no ha de haber cometido otro delito que andar con él.

Y rompieron, fuertemente impresionados, sus hostilidades contra el cuadro que se retiraba.

Iseas estaba en una posicion nuevamente difícil: no tenia caballos y á pié le era imposible hacer otra cosa que defenderse en retirada, y con mucho trabajo, porque las partidas de montoneros empezaron á querer rodearlo para estrecharlo en un círculo y obligarlo á rendirse, ó despedazarlo.

Los chachistas tenian muy pocas armas de fuego y estas mismas eran muy malas, y con el sable y lanza no se animaban á cargar el cuadro por el fuego con que este los recibia, se contentaba con amargar sus cargas por todos lados y tenerlos en continua alarma.

Si con aquella montonera hubiera ido el Chacho ó alguno de sus segundos, Iseas no hubiera podido sostenerse mucho tiempo y hubiera sido rápidamente deshecho.

Pero el caudillo que los guiaba, un jóven de Catamarca, no tenia aquella audacia necesaria para un golpe de esta naturaleza.

El creia además haber cumplido las intenciones que tuvo Chacho al mandarlo, puesto que se les habia quitado hasta los caballos ensillados, y no queria comprometer aquel resultado con un acto temerario que podia muy bien darle un mal resultado.

Así es que se limitó á hacerle mas difícil su retirada, hostilizándolo de todos modos, hasta que decidió retirarse tambien antes que cerrara la noche.

Iseas podia muy bien ir retirándose hácia alguna reserva dejada á corta distancia de allí, y el jóven, en la duda, resolvió no avanzar mas por el momento y retirarse protegido por la oscuridad de la noche.

Los prisioneros hechos en el combate, como los que se habian pasado por no poder huir, quedaron en completa libertad de hacer lo que mas les conviniera, según con él, dispersarse ó volverse á incorporar á Iseas.

Pero no hubo ni uno solo que optara por esto último.

— Si volvemos á Iseas, decian, es capaz de hacernos fusilar porque no hemos peleado, porque nos hemos dejado tomar, ó porque le dá la gana.

— Y si nos dispersamos y algun día nos

les entregara tal ó cual cantidad de carne.

Cuando ya se habian agotado todos recursos de la lalimona en una parte, Chacho levanta campamento y se iba á otra parte, despues de haber mandado á la Rioja toda la hacienda dividida en pequeños grupos para hacer mas fácil su conduccion.

Así destinaba cierto tiempo á hacerse de víveres hasta que reunia lo necesario para asegurar la vida del Ejército por un largo tiempo.

Y entónces habria una nueva campaña de persecuciones y sorpresas, para tener el enemigo en continuo movimiento, mortificándolo y obligándolo á cansar sus caballos sin ningun resultado satisfactorio.

Con bomberos y partidarios en todas partes Chacho tenia siempre conocimiento de las tropas de ganado ó de carretas que marchaban para el Ejército Nacional.

Y él daba vueltas, marchaba y contramarchaba, á corta distancia de ellas, mientras mas léjos se le creia, hasta que lograba tomarlas al descuido y sorprenderlas durante el sueño, arrebátandoles cuanto llevaban.

Y aquí venian las correrias asombrosas donde Chacho revelaba y ponía en juego toda su astucia.

El parte de lo sucedido llegaba bien pronto al Ejército y este se ponía en movimiento con toda la rapidéz necesaria.

El Chacho debía ir muy pesado con el botín que acababa de hacer, y no sería difícil alcanzarlo.

Era cuestión de un par de marchas forzadas y nada mas.

Llegados al teatro de la accion emprendían la marcha en direccion que se decia llevaba Chacho y al poco andar avistábase un alegre campamento.

El Ejército era tambien sentido por los montoneros, que á su vista montaban á caballo y se ponían en marcha en una direccion dada y manteniéndose á la vista de sus perseguidores, á una larga distancia.

Ambos Ejércitos marchaban dia y noche, sin la menor trégua, unos pugnando por alcanzar á los que huían, y estos haciendo lo posible por no dejarse alcanzar, dificultando la marcha de sus perseguidores, en los mas intrasintables caminos.

Al cabo de una marcha de dos ó tres dias, cuando mas postrado creían al enemigo, éste, á vista del Ejército se dispersaba en todas direcciones, fraccionándose en pequeños grupos y golpeándose alegremente la boca.

Para dispersarse de aquella manera era necesario abandonar el arreo que llevaban.

Y creyendo encontrarlo por allí donde hecho la dispersion, marchaban con mas bríos que nunca.

Pero no hallaban ni un solo caballo cansado, no ya hacienda vacuna.

Fraccionar una division para perseguir aquellos grupos, era un disparate y no habia mas remedio que conformarse con la burla y emprender nuevas operaciones.

Aquella dispersion la efectuaban los montoneros siempre al caer la tarde, de modo que al poco rato cerraba la noche y quedaban perfectamente seguros de no ser perseguidos.

Como se explicaba que los montoneros hubieran salvado el botín, en una dispersion individual como aquella.

De una manera muy sencilla, en la que no cayó el Ejército de Paunero sino á fuerza de repetirse.

La maniobra era sin embargo muy sencilla.

En cuanto Chacho se apoderaba de algun arreo fuerte ó una buena cantidad de víveres, despues que el enemigo sorprendido se retiraba en derrota y sin que él se preocupase en perseguirlo dividía su fuerza en dos divisiones una mas fuerte que otra.

La division mas debil, pero mejor montada, maniobraba en el acto con rumbo á la Rioja, por los montes mas cercanos, llevando el botín de guerra.

Esta division llevaba orden de no preocuparse mas que en llegar á su destino y de huir abandonándolo todo en caso que se encontrara con fuerzas muy superiores. La segunda division quedaba con Chacho, siguiendo la marcha de la primera, pero mas lentamente y como buscando ser alcanzado por un enemigo que no tardaría en aparecer.

Y mientras los primeros marchaban dia y noche con el descanso indispensable para no fatigar mucho las caballadas, él campaba de noche, pero observando una vijilancia estrama hasta cierta distancia donde establecia su campamento permanente.

Sentido el Ejército que se aproximaba, Chacho hacia montar á caballo, levantaba campamento y se ponía en fuga, cuando el enemigo lo habia visto, pero teniendo cuidado de llevar una direccion diametralmente opuesta á aquella que llevaba la division que habia despachado con el botín, la que debía estar ya muy léjos, ó en completa seguridad segun el tiempo que habia tardado en apurarse el ejército.

Chacho llevaba así el ejército en una falsa pronuncion, alejándolo precisamente del objeto que creia perseguir, todo el tiempo que necesitaba para la completa salvacion del arreo.

Y solo cuando creia inútil entretenerlos mas porque ya lo habia alejado muchísimo de aquellos, se dispersaba á su vista, despues de haber dado á sus tropas punto de reunion en dia fijo.

Si el ejército que lo perseguía tenia alguna vanguardia ó avanzada débil, Chacho antes de dispersarse la cargaba de firme, haciéndola replegar á sus reservas en la creencia que al fin Chacho iba á presentar batalla.

Triste era luego, el desengaño al verlo dispersarse de aquella manera!

Pero no habia mas remedio que tener paciencia, puesto que la noche cerraba y no tenían ni siquiera el consuelo de perseguir los grupos mas grandes, para hacer algunos prisioneros.

De esta manera, Chacho, ponía en salvo las presas que lograba hacer al Gobierno, hasta que á fuerza de repetirlo su juego fué pronto comprendido y turbado.

Pero bien pronto halló Chacho el remedio reparador.

Cuando vió que su táctica habia sido descubierta, porque el enemigo desdeñando seguirlo se lanzó detrás de la rastrillada de la division

Ejército para dificultar todos sus movimientos y ayudar á Chacho de todos modos.

No podia el gefe del Ejército guiarse del menor informe voluntario que se le daba, y como Paunero era enemigo de imponerse por el rigor y echando mano de medios severos, siempre andaban careciendo de noticias referentes á Chacho y á los movimientos de su Ejército.

Entre los mismos gobernadores, los que mas lealtad demostraban al Gobierno Nacional, eran los mas amigos que tenia Chacho, mirado por todos ellos como el defensor de los derechos y libertades de las provincias, puestas á contribucion de sangre y dinero por los gefes nacionales, y tratados como tribus de indios.

Y el general Paunero que podia haberse impuesto por las prendas estimable de su carácter, tenia que luchar como primer enemigo con la fama tremenda dejada por el ejército a sus órdenes.

Chacho, que habia tomado por modelo al noble general Lavalle, tenia su manera original de sacar á las provincias su contribucion de dinero y de artículos de primera necesidad.

El no imponia jamás que se le diera tal ó cual cantidad de dinero ó haciendas, ni imponia á los gobiernos una contribucion arreglada á los recursos de cada provincia.

Así que llegaba á la capital de alguna provincia de importancia como San Juan ó Córdoba por ejemplo, campaba á una legua de la ciudad prohibiendo que persona alguna se separara del campamento sin licencia espresa.

En seguida nombraba en comision á diez, quince ó mas gefes y oficiales que entresacaba de entre los mas cultos y educados, comision original que demostraba toda la nobleza de aquel espíritu varonil y abnegado.

Cada gefe ú oficial de estos entraba á la ciudad seguido de una escolta de cuatro hombres, solicitando de puerta en puerta una limosna para el Ejército de Peñaloza, limosna que podia ser indistintamente de dinero ó de viveres.

Las familias contribuian con dinero, y el comercio con dinero y viveres en tal cantidad, que era preciso conducirlos en carretas al campamento del Chacho.

El gobierno era requerido en la forma de los particulares: señor, el General Peñaloza manda pedir una limosna con que aliviar la miseria de sus soldados, al ciudadano y al gobernador.

De esta manera el Chacho sacaba para vivir un par de meses con la economia á que estaban acostumbradas sus tropas.

Las familias segun su grado de chachismo, además de la limosna que daban, mandaban obsequiar á los gefes y ofrecer sus casas para alojamiento de tantos oficiales, segun su comodidad y sus medios, durante el tiempo que fueran á permanecer allí campados.

Esta invitacion, aceptada siempre, no dió jamás lugar á que se arrepintiera la familia que la habia hecho.

Los jefes y oficiales se comportaban de una manera irreprochable, dejando siempre el mejor recuerdo.

Es verdad que el oficial que hubiera abusado en cualquier sentido de la hospitalidad que

tan generosamente se le brindaba, hubiera sido arrojado inmediatamente de las filas del Ejército.

De aquí nacia el chachismo en la mayoria de las provincias del Norte, tratadas con suma dureza por las tropas nacionales que las ocuparon.

Por eso es que á estas ocultaban todo, mientras que para las tropas de Peñaloza se abrian todas las puertas y todas las fuentes de recurso.

El que nada queria dar nada daba, pero nadie era violentado á hacer lo que no queria ó no podia.

El pedido de limosna, duraba tantos dias, cuánto necesitaban los gefes y oficiales para recorrer toda la ciudad, puerta por puerta.

El campamento se llenaba de visitas que venian á pasear, y como nunca lo hacian sin llevar algo todos eran espléndidamente recibidos y agasajados pobre pero cordialmente.

Y mientras unas comisiones recorrían la ciudad, otras mas numerosas andaban por la campaña pidiendo en los establecimientos de campo, una limosna para la gente de Peñaloza.

Quien una vaca, quien cinco, este ovejas, aquel cabras y el otro novillos, todos ponian su óbolo más ó ménos valioso, para que aquella lente pudiera reunir una tropa con que hacer frente á sus necesidades.

Muchas veces aquellas comisiones daban con alguna tropa del Gobierno que estaba á pastoreo en algun paraje.

Y la arreaban sin decir una palabra á aquellos que la cuidaban y la llevaban al campamento para que Chacho ordenara lo que debia de hacerse.

Asi, durante el tiempo del campamento, se guardaban los viveres secos y el dinero, y se comia la carne en abundancia, para llevar á la retirada la menor cantidad de hacienda, por lo difícil que era andar con arreo en aquella guerra tan difícil y accidentada.

Cuando tenia mucha hacienda y calculaba poderlo hacer sin peligro, Chacho despachaba una ó dos compañías, con un arreo que pudieran llevar fácilmente.

Aquel arreo era conducido hasta la Rioja, por los caminos mas escabrosos, donde no pudiera hallarse enemigo.

Y allí se negociaba, se cambiaba por otras cosas ó se guardaba á pastoreo para echar mano de ella en cualquier caso de necesidad.

Como se hacian pequeñas y calculadas á salvar todo género de inconvenientes, la mayor parte de aquellas tropas salvaban, yendo á engrosar el arreo de los Llanos que era ya bastante numeroso.

Y allí acudian las familias de los chachistas en campaña mas apuradas por la miseria, á las que se ayudaba segun los recursos del arreo.

Porque no estando Chacho en la Rioja, no eran las órdenes del Gobernador sino las de la Victor, las que obedecian la jente destacada por el Chacho.

A ella acudian los necesitados y miserables era ella la que daba las órdenes para que se

des, por estas mismas razones, estaba sumamente vigilado.

Tres ó cuatro oficiales se turnaban siempre en el servicio de acompañarlo, y los asistentes no se movían fuera del alcance de su voz; además de que no se permitía la entrada sinó á personas determinadas y bien conocidas.

Así toda intentona de crimen estaba prevista y no sería imposible realizarla.

Sandes empezó á mejorar sensiblemente, hasta que al cabo de quince días abandonaba el lecho, en un estado de franca convalecencia.

Esto dió lugar á la alegría de sus amigos, alegría que se demostraba de todas maneras, preparando fiestas y haciendo mil proyectos de paseos para cuando Sandes pudiera salir y asistir á ellas.

Entre las fiestas proyectadas, habia un paseo con su correspondiente almuerzo, comida y baile, en la quinta de la familia Recuero situada en Lujan.

A esa fiesta debían concurrir todos los amigos de Sandes y las familias mas conocidas de Mendoza, y era preciso esperar entonces para su mejor brillo, que el Coronel Sandes estuviera perfectamente bueno, puesto que la fiesta tenia lugar en honor suyo.

El Gobernador Villanueva, como amigo mas íntimo de Sandes y como Gobernador que era estaba invitado para hacer los honores de la fiesta, con autorizacion para invitar á todas las personas que quisiera llevar para darle mas animacion y esplendor.

Sandes tenia noticias de aquella fiesta y deseaba estar bueno lo mas pronto posible, para asistir á ella sin la menor preocupacion.

Aunque se habían hecho preparativos de primer orden para dar á la comida un carácter de banquete, no faltarian ni la carne con cuero ni el rico asado al asador, ni aquellos platos esencialmente criollos, que valian para Sandes mas que un banquete entero.

El vino de la tierra y los esquisitos dulces en que es especial Mendoza no debían de faltar tampoco.

Todo esto sazonado con una buena noche de baile, prometía una fiesta digna de hacer cualquier sacrificio por no faltar á ella.

El deseo por una parte y la buena convalecencia por otra, pusieron al Coronel Sandes en estado de poder concurrir á ella pocos días despues trasladándose á Lujan á caballo con la mayor tranquilidad para no agitarse.

Junto con él iban el gobernador Molina y todo lo mas distinguido que en hombres tenia la ciudad de Mendoza, acompañándolo de cerca el capitán Maldonado, coronel hoy, que no se le separaba un momento y el capitán Ramirez, jóven Oriental, á quien distinguía tambien mucho Sandes.

Su hijo Pablo, teniente en el regimiento primero, á quien el coronel tenia un gran cariño iba tambien á su lado, sin querer separarse de un momento.

Estos oficiales temían que el viaje á caballo pudiera ocasionarle una recaída y querían observarlo de cerca para poner pronto remedio si sus temores llegaban á realizarse; aunque los médicos habían asegurado que no habia ya

el menor peligro porque el coronel estaba francamente restablecido.

Sandes iba contento, animado de excelente humor, y enoctrando en todos motivos de bromas y frases traviesas.

Cuando ellos llegaron, ya en la quinta de Recuero habia infinidad de familias que solo esperaban la llegada de aquellos invitados para principiar las fiestas.

Todo estaba adornado con gusto y modo, que hacia mas de quince días que se preparaba la cosa, esperando el total restablecimiento de Sandes.

Las músicas sonaban por todas partes y los fogones levantaban su alegre y juguetona llama donde se asaban los enormes trozos de carne con cuero ó al asador.

Era imposible hallar mas alegría que la que reinaba entre todas aquellas personas, amigos entre si y reunidas con el único propósito de divertirse, no un día sinó una semana, como se usaba en Mendoza.

El almuerzo fué alegre, cordial y opíparo, sin que se interrumpiera un momento el alegre sonido de las músicas.

Sandes, despues de tanto encierro y quietud, se hallaba rejuvenecido al encontrarse entre tanto amigo y tanto familia alegre y distinguida.

El mismo decia que se encontraba trasformado y rejuvenecido de veinte años por lo menos.

Sus oficiales, gente alegre y traviesa, rebosando en juventud, animados por el estado de su Coronel, se entregaban sin reparo á los goce de aquella agradable fiesta, bailando sin descanso y acudiendo á todas partes donde habia algun motivo de risas y chacotas.

Y así se pasó el día sin que una sola sombra viniera á turbar la alegría general.

Concluida la comida, que fué espléndida y racionada con los mejores vinos, signió bailándose con creciente animacion, sin que esta decayera un solo momento.

Y se pasó una noche verdaderamente feliz, sin que el Coronel Sandes hubiera experimentado la menor novedad que pudiese hacer temer una recaída.

Sandes estaba entonces radicalmente bueno y no habia que temer la menor novedad.

Como su salud estaba dedicada y susceptible de algun contratiempo, se retiró relativamente temprano á descansar en la pieza que con aquel objeto se le habia destinado.

Su hijo, con Maldonado y Rodriguez, abandonaron tambien ja fiesta para cuidar al amigo y al gefe, en prevision de cualquier cosa que pudiese sucederle.

Al día siguiente, el Coronel Sandes no se encontraba tan bien como el anterior.

Sus amigos pensaron que habia comido demasiado y que la mala noche, despues haber estado habituado á un regimen tan cuidadoso, pudiera haberle hecho mal, pero que seria un mal pasajero.

Habia la coincidencia de que el gobernador Molina, el capitán Rodriguez y alguna otra persona mas de la intimidad de Sandes no se sentían bien tampoco.

Pero se recordaba que estos precisamente

que queria salvar empezó él con la suya á hostilizarlo picándole la retaguardia y obligándolo á pelear.

Pero todo fué inútil, porque alcanzada su primera division, fué dispersada y perdió el botín aunque para recuperarlo fué necesario pelear rícidamente, pues Chacho atacó la retaguardia, mientras la primera division se unia al lado derecho y los flaqueaba por allí. El combate fué duro, pero fatal para las armas del Chacho que fueron vencidas y obligadas á dispersarse.

La manera como Chacho, modificó su eterno plan era simple y astuta.

En vez de poner el botín en la primera division que despachaba adelante, como lo hacia antes, lo dejó entre la tropa que hacia con él.

El Ejército seguia entonces como la última vez, la rastrillada que iba dejando aquella, desdeñando seguir á Chacho que se alejaba por direccion opuesta, llevándose esta vez todo el botín.

Chasqueados así, el Ejército se encontró confundido, porque comprendió la variante hecha por el Chacho, pero ya no supo á que atenerse.

Cómo haria en adelante para saber en cual de los dos cuerpos de montoneros iba el botín que querian recuperar?

Y se hallaren nuevamente burlados por aquel hombre extraordinariamente astuto y previsor.

No habia mas remedio que tratar de cercarlo entre varias divisiones, para obligarlo al combate, pero esto era casi imposible, pues cuando lo creian en la Rioja estaba en Córdoba y cuando iban á buscarlo á Córdoba, se tenían noticias que andaba en la Rioja.

El medio mas eficaz de obligarlo á pelear y tomarlo, era tener un cuerpo de Ejército en cada provincia, para batirlo allí donde se presentaba; pero para esto serian necesarios unos veinte mil hombres por lo menos, y mandados por gefes muy competentes para no esponer se á la vergüenza de que Chacho, de provincia en provincia y con un Ejército poderoso fuera sorprendiéndolos y batiéndolos en cualquier parte.

Esta era la verdadera situacion del Ejército cuando el Coronel Sandes era conducido á Mendoza, en tal mal estado de salud.

Con asombro de los médicos y de los amigos y oficiales que lo cuidaban, la naturaleza tremenda de Sandes, empezó á sobreponerse á la enfermedad.

Cada dia que pasaba, el espíritu de Sandes se levantaba de una manera increíble y su fisico poderoso iba burlando todas las predicciones y temores de los médicos.

—Es asombroso decia el doctor Day, su médico de cabecera, y nunca he visto á un hombre vivir venticuatro horas en semejante condiciones, y éste no solamente vive sino que va á curarse, al paso que vá.

—Es una naturaleza excepcional, agregaba el doctor Norton, en ese cuerpo hay heridas capaces de producir la muerte de un toro, no ya de un hombre, y ya vé usted que vive con ellas sin que le causen el menor inconveniente.

Por eso es que respecto al Coronel Sandes,

siempre he reservado mi diagnóstico y lo reservaria aunque le viera el corazon partido por una bala.

El doctor Villanueva, que era el otro médico, opinaba como Day, añadiendo que él no tendria inconveniente en afirmar que Sandes curaria y curaria pronto.

—Son naturalezas que están fuera de toda regla médica, decia: su mejor remedio es el reposo, así es que si logramos que se mantenga en un absoluto estado de quietud, el hombre está salvado.

Escarmentando con lo que ya habia pasado anteriormente, soportaba sin contradecirlas las disposiciones de los médicos y se mantenia en estado de absoluta quietud.

Con aquella bravura tan natural en él, escuchaba lo que decian sus médicos y respondia:

—Francamente yo no he nacido para morir de esta manera, lejos de mis soldados y entre las drogas de los médicos.

—Mi muerte ha de ser al frente de mi valiente Regimiento 1º, y dando sus mas bellas cargas, de otro modo no le permito á la muerte que venga á paralizar para siempre mi corazon y mi brazo.

—Ya no hay que pensar en la muerte, respondió Villanueva, si usted no se encapricha mas en rodar de un lado para otro hasta no estar bueno, yo le respondo de su vida.

—Estaremos quietos, estaremos quietos, no hay cuidado, tengo aún muchas cosas que hacer en el mundo para dejar que me lleve la trampa así nomas; la he de pelear hasta que ponga en derrota.

El Coronel Sandes tenia en Mendoza sus mejores relaciones, porque era la provincia que mas habia frecuentado y á cuya paz y tranquilidad habia prestado servicios estimables, librándola de mas de una convulsion interna que hubiese dado en tierra con su gobierno.

—Porque en Mendoza como en todas las provincias habia chachistas, que solo esperaban una oportunidad favorable para entregarla á Peñaloza.

Así es que el mas leal amigo de Sandes y el que mas empeño tomaba por su pronta curacion era el Gobernador Molina.

Sandes, como todos los hombres que han tenido mando, tenia algunos odios que habia levantado con su rijidez y su dureza, pues ya sabemos que su carácter era duro por naturaleza y por el hábito de tener que lidiar con toda clase de gente.

Algunas familias lo detestaban porque no habia hecho lugar á sus pretenciones y ruegos, y otras le habian jurado venganza por cuestion de castigos de parientes y amigos destinados á los cuerpos de linea.

¿Pero quién se atrevia á llevar á cabo una venganza, tratándose del Coronel Sandes.

Ni con la mayor seguridad de matarlo lo hubieran intentado, por el ejemplo que dejaron aquellos que quisieron darle muerte traidora.

Tenian la conciencia que antes de morir, siempre tendria Sandes tiempo de tender á sus pies al asesino.

Solo estando postrado en cama y sin poder moverse hubieran realizado el crimen tan deseado por muchos, pero el alojamiento de San-

toda la noche porque el ardor del estómago no le dejaba un momento de reposo, y sentía su cuerpo tan fatigado, como si hubiera hecho una marcha de una semana.

A nadie incomodó sin embargo, no solo para dejar descansar bien á sus compañeros, cuanto para no alarmarlos con vanos temores.

A la madrugada logró dormir un poco, pero fué para despertarse peor, contra todas sus creencias.

Los dolores del estómago se habían estendido al vientre y el caimiento raro de todo su cuerpo no le permitía hacer libremente el movimiento mas leve.

Cuando sus amigos se acercaron á su cama, extrañando no verlo levantado, no pudieron contener un movimiento de asombro ante el aspecto de su semblante.

Lívido hasta lo cadavérico, tenía los ojos hundidos dentro de las órbitas, rodeadas de un círculo violado.

La boca tenía una espresion de sufrimiento inconsolable y los lábios secos, en una contraccion estrema, daban á la boca un aspecto raro y desagradable: parecia la boca de un cadáver.

Su palabra era débil y penosa, viéndose los esfuerzos trabajados que hacia para disimular su estado.

Al sin número de preguntas que todos le dirigian cariñosamente, respondia que se hallaba lo mismo.

— Es extraño lo que siento, dijo, no he podido dormir en toda la noche y tengo el cuerpo como si hubiera recibido una paliza.

Voy á vestirme ahora mismo para que sigamos á la ciudad: quisiera hacerme ver en el acto, porque mi estado es raro, parezco un envenenado.

Si no fuese por el paraje donde hemos comido, yo diria que me habían dado veneno, veneno que sin duda no he tomado en la cantidad suficiente para reventar en el acto.

Todos abrieron tamaño oído ante tan graves palabras, pues ninguno podia sospechar en un envenenamiento en la quinta Recuero, y esto no podia haberse hecho sin que hubieran caido otras victimas, porque Sandes no habia tomado nada especial, y los únicos enfermos que habian resultado eran los tres que nombramos ya.

A Molina y á Rodriguez ningun interés habia en envenenarlos, suponiendo fuera esto lo que tuviera Sandes.

Sandes mandó ensillar un caballo, vistiéndose sin gran trabajo, puesto que para desnudarse no se habia quitado mas que las botas y el saco.

Pero cuando trató de ponerse en pié, el Coronel Sandes vió con desesperacion que no podia hacerlo, porque sus piernas no tenían fuerzas para sostener el cuerpo.

Su voluntad poderosa hizo varios esfuerzos, pero igualmente inútiles, porque no pudo tenerse en pié.

Lo que usted tiene, mi Coronel, ha de ser una fuerte recaída, dijeron á Sandes, y entonces lo que le conviene es no moverse de aquí.

Es una enfermedad nueva que nunca he te-

nido, respondió Sandes débilmente, y completamente extraña á mi estado anterior á mi herida.

Por eso es que quiero ir cuanto antes á la ciudad para atender y salir pronto de este estado amolador.

Sandes se hizo tener el caballo, y ayudado por dos oficiales stentó de hacerse subir á caballo pero si no habia podido pararse, menos podria sostenerse sobre el caballo.

En vano hizo dos ó tres esfuerzos violentos con despecho creciente al ver que esta vez la materia podia más que la voluntad, y se resignó aunque con un ademan de ira, confesando que no podia.

—No puedo! exclamó con amargura, y apenas tuvo fuerzas para levantar el puño y dejarlo caer sobre las pistoleras en señal de despecho.

En el estado del Coronel, era sumamente urgente llevarlo á Mendoza y como traer carro á volanta para conducirlo, seria largo y el movimiento del rodado mortificante, se resolvió trasladarlo en una cama, hasta la quinta de Villanueva, que era la que quedaba más próxima.

Despojado de la ropa que podia serle molesta, acomodado en la camita y bien cubierto, fué conducido por los soldados necesarios hasta la quinta mencionada, sin que opusiera el menor inconveniente ni resistencia, señal marcada del estado de postracion en que se hallaba.

A su pedido lo acompañaban el capitán Maldonado y Rodriguez, que se habia mejorado sensiblemente con un fuerte vomitivo que se recetó y tomó él mismo y que lo alivió muchísimo.

En la quinta de Villanueva se reunieron nuevamente los doctores Norton y Day, que examinaron á Sandes, conviniendo en que era una enfermedad nueva y algo s. spechosa por los raros síntomas que presentaba.

El diagnóstico fué reservado por los médicos, notando que la dolencia de Sandes era exactamente igual á la que aquejaba á Molina.

Manifestaron que el estado del enfermo era muy grave y sumamente delicado, al extremo de que cualquier descuido podria producir la muerte inmediata.

Desde aquel momento Maldonado y Rodriguez se hicieron cargo de la asistencia del enfermo, á no separarse un momento de la cama, para lo cual se turnaban dia y noche.

El teniente Sandes se habia trasladado tambien allí, para turnarse en la asistencia de su padre.

Pero este estaba tan habituado á Maldonado, que no queria que éste se separase de su lado sino en caso de necesidad apremiante.

Asi es que este oficial no tenia de reposo más momentos que aquellos en que Sandes se dormia, momentos que eran harto escasos pues febril y agitado el enfermo lo pasaba despierto dia y noche.

Nueve dias llevaba ya Sandes sin que su estado se modificara absolutamente.

Tenia momentos de mayor alivio, dias que se sentia mas fuerte y animado, pero aquello no duraba mucho, volviendo á caer

habian comido con esceso y no se pensó mas en la cosa.

Ese dia, aunque Sandes sentia una molestia inesplicable, quiso ir hasta los Olivos, plaza del campamento, á dar un paseo y visitar su Regimiento allí campado, su valiente Regimiento al que no habia vista en tanto tiempo.

A este paseo quisieron oponerse sus amigos y oficiales, precisamente por esa incomodidad que experimentaba.

Pero Sandes les manifestó que aquello era pasajero y que por el contrario de lo que temian, el ejercicio haria pasar mas pronto el inconveniente.

— Es la digestion turbada por el esceso en la comida, agregó: el movimiento me hara bien.

El Gobernador Molina estaba mas caido, su novedad parecia mas seria y se retiró á la ciudad, temiendo agravarse mas.

Aunque el viaje habia sido sumamente tranquilo, Sandes empezó á sentirse muy mal, muy molesto, pero sin ninguna de las novedades, que habia experimentado anteriormente, lo que le hacia creer que era algo nuevo y pasajero.

La herida no le causaba la menor molestia ni sentia aquella postracion de muerte que lo aquejara otras veces.

Su enfermedad debia estar en el estómago, porque era allí donde sentia todo el mal, con puntadas raras.

Y como esto era lo mismo que sentian Molina y Rodriguez, Sandes se afirmó mas en creer que algo de la comida se les habia indigestado y que por consiguiente que pronto pasaria.

La espresion de su semblante era tan estraña que sus oficiales se alarmarin muchísimo invitándolo á seguir á la ciudad inmediatamente, á lo que Sandes se opuso diciendo que aquello pasaria é insistiendo que no era mas que una indigestion.

—A fuerza de dietas, dijo sonriendo, le han quitado á mi estómago la costumbre de comer, así es que el primer alimento le ha caido como un plomo.

Ya verán como mañana no tengo nada.

Aquel dia lo pasó relativamente bien: visitó su Regimiento compañía por compañía, con la alegría de sus soldados demostrada de todos modos.

Ya hemos dicho que, á pesar de la dureza que le era abitual, el Coronel Sandes era muy querido de la tropa y de la oficialidad.

El soldado perdona á su gefe todas las crueldades y todos los abusos, con tal que lo lleve valientemente al combate y lo haga lucir en él.

El primero de caballeria estaba en soberbio con su fama tan bravamente adquirida, vealeando siempre como leones, bajo la guia de quel gefe imponderable.

Todo el Regimiento, que habia sabido con profunda pena la gravedad del estado de su gefe, le hizo mil demostraciones de cariño al verlo llegar á caballo y aparentemente bueno.

Ya no permanecerian mas en la inaccion abrutada, pues el Coronel, bueno, no tardaria en ir á recliar en busca del enemigo.

Nuestro soldado á este respecto es excepcional.

La vida de guarnicion le fastidia de una manera horrible, porque segun él no ha nacido para estar en el cuartel brazo sobre brazo.

Es verdad que la vida de cuartel entre nosotros, es monótona y aburrida.

El soldado no tiene ninguna distraccion, ninguna diversion, deseando todas las felicidades y ventajas de la ciudad, que pasan delante del cuartel desespertando su deseo.

Habitado á la vida activa del campamento y de la frontera, donde su espíritu se distrae con los mil incidentes de aquella vida, anhela el campamento y la batalla, que es para él un dia de fiesta y de gloria.

Es verdad que en la vida de campaña y de frontera, las privaciones son muchas y la miseria desesperante muchas veces, pero esto mismo tiene para él un atractivo especial, y desean que no haya que comer, pues así le da una licencia para que salga á bolear y á cazar mulitas, únicos momentos en que goza de toda su libertad.

Las mujeres del campamento hacen tortas fritas y se sale aunque momentáneamente, de la monotonía habitual.

Así, el Regimiento primero vivia sofocado, de guarnicion en Mendoza, donde estaban como prisioneros de guerra.

Por eso es que al ver bueno á su gefe habian sentido rebosar su espíritu de alegría, pensando que bien pronto emprenderian con él sus correrias y campañas y sus interminables persecuciones al Chacho.

Aquellos grandes y vírgenes montes, les ofrecian una excepcional abundancia de lena, y como tener lena importa tener fuego y tomar mate, aunque sea con pasto seco, los soldados estaban siempre alegres.

En la salud de Sandes veian pues la señal de una pronta marcha y se entregaron por completo á la mas franca manifestacion de alegría.

Sandes veia con un placer incalculable, con una satisfaccion íntima y profunda, la alegría que respiraba todo aquel cuerpo que encerraba al recuerdo mas cariñoso de sus tiempos y de sus glorias.

El habia educado desde reclutas la mayoría de aquellos soldados heroicos y de aquellos oficiales, partiendo con ellos todas las miserias y todos los peligros.

Así es que su satisfaccion era inmensa al ver la alegría y el cariño con que lo habian recibido.

Molesto por la incomodidad que sentia, incomodidad que iba en aumento á pesar de sus esfuerzos por dominarla visitó el campamento escudriñandolo todo, y á la tarde se retiró al alojamiento de Segovia, donde se acostó.

Quería regresar á la ciudad al siguiente dia, y ponerse en campaña así que se sintiera bueno.

No teniendo sintomas de la enfermedad que lo habia postrado anteriormente, estaba satisfecho, pues lo demás ninguna gravedad podria tener.

Pero Sandes no pudo conciliar el sueño en

De rato en rato era acometido de un ligero temblor que pasaba prontamente, pareciendo que el enfermo no lo notara.

—Estoy mejor ¡que diablo! dijo, y volvió á recostarse tranquilamente, siempre sonriente y siempre conversando de su paseo proyectado para el día siguiente.

Maldonado seguía escuchándolo sin contradecirlo, pero sintiendo un vago presentimiento porque aquel estado de de mejoría, para el no era natural.

Así estuvo Sandes hablando por espacio de un cuarto de hora, al fin del cual dijo á Maldonado que sentía un poco de sueño y que quería dormir.

—Un sueñito, agregó, concluirá de restablecerme, ya verá que bien me despierto; los médicos cuando me vean se van á caer de espaldas.

Maldonado pensó también que un buen sueño calmaría la agitación nerviosa del enfermo, modificando sus ideas y planes de paseo.

Y acercándose al lecho, acomodó á Sandes dándole vuelta del lado de la pared, y arropándolo con delicado esmero.

Observó un momento al enfermo y pareciéndole que ya dormía, se alejó de allí en puntas de pié para no causar ruido, y mandó á Rodríguez que reemplazara al lado de Sandes, mientras él también se entregaba al reposo.

Ya hemos dicho que Maldonado no dormía sino los cortos momentos que dormía Sandes, la última noche la había pasado completamente de pié y sentía la necesidad de dormir aunque fuera un par de minutos.

Pero en vano se tendió en un catre é hizo lo posible por llamar el sueño, se levantó al cabo de diez minutos sin haber podido descansar.

Sentía una molestia, un raro malestar que no podía explicarse y su pensamiento vuelto á Sandes se forjaba los cuadros más tristes.

Maldonado volvió á la pieza de su Coronel y clavó los ojos en la cama.

Estaba en la misma posición que lo había dejado diez minutos antes, pareciéndole que no había hecho el menor movimiento.

Maldonado se acercó al lecho y escuchó atentamente, pareciéndole que no respiraba.

Preguntó entonces á Rodríguez si había ocurrido algo, pero éste le manifestó que el Coronel no se había movido, pero que á él le parecía que estaba bien y tranquilo.

—No me gusta nada esta inmovilidad y esta respiración que no se siente, contestó Maldonado, no se porque me parece que el Coronel está hoy peor que ayer; yo estoy alarmado sin saber positivamente á que atribuir esta alarma.

Maldonado volvió á acercarse al lecho, y bajando la cabeza hasta la de Sandes, escuchó atentamente para ver si lo sentía respirar, pues no quería tocarlo para no turbar su sueño, si es que dormía.

Sandes dió vuelta entonces lentamente y tomando la mano á Maldonado llevóse la sobre la frente.

—Tengo la frente helada, le dijo, no le parece? pero sin embargo me siento mejor, no esperanto la incomodidad más leve y creo este sueñito me ha venido de perilla.

La frente de Sandes estaba realmente helada

y un sudor frío empezaba á brotar del semblante, que estaba livido y desencajado.

Su voz era más débil que antes, pero clara tranquila, preguntándole de nuevo si había mandado preparar el tordillo!

Maldonado preparó la cucharada de la bebida verde que le daba cada hora, y la ofreció al Coronel que la tomó sin violencia y hasta con agrado! lo que no había sucedido nunca.

—Esta bebida me ha sentado hoy mejor que nunca, dijo, será lo que estoy tan mejor.

Pero en seguida cayó en una especie de estupor raro é imponente,

Maldonado mandó llamar á Segovia, quien se apresuró á venir inmediatamente, calculando que cuando Maldonado lo mandaba llamar con urgencia, era porque algo grave debía suceder.

Cuando Segovia llegó, el Coronel Sandes continuaba bajo la impresión del estupor que tanto había alarmado á Maldonado.

Se mandó en el acto á buscar los médicos, que tardaron bastante en venir, porque estaban al lado del Gobernador Moliua, cuyo estado, como el del Capitán Ramirez, auzenaba una catástrofe.

Y el rumor de que los tres enfermos habían sido envenenados, se acentuaba cada vez con más insistencia.

Nadie sabía de donde había partido, pero todos lo repetían con igual seguridad.

Las alarmas de Maldonado fueron corroboradas por los médicos, á la tarde, cuando vinieron á examinar al Coronel.

A solas opinaron que el Coronel no tenía cura y que el mal había hecho prpgressos terribles.

Sin embargo todas las manifestaciones habían cesado.

A la caída de la tarde el Coronel Sandes se dió cuenta de la gravedad de su estado, pero no dijo á este respecto la menor palabra.

Espíritu eminentemente valiente, la muerte no podía causarle el menor temor, cualquiera que fuera la forma en que se le presentara.

Al contrario, desde que se dió cuenta de su estado, empezó á hacer esfuerzos por mostrarse más calmado y más alegre, para no afligir á aquellas personas que el cariño había reunido á su lado.

A intervalos largos y con voz debilitada por la muerte, hablaba de cosas indiferentes y ajenas á su persona.

—Yo sé que me muero dijo al fin, y es inútil disimular las cosas cuando se trata de hombres en la extensión de la palabra.

Algún día había de suceder esto, que diablo, puesto que la muerte es el fin forzoso de la vida, en una ú otra forma: pasemos pues tranquilos y alegres los últimos momentos que nos quedan para estar juntos.

Al acercarse la muerte, Sandes se mostraba en todo el soberbio apogeo de su valor indómito.

Era el león que doblaba tranquilamente, mansamente la atíva cabeza, buscando la posición más cómoda para esperar la muerte.

Hizo sentar á Maldonado cerca de sí, al alcance de su mano, y estuvo conversando con él un largo rato.

Aquel semblante, donde la bravura estaba

aquella postracion y desaliento que tanto desesperaba á sus amigos y á los médicos, que no comprendian exactamente su causa.

Las sospechas eran tan graves, que no se atrevian ni á comunicárselas entre ellos mismos.

Aunque nadie sabia de donde hubiera partido, el rumor de que tanto Sandes como Molina habian sido envenenados, corria en todos los círculos con misterioso terror.

No se podia lanzar una acusacion de aquella magnitud sin una prueba palpable y ésta, por el momento, parecia no existir ni aun para los mismos médicos.

Se veia que aquella vida iba apagándose poco á poco, que aquel hombre debía sufrir inmensamente, pero su espíritu no decaia, no se acobardaba por su estado, ni se dejaba abatir lo más mínimo.

Lo que más sentia era la inaccion á que se veia condenado, porque se sentia impotente para dominar la enervacion de la materia.

—Esta bebida verde que me dan, decia, creo que no me hace nada.

Me mortifico para tomarla sin el menor resultado favorable, yo creo que no me entienden lo que tengo y están tratando de curarme á cálculo.

El Capitan Maldonado trataba de conformarlo, demostrándole que era necesario tener paciencia.

Pero para un hombre como Sandes era muy difícil resignarse á semejante estado de prostracion y de impotencia.

—Es preciso hacerles confesar la partida, y que digan de una vez si esto tendrá una terminacion buena ó mala.

Hasta ahora no me han dicho lo que yo tengo ni el verdadero estado de gravedad en que me hallo.

Yo creo que no será por ocultármelo, sino porque no tendrán seguridad, pero esta incertidumbre ya se me hace molesta.

Maldonado interrogó á los facultativos, pero estos todavia reservaron su diagnóstico terminante.

No podian comprometer una opinion decisiva, hasta que la enfermedad no presentase algun sintoma que estaban esperando.

—Es un estado muy grave, decian, sumamente grave, que puede modificarse ó terminar con la muerte, pero que hasta ahora no puede decirse la marcha que seguirá la enfermedad, pudiendo ser la mejoría como la muerte.

Sin embargo es bueno tener todas las esperanzas porque no será extraño que al fin ayoje y el enfermo marche rápidamente á su restablecimiento.

Maldonado, con semejante modo de pensar estaba muy afligido, temia que de un momento á otro su jefe y amigo se le fuera de entre las manos, pues veia la absoluta inseguridad en que estaban los médicos.

Pero lejos de revelarles sus temores, le daba á entender que la enfermedad, aunque grave, no tenia un carácter mortal.

Sandes sonreia como si dudase de lo que Maldonado le decia y de la opinion de los médicos.

—Desde que he caido enfermo mi mal no

cede ni se modifica, decia, mucho me temo que acabe conmigo.

A pesar de esto él no perdía su entereza, y experimentaba muchos momentos de buen humor, siempre que se sentia más tranquilo.

Diez días habian pasado ya, y el Coronel Sandes sintiéndose algo mejor, pidió á Maldonado le leyera un poco de la Historia de San Martin, cuyos interesantes pasajes lo distraian bastante, haciéndole olvidar sus molestias.

Aquel día estaba bastante mejor, al extremo que interrumpió la lectura para decirle:

—Mañana me levanto.

—Pero lo mismo que se siente mejor, no es una locura, contestó Maldonado, y una locura imperdonable?

Si se levanta puede muy bien reagravarse, mientras que si sigue tranquilo la mejoría seguirá tambien y pronto quedará en derrota la enfermedad.

—No solo me voy á levantar, dijo Sandes incorporándose en la cama, sino que voy á montar á caballo, no sea el diablo que vaya Chacho á andar creyendo que me he muerto, lo que no me sienta por parte alguna.

—Deje que crea lo que quiera, que así será mejor el chasco, pues no es lógico que porque el Chacho crea ó no crea una cosa, vaya usted á comprometer su salud y su vida.

—Yo estoy bien ya insistió Sandes, la enfermedad ha dado media vuelta y se ha puesto en fuga, y cuando un enemigo se pone en fuga es preciso perseguirlo para que no pueda rehacerse más.

Maldonado que conocia á fondo el carácter de su jefe y amigo, comprendió que no habia medio de hacer desistir á Sandes de su propósito.

Contradiéndolo solo lograria irritarlo, lo que podia causarle un serio trastorno en su enfermedad.

Así, resolvió guardar silencio, esperando que al día siguiente tal vez no pensase de la misma manera, y se quedaria tranquilo en la cama.

Hágame el servicio, añadió Sandes, viendo que ya Maldonado no contrariaba sus deseos, de hacerme ensillar para mañana el torcillo de Villanueva; que es un gran caballo y muchas veces me lo ha ofrecido.

El torcillo aludido era un espléndido que tenia Villanueva, jefe de Policia, y que varias veces habia ofrecido á Sandes sin que éste quisiera aceptarlo.

—Cuando Chacho sepa que no estoy en el torcillo de Villanueva, verá que no estoy tan enfermo como se dice y se pondrá sobre aviso: yo soy para morir mucho más duro de lo que piensan!

Aunque Sandes hablaba con mucha naturalidad y sumamente tranquilo, Maldonado notó algo de extraño en el acento y en la expresion de la fisonomia.

Algo de delirio habia entre lo que Sandes hablaba, y esto lo aterró seriamente.

Hubiera preferido verlo postrado, que animado por una mejoría tan rara y tan súbita.

Sandes además estaba más pálido que los días anteriores, y bajo sus párpados empezaba á marcarse un semicírculo violado, de mal carácter y de peor presagio.

La campaña de Arredondo

En la época mas difícil de la guerra del Chacho y aunque á las órdenes del General Paunero, fué enviado al interior, con una division del Ejército del Paraguay, el Coronel Arredondo, gefe práctico y de una actividad asombrosa.

Era el único gefe capaz de ponerse frente al Chacho, por sus especiales condiciones para hacer la guerra de recursos, en que todos habian escollado, puesto que la montonera estaba en su pié mas formidable.

No era solo el Chacho el que campeaba entonces por sus respetos, paseando triunfante por las ciudades del interior.

Felipe Varela, Juan Sáa y otros caudillos de menos importancia, asolaban la República con montoneras mas temibles y perjudiciales que las que seguian á Peñaloza, porque aquellas ponian las provincias á contribucion, saqueándolas de todos modos para buscar recursos y gente.

Mantoneras de bandidos y cuatrerros en su mayor parte, tomaban por asalto las poblaciones, saqueando su comercio y aprisionando sus hombres para aumentar sus cuerpos, que hacian la guerra sin saber porqué la hacian y porque veian halagados sus instintos de vagancia y de merodeo.

Aquellas fuerzas no seguian á Varela ni á Sáa para combatir por una causa mas ó menos noble, ni por seguir una bandera que algun significado pudiera tener.

Sin disciplina y sin organizacion alguna, no podian tener aquel respeto impuesto por Chacho á los suyos por el cariño, por su verdadera importancia como caudillo y por la causa que defendia, causa harto significativa para la libertad y derechos de la Rioja, por cuya independencia luchaba hacia cuarenta años.

Los habitantes de aquellas poblaciones libradas á la voluntad absoluta de los caudillos, tenían que acompañarlos en sus correrias, pues de otro modo se esponian á ser castigados de maneras brutales, verdaderamente.

Y así venian á hallarse en una situacion desesperante y terrible,

Si no obedecian las órdenes de los caudillos, yendo á engrosar sus filas, estos los hacian lancear ó los obligaban á servir á palos, contra los que no tenían defensa posible.

Y se servian con ellos, para librarse de estos castigos y eran tomados por las fuerzas del gobierno, los condenaban á dos ó mas años al servicio de las armas en el Ejército de línea, por el delito de haber servido á Sáa ó á Felipe Varela.

Eso si no caian en manos de Iseas, que los hacia lancear sin el menor reparo y sin atender á sus descargos justísimos.

Así la situacion de aquellas provincias era terrible, porque sus habitantes no tenían defensa, ni contra los montoneros, ni contra el Ejército del Gobierno Nacional, representado por Iseas y otros gefes tan terribles como este.

Las nobles prácticas del Chacho mandando pedir limosna para sus soldados, en las provincias que llegaba, no eran imitadas ni por Varela ni por Sáa, que saqueaban sus casas de comercio, despues de haber saqueado el Gobierno de que se apoderaban como medida prévia.

Eran bandidos organizados en Ejército y luchando contra todo lo que importara una ley ó un principio.

Chacho, desligado por completo de esta clase de caudillos y montoneros, seguia tranquilo en sus Llanos de la Rioja, dispuesto á no moverse de allí sinó lo iban á buscar, provocándolo á la lucha.

Y como harto que hacer tenia Paunero, con las montoneras de estos dos caudillos, el Ejército no se ocupaba por el momento del Chacho, cuyo único delito al fin y al cabo, era el de no atacar la autoridad del Gobierno Nacional, y no querer someterse á los gefes que en el interior le representaban.

Como Chacho no hacia mal á las poblaciones toda la atencion del General Paunero se concretó á las montoneras de Varela y de Juan Sáa.

Y contra estos abrió sus principales operaciones, hábil y activamente secundado por el entonces Coronel Arredondo.

Cada caudillos de aquellos, bajo el titulo de General, disponia de un Ejército que obligaba al Nacional á dividirse en tres fracciones, para poder atenderlos á todos y aprovechar el menor descuido en que pudieran incurrir.

Juan Sáa habia reunido el Ejército mas numeroso y mejor armado, pero era el menos inteligente de los tres caudillos y por lo mismo el menos temible.

Era bravo y organizador, pero en el combate no tenia ni la astucia infinita que caracterizaba al Chacho, ni el golpe de ojo y la audacia de Felipe Varela.

A Sáa lo respetaban porque le temian y porque él que no lo hubiere respectado hubiera tenido que arrepentirse.

Autoridad suprema en todas las provincias que recorrian con su Ejército, se apoderaba de

marcada con sus rasgos más enérgicos, se iba descomponiendo poco á poco, tomando una anticipada espresion cadavérica.

Aquellos ojos poderosos que rodaban entre las órbitas con sin igual fiera en los momentos del peligro, iban apagando lentamente su brillo y quedando inmóviles como si buscaran un lejano punto de vista.

Y aquella boca nerviosa y enérgica, sonreía con extraña mansedumbre.

Su mano oprimía la de Maldonado, con presion cariñosa, sin que la idea de la muerte alterara la naturalidad de uno solo de sus movimientos.

A las ocho de la noche, aquel cuerpo atlético y nervioso empezó á velarse, sin que se alterara la espresion plácida que habia adquirido la fisonomía.

Maldonado, tan pálido como Sandes mismo, por el pesar que le ocasionaba su muerte, se puso en pié en un ademán violento.

Sandes fijó en él sus ojos espresivos, sonrió una última vez y rindió la vida con una serenidad tranquila y noble.

El Coronel Sandes, cuya lanza habia sido el terror en los combates, era un cadáver.

Su voz formidable no volvería á sonar más en la batalla, llevando el triunfo allí donde cargaba seguido de su valiente primero de caballería; todo habia concluido para aquella vida tan exuberante y tan rica en acontecimientos.

Aquella triste noticia se desparramó por Mendoza con gran rapidez, y la casa se llenó de gente que venía á tomar noticias exactas, porque no creía el doloroso rumor.

Parecía increíble que unos vómitos miserables que nadie habia sabido explicar satisfactoriamente, hubieran llevado á la tumba á un hombre tan vigoroso y tan resistente, cuya naturaleza asombrosa habia resistido las heridas más tremendas!

Aun estaban allí, mudos, aterrados por el dolor y sin querer dar crédito á sus propios ojos el Capitan Maldonado y el teniente Ramirez.

Segovia, el leal y valiente Segovia habia quedado aturrido por el golpe; á las nueve de la noche, media hora despues de haber muerto el intrépido soldado, los alrededores de la quinta estaban llenos de gente que iban recibiendo la noticia con el mismo dolor, demostrando la misma pena.

Qué sería de Mendoza si Chacho llegaba á saber antes que Paunero la muerte de Sandes y el estado moribundo en que se hallaba el goberuador Molina?

La situacion no podia ser más grave ni más

tirante y el terror habia cundido por toda la poblacion: pues se decia que se hallaba Chacho muy cerca de Mendoza.

El cadáver de Sandes habia empezado á descomponerse de un modo extraño.

Poco tiempo despues de su muerte el semblante estaba lívido en pequeños cuadrados, por incisiones que parecian hechas á cuchillo.

Se registró el cuerpo, los brazos y hasta los piés, y todo se hallaba en el mismo extraño estado.

Ya no podia haber la menor duda que el Coronel Sandes habia sido envenenado por una sustancia tremenda, cuyos efectos se manifestaban aun despues de la muerte misma.

El primero de caballería de línea vino á prestar la guardia de honor á quel jefe extraordinario, cuyo valor y servicios le habian dado el renombre de que gozaba.

Todo se preparó con gran pompa para el entierro que debia efectuarse el dia siguiente.

Los oficiales del 1.º daban la guardia de honor alrededor del lecho que no abandonaban un segundo el teniente Sandes y el capitan Maldonado.

Aquel velorio fué de lo más solemne que hubo hasta entonces memoria en la ciudad de Mendoza, aunque los personajes del gobierno no pudieron asistir á consecuencia de que rodeaban el lecho del Gobernador Molina, esperando que de un momento á otro dejara de existir.

Y así fue en efecto: apenas habia sido sepultado el Coronel Sandes, cuando al dia siguiente, el Gobernador Molina dejaba de existir en un ataque de vómitos sumamente violento, quedando su cadáver, poco despues, en el mismo estado que quedara el del Coronel, dividido en pequenos cuadrados, y demostrando que la causa de la muerte habia sido la misma.

El mismo veneno, tomado sin duda en cantidades iguales.

El Coronel Sandes fué sepultado en el átrio de la Iglesia de Loreto, haciendo las fúnebres honra de ordenanza, el Regimiento primero y la Guardia Nacional al mando de Augusto Segovia.

Al dia siguiente era enterrado el Gobernador Molina, y al siguiente moria bajo los mismos síntomas el Capitan Ramirez, que era el enfermo.

Desde este momento no hubo duda que tanto Sandes, como Molina y Ramirez, habian sido envenenados en el banquete y paseo en Lujan.

Todo el mundo lo aseguró, sin que hubiera uno solo que lo desmintiera.

eran arreados como carneros, dejando al hogar en el mayor desamparo.

Muchas veces esta misma partida era sorprendida en sus correrías por alguna partida del Ejército Nacional, que los hacia prisioneros despues de una resistencia mas ó menos sostenida, mas ó menos heroica.

Y todos aquellos hombres, sin el menor sumario, sin la menor averiguacion, eran destinados por dos años al Ejército, dos años que se prolongaban á veinte y aún á toda la vida.

Los prisioneros esplicaban como habian sido arrancados á su hogar por fuerzas de Saa á quienes habian tenido que seguir á la fuerza.

Demostraban que no eran culpables del menor delito, pero esto de nada les servia.

Eran destinados á los cuerpos de línea, por andar entre los montoneros, de donde no habian de salir sinó cadáveres, ó viejos inválidos que ni en los asilos tendrian cabida.

Hemos conocido soldados destinados de esta manera, dados de baja á los diez y ocho ó veinte años, y esto como un servicio especial.

Y al ofrecerle los medios de regresar á su provincia y á su hogar, los rechazó tristemente diciendo:

— Y a qué voy á ir á mi casa?

Mi mujer, presa de los mismos que me destinaron, habrá muerto ó enloquecido de vergüenza, y mis hijos, los que no hayan muerto de hambre y de dolor, habrán tambien ocupado el sitio que la miseria y la ruina le habrán destinado en el Ejército ó en la cárcel.

Prefiero la duda á la realidad horrible, porque siquiera así no me volveré loco, nos dijo.

Y no hubo forma de hacerlo volver á su Provincia.

Así salia librado el prisionero que iba á poder de algun gefe humano, que si caia en las manos de Iseas, por ejemplo, no habia salvacion posible, produciéndose entónces el eterno diálogo, que mas de una vez hemos consignado.

—Porqué andais entre los montoneros?

—Me sacaron de mi casa á viva fuerza y no tuve mas remedio que seguir.

—Mientes bandido, es porque sois montonero: degüello.

Aquí entraban las súplicas, los ruegos, los clamores de toda especie, pero sin el menor resultado feliz para la víctima.

Cuando Iseas habia dicho una vez degüello, no habia remedio, toda súplica no servia para otra cosa que para irritarlo mas todavía, hasta el estremo de hacer degollar con su propio ayudante, cuando los soldados demoraban mucho en el cumplimiento de su bárbara orden.

Si para evitar estos resultados funestos se presentaban voluntariamente á un Gefe Nacional, no por esto se les tenia y se les trataba como Guardia Nacional, se remontaba con ellos los cuerpos de línea ¿y quién los sacaba de allí despues?

El que pretendia conquistar su libertad á fuerza de buena conducta y bravura, tomaba el peor camino, porque pronto ascendia á cla-

se, y qué gefe era aquel que se desprendia de una clase de confianza?

Este no salia de baja en su vida.

El que se portaba mal para que el gefe no se encariñase con él y lo diera de baja al fin de los dos años, resultaba que por su mala conducta habia sido recargado en cuatro ó seis años mas, que se iban multiplicando á medida que él iba cometiendo faltas.

El que entraba una vez á un cuerpo de línea, ya sabia que, portándose bien ó mal, no saldria de allí en veinte años y de aquí provenia el horror que inspiraba á todos ellos un cuerpo de línea.

Por eso los paisanos de las provincias se refugiaban en las filas de los montoneros, como los paisanos se refugiaban entre los mismos indios, para huir á los horrores del veterano.

Porque la vida en el cuartel de línea era un horror continuo que amenaba no concluir nunca,

Aún tenemos en el Ejército resagos de aquellos viejos elementos que, ingresados así al Ejército, á fuerza de méritos, de valor y de sufrimientos, han llegado á ser gefes.

Pero esto ha sucedido en una proporción de uno por cada cinco mil.

El esfuerzo de los oficiales ha ido modificando esto, en los últimos diez años, al estremo que creemos que hoy no hay un Iseas en todo el Ejército, ni un solo oficial capaz de cumplir una orden de degüello por mano propia.

Este era pues el secreto de porque aumentaban por miles las filas de los montoneros del interior, mientras disminuian las del Ejército de línea, porque ningun soldado que podia desertar dejaba de hacerlo, sabiendo que escapaba a la muerte y á la ignominia.

Los contingentes que llegaban del interior al Ejército, eran repartidos como esclavos en cuerpos de los Gefes que los iban recibiendo, los que elegian los mejores y mas jóvenes, dejando para los demás los que parecian menos útiles y aptos.

En las mayorias de los cuerpos no quedaba ninguna constancia de la entrada de aquellos soldados, de modo que todos figuraban como destinados, fueran ó no lo fueran y acreedores por consiguiente á la misma pena y al mismo mal trato.

Y esta era la poderosa arma que esgrimia el caudillaje contra el Gobierno Nacional.

—Los Gefes Nacionales vienen á esclavizar las provincias decian, vienen á remontar sus cuerpos con ustedes y sus tesoros con los nuestros.

Es preciso combatir para huir de la esclavitud y del robo, combatir sin cuartel ni descanso como el Chacho, que ha logrado hacerse respetar hasta ahora, aunque les pese.

Y seducido para estas palabras que tenian el fundamento que hemos indicado ya, acudian al Portezuelo, al Porcito, á San Ignacio y á todos aquellos sangrientos combates donde tanto sacrificio de vidas y de dinero se consumia mientras el país sostenia la lucha prodigiosa contra el Paraguay y contra el salvaje de sus fronteras.

Chacho, el caudillo de orden, el caudillo noble, oía impasible las noticias que le llegaban

todos los elementos que en cada uno hallaba, deponiendo las autoridades que reemplazaba por sus mas adictos partidarios, fueran ó no fueran competentes para desempeñar el puesto donde los colocaba.

Así, se veían jueces que no sabian leer ni escribir, gefes de Policía que era la primera vez que venian á la ciudad, y hasta gobernadores elejidos entre los paisanos mas bárbaros.

El ejército nacional acudia á reponer y reponia las autoridades depuestas por Saa, pero ellas no duraban mas que el tiempo que Saa tardaba en volver á derrocarlas nuevamente, pasando por las armas á los que resistian su autoridad suprema, cosa que no sucedia nunca porque conociendolo, apenas intimaba á los gobernadores entregarán el mando, estos se apresuraban á devolverselo sin argumentar la razon mas minima.

Tanto Saa, como Varela, caudillos de menor importancia como prestigio, porque él mismo le estaba subordinado, habian adoptado la misma escuela del Chacho para sus correrias.

Huir el bulto sacándole el cuerpo a una batalla decisiva, hasta que no tuviera mas remedio que combatir.

Pero estos caudillos no podian jamás operar con la posmosa rapidez que lo hacia al Chacho porque sus ejércitos eran forzados, y llevaban infantes y artilleria, cosa que jamás usó Peñalzo.

Derrotado el Chacho, aparecia con su ejército reunido dos ó tres dias mas tarde, porque él mismo se desbandaba dando á su gente punto de reunion cuando habia las esperanzas de triunfar.

Pero Saa peleaba réciamente, con un valor indomable y tenáz, hasta que realmente era derrotado.

Por eso es que, despues de una de estas batallas, Saa tenia que empezar de nuevo la formacion de su ejército, y andar montonereando liviano, hasta que tenia dos ó tres mil hombres con que abrir campaña.

La alianza del Chacho era solicitada por todos aquellos caudillos, que comprendian la importancia positiva del Gefe Riojano, pero esto no quizo jamás aceptar ninguna de las alianzas propuestas.

Ellos hacen la guerra de otro modo, decia Chacho, levantando ejércitos muy extensibles y haciéndose derrotado radicalmente.

No combaten en nombre de ningún principio, sino en nombre de la barbarie y yo todavia no he manchado mis armas.

Además, una vez aliados, ellos no han de querer que yo mande en gefe, ni yo puedo consentir que manden ellos.

Así, campeando cada uno por su respeto estamos mejor, mientras atienden á ellos, me dejan en paz á mi que ya ando necesitando un poco de descanso.

El ejército nacional empezó entónces á operar contra Juan Saa y Felipe Varela, dejando tranquilo á Chacho que estaba en la Rioja sin molestar á nadie mientras no lo molestaran á él.

La situacion del gobierno nacional era tremenda porque para atender á los montoneros de las Provincias, tenia que distraer fuerzas

del ejército del Paraguay, compañía que se hacia cada vez mas dura y mas sangrienta.

Y esta era la razon porque aumentaba el ejército de los caudillos en el interior.

Los gobernadores de Provincia reclutaban gente para enviar al ejército del Paraguay, y como era natural, los paisanos de todas ellas, para huir de formar parte en los contingentes, se refugiaban en las filas de los montoneros, donde se encontraban mas cómodos porque no salian de su tierra, y estos no los llevaban, segun decian á que los "carnearan en el extranjero".

Las provincias, en su mayor parte, habian cumplido como pudieron, con el sacrificio que les imponia la guerra del Paraguay.

La Rioja habia mandado un batallon, que se hizo siempre notable como modelo de bravura y de constancia, y San Luis, San Juan y Mendoza habian hecho otro tanto.

Pero esto no era bastante; ninguna Provincia habia enviado el contingente completo que le correspondia, y sus gobernadores eran apremiados por la Nacion, á cumplir aquel deber sagrado é ineludible.

Así es que los provincianos miraban con ódio al Poder Nacional y á los delegados de este, que iban á arrancarlos de sus hogares para llevarlos al sacrificio y á la muerte.

No podian huir de una provincia á otra, porque en cualquiera de ellas habian, de ser tomados y remitidos al mismo destino.

Los Guardias Nacionales de la ciudad, habian formado al primer llamado de sus autoridades, pero los paisanos, en la campaña, no habian hecho lo mismo.

Al principio se escondian como podian, ganaban las sierras y los montes, matrereando como podian.

Así es que cuando Saa y Varela alzaron el poncho, vieron en ellos su salvacion y se apresuraron á ir á engrosar sus filas.

Y aquellos miles de hombres, que en el Ejército del Paraguay hubieran, contribuido poderosamente á la conclusion de la guerra, se dedicaban á asolar las provincias de todos modos, obligando además á distraer un cuerpo de Ejército con su dotacion de gefes en una guerra civil vergonzosa por el momento que se elegia para llevarla a cabo.

El caso era espantoso, no habia garantias individuales y solo el sable del Gefe ó del caudillo imperaba en toda la República.

No habia mas remedio para el provinciano, que elejir entre uno y otro, y aun para esta misma eleccion no tenian muchas veces ni tiempo ni voluntad.

En lo mejor que estaba en su hogar, entregado al sueño ó al trabajo, su casa era invadida por una partida de gente armada.

Generalmente era una partida del Ejército de Saa, que andaba reclutando gente, y que procedia en el acto á prender á los hombres que en la casa habia.

Estos protestaban que no podian dejar abandonada la familia á la familia y la ruina, pidiendo que por lo menos se dejara un hombre para atender á su alimentacion.

Pero todo era inútil: ruegos, razones, derechos, todo esto no valia nada y los hombres

—Y que mas novia que una buena comida, gritaba otro que no era dueño de prenda alguna, yo no he podido hacer mas que una en la semana y no me quejo!

—Pues propongo una cosa! gritaba el dueño de la camisa, dominando las carcajadas de todos: si me dejan poner la camisa dos veces á la semana, prometo, la segunda vez traer un asado, ó tortas, ó tabletas para la comunidad.

—No va á alcanzar para todos! rechazado! gritaba uno.

—Píntate de blanco el pescuezo, anadia otro, que supongo que la muchacha ha de ser novia tuya y no de la camisa que lleva: yo te ofresco una media limpia para que te ates la garganta y dragonee de cuello.

Y la alegría y el bullicio de aquella juventud valiente y abnegada no decaía por esto un solo minuto.

De pronto uno de ellos se perdía, desertaba del cuartel, despues de lista de ocho, sin que se supiera donde habia ido.

Era el dueño de la camisa que se ponía en salvo para poder disfrutar de un turno mas, en beneficio de su novia.

Aquel á quien correspondía el turno, buscaba al travieso por todas partes y tenia al fin que resignarse á esperar un dia mas para ir á comer á lo de tal ó qual familia; á su regreso el dueño de la camisa, pagaba su delito de usurpacion recibiendo un manteo formidable; pero que le importaba, habia hecho una visita á su novia, fuera de turno y era feliz.

Al fin de tanta prestada, fatigaba de andar de cuerpo en cuerpo y de batea en batea, la camisa empezaba pordeshilacharse, y concluía por quedar á pedazos en las manos del bueno y noble asistente, que la planchaba con una botella de agua caliente, á falta de plancha.

Todos quedaban entonces en iguales condiciones y no habia mas remedio que apelar á los grandes recursos.

Unos se recostaban á los grupos que poseian camisas otros se ataban la garganta con los pedazos de lo que fué camisa, y otros en fin se resignaban con su suerte, haciendo cualquier otra travesura para disimular la falta de la camisa.

Las familias, que por lo mismo que conocian el estado de miseria de los oficiales los osebucaban de todos modos, reian alegremente de todas aquellas travesuras y estratajemas, tendentes solo á disimular la falta de la camisa.

Alguno mas audaz que los otros, llegaba hasta pedir una prestada al padre ó hermano de su novia, mientras la lavandera le llevaba la suya, y con este motivo en el cuartel estaban de fiesta.

Ya volvían á tener camisa para turnarse y crecer ante los ojos de sus cortejadas.

Algunos de ellos, mas feliz y mas travieso que los demás, descubria una mina misteriosa que lo proveía de racion de ropa limpia.

Y los demás, sin meterse á averiguar de donde salia aquel lujo escandaloso que le permitia traer una camisa limpia por semana, se limitaban á mirarlo como una especie de sol, de nada que habia descubierto la piedra la piedra filosofal.

Una camisa limpia por semana! era hasta

hasta donde podia llevarse la insolencia del lujo.

El camino que habian seguido las camisas, empezaron á seguirlo las demás prendas del vestido.

Quien andaba con su blusa charqueada en los costados; quien con el pantalon con un remiendo de toalla á falta de otra cosa, y quien con el kepi con respiraderos enormes.

Lo que se habia estado haciendo con las camisas no podia hacerse con las demás prendas del traje; de modo que la idea de uno de ellos, fué hacer de todos un uniforme decente, para uso comun, sobre todo á aquellos que tuvieran novia, era imposible realizar.

El pantalon que le estaba corto á uno, le era largo al otro, y en la blusa estrecha para el capitán, cabian tres cuerpos del teniente, sin la menor exajeracion.

Las muchachas reian alegremente de los trajes ridiculos y estrambóticos con que solian presentarse sus corejantes, porque estaban en el secreto de la cosa, al extremo de darles un pedazo asado, ó decirles que mandaran al asistente al otro dia para que les llevara una paila de mazamorra, que alcanzaria para todos.

Nadie hacia ya misterio de su pobreza, porque ya no era posible; si la boca lo callaba, los dedos de los piés, saliendo por las roturas de los botines, es encargaban de proclamarlo en alta y aromática voz, como las mechas al pasar por los agujeros del kepi.

Y cada cual sacaba diariamente las cuentas de sus haberes devengados, sumando todos los miles de pesotes que le traeria en su primer viaje el Comisario pagador.

Y se proclamaba en voz alta el regalo que ese dia fabulosos habian de hacer á doña Filomena, á doña Corazon de Jesús ó á doña Purificacion.

Pero el Comisario pagador solia aparecer una vez de año en año, llevando para cada uno de ello un mes de sueldo solamente, porque era la menor fraccion que liquidaba la Contaduría, sinó les hubiera llevado un cuarto ó un octavo de mes.

En el acto catan al cuartel el almacenero, la lavandera, el fondero y demás acreedores.

Pero, qué iban á hacer con un mes de sueldo repartido entre tantos?

No pagar á nadie, para no tener preferencias y esperar el otro pago, que sería mas gordo, para entregar á cada cual un honorable á cuenta de mayor cantidad.

Lo que hay es que este milagro nunca se realizaba, porque al pago siguiente el Comisario se presentaba con otro mes solamente, por no perder la costumbre y las cosas quedaban en el mismo estado.

Respecto á deudas el entrapamiento era espantoso, cada cual debia por doble valor de lo que habia de recibir en haberse vencidos; pero nunca faltaba la esperanza mas risueña en los corazones tanto de los deudores como de los acreedores.

El Gobierno al fin y al cabo habia de pagar los sueldos que se debian al ejército y el dia menos pensado podia muy bien caer alguna liquidacion morruda y entónces saldrian de pe-

del resto de la República, sin conmovirse en lo mas minimo.

—Mientras no se metan conmigo, decia, yo no los he de incomodar.

Pero á la hora que mezclen á la Rioja con sus porquerías, estén seguros que no les he de dar descanso.

La Rioja ha cumplido como la mejor de las Provincias mandando su contingente de leones que han de dejar bien alto su crédito.

Es una pavada que ha hecho el gobierno, pero una pavada buena.

Lo que es la Rioja, no sale un hombre mas: manden las que no hayan mandado, que los que quedamos aqui, somos necesarios para lo que pueda tronar.

Cuando Sáa ó Varela le mandaban algun mensaje solicitando su alianza y su apoyo, respondia que por el momento nada podia hacer, que estaba mal de elementos y que su mismo ejército andaba perezoso, que mas adelante veria.

Pero á los suyos hablaba de distinta manera.

El Ejército de la Rioja, les decia, combate por una causa noble y por el bien y la libertad de sus hijos.

Aquellos Ejércitos no tienen principios, ni disciplina, ni respeto por nadie y por nada.

Ellos no pueden tener la fuerza que solo dan la razon y el derecho, y en cuanto les suelten encima fuerzas que valgan la pena, su pérdida será inevitable.

Ellos hacen barbaridades de todó género en todas partes y no pueden tener mas apoyo que el miedo que logren infundir: en cuanto los sientan débiles sus mismos amigos los han de abandonar.

Pero Chacho no pensaba que el mas fuerte sosten de aquellos caudillos era la guerra del Paraguay, pues como ya lo hemos dicho, el temor á los contingentes era lo que les hacia engrosar las filas de Juan Sáa y de Felipe Varela.

A la sombra de estos mismos caudillos, se habian levantado otros muchos, de mucha menor importancia y que solo podian reunir grupos mas ó menos pequeños que hacia sin embargo un mal inmenso, porque eran los mas dañinos y los mas merodeadores.

Estos grupos acudian á los pueblitos mas indefensos y donde no habia hombres, y alli era donde hacian sus rapiñas y sus iniquidades, porque la autoridad era impotente para luchar con ellos y le convenia mas dejarlos obrar á su gusto.

Asi los pueblos del interior pasaban por una situacion cada vez mas desesperante.

El Gobierno Nacional necesitaba gente no solo ya para enviar á la guerra del Paraguay, sino para hacer la guerra á los mismos montoneros que se levantaban en todas partes.

Esperar que los Guardias Nacionales se presentaran al solo llamado de los gefes ó de los gobernadores, era una quimera ridicula, porque lo que hacian, al primer llamado, era ganar los montes, las sierras ó los montoneros.

Los gefes entónces, de callado, los tomaban sin decirles nada, y sin mas trámites la incor-

poracion á los batallones y regimientos de línea.

Ocupaban una ciudad, de una manera insospechable, como si fueran de paso, pues lo primero que hacian era dividir sus fuerzas en patrullas que debian recorrerla hasta su último rincón prendiendo y llevando al cuartel á cuanto hombre hallaban susceptible de llevar un fusil.

Los mas indómitos, aquellos que por su aspecto bravo parecian que desertarian en la primera oportunidad, eran apartados para formar los contingentes que irian al Paraguay.

Los demás los dividian en Batallones ó Regimientos, ó los mezclaban en los cuerpos de línea, y los dejaban para la guerra de montoneros.

Asi, la llegada de cuerpos de línea á cualquier ciudad del interior, era señal de dispersion para todos los hombres que no querian servir ó que ya estaban aburridos de hacerlo.

No quedaban mas que las mujeres y aquellos viejos, muy viejos enteramente, pues la ley de reclutamiento no era consultada para nada en materia de escepcion para el servicio de las armas.

La miseria era inmensa en las familias, privadas de todas las fuentes de sosten.

El comercio, paralizado completamente, se arruinaba y el mismo Ejército de línea sufría miserias grandes, porque la mayor parte de las panaderías caian en poder de los montoneros, que no dejaban tampoco hacienda disponible por donde cruzaban.

Los comisarios pagadores no asomaban la nariz por aquellos pagos, porque ya uno habia caido en poder de los montoneros, y los pobres oficiales habian usado de su crédito hasta el último limite, quedándose sin tener quien les fiara un paquete de cigarrillos, no por mala voluntad, sino porque no lo habia.

El comercio, que vendia al crédito, no tenia con que renovar sus artículos, porque habiéndolo vendido todo, no habia recibido ni un centavo.

La miseria de los oficiales y aún de los gefes mismos, era sumamente graciosa.

Muchos podian ir á comer ó almorzar á casa de sus relaciones, hechas fácilmente en aquellas provincias tan hospitalarias y cariñosas.

Pero para ir á comer á una casa de familia era necesario por lo menos tener con que vestirse honestamente, y los que tenian camisa estaban en una proporcion de veinte por ciento, de manera que, para que cuatro ó cinco fuesen de visita, era necesario que veinte ó treinta se quedaran en el cuartel.

Las camisas y los botines se iban prestando de uno á otros, lo que venia á ocasionar las discusiones mas graciosas.

—Caramba, decia uno, la camisa es mia y esta semana no me ha tocado mas que una vez, debiendo tocarme por lo menos dos, ya que soy el dueño.

—Lo mismo digo yo de mis botas, y sin embargo no reclamo habiéndome tocado en la misma proporcion.

—Sí, pero ustedes no están en un mismo caso, porque yo tengo novia y no la puedo ir á visitar sin camisa.

inermes, sin que un carácter firme los reconviniera ágrariamente.

El sistema del cepto colombiano para arrancar declaraciones á supuestos chachistas empezó á abolirse por completo, y las mujeres estuvieron seguras de que el rebenque del gefe no marcaría sus espaldas por el delito de ser hermanas, hijas ó esposas de gefes y oficiales que andaban ó suponían que andasen entre los montoneros.

Los resultados benéficos de este modo de hacer la guerra, empezaron á palpase bien pronto.

Ya en las provincias mas lejanas empezaba á mirarse con menos temor la presencia de una brigada de línea y en las mismas aldeas no se les negaba como antes el agua y el fuego, ni se les miraba como á enemigos encarnizados que iban á hacer el mal por mal, arruinándolos hasta en sus mas miserables intereses.

Los soldados que antes se escapaban de los campamentos para hacer daño en las poblaciones porque sus crímenes eran mirados como simples travesuras, no volvieron á nacerlo porque sabían que se hacían reos de un delito severamente castigado.

Era imposible evitar de golpe todos los abusos que se cometían, porque era preciso empezar por las cabezas como Iseas y Linares, pero poco á poco los abusos se iban reprimiendo de una manera radical.

Era sumamente doloroso que el Ejército del Chacho procediera de una manera mas noble y regular que el mismo Ejército de línea y esta gran vergüenza era la que Arredondo queria reprimir á toda costa.

Y empezó á estudiar aquella extraña guerra, para sacar de ella y de los elementos confiados á sus manos, todo el partido que le fuera posible.

Y Arredondo concluyó por convencerse que la mejor manera de hacer la guerra ventajosamente al Chacho, era adoptar su mismo sistema y sus mismas costumbres, pero que antes era preciso estudiarlo detenidamente.

Arredondo empezó por quitar la independencia con que habían procedido hasta entonces, los gefes como Iseas, porque era el único medio de impedir sus crímenes y atrocidades.

El Comandante Linares, por ejemplo, tenía una especie de monomanía de ahorcar hombres, que lo llevaba á cometer los crímenes mas repugnantes.

No aplicaba ningun otro castigo, equiparando á él todas las faltas, desde la mas grave hasta la mas leve.

Siempre sus asistentes y soldados de su escolta, andaban provistos de lazos y largos maneadores con ese único objeto.

Estos maneadores se ataban á las ramas de los algarrobos mas altos, y allí se ahorcaban todas, hombres y mujeres, fuera cual fuese su delito.

Por una sospecha, por desobedecer una orden suya, por no ejecutarla prontamente, Linares mandaba ahorcar ó ahorcaba él mismo al que había cometido la falta.

Y con la misma frescura y naturalidad que ahorcaba á un hombre por estas faltas, ahor-

caba á una mujer porque se negaba decirle donde estaba su marido ó su hermano, ó porque sospechaba que esta andaba entre los enemigos.

El Comandante Linares pertenecía á una familia distinguida de la Rioja.

El era militar desde jóven, y militar lleno de bravura y dedicacion.

Suave y manso al principio, siempre dispuesto á disculpar las faltas en los demas, su espíritu habia ido perdiendo su natural nobleza, con el triste ejemplo que le daban sus compañeros y gefes.

Endureciéndose su corazón poco á poco, Linares fué acostumbrándose á ver maltratar y matar á los demas, hasta que maltrató él mismo por las faltas mas leves.

Y así siguió en un peligroso crescendo, hasta que el primer hombre que ahorcó fué el punto de partida á las iniquidades que habia de cometer mas tarde.

El sexo y la edad eran cosas que no merecían la pena de tener en cuenta; la cuestion era ahorcar, ahorcar, para proporcionarse el placer de verlos dándose tumbos en el aire.

Y lo mas gracioso es, que tanto Linares como Iseas, no mataban, segun ellos, sino á los bandidos para quienes no habia otro remedio.

Linares se habia vuelto feroz, en todo el sentido de la palabra y al extremo que el mismo Iseas llegaba á asombrarse de sus ferocidades.

Aquella clase de hombres eran perjudiciales al Ejército en todo sentido, primero, por el mal que causaban, con perjuicio de la reputacion del Ejército, y luego, porque los oficiales educados bajo semejante ejemplo, llegarían á gefes queriendo hacer lo mismo, que encontrarían sumamente natural, puesto que ya estaban familiarizados á aquel modo de proceder.

Arredondo midió el alcance de ruina que para el Ejército podia traer aquella conducta silenciada y tolerada por los gefes superiores y se consagró á modificarla con tanto anhelo, que bien pronto se vieron sus benéficos resultados.

El primer asesinato que ordenó Iseas, estando bajo las órdenes de Arredondo, éste no solo lo reprendió con terrible aspereza sino que le prohibió terminantemente y bajo la amenaza de pedir su separacion del Regimiento, volviere á matar un solo hombre.

Si Arredondo quedó asombrado ante las iniquidades de Iseas, mas asombrado quedó éste al ver que habia un gefe que tanta importancia daba á la muerte de un soldado.

—Este debe ser zonzo ó loco, decia á sus oficiales, qué le importa á él que yo mate ó no mate? sería curioso que me privaran de mantener la disciplina en mi Regimiento.

Y decidido á sostener sus derechos de matar, tuvo una conferencia con Arredondo, negándole el derecho de mezclarse en los altos intereses del Cuerpo que mandaba.

—En primer lugar, decia Arredondo, no se puede condenar á muerte así, arbitrariamente y porque á un gefe le dá la gana.

Un soldado es un hombre que tiene derechos que es preciso respetar, y si un gefe puede mandar castigar por si las faltas que cometa,

Cuando se avistaba el Comisario pagador, el campamento se ponía en estado de revolución.

Según la escolta que traía, se calculaba el dinero que lo acompañaba, y como el Comisario venía cada vez mejor escoltado, resultaba que el desfaldo de esperanzas era mucho mayor.

Los oficiales hacían grandes fogatas, montaban sus mejores mancarrones, y hacían toda clase de festejos á la llegada del Comisario.

Los milicos se ponían el kepí con vicería para atrás, haciendo mil demostraciones de alegría.

Llegaba el Comisario rodeado de toda aquella alegre juventud y seguido de la soldadesca, pero toda aquella alegría debía transformarse en honda de desesperación, al saber que solo había traído un miserable mes de sueldo.

Y la grita mas espantosa se levantaba entre los acreedores, que tenían que conformarse á la fuerza con una promesa hecha por el Comisario, de que el mes siguiente traería un año de sueldos atrasados y entonces cada oficial podría hacer frente á sus compromisos, por fuertes que fueran estos.

Peró el pago siguiente, que venía á realizarse cuatro ó cinco meses después, las cosas venían á pasarse de la misma manera, renovándose las promesas y los pagos.

Para los oficiales como para los gefes, un mes de sueldo recibido era un verdadero golpe de fortuna, porque aunque este mes venía fuertemente disminuido por la asignación del saetre y el zapatero, siempre alcanzaba para comprarse una camisa y un par de botas con que ir á visitar á la novia y llevarle un recuerdo de la llegada del Comisario.

Entonces se armaban los mas suntuosos bailes por suscripción, con gran profusión de tortas fritas y aguardiente amasado, como artículos de supremo lujo.

Y se bailaba un día y una semana muchas veces como ya lo hemos indicado en otros capítulos de este libro.

La mayoría de los cuerpos de línea, tenían como el 6° de línea, una oficialidad verdaderamente brillante, capaz de hacer roncha en el salon mas distinguido.

Y era precisamente este contraste de distinción y de pobreza lo que mas risa causaba.

El que conseguía una camiseta de punto, fina, encargada á Buenos Aires ó al Rosario, era un hombre lujoso, porque con las mangas fabricaba el mejor par de medias, que aunque no eran cerradas en su extremo con las botas de potro, tenían un aspecto fabuloso en su caña ceñida á la pierna.

La ciudad de Mendoza, que ha brillado siempre por su distinción y su hospitalidad característica, era la que mejor trataba á aquellos oficiales tan dignos y abnegados, porque en su trato y modales comprendían que clase de personas eran.

Sociedad rumbosa y rica, nada economizaba para tratar dignamente á sus huéspedes y obsequiarlos en todo lo posible para hacer mas llevaderas las penurias de aquella tan mortificante y abrumadora campaña.

Así es que las provincias de Mendoza y San Juan, gemelas en las condiciones, eran las preferidas para formar campamento, porque eran las menos azotadas por la miseria, y donde el Ejército Nacional era recibido con mas gusto, porque era donde mejor recuerdo habia dejado.

Con cuanto placer recordarán aquellas miserias espantosas pero risueñas, los que hoy son Generales y Coroneles como Campos, Lagos, Arias y otros que formaban la distinguida oficialidad de aquellos cuerpos.

Cuantos dejaron allí prisionero el corazón, entre los ojos de aquellas bellísimas niñas, teniendo que ir á recobrarlo mas tarde cumpliendo su palabra de casamiento, empuñada entre una lágrima y un beso, mientras se encogían los dedos de los pies para que no salieran por las roturas de los botines revelando la ausencia total de medias, ó cubriendo el pezuezo con la mano para ocultar la falta de la camisa.

Buenos é inocentes tiempos, en medio de todas sus miserias y penurias, ya no se reproducirán mas, en nuestra vida militar, tan cambiada de poco tiempo á esta parte.

El Ejército reproducirá muchos Campos, muchos Arias y Lagos, muchos Mitre y muchos Borjes, pero tal vez los cuerpos que lo componen no verán entre sus compañías, bajo el humilde galón de alferéz, los Juan Chas-saing, Carlos Mayer y los Miguel Martínez de Hoz.

Es que ya no hai tanto entusiasmo por la carrera de las armas: en el desahucio de los que fueron han aprendido rudamente los que son, y han buscado otra senda en el vasto campo de la vida, menos penosa, menos ingrata y de porvenir mas hermoso.

El Ejército ofrece un porvenir muy limitado y espuesto á perderse por motivos harto insignificantes: basta una opinion política para echar por tierra veinte ó treinta años de sacrificios leales y abnegados.

La miseria, la fatiga y el peligro, eran otros tantos motivos de alegría y de franca diversion, sin que decayera un momento el espíritu de aquellas espléndida tropa que contribuyó con su valor y su sangre, á levantar hasta el nivel que ocupa en el día, el rango de nuestro valiente Ejército: con el noble ejemplo del 6° y el 2° de línea, y la abnegada y heroica Legion Militar, cuyos gefes eran Charlone y Sargari.

Cada nuevo caudillo que alzaba el poncho, dificultando mas la terminación de aquella penosísima campaña, era un nuevo motivo de alegría, turbado solo por la pena de ver despedazarse á tanto bravo y heroico soldado, en una guerra fratricida y sangrienta.

Como era tan difícil saber con certeza el punto donde era necesario ir á buscar los montoneros, la estadía en las ciudades era mas larga y mas entretenida.

La ida de Arredondo con los cuerpos que formaban su división, vino á modificar sencillamente la barbarie de aquella guerra, y su lado feroz.

Ya los Iseas y los Linares no podían degollar ó ahorcar de los algarrobos los prisioneros

vivos, sin que ningún peligro los amenazase, ni que tuvieran nada que temer.

Así empezó el prestigio que adquirió más tarde en las provincias el General Arredondo, prestigio que aumentó más tarde al extremo de ser un caudillo que se hacia seguir á todas partes por aquellos mismos que antes lo habían combatido.

Desde entónces no solo cesaron las crueldades que se cometian en el ejército, sino que empezaron á imprimir en el soldado los hábi-

tos del respeto por la propiedad y la vida de los demás.

Porque Arredondo guardaba toda su severidad para aquellos que cometian robos y asesinatos.

Los pueblos fueron perdiendo el terror instintivo que tenían á los tropas nacionales y el respeto por el hogar ajeno fué desde entónces y recien desde entónces un hecho.

La guerra de montoneros vino á sufrir modificaciones radicales que debian hacerla cesar bien pronto.

Andanzas

Dedicado esclusivamente á estudiar la guerra á medida que la iba haciendo, Arredondo vió que no era posible continuarla de la manera que hasta entónces.

Era preciso cambiar de táctica por completo, y buscar al Chacho en el terreno que fuera vulnerable.

Como Sapdes, como Paunero, como todos los jefes que habían combatido contra el Chacho, Arredondo empezó á ser burlado por la inmensa sagacidad de Peñaloza, y por aquella actividad suprema que era su rasgo característico.

Arredondo dedujo por el momento que era necesario ser tan activo como el Chacho, por lo menos para poder luchar con él sin desventajas notables, y sin estar espuesto á las burlas que hasta entónces habia hecho el caudillo riojano á los que le habían perseguido.

Pero asimismo y desplegando una actividad admirable, Arredondo empezó á pagar su aprendizaje en aquella campaña originalísima.

Ante todo era preciso tener un buen cuerpo de baqueanos y rastreadores para poder operar con entera seguridad del terreno, y Arredondo empezó á formarlos de los mejores elementos que tuvo á mano.

Esta fué la primera dificultad seria que le salió al encuentro y que se propuso vencer á fuerza de paciencia y constancia.

Los rastreadores famosos, aquellos que parecian adivinos, por la exactitud matemática con que interrrogaban el suelo, estaban con Peñaloza, á quien servian desde que empezó su primera campaña y de cuyo lado no habia fuerza capaz de arrancarlos.

Los pocos, algo regulares, que encontró Arredondo, no querian servir contra el Chacho, bajo ninguna dádiva ni amenaza.

Castigarlos ó forzarlos á que lo ayudaran, eran cosas que estaban fuera de su programa y propósitos.

El queria que aquellos hombres le perdieran el miedo, y perdieran el miedo al Ejército; y

entonces era necesario mostrarse manso y complaciente, por mas razon que se tuviera para ser duro é imponerse.

Era cuestion de tiempo y paciencia, Arredondo lo sabia y estaba resuelto á tenerla, seguro de obtener al fin el resultado que se proponia: hacerse entre aquella gente tan simpático como el Chacho mismo.

— Está bien, decia entónces á los rastreadores que se negaban á servirlo contra el Chacho, yo nada les exigiré contra él pues es preciso que ustedes me acompañen para lo que pueda ofrecérseme respecto á parajes y datos de distancias que necesito.

Acostumbrados al rigor de otros jefes, si se negaban, creian que Arredondo los castigaria, y aceptaban, para desertarse en la primera oportunidad, desde que no se les llevaba como elemento para perseguir al Chacho, que para esto no los hubieran llevado ni á punta de lanza.

Algunos se negaban redondamente á servir con Arredondo, á pesar de la seguridad que tenían de que los iban á matar; pero á estos, Arredondo daba orden se les dejara salir del campamento sin el menor inconveniente y limitándose á decirles:

— Está bien, ustedes no quieren servir conmigo porque creen que esto es servir contra el Chacho, yo no puedo obligar á nadie á que haga lo que no quiere; pero cuidado con servir al Chacho ni á nadie en contra mia, porque si alguna vez los llevo yo á agarrar entre mis enemigos, les voy á tratar como á tales.

Los hombres se retiraban prendados de la amabilidad de aquel jefe y resueltos á no servir ni en contra por nada de este mundo.

Estos hechos iban corriendo de pueblo en pueblo, y haciendo perder poco á poco el terror que como jefe nacional inspiraba Arredondo.

El gaucho de las provincias, en general, es agradecido y leal: es mas susceptible de olvi-

no puede hacerlo matar porque la condena de muerte es una prerrogativa de los Consejos de Guerra.

—Lindo trabajo si uno tuviera que andar consultando á los consejos de guerra para mandar degollar á un picaro de estos! respondia Iseas sulfurado.

Qué respeto van á tener entónces por uno, si saben que no los podemos castigar sin consultar un consejo de guerra! serian capaces de degollarnos á nosotros, porque entónces no habria medio de mantener la disciplina y el respeto.

—Si el degüello pone el único medio de hacerse respetar, santo y bueno; pero hay muchos otros que poner en juego, que dán mejores resultados.

Un gefe, sobre todo, no puede proceder fuera de las ordenanzas militares, ni tomarse atribuciones que no tiene, y espero, Coronel Iseas, que esto no volverá mas á suceder.

Iseas no se dió por convencido y quiso sostener los derechos que tenia para proceder como hasta entónces y Arredondo no tuvo mas remedio que hacer valer su autoridad de gefe superior, para ordenarle que se abstuviera de castigar sus soldados con la pena de muerte ó de azotes.

Iseas se retiró de allí no solo contrariado, sino enfurecido.

Quién era aquel estúpido que venia á imponer nuevas y desatinadas leyes? con qué derecho venia á mezclarse al régimen que seguia en su Regimiento?

Pero era tal el tono de autoridad con que le habia hablado Arredondo, que no pudo menos que atender las indicaciones que le habia hecho, puesto que estaba entre la division que aquel mandaba y no podria ocultársele cualquier cosa que hiciera.

Algun dia estaria lejos, y entónces haria lo que le diera la gana.

Contentada así su habitual ferocidad, Iseas estuvo mas de un mes sin cometer el menor acto de crueldad, lo que lo tenia en estado de irritabilidad tremenda.

Por cualquier pequeñez se ponía furioso, al extremo de que montaba á caballo y se iba á dar largos paseos, porque decia que se hallaba en disposicion de mandar degollar al mismo Arredondo.

Este sonreia ante la irritabilidad de Iseas, pareciéndole increíble que la ferocidad de aquel hombre llegara á semejante extremo.

Y vigilaba de cerca el campamento de aquel bárbaro, temiendo que en uno de sus naturales arranques y privado de dar un desahogo á sus instintos fuera á cometer alguna atrocidad.

La primera vez que Iseas se sintió cerca del enemigo, bajo órdenes de Arredondo, se transformó por completo.

—Veamos si ahora se viene tambien á meter en lo que yo haga con los enemigos en el campo de batalla!

Y con un placer incomparable recibió la primer orden de carga.

Iseas cargó con el brillo y empuje que le eran habituales.

—Era bravo, ya se sabe, imponderablemente bravo, y la moderacion á que lo habia forzado

Arredondo, habia hecho nacer en él una especie de delirio de matanza.

Cuando se combate de aquel modo, el triunfo no tarda mucho en sobrevenir.

El enemigo que combatia allí donde habia cargado Iseas, destrozado, deshecho, vencido, dió por fin la espalda y huyó en la mas completa desorganizacion.

La persecucion fué tremenda: el Regimiento de Iseas perseguia sin trégua ni descanso, sin dar cuartel al desgraciado que llegaba á caer prisionero.

Aquello era un vértigo de matanza que amenazaba no concluir nunca.

Era tal y tan repugnante lo que hacia Iseas, que muchos oficiales, por su cuenta y riesgo, fueron á llevar aviso á Arredondo de lo que sucedia, para que hiciera cesar aquellos horrores.

Arredondo mandó ordenar á Iseas que se retirara y se le incorporase inmediatamente, pero Iseas no hizo caso.

Estaba bajo la accion del delirio y ni siquiera escuchó la órden que se le daba.

Cuando Arredondo supo esto, se trasladó él mismo allí donde estaba Iseas cometiendo todo género de horrores.

—Basta, que no se mate un solo hombre mas; ó los hago cargar yo mismo, á ver si se obedecen ó no mis órdenes.

La tropa y la oficialidad hizo alto inmediatamente, pero Iseas se vino sobre Arredondo como un tigre, gritando:

—Pero si son bandidos, si son bandidos y es preciso matarlos para concluir de una vez con todo!

—No señor! respondió Arredondo, nosotros no somos un ejército de salvajes y es preciso respetar al que cae vencido y prisionero.

Cuidado con matar un hombre mas! cuidado con desobedecer una órden mia!

—Esto es una estupidez! gritaba Iseas en todos los tonos—á la hora que el enemigo sepa que vencióndolo no le hacemos el menor daño, los montoneros irán á brotar de entre las piedras, multiplicándose de una manera terrible.

—Esa no es cuestion suya, Coronel, ni consideraciones que pueden hacerse para ahogar por la matanza brutal é inhumana.

Fué necesario que Arredondo desplegara toda su energia, para hacer cesar la matanza y obligar á Iseas que se retirara del combate.

Este salvó muchas victimas que habian empezado á ser lanceadas por órden de aquel bárbaro, produciendo el mejor efecto entre aquellos infelices que esperaban una muerte inevitable, y que miraban como una cosa fantástica aquella conducta humana y digna en el gefe con quien en adelante tendrian que combatir.

Habitados á todas las crueldades que con ellos se cometian, pareciales increíble que un gefe Nacional hubiera hecho suspender la matanza y retando al que la mandaba.

Tan extraño acontecimiento circuló bien pronto por las filas enemigas, con un movimiento de simpatia general.

Todos los prisioneros tomados estaban allí

deseando matar á un hombre, con todas las apariencias de justicia, lo habian puesto en libertad absoluta.

Pero despues lo habian prendido nuevamente y lo habian juzgado como desertor, y lo habian pasado por las armas.

No nombramos al gefe que tal monstruosidad cometi6, porque él ha muerto ya, y estos hechos son desconocidos en nuestra sociedad donde figuró y formó su familia que no puede ser responsable de las faltas del padre.

Despues de este incidente, el ejército siguió marchando, sin preocuparse mas de él, pero se divulgó de tal manera, que no hubo provincia ni pueblo donde no fuera referido en medio de aclamaciones de profunda simpatia por el gefe que tan noblemente habia procedido.

Como era natural, todas las familias que se hallaban en la misma situacion de esta, no hacian mas que espiar el paso de Arredondo para esponer sus quejas y reclamar la libertad de sus deudos que se hallaban destinados por causas analogas.

Y Arredondo escuchaba á todos con igual benevolencia, haciendo por complacerlos y aliviar su infortunio, cuanto estaba en sus manos.

Los soldados que estaban en los cuerpos á sus órdenes, prévia una municiosa averiguacion de los hechos, eran puestos en libertad sin otro trámite.

Los que no estaban con él, por andar en los otros destacamentos, prometia mandar averiguar los hechos y proceder de la misma manera.

Así Arredondo se iba imponiendo á aquella gente que huia de él al principio y lo rodeaba despues dándole pruebas de la mayor simpatia.

Porque en cada Provincia iba dejando un buen recuerdo, ó cometiendo alguna accion noble y justa.

Al poco tiempo de esta conducta, si Arredondo no encontraba quien lo ayudara para ir contra el Chacho, estaba seguro que nadie pondria tampoco obstáculos en su marcha.

Su cuerpo de baqueanos y materiales, iba aumentando insensiblemente, ingresando á él la gente mas práctica en el oficio.

No habia que pensar en que estos hombres rastrearan las huellas del Chacho para llevarlo á sorprender su Ejército, pero lo sacaban de apuros respecto á rumbos, enseñándole la situacion de las mejores aguadas y los puntos mas cubiertos para poder campar.

Y él mismo se iba poniendo baqueano en aquel rudo aprendizaje, haciéndose rastreador tambien, pues en su vida famosamente activa, él se hallaba en todas partes, en el cuartel general como en las avanzadas ó entre los flanqueadores.

Él estaba en todo, porque era preciso estar en todo para no ser sorprendido y sufrir algun descalabro.

Aquellos pueblos mas enemigos del Ejército Nacional, capaces de dejarlo perecer de sed teniendo agua que darle, tratándose de Arredondo, no tenian nada reservado.

Hostiles, terriblemente hostiles á cualquier otra division del Ejército, tratándose de

Arredondo estaban desarmados y dispuesto á servirlo en todo lo que él quisiera.

Lo único que se negaban á contestar era esta pregunta: dónde anda el Chacho?

Fuera de esto, segun ellos mismo lo manifestaban, estaban dispuestos hasta despeñarse de las sierras si él se los mandaba.

El anhelo de todos era que Arredondo hiciera la paz con el Chacho, porque era el único gefe de quien el Chacho se podia fiar.

Pero Chacho no queria saber nada de paz con nadie.

De que servia tampoco de que se hiciera la paz con él, si la República estaba llena de montoneros acaudillados por sus cabecillas mas prestigiosos?

Chacho al fin y al cabo era el menos perjudicial por el momento, puesto que él se tenia á la defensiva y mientras no lo molestaran no se moveria de la Rioja.

El Chacho mismo miraba con cierta simpatia á este nuevo gefe que habia ido á combatir, suprimiendo gran parte de las iniquidades que eran de práctica para hacerle la guerra.

Ya no tendria que temer que sus prisioneros fueran pasados á cuchillo, ni que sus amigos fueran tratados como fieras, segun se habia hecho hasta entonces.

Y miraba con simpatia las reformas introducidas por Arredondo con el propósito de ennoblecer la guerra y quitarle todo el carácter del bandalaje que habia tenido hasta entonces.

Como era natural que sucediera andando en persecucion del Chacho, Arredondo habia tenido algunos combates con grupos de montoneros, combates que costaron á estos algunas victimas, porque habian venido á sorprender, y siendo sentidos, la infanteria se encargó de recibirlos á tiros.

Los heridos, aunque en poco número, porque los de menor gravedad lograron escapar, fueron recojidos por Arredondo y enviados á la poblacion mas próxima, mientras él seguia persiguiendo tenazmente á Chacho, creiendo que iba á alcanzarlo de un momento á otro.

Él habia visto sus fogones la noche anterior, y le parecia imposible que, marchando con toda la actividad posible, el Chacho se le pudiese escapar.

Y sin embargo, no solo no lo alcanzaba, sino que lo sentia á los flancos ó á retaguardia, tratando de arrebatarle las cabaladas, como él lo creia á vanguardia y huyendo.

Esto lo intrigaba profundamente, porque no podia entender estas raras evoluciones hechas encima de su Ejército sin que este se apercibiera.

En vano mandaba una avanzada montada en los mejores caballos, para que picara la retaguardia de Chacho, mandando aviso en cuanto cambiara de direccion.

Pero la avanzada era burlada como lo habia sido el Ejército, y al mismo tiempo que de ella recibia este parte: "vamos picando la retaguardia de Chacho,, sentia las fuerzas del tenaz caudillo picando las suyas.

Arredondo no comprendia como podian engañarse de aquella manera sus oficiales mas prácticos, y la primera vez que divisó el cam-

dar la ofensa que el servicio recibido, al que queda agradecido intimamente.

Era lo que Arredondo queria precisamente, ganarse por el agradecimiento el mayor número de hombres que le fuera posible, porque si no le servian á él no servirian en su contra, y estos eran enemigos que iban destruyendo insensiblemente.

Habiéndose corrido la voz por todas partes de lo bueno que era Arredondo, muchos desgraciados venian á buscar su amparo para que remediara las iniquidades cometidas por otros jefes, como Iseas por ejemplo.

De pronto lo atajaba una mujer mas ó menos jóven, mas ó menos hermosa, pidiendo justicia, y demostrando la razon que tenia.

— Por no haber sabido donde andaba Chacho, decia una vez una jóven de Catamarca, de espléndida hermosura, el Coronel Iseas hizo degollar á mi pobre padre, que ningun mal habia hecho á nadie.

Lo que no habia querido decir el viejo porque no lo sabia, quisieron que lo dijera mi marido que lo sabia menos.

Lo echaron á los veteranos, despues de castigarle porque quise seguirlo.

Faltando los dos únicos hombres que me acompañaban en el mundo, perdí todos los intereses que tenia y quedé en la mayor miseria y desamparo.

Y aquella infeliz rompió á llorar con toda la fuerza del dolor que experimentaba.

— Yo qué puedo hacer en tu obsequio? preguntó Arredondo conmovido.

— Usted puede salvarme de la miseria ó de la ruina, de la muerte misma, devolviéndome la única felicidad que aun puedo hallar en la vida, mi pobre marido, si es que el cielo todavia le conserva la vida.

— Y dónde está tu marido, con qué jefe sirve?

— El fué destinado al regimiento de Iseas, y si no lo ha muerto, alli ha de estar todavia, esperando que alguna vez ha de concluir todo esto.

Arredondo tomó el nombre del individuo y lo mandó buscar al regimiento de Iseas, diciendo á éste que se lo remitiera en el acto.

Desde aquel momento la jóven no quiso moverse del campamento, esperando el resultado de aquella diligencia y bendiciendo á Arredondo con palabras conmovedoras.

El jóven estaba realmente en el regimiento de Iseas, casi inutilizado de una estaqueada que le habia hecho dar.

La alegria de aquella pobre mujer al ver á su marido, que era un jóven de agradable y sonriente fisonomía, fué inmensa, quedando en el primer momento sin saber lo que le pasaba.

Se prendió de las rodillas de Arredondo y empezó á suplicarle espresivamente que se lo pusiera en libertad para que pudiese ir con ella.

— Y si esto no es posible, déjeme a mi marchar á su lado para consolar sus penurias, y yo le deberé un servicio mas grande que la vida misma.

Arredondo sonrió ante aquella desgracia tan fácil de remediar, y dijo á la jóven que podía

irse tranquila, que él pondría en libertad á su marido al dia siguiente.

— Oh! yo me quedo, yo me quedo entonces para irme con él, dijo riendo y llorando alternativamente, esto me parece tan imposible, que si me vuelvo sola á mi casa, voy á creer que he soñado.

El no decia una palabra, miraba al jefe, pálido y sombrío, no solo como si dudase de sus palabras, sino como si creyera que aquella era una nueva y sangrienta burla hecha á su desgracia, ¡habia presenciado tantas!

Arredondo conmovido con la desgracia de aquellos dos jóvenes, y aunque convencido de que habian dicho la verdad, mandó preguntar á Iseas la causa porque aquel jóven habia sido destinado.

— Y por qué ha de serlo? respondió Iseas en el acto, por bandido y ser tapadera de montoneros; tal vez me haya hecho alguna otra cosa mas, pero no la recuerdo en este momento: dígame á Arredondo que me lo mande para estaquearlo por las mentiras que habrá ido á echarle.

Esta era la ley de reclutamiento que se observaba en toda la República, empezando por Buenos Aires, en cuya campaña hasta los alcaldes destinaban al servicio de las armas y remitian á la frontera los hombres por ellos destinados.

Arredondo hizo mas en beneficio de aquellas dos personas que lo que habia prometido, pues no solo puso en libertad al soldado, sino que levantó una suscripcion entre los jefes y oficiales que presenciaban el hecho, suscripcion que tuvo un buen éxito, porque dos ó tres dias antes se habia pagado al ejército un mes de sueldo.

Arredondo, cuando entregó al jóven el poco dinero que se habia juntado y le dijo que estaba en libertad, tuvo ocasion de palpar el terror que inspiraban sus compañeros de armas.

El jóven pálido hasta parecer un cadáver y con la mirada amenazadora, detuvo la mano con que el Coronel le daba el dinero, y le dijo:

— Por Dios, señor, si esto es para mortificarme mas, haciéndome volver cuando yo me creia ya libre, no lo haga, señor, yo se lo suplico, no por mí, que estoy acostumbrado á sufrir, sino por ella, por ella, la pobre, que seria capaz de volverse loca.

— No tengas cuidado, yo te devuelvo la libertad, porque te la han quitado injustamente, te doy mi palabra de honor que esto no es burla, porque yo no me burlo nunca, mucho menos de la desgracia ajena.

— Dios lo oiga, dijo entonces el jóven tendiéndole la mano, pero sin borrar la desconfianza que saltaba á su semblante, y cuando pase por Catamarca, no olvide que puede disponer de un hombre, como de una de sus manos.

Y salió del campamento seguido de su jóven esposa, dando vuelta el semblante á cada rato, como si temiera fueran á detenerlo de un momento á otro.

Despues se explicó Arredondo aquella rara desconfianza que no habia comprendido al principio.

Alguna vez, segun decia, habia sucedido que

estaria con su atencion fija en los fogones y tropa que les habia dejado de ceba.

Estas fuerzas en cuanto sintieran el primer tiro, debian dispersarse á vanguardia, para engañar mejor y evitar la carga de fuerzas superiores que podian envolverlos y tomarlos prisioneros, movimiento que habian ejecutado tan bien, que ya hemos visto como el peloton que avanzó sobre ellos no halló un solo hombre.

Chacho, una vez que se colocó á retaguardia de los últimos grupos, cargó en el acto sobre ellos, arrebató las caballadas y siguió cargando con toda la violencia que le era posible sobre los cuerpos de retaguardia, que fueron tomados por la espalda.

Pero la infanteria, en medio del fuego, habia hecho un cambio de frente, y formando sus cuadros, habia contenido el enemigo obligándolo á detenerse primero y retirarse en seguida.

Chacho, que no habia tenido otra idea que sorprender al Ejército, deshacerlo y dejarlo á pié una vez que encontró aquella resistencia tremenda, resolvió retirarse para tener tiempo de hallarse bien lejos cuando amaneciese el dia, de manera que no se le pudiera perseguir.

Ya habia arrebatado los caballos y hecho gran daño en las fuerzas de retaguardia, que era lo único que buscó, para impedir que Arredondo se moviera con la actividad que lo habia hecho hasta entonces.

Así es que cuando amaneció, Chacho se hallaba no solamente fuera de tiro, sino que no se le podia perseguir porque él se habia llevado las cavalladas de reserva.

Arredondo pudo apreciar entonces cuanta era la astucia y la audacia del Chacho.

Después de recojer los heridos amigos y enemigos, y dar órden fueran llevados al pueblo mas inmediato, emprendi una persecucion con todo el empeño y tenacidad de que era susceptible.

Con una fuerza mas ágil y mejor montada. Arredondo se anduvo unas veinte leguas, en la direccion de la Rioja, que era la que Chacho habia llevado, pero sin siquiera lograr ver sus fuerzas de retaguardia.

Pensando que lo encontraría en la Rioja, sin necesidad de agitarse, se hizo alto allí, para esperar la incorporacion del resto de las fuerzas y seguir la marcha con toda la lentitud á que obligaba el pésimo estado de las caballadas.

Aquí tocó Arredondo con el gran inconveniente que habia hecho la desesperacion de los gefes que habian combatido anteriormente con el Chacho la falta de agua.

La aguada donde habia campado, aguada que sus rateradores le habian indicado como famosa, estaba inservible.

El agua era abundante, pero mala hasta lo inservible.

La sed hace prodigios, y aquellos soldados que traian una jornada de veinte leguas, tenian una sed á prueba de la peor agua.

Pero aquella agua no era posible utilizarla en manera alguna, pues los mismos caballos y mulas se resistian á tomarla.

Habia sido inutilizada con esqueletros de caballos y vacas y otras cosas que no son para

nombradas, de modo que el soldado á quien la sed apuraba mucho y la habia apesar de su olor formidable, no podia retenerla, en el estómago y los efectos del emético se producian bien pronto.

—Estas son obras del Chacho, dijeron á Arredondo; es su tactica vieja para entorpecer toda persecucion, es su manera de cerrar ciertos caminos á sus perseguidores.

Por ejemplo, este mismo, sabiendo que en él no hay aguada servible, usted mismo no volverá por él.

—Pues hay un remedio eficaz para que el Chacho respete las aguadas dijo Arredondo y la respetará en cuanto lo conozca dijo Arredondo si el inutiliza las aguadas por donde debemos pasar persiguiéndolo, es preciso inutilizar aquellas que pueden servirle para retirarse.

El arma debe ser buena, cuando él la emplea; hasta ahora lo he tenido por el cabo, es preciso que lo agarre tambien por la hoja y sienta el filo, para que deje de usarla: ya veremos.

Fué preciso abandonar la persecucion del Chacho para emprender la buscada de agua, que era necesario hacer adentro del monte, donde estarian los que Chacho habia reservado para sí.

Aquellas marchas dentro de aquellos montes tan bravos y tupidos eran sumamente penosas; aunque nuestros soldados no llevaban guarda monte, era necesario sufrir aquellos inconvenientes mas ó menos mortificantes, ó resolverse á morir de sed lo que no era posible.

Ayudado por aquellos baqueanos, á quienes á sed apuraba como á todos los demás y por los prisioneros que incorporó á estos Arredondo, no tardaron mucho tiempo en hallar agua riquísima y abundante.

A esta se precipitaron hombres y caballos con una ansiedad suprema.

Cuando todos apagaron su sed, y calentaron su agua y tomaron mate; cuando hubieron bebido todas las caballadas y llenado los chifles al dia siguiente para seguir la marcha en direccion á la Rioja, el Coronel Arredondo mandó inutilizar, con gran pena, aquella espléndida aguada, de la misma manera que lo hacia el Chacho.

Aquello era salvaje y penoso, pero era preciso hacerlo para obligar al enemigo á que por propia conveniencia respetara las aguadas sin intentar destruirlas siquiera.

Arredondo siguió marchando siempre hácia la Rioja, por un camino donde el agua no escaseaba camino que sin duda se habia reservado el Chacho porque las aguadas no habian sido inutilizadas.

Arredondo, con la pena que debia sentir al hacerlo, fué destruyendo una á una todas aquellas aguadas.

Cuando Chacho hiciera uso de aquel camino y tuviera que abandonarlo por no perecer de sed, comprenderia que era necesario respetar las aguadas para que el enemigo hiciera lo mismo, y el gran inconveniente desapareceria entonces.

Así como Chacho respetaba los prisioneros que hacia, por un natural sentimiento la hidal-

pamento del Chacho, marchó él personalmente en la avanzada de observacion, convencido de que no tardaria en sorprender al enemigo.

El Ejército debía seguir rápidamente, para poder tomar parte en cualquier combate, por rápido que fuera.

Esa noche Arredondo se acercó tanto á Chacho, que no solo vió los numerosos fogones que habia hecho, sino que alcanzó á ver, á la luz de estos mismos, sus fuerzas desmontadas.

El hizo adelantar cautelosamente la avanzada, mientras mandaba órden al Ejército de apresurar la marcha: la sorpresa seria inevitable á la diana.

Pero despues los fogones de los montoneros apagaban sus alegres llamaradas, alcanzandose á ver los montoncitos de brazas, pero no ya las siluetas de los soldados, que sin duda se habian entregado al reposo.

Arredondo hizo alto entonces para esperar que se le incorporara el Ejército y dar el golpe de sorpresa; estaba á tan corta distancia del enemigo, que este no podria moverse en manera alguna sin ser sentido.

Al fin se iba á dar al famoso Chacho un golpe récio y de sorpresa.

No bien habia concluido Arredondo de tomar sus últimas disposiciones, esperando solo la incorporacion de su vanguardia para atacar, cuando sintió a retaguardia y á corta distancia un tiroteo, que raro al principio, se hizo nutridísimo en seguida, tomando todo el aspecto de un reñido combate.

El Coronel Arredondo quedó aterrado: teniendo al Chacho á vanguardia, era indudable que aquella sorpresa fatal habria sido traída por fuerzas de Sáa ó Varela; Chacho, sintiendo el fuego se prepararia al combate, avanzaria sobre él y vendria á quedar colocado entre dos ejércitos cuya importancia le era desconocida.

El tenia una ciega confianza en sus fuerzas, aclarando el dia y pudiendo maniobrar con libertad, poco temor le inspiraba el enemigo.

Pero envuelto en las sombras de la noche, su posicion no podia ser mas critica.

Con una asombrosa rapidez de concepcion, Arredondo formó un plan de defensa, del mejor modo posible dado el apuro del momento.

Chacho, como él, habria sentido el fuego, pero Chacho, que ignoraba la presencia de otro ejército, creeria que todo aquel fuego era del suyo, que lo habia sorprendido, y que se pondria en fuga, en cuanto se viera cargado.

Así, mientras él acudia al combate para tomar las medidas que la mejor táctica aconsejara, mandó un fuerte peloton de caballeria que cargara sobre el campamento del Chacho, retirándose y replegándose en seguida, si se le oponia una resistencia seria.

Y mientras el peloton cargaba, vino él al centro de sus fuerzas, donde las infanterias hacian fuego en cuadro, sirviendo de baluarte á las caballerias que no podian operar á causa de la oscuridad.

Habiendo hecho un hábil y rápido cambio de frente, en medio del fuego, la posicion del Ejército no era mala ni tan apurada como era de esperar.

Al hallarse con una resistencia cuya energia y viveza no esperaba, la fuerza que atacó habia vacilado al principio, habia hecho alto sin atreverse á avanzar mas, haciendo sin embargo un fuego bastante nutrido y bien pronto se retiraba del combate, como si temiera la llegada del dia y lo fatal que su luz podia ser para ellos.

Por ambas partes habia un buen número de heridos, porque en el primer momento de sorpresa el enemigo pudo hacer mucho daño.

Retirada la fuerza que habia atacado, la de Arredondo conservó sus posiciones, sin querer modificarlas en lo mas mínimo.

La noche era muy oscura y muy espuesto entonces á que los batallones se hicieran fuego unos contra otros.

Era mejor esperar el amanecer, para poder operar con toda eficacia.

A vanguardia no se sentia el menor rumor que acusara un combate, lo que probaba que el enemigo se habia retirado de allí asustado por el fuego de fusileria.

La duda de lo que habia sucedido, no cesó hasta el amanecer, en que pudo examinarse el campo y divisar sus cercanias.

El enemigo que los habia sorprendido por la retaguardia, se habia retirado, sin hacer mas daño, despues de las bajas causadas, á haber arrebatado las caballadas que venian en las reservas, donde empezó el fuego.

Una vez que aclaró el dia, no tardó en llegar el parte del peloton que habia marchado sobre el campamento del Chacho, y que no habia llegado antes al cuartel general por temor de perderse y caer en manos del enemigo y cuya posicion se ignoraba.

El peloton habia avanzado sobre los mismos fogones que se habia visto brillar poco antes, pero sin haber hallado un solo enemigo.

El estado del campamento demostraba que hacia ya muchas horas que habia sido abandonado.

El peloton avanzó en son de carga, pero con igual resultado.

Dónde estaba todo aquel Ejército, cuyas sombras se habian visto poco antes á la luz de los fogones?

Donde habia pasado que su marcha no habia sido sentida?

Quién era el enemigo que los habia atacado por retaguardia, ignorando la proximidad del Chacho, pues si la hubiera sabido se habria puesto en combinacion con él?

No era ya difícil averiguarlo por el número de heridos prisioneros que habian quedado en el lugar del combate.

Segun estos, las fuerzas que habian atacado la retaguardia, eran las mismas fuerzas del Chacho en cuyo regimiento iban y cuyos fogones y grupos se habian visto pocos momentos antes del ataque.

La operacion era muy sencillo de explicar.

Chacho, viéndose perseguido con tanta tenacidad habia encendido aquellos fogones á la de la noche, para simular que campaba.

Habia hecho rodear los fogones con grupos de los soldados peor montados, y con su ejército fuerte habia, hecho una contramarcha en círculo sobre el flanco derecho, viniendo á salir á la retaguardia de Arredondo que

la guerra, no solo no podría moverse una división en todo el territorio de la Rioja, sino que las mismas poblaciones quedarían espuestas á padecer la sed, allí donde el agua es por naturaleza escasa.

Chacho sonrió ante la astucia de aquel enemigo que le hacia guerra de montoneros con sus mismas armas, y comprendió que era necesario modificar las hostilidades.

—No debemos echar á perder mas aguadas, dijo á sus compañeros mas caracterizados, no debemos echar á perder mas aguadas para que el enemigo no las eche á perder tambien, y yo seria de opinion que hasta deberiamos de limpiar las que estan ya inutilizadas.

—Indudablemente que es lo que conviene, respondian á Chacho, porque en poco tiempo mas no vamos á tener donde beber, y lo que es peor, donde hacer beber las caballadas.

—No veo mas que una dificultad, observaba Chacho, y es que si nosotros respetamos las aguadas para que ellos hagan lo mismo, mientras no se aperciban de la cosa han de seguir destruyendo no mas, y vamos á quedar con la desventaja de que será solo el enemigo quien nos ponga sitio por el lado de la sed y estos no es justo.

Es necesario hacer un convenio y para esto no hay otro recurso que enviar un parlamentario.

Esto era muy espuesto, pues ya se sabia lo que habian hecho siempre en el Ejército con los prisioneros Chachistas aún sin ser prisioneros, con todas las personas sospechadas de Chachismo.

—Segun el gefe, es el proceder, observaba Chacho; este Arredondo parece que no es un bárbaro como los demás, pues hasta ahora él ha respetado aún la vida de los mismos prisioneros que ha hecho en el campo de batalla.

En las poblaciones mismas no ha cometido ninguna felonía, y si así se ha comportado siempre, no se debe creer que no respetase un parlamento que debe ser sagrado, mas, desde que no respetándolo, cortaba este supremo y buen recurso de la guerra, quedando en la imposibilidad de parlamentar jamás conmigo.

Además nosotros tenemos prisioneros del enemigo, entre los que hay oficiales cuya vida nos responderia en todo caso de la de nuestro parlamentario.

—Y porqué no mandamos de parlamento un prisionero de ellos mismos?

—Primero, porque puede muy bien el tal Arredondo tener algo que mandar proponer, lo que no podría hacer con un prisionero que no sabria despues donde encontrarme.

Segundo, porque uno de estos prisioneros que han hecho con nosotros una vida demasiado íntima, podría ir á referir cosas que tal vez no me convenga todavía que se sepan.

—Pues lo mejor es enviar un hombre nuestro con instrucciones precisas y que prevenga que, en caso que no lo dejen volver, la libertad y la vida de todos los prisioneros en nuestro poder, quedaria tristemente comprometida.

Para esto se le puede fijar un plazo, cuya terminacion sin su presencia entre nosotros, importaria que habia sido sacrificado y en-

tónces procederiamos nosotros como era debido.

Con esa rapidez de pensamiento que le era característica, Chacho decidió lo que habia de hacerse, preguntando á los que mas íntimamente le rodeaban, quien se animaba á ir de parlamentario hasta el campamento de Arredondo.

Siendo el Chacho quien hacia el pedido, no seria seguramente un parlamentario lo que habia de faltar, y todos se ofrecieron á marchar en el acto.

Fué preciso que el Chacho lo eligiera entre todos y para poder hacerlo sin que uno solo pudiera resentirse por la preferencia, fué necesario que lo echaran á la suerte.

La suerte designó á un capitán Riojano, mas jugueton que gato chito y mas bravo que un leon; una especie de Miguel Jaramillo que ha sido la persona mas traviesa y alegre de toda la Rioja.

Sus instrucciones eran precisas y su mision se reducía á la conservacion de las aguadas, por un convenio mútuo, no solo de no destruir las que se conservaban en buen estado, sino de limpiar en lo posible las ya destuidas, cosa bien fácil si ambos se ponian en el trabajo.

Además podía asegurar en nombre del Chacho que, todas las consideraciones que tuviera Arredondo con sus partidarios, él las tendria con los soldados y oficiales del Ejército, quedando así desterrados de ambos Ejércitos todos los procederés bárbaros y anti humanitarios que se habian seguido hasta entónces.

—En todos los pueblos de la Rioja, añadió Chacho, hay prisioneros del Ejército Nacional tomados en diversas épocas, que han quedado allí recomendados por mi.

En su mayor parte han sido heridos á quienes se ha curado y cuidado sin exigirles la menor retribucion.

En la misma ciudad de la Rioja hay mas de cincuenta prisioneros entre soldados y oficiales, que han quedado recomendado por mi para que se les trate como si fuera yo mismo.

En mi propia casa, usando de mi misma cama y de cuanto tengo, sin reservar ni siqueira lo que pertenece á mi mujer, hay prisioneros de los últimamente tomados y que están asistidos como lo estaria yo mismo.

Pregúntese á estos: como han pasado, y yo me declaro responsable del menor mal trato por ellos recibidos.

Yo no he hecho esto para que se respete y se trate bien á los prisioneros, que ellos me han hecho, porque nunca han sido bien tratados.

Los que mejor han sido son los que han sido destinados á los Regimientos de línea.

Yo he hecho lo que he hecho, porque está en mi manera de ser, y porque, por mas que digan que soy un bandido y un salvaje, hasta ahora he cometido ningun hecho que autorize á decir semejante cosa.

No lo he hecho tampoco para que se me pague con la misma moneda, puesto que siempre trataron á los chachistas como á perros sarnosos, sino porque así somos los montoneros chachistas.

Ahora, solo se trata de conservar las agua-

guia y para que se hiciera lo mismo con los suyos, respetaria tambien las aguadas una vez que comprendiera que era la única manera de que el enemigo las respetase tambien.

El Coronel Arredondo llegó á la Rioja, cuya ciudad ocupó sin la menor resistencia, pues Chacho no solo estaba allí, sino que no se sabia donde se habria ido á situar.

Arredondo se estableció en la ciudad, per lo pronto, mientras le llegaban noticias de Peñaloza, á cuyo efecto habia despachado gran cantidad de comisiones por todas partes, quedándose solo con unos cien infantes, con los que se acantonó en la plaza principal.

Pero no solo no se tenian noticias del Chacho, sino que ni tampoco se conocia el paradero de la mujer, que Arredondo habria deseado tomar en rehenes, para obligarlo por este medio á hacer la paz.

Hacia apenas dos dias que se hallaba en la Rioja, cuando recibió una noticia que hizo saltar tan alto.

El Chacho habia marchado sobre Córdoba, habia tomado nuevamente la ciudad y se habia apoderado de los elementos bélicos alli existentes, desarmando un contingente de guardias nacionales de Santa Fé que se le resistia.

Arredondo reunió todas sus comisiones y contramarchó á Córdoba.

He aqui la razon porque no habia alcanzado á Chacho despues de la sorpresa de que fué víctima.

Chacho, en vez de seguir para la Rioja, como él lo habia supuesto se habia dirigido á Córdoba, dejándole un falso rastro hacia la Rioja.

Y Arredondo engañado por él, se habia ido á la Rioja creyendo encontrarlo.

Era necesario marchar sobre Córdoba en el acto, por el camino que Chacho se retiraba siempre de esta provincia, pero el Ejército se encontró con la eterna y suprema dificultad, no habia agua.

Peñaloza, temiendo aquello mismo, á su vez habia inutilizado las aguas de tal manera que no podia transitarse por él, y el Ejército se vió en la necesidad de tomar otro camino y venir buscando las aguadas.

Y siguiendo su buena inspiracion, aguada que se hallaba en buen estado, Arredondo la hacia destruir, de manera que el Chacho no pudiera servirse de ella.

Los soldados mismos, á quienes las penurias habian hecho eminentemente previsores, se habian dotado de cuanto chifle habian podido encontrar.

Soldado habia que tenia cuatro pares de chifles siempre llenos de agua, pues no se recurría á ellos sino en los casos extremos.

Antes de destruir una aguada, los soldados llenaban sus chifles, pues no sabian cuando encontrarían otra, y todo quedaba concluido.

Así lo único que venia á dificultar las marchas, no era la falta de agua para la tropa, sino para los caballos y mulas, que se aplastaban con facilidad á consecuencia de la gran sed.

Y ya habia quedado probado que no habia medio posible de poder hacer la guerra al Chacho, sino teniendo buenas caballadas para

obligarlo al combate alcanzándolo, pues sin ser obligado, Chacho no daría nunca una batalla.

Cuando Arredondo llegó á Córdoba, viniendo mil dificultades, ya Chacho se habia retirado en direccion á San Luis, segun se lo dijeron, y llevando un buen arreo de ganado vacuno, fuera de otros alimentos que habia sacado de aquella provincia.

El Ejército empezó á seguir la rastrillada que habia dejado el de Chacho, apurando la marcha en lo posible para alcanzarlo, pues antes de llegar á la frontera de San Luis, se presentó una nueva dificultad.

Allí las fuerzas de Chacho se dividian, siguiendo unas para San Luis y otras para la Rioja.

En ambos rastros iba un trozo considerable de hacienda, de modo que nadie podia calcular en cual division iba el Chacho.

Los rastreadores y baqueanos que llevaba Arredondo estudiaron bien los dos rastros, pero no acertaron ó no quisieron acertar con aquel en que iba el candillo y la Victor, pues no estando en la Rioja, era sabido que andaban juntos.

Se pensó entonces que el grupo que se habia separado para ir á San Luis seria de fuerzas de aquella provincia y que entonces Chacho debia ir entre las que habian seguido para la Rioja, repostándose hacia los Llanos.

Se siguió entonces á esta fuerza, pero un par de leguas despues vino á tropezarse con idéntica dificultad.

Aquella fuerza volvia á subdividirse en otras dos, que se separaban en distintas direcciones.

Aquí volvia á surgir la misma vacilacion, pues no podia imaginarse en cual de estas subdivisiones iba el Chacho.

Era presumible que en la division ó el grupo que iba mas directamente á la Rioja fuese el Chacho, y á este se puso á seguir Arredondo.

Pero este mismo grupo iba subdividiéndose de distancia en distancia y como si marcharan en dispersion, hasta quedar reducidos á pelotones en diez ó quince hombres.

Indudablemente la tactica de Chacho habia sido la de irse dispersando para enloquecer al enemigo que debia perseguirlos indudablemente y que concluiría por no saber á que atenerse.

Arredondo, luchando siempre con la falta de agua, habia llegado á la Rioja postrado completamente.

Su infanteria venia marchando á pié, pues no tenian ya caballos, habiendo mandado en diversas comisiones la fuerza de caballeria que llevaba consigo.

Pero si Arredondo habia luchado con la sed, Chacho no habia dejado de luchar tambien, pues las aguadas con que él contaba siempre en sus casos de apuro, las habia hallado destruidas por aquel enemigo que empezaba á usar de sus mismas armas.

Esto era sumamente sério para ambos, pues siguiendo así, llegaría dia en que ninguno podría moverse sin quedar espuesto á perecer de sed.

Si no se suspendia aquel sistema de hacerse

hacerle simpático en su manera de proceder y de hacer la guerra.

Era lástima que fuera preciso combatir á un caudillo de tanta importancia militar y de tanto prestigio, cosas que podían bien haberse aprovechado en beneficio de la República entera.

Tal vez si él hubiera podido hablar con el Chacho, pensaba, se habría modificado mucho el modo de hacer la guerra.

Pero ni él tenía á quien mandar hablar con el Chacho, ni éste le hubiera mandado parlamentario alguno, desconfiando de la manera como lo habían tratado.

Habitado á la conducta seguida por los otros gefes, era natural que el Chacho le desconfiara y no quisiera esponer un oficial á ser maltratado ó muerto, sin lograr nada como resultado práctico.

Fué precisamente entónces que se le presentó el enviado del Chacho, sorprendiéndolo agradablemente con su mision, que halagaba profundamente su amor propio de soldado, mostrándole que su modo de hacer la guerra había sido de una eficacia mas rápida de lo que él mismo pensó.

Arredondo escuchó atentamente y con marcada complacencia lo que aquel extraño parlamentario le decia en nombre de Peñalzoa.

Una vez que éste terminó, Arredondo empezó á sonarlo, para consacarle el paraje donde se hallaba Chacho, pero sin poderlo lograr.

El parlamentario era astuto, y aseguraba no saber donde se hallaba éste.

—Y cómo va á hacer para encontrarlo? preguntaba Arredondo.

—Esperaré hasta encontrarlo, y entónces le comunicaré lo que se haya convenido.

—Eso es mentira, decia Arredondo, tú sabes donde está, y vas á encontrarlo ahora con mi contestacion.

Cómo es posible que el Chacho te dé una mision para mi, sin decirte en tal paraje espero la contestacion?

—Eso no, porque tampoco está seguro Chacho de que me han de dejar volver; puedo volver como puelo quedar prisionero.

—Y si el Chacho cree que puedes quedar prisionero, por qué te ha mandado?

—Porque una creencia no es una seguridad y algo es preciso arriesgar siempre en esta vida.

El Chacho tiene confianza en usted porque hasta ahora no ha hecho nada malo ni ha cometido ninguna enormidad de las que hacen los otros, y por esto mismo me ha mandado, para saber en adelante cómo ha de proceder con usted.

—Y tú no has temido venir, tenias seguridad en la manera que yo procedo?

—Si no la tenia Chacho, menos podia tenerla yo; pero he venido porque á dónde iré yo que no pegue la vuelta?

Solo que me mataran, y esto no ha de suceder porque algo valgo yo para mis paisanos, y entónces la vida de todos los prisioneros que están libres y felices en la Rioja, garanten la mia.

Esta no es una decision tomada de antemano, pero la paciencia humana como la bondad

misma tienen sus límites y usted no querrá probar hasta donde alcanzan en la Rioja.

—Quiere decir que tú eres una persona de tanta importancia que por tí faltarian en la Rioja á sus hábitos tradicionales?

—No he dicho tal cosa, dijo bondadosamente el parlamentario, solo he dicho que algo valgo para mis paisanos y que tal vez mi muerte seria poner á prueba su paciencia y su bondad.

Arredondo estaba seducido por la palabra cariñosa y suave de aquel hombre, quien, dados los antecedentes habidos con los demás jefes, cometia un acto de verdadero valor y abnegacion al venir á hablar con él.

—Ya Chacho debe tener noticias mias, dijo Arredondo, las bastantes, me parece, para calcular que conmigo puede entrarse en cierta clase de arreglos porque soy una persona de razon y de orden.

—Sabemos que usted respeta mucho los pueblos por donde pasa y las familias que los habitan: al fin han mandado un jefe que no sea un bárbaro!—y es por esto que Chacho le ha mandado proponer el respeto por las aguas.

—Y si alguna vez aquel jefe quiere hablar conmigo para hacer alguna otra modificacion en la guerra, me dijo, no tiene mas que hácermelo saber.

—Y cómo haria para saber dónde anda el Chacho, cuando quiera mandarle algun parlamento?

—No tiene necesidad de saber donde se halla el Chacho para esto, diga usted en cualquier pueblo del tránsito que precisa hablar con el Chacho, y él se encargará de lo demás. O deje usted á un oficial parlamentario solo, en medio del campo, y ya encontrará quien lo lleve hasta donde está Chacho.

—Y si yo te hiciera declarar por la fuerza dónde está el Chacho?

—No conozco la fuerza que puede hacer decir á mi boca lo que mi voluntad no quiere, respondió aquel hombre sonriendo y sin perder la tranquilidad de su ademan.

Esto en cuanto á mí, que en cuanto á usted, no lo creo capaz de hacer lo que dice.

—Los hombres se muestran en el pelo de la ropa y á usted lo tengo yo tan calado como si lo hubiera tratado toda mi vida.

Con que no me demore mas, que tal vez encuentre á Chacho por aqui cerca y dígame que es lo que tengo que contestarle.

—Que no tengo ningun inconveniente en aceptar su proposicion.

Si Chacho respeta las aguas, yo no tengo el menor inconveniente en hacer lo mismo.

Inutilizar las aguas es cosa de salvajes y perjuicio para el pais mismo antes que para mí, y veo que Chacho ha de haberlo comprendido asi, cuando propone que esto no continúe.

Dígame, pues, que mientras él respeta las aguas, las respetaré yo; pero que á la primera que destruya, no solo sigo yo destruyendo cuantas encuentre, sino que no vuelvo jamás á entrar en tratos con él, puesto que no respeta su palabra empeñada.

—El Chacho no solo cumplirá su palabra, sino que ha empezado á cumplirla ya, pues ya

das; ahora, si á Arredondo se le ocurre algo para hacer menos cruel y sangrienta esta guerra, que estoy á su disposicion, hasta para que hablemos personalmente.

Que no tiene entonces mas que mandarmelo decir y nos encontraremos solos, en el parage que él indique.

Chacho no estaba con los horrores que se habian hecho hasta entonces, con aquel sacrificio de prisioneros y aquel alarde de ferocidad con los infelices á quienes queria obligarse á declarar lo que no sabian.

Conociendo los instintos de los demás gefes por sus hechos mismos, nunca habia querido tratar con ellos para nada; pero con aquel hombre que se habia presentado con sus puntos y ribetes de humano, la cosa cambiaba de especie.

Bien podia convenirse con éste en hacerse la guerra en condiciones mas humanas, suprimiendo aquellas crueldades que á nada conducian ni podian conducir.

Destruir las aguadas era cosa de salvajes que ninguna ventaja podia proporcionarles, puesto que era arma de que los dos hacian uso.

Pues el Chacho era el primero en suspenderla, mandando invitar á su enemigo á que hiciera lo mismo.

El parlamentario salió en busca de Arredondo, á la Rioja, señalándole Chacho el punto donde lo encontraria, un dia terminado, para darle la contestacion.

Estaba segunro que su parlamentario lo venderia ante ninguna dádiva ó amenaza, y no tenia entonces porque temer.

Arredondo estaba ya en la Rioja pensando precisamente en que iba á llegar dia que ni él ni el Chacho tendrian donde hacer beber una mula.

Pero como si él suspendia la destruccion de las aguadas, Chacho seguiria haciéndola, no habia otro camino que imponerse con la amenaza que quedar ambos sin agua.

En el poco tiempo que hacia aquella guerra, originalísima, Arredondo habia modificado fundamentalmente su modo de pensar respecto al Chacho.

Léjos de encontrar en él al ladron cruel y salvaje que le habian pintado, habia encontrado un paisano bueno y humilde, que no abusaba del poder excepcional que le daban las contingencias de la guerra, ni con los mismos enemigos con quienes tenia que luchar, y que tanto mal hacian á sus parciales.

Aquel hombre que le habian pintado como los tigres mas sombríos, era un hombre sano segun lo que iba viendo, sin rencores, sin venganzas y que combatia al fin y al cabo por lo que él creia una causa santa y perfectamente legitima.

Su prestigio asombroso provenia precisamente de su conducta noble y leal.

No habia un solo pueblo que lo acusara de un acto de violencia, ni hombres que tuvieran nada que enrostrarle.

Con todos y en todas partes procedia de la misma manera; el que queria servir en sus filas, lo hacia voluntariamente, sin que nadie ejerciera sobre él la menor presion, pues al que no queria hacerlo nadie lo obligaba.

En los pueblos, le entraba á pedir limosna, sin que el hecho de no darsela importara una falta vituperable.

El mal inútil, el mal por solo el placer de hacerlo no existia en su ejército, pues no solo no lo hacia él, sino que no toleraba lo hiciera ningun individuo ó el subordinado.

Nada mas razonable que verlo vengarse de los enemigos con quienes luchaba, y que le hacian una guerra sin cuartel, hasta en las mismas familias de sus amigos.

Y sin embargo, su mano jamás se alzó, ni sus labios se movieron para castigar al enemigo rendido ó prisionero.

Esto era lo que mas habia llamado la atencion á Arredondo, que conocia las injusticias que se habian cometido con la gente del Chacho.

Todos los prisioneros que se habian rescatado, estaban contestes en declarar que Peñaloza los habia tratado mejor que sus mismos gefes.

Al fin y viendo que aquella conducta no tenia compensacion, Chacho podia haberse aburrado, mas, despues de aquel célebre cange de prisioneros en que no se le habia devuelto uno solo.

Pero ni esta misma crueldad de proceder habia alterado lo mas mínimo el de Chacho.

En cada pueblo por donde cruzaba Arredondo, encontraba soldados y oficiales pertenecientes al Ejército, que habian sido hechos prisioneros por el Chacho y dejados allí con mil recomendaciones de cuidado é interés.

Eran los mismos oficiales del Ejército, los que hacian la mejor apologia de Chacho.

La narracion de todos venia á ser tan idéntica, que parecia leccion aprendida de memoria.

Chacho los habia repartido en las poblaciones y en las casas, recomendando el mejor cuidado para los heridos, y la mayor comisericion y cariño para todos, agregando estas testuales palabras:

—“Tengan presente el que ofenda ó maltrate un prisionero de guerra, me ofende y me maltrata á mi mismo, porque me hará quedar como el último canalla.

“Nadie ha de creer que ustedes lo han maltratado contraviniendo mis órdenes, sino que soy yo quien lo ha mandado maltratar.

—Y hemos sidos tratados añadian todos, como lo hubieramos sido entre nuestras propias familias.

No nos falta un boton del uniforme, no hemos tenido é menor desagrado.

En la ciudad de la Rioja misma, Arredondo encontró soldados y oficiales que, restablecidos de sus heridas, vivian allí como podian haber vivido en Buenos Aires.

No halló uno solo que, tuviese la mas leve queja que esponder.

Arredondo estaba asombrado ante aquel proceder caballeresco y leal, precisamente por el mismo empeño que habian tenido en pintarle al Chacho como un salvaje.

Veia en él mas nobleza de proceder que entre lo que lo combatian haciendo uso de todas clases de armas.

Y el caudillo Riojano habia concluido por

En el combate no habia tregua ni consideracion posible.

Cada cual peleaba con el animo de triunfar y á esto ponía toda su atencion y todo su empeño.

Pero concluida la batalla, ya la cosa cambiaba de aspecto.

Arredondo, triunfante siempre, por la clase de elementos de que disponia, mientras hacia á Chacho una persecucion tenáz y enérgica, tratando de destruirlo, hacia tambien recoger los heridos propios y estraños, para ponerlos en las mejores condiciones de asistencia que fuera posible obtener.

Los heridos graves eran dejados con un médico en la poblacion mas cercana, y los elementos necesarios, porque sabia que el enemigo habia de respetarlos.

Y la persecucion se hacia tenáz y encarnizada, para impedir al Chacho que pudiera rehacerse y ver si se le obligaba á entregarse ó á hacer la paz.

Pero sucedia entonces lo de siempre: el Chacho, á medida que huia, iba dispersando su gente, de modo que cuando la persecucion cesaba porque ya era imposible seguirla mas adelante, era de cuando todo el Ejército solo quedaba un pequeño grupo acompañando al Chacho en su huida.

No habia duda que su Ejército habia sido destrozado en el combate y deshecho en la huida, al extremo de quedar reducido á un grupo de veinte ó treinta hombres.

Era imposible que Chacho pudiera formar un nuevo Ejército, por lo menos antes de tres ó cuatro meses.

Y como el Ejército, dueño entónces de todas las Provincias, impediria su reunion, Chacho venia á quedar vencido de hecho, imposibilitado de formar nuevo Ejército y por consiguiente obligado á hacer la paz de una manera definitiva.

Pero resultaba lo de siempre: que quince dias despues el Coronel Arredondo encontraba al Chacho con un Ejército mas numeroso que aquel con que habia combatido la última vez.

De manera que si habia sido derrotado con dos mil hombres, en el último combate, se presentaba nuevamente con dos mil quinientos ó tres mil hombres, bien dotados, aunque siempre armados de una manera miserable; pero siempre dispuestos á combatir hasta el último aliento, hasta el último esfuerzo.

Y si en el nuevo combate era vencido, perseguido y dispersado, siempre volvia á presentarse con fuerza mas numerosa con mas animo que nunca, con mas deseos de triunfar.

Aquello era positivamente asombroso y digno de admiracion.

A medidas que mas derrotas sufría Chacho era naturalmente peor el armamento de la nueva gente que reclutaba.

Sus armas de fuego eran casi esclusivamente para vista, porque no tenia casi con que cargarlas.

Los pocos cartuchos que constituían su parque, los guardaban siempre para los momentos mas solemnes del combate y empleando solo el arma blanca, pero que arma blanca!

Hojas de cuchillos atadas á palos de algarrobo ó pedazos de bayoneta que ataban como indios, á la punta de largas cañas.

Sus Regimientos armados á sable habian ido disminuyendo en los combates y no tenia nuevos sables para repartir á los voluntarios que diariamente se le presentaban.

Sin embargo, lejos de arredrarse por esto, con esas armas se presentaban á luchar en los combates y con ella penia muchas veces en conflicto á nuestras tropas armadas perfectamente, y que sabian iban á combatir casi sin peligro, porque no se puede pelear con chuzas y garrotes, contra armas de fuego bien manejadas y contra cañones dotados de abundante municion.

Ellos sabian esto, sabian que tenian que ser vencidos, y sin embargo, acudian al combate, cada vez con mayores bríos y mayores deseos de triunfar.

Su fuerte eran las sorpresas: cuando Chacho lograba sorprender á Arredondo ó á cualquier otra fuerza de las muchas que andaban por las provincias, lo hacia siempre con tal tino y tal empuje que siempre salia con alguna ventaja de armas, que era lo que generalmente venia buscando.

Esquivando siempre el encuentro de Arredondo y evitando que este lo alcanzara en sus persecuciones, el Chacho trataba siempre de ganarle la retaguardia, no solo para picársela ó sorprenderla segun la oportunidad, como para operar en los pueblos que aquel abandonaba y hacerse de recursos.

En estos pueblos era donde Chacho se quedaba á descansar, mientras Arredondo creia irlo persiguiendo muy de cerca.

Los enfermos ó heridos dejados allí por Arredondo, eran respetados por el Chacho y atendidos por él con un cariño ejemplar.

Aquellos que no tenian asistente porque Arredondo no podia distraer un soldado al lado de cada enfermo ó herido. Chacho les ponía como tal á uno de los suyos, recomendándoles tanta sumision y cuidado como el que tendrian por él mismo.

Lo único que Chacho les recogía, eran las armas, las armas blancas con preferencia, por cuya razon no era estraño ver un soldado del Chacho con espada de oficial.

Despues de esto, no se les tocaba ni un boton del uniforme.

Chacho buscaba siempre de venirse mas hácia Córdoba, cuando Arredondo lo andaba buscando por San Luis ó la Rioja, porque en Córdoba siempre estaba seguro de hallar depósitos de armas y de proveerlos, de cuyos depósitos se apoderaba sin mas trámites.

Entonces Chacho, con algunos sables y lanzas que tomara para repartir entre sus últimos voluntarios, se creia fuerte é invencible al extremo de que era capaz de lanzarse en demandas de Arredondo, hasta que lo alcanzaba y peleaba, con ventaja ó sin ella.

La intemperie como la miseria, nada significaba para aquella gente de bronce.

Ya se habian habituado á ella de tal manera, que cuando Chacho se encontraba accidentalmente en la Rioja, dormía á campo no mas, teniendo allí su casa con todas sus comodidades.

Primero que para él era exactamente lo mismo el campo que la casa, y segundo que no

hace algun tiempo que no solo no destruye las aguadas del tránsito, sino que vá poco á poco haciendo limpiar las ya existentes en mal estado.

Pero como con que él solo lo hiciera no se ganaba nada si usted no hacia lo mismo, es por esto que ha mandado hacer la proposicion que usted conoce.

Terminada aqui su mision, el comisionado del Chacho empezó á hablar de otras cosas y

Arredondo se encontró con un hombre sumamente agradable y de buenos y generales conocimientos.

Dos dias permaneció á su lado cambiando ideas sobre aquella larga y penosa guerra, al fin de los cuales se ausentó decididamente, prometiendo á Arredondo que siempre que se tratara de cualquier arreglo, sería él el enviado.

La nueva guerra

La guerra entraba en una nueva faz, original y curiosísima por la manera como se llevaba á cabo.

Arredondo estaba convencido que la manera mas eficaz de hacer la guerra al Chacho, era usar de sus mismas armas, de su misma táctica, y esto empezó á darle brillantes resultados, quitando á la guerra todo su lado salvaje y sanguinario, reduciéndola á una lucha leal y franca.

El respeto por heridos, prisioneros, partidarios, era mútuo y llevado hasta el último limite, como el respeto por la misma propiedad.

Los chachistas, aliviados del azote del ejército nacional, vivian tranquilos en sus poblaciones, porque sabian que nadie habia de venir á arrancarlos violentamente, ni á saquearlos en sus pocos y miserables intereses.

Y Arredondo iba hallando en todos los pueblos, prisioneros hechos á Iseas, á Paunero y á todos enfin, que vivian en la mayor tranquilidad sin ser molestados para nada.

Cuando un oficial del ejército, ó soldado esba bueno de las heridas que lo habian postrado, la familia que lo habia cuidado seguia alimentándolo y atendiendo á sus necesidades con una constancia ejemplar.

Solo cuando pasaba por las cercanias algun cuerpo del ejército, se le avisaba al herido restante, de esta manera.

—Bueno amigo, usted ya está sano, y puede hacer lo que quiera; allí vá gente suya y puede incorporarse á ella si esta es su voluntad,

Si se trataba de un soldado de línea, éste, siempre fiel á su bandera y á su cuerpo, se incorporaba inmediatamente sin esperar la segunda advertencia.

Pero cuando se trataba de uno de tantos Guardias Nacionales, forzados al servicio y remolones de nacimiento, en vez de incorporarse á la fuerza que pasaba, le volvian la espalda, haciendo alguna seña picaresca.

Desde entonces nadie volvia á molestarlo para nada.

Quedaba en el pueblo todo el tiempo que le daba la gana, sin tener que preocuparse por

las necesidades de la vida, pues la familia que lo hospedaba atendia á ellas con todos los medios á su alcance y con arreglo á sus recursos.

El huésped era el dueño de la casa en aquellos pueblos eminentemente hospitalarios, al extremo de poder disponer de todo sin consultarlo siquiera.

Muchas familias llevaban su hospitalidad hasta esconder sus protegidos de las tropas que pasaban por allí ó campaban cerca.

Arredondo tenia ya tal confianza en la nobleza del proceder de Chacho, que cuando se enfermaba algun oficial ó gefe, lo dejaba en cualquier pueblo del tránsito recomendado á Chacho.

Si pase el Chacho por aqui decia á la familia en cuyo poder quedaba el oficial ó el gefe, que ahí le dejo ese enfermo, que le pido me lo cuide y le trate con consideracion.

Y Chacho, cuando sabia que Arredondo habia dejado así gente recomendada á él para que la cuidara, se trasladaba en el acto á donde estaba el enfermo, si era algun gefe para poner á su disposicion cuando tenia, y recomendarlo él mismo á sus amigos.

Muchas veces, dejó Chacho sus propios asistentes cuidando un recomendado de Arredondo, y ordenando á esto lo fueran á buscar por tales ó cuales partes si sucedia algo alarmante.

—Porque, decia, el dia que se muera un gefe recomendado á mi por el enemigo, ese dia me mthero yo tambien de vergüenza, porque creerán que lo hemos dejado morir por falta de cuidado ó de recursos.

Asi, ya saben que cuidando la vida del enfermo cuidan la mia propia y mi buen nombre, que vale mucho mas.

Con semejantes discursos, el enfermo venia á ser cuidado como lo habria sido el Chacho en persona.

El Chacho y Arredondo solo eran enemigos en el campo de batalla.

Ambos luchaban con todo el esfuerzo de su voluntad y su inteligencia, sacando al enemigo toda ventaja posible.

hombre extraordinario como carácter, dominado por el cariño de su mujer, pero era una risa bondadosa que no envolvía la menor crítica.

Tenían tanto cariño por la Chacha como por el Chacho mismo, y encontraban muy natural aquel dominio ejercido por el cariño mas leal y abnegado que pudiera imaginarse.

Así, Chacho había tenido siempre en sus momentos mas amargos, el cariño leal de aquella mujer amante, donde engañar las angustias del espíritu y las contrariedades de la suerte.

Para ella no había pena ni miseria, ni peligro, tratándose de acompañar al Chacho.

Y era capaz de seguirlo á pié, hambrienta y llena de angustia, y aunque solo esperase la muerte como fin de la jornada.

Al principio Chacho la miraba en el campamento con profunda pena, por que no podia habituarse á verlas compartir sus peligros y sus fatigas.

Pero poco á poco se había ido acostumbrando á verla á su lado, hasta herida, y concluido por mirarla como á cualquiera de los demás gefes de su Ejército.

La Victor también había aprendido á jugar para hacerle la partida al Chacho y jugaba con tal maestria al punto de la vasca, que en el campamento no había quién le ganara.

El mismo especialista á este juego que se lo había enseñado á ella y al Chacho, sufría cada revolcada que metía miedo y levantaba una farra que repercutía en todo el campamento.

Viendo el amor que tenía Chacho por la Victor, Arredondo como Sandes y los demás gefes que habían hecho esta guerra, pensaban que tomando á la Victor se obligaría á Chacho á hacer una paz definitiva.

Pero, quién tomaba á la Chacha que era tan

montonera y tan prestigiosa como el Chacho mismo?

La empresa era tan imposible, que por mas empeño y voluntad que hubiera por seguir adelante, se concluía por abandonarla como irrealizable.

Los golpes de manos mas audaces, las sorpresas mas atrevidas eran siempre traídas por la Chacha sobre las fuerzas que se trasladaban de un punto á otro, ó sobre los pueblos donde había guarniciones mas fuertes.

Es que en los últimos años Chacho había envejecido mucho, y se había puesto mas pesado y mas accesible á la fatiga.

Sus jornadas no eran tan pasmosas como diez años antes, al estremo que la Victor era muchas veces la iniciadora de una retirada á tiempo, ó la que combinaba de acuerdo con los rastreadores, uno de aquellos golpes que asombraban por la audacia y el valor de la concepcion.

Es que la Victor, á su valor asombroso y á su práctica en la milicia, reunía una audacia y una rapidez de pensamiento completamente femenina.

La Victor montaba siempre como un hombre con chiripá ó con pollera, esto le era indiferente, kepi en la cabeza y sable en la cintura.

Tenía lanza también, una lanza delgada y flexible que en otras manos hubiera parecido un adorno, pero que en las suyas era una arma terrible, capaz de postrar al enemigo mas vigoroso.

La Victor mandaba con tanta desenvoltura como el Chacho mismo, y con tanta arrogancia como el mas bravo de los gefes chachistas.

Por esto los soldados se sentían multiplicados al sonido de sus voz de mando, y capaces de todas las heroicidades.

quería gozar de comodidades que sus subalternos no podían tener.

El era igual á todos: cuando todos tenían, tenía él también; cuando nadie tenía, no era justo que él tuviese, porque como jefe, siempre él debía dar el ejemplo.

Así él era el primero que se levantaba, el primero que saltaba á caballo y el primero que se ponía en marcha, como el último que camaba y el último que se entregaba al descanso. Chacho no tenía asistente.

El se ensillaba y desensillaba el caballo suyo y el de la Victor, cuando andaba con él, como se hacía un churrasco y atendía á sus otras necesidades.

No había ejemplo que ocupara un soldado en su propio servicio, siempre los que componían su escolta se disputaban el placer de servirlo, porque su cariño por el caudillo rayaba ya en lo extraordinario.

Regalado por todos, por los hacendados y las familias ricas de todas las provincias por donde cruzaba, su carretón estaba siempre bien provisto de yerba y azúcar sobre todo, que eran los artículos de primera necesidad para aquel Ejército, extraordinario. Y en aquel carretón era donde se surtían los necesitados de su ejército, desde el Gefe mas respetado hasta el mas infeliz y atorrante de los soldados, porque para Chacho todos eran iguales, á todos estaba igualmente agradecido, porque todos le servían con el mismo interés y la misma fuerza de sacrificio.

Y cuando alguno le pedía una ración de vicios, —sacá del carretón, era su respuesta, que mientras en él haya, nadie tiene que privarse de nada.

Y cuando en el carretón no había, ahí estaba siempre un puñal de oro, especie de varita mágica que suplía las necesidades del mas apurado.

Era la única prenda de valor que poseía, pero no por esto la economizaba en lo mas mínimo.

Mas tardaban en revelarle una necesidad que él no hacerlo y decir:

—Ahí está lo único que tengo, andá empeñalo por lo que te dé, ó vendelo si no te lo quieren empeñar.

Aquel era un poderoso saco de apuros; conocido por todos, nadie se resistía á dar por él la mercancia que se pedía, porque sabían que cuando á él acudía el Chacho, era cuando no tenía ni un centavo ni un grano de azúcar y yerba.

Y no solo entregaban lo que con el puñal se iba á buscar, sino que enviaban mas tarde el puñal al Chacho, como si hubiera sido un crimen retenerlo empeñado.

Peñaloza sonreía al recibir su puñal devuelto de aquella manera, y exclamaba sonriendo: si se imaginaria Urquiza cuando me lo regaló lo util que había de serme!

El me lo dió para que comiera siempre con él, pero no se figuró que él había de darme de comer, y no solo á mí, sino á todos mis amigos.

Sin el menor vicio, con escepcion del mate, mataba las horas aburridas del campamento, jugando á la baraja, como le habían enseñado á jugar los rastreadores que lo acompañaban.

Uno le había enseñado á jugar al truco, otro al punto, otro al mus y otro al burro, cada uno al juego, en que era especialista.

Así, según el juego que quería jugar mandaba llamar al del burro, al del mus ó al del truco, que jugaba sin el menor interés, pero con mas atención que si en la partida fuera jugando una fortuna.

Legal en el juego, hasta la exageracion, no toleraba una trampa, y ya sabían los que con él jugaban, que el que la hiciera no volvería jamás en la vida á jugar con él.

Su uniforme era tan sencillo como el de su último soldado.

Bota granadera y bombacha con tirador, chaleco, en cuyos bolsillos no faltaba jamás la baraja y una viucha en la cabeza, pues no siempre era Chacho poseedor de un sombrero.

Sus prendas se reducian á un par de espuelas de plata, regalo de su amigo Baltar, el puñalito de cabo de oro que ya lo conocemos, y un rebenque cuyo único lujo era una pequeña virola de plata en la estreñidad del puño.

El sable lo llevaba en la cintura, é entre las caronas del recado, indistintamente prefiriendo esta última manera de llevarlo porque era mas cómoda.

—Ya me estoy poniendo medio viejo decia y el peso del sable me incomoda en los riñones.

Es que su arma favorita era la lanza, al estremo que solo usaba del sable en los entreveros, cuando estrechado por el enemigo no podia enristrar su terrible lanza, aquella lanza que blandida por él, rara vez dejaba de inclinar la victoria allí donde cargaba.

La misma Victor, su heroica mujer, que en los últimos tiempos no dejó de acompañarlo un solo dia, manejaba la lanza con tanta naturalidad como el soldado mas aguerrido y mas bravo.

Ella era el gefe de la escolta de Chacho, que se había aumentado hasta tomar las proporciones de un Regimiento.

Y la escolta donde estaban los mas bravos veteranos, se sentía orgullosa de ser mandada por aquel gefe, que siempre la guiaba á lo mas recio del peligro, peleando siempre con ardor á la par del mas audaz y mas decidido.

En vano el Chacho le rogaba de todos modos que no tomara parte en el combate, porque él lo desatendía por atenderla á ella, pero todo era inútil.

Mientras Chacho se limitaba á mandar el combate, ella permanecía tranquila al frente de la escolta, sin perder sin embargo, ningun detalle de la batalla.

Pero en cuanto Peñaloza cargaba, en cuanto tomaba en el combate una parte activa, ella cargaba siempre detrás de él, salvándolo mas de una vez con su arrojo y pericia, de caer prisionero.

La Victor ejercía sobre Chacho un poderoso dominio, siempre era lo que ella mandaba lo que se había de hacer, sin que tuviera por esto que usar un mal modo ni una expresión violenta.

Bastaba que ella mirara á Chacho de cierta manera cariñosa, para que Chacho no solo le hiciera el gusto en lo que ella quería, sino que la instaba todavía á querer mucho mas.

Los milicos reían alegremente al ver aquel

hallaba el caudillo Riojano, pero todas sus tentativas fueron inútiles.

El mensajero se limitó á sonreír, y asegurar que aquella pregunta no debía nunca hacerla á un chachista, porque era perder tiempo.

Tenemos tal costumbre de no decirlo, añadió con una sonrisa pícarasca, que aunque supiéramos que era para darle plata, no diríamos donde se halla.

—Es porque ustedes son en extremo desconfiados.

—De los escarmentados hacen los avisados y no hay que ofenderse con esto que no reza con el Coronel Arredondo de quien no hay queja hasta ahora.

Arredondo obsequió finamente á aquel travieso mensajero, que concluyó haciéndolo descalabrar de risa con el siguiente pedido.

—Veo que un poco mas ó menos de azucar y yerba ne ha de causarle mayor perjuicio, porque sino no me hubiera obsequiado y regalado tan de lo fino, y la misma creencia tengo respecto á una docenita de cigarros.

—Y si así fuera, respondió sonriendo Arredondo, que diría usted, amigo?

—Le pediría esas cosas, para llevarlas á mi General, porque hace mas de un mes que no sabemos lo que es echar una humada.

En cuanto á ese asado que usted me ha mandado hacer, si me lo permite, me lo voy á llevar íntegro para dárselo á la Victor: ya estamos cansados de carne de burro.

Arredondo no andaba muy abundante de provisiones, pero el lado de la situación que acababan de pintarle, podia considerarse, un magnate.

Un General en campaña que le hacia pedir al enemigo una cebadura de mate, no podia darse nada de mas original.

Riendo alegremente mandó acomodar en las maletas del chasque cuanto pudieron contener, despachándolo en seguida de la manera mas cordial.

Pero si gracioso habia sido el pedido, mucho mas graciosa fué la despedida de aquel enviado original, que al montar á caballo les dijo:

—En nada se perjudica Usia con esto, mi Coronel.

Yo le respondo en nombre del General Peñaloza, que en cuanto andemos mas armados, todo esto le será devuelto con alguna ganancia.

Y picó espuelas dejando entre un coro de carcajadas á los que habian oido el final de la entrevista.

Es que entonces la situación de los montoneros era verdaderamente miserable.

Hacia mas de un mes que el Chacho no sabia lo que era tomar mate, lo que significaba que ya no tenia ni siquiera que empeñar.

Ya calcularán nuestros lectores la inmensa alegría que experimentaria el Chacho, cuando su mensajero desvanecido de entre las maletas el préstamo de Arredondo.

No querian creer en tan inmensa felicidad.

Chacho apartó para su mujer, no para sí, un par de cebaduras y un par de cigarros, reparando lo demás, como alcanzó entre el resto de la gente.

Y los cigarrbs andaban de boca en boca, pues no se trataba ya de repartir los cigarros sino las humeadas.

Lo mismo sucedia con los mates, pues no pudiendo hacerse reparto de yerba y azúcar, porque habria tocado á un átomo por cabeza, se repartió una cebadura de yerba para cada compañía ó escuadron.

Era preciso que todos tomaran, aunque fuera un chupo de mate y que todos fumaran, aunque no fuera mas que una humeada.

Era así inculcable la manera fraternal como vivia aquella gente, que se sentia con mas vigor y mas temple para hacer la guerra, mientras mayor era la miseria en que vivian.

Acosados por Arredondo de todos modos, Chacho no habia podido proveerse de víveres, hacia mas de un mes, pero no por esto habia decaido un átomo el templo de su gente.

—Bueno fuera que nosotros no lo sufriendáramos, decian, cuando lo sufre la Victor, que vale mas que todos nosotros juntos!

Y el préstamo de Arredondo, pues como préstamo lo habia recibido, vino á caer como cosa llovida del cielo.

No podia entonces presentarse al Gefé Nacional, mejor oportunidad de hacerse simpático é inspirar confianza á su enemigo.

Era cuestion de sacrificar algunas raciones de su tropa, que podria reponerlas muy pronto, porque las hostilidades del enemigo no eran ya tantas.

Arredondo resolvió entonces asistir á la conferencia, llevándose un carro de provisiones para obsequiar al Chacho; yerba, azúcar y tabaco que era lo que mas necesitaban.

Los gefes que lo acompañaban y con los cuales cambió ideas, quisieron hacer desistir á Arredondo de semejante conferencia.

No era difícil que el Chachointentara hacerlo caer en alguna emboscada, y entonces era de una estrema imprudencia prestarse á facilitar su plan.

—Yo lo conozco á Chacho, decia Arredondo, lo conozco á fondo como no lo conoce nadie, y Chacho no es capaz de cometer una cobardía ni una accion innoble.

Chacho es eminentemente caballeresco, lo está demostrando todos los dias, á cada paso, hasta en el modo de tratar el mas infeliz de los prisioneros.

Voy, pues, plenamente convencido de que vendrá solo y como la dicho; sino, siempre habrá tiempo de retroceder y de hacer frente á cualquier intento.

Chacho se presentará solo, hay tiempo de verlo llegar, y á la menor señal de traicion ó emboscada, siempre podremos darle un mal rato.

Los gefes, á pesar de todas estas observaciones, contrariaban el modo de pensar del Coronel Arredondo, porque todo podia ser una emboscada tendida á su persona.

¿De qué serviria poder concluir con el Ejército de Peñaloza, si caia prisionero Arredondo y con la amenaza de su vida les imponian los montoneros cuanto quisieran?

Los gefes propusieron á Arredondo un plan, que dando los mismos resultados, evitaria todo peligro al Gefé del Ejército.

Una entrevista curiosa

La guerra pues habia quedado notablemente modificada en cuanto á los actos de salvajismo.

Ya no se inutilizaban las aguadas, de modo que las divisiones del Ejército podian campar en cualquier punto.

En cuanto á prisioneros, los chachistas habian ganado, porque el enemigo respetaba si quiera la vida de los suyos.

No se los ponian en libertad porque no era razonable, ni justo, siempre remontaban con ellos los cuerpos de linea; pero el Chacho estaba seguro que sus prisioneros no serian maltratados ni muertos entre la mas bárbaras torturas.

Solo los prisioneros que desgraciadamente llegaban á caer en poder de Iseas, eran como siempre degollados sin mas trámite, ó sometidos á las peores torturas que el lector conoce.

Los oficiales que tomaba Arredondo quedaban en otras condiciones porque á estos, como á los soldados, no se les destinaba al servicio de los cuerpos de línea, ó se les volvia á poner en libertad, despues que daban su palabra de no volver mas á tomar las armas, ó se le remitia á Buenos Aires para que el Gobierno dispusiera lo que habia de hacerse con ellos.

Así como Arredondo habia seguido en muchas cosas el sistema de guerra del Chacho, este respecto á prisioneros empezó á seguir la táctica de aquel, á ver si por este medio conseguia algo que pudiera traducirse en ventaja para sus parciales.

Sin alterar en nada su modo de tratar los prisioneros, no dejándolos carecer de nada, no los dejó ya en la libertad absoluta que ántes.

Respetados por todos obsequiados hasta donde era posible, quitándose muchas veces su propia ropa para vestirlos, ya no los dejaba como ántes en aquella absoluta libertad, sobre todo cuando se trataba de oficiales y gente de importancia.

—Perdonénme que los tenga como prisioneros, les decia pero esto no es mas que para ver si logro igual ventaja á los pobres cachistas.

Siempre como ántes ustedes son dueños de hacer los que les dé la gana, ménos volver al Ejército, confio en la palabra del que me la empeñe, solo centinela que tendrán, así los obligaré á volverme mis prisioneros, si quieren que yo les devuelva los suyos.

El que empeñaba su palabra de no moverse de allí, allí quedaba sin mas guardia que su propia palabra.

Habia algunos que no sintiéndose con fuerzas para cumplirla, no querian empeñar su palabra, teniendo la franqueza de decir ¿para que vamos á empeñar una palabra que no hemos de cumplir?

Estos eran llevados á la Rioja, donde Chacho los alojaba en diferentes casas, bajo la vigilancia de sus mismos dueños para que no se fueran.

No era esto mas que un simple aparato, pues bien sabia Chacho que sin recursos, y hasta sin caballos, no habian de moverse de allí.

Al Gefe Nacional, deseando obtener la libertad de ciertos prisioneros que le tenia el Chacho, mandó proponer á este un cange, de la manera mas curiosa que pueden imaginarse nuestro lectores.

Arredondo mandó á Chacho un chasque directo, porque no sabiendo donde se hallaba el gefe Riojano, no podia hacerlo.

De acuerdo con lo que Peñaloza le habia hecho decir cuando el convenio de las aguadas, manifestó que en cuanto supiera donde se hallaba Chacho, le mandaria un chasque proponiéndole un cambio de prisioneros.

Tres dias despues, Arredondo recibió un chasque de Peñaloza con el siguiente mensaje:

— Puede usted enviar sus proposiciones conmigo, respecto á cange de prisioneros, que el General le enviará la respuesta de la misma manera.

Ahora, dice el General que si usted quiere hablar con él, dentro de tres dias lo espera en la Punta del Negro, punto intermedio entre la Rioja y Chumbicha.

Pero en este caso debe presentarse usted solo, dejando sus fuerzas á distancia bastante para no poder efectuar un acto de agresion, que el concurrirá de la misma manera.

Que si no piensa hacerlo así, agregó el General, es inútil que se presente á la cita, porque en cuanto él vea que fuerza alguna se aproxima mas de lo convenido, se retirará dando por terminada la negociacion.

No podia darse un proceder mas original y en honor de los resultados benéficos que podia producir una conferencia con el Chacho, Arredondo aceptó la proposicion, contestando que el dia convenido estaria en el parage indicado, y de la manera que se le prevenia.

Vistá su aceptacion y habiéndose expresado del Chacho con los mejores conceptos, Arredondo trató de sacar al mensajero donde se

Arredondo vió que el Chacho no traía mas armas que su rebenque, y se felicitó intimamente de no haber llevado él mas que su revólver, aunque esto ya lo colocaba en inferiores del caudillo.

—Yo he querido hacer un cambio de prisioneros, dijo este, porque usted tiene algunos mocitos que tengo empeño en devolver á sus familias, como yo tengo algunos oficiales que han de hacer á usted falta.

Yo no hubiera pedido esta entrevista á ningun otro gefe, porque sé de antemano que hubiera sido inútil.

—Qué prisioneros iban á volverme, cuando mas trataban en tomarlos que en degollarlos ó matarlos á lanzadas?

No habia cambio posible de prisioneros, desde que yo solo podía entregar los que habia hecho, y entonces hubiera sido una majaderia pedirlos, porque ya sabia que los míos no existían ya.

Con usted no me sucede lo mismo, porque sé que, aunque destinados á los cuerpos de linea unos, y en Buenos Aires los otros, los prisioneros viven y no están maltratados.

Y Chacho refirió en seguida aquella célebre conferencia que hemos narrado ya, en la que no se le pudo entregar un solo prisionero.

Arredondo trató de disculpar á los otros gefes, pero ante algunas enormidades de Iseas que refirió Chacho, tuvo al fin que guardar silencio, avergonzado.

—En cambio yo que soy el montonero, el salvaje, el bárbaro, no tengo el menor reproche que hacerme.

Ahí están todos los prisioneros que he hecho durante la guerra, y no habrá uno solo que pueda acusarme de un vejámen ni de una crueldad.

Así, el objeto de esta entrevista es proponerle á usted que cambiemos los prisioneros; usted me entrega los que tiene y yo hago lo mismo.

—Hay un pequeño inconveniente, contestó Arredondo, agedo á mi voluntad, y es que todos los prisioneros no están conmigo, porque una buena parte de ellos están en Buenos Aires.

—No importa, puesto que al fin están en alguna parte, quiere decir que usted me los deberá y que se compromete á devolvérmelos en primera oportunidad.

—Bajo mi palabra de honor: usted ahora me entrega un numero igual al que le entrego yo, en seguida escribo á Buenos Aires y en cuanto lleguen los otros, cangeamos el total.

—No señor, dijo Chacho sin alterar la bondad y dulzura de su acento, usted me entrega los que tiene consigo y yo le entrego todos los que tengo con los míos.

Basta con la fé de su palabra hácia mí, no necesito mas porque sé que la he de cumplir.

De todos modos, concluyó sonriendo finalmente, de aquí á entonces, he de tener algunos mas que entregarle, ya que nos hemos empeñado en seguir esta guerra bárbara y sin tregua.

—Y porqué la hace usted? porqué no se so-

mete al Gobierno, qué es un Gobierno de orden y de libertad?

—Y porqué el Gobierno se ha de imponer á la Rioja? preguntó el Chacho con firmeza.

Yo no me meto con nadie, y no he atacado, me he defendido, defendiendo las libertades de mi provincia, de mi heroica provincia y esto es todo.

Arredondo empezó á convencer á Chacho de que debia hacer la paz y someterse al Gobierno, empeñándole su palabra de honor de que el Gobierno lo indultaria, y desde ya, agregaba, yo lo indulto á nombre del Gobierno y como gefe de un Ejército de operaciones.

—El Gobierno por sí, ni usted á su nombre, pueden indultarme, exclamó el Chacho con soberbia infinita.

Se indulta á los ladrones, á los asesinos y á los criminales que han merecido pena, pero yo no estoy en ninguno de estos casos.

Defender á la Provincia madre no es un delito y esto es lo que yo hago.

Que retire el Gobierno sus tropas, que respete y deje en paz á la Provincia de la Rioja y yo le empeño entonces mi palabra de honor que no se moverá un hombre en su contra.

Pero mientras esto no suceda, hemos de pelear hasta el último sacrificio, hasta el último esfuerzo.

A este respecto, Arredondo no pudo llevar al espíritu del Chacho el menor convencimiento.

—Quedamos, dijo levantándose, en que usted me entregará los prisioneros que tiene y me hará venir los que están en Buenos Aires.

Yo en cambio los entregaré todos sin faltar uno y sin que ninguno de ellos tenga el menor reproche que hacerme.

Dentro de cinco dias estarán en este mismo paraje, acompañados de una escolta que ha de recibir los otros y llevarlos á mi campamento.

Somos amigos, Coronel, me alegro infinito de haber pasado un momento en su compañía, pero seguiremos haciéndonos la guerra como hasta hoy, y Dios protegerá al que le parezca mejor.

—Un momento, dijo Arredondo deteniéndolo: tengo ahí un carro con algo que queria dejarle como recuerdo de esta conferencia, pero que no he traído porque para esto necesitaba algunos soldados y entonces no hubiera venido solo.

—Lo acepto en calidad de devolución siempre, repuso el Chacho, y lo agradezco como se debe: puede mandármelo con los prisioneros á este mismo punto, ya sabe, dentro de cinco dias.

Chacho montó á caballo y se alejó con la mayor tranquilidad de este mundo, despues de haber estrechado la mano de su adversario.

Arredondo lo vió alejarse con profunda pena, sintiendo que tanto valor y abnegación se malgastara en una guerra fratricida.

—Ya vé usted que cuando necesite algo de mí, le habia dicho Chacho, no tiene que mandármelo decir, ni necesidad de saber donde estoy.

Aunque se lo cuente á un árbol, ese árbol se ha de encargar de decirme, por más increíble que á usted le parezca.

Que éste mandara con sus instrucciones precisas á un gefe ó á un oficial que lo representara, bajo cualquier pretexto.

Chacho podría arreglar con éste el canje de prisioneros, y así se evitara todo.

—El consejo es prudente, decía Arredondo, pero no puede seguirse, hasta por toda razon de aparato.

Yo he prometido ir, y el mandar un representante es casi declarar al Chacho que se le tiene miedo, mientras él viniendo, se mostrará moralmente inferior á nosotros.

Mas razones tendria el Chacho de desconfiar de nosotros, por todas las malas partidas que se le han jugado, y sin embargo no desconfia y viene.

Es preciso que yo vaya, aseguro que no hay el menor peligro, mucho mas desde que pueden tomarse todas las medidas tendentes á evitarlo, siempre que sean medidas que no pueda percibirse de ellas el enemigo.

Los gefes todavia argumentaron en contra de aquella determinacion, observando a Arredondo que como gefe del Ejército no tenia el derecho de esponerse.

Pero éste lo venció demostrándoles que á nada se esponia; que aquella conferencia seria muy cordial y que tal vez diera por resultado la paz definitiva con el caudillo.

Las menores causas producen los mejores efectos: decia Arredondo sentenciosamente; quien sabe si este carro de víveres tiene mas influencia que todos los combates que hemos dado ya contra el Chacho.

Ya no habia mas que argumentar y fué preciso acatar la resolucion del Coronel Arredondo, temeraria, si se quiere, pero razonablemente fundada.

Arredondo conocia realmente á fondo al Chacho.

Habia estudiado su carácter como habia estudiado su guerra y estaba convencido que el Chacho no cometeria jamás, bajo ningun motivo ni bajo nignun pretexto, la cobardia que habian supuesto los compañeros.

Y se puso en marcha hácia la Punta del Negro, para tener tiempo de llegar descansadamente al sitio de la cita, el dia indicado.

La Punta del Negro es un paraje estéril é ingrato: no hay allí nada que pueda detener al viajero, porque ni siquiera hay allí agua.

En sus alrededores no se levanta el mas miserable rancho, sin duda por la falta de agua que seria preciso traer la desde Chumbicha ó desde la Rioja.

Es una enorme roca negruzca y puntiaguda, de donde sin duda ha tomado el nombre de Punta del Negro.

Desde su altura se domina una gran distancia y fué sin duda por esto que Chacho lo eligió para sitió de la conferencia, porque desde allí podia muy bien cerciorarse si Arredondo venia solo á la conferencia, y ver donde dejaba gente.

Cuando Arredondo divisó la Punta del Negro, siguió avanzando hasta llegar á un par de leguas mas ó menos, decidiendo hacer alto allí no mas, y avanzar solo con un asistente que dejaria tambien antes de llegar el paraje, para adelantarse solo.

Para tranquilizar á los gefes que encontra-

ban imprudente y peligrosa su operacion, se habia convenido en que, á la menor sospecha que tuvieran de traicion, Arredondo haria un tiro de revólver, que repetiria su asistente con una carabina, y á esta señal la division se lanzaria á protegerlo.

Al poco andar, Arredondo notó que sobre la negruzca Sierra habia un bulto que, á ojo desnudo parecia un hombre.

Tomó un anteojito y no tardó al ver claramente que no solamente aquel era un hombre, sino que aquel hombre era el Chacho.

Allí estaba efectivamente el caudillo Riojano, con su figura esbelta y simpática, siempre en mangas de camisa y con su cabeza inteligente ceñida por la vincha.

Estaba cruzado de brazos y de la mano derecha pendia su rebenque, única arma que se le veia y única que realmente llevaba consigo.

Arredondo exploró los alrededores con el anteojito, y no vió nada en el inmenso descampado.

Era indudable que el Chacho estaba allí completamente solo ó que tenia su gente hábilmente emboscada.

A cierta distancia, Arredondo mandó detener su asistente y avanzó ya resueltamente solo.

Era sin duda lo que Chacho esperaba, porque á penas lo vió hacer esta operacion, empezó á descender la sierra lentamente, tan lentamente, que llegó á su base casi junto con Arredondo.

Allí estaba el caballo de Chacho, lo que probaba que ninguna desconfianza habia abrigado respecto al proceder de su enemigo.

Y ambos gefes cambiaron un cordial saludo, estrechándose la mano como dos viejos y nobles amigos.

—Sabia que el Coronel Arredondo acudiria como se habia convenido, dijo Chacho, y lo esperaba tranquilamente.

—Sabia que el General Peñaloza, cumpliria su palabra, respondió éste, y por eso he venido de la manera que lo prometí.

El Chacho era entonces una soberbia y simpática figura, la vejez habia acentuado mas sus facciones y sus músculos, estaba entonces muy flaco; pero ni la vejez ni la fisura habian alterado la esbeltez ni la arrogancia de su cuerpo, que se conservaba tan derecho como á los veinte años.

—Aquí me tiene amigo á sus órdenes, continuó Arredondo y dispuesto á complacerlo en todo aquello que sea compatible con el cumplimiento de mi deber.

—Ante todo, repuso el Chacho bondadosamente, quiero agradecerle su obsequio del otro dia, que nos vino como bajado del cielo.

Ustedes como nosotros, recelan tambien pasar sus miserias, y espero que alguna vez podré devolvérselo tan oportunamente como lo recibí.

Arredondo no pudo menos que sonreír ante tan original preámbulo, se sentó en el verde indicando á Chacho con un ademán que hiciera lo mismo, y la entrevista comenzó con tal armonia, que nadie hubiera sospechado en aquellos dos hombres, dos enemigos que se habian acordado una corta tregua.

prisioneros, cuyas penurias estaban pintadas en sus rostros espresivos y que saludaren á su caudillo con estruendos vivas.

—Fuera del destino que se les ha dado, pues yo no puedo tener los prisioneros de otro modo, dijo Arredondo, puede usted á su vez preguntarles como los he tratado.

—Me basta verlos vivos, dijo Chacho, con esto solo me doy por satisfecho.

Fué entonces que el soldado catamarqueño se adelantó de la fila y dijo á Chacho que él se queria quedar.

—Me he encariñado con mi oficial y no pienso separármele bajo ninguna razon.

El es mi amigo, en sus modos carifosos hallé un alivio á mis desventuras y le estoy agradecido; pienso quedarme con él porque de todos modos nada tengo en las provincias que me llame del lado del corazon.

—Ya saben que á mi lado cada cual es libre de hacer lo que le dé la gana, contestó Chacho, y vos de quedarte donde se te antoje.

—Si tu oficial ha sido tan bueno para hacerse querer de esta manera, él se lo merecerá; sé leal siempre que hasta los perros lo son con quien les hace bien, y acompañaño siempre; este el consejo que te dá tu jefe.

El soldado hizo una pirueta lleno de jovial alegría y se mezcó á la escolta de Arredondo; desde entonces él no era un prisionero sino un voluntario.

—Ahí queda con los prisioneros ese carrito, dijo Arredondo á Chacho, siento no haber podido poner mas de lo que contiene, pero como hemos de ser amigos en adelante, espero que otra vez podrá hacerlo mejor.

—Donde las dan las toman, contestó picarescamente el Chacho, acepto el carrito con el único compromiso de devolver su contenido en tiempos mas abundantes para mí.

No me obligo por ello á nada mas, y si la mente es obligarme á algo, puede usted llevarlo Coronel, que á otro precio que ese nada necesito.

—A nada quiero obligarlo sino á que vea que

no es mi intencion hacer daños inútiles, llévalo como un simple recuerdo mio y nada mas, que nada queda obligado á volverme por esto.

—De eso haré yo lo que quiera: entonces es bueno que nos vamos separando, porque la noche se acerca y yo he quedado con los míos en estar entre ellos antes de la noche.

A un ademan de Chacho, los prisioneros que él habia llevado se aproximaron hasta donde estaban los de Arredondo, y estos, llevando el carrito de viveres se alejaron hasta llegar á la escolta del gefe Riojano, con quienes empezaron á abrazarse efusivamente.

Chacho miró atentamente á Arredondo, y le dijo: ¿no es una crueldad que nos estemos despedazando tan inutilmente?

—Sometase al Gobierno y todo habrá concluido, respondió Arredondo, yo doy en su nombre una palabra de perdon para todos.

—Que retire el Gobierno sus fuerzas del territorio Riojano, que respete nuestras libertades y yo deshago mi Ejército, esta es mi ultima palabra como ha sido mi primera—yo no tengo ambicion por mí, pero la Rioja merece otro trato que el que se le quiera dar, y sino, hemos de pelear eternamente sin que logren jamás ni avasallarnos ni vencernos.

Y tendió de nuevo su mano á Arredondo, mientras le decia:

—Ahora, en campaña nuevamente; muy amigos nosotros, eso sí; pero no vá á tardar mucho tiempo sin que me sienta como enemigo: estamos demasiado cerca para no pegarnos una carguita.

Arredondo no pudo menos de reir ante semejante despedida, diciendo al estrechar la mano del Chacho.

—Haré lo posible para que la fuerza lo convenza, ya que no he podido convencerlo con la razon.

Y lo dos gefes se separaron de la manera mas amistosa, pero mas dispuestos que nunca á romperse el alma en la primera oportunidad.

Arredondo regresó á donde habia dejado sus tropas, y allí campó definitivamente para hacer tiempo á que llegara el dia convenido para efectuar el canje de prisioneros.

Entre tanto podia ir apartando los que habia de devolver, es decir, todos los que tenia.

Era preciso corresponder á la lealtad del Chacho con un proceder igual por lo menos, ya que aquel no dejaba lugar á que se procediera mejor.

Habia en el 6 de linea un soldado catamarqueño, de los prisioneros destinados, excelente soldado y mejor persona.

Sério y cumplidor, no se metia con ninguno para nada, ni se le veia hablar nunca con los demás prisioneros.

Uno de los oficiales lo sacó de asistente y con él se encariñó el soldado de tal modo, que juró que nunca se le habia de separar.

—Yo no tengo á nadie en el mundo, le habia dicho, mi padre como mis hermanos han ido muriendo poco á poco en la guerra; madre no he conocido, y en Catamarca no tengo sino recuerdos tristes porque los pocos bienes que me quedaron se los ha llevado el diablo.

El oficial amparó al soldado, y entre ellos se estableció una corriente de simpatía y de cariño.

Cuando Arredondo sacó los prisioneros para canjearlos, el soldado catamarqueño dijo á su oficial que él no queria irse.

—Yo no quiero separarme de usted en la vida, agregó, me he de morir á su lado.

Antes era chachista, por no saber que hacer, ahora no soy mas que un amigo, y se acabó.

—Yo no puedo dejarte, porque hay orden del Coronel de hacer formar aparte todos los prisioneros, respondió el oficial con profunda pena, velo al Coronel, y puede ser que él te deje.

—Pero nadie puede obligarme á que me vaya, si yo no quiero irme, contestó el soldado, y yo quiero quedarme con usted.

—Yo tengo que cumplir las órdenes del Coronel por duras que sean y por mas interés que tenga en que te quedes conmigo: velo al Coronel, que no te ha de obligar á que te vayas con el Chacho, si no te quieres ir.

El catamarqueño guardó silencio y no dijo una palabra desde aquel momento.

Cuando Arredondo los formó y les dijo que iban á ser devueltos al Chacho, un inmenso clamoreo de alegría se levantó de entre aquella poble gente.

Aquella noticia importaba el salir de una esclavitud, mansa si se quiere, pero que al fin y al cabo era una esclavitud.

Todos dieron las gracias á Arredondo, viéndolo con verdadero entusiasmo.

Solo el soldado catamarqueño, indiferente á aquellas manifestaciones, se acercó á Arredondo y le dijo:

—Yo no quiero irme, quiero quedarme aquí con mi oficial, que es mi familia, y si usted me lo permite, vuelvo al batallón.

—Yo no puedo dejarte, le observó Arredondo bondadosamente, porque he quedado con Chacho en devolverle todos sus prisioneros, y si te dejo, puede él creer que procedo de mala fé.

Si quieres quedarte como dices, es preciso que se lo pidas al mismo Chacho despues que á él te entregue; yo no puedo hacer nada en tu obsequio porque no eres soldado mio.

—Si no es mas que eso y ustedes no me echan de aquí, no habrá inconveniente; así, yo no me despido de nadie porque voy á volver.

El dia señalado para la entrega de los prisioneros, Arredondo se puso en marcha al frente de ciento y tantos de ellos, y el carrito de provisiones que habia preparado para Chacho.

No llevaba mas escolta que una compañía del 6 de linea, fuerza que consideraba mas de la necesaria.

Los prisioneros iban sin armas, porque las que tenian cuando fueron tomados se inutilizaron, y las que se les dió despues pertenecian á los cuerpos á que fueron destinados.

Esta vez Arredondo llegó á la Punta del Negro primero que Chacho; pero no hacia mucho tiempo que estaba allí, cuando apareció el caudillo riojano seguido de su escolta y de una buena cantidad de prisioneros, oficiales y soldados.

En su aspecto y uniformes, se veia desde el primer momento que habian sido respetados rigurosamente y cuidados con la mayor atencion.

Solo habian sido privados de sus armas, como era natural.

Chacho formó á una respetable distancia de Arredondo, mandándole decir con un ayudante que allí estaban sus prisioneros, que si queria acercarse oiria de su propia boca la manera como habian sido tratados por él y ver al mismo tiempo si le faltaba alguno.

Arredondo, dejando prisioneros y escolta, se adelantó sin el menor recelo hasta donde estaba el Chacho, á quien tendió la mano que aquel estrechó cordialmente.

Chacho la estrechó con efusion y señalándole la fila de prisioneros, le dijo: ahí tiene á su gente.

—Puede preguntarles cómo han sido tratados y si tienen que formular contra mí la menor queja.

—Ya sé como trata usted los prisioneros, respondió Arredondo, y tan lo sé, que muchas veces le he dejado recomendar oficiales enfermos.

Y se acercó á los prisioneros, á quienes saludó con sumo afecto.

Allí habia oficiales y soldados, y hasta un jefe de la Guardia Nacional de Córdoba, que estaba en la Rioja desde hacia mas de seis meses.

Todos manifestaron del modo mas espresivo su reconocimiento, no solo por el modo como los habia tratado el Chacho, sino las mismas familias á que aquel los habia recomendado.

—Y tambien tratados hemos sido, decian algunos, que unos cuantos de nosotros nos hemos casa o y formado familia, sin que nadie nos moleste para nada.

—La vez pasada, dijo Chacho, cuando entregué tantos prisioneros como ahora, no se me devolvió uno solo: ahora veo que no sucede lo mismo, porque al fin ha venido á las provincias á hacernos la guerra un hombre y no una fiera.

Chacho pasó entonces á donde estaban sus

Con la bondad puede hacerse mas que con el rigor y este es el sistema que es preciso seguir para vencer á Chacho, mostrándole que no hay odio personal y que no se lleva la guerra por el solo placer de hacer daño.

Arredondo habia decidido campar y descansar toda aquella noche, para seguir al otro dia una marcha tranquila á ocupar la ciudad de la Rioja.

Estaba persuadido segun todos sus cálculos que Chacho no lo hostilizaria el primero, permaneciendo á la defensiva.

Entretenido con los prisioneros que llevaba lo pasaria aquella noche en su campamento y quien sabe cuando se pondria en marcha.

Como sabemos, el cálculo de Arredondo no era exacto: apenas se hizo un ligero reparto de aquellas provisiones, el Chacho despachó con el carro una brigada en direccion á la Rioja y dió con el resto de su Ejército un rodeo para ocupar la retaguardia de Arredondo y batirlo de sorpresa.

Arredondo, aunque nada temia aquella noche, y aunque tenia casi la seguridad de que no seria molestado, por costumbre ya y sinó por obligacion de sus tropas, habia campado cubriendo la retaguardia y los flancos de su Ejército, de modo que el enemigo no pudiera aproximarse sin ser sentido y por consiguiente que no pudiera realizar la menor sorpresa.

Chacho dió un gran rodeo por la punta del Negro, viendo y estudiando los fogones de la fuerza de Arredondo y poco antes de la madrugada cayó sobre la retaguardia de Arredondo como una tormenta.

Su aproximacion habia sido sentida y las tropas de Arredondo, se habian preparado á recibirlo formando cuadro las infanterias, y estableciendo dos líneas de tiradores que debian fusilar sus flancos con fuegos diagonales.

De modo que cuando Chacho llegó, sable en mano y cayó de firme, fué recibido por un fuego terrible que hizo vacilar á los escuadrones que cargaban y replegarse á la derecha buscando un abrigo contra aquel fuego terrible.

Pero á la derecha como a la izquierda, el fuego no cesaba un momento y el daño que hacia era de consideracion.

Cuando amaneció el dia, el combate estaba en todo su apogeo.

Chacho no podia dar la espalda antetan bárbaro fuego, porque hubiera sido hacerse fusilar sin la menor ventaja.

Para abrazar un poco aquel fuego y prepararse una retirada conveniente, Chacho cayó decididamente á sable y lanza sobre aquellas tropas, llevando él mismo aquella carga imponderable con magnífico brio.

La Victor, al frente de la escolta del Chacho, formaba la reserva de este, esperando el momento de secundar su accion con igual brio y lucidez.

Chacho no pudo romper el cuadro que habia formado el 6 de línea y se retiró formando una especie de remolino, para volver á cargar con mas brio y con su misma escolta, ávida de entrar en pelea.

Aquella segunda carga fué tremenda, los soldados llegaron á lanzear sobre las mismas caras del cuadro; pero estenuados, aturdidos

con el fuego de fusilería, tuvieron que retirarse, convencido el Chacho de que todo esfuerzo era inútil porque se habia perdido la sorpresa, que habia sido la intencion que lo guió allí.

Y trató de retirarse poniéndose á cubierto del fuego y tomando ya sus disposiciones para el caso posible y probable de que el enemigo tratase de perseguirlo, buscando el deshacerlo.

Hizo su seña habitual, y el desbandando principiá por las tropas que ya habian combatido quedando la reserva para proteger el desbande de aquellas, y desbandarse tambien cuando el momento apurase.

En cuanto Chacho afojó en el ataque, Arredondo lo atacó entonces de lleno, creyendo deshacerlo por completo.

Y el desbande de las reservas empezó como habia empezado el de las avanzadas.

Solo la escolta, donde iba el Chacho y la Victor, se retiraba decha y en perfecta formacion, dispuesta como siempre á sostener la retirada de su caudillo hasta el último aliento.

Detrás de la escolta del Chacho se encontró mas la persecucion, pero Peñaloza, mandó entónces el desbande, ganando él con la Victor y un grupo bastante fuerte, el lado de la sierra, donde no podria ser seguido seguramente.

En aquel asombroso desbande toda persecucion era imposible, y fué preciso renunciar á ella, conformándose con las ventajas ya obtenidas que eran muchas, pues remataban en el total desbande del Ejército del Chacho.

Asi mismo que el Chacho habia sido contenido desde el principio de la carga, habia causado algunas bajas, algunos heridos que era preciso atender, como á los mismos que habia dejado Chacho, heridos todos de bala, y por consiguiente de un modo mucho mas peligroso.

Chacho, comprendiendo sin duda que el objetivo del enemigo seria la Rioja, para concluir de deshacerlo, se recostó hácia San Luis donde con mas libertad podia rehacer su Ejército y aproximarse á Córdoba en caso que conviniese dejar á Arredondo en la Rioja y correrse él á Córdoba llevando una de sus habituales y eficaces sorpresas.

En la Rioja, para hostilizarlo, siempre quedaban los escuadrones que habia mandado con el carrito el dia antes.

Arredondo marchó sobre la Rioja, que ocupó con facilidad, no hallando tropas que le hicieran resistencia.

Desde allí empezó á desprender fuerzas en persecucion de la montonera y tomando todos aquellos puntos donde podian reorganizarse.

Ya Arredondo se habia hecho sumamente práctico y conocedor del terreno en que operaba.

Ya sabia los parages preferidos por los montoneros para reunirse y todos los recursos que para esto ponian en juego.

El valiente Julio Campos, con la mayor parte de la fuerza, fué enviado á los Llanos con aquel objeto y orden de desbandar por todos los medios á su alcance, toda reunion de montoneros que hallara.

El Coronel Arredondo quedó en la Rioja con una compañía de sesenta hombres del 6, con la que creia tener bastante para sostenerse allí de todas maneras y contra cualquier intenciona,

Una noche de apuros

Chacho se retiró seguido de su escolta y de los prisioneros que llevaban el carrito dejado para él por Arredondo.

Iba á incorporarse á su Ejército campado á mas de cuatro leguas de allí, con órden terminante de esperar su incorporacion, y que solo se movieran de allí si sentian aproximarse un enemigo fuerte.

Todos estaban cuidadosos y agitados con la ausencia de Chacho.

Sabian que habia ido á conferenciar y canjear prisioneros, y no tenian noticia suya, acercandose ya la noche, hora que el habia señalado para su regreso, salvo fuerza mayor.

Los chachistas no tenian en Arredondo la confianza que tenia el Chacho.

Para ellos Arredondo era igual á todos, era igual á Iseas y temian en virtud de esta creencia, que fueran á tender un lazo á Chacho para tomarlo prisionero.

La Victor empezaba á arrepentirse de haber dejado salir á Chacho del campamento y á sentir tentaciones de irlo á buscar á marchas forzadas.

Cuando nosotros teniamos aquellos prisioneros, decian, no se habrian atrevido á hacer nada á mi Chacho, porque la vida de ellos nos servia de garantia.

Pero habiendo él entregado hasta el ultimo prisionero ¿que pueden temer, qué puede detenerlos?

Lo matarán si pueden, y asunto concluido.

La tarde habia caido ya y la noche empezaba á envolver el campamento de Peñaloza, sin que este hubiera vuelto.

La Victor, seriamente alarmada, decidió marchar á buscarlo.

El aseguró que á la caida de la noche estaria aquí, dijo, y como no viene, es preciso irlo á buscar.

—Tambien dijo que esperaríamos aquí hasta su vuelta y que no nos movieramos sino por aproximacion de enemigo.

—No importa, puede haberle sucedido algo, y yo no quiero estar en la duda aunque se enoje.

Y ordenó montaran á caballo todos empezando á moverse hacia á la Punta del Negro, donde hallarian á Chacho ó el rastro de este en caso que lo hubieran llevado prisionero.

Cómo iban á perder su pista los rastreadores que llevaba consigo?

La Chacha iba sombria, y pensativa.

Pensaba que á Peñaloza podrian haberlo hecho victima de una traicion y entonces apuraba la marcha cuanto le era posible, tratando de llegar cuanto antes.

Aunque aquella desobediencia á las órdenes de Chacho podria costarles un disgusto, todos marchaban con la mayor buena voluntad y deseo de llegar cuanto antes.

Faltando Chacho, no habia mas voz de mandado que la de la Victor y todos se apresuraban á obedecer su menor indicacion.

Poco tiempo duró la angustia de laprevisora Chacha, pues apenas habrian andado una legua, sintieron aproximarse jente, mandando la Victor un escuadron á reconocerla.

Era Chacho que llegaba con su escolta, sus prisioneros y un carrito de provisiones, causa de su tardanza.

—Qué es esto? preguntó alegremente el caudillo cuando reconoció gente suya, apuesto á que me andan buscando.

El oficial que venia con el pequeño grupo á reconocerlo, contestó al caudillo refiriendo los temores de la Victor, y como esta se habia puesto en marcha con todo el Ejército, temiendo una traicion del enemigo.

Pobre Victoria! exclamó Chacho cariñosamente vuelva Vd. solo, para que pueda andar mas ligero, y haga hacer alto á la jente para que no fatiguen los caballos, que pronto hemos de tener que andar mucho.

Y siguió el avanzando lentamente, pues tenia la seguridad que Arredondo no se moveria en toda la noche.

Chacho que sospechaba donde tenia éste campadas sus fuerzas, habia decidido sorprenderlo á la madrugada, sin que aquello importara una mala accion de su parte

Al separarse lo habian hecho como buenos amigos, personales; pero como enemigos declarados y al frente de un Ejército cada uno.

Aquellos dos hombres, al tratarse tan de cerca, habian ganado su estimacion respectivamente.

Arredondo habia visto en Chacho al caudillo típico, sin mas interés que el bien de los suyos y el respeto á su provincia, capaz del sacrificio mas heroico sin el menor pensamiento de explotacion y lleno de valor y de soberbia.

Chacho habia visto en Arredondo al soldado noble, sin otra aspiracion que la del deber cumplido á satisfaccion de su gobierno, y lleno de generosidad y de grandeza.

—Es un enemigo con quien se puede pelear lealmente sin temor de dejar en sus manos un prisionero, habia dicho el Chacho.

—Es un enemigo digno de respeto, habia dicho Arredondo y cuyos soldados es preciso respetar porque ello son una muestra de la mas exajerada abnegacion y lealtad.

mento: estaba bien sostenido y bastante nutrido desde su principio.

Los montoneros no sabían tirar, no trataban tampoco de hacer puntería, pues sus tiros eran mal dirigidos, pasando la mayor parte á gran altura.

Pero eran tantos y tan nutridos, que era inevitable que de cuando en cuando cayera un soldado herido ó muerto.

A medio día ya habían perdido cinco hombres, lo que era una cifra enorme tratándose de tropa tan reducida.

El enemigo había perdido mucho mas, diez veces mas, pero ellos eran tantos, que esto no podia causarle el menor inconveniente.

Para cada uno que caía, había cuatro ó cinco que tambien el fusil y seguían haciendo fuego con igual tenacidad y bravura.

Y no se tenía de Julio Campos la menor noticia que les hiciera esperar un desenlace feliz.

El calor sofocante del día, era otro enemigo con que tenía que luchar Arredondo.

Su tropa fatigada de andar de aquí para allí, sin un segundo de reposo, empezaba á postrarse ya.

El mismo oficial que tenía en la plaza acabada de ser volteado de un tiro, y no quedaba entonces mas que el sargento Langue, para secundar la acción del Coronel Arredondo.

De pronto el fuego de los montoneros arreció, parecia que les hubiese llegado un refuerzo, cuando les nuevo ánimo y trayéndoles nuevas armas y municiones.

La noche se vendría pronto encima y entonces no habría mas remedio que pelear y defenderse á la luz de los propios fogonazos.

De noche la ventaja era mayor para la fuerza de Arredondo, pues siendo tan pocos sus soldados no ofrecían blanco alguno; mientras que el enemigo era tan numeroso, que por mas oscuridad que hubiera, siempre ofrecía bastante blanco para poder causarle numerosas bajas.

Arredondo se dirigió á un grupo de sus soldados para indicarles el punto donde habían de dirigir sus fuegos.

Y estiraba su brazo con aquella intención, cuando recibió en él un balazo tremendo, que le destrozó el cúbito.

La herida era dolorosa y grave y era causada en un momento fatal, porque una herida que inutilizara á Arredondo en aquellos momentos, importaba una derrota inevitable.

En los primeros momentos, Arredondo vaciló sobre el caballo, pero su voluntad imponderable lo sostuvo.

Si caía, queria evitar que el enemigo le viera caer y que su misma tropa se apercibiera de la gravedad que pudiera tener la herida, é hizo caminar su caballo en dirección á la casa á donde paraba, en la misma plaza; pero no pudo llegar, siendo bajado por dos soldados que estaban cerca de él, y que se habían apercibido de la herida de su jefe.

El cúbito roto causaba á Arredondo dolores tremendos; sin embargo, tuvo alientos para llamar al sargento Langue y ordenarle defendiera la plaza hasta perder el último hombre.

Y él fué entrando á la casa y acostado sobre un sofá mientras venía el médico á quien habían ido á buscar á gran prisa.

Entre tanto, los asistentes y otras personas

que estaban con Arredondo, empezaron á cargar un foso en la misma puerta de la casa.

Era regular, era indudable, que los montoneros concluirían con aquella poca tropa y avanzarían la casa donde estaba el Coronel para sacar á éste como á las personas que con él estuvieran.

Poseando la puerta de la casa todavía podrían defenderse un poco mas, y dar ese corto tiempo de espera al Mayor Campos, única salvación posible ya.

Los montoneros no se habían apercibido felizmente, de la herida de Arredondo, pero sus soldados sí, creyéndola mucho mas grave y como es natural, empezaban á acobardarse, porque veían que todo sacrificio sería estéril y que su muerte era ineludible.

La noche había cerrado por completo y el combate seguía á la luz de los tiros.

Al día siguiente, en cuanto se apercibieran que faltaba el Coronel, cargarían la plaza, los soldados no podrían resistir mas, y entonces todo quedaria concluido.

El doctor D. Francisco Alvarez había acudido apresuradamente y curando al Coronel Arredondo con tal proligidad é inteligencia, que á pesar de lo sério de la herida, él mismo aseguró que se salvaría el brazo; pero que era necesaria mucha quietud y mucho reposo para que la herida no se echara á perder y no sobreviniera alguna consecuencia que la hiciera fatal.

Y desde la salita donde estaba el herido, se sentían los tiros cada vez mas próximos. lo que demostraba que los soldados perdían terreno y se batían en retirada.

Es que la munición empezaba á concluirseles, creía que el Coronel se estaba muriendo sinó había muerto ya, y el mayor desaliento se había apoderado de ellos.

El sargento Langue, de una fidelidad y una bravura tremenda, recorria soldado por soldado, dándoles ánimo, diciéndoles que era preciso defender al Coronel á todo trance, que aquello solo era cuestion de momentos, porque el mayor Campos no podría tardar ya.

—Si ustedes abandonan el puesto, les había dicho, será necesario que me maten á mi tambien, porque en cuanto llegue el mayor Campos, los hago fusilar por la espalda, por cobardes.

Es preciso no olvidar que somos soldados del 6 de línea y que defendemos á nuestro Coronel herido.

Estas últimas palabras eran las que mas habían retemplado á aquellos leales soldados.

El 6 de línea había tenido siempre aquel espíritu de cuerpo que había sabido infundirle el mismo Arredondo desde su creación, que hacia que cada soldado se creiera un héroe.

Pero á cada momento caía uno y ya la tropa se había reducido á menos de la mitad.

Arredondo sentía ya los tiros sumamente próximos y adivinaba lo que estaba pasando afuera.

—Estos diablos vacilan, decia, y necesitan verme allí á su lado, de otro modo se van á dejar acorralar.

—Usted no puede moverse sin provocar un peligro sério, decia el doctor Alvarez; es necesario que esté tranquilo.

pues Julio Campos no habia de dejar aproximarse á la ciudad ninguna clase de fuerzas capaces de traerle un ataque sério.

Campos se lanzó en persecucion de unos mil montoneros que halló reunidos, en la esperanza de alcanzarlos y deshacerlos, y persiguiéndolos se alejó de la Rioja insensiblemente, cuidando sin embargo de dejar segura una línea de comunicacion con Arredondo.

Julio Campos era un brillante y práctico oficial, bravo como siempre y animoso de una manera imponderable.

Queriendo corresponder á la confianza en él depositada por su jefe, él se multiplicaba en todo sentido, tomando todas aquellas medidas que le aconsejaba su prevision y su práctica.

Pero los alrededores de la Rioja estaban sembrados de montoneros, que aunque malisimamente armados, algun daño podian hacer á la escaza fuerza con que habia quedado Arredondo.

En prevision de toda sorpresa y avance, Arredondo habia ocupado la plaza principal, y allí se habia situado haciendo algunas zanjas y fosos mientras llegaba Julio Campos.

Los grupos que me rodeaban por los alrededores de la ciudad, viendo que el Ejército se alejaba y que allí no quedaba mas que una compañía, empezaron á reunirse y á formar cuerpos en número respetable y que no dejaban de infundir algun temor.

Pero Arredondo, aunque pocos, tenia soldados de primer orden, bien municionados y que al abrigo de las zanjas podian combatir con ventaja y con mucho descanso.

Ahi es que cuando tuvo conocimiento que los grupos, cada vez mas numerosos se aproximaban á la plaza amenazantes y con intencion de atacar, se limitó á recomendar á sus soldados la mayor vigilancia y atencion á lo que pudiera suceder, inculcándoles la conviccion que bastaban ellos para combatir con mil montoneros, que pocas ó ningunas armas de fuego tenian.

Llevando tan grande ventaja en las armas y estando tras de una buena zanja, era inútil pensar en el número de los montoneros que por allí se roceaban, pues nada, absolutamente nada, podian hacer.

Esto era un acto de temeridad por parte de Arredondo que no se habia fijado en el mayor peligro á correr, y era que, no solo estaban rodeados de enemigos que podian atacarle de un momento á otro, sino que se hallaba entre una poblacion enemiga, que en un caso dado secundaria la accion de los que atacaban, pudiendo dar esto por resultado la destruccion total de aquella compañía y la pérdida de la libertad para él mismo, que era la pérdida de la campaña puede decirse.

Arredondo esperaba el regreso de Julio Campos, de un momento á otro, quien tenia fuerzas bastantes para batir la montonera.

La cuestion era que Campos no venia, y el peligro aumentaba por momentos, descubriendo al enemigo una debilidad que podia muy bien ser de una importancia absoluta.

Arredondo se habia conducido á la ciudad con hidalguia, que todos se apresuraban á reconocer y sin cometer el menor abuso.

No podia temer hostilidades, sobre toado la gente de importancia y de algun valer.

Los montoneros se iban agrupando cada vez en mayor número alrededor de la plaza, y el peligro se hacia inminente si aquellos atacaban rícidamente.

La misma zanja no era muy profunda y podia saltarse con facilidad una vez que valeara el fuego de los que la defendian.

Arredondo lo hizo profundizar cuanto le fué posible, y trató de enviar un chasque que buscara á Julio Campos y le dijera regresara con toda premura.

Pero qué chasque suyo podia salir de allí sin ser apresado en el acto por los montoneros?

Cualquier soldado que se hubiese movido, habria sido tomado al salir de la ciudad,

Mandar un paisano de la Rioja era completamente inútil, porque ninguno habria querido ir á buscar refuerzos para pelear á sus paisanos.

No habia mas remedio que conformarse y esperar la llegada casual de Julio Campos, que podia tener lugar de un momento á otro, como podia tardar mucho tambien.

Entre tanto, con aquella compañía del 6, podia esperar tanto como fuera necesario.

Pero los montoneros sin duda sospecharon que era preciso ganar tiempo para que no llegaran refuerzos, y que lo mas les convenia era atacar.

Y una madrugada se acercaron á la plaza, empezando á tirotearse con la compañía del 6, dividida en grupos que tenian que andar corriendo de un lado á otro, para hacer mas resistencia allí donde más tenaz era el ataque.

Arredondo vino á elegir aquella laboriosa resistencia, porque el menor descuido, el mas leve abandono podia costar la pérdida de la plaza y de todos ellos.

El espectáculo era magnifico, pues aquellos treinta hombres se defendian con una bravura y un brillo imponderables.

Los montoneros atacaban en un número de seiscientos más ó ménos, mucho mejor armados de lo que se habia creído.

Tenian armas de fuego, buenas y en bastante número para combatir con inmensa ventaja.

Los que no las tenian, arrojaban piedras, mientras otros, organizados en grupos de caballeria, amagaban sus cargas á sable y lanza á los puntos mas débiles, obligando á los soldados á cubrirlos en el acto, abandonando aquellos que menos defensa necesitaban.

Arredondo se veia en serios apuros, pues comprendia que si el combate se prolongaba mucho y Campos no llegaba, no habia mas remedio que sucumbir.

Felizmente sus soldados tenian bastante municion y disparando sin apuro y tratando de aprovechar sus tiros, tenian para defenderse un par de dias.

Viejos veteranos en su mayor parte los soldados del 6, tratando de ocultarse tras los montoncitos de tierra, aprovechaban sus tiros, causando al enemigo continuas bajas, bajas que tal vez concluyesen por acobardarlo.

Ellos debian tener bastante municion tambien, porque el fuego no raleaba un solo mo

habria atacado y lo habria hecho su prisionero.

Julio Campos, dejando en la plaza la mitad del 6º, para evitar cualquier cosa que pudiera sobrevenir, se lanzó en persecucion de los montoneros, tomándoles todos los que estaban a pié, que se entregaron, porque resistiéndose no habrian logrado otra cosa que hacerse matar.

Despues de una buena y tenáz persecucion, Campos regresó á la Rioja, donde llegó tarde de la noche.

El estado de Arredondo era sumamente delicado aunque no grave.

Habia podido entregarse á un descanso absoluto y esto le habia producido una notable mejoría.

Era preciso campar en la Rioja hasta que el Coronel estuviere bueno y pudiera entregarse nuevamente á las fatigas de la campaña ó viniere otro gefe á reemplazarlo.

El Chacho entre tanto, ignorante de lo que pasaba en la Rioja, habia ido á San Luis y de allí trataba de pasar á Córdoba en busca de víveres y recursos, y allí habia recibido la noticia que una tropa de provisiones, escoltada por un Regimiento de Guardia Nacional de Córdoba, venia buscando la incorporacion de Arredondo.

Aquella tropa de provisiones en aquellos momentos era de una importancia salvadora, por que la division de Arredondo habia consumido cuanto tenia y se encontraba casi sitiada allí, porque no podian moverse de aquellos parajes sin comprometer combate con los montoneros que habian vuelto á los hostilizarlos, combates que no podian dar el resultado que se buscaba, porque en la misma Rioja no hubieran hallado víveres para proveer á toda la division.

La misma carne escaseaba porque los montoneros habian retirado la hacienda á gran distancia, y ocultándola entre los montes mas espesos, donde hubiera sido imposible enlazarla para carnear.

La situacion era apurada, y se esperaba la llegada de aquella tropa, de que ya se tenian noticias como la llegada del Mesias.

Chacho se emboscó con la habilidad que le era característica, en el punto por donde creyó que debia venir la tropa y para mayor seguridad puso dos destacamentos en otros dos pasos, con órden de sorprenderla si pasaba por allí y hacerle chasque inmediatamente.

Sucedió así, lo que era inevitable vistas las medidas tomadas por Peñaloza.

La tropa fué sorprendida por el Chacho, dispersadas las fuerzas de la escoltaban y quedando todo en poder de los montoneros.

Segun su práctica, en posesion de tan famoso botín, el Chacho se dirigió á los llanos de la Rioja.

Fué allí donde supo recien lo que habia sucedido á Arredondo y como este se habia salvado por la inesperada proteccion de Julio Campos.

Chacho supo ademas lo apurado de la situacion de Arredondo respecto á recursos, y fué entonces que el caudillo riojano se mostró en toda su nobleza.

Despues de mandar á esconderen los Llanos

la mayor parte de los carros de provisiones que habia tomado, para encontrarlos allí en el momento que los necesitara, pidió el carrito, aquel mi carrito que Arredondo le habia mandado á la Punta del Negro, y lo llenó de todo aquello que calculó debia ser mas necesario al Gefe enemigo.

Y una vez que lo hubo llenado, lo mandó acompañado por una escolta de dos soldados y un oficial, al alojamiento de Arredondo.

Junto con aquel carrito, iba otro de los carros tomados por el Chacho y completamente intacto.

El oficial llevaba órden de entregar aquellos dos carros al Coronel Arredondo y decirle de su parte que ahí les devolvía los víveres que le habia prestado, aumentados con aquellos otros que él le regalaba como memoria de su buena amistad.

Cuando aquellos carros llegaron á las guardias de Arredondo, estas los quisieron tomar creyendo que eran soldados que venian perdidos sin duda, pero como el oficial manifestó que iba á parlamentar con el Coronel, lo dejaron pasar acompañándolo hasta su alojamiento.

Era preciso convenir que la conducta del Chacho no hubiera sido seguida por el gefe mas idalgo y cumplido, tratándose de un enemigo á quien se tenia sitiado por hambre, puede decirse, y á quien se podia hostilizar seriamente, obligándolo á tener que dar un combate diario para proporcionarse alimentos.

Con tanta gente como tenia Chacho le hubiera sido muy fácil impedirles ó dificultarles de un modo bárbaro la busca de alimentos.

Pero Chacho, antes que en nada, pensó en el beneficio recibido y en su compromiso de devolverlo en situacion apretada por el enemigo, y cumplió así su palabra y sus deseos, sin que nadie se atreviera á hacerle por ello el menor reproche, aunque aquel rasgo no pareció bien á muchos.

Y no se atrevieron á hacer observacion alguna, porque sabian mas ó menos lo que Chacho les hubiera contestado.

Aquellos dos carros fueron recibidos en el campamento con muestras del mayor regocijo y agradecimiento.

—Y dice mi General, agragó el oficial, que si algo mas necesitan, que se lo manden pedir, que ahora él está abundante de víveres y que puede con comodidad atender á ustedes,

Arredondo aprovechó aquella nueva oportunidad para reiterar á Chacho sus consejos de hacer la paz y someterse al Gobierno, que él le garantia que no habian de hacerle cargo alguno sobre las cosas pasadas, y que era necesario á toda costa concluir con una guerra tan inmotivada como aquella.

El oficial, concluida su comision se retiró trasmitiendo á Chacho lo que le habian dicho, quien exclamó sonriendo:

Y por qué no salen de la Rioja, por qué hacen la guerra, si ella es bárbara y es preciso concluirla?

Que se retiren de la Rioja, y la guerra se habrá concluido por ese hecho tan solo, pues yo no la hago por placer ni sin razon, sino porque ellos me obligan á defenderme y á defen-

De todos modos, de noche sus soldados no van á verlo y el sacrificio será estéril.

En todo caso esperemos á que amanezca y usted podrá mostrarseles.

Arredondo habia perdido mucha sangre: lo que habia reposado se habia hecho mas intenso el dolor de la herida y no podia ni siquiera incorporarse sobre el sofá.

Empezó por fin á amanecer, y Langue á perder toda esperanza de poder sostener mas.

Cuando el enemigo vió el número reducido de los soldados que tenia en frente, empezó á apurarlos rícidamente y estos á retroceder hasta el foso de la casa de Arredondo: apenas eran una docena de hombres.

Los soldados dijeron entonces al sargento que era preciso tomar una resolucion porque ya no era posible sostenerse mas.

—Es preciso sostenerse hasta que no quedemos uno de pié por lo menos para que el Coronel, herido y todo, no tenga el derecho de escaparnos en la cara.

Yo voy á tomar sus órdenes para repetir las á ustedes inmediatamente.

El sargento Langue entró á la sala donde estaba el Coronel y dijo secamente:

—Mi Coronel la municion se acaba, ya hemos quedados muy pocos y el enemigo nos á hecho perder terreno; dispuestos á combatir como dignos soldados del 6, vengo á preguntar á V. S. donde quiere que tiremos el último tiro.

—El último? preguntó Arredondo, no se trata de esto todavía, sargento: que cada cual ocupe su puesto en primera línea, que ya voy yo á disponer lo que ha de hacerse.

Acabo de recibir un chasque del mayor Campos, que no puede ya tardar mucho.

Efectivamente, acababa de llegar un chasque de Campos, diciendo que venia con toda rapidéz posible.

Arredondo se incorporó y reuniendo en un esfuerzo tremendo su aliento, se dirigió á la puerta de la casa, ayudado por su asistente y el doctor Alvarez, comprendiendo que era necesaria su presencia para que aquellos soldados se sostuvieran todavía.

Langue habia salido y trasmítia á los soldados las palabras del Coronel, palabras que eran escuchadas sin dejar de hacer fuego un solo momento.

La sola presencia de Arredondo allí, produjo el efecto de un golpe eléctrico sobre aquellos leales y heroicos soldados.

Cuando vieron al Coronel cubierto de sangre, que salia á ordenarles ocupar el primer puesto, pálido y desmayado, lanzaron un inmenso viva, y haciendo fuego y calando la bayoneta, se lanzaron bajo una lluvia de balas, á ocupar el puesto, en poder ya del enemigo.

El choque fué tan violento, tal el brio y empuje con que los soldados se lanzaron nuevamente al combate, que los montoneros empezaron á abandonar el pequeño foso, que fué nuevamente ocupado por aquel puñado de bravos.

Pero aquella ventaja obtenida no podia durar mucho tiempo; aunque imponderablemente bravos, aquellos soldados eran muy pocos, el fuego del enemigo era siempre nutrido y, momentos mas, momentos menos, tendrian que sucumbir.

Era una simple cuestion de que el enemigo se le ocurriera acometerlos de cualquier manera.

Como si no hubieran esperado mas que el último momento, el último instante, se sintieron varios tiros á retaguardia del enemigo.

—Adentro, mi Coronel, adentro, gritaba el sargento Langue á quien las balas parecian respetar milagrosamente, cuando el fuego de retaguardia se hizo mas frecuente y compacto.

—El mayor Campos! el mayor Campos! gritaron entonces los soldados y cargaron sobre el enemigo que en aquel momento oscilaba, obligado á cambiar de frente por el fuego de retaguardia.

Era efectivamente el mayor Julio Campos que acababa de llegar, y que se habia adelantado intrépidamente con las compañías del 6º, que tenia consigo, dejando un poco á retaguardia el resto de la tropa.

El peligro habia pues desaparecido y el combate cambiado su faz por completo.

Julio Campos, personalmente á la cabeza de aquella lucida tropa, cargó á la bayoneta, forzó el centro del enemigo, y pasó á ocupar la plaza, desde donde empezó á quemarlo con un terrible fuego de fusileria.

Arredondo que no podia tenerse en pié un momento mas, fué conducido nuevamente á su sofá, siendo necesario practicarle una segunda cura, porque con el esfuerzo hecho, la herida se habia reabierto, produciéndose una nueva y abundante hemorragia que concluyó de posttrarlo.

Llegado el resto de las fuerzas de Julio Campos, los montoneros fueran tomados entre dos fuegos, tan rícidamente, que no pudieron resistir mas y se pusieron en fuga.

Pero se pusieron en fuga dejando los alrededores de la plaza sembrados de muertos y heridos.

Ellos tambien habian causado al enemigo numerosas bajas: se habian batido de un modo imponderable, á la par de nuestros soldados, y sinó habian causado mayores destrozos, era porque sus armas eran tan malas, viejas, y manejadas sin la menor práctica.

Porque aquellos soldados que como caballeria eran inimitables, como infantes no sabian nada en su mayor parte; por cuya razon el mismo Chacho no queria sinó Ejército de pura caballeria, sosteniendo que la infanteria no servia sinó de estorbo, porque hacia distraer á la caballeria que debia sostenerla y protegerla á cada momento, descuidando sus soberbias cargas donde reposaba el triunfo definitivo.

Si el Chacho hubiera estado allí, es indudable que la jornada hubiera tenido otro resultado, pues el caudillo cargando rícidamente desde el primer momento, no hubiera dado á Julio Campos el tiempo de llegar.

Pero Peñaloza estaba lejos, él suponía que Arredondo andaba con aquellas fuerzas de Julio Campos, y andaba ocupado en sacarle el cuerpo y ver si le jugaba una mala partida por San Luis ó por Córdoba mismo.

Si Chacho se hubiera sospechado que Arredondo se encontraba en la Rioja con solo treinta ó cuarenta hombres, es indudable que lo

Y aquello que parecia una simple broma, se convirtió bien pronto en una realidad.

Mas adelante lo hemos de ver á Peñaloza batiéndose con aquella artillería de cuero, que si no le sirvió para hacer destrozos entre el enemigo, le sirvió por lo menos para confundirlo discurriendo de donde habia sacado Chacho tan numerosa artillería.

Un salon en un corral

Se cuenta de Peñaloza una ocurrencia geniosísima, y es esta, que prueba hasta donde llegaba la astucia satírica de aquel hombre extraordinario.

Yendo en persecucion del Chacho, las avanzadas de Arredondo tropezaron con un espectáculo que llamó la atencion de todos, sin que ninguno acertara á explicárselo de una manera satisfactoria.

Es que aquello realmente no tenía explicacion posible, por lo orijinal y lo imprevisible.

La noche anterior, avanzando el Ejército en persecucion del Chacho, habia divisado los fuegos del campamento enemigo, que por su número indicaban que allí debia estar todo el Ejército.

La vanguardia siguió avanzando rápida y sigilosamente, sintiéndose arrastrado por el viento de la noche, el eco de infernal gritería, algo que parecia como el-eco de aquellas fiestas de indios, cuyos alaridos se sienten á mas de una legua de distancia.

No era de suponerse que los montoneros estuvieran de baile, en aquellos parajes tan lejanos á toda poblacion, y sin embargo todo hacia creer en una fiesta y fiesta en toda regla.

La vanguardia campó con el caballo de la rienda y se mandaron bomberos que, protegidos por la oscuridad de la noche podian acercarse á aquel campamento fantástico y ver lo que en él se pasaba.

Entre tanto regresaban estos se mandaron chasques al Ejército que venia un par de leguas á retaguardia para que apresurase su marcha y poder coordinar con su gefe lo que debia hacerse.

La madrugada empezaba ya á anunciarse con esas claridades vagas que la preceden y era necesario obrar con mucha actividad para lograr la sorpresa en medio de la fiesta, pues una vez que amaneciera era natural que la fiesta cesara y el enemigo se pusiera en marcha.

Y aunque no fuera así, podrian ser vistos y entonces su malograría toda tentativa de sorpresa.

El Ejército y uno de los bomberos enviados llegaron casi al mismo tiempo.

El otro sin duda habia sido sentido y tomado, pues de otro modo ya estaria de regreso.

Las noticias que traía aquel bombero eran

tan originales, que hasta se dudó que hubiera bebido y hubiera perdido la chaveta.

Segun aquel bombero, el Ejército de Chacho estaba campado alrededor de un gran corral que parecia un gran salon de baile.

—Allí hay muebles magníficos, decia el milico abriendo los ojos como patacon, sillas de seda, dos grandes sofases y una alfombra que aunque no es nueva, es de muy lindos colores y de muy rica clase.

En los palos del corral han colgado dos grandes espejos y muchos cuadros, con cordones azules y llenos de borlas.

En un sofá estaban muy estridadas unas mujeres, cualquier cosa no mas, y el Chacho sentado en un sillón se reía como un loco mientras las parejas bailaban con música de canto no mas, porque no habia allí mas instrumento que un bombó.

El compañoero y yo estábamos asombrados de todo aquél lujo en un corral y no atinábamos con lo que aquello pudiera ser.

—Me parece que este bribon quiere divertirse á nuestras costillas, dijo un oficial acercándose al soldado para mirarlo mas de cerca.

—Lo que me parece á mí, observó Campos, es que este pillo ha agarrado una tranca espantosa y que nos está contando todas sus visiones de alcohol.

—No señor, mi mayor, respondió el milico, dilatando cada vez mas su mirada, yo se muy bien, que así no mas no se puede creer lo que digo, pero aseguro por mi vida que es la verdad.

Pido que si he mentido en un chiquito, se me peguen cuatro tiros.

Y siguió haciendo la descripcion de la sala, con un convencimiento profundo.

—Si fuera un gaucha ignorante y bárbaro, decian al escucharlo, seria para creer que habia soñado y nos contaba un sueño, como una realidad.

Pero es un soldado del 6, de Buenos Aires, que no puede empaparse en ilusiones.

—Pues si no está borracho está loco.

De donde vá á sacar el Chacho muebles de tal naturaleza, y si los tuviera como se explica que haya amueblado con ellos un corral, hasta el extremo de colgar en sus palos cuadros y grandes espejos?

Este pillo se burla ó sinó está loco ó borracho.

der la provincia como en una guerra de con-
quistista.

Y llevó su hidalguía hasta mandar decir á Arredondo que mientras el estuviera en cama á consecuencia de su herida, no sería molestado en manera alguna por sus tropas, se entien-
de, si las suyas no cometían acto alguno de hostilidad.

Chacho no podía hacer mas para demostrar la nobleza de sus sentimientos, y establecia así entre ambos, cierto mútuo respeto que debía suavizar mas todavía aquella guerra tan modificada ya desde que Arredondo se puso al frente del Ejército.

Y se establecia cierta reciprocidad amistosa, entre aquellos dos enemigos, reciprocidad que no obstaba sin embargo para que en la batalla cada uno hiciera lo posible para vencer del enemigo causándole todo género de destrozos, siempre que ellos no fueran estériles y causados por el simple hecho de hacer daño.

Y su fórmula de que cumpliría su oferta y la tregua que generosamente proponía, Chacho se retiró de la ciudad internándose en los llanos.

El mismo queria aprovechar aquella tregua para dar un reposo á su gente, que harto lo necesitaba y á sus caballadas que lo necesitaban mas todavía.

Ahora tenían víveres en abundancia y podían muy bien entregarse al placer de consumirlos sin temor de que nadie los viniera á molestar, porque Arredondo tenia que ocuparse en sanar primero antes que andar en peleas y sorpresas.

Siempre habia en observacion del enemigo un buen destacamento, que le avisaria cualquier acto de hostilidad que aquel intentara cometer.

Entre tanto el General Paunero buscaba á Peñaloza del lado de Córdoba á donde creían se habia dirijido despues de la sorpresa al convoy.

Todas las noticias que tenia de Chacho le hacían presumir que este hubiera venido sobre Córdoba á efectuar alguna de sus audaces empresas.

Además, estando Arredondo en la Rioja con buenos fuerzas, no era regular que Chacho hubiera ido allí, esponiéndose á ser batido por este gefe.

Y se le buscó en Córdoba y en San Luis, sin obtener de él, como era natural, la menor noticia.

Chacho habia establecido su campamento general en la Costa Alta, donde su Ejército aumentaba diariamente, por los contingentes voluntarios que iban de todas partes á plegarsele.

Cuando Arredondo saliera de la Rioja, un día ú otro, era necesario darle una batalla en toda regla, y cada cual queria poner su grano de arena para que aquella batalla fuera feliz para la Rioja, en todos sus resultados.

—Para que el triunfo sea completo decían á Chacho sus gefes, necesitamos infantería y algunos cañones, que tanto daño hacen.

Le que es infantería puede hacerse fácilmente porque tenemos fusiles, pero cañones me parece mas difícil sinó imposible.

—La infantería no sirve mas que de estorbo, exclamaba Chacho, perfectamente convencido como siempre de la verdad de sus teorías, por-

que solo sirve de estorbo á la caballería, ya lo he dicho, distrayéndola del combate para protegerla y ayudarla.

Además, yo estoy convencido que la primera vez que me presente al combate con infantería voy á ser vencido de una manera bárbara, porque la voy á perder toda.

Cómo vá á hacer nuestra infantería para dispersarse y escaparse á la persecucion del enemigo? tendrá que caer en su poder íntegramente una vez vencida.

Y como no es posible abandonarla sin hacer algun esfuerzo para salvarla, resultara que para salvar á la infantería ó tentar de salvarla, tendré que sacrificar los mejores cuerpos de caballería.

Esta es la razon de porqué no me gusta la infantería y porqué no tengo confianza en ella.

Esta misma conviccion que tengo me distraeria del combate en general y esta distraccion contribuiría poderosamente á la derrota general.

—Y porqué no llevamos infantería montada?

—Porque seria horriblemente pesada y nunca podría moverse con la agilidad necesaria en un momento de conflicto.

Nosotros necesitamos tropas livianas y ágiles, ahí está nuestra ventaja; el dia que tengamos infantería, no solo perderemos la tropa, sinó los fusiles y la munición, que no hemos de poder reemplazar á dos tirones.

Ante razones semejantes, la mayoría se dejaba convencer facilmente y concluía por pensar como Chacho, pero siempre habia algunos que se empeñaban, agarrándose de este último argumento.

—Es que si tuviéramos fuerte y numerosa infantería, no nos habian de llevar por delante á dos tirones, tendríamos como contrarrestar las infanterías enemigas y tal vez entonces nuestro triunfo fuera fácil y seguro.

La caballería es poco cuando hay que pelear contra buena infantería: se necesita infantería tambien y buena infantería.

—Error! exclamaba Chacho, iluminando en un relámpago de juventud su fisonomía espresiva y bondadosa.

Con caballería sola, puede combatirse hasta contra artillería, y sinó ahí está el ejemplo del General Quiroga.

Y no puede decirse que todos no son Quiroga, concluía, sonriendo siempre, porque yo mismo he guiado aquellas cargas soberbias y con muchos de los que aún están hoy conmigo aquí, hemos enlazado cañones y los hemos sacado de entre los cuadros que los defendían.

—Sea como usted quiera, pero es sensible que no tengamos un par de cañones con que poder contrarrestar los suyos.

—Yo he pensado en esto, dijo un dia Chacho, y no nos vendrían mal.

—Pero para tenerlos no habrá mas remedio que tomarlos al enemigo.

—Y se tomarán, vive el diablo, y si no se pueden tomar se fabricarán, yo he pensado en un modo de hacerlos fácil, de inmediato reemplazo, pero que no nos importa perderlos.

Mis cañones serán de suela y no se rian, ya verán que buen disparo hacen!

—Ya lo verán, decía el milico, que queria divertirse algo á costillas de sus compañeros, en desquite de todo lo que á él le habian embromado.

Yo no he querido decir todo lo que habia en el corral, porque entónces si no lo habrian querido creer y porque no me conviene.

Así yo que sé donde escondieron ciertas cosas cuando nos hubieron sentido, sé donde las he de agarrar y en paz con todos.

Ya veremos que cara ponen los que me han tratado de borracho y de loco y de cuanto les ha dado la gana!

—No embromes hombre! vaya con el peludo espantoso que has capujado, que no te suelta á dos tirones! ya tenia tiempo de habérsete pasado!

—Y como me voy á reír! volvía á exclamar el milico, cuando los vea abrir la boca como una batea de puro asombro! y cuando me pregunten esto y lo de mas allá, les he de soltar la carcajada, contestándoles que todavia no se me ha pasado el peludo.

Yo no sé cuantas veces me han visto en pepe para que así no mas me decreten un peludo como quien decreta lo mas natural de este mundo.

A todo esto se iban acercando al corral y la risa del milico se hacia cada vez mas traviesa y mas picaresca.

Desde antes de llegar al corral ya pudo verse que el soldado no habia mentido en lo mas mínimo.

A la distancia se veia reflejar el sol en los espejos y que algo extraordinario habia entre el corral, algo que nada tenia que ver con sus usos habituales.

En los alrededores estaban los fogones que no se habian apagado todavia y donde habia restos de carne asada, de tabletas y charqui de queso, lo que probaba que los montoneros andaban muy abundantes de provisiones y que allí habia tenido lugar una fiesta, lo que probaba que aquel campamento era ocupado por ellos desde muchos dias atrás.

Pero lo que verdaderamente asombraba era aquel corral amueblado como un salon, y como un salon de fabulosa riqueza para aquellos pajajes desiertos y miserables, donde no se tenia idea de lo que era un dorado ni de lo que era un espejo de aquel tamaño.

Que podia significar todo aquello? quién daría una explicacion de aquellos muebles puestos allí en un corral y á la intemperie como para provocar su destruccion total?

Aquello no podia imputarse al saqueo de una poblacion, primero porque Chacho no saqueaba, segundo porque no habia cerca ni lejos de allí una ciudad donde pudieran haber semejantes muebles, y tercero que para tenerlos allí desde San Juan ó Mendoza ó Córdoba, se hubiera necesitado un trabajo inmenso y las carretas consiguientes, carretas que no se veian por allí.

No habia mas remedio que esperar á ver si alguno de los prisioneros que traería la vanguardia podia dar una clara explicacion del misterio.

El corral era un salon perfecto, aunque acomodado de una manera estravagante y origi-

nal, sin el menor orden ni la menor idea, de la colocacion de los muebles.

Unos espejos estaban colocados á lo largo y otros á lo ancho, colgados de los palos mas altos del corral.

Habia allí sillas de todas clases y formas, mezclada en graciosísima confusion y colocadas en un gran semi-circulo, cuyo centro venia á ser un piano, uno de aquellos pianos de mesa: antiquísimos, que ya ni siquiera para estudio sirven, porque les falta la estension de diapason necesario.

Aquel piano ó simulacro de tal, á juzgar por el estado lamentable de su caja, habia sufrido sobre su ancianas espaldas por lo menos una media docena de aguaceros formidables.

El corral estaba alfombrado con alfombras de distintos gustos y tamaños, llenas de peladuras sacadas por el uso, y que hasta por sus cortes diversos acusaban ser alfombrados de distintas piezas, unidos en uno solo.

Todo aquello debia estar colocado allí desde hacia mucho dias, porque hasta el tejido del revés de las alfombras se habia marcado en el suelo del corral.

Habia algunos de los cuadros que habian sido colgados de los palos, pero otros muchos se hallaron desparramados por el suelo, en compañía y comandita de otros muchos adornos de sala, viejos y recompuestos.

Era indudablemente el anciano menaje de una casa trasportando allí.

Pero con qué objeto, para qué? esta era la cuestion por averiguar, pues no era suposible que hubiera sido allí colocado para destruirlo simplemente, porque para eso no necesitaban haberlo trasportado á tan gran distancia; en cualquier parte á la intemperie se hubiera destruido lo mismo.

En vano se cambiaban ideas, en vano se estudiaban los alrededores, no era posible dar con la explicacion del misterio.

Los gefes y oficiales se reunieron en el espacioso, improvisado é inesperado salon, esperando la llegada de las fuerzas de vanguardia, á ver si traian un prisionero capaz de explicar aquel misterio de una manera razonable y clara, porque indudablemente aquello debia tener una razon de ser y una razon curiosa y original.

Habiendo allí restos de carne cruda y asada, cada cual confeccionó su comida y se entregó tranquilamente á sacar la tripa de mal año, y de peor mes, mientras regresaban los perseguidores.

Estos empezaron á llegar por escuadrones, á la caída de la noche.

Venian sumamente fatigados porque la persecucion habia sido larga y penosa.

Habian tenido que andar mucho por entre los montes, y como nuestros soldados no llevaban guardamonte como los chachistas, se habian espinado todos y lastimado contra los troncos y ramas.

Traian prisioneros, muchos prisioneros, pero en cambio habian dejado tambien algunos.

Como los que perseguian eran pocos, algunos grupos que eran alcanzados hacian una resistencia desesperada, combatiendo cuerpo á cuerpo, lo que ocasionaba pérdidas por una y otra parte, tanto muertos como heridos.

Vamos a ver, donde está el otro soldado que fué contigo?

—El otro se empampó tanto, que se quedó asombrado mirando los muebles y las mujeres, y fué tan bruto, que lanzo un grito sin duda de admiración, grito que nos descubrió.

Yo tuve tiempo de saltar á caballo y disparar, por eso estoy aquí; pero tengo mis recelos de que ha él lo hayan agarrado por bruto, y entonces ya sabrán que estamos aquí.

—Que aseguren á este hasta averiguar la verdad de lo que dice, ordenó Arredondo y vamos á marchar hasta el dichoso salon, aunque me parece que si han tomado al otro hombre y le han hecho declarar ya se habrán puesto en fuga.

Como para corroborar lo que decia Arredondo, á los resplandores de la mañana, pudieron verse los polvos del enemigo, que se ponía no en marcha, sino en precipitada fuga y diseminándose por todas partes como tenia el hábito de hacerlo Chacho cuando queria sacar el cuerpo al enemigo evitando toda persecucion.

Pero el otro soldado, aunque no hubiera declarado nada, bastaba su presencia allí para revelar la presencia del Ejército y por consiguiente el peligro de una sorpresa.

Al amanecer, Chacho mismo habia visto los grupos del enemigo, asombrándose que, estando tan cerca no se le hubieran venido ya encima, dándole tiempo para la huida.

Chacho comprendía que desde el Ejército lo estarían observando y que les seria entonces muy fácil toda operacion de seguir al grupo que mas les conviniera.

Así es que, como en sus trances mas apurados despues de una derrota, dió punto de reunion á su gente para cíaa fijo y la dispersó en grupos de cuatro ó cinco hombres, mezclándose él entre ellos para no ser conocido.

Chacho se hallaba entonces en una situacion escepcional, que lo hacia huir con mas presteza que nunca, evitando todo género de combate.

Es que tenia consigo no solo á la Victor, sino unas cuatro ó seis mujeres de sus gefes, que habian asistido al baile del corral, baile estu-pendo de que no habia comparacion posible para aquella pobre gente.

Peñaloza se habia equivocado en sus cálculos esta vez, suponiendo al Ejército bastante lejos, cuando lo tenia tan cerca.

Sus compañeros quisieron sacudir el polvo al prisionero aquel, porque habia tenido la au-dacia de venirlos á bombear y decian que en uno era preciso escarmentar á todos.

Pero Chacho lo defendió á sangre y fuego, no permitiendo que le pusieran la mano encima.

—Tengan presente, les decia, que á su estu-pidez debemos nuestra salvacion, porque si él no hubiera sido tan torpe para dejarse tomar, á estas horas hubieramos sido sorprendidos, y sabe Dios lo que seria de estas pobres mu- jeres.

Lejos de merecer que le caigan, merece que lo conviden con un cigarro y con un trago el que lo tenga.

Además, es preciso no asustarlo para que suelte lo que haya que preguntarle, y que por espíritu de venganza no nos vaya á ocultar lo que mas nos interesa saber.

Convencido de esto, echaron al prisionero al grupo donde venia Chacho y ya nadie pensó en hacerle mal.

El pobre milico que se habia pegado un sus-to de todos los diablos, creyendo que por lo menos lo iban á despedazar, sintió que le vol- via el alma al cuerpo cuando vio la actitud que respeto á su persona asumia el Cha- cho.

Y se mezcló al grupo aquel prometiéndose revelar á Chacho lo que le preguntase y lo que no le preguntase, agradecido á la proteccion que le habia dispensado, proteccion que le ha- bia valido no ser muerto á garrotazos, porque los montoneros estaban enconados y sostenian que era preciso escarmentar á todos los bom- beros y espías para que no hubiera quien qui- siera serlo en adelante.

Al ver desparramarse los montoneros y huir de aquella manera, antes que se alejaran mu- cho, se organizó la persecucion, lanzándose á ella las fuerzas mejor montadas.

Pero era imposible hacerla sin fraccionarse tambien en pequeños grupos, lo que era muy peligroso dada la astucia del enemigo á quien perseguian, y Arredondo que conocia profun- damente el modo de proceder del Chacho, nunca guiaba sus operaciones por lo que le veia hacer, sino precisamente por lo que no veia y calculaba podia hacer el Chacho.

Aquella dispersion podia muy bien ser el preparativo de otra operacion mas seria, y esto era precisamente la que Arredondo que- rria evitar no dejándose arrastrar por lo que podia muy bien ser un simulacro de disper- sion.

Antes de huir así fraccionados, Chacho podia haber dado un punto de reunion inmediato y a su retaguardia, para agarrarlo fraccionado y embebido por la persecucion, derrotándolo en- tonces irremediamente.

Si Chacho no habia hecho esto, era muy ca- páz de hacerlo, y como aquella operacion podia costarle muy cara, se quedó en condiciones de poderla contrarrestar con ventaja, sonriendo ante el chasco que iba á dar á Arredondo cuando se viera burlado porque le habian des- cubierto hábilmente su intencion.

Y Arredondo mandó su vanguardia que hi- ciera la persecucion á los grupos mas numero- sos, mientras él llegaba al corral donde habia estado campado Chacho, y donde camparía á su vez para esperar el resultado de la ope- racion y ver lo que habia de cierto en la increi- ble narracion hecha por el bombero.

Y mientras su vanguardia se lanzaba sobre la retaguardia de Peñaloza, él se encaminó tranquilamente con el resto de las fuerzas, al encantado corral descripto por el milico, que seguia jurando que no habia un átomo de exa- geracion en lo que habia contado, sino que por el contrario, todavia se habia quedado atrás en la descripcion, porque no habia contado to- das las cosas que habia visto y que se le habian olvidado, como un plano colocado en el centro del corral.

Y esto daba lugar á mil dicharachos de los milicos, que le decian que todo aquello no eran mas que ilusiones del peludo que tenia y que sin duda habia tomado una mochila por un piano.

Se mandó al compadre Ramon con el primer amigo de confianza que vino á Buenos Aires, el poder y una carta explicativa, quien respondió que estaba bien, que no se preocuparan mas del asunto, que corría por su cuenta y que á su regreso á Catamarca llevaría el importe de la liquidacion.

Desde entonces no se habló mas de aquello pero tal seguridad tenia Chacho en el dinero que iba á recibir, que estando en paz y queriendo aliviarse de ciertas necesidades, pidió algun dinero prestado á sus amigos y otras cosas las compró á plazos, hasta que su amigo y compadre Ramon le trajera el importe de sus sueldos.

Esta era una esperanza que lo hacia vivir feliz, porque aquella nueva importaba para el Chacho la mayor comodidad de su mujer, a quien queria con idolatria.

El tiempo sin embargo fué pasando, sin tener la menor noticia de su compadre Ramon, ni de sus tan esperando sueldos.

Pero la persona era segura, Chacho tenia tanta confianza en él como en sí mismo y todo se reducía á tener paciencia y esperar un poco mas.

Tal vez todavia no habia podido cobrar y todo seria cuestion de un poco de paciencia.

Los negocios empezaron á enredarse de nuevo, y la guerra volvió á encenderse esta última vez con mas encono que nunca.

Adios liquidacion, esperanzas de riqueza, si el compadre Ramon no habia hecho el cobro todavia!

Como cosa dispuesta por la providencia, antes de ponerse en campaña, el Chacho recibió una carta de su compadre Ramon, quien todavia estaba en Buenos Aires.

En aquella carta el compadre Ramon le decia que ya habia cobrado los diez y seis mil pesos de la liquidacion y que pronto se pondria en viaje, para estar en Catamarca dentro de unos dias.

Consultada la fecha de la carta y la fecha en que fué recibida, se observó que habia trascurrido mas de un mes y que si el compadre Ramon no habia llegado ya, no tardaria en llegar.

Entonces, habiendo ya cobrado y en viaje por lo menos, el estado de guerra en que se hallaba no podia perjudicarlo en nada: recibiria sus pesos, que ahora le hacian precisamente mas falta que nunca: no podian llegarle en mejor oportunidad porque asi podria proveerse de todo lo necesario para emprender la nueva campaña, proveer tambien á los que mas alcanzados estaban.

Pero el tiempo pasaba siempre, sin tenerse la menor noticia del compadre Ramon y de los sueldos.

A pesar de esto jamás cruzó por la mente del Chacho la menor sospecha de su compadre.

—Cómo se conoce que él no sabe lo que son necesidades, decia, ni lo que para mí vale ahora esa plata?

En uno de tantos viajes que se hicieron á Catamarca, se recibió por fin otra carta del compadre Ramon, fechada esta vez en Córdoba.

En ella decia que se habia demorado unos

dias en Córdoba, para comprar y cargar muchas cosas que á su juicio Chacho necesitaba urgentemente y que le seria muy difícil obtener allí.

En cuanto compre y cargue, decia, me tienen allí sobre el pucho.

—Tan servicial y tan previsor esta mi compadre Ramon! exclamó Chacho al escuchar la lectura de la carta, no solo me sirve de comisionado sino que hasta se pone á ocuparse de lo que yo necesito y se baja en Córdoba expresamente para complacerme y se pone en grandes trabajos para comprar y cargar lo que yo necesito para mi comodidad.

El regocijo que produjo aquella carta fué inmenso.

—Si se ha acordado de lo que á mí me hace falta, exclamaba, se debe haber acordado tambien de lo que le hace falta á Victoria— como lo ha de haber olvidado él tan complaciente y buen compadre!

Tratándose de cargar carros mi compadre no se ha de parar en pequeñeses, estoy seguro, tratándose de Victoria.

Ya me lo veo venir, con una cama como gente para que la pobre descanse bien alguna vez en la vida!

Y empezaron á pensar y sacar en limpio lo que traeria el compadre Ramon, cuando se ponía á cargar carros.

Chacho contaba lo que traeria a Victoria, y esta se entretenia en pensar lo que llevaria para Chacho.

Una travesia con carros desde Córdoba á la Rioja, estando en guerra, se hacia sumamente peligrosa, porque podia muy bien suceder que se encontraran con fuerzas enemigas y estas dieran fin con carros y plata, sabiendo que eran cosas de Chacho.

—Hace mal tu compadre en venir asi, decia la Victor, porque ya debe saber que estamos en guerra y que se espone á que le quiten todo.

—Mi compadre Ramon no se chupa el dedo, respondia Chacho, demasiado sabe él lo que hace! no hay cuidado.

Si por casualidad llegan á pillarlo, ya dirá él todo lo que tiene es suyo, y nadie se animará á quitárselo porque él es amigo del Gobierno y de todo el mundo.

Sin embargo de esto y para mayor precaucion, Peñalzo mandó un chasque á su compadre, a que lo alcanzara en Córdoba mismo si aun no habia salido de allí, y le dijera qué él marchaba inmediatamente á su encuentro para escoltarlo hasta la Rioja y que nada fuera a perderse.

Y le mandaba decir el camino por donde él se dirigia á su encuentro, para el caso en que su compadre hubiera salido ya de Córdoba y el chasque lo encontrara en su camino.

El compadre Ramon habia salido efectivamente de Córdoba, y el chasque que le habia hecho Chacho vino á encontrarlo precisamente en este mismo corral donde habia campado para pasar la noche.

El compadre Ramon sabia que Chacho andaba montonereando, pero sabia que las fuerzas del Gobierno debian andar muy lejos y no habia tenido recelo de hacer el viaje, ó lo habia hecho segun se pensó despues, intencio-

Muchos soldados poco prácticos en el terreno, se habían perdido entre el monte, y estos, como era natural, había que contarlos en el número de los prisioneros, porque á punto fijo vendrían á caer en poder de la mil partidas de chachistas que andaban por aquellos pajares.

De modo que si era verdad que traían cien ó ciento cincuenta prisioneros, habían dejado treinta ó cuarenta hombres, entre ellos un oficial de mucho mérito, perdido entre el monte, y arrebatado por un grupo de montoneros, después de pelear cómo un león, á vista de sus compañeros que no podían protegerlo por las espesuras, y que no se atrevían á tirar por temor de herirlo.

La pérdida de este oficial hizo que los soldados respetaran rigurosamente los prisioneros que habían tomado, temiendo que los chachistas tomaran venganza del oficial aquel.

Entre los prisioneros que traía la vanguardia, había también de todo, soldados, clases, oficiales y jóvenes de las primeras familias Riojanas y Catarqueñas que andaban con el Chacho desde el principio de la guerra.

La persecución pues no había sido estéril, aunque ella costaba cara por los prisioneros dejados, y los muertos en las resistencias desesperadas que hacían los grupos alcanzados.

En aquella remesa de prisioneros era imposible que no hubiera alguno capaz de dar las esplicaciones esperadas y este fué el primer interrogatorio á que se procedió, tal era la curiosidad que había.

Entre los prisioneros venía un mocito de inteligente fisonomía, que parecía pertenecer á una familia de posición desahogada, por la ropa que vestía y las armas que llevaba consigo.

Era un capitán Catamarqueño, que aún no tenía un pelo de barba, que parecía una niña por todo el aspecto de su persona; pero que, según los que lo habían tomado prisionero se había resistido de una manera heroica, pestando á un soldado bajo los golpes de su espada, de aquella espada que parecía mas bien un adorno en su cintura fina y flexible.

—Porqué y como estaba usted entre las fuerzas de Peñaloza? le preguntó Arredondo atraído por la simpatía que se desprendía de toda su persona.

—Porque el General Peñaloza es el defensor de las libertades de la Rioja—soy capitán de un escuadrón que á dado á ustedes buenos golpes, no hay cuidado.

Hoy me ha tocado caer como tantos ha caído á mis manos, no me quejo ni tengo tampoco derecho á quejarme, que el que anda en la guerra está espuesto á todo.

Puede decirse que el descuido lo he tomado de antemano, y con usura, que diablo! estoy satisfecho de mí mismo.

Era tal el aplomo y la convicción valiente con que hablaba el joven; que todos sintieron hácia el movimiento de simpatía.

El no trataba de obtener gracia alguna, describiendo los hechos, al contrario, los ponía en evidencia y apuntaba sus consecuencias ante el jefe enemigo, ante quien estaba prisionero de guerra.

—Usted está prisionero le dijo este sonrien-

do, y será tratado con toda la consideración que un prisionero nos merece.

—No harán ustedes mas que cumplir con un deber sagrado, no habrá un solo prisionero de ustedes que pueda quejarse de que no lo hemos tratado con el respeto debido.

Tratándose así habrán ustedes cumplido con su deber y nada mas, y añadió con cierta ironía: si lo hacemos nosotros que somos montoneros barbaros, es mas natural que lo hagan ustedes que son soldados de orden y de civilización.

El joven fué invitado á sentarse en una de aquellas sillas cuya presencia había picado tanto la general curiosidad, y se entabló entonces francamente una conversación sobre aquel inesplicable salón establecido en un corral.

—Es una de tantas orijinalidades de Chacho, dijo el joven, pero una orijinalidad que envuelve la mas severa lección de honradez.

—Este salón lo hizo preparar Chacho para su mujer, como castigo, como pista de vergüenza para un explotador inicuo que quiso aprovecharse de su natural é inacabable bondad.

—Pero esta será una historia curiosa que nosotros estamos deseando escuchar y que espero que usted nos cuente con todos los detalles.

—No hay para ellos el menor inconveniente, al contrario, quiero referirla porque ella pinta bien el carácter del General Peñaloza, á quien se ha querido siempre hacer pasar por un bandido de mala ley.

Nosotros, al reproducir la historia de aquel salón al aire libre, vamos á suprimir el nombre de su protagonista, porque él, pertenece á una de las mas distinguidas familias de Catamarca, relacionada y emparentada en Buenos Aires.

El tal protagonista ha sido varia veces diputado al Congreso por su provincia, estando su nombre muy mezclado á ciertos acontecimientos políticos.

Véamos pues la historia que contó el joven la que reproducimos fielmente, con escepción del nombre que alteramos por las razones ya dadas.

Después de su primer tratado de paz, el gobierno nacional reconoció á Peñaloza algunos años de sueldo y que mandó liquidar, con el objeto de atraerse para el país la mejor buena voluntad de caudillo y de sus partidarios.

Aquella liquidación importaba muchos miles de duros, que venían hacer para Chacho una fortuna con lo que hubiera podido vivir feliz el resto de su vida.

Para cobrar estos diez y seis mil patacones, se necesitaba un apoderado y era mejor nombrarlo entre los provincianos que se hallaban ya en Buenos Aires, para aminorar los gastos de un viaje hecho espresamente con aquel objeto.

Entonces se hallaba en Buenos Aires su compadre Ramon.

Enviado el poder á éste, el podía cobrar los sueldos y retenerlos en su poder hasta su regreso: de este modo Chacho no gastaría un medio en viaje y estaria de comisionado, recibiendo íntegros sus diez y seis mil patacones.

agradeció de nuevo á su compadre todas las molestias que se habia tomado.

No queria viajar con una petaca llena de plata que al fin y al cabo nadie sabia que la traia, y se largaba á una travesia tan larga y peligrosa con una tropa de carros que tendria por fuerza que llamar la atencion, y ser tomada por la primer tropa que hallara en el camino.

Pero Chacho, inocente de ciertas cosas y con una confianza ilimitada en su compadre, no podia abrigar la menor desconfianza ni sospecha de mal proceder, así es que ni siquiera paró la atencion en este contrasentido, cuya explicacion no podia tardar en tenerse.

Compré pues todos aquellos muebles que podian serle necesarios para poner su casa como se debe, continuó el compadre Ramon, y me puse en camino despues de haber escrito mi última carta que han recibido en Cataamarca.

Y para que todo no fuera muebles y cosas de adorno, me traje tambien un carro de provisiones que le vendrán de perilla.

El resto se lo traigo aqui en plata y algun oro que compré en Córdoba por hacer mas chico y menos pesado el bulto.

—Qué te parece compadre todo lo que he hecho? no está contento?

—Y como no he de estar grato por tanta atencion? dígame compadre y como cuanto le habrá costado ese mueblaje de tono?

—Muy poca cosa compadre, porque todo lo he barateado como para usted, ya les daré mis cuentas que las tengo en regla.

—Bueno compadre, y como cuanto me trae en dinero? yo quisiera saberlo, porque debo unos pesos en Cataamarca y quisiera dejarlos ahora á la pasada.

—Siempre habrá para dar y prestar compadre, porque le traigo mas de cuatro mil pesos.

Chacho abrió la boca de una manera tremenda, espresando así su mas inocente asombro.

Chacho no sabia leer ni escribir, pero el hábito de tener que mandar en gefe y tener que contar hombres y armas, lo habia hecho un contador de primera fuerza.

Así es que cuanto el compadre contó lo que traia, calculó el Chacho lo que faltaba y se quedó de una pieza.

—Quiere decir compadre que me ha gastado en muebles de tono como doce mil pesos?

—No compadre, es que hay que agregar el precio de las provisiones de aquel carro, los gastos de flete que son muchos y otras menudencias que traigo apuntadas.

En todo habrá gastado eso; ya vé que he andado con medida, porque sabia que esta plata usted la habia de necesitar para mil compromisos.

El Chacho no decia una palabra de reproche, pero su disgusto estaba perfectamente espresado en el semblante.

Habia palidecido y apagado la sonrisa bondadosa que lo habia animado toda la mañana.

Comprendia sin duda que allí habia mal proceder de su compadre porque se habia metido á lo que no debia, y se habia disgustado profundamente, dispusto que comprendieron desde el primer momento cuantos lo rodeaban,

y que sin duda tambien debió comprender tambien el compadre.

—Bueno, murmuró tratando de dominarse, vamos á ver los muebles con que me voy á dar tono de general de aqui en adelante, vamos á ver algunos para empezar á darnos tonos desde ya.

—Y como vamos á desacomodar muebles aqui? preguntó el compadre, usted sabe el trabajo que dá todo esto para volverlo á acomodar?

Los veremos allí en su casa compadre, cuando no haya nada que reacomodar y podamos hacerlo á entera comodidad.

—Eso no es nada compadre, los muchachos os acomodan en un momento, vamos á ver compadre que es mucha la curiosidad que tenemos.

El compadre Ramon hizo algunas objeciones mas para que no se desacomodaran los carros pero todo fué inútil.

El Chacho queria ver los muebles y no habia mas que complacerlo.

Ya de todos modos los muchachos habian invadido los carros y principiado á destapar el mueblaje y bajar al suelo los primeros que agarraron.

Era el carro donde venian precisamente los sofás, los cuadros y los espejos que ustedes ven aqui.

Los muchachos empezaron á bajar cosa por cosa, de modo que pocos momentos despues todo estaba en el suelo.

Los muebles como ustedes mismos pueden verlos, no eran malos pero ya estaban muy usados, el dorado de los espejos se habia salido, y muchas sillas, segun lo manifestó el compadre tenian las patas rotas á consecuencia del viaje.

—Y si siguen sacándolas y andando con ellas de un lado al otro, se acabarán de romper; con los muebles ricos es preciso tener cuidado.

Una de las mujeres que habian venido con nosotros, gorda y pesada, imitando la accion de la Victor, se dejó caer en una silla para probar los elásticos sin duda, pero á la silla no le pareció bien sin duda el peso de la Capitana y aflojó las patas, dando con ella en el suelo.

El compadre Ramon puso una cara de todos los infiernos é hizo un gesto de vinagre.

Es que al caer la Capitana, arrancó una carcajada á todos, no se sabe si por el golpe de la mujer que empezó á soltar cada alaita como un ahullido, ó por la poca resistencia de la silla.

Chacho era el único que no reia esta vez, no podia dominar su mal humor y se veia claramente la poca gracia que le hacia todo aquello.

El compadre Ramon mandó volver los muebles al carro, pero Chacho detuvo á los muchachos con un ademán diciendo:

—Al contrario, que bajen todo lo demás de los otros carros; por mas que mi compadre crea lo contrario, yo no puedo llevar al salon del General Peñafozta muebles que hagan medir el suelo con el cuerpo á las importantes personas que vayan á visitarlo.

El compadre se mordió los labios y no tuvo mas remedio que aguantar.

malmente para caer en manos del enemigo, y tener entonces una disculpa para apoderarse de todo.

Así se convino en que esperarían á Chacho cómodamente en aquel mismo corral, puesto que él venía por aquel mismo camino, y podría entonces escuchar él sus cosas y defenderlas en un caso de avance.

Los carros que eran cuatro, venían perfectamente cargados y cubiertos, de modo que ninguno sabía lo que contenían.

—Antes que Chacho nadie ha de verlo, decía el compadre Ramon; y nadie trataba tampoco de ver lo que en ellos venía, porque todos los que lo acompañaban eran troperos y gente feliz indiferente á aquellas cosas.

Siendo bebida, alguna fuercita habrían hecho por verla y probarla, pero tratándose de cosas de uso ¿qué les importaba todo aquello? ya llegaría el Chacho y lo pondría en evidencia, no hay cuidado.

Chacho, además de su escolta habitual, traía una escolta extraordinaria y original.

Esta la componían su muger y algunas amigas, mugeres de jefes y oficiales de su Ejército, aguijoneadas por la curiosidad de ver antes que nadie, lo que el compadre Ramon le había llevado.

Córdoba, para aquellas provincias lejanas y privadas de todo adelanto, era como había sido Paris para nosotros ahora cincuenta años.

Bastaba decir que una cosa había sido adquirida en Córdoba ó viniere de allí, para que solamente por aquel hecho provocase la admiración de todos.

Y aquellas mugeres coquetas y curiosas como lo son todas, venían echando sus cuentas sobre los objetos preciosos y fantásticos que traería Ramon para la Victor.

Como al fin y al cabo no ha de dolerle porque no es suyo, él habrá gastado un platal, decían; pero así será también de precioso lo que traiga! chico nos va á ser el día para mirarlo todo.

Haciendo todo género de comentarios cómicos y curiosos, llegaron á este mismo paraje donde se encontraron con el compadre Ramon y su esperada tropa de carros.

La alegría era general é íntima: aquello parecía un día de fiesta patria, porque todos lo festejaban hasta disparando tiros al aire y echando dianas con las cornetas de todos los cuerpos.

Después de los abrazos de ordenanza y de haber ordenado Chacho que se campara allí, el compadre Ramon empezó á hacer su historia ante todo aquel estado mayor de jefes, oficiales y mugeres, que escuchaban en medio del mas respetuoso silencio para no perder una palabra de lo que se decía.

El compadre Ramon mandó destapar uno ne los carros para amenizar la narración, pues aquel carro no contenía otra cosa que bebidas, yerba, azúcar, galleta y provisiones por el estilo.

—Que se destape. exclamó Chacho asintiendo en la cosa, que se destape y que cada cual tome lo que quiera: la alegría mia debe ser alegría de todos, y todos deben estar tan contentos como yo.

Aquel fué un momento estupendo: todos

empezaron á acercarse al carro y á tomar con una moderación asombrosa quien un poco de yerba y azúcar, quien un poco de galleta, quien un jarrito de caña de una pipa que se abrió sobre tablas.

Y el generoso Chacho reía con una satisfacción profunda, al ver la satisfacción pintada en el semblante de sus leales.

Se bebió á la salud de los muertos y de los vivos, y hasta de los que estuvieran por morir, dando estruendosos gritos y palmoteos.

El compadre Ramon, sentado en medio del gran círculo, refería á Chacho minuciosamente todo lo que había hecho y el porqué de su tardanza.

—Mucho me costó cobrar la cosa, decía entre trago y trago, porque en Buenos Aires no es como aquí.

El gobierno manda pagar con mucha facilidad, pero el tesorero empaña los pesos de tal modo que entre sus vuevas mañana y vueva pasado, se pierde un trimestre como un día.

Esto no me embroma mucho porque yo tenía que hacer aquí y estaba gastando en esta día en Buenos Aires, inútilmente, pero que le habíamos de hacer! para es uno amigo de sus amigos.

—Pobre compadre, tan bueno y tan leal siempre! es preciso que se cobre todo lo que por mí haya gastado, que no es cuenta que, tras de lo que se ha embromado, venga todavía á perder plata.

—Déjese de eso que no vale la pena, compadre, la cuestión es que usted estuviera contento.

La cuestión es que aquellos bergantes me había pagado en plata, los diez y seis mil pesos en plata y esto me causaba una molestia espantosa.

Figúrense ustedes como iba yo á hacer para andar de un lado á otro y á lomo de mula, con semejante peso bárbaro.

Hasta el Rosario todo iba bien, porque al fin y al cabo el vapor cargaría con todo, pero del Rosario adelante la cosa era diversa.

Además de la incomodidad espantosa de andar con un peso semejante, había el peligro de que fuese á correrse la voz de que yo andaba con tanto dinero y me sucediera un mal percance en el camino.

—Bueno de mi compadre! cuanto trabajo y cuanta amoladura tomada por mí!

—Que le hemos de hacer! para eso somos los compadres y amigos! no nos hemos de morir por tan poca cosa.

Fué pensando en todo eso y calculando los inconvenientes de viajar con tanto dinero, que se me ocurrió gastar en Córdoba lo mas que pudiese, en aquellas cosas que tanta falta les hacía.

Ahora que el General Peñaloza tiene dinero, pensó, es preciso que ponga su casa como se debe, y tenga donde recibir como se debe, á las categorías que van gan á visitarlo.

Y me solté por aquellas magníficas mueblerías, á comprar todo aquello que precisaban ustedes cargado los carros que aquí ven.

Comprar muebles, era un desatino incalificable: sin embargo, el Chacho dominó un gesto de vinagre que le asomó á los ojos y

á sufrir el justo castigo que habia merecido.

Habia creído que su compadre era un imbecil á quien se podia estafar como á un chiquillo y se encontraba con que Chacho no tenia un pelo de zonzo y que, tomaba un desquite tremendo, puesto que lo avergonzaba de aquella manera ante todo su Ejército y que el cuento de aquella vergüenza lo correria de su misma provincia, donde no podria ir sin afrontar la risa de todos.

Chacho hizo alfombrar y amueblar el salon de la manera que ustedes lo ven, y en seguida empezó un baile formidable, á bombo y canto, porque lo que es el piano no se podia hacer sonar de manera alguna.

El baile duró seis días con sus correspondientes noches: habia abundancia de víveres y mientras estos no se acabaran no se acabaria aquel.

Cuando fué sorprendido el bombero de ustedes, la fiesta estaba en todo su apogeo, teniendo que huir precipitadamente para no ser sorprendidos.

Por eso están aquí todos los carros, menos el de los víveres, que aunque en él quedaban ya muy pocos, no habia porqué abandonarlos.

El salon quedado acá para ustedes ahora, como para nosotros despues, porque como ustedes no tendrán objeto en destruirlo, quedará como está ahora, y servirá siempre para descansar de aquel que ande por aquí, cualquiera que sea.

Aquella narracion hizo una gracia infinita entre nuestros gefes.

Todos conocian al que hemos llamado el compadre Ramon y que tan finamente habia querido hacer á Chacho un tiro de diez mil pesos bolivianos.

Y como no habia porque hacer otra cosa, la fiesta empezada por el Chacho siguió sostenida por la alegría de nuestras tropas.

A la noche, todas las partidas que habian

salido en persecucion de las fuerzas del Chacho, regresaban con los prisioneros que cada una habia tomado, pero con algunas plazas de menos.

Por esta sorpresa dicen que se libró el compadre Ramon de un segundo bromazo que le habia preparado Chacho para cuando llegaran á la Rioja, pues sospechándose él sin duda que aquella estafa no habia de quedar así no mas, se apretó el gorro en direccion opuesta, seguido de sus peones, yendá á sujetar el pingo en la misma ciudad de Córdoba.

Y aquel célebre salon al aire libre, permaneció allí por mucho tiempo, sirviendo de salon de descanso á unos y á otros, como Chacho lo habia dicho.

Pero el sol y las lluvias por una parte y los milicos por otra; que son una destruccion andante, se encargaron de dar fin con él.

Los muebles, desencolados y rotos empezaron á emplearse en necesidades del servicio, y concluyeron por servir solo para hacer fuego. Despues se supo que la tirada del compadre habia sido en regla.

Aquel mueblaje era el de su propia casa, con el que habia sustituido el que realmente compró en Córdoba nuevo, pero pagando solo la tercera parte de lo que habia dicho á Peñaloza.

La verdad es que el tal compadre nunca soñó que el Chacho, á las primeras de cambio le descubriese el juego y lo tratara de tan mala manera.

Esta aventura llegó á ser tan conocida, que una noche de máscaras, sirvió en el Club del Progreso de tema, para que dos traviesas niñas dirigieran al compadre Ramon las mas amargas bromas, siendo inútiles sus protestas, pues los oficiales del Ejército habian referido la cosa con sus detalles mas minuciosos.

Así la venganza de Chacho vino á ser mucho mas positiva y eficaz de lo que él habia pensado.



—Miren, dijo, que así van á acabar de romper lo que se halla descoyuntado con el viaje, los muebles buenos no se pueden manejar así como á equipaje de tropa, ahí viene un piano que puede romperse y que vale muchos cientos de pesos.

—Mejor, así nos evitaremos el trabajo de llevar á la Rioja cosas que se han de romper pronto y que no han de tener compostura.

Abajo pues todo, quiero ver de una vez hasta donde llega el buen gusto de mi compadre y hasta donde llega su inocencia.

No habia remedio; parecia que Chacho habia calculado la explotacion de su compadre y queria hacerselo entender á su modo, sin brusquedad ni groseria, con toda la irónica finura de que era capaz.

El compadre estaba como sobre alfileres, comprendia lo que Chacho queria hacer y se lo llevada el diablo.

Los muchachos empezaron á sacar de los carros todo cuanto ustedes ven aquí:

Cuando bajaron el piano, todos empezaron á aplaudir estruendosamente: en la Rioja como en todas las provincias argentinas, hay el sentimiento de la música, delicado y espontáneo, así es que la vista de un piano produce siempre un efecto maravilloso.

Pero no habia allí quien tocara y esto era ya un inconveniente.

—Ya que mi compadre ha traído piano, dijo Chacho, debió haber traído tambien quien tocara; pero no importa, ahora me acuerdo que él toca, y por el momento él nos hará el favor de una zamba agitada.

Pocas ganas de tocar debia tener el compadre, pero tenia al mismo tiempo miedo de irritar mas al Chacho, así es que haciendo de tripas corazon, se acercó al piano y se puso á tocar.

Pero todo no pasó de una intencion.

Aquel instrumento era tan piano como yo y la mayor parte de sus notas no sonaban y las que sonaban lo hacian de una manera tan desagradable, que mas valia no oirlo.

El compadre Ramon estaba como en una parrilla; miraba á todas partes con una angustia suprema y como si deseara estar á mil leguas de allí.

Aquella era una explotacion inicua, todo no valia ni quinientos bolivianos porque eran trastes viejos.

Sin duda eran los mismos muebles del compadre Ramon, que habia querido encajarlos á Chacho como cosa nueva.

Y tan claro era esto, que el mismo Chacho no pudo contener la risa y el mismo compadre rió tambien sin duda al sentirse descubierto.

—El traqueteo del viaje ha sido mucho, compadre, dijo, y los muebles han sufrido mucho: no créi yo que me sucediera semejante cosa.

—No vé compadre como hubiera sido mejor traerme los pesos para que yo comprara lo que me diera la gana?

—Ahora veo que sí y que mi cariño no ha hecho cometer una barbaridad.

Pero nada se ha perdido, no importa, una vez que estemos en la Rioja, yo me comprometo á hacer arreglar todo como cuando estaba

nuevo, y el piano yo mismo le daré una afina-da, que es lo único que necesita.

—Vamos á acomodar todo de nuevo para que no se rompa mas, á ponernos en camino para llegar cuanto antes.

—Qué esperanza! exclamó Chacho, ¿usted cree compadre que yo voy á perder tiempo en llevarme semejantes vejeces, no teniendo ni siquiera casa donde ponerlas?

Necesito el tiempo y los puestos para otras cosas mejores.

Ya que todo esto se ha comprado y que no hay mas remedio que quedarse con ello, vamos á aprovecharlo de alguna manera.

Por lo pronto vamos á armar un salon aquí mismo en este corral, que será cosa muy curiosa, y daremos en seguida en gran baile á la salud suya mi compadre.

Felizmente hay un carro de provisiones y no ha de faltarnos nada.

Una vez que nos hayamos divertido y tengamos que irnos de aquí, tendrá el enemigo un salon donde descansar como gente, y donde celebrar sus consejos de guerra para juzgarnos á nosotros mismos.

Así tendremos siempre todos un salon donde descansar cuando pasemos por aquí, hasta que los milicos vayan poco á poco haciendo fuego con los muebles y sirviéndose de ellos siquiera para calentar agua.

Así tendré el gusto de haber gastado diez mil patacones en establecer un salon para el uso de los Ejércitos en campaña.

Que mayor satisfaccion puedo tener, que haber hecho lo que nadie hasta ahora ¿qué le parece compadre?

El compadre Ramon estaba profundamente avergonzado: aquella conducta del Chacho era un bofetón dado con la mayor finura y una protesta del robo que el compadre habia querido hacerle.

Este empezó á hacer todo género de esfuerzos para que Chacho no insistiera en aquella orden tan vergonzosa para él, pero todo fué inútil.

—Si no le gustan los muebles, todavia pueden venderse y sacar por ellos mucho dinero.

No haga esta heregia, compadre, que es tirar la plata al medio del campo.

—Y usted créa compadre que nadie va á ser tan inocente para dar dos reales por todo esto y todavia tener el trabajo de venir á buscarlo aquí?

No sea infeliz, compadre, si esto no vale nada!

—Los volveré á llevar yo, dijo el compadre batiéndose en su última trinchera, los llevaré yo hasta Córdoba y los volveré á vender.

—Qué créa usted compadre que vale la pena? no jorobe, siquiera así tengo el derecho de hacerme un gusto, extraño si usted quiere, pero un gusto al fin y al cabo, y de otro modo me veria no solo privado de este gusto, sino que tendria que pagar todavia para hacerlos viajar hasta Córdoba.

Nada, vamos á alfombrar el corral, compadre, á amueblarlo y á dar en seguida una fiesta como no se ha visto otra.

El compadre Ramon comprendió que era inútil insistir mas y bajó la cabeza resignado

campana para que se hallasen presentes al casamiento, los hermanos de Mercado.

Aquellos amores eran conocidos por todo el pueblo; puesto que no se hacia sobre ellos el menor misterio, siendo mirados ya casi como marido y mujer.

Mercado tenia por Carolina una de aquellas pasiones intensas que ligan dos corazones por una eternidad.

Cuando Carolina salió á su puerta, Mercado estaba en la suya, que habian salido con igual objeto.

Peró unavez que los jóvenes se vieron, olvidaron la tropa que los habia hecho salir, y solo pensaron en mirarse.

Y como nada tenian que ocultar á nadie, empezaron á conversar en alta voz de una manera tan cariñosa que hizo sonreír á Ramon.

Los hermanos de este se habian retirado al fondo de la casa y se habian hechado bajo un parral perezosamente, á tocar la guitarra.

Tan embobidos estaban Mercado y Carolina, que no notaron que la tropa que habian salido á ver llegando al estremo de la calle dió vuelta y regresaba por el mismo camino.

Si Carolina lo hubiese notado, se habria entrado, pero estaba demasiado entretenida con su novio para reparar en ello.

Cuando Carolina recordó, el oficial y los soldados estaban encima y tuvo medio de entrarse entónces, porque el oficial podia tomarlo á desaire y hacer alguna groseria que trajera un compromiso para su novio.

Así es que dominando el miedo que esperimentó al acercarse el grupo, se quedó en la puerta mirando á Mercado con una angustia suprema.

El grupo de los soldados se iba acercando rápidamente.

El oficial que se habia fijado en Carolina sin duda desde la primera vez, puesto que regresaba por el mismo camino, venia tan embobido en la contemplacion de la joven, que ni reparó en Mercado, ni respondió al cortés saludo que este le dirigió.

La belleza de Carolina le habia deslumbrado como un rayo de sol, strayéndolo con una fuerza poderosa.

El oficial era un hombre joven, pero ordinario,

Como todos los oficiales que se habian educado al lado de Iseas, era brusco, voluntarioso y cruel.

Los oficiales que se educaban en aquella tremenda escuela, y bajo el eterno ejemplo de las iniquidades cometidas por aquel jefe, empezaban por perder todo sentimiento y concluian por hacerse tan feroces como él, cometiendo por su cuenta todo género de crueldades y hasta crímenes, porque contaban con la aprobacion brutal de su gefe, que se complacia mas, mientras mayor era la heregía que se le narraba.

El oficial que iba á pasar ante Carolina era de los mas bárbaros y crueles que tenia Iseas á sus órdenes, y esta ferocidad estaba tan intimamente acusada en el semblante, que la pobre joven, al aproximarse este, se sintió estremecer de temor, y no tuvo fuerzas ya para seguir su inspiracion de entrarse.

El oficial que venia magnetizándola con sus ojos bravos, se detuvo delante de ella y con una groseria infinita, le tocó la cara con ambas manos en una insolente caricia y le dijo una cuchufleta digna del sargento mas desbocado.

La joven quedó asorada, mientras el oficial alentado por su silencio, repitió sus cariños, cada vez con mayor insolencia.

La pobre joven se defendia de ellas, pero sin aliento, sin fuerzas ya, porque detrás de aquello veía una escena violenta con su novio y con su hermano.

Efectivamente, como movidos por el mismo resorte, Mercado por una parte y Ramon por otra, habian saltado en proteccion de su hermana.

Mercado afeaba la conducta del oficial mientras Ramon ayudaba á su hermana á entrar, le decia fuese al fondo de la casa con sus hermanos, y cerraba la puerta.

Mercado, joven bravo y decidido á todo, habia tomado al capitán de un brazo para ayudar la accion de Ramon, lo que irritó de una manera tremenda al oficial que soltó un terno formidable, dió un bofetón á Mercado y sin más trámite sacó á relucir su espada.

Ramon que cerraba la puerta, al ver la accion del oficial y el peligro que corria el joven por defender á su hermana, la volvió abrir de nuevo y se lanzó en proteccion de su amigo sin mirar su propio peligro.

Ramon era tambien valiente hasta la temeridad y no hubiera retrocedido por nada.

El trató de calmar y convencer al oficial con buenas razones, pero un nuevo sopapo de este le hizo perder los estribos y acometer entónces completamente decidido á la lucha.

Esta era repugnante: Mercado y Ramon no tenian arma alguna, mientras que el oficial no solo hacia uso de su espada, sino que los soldados habian acometido tambien sable en mano.

En estas condiciones la lucha tenia que ser rápida y fatal para los pobres jóvenes.

Nadie acudia en su auxilio porque todos tenian terror á la tropa de linea, y el pobre Ramon, á mas de todo tenia la preocupacion de que fueran á acudir sus hermanos y á hacerse matar junto con él.

Felizmente la rapidez de la lucha no les dió tiempo: Mercado, sobre quien habian cargado casi todos fué el primero en caer postrado por veinte heridas de muerte.

Ramon carcó á puñetazos, sin la menor esperanza de salvacion, pero con inmenso brio.

Y no tardó tampoco en caer aturdido por los golpes de sable y un par de hachazos recibidos desde el principio de la lucha.

El oficial, una vez que se vió sin enemigos, tuvo sin duda miedo fuera á venir gente en apoyo de aquellos infelices, gente armada que podia hacerle pasar un mal rato, y emprendió su retirada al campamento, llevándose á Ramon, porque tenia vida y podia servir para entretener su crueldad.

Ellos no habian sufrido mas de algunos puñetazos, pero puñetazos que habian dejado sus manchas violáceas, sobre todo en el semblante del oficial.

Los Urrútia

Entre los Urrútia y el Coronel Iseas, existían antecedentes tremendos.

El deseo de vengarse de Iseas habia costado ya la vida á dos Urrútia, y el último y mas jóven de ellos salvaba milagrosamente, en momentos que el mismo Iseas trataba de quitarle la vida.

Estos antecedentes son dignos de referirse hasta en su menor detalle, pues ellos envuelven la tragedia mas conmovedora tal vez, de cuantas se desenvolvieron en el interior entónces.

Los Urrútia era una familia de cierta posicion é importancia, que vivia en uno de los pueblos de la provincia de San Luis.

El padre, viejo y bravo guerrero, habia muerto sobre el campo de batalla, al lado de Chacho en uno de sus mas sangrientos combates, dejando su familia que mas tarde tuvo la desgracia de perder tambien la madre.

Y quedó reducida á tres hermanos y una hermana de estupenda belleza á quien aquellos querian con idolatria verdadera, idolatria de que la bella jóven era digna bajo todo punto de vista.

Ramon, el mayor, tenia sus treinta y cinco años, treinta Pablo y quince Javier, que era el mas jóven.

Ramon era el gefe de la familia, carifosamente reconocido por todos.

Gefe de ella habia sido en vida de la madre que era la primera en reconocerlo como tal, y gefe habia quedado, con mayor razon, despues que esta hubo muerto recomendandoles lo miraran como á su padre.

Lo que Ramon decia se hacia siempre, sin discusion alguna, pues á mas de la mayor suma de carifio habia la mayor suma de respecto.

Recordando el fin trágico del padre y la necesidad en que estaba de velar por la hermana, Ramon le habia sacado siempre el cuerpo al servicio de las armas.

Chachista de corazon, habia sabido mantenerse sin tomar parte en aquellas largas campañas, y del Ejército Nacional se habia escondido siempre que este habia pasado por su pueblo.

Pablo, de otro temperamento, mas ardiente, le tiraba por el lado de la guerra.

Muchas veces habia querido tomar las armas en defensa de la causa del Chacho, pero su hermano le habia rogado que no lo hiciera, primero, y viendo que insistia, se lo habia prohibido mas tarde, invocando la memoria de a madre.

Pablo se resignó por completo y no volvió á hablar mas del asunto, despues de estas últimas palabras de su hermano.

— Yo no soy inmortal, y puedo faltar el dia menos pensado; y si tu anduvieras en campaña entónces jugando la vida á cada momento, qué sería de Carolina?

— Tienes razon, repuso Pablo, y no volvió á hablarse mas de semejante cosa.

Una tarde calurosa del mes de Enero, los cuatro hermanos se hallaban en el gran pátio de la casa paterna, conversando de los últimos sucesos de la guerra, cuando se detuvo en la puerta un grupo de soldados mandado por un oficial.

El Regimiento de Iseas habia campado á la orilla del pueblo, sin que nadie lo supiera, é Iseas habia enviado varias comisiones, como tenia de costumbre á que fuesen en busca de viveres y gente buena para incorporar á sus tropas.

Los soldados se habian detenido casualmente sin duda, pues miraron al pátio y siguieron despues tranquilamente su marcha.

Ramon mandó en el acto á sus hermanos fueran é esconderse, quedando el tranquilamente con Carolina.

Era necesario no dar á sospechar nada, de modo que si aquellos soldados volvian á pasar mas tarde, no notaran nada de extraordinario.

El paso de tropa, por antipatica que fuera, despertaba siempre una curiosidad invencible, saliendo muchos á la puerta á mirarla de atrás, cuando no habia mayor peligro.

Carolina impulsada por esta natural curiosidad saltó á la puerta y miró el grupo de soldados, que al parecer no llevaban el menor propósito hóstil, vista la tranquilidad con que marchaban,

Ramon se habia quedado en el patio, en el mismo sitio que ocupara, mirando hacia la puerta y sonriendo de la inocente curiosidad de la jóven.

Al lado de la casa de los Urrútia, vivia la familia de Mercado, compuesta de los dos viejos y un hijo de veinte y cinco años, único que le quedaba, pues los otros habian muerto ó andaban en campaña con Peñaloza.

El jóven Mercado tenia amores con Carolina, desde la niñez, amores consentidos por la madre de esta primero, y por Ramon despues, que tenia por Mercado un carifio sin límites, leal é invariable.

Los dos jóvenes debian casarse muy pronto y solo esperaban la terminacion de aquella

montoneros, porque era mas rápida y le permitia matar muchos en poco tiempo.

—Y á mí me ván á matar? y por qué me ván á matar? gritaba Ramon haciendo esfuerzos violentos por librarse de los soldados que lo sujetaban.

Pero estaba bien agarrado era imposible hacer el menor movimiento.

De modo que tenia que contenerse de con lanzar todo genero de gritos é injurias á aquellos verdaderos bandidos, que las recibian en medio de estruendosas carcajadas.

—No solamente te voy á matar por montonero, le dijo Iseas, sino que voy á hacer traer en seguida al campamento la muchachuela causa de este barullo para que el capitán pueda desquitarse alegremente de los puñetazos recibidos.

Aquello era demasiado, y causó tal impresion en el espíritu del jóven, que haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró soltarse avanzando sobre Iseas con los puños crispados.

Pero antes que diera dos pasos lo habian agarrado de nuevo y volteado al suelo.

Iseas prorumpió entonces en injurias de todo género, y mandó que le pegaran el tiro atrás de la oreja.

Inútiles fueron los débiles esfuerzos que pudo hacer el jóven: uno de los soldados se le acercó, descargó la boca de la carabina en el punto indicado por Iseas é hizo fuego.

Renunciamos á pintar el cuadro horrible que siguió á aquel asesinato cobarde, porque muchos de nuestros lectores no lo creerian, á pesar de que en nuestro relato citamos el nombre de personas conocidas y vivas aún, á quienes se puede preguntar quien era el Coronel Iseas.

Una vez muerto el jóven, fué arrastrado por los piés léjos del campamento para que no incomodara.

Aquella no era la única iniquidad cometida aquel día, ya Iseas, habia cometido otras hazañas por el estulo, de modo que no fué aquel el solo cadáver allí depositado.

Cuando Pablo llegó al campamento no se hablaba de otra cosa, pues efectivamente se preparaban á ir á buscar la hermana de la victima, cuya belleza habia ponderado el oficial de todos modos.

Llevado á presencia de Iseas, este le preguntó que buscaba allí, que habia ido á buscar sable en mano.

—Señor, señor, exclamó el desesperado jóven creyendo que en aquel gefe iba á encontrar un amparo: vengo á buscar á un hermano mio que han traído preso ayer y cuya libertad suplico á usted.

—Y á tu hermano lo venias á buscar sable en mano, sin duda para llevartelo por la fuerza?

—No señor, ese era un sable que tenia casualmente en la mano, porque con él salí de casa para defenderlo.

—Ah! montonere! entonces sos de los montoneros que ayer acometieron á un oficial mio? yo te voy á dar sable, pedazo de picaro y á enseñarte á respetar los oficiales del Ejército.

—Si yo no he acometido á nadie, señor, si son ellos los que han atropellado á mi pobre

hermana, han muerto á su novio y se han traído aquí á mi hermano.

—Con que vos sos hermano del salteador de anoche? ah! hijo de mala madre! salteador! yo te voy á dar justicia!

Pablo, desesperado, quiso esplicar á Iseas lo que habia sucedido, y como su oficial habia sido el único culpable, pero Iseas no le quiso escuchar una sola palabra.

—Llevenlo primero á que su hermano le cuente lo que le ha sucedido, dijo Iseas; llevenlo á ver si despues quiere todavía que le haga justicia ó se manda mudar prévia una paliza.

El jóven pensó que realmente lo llevaban á hablar con su hermano, y lleno de alegría siguió á los soldados que se encaminaron, riendo unos y conmovidos otros, al paraje donde estaba el cadáver de aquel.

Imposible es pintar la desesperacion de Pablo al conocer el helado cadáver de su hermano.

—Ramon, Ramon querido! exclamó con voz sollozante, te han asesinado! y se echó sobre el cadáver cubriéndolo con sus mas espresivas caricias.

—Y quien lo ha asesinado? gimió, y por qué lo han asesinado á él que era la bondad personificada?

—No sabemos nada absolutamente; el Coronel le mandó pegar un tiro atrás de la oreja y traer aqui junto con esos otros que han corrido igual suerte, dijeron los soldados.

Pablo estaba aturdido; abrazado del cadáver de Ramon, lloraba como una mujer, sin atender á otra cosa.

Los soldados que le vieron así, dominados por el dolor se retiraron, despues de aconsejarle uno de ellos que se fuera del campamento sin volver á hablar con el Coronel.

Es un hombre terrible, le dijo uno de ellos y seria capaz de hacer con usted lo que ha hecho con esos otros.

Pablo, puede decirse que no escuchó estas palabras: arrodillado ante el cadáver, parecia absorto en su dolor.

Y las lágrimas caian sobre la ensangrentada cabeza que cubria de besos apasionados.

Al cabo de muchas horas, Pablo levantó la vista, miró á su alrededor, y un relámpago de ira brilló en sus ojos.

Y separándose del cadáver empezó á caminar en direccion al campamento.

El pobre jóven parecia inconsciente de lo que hacia: su mirada inmóvil era la de un idiota, pero su paso parecia perfectamente seguro.

Al llegar al campamento de Iseas, un oficial lo detuvo preguntándole á dónde iba.

Pero Pablo pareció no escuchar nada y siguió marchando.

Fué necesario que el oficial le diera un golpe en el hombro y repitiera su pregunta.

—A dónde vá amigo por ese lado?

—Voy á hablar con el Coronel, contestó el jóven dulcemente, quiero hablar con él antes de comer.

Nada habia en aquella cara bondadosa que importase una amenaza, ni siquiera una actitud desoemedida.

Pablo era fuertemente simpático y el drama

Y se alejaron tan rápidamente, llevando á la rastra á Ramon, que bien pronto se perdió al volver la calle y entre la oscuridad de la noche.

Recien entonces, y confundidos entre un grupo de vecinos, aparecieron Pablo y Javier, para quienes aun era un misterio lo sucedido.

En el fondo de la casa y á causa del canto y guitareo á que se habian entregado, no habia llegado hasta ellos el rumor de la lucha.

Carolina, sin poder dar un paso, y embargada por el mas hondo terror, habia quedado inmóvil en medio del patio sin atinar con lo que debia de hacer.

Al mucho rato se dirigió al fondo y se acercó á sus hermanos, pero no pudo pronunciar ni una palabra, sino hacer señas desesperantes que aquellos no entendieron en el primer momento.

Cuando Pablo pudo darse una cuenta confusa de lo que sucedia, porque Carolina balbuceaba confusamente palabras inteligibles, se lanzó á la pieza de Ramon donde tomó un sable que allí habia y seguido de Javier que no acertó ni siquiera á tomar un palo, salian á la calle en momentos en que muchos vecinos hacian lo mismo.

El cuadro fué sombrío y doloroso, porque lo primero con que tropezaron los ojos de los jóvenes fué con el ensangrentado cadáver de su amigo, sobre el que lloraban sus padres de una manera desesperada.

Qué habia pasado allí? en donde estaba Ramon que no lo veian la noche cerraba y aumentaba la confusion de todos.

Era tal la desesperacion y el dolor que acusaban los jóvenes, que nadie se atrevia á responder á sus múltiples preguntas.

Temian todos que ante la realidad de los hechos fueran á perder la razon.

—Y Ramon, dónde está Ramon? preguntaban tendiendo su vista por todas partes, sin apartarse del cadáver aun caliente de Mercado.

Tan peligrosa podia ser la verdad como la duda, y como al fin Ramon no habia muerto, uno de ellos se acercó á Pablo y en pocas palabras narró lo sucedido.

—A Mercado, ya lo vez, lo han muerto, concluyó aquel; pero á Ramon, felizmente no le ha sucedido nada, lo han llevado preso al campamento probablemente y no tardará en volver.

—O lo habrán asesinado en el camino, gimió Pablo: yo voy á buscarlo ó á correr su suerte.

Los amigos lo contuvieron y empezaron á hacerle un cúmulo de reflexiones.

—Es necesario esperar hasta mañana á ver si vuelven, pues es natural que lo pongan en libertad, una vez que sepan lo que ha pasado.

Si vás ahora, los vas á tomar enojados y tal vez te pongan preso tambien.

—Y qué vás á conseguir con hacerte embromar?

—Y qué me importa á mi lo que puedan hacerme? yo tengo que ir á socorrer á Ramon y esto es todo: mientras que espero su vuelta tal vez lo maten, y esto no puede ser.

Y el pobre jóven se tiraba los cabellos hasta arrancárselos á puñados.

—Piensa que si te vás, Carolina queda de-

samparada y tal vez ella necesita tu proteccion mas que tu hermano.

—Con ella queda Javier, dijo Pablo casi llorando, y con la mas suprema angustia—es preciso que nos repartamos en situacion tan tremenda y que él se quede con Carolina mientras yo corro en auxilio de Ramon.

—Quédate hermano, añadió, quédate yo te lo pido en nombre de nuestros padres, tal vez este tiempo que yo pierdo cueste la vida á Ramon, tu socorre á Carolina que es ahora la mas desventurada, y señaló el cadáver á cuyo alrededor todos se habian arrodillado.

Javier, que era un niño, se resolvió á que- darse llorando y dijo á su hermano:

—Anda Pablo, anda y que Dios te ayude, yo me quedaré con Carolina.

Pablo, sin abandonar el sable que tenia en la mano, echó á correr, aunque sin direccion fija: él mismo no sabia adonde habia de dirigirse.

El pobre iba medio loco y sin saber lo que habia de hacer.

Dónde quedaba el campamento de aquella tropa que nadie habia visto llegar? dónde habian llevado á Ramon?

La noticia de lo sucedido cundió por todo el pueblo con tal celeridad, que todos, al ver cruzar á Pablo como un loco, sabian ya el objeto de aquella carrera vertiginosa.

Preguntando á unos y á otros, la direccion que habian seguido los soldados que llevaban á Ramon, Pablo dió por fin con el campamento, llegando á él casi al amanecer.

La guardia lo tomó, lo desarmó y lo condujo á donde estaba Iseas, saboreando todavia las escenas que habian tenido lugar la tarde anterior.

Iseas habia recibido en medio de estruendosas carcajadas, la narracion que á su modo y desfigurando los hechos le hacia el oficial que condujo á Ramon.

Este le habia dicho que fué acometido por dos individuos, montoneros sin duda.

Que acometido asi no habia tenido mas remedio que matar.

La indignacion que experimentaba el pobre jóven, lo conservaba en todos sus brios, á pesar de los golpes y heridas recibidas.

Así es que apenas concluyó de hablar aquel miserable, saltó como un tigre, gritando en mentir que hizo estremecer á todos los circunstantes.

Y narró precipitadamente y con una energía tremenda la verdad de lo que habia sucedido.

—Y si tenés una hermana tan buena moza, como querés que no te la codicien? dijo Iseas.

Es natural que le hayan hecho un cariño y es una insolencia lo que han hecho ustedes.

Que creen que así no, mas se puede trompear á un oficial, picaro montonero?

—Yo no soy montonero, gritó el jóven loco ya de indignacion, montoneros son los bandidos que hacen lo que ha hecho ese cobarde.

No habia concluido de decirlo cuando fué saludado con un garrotazo de mano maestra.

El jóven prorumpió en nuevas injurias, é Iseas, riendo siempre y con repugnante tranquilidad le mandó pegar un tiro atrás de la oreja.

Era la manera inventada por él para matar

Todos ustedes son una manga de pícaros, hijos de mala madre, que lo que quieren es verme muerto para poder hacer sus picardías.

Y se revolvia á todos lados dando de puntapiés y puñetazos á todo el que quebaba al alcance de sus manos ó de sus pies.

Y los oficiales y soldados habian enmudecido, no atreviéndose á chistar palabra, por temor de que fuera á hacer efectivas sus amenazas.

La herida que habia recibido en el brazo era de poca gravedad.

El mismo se la hizo vendar con sus asistentes, dándola por curada en el acto.

Y activó los preparativos de marcha, porque dijo que si quedaba allí un momento mas, iba á mandar pasar á degüello á aquella poblacion maldecida.

Y mientras le vendaban el brazo y los asistentes se ocupaban en acomodar todo para la marcha, se entretuvo en dar de patadas al cadáver de Pablo.

Una hora despues, la division de Iseas se ponía en marcha, dejando tras si el recuerdo tremendo de sus ferocidades.

La poblacion entretanto, quedaba dominada por el mas justo terror.

Los hombres se habian escondido unos y ganado al campo otros, temiendo la repetición de enormidades como la sucedida á los Urrutia, mientras las mujeres, encerradas en sus casas, eran presa de justo sobresalto y terror.

Cada rumor que se sentia, pensaban que ya venian fuerzas de Iseas á matarlos, pues al saber que era Iseas el que estaba allí con fuerzas empezaron á temer desgracias de todo género.

Los amigos de los Urrutia estaban costernados, porque se suponian que ni Ramon ni Pablo volverian, pues por lo menos Iseas los incorporaria á su Regimiento.

La casa de Mercado se habia llenado de amigos que recogieron su cadáver y los llevaron á su casa para velarlo y darle sepultura.

La desventurada Carolina parecia haber perdido la razon completamente.

Con la mirada dilatada de un modo terrible, pasaba de la casa de Mercado á la suya, á ver si habian vuesto sus hermanos.

Sin derramar una sola lágrima, preguntaba si Ramon y Pablo no habian vuelto, y estas preguntas las hacia con una tranquilidad aterradorá, porque esto los convenia aún mas, que Carolina no estaba en su juicio.

De cuando en cuando se acercaba al cadáver de su novio y lo llenaba de caricias pronunciando las palabras mas tocantes y conmovedoras.

El pobra Javier se encontraba en una situacion tremenda.

No se atrevia á abandonar á su hermana en una situacion semejante y queria trasladarse al campamento en busca de sus hermanos, lo que era una verdadera locura segun los amigos que lo rodeaban.

—Es preciso esperar, le decian, el campamento está muy lejos y tus hermanos tienen que tardar mucho para ir y volver.

—Y si les sucede una desgracia? y si los

han muerto? voy á morirme de desesperacion, pensando que han muerto porque yo no los he socorrido.

—Pero si tú no puedes socorrerlos de ningun modo ¿cómo vés á evitar tú la desgracia que ya les haya sucedido?

¿Y si no les ha sucedido nada, cómo vés á evitar que el gefe de esa tropa haga sus habituales iniquidades?

—Pues entónces correré la suerte que ellos corran y mi conciencia estará tranquila, porque habré cumplido con mi deber.

—Con tu deber! eso es una locura y nada mas; tu deber es quedarte aquí á cuidar á tu hermana, que está por volverse loca si es que no lo está ya.

Si tú corres la suerte de tus hermanos, quién vá á mirar por esta infeliz criatura.

Tú eres su único amparo por el momento y tu deber es entónces estar á su lado, para evitar cualquier desgracia que pudiera sucederle, este es tu verdadero deber.

Si tú te vés tambien, lo primero que vá á suceder es que Carolina pierda el último átamo de juicio que pueda quedarle ahora, y como tú, quiera irse al campamento á buscarlo.

Y si Carolina vá al campamento, ya puedes suponer la suerte que correria entre aquellos miserables.

No la dejarian volver mas, y entónces si que no les quedaria á ustedes mas remedio que hacerse volar la cabeza.

Esta consideracion fué la que mas pudo en el ánimo de Javier.

Pensó que si él iba al campamento, Carolina lo seguiria, se imaginó lo que seria de ella entre aquella soldatesca bárbara y se decidió por fin á quedarse.

—Yo me quedo, dijo, pero es preciso que ustedes muestren á Ramon y á Pablo las razones que me he hecho quedar, que ellos las palpen y se convenzan que no me he quedado ni por cobardia ni por falta de cariño.

—Tu te quedas porque así te lo impone el cumplimiento de tu deber y nada mas, y Ramon que es un hombre recto y de razon clara, aprobará todo cuanto hayas hecho, nosotros te lo garantimos.

Ahora lo que es preciso es ver si hacemos llorar á Carolina, para que desahogue un poco del inmenso dolor que la oprime.

Si ella no llora por desahogar su pena, el estallido del dolor puede concluir de turbar su razon ya vacilante, y tener entónces la peor desgracia que nos pudiera suceder.

Vamos á lamentar la muerte de Mercado, á pintarle lo feliz que hubiera sido casada con él que la amaba tanto, á tocar su corazon en fin, en las fibras mas delicadas, para ver si de este modo podemos producir el llanto que debe salvarla de la locura.

Carolina estaba sentada al lado del cadáver de su novio, cuando entró á buscarla Javier acompañado de sus amigos.

La pobre niña, palida y azorada, prodigaba siempre por sus mas tiernas caricias al cadáver de su novio, pero sin derramar una lágrima!

—Pobre jóven! dijo en alta voz el mismo que habia estado dando á Javier aquellos consejos, y tan feliz que hubiera sido el pobre

que habia terminado con la muerte de su hermano, drama de todos conocidos; le hacia mas simpático todavia.

Previendo que Pablo fuera á provocar la ferocidad del Coronel con alguna queja, el oficial aquel deteniéndolo siempre, le dijo: ¿y a qué diablos quiere ver al Coronel, amigo?

Déjese de eso, mire que el hombre es malo y puede sucederle una nueva desgracia; siga mi consejo y váyase á su casa no más.

—Pero si yo no voy á decirle nada malo, exclamó Pablo, siempre con acento dulcísimo, voy á pedirle que me deje llevar el cadáver de mi hermano para darle la debida sepultura; creo que por esto no se ha de enojar.

—Si no es nada mas que esto, vaya no más; pero mire, no le dirija el menor reproche, por lo sucedido ya, porque esto lo va á irritar; y ese hombre es tremendo.

—Y qué reproche quiere que le dirija? me daré por muy feliz con que me entreguen el cadáver y se acabó: es lo único que yo deseo.

El paso franco, el pobre jóven siguió avanzando hasta donde estaba Iseas.

Completamente dueño de sí, el jóven habia tomado una resolucion tremenda, resolucion que iba á cumplir á toda costa.

Quería vengar la muerte de su hermano, cualquiera que fuesen las consecuencias que esa venganza pudiera traerle y disimulaba con una fuerza de voluntad terrible, para el mejor logro de su objeto.

El no llevaba consigo arma alguna, pero qué le importaba esto? armas no le habian de faltar en el momento oportuno; la cuestion del momento era acercarse á Iseas.

Detenido nuevamente antes de poder acercarse Pablo tuvo que manifestar que tenia que hacer un pedido al Coronel, hablando con tal mansedumbre, que nadie creyó deber cerrarle el paso.

Iseas estaba rodeado de algunos oficiales ayudantes suyos y soldados, asistentes, que estaban arreglándolo todo para la marcha.

El Coronel habia decidido seguir marcha aquella misma tarde, y el campamento semovia ya todo en sus últimos preparativos.

Acababan de churrasquear, y por todas partes se veian restos de comida.

Los ojos de Pablo se fijaron desde el primer momento en un puñalito que estaba en el suelo, cerca de Iseas y perteneciente á él sin duda, y sus ojos brillaron con un fulgor extraño.

—Y qué quiere ese? preguntó el Coronel viendo aproximarse al jóven, á quien no reconoció de pronto.

—Es el hermano del otro que se hizo matar, contestó el oficial, que quiere pedir algo antes de irse.

—Á ver, que se acerque, dijo Iseas mirándolo de una manera amenazadora y sombría, que se acerque y diga pronto, que no tengo tiempo que perder.

Pablo sin apartar la mirada de aquel puñalito, se aproximó á Iseas y con su voz mas suave le manifestó que iba á hacerle un pedido.

—Quiero suplicarle, dijo, que me deje llevar el cadáver de mi hermano para darle sepultura, si esto no contraria alguna resolucion del señor Coronel.

Y á medida que hablaba se iba aproximando cada vez mas, con increíble indiferencia.

—Y qué me importa que te lleves esa podredumbre? repuso; que te la lleves ó que se la coman los perros, me es absolutamente lo mismo y para eso no valia la pena de incomodarse.

Con que largo de aquí y cuidadito con que te me pongas mas por delante.

Pablo, con una perfecta tranquilidad, avanzó todavia diciendo:

—Estoy muy agradecido á las bondades del señor Coronel y en mi tiene un servidor que puede ocupar en todo cuanto guste.

A pesar de lo extraño de aquellas palabras en un hombre ofendido de la manera que lo habia sido aquel, no llamaron la atencion de Iseas.

Creyó sin duda que era el miedo el que las dictaba y se limitó á hacerle un ademán de despedida.

Entonces Pablo que se habia aproximado á Iseas como tendiéndole la mano, saltó con una rapidez de tigre sobre aquel puñalito que habia estado mirando desde el principio, y en seguida sobre Iseas que quedó un segundo inmóvil por el asombro, segundo que bastó sin embargo para que Pablo le diera una puñalada que, desgraciadamente solo alcanzó al brazo izquierdo!

En el acto de sentirse herido, Iseas se incorporó y evitó el nuevo golpe que su agresor le descargara.

Ya hemos dicho que Iseas era un hombre bravo y sumamente vigoroso.

Se habia tomado á brazo partido con Pablo que relativamente era débil, aunque ágil, y prendido uno de otro habian rodado por el suelo.

Pablo desde aquel momento no pudo herir mas.

De todos modos, el puñalito era tan pequeño, que solo hiriendo en partes precisas habria producido la muerte.

Vueltos de su asombro, todos los que rodeaban á Iseas, cayeron sobre Pablo para contenerlo y desarmarlo, lo que entre todos se logró fácilmente.

El pobre jóven se encontró desarmado y á disposicion de sus verdugos, sin haber podido lograr la venganza que alli lo llevó.

—Un tiro atrás de la oreja! un tiro atrás de la oreja! gritó Iseas con la voz agitada y jadeante, pues Pablo, para defenderse lo habia obligado á hacer extraordinarios esfuerzos.

—No me importa la vida, gritó á su vez Pablo, puesto que á jugarla vino, lo que me duele, lo que me desespera es no haber podido partirme el corazon!

Y resignado y bravo como Ramon, plegó la cabeza que saltó partida por el tiro atrás de la oreja, que simultaneamente le dispararon tres ó cuatro de los soldados.

Iseas estaba enconado de una manera estúpida y no cesaba de pronunciar cuantas palabras ya tiene el vocabulario militar, contra sus oficiales y soldados.

—Al primero gritaba, el primero que en adelante deje acercarse á mí un montonero, le dejo yo seco de un tiro.

tenian tiempo de sobra de haber vuelto, y si no lo habian hecho era porque alguna desgracia debia de haberles sucedido.

Cuando volvieron los que habian ido a enterrar á Mercado, se encontraron con la novedad de que las fuerzas de Iseas habian levantado campamento, y se habian puesto en marcha despues de cometer mil iniquidades de todo género.

Se habian llevado una porcion de gente, segun decian los paisanos, fuera de los que habian matado en el campamento porque así les dió la gana.

Una nueva duda, duda tremenda y sombría, empezó á agitar de nuevo el corazon del hermano y amigos de Ramon y Pablo.

Habrian sido llevados estos por las fuerzas de Iseas, ó habrian sido muertos por alguna temeridad que su desesperacion les habria hecho cometer?

La duda era tremenda, y lo peor era que no podria salirse de ella hasta el siguiente dia.

Antes de llegar al campamento dejado por Iseas cerraria la noche y toda pesquisa se haria imposible.

Que algo habia sucedido á los jóvenes no tenia duda, porqué sinó ya habrian vuelto.

De todos modos no habia mas remedio que esperar el dia siguiente y fué preciso resignarse á ello.

Carolina lloraba, lloraba de una manera desesperada porque decia que, sinó los hubieran muerto, ya sus hermanos habrian hallado el medio de escaparse y volver.

La noche fué pasada en medio de la mas terrible angustia y desesperacion, tratando cada cual de consolar á Carolina de la mejor manera que se les ocurria.

—Es posible que se hayan escapado, decia uno, pero que no hayan querido volver á casa por temor de ser presos nuevamente.

Entonces es fácil que anden escondidos en el campo y que no vengan hasta tener la certeza que ellos han marchado.

Esta consoladora suposicion era muy aceptable y con ellos se consolaron todes hasta la mañana siguiente en que ya sabrian de una manera segura lo que habia sido de Ramon y Pablo.

Apenas amaneció el dia, se organizó una pequeña caravana compuesta ne Javier y cuatros amigos, para ir á buscar entre los muertos que habian quedado en el campamento, segun se decia, los cadáveres de Pablo y Ramon, siendo seguros que si no estaban entre ellos, es porque se hallaban vivos, ya destinados dentro las fuerzas de Iseas, ó ya fugitivos en el campo.

Sus amigos se dirigieron al campamento, pero dominados por un presentimiento triste.

En la situacion de espiritu en que iba Ramon herido y estropeado, era natural que hubiera pronunciado palabras que el mismo no habria podido medir y que lo hubieran muerto.

Y Pablo, el noble Pablo, al ver muerto á su hermano era lógico que su desesperacion le hubiera hecho tambien cometer alguna violencia hubiera costado la vida.

Y tan naturales hallaban estas suposiciones, que muchos preferian sostenerse en la duda porque tenian la certeza que no iban á hallar

sinó sus cadáveres, lo que era mejor, porque así el golpe no seria tan violento.

Algunos que se les habian reunido en el camino y que conocian el parage, los guiaron hasta el campamento que ocupó Iseas, y que ya conocian porque la misma noche anterior habian estado en él á buscar lo que podian haber dejado olvidado ó podian haber dejado olvidado ó podian haber perdido los soldados.

Muchos de estos habian visto tambien los cadáveres, pero no habiendo hecho en ellos un exámen prolijo, no podian responder á la pregunta de si estaria ó uó el de Ramon y Pablo.

Todos los cadáveres tenian la cabeza destruzada, porque habian recibido el dichoso tiro atrás de la oreja y era imposible reconocerlos por el semblante.

En cuanto á la ropa exterior, era aún mayor la confusion, porque los soldados los desnudaron, dejándoles á penas la ropa blanca.

Si esto era un dato para un hermano, no podia serlo para un extraño, así es que nada pudieren responder en este sentido.

Todos llegaron al campamento maldecido, experimentando un sentimiento de horror al contemplar todos aquellos cadáveres, igualmente mutilados en la cabeza.

Para reconocerlos habia queardarlos vuelta y examinarlos prolijamente.

Dominando por el momento todo sentimiento de horror, Javier y sus amigos se aproximaron á los cadáveres y empezaron á removerlos, buscando en aquellos rostros ensangrentados, algun rostro de aquellos que buscaban.

De pronto el joven lanzó un grito espantoso se tambaleó como un borracho, y se tomó de uno de los compañeros para no caer.

—Qué es eso? qué tienes? qué te pasa? le preguntaron alarmados por la palidez que cubrió su rostro inmediatamente.

—Ramon! exclamó sollozando y dejándose caer de rodillas, Ramon, el pobre Ramon, y los sollozos hicieron su palabra ininteligible.

—Pero estás seguro que es Ramon, mira que esta cara ya no tiene forma humana, no te equivoques amigo.

—Y pusedo yo equivocarme tratándose de Ramon, repuso Javier sin poder ya contener su llanto: me bastaria solo verle un pié para conocerlo.

Es su cadáver, bárbaros, le han muerto como un perro!

Y se prendió al cuerpo, que habia empezado á descomponerse, prodigándole las mas tiernas caricias.

Y para que no hubiera duda se desprendió la ropa de paño para mostrar su camisa igual á la que aquel cadáver vestia.

—Qué me importa que le hayan hecho volar la cabeza, decia, si le han dejado intacto el cuerpo?

Ahi está la cicatriz de su mano derecha, leal mano que no volveremos á estrechar mas; ahi está el lunar del cuello y todo su aire noble y bondadoso.

Pobre Ramon, hermano mio, le han asesinado esos cobardes de la manera mas salvaje!

Y acariciaba el cadáver buscando nuevas señas para satisfaccion de los otros y llorando con amargura infinita.

realizando este casamiento que fué el proyecto de toda su vida!

El amaba inmensamente á su nóvía y la única felicidad real que para él habia sobre la tierra, era el hecho de su casamiento.

Carolina miró á su hermano y miró al que acababa de hablar, pero como si no lo hubiera entendido, indiferente á sus palabras.

—Comprendo lo que usted debe sufrir, dijo entonces aquel dirigiéndose á la jóven.

Ese pobre jóven, con su muerte, ha venido á darle la mas grande prueba de su cariño por usted.

El no vió mas que la ofensa por usted recibida, la insolencia de aquellos bárbaros, y sin armas y hasta sin esperanzas de vencer se lanzó al combate.

Que podia importarle la vida, si al fin y al cabo iba á jugarla por usted.

Yo mismo le vi pronunciar su nombre antes de morir, diciendo que moria feliz, puesto que moria en defensa de usted, y empujado por su amor.

Carolina escuchaba con mayor atencion, como si empezara á comprender lo que le decian, y arrugaba la frente dejando oír de cuando en cuando un inmenso sollozo.

—Ahora es el momento de apretar la mano, añadió el que habia ablado hasta entonces, tocando con el pié á Javier, lamenta tú tambien su muerte.

Javier se acercó al cadáver y despues de besarlo en la frente, dijo á Carolina:

—Pobre hermana mia! cnánto te amaba el pobre! á mi para quien no tenia jamás secretos, me contaba todas sus esperanzas de felicidad y hablaba de ti como se puede hablar de la virgen Maria.

Corazon noble y apasionado, habia esprimido para tí todo su amor, toda su vida: quién le hubiera dicho que habia de morir sin realizar su casamiento.

—Pobre amigo mio! mi hermanó puede decir: dorme en paz este maldito sueño, cuyo despertar no se conoce! ya no nos queda mas sueño que llorarte como tú lo mereces, pobre amigo.

Y en un movimiento de verdadero cariño, volvió á besar la frente del cadáver.

Carolina sollozó mas fuertemente y se abrazó del cadáver y de su hermano.

—Pobre mi Carolina! añadió entonces Javier interpretando las señas que le hacia su amigo, ya no te queda mas que el recuerdo de un cariño bueno y noble! ya no tendrás mas consuelo que llorarlo, llora esta pérdida irreparable ya ¿como has de poder consolarte nunca de su muerte? esto es horrible!

Y cuando pienso de la manerá bárbara que lo han muerto, el dolor inmenso que habrá experimentado el pobre al sentirse morir tan cerca de tí, siento che el corazon se me encoje y que las lagrimas se agoipan tambien á mis ojos.

Carolina, al oír á su hermano, escondiendo la juvenil cabeza sobre su pecho, empezó á llorar silenciosamente primero, pero un momento despues lloraba con desesperacion profunda.

Javier empezaba entonces á aumentar su pena y su llanto, con palabras por el estilo de

las ya pronunciadas. hasta que no pudiendo soportar mas su angustia, se desprendió de los brazos de Javier, y abrazados al cadáver de su nóvío, rompió á llorar de una manera desconsoladora.

Y lloró toda la mañana, sin que hubiera entonces reflexion bastante á consolarla.

Ahora, las palabras de consuelo que se pronunciaban á su oído, no hacian que aumentar su dolor y renovar su llanto espresisimo.

Javier estaba afijidísimos con aquel llanto continuo, pero sus amigos que aquel era el remedio que necesitaba su hermana para escapar á la locura.

—Déjala llorar, déjala, le decian, que por el llanto nadie se enloquece; es el mismo llanto por el contrario, lo que ha de consolarla como no la hemos de consolar nosotros con todos nuestros discursos.

En cuanto el llanto hubo calmado un poco Carolina levantó su hermosa cabeza, y preguntó á Javier por sus hermanos, manifestando estrañeza de no verlos allí.

—Han ido á quejarse al gefe de las fuerzas de la iniquidad que han hecho aquellos asesinos; ya no han de tardar en volver.

—Pero allí los van á matar por el hecho de ir á quejarse, esa gente es tan infame!

Porqué no vas á buscarlos, Javier? yo quiero que vengan, porque puede aumentarse nuestra desesperacion por alguna nueva desgracia.

—No te afijas hermana mia, yo no los voy á buscar, porque como ellos se fueron anoche, no han de tardar ya en volver.

Si acaso tardan mas de lo debido, entonces si irá á buscarlos para evitar una nueva desgracia.

La preocupacion de Carolina, desde aquel momento, fué la vuelta de sus hermanos.

Acariciaba aquel cadáver á cada momento, acamodaba sus cabellos y preguntaba en seguida si no habian vuelto Ramon y Pablo.

Como el tiempo habia pasado, fue necesario pensar ya en dar sepultura á Mercado, lo que vino a distraer la jóven de su nueva preocupacion.

Se acomodo el cadáver lo mejor que se pudo, y se lo condujo al cementerio del pueblo, poco distante de allí, para darle sepultura.

Carolina no quiso separarse del cadáver un momento y lo acompañó hasta la misma fosa abierta para él.

Este fué el momento tremendo para la pobre jóven; cuando vió que empezaban á cubrir con tierra el cuerpo querido, quiso oponerse y arrojarle tambien dentro, siendo necesario contenerla á costa de terribles esfuerzos, y sacarla del cementerio, porque estando ella allí, no habia medio de enterrar al jóven.

Llorando como una desesperada y haciendo esfuerzos de todo género para que no la sacaron de allí, la jóven fué conducida á su casa, en medio del mas amargo llanto y los gritos mas desconsoladores.

Entonces fué que la idea de la vuelta de sus hermanos empezó á agitarla de nuevo.

Ya empezaba á caer la tarde y no habian vuelto todavia, lo que era sumamente estraño.

Por léjos que estuviera el campamento, ya

dicho que Pablo y Ramon fueron echados de veteranos y marcharon con ellos.

Esto no debe afljirnos sino alegrarnos, porque ellos lograrán escaparse un día ú otro, apareciéndosenos cuando menos lo pensemos.

Siempre es un consuelo hermana mia, el saber que están vivos, y algun dia los volveremos á ver.

Carolina con esta noticia esperimentó algun consuelo, pero su enfermedad empezó á agravarse sensiblemente.

La imprudencia del viejo Mercado, padre de su novio, hizo entrar en sospechas á Carolina, la que supo al fin que sus hermanos no estaban vivos como lo habia dicho Javier, sino que habian sido hallados muertos en el campamento, y enterrados al lado de sus padres.

Aquella noticia inesperada y brusca hizo un efecto tremendo en el ánimo de la jóven y en su enfermedad. que se agravó de tal modo que todos vieron que no seria posible salvarla.

Cuando vino Javier y supo lo que pasaba, quiso negar todavía, pero ya no era posible.

El pobre viejo Mercado se deshizo en disculpas, ayudando al jóven á consolar á Carolina.

Pero eran demasiado rudos y repetidos los golpes para que la pobre jóven pudiera hallar consuelo.

—El único consuelo que tengo, decia llorando, es que muy pronto voy á hacerles compañía, conozco que la pena me mata lenta pero seguramente y esto ya es un consuelo, porque despues de lo que ha sucedido no habria para mí mayor tortura que la vida.

Javier que habia reconcentrado en su hermana todas sus afecciones, notó profundamente el mal estado de su salud que podia arrebatarla de un momento á otro.

Sacrificando cuanto tenia y multiplicándose de una manera prodigiosa, habia hecho venir á cuanto curandero conocido habia por aquellos parajes.

Y como ninguno de ellos le daba un remedio que hiciera ceder la enfermedad que la postraba, Javier, dejando á su hermana al cuidado de los viejos Mercado, se trasladó á Catamarca en busca del único médico que alli habia, trayéndolo para que viera á su hermana.

Javier por curarla, por aliviarla tan solo, habia sacrificado cuanto tenia, sin economizar nada.

El médico vino y la estuvo asistiendo quince dias, quince dias deagonia para el jóven que lejos de verla mejorar, la veia agravarse dia á dia y momento á momento.

—Es inútil que yo me quede aquí mas tiempo, dijo por fin el médico á Javier, porque nada puedo hacer para curar esta enfermedad.

Ella se curará por sí sola, añadió pará darle algun consuelo, con el método que yo voy á dejarle—es cuestion de tiempo y no de remedios.

Tenga paciencia amigo y cuidela, es lo mas que puedo decirle.

Carolina se iba consumiendo lentamente, en mes y medio que llevaba de enfermedad se habia consumido de tal manera, que á través de

la piel podian verse y contarse las articulaciones.

Y cuando su hermano y los amigos que la asistian le decian que pronto se pondria buena, ella hacia un signo negativo con la cabeza y murmuraba:

—Estoy conforme porque sé que me voy á morir y que pronto estará al lado de ellos.

Yo miraria la vida como un castigo del cielo, porque la vida no me serviria sino para sufrir y para llorar y demasiado he llorado ya.

Quisiera concluir de una vez para dejar de darme trabajo: me afiije verlos aqui al lado de mi cama dia y noche, empeñados en curar lo que no tiene remedio.

Si asi lo ha dispuesto Dios, dejen nomas que se cumpla su voluntad, que de todos modos ella ha de cumplirse á pesar de todo.

Asi, resignada y mansa, Carolina fué muriendo dulcemente y mirando á la muerte como un beneficio inmanso.

En vez de ser ella la consolada, era por el contrario ella quien consolaba. á Javier, piéndole que tuviera resignacion y paciencia para sobrellevar aquella última desgracia.

—Si, respondia, éste, yo lo sobrellevaré todo porque quiero vivir, porque la vida es mi venganza.

Si no fuese por esto ya me habria hecho volar los sesos al lado de ellos.

Pero si yo muero, quién los vengará?

Es preciso vengarse y vengarlos, y como para vengarse es preciso vivir, yo viviré á pesar de todas las desventuras de la vida.

Yo lo sufriré todo, sufriré mucho mas si es preciso, y cuidaré mi vida con verdadero anhelo puesto que esa es mi venganza.

Y cuando me haya vengado, entónces vendré al lado de ustedes á morir en paz porque habré cumplido con mi deber y mi ambicion.

Carolina se fué consumiendo, se fué secando, hasta que espiró con la misma resignacion, con la misma mansedumbre con que habia vivido, y sin dejar de exhortar á Javier á la resignacion.

El episodio de aquella muerte fué terrible para el jóven: él la esperaba, hacia dos meses que la veia venir lentamente, y sin embargo aquel último momento fué espantoso.

Javier sintió el golpe en medio del corazon y quedó como idiotizado: no tenia ánimo para nada.

Su dia lo empleaba en vengar de su casa al cementerio y de este á su casa.

Se veia claramente que lo único que alimentaba su vida era el deseo de la venganza.

Era de lo único que hablaba, con una conviccion profunda y la firme seguridad que mataria al Coronel Iseas.

El deseo de vengarse era tal, que la salud de Javier no se alteró por nada.

Su idiotismo fué desapareciendo poco á poco, hasta que se encontró bien fuerte para emprender su campaña.

Y despidiéndose de sus amigos, montó á caballo una madrugada, diciendo que iba á incorporarse á las fuerzas del Chacho para empezar su venganza.

Nada mas que hacer le quedaba en la vida,

—Ahora falta buscar á Pablo, exclamó de pronto dominando su dolor, y mostrando en su semblante cierta extraña alegría.

No lo veo entre estos, lo que hace creer que se haya salvado—quíralo Dios así, porque sino, sería cosa de maldecir del cielo y de la tierra.

El cadáver de Pablo fué buscado inútilmente, pero no estaba allí, lo que era ya un consuelo para el pobre jóven, que creyó hallar juntos los dos cuerpos que buscaba.

—El pobre Pablo se habrá salvado, exclamó alegremente, al fin se apiada Dios de nosotros.

Ahora vamos á buscar en que llevar á Ramon para enterrarlo al lado de nuestros padres: no hemos de dejar tirado aquí.

—Ni á él ni á ninguno de los otros, dijeron los demás, vamos á ayudarte á llevar á tu hermano, y despues vendremos á sepultar á estos desgraciados, aunque sea en un foso común á todos.

Y salieron de allí en busca de un cuero, si ne hallaban otra cosa, para llevarse el cadáver de Ramon, tomando el mismo camino que habia tomado el noble Pablo para ir en busca de Iseas.

Habia una sendita naturalmente marcada por los pasos de los que habian traido los cadáveres, los que habian ido á desnudarlos, y los que solo habian venido por simple curiosidad.

Así es que ellos tomaron inconscientemente aquella sendita, buscando con la mirada á todos lados, por si hallaban algo que poder utilizar en el transporte de Ramon.

De pronto apercibieron un cuerpo tendido, y todos sintieron una espresion de profunda pena.

Aquello no podia ser sino un cadáver, y tal vez el cadáver de Pablo.

Ahora no tenemos mas remedio que recorrer todo el campamento, dijo Javier, puesto que la matanza parece que no ha sido en un solo solo punto, como creíamos.

Vamos primero á ver este cadáver, que me inspira un miedo extraño, el corazon se me sacude de un modo extraño lo que me hace temer que sea Pablo.

—Y por qué ha de ser Pablo? si él hubiera muerto estaria al lado de Ramon.

—Pues precisamente porque no está á su lado es que yo creo que es él: habrá venido aquí á pelearlos y aquí lo habrán muerto y dejado.

Y como si quisieran llegar al cadáver lo mas tarde posible, fueron aproximándose lentamente, hasta que estuvieron á su lado.

Mas ó menos toda aquella gente tiene algo de rastreador, así que aquellos jóvenes, en cuanto estuvieron al lado del cadáver, vieron que allí habia habido una lucha, y una lucha desesperada.

—Este por lo menos se ha defendido, dijeron y se ha defendido en toda regla.

—Pero con mala fortuna, puesto que está solo y no se ha dejado compañero.

—Quien sabe, tal vez le hayan llevado, porque aquí hay sangre, y sangre que no es suya porque está muy lejos, y él no tiene mas que la herida de la cabeza, que no lo ha dejado

mover de ahí, produciéndole una muerte de rayo.

Todo esto lo decian los otros estudiando el terreno, mientras Javier, sollozando y trémulo, trémulo, se habia arrodillado al lado del cadáver, que examinaba con atencion creciente.

—Es Pablo, gimió, ya me lo suponía yo que no podia ser otro! es el pobre Pablo que ha muerto despues de haber luchado desesperadamente.

—Era muy bravo para ser muerto así no más, sin oponer una resistencia heroica.

Pobre Pablo! ahora quedo yo solo en el mundo, gimió, para cuidar á Carolina y vengarlos á todos.

Aquí, sobre tu cadáver hermano querido, yo juro que de vengarlos de una manera tremenda.

Duerman ustedes en paz el sueño de la muerte: el coronel Iseas será asesinado por mí por la espalda, pero sabiendo quien lo mata porque yo se lo diré antes de arrancarle el corazon.

Javier quedó allí un largo rato llorando la muerte de Pablo como habia llorado la de Ramon, hasta que sus amigos lo arrancaron de allí, para evitarle mayor pena y haciéndole notar que ya era tarde y que si permanecian mas tiempo allí, no podrian llevar á sepultar los cuerpos.

Javier se arranoó del lado de su hermano y alzó el puño al cielo corroborando la promesa que habia hecho sobre el cadáver de Pablo, de asesinar á Iseas.

Todos, poniendo el mayor empeño en ayudar al jóven, lo acompañaron á buscar cueros para llevar los cuerpos.

Aquel entiero que no podia ser mas sencillo ni mas humilde, no pudo tampoco ser mas tocante y conmovedor.

Los Urrútia eran conocidos y queridos de todo el pueblo, y todos, hasta los viejos, asistieron á la triste ceremonia, echando en la fosa cada uno y como señal de última y cariñosa despedida, un puñado de tierra que los habia de cubrir para siempre.

Carolina, postrada en cama por el dolor y la fiebre, esperaba llena de angustia la vuelta de Javier, que habia de traerle noticias de sus hermanos.

Cómo decirle á la pobre niña lo que habia sucedido?

La noticia aquella, añadida á los golpes ya sufridos, podia muy bien producirle la pérdida de la razon.

Era necesario engañarla entonces, engañarla por completo, para que acostumbrada ya á la soledad en que habia de vivir, la noticia no pudiera hacerle una impresion tan fuerte y dolorosa.

Así es que se convino en decirle que Pablo como Ramon, habian sido llevados por Iseas, formando parte de un contingente que habian llevado de allí.

—Y esos muertos que he oido decir que han hecho en el campamento?

—Quien sabe hermana mia, serán infelices que se han resistido á marchar y que los habrán muerto por esto.

Uno que estaba herido y que habia logrado escapar haciéndose pasar por muerto, me ha

vida como la mejor prueba de que lo dicho es cierto.

La llegada de un forastero siempre atrae curiosos á la casa donde pára, así es que el ranchito aquel fué pronto el punto de reunion de los vecinos mas próximos.

Entre aquella gente franca y sencilla, pronto se hace no solo relacion sino amistad.

Así Javier, despues de un par de horas de estar allí, era tan amigo de todos como si los hubiera tratado intimamente toda la vida.

Cada cual lo obsequió con lo que tenia y él empezó, con lenguaje sencillo y conmovedor, á narrar las desventuras que lo habian impulsado á salir en busca de Chacho, como único medio de realizar su justa venganza.

El solo nombre de Iseas hizo estremecer de espanto á aquella gente.

Quién no conocia aunque fuera mas que de oidas á aquel bárbaro que dejaba una historia de sangre en todo punto donde se detenía?

Conmovidos hasta las lágrimas, muchos de ellos escucharon la patética narracion del jóven, hallando santo el propósito de éste.

Su juventud y la tristeza que el dolor habia impreso en su semblante lo hacia mas simpático, por lo que todos se ofrecieron en el acto á ayudarlo en lo que pudieran.

—Por ahora yo no necesito mas sino que me digan donde puedo hallar las fuerzas del Chacho que lo demás vendrá por si solo.

—Ahora ya no hay inconveniente en decirlo, puesto que sabemos para qué lo busca el amigo.

Esa es una pregunta á la que jamás contestamos, porque puede ser hecha por un espía disfrazado; pero conociendo el objeto ya todo varia, así es que nosotros mismos lo vamos a llevar á donde desea.

Descansa aquí hasta mañana, que puede ser que esta misma noche llegue alguna pequeña de sus partidas y entonces podrá incorporarse á ella y andar mas seguro, porque en la ignorancia que usted tiene de los rumbos, es muy peligroso que caiga entre el enemigo, que no está quieto un momento en la esperanza de dar con Chacho y destruirlo.

Invitado de aquella manera el jóven no puso el menor inconveniente en quedarse, desensillando su caballo para que pudiera descansar á la par suya.

—El pobre animal no descansa desde que salimos, dijo, y necesita descansar tanto como yo mismo.

Todo el resto del dia y parte de la noche, se lo pasaron conversando de los horrores de aquella guerra bárbara, y refiriendo á Javier mil historias tan dramáticas como la suya misma, y algunas otras mas dramáticas todavía, tanto que Javier no se consideró ya tan desgraciado como hasta entonces.

Habia otros muchos mas desventurados que él, pues ni siquiera habian tenido el consuelo de enterrar á sus deudos asesinados, para saber siquiera donde dormian el sueño eterno.

A eso del amanecer y como si hubiera sido cosa combinada de antemano, llegó á la poblacion una partida de montoneros que andaba bombardeando á Iseas precisamente, que se habia recostado del lado de San Luis.

El encuentro no podia ser mas feliz, y Ja-

vier, desde aquel momento se consideró como perteneciente á aquella partida.

—Podemos descansar aquí algo, tranquilamente, porque el enemigo anda lejos; despues de la siesta nos pondremos en marcha, porque tenemos que llevar á Chacho las noticias que hemos capujado.

Los montoneros, sin desensillar, porque no lo hacian nunca, se entregaron al descanso y á comer las pocas provisiones con que los obsequiaron.

Javier repitió la narracion de sus desgracias, y quedó aceptado como compañero de malandanzas.

Todos le demostraron el mayor cariño, renovándole la seguridad de aquella misma noche estarian en medio del Ejército del Chacho.

A la caida de la tarde, los montoneros se pusieron alegremente en marcha, llevando entre ellos á Javier que deseaba cuanto antes llegar al punto de su destino definitivo.

—Ya no tengo ni siquiera que pensar en mi venganza, dijo, ella vendrá por si sola; Dios me pondrá por delante á ese hombre, si es que hombre puede llamarse á semejante fiera, y entonces podré recordarle entre dos puñaladas, la historia de los Urrutia.

Desde aquel momento empezó para Javier una existencia nueva, que debia distraerlo de sus desventuras, porque no le dejaría el tiempo material de pensar en ellas.

Entregado á aquella vida agitada, al peligro que habian de correr diariamente, su imaginacion podia escapar fácilmente á sus amargos pensamientos.

A la mañana siguiente se hallaron entre el grueso del Ejército de Peñaloza, campado á pocas leguas de allí.

El oficial que tenia que dar personalmente cuenta del desempeño de su comision, se dirigió á donde estaba Chacho, llevando á Urrutia para hacer su presentacion.

Chacho recibió á sus partidarios con aquel cariño escepcional con que trataba á todos.

La juventud de Javier lo hizo sonreír tristemente, y preguntóle que motivo lo impulsaba á partir sus penurias y sus peligros, á lo que el jóven respondió con la triste historia que ya conocemos,

Y quedó aceptado, no solo en el Ejército de Peñaloza, sino en aquel Regimiento entusiasta y bravo que le servia de escolta y que debia mandar en persona y en medio del combate su valiente y heroica mujer.

Así empezó para Javier aquella nueva existencia tan agitada y que tan raro encanto tenia para él, el doble encanto que tiene para todo jóven la carrera de las armas, y el encanto de su venganza cada vez mas próxima.

Agil y bravo, Javier formó desde entonces en tropas las expediciones ligeras y de alto peligro, que hizo Chacho personalmente ó que mandó hacer con sus gefes de mas confianza.

Los enemigos que tenia al frente por el momento, era Arradondo con su Ejército y el asesino Iseas, como le llamaban, con su division de verdugos.

Un año anduvo Javier con Chacho, durante el cual hizo un buen aprendizaje, porque fué

puesto que toda aquella familia que constituía su felicidad en la tierra, había desaparecido.

Lo que pudo vender para hacerse de algunos recursos, lo vendió por precios ínfimos y lo que no pudo vender lo dejó abandonado.

De todos modos, vengándose ó no, no pensaba volver á su pueblo que no encerraba para él mas que recuerdos fatales y lágrimas.

Su cuchillo y su caballo, pertenecientes al pobre Ramon era lo único que llevaba de su casa, y un anillo de oro, recuerdo de la buena madre, que había sacado del dedo de Carolina.

Dónde andaba el Chacho? dónde podría hacerlo? nadie lo sabia, pero vagando de una parte á otra estaba seguro de dar con él ó con sus fuerzas.

Iseas buscaba á Chacho para batirlo, y era fácil entonces que algun día se hallaria frente de su enemigo.

Corría el riesgo de encontrarse con él mientras campeaba al Chacho, pero su buen caballo seria su salvacion.

Javier no era práctico ni siquiera en el camino que debía llevar, porque mimado por sus padres primero, y por sus hermanos despues, no se habia movido de su pueblo para nada.

Sin embargo, tenia buen instinto y en él iba fiado.

Con tomar otro rumbo del que llevaba Iseas, estaba seguro de dar con el Chacho, ayudado de la gente que podría hallar al paso, y á la que haria sus preguntas.

Una vez que se hubo internado en el monte, despues de una buena jornada, Javier se detuvo fatigado: nunca habia andado tanto y estaba postrado completamente.

Desde la muerte de sus hermanos y cuidando siempre de la buena Carolina, con un cariño ejemplar, no habia descansado bien un solo día, agitado por el recuerdo de las penalidades pasadas y la amenaza de la muerte de aquella querida niña.

Javier ató su caballo á un árbol, y puso una seguita atada á la rienda y á su brazo, para que si se dormia profundamente, el menor movimiento del caballo lo despertase.

Se acomodó en seguida entre sus ponchos; se hizo una rosca como gato entre la ceniza, y se durmió profundamente con aquel sueño de los quince años que nada es capaz de recordar.

Javier mismo no sabe cuanto tiempo duraria aquel sueño pesado y profundo.

Cuando despertó, era el medio día, el calor era excesivo y su caballo se sacudia de un lado á otro, sin motivo ni causa aparente.

Javier no pudo darse cuenta en el primer momento, de su estraña situacion, ni de como se hallaba solo en aquel parage.

Poco á poco sus ideas se fueron aclarando, su recuerdo fué despertando, hasta que pudo explicárselo todo.

Cuánto tiempo habia dormido?

Diffícil era saberlo, porque no sabia en que día estaba, pero debía hacer mucho que dormia, porque lo que habia despertado era la inquietud de su caballo, que pugnaba por soltarse.

El pobre animal tenia un hambre y una sed terribles, lo que probaba evidentemente que

aquel sueño debía haber durado un dia por lo menos.

Javier trabó al noble animal para que pudiera comer con comodidad, y comió él mismo un poco de charque y queso que habia llevado para entretener el camino.

Tambien él tenia hambre, lo que probaba que hacia mucho tiempo que estaba dormido.

Pensando en el desamparo de su vida, en la desventura que lo habia sumido la maldad de un hombre, lo tomó la noche.

Pero era una noche clara y espléndida, en que podia seguir marchando perfectamente sin temor de estraviarse.

El primer cuidado de Javier fué estudiar el rumbo que debía seguir, cosa difficilísima para él, que no tenia la menor práctica del campo.

Su sagacidad natural le dió la brújula que necesitaba.

Suelto el caballo, era natural que se dirijiera á la querencia y entonces, con tomar la direccion opuesta á la que quisiese seguir el caballo, se evitaba por lo meno volver al punto de partida y perder todo el camino ya andado.

Javier puso en práctica su improvisada teoria, montó á caballo, lo aguijoneó con la espuela dejándolo en plena libertad.

El animal dió unas pequeñas vueltas, como buscando él mismo la direccion que debía seguir, hasta que empezó á andar decididamente con la cabeza alegre y levantada, como satisfecho del punto á que se dirigia.

—Esta es la direccion de mi casa, exclamó Javier, satisfecho tambien de su táctica, y revolvió la brida del caballo en sentido opuesto, no sin que el animal hiciera alguna resistencia, prueba evidente de que se le contrariaba.

Javier marchó toda aquella noche y gran parte de la mañana siguiente, sin haber encontrado á nadie, pero divisando una poblacion cercana á ella se dirigió resueltamente.

Y se encontró, lleno de placer, que se hallaba en una poblacion riojana.

Estando en la Rioja estaba cerca de Chacho, que era lo que le interesaba por el momento.

Asi es que su primer pregunta al primer rancho que llegó, despues de un comedido saludo, que si sabian por dónde se hallaba el célebre caudillo.

Como era esta una pregunta á quien nadie respondia con verdad, Javier no fué mas feliz que los demás que antes que él lo habian hecho.

—No desconfien de mí, dijo, que no soy ningun espia, busco al Chacho para incorporarme á su ejército y batirme á su lado contra los bandidos que nos hacen la guerra.

Aquello podia ser verdad, el jóven no tenia aspecto de espia ni de soldado, pero los chachistas, desconfiados por naturaleza, no se dieron por satisfechos.

—Si eso es cierto, le dijeron, con quedarse aqui, pronto sabrá donde anda el Chacho, pues convencido de la verdad de su buena fé, le indicaremos el modo que ha de seguir para dar con lo que busca.

—Me quedo entonces, respondió Javier; des cansaré y les contare la triste historia de mi

—Usted es algo peor que un cobarde, añadió Lagos, que se contenía á duras penas, porque usted es un asesino.

Esos hombres eran prisioneros de guerra que están bajo la salvaguardia del honor del Ejército que usted está manchando.

Esos dos gefes cambiaron algunas palabras mas duras todavia, y Lagos que estaba dispuesto á hacer cumplir la orden de que habia sido partador, acometió á Iseas blandiendo su lanza y ordenándole en nombre del General se presentase inmediatamente al estado Mayor.

Iseas enristró tambien su lanza y acometió tambien á Lagos.

Sabe Dios lo que hubiera resultado de aquel conflicto sin la interposicion de los gefes presentes, que se pusieron en el medio, convenciendo á Iseas que debía obedecer las órdenes del General, porque sino se verian obligados á hacerlo obedecer por la fuerza.

—Está bueno, dijo Iseas, puesto que quieren hacer la estupidez de impedir que se maten á estos canallas, llvénselos no mas, pero tengan entendido que yo no hago mas prisioneros: montonero que yo tome, lo dejo seco en el acto.

Lagos hizo salir á aquellos infelices, pidiendo cuatro soldados para escoltarlos hasta el cuartel general.

Al hacerlo, notó que Iseas le ocultaba algo tras de su propia persona, y que ese algo no podia ser otra cosa, que un prisionero á quien queria matar á toda costa.

Aquel infeliz lo era otro que Javier Urrutia, que debilitado por la sangre que habia perdido de sus heridas, no podia hacer el menor movimiento.

Viendo el fin que le esperaba y que tendria que renunciar á su venganza, Javier se habia consolado con insultar á Iseas de una manera tremenda.

Y éste, no hallando suficiente castigo con la muerte para castigar su insolencia, lo habia puesto á parte para que viera matar á todos los otros prisioneros y ser él el postre de aquel cuadro de horror.

—Ese tambien, dijo Lagos, ese tambien, es un prisionero y debe ser incorporado á los otros.

—Ese montonero me pertenece, gritó Iseas, porque me ha insultado y yo lo tengo que matar.

Y para que no se le pudieran quitar sacó él mismo una pistola para matarlo en el acto, pero Lagos se le interpuso reclamando aquel prisionero como habia reclamado á los demás.

Iseas no tuvo mas remedio que entregarlo, bramando de ira, pues tuvo que soportarle estas palabras:

—Está de Dios, Coronel, que usted ha de morir á mis manos, no se afija: y estrechó la mano de Lagos, significándole todo su reconocimiento.

De esta manera fueron salvados mas de doscientos prisioneros, candidatos de Iseas á un tiro tras de la oreja.

Las heridas de Javier no tenian una gravedad seria: eran heridas francas, anchas y poco profundas, que habian ocasionado mucha pér-

didada de sangre, pero que no tendrian ninguna mala consecuencia.

Quince días despues, ellas estaban bien cicatrizadas, y Javier, como otros muchos prisioneros, fué destinado á los cueros de linea.

El pobre jóven vió desde este momento mas realizable su venganza y empezó desde este momento á espiar una oportunidad de hacerla efectiva.

Formando parte del Ejército, quedaba mas cerca de Iseas, estaba garantido por su propio uniforme.

Así, en cualquier momento que estuviera á su lado, podria darle de puñaladas.

Lo peor que podia sucederle era que lo tomasen ó lo fusilaran.

Pero qué le importaba esto si habia realizado su venganza? absolutamente nada, desde que la vida se habia convertido para él en una carga demasiado pesada, y la sobrellevaba solamente por la esperanza de vengarse.

Javier habia referido su triste historia á la mayor parte de los oficiales, de modo que en el campamento todos lo conocian.

Por esto todos trataban al jóven con la mayor consideracion y lástima, comprendiendo cuanta razon tenia en querer vengarse.

Un mes despues de la batalla de Portezuelo, y habiéndose dispuesto que el Ejército siguiera sus operaciones, Javier resolvió ejecutar su venganza, fuera ó no el momento oportuno.

Tenia miedo que la division de Iseas marchase para otra parte, y que entónces su venganza se aplazara por un tiempo indefinido.

La noche antes de marchar, los gefes se habian reunido en el estado Mayor, para recibir sus instrucciones.

Javier se emboscó cerca de la carpa, y espió la salida.

Estaba resuelto á dar muerte á Iseas, aquella noche, pues no sabia si su verdugo se separaria del Ejército el dia siguiente.

Cuando los gefes salieron de la carpa, era mas de media noche.

Iseas venia delante de todos, conversando con un ayudante.

Javier creyó que su facon se le escapaba un vértigo de sangre oscureció su vista, el deseo de venganza lo precipitó demasiado y saltó como un tigre sobre su enemigo.

—Ahora es la mia! asesino! gritó, que te salve el infierno!

Aquel grito, dando á la distancia y antes de herir, hizo que Iseas diese un gran salto de costado y que el oficial que lo acompañaba sacase su espada.

El golpe se habia malogrado con la precipitacion del jóven; pero este que parecia turbado por el deseo de matar, no midió el peligro, creyó que podia herir á avanzado sobre Iseas que estaba ya á la defensiva y pudo evitar el golpe.

No habia ya lucha posible ni esperanza de salvacion para el jóven.

A las voces, y al rumor de la lucha acudieron otros oficiales y Javier fué preso y desarmado, sin haber podido inferir á Iseas mas herida que un tajo en el brazo derecho.

Javier fué conducido al cuerpo de guardia de su Regimiento, donde debia ser fusilado,

el año mas duro en encuentros parciales en que los montoneros llevaban su buena como su mala parte.

Si las fuerzas en que combatian eran de Arredondo, Javier se batia de una manera mas apagada y con menos entusiasmo.

Si pertenecia á Iseas, el jóven se multiplicaba y hacia prodigios, como si quisiera arrancar en la punta de su lanza el triunfo general.

Pero no se presentaba el momento de realizar su venganza, porque estaba de Dios que aquellos encuentros no habian de tener nunca una consecuencia seria,

—Es preciso esperar un combate general, decia, en que las cargas traigan la confusion y el entrevero, y entónces, entónces si yo te buscaré el corazon con la punta de mi lanza, no tengas cuidado.

El dia tan ansiado por Javier llegó por fin y aquel dia fué el de la batalla del Portezuelo, una de las mas sangrientas que dieron los montoneros.

Iseas ocupaba la derecha de la línea y era allí donde con mas encarnizamiento cargaban los montoneros.

El Regimiento de Javier cargó allí tres ó cuatro veces y el entrevero se produjo otras tantas.

Pero protejido Iseas con talento y decision, los montoneros fueron rechazados con grandes pérdidas,

En aquellas tres cargas, se habia visto, con asombro de todos sus soldados que acometia con un brio extraordinario y con marcado empeño de llegar á donde estaba Iseas con sus ayudantes.

Este soldado venia entre un peloton que no lo desamparaba un momento, como si trajese el encargo especial de protegerlo, proteccion eficaz, sin la cual lo hubieran muerto muchas veces.

Este soldado no era otro que Javier, Javier que buscaba en el combate á Iseas para matarlo.

Conociendo esta intencion del jóven, su jefe que le habia cobrado un cariño extraordinario, lo habia recomendado á aquel grupo que lo protejia, haciéndolos responsables de cualquier desgracia.

Ya casi al fin de la batalla y cuando el Ejército estaba triunfante en toda la línea, el Regimiento de Javier volvió á cargar por última vez, y este logró aproximarse á Iseas mas que las veces anteriores.

Pero esta carga última debia serle fatal.

Protejido de nuevo el Regimiento de Iseas, los enemigos fueron rechazados con más pérdidas que nunca y el grupo donde venia Javier, rodeado por todos lados, y sin poder retirarse.

Era preferible morir á caer vivo en manos de Iseas, y los soldados, aunque en reducido número se empezaron á defender de una manera heroica, tratando de vender la vida lo mas cara que les fuera posible.

Luchar así, era luchar sin resultado alguno, y estenuados, heridos y sofocados por el número de combatientes que los cargaban fueron poco á poco cayendo prisioneros, los que no habian muerto en la pelea, y entre ellos Javier Urrútia.

El pobre jóven habia recibido dos heridas de sable y una de lanza, que habian concluido con todos sus brios.

Fueron llevados entre los demás prisioneros de la batalla y los que se siguieron haciendo, porque la derrota para los montoneros, habia sido completa aquel dia.

Ya todo habia concluido y el Ejército reposaba las fatigas del combate, cuando empezaron á oirse tiros hácia la derecha, donde estaban las fuerzas de Iseas.

Aquellos tiros no podian tener origen en combate alguno, puesto que no quedaba allí un solo enemigo que no estuviera prisionero.

Eran tiros que se repetian á grandes intervalos y como se tiraran al blanco.

Averiguada la causa, resultó que aquellos tiros eran disparados por los soldados de Iseas que se entretenian en matar prisioneros por su sistema favorito: haciéndoles dar un tiro atrás de la oreja.

Al saber esto, todos los gefes se indignaron hondamente, y viendo que el General Paunero no tomaba medida alguna, el noble Coronel Lagos, mayor entónces, se le acercó y le hizo presente que en el campo de Iseas se estaba asesinando á los prisioneros de la batalla.

—Señor, decia Lagos con esa vehemencia que le es característica, el Coronel Iseas está manchando nuestra victoria, con el asesinato de prisioneros inermes!

Es preciso ordenar que cese aquella vergüenza que nos envuelve á todos!

Paunero, por débil é indiferente que fuera, estaba así obligado á tomar una medida, y autorizó á Lagos para que fuese á ordenar á Iseas en su nombre, que no matara un solo prisionero mas, remitiendo los que tuviera al cuartel general.

Lagos partió á donde estaba Iseas, seguido de otros gefes que no podian creer le que se decia de Iseas.

Y se encontraron con un espectáculo tremendo.

Iseas habia reunido todos los prisioneros en un gran grupo, de donde los hacia sacar uno por uno, para darles un tiro tras de la oreja.

Y cada hombre muerto de aquella manera, era saludado con risas y palmoteos, comentándose los visajes que habia hecho y como se habia estirado en su última convulsion.

—Coronel Iseas! Coronel Iseas! gritó Lagos en el colmo de la indignacion, ordena el General que no se mate un solo prisionero mas y que se remitan los que tiene al Cuartel General.

—Son montoneros y es preciso matarlos á todos, respondió Iseas: digale al General que no tengo mas prisioneros.

Y dirigiéndose á los soldados que rodeaban á los prisioneros, le gritó: sigan no mas muchachos, ahora saquenlos de á yuntas!

—Eso es una cobardía infame y repugnante, gritó Lagos en el colmo de la indignacion, y yo, cumpliendo las órdenes que tengo, no permito que se mate un solo prisionero mas.

—Yo no soy un cobarde y los he de matar á todos, porque son montoneros y no debe dejarse uno vivo.

el cariño que uno les tiene: porque te quiero te apórrio y no hay que hacerle.

Una noche en que Perico cebaba mate á su coronel, asegurándole que estaba muy contento con el buen trato que le daba, éste le dijo que el mate estaba amarga y que era preciso le echara mas azúcar.

Asustado Perico, graduó la azúcar en el mate, de manera que no quedara ni muy dulce ni muy amargo.

El sabia como le gustaba el mate y se esmeró en dárcelo á su gusto para evitar alguna brutalidad, pues aquella noche estaba de un humor tremendo.

Iseas encontró el mate muy dulce y para que Perico le entendiera mejor el gusto, le estrelló el mate en la cabeza.

Perico sintió una oleada de sangre que le subia al corazon, su vista se oscureció y tuvo que hacer un esfuerzo terrible para disparar afuera, temiendo que en un arranque de ira fuera á descubrirse y perder todo lo que habia sufrido.

Y al poco rato volvió con un nuevo mate, pidiendo á Iseas mil disculpas y diciendo que habia tenido razon en sacudirle, porque era un bruto.

— Si estos son hijos del rigor! murmuró Iseas sonriendo, no hay como untarles la mano para que anden derechos!

Perico devoró su vergüenza y su dolor, y empezó á embeberse en su venganza, de tal modo, que hasta se olvidó del mate, lo que hizo salir á Iseas espada en mano y aplicarle una regular paliza.

Tal vez en aquel momento Perico hubiera dado al diablo con sus propósitos de paciente venganza, defendiéndose á mano armada, pero estaban allí presentes un sargento y tres asistentes mas, que le hubieran quitado toda accion al primer movimiento y el Coronel le hubiera hecho aplicar sobre tablas el famoso tiro atrás de la oreja.

Sufrió aquellos garrotazos como habia sufrido tanto tormento, pero juró terminar cuanto antes con la venganza que le habia llevado allí y en honor de la cual habia sufrido tanto martirio y tanta vergüenza.

Tal habia sido la paliza que le encajó Iseas, que estuvo dos dias sin hacer el menor movimiento: se hallaba completamente postrado.

En cuanto pudo ponerse en pié y se sintió con fuerzas para emprenderla, Perico ya no pensó mas que en su venganza.

La cuestion no era errar el golpe y no hacerse matar sin haberlo antes cosido á puñaladas.

Iseas como la mayor parte de los jefes de caballeria, tenia buenos parejeros y buenos caballos de marcha.

Perico le habia echado el ojo á un famoso tordillo muy ponderado de todos, no solo como rápido sino como resistencia para la marcha, por cuya razon estaba siempre atado al alcance de la mano.

Teniendo siempre á mano y preparado el famoso tordillo, era seguro que podria escaparse sin dificultad una vez lograda su venganza.

Y como era el quien le arreglaba y cuidaba los caballos, podia tener preparado el caballo, sin inspirar por esto la menor desconfianza.

Perico era ademas quien le afilaba siempre la espada, que Iseas tenia la costumbre de usar como una navaja de barba.

Era una espada corta y ancha, que usaba entre la montura, para mayor comodidad.

Una mañana que Perico volvia de galopar el tordillo, lo llamó Iseas y le mandó afilar la espada, cuyo filo habia estropeado hachando un cordero con ella.

Perico ató el caballo allí cerca, como para volver á montarlo despues que concluyera de afilar la espada.

Pero cuando hubo puesto el arma en el estado que la queria Iseas, era ya tarde y tuvo que prepararse á poner el almuerzo dejando para mas tarde la galopada del caballo.

Aunque Iseas tenia tanto asistente, se hacia servir en todo con Perico porque este tenia mas delicadeza que los otros y le hacia las cosas mas á su gusto.

Perico era su sirviente, se cocinero, su compositor de caballos y hasta su sastre, porque cuando se le cortaba un boton, era Perico quien se lo habia de poner.

Y el pobre jóven soportaba con placer esta multiplicidad de trabajo, porque era todo el éxito de su venganza, aunque tenia que tener un cuidado estremo en el desempeño de sus funciones, porque Iseas no hacia sus observaciones sino á lomo de espada.

— Obedecen mejor de esta manera, decia, y sobre todo se acuerdan mejor de como le gustan á uno las cosas.

La medida estaba pues colmada y Perico dispuesto á consumir su venganza aquel mismo dia y en el primer momento que la pudiera asegurar.

Cuando Iseas concluyó de almorzar, pidió mate que empezó á alternar con ginebra, segun su costumbre, para hacer sueño y echar una morruda siesta, siesta que segun los cálculos del jóven, seria la última que echara en su vida.

Cansado de tomar mate con ginebra, Iseas se fué á dormir, despues de dar á Perico algunas órdenes.

— Cuando acabes de arreglar la espada como á mi me gusta, me ensillas el tordillo, le dijo, porque quiero dar una vuelta cuando me levante.

Aquella orden venia admirablemente á los proyectos del jóven, pues así podia tener ensillado el caballo sin inspirar á nadie la menor desconfianza.

Perico, sin preocuparse para nada de su almuerzo, concluyó de repasar la espada de Iseas, y se puso á ensillar el caballo con esa proligidad del paisano que sabe que de ello depende esclusivamente su salvacion.

Listo el caballo y atado al alcance de la mano, sacó de su cintura un largo cuchillo que le habia regalado el mismo Iseas, y se puso á afilarlo,

Todos los demás asistentes, no teniendo nada que hacer, dormian tambien la siesta, de modo que Perico no tenia que temer la observacion de nadie.

Y se apuraba en su tarea deseando concluir cuanto antes para ganar tiempo y tomar á Iseas en medio de su sueño, que debia ser pe-

fuera de toda duda, por haber querido asesinar á nu [gete del Ejército.

La desesperacion del pobre jóven era grande, no por le muerte que lo esperaba, sino porque muerto él, no habria ya quien vengase á sus hermanos asesinados.

Era tan justa la venganza de Javier, que en cuanto supieron los oficiales que era él el preso, decidieron salvarlo á toda costa.

Iseas era antipático y despreciado por sus brutalidades, y entonces un atentado contra su vida no podia ser castigado, mas, conociendo los móviles que habian impulsado al preso.

Así es que aquella noche misma, y cuando menos esperaba, su mismo capitán le proporcionaba los medios de evadirse, dándole su

propio caballo y poniéndolo entre los soldados que lo acompañaban á hacer el rondin aquella noche.

El pobre jóven desertó aquella noche, ganando la espesura del monte y madurando desde aquel momento un nuevo plan de venganza.

Cuando se le buscó para formarle un consejo de guerra, ya no se le halló y como todos tenían interés en salvarlo, nadie se preocupó en cumplir la órden de salir á perseguirlo inmediatamente, y traerlo al campamento ó matarlo si se resistia.

Iseas mandó buscar á Javier para castigarlo él pero tuvo que consolarse con la noticia de su evacion y quedarse esta vez sin venganza alguna.

Venganza cumplida

En el reparto [de prisioneros que se hizo á los cuerpos de linea, fué al Regimiento 4, que mandaba Iseas, un jóven que habia pedido ser pasado allí.

Este era un jóven de la Provincia de Córdoba que, como Javier Urrútia tenia pendiente con Iseas una deuda de sangre y una venganza firmada.

Para mejor vengarse de aquel bárbaro, habia resuelto ser su asistente y ganarse su confianza por completo, así aseguraria su golpe con reposo y buena premeditacion.

Por esto tuvo el coraje de pedir que lo mandaran al 4, y que hicieran conocer de Iseas su pedido.

Este no lo conocia, estaba seguro de ello, y no podia abrigar á su respecto la menor desconfianza.

Era este un jóven que apenas contaba veinte años y que por su aspecto parecia pertenecer á una familia acomodada.

En cuanto llegó á la division de Iseas, el jóven se hizo llevar á su presencia y le dijo que habia pedido pasar para el 4, porque queria estar á su lado y ser su hombre de confianza.

—Usted es el único gefe de carácter que hay en el Ejército, le decia, y el único que dá cuartel á los montoneros.

Yo deseo vengarme, deseo matar por mi propia mano á cuanto montonero agarre y esto no puede hacerse sino al lado de un hombre como usted.

Ellos han saqueado mi casa, me han muerto dos hermanos y me han llevado una hermana y yo he jurado no dejar uno vivo.

A mi mismo me llevaron, obligándome á servir, pero yo me les he escapado, pensando siempre en el bravo Coronel Iseas, terror de aquellos bandidos, y el único que puede ayudarme en mi venganza.

Poco acostumbrado á los cumplimientos, porque nadie tenia para él mas que maldiciones, Iseas quedó encantado con aquel jóven partidario que le llovía del cielo, incorporándolo en el acto entre sus asistentes.

El jóven lo servia con un cariño infinito, adivinándole el pensamiento para complacerlo.

Pero el bárbaro aquel, que no podia prescindir de su ferocidad natural, lo mortificaba aunque solo fuera en las pequeñeces del servicio.

Como su aspecto era el de una persona fina y muy superior á él, le daba aquellas ocupaciones mas humillantes.

El era quien le limpiaba las armas, quien le ensillaba el caballo y quien le cebaba el mate.

El jóven lo servia con una paciencia infinita, porque veia que poco á poco le iba ganando su confianza y su cariño, si es que Iseas era susceptible de tener cariño por alguien.

Como su nombre era algo raro, Iseas lo habia bautizado á su modo.

—Yo quiero que te llames Perico, le habia dicho, y Perico no mas se llamaba, puesto que era preciso complacer á Iseas.

Muchas veces la ferocidad de Iseas habia puesto á prueba su paciencia con una brutalidad, pero otras tantas habia logrado contenerse, convencido de que era el único medio de asegurar su venganza.

Y era preciso tener una voluntad de hierro, para sufrir á Iseas cuando estaba de mal humor!

Su teoria de hacerse querer era digna de sus sentimientos felinos.

—Estos bandidos son hijos del rigor, decia, y es preciso tratarlos á palos para que no le pierdan á uno el cariño.

Y es tambien la única manera de mostrarles

un beneficio para todos: oh! no es el mio el único puñal que acecha tu vida.

Y una vez que te mate, á mi no me sucederá nada porque saltaré sobre tu propio tordillo que es el mejor caballo del campamento y quien me alcanza entónces?

Todo cansa en esta vida, Iseas, y la paciencia humana como el sufrimiento tienen su limite.

Ponete bien con Dios, si es que Dios puede ponerse bien con semejante bandido, y prepárate á morir.

Creyendo Iseas que Perico estuviera loco, quiso intimidarle con un par de gritos.

—Mandáte mudar de aquí, gritó, tratando al mismo tiempo de llegar hasta su espada; mandáte mudar á dormir la tranca antes de que te haga fusilar.

—Ni á mí ni á nadie, replicó Perico—ya Iseas no comete mas iniquidades; á ponerse bien con Dios, porque yo no tengo tiempo que perder—estoy apurado y basta ya con lo dicho.

Viendo que la cosa iba de veras, Iseas hizo un esfuerzo supremo para llegar hasta su espada, pero Perico le cerró el paso esta vez tirándole una puñalada terrible.

Iseas era un hombre fuerte y snmamente bravo, por lo que Perico tenia que evitar á toda costa fuera á agarrarlo ó darle algun maton.

En el deseo de terminar pronto para evitar que el Coronel pudiera abrazarlo y que sus gritos fueran á escucharse, Perico se le fué encima con una lluvia de puñaladas que aquel evitaba con una angustiosa desesperacion.

Solo se escuchaba la respiracion jadeante de ambos, interrumpida por algun grito que lanzaba Iseas.

Habian pasado dos minutos, sin que Perico hubiese podido inferir ninguna herida mortal.

Iseas que evitaba las puñaladas con los brazos, los tenia terriblemente heridos.

El cuculllo de Perico cortaba como una navaja de barda, así es que cada puñalada que paraba Iseas con los brazos, le costaba un tajo hasta el tronco, dividiendo musculos y tendones.

Manco, y sin poder ya hacer movimientos con los brazos, debilitado por la gran perdida de sangre Iseas retrocedió hasta afuera pidiendo socorro á grandes voces.

Veia venir sobre si la muerte de una manera inevitable, y cobarda para arrostrarla, como todo espíritu perverso, llamaba desesperadamente que vinieran á salvarlo de aquel bandido.

Los gritos de Iseas fueron sentidos por oficiales y soldados que acudieron con precipitacion en momentos que éste caia al suelo, ya estenuado por el cansancio y la pérdida de sangre.

Perico sintió el tropel y temiendo ser preso y que el Coronel, antes de morir se diera el placer de descuartizarlo en vida, saltó afuera, no sin haberle dado antes de salir y sin que aquel pudiera evitarlo, una última puñalada que fué la que rivistió un carácter mas grave.

Cuando Perico se dirigió al caballo, ya venian á unos-cinco pasos de distancia, espada

en mano el segundo de Iseas, tan teroz como él mismo, y dos oficiales mas.

Perico, en un movimiento de relámpago saltó sobre el tordillo, clavándole las espuelas aún antes de tomar la rienda.

—Ahí! queda ese asesino! gritó, á quien acabé de dar puñaladas, para que pague una parte de todo el mal que ha hecho!

Y pronto se perdió de vista, á impulso de la frenetica carrera del tordillo, sin que hubieran podido herirlo con los diez ó quince disparos que le hicieron.

—Agarrénlo! agarrénlo! ¡gritó Iseas con la voz sofocada por el causancio y la debilidad estrema producida por la perdida de sangre.

Miren que si lo dejan escapar fusilo á todo el Regimiento!

Pero aquel era un milagro, que nadie podia hacer por grande que fuera el interes que habia en obedecer á Iseas.

Convencido que no habia como agarrar porque ya hasta se habia perdido de vista, todos corrieron en Iseas, conduciéndolo á un catre mientras un oficial salia á gran prisa en busca de cirejano de la division, y todo lo necesario para atender al herido en los primeros momentos, de una manera eficaz.

Su estado era lastimoso.

Tenia los brazos acribillados á puñaladas y tajos, todos ellos profundos hasta el hueso.

En el costado izquierdo y en el pecho, á la derecha, habia dos puñaladas, que aunque no eran necesariamente mortales porque el cuchillo habia desviado su direccion, no por eso dejaban de ser muy graves y de terribles consecuencias.

Oficiales y soldados, todos se alegraron vivamente del suceso y no hubo uno que no deseara su muerte.

Porque cada uno tenia, contra él algun motivo de resentimiento personal, originado por alguna infamia de aquel bárbaro.

Con quien no habia cometido Iseas una injusticia? á quien no habia avergonzado con su lenguaje soez?

Entre los soldados no habia uno solo, que, siguiendo sus inspiraciones de venganza no hubiera hecho lo mismo que Perico.

Todos se le acercaron manifestando el sentimiento que tal suceso les habia causado, pero el sentimiento que tenian era el de no verlo muerto.

La noticia circuló en el actó por todo el campamento, y no hubo uno solo que no la recibiese con placer, haciendo un gesto avinagrado al saber que no habia muerto.

Los mismos gefes, que se sentian avergonzados como gefes y como hombres ante las iniquidades de Iseas, sintieron un pesar íntimo al saber que aquel bandido no habia muerto, y que daba algunas esperanzas de vida.

—Y para qué lo protejieron? para que corrieron al asesino antes que terminara su obra? preguntaban al segundo de Iseas.

—Desgraciadamente, fué preciso hacerlo así por la moral, dijo el segundo: muchos soldados estaban viendo lo que sucedia y no podia autorizarse delante de ellos un asesinato, por mas que yo lo deseara como ninguno.

Pero francamente, si yo me apuré fué porque yo lo vi caido y creí que estaba muerto

sado segun la cantidad de ginebra que habia bebido.

Y á medida que el filo aparecia en el cuchillo, cualquiera hubiera podido observar la sinistra expresion de alegria que se dibujaba en el semblante de Perico.

Concluia ya su grata tarea, cuando contra todos sus cálculos se le apareció el Coronel, que se despertaba siempre de un humor tremendo.

Perico se quedó helado al verlo, porque la presencia de Iseas venia á contrariar todo su plan tan bien madurado y á dar al diablo con todos sus bien previstos cálculos.

Y porqué no estás afilando mi espada? preguntó Iseas revelando en el tono de su voz todo el mal humor que lo dominaba.

—Porque ya está, mi Coronel, respondió Perico sonriendo y enseñandose la: estaba afilando mi cuchillo para cortar unos tientos de potro para arreglar sus riendas.

He visto que les falta un boton, lo que es imperdonable, teniendo gente como yo, que lo puede echar mejor que nadie.

Si Iseas hubiera sido un poco menos bárbaro, habria desconfiado de la fina sonrisa de Perico y el temblor extraño que habia agitado su voz al contestarle.

Pero nada de esto le llamó la atencion, por que de quien menos desconfianza podria abrigar, era del leal Perico.

—Acabando de afilar mi cuchillo, agregó Perico, ya con voz mas segura porque vió que Iseas no habia desconfiado nada, voy á darle otro golpe al tordillo, que está un poco pesado y vengo á cortar los tientos para componer las riendas; esto, se entiende, si Usia no tiene otra cosa que mandar.

Sin responder una palabra, Iseas tomó su espada y se retiró á su alojamiento, pensando estupidamente que todos aquellos cuidados que para con él tenia Perico, no eran sinó hijos del rigor con que le habia tratado siempre, y prometiéndose apretarle mas la mano en lo sucesivo, para que aquellos cuidados crecieran en vez de disminuir.

Perico habia acariciado muchas veces la idea de afeitár á su gefe, como los demás asistentes afeitaban al suyo, á cuyo efecto habia hecho correr voz de que era un gran barbero.

Este hubiera sido fuera de duda, la mas segura y rápida manera de vengarse.

Pero Iseas, no solamente no se afeitaba, sinó que ni por broma se lavaba la cara, así es que Perico habia tenido que renunciar á este magnifico medio tan fácil y tan seguro.

Convencido que no habia otro remedio que el que ya habia pensado, concluyó de afilar su cuchillo y lo guardó cuidadosamente en su cintura.

En seguida fué á peinar mas el caballo tordillo, cuya montura revisó con toda prodigalidad.

Aunque Iseas lo viera tan próximo, ya sabia que su asistente iba á montarlo y no tenia que extrañar.

Una vez que colocó el caballo en condiciones de ser saltado sin inconveniente alguno, y después de pasear una mirada investigadora por los alrededores, para convencerse que nadie

andaba por allí entró resueltamente al alojamiento del Coronel Iseas.

Los demás asistentes dormian lejos, como para huir del despertar de su gefe, y los que no dormian churrasqueaban mas lejos aún, para estar en mayor libertad de palabra.

Así podian reir y charlar á su gusto sin que el Coronel lo sintiera, y por consiguiente sin que los castigara por haber turbado su sueño.

Perico estaba seguro de que nadie vendria á turbar su accion y desbaratar su venganza.

Iseas, echado de espaldas sobre el catre dormitaba la yapa de la siesta.

Perico podia coserlo á puñaladas sin dejarlo despertar, pero entónces Iseas no se daria cuenta de su muerte, no sufriria nada y su venganza no era completa.

Perico lo miró con una expresion infernal y tosió fuertemente para despertarlo.

—Qué quieres? preguntó entónces el Coronel, con un movimiento de mal humor, y medio incorporándose en el catre, por qué venis á despertarme?

—Vengo á avisarle que me voy á dar un galope al tordillo, contestó Perico con toda la cachaza posible, y que tal vez no vuelva mas por aquí.

—Cómo es eso? vos estás borracho! gritó Iseas, boleando las piernas fuera del catre y lanzando en su mirada feróz un relámpago de ira.

—Sí, mi Coronel, contestó Perico con alterada calma, ahora voy á darle un galope al tordillo y nos volveremos á ver mas.

—Es decir que venis á confesarme que te vas á desertar? vos estás borracho, pero vás á ver en que momento te hago pasar yo la tranca!

—No es eso, mi Coronel, mi querido Coronel, contestó Perico con mas calma todavia, con tal calma, que Iseas llegó á creer que estaria loco.

No es eso, siguió, lo que yo vengo á decirle es que antes de irme, le voy á coser á puñaladas.

Y en un movimiento tran tranquilo como su palabra, sacó de su cintura el cuchillo que blandió con mano fuerte.

Por bravo que fuera Iseas, quedó espantado ante semejante amenaza, pronunciada con tal seguridad de voz y cuchillo en mano.

En un movimiento rápido saltó á tomar la espada, aquella misma espada que Perico le habia afilado horas antes, pero éste se le interpuso diciéndole:

—No mi Coronel, es necesario que usted esté desarmado, no porque yo no sea capaz de pelearlo, ni porque yo le tenga miedo espada en mano.

Es que yo debo asesinarlo porque usted no debe morir de otra manera, porque así ha muerto usted á todas sus víctimas; á asesinarlo he venido, y es inútil toda resistencia porque nada ni nadie ha de sacarlo de mis manos.

Ya he tomado todas mis medidas, Iseas, y el soldado que está mas cerca de aquí no sentirá tu grito mas fuerte, y si lo siente no vendrá, y si viene no te defenderá porque tu muerte es

Comprendía que la muerte de aquel hombre era un beneficio para todo el Ejército y tal vez la deseaba como los demás.

Pero en el cumplimiento de su deber sagrado, tenía que poner al servicio de aquel herido todos sus conocimientos y toda su habilidad.

No podía hacerse cómplice de asesinos, por mas infame que fuera aquella vida confiada á la rectitud de su conciencia.

Nadie podría haberle acusado de la muerte de Iseas, nadie le hubiera acusado, aún en la conciencia de que él había contribuido á producirla.

Sin embargo, él allí estaba para curar, era un cirujano y nada mas, para quien un herido era sagrado fuera quien fuera.

Al reconocer las heridas de los brazos, el cirujano como los que presenciaban la cosa, quedaron asombrados, por el número y el aspecto de todas ellas.

En los dos brazos podían contarse mas de treinta puñaladas, testimonio sangriento del gran valor de Iseas, que, cuando no habia podido pararla, habia puesto los brazos para recibir allí las puñaladas, salvando ante toda la caja del cuerpo.

De los brazos colgaban des pedazos de carne como jirones, pues el cuchillo era filoso y vigorosa la mano que lo habia guiado.

Tan vigorosa era la curacion de los brazos y con tan prolijidad fué hecha, que en ella empleó toda la noche y gran parte de la mañana, teniendo que emplear como practicantes á algunos soldados, para que le tuvieran las vendas que era necesario suturar y le ayudaran á ligar las arterias.

Mas fácil hubiera sido la amputacion de los dos brazos, amputacion que el cirujano no hizo por no tener quien lo ayudara, temiendo que por mal hecha fuera á trar alguna consecuencia funesta.

El trabajo de la curacion era improbo, pero era necesario hacerlo en cociencia.

Todos se asombraban mas de aquel delicado trabajo; que de las heridas mismas.

—Es necesario que manden buscar otro compañero decia, el cirujano mientras curaba, pues á mí me va a ser poco el tiempo para renovar el vendaje y lavar diariamente todas las heridas, como hacerlo hasta que ellas cicatricen.

Con otro compañero el trabajo será mas fácil menos engoroso y mejor hecho, no tengan duda.

Esta vez, por la moral misma ante el cirujano allí presente, se mandó buscar el otro cirujano por él pedido, contentándose con recomendar al oficial que fué en su busca que no apurase mucho los caballos porque ya la necesidad no era tan urgente, pues ya la primera cura estaba hecha y con ella bien podia pasarse un par de dias.

Iseas comprendiendo que estaba entre enemigos y que el cirujano era el único allí que podia garantizarle la vida, le hizo señas que se le acercara al oido, y le dijo debilmente que era necesario que se quedaría á su lado aquella noche, mientras él dormia y venia el otro cirujano que se habia mandado buscar.

—El soldado que dejen á mi cuidado, mur-

muró es capaz de concluir de matarme y entonces todo el trabajo que usted se ha tomado será inutil.

El cirujano comprendió al momento cuanta razon tenia Iseas en abrigar aquel temor, respondió á Iseas que podia dormir tranquilo que el sueño le era sumamente necesario, y que él no se moveria de su lado.

Como si solo hubiera esperado aquella promesa, Iseas se quedó profundamente dormido.

Fué entonces que todos preguntaron al cirujano su franca opinion sobre el estado de Iseas.

—No es un estado de muerte inmediata respondió este, aunque yo no lo puedo garantir la curacion, por las mil complicaciones que pueden venir.

Lo que yo si garanto es que el hombre salva de esta, quedará con los brazos secos, al extremo de no poder hacer el menor movimiento ni con los dedos mismos; es una mutilacion completa y terrible no pudiendo explicarme yo, como no lo ha muerto la sola hemorragia.

El otro cirujano vino recien á los dos dias, en que recien se le pudo hacer la segunda curacion.

Iseas estaba en un estado tremendo, mas parecia un cadáver que otra cosa.

Ninguna de las complicaciones temida habia sobrevenido, pero tampoco la gravedad habia desaparecido!

Ocho dias, estuvo así Iseas entre la vida y la muerte, sin permitir á los cirujanos que lo dejaran solo, porque siempre temia ser muerto por sus propios soldados.

Al fin de aquellos ocho dias, se inició en el enfermo una leve mejoría, mejoría que en tres ó cuatro dias mas se acentuó perfectamente.

—Me parece que ya podemos asegurar que no muere, dijeron los médicos, pero el diagnóstico de los brazos fatalmente es el mismo: no podrá moverlos mas.

Cuidado con un esmero digno de mejor persona, y con un tratamiento prolijo y esmerado, la mejoría empezó á adelantar rápidamente.

Iseas hablaba ya, ó mejor dicho maldecía ya, puesto que sus primeras palabras fué una serie de amenazas y maldiciones.

Cuando supo que Perico no habia sido preso y que se le habian hecho creer solo para calmar su irritacion, prorrumpió en horribles juramentos.

—No importa, decia haciendo rodar sus ojos en las órbitas con espresion feroz.

Yo lo he de agarrar tandre ó temprano, y me ha de pagar todas las heridas, y los que lo han dejado escapar me lo han de pagar tambien, porque lo han dejado escapar de gusto y para que se salve!

Si hubieran querido, con tanto tiro como le han disparado, lo hubiera muerto diez veces.

Los he de matar en las estacas por mas oficiales que sean y sin que tengan el gusto de verme muerto.

Los oficiales y soldados que oian esto, y que sabian lo hacia como lo decia, rogaban á Dios no le permitiera jamás levantarse de la cama.

—Nada podrá hacer, decia el cirujano que quedó á su cuidado. heste hombre será en ade-

Y si no ya hubiera hecho de modo de demostrarme una poca mas.

Los soldados que rodeaban á Iseas, se miraban complacidos, y aunque de cuando en cuando murmuraban *mi pobre Coronel!* de manera que éste pudiera oírlo, en cada mirada podia leerse el vehemente deseo de que se lo llevara el diablo cuanto antes.

Todos lo odiaban de una manera profunda y reconcentrada, y aunque sus palabras manifestaban profunda pena, otra cosa bien diversa manifestaba sus fisonomias alegres y risueñas.

Cualquiera de ellos hubiera concluido de mil amores la obra de Perico, obra santa, que los libraba de una verdadera calamidad, de una máquina de azote y de muerte, cuya boca no se abria sino para gritar peguen ó maten.

La perdida de sangre y el cansancio de la lucha lo habian postrado por completo; no tenia aliento para pronunciar una sola palabra y apenas tenia fuerza para abrir inmensamente los ojos, y hacerlos girar en las órbitas con expresion descomunal.

El veía ó adivinaba sin duda la expresion de alegría que levantaba su estado en el espíritu de todos, porque miraba á los soldados que lo rodeaban y sus ojos causaban entónces la impresion de una lanzada.

Cuanto debia sufrir aquel hombre el verse impotente para dar desahogo á su ferocidad!

Y solo sus ojos se movian; en el resto del cuerpo parecia que la muerte se hubiera habilitado, secando los músculos y paralizando los nervios.

Iseas, el tremendo Iseas que hacia temblar á los mas bravos, estaba allí moribundo é impotente, á merced de cualquiera que hubiera querido hacer rodar su cuerpo de un punta-pié, ó apresurar su muerte oprimiéndole un poco el cuello.

Y con esta desesperacion sin ayuda rodaba su ojo feroz, con una amenaza de muerte, paseándolo por todos los que lo rodeaban.

—Es preciso dejarlo morir como un perro decian los soldados en voz baja, porque en cuanto esto se pase se va á vengar con nosotros no pudiendo comerse á Perico en diferentes churrascos.

Es que ninguno abrigaba la menor duda á este respecto: si Iseas hubiera logrado agarrar á Perico, seguramente lo habria despedazado, mandando poner al asador sus pedazcos.

Pero quien le daba palmada á este, una vez satisfecha su venganza, y montado nada menos que en el tordillo y sin ser perseguido ni siquiera para salvar las apariencias!

El que lo hubiera hallado á su paso, seguramente le hubiera dado un apretón de manos y su propio caballo para que siguiera huyendo.

Es que Iseas era considerado como un enemigo peor que el mismo Juan Saa y que Felipe Varela, porque era peor que todos ellos juntos, porque este mataba sin necesidad y por el simple placer de dar la muerte.

Todos deseaban que Iseas muriese cuanto antes, para verse libre de él.

Desgraciadamente la moral y la disciplina misma de la tropa, exigian que se tomaran ciertas medidas, para salvarsiquiera las apariencias.

Que hubiera pensado, que hubiera sido de aquella tropa, al ver que sus mismos superiores se hacian complicés en el asesinato, no tomando las medidas curativas que el caso exigia.

El ejemplo habria sido funesto y de lamentables consecuencias para todos.

Per esto se mandó buscar el cirujano y la ambulancia de los medicamentos.

Lo que hay es que los oficiales encargados de esta comision se demoraron cuanto les fué posible, de modo que cuando viniero, ya habia cerrado la noche y creian que Iseas habria muerto ya; pues los primeros socorros que se le prestaron, eran calculados para que no produjeran el menor efecto saludable; vendas insignificantes que ni siquiera habrian estancado la sangre, ni esta no se hubiera estancado por si misma.

El cirujano vino y reconoció prolijamente las heridas, bajo la ansiosa mirada de todos aquellos hombres que esperaban su opinion para entregarse á sus manifestaciones de pena ó alegría, segun fuera esta.

El mismo Iseas tenia fija su mirada angustiosa en el cirujano, como si quisiera arrancarle de los ojos su opinion mas favorable.

A Iseas no le importaba nada la muerte por la muerte misma, era un hombre bravo habituado á jugarla vida en cada combate.

Pero entónces la muerte era variada, era esperada por él con desesperacion suprema porque su muerte, bien lo sentia él, era la impunidad de su asesino.

El hubiera querido vivir, aunque solo hubiera sido lo bastante para vengarse, para haber hecho amarrar á Perico á su lado y haberlo muerto á mordiscos si era posible.

Por consolarlo, le habian hecho creer que Perico habia sido preso y remitido al cuartel general, para que fuera castigado con arreglo al enorme delito que habia cometido.

Y al oír esta noticia Iseas habia encontrado fuerzas bastante para sonreír, mostrando la intima alegría que habia experimentado.

El cirujano habia reconocido primero con su mayor atencion las heridas de la caja, que eran las mas terribles, sondándolas prolijamente y haciendo con ellas una curacion prolija y cuidada.

Para cualquier otro, dijo despues de atar la última venda, estas heridas serian de muerte pero el Coronel tiene un físico de bronce y no habiendo muerto ya, me parece que de esta n muere.

Su estado de postracion extrema no es debido solo á la gran cantidad de sangre que ha perdido; pero en modo alguno á la gravedad de sus heridas.

Veamos las de los brazos que si por el sitio no pueden tener un carácter mortal es preciso evitar toda complicacion funesta y consecuencia fatal.

Iseas sonrió espresivamente cuando oyó la opinion del cirujano, opinion que no solo venia á asegurarle la vida sino su venganza que estimaba tanto como la vida.

El cirujano, si no odiaba Iseas porque no habia tenido ocasion de recibir de el un mal directo, lo despreciaba profundamente como todo el que lo conocia.

dolo á rodar con alguna palabra si insistía en la misma cosa.

La situación de Iseas era terrible y desesperante.

Los soldados muchas veces se iban á sus diversiones, tardando dos ó tres días en volver, durante los cuales Iseas tenía que salir á la calle en camisa y calzoncillos, á suplicar al primer hombre que encontraba que viniera á vestirlo, y á darle de comer.

Y cuando á la vuelta de los soldados se quejaba de lo que él llamaba una conducta infame, ellos se reían, alegremente limitándose á decirle: reventá si no te gusta!

Podés agradecer que todavía venimos de cuando en cuando, que lo que debíamos hacer era dejarte que te comieran los perros.

Reventá, malditó, que bastantes compañeros has hecho reventar en tu vida.

Era tal la desesperación de su impotencia, que Iseas últimamente se echaba á llorar como una criatura y en medio de la burla de sus soldados que se reían de sus muecas y actitudes cómicas.

El oficial concluyó por no ir nunca á la casa del Coronel, y los soldados solo venían á dormir y á comer, por la cuenta que les tenía.

A Iseas no le daban mas que sus sobras, y eso atorándolo para que concluyera pronto y lo dejara en pas de una vez.

Oh! la venganza de Perico había sido tremenda! había dejado á Iseas en las condiciones de un niño, pero de un niño odiado por todos, á quien todos tendrían algun daño que hacer, empezando por los mismos que le servían.

Ni siquiera le había quedado el recurso del suicidio cómodo.

Si quería matarse, no podía hacerlo de otro modo que arrojándose de una azotea abajo.

No había una sola persona que en el primer momento no se sintiera conmovido ante el estado de Iseas.

Pero como todos lo conocían, pronto venía la reacción, y recordando todas las iniquidades por él cometidas, parecía que aún no estaba bastante castigado.

Habían personas que se costeaban de largas distancias, espresamente para mirarlo y gozarse en su estado.

Aquellos á quienes él había dejado huérfanos y miserables, lo miraban con íntima alegría, pasándose horas enteras en su contemplación.

Y esto era lo que mas desesperaba á Iseas, que llamaba los soldados en su auxilio, para que echaran de allí á aquellos canallas, como él los llamaba.

Pero los soldados se reían con los curiosos y hacían con los curiosos alianza para desesperarlo mas todavía.

—El día que pase por aquí el Ejército y pueda yo hablar con el General, le decia, veremos quien les vá á sacar del cuerpo los cuatro tiros que yo les he de hacer meter.

—Y quien te vá á hacer caso, pedazo de bruto? le respondían ellos alegremente.

Si creyeseemos que el General pudiera atender lo que tu le dijeras, antes que pudieses hablar una sola palabra, ya te habríamos muerto á palos.

Y si nos embromas mucho, antes que venga el General ni nadie, te vamos á dejar seco de una paliza.

Aquella vida era inaguantable, porque los soldados se complacían en mortificarlos hasta en el alimento mismo.

Bastaba que Iseas manifestara deseos de comer una cosa para que, no solo no se la dieran, sino para que le dieran precisamente aquello que menos le gustaba.

A veces, y para verse libre de sus reniegos, le alcanzaban un frasco de aguardiente, y esta era para Iseas la supuesta felicidad, porque bebía, hasta caer como un tronco, sin conciencia de lo que pasaba á su lado.

Otras veces salía á pasear por el pueblo y se entraba á las casas de negocio á pedir bebida, pero de tla mayor parte de ellas lo echaban á la calle con amenazas tremendas.

Iseas concluyó por mirar la muerte como un bien supremo, pero la misma muerte parecía huir de él horrorizada.

Nosotros mismos lo hemos visto en Buenos Aires, vagar en mangas de camisa por las pulperías de los alrededores del Retiro, con los brazos inmóviles y las manos secas y engarrotadas.

Cualquiera al verlo, lo habrá creído como nosotros un viejo veterano, inválido de la patria, y despedazado en alguna heroica acción de guerra.

Hablen con cualquiera de los viejos soldados del 4 de caballería, que ellos narraran con mas viveza y colorido, los horrores cometidos por el bárbaro Coronel Iseas.

lante un ser completamente inofensivo, por que tendrá muertos los brazos, muertos hasta para hacer el mas leve movimiento.

Es un hombre que quedará inútil para el servicio y que no podrá mas mandar su Regimiento, por que no pudiendo manejar las riendas con sus manos secas, no podrá entonces montar á caballo.

Este hombre hubiese sido mas feliz muriendo, porque va á pasar una vida miserable; el que ha herido á Iseas, no sabe de que manera tremenda se ha vengado, como no lo sabe Iseas mismo qua tanto ha clamado por la vida.

Para mostrar cuan tremenda ha de ser su situacion basta con esto: es un hombre que no podrá ni siquiera usar del recurso de pegarse un tiro porque no solo sus brazos los que quedan en la inaccion sino sus manos mismas, sus dedos encogidos y secos.

Iseas venia mejorando rápidamente, pero como habia dicho el cirujano, sus brazos no solo adquirian movimiento, sino que se iban sacando rápidamente.

—Porque no muevo los brazos? preguntaba él un tanto afligido.

—Esto puede venir sino lentamente, le contestaba el cirujano: las heridas han sido muchas y terribles, los músculos están adormecidos, no tienen ya elasticidad; pero las irán recuperando aunque muy lentamente, no se afija usted por esto.

Iseas fué mejorando, hasta que completamente curado, dejó la cama de una manera definitiva, y fué dada de bajo por el cirujano, que le aseguró que el movimiento de los brazos vendria por sí solo.

Lo primero que intentó Iseas, fué vengarse de los que él decia habian dejado escapar á Perico, mandandolos estaquear, órden que fué cumplida por su segundo que tenia miedo que Iseas se pusiera bueno al fin, y que siendo su jefe no tenia mas remedio que obedecerlo.

Necesitándose urgentemente la incorporacion de las fuerzas que Iseas tenia consigo el general Paunero las mandó incorporar al Ejército, dejando al Coronel su escolta de doce hombres y un oficial, para que lo cuidaran.

Así que estuviera bueno y pudiera montar á caballo debia incorporarse el tambien para seguir la campaña.

El Coronel Iseas quedó en San Luis, en la mas miserable situacion.

Sus manos, con los dedos encogidos y doblados parecian garras, y sus brazos que se iban secando de dia en dia, apenas tenian ya un pellejo acuerado para cubrir el hueso.

En el brazo derecho habia algun movimiento, pero este movimiento en vez de avanzar iba retrocediendo y perdiéndose.

El oficial que habia quedado con Iseas, tenia que hacerlo manejar como una criatura, con el soldado que diariamente se nombraba de servicio.

Era necesario vestirlo, como desnudarlo, darle de comer en la boca, servirle de brazos en una palabra, puesto que él no los tenia.

Al principio todo aquello se hacia con fingido cariño, porque ninguno de ellos sabia se Iseas mejoraria ó no.

Este, irascible por la inaccion á que se hallaba condenado, se irritaba por la menor co-

sa, dando de puntapiés á los soldados que lo servian, única cosa que podia hacer.

Y los pobres sufrían pacientemente, por la disciplina á que los sometia el oficial bajo cuyas órdenes estaban.

Convencidos al fin que Iseas no tenia cura, y que no volveria á mover mas los brazos en su vida, la conducta de aquellos hombres cambió por completo.

Léjos de atenderlo se divertían irritándolo y burlándose de sus ademanes y sus muecas.

El oficial, entretenido en sus visitas y calaveradas juveniles, no venia durante semanas enteras, durante las cuales Iseas quedaba entregado á la crueldad de los soldados, que se vengaban á su placer de todas las iniquidades que habia hecho con ellos.

La primera vez que el oficial se presentó á Iseas, despues de una ausencia de varios dias, éste lo recibió con sus injurias mas groseras y sus palabras mas soeces.

Irritado y ofendido el jóven lo echó al diablo, previniéndole que si volvía tratarlo así, lo abandonaria del todo y no le volveria á ver mas la cara.

Iseas, en el colmo de la irritacion, amenazó de muerte al oficial y llamó á los soldados mandandoles que lo estaquearan allí en su presencia.

Pero los soldados se rieron de semejante órden, manifestando á Iseas que ellos no recibian mas órdenes que las que le diera su oficial.

Fué tal la rabia que tuvo Iseas ante esta primer escena de insubordinacion, que estuvo dos dias con una fiebre espantosa.

Al primer soldado que se le acercó aquel dia para darle de comer, Iseas le dió de patadas.

Pero acudió el oficial, haciéndole una prevenccion tremenda.

—Al primer soldado que usted maltrate, se los retiro todos y lo dejo morir de hambre y desesperacion.

Impotente para vengarse, á la merced de sus soldados, Iseas pidió un revólver para hacerse saltar los sesos.

Y el oficial sacó el suyo y se lo puso por delante, sobre la mesa.

Cuando Iseas se vió impotente hasta para pegarse un tiro, fué tal su desesperacion y su furia, que parecia haberse vuelto loco.

De su boca, que era un torbellino de maldiciones, salia una espuma blanca y espesa, como si fuese un perro rabioso.

Y no pudiendo hacer otra cosa, se mordía aquellos brazos secos é inservibles.

Y los soldados reian alegremente recordándole todos los crímenes, de que ellos habian sido testigos y diciéndole que aquello no era mas que un castigo de Dios.

É Iseas corria á los soldados, tratando de morderlos, pero ellos disparaban, haciendo gesticulaciones y golpeandose la boca, con aire de la mas desenfrenada chacota.

Y como el oficial andaba en sus farsas y diversiones, eran ellos los que lo manejaban á su antojo, tratandolo como á un chiquilin.

Si los insultaba, lo castigaban no dandole de comer ó no vistiéndolo, y lo trataban de igual á igual riendose de sus pedidos y echán-

alieron para abrir una campaña contra los ladrones y ladronas, pero esta alianza no produjo sino la prision de algunas mujeres que eran relativamente inofensivas y que no tenian los recursos de fuga de las mas famosas.

Fué entónces que las Cámaras de las dos provincias tiraron una acordada tremenda, como único remedio, segun pensaron, para salir de aquella espantosa situacion.

Por esta acordada se establecia que todo hombre ó mujer que fuera preso por un robo que escudiese de cuatro Bolivianos, una vez constatado el robo, fuera pasado por las armas inmediatamente.

Y todo aquel que fuera preso por un robo menor de aquella miserable cantidad, sufriese, hombre ó mujer, un castigo de quinientos azotes, pena brutal que seria aplicada una vez constatado el robo.

De este modo creian que nadie se atreveria á robar, porque el castigo no era para arrojarse á dos tírones.

La publicacion de aquella acordada debia regir en las dos provincias y ser aplicada á los ladrones de una y otra provincia.

De este modo creian que evitarian los robos ó que los rateros de ambos sexos pasarían á San Luis y la Rioja, donde no tendrian semejante pena.

Aquella acordada formidable tenia que producir su efecto en los primeros momentos, pues así nomás nadie habia de querer espesarse á ser la primera victima.

Pero la miseria era estrema, los recursos de vida ningunos, y morir por morir, todo venia á ser lo mismo.

Si no robaban morian de hambre y si robaban eran fusilados, pero como no era difícil escaparse, bien valia la pena de correr al búrb.

Los robos pues siguieron como antes y entónces la autoridad, burlada, no tuvo mas recurso de escarmiento que el cumplimiento de aquella acordada furibunda.

Entre las mujeres que encabezaban pandillas de ladrones, habia dos hermanas muy conocidas por su belleza estupenda.

Ellas pertenecian á una familia santiagueña establecida en San Juan desde hacia muchos años.

Las dos hermanas habian llamado siempre la atencion como modelo de belleza, sobre todo la Juanita, que no solo era la mas linda de las dos, sino que poseia una gracia natural y una inteligencia notable.

Al poco tiempo de estar en San Juan, acasadas por mil pretendientes diversos, las dos hermanas se habian casado, como sucede siempre que la mujer obra libremente, obediendo mas á su corazon que á sus conveniencias.

Los dos flamantes maridos no tenian mas bienes de fortuna que el trabajo á que se dedicaban, trabajo que producía lo bastante para vivir con cierta comodidad y abundancia.

Los demás pretendientes no tuvieron mas remedio que retirarse, aunque no faltaron recalcitrantes que emprendieron la conquista de las casadas, con el mas empeño del que habian mostrado para las solteras.

Honestas y buenas, en toda la acepcion de

la palabra, los mas empeñados en la difícil conquista concluyeron por retirarse convencidos de lo inútil de toda pretension.

Y las dos hermanas quedaron tranquilas, viviendo en medio de la mas completa felicidad.

La familia fué aumentando de año en año y aquel hogar prosperando como pocos, porque los maridos, encantados con aquella vida venturosa, se multiplicaban en el trabajo para ganar mas.

Con la familia y los años, la belleza de aquellas dos mujeres habia aumentado de una manera prodigiosa.

No tenian ya el encanto y la frescura de la juventud, no eran ya dos niñas de bellisimas formas finas y delicadas.

Pero eran dos mujeres magnificas, de una hermosura imponderable y atrayente.

Muchos habian vuelto á la carga mas enamorado que nunca, pero con tanta inutilidad como al principio.

Aquellas mujeres eran incorruptibles.

Juanita tenia tres hijas, de diez años la mayor, y Dolores una sola, que contaba solo nueve, pero que ya llamaba la atencion por su belleza purisima y soberbia.

Era la reproduccion de la fisonomia de la madre, pero con formas mas delicadas y con líneas mas suaves y puras.

Aquellos dos hombres eran felices como se puede serlo al lado de una mujer amante y cariñosa.

Nada habia turbado en diez años la paz envidiable de aquellos hogares; pero los enamorados en vez de disminuir habian aumentado por todos aquellos que iban conociendo las dos santiagueñas.

El empeño para algunos era superior á toda consideracion, hubieran sido capaces de cualquier sacrificio, de cualquier iniquidad por el amor de las santiagueñas.

Si como niña, Juanita habia sido mucho mas bella, como mujer, Dolores era de una hermosura mas exuberante y soberbia.

Y era ella por consiguiente la mas codiciada por los galápagos.

Gomez, el marido de Juanita, era un hombre de espiritu y de empresa, de noble fondo y de hidalgos sentimientos.

Torres, el marido de Dolores, era un infeliz en todo el sentido de la palabra, bueno hasta el colmo y amante de su hermosa mujer á los diez años como el primer día.

Cuando vinieron las fuerzas y los montoneros, salió una oportunidad para alejar de sus hogares á aquellos maridos incómodos.

Se les requirió como Guardias Nacionales en la primera movilizacion, pero ellos, haciendo un sacrificio enorme, eludieron el servicio poniendo un pensero.

Este sacrificio vino á atrazarlos notablemente, pero esto poco podia importarles, habian comprado su libertad que era lo principal y el derecho de permanecer en sus casas si u ser molestados.

Pero nuevos contingentes fueron pedidos al poco tiempo y Gomez y Torres fueron los primeros indeseados para esta segunda movilizacion.

Justicia Provinciana

Como en tiempo de montoneras, las provincias habian sido invadidas de ladrones de toda especie.

No habia hacienda segura en los corrales, ni cueros ni nada.

Todo iba á poder de los ladrones, que andaban organizados en cuadrillas y grupos diferentes.

Es que la guerra habia traído una inmensa miseria.

Todos los hombres andaban en campaña porque el que no se habia ido voluntariamente con el Chacho, habia sido arrancado del hogar por las tropas del gobierno.

Las familias quedaban entregadas á la mayor miseria y abandono, no podian trabajar para ganarse la vida, porque no habia trabajo y tenian que pedir limosna ó entregarse á la mas desesperante situacion.

La mujer tenia entonces muy poco campo de accion para el trabajo, que se reducía á hacer masitas y dulces ó tejidos de diversas clases.

Pero el consumo de todas estas cosas era escaso y no bastaba sostener tanta familia que habia quedado en el mayor desamparo.

Aquellas que tenian haciendas ó fortuna, socorrian á las que no tenian nada, pero este socorro era muy escaso y no podia estenderse á todas las que lo necesitaban.

En las provincias de San Juan y Mendoza, que eran las mas azotadas por la montonera, la miseria se habia hecho sentir bajo una forma insuportable ya, produciendo consecuencias terribles.

La venta de la supérfluo, á precios miserables, habia concluído en la venta de los objetos mas necesarios, al estremo de que muchas familias que no tenian para la vida mas que el trabajo de sus padres y hermano, se habian quedado sin mas muebles que sus camas.

Y muchas de ellas habian concluído por vender hasta sus camas mismas, quedándose á dormir á suelo limpio.

Para aquellas mujeres que tenian criaturas pequeñas, la situacion era mas desesperante, pues tenian que partirse entre al trabajo y la atencion de sus hijos pequeños.

Los desertores del Ejército y los que montoneaban por cuenta propia, tenian assoladas las haciendas con sus constantes robos, merodeando en las poblaciones mas pequeñas, donde no podia haber contra ellos defensa posible, por la misma falta absoluta de hombres.

Y vagaban por San Juan y Mendoza, por

San Luis y la Rioja misma, robando hacienda que llevaban á vender de una á otra Provincia, y todo aquello en fin, que podia representar algun valor.

La miseria, que es la consejera mas tremenda, empezó á empujar las mujeres al vicio, como único recurso de vida, y empezaron á sentirse las raterias cometidas por aquellas mismas mujeres que habian sido victimas de los ladrones.

La Policia era impotente contra ellas, por el escaso número de sus agentes, por lo estrecho de sus prisiones y porque las ladronas, convertidas en montoneras ellas mismas, ganaban el campo, los montes y las sierras, huyendo de la persecucion de la Policia y aliándose á los mismos que antes las hicieran sus victimas.

Las que robaban en Mendoza pasaban á San Juan como las que robaban en San Juan pasaban en San Luis y la Rioja.

Se habia hecho entre ellas una especie de cofradia de mútuo socorro, que facilitaba grandemente el género de vida peligrosa á que se habian dedicado.

Las casas de comercio, las casas de familia, todo era elejido hábilmente para teatro de sus rapiñas.

Y así iban escapando á los horrores del hambre, aunque llevando una vida de eterna agitacion y de eterno peligro.

Pero sus hijos escapaban por este medio á la miseria y al hambre y esto era lo principal.

Se conchavaban en las casas como mucamas y cocineras, no estando sinó el tiempo necesario para dar un buen golpe, y esto era todo.

Y como estaban constituidas en sociedad y la ganancia era comun, la familia de la que lograba encontrar un conchavo, era atendida por aquellas que no lo tenian.

Si la casa era rica y daba campo para un buen golpe, la conchavada abria sus puertas, la noche convenida, á la cuadrilla de ambos sexos á que pertenecia, y en pocos minutos limpiaban la casa de todo aquello que podia representar algun valor.

Los hombres eran acogotados por los hombres, mientras las mujeres hacian el oficio de escobas entre todos los muebles de la casa.

Esto llegó hasta el estremo de que ninguna familia se atrevia á tomar una sirvienta en la conciencia que la que se presentaba era agente de ladrones y nada mas.

Los gobiernos de San Juan y Mendoza se

asegurada y á cubierto con el dinero que ellos habian dejado.

Viviendo con economía, aquel dinero debia alcanzarles hasta la vuelta de Gomez y Torres, y entonces estaba salvado el primero y mayor peligro, que era un sitio por hambre.

Allí era donde se estrellarian los miserables cálculos de aquellos que, para lograr su ambición pérdidas las habian reducido á semejante situación.

Juanita esplicó á Dolores todo lo tremendo de aquellos planes, fortaleció su espíritu y ambas hermanas se prepararon á la lucha valerosamente.

Entre tanto, los autores de aquella infamia se preparaban al asalto, contando con el poderoso contingente que debia llevarlos la miseria.

El jefe de la Guardia Nacional de San Juan, perdidamente enamorado de Juanita y principal autor de la iniquidad, bajo el pretexto de ir á ofrecerles sus servicios para dulcificar el desamparo en que quedaban, se presentó de visita en la casa siendo el primero en lamentar lo sucedido y el no haber podido hacer nada en su servicio.

Juanita lo recibió en el pátio, sin invitarlo á entrar, con estas razones:

—Querido señor, mi marido ha previsto el desamparo en que quedamos, y me ha dejado los medios de poderlo evitarlo en lo posible afrontándolo pignamente.

Sin embargo agradezco mucho su generoso ofrecimiento que tendré presente para el caso en que lo necesite.

Perdone usted que no lo haga pasar adelante, porque en ausencia de mi marido yo no puedo decorosamente recibir la visita de hombre alguno.

Puede usted estar seguro que cuando él vuelva pondré en su conocimiento su noble conducta para que él la agradezca como es debido.

El hombre aquel se despidió mordiéndose los labios lleno de despecho, pero disimulándolo lo mas posible.

—Tienen dinero, pensó, y no necesitan nada pero el dinero se acaba y entonces veremos como afrontan la miseria.

Desde entonces el jefe aquel, que no quedaremos nombrar, á pesar del desaire recibido, empezó á ir diariamente con el pretexto de ver si algo necesitaban.

Pero siempre era recibido en el pátio por la misma Juanita cuyo desden lo enamoraba cada vez mas.

—Ella caerá, pensaba, mas empeñado que nunca: el amor de los hijos, la miseria por ellos, trabajará su corazón amante y veremos entonces si se resiste todavía con el mismo brio.

Los otros enamorados que estaban en la intriga y que habian cooperado á su éxito se lanzaron con igual empeño á la conquista de las hermanas, pero el resultado para todos empezó á ser el mismo.

Dolores, mas tímida, menos resulta que su hermana, dejaba á este el cuidado de recibir las visitas, la que recibia á todas siempre en el pátio y siempre acompañada de su hijita mayor.

Ya el desden de la madre y el empeño de Dolores en no dejarse ver empezaba á irritar-

los y pensar en una nueva infamia para terminar con aquella resistencia heroica.

Quien sabe cuanto dinero tendrian y el tiempo que este podria durarles.

Ellos no conocian ni la fuerza del carácter de Juanita, ni sabian que esta estuviese impuesta por su marido de todos sus planes.

El infierno, cuando ellos menos lo esperaban, vino en auxilio de sus planes funestos, poniendo á las dos hermanas en apuros tremendos.

Juanita, tratando de econoiziar siempre y hacer durar el dinero, el mayor tiempo posible, habia empezado por despedir sus sirvientes y reformar sus hábitos de vida.

Entre las dos hermanas hacian todo el servicio de la casa, comiendo con escases y miseria para poder sostenerse mas tiempo.

Las personas del vecindario impuestas por fuerza de lo que pasaba y los maldicientes que observaban de lejos la conducta de las dos hermanas, estaban maravillados de su modo heroico de proceder.

Era realmente noble la conducta de aquellas dos desgraciadas como infame el proceder de aquellos miserables.

Esta era la situación de las mujeres, cuando empezaron aquellos robos tremendos que motivaron la bárbara de la acordada de la cámara de San Juan y Mendoza.

Todos sabian en San Juan que las dos mujeres debian tener dinero en casa, porque sin dinero no se vive y ellas no tenian de donde sacarlo.

Y debia tener una buena cantidad, porque nadie las veia trabajar, aunque el trabajo era escaso y hubiera sido muy difícil sino imposible obtenerlo.

La casa de Gomez, sin que nadie lo supiera, ni aun los mismos á quienes aquel golpe debia favorecer, tué desde aquellos momentos el punto de mira de aquellas cuadrillas de ladrones y ladronas tan admirablemente organizadas.

Una mañana las dos hermanas despertaron bajo un golpe tremendo.

Cuando Juanita fué á su cómoda á buscar dinero para las compras de la mañana, vió con espanto que el dinero habia desaparecido.

Y no solo el dinero, sino las pocas joyas que conservaban y las ropas de algun valor habrian representado en caso de apuro.

La puerta de calle forzada, como la del comedor, que daba entrada á los dormitorios, eran pruebas irrecusables de que habian entrado ladrones, ladrones que nadie habia sentido.

Juanita despertó á Dolores bajo el peso de aquella tremenda desventura y ambas mujeres, abrazadas de sus hijos y aterradas ante la nueva situación de miseria y hambre se echaron á llorar de una manera desesperada.

No habia en la casa mas dinero que los dos ó tres pesos que se habian salvado en poder de Dolores.

Pasado el primer momento de dolor, Juanita se repuso y pensó en lo que debian de hacer.

—Es preciso no dejarse ganar por el dolor, y prepararse á lo que pueda venir.

Y á pesar de que estaba convencida que el

—Hemos puesto nuestro personero, dijero y nada tiene que hacer con nosotros.

Pero cuando la autoridad se confabula entre nosotros para embromar á alguno, al fin y al cabo se sale con la suya, por mas infame y sublevante que sea su proceder.

La bolada para aquel que movilizaba el regimiento en que debian marchar Torres y Gomez, era hacer marchar á estos para que dejaran el hogar accesible á sus pretenciones y era preciso lograrla á todo trance.

Gomez protestó con toda la energia de que era capaz, se presentó á la autoridad superior, pero todo era inútil.

El Gobierno Nacional pedía un nuevo contingente de soldados y habia que mandárselo.

Conociendo Gomez de que habia un empeño especial en mandarlo en el contingente, sintió una angustia verdadera, comprendiendo tal vez la causa, é hizo un nuevo sacrificio vendiendo cuanto tenia para rennir la cantidad suficiente á pagar otro personero.

Torres hizo lo mismo, pero cuando llegó el dia fijado para la marcha del contingente, ni uno ni otro habia hallado el personero necesario.

La marcha era inevitable y para no hacerla en las peores condiciones se resignaron á seguir su suerte.

Pero Gomez que era un hombre de espíritu fuerte y que tenia una confianza ciega en su esposa, llamó á ésta y le esplicó el peligro á que estaba espuesta.

—Nos mandan al servicio en este contingente, Juanita, para que nuestro hogar quede sin amparo de ninguna clase, tal vez para tender á ustedes una trampa de vergüenza.

Tengo una confianza ciega en tu fortaleza de espíritu, Juanita, y sé que con mi presencia ó sin ella, siempre serás la misma.

Me voy tranquilo, alma mia, porque sé quienes eres y porque ya te he prevenido el peligro.

—Puedes ir tranquilo, contestó Juanita llorando con una desesperacion profunda por primera vez de su vida.

Trata de volver pronto, que no habrá nada capaz de interponerse entre la felicidad de nuestra vida.

Nuestro hogar será conservado como si tú estuvieras siempre en él presente.

Gomez marchó con una entereza digna de un espíritu fuerte; pero Torres, á quien aquella separacion impresionaba hondamente, se entregó á la desesperacion mas amarga, teniendo Gomez que venir en su socorro para consolarlo.

Con el dinero que habian reunido para pagar el segundo personero, las mujeres podrian hacer por mucho tiempo frente al abandono en que quedaban.

Y antes que aquellos recursos concluyeran, Gomez tendria tiempo de volver, porque al fin y al cabo aquella campaña no habia de ser eterna.

—Solo de la tumba no se vuelve, dijo Gomez al que consideraba como autor de aquella infamia, y algo me dice que yo estoy muy lejos de la muerte: pronto he de volver y entonces saldaremos cuentas, amigo mio.

Aquella sola amenaza costó á Gomez mas cara de lo que á primera vista le pareció, pues

una vez incorporado al ejército, fué pasado á un cuerpo de linea, porque en la nota de remision figuraba como destinado por dos años á las tropas de linea.

Gomez se calló la boca, comprendiendo que cualquier cosa que dijera en aquellos momentos no serviría sino para agravar su causa.

Guardó silencio y esperó tranquilamente á que su espíritu se serenara y á conocer mas intimamente al jefe que le habia tocado en suerte.

Se separó de Torres con un abrazo y estas palabras:

—Tú volverás primero, amigo querido, no me cabe duda, te recomiendo entonces los mios con toda la efusion de mi alma.

—No tengas cuidado, contestó Torres, cualquiera que vuelva primero será lo mismo que si hubiéramos vuelto los dos.

Y ambos amigos se separaron presa de la amarga angustia, pues Gomez habia mostrado claramente á Torres, toda la tenebrosa intriga de que eran victimas.

Las dos familias venian así á quedar colocadas en la situacion mas aflijente, aunque Juanita era un espíritu fuerte y varonil que Gomez habia educado al diapason del suyo propio.

Ella cuidaria de las dos familias, manteniendo para ellas el respeto de que se habia rodeado siempre.

Esta certeza absoluta era el único consuelo que por el momento quedaba á Gomez, lo único que podia arrancarlo á una desesperacion tremenda.

Y aceptó esa espantosa situacion, esperando que en cuanto él pudiera hablar con su jefe, ella se modificaria notablemente.

Pobre Gomez! si toda su esperanza se basaba en la justicia que le hiciera su jefe inmediato, estaba lucido.

En cuanto á Torres, su situacion no era tan critica: él estaba en la Guardia Nacional y una vez terminada la campaña volveria á su hogar.

Entre tanto los dos pobres hogares habian quedado abandonados y en mala situacion.

Para juntar la plata necesaria al segundo personero, habian vendido muchas cosas que aunque no eran de extrema necesidad para las familias, eran necesarias á su bienestar.

De modo que la casa habia quedado en malas condiciones.

Pero esto importaba muy poco á las mujeres, sobre todo á Juanita, que era mujer que se hubiera resuelto á todo por guardar la fé á su marido.

Mientras su hermana se echó en brazos de la mas acerba desesperacion, ella empezó á arreglar todas las cosas de manera á que nada le faltara durante la ausencia de sus maridos.

Sole la afligir el peligro que estos pudieran correr en algun combate y nada mas.

En cuanto al peligro de que le habia hablado Gomez antes de marchar, midiéndolo en toda su enormidad, estaba dispuesta á arrostrarlo valientemente y con la mas plena seguridad de triunfo.

La existencia de los hijos, que era lo único que podia inquietarle, estaba perfectamente

por sus mejillas hermosas, pero volvió a intimidar a aquel hombre saliera de su casa.

— Todo tiene su límite en la vida, dijo él al salir, y tu resistencia tendrá el suyo; no abrigues la mas remota duda: trata solo de que no sea demasiado tarde.

Juanita habia echado sus cálculos, sobre la vida de sus hijos, a quienes la miseria iba a matar, fuera de duda, adoptando una resolución heroica para salvarlos de la miseria que era la muerte.

Su estado de cocinera le habia puesto en contacto con la demás gente de servicio, con aquellas ladronas de que hemos hablado antes, y de aquí habia surgido su resolución estrema.

En contacto con ellas, Juanita se habia impuesto de la manera como robaban, y ganándoselas poco a poco, habia logrado ganarse la buena voluntad y la confianza de todas, al estremo de que la ponian en el secreto de muchos robos infames para decidirla a asociarse con ellas.

Juanita era muy inteligente, tenia una gran viveza natural, y por su posicion de persona en la que podia tenerse entera confianza, ella podia ayudarlas divinamente en provechosos golpes.

Y fué tal la influencia y el prestigio que en poco tiempo adquirió sobre aquella gente, que se le impuso como un jefe, al estremo que sin formar parte entre ellas, la consultaban sus planes mas delicados y dificeles.

Aquel podia ser un medio fácil de salir de la miseria, sin crear en la infamia que la encerraba como en un aro de hierro.

Juanita pensó, vió a sus hijos muertos de necesidad, sin mas salvacion que la infamia de todos, y aceptó aquel otro medio, menos infame a sus ojos, y mas perdonable en la situacion terrible en que se encontraba.

Yo robaré, se dijo, me convertiré en una ladrona, pero Gomez podrá pasear tranquilamente las calles de San Juan, con su frente alta y sin que nadie pueda señalarlo con una sonrisa de desprecio.

Tal vez esto me cueste ir a la cárcel, pero Gomez estimará mi sacrificio y no tendrá que bajar el semblante enrojido de vergüenza ante los mismo que prepararon su infamia.

Decidida a todo, antes que afrontar a su marido, Juanita se reunió con un grupo de unas diez mujeres de aquella vida, y combinó un golpe de mano contra la misma familia a que servia.

Aquellas mujercuelas tenian sus amantes, que eran el cuerpo ejecutivo de la asociacion, amantes que se pusieron en contacto con Juanita y comprendiendo su superioridad, no tuvieron inconveniente en ponerse a sus órdenes.

La familia a que servia Juanita, era una familia rica que tenia no solo dinero sino joyas de gran valor.

Juanita indicó que una vez dado el golpe y para no ser descubiertas, era preciso que uno de aquellos hombres se fuera a Chile, donde podria realizar fácilmente y sin peligro, todas las joyas de que lograran apoderarse.

Y fué aquel rasgo de prevision lo que mas la acreditó entre aquella gente.

El golpe, admirablemente preparado, vino a dar resultados magníficos.

Con los datos que habia dado Juanita, los ladrones entraron a la casa en ausencia de la familia y robaron todo el dinero y alajas que hallaron en los muebles.

Reunidos en casa de Juanita, esa misma madrugada, se hizo un reparto del dinero y un cálculo aproximativo de los que valian las joyas que habian de venderse en Chile.

Pero aquí se ofreció esta dificultad: quien iria a Chile a realizar la venta?

Ninguno tenia confianza en el otro y todos pedian que Juanita designase el que habia de ir.

— Yo no me meto en esto, dijo, que vaya el que merezca mayor confianza.

La necesidad me obliga a hacer una proposicion que si no se acepta me obligará a separarme de la sociedad, porque no puedo hacer otra cosa.

Si las alhajas vendidas valen una cantidad que diera un reparto de cuatrocientos pesos cada uno, yo pido que no se me den mas que cien, pero que estos cien se me entreguen ahora mismo.

En vista de la condicion impuesta y de la ganancia que dejaba a los demas un negocio hecho en esta forma, se aceptó sobre tablas, entregándose a Juanita ciento veinte bolivianos, como total de lo que le correspondia en el robo de alhajas.

Esta suma unida a la que le habia tocado como dinero, dió a la desventurada mujer un total de mas de trescientos pesos, suma fabulosa para su estado de miseria.

La impresion de aquel primer robo fué tal, que Juanita tuvo un ataque violentísimo que la prostró en cama mas de ocho dias.

Pero sus hijos, por mucho tiempo, quedarian a cubierto de la miseria y del hambre.

Cuando Dolores supo lo que habia hecho Juanita, se echó a llorar amargamente, aterrada ante el peligro que corrían.

Pero, quién podia sospechar de ella? quién se atreveria a culpirla?

La primera impresion pasó y el bienestar que para sus hijos representaba aquel dinero, concluyó de borrar todo remordimiento.

La familia robada no quedaba por esto en la miseria, porque era gente muy rica, y entónces el daño venia a ser relativo.

La felicidad empezó a sonreír por las pobres mujeres, felicidad miserablemente relativa, pero al fin una felicidad.

Los hijos tendrian ropas con que cubrir su desnudez y buen alimento para nutrirse.

En la casa robada nadie desconfió de Juanita, y con la idea de haber mandado realizar las alhajas en Chile, el robo vino a quedar en el mayor misterio, sin que la policia pudiese descubrir el menor indicio sobre sus autores.

E indudablemente la persona que mas lejos de toda sospecha estaba era Juanita.

El dinero fué empleado por las dos hermanas con tal moderacion y tal tino, que ninguno sospechó tan solo el cambio que se habia operado en la familia.

Y Juanita, en tiros mas ó menos grandes, pero bien combinados todos, empezó a reunir

autor de aquel robo era el jefe de la Guardia Nacional, se trasladó á la policia y no solo dió cuenta del robo, pidiendo se hiciera lo posible por tomar á los ladrones, sino que hizo una larga deposicion de todas las sospechas que la desesperacion le habia sugerido.

Vuelta á su casa, Juanita empezó valientemente á buscar trabajo.

Pero como todas las familias estaban en situacion casi igual, no habia trabajo que obtener.

Y las dos mujeres empezaron á ir vendiendo cuanto tenian, resueltas á hacerlo hasta con las propias camas.

El cuadro de sus hijos enfermos de hambre y de miseria era lo que querian evitar á toda costa.

Fué entonces que los enamorados fortalecidos por aquella situacion desesperada, se presentaron con sus ofertas de oro en abundancia, pero á cambio de amor.

Si la primera vez habian sido recibidos con severidad y circunspeccion, ahora las hermanas les demostraron todo el desprecio y el odio que por ellos sentian.

Primero la muerte por el hambre, dijo Juanita, y les prohibió terminantemente volvieran á presentarse en su casa.

El cuadro empezó á hacerse cada vez mas sombrío, porque el hambre empezó á enflequecer y á enfermar á los niños y la perspectiva de ser arrojadas de la casa, se ofreció al pensamiento de las mujeres con el horror de quedar en medio de la calle ellas y sus hijos.

Y los amantes, siempre á la carga, eran rechazados cada vez con mas desprecio y violencia.

Siempre fuerte y valiente Juanita tomó una resolusion.

Hay que encontrar á toda costa el medio de arrancar nuestros hijos á la muerte por el hambre, dijo á Dolores.

Mientras tu los cuidas, yo voy á buscar conchavo.

Y salió á la calle en busca de familias que necesitaran servicio.

A consecuencia de las ladronas, nadie se atrevia á tomar sirvienta, así es que á Juana le fué muy fácil hallarlo por las recomendaciones que logró munirse.

Un sueldo de cocinera en San Juan era miserable y no podia dar abasto al sosten de dos familias.

Pero con él sus hijos no morirían de hambre, ya guardándole las sobras de la comida de la familia donde cocinaba.

Con qué placer infinito llevó Juanita á Dolores la noticia de haber hallado un conchavo!

—Ya nuestros hijos están asegurados contra el hambre, dijo, y podemos aguantarnos un poco hasta hallar algo mejor, ó hasta que podamos hallar para tí algun trabajo que puedas hacer en casa mientras cuidas los niños.

La gravedad de la situacion no disminuia por esto.

Se habia alejado el hambre y nada mas, pero no habria con qué pagar la casa ni con qué cubrir la desnudez de los pobres niños.

Y si caíaz enfermas por la miseria misma, qué seria de ellos?

Y el jefe de la Guardia Nacional la espiaba

á la salida del conchavo y la seguia, hablándole de su miseria y ofreciéndole dinero á manos llenas, tratando de herir siempre sus sentimientos de madre.

—No seas tonta, le decia Gomez que no te ha escrito, será porque ha muerto, ó porque te habrá olvidado por otra.

Vas á dejar morir de hambre á tus hijos por guardarle consecuencia á un cadáver.

Demasiado has sufrido ya, no seas tonta! y sobre todo, tú haces el doble sacrificio que yo te pido, por tus hijos y no por tí.

Dime que me amas, dame una prueba de tu amor, una esperanza tan solo y te vuelvo á la abundancia.

Juana se tapaba los oidos y corria y entraba á su casa pálida como un cadáver.

Y allí el cuadro de sus hijos desnudos y enfermos de necesidad, le partía el alma.

Pero firme estaba resuelta hasta llegar al crimen por guardar á Gomez, muerto ó vivo, todo el respeto que le debia.

Dolores era acosada por su parte y en su propia casa, por los tres ó cuatro que se disputaban su amor.

Y la pobre mujer, mas débil que su hermana, se refugiaba en el llanto como único consuelo á su desesperacion.

—Ya esta no es vida, decia, ni siquiera el derecho de matarse tiene uno, porque no puede dejar tiradas las pobres criaturas.

—No te aflijas, hermana mía, respondió al fin Juanita, un dia en que la desesperacion habia llegado al colmo por la enfermead de una de las niñas: no te aflijas que Dios se ha de apiadar de nosotros, yo creo haber encontrado el medio de salir de la miseria.

—No hay mas medio que la infamia, convéncete hermana mía, y para ella no hemos nacido.

—Si, pero infamia que no podrá avergonzarnos nunca, visto el estado á que hemos llegado.

—Y cuál es ella? preguntó aterrada Dolores.

—La conocerás dentro de un par de dias, pero no te aflijas, yo te respondo que salimos de esta situacion.

Aquel mismo dia, como todos, y á pesar del desprecio con que era recibido, se presentó el Jefe de la Guardia Nacional, como se presentaron los enamorados de Dolores.

—Qué es lo que usted quiere aqui? preguntaba Juanita en el colmo de la irritacion; viene todavia á gozarse en su obra?

—No Juanita, respondia aquel hombre, vengo á ofrecerte todas las felicidades de la tierra, para tí y tus hijas, á cambio de un poco de cariño.

—Fuera de mi casa, cobarde! no hay felicidad ni desventura que me hagan aceptar la infamia.

—Mira que tus hijos se van á enfermar, mira que pueden morir de hambre!

—Fuera de aquí, cobarde! y no vuelva á acordarse mas de mí.

—Mira que serás tú misma la que vendrá á rogarme dentro de poco! cuando ya tal vez sea tarde para volver la vida á estas criaturas!

Juanita se estremeció, las lágrimas rodaron

Previendo que la azotada podía declarar y descubrirlo todo, previno á los demás que era preciso irse á Mendoza hasta que pasara el peligro.

Y así lo hicieron, no quedando en San Juan mas que Juanita y Dolores, porque estaban seguras que contra ellas nada habia de declarar la presa.

Así sucedió en efecto; ante la amenaza de otra azotaina, la pobre mujer acusó á algunos cómplices salvando á las dos hermanas y á otras de igual importancia.

Y como vió que la amenaza no trataban de hacerla efectiva, se guardó para el último momento de peligro, peligro que por suerte para ellas no llegó nunca.

La policía buscó los cómplices delatados, pero no pudo tomarlos porque habian huido con tiempo.

La mujer fué puesta en libertad una vez que habia sufrido el castigo de la acordada, y que nada tenian ya que hacer con ella.

Pero las sospechas que habian tenido los enamorados y el Gefe de la Guardia Nacional, por la frecuencia con que habian visto ir á la ladrona á casa de Juanita debia traer resultados funestos que esta no podía prever, no conociendo las sospechas ni la vigilancia de que era objeto.

Abandonada por completo la idea de amantes misteriosos, ya dejaron de observar la casa de Juanita, para observar á las personas que la frecuentaban.

Era casi seguro que las hermanas pertenecian á una asociacion de ladrones, y esto era lo que tenian de descubrir para valerse del descubrimiento como arma terrible y la mas eficaz, la única eficaz para vencer la resistencia de las hermanas.

El castigo recibido acobardó un poco á las ladronas, pero un mes despues de esto, las que no habian sido delatadas, y que por consiguiente no podian ser sospechadas, volvieron al negocio con mas fé que nunca.

La Policía abandonó completamente la vigilancia de Juanita, concretando toda su atencion á las mujeres que la frecuentaban.

En esta operacion llegaron al descubrimiento de un gran robo que habian proyectado en una casa de negocio.

Era indudable que en aquel gran robo tenian una gran parte activa Juanita y Dolores.

Pero era preciso dejarlas obrar para tomarlas con el robo en la mano.

El robo se llevó á cabo con una astucia infinita y la Policía que habia tomado todos los hilos, acudió á casa de Juanita, cuyas salidas fueron tomadas de antemano y apresó á Juanita y á Dolores, junto con otras cómplices, en momentos que hacian el reparto.

El robo habia sido de importancia y casi puede decirse que habia sido visto efectuar.

Tremenda, bárbara fué la impresion de las dos mujeres, al ver entrar á sus piezas, violentando las puertas, á los agentes de Policía.

Pero Juanita los dominó con audacia infinita, preguntado á los que entraban porqué lo hacian de aquella manera violenta, si ya no existia en San Juan el sagrado del hogar.

—En San Juan existe el sagrario del hogar, pero no para los ladrones, á cuyo lado la Po-

licia tiene entrada siempre sin tener que pedir permiso á nadie.

Dolores lloraba desesperadamente, pero Juanita cada vez mas entera, se defendia con talento y con asombrosa energia.

El Gefe de la Guardia Nacional, autor de todo aquello, estaba mezclado á los agentes de Policía, dirigiendo la prision.

Así es que fué á él á quien se dirigió Juanita mostrándole toda la infamia de su proceder.

—Este no es lugar de ladrones, señor Coronel, le dijo, el único ladrón que habria aquí seria usted mismo, usted que para vengarse de nosotras porque no hemos aceptado 'sus infamantes proposiciones de amor, viene á robarnos la honra acusándonos de ladronas.

Esto es cobarde é infame é ineficaz tambien, señor Gefe de Guardia Nacional.

El terror no nos ha de degradar como nosotros han degradado todas las amenazas que usted nos ha hecho con el mismo objeto.

Sepan todos ustedes que este hombre hace todo esto, porque yo no he aceptado sus estúpidas declaraciones de amor y porque cree que de esta manera se me va á imponer.

El gefe se habia irritado de una manera espantosa con las palabras de Juanita, que lo cubrian de vergüenza y de ridiculo descubriéndole el juego ante tantas personas.

—Es inútil todo lo que digan para disfrazar la verdad, exclamó pálido de ira, ustedes son las autoras del robo en casa de Cabrera, robo que se estaban repartiendo cuando yo vine.

—Miente el infame, lo que estamos haciendo era contar un dinero que yo iba á entregar á estas señoras para que me hicieran mañana unas compras.

—Y de donde han sacado tanto dinero, ustedes que no tenian que comer?

—De donde? respondió Juanita, con un valor asombroso; este dinero me lo dá un amante mas afortunado que usted, porque no es ni un alcalde ni un miserable.

Aquella escena era verdaderamente repugnante.

La pobre mujer comprendiendo que corria un peligro de muerte, se defendia de todos modos, como apartándose detrás de una vergüenza que no existia.

Y esta confesion fué la que mas ira causó en el ánimo de aquel hombre.

—Con que usted tiene un amante, señora de Gomez? dijo, bueno, que venga él á probar que este dinero y estas alhajas robadas en casa de Cabrera él se las ha dado y usted quedará en libertad.

—Entreguenos usted todo eso, por el momento, que una vez que usted justifique como lo ha adquirido, se lo volveré en el acto.

Juanita protestó, no quiso entregar nada, pero tuvo que ceder á la fuerza y á la violencia.

Tomadas las mujeres, no habia ya para que guardar las salidas de la casa, retirándose los que estaban ocupados en esto.

Y era tal la ansiedad de prender á Juanita y á Dolores, que ni siquiera miraron á las otras mujeres que allí habia, las que se escaparon sin que nadie pensara en atajarles el paso.

una suma que las ponía al abrigo de todo contratiempo.

—Gomez me lo perdonará, decía á Dolores, porque esto nos ha hecho escapar de un peligro tremendo; si yo hubiera visto á uno de mis hijos moribundo, solo Dios sabe de lo que hubiera sido capáz.

El hábito de tener dinero las hizo empezar á gastar con menos reserva, hasta que todos se apercebieron que en la casa habia dinero.

Pero quién podia sospechar el origen de aquel dinero?

Juanita habia tomado todas sus medidas con admirable talento y se habia hecho jefe de aquellos ladrones, dejándoles la parte activa y reservándose ella sola el derecho de organizar los robos que habian de cometerse y organizarlos con una habilidad estrema.

Los que las vieron con dinero, empezando por el jefe de la Guardia Nacional y demás enamorados sin esperanza, atribuyeron aquel cambio á amantes misteriosos, y su sospecha fué entonces estrema.

Quienes eran aquellos amantes que habian aprovechado todo el trabajo criminal y paciente que ellos habian tenido para preparar aquella situacion desesperante?

Ellos habian venido así á trabajar para otros que los burlarian alegremente entre los brazos mórbidos de aquellas espléndidas mujeres.

Y crecia el despecho mas perverso y la necesidad de vengarse.

Ellas habian sucumbido al fin, pero no habian sucumbido con ellos, con ellos que tanto sacrificio habian hecho y que tantas humillaciones habian sufrido.

Pero quienes eran estos amantes y donde se veian con ellas, que nadie los habia visto entrar en la casa?

Era esto lo primero que habia de averiguar á todo trance, porque tal vez la amenaza de hacer pública la vergüenza, fuese mas eficaz que todos los medios empleados hasta entonces.

Por este interés los unos y por simple curiosidad los otros, empezaron á asechar á las dos mujeres.

Pero nada pudieron sacar en limpio, á pesar de toda la astucia y empeño con que hacian sus observaciones.

A casa de Juanita no entraba hombre alguno que pudiera ser sospechado de amante.

A la noche iba algunas mujeres, pero estas visitas tenian lugar muy de tarde en tarde y aunque eran mujeres de servicio, solo podia sospecharse que ellas fueran interventoras de aquellos amores.

Juanita habia abandonado su conchavo y no salia á la calle, como su hermana, sinó para sus compras de alimento ó artículos de primera necesidad.

Dónde estaban pues los amantes que daban tanto dinero y cuya existencia era indubitable?

Era preciso buscarlos á toda costa y la inutilidad de los esfuerzos hechos para lograrlo no hacia otra cosa que acrecer el despecho en los amantes desdefiados.

La tranquilidad del espíritu respecto al bienestar de los hijos, la felicidad de haber escapa-

do á aquella trama infernal y la buena vida material que pasaban, habian puesto cada dia mas hermosas á las mujeres, aumentando el empeño de sus amantes despreciados.

La belleza de Juanita sobre todo habia aumentado de una manera fabulosa.

Y los enamorados se quemaban los sesos en falsos cálculos pasándose las noches en claro en plena calle, para sorprender la entrada de los misteriosos amantes.

Pero nada podian sorprender, puesto que nada habia de lo que ellos sospechaban.

Habian pretendido volver á la carga, esta vez con amenazas de descubrirlo todo y hacer volver á los maridos para que les tomaran cuenta de la afrenta que les habian echado encima.

Pero si antes habian sido despedidos con desprecio, ahora lo fueron con alternia infinita, y hasta con insolencia.

Por el servicio era imposible averiguar nada, porque las mujeres, sin duda para que no sorprendieran el secreto que tanto querian guardar, estaban sin servicio alguno, como en sus tiempos de mayor miseria.

Y el dinero aumentaba, puesto que aumentaban las comodidades de la vida, sin que ninguno pudiera dar con su procedencia.

Es que Juanita obraba con admirable tino, lo mismo que Dolores, que formaba tambien parte de la sociedad.

Hablaban con las ladronas menos sospechadas cuando salian á sus compras y no las dejaban venir á su casa sinó en caso de necesidad estrema y trayendo compra que sirvieran de disculda á su visita, aún para los mismos indiferentes que las vieran entrar.

La vigilancia de que eran objeto por parte de los enamorados empeñados en descubrirles los amantes, era sumamente peligrosa porque podria traer el descubrimiento de todo aquello.

Una tarde la policia tomó inflagrante delito de robo, á una mujer de la cuadrilla de Juanita.

La suma que se le tomó en su poder estaba comprendida en la segunda parte de la acordada, y la pobre mujer, sin mas trámite, sufrió la pena de azotes establecida por ella.

Si no se cumpliera energicamente aquella acordada, no habia medio posible de concluir con aquellos robos.

La autoridad estaba segura que, en cuanto se hicieran efectivas las disposiciones de la acordada, en cuatro ó seis ladronas, las demás escarmentarian.

Por desgracia, la ladrona castigada fué reconocida como una de las que frecuentaban la casa de Juanita y esto hizo recaer una sospecha terrible en la policia.

Seria Juanita acaso cómplice de aquellas ladronas, y por consiguiente este el origen de aquel dinero atribuido á los amantes misteriosos que nadie habia visto?

Los azotes son muy eficaces, y una vez que estuvo buena de los recibidos, la ladrona, se le amenazó con otra racion igual si no cantaba quienes eran sus cómplices.

Pero el caso es que mientras se curaba, Juanita habia tomado medidas para burlar la accion de la Policia.

Y sin la menor vacilacion, sin encontrar atennantes en la narracion de Juanita, pronunció su fallo, fallo monstruoso, por venir hacer un fallo verguenza para el tribunal que lo pronunciaba, porque habia en él un refinamiento estúpido de bárbarie y de maldad inútil.

Las dos mujeres fueron condenadas á ser fusiladas en la plaza principal de San Juan, fusilamiento que debia presenciarse las hijas, juzgada como cómplices y para que escarmentaran con la muerte de la madres.

Aquellas dos mujeres creyeron morir de espanto cuando les comunicaron semejante sentencia.

En Dolores sobre todo, el efecto fué mas terrible y violento.

Juanita, valiente como siempre, viendo que no habia remedio, aceptó su mártirio con una resignacion magnifica.

—No me importa por mi, dijo, sinó por las pobres niñas—que será de ellas cuando yo les falte!

Pero no dejó asomar á sus ojos ni una sola lágrima.

Aquella sentencia estúpida y monstruosa, fué elevada al Ejecutivo para que pusiera el cúmplase y ejecutarse tan pronto como fuera posible,

El señor Sarmiento era entonces Gobernador de San Juan.

Horrorizado ante monstruosidad tan inaudita no solo no puso el cúmplase que se le pedia sinó que declaró de la manera mas solemne que no lo pondria nunca.

Y cuando se le observó que era una sentencia que estaba entre la acordada de las cámaras de San Juan y Mendoza, dijo que el cúmplase no estaba entre acordada alguna y que no lo ponía ni lo pondria jamás.

Las pobres mujeres venian a iá salvarse por un tiempo indefinido, pero como ellas no conocian la respuesta del Gobernador Sarmiento, su desesperacion no cesaba.

El gefe de la Guardia Nacional, haciéndole creer que la sentencia no se cumplia por influencia suya, volvió á la carga con su proposiciones amorosas, comprometiéndose á salvarla si cedia á su amor.

Pero la noble victima lo arrojó de su calabozo, como lo habia arrojado de su casa.

Dolores tambien fué acosada en su calabozo con terrible empeño.

Mas débil, mas cobarde que su hermana, Dolores ofrecia mayores esperanza de éxito y por esto fué cargada con mas empeño, bajo la seguridad de su salvacion.

Y la pobre mujer, estenuada por el dolor de ver á su hija en la horfandad y la miseria, tal vez escuchó las propuestas que le hacian, porque dos dias despues desaparecia con su hija de la cárcel, sin que nadie supiera lo que habia sido de ella, aunque algunos dijeron que habia huido para Mendoza.

Este fué un nuevo motivo para que el gefe de la Guardia Nacional volviera á la carga, para inducir á Juanita á que se salvase como se habia salvado Dolores.

—Ahora que mi hermana está libre, dijo esta sonriendo, puedo morir mas tranquila, porque mis pobres hijas no quedarán desamparadas!

—Fuera, cobarde, agregó con toda energia y sonriendo bravamente: eres demasiado cobarde y demasiado estúpido para triunfar de una mujer como yo.

Ahora menos que nunca, miserable gusano, y si es verdad que algo puedes, haz que ahora mismo se cumpla la sentencia de esos otros.

Y como aquel hombre pretendiera insistir y se negara á retirarse, Juanita empezó á gritar á los carceleros, pidiendo socorro á grandes voces, que aumentaban el llanto de las niñas.

Aquel cobarde no tuvo mas remedio que retirarse corrido y avergonzado.

Podia estar seguro que aquella mujer, aun muerta, le resistiria.

Entonces empezaron todos los empeños para que el Gobernador Sarmiento pusiera el cúmplase á la sentencia.

Pero fueron tales los terminos en que Sarmiento se negó á complacer á aquellos bárbaros, que nadie se atrevió á hablarle mas del asunto,

No faltó quien dijiera á Juanita lo que sucedia, y esta viendo en la conducta del Gobernador una esperanza de salvacion, cobró nuevo ánimo calmando así la agitacion de su espíritu.

Pocos meses despues de estos sucesos, y á consecuencia de monotonas y movimientos militares, el Gobernador Sarmiento tuvo que ausentarse temporalmente de San Juan.

La causa de la infeliz Juanita fué agitada de nuevo y la Cámara pidió entonces al Gobernador interino, pusiera el cúmplase á la sentencia.

Tanto lo acusaron, tanto lo molestaron, que aquel hombre, sin reflexionar tal vez lo que hacia, ó sin comprenderlo, puso el cúmplase que le pedia la Cámara.

Juanita estaba perdida sin remedio.

El gefe de la Guardia Nacional se presentó de nuevo en su calabozo, pero ella ni siquiera quiso escucharle una palabra, imponiéndole que se retirara sin hablarle.

Al dia siguiente, la infeliz fué puesta en capilla, escuchando con piedad la palabra consoladora del sacerdote.

Lo único que pedia la pobre, era que le suspendiesen la segunda parte de la sentencia, aquella que disponia que sus hijas inocentes y sensibles presenciaran el fusilamiento.

—Ellas son inocentes y puras, decia, por qué se les vá á dar un espectáculo que tal vez les haga perder la razon?

El sacerdote, atendiendo el noble pedido, se puso en campaña inmediatamente para obtener la suspension de aquella monstruosidad.

Pero todos sus empeños fueron inútiles.

La sentencia tiene que cumplirse tal cual ha sido firmada, se le dijo y la Cámara no puede reformar nada en ella.

Juanita habia concluido por resignarse á su barbara muerte.

El dolor de su situacion le habia hecho caer en una especie de idiotismo salvador, porque el iba á aminorar, á embotrar la desesperacion que la vista de sus hijas debia causarle en el momento amargo.

Sin responder una palabra, á los que la mandaron salir al dia siguiente para el suplicio, se acercó á sus hijas para decirle adios.

Las pobres criaturas, sin saber de lo que se

De manos de Juanita y de sus bolsillos se había tomado la suma de seiscientos bolivianos y una buena cantidad de alhajas.

Entonces se trató de registrar toda la casa, á cuyo efecto se pidió á las mujeres la entrega de las llaves de los muebles.

Juanita, reuniendo toda la fuerza de su carácter, no solo no quiso entregarlas, sino que pretendió defender los muebles con su cuerpo mismo.

Pero fué vencida, como era natural, y sujetados sus brazos á la espalda.

Y no pudiendo hacer otra cosa, la pobre mujer se desató en insultos de toda clase contra aquellos hombres: la pobre jugaba el todo por el todo, porque sabia que un registro en su casa era su inevitable perdicion.

Registrada la casa y los muebles, se halló una buena cantidad de alhajas diversas y una suma de mas de mil bolivianos.

—Generoso amante murmuraba el gefe empaquetando el dinero, veremos como se justifica todo esto.

Por lo pronto ustedes todas están presas.

Al tumulto y gritos, las pobres niñas se habian levantado y venido á refugiar su terror en el seno de la madre, lo que daba á aquella escena un tinte conmovedor de primera fuerza.

—Todas presas, dijo el gefe de la Guardia Nacional, esta es cuestion que han de resolver los jueces.

Las niñas lloraban de una manera conmovedora, gritando que no mataran á la madre, pero nada de esto era capaz de ablandar á aquellos bárbaros.

Todo el vencidario, alborotado, estaba allí presente, ávido de curiosidad y poderosamente conmovido ante espectáculo tan tremendo.

—Está bien, dijo Juanita por fin, mascando sus sollozos, iremos presas, pero ninguna accion queda impune en la vida—ya tendrá esta su justo castigo.

Y encarándose al autor de todo aquello, que sonreia ante su obra, lo escupió en la cara.

Ante aquella injuria, el hombre tembló todo y levantó la mano airada para castigarla.

Pero su brazo quedó alzado en el aire, detenido por veinte manos.

No se podia permanecer impassible ante semejantes cosas.

Las pobres mujeres, seguidas de sus hijos y de una turba de curiosos, fueron llevadas á la cárcel, donde se les puso en la mas rigurosa incomunicacion.

Fué entonces, cuando se vió sola que Juanita mujer al fin, vió decaer todo su valor y rompió á llorar, abrazada de sus hijos, de una manera desesperada.

Esta conocia, como todo San Juan, la acciada de la Cámara y sabia que, constatado el robo, seria condenada á muerte y fusilada.

Que seria entonces de sus pobres hijas?

Esto era lo que la aterraba mas, haciendo descender su espíritu al máximum del espanto.

Y valiente hasta lo imponderable para arrostrar

ella todo género de peligros, se sentia cobarde ante el que podian correr sus hijas muerta ella.

Si ella pudiera hablar con cualquier amigo, para que pasando por un amante dijiera haberle dado todo aquel dinero cuya procedencia no podria justificar.

Pero quien habia de prestarse á correr un serio peligro de complicidad?

Además de que le servia justificar la posesion del dinero, sino podia hacer lo mismo con todas aquellas alhajas robadas; que serian reconocidas por sus dueños?

Su misma hermana mas débil y asustadiza, tal vez fuese á confesarlo todo pensando que así pudieran salvarse.

La pobre Juanita veia sobre si la muerte, una muerte ignominiosa é inevitable y se habia dejado ganar completamente por el espanto.

Todo su anhelo era que Gomez supiera, para su intima satisfaccion, la causa de su muerte.

Pero cómo hacer para contárselo? no le permitirian escribirle, y si se lo permitian, no dejarian llegar aquella carta á sus manos.

Juanita no vió otro recurso que referir á sus hijas aquella tremenda historia, para que ellas, que la sobrevivirian las trasmitiesen á su padre.

Y trémula y sollozante, tratando de ganar minutos porque de un momento á otro podian separarlas, las encerró con un abrazo estrecho y les refirió aquella historia espantosa, de manera que las niñas pudieran conservarla con toda exactitud.

Ahora, pensó, puedo morir tranquila, pues él sabrá que se he hecho todo esto, ha sido para evitarle una verguenza mayor.

Aquella causa, en la que la Policia nada podia hacer, fué pasada á la Cámara de Justicia, la que se entregó á su estudio para darle una rápida solucion.

Las alhajas y parte del dinero tomado, habia sido reconocido por las victimas, dejando constatado los robos.

Llamada á declarar Dolores primero, como su hermana lo habia calculado, confesó todo la pobre, creyendo que aquella era la única salvacion que les quedaba.

Ya Juanita no podia negar nada, y aunque lo negase, la negativa de nada podia servir.

Llamada á declarar, no solo negó energicamente los hechos constatados, diciendo que Dolores habia confesado trastornada por el espanto, sino que refirió el origen de la persecucion de que habia sido victima por parte del gefe de la guardia nacional.

—Por esto se nos ha perseguido hasta la muerte, dijo, sé que con esto nada remedio, que no me salvo, pero quiero que al menos quede su constancia en el proceso de mi muerte.

Pero aunque Juanita negó todo, no supo, no pudo indicar la procedencia del dinero y alhajas halladas en su poder.

La Cámara se encontró con el delito plenamente averiguado, y frente á su propia accor-dada, brutal y bárbara.

todo no podia tener perdon ni disculpa; era un acto que ni los mismos indios habrian cometido.

En aquel crimen la justicia de Mendoza no quedó atrás de la de San Juan.

No podemos decir cual de las dos fué mas bárbara.

Dolores, auxiliada por aquellos que la hicieron fugar de la cárcel de San Juan, acompañada de su hija, se guareció en Mendoza, donde se creyó por el momento á cubierto de todo peligro.

Salía de las garras del lobo para caer en las del tigre.

Sabiendo que estaba allí guarecida, la Cámara de San Juan ofició á las autoridades de Mendoza, para que remitieran á la ladrona sobre quién pesaba una sentencia de muerte.

Peró la autoridad de Mendoza no pudo dar con ella en los primeros dias.

Se encontró su filiacion y datos mas amplios y el mismo dia que su amante, prevenido de lo que pasaba la sacaba para Chile, fué detenida y conducida á la cárcel.

Toda esperanza de salvacion habia concluido!

El terror de Dolores fué entonces inmenso: en Mendoza se conocian ya los detalles de la ejecucion de Juanita, así es que á la pobre joven se le presentó inmediatamente á la imaginacion el cuadro terrible de su suerte.

El amante empezó entonces á poner en juego todas sus influencias, para impedir la remision de Dolores á San Juan, pero parecia que nada iba á conseguir.

Había un convenio establecido en ambas cámaras, al que no era posible faltar.

El amante de Dolores era un hombre de posicion, de relaciones y de gran influencia.

—No te aflijas, decia á la jóven, yo te juro por mi honor que no te remitirán á San Juan.

Tengo aun muchos medios seguros que poner en lungo, pero no lo hago porque no quiero tocarlos hasta el último momento.

No te aflijas mas, que nada se ha perdido, aunque parezca haberse perdido todo.

Con estas palabras y promesas Dolores se alentaba un poco, pero era para volver á caer en desesperacion mas honda, cuando pasaban los dias sin haber obtenido un resultado positivo.

Sin embargo los trabajos para su salvacion seguian cada vez con mas empeño y su autor tenia la plana seguridad del éxito.

Dolores no seria remitida á San Juan, segun él se lo aseguraba.

Mas todavia, la Cámara de Mendoza la condenaria á una pena mucho mas llevadera y consoladora puesto que ella en ningun caso importaria la perdida de la vida.

—Está tranquila, le decia, yo te lo juro sobre el inmenso amor que te tengo, y sabes que no te engaño.

Por el momento no puedo conseguir tu fuga, que es lo que ya buscaria, pero ello vendrá mas tarde.

La principal por ahora es obtener una sentencia diversa y de eso tengo ya la mas plena seguridad.

Dolores, que conocia prácticamente la influ-

encia que tenia su amante, se dejaba consolar con estas promesas de tiempos mejores.

El sufrimiento habia enflaquecido á Dolores pero su hermosura, eran siempre igual.

La Cámara de Mendoza, cediendo ante las influencias puestas en juego, condenó á Dolores á una pena mucho mas dulce segun ella, pero que venia á ser en realidad tan monstruosa y tan brutal como la de la Camara sanjuanina.

Era imposible poder decir cual de aquellas dos sentencias era menos cobarde.

Dolores era condenada con su hija, á ser trasladada á la frontera y ser entregada á los cuerpos de guarnicion.

Tan barbaro era aquello, que lo primero que exclamó Dolores, al conocer la sentencia, fué:

—Yo quiero que me fusilen! Quiero morir en el acto!

Su amante vino como siempre en su auxilio, consolándola con palabras de salvacion.

—Esta condena es salvadora, le decia, y lejos de desesperarte debes estar alegre.

De la cárcel de Mendoza es imposible una evasion, porque no han querido acordármela.

Peró una vez fuera de la cárcel, en camino para la frontera ó en la frontera misma, la cosa cambia de especie y se hace facilísima.

Esta condena atroz no quiere decir otra cosa sino poner en mis manos los medios de salvarte sin menoscabo de las autoridades, ¿entiendes?

El sabia que aquello no era posible, pero engañaba á Dolores sonsacándola así de su desesperacion.

Y era tan bello el engaño, que la pobre lo aceptaba con muestras del mayor júbilo.

— Para evitar murmuraciones, le decia, cuando salgas de Mendoza, yo te seguiré á la distancia, es lo convenido; pero una vez alejados de aquí, nos juntaremos, y en vez de seguir á la frontera, seguiremos para Chile donde terminarán todas sus zozobras.

Tan persuadida estaba Dolores de la verdad de estas palabras, que por primera vez, desde su prision en San Juan, se consideró feliz.

Así no solo huia de la justicia de aquellos bárbaros, sino que se alejaba de la posibilidad de volverse á hallar con Torres, á quien no podria mirar frente á frente.

Este pensamiento era el que le roía el espíritu, hasta el extremo de hacerle envidiar la muerte desesperante de Juanita.

El momento de la partida llegó por fin: él habia pasado la noche al lado de Dolores, dándole datos de la manera como se llevaria á cabo la evasion, é indicándole el paraje donde habian de encontrarse, con tanta verdad, que ella no tuvo la menor duda que todo habia de hacerse como él le decia.

Cuando salió á caballo con su hija, escoltada por el oficial y cuatro soldados que habian de escoltarla hasta la frontera, Dolores sonreia mostrando sus hermosos dientes, considerándose feliz.

Aquel, para ella, era el primer paso que daba en el camino de la libertad.

Al otro extremo de la plaza y entre el gentío que llenaba, Dolores vió á su amante mon-

trataba, sin darse cuenta de nada, lloraban amargamente arrinconadas en la prision.

— Vamos a ir todos juntos, dijo el plebeo que debia entregarla a la guardia del banquillo.

— Cómo todos juntos respondió Juanita con estrafaja: el sacerdote me dijo que habian modificado esa parte infame de la sentencia.

— No hay modificacion alguna señora vamos.

La pobre mujer turbada por el dolor y siendo este su pensamiento costante, habia creído sin duda que á sus hijas inocentes les hubiera ahorrado aquel espantoso momento.

Conformidad, hija mia, murmuró el sacerdote, conformidad, Dios no abandona nunca á sus criaturas.

— Estúpida, murmuró Juanita, me habia olvidado que estaba entre fieras! y mirando cariñosamente al sacerdote agregó:

— Yo estoy fuerte y resignada, padre mio, es preciso darles ánimo á ellas, pobres pedazos de mi alma, siquiera para que no se vayan á volver locas.

El sacerdote entónces, comprendiendo que este seria el mejor consuelo que se podria dar á la madre, se acercó á las hijas y empezó desde aquel momento á engañar, para fortalecer aquellos pobres é inocentes seres en quienes las reflexiones no podrian dar el menor consuelo.

Impuestas por el aparato exterior y la presencia de los soldados que habian llegado á la puerta del calabozo: no quiero que maten á mamita! gritó la mayor, y las tres se prendieron de la madre, saliendo así en un grupo tremendo del calabozo.

No era posible imaginarse un cuadro mas dramático.

Aquella-hermosa mujer, con los ojos preñados de lágrimas, trataba de tranquilizar á sus hijas, haciendoles creer que aquello era un juguete.

Pero las criaturas llorando amargamente no querian creerle, ni separarse de ella.

Si alguna vez cesaba el llanto era para gritar; no quiero que maten á mi mamita!

Aquello era tremendo: los mismos soldados de la custodia daban vuelta el semblante para ocultar las lagrimas y para no mirar aquello.

Juanita marchaba cadeante, con las mandíbulas caidas y la hermosa fisonomia desengañada y livida, no por temor á la muerte, sino por el espanto que en ella causaba el cuadro de sus hijas, gritando: no quiero que maten á mi mamita!

La plaza estaba llena de gente; el espectáculo de la muerte atrae al pueblo á pesar de su voluntad misma, á pesar de todas sus convicciones.

Lo tremendo del espectáculo atrae por su misma fuerza imponente, por la misma ferocidad inaudita que encierra el cuadro del cadalso.

Pero ante el espectáculo de las niñas llorando y pidiendo que no mataron á la madre, los mas abyectos, los mas miserables, abandonaron su punto de mira, conquistado á fuerza de mil estrujones y trabajos.

No quedó allí mas que un centenar de personas, dominadas por la misma fuerza del es-

pectáculo, por lo terrible de la impresion misma.

Juanita caminaba como un autómata: su mirada vagaba por la plaza, sin expresion, con la pupila dilatada y como si su espiritu no se diera cuenta de lo que sus ojos veian.

Las mismas niñas ya no lloraban, el esfuerzo del llanto mismo las habia postrado, y sollozaban tan solo, pero siempre prendidas al vestido de la madre.

Cuando llegaron al banquillo y fué preciso atar y acomodar á Juanita, tuvieron que arancarlas del lado de la madre.

Felizmente esta parecia haber perdido la razon porque mirando á los que la llevaban, murmuró débilmente, y poniendo su dedo indice sobre los lábios.

— Cuidado no las vayan á despertar, no las vayan á despertar porque se van á morir.

Fué entonces que los pocos espectadores de la plaza pudieron presenciar un espectáculo consolador.

El oficial que mandaba el cuadro, cediendo á uno de aquellos impulsos del corazon que nada tiene la fuerza de reprimir, dió su espada contra el suelo, y se separó de allí gritando:

— Nadie tiene el derecho de exijirme que yo sea un miserable.

Fué preciso que el sargento mandase la ejecucion, porque el oficial se alejó de allí y salió de la plaza con imponente ademán de indignacion.

Era tal la turbacion de los que dirigian aquel asesinato judicial, que ni siquiera se acordaron de vender los ojos á Juanita, que vió acercarse los soldados y apuntarle con los fusiles, tal vez sin darse cuenta de lo que veia.

El sacerdote, sin poder contener sus lagrimas, ocultaba entre su amplio ropaje las cabecitas gentiles de las niñas, para robarlas al bárbaro espectáculo.

Pero se le ordenó que por el contrario, las hicieran mirar al banquillo, pues era el objeto de la sentencia.

El noble sacerdote no obedeció semejante orden; por el contrario, cuándo vió que los soldados apuntaban, les oprimió las cabezas, como si hubiera querido evitar hasta que oyeran el ruido de la descarga.

Un silencio de muerte se sucedió á aquellos cuatros tiros descompasados, pero felizmente ciertos y mortales por la proximidad con que habian sido hechos.

Juanita, sujeta por las ligaduras del banquillo, plegó las manos, y volcó la hermosa cabeza sobre el pecho con una mansedumbre infantil: habia dejado de existir como herida por un rayo.

Las niñas, recordando la accion del sacerdote cuando sintieron la descarga, aterrizadas, estrecharon sus cabecitas entre el ropaje, gimiendo dolorosamente.

Aquel cobarde asesinato habia terminado para eterna vergüenza de la justicia de San Juan.

La protesta silenciosa de espectadores y ejecutores fué unánime; no hubo un solo que no calificara de salvaje aquel acto bestial y sin precedente.

La parte que se referia á las niñas, sobre

Para una mujer tan bella como usted, la cosa cambia de especie.

El jefe la toma bajo su protección y si logra tener amores con él, aún puede ser feliz, y como es preciso tenerlos de grado ó por fuerza, puede decirse que está salvada.

Cuando el jefe se cansa, no falta quien lo reemplaza y así se va rotando de uno en otro, pero evitando así siempre cualquier contratiempo ó desgracia.

—Y esto es lo que á mi me espera? preguntó la pobre mujer torciéndose de dolor.

—No tenga de ello la menor duda, esa vida de escarnio es lo único que puede salvarla de otras cosas peores.

El oficial hablaba así para pintarle la situación de la manera mas espantosa y sacar partido de su desesperación.

—Pues si esto es lo que me espera, gimíó Dolores, hagame usted el favor de prestarme un revólver, que siento en mí las fuerzas suficientes para darme la muerte.

—Dios me libre de tal crimen! exclamó el oficial sonriendo ante el plan que habia improvisado.

—Hay algo que pueda salvarla, aunque no es completamente seguro y que es muy fácil de hacer si usted lo quiere.

Ante una nueva esperanza, Dolores secó sus lágrimas y escuchó atentamente.

Diga usted, hable por Dios, porque me parece que me estoy ahogando.

Los oídos me zumban y no se lo que me pasa.

—Es esto: al entregarla á usted en el campamento, yo digo que usted es mi novia, que hay un compromiso solemne entre los dos, y que pedimos nos permitan casarnos en el acto, para lo que yo mismo iré á buscar un fraile cualquiera.

Dolores dejó caer los brazos con el mayor desaliento, y murmuró:

—No puedo, soy casada, mi marido vive y no puedo contraer un nuevo matrimonio.

—Y eso que importa? la cuestion es salvarse de otras cosas mil veces peores; el mismo marido no podrá ver en esto sinó la única salvacion posible.

Pero y ese marido por qué no está aquí á combatir la desventura?

—Es una historia horrible, respondió Dolores, la historia de la infamia mas grande que se ha cometido.

El día empezaba y era preciso marchar.

—Vamos á ensillar y á ponernos en camino, interrumpió el oficial: en la marcha me contarás esa historia y así lo pasaremos mas distraídos.

Pocos minutos despues suspendian la marcha nuevamente, y Dolores referia la historia espantosa que hemos narrado.

El mismo oficial estaba asombrado de tanta enormidad, que dejaba atrás todas las escenas de crueldad de que él habia sido testigo en su vida.

Tan entretenidos habian andado ambos con la narracion de Dolores, que pasó el tiempo de una manera insensible.

La fuerza del sol les hizo notar que la hora de la siesta estaba encima.

Era preciso campar en el primer monte del

tránsito, para evitar la postracion de ginetes y caballos, y toma algun alimento.

Recien Dolores se aperció con una amargura profunda, de que su amante no se habia dejado ver, siendo exactas todas las sospechas del oficial.

—Pero es claro! decia este, viendo que todo esfuerzo era inútil, el diablo habrá encontrado mas prudente desandar en la noche el camino que hizo durante el día, y á esta hora estará ya descansando en Mendoza.

Su capricho ya habia sido satisfecho, de todos modos, y nada lo impulsaba á darse una mortificación inútil.

—Pero eso seria una infamia, una cobardía!

—Y qué va á hacer el pobrete, de todos modos? olvidalo y no vuelvas á acordarte de él en tu vida.

—Créeme, hermosa, tu única salvacion es mi amor, mi amor, mi amor que ya ves que te lo podia imponer si quisiera, pero yo lo quiero franco y espontáneo.

Aquel lenguaje que otra vez habia sublevado el espíritu de Dolores al máximo de la indignacion; era escuchado por Dolores con la mayor naturalidad.

Las cosas que le habian pasado, hasta el olvido de todo en brazos de un amante, habian ido matando poco á poco la delicadeza y la vergüenza.

Idiotizada por la situacion que la esperaba y por el abandono de su amante, escuchaba todo aquello como una máquina y con una naturalidad estupenda.

—No se le ocurría argumentar otra cosa que la vida de su marido, que hacia imposible todo otro enlace.

—Qué nos importa todo eso? decia el jóven, nadie tiene que saber si tu marido vive ó muere.

Lo único que importa es salvarte, salvar á tu hija que lo demas no vale la pena.

Tu marido, como el de tu hermana, habrán muerto ya; de otra manera ya sabrias donde se encuentran.

Seamos marido y mujer y dame un poco de ese amor que se te vuelca de los ojos y que emana de todo tu ser.

Y se aproximó mas á Dolores, estrechándola entre sus brazos.

La impresion de aquel brazo y el beso que lo siguió sublevaron el último resto de pudor que quedaba á la jóven, y rechazó con violencia extrema al oficial.

—Antes la muerte, dijo, mil veces la muerte.

—No tendrás la muerte, imbécil, sinó la suprema degradacion: no me quieres dar un amor que te arrebatará el último soldado?

Ya vendrás á mí á suplicarme para poner en juego un medio de salvacion, pero ya será tarde, porque yo no me puedo casar contigo, sino en ciertas condiciones y desconocida de todos.

En seguida nos meteremos per ahí, sin que nadie sepa nuestra existencia, pasaremos al mismo Chile, si lo quieres, y yo á fuerza de cariños y de hallagos te haré olvidar todo el horror de tu vida.

Dolores volvió á rechazar al jóven que se le aproximaba.

—Estoy dispuesta á lo todo que Dios dis-

tado en hermoso caballo, que le hacia señas que solo ella podia entender.

Cualquier última duda que pudiera aturdir, se habria disipado cuando se pusieron en marcha, y lo vió seguirlos decididamente, siempre haciéndole los mismos ademanes de tener paciencia.

El amante estaba sin embargo convencido de que ya todo esfuerzo seria infructuoso y si la seguia era solo para darle aquel último consuelo.

Todo el dia Dolores lo estuvo viendo, siguiéndolos á gran distancia como se habia convenci-

do. Cuando cayó la noche y lo dejó de ver, caminaron con mayor fuerza de esperanza, por que al otro dia ya no lo veia á la distancia sino á su lado.

El, una vez que hubo cerrado una noche, lanzó un suspiro, porque la amaba verdaderamente y volvió grupas en direccion á San Juan.

Todo quedaba concluido entre ellos!

Aquella primera noche fué de gran pena para Dolores; aunque tenia la seguridad de que al dia siguiente su amante estaria á su lado y le proporcionaria tal vez la libertad completa.

El hallarse sola en medio del campo, entre un oficial y soldados, era cosa agitante por si sola; pero que mas habia de hacer?

La situacion del oficial no podia ser mas picante.

Se encontraba en medio del campo, solo, con una espléndida mujer destinada á un terrible castigo.

Todo era licito para él, porque siempre seria por que todo lo que le esperaba en un campamento militar á que iba destinada.

Jóven, sin una educacion esmerada y sin creer que por esto ofendia en lo mas mínimo á la presa, el oficial se le acercó, una vez que acamparon, la invitó á que partiese con él los camareros que llevaba, y se pusieron á conversar de cosas indiferentes.

Pero poco á poco el jóven se fué entusiasmando, poco á poco la belleza de Dolores se le fué imprimiendo, hasta que, sin poderlo evitar le habló en ese lenguaje apasionado y metódico que inspira toda mujer hermosa en un hombre jóven, en situacion semejante.

Dolores quedó aterrada en el primer momento.

Cómo podria defenderse en situacion semejante? cómo rechazar á aquel jóven sin provocar su cólera y tal vez su violencia?

Lejos de todo amparo y á la merced completa de aquel oficial, Dolores sintió que las fuerzas le faltaban y apeló á su único recurso, las lágrimas.

—Por qué lloras, mi vida? preguntó él, dejándose arrastrar por la pasion.

Por qué lloras de esa manera? á mi lado no tienes nada que temer, nada que pueda causarte espanto.

Créeme, yo te amo, y haré por tí todo lo que esté en mi mano; no llores mas mi vida, yo te ampararé ante todo.

Aquel lenguaje conmovia cada vez mas á Dolores, haciéndole palpar todo lo horrible de su situacion.

Si no hubiera sido por la esperanza que tenia en su amante y las seguridades que este le habia dado, la infeliz habria muerto de espanto.

Con la imaginacion exaltada por la misma situacion de aquel momento, Dolores alzó la cabeza, y mirando intensamente al jóven, le preguntó:

—Recuerda usted ese jóven que nos ha seguido ayer todo el dia y que solo lo dejamos de ver cuando cerró la noche?

Aunque el oficial no habia reparado en aquel letalle, respondió que sí, por ver á donde iba á parar la presa.

Pues bien, ese es mi salvador: mañana estará á mi lado y me salvará, porque tiene todas sus medidas para hacerlo así.

El oficial sonrió ante el engaño de la jóven y con su ruda franqueza militar le dijo aquel era un disparate que solo por consolarla podian haberle dicho.

—Yo tengo que conducir á usted hasta la frontera, le dijo, y esto solo podria dejar de suceder con mi muerte, lo que es muy difícil por ahora.

Llevo cuatro soldados de mi absoluta confianza, y ya vé usted que no es cosa fácil llevarme por delante.

Dolores quedó asombrada.

—Cómo, preguntó, usted no está en combinacion con él para salvarme? no se han puesto de acuerdo?

—Yo no puedo ponerme de acuerdo con nadie para faltar á mi deber, y con lo que sé ahora, si ese hombre se nos acerca mañana, yo lo reduzco á prision y lo llevo á la frontera tambien.

Dolores comprendió que habia cometido el peor de los disparates, que tal vez acababa de hacer imposible su evasion, y empezó entónces á llorar con desesperacion suprema.

—Pobre de mí, sollozó, me he perdido y lo he perdido á él ¿qué vá á ser de nosotros ahora?

—Su situacion es la misma, en nada ha cambiado, yo se lo aseguro, todo lo que le han dicho es por consolarla, y créame, ese hombre no solo no se acercara á nosotros, sino que no volveremos á verle jamás el semblante, yo se lo aseguro.

Yo mismo, aunque quisiera, no podria salvarla, porque en ello iria mi carrera, mi porvenir y tal vez mi vida.

Una vez que yo haya cumplido mi deber, entregándola en la frontera, ya la cosa cambia de aspecto, porque entónces, sin la menor responsabilidad puedo ayudarla en su fuga de una manera eficaz.

—Pero qué es lo que piensan hacer conmigo, para qué me mandan á la frontera? hasta ahora nadie me ha dado la explicacion de esto.

—La frontera es nada mas que el campamento militar: allí usted vá como presa, á disposicion del jefe, que es quien ha de darle el destino que le parezca.

Para una mujer cualquiera esto es un mal asunto, porque la condenan al servicio de los cuerpos, del hospital, ó á lavar las ropas del campamento.

que la pobre mujer, en sus lágrimas, desahogase su dolor que debía atormentarla.

No eran muy piadosos los militares y pronto el gefe les dijo que era necesario separarse, pues aquella mujer venia como destinada y tenia el que darle su colocacion.

—Es mi mujer! exclamó Torres haciendo girar el ojo sobre lo órbita con expresion de locura.

—Yo no sé si es tu mujer, ni dudo tampoco que lo sea, yo tengo que cumplir con ella las órdenes que recibo y nada mas: despues podran hablarse todo lo que querian, ahora retírate á servicio.

Torres se retiró, porque bien sabia que resistiéndose agravaria la situacion, y rogó su mujer se resignara un momento, que despues que lo relevaran podrian hablar cuanto quisieran.

—Pero señor, sollazaba Dolores, el es mi marido, déjeme á su lado que en ello no se hace mal á ninguno! déjeme por lo menos contarle porque estoy aqui!

—Despues, hija, despues, respondia el gefe, tratando de indolzar la bruzquedad de su acento para que Dolores cediese á la palabra y no fuera necesario emplear la violencia.

Dolores fué remitiida al hospital, diciéndole que allí prestara sus servicios en el lavado de las ropas.

—Y no te muevas de allí, agregó, porque entonces me obligarias á ser mas severo.

—Y mi marido, señor, y mi marido? gimió Dolores.

—Aqui no tienes marido, y es preciso que te vayas acosumbrando asi, porque sino agravaras tu situacion y la de tu marido, que no te pertenece, porque pertenece á su Regimiento y á sus deberes.

En el acto se agolpó á la imaginacion de Dolores, cuanto le habia dicho el oficial, en el camino, y lloró, lloró siempre, porque comprendió que Torres seria la victima de todos los planes que sobre ella hubieran hecho.

Y se retiró siguiendo al soldado que la condujo al hospital, bajo la mirada curiosa de cuantos la veian pasar.

Torres entre tanto, estaba entregado á pensamientos terribles: con lo que habia visto hacer durante el tiempo que servia, tenia lo bastante para comprender lo que tramaban contra su mujer.

Pero tenia tambien la suficiente fuerza de dominarse, puesto que si se dejaba arrastrar de sus impulsos, no lograria sino hacerse poner en cuatro estacas ó pegar cuatro tiros bajo cualquier pretexto.

Torres no se equivocaba, pues en aquel mismo momento el gefe de la frontera pensaba el medio de sacarlo del campamiento bajo cualquier pretexto.

Y tan era asi, que al dia siguiente cuando lo fueron á relevar, le avisaron que se preparara porque estaba nombrado en una comision que habia de marchar al otro dia, en persecucion de unos indios.

Torres pidió permiso para hablar con el gefe de la frontera y á este para hablar con su mujer, porque teniendo que marchar en comision, quien sabe cuando volveria.

Desde que al otro dia iba á marchar no se le puso inconveniente, dándole el permiso pa-

ra que hablara con Dolores, pero allí en el hospital donde ella estaba, y á la vista de todos.

Los dos esposos, embargados por el placer de verse y hablarse, se retiraron á un rincon, donde Dolores enjugando sus lágrimas, empezó á llenarlo de caricias.

—Pero cómo estás aqui? preguntaba él afijido por explicarse aquel misterio: cómo puedes haber venido destinada sin haber cometido algun delito horrible?

—El delito de parecerse hermosa y nada mas—que delito cometiste tu mismo para que te mandaran á los cuerpos de linea?

—Cuenta, cuéntame todo lo que les ha sucedido sin ocultarme nada, absolutamente nada.

Ya estoy habituado á sufrir, y créeme que peor, mil veces peor será lo que yo me imagine que la realidad misma.

No omitas nada, Dolores, por terrible que sea, poco tiempo de estar á tu lado tengo, porque mañana salgo en comision y es preciso aprovecharlo.

Dolores empezó por referirle todo lo que le habia dicho el oficial que la condujo allí, que no era otra cosa que lo que él mismo se imaginaba.

Y Torres, entregado sin la menor defensa á lo que quisieran hacer con ellos, se estremeció poderosamente y tomando entre sus piernas á su hija que lo llenaba de caricias, volvió á pedir á Dolores le contara todo lo que les habia pasado desde que ellos salieron de San Juan.

Y Dolores, pensando que peor seria ocultar la verdad, porque tarde ó temprano vendria á saberlo en su exagerada lealtad, empezó referir con todos sus horribles detalles la tremenda historia que hemos referido.

Torres escuchaba todas sus miserias y todas sus persecucion con enorme resignacion.

De vez en cuando sonreia y levantaba su mirada para bañan con su expresion mas cariñosa el bello semblante de Dolores.

Y escuchó hasta el fin, hasta la muerte de Juanita, sin desplegar sus lábios.

—Pero tú, cómo escapaste á la condena? preguntó, te conmutaron la pena? la verdad, Dolores, la verdad, por brutal, por bárbara que sea!

Dolores lo miró, gimió estremecida y contó como se habia salvado huyendo á Mendoza en compania de su amante.

—Perdon, decia, no me atrevia á dejar en la horfandad á nuestra pobre hijita! que habria sido de ella sola en el mundo?

Fuf débil, lo reconozco, yo debí haber muerto con Juanita, pero es tan imperioso el deseo de vivir cuando se tiene un hijo que vá a quedar en el mayor desamparo!

Quién es el que puede ser indiferente ante consideracion de esa magnitud?

Ninguno, y el que lo diga es porque no tiene hijos, ni ha sentido pesar en su cabeza una sententencia de muerte.

Torres estaba conmovido de una manera poderosa; habia agoviado la cabeza y de sus ojos caian lágrimas que arrancaba la desesperacion y la vergüenza.

Aquella mujer se habia salvado para la hija, pero habia muerto para el marido.

ponga, dijo ya media loca; de todos modos no creo que me quede mucha vida y así habré concluido de penar.

—Pues sigamos, repuso el oficial; no quiero hacer la menor violencia: ya te convencerás de toda la razón que me asiste!

El camino volvió á emprenderse de nuevo en medio del mayor silencio.

Ella iba dominada por la desesperación que habia causado en su ánimo el abandono de su amante y el porvenir que le habia diseñado el oficial.

Y pensaba que el joven le habia engañado para arrancarle por el terror el logro de su empeño.

Como iba á creer ella en semejantes monstruosidades?

A pesar de todo lo que habia sucedido ya, pensaba que aquel jefe de frontera seria por lo menos un hombre de honor que tal vez la amparara en su extrema desventura.

Si la hermosura de su semblante era la causa de todo lo que habia sufrido y aun le quedaba por sufrir, Dolores adoptó la resolución de desfigurarlo, aunque fuera llenándolo de tajos, si no hallaba otro medio menos doloroso.

El oficial la observaba sin decir una palabra, dejando que las ya dichas, hicieran todo su efecto en el espíritu de la joven.

Y pasó todo aquel día sin que cambiaran una palabra.

Á la noche, y cuando camparon, se reanudó la conversacion.

Mañana, le dijo, llegaremos al campamento; es preciso que te resuelvas, porque una vez que te entregue al comandante, ya nada tendré que ver contigo.

—Estoy resuelta á correr la suerte que Dios me depare, le ruego que no hablemos mas de esto, y si algun favor tengo que pedirle, por lo que mas ame en el mundo, es que si alguna consideracion le merezco me haga pegar un tiro.

Felizmente para Dolores habia dado con un joven oficial, brusco y de una franqueza ruda, pero hombre y bueno.

Solo en medio del campo podia haber abusado del poder que le daba su situacion, pero la rasionacion de aquella pobre mujer lo habia comovido profundamente.

—Como usted quiera, le dijo, no volveré á molestarla mas con mis palabras que veo no le son nada agradables.

Si en algo me necesita, llameme no mas, que pudiendo, seré feliz en aliviar su pena.

Aquellas palabras hicieron en Dolores la impresion de un bálsamo, se sintió mas consolada y estrechando la mano del joven, se la besó agradecida.

Entre aquellos dos jóvenes acababa de establecerse una amistad noble y desinteresada.

Aquella noche durmió Dolores, vencida por el sueño, y la fatiga fisica y moral del viage y de sus horribles impresiones.

Y al día siguientes siguieron la marcha hacia el campamento que quedaba solo una jornada.

Allí esperaba á Dolores una impresion mas tremenda que todas las que habia pasado y todas las que le habia hecho presentir el oficial, impresion mucho mas terrible, cuanto que era lo que menos se esperaba.

Al medio día, bajo los rayos del sol mas quemante, llegaron al campamento, silencio, porque todos estaban entregados al reposo de la siesta.

El oficial condujo sus presos á la mayoría, entregando sus notas de remision, para que las hicieran llegar hasta el jefe.

En ellas se copiaba la sentencia recaida en la causa de Dolores, y se le remitía para que le diera el mas riguroso cumplimiento.

El jefe de la frontera, trasladado á la mayoría recibió la presa, quedando como todos los que la veian, sumamente agradado con su hermosura, á pasar de que esta se habia marchitado ya mucho por la demacración que causarían los sufrimientos.

Y se le ordenó permaneciese en la mayoría hasta que se le indicara el destino que habia de dársele.

Dolores lloraba, lloraba siempre, abrazada de su hija, pues veia llegar el momento mas solemne de su vida.

Aún se arrepentía ya de no haber escuchado los consejos del oficial.

De pronto entró á la mayoría el cabo de servicio y dijo algunas palabras al oficial de guardia.

Ya en el campamento se sabia que habia llegado destinada una mujer bonita, preparándose todos á curiosearla.

De pronto Dolores alzó la cabeza como movida por un resorte, y fijó su vista en el cabo, que la miraba intensamente.

Y saltó sobre él, estrechó entre sus brazos y llorando de una manera terrible, empezó á cubrirlo de besos.

Acababa de reconocer en él á su marido, á Torres, de quien no habia tenido la menor noticia desde el día que lo arrancaron de su lado.

El cabo por su parte, como una estatua y sin acertar á decir una palabra, dejaba llorar á la pobre mujer, como idiotizada.

Aquel era Torres, efectivamente, Torres que ascendido á cabo prestaba sus servicios en aquella frontera pretejido por el jefe, á quien habia referido su desesperante historia.

Torres, cuando entró á la mayoría y miró á Dolores, no pudo reconocerla en el momento, aunque su corazón quedó parado un segundo como cuando se recibe un golpe sobre el pecho.

Recien cuando ella lo abrazó, cuando sintió sus gemidos y su llanto desconsolador reconoció á su esposa y á su hijita que lo miraban como aturdida.

Que causa ¿podia haber originado el viage de su mujer á la frontera de Mendoza? El deseo de verlo? Alguna desgracia sucedia en la familia?

Pero no decian que aquella era una mujer que habia ido presa y destinada á los cuerpos de guarnicion allí?

Torres estaba bajo una terrible estupor: mil pensamientos diversos acudian á su imaginación á cual mas tremendo, á cual mas violento.

Todos los presentes miraban conmovidos aquella escena tremenda, porque todas estaban en el terrible secreto de su vida.

Cuantas veces al rededor del fogan, les habia narrado la historia de su desgracia, ponderando la belleza de su amante esposa.

Nadie se atrevió á interrumpirlos, dejando

rabina, de manera de poder hacer fuego con solo bajar el pié.

Torres fingiendo que dormía, mientras que sus compañeros dormían efectivamente, se había hecho volar los sesos, no animándose á sobrellevar la vida de vergüenza que lo esperaba.

Ya había calculado sin duda todas las afrentas, todos los vejámenes que tendría que sufrir y había preferido la muerte para huir á una vida miserable.

No hubo un solo soldado que no sintiera la muerte de aquel camarada, porque Torres, siempre bueno y noble, se había conquistado el cariño de todos.

Aunque él no dejó una sola línea esplicando la causa de su muerte, no hubo uno solo que no la comprendiese, desde que sabían que la hermosa presa llegada el día anterior, era la mujer de Torres.

Como todo el campamento se había puesto en alarma por aquella detonacion y todos trataban de inquirir su origen, la noticia del suicidio de Torres circuló en un momento por todas partes.

Y los soldados, para quienes no existen ciertos secretos ni delicadezas, dieron á Dolores la noticia con la rudeza que les es característica.

—La madama es viuda desde este momento, le dijo un chasco, puede ya dar de alta á quien mejor le parezca.

Aquella noticia fué como un rayo para la desventurada Dolores.

Los oídos le zumbaron, se le nublaron los ojos y estuvo un largo rato sin darse cuenta de lo que le pasaba.

Ella que creía haber recorrido la escala de los sufrimientos soportables, se encontraba con un nuevo golpe tan desesperante como brusco y que dificultaba mas todavía su miserable situación.

Que tenia que esperar ya del mundo? Solo una sola desventura, la muerte de su hija.

Sin darse cuenta de lo que hacia, ni importarle nada si se esponia ó no á un castigo, sin que los soldados pudieron evitarlo, salió del hospital, llevando su hija de la mano, y entró á la cuadra donde estaba el cádaver de Torres.

Allí se arrodilló y empezó á hacerle tales caricias y á decirle tales frases de cariño, que los soldados mas crueles é indiferentes se sintieron conmovidos á pesar del hábito que tenían que presenciar escenas tan tristes como esta.

El jefe de la frontera, impuesto de lo que sucedia y conmovido tambien por la desgracia acrecida, porque en su conciencia se sentia culpable, permitió que Dolores permaneciera al lado de su marido, hasta el día siguiente, que seria enterrado.

Torres fué velado en la cuadra, el resto de aquella noche, y sepultado al día siguiente en medio del campo, sin mas señal sobre su tumba que una cruz de ramas con que la adornó la mano piadosa de Dolores, para señalar siquiera el sitio donde podria venir á llorar todos los días.

Ahora el campamento ofrecia para ella un nuevo y funebre encanto: allí estaba la tumba

del noble Torres, única cosa que le quedaba en el mundo.

Aquella pobre y desventurada mujer, permaneció allí muchos años.

Cuando cumplió su condena, manifestó que no queria moverse de allí y todas las guarniciones que se fueron sucediendo en aquella frontera, la fueron hallando en el ranchito de cueros que se había hecho ella misma, para vivir así cerca de Torres.

Su vida miserable es inútil referirla porque ella fué la de toda mujer del campamento militar.

No hubo tortura moral á la que no fuera sometida, ni réprimenda por el que no pasara.

Ultimamente era una especie de autómata que por nada se conmovia y era indiferente á todo lo que pasaba á su lado.

Insensible á los halagos de su misma hija, que arrastraba una vida tan miserable como la suya misma, solo tenia tino para ir á visitar al marido, arrojarse sobre su tumba y pasar largas horas ensimismada en su dolor, hasta que muchas veces le hacia salir de allí el golpe de algun soldado, golpe que recibia con glacial indiferencia y como si hubiera sido dado en ageno cuerpo.

Demacrada horriblemente por el sufrimiento y el hambre, Dolores parecia el cádaver de una vieja decrepita ya, lo mismo que su hija, envejecida por el género de vida que tuvo que llevar, en medio del vigor de su juventud.

Las guarniciones que se iban sucediendo y que ni conocian ni trataban de averiguar su triste historia, no tenían con ella la menor consideracion, dándole un trato mas miserable que el de los mismos perros del campamento.

Ellas lavaban la ropa de la oficialidad, y hacian las veas que se consumian en el campamento, á cambio de la racion que les correspondia como familia de tal ó cual oficial la hija, y de tal ó cual soldado la madre.

Una mañana de invierno, Dolores fué hallada muerta como un pajarito sobre la tumba de Torres.

El frio había sido tan excesivo la noche anterior, que había sido tan necesario relevar los centinelas en cuarto de hora para que no se helasen.

Y la pobre Dolores, sorprendida por la helada, en la tumba de sus amores, cuando quiso retirarse sin duda no tuvo fuerzas y quedó allí aterida de frio y tal vez de hambre.

Su hija que nada tenia ya allí é indiferente á todo como la madre, siguió á uno de los tantos Regimientos que guarnecieron aquella frontera sin que se supiera despues lo que había sido de ella.

La mujer que en esas condiciones cae al Ejército, es como un vaso de agua arrojado á una tina: desaparece por completo á la mirada de los que la conocieron y la trataron.

Este fué el fin tramendo de la familia de Torres, formaba con tanto desvelo y tanto cariño.

En cuanto á Gomez, nadie ha sabido nunca lo que fué de él.

Destinado á los cuerpos de línea y separado de Torres, marchó sobre el Chacho en el regimiento de Iseas y desapareció allí, muerto

Este no podia ya hacerle una caricia sin experimentar un sentimiento de vergüenza íntima, que ahogaría la frase de amor sobre sus lábios.

Aquellas frases arrobadoras con que Dolores lo habia arrobado otras veces, habian sido dichas á otro hombre, á otro hombre que la habia estrechado en sus brazos, que habia descansado sus lábios sobre aquella boca de ángel.

Y ahora mismo tenia mujer acaso? No lo mandaban en comision para alejarlo de su mujer? No lo echaban del campamento para que no fuese un obstáculo á planes miserables?

Torres midió el horror que le esperaba, ya le parecia que lo señalaban con el dedo y riendo los que estaban al cabo de su vergüenza, le pareció que su misma mujer lo miraria en adelante con un sentimiento de desprecio y halló que la vida era para él una carga demasiado pesada.

—Nada me dices? preguntó Dolores, me desprecias, tienes vergüenza de mí?

Ah! por qué no tuvo el valor de Juanita! Ahora descansaria en paz, aunque mi hija anduviese vagando de puerta en puerta para pedir un pedazo de pan!

—Yo no te reprimino, Dolores, dijo Torres con verdadera grandeza de alma, yo no te reprimino.

Guardó silencio porque es natural, estoy impresionado fuertemente con la narracion que me has hecho, porque ella es horrible—pero esto pasará, créemelo, pasará y gracias á Dios, todavia seremos felices.

Torres habia tomado una resolucion tremenda y no queria amargar mas la vida de aquella criatura desventurada.

Los compañeros miraban á Torres, queriendo escuchar sus palabras, pero éste hablaba en voz tan baja, que era imposible entender lo que decia.

—Yo tendré que ir á donde me mandan, agregó, porque peor sería que me pusieran en cuatro estacas y me mataran en ellas.

Amargos momentos te esperan durante mi ausencia, pero es preciso que te resignes y resueltas á luchar con esta gente infame.

Todo tiene su termino en la vida! y los sufrimientos acaban al fin, como acaba la felicidad, como acaba todo, como acaba la vida misma.

No hay mas que tener fé en Dios y pedirle fuerzas para luchar.

—Lucharé, lucharé por nuestra hija, en la esperanza de que pronto nos reuniremos para no separarnos mas.

Cosa tremenda es esta, pero que le hemos de hacer, estoy tan habituado al martirio, que todo me parece sobrellevable.

—Bueno hija mia, yo me voy, me voy sin poder hacerte una caricia porque nos están devorando con los ojos, pero espero en Dios que pronto nos hemos de ver.

—Y que me importa á mí que me vean, contestó Dolores, si en ello no cameto delito, situ eres mi marido?

Y alzándose en un movimiento rápido y enérgico abrazó á Torres y lo besó febril y apasionadamente.

Torres se estremeció, hizo un esfuerzo temblando y se arrancó de los brazos de Dolores.

Besó en seguida á su hija bañando con sus lagrimas el semblante infantil y bello de la niña, y se dirigió á su cuadra, bajos las bromas de sus compañeros, que le decian al pasar:

—Vaya, y quien te dice nada, ahora que sos hombre casado! quién te hubiera profetizado semejante bolada, eh?

La comision de que debia formar parte Torres, estaba pronta para marchar.

Son tan pocos los aprestos que tiene que hacer un soldado, aprestos que se reducen simplemente á ensillar el caballo, que no necesitan sino el tiempo necesario para la operacion.

Al dia siguiente, á la diana, debian ponerse en marcha.

Durante aquel dia, no se le dijo á él nada, ni se molestó para nada á Dolores, esperando sin duda que él dejara el campo completamente libre.

Despues del toque de silencio se dió al oficial que debia mandar la comision las últimas instrucciones, y el campamento quedó envuelto en medio de la mayor tranquilidad.

Torres dormia en la cuadra de su escuadron, junto con los demás compañeros, como se duerme en todos nuestros campamentos, sin mas abrigo que el poncho militar, ni mas colchones que las taronas de su recado.

Se envolvió en su poncho, con las armas en la mano y se tendió sobre las taronas con su habitual placidez.

Poco tiempo despues dormia ó parecia dormir tranquilamente.

—Pobre Torres, murmuraban sus compañeros; si él supiera lo que le espera, no dormiria con esa tranquilidad.

—No sabe él la hipoteca que le ha caído con su mujer en el campamento, porque ahora va á vivir en eterna comision—un milico no puede tener mas mujer que su Compañía, lo demás es para hacerse moler los huesos á garrotazos.

Reposaban los milicos en el mayor silencio, cuando se sintió en la cuadra la detonacion de un disparo de carabina, y todos estuvieron de pie, movidos por el estruendo.

Allí se habia disparado el arma, fuera de toda duda, porque aún estaba allí la nube de humo por el disparo producida.

Se trataba de algun crimen? habrian disputado dos soldados, siendo aquel tiro consecuencia de la disputa?

El cabo de servicio entró rápidamente, é igualmente interesados todos en aclarar lo que habia pasado, indagaron con mirada ansiosa por todas partes, no tardaron mucho en hallar la causa que buscaban.

Al lado de las caronas donde dormia Torres, habia un charco de sangre, y éste se estremecia en el último estertor de la muerte.

Lo que habia pasado era bien fácil saberlo, con solo mirar el cuerpo del desgraciado cabo.

Este tenia aún con ambas manos el cañon de la carabina, apoyado bajo la barba.

En el pié derecho tenia atado una sogueta, cuyo extremo estaba ligado al gatillo de la ca-

vira incontrastable, pero cada vez con mayor desaliento.

Es que ya Peñalozá estaba viejo; los años pesaban sobre él con la fuerza de sus campañas que habian azotado su naturaleza prodigiosa con las fatigas y las penurias de todo género.

Solo lo alentaba ya la esperanza de conseguir un tratado de paz ventajoso para la Rioja, y como para esto era necesario luchar y sostenerse, él luchaba á pesar de todas sus miserias y contratiempos.

Una de las cosas que más lo affigian, era la defeccion de sus amigos, que abandonaban su causa para plegarse á la de Arredondo.

Así, cuando veia que aquel gefe tenia consigo algunos de los rastreadores que mas lo habian ayudado, y que ahora servian contra él, se dejaba dominar por una pena profunda y no podia contener las lágrimas.

Hay hombres, decia, de quienes yo recibiria con más gusto una docena de puñaladas que una traicion, porque estuve habituado á mirarlos como á hijos y no creí que jamás me perdieran ni el cariño ni el respeto que me debían.

Su gefe de Estado Mayor más constante y activo era la Victor, la Victor que no desmayaba un minuto y que á medida que aumentaban las fatigas y las miserias, parecia que aumentase su valor y su constancia.

Ella tambien estaba vieja y destruida, los años muchas veces podian más que la voluntad y tenia que ceder á su peso y á las fatigas de la vejez.

—No importa, decia, todavia hay fuerzas para luchar, mientras luche el viejo, y hemos de luchar con iguales bríos y con igual denuedo.

Acobardados por la inferioridad numérica y la inferioridad de las armas, ya los chachistas no hacian más que huir y dispersarse en cuanto sentian la proximidad de Arredondo.

Solo peleaban cuando los acosaban mucho y veian alguna probabilidad de triunfo, pero resistian muy poco, dispersándose en el acto que notaban alguna ventaja adquirida por el enemigo en el combate.

Chacha estaba indignada con los que, habiendo pertenecido á su causa, servian ahora con Arredondo.

—Yo no he sido mala nunca, decia, pero si alguna vez de mi vida hiciera una energia, la haria con aquellas personas que nos venden, enseñando al enemigo los parages donde nos ha de hallar, y rastreando nuestro paso para enseñárselo.

Para esos no debe haber perdon, y quiera Dios que ninguno de ellos caiga prisionero en mis manos, porque sabe Dios lo que yo voy á hacer, aunque Chacho se me enoje y tengamos el primer desagrado de nuestra vida.

Arredondo solia fraccionar sus tropas, como hacia el mismo Chacho, cuando sabia que alguna fuerza montonera andaba por tal ó cual parage buscando la incorporacion del Ejército.

Y como siempre caia sobre ellos de sorpresa, el resultado era bueno la mayor parte de las veces.

Los chachistas, sabiendo que Arredondo los

trataba bien, y que no corrian ya el riesgo de ser azotados y lanceados, no hacian ya tanta resistencia á entregarse, y cuando veian que no tenian escapatoria en el combate ni en la fuga, se presentaban prisioneros ellos mismos poniéndose al servicio de Arredondo.

Y era esto lo que indignaba á la Chacha hasta el punto de sentirse con fuerzas para hacer una enormidad.

Cuando hablaban de esto, Chacho rebatía las ideas de su mujer, con una mansedumbre infinita.

—Deja, hija, que cada cual haga su voluntad, le decia, cómo vás á hacerme querer a la fuerza?

Los pobres muchachos están cansados de tanto pelear y buscan su alivio.

—Pero que no lo pesquen sirviendo al enemigo en tu contra: al primero que yo tome en estas condiciones, lo he de hacer lancear!

—No, hija mia, no manches nuestras armas con un asesinato; cada hombre es dueño de su voluntad y libre de hacer lo que quiera.

Pretendes que me quieran á la fuerza, cuando ven que ya todo sacrificio es esteril y que andamos en la mala?

El dia que yo supiera que se habia dado muerte á un solo soldado por esta causa, yo te aseguro que seria entónces el primero en retirarme del Ejército y dejar al enemigo hacer lo que le diera la gana.

El desaliento lo habia ido minando y sabiendo los montoneros que, cayendo en manos de Chacho no habian de hacerles nada, se andaban de uno en otro Ejército sin temor de ningun género.

En aquellas expediciones que Arredondo confiaba á sus oficiales ó gefes subalternos, estos, obrando por cuenta propia, no se mostraban tan mansos como su gefe, haciendo todos los destrozos que podian.

Pero habia siempre aquel respeto hidalgo por el vencido, tan peculiar á nuestros soldados, compasivos por lo general contra el que no puede defenderse y causarles mal.

En aquellas pequenas escursiones, Carlos Mayer se habia distinguido siempre por su tino y el resultado que lograba obtener siempre sin grandes fatigas de combate.

Compasivo hasta la exajeracion con aquel enemigo desarmado y débil, jamás lo acometia sino en número muy inferior, y sin permitir á sus soldados que mataran sino en el caso de una resistencia tenáz y para evitar un contratiempo.

Tenia la idea de que, solo á la presencia de las tropas de linea el enemigo habia de huir, por lo que siempre se preparaba, no ya para el combate, sino para la persecucion.

Pareciale una cobardia sin nombre eso de hacer fuego sobre masas que consideraba inermes y fáciles de deshacer, sin emplear las armas de fuego.

Sus compañeros le criticaban amargamente aquel modo de proceder, porque decian que iba á ser causa de un descalabro.

—Es preciso que no seas terco y temerario, le decian: los montoneros son mas enemigos de lo que tú piensas y el dia que te tomen mal te vá á suceder un gran chasco.

No te hagas ilusiones que puedan costarte

en algun combaté, ó por órden del mismo Iseas quien lo sabe.

Entonces, como eran tantos los destinados que se mandaban con frecuencia á los cuerpos de línea, estos no revistaban en las listas de las mayorias, porque no habia como ni quien hiciese esas listas.

Los soldados revisaban por su nombre en la memoria del Sargento ó del oficial de la compañía, de donde se borraban fácilmente

una vez que por una ó otra causa habian desaparecido de las filas.

Los que llegaron á averiguar su fin tuvieron que contentarse con este solo dato: á servido en el Regimiento 4 de caballeria.

A donde pasó despues, no hubo quien lo supiera decir.

Habia muerto? lo habia asesinado Iseas? misterio fué este que nadie pudo aclarar con seguridad.

Cárlos Mayer

En aquellos buenos tiempos en que el 6 de línea tenia la mejor oficialidad del Ejército revisaba entre sus filas gloriosas, el Capitan Cárlos Mayer, hermano del General Edelmiro.

El Capitan Mayer se habia educado allí bajo la rigurosa disciplina impresa al batallon por el General Arredondo, y conservada despues en toda su fuerza por Luis Maria Campos y José Inocencio Arias.

Bravo como todos los Mayer, educado con el esmero en ellos característico y de una severidad ejemplar en el cumplimiento de sus deberes, era Mayer tal vez el oficial en quien mas confianza tenían sus gefes, por sus bellas actitudes militares y una actividad positivamente incansable.

Su educacion delicada y la dulzura natural de su carácter habian abierto brecha en la sociedad de Mendoza y San Juan.

Alegre y jovial, lleno de ocurrencias esquisitas y graciosas, era capaz de convertir en la mas alegre y agradable, la reunion mas triste.

Sus compañeros como sus soldados lo querian y lo respetaban, porque no habia jamas en sus lábios una palabra dura para nadie, ni una espresion que no fuera comedida y cordial.

Mayer no tenia mas defecto militar que ser sumamente temerario.

Para él no habia peligro que no fuera perfectamente afrontable, mas, con soldados como los del 6 de línea.

—No seas temerario, le decian sus compañeros, mira que esta es la manera de sacrificarse esterilmente y sin brillo ninguno.

Pero él sonreia bondadosamente, diciendo que no era temerario.

—Estoy convencido que en el 6 de línea no hay derrota posible, y con estos montoneros infelices no merecen que se les dispare un tiro si yo fuera el gefe suprimia los fusiles y los sables y armaba á los cuerpos con garrotos y rebenques.

No hay nobleza en combatir con todas nues-

tras ventajas, contra un enemigo desarmado, hambriento y sin conocimientos militares.

La victoria, en estas condiciones, no es una victoria que honra á quien la consigue, porque se puede decir que combatimos sin peligro ni accidente contra infelices que no hacen otra cosa que huir ó pelear con armas que no se pueden llamar tales.

Es que al último los montoneros estaban ya cansados y acobardados por las persecuciones sin trégua que les hacia Arredondo, que se habia hecho mas montonero que ellos mismo, adivinandoles sus movimientos y hasta los puntos donde se dirigian á campar en busca de algun reposo.

Ya luchaban sin ganas y sin bríos, porque el mismo Peñaloza empezaba á acobardarse de aquella lucha sin descanso y sin esperanza de triunfo.

Es que Arredondo no le dejaba un momento de reposo, con su mismo sistema de guerras.

Amparando los prisioneros que se le tomaban, tratándolos bien y dejándolos muchas veces en completa libertad de hacer lo que quisieran, se habia hecho de un prestigio que crecia diariamente, traduciéndose en un verdadero cariño.

De esta manera Arredondo habia logrado formar un magnifico cuerpo de rastreadores que lo ponian sobre la pista que buscaba y le daban todo género de datos sobre las agnadas y punto de reposo.

Así, ya no tenia que mortificarse tanto para dar con el Chacho y éste se encontraba perseguido sin trégua, por más que quisiera dificultar toda persecucion.

Cada vez más faltó de armas y de recursos, porque las perdía poco á poco en los encuentros, Chacho se veia debilitar cada vez mas, y el desaliento empezaba á minar su espíritu.

Ya hacia la guerra sin esperanza de un triunfo final y solo por hacerla, con una bra-

dias Nacional! el enemigo es cobarde porque está mal armado y conoce nuestra superioridad.

En cuanto se sienta cargar de firme huirá, y nos dejará muchos prisioneros para que les cortemos las orejas.

Como ambas fuerzas tenían igual confianza é igual deseo, el combate no tardó en empeñarse con iguales bríos y cargando resueltamente unos sobre otros: Linares para intimidar mas pronto á los montoneros y estos para no dejarles hacer uso de sus armas de fuego que era lo único á que podían temer.

Desde el primer momento se vió por parte de los chachistas una doble ventaja bastante séria.

La superioridad en el número y calidad de los soldados, viejos aguerridos en su mayor parte y habituados á triunfar, aun peleando con enemigos superiores.

Las fuerzas de Linares eran de Guardia Nacional, mas chachista que otra cosa, con escepcion de una compañía de línea que se le habia dado para plantél.

En cuanto los Guardias Nacionales se vieron cargados de aquella manera y sintieron las cosquillas que les hacían las lanzas de los montoneros, empezaron á mezquinar el cuerpo y á huir de los choques.

Enfurecido Linares porque aquella cobardía podia costarle un sério fracaso, comenzó á animar á sus soldados á golpes de espada y amenazas de muerte.

Einares se multiplicaba en todas partes, animando á sus soldados y proclamándolos, pero todo era inútil.

Allí donde los montoneros veían flaquear las tropas de Linares, allí cargaban con el brío extraordinario y el empeño firme de concluir de una vez.

Y aunque Linares reforzaba esos puntos hasta con el contingente de su propia persona como uno de tantos soldados.

Pero todo era inútil: aquellos malditos montoneros tenían unos bríos contrastables.

Querían triunfar á toda costa, tenía el convencimiento de que así sucedería y sacudían con un vigor tremendo.

El primer grupo de las fuerzas de Linares que dió media vueta, fué la señal de la inevitable derrota.

Otras compañías siguieron el ejemplo y ya no hubo como hacerlas volver al combate.

No podia caber la mas mínima duda de la derrota, y Linares que lo comprendió en el acto, bramando de enojo y de despecho y rodeado de los pocos soldados de línea que le quedaban, emprendió la retirada, retirada que bien pronto se convirtió en vergonzosa huida.

Los montoneros empezaron entonces una persecucion frenética, golpeándose la boca con infernal grita y bajando del caballo á cuanto ginete encontraban á tiro de lanza.

Pero todo el afán, todo el empeño era alcanzar á Linares, tomarlo prisionero para cortar las orejas y llevárselo á Chacho para que lo hiciera lanzear en castigo de sus muchos crímenes.

Pero Linares iba admirablemente montado, como siempre, y á riesgo de romperse el alma

en las sinuosidades del terreno, corría con una rapidez maravillosa.

En vano le persiguieron con un empeño asombroso, ne le pudieron dar alcance y tuvieron que abandonar la empresa porque estaban convencidos que ya toda persecucion sería inútil y porque no querían que les tomase la noche deseminados en el campo.

Con todos los prisioneros que habian hecho, regresaron á Aymogasta, para reorganizarse y seguir sus operaciones.

Ya se sabe el respeto que por los prisioneros habia infundido Chacho en sus tropas.

Como además, todos los que se habian hecho á Linares era gente de las provincias forzada al servicio, nadie les hizo el menor cargo.

El gefe los incorporó á sus fuerzas solo para llenar la formalidad de presentarlos el Chacho y que éste hiciese con ellos lo que creyese mas conveniente.

Linares estaba desesperado y avergonzado. Habia sufrido una derrota terrible, que iba á atraer sobre sí la burla de todo el Ejército, que lo queria mal, y se le iba á poner en el mas lastimoso ridículo.

Pero no tenía mas remedio que aguantarse y prepararse á tomar la revancha en primera oportunidad.

Al dia siguiente y con gran fatiga pudo reunir unos pocos dispersos, y seguir la marcha la marcha con ellos hasta Mendoza ó San Juan donde podria rehacerse.

Y para que no fuese á recibir noticias detalladas de su vergonzosa fuga, por algun otro conducto, le mandó un parte verbal del combate, diciendo que habia sido rechazado en un ataque que intentó sobre Aymogasta y que no habia querido insistir en él, porque el enemigo era muy numeroso.

Que él iba en busca de algun refuerzo mas y que volveria al ataque si es que él no queria enviárselo para emprenderlo en el acto.

Pero cuando Arredondo recibió este parte verbal ya tenía noticias detalladas de lo que habia sucedido, por algunos dispersos que se le habian incorporado.

Arredondo, como los demás gefes del Ejército, tenían por Linares la mayor antipatia, á consecuencia de su crueldad cobarde y bárbara, que avergonzaba al Ejército.

Así es que Arredondo se felicitó hasta cierto punto de aquella derrota insignificante, que ponía á Linares fuera de todo mando é imposibilitado, por consiguiente, de seguir cometiendo mayores iniquidades.

Fué entonces que Arr dondo resolvió batir y deshacer aquella fuerza que quedaba en Aranco, envalentonada con el triunfo obtenido sobre Linares.

Nadie mas á propósito que el Capitan Carlos Mayer para encargarlo de aquella comision, y así lo dispuso Arredondo, que tenía suma confianza en la competencia de aquel oficial.

El Capitan Mayer recibió instrucciones de reconocer la fuerza que habia en Aranco y que habia batido á Linares.

En el caso que este fuera muy superior, Mayer tenía orden de quedarse á la expectativa y enviar á pedir refuerzos.

caras: con esos garrotes y esas rudas lanzas que tú les ves, han de darte un chasco el día que menos los pienses.

Mayer sonreía compasivamente de aquellos temores, asegurando que con cien hombres se animaba á correr dos mil montoneros.

Y cuando le ponían como ejemplo los combates récios que brava y heróicamente habia sostenido el Chacho, respondía mansamente: —Eso era en tiempos que estos infelices tenían mas bríos.

Ahora están acobardados porque se ven perdidos, le han tomado el pulso á la tropa de línea, y saben ya que con ella no pueden luchar en manera alguna.

Basta presentarnos para que aquellos infelices no sepan donde meterse.

Es que realmente, un espíritu bravo y caballeresco no encontraba halago ni satisfacción alguna en combatir con aquella ventaja enorme.

Sucedió al fin y al cabo lo que tanto temían los compañeros de Mayer y lo que éste no habia querido creer jamás.

Porque en su ciega confianza atribuyó á la Guardia Nacional el mismo poder que á la tropa veterana, y este fué el error que vino á pagar con la vida, con aquella vida preciosa destinada á brillar en el campo de los héroes.

En el departamento de Arauco andaba una tropa del Chacho, que habia puesto en conflicto mas de una vez á las tropas que intentaban batirla y deshacerla.

El tremendo Linares, aquella especie de segundo Isas de quien ya nos hemos ocupado, habia chocado con aquella fuerza, teniendo que retirarse despues de un récio combate en el que habia llevado la peor parte.

Aquella fuerza estaba compuesta de dos regimientos de caballería, de la mejor y mas aguerrida que tenia Peñaloza, y que llevaban en ancas los únicos veinticinco infantes con que contaba Chacho.

Fuerza ensoberbecida con su valor aceptaba cualquier combate con la seguridad del mayor éxito, siempre que este combate no fuera presentado por fuerzas muy superiores.

Esta fuerza habia sorprendido un pequeño convoy perteneciente á la division que comandaba Linares, y lo habia tomado llevándose hasta los carros.

Linares marchó en persecucion del enemigo.

Linares llevaba quinientos guardia nacionales reclutados codo con codo y mantenidos en el servicio por el rigor bárbaro de su jefe.

Con esta fuerza pensó recuperar el convoy perdido, mas, las orejas de los que lo habian tomado, y se lanzó á una empesa que creyó segura.

Ya hemos demostrado lo cruel y perverso que era Linares.

Ante la sola idea de tomar un centenar de prisioneros para ahorcar en los algarrobos, olvidó que solo llevaba guardias nacionales y que podia ser vencedor como vencido.

Cuando el oficial que mandó de vanguardia á reconocer el enemigo le previno que este era numeroso y que á pesar de haberlos sentido no se habia movido de alli, por lo que parecia dispuesto á pelear récicamente, le contestó:

—Es porque no saben que al mando de esta

fuerza vá Linares, en cuanto lo sepan se han de desmoralizar por completo.

Un momento despues los montoneros mandaban una pequeña guerrilla que empezó á hostilizarlos de todos modos.

Linares la hizo cargar con otra tres veces mas numerosa.

Quería á todo trance tomar un prisionero para que fuera á avisar que era él, el Comandante Linares quien iba á batirlos, y que esta sola noticia los pusiera en derrota.

La guerrilla de los montoneros, viéndose cargada con tal decision, quiso replegarse, pero no tuvo tiempo de hacerlo sin que el enemigo se entrase á sable limpio.

Como la órden que llevaba el oficial de Linares era la de hacer un prisionero y retirarse en cuanto lo hubiera tomado, este cayó sobre el grupo más pequeño y le fué entónces fácil cumplir la órden que llevaba.

Tomado el prisionero, que era un jóven Caltamarqueño, de simpática y valiente apostura, regresó entre los suyos entregándoselo al famoso Linares.

El jóven conocia solo de nombre al terrible jefe, y sabia de lo que era capaz: así es que cuando le preguntó si lo conocia, respondióle que no.

—Yo soy Linares, dijo él entonces, y quiero ponerte en libertad para que vayas á avisar á las tropas con quien van á tener que entenderse.

El jóven quedó aterrado al saber en poder de quien se hallaba.

—Y para que no le quede duda, agregó, cortente una oreja y déjenlo ir en seguida.

Desarmado y rodeado de enemigos, fué imposible para el jóven el menor acto de resistencia.

Lo voltearon al suelo, y á cuchillo y bárbaramente, le cortaron la oreja derecha, soltándolo en seguida para que fuera á llevar á los suyos la noticia que les esperaba.

Y como Linares pensaba que al solo sonido de su nombre se pondrian en fuga, se preparó para la persecucion y empezó á marchar lentamente para dar tiempo al prisionero que llegase.

Pero la noticia que llevaba el pobre jóven, produjo un efecto bien diverso al que Linares se esperaba.

Al saber que era Linares quien atacaba y lo que acababa de hacer con aquel prisionero, el que mandaba los montoneros soltó un terno horrible y se preparó al combate.

—Es preciso hacer todo género de esfuerzos para tomar á ese hombre! dijo á sus jefes y oficiales reunidos.

Es preciso tomarlo á toda costa, cueste lo que cueste, para librar al Ejército y los pueblos de semejante fiera.

Ah! si Linares cae en mis manos! que fiesta la que vamos á hacer! por lo pronto esta oreja que acaba de cortar, le costará las narices.

Y en vez de huir como Linares lo esperaba, se preparó al combate, firme y resuelto.

Grande fué la sorpresa de éste, al ver que, á pesar de conocer su nombre, se preparaban á batirlo; pero bravo y resuelto, avanzó en son dciendo á gritos:

—No hay que tener vacilacion alguna, Guar-

mento no calculó la causa que había decidido al enemigo á aceptar un combate del que con tanto empeño había huído antes.

Los montoneros se tendieron en batalla y cuando la guerrilla empezó á hostilarlos, cargaron sobre ella decididamente, arrollándola y llevándola hasta las filas de Mayer.

Y se vinieron en seguida sobre los dos escuadrones, golpeándose en la boca y haciendo burla alegremente.

Mayer hizo algunos movimientos tratando de tomarle el flanco, pero no podía conseguirlo porque el enemigo iba siguiendo su evolucion con conversiones dignas de la mejor tropa de linea.

Su tropa, con la que el había contado de todos modos, empezó á flaquear, á mostrarse cobarde en el ataque y esto comenzó á preocupar al Capitan Mayer, comprendiendo que la actitud cobarde de los suyos daría mayor aliento al enemigo y tal vez entonces todos sus esfuerzos serian inútiles, no ya para triunfar, sino para contener el desbande de los suyos.

Y Mayer, pensando en el ridículo que podía traer sobre él una derrota en aquellas condiciones, se puso á la cabeza de los que andaban mas flojos, para reanimarlos é impedir que se concluyeran de acobardar, acobardando entonces á los que aun nolo estaban.

Era inútil pensar en su infanteria que no podría llegar á tiempo, aunque prolongase el combate hasta la noche.

El mismo oficial que Mayer había mandado en su proteccion, sabiendo que el enemigo iba en derrota no se apuraria, pues no era natural entónces suponer que necesitara proteccion.

Mayer, que no perdía la esperanza del triunfo combatiendo con bríos, animó primero con la palabra á los mas acobardados, amenazando en seguida con su revólver á los que no cedían ante la palabra.

Esta actitud del Capitan dió nuevo ánimo á los soldados que lo siguieron entusiasmados á lo más récio de la pelea.

Pero aquello duró muy poco: los montoneros cargaban con tal brío, á lanza y sable, que era imposible reaccionar.

Lo que tanto temia Mayer, sucedió al fin; uno de los grupos que mas había flaqueado y al que el enemigo había cargado con mas empeño, acobardado por completo, dió la espalda al enemigo que prorrumpió en un inmenso clamoreo y empezó á elegirlos para trabajarlos del caballo.

Aquello era la perdicion completa de toda esperanza, aquel ejemplo era sumamente peligroso, porque no tardarian en seguirlo los demás.

Mayer, desesperado y sintiendo la indignacion en toda su fuerza, corrió á atajar á los cobardes, se le puso adelante y los volvió al combate á fuerza de palos.

Pero ya los demás se habían contaminado y cuando llegó con unos, otros salían en completa derrota, á pesar del esfuerzo de sus oficiales, que habían seguido el ejemplo de Mayer.

Ya los montoneros no se cuidaban en manera alguna, limitándose á cargar allí donde mas delibitaban.

Mayer podía haberse retirado entonces,

tratando de llevar su gente lo mejor organizada que le fuera posible, pero esto era mas peligroso que nada, porque perseguido con rigor, la derrota habría sido mas terrible y vergonzosa, porque sus soldados habrían sido muertos por la espalda sin la menor defensa.

Había una compañia que, á pesar de haber sufrido inmensamente y perdido la tercera parte de sus soldados, se batía heroicamente.

Mayer se puso al frente de esta compañia, para emprender siquiera, cuando no pudiera otra cosa, una retirada digna de él, y recomendando á los demas oficiales que contuviesen á los soldados, aun matándolos, si era necesario, se lanzó á lo mas récio de la pelea.

El enemigo sorprendido impuestro por el valor soberbio de aquella tropa, retrocedió cediendo el campo.

Pero aquello fué un relampago.

Eran muchos; aunque los escuadrones montoneros se habían lanzado en persecucion de los que huían, había allí tropa suficiente para ahogar solamente con su número, al pequeño peloton de Mayer, postrado ya de fatiga, estenuado de tanto batallar inútil.

Mezclado á sus soldados, confundido en sus filas, como uno de tantos, Mayer baténdose bravamente, recibió un lanzazo en el pecho, que concluyó con el poco ánimo que quedara al peloton, que no pudo ya huir, porque se encontró rodeado por todas partes con igual incarnizamiento.

— Ríndase! rendite! le gritaron de todas partes, estás vencido y te prometemos respetar tu vida!

Pero para un oficial como Mayer no podía haber rediccion posible.

— Animo muchachos! gritó á los suyos, con creciente entusiasmo— ánimo que de un momento á otro puede verniros un refuerzo.

Y con penosos esfuerzo á consecuencia de la herida recibida se lanzó él el primero en aquel combate individual.

Su caballo que no descansara un momento desde el principio de la batalla, estaba tan rendido, que amenazaba caerse de un momento á otro.

Para evitar ser apretado si el caballo caía. Mayer desmontó rapidamente, y sonrió con la bravura imponente del que se resuelve á vender la vida de la manera mas cara que le sea posible.

A ellos! gritó á los suyos, no hay que darles tregua, que aun no se sabe lo que puede suceder.

Y haciendo espalda en su propio caballo se defendía bizarramente de los mil golpes con que lo acosaban de todas partes.

Arrastrados por el espectáculo tan soberbio y entusiasmados ante la accion heroica del capitan, dos soldados desmontaron y se le pusieron al lado, para morir allí con él, puesto que era este el único recurso que les quedaba.

El mas justo espanto se apoderó de los demas soldados, apresurando el descalabro final.

Unos atropellaban al círculo que los incerraba, tratando de buscar una salida para huir y arrojando sus armas en señal de que no trataban ya de luchar.

Solo debia batir la montonera teniendo de su parte todas las ventajas.

Para evitar cualquier incidente casual y para que siempre tuviese el refuerzo mas cerca y como una especie de reserva, Arredondo debia mandar detras de él y á poca distancia un escuadron de linea.

Para el desempeño de su comision el Capitan Mayer llevaba una compañía de infanteria de linea, y dos escuadrones de Caballeria, de Guardia Nacional Mecedonica.

Desde que Mayer fué nombrado en esta comision, sus compañeros que lo estimaban y lo conocian, se le acercaron á darle un par de consejos recomendándole la mayor prudencia.

Es preciso que cumplas estrictamente las instrucciones que has recibido y que no seas temerario, le decian.

La fuerza que está en Aranco debe ser numerosa y buena, cuando tan vergonzosamente han derrotado á Linares, que no es manco.

No comprometa combate sinó seguro del triunfo para que no vayas á quedar en ridiculo.

Mayer sonreia y respondia alegremente: pero entonces ustedes me creen loco ó sin la menor nocion de prudencia é ignorante de la responsabilidad que llevo?

—No es eso, Mayer, es que te dejas arrastrar demasiado por tu valor y ya vés lo que le ha pasado á Linares.

—Linares es un botarate, y ademas él no llevaba una compañía de infanteria de linea.

Creén que haya una montonera capaz de derrotar una compañía del 6 de linea? ya saben ustedes que aquellos son infelices que no tienen armas y que solo pelean de desesperacion, ó cuando se encuentran con algun Linares, que al y al cabo viesse á ser como ellos, sin ninguna diferencia.

Demasiado saben ellos cuando han de pelear y cuando han de huir.

Lo único que temo yo es que me sientan y no me den espera para echármeles encima.

El Capitan Mayer, seguro del mejor éxito en el desempeño de su comision, revistó sus tropas con la prolijidad que le era característica y se puso en marcha sobre Aymogasta, donde segun todas las noticias estaba la fuerza que habia derrotado á Linares.

Su marcha era lenta porque no queria fatigar la infanteria, para tenerla fresca y ágil en el momento del combate.

Pero por mas que Mayer quisiera ocultarse fué sentido por los bomberos del enemigo que llevaron el aviso á su jefe, que era un tal Medina, famoso guerrillero del Chacho, despues de imponerse bien que clase de fuerzas se les echaban encima.

Cuando Medina supo que venia una columna de infanteria y caballeria, que suponian tambien de linea, se puso en marcha pausadamente, con la decision de ponerse no ya en retirada sinó en fuga, si aquella columna se les echaba encima de una manera decidida.

Medina, como todos los gefes de la montonera, como el Chacho mismo, habian cobrado verdadero terror á la infanteria de linea.

Era tal el terror, que todos ellos preferian

entrar en combate con una fuerte columna de caballeria, antes que con un batallon de infantes.

El fuego de los infantes era lo que siempre los habia puesto en derrota, causándoles bajas incalculables.

Chacho les habia recomendado tambien que no comprometieran combate con infanterias ni ejércitos que las llevaran, lo que hacia en esta situacion siempre esquivaran el combate.

Cuando Mayer supo que el enemigo se ponía en retirada, apresuró su marcha para darle alcance y obligarlo al combate.

Pero por mas que apurase su marcha con infanterias, no habia de poder alcanzarlo, y si le daba el alcance deseado, corria el riesgo de hacerlo con su infanteria postrada y por consiguiente inútil para el combate.

Cuando los montoneros se pusieron en decidida fuga, ya no hudo para Mayer persecucion posible, sinó dejando la infanteria y siguiéndolo con la caballeria solamente.

Esto, hasta cierto punto era faltar á la prudencia que le se habia recomendado.

Pero que podia temer de un enemigo que huía de aquella manera desordenada?

Cuando hacia esto, era porque no se hallaba dispuesto á empeñar en combate y porque estaba ya desmoralizado.

Queriendo darle alcance á toda costa, seguro de un buen triunfo y con su infanteria postrada ya, dejó á esta que descansase y siguiera marchando despues lentamente y adelantándose solo con los dos escuadrones de caballeria.

Mayer no pensó que debilitan lo así su tropa el enemigo podia cambiar de táctica y siguió avanzandose decididamente.

Y lo persiguió ya mas rápidamente todo el resto de aquel dia y toda la siguiente noche.

Su objeto único era alcanzarlo, y no pensaba que cuanto mas se aproximaba al enemigo, mas se alejaba de su infanteria que era todo su apoyo en un momento de apuro.

Al dia siguiente, á corta distancia ya el uno del otro, Medina si aperció que Mayer lo perseguia solo con caballeria y con caballeria de guardia nacional, á juzgar por el uniforme, desprendiendo entonces dos soldados para que bombean la retaguardia de Mayer, y observasen á que distancia venia la infanteria.

A eso de la caida de la tarde y tratando siempre de conservar la distancia que lo separaba de Mayer, se convenció por el regreso de sus bomberos, que éste habia dejado su infanteria á una gran distancia.

Mayer se sorprendió agradablemente al ver el cambio de frente que, por escuadrones daba el enemigo, mandando hacer alto, para organizar su tropa y decidir el modo como habia de sostener el combate.

Llevaba diez carabineros, que mandó salir en guerrilla, para que tomaran la iniciativa, porque que suponía que á los veinte ó treinta tiros el enemigo se alejaria nuevamente, pero ya en decidida derrota.

Las ideas de Mayer no se habian modificadas por el raro cambio de frente que diera el enemigo.

Aunque era muy superior en número, Mayer no se preocupó de este pues en el primer mo-

agrupacion de muertos y heridos, lo que probaba que era alli donde mas ríciamente se habian batido.

Todos ellos estaban desarmados y desnudos: el único que conservaba sus ropas. era el cadáver de Mayer, el cadáver de Mayer, del valiente oficial que hasta despues de muerto habia sabido infundir respeto al enemigo:

Y los heridos que estaban á él mas próximos, fueron los que narraron los últimos momentos de aquel combate formidable.

Perseguir al enemigo era inútil, porque ha-

cia mucho tiempo que se habia retirado, y porque los caballos, con la fuerte jornada que habian hecho, estaban mas para descansar que para perseguir.

Así el jóven oficial campó sobre aquel triste campo de batalla, para que descansaran ginetes y caballos, y emprender su marcha al campamento de Arredonda, llevando como mejor pudo, el cadáver de Mayer, y los heridos que eran muchos.

Y recién al otro dia se emprendió la fúnebre y pesada marcha al campamento general.

Un Caudillo en peligro

La muerte del capitán Mayer habia producido una impresion tremenda entre sus compañeros de armas.

Y todos se preparaban á vengarle en primera oportunidad, pasando á cuchillo, si era posible las fuerzas que lo habian batido.

Pero este no era posible, primero porque aquellas fuerzas se habian puesto fuera de toda persecucion, y segundo porque nadie sabia con exactitud cuales eran aquellas fuerzas,

Entonces se acometió una accion cobarda, indigna de las tropas nacionales y de todo Ejército que aspire á llamarse regular, accion digna solo de Iseas ó de Linares y que venia á sentar funestos precedentes echando por tierra todo cuanto habia hecho Arredondo para dignificar el Ejército que operaba bajo sus órdenes,

Todas las fuerzas que marcharon en proteccion de Mayer, camparon, en Aymogasta, poblacion de unas mil almas y cómo de doscientos cincuenta casas.

Los habitantes de aquella pequeña poblacion no tenian la menor culpa de lo que habia sucedido.

Alli habian campado las fuerzas de Chacho como campaban las del Gobierno, por el derecho del más fuerte y sin que las pobres autoridades pudieran oponerse á ello en manera alguna.

Sin embargo, se quiso culpar á los habitantes de la muerte de Mayer, á empezaron á prenderlos y destinarlos á las fuerzas de línea sin tener en cuenta ni sus condiciones ni su edad.

Y la poblacion entera, fué tomada como campamento militar para todas las necesidades de la tropa, que se alojó en sus casitas como en sus propias carpas.

Y las familias no tenian más remedio que resignarse á todos aquellos vejámenes, porque no tenian á quien quejarse, ni quien atendiera al mas justo de sus reclamos.

El Capitan Tello, ayudante del General Pe-

ñalaza y actualmente en Buenos Aires, es quien nos dá los detalles de todos estos horrores, que consigamos bajo su responsabilidad.

Bravo y viejo soldado, sin recursos, digno y sério, él no tiene porque exajerar los episodios sangrientos de aquella larga guerra.

Lu palabra tranquila y leal refleja la verdad de lo que dice y nosotros lo creemos, consignando la narracion de aquellos horrores.

Ambrienta y transida por todo género de necesidades, la tropa campada en las casas dispuso de ellas como su único dueño.

Y todo lo que en ellas podian estorbarbles era arrojado á la calle sin el menor miramiento.

Las mujeres que se resistian, eran castigadas de una manera tremenda, ó repartidas como propiedad absoluta entre los que las solicitaban.

Los pocos dias que allí permanecieron, fueron de horror y de martirio para los pobres habitantes de aquel pueblito.

A su partida, todos se complacian en destruir lo que no necesitaban ó no podian llevar consigo.

Los pobres muebles eran despedazados para hacer fuego y los ranchos fueron incendiados para alumbrar la orgia de la última noche.

Parecia aquello una invasion de indios en una poblacion indefensa.

Los padres y los esposos contemplaban el martirio de sus hijas y de sus mujeres, desde las filas donde estaban amarrados y sin poder protestar de otra manera que con sus más amargas frases.

Y cuando estas eran muy duras é injuriantes, siempre habia un garrotazo ó un golpe de sable con que hacerles callar.

Y aquella manera de proceder, incalificable y sin perdon, era lo que ellos llamaba vengar la muerte del capitán Mayer, con quienes no la habian cometido ni concurrido á ella en manera alguna.

Aquella tropa, satisfecha su venganza de-

Y fueron hechos prisioneros bajo la palabra de respetarles la vida.

Mayer se defendía de una manera heroica, tratando de parar de todas maneras los mil golpes que le dirigían.

Pero como esto no era posible, había ya recibido numerosas y terribles heridas.

Uno de los soldados que desmontó con él, acababa de caer delante de sus pies, acribillado á lanzadas.

Y el otro, postrado por los heridas y la pérdida de sangre, vacilaba ya no encontrando la fuerza necesaria para estar parado.

—Rendite! entregá la espada! gritaron á Mayer, en momentos que esta saltaba rota en doz pedazos.

Algunos desmontaron para tomarlo, pero rápido como el pensamiento, Mayer se agachó sobre aquel soldado caído á sus pies y se incorporó de nuevo blandiendo en su mano vigorosa el sable que estaba al lado de aquel.

Ya no podía haber esperanza alguna; aunque no le hubieran herido de nuevo, bastaban las ya recibidas para producirle la muerte.

No se comprendía qué fuerza extraña mantenía aun de pie al soberbio y magnífico oficial.

Aquella sonrisa provocativa y magnífica con que los desafiaba, empezó á helarse rápidamente sobre sus labios.

La espada, tan rícidamente erguida momentos antes, empezó á bajar el brazo moribundo y la gentil y espresiva cabeza, empezó á doblarse sobre el pecho que respiraba ya penosamente.

Y su cuerpo distinguido se inclinó sobre el costado derecho, buscando con la espada un punto de apoyo.

—No lo maten! no lo toquen! gritó el gefe de la montonera allí presente, desmontando en momentos que el cuerpo exanimado del oficial rodeaba por el suelo.

Mayer alzó la noble mirada ya sin brillo sobre aquel hombre, é hizo un esfuerzo para sonreír, pero su fisonomía solo pudo hacer un gesto, indefinible.

El gefe se aproximó, lo levantó ayudado de algunos oficiales y trató de reanimarlo, pero inutilmente.

Ya el cuerpo se había empezado á infriar: era un cadáver.

Impuestos, conmovidos por la bravura imponderable de aquel jóven, oficiales y soldados estaban allí con la vista fija en el cadáver y sin atreverse á hacer el menor movimiento.

Parecía imposible que aquel jóven hubiera podido vivir tanto tiempo con aquella cantidad y clase de heridas!

Su cuerpo estaba lleno de heridas de toda clase de armas, muchas de ellas, en un estado que acusaban haber sido inferidas en el principio del combate.

Con verdadero y religioso respeto, los monotoneros acomodaron el cuerpo del oficial haciéndole una cabecera con una montura, y se alejaron para emprender una marcha que los pusiera á cubierto de la protección que podía venir á Mayer de un momento á otro.

Y el gefe ordenó la marcha, llevándose todos los prisioneros y las armas quitadas á los muertos.

Mayer fué despojado también de las suyas

y de las alhajas que llevaba consigo, pero nadie tocó una sola pieza de su uniforme.

Su muerte había impuesto á los monotoneros un religioso é invencible respeto.

La infantería que Mayer había dejado á retaguardia, avisada tal vez por los que huieron al principio del combate, forzaría sus marchas y podía llegar de un momento á otro.

Ellos llevaban los caballos postrados al extremo de que no podrían resistir una persecución de media legua.

Era preciso entonces ponerse en marcha con tiempo para evitar toda persecución ó sorpresa y tener un descanso pequeño para tomar caballos donde pudieran encontrarlos.

Los monotoneros felices y orgullosos ante aquel segundo triunfo obtenido, se retiraron así lentamente, á buscar la incorporación del Chacho, despues de tomar los caballo y mulas que pudieren hallar.

Entre tanto la infantería que había dejado á retaguardia el desgraciado Mayer creyéndola inútil, prevenida por los primeros dispersos de la batalla, que habían disparado en aquella dirección, avanzaba con toda la rapidez con que le era posible sobre Aymogasta.

El oficial que sabía que detrás de ellos venía una protección de caballería, desprendió un chasque para que aquella apresurara su marcha.

Y con tanta rapidez anduvieron, que una hora despues tomaban en ancas á los infantes y seguían rápidamente, tratando de llevar en tiempo á Mayer la protección que necesitaba.

Porque todos suponían que Mayer se sostendría todo lo posible, y en caso de apuro emprendería una retirada firme y sin mayor peligro.

Pero á medida que iban avanzando, iban hallando nuevos dispersos, que daban cada vez noticia mas alarmante.

Y el oficial apuraba la marcha, deseando llegar cuanto antes á socorrer al amigo.

Los últimos dispersos que hallaron vinieron á hacerle perder toda esperanza de llegar á tiempo.

—Hemos sido derrotados de una manera espantosa, dijeron, y nos hemos salvados milagrosamente.

El enemigo era diez, veinte veces superior y nos ahogaba con sus cargas sucesivas—el que no huía caía seguramente bajo el golpe de sus lanzas ó de sus sables.

—Y el Capitan Mayer? preguntaba el oficial.

—Lo suponemos muerto, porque cuando nosotros huimos, ya hacia mucho tiempo que no se sentía su voz.

—Nunca hay que creer al soldado que huye, respondía el oficial, porque el miedo lo ha hecho ver siempre lo que no ha sucedido.

Y forzaba la marcha siempre, á riesgo de inutilizar sus caballos.

Por fin llegó al sitio donde había tenido lugar el combate, siendo el cadáver del héroe Mayer el primero que saltó á sus ojos.

Uno de los soldados que desmontaron á su lado para prestarle algun socorro, estaba aún vivo, aunque horriblemente herido.

Y era en aquel punto donde había mas

reloj con cadena larga, no lo podría usar nunca.

Yo soy como un potro y me voy á enredar y ahorcar en la cadena al rascarme.

Creame amigos, deme cualquier otra cosa y se la aceptaré con mucho gusto.

Chacho, en cuanto hizo su plan de campaña, marchó por San Luis, sobre San Juan.

Su vanguardia, al mando de Elizondo, habia campado en Cansete, poblacion de chacras y sembrados, cuyas espléndidas calles de cincuenta varas de ancho, le dán un aspecto magnífico.

Allí campó Elizondo para dar tiempo á Chacho que llegase con el resto del Ejército, y marchar entónces decididamente sobre San Juan.

Entre tanto, y mientras Chacho habia llegado á Cansete con todo su ejército, Arredondo habia llegado á la Rioja y á la Costa Baja, donde suponía se hallaba el Chacho, y donde se encontró que allí ni siquiera se tenían noticias del caudillo Riojano.

Acto continuó Arredondo se sospechó lo que pasaba: Chacho le habia ganado la retaguardia y marchaba sobre Córdoba tal vez, como lo habia hecho en otras ocasiones.

Era preciso saber con certeza á donde se habia dirigido el Chacho, para marchar apresuradamente en su persecucion y tratar de bati- rlo al regreso de su expedicion, si es que esta no se podia impedir.

Chacho podia haber marchado sobre Mendoza ó sobre Córdoba, pues sobre San Juan no podían sospecharse que lo hiciera.

Arredondo despachó los rastreadores que llevaba consigo, los que no tardaron en hallar su pista en direccion á San Luis.

Hallado el rastro, era preciso seguirlo rápidamente para ganar tiempo, y Arredondo, que conocía el Interior ya, como su propio campamento, no hallándolo en San Luis y viendo que el rastro seguía en direccion á San Juan no dudó un momento que Chacho atacaría aquella ciudad por Cansete.

El Coronel Vera, que se hallaba en la Rioja, marchó con Arredondo, para tratar un nuevo arreglo con Peñalosa.

Vera y Peñalosa eran viejos amigos, este tenía por aquel un grán cariño, cariño que le daba cierta influencia sobre el caudillo.

Enemigo de derramar sangre inútilmente, Arredondo llevaba á Vera como un buen elemento pacificador, que tal vez le diera por resultado una paz segura y duradera con el caudillo Riojano.

No teniendo duda de que el Chacho atacaría San Juan por Cansete, y no pudiendo trasladarse allí con todo su Ejército, con la presteza necesaria, despachó sobre Cansete una vanguardia á órdenes del Mayor Irrazabal.

Esta vanguardia, donde iba también el Coronel Vera, era compuesta por cien hombres de caballería, ligeramente montados y alguna infantería á caballo.

Arredondo, asombrosamente práctico de aquellos parajes, dió á Irrazabal instrucciones tan minuciosas que hasta le indicaba el mejor punto para entrar á Cansete.

Irrazabal se puso en marcha, acompañado de Vera, que en caso de presentarse el Cha-

cho debía conferenciar con él, tratando de reducirlo á hacer una paz definitiva y digna de aquellas andanzas que habian tomado para él tan mal giro.

Y este resultado no sería difícil, siendo como era aquel gefe, un amigo íntimo de Chacho por quien este tenía especial cariño.

La vanguardia de Chacho estaba campada, como hemos dicho, esperando la incorporacion de su caudillo para atacar á San Juan y hacerse fuertes allí.

En Cansete, como en todos los pueblos donde se detenían, los chachistas fueron recibidos con muestras de indudable simpatía.

En en el acto los rodearon los hombres del pueblo, para averiguar lo que iban á hacer y ofrecerse como buquesanos y hasta bomberos si era necesario.

Los chachistas entraron á Canseta como entraban á todas partes, sin faltar al respeto de nadie y sin cometer el menor acto de violencia.

Fraternizaron en el acto con los habitantes, al extremo de que, al día siguiente de haber llegado ya se improvisaban bailes en todas partes, para festejarlos y obsequiarlos de todos modos.

Los montoneros suponían que Arredondo los andaría persiguiendo por la Rioja y no tenía recelo alguno respecto á la aproximacion de fuerzas enemigas.

El gefe habia enviado sus mejores bomberos á San Juan, para imponerse de lo que pasaba en la poblacion, de manera que cuando llegara Chacho con el resto del Ejército, hallara ya tomados cuanto dato podia necesitar.

Así no tendría tiempo que perder y en cuanto llegase podia disponer un ataque á la ciudad.

En San Juan sabían ya que en Canseta estaba Chacho con todo su Ejército, que venía á tomar la Capital Sanjuanina, y el terror mas profundo se habia apoderado de la poblacion.

En la ciudad no habia mas fuerzas que las de Policia y estas no eran suficientes ni siquiera para resistir á un Regimiento de Caballería.

Los soldados que se habian ido reuniendo, ueron enviados á engrosar las filas de Arredondo y no habia con que resistir y sostener hasta tanto llegara cualquier auxilio.

Elementos de guerra no faltaban, habia armas y municiones abundantes como en todas las provincias sometidas á la Nacion, pero no habia hombres, ni se podia improvisar con la premura que hubiera sido necesaria algunos batallones de Guardia Nacional.

La gente estaba cansada del servicio militar, al extremo de que un llamamiento del Gobierno, por los efectos que producía, parecia mas bien un toque de dispersion.

El gobernador de San Juan, á penas tuvo conocimiento de lo que sucedía, trató de organizar alguna defensa, mientras hacia un chasque á Mendoza pidiendo auxilios hasta que viniera el General Arredondo que calculaba él no podría tardar.

Pero en cuanto se habló de organizar batallones de defensa, los hombres del pueblo empezaron á esconderse, á salir fuera de la ciudad

aquella manera inicua, se incorporaron por fin al general Arredondo, que se portó energicamente al proceder cobarde que habian observado, proceder que hubiera sido indigno hasta en los mismos montoneros, que nunca se habian manchado con actos de tal naturaleza.

Era necesario concluir de una vez aquella guerra vergonzosa, aprovechando el estado de desmoralizacion en que se hallaba el Chacho y su gente.

Arredondo se puso esta vez en seguimiento de Chacho, que decian habia formado cuartel general en la Rioja misma.

Ya aquello no podia ser cuestion más que de una batalla más, pues los montoneros estaban tan acobardados, que los que se dispersasen, seguramente no volverian á reunirse más.

Aquellos dos últimos triunfos los habian entonado un poquito, pero esta entonacion tenian que perderla en cuanto sintiesen una vez más el rigor del Ejército.

Porque el acobardamiento de los montoneros, como lo hemos dicho ya, venia desde el Chacho mismo, que seguia haciendo la guerra más por hábito que por deseo.

Cuando Chacho tuvo conocimiento de aquellos dos triunfos, manifestó su alegría y el deseo de coronarlos con un triunfo más, pero ruidoso y que estuviera en relacion con los que habia obtenido en épocas más felices para él.

—Si yo lograra tomar á San Juan, decia, de allí podremos sacar poderosos elementos, y mostrar al Gobierno Nacional que aún no somos un cadáver como piensan sus gefes.

San Juan es rico, allí hay tropas de Guardia Nacional casi siempre y muchos elementos bélicos.

Sarmiento está en el Gobierno, y como él tiene buenos elementos reunidos para los casos de apuro, tomado San Juan sus elementos serian nuestros, y entónces, no habria medio de desalojarnos sin librar una gran batalla, de la que tal vez saldriamos vencedores.

Arredondo ha de marchar sobre nosotros, á la Rioja, y dando un rodeo, podremos esquivar su encuentro, de modo que cuando él llegue á la Rioja y sepa que no estamos aquí, San Juan puede ser nuestro.

Todos los cabecillas y gefes que se habian alzado en el Interior por diversos motivos, rodeaban á Chacho.

Allí estaban Luengo, Elizondo, Corvalon, Agenor Pacheco y hasta el célebre Francisco el minero, cuya fama de rastreador asombroso se extendia por toda la República.

Todos estos acogieron con entusiasmo la idea de marchar sobre San Juan, derrocar al Gobierno de Sarmiento y apoderarse de los elementos que allí hubiera, que debian ser poderosos y ricos.

—Una vez dueños de San Juan, decia Luengo, tenemos como preparar quinientos hombres de infanteria que es lo único que nos hace falta para podernos batir con Arredondo y con el diablo mismo, si el diablo se nos pára por delante.

Los mismos que desertaban de las filas del Chacho, porque estaban cansados de andar de un punto á otro siempre huyendo y siempre en peligro de caer prisioneros, al saber que se

trataba de una invasion á San Juan, se apresuraron á rodearlo.

Ya para ellos, aquello era cuestion de hambre, era cuestion de ir á buscar á San Juan elementos y dinero, víveres con que matar el hambre que los postraba, y no podian esquivar el cuerpo ante sorpresa tan provechosa.

Con la sola noticia de que marchaba sobre San Juan, Chacho reunió más de dos mil hombres que vinieron á engrosar sus filas.

Pero dos mil hombres que no tenian armas en su mayor parte, y que los que tenian, eran palos con cuchillos en la punta, á manera de lanza y que no podian servir de otra cosa que de aparato.

Si se hubiera corrido el riesgo de encontrar al enemigo en el camino, ninguno de estos infelices hubiera seguido á Chacho.

Pero se trataba de esquivarlo y venir sobre la Rioja, esquivando su encuentro, y quedar á su retaguardia para seguir sobre San Juan en rumbo diverso.

Chacho llamaba á esta su gran campaña porque iba á hacer renacer su Ejército de la prostracion en que estaba, dándole nuevo ánimo y brios para seguir batallando, hasta lograr un tratado de paz ventajoso que asegurase al bienestar de sus leales y la felicidad de la Rioja.

Aunque viejo y cansado, algo delicado por las heridas recibidas en su largo batallar, enflaquecido y marchito, no habia ejemplo de hacerle cambiar sus hábitos.

Algunos de sus gefes tenian carpas, como Luengo, que era quien mejor vida hacia en campaña.

Chacho tambien las habia tenido, pero siempre las habia regalado, sin querer usarlas.

—El dia que yo duerma en una carpa, decia, me muero ahogado, sin remedio: yo soy muy bruto, soy como los caballos, que necesitan soltura para engordar, y dormir á campo.

—Mira que estás delicado, le decia á veces su mujer, delicado y viejo y es preciso cuidarte.

—Por la misma razon, respondia él riendo, es preciso que mis pulmones tengan siempre aire nuevo que respirar, de otra manera, en una semana reventaria de cualquier cosa.

Y dormia á la intemperie, como cuando tenia veinte años, y sin más abrigo que un poncho de guanaco, con el que se tapaba hasta la cabeza, cuando llovía.

Su mania de compararse con los caballos era en él sumamente graciosa.

Una vez que Arredondo quiso darle un reloj de oro, con cadena larga, despues de una de tantas conferencias, el Chacho se negó á tomarlo porque no iba á saber que hacer con él.

—Guárdelo como recuerdo mio, le decia Arredondo, que fácilmente ha de aprender á manejarlo.

—Si yo no necesito más reloj que el del sol, amigo mio, en ese veo las horas mejor que en su máquina.

—No importa, guárdelo como recuerdo de que hemos sido los enemigos más amigos que se nayan visto en el mundo.

—Mire, cualquier otra cosa no digo que no, exclamó por fin sonriendo el Chacho, pero ese

Pero Chacho no habia llegado aun y era preciso esperar lo ó trasladarse hasta donde él estaba.

Como de todos modos aquella fuerza no avanzaria sobre San Juan sino cuando llegara Chacho y asi lo dispusiera, resolvieron esperar alli, porque el jefe de aquella vanguardia, impuesto de lo que sucedia en la ciudad, de la fuga del gobierno y demás autoridades, habia hecho un chasque á Peñaloza para que apurase la marcha, y segun todos sus cálculos el gran caudillo no podia tardar mucho.

Era tal la confianza que tenian en la ninguna resistencia de la poblacion, que muchos oficiales que tenian algunos reales se fueron á la ciudad á hacer compras de víveres, mientras otros pedian permiso para ir á empeñar ó vender sus prendas para hacerse de recursos, que por pocos que fueran, siempre les alcanzaria para comprar tabaco y yerba, que era lo principal.

Señalándoles el tiempo que podrian estar ausentes, el jefe de vanguardia les daba permiso de á cuatro, no pudiendo salir unos hasta que los otros no hubieran regresado.

La comision aquella estaba maravillada del orden y disciplina que existia entre aquella gente reclutada de los peores elementos y á quienes todos suponian tropas de bandoleros en toda la acepcion de la palabra.

Alli no se daba un solo paso sin permiso del jefe, ni se cometia accion alguna que pudiera calificarse de atropello.

Los soldados estaban campados en las grandes calles, pero de manera que no podian perjudicar á la poblacion.

Y esta fraternizaba con los soldados, auxiliándolos en todo lo que podia, que aunque no era mucho porque la poblacion no tenia elementos de vida, siempre servia siquiera para demostrar el cariño y simpatia que su conducta habia sabido granjearles.

Cansete, desde que llegó la vanguardia de Chacho, puede decirse que estaba de eterna fiesta.

Los soldados la armaban en el campamento de las calles, mientras las familias la hacian en sus casas, donde asistian los jefes y la oficialidad.

El temor de que el Chacho los reprendiera era tal, que ninguno se atrevia á producir la menor escena de abuso.

Fuera de uno que otro borracho que no habia podido resistir á la cantidad de vino tomado, el orden no fué alterado en lo mas mínimo: todos parecian interesarlos en guardarlo á toda costa.

Era vergonzoso, era doloroso decirlo, pero las tropas regulares de la Nacion, no se hubieran conducido con un orden mas completo.

Y cuando supieron que el pueblo de San Juan acataba sin la menor resistencia la autoridad del Chacho, la alegría general no reconoció limites, prorrumpió en vivas atronadores á la poblacion de San Juan.

Era una pena que el Chacho se demorara, porque se perdía un tiempo precioso.

Pero como por el momento no tenian nada que temer, no se apuraban mucho por aquella tardanza.

Al fin y al cabo un par de dias perdidos no significaban nada ante resultados tan completos, obtenidos sin disparar un solo tiro ni causar una sola victima.

Si ellos hubieran sospechado que Arredondo se les venia encima torzando las marchas, otra cosa habrian hecho.

Pero lo suponian campeándolos en la Rioja ó en otra parte, porque no podia nunca imaginarse el enemigo que ellos hubieran venido á tomar á San Juan.

La noche anterior al dia en que Chacho era esperado en Cansete, su vanguardia estaba entregada á las mas bulliciosas fiestas.

Se habia armado un gran baile en la casa mas espaciosa de la poblacion, y alli se habian reunido el jefe de vanguardia y la mayor parte de la oficialidad.

Vino abundante y abundancia de mujeres hermosas, la fiesta no podia ser mas atrayente.

Se bailaba con entusiasmo indescriptible, y se bebía de una manera fabulosa, al extremo de que, á la madrugada ya no pensaba nadie en la llegada de Chacho, ni en el ataque á San Juan, ni en nada que no fuese divertirse y reirse con toda buena fé y confianza.

El dia amaneció y siguió la fiesta, para recibir á Chacho en medio de ella y festejar así su presencia puesto que ya no podia tardar en aparecer.

Ya algo avanzada la mañana, se vieron los polvos de una tropa que avanzaba á gran galope.

Viniendo ese dia y por los Papagayos, aquella fuerza no podia ser sino del Chacho, tal vez él mismo que venia adelante con su escolta.

Y al verla, todos prorrumpieron en estruendosos gritos de entusiasmo.

La comision de vecinos de San Juan, que esperaban en Cansete, montó á caballo para recibir á Peñaloza y esponderle lo que pasaba, pidiéndole que no alarmara al pueblo de la capital, entrando á ella gran número de fuerzas, puesto que no eran necesarias.

Cual no seria su sorpresa al hallar que, en vez de Chacho, la fuerza que alli venia no era otra que la vanguardia de Arredondo á órdenes de Irrazabal.

En el primer momento quedaron sorprendidos al extremo de no saber que decir.

Irrazabal, que respecto á montoneros desconfiaba de todo y de todos, les intimó declararan que hacia alli, y entonces no tuvieron inconveniente en manifestarlo, añadiendo el mas minucioso informe sobre las tropas campadas en Cansete.

Para Irrazabal no habia vacilacion posible. Era preciso atacar sobre tablas para lograr un triunfo fácil y seguro, y se puso entonces al galope sobre las tropas campadas en la calle y dispuestos á recibirlo en son de regocijo, puesto que lo confundian con los de Peñaloza.

El jefe montonero seguia en el baile sin la menor desconfianza, y acompañado de su oficialidad mas importante.

Hacia mas de doce horas que estaba bebiendo y bailando, y las cabezas no estaban para pensar en otra cosa que en beber y en bailar.

La columna de Irrazabal avanzaba á gran

y hacer todo lo posible para evadir el servicio. El pueblo, ante el temor que demostraba el Gobierno, se habia aterrado tambien y comprendido que no debia hacer resistencia alguna, para no irritar al enemigo y que este no entrara ejerciendo actos de violencia.

Ya se sabia que el Chacho no cometia violencias, ni crímenes, ni permitia á sus tropas la entrada á las ciudades sinó en el estricto caso de tener que semeterlas á la fuerza.

Entonces lo mejor era no oponerle resistencia alguna, y dejarlo entrar y hacer lo que quisiera.

Los jefes de familia se encontraban en una posicion harto critica.

Sacando sus familias, para trasladarse á otros puntos, se esponian á ser sorprendidos en el camino por los montoneros y á ser tratados entonces de otra manera bien diversa, si caian en manos de alguno de esos caudillos que no tenian ni idea de lo que era el respeto á una familia.

Era pues menos espuesto quedarse en la ciudad y esperar los acontecimientos para proceder.

La mayoría, aunque no hubiera pensada así se habria encontrado imposibilitada de proceder de otro modo.

Para moverse una familia con todos los elementos de seguridad necesarios, necesitaba por lo menos dos ó tres dias.

Porque al salir al campo á pié, y sin llevar nada, se esponian á perecer de hambre y de cansancio, aunque se hubieran salvado de caer entre los montoneros.

Desde que quedándose en sus casas no se esponian á otra cosa que á pagar una contribucion que les impusiera el enemigo, se resolvieron á quedarse tomando cada cual en su casa todas aquellas medidas de defensa que aconseja la prudencia, armándose en las azoteas y cerrando las puertas con toda la seguridad posible.

El Gobernador de San Juan viendo que nadie obedecia al llamado militar, que el pueblo estaba mas bien de parte del Chacho, y que las familias se preparaban á no resistir sinó en un último estremo, se consideró perdido.

Qué podia hacer él con un ejército que se reducía al piquete de policia, sin esperanza de organizar el mas miserable cuerpo de Guardia Nacional?

Qué defensa tenia en una fuerza que seria derrotada tan solo por la presencia del numeroso y temido enemigo?

Quedarse en San Juan entonces y en aquellas condiciones, era para caer en poder del enemigo como prisionero, y ser tratado sabé Dios cómo.

Para vengarse del poderoso apoyo que él, como Gobernador de provincia prestaba á la Nacion, serian muy capaces de engrillarlo, y hasta destinarlo de soldado si se les ocurria.

Y una vez que esto sucediera, una vez prisionero de la montonera, quién lo libraba de los vejámenes de que seria objeto? quién volveria á ponerlo en libertad?

Quién le garantia que, aun derrotada la montonera, ésta no se vengaria lanceándolo ó cometiendo cualquier otra violencia analoga?

La situacion no podia ser mas violenta.

Era ademas necesario resolverse rápidamente, porque el enemigo podia caer sobre San Juan de un momento á otro y entonces no tener siquiera el tiempo material para disparar.

El señor Sarmiento reunió entonces los pocos soldados que quisieron acompañarlo porque se trataba de huir, los agregó á las fuerzas de Policia que no habian desertado y se preparó á salvarse saliendo de San Juan.

Y como era necesario que el enemigo no conociese su fuga para que no tratara de perseguirlo, esperó á la noche para realizarla.

Además de aquella consideracion personal, haria la de no alarmar al pueblo, que podia entregarse á terribles excesos, viéndose abandonado por la autoridad y la única fuerza con que contaba para su defensa imaginaria, puesto que no habia la menor esperanza de una defensa real y positiva.

Aquella conducta era condenable en el Gobierno, fuera de duda, pero que recurso le quedaba? cualquier tentativa que hubiera hecho, no hubiera servido sinó para agravar la situacion.

Además, si se quedaba, corria el riesgo de que hasta los mismos vigilantes y soldados que le quedaban leales se desertaran, porque si se quedaban con él era solo con la esperanza de la fuga.

Resuelto el Gobierno á abandonar su puesto y la ciudad, con el pretexto de recorrer los alrededores, salió en cuanto hubo cerrado la noche y emprendió su fuga por el lado opuesto á Cansete, para ni siquiera ser sentido por el enemigo, que estaria entregado probablemente á las fiestas que les daban en Cansete, y las que improvisaban ellos mismos.

San Juan quedó así acéfala de autoridades y entregada no ya á que entrara el Chacho con su ejército, sinó cualquier fuerza por pequeña que hubiera sido.

Reservándonos narrar mas adelante los episodios de esta risñosa fuga, vamos á ver lo que pasaba en Cansete.

Cuando la poblacion se encontró abandonada por las autoridades, comprendió el inminente peligro que corria, y se preparó á conjurarle por todos los medios á su alcance.

No se les ocurria ningun medio mas seguro que manifestar á Chacho que alli nadie le haria oposicion y que se esperaba tranquilamente su venida, porque ya sabian que era un caudillo de órden, que no permitiria el menor desman de la soldadesca.

De este modo creian que se captarian la benevolencia del caudillo, que entraria tranquilamente sin aparato de fuerzas y sin disparar un tiro, porque ninguno lo provocaria.

Y quién iba á querer provocarlo, cuando estaban sin mas amparo que el que pudiera ofrecerles el Chacho mismo?

Decididos á hacer á Chacho esta manifestacion de acatamiento, se juntaron algunas personas de respeto, decididas á ir á Cansete, como delegados de la poblacion entera.

Era conveniente hacerlo cuanto antes, porque era el único medio de salvar á las familias del terror consiguiente.

Así es que aquella improvisada comision de respetables vecinos, se trasladó á Cansete sobre tablas, á conferenciar con Peñaloza.

La muerte de un héroe

Peñaloza venia marchando tranquilamente hácia Cansete, dond  estaba su vanguardia, sin temor de ningun género.

Chacho suponía que Arredondo andaria buscandolo por la Rioja y que no pudiendo ni siquiera sospechar sus instrucciones, no se movería en direccón a San Juan.

Tenia pues tiempo suficiente para proceder con toda calma antes de que un soldado del Gobierno se avistara por all .

En el camino habia recibido el chasque que le habia su jefe de vanguardia dándole cuenta de la situacion de San Juan, por lo que se decidió seguir sin la menor fatiga, desde que no tenia que luchar para realizar su atrevido plan.

La Victor era de opinion de apresurar la marcha todo lo posible, para llegar cuanto antes y tener tiempo de fortificarse si era necesario.

Pero Chacho le demostró fácilmente que de este modo no adelantarian nada más que fatigar las tropas y postrar las caballadas, poniéndolas inservibles para cualquier operacion que pudiera ofrecerse.

A pocas leguas de Cansete estaba ya Peñaloza, cuando se le incorporaron los desertados de Cansete con una noticia que los llenó de espanto.

Segun éstos, el general Arredondo habia llegado a Cansete y se habia lanzado sobre ellos con fuerzas poderosas y bien armadas.

Toda resistencia habia sido inútil: la vanguardia de Chachó habia sido destrozada y hecha prisionera.

Tal era el espanto de estos dispersos, que aseguraban que toda la vanguardia de Chacho habia caido en poder de Arredondo, sin salvarse ni un hombre, pues el que no habia muerto estaba en poder del enemigo.

Al oír semejante noticia; el mayor espanto se apoderó de las tropas del Chacho, ya desmoralizadas desde mucho tiempo atrás.

Avanzar era imposible   inútil, desde que el ejército de Arredondo estaba en Cansete: no habia mas que retroceder y huir a toda prisa para evitar un encuentro fatal.

Y Chacho, sumamente rápido para todas sus resoluciones, di  media vuelta y se puso en fuga.

—Felizmente, decia, nuestra marcha ha sido tranquila y hombres y caballos est n perfectamente frescos.

Podemos hacer una jornada larga en el resto del dia y otra en la noche, porque el enemigo, que habrá forzado sus marchas, no tendr  caballo para perseguirnos.

Ya el ejército de Peñaloza, como lo hemos dicho anteriormente estaba cansado y acabado por completo.

Al oír la noticia traída por los dispersos, concluyeron de desmoralizarse, porque se juzgaron p rdidos, y aterrados ante una derrota de la que no pudiera salvarse, ninguno, se derrotaron ellos mismo huyendo en todas direcciones, sin que los pudiera contener la palabra prestigiosa del caudillo.

Los montoneros llamaban derrotarse, al hecho de huir ellos antes de haber visto enemigo, haciendo así una diferencia notable entre derrotarse y ser derrotados.

Una fuerza podia derrotarse sin mengua de ninguna clase mientras que derrotada, aunque fuese por enemigo infinitamente superior, era siempre un suceso vergonzoso y digno de burla.

Así, ante las noticias que habian escuchado, los chachistas decidieron derrotarse, sin perjuicio de juntarse mas tarde y seguir la campana como pudieran.

No habia quedado rodeando a Chacho mas que algunos gefes, y el regimiento donde iba la Victor, regimiento de una bravura imponderable, y reclutando entre los mejores elementos con que contaba Chacho.

Este proceder inesperado de su tropa declarándose en derrota, antes de haber visto al enemigo, concluyó de descorazonar a Chacho, haciéndole comprender que no era posible seguir haciendo la guerra.

—Me abandonan, dijo, mostrándome que ya nada puedo con ellos! har  la paz en primera oportunidad, obligados por ellos mismos, y no podrán entonces echarme en cara la esclavitud en que vivirán mas tarde.

Ellos lo han querido, y me habrán obligado a proceder así.

Sus leales gefes trataron de endulzar el desengaño del noble caudillo, demostrándole que aquella gente reaccionaria y lo esperaria reunida en los Llanos, pero Chacho no se hacia ya ilusiones.

—Me esperarán, decia, me esperarán y andaran conmigo, volverán a derrotarse y a huir sin que mi voz pueda ya contenerlos.

Sin gente que pelee no hay guerra posible: es mejor entonces hacer la paz, que así obtendremos todavía mas ventajas y evitaremos la vergüenza de no haber podido sostener por mas tiempo, así siquiera haremos depuesto las armas con todos los honores.

Rodeado por su mujer y sus pocos leales, el Chacho tomó en direccón a San Luis, para

galope, para no darles tiempo para nada, una vez que fuera reconocido como enemigo.

Bastaria una descarga de los infantes que llevaba para desmoralizarlos, así es que en seguida podria cargarlos, anonadarlos y perseguirlos sin que ellos pudieran hacer otra cosa que huir para tratar de salvarse.

Irrazabal sabia por la comision que fué á recibirlo, lo que se pasaba en Cansete, como el jefe de aquella tropa estaba de farra con sus oficiales de modo que su golpe podia ser completo, porque no se le escaparia ni el jefe, todos caerian en su poder.

De esta manera sabrian con exactitud donde se hallaba Chacho, á quien podrian tambien sorprender con el resto de la montonera.

Solo cuando Irrazabal hizo alto á unas cuadras de distancia, para desmontar la infanteria, los montoneros salieron de su error y solo atinaron á montar á caballo y tratar de resistir del mejor modo que les fuera posible, aquella carga que se les venia encima de una manera tan decidida.

Algunos ginetes llegaron hasta la casa donde se hallaba el jefe de vanguardia y sus oficiales, los que felizmente tenian alli á la puerta sus caballos ensillados.

Pero ninguno de ellos tenia la cabeza en estado de dirigir un combate, habiendo muchos que no podian ni aun saltar sobre el caballo.

Si Irrazabal hubiera enviado allí un grupo de ginetes, habrian tomado sin dificultad alguna á todos los del baile.

Pero su fuerza era demasiado reducida, para fraccionarla y se hubiera espuesto á un fracaso.

Si los montoneros no combatian y huian á la primer carga, entonces si tendria tiempo de atender á los bailarines y tomarlos siu que se escapara uno solo.

Colocados los infantes en medio de la calle y en ala, hicieron su primer descarga enfilando la calle y barriendo todo lo que en ella habia.

Al sentir aquella primer descarga y los efectos por ella producidos, los montoneros, desmoralizados, sin jefe, encajonados en una calle y en la conciencia de ser fusilados permaneciendo así, saltaron á caballo y empezaron á disparar en todas direcciones.

La caballeria de Irrazabal se lanzó sobre ellos sable en mano, y empezó á perseguirlos,

mientras un grupo de infanteria caia á la casa del baile, buscando aprisionar al jefe y los oficiales que allí habia.

Pero cuando llegó allí, no encontró sino aquellos infelices de cabeza mas débil, que no habian tenido fuerza para montar á caballo.

El jefe se habia salvado, huyendo precipitadamente en cuanto le llevaron el aviso de lo que pasaba.

Era preciso prevenir á Chacho que el enemigo estaba encima, para que no fuera él sorprendido por ellos y corriera la misma suerte.

Los ginetes de Irrazabal eran pocos, aun en relacion con el número de enemigos que tenian que perseguir, pero así mismo iban haciendo numerosos prisioneros que entregaban á la infanteria para que los cuidara.

El temor mas espantoso se habia apoderado de los pobres gauchos, muchos de los cuales sintiéndose alcanzar, detuvieron la carrera de sus caballos, que entregaban pidiendo que no los matasen.

Pero la mayoria huia en una espesa masa, buscando la incorporacion de Chacho, que no podia estar lejos.

Se habian dividido despues en dos grandes grupos, para dificultar la persecucion.

Esta division no podia hacerla Irrazabal porque su tropa era muy reducida, y si reunida podia hacer aquella hazaña, dividida era muy espuesta á que el enemigo se rehuciera, lo tomara así fraccionado y la persecucion se convirtiera en derrota.

Con su puñado de hombres, apenas tenia los necesarios para cuidar los prisioneros.

Y se decidió á seguir uno solo de los grupos, mientras el otro se retiraba tranquilo, sin que pudiera hostilizársele.

De este lado habia huido tambien el jefe de vanguardia, de modo que alcanzándolo podrian reorganizarse fácilmente, y tal vez tomar la ofensiva, por temor de que no dejaba de tener Irrazabal, conocedor de todas las artimañas y recursos de los montoneros.

Cuando tuvo un número de prisioneros ya muy superior al que podia cuidar, Irrazabal hizo alto y se resolvió á esperar la llegada del General Arredondo para que este dispusiera lo que habia de hacerse.

Su comision estaba cumplida con toda felicidad, y él por su cuenta no podia salir de las instrucciones dadas.

Aquel destacamento de observacion lo formaba el único Regimiento que habia permanecido leal al Chacho, el Regimiento de la Victoria.

El caudillo con esta, Luengo, algunos gefes de importancia y diez ó doce soldados, habia seguido á Malanzá efectivamente.

Chacho no sospechaba que allí pudiera irlo á sorprender el enemigo, y si por casualidad iba, ahí quedaba el bravo Regimiento que veria los polvos á tiempo, ó iria á darle el aviso necesario.

El Regimiento, persuadido de que por allí no iria enemigo alguno, estaba en completo descuido.

El gefe se habia metido en un rancho con Francisco el minero, despues de hacer á su gente esta prevencion:

—En cuanto se divise en el campo el menor polvo, vienen á darme aviso.

Pero qué polvos iban á levantar con el aguacero de la noche anterior?

Comprendiendo la ventaja de la lluvia y por las mismas razones, Irrazabal marchaba sin precaucion alguna.

—No ven polvos, decia, y entónces no hay nada que pueda alarmarlos.

Como los rastros que iban hallando eran perfectamente frescos, Irrazabal hizo un alto y mandó un rastreador á explorar el campo, con todo el recato que aconsejaba el arte.

Pero despues el rastreador volvia con la noticia de que, á corta distancia de allí habia una tropa campada con el mayor descuido.

—Ese es el Chacho, no puede ser otro, murmuró Irrazabal, y formando su gente en son de carga, cayó como una tormenta sobre el Valle Fértil, sorprendiendo completamente al Regimiento chachista.

Los montoneros estaban descuidados, con el caballo desencillado muchos de ellos, para tender la montura, y durmiendo otros la más plácida siesta de este mundo.

Así mismo, movidos por los primeros sablazos y tiros, aquella gente saltó á caballo y aceptó el combate con una decision magnífica.

Era digno de ver aquellos soldados postrados por todo género de necesidades, y armados de una manera ridicula, aceptar el combate á que los provocaba de sorpresa, un enemigo cuya superioridad en todo sentido le era bien conocida.

Irrazabal cargó, cargó impetuoso y tremendo sobre los montoneros, que en el primer momento tuvieron que ceder, derrotados y sin poder contrarrestar el empuje de los soldados de Irrazabal.

Y disparaban á todo lo que les daba el caballo, y cuando estaban fuera de alcance, se reunian, aunque fuera en pelotones de quince ó veinte hombres, y volvia á la carga y al combate como si tuviesen la mayor certeza en el triunfo.

Pero en semejantes condiciones no habia combate posible.

Los veteranos de Irrazabal los postraban con rapidez pasmosa, habiendo rodeado por fin á los montoneros de manera que no pudieron escapar uno solo.

A cada momento les daban la voz de ren-

dirse, pero los montoneros acometian con desesperacion creciente y sin querer darse por vencidos.

Si ellos hubieran tenido por lo menos armas como la de sus enemigos, habrian combatido con provecho, causando al enemigo los mayores destrozos posibles.

Pero qué iban á hacer con sus lanzas inofensivas y sus sables que se doblaban á cada golpe dado?

Qué podian hacer con sus garrotes de algarrobo y sus cuchillos casi inofensivos?

Nada más que morir y haciendo el simulacro de pelear y sin poder abatir un solo hombre de las filas enemigas.

Reducido á la mitad y acasados sin descansar, aquellos héroes tuvieron que convencerse al fin, que no habia lucha posible, que todo sacrificio seria estéril y que era preciso rendirse, ó resolverse á morir como perros.

Vera, conocido como amigo por la mayor parte de ellos, les propuso que se rindieran, haciendo una pequeña trégua á la matanza.

—Rindáanse que se ván á hacer matar estérilmente, les gritó: rindáanse, que yo les garantizo la vida.

Los montoneros se miraron, sonrieron con amargura infinita al verse tan pocos, y resolvieron por fin rendirse.

De todos modos y en pocos momentos más, ni uno solo habria quedado de pie.

Y se entregaron sin condiciones, á un enemigo que no habia de hacerles mal alguno, porque estaba cansado de combatir y de matar sin el menor peligro para él.

Irrazabal que estaba deseando seguir adelante porque el Chacho no podia andar lejos, se limitó á desarmarlos y á reunirlos, dejándolos al cuidado de una pequeña guardia de infanteria, que debia entregarlos al General Arredondo así que este se aproximara.

Y él siguió adelante con toda la rapidez que le permitian sus caballos fatigados, en la seguridad de que Chacho no podria estar muy lejos de allí.

Vera se adelantó por la quebrada á Malanzá, con una escolta de diez hombres.

Por ciertas espresiones que habia oido á los prisioneros, calculaba que Chacho no estaba lejos de allí, y que no tenia con él la menor fuerza.

El Coronel Vera queria hablar con el Chacho antes que llegase Irrazabal, para impedir cualquier tropelia y tratar de que Chacho capitulara cediendo á la influencia amistosa que creia conservar con él.

Además de salvar la vida al caudillo Riojano, si este capitulaba con él, habia una buena figura, precisamente en el final de tan desastrosa guerra.

Lo que hay es que Irrazabal, que á pesar de todo no tenia gran confianza en Vera, siguió tras de él inmediatamente, no queriendo que se le adelantara mucho.

—Todos estos son amigos antes que todo, decia, y no sea el diablo que por salvar al Chacho me la pegue á mí, dándole aviso y que se me haga humo precisamente cuando voy á ponerle la mano encima.

Entre tanto aquel gefe del Regimiento sorprendió en Valle Fértil, que no habia sido con-

después pasar á la Rioja, y esperar que el enemigo le hiciera proposiciones, ó habérselas él mismo.

Física y moralmente el gran cau lillo estaba quebrado, viejo, sentía que sus fuerzas se iban concluyendo poco á poco, y que la posttracion maral se sucedía á la posttracion física.

Estaba viejo, y los últimos desengaños lo habia envejecido mas aún.

—Mejor sería que me mrtasen en un combate, decia á sus compañeros, porque la vejez llega hasta impedirme montar á caballo y enristrar la lanza con el vigor de otras veces, la desesperacion me vá á mrtar de una manera mas terrible.

Y los amigos que veian que realmente los años empezaban á doblar aquella naturaleza formidable, trataban de levantarle el ánimo con reflexiones carifiosas.

—Todavía estamos lejos de eso, le decian, muy lejos.

La pena de esta última é inmotivada derrota le han desencantado un poco, pero ya vendrán nuevos y mejores días, General! todavia nos queda en su compañera un gefe de lo que ha de ayudar con tino en los momentos de apuro.

—No hay hacerse ilusiones, estoy viejo, muy viejo, y lo que es peor, la gente está acobardada, mas que acobardada, aterrada.

Iremos hasta el último sin embargo, tengo fibra para ello; y si no puedo venir á un arreglo ó levantar el espíritu de mi gente, caeré, pero caeré como debe caer el General Peñaloza, imponiendo siempre á los mismos que dén conmigo en tierra.

Y conversando así tristemente, aquella pequeña columna siguió su retirada tranquila é indiferente, puede decirse.

No parecia gente que huiera de un enemigo que podia caer sobre ellos de un momento á otro, sinó ginetes que marchaban sin precaucion de ningun género, á un punto de reposo.

Dejémoslo un momento marchar hácia San Luis y véamos como el enemigo le preparaba su fin, fin indudable y trágico, que terminaria con aquella guerra tan larga como vergonzosa.

Cuando el General Arredondo llegó á Cancheta, se encontró con aquellos seiscientos prisioneros tomados á la avanguardia de Chacho prisioneros de los cuales no podian hacerse cargo por el momento, pues iba á ponerse en marcha sobre Peñaloza antes que aquel pudiese huir y hacer ineficaz toda persecucion.

Arredondo meditó y estudió primero el derrotero con que los restos de su Ejército podia haber seguido.

Porque toda la eficacia de la campaña estaba en alcanzarlo, ahora que iba en dispersion y lejos de sus guardias, sin darle tiempo á reaccionar.

Arredondo, tan vaqueano y tan rastreador como los mejores que llevaba, exploró él mismo los alrededores, y estudió las huellas dejadas por los que habian huido.

Y los ojos expresivos de Arredondo, penetrantes y certeros, brillaban con una expresion riente y segura: acababa sin duda de hallar lo que buscaba, el punto á donde se dirigia el Chacho.

Para él no cabia duda que aquel punto seria los Llanos de la Rioja, único paraje que le ofrecia seguridades de poder reorganizar su gente y seguir haciendo la guerra por desesperada que esta fuera.

Era preciso atacarlo alli y concluir de deshacerlo antes que pudiese reorganizar tropa alguna.

Pero la jornada era muy larga, sumamente larga, para un Ejército que acababa de hacerla á marchas forzadas.

Sabiendo la direccion que seguia Chacho, seria mas fácil alcanzarlo y vencerlo definitivamente antes que llegase á la Rioja.

Arredondo meditó un momento mas, con una astucia infinita puede decirse que penetró al pensamiento del Chacho y marcó el derrotero que debia seguir la vanguardia que mandaria en su persecucion, siempre á las órdenes de Irrazabal, acompañado de Vera, que era el encargado de tentar un arreglo con el Chacho en el caso que fuera alcanzado.

Arredondo dió á Irrazabal ciento cincuenta hombres elegidos, y las instrucciones necesarias para el mejor logro de la expedicion.

¡ Chacho se ha de ir por San Luis á la Costa baja, decia Arredondo, y si usted se vá á Malanzá por la quebrada de la Costa baja, no tenga duda que alli ha de encontrar al Chacho con los restos de su gente.

Una vez alcanzado Peñaloza y rodeado, el Coronel Vera debia cumplir su mision de hacer á Chacho proposiciones de un arreglo amistoso, atacándolo solo en el caso de que no quisiera hacer arreglo alguno.

—En cuanto lo agarre, le corto las orejas, decia Irrazabal pero Arredondo ordenó tuvieran con el caudillo las mayores consideraciones y que en caso de tomarlo le mandarian aviso inmediatamente, pues el marcharia á retaguardia y á corta distancia.

Con estas precisas instrucciones, Irrazabal y Vera se pusieron en marcha, siguieron el derrotero que les habia señalado Arredondo.

Este, seguro de que su expedicion tendria el mejor éxito, dejó en San Juan una fuerza suficiente para que cuidase los prisioneros y apoyase al Gobierno de Sarmiento en cualquier emergencia, y se puso en marcha mas reposada detrás de Irrazabal.

Aquella vanguardia siguió su marcha directamente á Malanzá por la quebrada de la Costa baja, pero hasta allí no halló nada á su paso por lo que calculaba Irrazabal que Arredondo hubiera hecho falsas suposiciones.

Sin embargo, en todo el camino halló los rastros bien marcados de la fuerza que acompañaba á Peñaloza.

Irrazabal llegó á Valle Fértil, y diez y ocho leguas de Malanzá, bajo un fuerte aguacero, verdadero fenomeno en aquellas alturas donde nunca lueve

Todo, hasta la naturaleza misma conspiraba esta vez en contra del Chacho.

Aquella agua intempestiva, no dejaria levantar polvos, y un destacamento dejado en Valle Fértil, no podría descubrir entonces al enemigo por los polvos que habia de levantar en su marcha.

ció, afirmandose mas en la creencia de que se hallaba entre gente suya.

Vera, habia formado siempre entre sus filas, era su amigo de muchos años atras y no podia llegar allí sino como leal amigo.

Ambos se estrecharon en un fuerte abrazo, poniendose á conversar alegremente.

Los demas gefes miraron á Vera con marcada espresion de desconfianza.

Era gefe nacional sabian que andaban con las fuerzas del Gobierno y no se esplicaban su presencia allí con tan escaso número de hombres.

—Cómo es esto compadre? le preguntó Chacho alegremente: me habian dicho que andaba entre mis enemigos, y aunque yo no lo queria creer nunca, algo me habia quedado adentro.

Qué lo trae por aqui tan solo y cuando menos lo esperaba?

—El deseo de salvarlo compadre, respondió Vera algo turbado.

Como saben que somos tan amigos, me han dado el encargo de pedirle que haga la paz y que yo lo he aceptado, porque esto es lo que le conviene compadre, segun creo yo.

—Entonces es verdad que anda entre mis enemigos? preguntó Chacho poniendose más sério, y que usted es gefe del Gobierno?

—Es cierto que andó entre sus enemigos compadre, pero como amigo suyo, y nada mas que como amigo suyo.

Por eso he aceptado la mision que me trae á su lado y de la que espero salir airoso.

Chacho sonrió con infinita amargura y miró á su compadre como reprobando su conducta.

Le Victor, al oír á Vera, palideció de una manera mas intensa y volvió á temblar de una manera mas poderosa.

—Es preciso que me ayude en mi mision, le dijo Vera, no comprendiendo tal vez la causa real de la palidez de la Victor.

—Yo respondo ayudarlo, compadre, repuso alla con voz segura, [porque creo que usted viene aqui á cometer un acto de traicion cobarde.

—Vamos, añadió, dirigiéndose á Chacho, vamos ángel, que este hombre no puede venir solo y el enemigo no ha de tardar en llegar: salvémonos por Dios!

—No tenga recelo, comadre, respondió Vera alarmado por la actitud de la Chacha.

El enemigo está ahí encima, podria haber venido y sorprenderlo, pero yo me he interpuesto para salvar mi compadre, creyendo que él accederá á mi pedido, comprendiendo el interés único que me guia para hacerlo.

La montonera está perdida, tarde ó temprano van á caer entre las fuerzas del Gobierno y es preciso evitarlo á toda costa.

El medio mas seguro es hacer la paz que asegura la vida y el respeto de todos y esa es la misma que yo traigo y que creo compadre que usted debe aceptar.

—Sí esto es así, compadre, respondió Peñaloza, yo estoy conforme con hacer la paz, la deseo y me conviene, pero cuidado con lo que se promete, compadre; no sea que despues no lo conozca para nada.

—Ríndese á mi, compadre, dijo Vera, que yo con la mia palabra respondo de su vida, y

del respeto que se le tendrá: ya sabe usted que Arredondole estima mucho.

—Ya lo sé, pero antes de llegar á Arredondo tendré que pasar entre manos de muchos otros.

—Pero yo estaré con usted compadre, y nada tendrá que temer.

—Huyamos, es mejor, dijo la Victor, no te entregues ángel, mirá que yo no se tener miedo en vano, y algo me dice que vá á sucederte una desgracia.

Tu compadre está con tus enemigos, ya no se puede tener confianza en él: entre tu y ellos estará siempre por lo que ellos digan, y ya vez como en vez de venir á avisarte que te salves porque el enemigo conoce el sitio donde te hallas, viene á proponerte que te entregues bajo el pretexto de hacer la paz con el Gobierno.

—Yo se lo propongo porque es lo que le conviene, por lo mismo que soy su amigo y su compadre,

El está en una situacion difícil porque no tiene gente ni elementos, y tanto han de perseguirlo que concluiran por tomarlo.

Así, antes que vaya á caer en manos de algun gefe feroz como Linares, prefiero que se entregue a mí, porque nadie lo ha de tratar con mas consideracion, y porque estando su amigo nadie se ha de atrever á faltarle.

—Tiene razon mi compadre, Victoria, decia Chacho.

Yo ya estoy muy viejo y no puedo moverme con la actividad de otros tiempos. Arredondo es un gefe tanto montonero como yo, que no me da un momento de tregua y que me adivina las marchas que hago.

El dia menos pensado voy á caer en manos de alguno de sus gefes de vanguardia que va á querer hacer conmigo alguna bazaña y voy á pasar un mal rato, mientras que entregándome á mi compadre Vera, estoy á cubierto de toda maldad.

—Ya sabe mi compadre, que antes de permitir que nadie le falte, dejaria que me hicieran pedazos,

Estando conmigo queda perfectamente libre hasta que nos incorporemos á Arredondo, de quien no hay nada que temer, porque es un cumplimiento caballero y un militar de honor.

—Ya lo sé, ya lo sé, reposo Chacho, y por esto acepto lo que usted me propone, compadre, que no lo aceptaria de ningun otro.

Puede decirle entonces que estoy dispuesto á hacer la paz y atacar al Gobierno, que aquí los esperaré para que arreglamos todo.

—No hay necesidad de que lleve contestacion alguna repuso Vera, porque detras de mí venia la vanguardia de Arredondo, que no ha de tardar en llegar.

Como usted ha tratado conmigo, cuando ellos vengan ya nada tienen que hacer ni mezclarse para nada en esto que es cuestion concluida.

Tendrán que atacar lo que yo haya hecho, y es precisamente por esto que yo me adelanto para llegar antes.

Como el General Arredondo me ha dado instrucciones directas para tratar con usted, tiene el tal gefe que aceptar lo que yo haga y mas; él no puede proceder sino en caso de resistencia.

todos por hallarse lejos de la trampa, en cuanto empezó el combate, saltó á caballo y disparó á llevar á Chacho el aviso de lo que sucedía, para que se salvase.

Los montoneros no podrian resistir mucho tiempo y entónces el Chacho corria un peligro inminente, aunque segun lo habia dicho, en Malanzá no habia de demorar mucho, porque deseaba cuanto antes verse en los Llanos, donde podia reunir soldados suficientes, sinó para vencer, para resistir por lo menos, entretener la guerra hasta lograr un tratado ventajoso.

Vera, baqueano de aquellos parajes, marchaba por arriba de las poblaciones, de manera que de los bajos no podia ser apercibido por el más práctico.

El mismo gefe que iba á llevar el aviso á Chacho y que daba vuelta á cada momento para observar si lo seguian, no viendo polvos ni señal alguna de aproximacion de fuerzas, detuvo su marcha para tomar algun descanso y darlo tambien á su postrada cabalgadura.

El para evitar que lo siguieran por el rastro, habia dado un gran rodeo, razon por la cual menos que nadie habia visto el débil polvo que levantaron los ginetes de Vera.

Y despues de tanta fatiga y de tantas impresiones, cuando cerró la noche, se bajó del caballo y se acostó á dormir un rato.

Era natural que el enemigo, despues de haber peleado y marchado reciamente, habria hecho otro tanto, esperando al día para seguir la marcha.

Y como no habia sido alcanzado por disperso alguno, esto le indicaba que el enemigo no habia obtenido un triunfo definitivo sobre su gente; que habia quedado tan postrado que no habia podido hacer persecucion.

Y el pobre se dormió profundamente, creyendo que siempre podria llevar su aviso á tiempo.

Vera siguió marchando toda la noche para poder sacar ventaja á Irazabal, pero precisamente para que no se la sacara, Irazabal marchaba tambien de una manera sostenida.

A la madrugada siguiente Vera llegaba á la enorme pizarra de ocho cuadras más ó menos, que existia al bajar á Olita, hoy Villa Belgrano.

Allí hizo Vera un prisionero, que sorprendido y lleno de espanto en el primer momento, le indicó el parage donde habian parado desde el día anterior unos cuantos gefes de los montoneros.

—Y entre esos gefes está el Chacho? preguntó Vera, dejándose dominar por la alegría que aquella noticia le hacia experimentar.

—No sé, respondió el paisano aún turbado por el temor: son unos gefes de la montonera que están allí descansando, pero si quiere irá á tomar noticias.

Vera que desconfió que lo que aquel paisano queria era escapar para llevar aviso al Chacho, lo puso de ancas de uno de sus soldados, previniéndole que al menor grito que diera ó señal que hiciera, le haria matar.

Y siguió avanzando, siempre temeroso de ser alcanzado por Irazabal.

Indicada por el paisano la direccion del rancho donde estaban los gefes montoneros, Vera

se adelantó solo, porque pensaba presentarse á Chacho como amigo y aconsejarle que tratara con las fuerzas de Arredondo.

Allí estaba realmente el noble caudillo Rionjano, bien ajeno á la tragedia que iba á desarrollarse bien pronto, tragedia en la que él debia ser el protagonista.

Bajo el alero de un ranchito miserable, estaba Peñaloza, tomando mate con su mujer, en medio de la mas tranquila conversacion.

Acostadas contra la pared del Rancho, estaban su lanza y su rebenque, únicas armas que poseia.

Separados por unas veinte varas, y en el extremo opuesto, los gefes del Chacho, formando un grupo alegre y animado, estaban sus gefes principales, que no habian querido separarse un momento.

Todos conversaban de las medidas que debian adoptar para la mas rápida formacion del Ejército y la manera mas segura de operar contra Arredondo, enemigo que se les habia hecho temible por mas de una razon.

Aquel era el rancho de un viejo amigo de Peñaloza, que lo habia acompañado en diversas campañas, y á quien queria como á un hermano.

Cuando mas entretenido estaba en su conversacion, Chacho alzó de pronto la cabeza y vió á Vera que avanzaba á gran golpe, seguido de cerca por su pequeña escolta.

Chacho pensó que eran los ginetes que habia dejado en Villa Fertil, y como no traian aires de derrotados, ni siquiera cambió la actitud que tenia cuando los vió.

Sus gefes tuvieron la misma creencia y no se movieron tampoco.

Como iban á suponer que se les echara encima un enemigo compuesto de cuatro ó seis hombres?

Solo la Victor palideció y tembló toda á la aproximacion de aquellos ginetes.

Su corazon leal y amante, le anunciaba una desgracia tremenda, con esta rara seguridad de presentimientos que tiene siempre el corazon de una muger.

En esta tremenda escena de muerte, muchos culpan al Coronel Vera, de una manera tremenda.

Dicen que engañó á Chacho de la manera mas ruin para atarlo y esperar así á que llegara Irazabal.

Muchas personas nos han referido esta triste historia, haciendo juzgar á este un rol repugnante y cobarde que nosotros nos resistimos á creer en honor de la raza humana.

Vera, invocandó, su antigua amistad con en el Chacho, lo desarmó, lo engañó con mentidas promesas de paz, y una vez rendido este, lo entregó inermes á los mismo que debian darle muerte, siendo el que le dió la primera lanzada.

Nosotros que nos resistimos á creer semejante monstruosidad, vamos á narrar la muerte del héroe caudillo segun los datos que hemos recibido de las personas que nos merecen entera fé, y que es la version mas general.

Asi que Vera llegó á donde estaba Chacho, desmontó y se llegó á él tendiéndole los brazos.

Fué recien entonces que el Chacho lo cono-

Vera entretanto hundía sus ojos en el espacio como si esperara algo que retardara en ver llegar.

Y estas miradas precisamente eran las que alarmaban á la Víctor, haciéndola permanecer en una tremenda zozobra.

Por qué miraba Vera de aquel modo? Indudablemente porque esperaba á alguien, y este alguien no podía ser sino enemigo.

Los demás jefes, adivinando lo que pasaba en el espíritu de la Chacha, separados de Vera todo lo posible, tenían los caballos ensillados al alcance de la mano, dispuestos á emprender la fuga á toda costa antes que entregarse.

—Qué dicen ustedes? les preguntó Peñaloza, si alguno no está conforme con lo que yo hago; puede avisarlo, que aún tiene tiempo de retirarse.

—Todos estamos conformes y nos quedamos con usted, sometiéndonos también, dijeron.

Y con una ironía infinita uno de ellos añadió:

—Quedamos rendidos y prisioneros bajo el honor y la buena fé del Coronel Vera.

Vera se mordió los labios: ó habia comprendido la sátira ó no tenia la conciencia tranquila.

Mas de dos horas estuvo Vera conversando con Peñaloza, en cuyo tiempo, la Chacha, sin saber por que, confirmó todas sus sospechas.

Y acercó mas los caballos como para tentar á Chachó que huyera, pero sin decirle una palabra.

En cuanto Peñaloza entregó sus armas y los demás jefes manifestaron su conformidad, Vera mandó á uno de los soldados que lo acompañaban que saliera al encuentro de Irrazabal y le dijera que la paz con el Chacho estaba hecha, que hiciera un chasque al General Arredondo dándole esa buena noticia y se apresurara á llegar para que descansasen todos alrededor de aquel enemigo con el que tanto habian batallado, y que en adelante seria el mejor amigo del Gobierno.

Alcanzado en el camino por tan grata noticia, Irrazabal hizo echar una diana, imponiéndose en seguida por el chasque de lo que pasaba en Olta.

—No están más que los dos Chachos y unos cuantos jefes, dije éste, todos ellos sometidos al coronel Vera.

Entonces Irrazabal resolvió adelantarse con un grupo de soldados, ordenando al resto de la gente que llevaba lo siguiesen á gran galope.

Cuando el jefe y el grupo de soldados fué visto por los jefes monteneros, estos se pusieron de pié y se aproximaron á sus caballos.

El momento supremo se acercaba y era preciso tener mucha calma para proceder con arreglo á lo que sucediera.

Felizmente ellos no habian entregado aún sus espadas y en último caso quedaban siempre en la posibilidad de vender cara sus vidas.

A Irrazabal hasta entónces nadie le habia conocido acto de ferocidad alguno, que hiciera temer ningun mal acto de su parte.

Algo brusco pero bueno, no se le creia ca-

paz de ninguno de aquellos actos dignos de liseas ó de Linares.

Asi es que su nombre no sonando de una manera funesta, ningun temor podia causar á los rendidos.

Con la lanza enristrada y sin hacer el menor ademán de desmontar, Irrazabal se acercó á donde estaba Vera.

La Chacha, pálida y conmevida, estaba siempre detrás de Peñaloza con los caballos de la rienda.

El noble caudillo sereno y tranquilo sonrió á la aproximación del jóven jefe y le movió ligeramente la cabeza.

—Cuál es el Chacho? preguntó á Vera, demostrando con esto que no lo conocia.

—Este es! respondió Vera señalándolo; está sometido al gobierno y será en adelante nuestro mejor amigo.

—Ah! hijo de una gran perra! rugió Irrazabal cediendo á una inspiracion funesta.

Conqué vos sos el Chacho? conqué vos sos el montonero bandido que tanto doler de cabeza nos has dado?

Ahora lo verás picaro, ya te ha llegado la hora del castigo, no hay cuidado.

Y antes que nadie tuviera tiempo de prever su accion, antes que nadie pudiera evitarla, sorprendidos por aquel brusco cambio, Irrazabal encojió el brazo y dió á Chacho una terrible lanzada en medio del pecho.

Toda la atencion de los soldados de Irrazabal, fué embargada por aquel cuadro de horror, por aquel asesinato tan cobarde é inesperado.

Los gefes de Peñaloza, ante semejante espectáculo, saltaron á caballo y echaron á huir sin que nadie los viera ni tratara de detenerlos.

Solo quedaban allí los protagonistas de aquel cuadro de horror, presas del terror más justo.

El Coronel Vera quedó estático ante la accion de Irrazabal.

—El General Peñaloza ha hecho la paz, murmuró, se ha entregado bajo la buena fé de mi palabra y no se puede atentar contra su vida.

—Qué buena fé ni qué buena fé! exclamó Irrazabal, es un bandido que me vá á pagar todas las que ha hecho!

Chacho, imposible como si fuera un simple espectador de lo que sucedia, miró á Irrazabal, en un relámpago de sublime fiera y movió los labios como para hablar.

Pero como si se arrepintiera, guardó silencio, mostró sus manos indicando que no tenia armas y cruzó sus brazos sobre el pecho y aquella primer lanzada que acababa de recibir.

La Chacha enloquecida de dolor, pasó por el lado del Coronel Vera, tirándole un rebencazo á la cara, y se puso delante de Peñaloza, evitando la segunda lanzada que le tiraba Irrazabal.

—Asesino cobarde! le gritó, el General Peñaloza es un prisionero de guerra que se ha entregado bajo la palabra de este gran canalla que lo dejara matar sin defenderlo, por fórmula siquiera!

Los otros gefes que acompañaban a Chacho, como este nada les decia, escuchaban la conversacion sin pronunciar una palabra.

Estos tambien desconfiaban de Vera, porque estando con los enemigos no habia de defender los intereses de Chacho.

Si ellos manifestaban un opinion en contra, se esponian á que Vera se vengase de ellos, una vez asegurado el Chacho.

Cada uno pensó dentro de si ponerse en salvo en cuanto pudiese, fingiendo acatar lo que dispusiera el Chacho, y se retiraron á donde estaban al principio diciendo que ellos como siempre, adatarian lo que ordenase Chacho sin vacilar, y que no tenian nada que observar ni á favor ni en contra.

Solo la Chacha se manifestó firme en la primera opinion que habia manifestado.

—No te entregues, Angel, no te entregues, le decia, porque despues ha de pesarte, el hecho solo de estar con tres enemigos despues de haber formado en tus filas, basta para que se le pierda la fé á este hombre.

Libre, como quiera que sea, siempre has de valer mas que prisionero y has de ser mas temido, y si alguna vez quieres hacer la paz, manda un parlamento que hable directamente con Arredondo.

—Pero es posible que usted no tenga fé en mí? preguntaba Vera á la Chacha, disimulando la mala impresion que le causaban sus sospechas, y cuando yo vengo á salvar á su marido de un trance tan amargo!

—Y qué quiere hacerle, si esa desconfianza me nace en el corazon?

Yo tengo el corazon muy leal, y nunca me he equivocado en mis presentimientos.

—Vamos, Angel, voy á ensillarte el caballo yo misma, y sigamos inmediatamente para los Llanos.

—Es inútil, querida, yo tengo confianza, entera confianza en mi compadre, porque una trzicion semejante no hay riojano capaz de cometerla: me fio en su palabra y bajo la fé de amigo, de compadre y de soldado, acepto la proposicion de paz que ha venido á hacerme.

—Ayúdenme ustedes, dijo entonces la Victor dirigiéndose á los demás jefes, para que Chacho venga con nosotros, no lo dejen entregarse, porque se entrega á la muerte.

—Chacho está dispuesto á entregarse, dijeron ellos en voz baja y se entregará á pesar de lo que nosotros le digamos, puesto que no cede á lo que usted le dice.

Aconsejándole lo contraria nosotros, vamos á irritar á Vera, que se vengará haciéndonos sacar el cuero.

—Pues vamos á hacer prisionero á Vera, dijo resueltamente la Victor: y así su vida responderá de la de Peñaloza.

—Cuando vera se ha atrevido á venir aqui, despues de haber desertado de las banderas de Chacho, es porque el enemigo está emboscado muy cerca de aqui esperando su contestacion.

Antes que pudiéramos atarlo estarian encima de nosotros, y no habriamos logrado otra cosa que empeorar nuestra situacion.

—Chacho! dijo entonces ella acercándose á Peñaloza, en nombre de nuestro viejo cariño no te entregues! el corazon me dice que te entregas á la muerte, huyamo, yo te lo pido.

—Es precisamente en nombre de nuestro cariño que me entrego, repuso Chacho con cierta amargura.

Yo ya estoy viejo para arrebatarle en ancas y disparar contigo treinta ó cuarenta leguas! Tú no puedes andar huyendo así eternamente, y á la larga nos tomarian haciéndonos pagar cara la persecucion á que los hubiésemos obligado.

Si el enemigo estuviera lejos, tal vez, tal vez me animara á huir.

Pero está encima, Victoria, está encima! Quién sabe si no me ha cortado ya la retirada?

Entregándome á mi compadre, yo no me entrego á un enemigo, porque me entrego á su fé y él sabrá correspondirme, aunque no sea mas que por la importancia que le doy tratando con él.

Creeme, Victoria, no me atormentes con tu desaprobacion y acepta lo que yo hago, que creo que es lo mejor.

—No se ponga amiga, añadió Vera, que esto es la salvacion de todos, puede usted descansar en mi honor.

—Acato tu determinacion porque no quiero mortificarte, pero sepa Vera que si comete alguna infamia, no me ha engañado á mí.

Quedo dispuesta á todo lo malo, que ya pasará, porque en ningun caso creo que la infamia llegue hasta el asesinato.

—Bravo! dijo entonces Peñaloza con una expresion que cada vez se hacia mas amarga, ahora, compadre, ahí está mi lanza y mi rebenque, son las únicas armas que tengo.

Y como si se arrepintiera de lo que hacia, dobló la cabeza sobre el pecho en un movimiento de profunda pena, y guardó silencio.

Tenia tambien Chacho algun presentimiento de próximas desgracias?

Quién sabe! Pero aquella manera de entregarse tenia mucho de la resignacion de un mártir.

Vera tomó la lanza de Peñaloza y la entregó á uno de sus soldados, dió á Chacho su rebenque y con una expresion de alegria que en vano trataba de disimular, empezó á conversar tranquilamente.

—Ya verá, le decia, como bajo una nueva era de paz, vemos prosperar nuestra pobre provincia, de hora en hora!

Usted puede hacer mucho por la felicidad de la Rioja por que tanto se ha sacrificado.

Es bueno que en sus últimos años goce de algun descanso y comodidades: despues de tanto batallar y sufrir.

—Las comodidades y el descanso me matarán, decia Chacho, si antes no me mata otra cosa!

Para vivir, yo necesito andar siempre como montonero, así es que una vez asegurada la paz, yo me soltaré á vagar por todas partes, como si anduviera en campaña.

La Chacha no quitaba de sobre Vera sus ojos espresivos y desconfiados.

Parecia que espicara en él el primer movimiento de traicion para castigarlo.

Su caballo y el de Chacho los habia traído allí al alcance de la mano, como si presentiera que iban á necesitarlos en el momento menos pensado.

“Y aquella cabeza sin orejas, la he hecho clavar en una lanza para estímulo de montoneros.”

Como se vé, Irrazabal tenia tantos conocimientos de lo que habia sucedido, por el parte de Irrazabal y la narracion de su portador, su indignacion no reconoció límites.

El, habituado á todos los horrores cometidos durante la guerra del Chacho, no podia creer que aquello fuera cierto.

Peró ahí estaba el parte del mismo Irrazabal que no daba lugar á la más leve duda.

Aquel asesinato bárbaro y aquella profanacion del cadáver de Peñaloza, se habia hecho á la faz la República á nombre de las armas nacionales, por maos de un gefe de la Nacion, y á su propio nombre, de él, que tanta estimacion tenia por el noble y valiente caudillo.

Irrazabal merecia indudablemente un consejo de guerra sobre el tambor y cuatro tiros en la espalda.

Entre tanto Irrazabal habia emprendido su marcha de incorporacion á Arredondo, orgulloso de su obra y conduciéndolo como el mejor trofeo de su hazaña á la Victor, que venia enloquecida por la muerte de su compañero, al extremo de que ni se quejaba ni sentia los malos tratamientos de que era victima.

La Victor iba conducida como cualquier soldado aufer de algun crimen bárbaro.

Se le obligaba marchar á pié, y cuando postrada de fatiga se sentaba en medio del campo, la hacian levantar á cogotazos.

Como ella parecia indiferente á todo, no sentia los golpes, y para hacerla andar se veian obligados muchas veces á arrastrarla de los brazos.

Así hizo aquella infeliz todas las leguas que separaban las fuerzas de Irrazabal y las de Arredondo.

Cuando llegó á presencia del digno gefe, parecia un vencedor que reclamaba la mas entusiasta felicitacion á su hazaña.

Arredondo, inmediatamente y como primer medida, le hizo entregar las fuerzas que llevaba á sus órdenes, reduciéndolo á prision.

Era lo meno que podia hacer con semejante criminal.

Culpó el General á Vera, pero este manifestó que nada habia podido hacer por ser Irrazabal el gefe inmediato de la fuerza.

Esta hubiera desobecido cualquier orden suya y él se hubiera espuesto á correr la misma suerte de Peñaloza.

La Chacha, vuelta del estupor que la dominaba desde la muerte del Chacho, por la actitud asumida por Arredondo, se acercó á él y entre sollozos y lágrimas le narró hasta el último detalle de aquel cuadro monstruoso.

—Fue Vera el autor de la traicion, dijo: él aseguró á mi ángel que llevaba instrucciones especiales para inviarmelo á hacer la paz, y que podia entregarse bajo la fe de su palabra.

Y el pobre le creyó, le creyó y se entregó porque invocaba el nombre de usted y sabia que usted no habia de autorizar una iniquidad.

Y lo han asesinado! lo han asesinado delante de mi, que me habian atado á dos varas de distancia, carneando su cadáver como si fuera á reaccionarse con sus pedazos,

Arredondo estaba avergonzado, para toda aquella cobardia incalificable habran tomado su nombre, y á su nombre le habia acometido; no habia pues perdon posible pian semejante canalla!

Arredondo puso en libertad inmediatamente á la Chacha, y le proporcionó inmediatamente todos los medios de regresar á la Rioja.

—A Oita, sollozó la pobre mujer, á Oita, quiero ir allí á enterrarlo, á desclavar su cabeza que no es la de ningun bandido y conocer siquiera el paraje á donde debo ir a llorarlo.

Arredondo dió á la pobre una escolta para que la acompañasen y la ayudara en el entierro del Chacho, á quien debia hacer los honores de su rango, como una justa protesta del proceder inicuo observado por Irrazabal.

Este fué remitido en Buenos Aires en calidad de preso para que se le juzgaba y acompañado, de una nota en que se afeaba su ruina conducta.

Incidentes cómicos y tragicos

Los prisioneros de Cansete, como muchos otros que se tomaron despues, fueron remitidos á San Juan y á disposicion de aquel Gobierno, como autoridad mas próxima.

Aquellos pobretes, adivinaron lo que les iba á pasar, querian seguir Arredondo, aunque fueran destinados á los cuerpos de linea.

Con este gefe, decian, estamos á cubierto de toda atrocidad y garantidas nuestras carnes de todo tormento.

Peró Arredondo no los podia llevar consigo en aquella forma ni en otra alguna.

Iba á operar rápidamente sobre Chacho y necesitaba llevar toda su gente libre de tener que cuidar prisioneros.

—Ustedes quedan bien, bajo el amparo del Gobierno de San Juan, que es un Gobierno orden y principios no tengau cuidado,
 ... sin que se les ocurra nada

Cobardes! gritó, dando á su frase un vigor extraño: cobardes! y ustedes son los soldados de honor y de principios!

—Sáquenme de ahí esa mujer! gritó Irrazabal enfurecido por el látigo de aquella palabra: sáquenme de ahí esa mujer y atenme al Chacho.

Los soldados se lanzaron sobre la Chacha débilmente, porque estaban dominados por la terrible escena.

Y Chacha, sin preocuparse de ellos y enarbolando el rebenque que tenia en la mano, se fué sobre Irrazabal como una verdadera leona.

Este quiso enristrar la lanza contra ella, quiso revolver el caballo sobre ella, pero ni pudo ni tuvo tiempo.

La valerosa mujer llegó hasta él, descargándole el golpe de su rebenque.

—Agarren esta mujer! volvió á gritar Irrazabal fuera de sí—agarrenla y atenla!

Los soldados se echaron entónces sobre la Chacha y la voltearon, no sin que esta sostuviera una lucha desesperada, durante la cual desplegada una fuerza muscular prodigiosa.

Los soldados le ataron los brazos á la espalda y la separaron de allí, para que no estorbara la accion tremenda de Irrazabal.

Chacho tambien habia sido atado con manceadores, y quedado á merced de sus asesinos, porque aquello era realmente un asesinato que revestia la forma de las más cobarde alevosidad.

Peñaloza, con una sonrisa amarga y despreciativa miró á su compadre Vera y lo apostrofó de una manera formidable.

—No me duele tanto la muerte, le dijo, como su accion cobarde: usted me ha vendido, compadre, me ha vendido como una res robada á su dueño, quiera Dios que el precio se le vuelva veneno entre las manos.

Vera tembló al escuchar la voz del caudillo, que le azotaba el rostro como un bofeton, y miró á Irrazabal balbuceando palabras que se perdian entre las injurias de este, los gritos de la Victor y el cuchicheo que los soldados no podian contener.

Irrazabal, dominado por extraño vértigo, enfurecido, enristró nuevamente la lanza y se vino sobre el Chacho sepultándole en el pecho toda la moharra.

Chacho ni siquiera se encojió ante la nueva herida.

Sonrió con la espresion sublime de los mártires, miró á Chacha moviéndole la cabeza en señal de despedida y dirijió á Irrazabal esta última injuria, tratando sin duda de irritarlo para que lo matase pronto.

—Es usted el gefe mas valiente que he conocido en toda mi vida! indudablemente no habrá en todo el ejército otro gefe capaz de cometer esta hazaña fabulosa.

Irrazabal le dió la tercera y cuarta lanzada, mandando á sus soldados que lo mataran de una vez.

Los soldados que nunca habian visto á Irrazabal en aquel estado de excitacion, por temor unos, y de puro cándidos otros, que al fin y al cabo se hallaban en su elemento, se fueron sobre el inerme Chacho, y una puñalada uno, un tajo otro, un hachazo el de más allá,

concluyeron bien pronto con la vida de aquel héroe caudillo, tan digno de respeto y de consideracion.

La Victor estaba verdaderamente enloquecida—amarrada y sin poder moverse, sin que se pudiera escuchar una voz entre la general griteria, agotado todo su valor ante aquel asesinato bárbaro, se sintió alfin mujer y rompió á llorar de una manera poderosa, que conmovió á los mismos soldados que la sugetaban.

Chacho habia quedado tendido en un charco de sangre, con el cuerpo acribillado de heridas.

La Victor no apartaba un momento su vista asombrada del Coronel Vera, que esquivaba aquella mirada que penetraba á lo más recóndito de su conciencia, acusándolo de su debilidad inculicable.

Todo parecia haber concluido para la pobre mujer: ¿qué podia ya afijirla, despues de la muerte de su leal compañero?

Qué podia mortificar su espíritu despues de haber presenciado su muerte de leon?

Parecia imposible, pero aún tenia algo más tremendo, algo más doloroso que presenciar: la profanacion del cadáver de Peñaloza, al que Irrazabal mandó cortar la cabeza.

—Por qué van á cometer esa herejia? gritó ella, al ver que ejecutaban aquella nueva infamia—no tienen bastante con haberlo asesinado?

—Que se calle esa insolente, y si no se calle, que le pongan una mordaza.

Pero como Victoria en vez de callarse prorumpiera en nuevas y violentas injurias, se le puso una mordaza improvisada con un rebenque doblado.

Y agarrotada de aquella manera la Victor tuvo que presenciar cosas monstruosas.

Irrazabal en persona, segun dicen todos los que presenciaron aquel horror, cortó las orejas del Chacho, guardándolas en sus pisto-leras.

Otro cortó el bigote, y siempre por orden de Irrazabal, aquella cabeza tan ferozmente mutilada, fué clavada en la moharra de una lanza y puesta á la espectacion de los vecinos de Olta.

Otros mutilaron el cuerpo del gran caudillo, como una res de carneada, mientras otros le saqueaban de sus miserables ropas, como última pincelada de verdad á aquel cuadro de horror.

Qué se proponia Irrazabal con la exhibicion de aquella cabeza? mostrar el castigo á que se habia hecho acreedor Chacho, segun él, ó mostrar simplemente de lo que era capaz el Ejército del Gobierno y lo que de su soldados podian esperar los caudillos de las provincias?

Irrazabal redactó una parte de aquella accion, que remitió al General Arredondo, acompañándole las orejas del Chacho, cortadas por él mismo, como la más completa seguridad de que ya nada tendrian que temer del caudillo.

Aquel parte vergonzoso y estupendo, que el Gobernador Sarmiento indignado hizo publicar en los diarios de San Juan, concluia de esta graciosa manera.

Si Vera se hubiese hallado en la Rioja entonces, es indudable que habria muerto de una manera terrible á manos de los Chachistas.

Chacha habia venido á Olta á recojer el cadáver de Chacho, encontrando allí más de dos mil hombres que la indignacion y el cariño habia reunido.

Con el Ejército de Arredondo encima, ninguno se habia atrevido ni siquiera á sacar la cabeza del caudillo de la lanza donde habia sido clavada, para darle sepultura al lado del cuerpo.

Fué ella que con mano piadosa sacó el querido despojo, dándole sepultura y narrando allí sobre la misma tumba como Chacho habia sido vendido por la mano traidora de su compadre Vera, y como el General Arredondo habia castigado á los asesinos, amparándola á ella y dándole aquellos soldados para que le hicieran los honores.

Esta narracion contribuyó á asegurar el prestigio que tuvo mas tarde en el Interior el General Arredondo, prestigio que no se ha borrado todavia á pesar de los largos años trascurridos.

Enterrado el Chacho con todos los honores de su rango, se le mandaron decir fastuosos funerales por el entonces Cura Risso Patron, quien cobró por ellos la suma de trescientos bolivianos, bolivianos que debian llevar un fin harto cómico, dado el carácter sacerdotal de su proceder.

A la noche se hizo una reunion de oficiales, gefes y simples particulares, donde empezó á jugarse por disputar el vicio primero, y en seguida con verdadera pasion.

Afortunado en el juego, sin los riesgos del refran, el cura Risso empezó á ganar á oficiales y no oficiales cuanto medio tenian, al estremo que poco despues pasaba á su poder hasta el célebre é histórico puñalito de oro, que alguien habia sacado de la cintura del Chacho.

Los perdedores se estaban ya confabulando para dar á Risso un formidable manteo y quitarle lo que habia ganado, cuando entró á formar parte de la reunion un Capitan Lemos, muy conocido como calavera travieso, quien se anunció de esta manera:

—Me han dicho que el amigo cura los está pelando, y aqui vengo con algunos bolivianos para trenzarme con él mano á mano.

Lemos fué recibido con un verdadero trueno de aplausos y hurras, porque en veian él al vencedor de sus pérdidas.

Lemos era un jugador tremendo, no solo de una suerte bárbara, sino de una habilidad sorprendente.

Las barajas, en sus manos hacian prodigios, al estremo de que nadie jugaba con el dos veces.

El que lo veia jugar una vez, no volvia á jugar con en su vida, conociendo que no habia medio umano de ganarle.

El simple hecho de jugar con el cura, importaba la seguridad de que este se quedará sin manteo, y fué por esto que todos aplaudieron entusiastamente la llegada del Capitan.

El cura Risso no era manco; ya habia demostrado su habilidad, pelando á los oficia-

les, así es que sonrió á Lemos diciéndole:—uno mas que desplumar, es preciso que se convengan que á mi no hay conque darme.

—Es que nunca se tomó conmigo su paternidad, repuso Lemos, yo soy la navaja que precisa su corona, padre, poco tiempo le va á durar esa plateja que tiene.

Jugando con una suerte maravillosa, el cura no habia necesitado acudir á sus habilidades, así es que no habian podido aperebirse de lo que era capaz el cura.

—Vamos á ver él amigo capitán como se porta, dijo, y cuanto tiempo le duran los reales que trae en su poder.

—Vamos á ver como se hamaca el amigo cura, respondió el capitán Lemos, y como defiende la mosca, pues por mas amigo de Dios que sea, el diablo, que es mi amigo, es quien impera en el juego.

Talla usted ó tallo yo?

Talle usted amigo, talle usted, cuánta pone de banca?

—Por el momento hay cien bolivianos, respondió Lemos, poniendo diez cóndores sobre la mesa, puede coparlos si le parece, porque tengo repuesto.

Y barajó de una manera torpe para achicarse delante del cura.

Todos, con los codos clavados sobre la mesa, los que en ella cabian, y á sus espaldas los demás, se prepararon á presenciar la partida.

Dos cartas saltaron sobre la mesa, y á la primera de ellas, el cura copó los diez cóndores.

El hombre estaba bajo la presion del vértigo del juego, en el modo de barajar Lemos lo habia juzgado un jugador chambon, y tenia la plena seguridad de pelarlo.

Lemos empezó á correr las cartas con una lentitud matadora.

Y como no parecia ninguna de las cartas ganadoras, dió vuelta la baraja de pronto, exclamando:

—Cuánto siento no haber puesto cincuenta pesos mas! este copo es mio, estoy sintiéndole al siete el modo de presentarse me parece que hasta el olor le tomo.

—Póngalos no mas si le gusta, dijo el cura, póngalos no más, y así llevará mas gordo el copo.

—Vá por los cincuenta mas.

—Vá por los ciento cincuenta.

Lemos soltó la baraja: puso en la banca seis cóndores mas, y empezó de nuevo á correr las cartas con lentitud desesperante.

—En la perra vida me ha sido desleal el siete, decia picarescamente, es como cosa mia por eso es que á un siete les pondria yo hasta mi rebenque.

Ah! mi siete! te doy un beso cuando mostrés el martillo! ya estoy sudando.

Y ponía la baraja boca abajo y la levantaba de nuevo para seguir corriendo las cartas con matadora lentitud.

Desde el momento que vieron á Lemos aumentar la banca con cincuenta bolivianos los oficiales comprendieron que el copo seria ganado por Lemos.

Todos tenian la mirada fija en el naipe, donde no la separaban un segundo.

Algunos habían pedido que los mataran, si es que iban á seguir tratándolos de esa manera y estos infelices fueron castigados con una azotaina terrible.

— Los hemos de matar pero lentamente, á fuerza de hambre y azotes, les decían: no hemos de dejar ni uno solo para que cuente el cuento.

Y los pobres no dudaban un solo momento de que así lo harían, porque todos conocían practicamente la crueldad de aquel Gobierno un poco despótico y un mucho autoritario.

Que había la premeditada intención de matarlos no había duda, porque el tratamiento recibido hubiera concluido con la salud mas robusta.

La única esperanza que tenían era que Arredondo viniera pronto y los salvara de una muerte horrible.

Como todos no cabían en las prisiones disponibles, estaban en una aglomeración que por si sola constituía un peligro de muerte.

Devorados por los bichos y la fiebre eugéntrica por estos, muchos habían muerto por falta de asistencia, porque el Gobierno había recomendado se les tratara como á perros, dejándolos morir no mas, porque se hacia un servicio á la humanidad. Cuando Arredondo regresó á San Juan, no halló mas que la mitad de los prisioneros que había dejado, y esta mitad, convertida en un cuerpo de línea que se ponía á su disposición.

Los infelices empezaron á formular las mas justas quejas contra el Gobernador y demás autoridades de San Juan, y Arredondo, que no había razon que autorizara tan rigor empezó á ponerlos en libertad, lo mas diplomáticamente que le fué posible, para no chocar con el Gobierno de Sarmiento, que se los había entregado como un cuerpo de línea.

Terminada la guerra, qué objeto había en martirizar á infelices que no había cometido otro delito que dejarse arrastrar por su amor al Chacho?

No habían hecho tampoco una resistencia que autorizara un proceder tan riguroso, puesto que se habían entregado sin disparar un tiro.

Si él los soltaba á todos así de golpe, el Gobernador podía figurarse que era simplemente por burlarlo y hacer desprecio de su autoridad.

No había otro remedio que esperar á salir de San Juan para declarar disueltas aquel cuerpo de línea formado de infices que apenas podían servir de Guardia Nacional en una campaña corta.

Así se lo hizo entender y era tal la confianza que en Arredondo tenía aquella pobre gente, que se conformaron en el acto, esperando pacientemente el día de la marcha.

Nada podía temerse ya de ellos, porque muerto el Chacho desaparecían todos los temores de revolucion y montonismo.

Quién había de querer salir como caudillo opositor al poder nacional, y el que saliese, qué gente iba á seguirlo con el entusiasmo fabuloso que seguían al Chacho?

Por esto Arredondo veía inútil el empeño

del rigor contra los prisioneros, siendo la generosidad ventajosa, porque ella podía muy bien obligar lo gratitud de aquellos desventurados.

Así es cuando marchó de San Juan, Arredondo dió libertad á todos los prisioneros que tenía, en medio de las mayores aclamaciones y promesas de fidelidad.

La muerte del Chacho, circulando por toda la República con una celeridad telegráfica, había hecho una impresion tremenda en todas las provincias.

Y cuando se supo de la manera vil y cobarde como lo habían muerto, la indignación fué tal, que todos querían salir á vengarlo, siguiendo á cualquiera que se hubiera levantado á recoger la bandera caída por la muerte del noble caudillo.

Recien pudo verse cuándo era querido Peñalzoa en las provincias del Norte!

El luto en la Rioja era mas imponente: allí las casas de negocio se habían cerrado por inspiración de cada dueño, y la poca gente que circulaba por las calles, eran mugeres de toda clase que iban al templo á llorar por el descanso eterno de su alma.

Y por todas partes no se oían sino imprecaciones contra los asesinos y voces de venganza.

La indignación era inmensa: solo la muerte de Chacho podía haber levantado de aquella manera tan imponente.

Cualquier caudillo, cualquier gefe que se hubiera levantado con la bandera de venganza, habría reunido á su sombra mas de diez mil soldados,

La Rioja parecia una ciudad robada, con sus calles desiertas y sus casas cerradas como cuando entraban á la ciudad fuerzas nacionales.

Es que no había un solo individuo que no sintiera dolorosamente la muerte de aquel hombre que había pasado medio siglo defendiendo las libertades Riojanas y combatiendo por ellas de la manera mas heroica.

Y la manera cobarde como había sido muerto, había conmovido aún á aquellos indiferentes que nunca habían tomado armas ni por una ni por otra causa.

La juventud de la Rioja, juventud entusiasta y brava, había salido de la ciudad, armada con palos y lanzas, presa de la mayor indignación, y dispuesta á ir en busca del cadáver de Chacho, siquiera para tener en consuelo de darle sepultura, ya que no podían hacer otra cosa.

Y como el asesinato se había cometido por tropas de Arredondo, suponían que este lo habría ordenado, y era él entonces el que arrastraba sobre si toda la odiosidad y condena de aquel acto inalicable.

Solo cuando supieron que este gefe había protegido la Victor y mandando tropas para que hicieran á Chacho los honores correspondientes á su rango, cesaron los odios que contra él se levantaron.

Pero fué para volverse de una manera mas implacable contra el Coronel Vera, acusado por la Chacha de único autor del asesinato.

había de ganar el cális, las vinagreras y todos los avisos de decir misa.

A mí no hay quien me gane, porque no, y ya verá usted como le doy en la corona en un momento.

El cura estaba terriblemente irritado—la pérdida, la pillada de la trampa que lo imposibilitaba para seguir las haciendas y el titeo que se hacía lo habían sacado de quicio: estaba desorganizado.

Lemos, que se había embolsado una buena suma estaba en cambio cada vez más alegre y decididor.

Empezó a correr cartas y poco después el codiciado puñal pasó á su poder.

Satisfecho de haber ganado todo el dinero pensaba á concluir hasta con la sotana.

—Aquí hay por doscientos pesos de joyas, dijo el cura, pero yo tallo.

Lemos revisó las joyas y conforme con el valor que se les había asignado entregó al cura la baraja, diciendo:

—Quien sabe cuál será la santa á quien voy á ganar todo esto, pero á mí que me importa!

Esta ocurrencia levantó un coro de risas y chacotas que concluyó por hacer volar la paciencia del cura, que la había perdido al extremo de no poder barajar el naípe.

—Son alhajas mías, dijo fuera de sí, no son de santo alguno.

—No embrome, padre cura, que han de ser las de Nuestra Señora de la Estrella.

—Suyas ó no tuyas, repuso Lemos, ahora van á ser mías. copo á la primera carta!

El cura echó cartas, viniendo á ser un tres la carta que salió primero y por consiguiente á la que jugaba el afortunado oficial.

El cura empezó á correr las cartas, y tan turbado estaba, que mostraba el deseo de hacer trampa tan claramente que hasta el más chambron se apercibió de ello.

Y tan torpemente maniobraba, que hasta el más infeliz vió claramente como pasada un tres debajo de otra carta.

Lemos sonrió y guardó silencio.

El cura sudaba como bajo la acción de un baño Ruso, y lívido y tembloroso, seguía corriendo las cartas sin levantar la cabeza.

—He ganado! gritó al cabo de unos minutos, y fué á poner la mano sobre el dinero.

—Un momento, amigo paternidades, que antes he ganado yo, replicó el Capitan, apartando todas las cartas corridas, y he ganado dos veces, agregó, enseñando dos tres que el buen cura había hecho pasar entre las cartas, con tan mala suerte, que Lemos los había visto al vuelo.

Pero ya estaba dominado por el vértigo del juego y la desesperación de la pérdida.

Volvió á tapar el dinero con ambas manos y á exclamar: yo he ganado! he ganado y esto es mio.

—No sea zozno, amigo paternidades, respondió Lemos, suelte la mosca que es mia, suelte la mosca que no le pertenece, y cuando quiera trampear hágalo de una manera más limpia y disimulada.

—Es mia la plata, es mia! gritó el cura, y

no la soltaré sino con la última gota de sangre, si es preciso pelear, pelearemos!

—No sea infeliz, padre, y suelte la mosca, sufriendo con paciencia su derrota puesto que no hay otro remedio.

Su uniforme lo obliga á sufrirlo todo con paciencia y resignación, mientras que el mio no me permite aguantar pulgas.

Peor será que, además de haber perdido dinero, prendas, juicio y paciencia, tenga que perder también las costillas.

Suelte pues la plata, amigo mio, y vamos andando.

—Por lo menos las alhajas, gritó Riso en el colmo de la angustia; por lo menos las alhajas, que no son mías sino de una imagen de la Virgen, para quien me las han dado.

—Si eran tuyas para jugarlas, tuyas deben ser también para perderlas; sobre todo ahora son mías, y no hay que hacerle al dolor—suelte pues, padre, la mosca, que la paciencia humana tiene sus límites, límites á que ha llegado ya la mia.

La desesperación de Riso era tal, que sin hacer caso de las amenazas del oficial soltó el dinero, pero se echó sobre las alhajas con repugnante desesperación.

Lemos quiso arrancarlo de allí, pero no hubo medio, y sacando fuerzas de la desesperación, el cura se había prendido de la mesa, echando el cuerpo sobre las alhajas, las que empezó á defender llorando como un recién nacido, á falta de otro argumento.

Pero Lemos era un calavera de buena ley, inmovible ante ruego alguno.

—O suelta ó le suelto yo un moquete que lo deslomo, exclamó al fin casando al cura de las mechas.

Convencido ante el poderoso argumento y la terrible amenaza, el cura Riso soltó las prendas y se retiró á un rincón, donde empezó á llorar amargamente.

Y era desagradable en extremo el contraste que formaban, el cura llorando de aquella manera, y los oficiales riendo con un estruendo infernal.

Una vez que Lemos hubo contado su ganancia, empezaron á hacerle tal titeo, que el cura no pudo resistir más y salió de aquel infierno, pidiendo que lo devolvieran para el viaje, siquiera medio funeral del Chacho.

Pero que le iban á volver aquellos desalmados.

—Muy buenos momentos que me he de pasar con esta santa plata, dijo Lemos saliendo, y en cuanto á las alhajas, si ellas pertenecen á una imagen de santa, á mí me servirán para conquistarme los favores de muchas otras, que por lo menos tendrán el mérito de ser de carne y hueso.

Quién me proporcionara la bolada de un cura come este todas las semanas! daría nu cincuenta por ciento de comisión, sin el menor remordimiento.

El cura Riso, viendo que se alejaba su venturoso adversario, salió tras él, ofreciéndole la vida eterna por un poco de plata, pero todo fué inútil, porque Lemos respondió con una furiosa risotada.

El cura sudaba, aquella lentitud matadora lo irritaba, lo sacaba de quicio.

Corra ligero, pues amigo milico, corra que no es paciencia lo que estamos jugando.

—No se apure para perder, amigo paternidades, respondió Lemos, quiere poner un Cóndor mas? quiero hacerle al siete todos los honores que merece.

—Vaya un cóndor mas! pero andemos mas á prisa porque así en un par de jugadas se nos vá á ir la noche.

Lemos corrió un par de cartas mas sonriendo sarcóticamente, y el siete, un siete de copas apareció al fin en la boca del naípe.

—Ah siete lindo! gritó Lemos, hasta de copas es, como si hubiera querido brindar á mi salud: no le dije, amigo paternidades que el siete no me es infiel nunca?

Un furioso palmoteo resonó entonces entre aquellos hombres que pocos momentos antes contenían hasta la respiración.

El Cura reunió con preteza las cartas corridas sobre la mesa, como rectificando sinó se habia pasado su carta.

No estaba allí, Lemos le habia ganado en buena ley.

Pagada la plata iba el Capitan á peinar la baraja, cuando el Cura la pidió, diciendo:

—Tallo yo ahora, una vez cada uno como á los cocos, y puse sobre la mesa una cantidad de dinero como banca.

—Puede jugar y copar tambien si gusta, dijo el Curita, barajando con una destreza admirable.

—Oh! dijo Lemos, parece que su paternidad es tan baqueña para el naípe como para el cáliz—me alegro mucho porque así no se dirá que lo llevo de calle.

Un siete y un dos, cayeron sobre la mesa y el cura miró fijamente á Lemos, invitándolo á jugar con un ademán travieso.

—Contra el siete yo no juego, es inútil, dijo Lemos—aunque sepa que voy á perder, le pondré poca plata para hacerle honor, pero jugar en su contra no es posible.

Voy cien pesos al siete, amigo paternidades, nada más que cien pesos, porque es la segunda vez que se muestra el siete—voy á volverle á ganar con el de copas, por analogía, no tenga duda.

—Lo que usted vá á ganar es la puerta, amigo capitan—no envano se me está achicando!

Y empezó á correr las cartas con mayor lentitud aún de la que habia empleado Lemos.

Fué ya indudable para Lemos que el cura era competentísimo y que no habia que descuidarse con él.

A cada momento daba vuelta á la baraja, sonreía y compadreaba, invitando á Lemos á doblar el apunte y á los otros que jugaran algo si es que iban á apuntar al siete.

Lemos no le perdía ademán, porque quien manejaba así el naípe, era capaz de todo.

El cura bajó el naípe, invitó á jugar de nuevo, y como Lemos no aceptara, lo alzó y corrió una carta.

Iba ya á arrojarlo sobre la mesa, cuando el capitan dió un puñetazo sobre ella gritando:

—Ahí van dos cartas pagadas! no me jue-

gue súcio amigo cura, no me juegue súcio, porque en la parada no van sus costillas y mi espada es muy grosera para llevar el apunte.

El cura, poniéndose colorado como una remolacha, tuvo que desplegar las dos cartas diciendo que era una casualidad y no una trampa, y apareció debajo de la carta corrida un siete, el mismo siete de copas de la partida anterior.

Un inmenso clamoreo se levantó entre los jugadores, que empezaron á dirigir al cura las más picarescas pullas.

El cura no tenia que argumentar, habia sido tomado infanganti y era inútil cualquier cosa que dijera.

Todo avergonzado y corrido, peinó de nuevo la baraja y echó cartas.

—He ganado dos veces seguida, exclamó Lemos y como no es regular que las gane todas, ahora me achico—voy veinte pesos al seis, y eso porque está antes que el siete.

El cura dió vuelta la baraja, corrió rápidamente seis ú ocho cartas, exclamando al fin: ni que me hubiera adivinado! perdió el seis.

Lemos habia perdido un veinte, despues de haber ganado dos paradas soberbias.

Tallo yo ahora, amigo cura, vamos á ver como lo trata la suerte.

Y puso en la mesa como trescientos pesos, para tentar al cura á hacerle un copo.

Era indudable que tenia seguridad de ganar, cuando así provocaba un copo valioso.

—Van cien pesos á la sota, dijo el cura, solo cien pesos, porque sinó no me vá á quedar plata para el desquite.

Mucha suerte tiene el amigo Capitan, pero á la larga tengo que ganarle yo, Dios está conmigo.

—Vamos á ver, vamos á ver como juega Dios, repuso Lemos, y empezó á correr las cartas con aquella lentitud matadora de la primer partida.

El cura sudaba echado sobre la baraja, como si desconfiara del tallador.

—El que tiene las hechas tiene las sospechas, exclamó Lemos: pero no tenga cuidado el amigo paternidades, yo juego limpio y aunque no jugará así, á usted le habia de parecer no más.

Perdió otra vez! vaya que la suerte me lo está tratando mal, amigo cura, sin cura se queda usted esta noche.

Es preciso que se convenga que los naipes no son responsos ni amigos del agua bendita.

Talle usted, amigo cura, talle usted, ya le ha de quedar poca plata y quiero que usted se dé muerte por sus propias manos.

El cura tragaba saliva, bajo las pullas formidables de los oficiales, no se atrevia á chistar palabra, se le conocia el deseo de levantarse y dejar el juego, pero la ambicion de desquitarse siquiera, lo tenia allí clavado.

El cura siguió jugando y siguió perdiendo, perdiendo jugada tras jugada, hasta que acudió á las prendas que habia ganado antes, y soltó el puñal de oro del Chacho contra 40 bolivianos.

—Siento que no esté en su casa, amigo cura, le decia Lemos picarescamente, porque le

clase de criminales, son siempre cobardes, exageradamente cobardes.

Linares no conocia un placer mas grande que entrar á aquellos pueblitos miserables á azotar las mujeres y aborcar los hombres en los mas altos algarrobos.

Aquella que se negaba á satisfacer sus amores, por bella y por delicada que fuera, la hacia azotar como podia azotarse á un soldado, por los mismos soldados.

Y la que accedia á sus pretensiones por terror, prefiriendo la afrenta al martirio, no por esto era mas feliz, pues siempre Linares habia de hallar pretexto para azotarla, despues de haberle robado cuanto tenia.

Los maridos, padres ó hermanos de las mujeres hermosas, por el solo delito de serlo, eran tratados con ferocidad inaudita, ferocidad que tenian que soportar mansamente, si no querian morir colgados en un algarrobo.

Los oficiales y aun los soldados de Linares, gozaban de las mismas prerrogativas que su gefe, hacian lo que les daba la gana, disponian de vidas é intereses en los pueblos donde entraban sin que nadie les dijera una palabra.

Al contrario, las mas bárbaras escenas soldadesca, encontraban siempre en él el primer instigador.

Los gefes del Ejército repudiaban á Linares como habian repudiado á Iseas, pero ellos en vez de quejarse de esto, se felicitaban íntimamente, porque los dejaban en mayor libertad de accion.

Así Linares campeaba solo por sus respetos, con el Regimiento que la Nacion habia puesto en sus manos y los que ellos formaban por cuenta propia, pues los bandidos de todas partes, alentados por el pillaje y el robo, acudian presurosos á aumentar sus filas.

Con semejantes elementos, cuando Linares llegaba á encontrar una partida de montoneros se lanzaba sobre ella sobre un encarnizamiento de hiena.

Bravo él hasta lo imponderable, y bravos los bandidos que lo acompañaban, era inútil disputarle el triunfo.

Linares vencía al fin, costara lo que costara, siendo inútil añadir que no se salvaba uno solo de los vencidos prisioneros: todos eran pasados á cuchillo ó ahorcados.

Por eso es que contra Linares, los montoneros combatian con desesperacion, hasta el último aliento.

Sabian que dejarse vencer, era lo mismo que estirar el cuello al puñal, y combatian de una manera tremenda pues combatian por la vida.

Riojano Linares, los chachistas le tenian mas odio que á todo el resto del Ejército.

Estos tenian una razon siquiera para hacerles la guerra, obedecian á un Gobierno que los habia mandado para hacerla, mientras que aquel, obedeciendo solo á sus instintos feroces esterminaba á aquellos á cuyo lado debia de haber combatido siempre contra el enemigo comun.

Habia por estos muchos gefes montoneros, que se habian señalado como única mision, perseguir á Linares y combatir contra él hasta despedazarle las tropas y tomarlo prisionero, pues de esta manera se libraban de mas tremendo y encarnizado enemigo.

El gefe que con mas constancia y afan perseguia á Linares, era un Coronel Medina, gefe muy prestigioso y bravo, que habia jurado no parar hasta no encontrar la division de Linares y deshacerla.

Y el dia que yo agarre á ese bandido, decia, juro no reposar hasta no darle una muerte hartamente horrible: lo he de matar á pedazos.

Que motivos habia para este gefe noble y caballeroso pensara de aquella manera respecto á Linares?

Es que Linares en una de sus entradas á los pueblos de la Rioja, habia tomado á una hermana de Medina, y despues de someterla á los vejámenes mas brutales, le habia dado una muerte terrible.

Le habia cortado la cabeza y habia hecho colgar de un algarrobo cuerpo y cabeza.

Medina tuvo todos los detalles de este bárbaro crimen y se lanzó en busca de Linares, con el propósito de no detenerse hasta no hallarlo y hacer con él, por lo menor, lo que este habia hecho con su hermana.

Pero no pudo hallarlo porque Linares se habia alejado á cometer sus iniquidades por otros rumbos.

Gefe del Chacho, Medina no atendia mas que á buscar á Linares, era el único objetivo de la division de su mando.

Si encontraba alguna otra fuerza, le sacaba el cuerpo aun á riesgo de pasar por cobarde, porque decia, que desde la infamia de Linares tenia miedo de morir sin haberse vengado.

— Como no quiero, morir sin haber castigado aquel crimen, hasta que no satisfaga esta ambicion, no pelearé ni con el enemigo mas infeliz.

Linares, por su parte, le sacaba el cuerpo á Medina, no porque le tuviera miedo, porque el no temia ni á nadie ni á nada.

Decia que no queria hacerle el gusto y que tenia otras cosas mas importantes de que ocuparse.

Muerto Chacho, Medina fué el único gefe que no depuso las armas.

Ignorado, porque su ejército se reducía á un par de Regimiento, emprendió la caza de Linares con mas empeño que nunca.

Mas tarde habian alzado el poncho otros caudillos como Saá y Varela, y Linares, como los demás jefes del ejército Nacional, no pensaron ya mas en los pocos restos que habian quedado de la montonera del Chacho, dedicándose á combatir con aquellos que se presentaban amenazando encender una nueva guerra en toda la República.

Linares, preocupado con esto y con sus ferocidades, no pensó ya mas en Medina, en Medina, que, sin olvidar su venganza, lo buscaba cada vez con mayor encarnizamiento.

Temeroso de encontrarse con una fuerza superior, de la que andaban en demanda de Varela, no quiso abandonar la provincia de la Rioja.

Por otra parte, allí era donde merodeaba Linares, y allí era donde tarde ó temprano tenia que sorprenderlo.

Querido y prestigioso, Medina tenia consigo los mejores rastreadores que habian pertenecido á Chacho, rastreadores que andaban diseminados buscando la pista de Linares, con una tenacidad estupenda.

Complidos todos sus deberes, con su viejo compañero, la Chacha regresó a la Rioja, para hacerse cargo siquiera de los pocos bienes que le habían quedado.

Chacho tenía la casa donde vivían en la ciudad y algunas chacras que, por su buena situación valían algunos miles de bolivianos.

Estas chacras, como una suerte de estancia que también poseía, las tenía dadas a algunos amigos para que las trabajaran a medias, siendo el producto de ellas con lo que tanto tiempo se había sostenido.

Pero una vez muerto el Chacho, aquellos amigos se hicieron fuertes a no haber modo de sacarles un peso, y lo que es peor, se hicieron fuertes con la tierra misma, alegando que habían pagado por ella a Chacho, en sus necesidades, más de lo que ellas valían, presentando al efecto, recibos firmados a ruego de Peñaloza y legalizados por cuatro ó seis testigos.

Qué iba a hacer la pobre Chacha, con todas las autoridades puestas por el Ejército Nacional, y vueltas contra ella por el solo delito de ser la mujer del montonero Peñaloza?

Aquellos con cuya amistad mas contaba ella, se habían vuelto sus peores cuchillos y se habían ligado con los que querían explotarla.

—Todo esto se lo debo al compadre Vera! exclamaba la pobre, cuya miserable traición ha sido causa de la muerte de mi hombre, y de la situación desesperante en que me encuentro.

Chacha acudió a su casa, a su casa adonde tenía muebles que vendidos le darían con que comer algún tiempo.

Pero su casa y sus muebles, como sus tierras, estaban en poder de antiguos y buenos amigos, que resistían la entrega de todos modos.

—A mí me debe el Chacho tantos miles, decía uno, y me dejó en pago de ellos los muebles.

Yo le presté sobre su casa, antes de irse la última vez, tantos otros, agregaba aquel y

como en ellos está empeñada la casa, no la devuelvo mientras no se me devuelva la plata: así si quiere casa, Chacha, afloje la bolsa.

—Pero qué bolsa he de aflojar? exclamaba la infeliz, si nada tengo, si todo me lo han quitado como ustedes me han quitado mis casas y mis muebles!

Y fué a quejarse a la autoridad, pero no encontró quien le hiciera justicia, ni quien le hiciera entregar nada de lo que le pertenecía.

Muerto el Chacho no tenían ya a quien temer, ni quien viniera a forzarlos para que entregara los bienes de la Victor.

La acogida que no había hallado entre sus amigos pudientes, entre aquellos mismos que habían empujado a Chacho a la revuelta, entre aquellos a quienes tanto había favorecido el noble caudillo, la halló la Victor en el pueblo, en aquel pueblo noble y viril que había rodeado a Chacho y acompañado en sus momentos mas angustiosos, derramando su sangre por la causa de todos.

Aquellos leales ponían a su disposición cuanto tenían, disputándose el honor de partir con ella su miseria, llevándola a su casa.

Y Chacha, agradecida, empezó a pasar los últimos meses de su vida, en la casa de todos, pues a todos quería complacer.

La pérdida de Chacho, por una parte, y el desencanto terrible que había pasado con aquellas personas que mas leales creía, el robo de que había sido víctima y la horrible miseria en que quedaba, concluyeron con la salud que ya los años habían empezado a quejarse.

Al cabo de poco tiempo, la Chacha que no era ya mas que un cadáver animado, moría de miseria y de dolor en el rincón de una de aquellas casitas amigas donde había pasado sus últimos meses.

Y fué tal el abandono en que había vivido esta infeliz, que solo al mucho tiempo de sucedido, vino a saberse de que manera y como había muerto la viuda del General Peñaloza.

La soberbia del valor

No queremos terminar la historia del Chacho, que con tanta minuciosidad hemos referido, sin narrar, aunque no a grandes rasgos, la muerte del Comandante Linares, que en muchas ocasiones, según lo que hemos contado en diversas páginas de este romance, hizo palidecer las mismas ferocidades del tremendo Iseas.

Estos han sido los dos tigres aparecidos en la guerra de montoneros, cuyas iniquidades no se borraron jamás en las leyendas de las provincias.

Y aquellos dos hombres que tanto crimen cometieron en los desamparados pueblos del Norte, y en quienes los montoneros tuvieron los mas crueles y sangrientos enemigos, eran gefes provincianos, gefes provincianos que se habían pliegado al Gobierno Nacional, porque así podían satisfacer sus instintos feroces, gozando de posición militar y de sueldo.

Comparando estos dos bárbaros, era Linares tal vez mas feroz que Iseas, porque era un hombre de mas carácter y de mas valor personal, cosa estraña, porque generalmente esta

entre las espesuras, tal vez pudiera pasar á Chile.

Linares no contaba con que el oficial que lo seguía, llevaba en su escuadrón dos rastreadores, que imposibilitarian su fuga aclarando cualquier duda que respecto á dirección pudiera tener el oficial.

Este había llegado al paraje donde desmontó Linares, hallando el valiente caballo, que no había tenido fuerzas para moverse de allí.

—Aquí ha de estar el hombre, dijo, pero el diablo que lo encuentre de noche.

—Esperemos á mañana y obremos con mas seguridad dijo uno de los rastreadores.

De todos modos á pié no puede ir muy lejos aunque camine toda la noche, y una vez que le tomemos el rastro no tardaremos en caerle encima.

No podia pensarse de una manera mas cuerda, y el oficial aceptó la idea en el acto.

En vez de andar vagando á ciegas y sin poder obtener resultado alguno, dijo, descansaremos toda la noche, así descansaran tambien nuestros caballos y mañana nos pondremos en marcha con plena seguridad de un-buen y rápido resultado.

Así, mientras Linares se deepedazada los piés, recorriendo aquellos estrechos senderos, agoyando descansaban por el hambre y la fatiga, sus perseguidores con la mayor, placidez y tranquilidad.

Al otro dia ya no pudo mas, la materia empezó á inponerse al espíritu y por grande que fuera el deseo de avanzar, siempre Linares tuvo que contentarse al fin á descansar.

Los rastreadores habían hallado su pista y la seguía con una actividad pasmosa.

—Poco nos ha de faltar, exclamaban, á donde vá á ir á pié que no lo alcansemos?

Lo que hay que eran tan escabrosos los parajes por donde se metía Linares á pié que muchas veces tenían que dar grandes rodeos para volver á tomar la pista y seguirla exactamente.

El fugitivo había descansado una gran parte de la mañana, y vuelto á seguir la marcha con mas empeño que nunca.

Le parecía que había perdido ya casi toda la ventaja obtenida, y quería recuperarla á toda costa.

La noche vino felizmente en su ayuda, cuando ya las fuerzas empezaban á faltarle.

Y para mayor seguridad se trepó sobre un algarrobo, de manera que si sus perseguidores, habiendo seguido su pista llegaban allí, pasaran de largo sin verlo.

Pero estos habían hecho alto tambien, al llegar la noche, para no perder la pista estraviándose en un falso rumbo.

Persiguido y perseguidores, hicieron pues alto para descansar y proceder al segundo día con mayor seguridad y calma.

Por mas distancia que llavase Linares, aun suponiendo que no hubiese reposado un minuto desde que emprendió la fuga, era indudable que aquel dia debían alcanzarlo.

Y así sucedió en el efecto—al dia siguiente y cuando ya el calor de la siesta hacía imposible toda marcha, Linares fué visto por sus perseguidores, quienes prorumpieron, en un

grito unánime de alegría; llegaban por fin al termino de tan fatigante jornada.

Los gritos aquellos llegaron á oídos de Linares que se había sentado á descansar a pocas cuadras de distancia y quien al verle tan próximos á sus enemigos se puso de pié y echó á correr con una rapidez vertiginosa.

Parecía imposible que aquel hombre hiciera tres dias y tres noches ya, que no descansaba ni tomaba alimento alguno.

Corría con una velocidad extraordinaria, saltando los obstáculos que llevaba al paso.

Sus perseguidores, viendo la inutilidad de esfuerzos tan pasmosos, lo seguían con toda calma, seguro de que el alcanzarlo era ya una simple cuestion de minutos.

Linares hacia esfuerzos tremendos, corría con una desesperacion suprema perdiendo siempre terreno y quedando ya tan solo á varas de sus enemigos.

Viendo estos que ya no había vuelto para Linares, echaron pié á tierra y lo cerraron en un círculo que empezaron á estrechar poco á poco, como si trataran de accoralar á un tigre.

Y tanto se le acercaron, que ya no fué cuestion mas que de estirar la mano y tomarlo del cuello.

En tan tremendo momento, Linares, convencido de que no había ya remedio, echó mano á la cintura, buscando sus pistolas, pero se hallaba tan postrado por el hambre, la sed, y el cansancio de aquellas últimas cuadras que no tuvo fuerzas para sacarlas.

—Es inútil todo esfuerzo amigo entréguese preso al Coronel Medina.

Una inmensa expresion de agonía cruzó como un relámpago en la mirada de Linares y apenas pudo hacer un ademán de suplica.

—No tiene que pedir porque nada le hemos de hacer, le dijo el oficial, que lo había entendido: tenemos orden de llevarlo vivo y con las mayores consideraciones, no se asuste amigo y salte en anca.

Fué necesario montarlo porque ya el hombre estaba estenuado, y se emprendió inmediatamente la marcha de incorporacion á Medina.

Aquella noche desmontaron para pesarla en descanso, porque ya despues iban á hacer la marcha de una sola jornada.

Linares, que ya lo había perdido todo y que no tenía nada que temer, durmió toda aquella noche de un solo tiron, y sin querer aceptar algunos bocados que le brindaron.

Hacia mucho tiempo que no dormía de una manera tan placida.

Al otro dia se encontró fuerte y despejado: levantó un poco el ánimo y empezó á trabajar al oficial, por todos los medios á su alcance, para que lo dejara escapar.

Pero el oficial se le rió sencillamente en las narices, diciéndole que no fuera tonto.

Y tan enérgica y firme era esta respuesta, que Linares convencido que no tenía mas remedio que resignarse á su suerte, dobló la cabeza y no volvió á pronunciar una palabra durante el resto de la marcha.

Cuando llegaron á donde estaba Medina, este acababa de sentarse á la mesa, rodeado de todo su estado mayor.

Por fin los dos enemigos se hallaban de frente á frente, el uno á merced del otro.

Era indudable que en cuanto aquel cayera en territorio Riojano, tendria que tropezar con Medina.

Uno de tantos dias, Medina recibió de sus rastreadores una noticia que segun dijo, le hizo rejuvenecer en veinte años.

El Comandante Linares habia entrado á la Rioja por Valle Fértil, y segun parecia, se dirijia á la capital.

—A la capital del otro mundo! exclamó Medina alegremente, ahora es preciso que no se escape, y ya que el destino lo trae entre nosotros, que no se vaya sin vernos la cara.

Y marchó en el acto hacia el punto donde le decian hallarse Linares.

Este, en cuanto pisó la Rioja, supo que Medina no habia dejado de buscarlo un solo dia y que habia jurado hacer con el toda clase de herejias.

Y resolvió á su vez combatir con él y terminar al fin con aquel enemigo que tanto ausiaba su muerte.

Que podia temer, llevando tropas superiores á las de Medina, y considerándose superior él mismo.

Una vez decidido indagó el punto donde se hallaba Medina, y marchó á su encuentro.

Buscándose los dos enemigos no podian tardar y no tardaron en encontrarse, experimentando un sentimiento de verdadero placer al avistarse sus vanguardias.

—Es el único dia feliz de mi vida! exclamó Medina tendiendo su linea de batalla.

—Un nuevo dia de entretenimiento, dijo Linares á los suyos, al fin voy á darles pescuezos donde de sentir las manos y alentó á sus bandidos con la promesa de un saqueo en la Rioja.

El combate empezó con todo el encarnizamiento consiguiente de dos enemigos hacia tanto tiempo se buscaban sin poderse encontrar.

Aunque los de Linares tenian armas de fuego, no hicieron uso de ellas sino en el primer momento, cargando en seguida á sable y lanzas.

Los gauchos de Medina eran bravos, muy bravos, y casi todos ellos iban animados de un odio profundo hacia Linares.

El que no tenia que ejercer una venganza personal, por iniquidades de que habia sido victima su familia, acompañaba á Medina para concluir con aquellos bandidos, azote de todos los pueblos.

De modo que todos ellos eran soldados con los que Medina podia lanzarse á un combate sin cuartel, en la seguridad que habian de pelear hasta que el último momento, aún derrotados.

Los choques se producian uno tras otro, hasta que el que habia cargado se retiraba, pero para volver á cargar de nuevo con mas brío, con mas deseo de arrollar al enemigo.

Aquel era un combate legislativo, pues las dos divisiones parecia dispuestas á no ceder hasta no haber esterminado á su enemigo.

La gente de Medina, mas briosa, mas voluntaria, mas convencida tal de su superioridad, cargaba de una manera imponderable, arrojando á los de Linares y haciéndolos perder terreno.

Las bajas de ambas tropas eran numerosas y amenazaban serlo mas, porque ninguno se hallaba dispuesto á ceder en su pretension de triunfo.

Pero los de Linares habian perdido mucho terreno insensiblemente y empezaban á acobardarse perdiendo el brío.

Medina empezó entonces á alentar á sus tropas de todo modos.

—Firmes muchachos! firmes! les decia; firmes que ya la canalla afloja y es cuestion de muy poco mas.

Linares, con la desesperacion de la derrota, animaba á los suyos tambien de todos modos, pero inútilmente; ya era tropa acobardada que dificilmente habia de reaccionar.

Viendola ofiojar tan feo, los de Medina cargaron mas la mano, cerraron contra ellos con tal impetu que los de Linares, no pudiendo resistir mas el empuje del enemigo: dieron media vuelta decididamente y huyeron desesperados en diversos pelotones, para dificultar en lo posible la persecucion de muerte que seguiria á la derrota.

Linares, desesperado, y dominado por la ira se lanzó en una carrera vertiginosa.

Bien montado como estaba, seria muy dificil que lo alcanzaran antes de la caida de la noche, y una vez que llegara la noche ya no lo encontrarían mas:

—A él, y nada mas que él, gritó Medina, señalándolo á uno de sus comandantes de Escuadron que se lanzó como un rayo detras de Linares despues de haber recibido ese órden.

—Traemolo vivo, haga lo que haga, yo lo quiero vivo para poder descuartizarlo poco á poco.

Aquel oficial, como todos los soldados de Medina, sabian al interés que este tenia en tomar vivo á Linares.

—Y lo tomaremos, dijo á los suyos, aunque tengamos que correrlo un mes: firmes pues y á quedar bien con nuestro gefe.

Linares, montado en un caballo soberbio, habia ya ganado gran ventaja cuando emprendió su marcha el Escuadron que iba á prenderlo.

Pero es que sus perseguidores, iban tan bien montados como él, y llevaban la ventaja de poder mudar caballo en cualquier parte una vez cansado el que llevaba.

El no podia hacer esta operacion, porque conocido y odiado en todas partes, no solo no le hubieran dado caballo para mudar, sino que, al verlo solo y huyendo; tal se les ocurriera apretarlo para entregarlo á Medina si es que no lo asesinaban.

Una vez cansado su caballo, no tenia otro recurso que huir de á pié y como Dios lo ayudara.

Al caer la noche, Linares, sintiendo postrado su caballo y considerando que si seguia en el seria alcanzado dos ó tres horas mas tarde, desmontó, sacó las pistolas que llevaba sobre el caballo y ganó á pié el proximo bosque de algarrobos, internándose en él rápidamente.

Quería ganar tiempo á toda costa, porqué sus perseguidores, al ver solo el caballo, tal vez se detendrian á buscarlo en los alrededores, mientras él, andando siempre, ganaria tiempo y ganando la sierra y oculto siempre

monstruosidades que estaba habituado á cometer.

Y como si hubiera querido irritar á Medina y provocar su crueldad, refirió con gran minuciosidad la triste historia de la hermana de ese jefe, de que manera habia hecho con ella cuanto habia querido y como en seguida la habia mandado colgar de un algarrobo ayudando personalmente á la operacion.

—Pero si era tan buena y tan inofensiva, preguntó un oficial, por qué procedió tan cruelmente con ella?

—Para hacer rabiar al hermano y entretenirme un poco de esa manera, respondia Linares: es tan lindo ver la cara de uno que se está horcando!

Algunos contaron á Medina lo que hablaba Linares, pero Medina les hizo guardar silencio diciéndoles:

—No me digan una palabra mas de ese hombre, porque no quiero quebrantar el propósito que he hecho, de no dejarme arrear por la sed de venganza que siento en mi espíritu.

No me cuenten lo que dice, porque no quiero dar el triste espectáculo de despedazar á un hombre por mis propias manos.

Que lo fusilen no más por la espalda como he mandado, y á las diez de la mañana.

Viendo Linares que no se hacia caso y que iba á morir fusilado, como cualquier hijo de vecino, pidió una guitarra y se puso á cantar tiernas endechas y coplas de una zafaduria imponderable.

—Ya que no he podido lograr que la muerte me agarre peleando, que siquiera me agarre cantando, para recibirla con los honores que me merece persona que nos visita una sola vez en la vida.

Y siguió cantando cada vez con mayor animacion y bríos.

U el valor de Linares era prodigioso ó aquel hombre estaba seguro de escapar al cumplimiento de la orden de Medina, de otro modo era imposible que hubiera estado tan alegre y jaranista.

A la hora fijada por Medina, las tropas habian formado un gran cuadro en un descampado que habia á pocas cuadras del sitio donde se hallaba.

La voz de haber caido Linares prisionero y que este lo habia mandado matar, habia circulado por todos los pueblitos vecinos, con una rapidez telefónica, y de todos ellos habia acudido gran cantidad de gente, á verlo matar.

Imensamente odiado de todos, en todas partes se recibia la noticia con verdadero alborozo, ensillando caballo á toda prisa los paisanos, para no perder un solo detalle de la muerte de aquel bárbaro.

Esto era lo único que mortificaba á Linares, que desde la noche anterior habia estado escuchando la llegada de toda aquella gente y diciendo que venian á divertirse con su muerte.

—Por eso más que por nada, decia, siento que no me despedazen; hubiese querido que todos esos catigás vieran como moria un hombre como Linares, pero este pillo de Me-

dina se venga dándome una muerte de muger.

—No importa! puede ser muy bien que todavía lo peque un susto que no esté en sus libros!

Esto hizo creer que Linares esperaba algun socorro de todos imprevisto, al extremo que los encargados de cumplirla, empezaron á prepararlo todo para ganar tiempo.

Linares empezó á marchar al sitio donde se habia formado el cuadro, cada vez con más serenidad y mayor insolencia.

Cuando llegó allí, se levantó de entre la muchedumbre un formidable clamoreo, con que se aplaudia la muerte de aquel bandido.

Linares quiso prorumpir en mil denuestos é injurias, pero su voz fue ahogada por aquella infernal gritería, no pudiéndosele escuchar una sola palabra.

El pueblo allí aglomerado pedia para el asesino mil tormentos á cual más bárbaro, siendo necesario que la tropa se interpusiera, para que no hubiera allí un acto de justicia popular.

Linares sonreia provocando á aquel gentío, y diciendo al oficial que mandaba la custodia:

—Déjelos hombre, déjelos á ver que hacen estos perdidos! tendria curiosidad de ver como se manejan.

Pero el oficial no respondia una palabra, resuelto á cumplir á toda costa y exactamente, las órdenes que habia recibido.

Linares llegó al centro del cuadro siempre sonriendo y con la mayor tranquilidad.

Pero viendo que allí no habia banquillo ni cosa parecida, preguntó con cierta insolencia:

—Y en dónde me he de sentar? por qué no han hecho un banquillo ó alge que se le parezca?

—Porque aqui es inútil el banquillo, respondió el oficial, de modo que pudieran oirlo los grupos más próximos, usted vá á ser fusilado por la espalda y los que mueren de esta manera no se sientan: basta con que se arrodiellen.

Un nuevo clamoreo más intenso, más nutrido que el primero, se levantó de entre aquella multitud, aplaudiendo este detalle.

Linares, ante semejante revelacion, saltó atrás como un tigre, é hizo un esfuerzo poderoso por romper las ligaduras que le sujetaban las manos.

—Por la espalda se fusila á los traidores! gritó, con el rostro alterado por una palidez cadavérica, y yo no soy un traidor!

—Pero se fusila á los cobardes que es lo mismo.

—Yo cobarde! gritó Linares en el colmo de la desesperacion—yo cobarde! ah! súlteme las manos y dénme una lanza á ver si hay alguno capaz de paráremse delante.

Yo cobarde! y á ustedes mismos les he roto el alma quinientas veces!

Quiero que me fusilen de frente, como se fusila á un soldado.

—El que asesina mujeres indefensas, es un cobarde! dijo el oficial que mandaba el cuadro.

El valor nó está solo en saber pelear, y ade-

Linares no queriendo demostrar á su vencedor la mas minima debilidad, se irguió á su presencia, imprimiendo á su mirada toda la fiereza de que era susceptible su espíritu bravo. Y aquellos dos hombres se miraron en medio de un relámpago de muerte.

—Que tal, compañero, preguntó Medina, parece que nos ha llegado el San Martin, eh? —Parece si, respondió Linares con insolencia, pero poco me importa, es un San Martin que tarde ó temprano á todos nos ha de llegar.

—Habia hecho juramento de no descansar hasta tenerlo así en mis manos para hacer una carbonada y parece que Dios me ha oido.

—Dios ó el diablo, lo mismo dá: hace usted bien de felicitarse, porque en caso idéntico yo hubiera hecho lo mismo.

—Me gusta la franqueza, pero sientase y coma, que una cosa no impide la otra, y yo no lo he de hacer matar hasta que no concluya de comer y tal vez hasta mañana, porque ya es muy tarde.

—Agradezco la fineza y la acepto porque tengo mucha hambre, hace diez dias que no como.

Y se sentó en la silla que le ofrecia uno de los oficiales, con la mayor tranquilidad de este mundo.

Linares sabia que Medina no lo perdonaria por nada de este mundo y sin embargo permanecía indiferente y como si no corriese tal peligro.

No podia darse una prueba de valor mas natural y espontáneo.

Medina hizo venir á Linares, y le preguntó con cierta ironia:

—Confiese compañero que usted no se portaría así conmigo: qué haria usted si se hallase en mi situacion? vamos á ver si es franco.

—Confieso que si usted hubiera caído en mis manos, á esta hora estaria colgado de un algarobo—no habia de haberle hecho yo tantos cumplimientos ni tantos remilgues, lo habria degollado en el acto.

—Me gusta la franqueza, pero no soy partidario del mismo procedimiento.

—Cada cual con su capricho y venga un poco de ese guisote, que está muy rico.

Y estiró el plato para que volvieran á servirlo y siguió comiendo con una indiferencia glacial: aquello era el colmo de la bravura.

Y así estuvo todo el tiempo que duró la comida, haciendo á Medina burla de su procedimiento.

Medina léjos de irritarse, hizo á su enemigo toda clase de agazajos, y tratandolo como podia haber tratado al mejor de sus amigos.

Cuando terminó la comida, encendiendo un cigarrillo, pregunto Linares, como si se preparase á ir á un baile:

—Diga amigo, la fiesta vá á empezar sobre tablas, ó tendré tiempo de pitarme este cigarrillo?

—Ese y otro mas, respondió Medina sonriendo, no quiero que usted pueda llevar al infierno la menor queja de mí.

Tiene toda esta noche para pitar cuantos cigarrillos quiera y para hacer su testamento.

—No esperaba tan famosas consideracio-

nes, repuso Linares, pero ya que las quiere tener conmigo, las aprovecharé.

Hagame dar un poco de papel y todo lo necesario para el caso.

Medina hizo alcanzar á Linares todo lo que pedia, y dijo que lo dejaran tranquilo entregado á sus meditaciones.

—Poco tengo que pensar, y la noche es muy larga, respondió aquel.

Digame, ya que tan complaciente está conmigo, ¿cómo me vá á matar?

—De la manera más feróz que me sea posible contestó medina riendo.

Tengo el proyecto de carnearlo vivo y hacerlo degollar despues de muerto y despues que haya apurado unaagonia de tres dias por lo menos.

—Soberbio! es usted un digno enemigo mio, yo hubiera hecho mas, lo hubiera ido asando lentamente y á medida que lo carneaba; pero no importa, aún tiene tiempo de adoptar mi procedimiento.

Como se vé Linares en el colmo del valor, trataba hasta de irritar el enemigo en cuyas manos se hallaba.

Medina á pesar de todo, era mucho menos feróz que Linares, y á pesar de los motivos de venganza que tenia, era incapáz de hacer lo que habia dicho.

Esto mismo dijeron á Linares, quien respondió: pues es un imbécil, porque yo haria todo lo que acabo de decir.

Lo iria cortando en pedazos y lo obligaria á él mismo que los fuera asando.

Aquella noche la empleó Linares en conversar alegremente, hacer su testamento y escribir algunas cartas para su mujer y sus hijos.

En estas cartas ponía en ridículo á Medina y aseguraba que era un imbécil que ni siquiera sabia vengarse.

E hizo que le leyeran á Medina esas mismas cartas, porque estaba séguro que eratan imbécil que las mandaria.

A pesar de todo, Medina fué mas humano de lo que podia esperarse del hombre mas bondadoso.

Dió órden que afusilaran á Linares, despues de darle en su nombre este recado:

Que si no hubiera sido él tan feróz con su hermana, tal vez le hubiera perdonado, al menos no le hubiera hecho una persecucion tan tenáz y larga.

Pero que habia sido un tigre con una pobre niña que ningun mal le habia hecho, y que si podia dispensarle las torturas con que lo habia amenazado, no alcanzaba su magnanimidad ni su derecho mismo hasta perdonarle la vida.

—Digale usted á ese maula, contestó Linares, que es un imbécil, que si yo estuviera en su lugar, si él hubiera caído en mis manos, otra cosa haria yo, porque á estas horas le habia de haber quitado ya hasta las ganas de resollar.

Digale que yo le garanto que si hay algun asustado con motivo de mi muerte, ha de ser él y mi muerte misma, no yo, que los desprecio á ambos con toda la fuerza de mi alma.

Y empezó á conversar con los oficiales que lo rodeaban, refiriéndoles episodios interesantes de su vida, que no eran otra cosa que las mil

más, en el último encuentro usted disparó como un gamo.

Linares, haciendo rechinar los dientes se lanzó sobre el oficial, y no pudiendo valerse de las manos, quiso emprenderla á mordiscos y patadas, pero fué contenido por los tiradores.

—Por el pecho! gritaba, fusilarme por el pecho! gritó.

Y sus ojos inyectados de sangre y su boca entre abierta y jadeante le daban un aspecto tan feroz, que la multitud calló como por encanto.

—Por la espalda y de rodillas! gritó entonces el oficial, viendo lo que esto desesperaba á Linares.

—Nunca! nunca! primero han de hacerme pedazos que consentir que me fusilen por la espalda: no tendrán ese gusto, nó!

Y se tiró de espaldas al suelo presentando el pecho á los tiradores.

—Todo esfuerzo que haga será inútil, dijo el oficial, pues yo, pese á quien pese, he de cumplir las órdenes recibidas.

—No podrás! volvió á gritar Linares, porque conmigo ni el mismo diablo ha podido.

Entonces se inició una lucha repugnante entre Linares y los soldados, que pugnaban por mantenerlo de rodillas, mientras él se dejaba caer de espaldas.

Fué entonces que llegó Medina, á cuya presencia todos se separaron dejándolo acercarse á Linares que luchaba con desesperacion creciente.

—Ya sabia yo que habia algo que te doleria más que si te despedazaran, y algo que no se te habia ocurrido!

Vás á morir por la espalda como los cobardes, cobarde! así lo juré y así lo cumplo!

Aquellas palabras fueron recibidas con estruendosas manifestaciones de júbilo.

—Como cobarde, sí, que muera como cobarde! gritaban de todas partes.

—Veremos si pueden! gritó Linares, desafiando á nueva lucha.

—Podré, y sin gran fatiga, respondió Medina, todo será cuestion de un poco de paciencia, espera.

Medina que era un hombre de ingenio y que sin duda lo habia previsto todo, hizo clavar una cantidad de estacas al rededor del cuerpo de Linares, mandando al mismo tiempo algunos soldados, prepararan sus maneadores.

Hecha esta operacion, hizo agarrar á Lina-

res, lo sentó en el suelo, y lo hizo amorrar á las estacas por todos lados, de manera que permaneciera en la posicion de sentado, perfectamente asegurado.

Linares, á pesar de sus terribles esfuerzos, no pudo hacer el menor movimiento, pues estaba allí como clavado.

—Qué tal? preguntó Medina con soberbia satisfaccion, podia ó no podia? te voy á fusilar por la espalda, por cobarde!

Eran tales los esfuerzos que hacia Linares, que los maneadores se le habian hundido en la carne.

Tenia los ojos saltados de las órbitas como si lo estuvieran ahorcando, y su boca estaba cubierta por una espuma rojiza.

Y la multitud reia estruendosamente, repitiendo las frases de por la espalda y por cobarde, que llegaban á los oídos de Linares como algo infernal.

—No te lo dije? preguntó Medina poniéndose por delante—el cobarde asesino de Dolores tenia que morir como tal, si es preciso convencerse que hay una justicia de Dios sobre la tierra.

Linares hizo un último y doloroso esfuerzo, pero inutilmente—ni siquiera pudo hacer el más leve movimiento.

—Cuatro tiradores á la espalda del cobarde! gritó Medina, y que ni siquiera se le haga el honor de oír las voces de mando.

Y habiéndose retirado Medina. sonó la descarga, el cuerpo de Linares se estremeció de una manera poderosa, y dejó caer pesadamente la cabeza sobre el pecho.

Le habian hecho fuego á quema ropa y la muerte habia sido instantánea.

Era tal el odio que habia sabido inspirar Linares, que cuando Medina y la tropa se retiraron, el pueblo rodeó el cadáver del bandido, recreándose en su contemplacion y golpeándolo muchos de ellos.

Este fusilamiento fué recibido con muestras de general satisfaccion, aún por el mismo Ejército Nacional á que Linares pertenecia.

Los gefes se transmitian la noticia unos á otros, dándose las más cordiales felicitaciones.

—Tengo que darle una buena noticia, decia uno, que hoy es General, á otro de los más importantes gefes del Ejército, Medina nos ha hecho el favor de fusilar á Linares.

Esta fué la oracion fúnebre que se dijo en el campo de sus amigos.

FIN.



más, en el último encuentro usted disparó como un gamo.

Linares, haciendo rechinar los dientes se lanzó sobre el oficial, y no pudiendo valerse de las manos, quiso emprenderla á mordiscos y patadas, pero fué contenido por los tiradores.

—Por el pecho! gritaba, fusilarme por el pecho! gritó.

Y sus ojos inyectados de sangre y su boca entre abierta y jadeante le daban un aspecto tan feróz, que la multitud calló como por encanto.

—Por la espalda y de rodillas! gritó entónces el oficial, viendo lo que esto desesperaba á Linares.

—Nunca! nunca! primero han de hacerme pedazos que consentir que me fusilen por la espalda: no tendrán ese gusto, nó!

Y se tiró de espaldas al suelo presentando el pecho á los tiradores.

—Todo esfuerzo que haga será inútil, dijo el oficial, pues yo, pese á quien pese, he de cumplir las órdenes recibidas.

—No podrás! volvió á gritar Linares, porque conmigo ni el mismo diablo ha podido.

Entónces se inició una lucha repugnante entre Linares y los soldados, que pugnaban por mantenerlo de rodillas, mientras él se dejaba caer de espaldas.

Fué entónces que llegó Medina, á cuya presencia todos se separaron dejándolo acercar á Linares que luchaba con desesperacion creciente.

—Ya sabia yo que habia algo que te doleria más que si te despedazaran, y algo que no se te habia ocurrido!

Vás á morir por la espalda como los cobardes, cobarde! así lo juré y así lo cumplo!

Aquellas palabras fueron recibidas con estruendosas manifestaciones de júbilo.

—Como cobarde, sí, que muera como cobarde! gritaban de todas partes.

—Veremos si pueden! gritó Linares, desafiando á nueva lucha.

—Podré, y sin gran fatiga, respondió Medina, todo será cuestion de un poco de paciencia, espera.

Medina que era un hombre de ingenio y que sin duda lo habia previsto todo, hizo clavar una cantidad de estacas al rededor del cuerpo de Linares, mandando al mismo tiempo algunos soldados, prepararan sus maneadores.

Hecha esta operacion, hizo agarrar á Lina-

res, lo sentó en el suelo, y lo hizo amorrar á las estacas por todos lados, de manera que permaneciera en la posicion de sentado, perfectamente asegurado.

Linares, á pesar de sus terribles esfuerzos, no pudo hacer el menor movimiento, pues estaba allí como clavado.

—Qué tal? preguntó Medina con soberbia satisfaccion, podia ó no podia? te voy á fusilar por la espalda, por cobarde!

Eran tales los esfuerzos que hacia Linares, que los maneadores se le habian hundido en la carne.

Tenia los ojos saltados de las órbitas como si lo estuvieran ahorcando, y su boca estaba cubierta por una espuma rojiza.

Y la multitud reía estruendosamente, repitiendo las frases de por la espalda y por cobarde, que llegaban á los oídos de Linares como algo infernal.

—No te lo dije? preguntó Medina poniéndose por delante—el cobarde asesino de Dolores tenia que morir como tal, si es preciso convencerse que hay una justicia de Dios sobre la tierra.

Linares hizo un último y doloroso esfuerzo, pero inutilmente—ni siquiera pudo hacer el más leve movimiento.

—Cuatro tiradores á la espalda del cobarde! gritó Medina, y que ni siquiera se le haga el honor de oír las voces de mando.

Y habiéndose retirado Medina. sonó la descarga, el cuerpo de Linares se estremeció de una manera poderosa, y dejó caer pesadamente la cabeza sobre el pecho.

Le habian hecho fuego á quema ropa y la muerte habia sido instantánea.

Era tal el ódio que habia sabido inspirar Linares, que cuando Medina y la tropa se retiraron, el pueblo rodeó el cadáver del bandido, recreándose en su contemplacion y golpeándolo muchos de ellos.

Este fusilamiento fué recibido con muestras de general satisfaccion, aún por el mismo Ejército Nacional á que Linares pertenecia.

Los gefes se transmitian la noticia unos á otros, dándose las más cordiales felicitaciones.

—Tengo que darle una buena noticia, decia uno. que hoy es General, á otro de los más importantes gefes del Ejército, Medina nos ha hecho el favor de fusilar á Linares.

Esta fué la oracion fúnebre que pronunció en el campo de sus amigos.

FIN.



